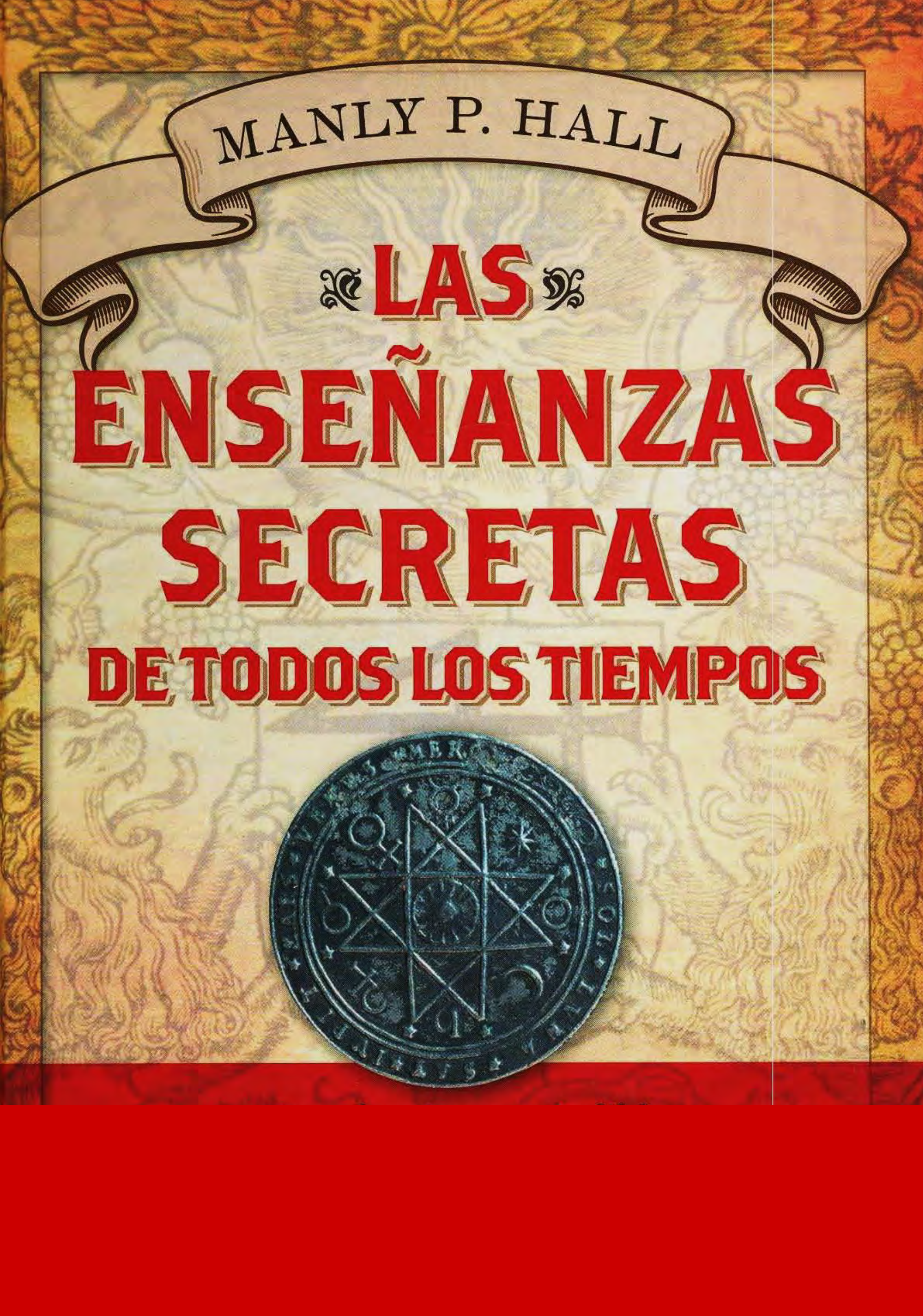


mr

Las enseñanzas secretas de todos los tiempos

Manly P. Hall

Las enseñanzas secretas de todos los tiempos

mr ediciones martínez roca

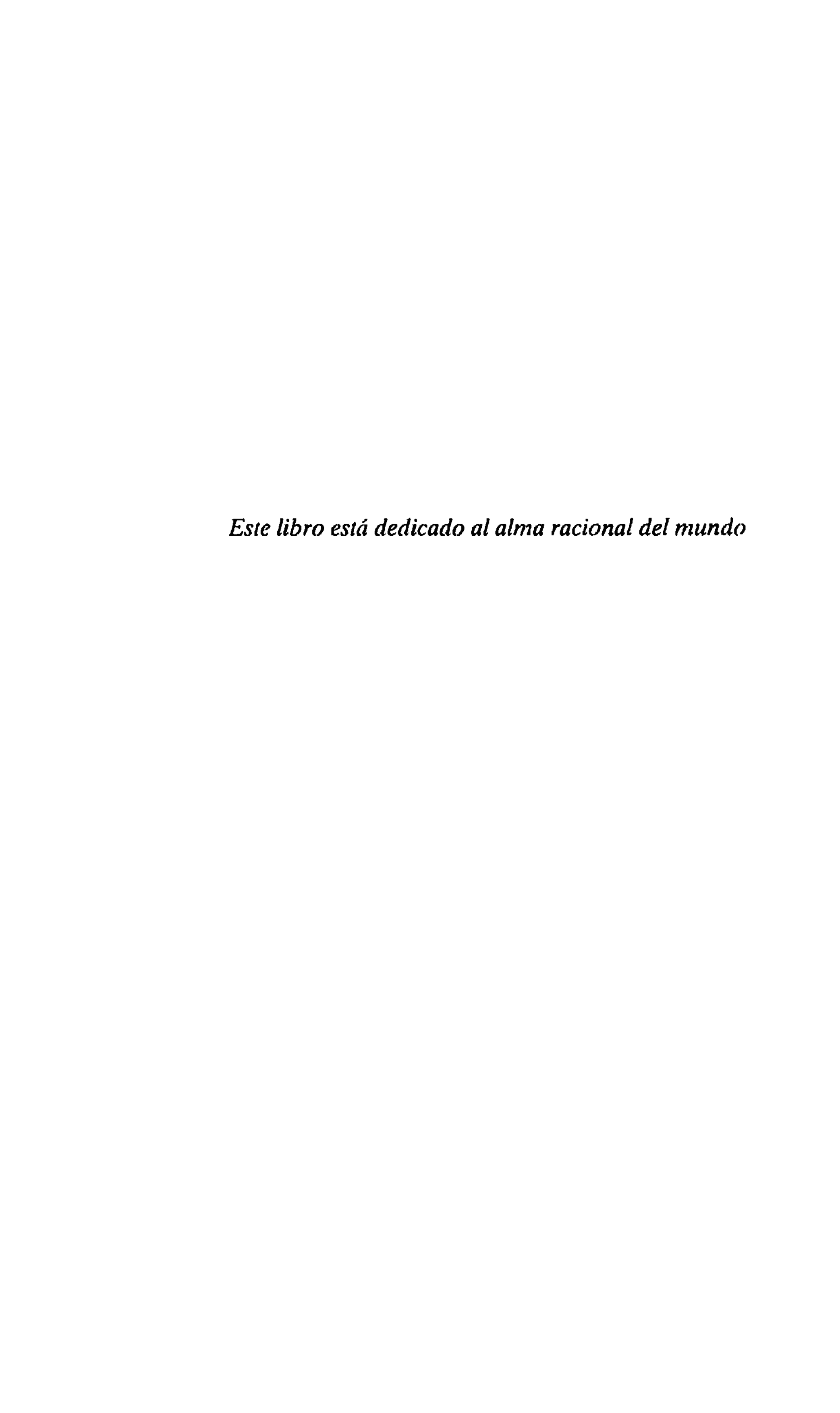
Primera edición: junio de 2011

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de
cloro y está calificado como papel ecológico

Título original: *The Secret Teachings of All Ages*

Ediciones Martínez Roca es un sello editorial de Ediciones Planeta Madrid, S. A.
Paseo de Recoletos, 4. 28001 Madrid
www.mrediciones.com
ISBN: 978-84-270-3637-6
Depósito legal: M. 19.136-2011
Fotocomposición: EFCA, S. A.
Impresión: Artes Gráficas Huertas, S. A.

Impreso en España-Printed in Spain



Este libro está dedicado al alma racional del mundo

Índice

Prefacio a la presente edición

Lo que el lector tiene en sus manos es un volumen que abarca siglos. Este libro, publicado por primera vez en 1928 por el estudioso y sabio místico Manly P. Hall (1901–1990), es, más que ningún otro previo o posterior, un compendio de las ideas y los misterios que resuenan en los símbolos, los mitos y las filosofías que han servido de guía al género humano desde que empezó a hacer esfuerzos por conocerse.

La Philosophical Research Society (www.prs.org) de Los Ángeles publica *Las enseñanzas secretas de todos los tiempos* desde que Hall la fundara en 1934. En la actualidad sigue publicando la edición original y, por medio de conferencias públicas, trabajos de investigación, publicaciones y la University of Philosophical Research, mantiene su legado. Precisamente por eso, la asociación se ha aliado con Tarcher/Penguin para producir esta nueva edición de la obra clásica de Hall.

La presente edición brinda un nuevo nivel de accesibilidad al volumen magistral de Hall. Se ha vuelto a componer el texto y se ha sustituido la numeración romana de la edición original por números actuales. El original presenta cincuenta y cuatro láminas en color del ilustrador J. Augustus Knapp y más de doscientos dibujos. Esta edición incluye algunas de las mejores láminas y alrededor de un centenar de los dibujos más pertinentes.

Por lo demás, el libro no ha sufrido grandes modificaciones y, dejando aparte pequeños trozos que se han suprimido para aumentar la claridad y facilitar el uso, presenta el texto original íntegro.

Dr. Obadiah S. Harris,
Presidente de la Philosophical Research Society
1 de abril del 2003

Prefacio a la edición del sexagésimo aniversario

Con ocasión del sexagésimo aniversario de este volumen, parece oportuno reflexionar sobre las circunstancias que determinaron su escritura.

La edición original se planificó y se publicó en el intervalo comprendido entre la finalización de la primera guerra mundial y la gran depresión de 1929. Durante este período, me labré una carrera breve en Wall Street, a lo largo de la cual el acontecimiento más destacado que presencié fue cómo se quitaba la vida un hombre deprimido por la pérdida de sus inversiones.

Mi fugaz contacto con las altas finanzas despertó en mí serias dudas acerca del tipo de negocios que se llevaban a cabo en aquella época. Resultaba evidente que el materialismo controlaba por completo la estructura económica, cuyo objetivo consistía, en último término, en que el individuo llegara a formar parte de un sistema que le proporcionaba seguridad económica a costa de su alma, su mente y su cuerpo.

Me sentí impelido a analizar los problemas de la humanidad, su origen y su destino y pasé muchas horas en la tranquilidad de la Biblioteca Pública de Nueva York, estudiando el devenir confuso de la civilización. Con muy pocas excepciones, los expertos actuales han restado importancia a todos los sistemas filosóficos idealistas y a los aspectos más profundos de la religión comparativa. Las traducciones de los autores clásicos a veces presentaban enormes diferencias, pero, en la mayoría de los casos, los pensamientos más nobles se suprimían o se denigraban. Los autores más sinceros y con un conocimiento profundo de las lenguas antiguas nunca se incluían como lectura obligatoria y la erudición se basaba en gran medida en la aceptación de un materialismo estéril.

Afortunadamente, como la erudición actual apenas tiene en cuenta la sabiduría del pasado, no se hacía hincapié en los textos anteriores. En consecuencia, reuní una colección bastante abundante de las obras de aquellos sabios olvidados, con cuyo empeño el mundo tiene una deuda tremenda de gratitud. Parece que mis esfuerzos fueron oportunos y las dos primeras ediciones del libro se agotaron antes de salir de la imprenta. No cabe duda de que tuvo mucha aceptación. Escrito por un joven de algo más de veinte años, lleva más de treinta ediciones y sigue siendo un *bestseller* en su campo.

Nos estamos acercando al final del siglo XX y el gran progreso materialista que hemos reverenciado durante tanto tiempo está al borde de la bancarrota. No podemos seguir creyendo que hemos venido a este mundo a acumular riquezas y a abandonarnos a los placeres mortales. Notamos los peligros y nos damos cuenta de que hemos sido explotados durante siglos. Nos dijeron que el siglo XX era el más progresista que el mundo había conocido, pero, lamentablemente, el progreso avanzó hacia la autodestrucción.

Para evitar un futuro de guerras, delincuencia y fracasos, el individuo debe comenzar a planear su propio destino y la mejor fuente para obtener la información necesaria son los escritos que nos llegan desde la Antigüedad. Hemos tratado de seleccionar los elementos más útiles y más prácticos del idealismo clásico y los hemos combinado en un solo volumen. El mayor conocimiento de todos los tiempos debe estar al alcance del siglo XX no sólo en las ediciones baratas de la Bohn Library, en caracteres diminutos y muy mal encuadernadas, sino en un libro que sea un monumento y no un mero ataúd. John Henry Nash, que ha diseñado este libro, estuvo de acuerdo conmigo.

Esperamos sinceramente que este libro llegue hasta el siglo XXI y que siga sirviendo de consulta sobre el contenido de innumerables libros y manuscritos que han sido destruidos por los estragos de las guerras. Este volumen no expone mis opiniones personales, sino que constituye un homenaje a los recuerdos y los esfuerzos de lo mejor de la humanidad. Espero que el siglo XXI traiga consigo una restauración de los sistemas de instrucción inspirada que tanto se necesitan.

Manly P. Hall
Los Ángeles, California
1 de octubre de 1988

Prólogo

Tengo el honor de haber sido invitado a escribir este prólogo. Mi finalidad es exponer brevemente lo que ha supuesto para mí, a lo largo de unos cuantos años, el estudio minucioso de este volumen tan importante.

Desde los tiempos más remotos, han llegado hasta nosotros asociaciones de hombres y mujeres que, vinculados por juramentos y obligaciones, constituyen fraternidades esotéricas y dan fe de una inclinación natural a perpetuar doctrinas que conducen al bien de la humanidad.

Con el incremento de la conciencia social, estas sociedades secretas se han convertido en custodios de los conceptos culturales más elevados. Sus ritos de iniciación eran ceremonias simbólicas que servían para inspirar veneración por los misterios divinos y admiración por los poderes de la naturaleza y de Dios. La mayoría de las mitologías de las naciones clásicas fueron, en un principio, rituales de sociedades secretas y es un error suponer que las culturas primitivas aceptaban al pie de la letra la compleja teología y las leyendas que encontramos en sus tradiciones.

Desde un punto de vista histórico, las sociedades secretas se identificaban estrechamente con las religiones oficiales. Se creía que el conocimiento básico había sido otorgado por los dioses en tiempos remotos. Las filosofías esotéricas siempre se han enseñado mediante organizaciones secretas a las cuales los candidatos solo accedían después de la preparación y los ritos de iniciación correspondientes. Estas hermandades espirituales de eruditos, sabios y místicos han prosperado entre todos los pueblos, antiguos y modernos, y en todas partes del mundo.

Según el programa de los Misterios, el individuo debe ir conociendo la verdad cada vez más. Antes de que se le puedan confiar los poderes

divinos de la mente y la voluntad, tiene que aceptar el conocimiento como una responsabilidad hacia su Creador y hacia su mundo, más que como una oportunidad para mejorar sus ambiciones personales. Los maestros de los Misterios enseñaban prácticas y disciplinas secretas mediante las cuales los discípulos debidamente preparados podían desarrollar las poderosas habilidades que estaban latentes en su alma y, de este modo, establecer una comunicación consciente con las realidades espirituales.

Se consideraba que los iniciados de las sociedades filosóficas estaban dotados de facultades y poderes extraordinarios. Gozaban del favor especial de los dioses, hacían milagros y merecían el título de «nacidos dos veces», porque habían llegado a un segundo nacimiento desde el vientre de los Misterios. Aquellos adeptos filósofos eran los seres humanos realmente evolucionados. La mayoría de las artes y las ciencias que enriquecieron el mundo moderno fueron descubiertas, desarrolladas y en muchos casos perfeccionadas por estos filósofos y sacerdotes iniciados.

La erudición se consideraba lo más adecuado a lo que podía dedicar el hombre sus capacidades, aunque siempre era el medio y jamás un fin. La finalidad de las ciencias sagradas era librar al alma humana de la esclavitud de los sentidos y prepararla para recibir en su interior la luz de las grandes verdades. Algunos hombres son adecuados por naturaleza para adquirir un conocimiento superior, por la honestidad de sus motivos, la paciencia de su esfuerzo y porque no pierden de vista sus objetivos; ellos se han esforzado por mejorar el alma y han abogado por el avance iluminado por encima de cualquier otra consideración. Los que tenían opiniones diferentes se oponían a las escuelas mistéricas.

Era inevitable que los iniciados en los Misterios se unieran contra las fuerzas que pretendían hacerlos desaparecer, de modo que, si bien la doctrina secreta con su conjunto de discípulos actuaba de forma más o menos abierta en la sociedad antigua, posteriormente desapareció por completo de la vista del público, circunstancia que no se debe interpretar como una decadencia de su plan ni de su finalidad. Las escuelas esotéricas siguieron siendo una fuerza poderosa para la regeneración de las instituciones humanas.

Quienes no comprenden las ciencias espirituales se oponen a su utilización de símbolos, mitos y figuras insólitos para ocultar la enseñanza esencial. Conviene recordar que estas «nubes» no formaban parte de la doctrina original, sino que la intolerancia y el fanatismo las volvieron

necesarias. El uso de la comunicación indirecta dependía de consideraciones totalmente prácticas. Mantener el anonimato era la mejor manera de evitar que se repitiera el desastre de los Caballeros Templarios. Los «velos» que ocultaban los arcanos de los Misterios no se utilizaban para disimular la ignorancia, sino para proteger la sabiduría, que en Europa estuvo protegida durante un milenio.

Evidentemente, los secretos de los Misterios son metafísicos, filosóficos y esotéricos y se relacionan con procesos que tienen lugar en los campos de la psique humana durante la práctica de las disciplinas espirituales. Uno deja de ser discípulo cuando adquiere la capacidad interna adecuada para comprender la tradición esotérica. Las disciplinas, al aumentar la conciencia, proporcionan al iniciado el dominio práctico de lo aprendido y una conciencia constante del uso adecuado del conocimiento superior.

Si aquellas academias sagradas impartían solo doctrinas científicas, intelectuales, éticas o culturales algo adelantadas a su tiempo, solo podían producir eruditos; sin embargo, los iniciados de la tradición esotérica nunca fueron considerados meros intelectuales brillantes. Desde la Menfis de blancos muros hasta la rocosa Ellora, se les honraba por practicar una dimensión superior del conocimiento esencial. La historia registra el nombre de numerosas personas que vivieron en distintas épocas y en lugares diversos y manifestaron un conocimiento y unas habilidades que no se pueden explicar según los criterios actuales de erudición. No podemos pasar por alto el testimonio de hombres cultos como Pitágoras, Buda y Plotino. Muchos de los mejores miembros de nuestra raza han expresado una admiración profunda por las instituciones esotéricas que prosperaban en su propia época. No reconocer las ciencias esotéricas equivale a pasar por alto la mayor parte de lo que ha contribuido al avance y la mejora de la condición humana a lo largo de los últimos cinco mil años. Puesto que hay un orden divino de aprendizaje superior al conocimiento terrenal y que, además, está a nuestro alcance, ahora es el momento más oportuno para restablecer esta tradición sagrada.

Ser adepto es alcanzar el estado de absoluta madurez espiritual, en la medida en que esto sea posible para un miembro de la familia humana. Al adepto no le falta nada de lo necesario para vivir sabiamente y es capaz de satisfacer sus propias necesidades y de determinar el curso de sus acciones que más lo acerque a la bienaventuranza. El adepto es el precursor del estado de la humanidad en el cual esta habrá alcanzado

el pleno uso de sus facultades y sus poderes y, por consiguiente, es el individuo realmente evolucionado de nuestra especie. Por lo tanto, los iniciados —considerados de forma conjunta como ciudadanos de un imperio invisible de filósofos elegidos— son los hermanos mayores heroicos, los custodios y protectores de la humanidad; como intérpretes de los Misterios, son los verdaderos educadores e iluminadores y, como redimidos que cumplen el propósito divino, constituyen en el mundo una fuerza creativa y directriz.

La ciencia de la vida es, por ende, la ciencia suprema y el arte de vivir, la mejor de las artes. Siempre ha habido personas que han buscado la verdad dispuestas a reconocer la superioridad de lo eterno con respecto a lo temporal, que se han dedicado a dominar la vida y han perpetuado de una generación a otra el conocimiento y la aptitud que acumulaban. Este conjunto de conocimientos esenciales constituye la tradición esotérica. Las instituciones que han perpetuado esta tradición son las escuelas mistéricas y los graduados de estas escuelas son los adeptos.

Este volumen revela que todas las tradiciones y las leyendas del mundo, los textos religiosos y los libros sagrados y los grandes sistemas filosóficos vienen a decir lo mismo. La ambición humana puede producir tiranos, mientras que la aspiración divina producirá adeptos y este es, a mi entender, el mensaje que quiere transmitir Manly P. Hall en este libro enciclopédico. Deseo de todo corazón que esta aportación de nuestro amigo signifique tanto para la vida del lector como ha significado para la mía.

Henry L. Drake
Vicepresidente de la
Philosophical Research Society
1975

Prefacio

Se han escrito numerosos volúmenes de comentarios sobre los sistemas filosóficos secretos que existían en el mundo antiguo, pero las verdades eternas de la vida, al igual que muchos de los más grandes pensadores, por lo general han quedado envueltas en vestimentas humildes. Esta obra pretende presentar un libro digno de aquellos profetas y sabios cuyo pensamiento constituye la esencia de estas páginas. Conseguir esta fusión de belleza y verdad ha costado mucho, pero creo que el efecto que producirá el resultado en la mente del lector compensará con creces el esfuerzo.

La redacción del texto de este volumen comenzó el uno de enero de 1926 y se prolongó, de forma casi ininterrumpida, a lo largo de más de dos años. No obstante, la mayor parte de la labor de investigación se llevó a cabo con anterioridad a la escritura del manuscrito. La recopilación de material de referencia comenzó en 1921 y tres años después los planes del libro alcanzaron su forma definitiva. Para mayor claridad se han suprimido todas las notas a pie de página y las diversas citas y referencias a otros autores se han incorporado al texto en su orden lógico. La bibliografía se añade fundamentalmente para ayudar a quienes tengan interés en seleccionar —para ampliar su estudio en el futuro— los puntos más serios e importantes en relación con la filosofía y el simbolismo.

No defiendo la infalibilidad ni la originalidad de ninguna de las afirmaciones que contiene el libro. He analizado bastante los escritos fragmentarios de la Antigüedad como para darme cuenta de la insensatez de hacer declaraciones dogmáticas acerca de sus principios. El tradicionalismo es la lacra de la filosofía moderna, en particular en las escuelas

europeas. Si bien muchas de las afirmaciones que figuran en este tratado pueden parecer al principio totalmente fantásticas, he procurado sinceramente evitar las especulaciones metafísicas caprichosas y, en la medida de lo posible, he intentado ofrecer una interpretación del pensamiento de los autores originales, en lugar de ceñirme rigurosamente a sus textos. Al asumir la responsabilidad tan solo por los errores que contenga este texto, espero que no se me acuse de plagio, como les ha ocurrido a casi todos los que han escrito sobre filosofía mística.

Como no tengo la intención de divulgar ninguna doctrina personal, no he tratado de tergiversar los escritos originales para que confirmen conceptos preconcebidos ni he distorsionado ninguna doctrina para tratar de allanar las diferencias irreconciliables presentes en los diversos sistemas de pensamiento religioso y filosófico.

Toda la teoría del libro se opone diametralmente al método de pensamiento moderno, porque trata temas que los sofistas del siglo XX han ridiculizado sin ambages. Su verdadera finalidad consiste en presentar a la mente del lector una hipótesis de vida totalmente inaceptable para la teología, la filosofía o la ciencia materialistas. Resulta imposible ordenar a la perfección la enorme cantidad de material abstruso contenido entre sus cubiertas, aunque, en la medida de lo posible, se han reunido los temas afines.

A pesar de la riqueza del inglés como medio de expresión, curiosamente carece de términos adecuados para transmitir premisas filosóficas abstractas. Por consiguiente, es necesario cierto conocimiento intuitivo de los significados más sutiles ocultos en grupos de palabras inadecuadas para poder comprender las enseñanzas de los Misterios de la Antigüedad.

Aunque la mayoría de las obras citadas en la bibliografía se encuentran en mi biblioteca personal, quiero expresar mi agradecimiento por la colaboración que me brindaron la Biblioteca Pública de San Francisco y la de Los Ángeles, las bibliotecas del rito escocés de San Francisco y de Los Ángeles, las bibliotecas de la Universidad de California en Berkeley y en Los Ángeles, la Biblioteca de Mecánica de San Francisco y la Biblioteca Teosófica de Krotona en Ojai, California. Asimismo, deseo expresar un reconocimiento especial por su ayuda a las siguientes personas: la señora de Max Heindel, Alice Palmer Henderson, Ernest Dawson y su equipo, John Howell, Paul Elder, Phillip Watson Hackett y John R. Ruckstell. Otras personas e instituciones me prestaron algunos libros y también se lo agradezco.

El trabajo de traducción fue lo que requirió más esfuerzo durante la investigación previa a la preparación de este volumen. Alfred Beri se encargó desinteresadamente de las traducciones necesarias del alemán, que le llevaron casi tres años, y no quiso aceptar remuneración alguna por su trabajo. El profesor Homer P. Earle tradujo del latín, el italiano, el francés y el español. Del texto en hebreo se encargó el rabino Jacob M. Alkow. Varias personas más hicieron distintas traducciones y correcciones breves.

De supervisar el trabajo de edición se encargó el doctor C. B. Rowlingson, cuya habilidad a menudo permitió poner orden en el caos literario. También merecen un reconocimiento especial los servicios prestados por Robert B. Tummonds, de la plantilla de H. S. Crocker Company, Inc., que se encargó de los problemas técnicos de encajar el texto dentro del espacio asignado. Por gran parte del encanto literario de la obra también estoy en deuda con M. M. Saxton, a quien dicté al principio todo el manuscrito y que se encargó también de preparar el índice. Gracias a los magníficos esfuerzos de J. Augustus Knapp, el ilustrador, se han obtenido una serie de láminas en color que contribuyen a embellecer y completar el texto.

La impresión del libro estuvo en manos de Frederick E. Keast, de H. S. Crocker Company, Inc., cuyo enorme interés personal por el volumen se puso de manifiesto en su afán incansable por mejorar su calidad. Gracias a la gentil colaboración del doctor John Henry Nash, el principal diseñador tipográfico del continente americano, el libro se publica en una forma única y adecuada, que pone de manifiesto lo mejor del arte del impresor. Incrementar la cantidad de láminas y también la calidad de su factura con respecto a la previsión inicial fue posible gracias a C. E. Benson, de Los Angeles Engraving Company, que se dedicó en cuerpo y alma a la producción de este volumen.

La venta de este libro con anterioridad a su publicación no tiene precedentes conocidos. La lista de suscripciones para la primera edición de quinientos cincuenta ejemplares se completó un año antes de que el manuscrito llegara a manos del impresor. La segunda edición, la del Rey Salomón, de quinientos cincuenta ejemplares, la tercera, o Teosófica, de doscientos, y la cuarta, o Rosacruz, de cien se vendieron antes de que se recibiera del impresor el volumen terminado, lo cual constituye un éxito excepcional para un producto tan ambicioso. El mérito de tan extraordinario programa de ventas corresponde a la señora Maud F. Galigher, cuyo ideal no era vender el libro en el sentido comercial

del término, sino ponerlo en manos de aquellas personas que tuvieran un interés especial en el tema que contiene. También brindaron una colaboración valiosa en tal sentido los numerosos amigos que habían asistido a mis conferencias y que, sin ninguna retribución, emprendieron y consiguieron la distribución del libro.

A modo de conclusión, el autor desea expresar su agradecimiento a cada uno de los centenares de suscriptores que, mediante su pago por anticipado, hicieron posible la publicación de este libro, porque incurrir en el gasto inmenso que suponía quedaba por completo fuera de su alcance, y quienes invirtieron en el libro no tenían ninguna garantía de su producción ni más seguridad que su fe en la integridad del autor.

Espero sinceramente que cada lector saque tanto provecho de la lectura de este libro como yo de su escritura. Los años dedicados a elaborarlo y concebirlo han supuesto mucho para mí. El trabajo de investigación me reveló una buena cantidad de grandes verdades; su escritura me descubrió las leyes del orden y la paciencia; su impresión me mostró nuevas maravillas de las artes y los oficios, y toda la iniciativa me permitió conocer a montones de amigos que de lo contrario tal vez no habría encontrado jamás. Por eso, como dice John Bunyan:

> Lo he manuscrito hasta que finalmente llegó a ser
> todo lo largo y lo ancho que alcanzas a ver.

Manly P. Hall
Los Ángeles, California
28 de mayo de 1928

I

Introducción

La filosofía es la ciencia de estimar valores. La superioridad de un estado o sustancia con respecto a otro depende de la filosofía. Al asignar un puesto de fundamental importancia a lo que queda cuando se ha suprimido todo lo secundario, la filosofía se convierte en el verdadero índice de prioridad o énfasis en el campo del pensamiento especulativo. La misión de la filosofía consiste, a priori, en establecer la relación de lo manifiesto con su causa o su naturaleza suprema e invisible.

Según sir William Hamilton, «la filosofía ha sido definida [como]: la ciencia de lo divino y lo humano y de las causas que los contienen [Cicerón]; la ciencia de los efectos mediante sus causas [Hobbes]; la ciencia de las razones suficientes [Leibniz]; la ciencia de las cosas posibles, en la medida en que son posibles [Wolf]; la ciencia de lo que se deduce de forma evidente de los primeros principios [Descartes]; la ciencia de las verdades apreciables y abstractas [De Condillac]; la aplicación de la razón a sus objetos legítimos [Tennemann]; la ciencia de las relaciones entre todo conocimiento y los fines necesarios de la razón humana [Kant]; la ciencia de la forma original del ego o la parte mental [Krug]; la ciencia de las ciencias [Fichte]; la ciencia de lo absoluto [Von Schelling]; la ciencia de la indiferencia absoluta entre lo ideal y lo real [Von Schelling], o la identidad de la identidad y la no identidad [Hegel]». [Véase *Lectures on Metaphysics and Logic.*]

Por lo general, las disciplinas filosóficas se clasifican en seis ramas: la metafísica, que trata de temas abstractos como la cosmología, la teología y la naturaleza del ser; la lógica, que trata de las leyes que rigen el pensamiento racional, también llamada «la doctrina de las falacias»; la

ética, que es la ciencia de la moralidad, la responsabilidad individual y el carácter y trata fundamentalmente de determinar la naturaleza del bien; la psicología, que se dedica a la investigación y la clasificación de los tipos de fenómenos a los que se atribuye un origen mental; la epistemología, que es la ciencia que se ocupa fundamentalmente de la naturaleza del conocimiento propiamente dicho y de la cuestión de si puede existir o no de forma absoluta, y la estética, que es la ciencia de la naturaleza de la belleza, la armonía, la elegancia y la nobleza y de las reacciones que despiertan.

Para Platón, la filosofía era el mayor bien que la divinidad había concedido jamás al hombre. No obstante, en el siglo XX se ha convertido en una estructura voluminosa y compleja de conceptos arbitrarios e irreconciliables, cada uno de los cuales está corroborado, sin embargo, por una lógica prácticamente indiscutible. Los destacados teoremas de la vieja Academia, que Jámblico comparaba con el néctar y la ambrosía de los dioses, han sido tan adulterados por opiniones —Heráclito las consideraba enfermedades de la mente— que el hidromiel celestial sería totalmente irreconocible para este gran neoplatónico. Una prueba convincente de la creciente superficialidad del pensamiento científico y filosófico moderno es su persistente inclinación al materialismo. Cuando Napoleón preguntó al gran astrónomo Laplace por qué no había mencionado a Dios en su *Traité de la Mécanique Céleste*, el matemático respondió con total candidez: «Excelencia, ¡tal hipótesis no me hizo falta!».



DEL *RECUEIL DES FIGURES, GROUPES, THERMES, FONTAINES, VASES ET AUTRES ORNEMENTS* DE THOMASSIN

PLATÓN
El verdadero nombre de Platón era Aristocles. Cuando su padre lo llevó a estudiar con Sócrates, el gran escéptico declaró que la noche anterior habla soñado con un cisne blanco, lo cual presagiaba que aquel nuevo discipulo llegaría a ser uno de los iluminados del mundo. Según la tradición, el rey de Sicilia vendió al Inmortal Platón como esclavo.

En su tratado sobre el ateísmo, sir Francis Bacon sintetiza lacónicamente la situación de esta forma: «Un poco de filosofía inclinó la mente humana hacia el ateísmo, pero profundizar en la filosofía condujo a la mente humana a la religión». La *Metafísica* de Aristóteles comienza con las siguientes palabras: «Naturalmente, todos los hombres quieren saber».

Para satisfacer este impulso tan común, el intelecto humano, al desarrollarse, ha ido explorando los extremos del espacio imaginable en el exterior y los extremos del yo imaginable en su interior, tratando de calcular la relación entre uno y el todo, el efecto y la causa, la naturaleza y el trabajo preliminar de la naturaleza, la mente y el origen de la mente, el espíritu y la sustancia del espíritu, la ilusión y la realidad.

Dijo en una ocasión un filósofo antiguo: «Quien no sabe ni siquiera lo corriente es una bestia entre los hombres; quien conoce con precisión solo las cuestiones humanas es un hombre entre las bestias, pero quien sabe todo lo que se puede conocer mediante la energía intelectual es un dios entre los hombres». Por consiguiente, lo que determina la posición del hombre en el mundo natural es la calidad de su pensamiento. Quien deja que su mente sea esclava de sus instintos brutales no es, desde un punto de vista filosófico, superior al animal; quien posee unas facultades racionales que reflexionan sobre las cuestiones humanas es un hombre, mientras que aquel cuyo intelecto se eleva para plantearse realidades divinas ya es un semidiós, porque su ser es partícipe de la luminosidad a la cual lo ha aproximado su razón. En su elogio de la «ciencia de las ciencias», Cicerón llega a exclamar: «¡Oh, filosofía, guía de la vida, que buscas la virtud y expulsas los vicios! ¿Qué habría sido de nosotros y de los hombres de todos los tiempos sin ti? Tú has producido ciudades y has convocado a los hombres que estaban dispersos para que disfrutaran de la vida en sociedad».

En esta época, la palabra «filosofía» no significa mucho, a menos que vaya acompañada por algún calificativo. El conjunto de la filosofía se ha dividido en numerosas doctrinas más o menos antagónicas, tan preocupadas por rebatirse las falacias las unas a las otras que, lamentablemente, han descuidado cuestiones más sublimes, como el orden divino y el destino humano. La función ideal de la filosofía consiste en servir de influencia estabilizadora para el pensamiento humano. En virtud de su naturaleza intrínseca, debería impedir que el hombre estableciese códigos de conducta irracionales. Sin embargo, han sido los propios filósofos los que han frustrado los fines de la filosofía, porque han estado más en Babia que aquellas mentes sin formación a las que se supone que tienen que guiar por el camino recto y estrecho del pensamiento racional. Hacer una lista y clasificar solo las más importantes de las escuelas filosóficas reconocidas en la actualidad excede las limitaciones de espacio de este volumen. El gran campo de especulación que abarca la filosofía se entenderá mejor tras una breve consideración de algunos

de los sistemas destacados de disciplina filosófica que han influido en el mundo del pensamiento durante los últimos veintiséis siglos.

La escuela griega de filosofía comenzó con los siete pensadores inmortales que fueron los primeros a los que se concedió el apelativo de *sophos*, «sabios». Según Diógenes Laercio, se trata de Tales de Mileto, Solón de Atenas, Quilón de Lacedemonia, Pitaco de Mitilene, Bías de Priene, Cleóbulo de Lindos y Periandro de Corinto. Para Tales, el agua era el principio o elemento primordial, sobre el cual la tierra flotaba como un barco, y los terremotos eran consecuencia de las perturbaciones que se producían en aquel mar universal. Por ser Tales natural de Jonia, la escuela que perpetuó sus principios recibió el nombre de «jónica». Murió en el 546 a. de C. y le sucedió Anaximandro, al que, a su vez, sucedieron Anaxímenes, Anaxágoras y Arquelao, con el cual acabó la escuela jónica. A diferencia de su maestro, Tales, Anaximandro manifestaba que el infinito inconmensurable e indefinible era el principio del cual nacía todo. Para Anaxímenes, el aire era el primer elemento del universo y de él estaban hechas las almas y hasta la mismísima divinidad.

Anaxágoras, cuya doctrina tiene un dejo de atomismo, sostenía que Dios era «una mente infinita y autónoma; que aquella mente divina infinita, que no estaba encerrada en ningún cuerpo, es la causa eficiente de todo, y que, a partir de la materia infinita constituida por partes similares, la mente divina que imponía el orden cuando todo estaba mezclado y confuso lo fue haciendo todo en función de su especie». Según Arquelao, el principio de todas las cosas era doble: la mente (que era incorpórea) y el aire (que era corpóreo); el enrarecimiento y la condensación de este último producían el fuego y el agua, respectivamente. Arquelao concebía las estrellas como placas de hierro ardiendo. Heráclito —vivió entre el 536 y el 470 a. de C. y algunas veces se lo incluye en la escuela jónica—, en su doctrina del cambio y el eterno retorno, sostenía que el fuego era el primer elemento y también el estado en el cual acabaría por reabsorberse el mundo. Consideraba que el alma del mundo era una exhalación de sus partes húmedas y declaraba que el flujo y el reflujo del mar eran provocados por el sol.

Después de Pitágoras de Samos, su fundador, la escuela itálica o pitagórica cuenta entre sus representantes más distinguidos con Empédocles, Epicarmo, Arquitas, Alcmeón, Hipaso, Filolao y Eudoxo. Para Pitágoras (580-¿500? a. de C.), la matemática era la más sagrada y exacta de todas las ciencias y todo el que quisiera estudiar con él debía estar familiarizado con la aritmética, la música, la astronomía y la geometría.

Hacía especial hincapié en la vida filosófica como requisito previo para la sabiduría. Pitágoras fue uno de los primeros maestros que crearon una comunidad en la cual todos los miembros se ayudaban mutuamente para lograr que todos alcanzaran las ciencias superiores. También introdujo la disciplina de la retrospección como esencial para el desarrollo de la mente espiritual. Se puede resumir el pitagorismo como un sistema de especulación metafísica acerca de las relaciones entre los números y los agentes causales de la existencia. Esta escuela también fue la primera en exponer la teoría de la armonía celestial o la «música de las esferas». John Reuchlin dijo acerca de Pitágoras que lo primero que enseñaba a sus discípulos era la disciplina del silencio, porque el silencio era el primer rudimento de la contemplación. En su Sofística, Aristóteles atribuye a Empédocles el descubrimiento de la retórica. Tanto Pitágoras como Empédocles aceptaban la teoría de la transmigración y este decía: «Muchacho fui y después me convertí en doncella, planta, ave y pez que nadaba en el océano inmenso». Se atribuye a Arquitas la invención del tornillo y de la grúa. Según él, el placer era una plaga, porque se oponía a la templanza de la mente, y consideraba que un hombre sin artificio era tan insólito como un pez sin huesos.

La escuela eleática fue fundada por Jenófanes (570-480 a. de C.), notorio por sus ataques contra las fábulas cosmológicas y teogónicas de Homero y Hesíodo. Jenófanes decía que Dios era «uno e incorpóreo, redondo en sustancia y figura y que no se parecía en nada al hombre; que todo lo ve y todo lo oye, pero no respira; que lo es todo, la mente y la sabiduría, que no tenía origen sino que era eterno, impasible, inmutable y racional». Jenófanes creía que todo lo que existía era eterno, que el mundo no tenía principio ni final y que todo lo que había sido generado se podía corromper. Vivió hasta una edad avanzada y dicen que enterró a sus hijos con sus propias manos. Parménides estudió con Jenófanes, aunque nunca estuvo totalmente de acuerdo con sus doctrinas. Parménides declaraba que los sentidos eran inciertos y que el único criterio de verdad era la razón. Fue el primero en afirmar que la tierra era redonda y también dividió su superficie en zonas cálidas y frías.

Meliso de Samos, perteneciente a la escuela eleática, compartía numerosas opiniones con Parménides. Para él, el universo era inamovible, porque, como ocupaba todo el espacio, no se podía mover a ningún otro lugar. Además, rechazaba la teoría del vacío en el espacio. Zenón de Elea también sostenía que no podía existir el vacío. Rechazaba la teoría del movimiento y afirmaba que había un solo Dios, que era un

ser eterno que no había sido creado. Para él, como para Jenófanes, la divinidad tenía forma esférica. Leucipo sostenía que el universo constaba de dos partes: una llena y la otra vacía. Gran cantidad de cuerpos fragmentarios diminutos descendían del infinito al vacío, donde, mediante una agitación constante, se organizaban en esferas de sustancia.

El gran Demócrito amplió, en cierto modo, la teoría atómica de Leucipo. Para él, los principios de todas las cosas eran dobles —átomos y vacío— y afirmaba que los dos son infinitos: los átomos en cantidad y el vacío en magnitud, de modo que todos los cuerpos han de estar compuestos por átomos o vacío. Los átomos tenían dos propiedades: forma y tamaño, y las dos se caracterizaban por su infinita variedad. Según Demócrito, el alma también tenía estructura atómica y se podía desintegrar, igual que el cuerpo. Creía que la mente estaba compuesta por átomos espirituales. Aristóteles sugiere que Demócrito extrajo su teoría atómica de la doctrina pitagórica de las mónadas. Entre los eleáticos figuran también Protágoras y Anaxarco.

Por ser fundamentalmente escéptico, Sócrates (469 - 399 a. de C.), el fundador de la escuela socrática, no imponía sus opiniones a los demás, sino que, mediante preguntas, hacía que cada uno expresara su propia filosofía. Según Plutarco, para Sócrates cualquier lugar era adecuado para enseñar, porque todo el mundo era una escuela de virtudes. Sostenía que el alma existía antes que el cuerpo y que, antes de entrar en él, estaba dotada de todo el conocimiento; sin embargo, al adquirir forma material se aturdía, aunque, al conversar sobre objetos perceptibles, volvía a despertar y recuperaba el conocimiento original. A partir de estas premisas, trataba de estimular el poder del alma mediante la ironía y el razonamiento inductivo. Se dice de Sócrates que el único objeto de su filosofía era el hombre. Él mismo declaraba que la filosofía era el camino hacia la verdadera felicidad y que tenía una doble finalidad: 1) contemplar a Dios y 2) abstraer el alma de lo material.

Consideraba que los principios de todas las cosas eran tres: Dios, la materia y las ideas. Con respecto a Dios, decía: «No sé lo que es, pero sé lo que no es». Definía la materia como algo sujeto a generación y corrupción y la idea como una sustancia incorruptible: el intelecto de Dios. Para él, la sabiduría era la suma de todas las virtudes. Fueron miembros destacados de la escuela socrática Jenofonte, Esquines, Critón, Simón, Glauco, Simmias y Cebes. El profesor Zeller, el gran experto en filosofías antiguas, ha declarado hace poco que los escritos de Jenofonte en relación con Sócrates son falsos. En el estreno de *Las nubes*

de Aristófanes, una comedia escrita para ridiculizar las teorías de Sócrates, estuvo presente el gran escéptico en persona. Durante la representación, que lo caricaturizaba sentado en una cesta elevada, estudiando el sol, Sócrates se levantó con calma de su asiento para que los espectadores atenienses pudieran comparar sus rasgos poco atractivos con la máscara grotesca que llevaba el actor que se hacía pasar por él.

La escuela elíaca fue fundada por Fedón de Élide, un joven de familia noble que fue comprado para librarlo de la esclavitud a instancias de Sócrates y que se convirtió en su discípulo devoto. Platón admiraba tanto la mentalidad de Fedón que puso su nombre a uno de sus discursos más famosos. El sucesor de Fedón en su escuela fue Plístenes, cuyo sucesor fue Menedemo. Poco se sabe acerca de las doctrinas de la escuela elíaca. Se supone que Menedemo seguía las enseñanzas de Estilpón y la escuela de Megara. Cuando a Menedemo le pedían su opinión, respondía que él era libre, con lo que daba a entender que la mayoría de los hombres eran esclavos de sus opiniones. Parece que Menedemo tenía un temperamento algo belicoso y solía regresar de sus charlas bastante magullado. El más famoso de sus enunciados es el siguiente: «Lo que no es lo mismo se diferencia de aquello de lo que no es lo mismo». Una vez admitido esto, Menedemo continuaba: «Lo provechoso no es lo mismo que lo bueno; por consiguiente, lo bueno no es provechoso». Después de los tiempos de Menedemo, la escuela elíaca pasó a llamarse eretríaca. Sus partidarios se oponían a todos los enunciados negativos y a todas las teorías complejas y abstrusas y declaraban que solo podían ser verdaderas las doctrinas sencillas y afirmativas.

La escuela megárica fue fundada por Euclides de Megara —no hay que confundirlo con el famoso matemático—, gran admirador de Sócrates. Los atenienses aprobaron una ley que condenaba a muerte a todos los ciudadanos de Megara que fueran hallados en la ciudad de Atenas. Sin amilanarse, Euclides se ponía ropa de mujer y acudía por la noche a estudiar con Sócrates. Tras la muerte cruel de su maestro, los discípulos de Sócrates, temiendo correr la misma suerte, huyeron a Megara, donde Euclides los recibió con grandes honores. La escuela megárica aceptaba la doctrina socrática de que la virtud es sabiduría y le añadía el concepto eleático de que la bondad es la unidad absoluta y todo cambio, una ilusión de los sentidos. Euclides sostenía que no hay nada contrario al bien y, por lo tanto, el mal no existe. Cuando le preguntaban por la naturaleza de los dioses, manifestaba que desconocía su manera de ser, salvo que no les gustaban los curiosos.

A los megáricos se los incluye a veces entre los filósofos dialécticos. A Euclides (que murió en el ¿374? a. de C.) le sucedió en su escuela Eubúlides de Mileto, entre cuyos discípulos figuraban Alexinos de Elis y Apolonio Cronos. Eufanto, que vivió hasta una edad avanzada y escribió numerosas tragedias, fue uno de los seguidores más destacados de Eubúlides. Por lo general se incluye a Diodoro en la escuela megárica, porque asistía a las conferencias de Eubúlides. Cuenta la leyenda que Diodoro murió de pena por no poder responder al instante a ciertas preguntas que le formuló Estilpón, que en un tiempo fue maestro de la escuela megárica. Diodoro sostenía que nada se puede mover, porque para moverlo hay que quitarlo del lugar donde está y ponerlo en un lugar donde no está y eso es imposible, porque las cosas tienen que estar siempre en el lugar donde están.

Los cínicos fueron una escuela fundada por Antístenes de Atenas (444-¿365? a. de C.), un discípulo de Sócrates. Su doctrina se puede definir como un individualismo extremo que considera que el hombre existe solo para sí mismo y recomienda rodearlo de falta de armonía, sufrimiento y las necesidades más extremas para obligarlo a replegarse más en su propia naturaleza. Los cínicos renunciaban a todas las posesiones materiales, vivían en los alojamientos más toscos y subsistían con los alimentos más bastos y sencillos. Partiendo de la base de que los dioses no necesitan nada, los cínicos afirmaban que los que menos necesitan están más cerca de las divinidades. Cuando le preguntaban qué le aportaba una vida dedicada a la filosofía, Antístenes respondía que había aprendido a conversar consigo mismo.

A Diógenes de Sínope se lo recuerda sobre todo por el tonel en el que vivió durante muchos años junto al Metroum. Los atenienses adoraban a aquel filósofo mendigo y cuando un joven, en broma, le perforó el tonel, la ciudad le entregó uno nuevo y castigó al joven. Diógenes creía que en la vida nada se consigue adecuadamente sin la práctica. Sostenía que todo lo que hay en el mundo pertenece a los sabios y lo demostraba con el razonamiento siguiente: «Todas las cosas pertenecen a los dioses; los dioses son amigos de los sabios y los amigos comparten las cosas; luego, todas las cosas son de los sabios». Figuran entre los cínicos Mónimo de Siracusa, Onesícrito, Crates de Tebas, Metrocles, Hiparquía (esposa de Crates), Menipo de Gadara y Menedemo.

La escuela cirenaica, fundada por Aristipo de Cirene (435-¿356? a. de C.), promulgaba la doctrina del hedonismo. Tras oír hablar de la fama de Sócrates, Aristipo viajó a Atenas y se concentró en las ense-

ñanzas del gran escéptico. Sócrates, apenado por las tendencias voluptuosas y mercenarias de Aristipo, se esforzó en vano por reformar al joven. Aristipo se caracteriza por ser coherente en los principios y la práctica, porque vivía en perfecta armonía con su filosofía de que la búsqueda del placer era el principal objetivo de la vida. Las doctrinas de los cirenaicos se pueden resumir de esta manera: lo único que realmente se conoce con respecto a cualquier objeto o condición es el sentimiento que despierta en la naturaleza propia del hombre. En el ámbito de la ética, lo que despierta los sentimientos más agradables es, por consiguiente, lo que se considera el mayor bien. Las reacciones emocionales se clasifican en agradables o dulces, violentas y mezquinas. Una emoción agradable acaba en placer; una emoción violenta acaba en dolor y una emoción mezquina no acaba en nada.

Por perversión mental, algunos hombres no desean el placer. Sin embargo, el placer —sobre todo el físico— es el verdadero fin de la existencia y supera en todo sentido al disfrute mental y espiritual. Además, el placer se limita por completo al presente: el único momento es ahora. No se puede mirar al pasado sin lamentarse y no se puede enfrentar el futuro sin recelo, de modo que ninguno de los dos produce placer. El hombre no debería apenarse, porque no hay enfermedad más grave que la pena. La naturaleza permite al hombre hacer todo lo que desee; las únicas limitaciones son sus propias leyes y costumbres. El filósofo es alguien que no siente envidia, amor ni superstición y cuyos días son una prolongada sucesión de placeres. De este modo, Aristipo elevaba la complacencia al lugar más destacado entre las virtudes. Declaró, asimismo, que los filósofos eran muy distintos del resto de los mortales, porque eran los únicos que no cambiarían el orden de su vida aunque se abolieran todas las leyes humanas. Entre los filósofos destacados influidos por las doctrinas cirenaicas figuran Hegesías, Aníceris, Teodoro y Bión.

La escuela de filósofos académicos instituida por Platón (427-347 a. de C.) se dividía en tres partes principales: la Academia antigua, la media y la nueva. Entre los académicos antiguos cabe mencionar a Espeusipo, Jenócrates de Calcedonia, Polemón, Crates y Crantor de Cilicia. Arcesilao instituyó la Academia media y Carnéades fundó la nueva. El principal maestro de Platón fue Sócrates. Platón viajó mucho y fue iniciado por los egipcios en las profundidades de la filosofía hermética; también debe bastante a las doctrinas de los pitagóricos. Cicerón describe la constitución triple de la filosofía platónica, que comprende la

ética, la física y la dialéctica. Según Platón, había tres clases de bien: el bien del alma, que se expresaba a través de las virtudes; el bien del cuerpo, que se expresaba en la simetría y la resistencia de las partes, y el bien en el mundo exterior, que se expresaba a través de la posición social y el compañerismo. En el libro de Espeusipo sobre las definiciones platónicas, este gran platónico define a Dios como «un ser inmortal que vive solo por medio de Sí mismo, al que le basta Su propia bienaventuranza, la esencia eterna, causa de Su propia bondad». Según Platón, el Uno es el término más adecuado para definir lo absoluto, ya que la totalidad precede a las partes y la diversidad depende de la unidad, aunque la unidad no depende de la diversidad. Además, el Uno es antes de ser, porque ser es un atributo o condición del Uno.

La filosofía platónica se basa en el postulado de tres órdenes del ser: lo que se mueve sin inmutarse, lo que se mueve por sí mismo y lo que se mueve. Lo que es inamovible pero se mueve precede a lo que se mueve por sí mismo, que, a su vez, precede a lo que se mueve. Aquello en lo que el movimiento es inherente no se puede separar de su fuerza motriz y, por consiguiente, no se puede desintegrar. De esta naturaleza son los inmortales. Aquello a lo que se aplica movimiento desde fuera se puede separar de la fuente del principio que lo anima y, por consiguiente, está sujeto a disolución. De esta naturaleza son los seres mortales. Por encima tanto de los mortales como de los inmortales está aquella condición que se mueve constantemente y, sin embargo, permanece inmutable. Es inherente a esta constitución la capacidad de permanencia y, por consiguiente, es la permanencia divina sobre la cual todo se establece. Al ser mejor aún que el movimiento autónomo, el motor inmóvil es la categoría suprema. La disciplina platónica se basaba en la teoría de que aprender en realidad es recordar o hacer objetivo el conocimiento adquirido por el alma en un estado de existencia previo. A la entrada de la escuela platónica de la Academia se inscribían las siguientes palabras: «Prohibida la entrada a quien no sepa geometría».

Al morir Platón, sus discípulos se dividieron en dos grupos. Uno de ellos, los académicos, se siguieron reuniendo en la Academia que él había presidido; el otro, los peripatéticos, se trasladaron al Liceo bajo la dirección de Aristóteles (384-322 a. de C.). Platón reconocía a Aristóteles como su principal discípulo y, según Juan Filopón, lo llamaba «la mente de la escuela». Si Aristóteles no asistía a las charlas, Platón decía: «Falta el intelecto». Acerca del genio prodigioso de Aristóteles escribe Thomas Taylor en su introducción a *La metafísica*:

«Si tenemos en cuenta que no solo conocía muy bien todas las ciencias, como demuestran con creces sus obras, sino que ha escrito sobre casi todo lo comprendido dentro del ámbito del conocimiento humano y lo ha hecho con incomparable precisión y habilidad, no sabemos si admirar más la perspicacia o la amplitud de su mente.» Acerca de la filosofía de Aristóteles afirma el mismo autor: «La finalidad de la filosofía moral de Aristóteles es la perfección mediante las virtudes y la finalidad de su filosofía contemplativa es la unión con el principio único de todo».

Para Aristóteles, la filosofía tenía dos partes: una práctica y otra teórica. La filosofía práctica abarcaba la ética y la política, y la teórica, la física y la lógica. Para él, la metafísica era la ciencia relacionada con aquella sustancia en la que el principio de movimiento y reposo es inherente a sí misma. Para Aristóteles, el alma es lo que permite al hombre vivir, sentir y conocer; por consiguiente, le asignaba tres facultades: nutritiva, sensible e intelectiva. Además, consideraba que el alma tenía un doble carácter: racional e irracional, y, en algunos casos, situaba las percepciones de los sentidos por encima de la mental. Aristóteles definía la sabiduría como la ciencia de las causas primeras. Para él, las cuatro grandes divisiones de la filosofía son la dialéctica, la física, la ética y la metafísica. Define a Dios como el primer motor, el Ser perfecto, una sustancia inmóvil, separada de lo sensible, incorpórea, sin partes e indivisible. El platonismo se basa en el razonamiento a priori y el aristotelismo, en el razonamiento a posteriori. Aristóteles enseñó a su discípulo Alejandro Magno a sentir que si un día no había hecho algo bueno, ese día no había reinado. Entre sus seguidores cabe mencionar a Teofrasto, Estratón, Licón, Aristo, Critolao y Diodoro.

Con respecto al escepticismo, tal como lo proponían Pirrón de Elis (365-275 a. de C.) y Timón, Sexto Empírico decía que el que busca debe encontrar o negar que haya encontrado o pueda encontrar o, de lo contrario, seguir buscando. Los que suponen que han encontrado la verdad se llaman dogmáticos; los que la consideran imposible de alcanzar son los académicos, y los que la siguen buscando son los escépticos. Sexto Empírico sintetiza la actitud del escepticismo con respecto a lo cognoscible con estas palabras: «Sin embargo, la base fundamental del escepticismo es que, por cada razón, existe una opuesta equivalente, lo cual nos impide ser dogmáticos». Los escépticos se oponían con firmeza a los dogmáticos y eran agnósticos en cuanto a que, para ellos, las teorías aceptadas con respecto a la divinidad se contradecían entre sí y no se podían demostrar. Los escépticos se preguntaban: «¿Cómo podemos tener un

conocimiento indudable de Dios si no conocemos su sustancia, su forma ni su lugar? Mientras los filósofos sigan manteniendo un desacuerdo irreconciliable en estos puntos, sus conclusiones no se pueden considerar indudablemente verdaderas.» Puesto que el conocimiento absoluto se consideraba inalcanzable, los escépticos decían que la finalidad de su disciplina era la siguiente: «para los dogmáticos, tranquilidad; para los impulsivos, moderación, y para los inquietos, suspensión».

La escuela estoica fue fundada por Zenón de Citio (340-265 a. de C.), discípulo de Crates, el Cínico, a partir del cual se origina esta escuela. Los sucesores de Zenón fueron Cleantes, Crisipo, Zenón de Tanis, Diógenes, Antípatro, Panecio y Posidonio. Los estoicos romanos más famosos son Epícteto y Marco Aurelio. Los estoicos eran, en esencia, panteístas, porque sostenían que, como no hay nada mejor que el mundo, el mundo es Dios. Según Zenón, la razón del mundo se difunde a través de este en forma de semilla. El estoicismo es una filosofía materialista que disfruta de la resignación voluntaria a la ley natural. Crisipo sostenía que, puesto que el bien y el mal son opuestos, ambos son necesarios, porque cada uno apoya al otro. El alma se consideraba un cuerpo distribuido en toda la forma física y sujeto, como ella, a la desintegración. Si bien algunos estoicos sostenían que la sabiduría prolongaba la existencia del alma, en realidad la inmortalidad no figura entre sus principios. Decían que el alma estaba compuesta por ocho partes: los cinco sentidos, el poder generador, el poder vocal y una octava parte, hegemónica. Definían la naturaleza como Dios mezclado con toda la sustancia del mundo. Clasificaban todas las cosas en cuerpos corpóreos o incorpóreos.

La mansedumbre caracterizaba la actitud del filósofo estoico. Mientras Diógenes estaba pronunciando un discurso contra la ira, uno de sus oyentes le escupió con desprecio a la cara. El gran estoico recibió el insulto con humildad y respondió: «No estoy enfadado, ¡pero no sé si debería estarlo o no!».

Epicuro de Samos (341-270 a. de C.) fue el fundador del epicureísmo, que se asemeja en muchos aspectos a la escuela cirenaica, aunque sus niveles éticos son más elevados. Los epicúreos también postulaban el placer como lo más deseable, pero lo concebían como un estado serio y digno, que se alcanzaba mediante la renuncia a todas las veleidades mentales y emocionales que provocan dolor y tristeza. Epicuro sostenía que, del mismo modo que las penas de la mente y el alma son más dolorosas que las del cuerpo, las alegrías de aquellas superan a las físi-

cas. Los cirenaicos afirmaban que el placer dependía de la acción o del movimiento, mientras que los epicúreos sostenían que el descanso o la inactividad también producían placer. Epicuro aceptaba la filosofía de Demócrito con respecto a la naturaleza de los átomos y basaba su física en esta teoría. El epicureísmo se puede resumir en cuatro cánones:

«1) Es imposible engañar a los sentidos, de modo que toda sensación y toda percepción de una apariencia es verdadera. 2) La opinión se basa en los sentidos y se añade a la sensación y puede ser verdadera o falsa. 3) Toda opinión que los sentidos no demuestren que está equivocada es verdadera. 4) Toda opinión que los sentidos contradigan es falsa.» Entre los epicúreos más destacados figuraban Metrodoro de Lámpsaco, Zenón de Sidón y Fedro.

Se puede definir el eclecticismo como la práctica de elegir doctrinas aparentemente irreconciliables, procedentes de escuelas antagónicas, y construir a partir de ellas un sistema filosófico compuesto que cuadre con las convicciones del propio ecléctico. El eclecticismo casi no podría considerarse sensato desde el punto de vista filosófico ni desde el lógico, porque, así como cada escuela llega a sus conclusiones mediante distintos métodos de razonamiento, el producto filosófico de fragmentos de estas escuelas debe, por fuerza, construirse a partir de los cimientos de premisas opuestas. Por consiguiente, el eclecticismo se considera el culto del profano. En el Imperio romano no se pensaba demasiado en la teoría filosófica y, por consiguiente, la mayoría de los pensadores eran eclécticos. Cicerón es un ejemplo excepcional del eclecticismo original, porque sus escritos son un verdadero popurrí de fragmentos inestimables de escuelas de pensamiento anteriores. Parece que el eclecticismo se inició cuando el hombre empezó a dudar de la posibilidad de descubrir la verdad suprema. Al ver que, en el mejor de los casos, todo lo que llamamos conocimiento no son más que opiniones, los menos estudiosos llegaron a la conclusión de que lo más sensato era aceptar lo que parecía más razonable de las enseñanzas de cualquier escuela o individuo. Sin embargo, de esta práctica surgió una falsa amplitud de miras, desprovista del elemento de precisión que tienen que tener la lógica y la filosofía auténticas.

La escuela neopitagórica surgió en Alejandría durante el siglo I de la era cristiana. Solo dos nombres destacan en relación con ella: Apolonio de Tiana y Moderato de Gades. El neopitagorismo es un eslabón entre las filosofías paganas más antiguas y el neoplatonismo. Al igual que aquellas, contenía numerosos elementos exactos de pensamiento derivados

de Pitágoras y Platón y, al igual que el segundo, hacía hincapié en la especulación metafísica y el ascetismo. Varios autores han observado una semejanza notable entre el neopitagorismo y las doctrinas de los esenios. Se ponía especial énfasis en el misterio de los números y es posible que los neopitagóricos tuvieran un conocimiento mucho más amplio de las verdaderas enseñanzas de Pitágoras del que está disponible en la actualidad. Incluso en el siglo I, a Pitágoras se lo consideraba más un dios que un ser humano y, aparentemente, se recurrió a reinstaurar su filosofía con la esperanza de que su nombre despertara interés por los sistemas de aprendizaje más profundos. Sin embargo, la filosofía griega había pasado el apogeo de su esplendor y el grueso de la humanidad estaba abriendo los ojos a la importancia de la vida física y los fenómenos físicos. El énfasis en los asuntos terrenales que empezó a imponerse posteriormente alcanzó su madurez de expresión en el materialismo y el comercialismo del siglo XX, aunque tuvo que intervenir el neoplatonismo y tuvieron que pasar muchos siglos antes de que este énfasis adquiriese forma definida.

Si bien durante mucho tiempo se consideró fundador del neoplatonismo a Amonio Sacas, en realidad la escuela comenzó con Plotino (204-¿269? d. de C.). Entre los neoplatónicos de Alejandría, Siria, Roma y Atenas destacan Porfirio, Jámblico, Salustio, el emperador Juliano, Plutarco y Proclo. El neoplatonismo fue el esfuerzo supremo del paganismo decadente por hacer pública —y, de este modo, preservar para la posteridad— su doctrina secreta (o no escrita). En sus enseñanzas, el idealismo antiguo alcanzaba la máxima perfección. El neoplatonismo se interesaba de forma casi exclusiva por los problemas de la metafísica más elevada. Reconocía la existencia de una doctrina secreta e importantísima que, desde la época de las civilizaciones más primitivas, se ocultaba en los rituales, los símbolos y las alegorías de las religiones y las filosofías. Para quien no esté familiarizado con sus principios fundamentales, el neoplatonismo puede parecer un montón de especulaciones en las que se intercalan fantasías extravagantes. No obstante, esta opinión pasa por alto las instituciones de los Misterios: las escuelas secretas en cuyo profundo idealismo se iniciaron casi todos los primeros filósofos de la Antigüedad.

Cuando se derrumbó el cuerpo físico del pensamiento pagano, se intentó resucitar su forma insuflándole nueva vida, es decir, dando a conocer sus verdades místicas, un esfuerzo que, aparentemente, no obtuvo ningún resultado. Sin embargo, a pesar del antagonismo entre el cristianismo impoluto y el neoplatonismo, aquel aceptó muchos princi-



DE UN GRABADO ANTIGUO, POR CORTESÍA DE CARL OSCAR BORG

EL ESQUEMA PTOLEMAICO DEL UNIVERSO
Al ridiculizar el sistema geocéntrico de astronomía expuesto por Claudio Ptolomeo, los astrónomos modernos han pasado por alto la clave filosófica del sistema ptolemaico. El universo de Ptolomeo es un diagrama que representa las relaciones que existen entre las diversas partes divinas y elementales de cada criatura y no tiene nada que ver con la astronomía, como se entiende esta ciencia en la actualidad. En la figura, llaman especialmente la atención los tres círculos de zodíacos que rodean las órbitas de los planetas. Estos zodíacos representan la triple constitución espiritual del universo. Las órbitas de los planetas son los gobernadores del mundo y las cuatro esferas elementales que hay en el centro representan la constitución física tanto del hombre como del universo. El esquema ptolemaico del universo no es más que un corte transversal del aura universal, y los planetas y los elementos a los que hace referencia no guardan ninguna relación con los que reconocen los astrónomos modernos.

pios básicos de este y los intercaló en el tejido de la filosofía patrística. En síntesis, el neoplatonismo es un código filosófico según el cual todo cuerpo físico o concreto de doctrina no es más que el caparazón de una verdad espiritual a la que se puede acceder a través de la meditación y determinados ejercicios de tipo místico. En comparación con las verdades espirituales esotéricas que contienen, se daba relativamente poco valor a los elementos corpóreos de la religión y la filosofía y tampoco se hacía hincapié en las ciencias materiales.

Se utiliza el término «patrística» para designar la filosofía de los Padres de la Iglesia cristiana primitiva. La filosofía patrística se divide en general en dos épocas: la prenicena y la posnicena. El período prenice-

no se dedicó, en general, a atacar el paganismo y a las apologías y defensas del cristianismo. Se atacó toda la estructura de la filosofía pagana y los dictados de la fe se elevaron por encima de los de la razón. En algunos casos se intentó conciliar las verdades evidentes del paganismo con la revelación cristiana. Entre los padres prenicenos destacan san Ireneo, san Clemente de Alejandría y san Justino Mártir. En el período posniceno se hizo más hincapié en la evolución de la filosofía cristiana siguiendo las líneas platónicas y neoplatónicas, lo que trajo como consecuencia la aparición de numerosos documentos extraños de carácter ambiguo, prolongados e intrincados, y, en su mayoría, con una base filosófica poco sólida. Entre los filósofos posnicenos figuran Atanasio, Gregorio de Nisa y Cirilo de Alejandría. La escuela patrística se caracteriza por hacer hincapié en la supremacía del hombre en el universo. Se consideraba al hombre una creación aparte y divina: el logro máximo de la divinidad y una excepción al protectorado de la ley natural. La patrística no concebía que existiera ninguna otra criatura tan noble, tan afortunada ni tan capaz como el hombre, para cuyo exclusivo beneficio y edificación se habían creado todos los reinos de la naturaleza.

La filosofía patrística culminó con el agustinismo, que se puede definir como un platonismo cristiano. En oposición a la doctrina pelásgica, según la cual el hombre es artífice de su propia salvación, el agustinismo elevó a la Iglesia y sus dogmas a una posición de infalibilidad absoluta que logró mantener hasta la Reforma. En la última parte del siglo I de la era cristiana surgió el gnosticismo, un sistema de emanacionismo que interpreta el cristianismo en función de la metafísica griega, la egipcia y la persa. Prácticamente toda la información que existe sobre los gnósticos y sus doctrinas, estigmatizadas como heréticas por los Padres de la Iglesia prenicenos, deriva de las acusaciones lanzadas contra ellos y en particular de los escritos de san Ireneo. En el siglo III apareció el maniqueísmo, un sistema dualista de origen persa, que enseñaba que el Bien y el Mal competían constantemente por la supremacía universal. El maniqueísmo concibe a Cristo como el Principio del Dios redentor, en contraposición al Jesús hombre, que se consideraba una personalidad malvada.

La muerte de Boecio, en el siglo VI, supuso el final de la escuela filosófica de la antigua Grecia. En el siglo IX surgió la escuela nueva del escolasticismo, que pretendía conciliar la filosofía con la teología. El eclecticismo de Juan de Salisbury, el misticismo de Bernardo de Claraval y san Buenaventura, el racionalismo de Pedro Abelardo y el misti-

cismo panteísta de Meister Eckhart representan las principales divisiones de la escuela escolástica. Entre los aristotélicos árabes figuraban Avicena y Averroes. El escolasticismo alcanzó su cenit con la llegada de san Alberto Magno y su ilustre discípulo, santo Tomás de Aquino. El tomismo (la filosofía de santo Tomás de Aquino, algunas veces considerado el Aristóteles cristiano) trató de conciliar las diversas facciones de la escuela escolástica. El tomismo era fundamentalmente aristotélico, a lo que se añadía el concepto de que la fe es una proyección de la razón.

El escotismo, o la doctrina del voluntarismo promulgada por Juan Duns Escoto, un escolástico franciscano, destacaba el poder y la eficacia de la voluntad individual, en oposición al tomismo. La característica más destacada del escolasticismo era su esfuerzo frenético por formular todo el pensamiento europeo según el modelo aristotélico, hasta llegar al punto de rebajar el papel de los maestros, que seleccionaban con tanto cuidado las palabras de Aristóteles que no dejaron más que los huesos. Contra esta escuela decadente de verborrea sin sentido dirigió su amarga ironía sir Francis Bacon y la relegó a la fosa común de las nociones descartadas.

El razonamiento baconiano o inductivo (según el cual a los hechos se llega mediante la observación y se los verifica mediante la experimentación) preparó el camino para las escuelas de la ciencia moderna. El continuador de Bacon fue Thomas Hobbes —fue su secretario durante un tiempo—, que sostenía que la matemática era la única ciencia exacta y consideraba al pensamiento un proceso esencialmente matemático. Para Hobbes, la materia era la única realidad y la investigación científica se limitaba al estudio de los cuerpos, los fenómenos en relación con sus causas probables y las consecuencias que surgen de ellos en cualquier variedad de circunstancias. Hobbes hacía especial hincapié en el significado de las palabras y, según él, el entendimiento era la facultad de percibir la relación entre las palabras y los objetos que representan.

Tras apartarse de la escuela escolástica y la teológica, la filosofía moderna, o postreforma, experimentó un crecimiento de lo más prolífico a lo largo de diversas líneas. Según el humanismo, el hombre es el centro de todo; para el racionalismo, la facultad de razonar es la base de todo conocimiento; la filosofía política sostiene que el hombre debe ser consciente de sus privilegios naturales, sociales y nacionales; para el empirismo, solo es verdadero lo que se puede demostrar mediante experimentos o la experiencia; el moralismo destaca la necesidad de una conducta recta como principio filosófico fundamental; el idealismo con-

sidera que las realidades del universo van más allá de lo físico: son mentales o psíquicas; el realismo opina lo contrario, y el fenomenalismo restringe el conocimiento a hechos o acontecimientos que se pueden describir o explicar de forma científica. Las corrientes más recientes en el campo del pensamiento filosófico son el conductismo y el neorrealismo: el primero valora las características intrínsecas mediante un análisis de la conducta y el segundo se puede resumir como la extinción absoluta del idealismo.

El notable filósofo holandés Baruch Spinoza concebía a Dios como una sustancia que existe exclusivamente por sí misma y que no necesita ninguna otra concepción —aparte de ella misma— para volverse completa e inteligible. Según Spinoza, la única manera de conocer la naturaleza de este Ser es a través de sus atributos, que son la extensión y el pensamiento, que se combinan para formar una variedad infinita de aspectos o modos. La mente del hombre es uno de los modos del pensamiento infinito y el cuerpo del hombre es uno de los modos de la extensión infinita. Gracias a la razón, el hombre se puede elevar por encima del mundo ilusorio de los sentidos y encontrar el reposo eterno en la unión perfecta con la Esencia Divina. Se ha dicho que Spinoza privaba a Dios de toda personalidad y convertía a la divinidad en sinónimo del universo.

La filosofía alemana comenzó con Gottfried Wilhelm von Leibniz, cuyas teorías están impregnadas de optimismo e idealismo. Sus criterios de la razón suficiente le revelaron la insuficiencia de la teoría cartesiana de la extensión, por lo cual llegó a la conclusión de que la sustancia en sí contenía una fuerza inherente en forma de una cantidad incalculable de unidades distintas y suficientes. La materia reducida a sus partículas fundamentales deja de existir como cuerpo sustancial y se resuelve en una masa de ideas inmateriales o unidades metafísicas de fuerza, que Leibniz llamaba «mónadas»; es decir, que el universo está compuesto por una cantidad infinita de seres monádicos independientes que se desarrollan espontáneamente mediante la objetivación de cualidades activas innatas. Todas las cosas se conciben como compuestas por mónadas únicas de diversas magnitudes o por la suma de estos cuerpos, que pueden existir en forma de sustancias físicas, emocionales, mentales o espirituales. Dios es la primera mónada y la más grande; el espíritu humano es una mónada despierta, en contraposición a los reinos inferiores, regidos por fuerzas monádicas que están semidormidas.

A pesar de ser un producto de la escuela de Leibniz y de Wolff, Immanuel Kant, como Locke, se dedicó a investigar las fuerzas y los límites del entendimiento humano. El resultado fue su filosofía crítica, que abarca la crítica de la razón pura, la crítica de la razón práctica y la crítica del juicio. El doctor W. J. Durant sintetiza brevemente la filosofía de Kant al afirmar que ha rescatado la mente de la materia. Kant concebía la mente como selectora y coordinadora de todas las percepciones, que, a su vez, son el resultado de sensaciones que se agrupan en torno a un objeto exterior. En la clasificación de las sensaciones y las ideas, la mente emplea determinadas categorías: de sentido, tiempo y espacio; de conocimiento, calidad, relación, modalidad y causa, y la unidad de apercepción. Por estar sometidos a leyes matemáticas, el tiempo y el espacio se consideran bases absolutas y suficientes para el pensamiento exacto. Según la razón práctica de Kant, mientras que la razón jamás podría comprender la naturaleza del *noúmeno*, el hecho de la moralidad demuestra la existencia de tres postulados necesarios: el libre albedrío, la inmortalidad y Dios. En la crítica del juicio, Kant demuestra la unión del *noúmeno* con el fenómeno en el arte y en la evolución biológica. El superintelectualismo alemán es consecuencia de que la teoría de Kant haga demasiado hincapié en la supremacía autocrática de la mente con respecto a la sensación y el pensamiento. La filosofía de Johann Gottlieb Fichte fue una proyección de la de Kant, en la que intentó unir la razón práctica de Kant con su razón pura. Según Fichte, lo que uno sabe no es más que el contenido de su propia conciencia y nada existe para el que sabe hasta que pasa a formar parte de este contenido. Por consiguiente, no hay nada real, salvo los hechos de la propia experiencia mental de cada uno.

Reconociendo la necesidad de ciertas realidades objetivas, Friedrich Wilhelm Joseph von Schelling, que sucedió a Fichte en la cátedra de Filosofía, en Jena, utilizó por primera vez la doctrina de la identidad como base para desarrollar un sistema filosófico completo. Mientras que para Fichte el ser era lo absoluto, según Von Schelling el infinito y la mente eterna eran la causa omnipresente. Uno puede captar lo absoluto gracias a la intuición intelectual, que, por tratarse de un sentido superior o espiritual, se puede disociar tanto del sujeto como del objeto. Para Von Schelling, las categorías kantianas de espacio y tiempo eran positivas y negativas, respectivamente, y la existencia material era el resultado de la acción recíproca de estas dos expresiones. Von Schelling sostenía también que, en su proceso de autodesarrollo, lo absoluto si-

gue una ley o un ritmo que consiste en tres movimientos: el primero, un movimiento de reflexión, es el intento de lo infinito de plasmarse en lo finito; el segundo, el de subsumisión, es el intento de lo absoluto de regresar a lo infinito tras relacionarse con lo finito; el tercero, el de la razón, es el punto neutro en el cual se combinan los dos movimientos anteriores.

Como para Georg Wilhelm Friedrich Hegel la intuición intelectual de Von Schelling carecía de fundamento filosófico, se dedicó a establecer un sistema filosófico basado en la lógica pura. Se ha dicho de Hegel que, a partir de la nada, demostró con precisión lógica cómo había surgido todo de ella, siguiendo un orden lógico. Hegel elevó la lógica a una posición de importancia suprema, de hecho, como una cualidad de lo absoluto propiamente dicho. Concebía a Dios como un proceso de desenvolvimiento que jamás alcanza la condición de desenvuelto. Asimismo, el pensamiento no tiene ni principio ni final. Hegel también creía que todas las cosas existen gracias a sus contrarios y que en realidad todos los contrarios son idénticos. Por consiguiente, lo único que existe es la relación de los contrarios entre sí y a través de sus combinaciones se producen elementos nuevos. Como la mente divina es un proceso eterno de pensamiento que jamás se alcanza, Hegel ataca los cimientos mismos del teísmo y su filosofía limita la inmortalidad exclusivamente a la divinidad eterna. Por consiguiente, la evolución es el flujo incesante de la conciencia divina al salir de sí misma y toda la creación, a pesar de estar en constante movimiento, jamás llega a ningún estado más que el de flujo incesante.

La filosofía de Johann Friedrich Herbart fue una reacción realista al idealismo de Fichte y de Von Schelling. Para Herbart, la verdadera base de la filosofía era la gran cantidad de fenómenos que pasaban constantemente por la mente humana. Sin embargo, si se examinan los fenómenos, se demuestra que una gran parte son irreales o, como mínimo, incapaces de proporcionar a la mente la auténtica verdad. Herbart opinaba que, para corregir las impresiones falsas provocadas por los fenómenos y descubrir la realidad, había que descomponer los fenómenos en distintos elementos, porque la realidad existe en los elementos y no en la totalidad. Afirmaba que los objetos se pueden clasificar de tres maneras generales: cosa, materia y mente. La primera es una unidad de varias propiedades; la segunda, un objeto real, y la tercera, un ser consciente de sí mismo. Sin embargo, los tres conceptos dan lugar a algunas contradicciones y Herbart se preocupa fundamentalmente de resolverlas. Tengamos en cuenta la materia, por ejemplo, que, aunque es capaz

de llenar un espacio, si se reduce a su estado primordial, está formada por unidades incomprensiblemente diminutas de energía divina que no ocupan nada de espacio físico.

El verdadero tema de la filosofía de Arthur Schopenhauer es la voluntad; su filosofía tiene por objeto elevar la mente hasta el punto en que es capaz de controlar la voluntad. Schopenhauer compara la voluntad con un ciego robusto que lleva sobre sus espaldas al intelecto, que es un hombre débil y tullido, pero dotado de vista. La voluntad es la causa incansable de la manifestación y todas las partes de la naturaleza son producto de la voluntad. El cerebro es el producto de la voluntad de saber; la mano es el producto de la voluntad de aprehender. Todas las constituciones intelectuales y emocionales del hombre están al servicio de la voluntad y tienen que ver, en gran medida, con el esfuerzo de justificar los dictados de la voluntad. De este modo, la mente crea sistemas complejos de pensamiento simplemente para demostrar la necesidad del objeto deseado. El genio, sin embargo, representa el estado en el cual el intelecto ha alcanzado la supremacía sobre la voluntad y la vida se rige por la razón, en lugar de por el impulso. La fuerza del cristianismo, según Schopenhauer, consistía en su pesimismo y en su conquista de la voluntad individual. Sus propios puntos de vista religiosos se parecían mucho a los de los budistas. Para él, el nirvana representaba la represión de la voluntad. Según él, la vida, como manifestación del deseo ciego de vivir, era una desgracia y decía que el



DE *ANCIENT MYSTERIES DESCRIBED* DE HONE

UNA TRINIDAD CRISTIANA

Para tratar de representar en una figura adecuada la doctrina cristiana de la Trinidad, hubo que crear una imagen en la cual las tres personas (el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo) estuvieran separadas y, sin embargo, fueran una. En distintas partes de Europa se pueden ver figuras semejantes a esta, que muestra tres rostros unidos en una sola cabeza. Se trata de un método de simbolismo legítimo, porque a quienes comprenden la importancia sagrada de la cabeza triple se les revela un gran misterio. No obstante, ante este tipo de aplicaciones de la simbología al arte cristiano, no resulta demasiado adecuado considerar ignorantes a los filósofos de otras fes si, como los hindúes, tienen un Brahma con tres caras o, como los romanos, un Jano con dos.

verdadero filósofo es aquel que, reconociendo la sabiduría de la muerte, se resistía al impulso inherente de reproducir su especie.

De Friedrich Wilhelm Nietzsche se ha dicho que su aportación particular a la causa de la esperanza humana fue la buena noticia de que Dios había muerto de pena. Las características más destacadas de la filosofía de Nietzsche son su doctrina de la recurrencia eterna y la gran importancia que atribuía a la voluntad de poder, una proyección de la voluntad de vivir de Schopenhauer. Nietzsche creía que la finalidad de la existencia era producir un tipo de individuo todopoderoso —él lo llamaba «superhombre»—, que había que criar con mucho cuidado, porque, si no era separado por la fuerza de la masa y consagrado a producir poder, aquel individuo volvería a descender al nivel de los mediocres. Según Nietzsche, había que sacrificar el amor para producir el superhombre y solo debían casarse los que estaban mejor equipados para producir aquel tipo extraordinario. Nietzsche creía también en la norma de la aristocracia y tanto la sangre como la reproducción eran fundamentales para establecer aquel tipo superior. La doctrina de Nietzsche no liberaba a las masas, sino que colocaba por encima de ellas a los superhombres, por los cuales los hermanos inferiores debían estar totalmente resignados a morir. Desde el punto de vista ético y el político, el superhombre hacía lo que le daba la gana. Para los que entienden que el verdadero significado del poder es la virtud, el autocontrol y la verdad, la idealidad de la teoría de Nietzsche resulta evidente. Para los superficiales, en cambio, es una filosofía cruel y calculadora, que solo se interesa por la supervivencia de los más aptos.

La limitación de espacio nos impide mencionar en detalle las demás escuelas alemanas de pensamiento filosófico. Los avances más recientes de la escuela alemana son el freudianismo y el relativismo (a menudo llamado «la teoría de Einstein»). Aquel es un sistema de psicoanálisis a través de fenómenos psicopáticos y neurológicos; este ataca la precisión de los principios mecánicos en función de la teoría actual de la velocidad.

René Descartes está situado a la cabeza de la escuela francesa de filosofía y comparte con sir Francis Bacon el honor de haber fundado los sistemas de la ciencia y la filosofía modernas. Mientras que Bacon basaba sus conclusiones en la observación de lo externo, Descartes fundaba su filosofía metafísica en la observación de lo interno. El cartesianismo (la filosofía de Descartes) primero elimina todo y después sustituye como fundamentales las premisas sin las cuales es imposible la existen-

cia. Para Descartes, una idea es lo que llega a la mente cuando concebimos algo y su verdad se debe determinar mediante los criterios de claridad y diferenciación. Por consiguiente, una idea clara y distinta tenía que ser verdad. Descartes se distingue también por desarrollar su propia filosofía sin recurrir a la autoridad, de modo que sus conclusiones parten de las premisas más sencillas y su complejidad aumenta a medida que la estructura de su filosofía va cobrando forma.

El positivismo de Auguste Comte se basa en la teoría de que el intelecto humano se desarrolla pasando por tres etapas del pensamiento. El estadio primero e inferior es el teológico; el segundo es el metafísico, y el tercero y más elevado, el positivo. Resulta así que la teología y la metafísica son débiles esfuerzos intelectuales de la mente infantil de la humanidad y el positivismo es la expresión mental del intelecto adulto. En su *Cours de philosophie positive*, Comte escribe lo siguiente:

«En la etapa final, la positiva, la mente ha renunciado a la búsqueda vana de nociones absolutas, el origen y el destino del universo y las causas de los fenómenos y se dedica a estudiar sus leyes, es decir, sus relaciones invariables de sucesión y semejanza. El razonamiento y la observación, bien combinados, son los medios para adquirir este conocimiento». La teoría de Comte se describe como «un sistema enorme de materialismo». Según Comte, antes se decía que los cielos proclaman la gloria de Dios, pero ahora se limitan a narrar la gloria de Newton y Laplace.

Entre las escuelas francesas de filosofía figuran el tradicionalismo —a menudo se aplica este término al cristianismo—, para el cual la tradición es la base de la filosofía; la escuela sociológica, que considera la humanidad un inmenso organismo social; los enciclopedistas, cuyo esfuerzo por clasificar el conocimiento según el sistema baconiano revolucionó el pensamiento europeo; el volterianismo, que se oponía al origen divino de la fe cristiana y adoptó una actitud de máximo escepticismo con respecto a todo lo relacionado con la teología, y el neocriticismo, una revisión francesa de las doctrinas de Immanuel Kant.

Henri Bergson, el intuicionista, sin duda el más importante de los filósofos franceses vivos, presenta una teoría de antiintelectualismo místico que parte de la premisa de la evolución creativa. No tardó en hacerse popular, porque apela a los mejores sentimientos de la naturaleza humana, que se rebela contra la desesperanza y la impotencia de la ciencia materialista y la filosofía realista. Bergson ve a Dios como la vida, luchando constantemente contra las limitaciones de la materia. Incluso

concibe la posible victoria de la vida sobre la materia y, con el tiempo, la aniquilación de la muerte.

Aplicando a la mente el método baconiano, John Locke, el gran filósofo inglés, afirmaba que todo lo que pasa por la mente es un objeto legítimo de la filosofía mental y que estos fenómenos mentales son tan reales y tan válidos como los objetos de cualquier otra ciencia. En sus investigaciones sobre el origen de los fenómenos, Locke partía de la premisa baconiana de que primero había que hacer una historia natural de los hechos. Para Locke, la mente está en blanco hasta que se graba en ella la experiencia, de modo que la mente se construye a partir de las impresiones recibidas, a las que se suma la reflexión. Locke creía que el alma era incapaz de percibir la divinidad y que la conciencia o la cognición que el hombre tenía de Dios no era más que una inferencia de la facultad de razonamiento. David Hume fue el más entusiasta y también el más influyente de los discípulos de Locke.

El obispo George Berkeley sustituyó el sensacionalismo de Locke con una filosofía fundada en las premisas fundamentales de este, pero desarrollada como un sistema de idealismo. Berkeley sostenía que las ideas son el verdadero objeto del conocimiento. Según él, era imposible demostrar que las sensaciones fuesen causadas por objetos materiales y también trató de probar que la materia no existe. Berkeley sostiene que el universo está impregnado y regido por la mente; por consiguiente, creer en la existencia de los objetos materiales no es más que un estado mental y es posible que hasta los propios objetos sean un invento de la mente. Al mismo tiempo, para Berkeley, poner en duda la precisión de las percepciones era peor que la locura, porque, si se cuestiona el poder de la facultad de percibir, el hombre queda reducido a una criatura incapaz de conocer, de juzgar o de realizar ninguna otra cosa.

En el asociacionismo de Hartley y Hume se adelantaba la teoría de que la asociación de ideas es el principio fundamental de la psicología y la explicación de todos los fenómenos mentales. Hartley sostenía que, si una sensación se repite varias veces, es que hay una tendencia a que se repita espontáneamente, que se puede despertar si se asocia con alguna otra idea, aun si no está presente el objeto que provocaba la reacción original. Según el utilitarismo de Jeremy Bentham, el arcediano Paley y James y John Stuart Mill, el mayor bien es lo que es más útil para la mayor cantidad de personas. John Stuart Mill creía que si se puede alcanzar el conocimiento de las propiedades de las cosas por me-

dio de la sensación, mediante un estado mental más elevado —es decir, la intuición o la razón— también se puede lograr el conocimiento de la verdadera sustancia de las cosas.

El darwinismo es la doctrina de la selección natural y la evolución física. Con respecto a Charles Robert Darwin se ha dicho que decidió desterrar por completo el espíritu del universo y convertir la mente infinita y omnipresente en sinónimo de los poderes penetrantes de una naturaleza impersonal. El agnosticismo y el neohegelianismo son también productos destacados de este período del pensamiento filosófico. El primero es la creencia en que la naturaleza de lo supremo es incognoscible y el segundo, una revisión inglesa y estadounidense del idealismo de Hegel.

El doctor W. J. Durant declara que la gran obra de Herbert Spencer, *Primeros principios*, lo convirtió casi de inmediato en el filósofo más famoso de su época. El spenciarianismo es un positivismo filosófico que describe la evolución como una complejidad cada vez mayor, con el equilibrio como el estado más elevado posible. Según Spencer, la vida es un proceso constante desde la homogeneidad hasta la heterogeneidad y de vuelta de la heterogeneidad a la homogeneidad. La vida también supone la adaptación constante de las relaciones internas a las externas. El aforismo más famoso de Spencer es su definición de la divinidad: «Dios es la inteligencia infinita, diversificada hasta el infinito en un tiempo y un espacio infinitos, que se manifiesta a través de una infinidad de individualidades en constante evolución». Spencer destacaba la universalidad de la ley de la evolución y la aplicaba no solo a la forma, sino también a la inteligencia que hay detrás de la forma. En todas las manifestaciones del ser reconocía la tendencia fundamental a ir de lo sencillo a lo complejo y observaba que, cuando se alcanza el punto de equilibrio, siempre va seguido del proceso de disolución. Según Spencer, sin embargo, la desintegración solo se producía para que a continuación pudiera haber reintegración a un nivel superior del ser.

El puesto principal de la escuela italiana de filosofía habría que adjudicárselo a Giordano Bruno, que, tras aceptar con entusiasmo la teoría de Copérnico de que el sol es el centro del sistema solar, anunció que el sol es una estrella y que todas las estrellas son soles. En aquella época, la tierra se consideraba el centro de toda la creación, de modo que, cuando Bruno relegó al mundo y al hombre a un rincón oscuro del espacio, se produjo un cataclismo. Bruno pagó con su vida la herejía de

afirmar la multiplicidad de los universos y de concebir el cosmos como algo tan vasto que no se podía llenar con un solo credo.

El vicoísmo es una filosofía basada en las conclusiones de Giovanni Battista Vico, que sostenía que Dios no controla Su mundo de forma milagrosa, sino mediante las leyes naturales. Según él, las leyes por las cuales los hombres se rigen a sí mismos nacen de una fuente espiritual que hay dentro de la humanidad y que está en comunicación con la ley divina; por consiguiente, la ley material tiene origen divino y refleja los dictados del Padre Espiritual. La filosofía del ontologismo, desarrollada por Vincenzo Gioberti —por lo general se lo considera más teólogo que filósofo—, plantea a Dios como el único ser y el origen de todo conocimiento y el conocimiento como algo idéntico a la propia divinidad. Por consiguiente, llama Ser a Dios y todas las demás manifestaciones son existencias. Para descubrir la verdad, hay que reflexionar acerca de este misterio.

El más importante de los filósofos italianos modernos es Benedetto Croce, un idealista hegeliano. Para Croce, las ideas son la única realidad. Es antiteológico en sus puntos de vista, no cree en la inmortalidad del alma y pretende sustituir la religión con la ética y la estética. Entre otras ramas de la filosofía italiana cabe mencionar el sensismo (sensacionalismo), según el cual las percepciones sensoriales son los únicos canales para recibir el conocimiento; el criticismo, o la filosofía del juicio exacto, y el neoescolasticismo, que es una reinstauración del tomismo alentada por la Iglesia católica.

Las dos escuelas más destacadas de la filosofía estadounidense son el trascendentalismo y el pragmatismo. El trascendentalismo, que aparece en las obras de Ralph Waldo Emerson, destaca el poder de lo trascendental por encima de lo físico. Muchos de los escritos de Emerson manifiestan una acusada influencia oriental, en particular sus ensayos sobre la superalma y la ley de compensación. Si bien la teoría del pragmatismo no es obra del profesor William James, a sus esfuerzos debe su amplia popularidad como principio filosófico. El pragmatismo se puede definir como la doctrina según la cual el significado y la naturaleza de las cosas se descubren a partir del análisis de sus consecuencias. La verdad, según James, «no es más que una cualidad funcional de nuestra forma de pensar, así como "lo correcto" no es más que una cualidad funcional de nuestra manera de actuar». (Véase su *Pragmatismo*.) John Dewey, el instrumentalista, que aplica la actitud experimental a todos los propósitos de la vida, se debe considerar un comentarista de James. Para

Dewey, el crecimiento y el cambio son ilimitados y no postula nada supremo. Por su prolongada residencia en Estados Unidos, el español Jorge Santayana merece figurar entre los filósofos estadounidenses. Defendiéndose a sí mismo con el escudo del escepticismo tanto de las ilusiones de los sentidos como del cúmulo de errores de todos los tiempos. Santayana procura conducir a la humanidad a un estado de mayor percepción, que él denomina «la vida de la razón».

(Además de las autoridades ya citadas, durante la preparación de este compendio sobre las ramas principales del pensamiento filosófico, el autor ha tenido acceso a *The History of Philosophy* de Stanley, *An Historical and Critical View of the Speculative Philosophy of Europe in the Nineteenth Century* de Morell, *Modern Thinkers and Present Problems* de Singer, *Modern Classical Philosophers* de Rand, *Historia general de la filosofía* de Windelband, *Present Philosophical Tendencies* de Perry, *Lectures on Metaphysics and Logic* de Hamilton y *The Story of Philosophy* de Durant.)

Después de haber detallado la evolución más o menos secuencial de la especulación filosófica desde Tales hasta James y Bergson, corresponde ahora llamar la atención del lector hacia los elementos y las circunstancias que conducen a la génesis del pensamiento filosófico. Aunque los helenos demostraron ser particularmente sensibles a las disciplinas filosóficas, no se debe considerar que esta ciencia de las ciencias nació con ellos. Escribe Thomas Stanley: «Aunque algunos griegos han atribuido a su nación el origen de la filosofía, los más eruditos de ellos reconocen que procede de Oriente». Las magníficas instituciones del saber hindúes, caldeas y egipcias se deben reconocer como el verdadero origen de la sabiduría griega, que se basó en las sombras proyectadas por los santuarios de Ellora. Ur y Menfis sobre la sustancia del pensamiento de un pueblo primitivo. Tales, Pitágoras y Platón, en sus andanzas filosóficas, estuvieron en contacto con muchos cultos distantes y regresaron con la tradición de Egipto y el Oriente inescrutable.

A partir de hechos incuestionables como estos, resulta evidente que la filosofía surgió de los Misterios religiosos de la Antigüedad y que no se separó de la religión hasta después de la decadencia de estos. Por consiguiente, quien quiera comprender las profundidades del pensamiento filosófico debe familiarizarse con las enseñanzas de los sacerdotes iniciados, que fueron los primeros custodios de la revelación divina. Se supone que los Misterios eran los guardianes de un conocimiento trascendental tan profundo que resultaba incomprensible salvo para el

intelecto más elevado y tan poderoso que solo se podía revelar sin riesgos a quienes carecían de toda ambición personal y habían consagrado su vida al servicio desinteresado de la humanidad. Tanto de la dignidad de aquellas instituciones sagradas como de la validez de su afirmación de que poseían la sabiduría universal dan fe los filósofos más ilustres de la Antigüedad, que se habían iniciado en las profundidades de la doctrina secreta y daban testimonio de su eficacia.

Es legítimo formularse la pregunta siguiente: si estas instituciones místicas antiguas tuvieron tanta trascendencia, ¿por qué disponemos en la actualidad de tan poca información acerca de ellas y de los arcanos que decían poseer? La respuesta es bastante sencilla: los Misterios eran sociedades secretas que obligaban a sus iniciados a guardar un secreto inviolable y castigaban con la muerte la traición de los deberes sagrados. Aunque aquellas escuelas fueron la verdadera inspiración de las diversas doctrinas promulgadas por los filósofos antiguos, el origen de aquellas doctrinas no se revelaba jamás a los profanos. Además, con el correr del tiempo, las enseñanzas quedaron unidas de forma tan inextricable a los nombres de quienes las difundieron que las verdaderas fuentes —los Misterios—, de tan recónditas, se perdieron en el olvido.

La lengua de los Misterios es el simbolismo; de hecho, es la lengua no solo del misticismo y la filosofía, sino de toda la naturaleza, porque todas las leyes y los poderes que actúan en el universo se manifiestan ante las limitadas percepciones sensoriales del hombre por medio de símbolos. Todas las formas que existen en la esfera diversificada del ser son símbolos de la actividad divina que las produce. Mediante símbolos han procurado siempre los hombres comunicarse mutuamente aquellos pensamientos que trascienden las limitaciones del lenguaje. Tras rechazar los dialectos creados por el hombre por inadecuados o indignos de perpetuar ideas divinas, los Misterios eligieron el simbolismo como un método ideal y mucho más ingenioso de conservar su conocimiento trascendental. Con una sola figura, un símbolo puede revelar y ocultar al mismo tiempo, porque, para el que sabe, el tema del símbolo resulta evidente, mientras que, para el ignorante, la figura sigue siendo inescrutable. Por consiguiente, quien pretenda descubrir la doctrina secreta de la Antigüedad no debe buscarla en las páginas abiertas de los libros que podrían caer en manos de quienes no los merecen, sino en el lugar en el que fue escondida originariamente.

Los iniciados de la Antigüedad tuvieron visión de futuro. Se dieron cuenta de que las naciones pasan, de que los imperios alcanzan su gran-

deza y decaen y de que. después de la época dorada de las artes. las ciencias y el idealismo, llega la edad oscura de la superstición. Teniendo en cuenta sobre todo las necesidades de la posteridad. los sabios antiguos llegaron a extremos inconcebibles para asegurarse de preservar su conocimiento. Lo grabaron en las paredes de las montañas y lo ocultaron dentro de las dimensiones de imágenes colosales. cada una de las cuales era una maravilla geométrica. Escondieron lo que sabían de química y matemática en mitologías que los ignorantes perpetuarían o en los arcos de sus templos, que el tiempo no ha destruido del todo. Escribieron en caracteres que ni el vandalismo de los hombres ni la furia implacable de los elementos pudieron borrar por completo. Hoy los hombres contemplan con respeto reverencial los gigantescos colosos de Memnón, que se alzan solos en las arenas de Egipto. o las extrañas pirámides escalonadas de Palenque. Son testimonios mudos de las artes y las ciencias perdidas de la Antigüedad y tal sabiduría debe permanecer oculta hasta que nuestra raza haya aprendido a leer el lenguaje universal: el simbolismo.

El libro al que corresponde esta introducción está dedicado a la proposición de que en estas figuras, alegorías y rituales emblemáticos de los antiguos se oculta una doctrina secreta que tiene que ver con los misterios profundos de la vida y que esta doctrina ha sido preservada en su totalidad por un grupo reducido de mentes iniciadas desde el principio del mundo. Al partir, aquellos filósofos iluminados han dejado sus fórmulas para que otros también pudieran llegar a comprender. Sin embargo, para que aquellos procesos secretos no cayeran en manos incultas y se pervirtieran, el Gran Arcano siempre se ha escondido en símbolos o alegorías y los que hoy alcancen a descubrir sus claves ocultas pueden abrir con ellas un tesoro de verdades filosóficas, científicas y religiosas.

II

Los misterios antiguos y las sociedades secretas que han influido en el simbolismo masónico moderno

PRIMERA PARTE

Cuando tienen que hacer frente a un problema que exige aplicar la facultad de razonamiento, las personas inteligentes no pierden el aplomo y tratan de encontrar una solución buscando datos que tengan que ver con la cuestión. En cambio, ante un problema similar, las de mentalidad inmadura se abruman. Es posible que aquellas estén capacitadas para resolver el enigma de su propio destino; a estas, en cambio, hay que conducirlas como a un rebaño de ovejas y hay que enseñarles en un lenguaje sencillo. Dependen casi exclusivamente de los cuidados del pastor. El apóstol san Pablo decía que a estos niños había que alimentarlos con leche, mientras que la carne es la comida de los hombres fuertes. La irreflexión es casi sinónimo de puerilidad, mientras que la reflexión simboliza la madurez.

Hay, no obstante, muy pocas mentes maduras en el mundo y por eso las doctrinas filosófico-religiosas de los paganos se dividieron para satisfacer las necesidades de estos dos grupos fundamentales del intelecto humano: uno, filosófico y el otro, incapaz de apreciar los misterios más profundos de la vida. A los pocos capaces de discernir les fueron reveladas las enseñanzas esotéricas o espirituales, mientras que la mayoría incompetente recibió solo las interpretaciones literales o exotéricas. A fin de simplificar las grandes verdades de la naturaleza y los principios abstractos de la ley natural, las fuerzas vitales del universo se personificaron y se transformaron en los dioses de las mitologías antiguas. Mientras las multitudes ignorantes presentaban sus ofrendas ante los altares de Príapo y de Pan (divinidades que representan las energías de la procreación), los sabios reconocían en aque-

llas estatuas de mármol meras concreciones simbólicas de grandes verdades abstractas.

En todas las ciudades del mundo antiguo había templos para el culto y las ofrendas del público y en todas las comunidades había también filósofos y místicos muy versados en las tradiciones naturales que solían reunirse y formar escuelas filosóficas y religiosas cerradas. Los más importantes de aquellos grupos se conocían con el nombre de «Misterios». Muchos de los grandes cerebros de la Antigüedad fueron iniciados en aquellas fraternidades secretas mediante ritos extraños y misteriosos, algunos de los cuales eran sumamente crueles. Alexander Wilder define los Misterios como «obras dramáticas sagradas que se representaban en momentos señalados. Los más famosos eran los de Isis, Sabazios, Cibeles y Eleusis.» Una vez admitidos, se instruía a los iniciados en la sabiduría secreta que se había preservado durante siglos. Platón, iniciado en una de estas órdenes secretas, fue muy criticado, porque en sus obras reveló muchos de los principios filosóficos secretos de los Misterios.

Todas las naciones paganas han tenido y tienen no solo su religión oficial, sino también otra a la cual solo han podido acceder los filósofos elegidos. Muchos de estos cultos antiguos desaparecieron de la faz de la tierra sin revelar sus secretos, aunque unos cuantos han sobrevivido la prueba del tiempo y sus símbolos misteriosos todavía se conservan. Buena parte del ritualismo de la masonería se basa en las pruebas a las que los hierofantes antiguos sometían a los candidatos antes de confiarles las llaves de la sabiduría.

Pocos se dan cuenta de hasta qué punto las antiguas escuelas secretas han influido en los intelectos contemporáneos y, a través de ellos, en la posteridad. Robert Macoy, del grado 33, en su *General History, Cyclopedia and Dictionary of Freemasonry*, rinde un homenaje espléndido al papel que han desempeñado los antiguos Misterios en la construcción del edificio de la cultura humana. Dice, en parte: «Parece que toda la perfección de la civilización y todos los avances de la filosofía, la ciencia y el arte entre los antiguos se deben a aquellas instituciones que, bajo el velo del misterio, intentaban poner de manifiesto las verdades más sublimes de la religión, la moralidad y la virtud y estamparlas en el corazón de sus discípulos. [...] Su objetivo principal era enseñar la doctrina de un Dios único, la resurrección del hombre a la vida eterna, la dignidad del alma humana y conducir a las personas para ver la sombra de la divinidad en la belleza, la magnificencia y el esplendor del universo».

Con la decadencia de la virtud, que ha precedido a la destrucción de todas las naciones de la historia, los Misterios fueron degenerando. La hechicería sustituyó a la magia divina. Se introdujeron prácticas indescriptibles (como las bacanales) y se impuso la perversión, porque las instituciones no pueden ser mejores que los miembros que las componen. Desesperados, los pocos fieles que quedaban trataron de evitar que las doctrinas secretas cayeran en el olvido. En algunos casos lo consiguieron, pero la mayoría de las veces los arcanos se perdieron y solo se conservó la cáscara vacía de los Misterios.

Thomas Taylor ha escrito lo siguiente: «El hombre es, por naturaleza, un animal religioso». Desde los albores de su conciencia, el hombre ha adorado y reverenciado objetos como símbolos del Objeto invisible, omnipresente e indescriptible con respecto al cual no podía descubrir prácticamente nada. Los Misterios paganos se opusieron a los cristianos durante los primeros siglos de su iglesia y declararon que, para la nueva fe (el cristianismo), la virtud y la integridad no eran requisitos para la salvación. Celso exponía su opinión cáustica sobre el tema en los siguientes términos:

> Que, sin embargo, no acuso a los cristianos con mayor amargura que la que impone la verdad se puede conjeturar de lo siguiente, porque quienes convocan a los hombres a otros misterios proclaman: «Que se acerquen aquellos que tengan las manos limpias y que pronuncien palabras sabias». Asimismo, otros proclaman: «Que se acerquen los puros de toda maldad, aquellos cuya alma no sea consciente de ningún mal y que lleven una vida justa y recta». Tales cosas proclaman los que prometen la purificación de todo error. Oigamos ahora quiénes son llamados a los misterios cristianos: los pecadores, los insensatos, los simples y, en síntesis, los que lloran: ellos recibirán el reino de Dios. ¿No llamáis, acaso, al pecador, al injusto, al ladrón, al brujo, al sacrílego o al profanador de tumbas? ¿A quiénes más tendría que llamar el que convoca para reunir a todos los ladrones?

Celso no arremetía contra la fe verdadera de los primeros místicos cristianos, sino contra las formas falsas que ya se estaban introduciendo en su época. Los ideales del cristianismo primitivo se basaban en los elevados principios morales de los Misterios paganos y los primeros cristianos que se reunían bajo la ciudad de Roma usaban como lugar de culto los templos subterráneos de Mitra, de cuyo culto procede la mayor parte del sacerdotalismo de la Iglesia actual.

Los filósofos antiguos creían que nadie puede vivir de forma inteligente si no posee un conocimiento fundamental de la naturaleza y de sus leyes. Para poder obedecer, el hombre tiene que comprender y los

Misterios se dedicaban a enseñar a los hombres el funcionamiento de la ley divina en la esfera terrestre. Eran pocos los cultos primitivos que realmente adoraban a divinidades antropomórficas, aunque su simbolismo pudiera inducirnos a pensar lo contrario. Eran más moralistas que religiosos y más filosóficos que teológicos. Enseñaban al hombre a usar sus facultades con más inteligencia, a ser pacientes ante la adversidad, a tener valor ante el peligro, a mantenerse fieles ante las tentaciones y, sobre todo, a pensar que una vida digna era el mejor sacrificio que podían ofrecer a Dios y que su cuerpo era un altar sagrado para la divinidad.

El culto al sol desempeñaba un papel importante en casi todos los Misterios paganos primitivos, lo cual indica la probabilidad de que se originaran en la Atlántida, cuyos habitantes eran adoradores del sol. La divinidad solar se solía representar como un joven hermoso, de largos cabellos dorados, como símbolo de los rayos del sol. Aquella divinidad solar dorada era asesinada por rufianes malvados que personificaban el principio de la maldad del universo. Por medio de determinados rituales y ceremonias que simbolizaban la purificación y la regeneración, aquel maravilloso dios del bien volvía a la vida y se convertía en el salvador de su pueblo. Los procesos secretos que permitían su resurrección simbolizaban aquellas culturas mediante las cuales el hombre consigue superar su naturaleza inferior, dominar sus apetitos y manifestar el lado más elevado de sí mismo. Los Misterios se organizaban con el propósito de ayudar a la criatura humana en apuros a volver a despertar los poderes espirituales que, rodeados por el círculo maldito de la lujuria y la degeneración, dormían en su alma. En otras palabras, se brindaba al hombre una manera de recuperar el estado que había perdido. (Véase la ópera *Sigfrido* de Wagner.)

En el mundo antiguo, casi todas las sociedades secretas eran filosóficas y religiosas. Durante el medioevo, eran fundamentalmente religiosas y políticas, aunque se mantuvieron algunas escuelas filosóficas. En la época actual, las sociedades secretas de los países occidentales son principalmente políticas o fraternales, aunque en algunas de ellas, como la masonería, sobreviven aún los antiguos principios religiosos y filosóficos.

Por una cuestión de espacio no podemos hacer un análisis detallado de las escuelas secretas. Realmente ha habido montones de aquellos cultos antiguos, con ramas en todas partes del mundo oriental y del occidental. Algunas, como las de Pitágoras y los herméticos, muestran una marcada influencia oriental, mientras que los rosacruces, según procla-

man ellos mismos, obtuvieron de los místicos árabes la mayor parte de su sabiduría. Aunque las escuelas mistéricas por lo general se asociaban con la civilización, hay pruebas de que los pueblos menos civilizados de la época prehistórica las conocían. Los nativos de islas remotas, muchos de los cuales vivían según las formas menos evolucionadas de salvajismo, poseen rituales místicos y prácticas secretas que, aunque primitivos, muestran claros tintes masónicos.

Los misterios druídicos de Britania y la Galia

> En algún período remoto, los habitantes originales y primitivos de Britania revivieron y reformaron sus instituciones nacionales. Hasta entonces, su sacerdote o instructor había recibido simplemente el nombre de *Gwydd*, pero consideraron que se había vuelto necesario dividir su cometido entre el sacerdote nacional o supremo y otro con una influencia más limitada. A partir de entonces, aquel se convirtió en el *Der-Wydd* (druida) o instructor superior y [este en el] *Go-Wydd* u *O-Vydd* (vate), el instructor subordinado; los dos respondían al nombre general de *Beirdd* (bardos) o maestros de la sabiduría. A medida que el sistema fue madurando y creciendo, el orden de los bardos pasó a estar compuesto por tres clases: los druidas, los *Beirdd Braint* o bardos privilegiados y los vates. (Véase *The Costume of The Original Inhabitants of The British Islands* de Samuel Meyrick y Charles Smith.)

El origen de la palabra «druida» es objeto de controversia. Max Müller cree que, como la palabra irlandesa *drui*, significa «el hombre de los robles». Además, llama la atención al hecho de que los griegos llamaban *dryades* a los dioses de los bosques y las divinidades de los árboles. Algunos creen que la palabra tiene origen teutónico y otros la atribuyen a los galeses. Unos pocos la remontan al gaélico *druidh*, que significa «hombre sabio» o «hechicero». En sánscrito, la palabra *dru* quiere decir «árbol».

En tiempos de la conquista romana, los druidas estaban perfectamente instalados en Britania y la Galia. No se cuestionaba el poder que tenían sobre el pueblo y ha habido casos en los que unos ejércitos que estaban a punto de atacarse envainaron sus espadas cuando así se lo ordenaron los druidas de blancas vestiduras. Ninguna empresa de gran importancia comenzaba sin la colaboración de estos patriarcas, que actuaban como mediadores entre los dioses y los hombres. Merecidamente, se atribuye a la orden druídica un conocimiento profundo de la naturaleza y sus leyes. Según la *Enciclopedia Británica*, la geografía, las

ciencias físicas, la teología natural y la astrología eran sus estudios preferidos. Los druidas tenían conocimientos básicos de medicina, en particular del uso de plantas medicinales. También se ha hallado instrumental quirúrgico rudimentario en Inglaterra e Irlanda. En un curioso tratado sobre la medicina británica primitiva se establece que todos los que la practicasen habían de contar con un jardín o un patio donde cultivar ciertas hierbas necesarias para su profesión. Éliphas Lévi, el célebre trascendentalista, hace la siguiente afirmación significativa:

> Los druidas eran sacerdotes y médicos, curaban por magnetismo y cargaban amuletos con su influencia fluida. Sus remedios universales eran el muérdago y los huevos de serpiente, porque estas sustancias atraen la luz astral de una forma especial. La solemnidad con la que cortaban el muérdago atraía hacia esta planta la confianza popular y le otorgaba gran poder magnético. [...] Algún día, el avance del magnetismo nos revelará las propiedades absorbentes del muérdago y entonces comprenderemos el secreto de estas plantas mullidas que extraían las virtudes desaprovechadas de los vegetales y se recargaban de tinturas y sabores. Una ciencia médica que será nueva porque es vieja utilizará con conocimiento de causa las setas, las trufas, las agallas de los árboles y los diferentes tipos de muérdago [...], pero no se debe avanzar más rápido que la ciencia, que retrocede para poder avanzar más. (Véase *Historia de la magia.*)

El muérdago no solo era sagrado como símbolo del remedio universal o panacea, sino también porque crecía en el roble. A través del símbolo del roble, los druidas adoraban a la Divinidad Suprema y, por consiguiente, todo lo que creciera en este árbol era sagrado para Ella. En determinadas épocas del año, según la posición del sol, la luna y las estrellas, el archidruida trepaba al roble y cortaba el muérdago con una hoz dorada destinada a tal fin. La planta parásita se envolvía en telas blancas que se utilizaban precisamente para la ocasión: para que no tocara la tierra y se contaminara con las vibraciones terrestres. Por lo general se sacrificaba un toro blanco debajo del árbol.

Los druidas eran iniciados de una escuela secreta que existía entre ellos. Esta escuela, muy semejante a los Misterios báquicos y los eleusinos de Grecia o a los ritos egipcios de Isis y Osiris, se designa justamente con el nombre de «Misterios druídicos». Mucho se ha especulado con respecto a la sabiduría secreta que los druidas afirmaban poseer. Sus enseñanzas secretas no se escribieron jamás, sino que se transmitían de forma oral a los candidatos preparados especialmente. Robert Brown, del grado 32, opina que los sacerdotes británicos obtuvieron su información de los navegantes tirios y fenicios que, miles de años antes

de la era cristiana, establecieron colonias en Britania y la Galia mientras buscaban estaño. Thomas Maurice, en su *Indian Antiquities*, diserta largamente sobre las expediciones fenicias, cartaginesas y griegas que iban a las islas Británicas en busca de estaño. Otros opinan que los Misterios celebrados por los druidas eran de origen oriental, posiblemente budista.

La proximidad de las islas Británicas a la Atlántida perdida puede explicar el culto solar, que desempeña un papel importante en los rituales del druidismo. Según Artemidoro, en una isla cercana a Gran Bretaña adoraban a Ceres y a Perséfone con ritos y ceremonias similares a los de Samotracia. No cabe duda de que el panteón druídico incluye gran cantidad de deidades griegas y romanas, lo cual dejó pasmado a César durante su conquista de Britania y la Galia y lo hizo afirmar que aquellas tribus adoraban a Mercurio, Apolo, Marte y Júpiter de una manera similar a la de los países latinos. Es casi seguro que los Misterios druídicos no son autóctonos de Britania ni de la Galia, sino que emigraron de alguna de las civilizaciones más antiguas.

La escuela de los druidas se dividía en tres partes distintas y las enseñanzas secretas que representaban son prácticamente las mismas que los misterios ocultos tras las alegorías de la Logia Azul masónica. La inferior de estas tres divisiones era la del vate (*ovydd*), un grado honorario que no requería ninguna purificación ni preparación especial. Los vates vestían de verde, el color druídico del conocimiento, y tenían que saber un poco de medicina, astronomía, poesía —en la medida de lo posible— y a veces música. Un vate era una persona admitida en la orden druídica por su excelencia general y su conocimiento superior acerca de los problemas de la vida.

La segunda división era la del bardo (*beirdd*), cuyos miembros vestían de azul celeste para representar la armonía y la verdad. Les correspondía la tarea de memorizar, al menos en parte, los veinte mil versos de la poesía sagrada druídica. A menudo se los representaba con el arpa primitiva británica o irlandesa, un instrumento cuyas cuerdas eran de cabello humano, tantas como costillas había de un lado del cuerpo humano. Aquellos bardos se elegían a menudo como maestros de los candidatos a ingresar en los Misterios druídicos. Los neófitos llevaban trajes a rayas azules, verdes y blancas, los colores sagrados de la orden druídica.

La tercera división era la de los druidas (*derwyddon*), cuya tarea específica consistía en ocuparse de las necesidades religiosas de la población. Para alcanzar esta dignidad, los candidatos primero tenían que

llegar a ser bardos privilegiados. Los druidas iban siempre vestidos de blanco: era símbolo de su pureza y el color que ellos usaban para simbolizar el sol.

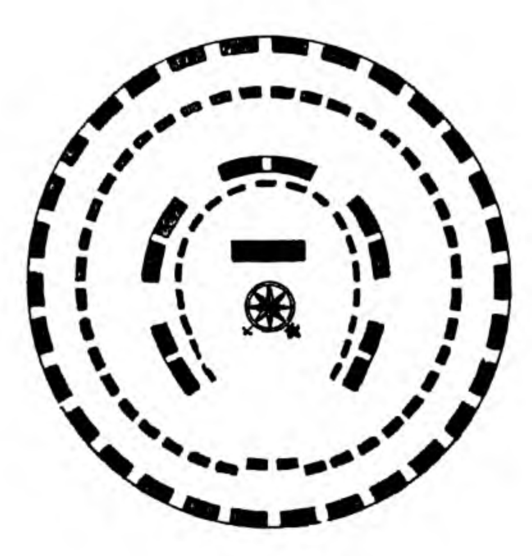
Para alcanzar la posición elevada de archidruida, o jefe espiritual de la organización, el sacerdote tenía que superar los seis grados sucesivos de la orden druídica. (Los miembros de los distintos grados se distinguían por el color de su faja, porque todos llevaban vestiduras blancas.) Algunos autores opinan que el título de archidruida era hereditario y que pasaba de padres a hijos, aunque es más probable que el honor se concediera por votación. Su titular era elegido entre los miembros más sabios de los grados druídicos superiores, por sus virtudes y su integridad.

Según James Gardner, en Britania solía haber dos archidruidas: uno residía en la isla de Anglesey y el otro en la isla de Man. Se supone que había otros en la Galia. Estos dignatarios por lo general llevaban un cetro dorado y una corona de hojas de roble como símbolo de su autoridad. Los miembros más jóvenes de la orden druídica iban afeitados y vestidos modestamente, mientras que los más ancianos llevaban largas barbas canosas y espléndidos adornos dorados. Como el sistema educativo de los druidas británicos superaba al de sus colegas del continente europeo, muchos jóvenes galos eran enviados a escuelas druídicas en Britania para recibir instrucción filosófica.

Éliphas Lévi afirma que los druidas vivían en rigurosa abstinencia, estudiaban las ciencias naturales, guardaban el secreto más estricto y solo admitían nuevos miembros después de prolongados períodos de prueba. Muchos de los sacerdotes de la orden vivían en edificios bastante similares a los monasterios actuales. Se reunían en grupos, como los ascetas del Lejano Oriente. Aunque el celibato no era obligatorio, pocos contraían matrimonio. Muchos de los druidas se retiraban del mundo y vivían como ermitaños en cuevas, en casas toscas de piedra o en pequeñas chozas en medio de algún bosque, donde oraban y meditaban y de las que solo salían para cumplir sus obligaciones religiosas.

En su *Ten Great Religions*, James Freeman Clarke describe como sigue las creencias de los druidas: «Los druidas creían en tres mundos y en la transmigración de uno a otro: un mundo superior a este, en el cual reinaba la felicidad; un mundo inferior, de desdicha, y el estado actual. Esta transmigración servía para castigar y recompensar y también para purificar el alma. En el mundo presente —decían—, el Bien y el Mal están tan bien equilibrados que el hombre tiene la máxima libertad y puede elegir o rechazar ambos. Las tríadas galesas nos cuentan que la

metempsicosis tenía tres propósitos: reunir en el alma las propiedades de todo el ser, adquirir el conocimiento de todas las cosas y conseguir poder para vencer al mal. También hay —dicen— tres tipos de conocimiento: el conocimiento del nombre de cada cosa, el de su causa y el de su influencia. Hay tres cosas que decrecen constantemente: la oscuridad, la falsedad y la muerte, y hay tres que crecen constantemente: la luz, la vida y la verdad».



DE *INDIAN ANTIQUITIES* DE MAURICE

EL PLANO DE STONEHENGE
Los templos o los lugares del culto religioso de los druidas no tenían un diseño similar a los de otras naciones. La mayoría de las ceremonias se celebraban por la noche, tanto en espesos robledales como en torno a altares al aire libre levantados con grandes piedras en bruto. Nunca se ha podido explicar de forma satisfactoria cómo se movieron aquellas piedras enormes. El altar más famoso, un gran círculo de piedras, es Stonehenge, situado en el suroeste de Inglaterra. Esta estructura, diseñada a escala astronómica, se mantiene todavía como una maravilla de la Antigüedad.

Como casi todas las escuelas de los Misterios, las enseñanzas de los druidas se dividían en dos partes diferenciadas. La más sencilla, un código moral, se enseñaba a todo el mundo, mientras que la doctrina esotérica, más profunda, solo se presentaba a los sacerdotes iniciados. Para ingresar en la orden, el candidato tenía que ser de buena familia y de moral intachable. No se le confiaban secretos importantes hasta que no hubiese sido tentado de muchas formas y la fortaleza de su carácter no hubiese sido sometida a duras pruebas. Los druidas enseñaron a los pueblos de Britania y la Galia acerca de la inmortalidad del alma. Creían en la transmigración y, aparentemente, en la reencarnación. Pedían prestado en una vida y prometían devolver en la siguiente. Creían en un infierno purificador en el que expiarían sus pecados para pasar después a la felicidad de la unidad con los dioses. Los druidas enseñaban que todos los hombres se salvarían, pero que algunos debían regresar a la tierra varias veces para aprender las lecciones de la vida humana y para vencer el mal inherente en su propia naturaleza.

Antes de que se confiaran a un candidato las doctrinas secretas de los druidas, tenía que jurar guardar el secreto. Aquellas doctrinas se transmitían solo en la profundidad de los bosques y en la oscuridad de

las cuevas. En aquellos sitios poco frecuentados se instruía al neófito acerca de la creación del universo, las personalidades de los dioses, las leyes de la naturaleza, los secretos de la medicina oculta, los misterios de los cuerpos celestes y los rudimentos de la magia y la hechicería. Los druidas tenían gran cantidad de días festivos. La luna nueva y la llena y el sexto día de la luna eran períodos sagrados. Se cree que las iniciaciones solo se celebraban durante los dos solsticios y los dos equinoccios. Al amanecer del vigesimoquinto día de diciembre se celebraba el nacimiento de la divinidad solar.

Según algunos, las enseñanzas secretas de los druidas están teñidas de la filosofía pitagórica. Los druidas tenían una virgen madre con un niño en los brazos que era sagrada para sus Misterios y su divinidad solar resucitaba en la misma época del año en la que los cristianos actuales celebran la Pascua.

Tanto la cruz como la serpiente eran sagradas para los druidas, que, para hacer la primera, cortaban todas las ramas de un roble y sujetaban una de ellas al tronco para formar la letra te. Aquella cruz de roble se convirtió en símbolo de su divinidad suprema. También adoraban al sol, la luna y las estrellas. La luna era objeto de especial veneración. César afirmaba que Mercurio era uno de los dioses principales de los galos. Se supone que los druidas adoraban a Mercurio con la apariencia de un cubo de piedra. También sentían gran veneración por los espíritus de la naturaleza (hadas, gnomos y ondinas), pequeñas criaturas de los bosques y los ríos a los que hacían muchas ofrendas. A continuación, la descripción de los templos de los druidas que hace Charles Heckethorn en *The Secret Societies of All Ages & Countries*:

> Los templos en los que conservaban el fuego sagrado por lo general estaban situados en promontorios y en robledales espesos; los había de diversas formas: circulares, porque el círculo es el símbolo del universo; ovalados, en referencia al huevo mundano, del cual surgieron, según la tradición de numerosas naciones, el universo o, según otras, nuestros primeros padres; serpenteante, porque la serpiente era el símbolo de Hu, el Osiris druídico; cruciforme, porque la cruz es un emblema de regeneración, o alado, para representar el movimiento del espíritu divino. [...] Sus divinidades principales se podían reducir a dos: una masculina y una femenina, el gran padre y la gran madre, Hu y Ceridwen, que reúnen las mismas características que Osiris e Isis, Baco y Ceres o cualquier otra pareja de dioses supremos que representen los dos principios de todo ser.

Godfrey Higgins afirma que Hu, el Poderoso, considerado el primer poblador de Britania, procedía de un lugar que las tríadas galesas lla-

man «el país del verano»», donde actualmente está situada Constantinopla. Albert Pike dice que la Palabra Perdida de la masonería está oculta en el nombre del dios druida Hu. La escasa información existente acerca de las iniciaciones secretas de los druidas indica una marcada similitud entre su escuela mistérica y las de Grecia y Egipto. Hu, la divinidad solar, fue asesinado y, tras pasar por una cantidad de pruebas extrañas y rituales místicos, recuperó la vida.

Había tres grados en los Misterios druídicos, pero eran pocos los que los superaban todos. Se enterraba al candidato en un ataúd, como símbolo de la muerte de la divinidad solar. Sin embargo, la prueba suprema consistía en echarlo al mar en una barca abierta. Muchos perdieron la vida en esta prueba. Taliesin, un erudito antiguo que pasó por todos los Misterios, describe la iniciación de la barca abierta en *The Origin of Pagan Idolatry* de Faber. Se decía que los pocos que superaban aquel tercer grado habían «nacido otra vez» y que les enseñaban las verdades secretas y ocultas que los sacerdotes druidas conservaban desde la Antigüedad. De aquellos iniciados salieron muchos de los dignatarios del mundo religioso y político británico. (El lector encontrará los pormenores en *The Origin of Pagan Idolatry* de Faber, *Moral y dogma del rito escocés antiguo y aceptado* de Albert Pike y *The Celtic Druids* de Godfrey Higgins.)

Los ritos de Mitra

Cuando los Misterios persas inmigraron al sur de Europa, no tardaron en ser asimilados por la mentalidad latina y el culto creció rápidamente, sobre todo entre los soldados romanos; durante las guerras de conquista romanas, los legionarios llevaron aquellas enseñanzas por casi toda Europa. El culto a Mitra llegó a hacerse tan poderoso que como mínimo un emperador romano fue iniciado en la orden, que se reunía en cavernas bajo la ciudad de Roma. Con respecto a la difusión de esta escuela mistérica por distintas partes de Europa, afirma C. W. King en *The Gnostics and Their Remains*:

> Aún abundan los bajorrelieves mitraicos tallados en rocas o en tablillas de piedra en los países que antes pertenecían a las provincias occidentales del Imperio romano; existen varios en Alemania, muchos más en Francia y en esta isla (Gran Bretaña) se han descubierto a menudo en la línea de la muralla de Adriano, además de uno célebre que está en Bath.

Alexander Wilder, en su *Philosophy and Ethics of the Zoroasters*, sostiene que Mitra es el nombre zendo del sol y que se supone que viva dentro de su esfera brillante. Mitra tiene un aspecto masculino y otro femenino, aunque él mismo no es andrógino. Por una parte, es el señor del sol, poderoso y radiante, y el más magnífico de los *yazata* (los *izad* o genios del sol). Por la otra, esta divinidad representa el principio femenino y el universo mundano se reconoce como símbolo suyo. Representa a la naturaleza como receptiva y terrestre, que solo fructifica cuando la baña la gloria de la esfera solar. El culto mitraico es una simplificación de las enseñanzas más complejas de Zaratustra (Zoroastro), el mago persa del fuego.

Según los persas, en la eternidad coexistían dos principios. El primero de ellos, Ahura-Mazda u Ormuz, era el espíritu del Bien. De Ormuz salieron una serie de jerarquías de espíritus buenos y hermosos (ángeles y arcángeles). El segundo de estos principios eternos se llamaba Ahrimán y también era un espíritu puro y hermoso, pero más adelante se rebeló contra Ormuz, celoso de su poder. Sin embargo, esto no ocurrió hasta después de que Ormuz creara la luz, porque previamente Ahrimán no había sido consciente de la existencia de Ormuz. Debido a sus celos y su rebeldía, Ahrimán se convirtió en el espíritu del Mal y, a partir de sí mismo, diferenció huestes de criaturas destructivas para hacer daño a Ormuz.



DE *MONUMENTAL CHRISTIANITY* DE LUNDY

MITRA DEGOLLANDO AL TORO
Las esculturas y los relieves más famosos de este *protótokos* muestran a Mitra arrodillado sobre la forma yacente de un toro enorme, en cuyo cuello está clavando una espada. El degüello del toro significa que los rayos del sol, simbolizados por la espada, liberan en el equinoccio vernal las esencias vitales de la tierra —la sangre del toro—, que, al manar de la herida abierta por la divinidad solar, fertilizan las semillas de los seres vivos. Los perros se consideraban sagrados en el culto a Mitra y simbolizaban la sinceridad y la confiabilidad. Los mitraicos utilizaban la serpiente como emblema de Ahrimán, el espíritu del mal, y las ratas de agua eran sagradas para él. El toro es la representación esotérica de la constelación de Tauro y la serpiente, la de su opuesto en el Zodiaco: Escorpio. El sol, Mitra, al penetrar en el lateral del toro, asesina a la criatura celestial y nutre el universo con su sangre.

Cuando Ormuz creó la tierra, Ahrimán se introdujo en sus peores elementos. Cada vez que Ormuz hacía algo bueno, Ahrimán ponía en él el principio de la maldad.

Finalmente, cuando Ormuz creó la raza humana, Ahrimán se encarnó en la naturaleza inferior del hombre, de modo que, en cada personalidad, el espíritu del Bien y el espíritu del Mal luchan por el control. Durante tres mil años. Ormuz gobernó los mundos celestiales con la luz y la bondad; después creó al hombre y, durante tres mil años más, lo dirigió con sabiduría e integridad, pero entonces comenzó el poder de Ahrimán y la lucha por el alma humana continúa durante los tres mil años siguientes. Durante el cuarto período de tres mil años, el poder de Ahrimán será destruido. El Bien volverá otra vez a la tierra, la maldad y la muerte serán derrotadas y finalmente el espíritu del Mal se inclinará humildemente ante el trono de Ormuz. Mientras Ormuz y Ahrimán luchan por controlar el alma humana y por la supremacía en la naturaleza, Mitra, el dios de la inteligencia, se interpone entre los dos como mediador. Muchos autores han reparado en la similitud entre el mercurio y Mitra. Del mismo modo en que el mercurio químico actúa como disolvente (según los alquimistas), Mitra trata de establecer la armonía entre los dos antagonistas celestes.

Existen muchas similitudes entre el cristianismo y el culto a Mitra. Uno de los motivos es, probablemente, que los místicos persas invadieron Italia durante el siglo I después de Cristo y durante los primeros años de su historia los dos cultos estuvieron muy unidos. He aquí lo que afirma la *Enciclopedia Británica* acerca de los misterios mitraicos y los cristianos:

> El espíritu fraternal y democrático de las primeras comunidades y su origen humilde; la identificación del objeto de adoración con la luz y el sol; las leyendas de los pastores con sus dones y la adoración, el diluvio y el arca; la representación artística del carro de fuego y la extracción de agua de las piedras; el uso de campanas y velas, agua bendita y la comunión; la santificación del domingo y del 25 de diciembre; la insistencia en la conducta moral, el énfasis que ponían en la abstinencia y el autocontrol; la doctrina del cielo y el infierno, de la revelación primitiva, de la mediación del Logos que emana de lo divino, el sacrificio expiatorio, la lucha constante entre el bien y el mal y el triunfo final de aquel, la inmortalidad del alma, el juicio final, la resurrección de la carne y la destrucción del universo por el fuego son algunas de las similitudes que, reales o tan solo aparentes, permitieron al mitraísmo prolongar su resistencia al cristianismo.

Los ritos de Mitra se celebraban en cuevas. Porfirio, en *La gruta de las ninfas*, afirma que Zaratustra (Zoroastro) fue el primero que consagró una gruta para adorar a Dios, porque una caverna simboliza la tie-

rra o el mundo inferior de la oscuridad. John P. Lundy, en su *Monumental Christianity*, describe la cueva de Mitra con las siguientes palabras:

> Sin embargo, esta cueva estaba adornada con los signos del Zodíaco, Cáncer y Capricornio. Los solsticios de verano e invierno eran los que más llamaban la atención, como las puertas de las almas que descendían a esta vida o salían de ella para ascender hacia los dioses: Cáncer era la puerta del descenso y Capricornio, la del ascenso. Estas son las dos vías de los inmortales que suben y bajan de la tierra al cielo y del cielo a la tierra.

Se cree que la llamada «silla de san Pedro», en Roma, se había usado en uno de los Misterios paganos, posiblemente el de Mitra, en cuyas grutas subterráneas se reunían los devotos de los Misterios cristianos en los primeros tiempos de su fe. En *Anacalypsis*, Godfrey Higgins escribe que, en 1662, mientras se limpiaba aquella silla sagrada de Bar Jonás, se descubrieron en ella los doce trabajos de Hércules y que, posteriormente, los franceses descubrieron en la misma silla la confesión de fe de Mahoma, escrita en árabe.

La iniciación en los ritos de Mitra, como la iniciación en muchas otras escuelas filosóficas antiguas, consistía, aparentemente, en tres grados importantes. La preparación para estos grados consistía en la autopurificación, el desarrollo de las capacidades intelectuales y el control de la naturaleza animal. En el primer grado se entregaba al candidato una corona en la punta de una espada y se lo instruía en los misterios del poder oculto de Mitra. Es probable que le enseñaran que la corona dorada representaba su propia naturaleza espiritual, que debía exteriorizar y desarrollar antes de poder glorificar realmente a Mitra, porque Mitra era su propia alma, que actuaba como mediador entre Ormuz, su espíritu, y Ahrimán, su naturaleza animal. En el segundo grado le entregaban la armadura de la inteligencia y la pureza y lo enviaban a la oscuridad de los pozos subterráneos a luchar contra las bestias de la lujuria, la pasión y la degeneración. En el tercer grado le daban una capa con los signos del Zodíaco y otros símbolos astrológicos dibujados o bordados. Una vez acabadas las iniciaciones, lo aclamaban como si hubiese resucitado de entre los muertos, lo instruían en las enseñanzas secretas de los místicos persas y se convertía en miembro hecho y derecho de la orden. Los candidatos que superaban con éxito las iniciaciones mitraicas recibían el nombre de «leones» y se les ponía en la frente la marca de la cruz egipcia. El propio Mitra se representa a menudo con cabeza de león y dos pares de alas. Durante todo el ritual se repetían

las referencias al nacimiento de Mitra como divinidad solar, su sacrificio por el hombre, su muerte para que los hombres alcancen la vida eterna y, por último, su resurrección y la salvación de toda la humanidad gracias a su intercesión ante el trono de Ormuz. (Véase Heckethorn.)

Aunque el culto a Mitra no alcanzó la altura filosófica que logró Zaratustra, tuvo un efecto trascendental en la civilización del mundo occidental, porque hubo una época en la cual casi toda Europa se había convertido a sus doctrinas. Roma, en sus relaciones con otras naciones, les inoculó sus principios religiosos y en muchas instituciones posteriores se manifiesta la cultura mitraica. Las referencias al «león» y a la «garra del león» en el grado masónico de Maestro tienen un fuerte tinte mitraico y es posible que se originen en este culto. En la iniciación mitraica aparece una escalera de siete travesaños. Faber opina que esta escalera era, originariamente, una pirámide de siete escalones. Es posible que la escalera masónica de siete travesaños se originase en este símbolo mitraico. Nunca se permitió el ingreso de mujeres en la orden mitraica; sin embargo, los niños varones se iniciaban mucho antes de alcanzar la madurez. Es posible que la negativa a permitir el ingreso de mujeres en la masonería se basara en el motivo esotérico que figuraba en las instrucciones secretas de los mitraicos. Este culto es otro ejemplo excelente de aquellas sociedades secretas cuyas leyendas son, en gran medida, representaciones simbólicas del sol y su viaje a través de las casas celestes. Mitra, que surge de una piedra, no es más que el sol que se eleva por encima del horizonte o, como suponían los antiguos, que sale del horizonte en el equinoccio vernal.

John O'Neill cuestiona la teoría de que Mitra fuese una divinidad solar y, en *The Night of the Gods*, escribe lo siguiente: «El Mitra avestano, el *yazata* de la luz, tiene "diez mil ojos, es alto, con pleno conocimiento (*perethuvaedayana*), es fuerte, no duerme y está siempre en vela (*jaghaurvaunghem*)". El dios supremo Ahura Mazda también tiene un solo ojo o, de lo contrario, se dice que "con sus ojos, el sol, la luna y las estrellas, todo lo ve". La teoría de que Mitra era originariamente un título del dios supremo de los cielos (que expulsaba de la corte al sol) es la única que cumple todos los requisitos. Resulta evidente que aquí tenemos orígenes en abundancia para el ojo de la masonería y su *nunquam dormio*.» El lector no debe confundir el Mitra persa con el védico. Según Alexander Wilder, «los ritos mitraicos sustituyeron a los Misterios de Baco y se convirtieron en la base del sistema gnóstico, que se impuso durante muchos siglos en Asia, Egipto e incluso en el Occidente remoto».

III

Los misterios antiguos y las sociedades secretas

SEGUNDA PARTE

Toda la historia del gnosticismo cristiano y el pagano está envuelta en el mayor misterio y oscuridad, porque, si bien los gnósticos eran, sin duda, escritores prolíficos, de su literatura ha sobrevivido muy poco. Se granjearon la animosidad de la Iglesia cristiana primitiva y, cuando esta institución alcanzó una posición de poder mundial, destruyó todos los registros del *cultus* gnóstico que encontró. La palabra «gnóstico» procede del griego *gnosis*, que significa «conocimiento». Los miembros de la orden decían que estaban familiarizados con las doctrinas secretas del cristianismo primitivo. Interpretaban los Misterios cristianos según el simbolismo pagano. Ocultaban al profano su información secreta y sus principios filosóficos y solo se los enseñaban a un grupo reducido de personas iniciadas especialmente.

Se supone a menudo que Simón el Mago, el famoso mago del Nuevo Testamento, fue el fundador del gnosticismo. De ser así, la escuela se formó en el siglo I después de Cristo y es, probablemente, la primera de las numerosas ramas que han nacido del tronco principal del cristianismo. Para los entusiastas de la Iglesia cristiana primitiva, todo aquello con lo que no estaban de acuerdo había sido inspirado por el demonio. Que Simón el Mago tenía poderes misteriosos y sobrenaturales no lo niegan ni sus enemigos, aunque, según ellos, aquellos poderes se los habían prestado los espíritus infernales y las furias, que —afirmaban— eran sus compañeros inseparables. Sin duda, la leyenda más interesante acerca de Simón es la que narra sus enfrentamientos teosóficos con el apóstol san Pedro mientras los dos promulgaban sus doctrinas diferentes en Roma. Según la historia que narran los Padres de la Iglesia, Si-

món tenía que demostrar su superioridad espiritual ascendiendo al cielo en un carro de fuego. Unos poderes invisibles lo levantaron y lo elevaron a una altura considerable. Cuando san Pedro lo vio, gritó en voz alta y ordenó a los demonios (los espíritus del aire) que soltaran al mago. Los espíritus malignos, al recibir la orden del gran santo, se vieron obligados a obedecer y Simón cayó desde muy alto y se mató: aquello fue una prueba contundente de la superioridad de los poderes cristianos. No cabe duda de que la historia es un invento, al no ser más que una de las numerosas versiones —casi todas dispares— acerca de su muerte. Se siguen acumulando pruebas que demuestran que san Pedro no estuvo jamás en Roma, con lo cual se van disipando rápidamente sus últimos vestigios posibles de autenticidad.

De que Simón fue un filósofo no cabe la menor duda, porque, siempre que se conservan sus palabras exactas, sus pensamientos sintéticos y trascendentales están expresados de maravilla. Los principios del gnosticismo se describen bien en esta declaración literal suya, que supuestamente ha preservado Hipólito: «A vosotros, por consiguiente, digo lo que digo y escribo lo que escribo. Y lo que escribo es lo siguiente. De los eones [períodos, planos o ciclos de vida creativa y creada en sustancia y espacio, criaturas celestiales] universales hay dos brotes, sin principio ni fin, que salen de una sola raíz, que es el poder invisible, el silencio inaprensible [*bythós*]. De estos brotes, uno se manifiesta desde arriba: es el Gran Poder, la Mente Universal que todo lo ordena, masculino, y el otro [se manifiesta] desde abajo: es el Gran Pensamiento, femenino, que todo lo produce. Por consiguiente, ambos, al emparejarse, se unen y manifiestan la Distancia Media, el aire incomprensible, sin principio ni fin, en la cual está el Padre que sostiene todas las cosas y alimenta aquellas cosas que tienen principio y fin». (Véase *Simon Magus* de G. R. S. Mead.) Con esto hemos de entender que la manifestación es el resultado de un principio positivo y uno negativo, que actúan el uno sobre el otro, y que se produce en el plano medio o punto de equilibrio, llamado *pléroma*. Este *pléroma* es una sustancia especial que se produce como consecuencia de la combinación de eones espirituales y materiales. Del *pléroma* se diferenciaba el Demiurgo, el mortal inmortal, ante el cual somos responsables por nuestra existencia física y los sufrimientos que debemos padecer en relación con ella. Según el sistema gnóstico, del Uno Eterno emanaban tres parejas de opuestos, llamadas *syzygías*, que, sumadas a él, formaban un total de siete. Los seis (las tres parejas de) eones (principios divinos vivos) fueron descritos por Simón en los *Philosophumena*



DE LA *NUREMBERG CHRONICLE*

LA MUERTE DE SIMÓN EL MAGO
Aquí vemos a Simon el Mago, que, después de invocar a los espíritus del aire, es alzado por los demonios. San Pedro exige a los genios del mal que suelten al mago; estos se ven obligados a obedecer y Simón el Mago muere como consecuencia de la caída.

de la siguiente manera: los dos primeros eran la mente (*nous*) y el pensamiento (*epinoia*); después venían la voz (*phone*) y su opuesto, el nombre (*onoma*) y, por último, la razón (*logismos*) y la reflexión (*enthumesis*). De estos seis elementos primigenios, unidos con la «llama eterna», salieron los eones (ángeles) que formaron los mundos inferiores si-

guiendo las indicaciones del Demiurgo. (Véanse las obras de H. P. Blavatsky.) Ahora vamos a referirnos a la manera en que este gnosticismo primitivo de Simón el Mago y Menandro, su discípulo, fue ampliado y a menudo distorsionado por los adeptos posteriores al culto.

La escuela del gnosticismo se dividió en dos partes fundamentales, llamadas habitualmente el «culto sirio» y el «culto alejandrino». Estas escuelas coincidían en lo fundamental, pero la segunda se inclinaba más hacia el panteísmo, mientras que la primera era dualista. Mientras que el culto sirio era en gran medida simoniano, la escuela alejandrina brotó de las deducciones filosóficas de un cristiano egipcio muy inteligente, llamado Basílides, que —según decía— había recibido instrucciones del apóstol san Mateo. Al igual que Simón el Mago, era emanacionista con inclinaciones neoplatónicas. De hecho, todo el Misterio gnóstico se basa en la hipótesis de las emanaciones como relación lógica entre dos opuestos irreconciliables: el espíritu absoluto y la sustancia absoluta, que, según los gnósticos, coexistían en la eternidad. Algunos afirman que Basílides fue el verdadero fundador del gnosticismo, aunque existen muchas pruebas de que Simón el Mago estableció sus principios fundamentales en el siglo anterior.

El alejandrino Basílides inculcó en sus seguidores el hermetismo egipcio, el ocultismo oriental, la astrología caldea y la filosofía persa y con sus doctrinas trató de unir las escuelas del cristianismo primitivo con los antiguos Misterios paganos. A él se atribuye la formulación de una concepción peculiar de la divinidad que lleva el nombre de Abraxas. Hablando del significado original de esta palabra, Godfrey Higgins, en *The Celtic Druids*, ha demostrado que, si se suman los poderes numerológicos de las letras que forman la palabra «abraxas», el resultado es 365. El mismo autor destaca también que, aplicando un procedimiento similar al nombre de Mitra, se obtiene el mismo valor numérico. Basílides enseñaba que los poderes del universo se dividían en 365 eones o ciclos espirituales y que la suma de todos ellos era el Padre Supremo, al cual daba la apelación cabalística de Abraxas, como simbólica, numéricamente, de Sus poderes, atributos y emanaciones divinos. Abraxas se suele representar como una criatura compuesta, con cuerpo humano y cabeza de gallo, y cada una de sus piernas acaba en una serpiente. C. W. King, en *The Gnostics and Their Remains*, ofrece la siguiente descripción breve de la filosofía gnóstica de Basílides, tomándola de los escritos de san Ireneo, uno de los primeros obispos y mártires cristianos: «Afirmaba que Dios, el Padre eterno, no creado, había hecho primero la *nous*,

la mente: después el *logos*, la palabra; después la *phrónesis*, la inteligencia, y de la *phrónesis* salieron *sophia*, la sabiduría, y *dynamis*, la fuerza».

En su descripción de Abraxas, C. W. King afirma: «Según Bellermann, la imagen compuesta inscrita con el nombre real de Abraxas es un *pantheos* gnóstico que representa al Ser Supremo, con las cinco emanaciones marcadas con los símbolos correspondientes. A partir del cuerpo humano, la forma que se atribuye habitualmente a la divinidad, surgen los dos soportes: la *nous* y el *logos*, representados por medio de las serpientes —como símbolo de los sentidos internos— y el entendimiento; por eso, para los griegos, la serpiente era un atributo de Pallas. Su cabeza de gallo representa la *phrónesis*, porque aquel ave es el emblema de la previsión y la vigilancia. Sus dos brazos sostienen los símbolos de *sophia* y *dynamis*: el escudo de la sabiduría y el látigo del poder».

Los gnósticos estaban divididos en sus opiniones con respecto al Demiurgo, o creador de los mundos inferiores. Él estableció el universo terrestre con ayuda de seis hijos varones, o emanaciones (posiblemente, los ángeles planetarios), que él formó fuera y a la vez dentro de Sí mismo. Como ya hemos dicho, el Demiurgo se diferenciaba como la creación inferior de la sustancia llamada *pléroma*. Un grupo de gnósticos creía que el Demiurgo era la causa de todas las desgracias y que era una criatura malvada, que, al construir aquel mundo inferior, había alejado las almas de los hombres de la verdad, envolviéndolas en un medio mortal. Para la otra escuela, el Demiurgo tenía inspiración divina y se limitaba a cumplir las órdenes del Señor invisible. Algunos gnósticos opinaban que el Demiurgo era el Dios judío: Jehová. Este concepto, con un nombre ligeramente diferente, influyó, aparentemente, en el rosacrucismo medieval, que consideraba a Jehová el Señor del universo material, en lugar de la Divinidad Suprema. Abundan en la mitología las historias de dioses que compartían una naturaleza celestial y una terrestre. El Odín escandinavo es un buen ejemplo de una divinidad mortal, sometida a las leyes de la naturaleza, aunque, al mismo tiempo y al menos en cierto sentido, también era una Divinidad Suprema.

El punto de vista gnóstico con respecto al Cristo es digno de consideración. Esta orden sostenía que era la única escuela que tenía imágenes verdaderas del Sirio Divino. Aunque se trataba, con toda probabilidad, de concepciones idealistas del Salvador basadas en las esculturas y pinturas existentes de las divinidades solares paganas, el cristianismo no tenía nada más. Para los gnósticos, el Cristo era la personificación de la *nous*, la mente divina, y emanaba de los eones espirituales superio-

res. Descendió al cuerpo de Jesús en el bautismo y lo abandonó antes de la crucifixión. Los gnósticos declaraban que el Cristo no había sido crucificado, porque su *nous* divina no podía morir, sino que Simón, el cirenaico, ofreció su vida por él, y que la *nous*, gracias a su poder, hizo que Simón se pareciera a Jesús. Con respecto al sacrificio cósmico del Cristo, Ireneo afirma lo siguiente:

> Cuando el Padre no creado ni nombrado vio la corrupción de la humanidad, envió al mundo a su primogénito, Nous, en forma de Cristo, para redimir a todos los que crean en Él, con el poder de los creadores del mundo (el Demiurgo y sus seis hijos varones, los genios planetarios). Él apareció entre los hombres como Jesús hecho hombre e hizo milagros. (Véase *The Gnostics and Their Remains* de King.)

Los gnósticos dividían la humanidad en tres partes: aquellos que, como salvajes, adoraban solo a la naturaleza visible; aquellos que, como los judíos, adoraban al Demiurgo, y, por último, ellos mismos u otros de un culto similar, incluidas determinadas escuelas de cristianos, que adoraban al *Nous* (Cristo) y la auténtica luz espiritual de los eones superiores.

Tras la muerte de Basílides, Valentino se convirtió en la principal inspiración del movimiento gnóstico. Complicó aún más el sistema de la filosofía gnóstica, añadiéndole infinidad de detalles. Incrementó la cantidad de emanaciones del Gran Uno (el Abismo) a quince parejas y también hizo mucho hincapié en la Virgen Sofía, o la sabiduría. En los Libros del Salvador, parte de los cuales se conocen habitualmente como el *Pistis Sophia*, se puede encontrar bastante material relacionado con la extraña doctrina de los eones y sus peculiares habitantes. James Freeman Clarke, refiriéndose a las doctrinas de los gnósticos, dice lo siguiente: «Estas doctrinas, por extrañas que nos parezcan, tuvieron amplia influencia en la Iglesia cristiana». Muchas de las teorías de los antiguos gnósticos, en particular las relacionadas con cuestiones científicas, han sido corroboradas por la investigación moderna. Del tronco principal del gnosticismo se ramificaron varias escuelas, como los valentinianos, los ofitas (adoradores de serpientes) y los adamitas. A partir del siglo III, su poder decayó y los gnósticos prácticamente desaparecieron del mundo filosófico. En la Edad Media intentaron resucitar los principios del gnosticismo, pero, debido a la destrucción de sus documentos, no pudieron conseguir el material necesario. Todavía existen muestras de la filosofía gnóstica en el mundo moderno, pero llevan

otros nombres y su verdadero origen ni siquiera se sospecha. En realidad, muchos de los conceptos gnósticos se han incorporado a los dogmas de la Iglesia cristiana y nuestras interpretaciones más recientes del cristianismo a menudo siguen las líneas del emanacionismo gnóstico.

Los misterios de User-Hep

La identidad del Serapis grecoegipcio (al que los griegos conocían como Serapis y los egipcios como User-Hep) está envuelta en un velo de misterio impenetrable. Aunque esta divinidad era una figura conocida entre los símbolos de los ritos secretos de iniciación egipcios, su naturaleza arcana solo se revelaba a aquellos que habían cumplido los requisitos de su culto. Por consiguiente, lo más probable era que, salvo los sacerdotes iniciados, ni los propios egipcios conocieran su verdadero carácter. No se tiene constancia de que exista ninguna versión auténtica de los ritos de Serapis, si bien un análisis de la divinidad y los símbolos que la acompañan revela sus puntos más destacados. En un oráculo entregado al rey de Chipre, Serapis se describe a sí mismo con estas palabras:

> Soy un dios como el que os enseño:
> Tengo el cielo estrellado por cabeza y por tronco, el mar;
> La tierra me sirve de pies; los oídos, de conductos de aire,
> Y los rayos brillantes del sol son mis ojos.

Se han hecho varios intentos infructuosos de averiguar la etimología de la palabra «Serapis». Godfrey Higgins destaca que *soros* era el nombre que daban los egipcios a un ataúd de piedra y Apis era la encarnación de Osiris en el toro sagrado. Al combinarse las dos palabras, el resultado era «Soros-Apis» o «Sor-Apis», «la tumba del toro». Sin embargo, es poco probable que los egipcios adoraran un ataúd con forma de hombre.

Varios autores antiguos, incluido Macrobio, han afirmado que Serapis era un nombre del Sol, porque su imagen a menudo tenía un halo de luz en torno a la cabeza. En su *Oration Upon the Sovereign Sun*, Juliano habla del dios con estas palabras: «Un Júpiter, un Plutón, un Sol es Serapis». En hebreo, Serapis se dice *Saraph*, que significa «brillar». Por este motivo, los judíos designaban así a una de sus jerarquías de seres espirituales: los *Serafim*.

Sin embargo, la teoría más común sobre el origen del nombre Serapis es aquella que la considera una derivación de la combinación Osiris-Apis. Hubo una época en la que los egipcios creían que los muertos eran absorbidos en la naturaleza de Osiris, el dios de los muertos. Aunque existe una similitud notoria entre Osiris-Apis y Serapis, la teoría propuesta por los egiptólogos de que Serapis no es más que un nombre dado a Apis, el toro sagrado de Egipto, después de muerto, resulta insostenible, si tenemos en cuenta la sabiduría trascendente de los sacerdotes egipcios, que, con toda probabilidad, usaban al dios para simbolizar el alma del mundo (*anima mundi*). El cuerpo material de la naturaleza se llamaba Apis y el alma que escapaba del cuerpo al morir pero estaba enredada con la forma durante la vida física se denominaba Serapis.

C. W. King opina que Serapis era una divinidad de extracción brahmánica y que su nombre es la forma helenizada de Ser-adah o Sri-pa, dos títulos que se atribuyen a Yama, el dios hindú de la muerte. Parece razonable, sobre todo porque hay una leyenda según la cual Serapis, en forma de toro, fue transportado por Baco de India a Egipto. La prioridad de los Misterios hindúes confirma aún más esta teoría.

Se sugieren otros significados de la palabra «Serapis», como «el toro sagrado», «el sol en Tauro», «el alma de Osiris», «la serpiente sagrada» y «la retirada del toro». Esta última apelación hace referencia a la ceremonia de ahogar al Apis sagrado en aguas del Nilo cada veinticinco años.

Hay bastantes pruebas de que la famosa estatua de Serapis que había en el Serapeum de Alejandría al principio había sido objeto de culto con otro nombre en Sínope y desde allí fue llevada a Alejandría. También hay una leyenda que cuenta que Serapis fue uno de los primeros reyes egipcios, a quien debían los cimientos de su poderío filosófico y científico, y que, después de su muerte, fue elevado a la categoría de dios. Según Filarco, la palabra «Serapis» significa «el poder que dispuso el universo en el maravilloso orden actual».

En su *Isis y Osiris*, Plutarco ofrece la siguiente versión sobre el origen de la espléndida estatua de Serapis que se alzaba en el Serapeum de Alejandría:

Cuando era faraón de Egipto, Ptolomeo Sóter tuvo un sueño extraño en el cual veía una estatua enorme que cobraba vida y ordenaba al faraón que la llevase a Alejandría lo más rápido posible. Ptolomeo Sóter, que desconocía el paradero de la estatua, quedó totalmente desconcertado, porque no sabía cómo averiguarlo. Mientras el faraón rela-



DE *MOSAIZE HISTORIE DER HEBREEUWSE KERKE*

EL SERAPIS ALEJANDRINO

A menudo se muestra a Serapis de pie sobre el lomo del cocodrilo sagrado, con una regla en la mano izquierda para medir las inundaciones del Nilo y, en la derecha, un curioso emblema que consiste en un animal con tres cabezas. La primera, la de león, significa el presente; la segunda, la de lobo, el pasado, y la tercera, la de perro, el futuro. El cuerpo con sus tres cabezas estaba envuelto por una serpiente enroscada. Las figuras de Serapis a veces aparecen acompañadas por Cerbero, el perro de tres cabezas perteneciente a Plutón, y, como Júpiter, llevan cestas con cereales sobre la cabeza.

taba su sueño, se presentó un gran viajero de nombre Sosibio y declaró que había visto una imagen semejante en Sínope. El faraón envió de inmediato a Soteles y a Dionisio para que negociaran el traslado de la fi-

gura a Alejandría. Transcurrieron tres años antes de que finalmente la consiguieran y los emisarios del faraón acabaron robándola y, para disimular el robo, difundieron la historia de que la estatua había cobrado vida, había recorrido la calle que pasaba por su templo y había subido a bordo del barco que estaba preparado para transportarla a Alejandría. A su llegada a Egipto, llevaron a la figura ante dos iniciados egipcios: Timoteo el Eumólpida y Manetón de Sebbenitos, que de inmediato anunciaron que se trataba de Serapis. Entonces los sacerdotes declararon que era equivalente a Plutón. Esto constituyó un golpe maestro, porque en Serapis los griegos y los egipcios hallaron una divinidad común, con lo cual se pudo consumar la unidad religiosa de las dos naciones.

Algunos autores primitivos han descrito varias figuras de Serapis que se alzaban en los diversos templos dedicados a él en Egipto y Roma; casi todas mostraban más influencia griega que egipcia. En algunas había una gran serpiente enroscada en torno al cuerpo del dios. Otras lo mostraban como una mezcla de Osiris y Apis.

Una descripción del dios que, con toda probabilidad, resulta bastante exacta es la que lo representa como una figura alta y poderosa, que transmite la doble impresión de fuerza masculina y gracia femenina, con el rostro de alguien profundamente sumido en sus pensamientos y una expresión más bien triste. Tenía el cabello largo y peinado de un modo algo femenino, con rizos que le caían sobre el pecho y los hombros; el rostro, dejando aparte la espesa barba, también era francamente femenino. La figura de Serapis solía aparecer envuelta de la cabeza a los pies en gruesos ropajes, que los iniciados creían que servían para ocultar el hecho de que su cuerpo era andrógino.

Varios materiales se emplearon para hacer las estatuas de Serapis. No cabe duda de que algunas fueron talladas en piedra o mármol por artesanos hábiles; es posible que otras se fundieran en metales, tanto preciosos como de baja ley. Se ha hecho un Serapis colosal combinando láminas de distintos metales. En un laberinto consagrado a Serapis había una estatua suya de cuatro metros de altura que tenía fama de estar hecha de una sola esmeralda. Los escritores modernos, al hablar de esta imagen, sostienen que había sido hecha vertiendo cristal verde en un molde, aunque, según los egipcios, soportó todas las pruebas como si fuera una esmeralda de verdad.

San Clemente de Alejandría describe una figura de Serapis hecha con los siguientes elementos: en primer lugar, limaduras de oro, plata, plomo y estaño; en segundo lugar, todo tipo de piedras egipcias, inclui-

dos zafiros, hematitas, esmeraldas y topacios, todo esto molido y mezclado con la sustancia colorante que había quedado del funeral de Osiris y Apis. El resultado era una figura extraña y curiosa de color añil. Algunas de las estatuas de Serapis debían de estar hechas de sustancias sumamente duras, porque, cuando un soldado cristiano, en cumplimiento del edicto de Teodosio, golpeó al Serapis alejandrino con su hacha, esta se hizo añicos y de ella salieron chispas. También es bastante probable que se adorara a Serapis en forma de serpiente, al igual que muchas de las divinidades superiores del panteón egipcio y el griego.

Llamaban a Serapis Teón Heptagrámmaton, o el dios con el nombre de siete letras. El nombre «Serapis» contiene siete letras, como «Abraxas» y «Mithras». En sus himnos a Serapis, los sacerdotes cantaban las siete vocales. De vez en cuando se lo representa con cuernos o una corona de siete rayos, que, evidentemente, representaban las siete inteligencias divinas que se manifiestan a través de la luz solar. La *Enciclopedia Británica* destaca que la mención auténtica más antigua de Serapis está relacionada con la muerte de Alejandro. Era tal el prestigio de Serapis que fue el único dios al que consultaron en relación con el rey moribundo.

La escuela secreta de filosofía de los egipcios estaba dividida entre los misterios menores y los mayores: los primeros estaban consagrados a Isis y los segundos, a Serapis y Osiris. Según Wilkinson, solo los sacerdotes podían acceder a los misterios mayores. Ni siquiera el heredero al trono estaba autorizado hasta que era coronado faraón; entonces, en virtud de su realeza, se convertía automáticamente en sacerdote y en cabeza temporal de la religión del Estado. (Véase *Manners and Customs of the Ancient Egyptians* de Wilkinson.) Los pocos que tuvieron acceso a los misterios mayores no violaron jamás sus secretos.

Buena parte de la información relacionada con los rituales de los grados superiores de los Misterios egipcios se ha recogido a partir de la inspección de las cámaras y los pasillos en los que se hacían las iniciaciones. Bajo el templo de Serapis que fue destruido por Teodosio se hallaron extraños aparatos mecánicos construidos por los sacerdotes en las criptas y cavernas subterráneas en las que se celebraban los ritos de iniciación nocturnos. Aquellos aparatos demuestran las duras pruebas de valor moral y físico que los candidatos tenían que superar. Después de atravesar aquellos caminos tortuosos, los neófitos que sobrevivían a aquellas duras pruebas eran conducidos a presencia de Serapis, una figura noble e imponente, iluminada por luces invisibles.

Los laberintos también eran una característica notable en relación con el rito de Serapis y E. A. Wallis Budge, en *Los dioses de los egipcios*, representa a Serapis (como el minotauro) con cuerpo de hombre y cabeza de toro. Los laberintos simbolizaban los enredos y las ilusiones del mundo inferior por los cuales vaga el alma humana en su búsqueda de la verdad. En el laberinto habita el hombre animal inferior con cabeza de toro, que trata de destruir el alma que está atrapada en el laberinto de la ignorancia terrenal. En esta relación, Serapis se convierte en el examinador o adversario que pone a prueba las almas de los que pretenden sumarse a los inmortales. El laberinto se usaba también, sin duda, para representar el sistema solar, donde el hombre-toro representaba al sol que vive en el laberinto místico de sus planetas, lunas y asteroides.

Los Misterios gnósticos conocían el significado arcano de Serapis y, a través del gnosticismo, este dios quedó asociado inextricablemente con el cristianismo primitivo. Es más, durante un viaje a Egipto en el 134 d. de C., el emperador Adriano, manifestó en una carta a Serviano que los adoradores de Serapis eran cristianos y que los obispos de la iglesia también celebraban oficios religiosos en su santuario. Incluso anunció que el propio patriarca, cuando estuvo en Egipto, se vio obligado a adorar a Serapis, además de a Cristo. (Véase *New Light on the Great Pyramid* de Parsons.)

La insospechada importancia de Serapis como prototipo de Cristo se aprecia mejor después de analizar el siguiente extracto de *The Gnostics and Their Remains* de C. W. King: «No cabe la menor duda de que la cabeza de Serapis, cuyo rostro manifiesta una majestuosidad grave y meditabunda, proporcionó la idea inicial para realizar los retratos convencionales del Redentor. Los prejuicios judíos de los primeros conversos eran tan poderosos que podemos estar seguros de que no se hizo ningún intento de representar Su semblante hasta varias generaciones después de que murieran los que lo habían contemplado en la tierra».

Serapis fue usurpando poco a poco las posiciones que antes habían ocupado otros dioses egipcios y griegos y se convirtió en la divinidad suprema de las dos religiones. Su poder continuó hasta el siglo IV de la era cristiana. En el año 385, Teodosio, futuro exterminador de la filosofía pagana, publicó su memorable edicto *De Idolo Serapidis Diruendo*. Cuando, en cumplimiento de esta orden, los soldados cristianos entraron en el Serapeum de Alejandría para destruir la imagen de Serapis que llevaba siglos allí, su veneración por el dios era tan grande que no se atrevían a tocarla, por temor a que la tierra se abriera bajo sus pies y

los tragara. Al final, venciendo su temor, echaron por tierra la estatua, saquearon el edificio y, por último, como digno punto culminante de aquel ataque, quemaron la magnífica biblioteca situada en los majestuosos aposentos del Serapeum. Varios escritores han registrado el hecho sorprendente de que se hallaran símbolos cristianos entre las ruinas de los cimientos de aquel templo pagano. Sócrates, un historiador de la iglesia del siglo v, declaró que, después de que los piadosos cristianos arrasaran el Serapeum de Alejandría y dispersaran los demonios que vivían allí disfrazados de dioses, ¡encontraron bajo los cimientos el monograma de Cristo!

Dos citas confirmarán aún más la relación entre los Misterios de Serapis y los de otros pueblos antiguos. La primera procede de *The Simbolical Language of Ancient Art and Mythology* de Richard Payne Knight: «Por consiguiente, Varrón [en *La lengua latina*] dice que Coelum y Terra, es decir, la mente universal y el cuerpo productivo, eran los grandes dioses de los Misterios de Samotracia y que coinciden con el Serapis y la Isis de los egipcios posteriores, el Taautos y la Astarté de los fenicios y el Saturno y la Ops de los romanos». La segunda cita está tomada de *Moral y dogma del rito escocés antiguo y aceptado* de Albert Pike: «A vos —dice Marciano Capella en su himno al sol—, los habitantes del Nilo os adoran como Serapis y Menfis os venera como Osiris; en los ritos sagrados de Persia sois Mitra; en Frigia, Atis; Libia se inclina ante vos como Amón y la Biblos fenicia, como Adonis; de modo que el mundo entero os adora con nombres diferentes».

Los Misterios odínicos

La fecha en que se fundaron los Misterios odínicos es incierta. Algunos autores declaran que se establecieron en el siglo i antes de Cristo y otros, en el siglo i después de Cristo. Robert Macoy, del grado 33, da la siguiente descripción de su origen: «Se deduce de las crónicas septentrionales que, en el siglo i de la era cristiana, Sigge, el jefe de la tribu asiática de Aser, emigró del mar Caspio y el Cáucaso hacia el norte de Europa. Dirigió el rumbo hacia el noroeste, desde el mar Negro en dirección a Rusia, donde, según la tradición, colocó a uno de sus hijos como gobernante, como dicen que había hecho con los sajones y los francos. A continuación atravesó Cimbria en dirección a Dinamarca, donde puso como soberano a su quinto hijo, Skiöld, y se trasladó a Sue-

cia, donde gobernaba entonces Gylf, que rindió pleitesía a aquel forastero extraordinario y fue iniciado en sus misterios. No tardó en convertirse allí en señor, levantó Sigtuna como capital de su imperio, promulgó un nuevo código y estableció los misterios sagrados. Él mismo asumió el nombre de Odín, fundó el clero de los doce *drottar* (¿druidas?), que se encargaban del culto secreto y la administración de la justicia y, como profetas, revelaban el futuro. Los ritos secretos de aquellos misterios festejaban la muerte del hermoso y encantador Balder y representaban la pena de los dioses y los hombres ante su muerte y su vuelta a la vida». (*General History, Cyclopedia and Dictionary of Freemasonry.*)

Después de su muerte, el Odín histórico fue deificado y su identidad se fundió con la del Odín mitológico, el dios de la sabiduría, cuyo culto había promulgado. Entonces, el odinismo sustituyó al culto a Thor, el dios del trueno, la divinidad suprema del antiguo panteón escandinavo. Todavía se puede ver el túmulo en el cual, según la leyenda, fue enterrado el rey Odín, cerca del lugar donde está situado su gran templo, en Upsala.

Los doce *drottar* que presidían los Misterios odínicos personificaban, evidentemente, los doce nombres sagrados e inefables de Odín. Los rituales de los Misterios odínicos eran muy similares a los de los griegos, los persas y los brahmanes, en los cuales se basaban. Los *drottar*, que simbolizaban los signos del Zodíaco, eran los custodios de las artes y las ciencias y las revelaban a aquellos que superaban las pruebas de iniciación. Al igual que muchos otros cultos paganos, los Misterios odínicos, como institución, fueron destruidos por el cristianismo, aunque la causa fundamental de su decadencia fue la corrupción del clero.

La mitología es casi siempre el ritual y el simbolismo de una escuela mistérica. En pocas palabras, el drama sagrado que constituía la base de los Misterios odínicos es el siguiente:

Al creador supremo e invisible de todas las cosas lo llamaban «el Padre Supremo». Su regente en la naturaleza era Odín, el dios de un solo ojo. Como Quetzalcóatl, Odín fue elevado a la dignidad de divinidad suprema. Según los *drottar*, el universo se formó a partir del cuerpo de Ymir, el gigante de la escarcha. Ymir se formó a partir de las nubes de niebla que se elevaban de Ginnungagap, la inmensa grieta en el caos a la cual los primigenios gigantes de la escarcha y gigantes del fuego habían arrojado nieve y fuego. Los tres dioses, Odín, Vili y Ve, dieron muerte a Ymir y con él formaron el mundo. A partir de los distintos miembros de Ymir se crearon las distintas partes de la naturaleza.

Después de que Odín impusiera orden, hizo construir un hermoso palacio, llamado Asgard, en la cima de la montaña, donde los doce *Aesir* (dioses) vivían juntos, muy por encima de las limitaciones de los hombres mortales. En aquella montaña también estaba el Valhalla, el palacio de los fallecidos, donde todos aquellos que habían tenido una muerte heroica luchaban y se daban festines día tras día. Por la noche, sus heridas curaban y el jabalí cuya carne comían se renovaba con la misma rapidez con la que lo consumían.

Balder el Hermoso, el Cristo escandinavo, era el hijo bienamado de Odín. Balder no era guerrero; su espíritu amable y encantador llevó paz y alegría a los corazones de los dioses y todos lo querían, menos uno. Del mismo modo en que Jesús tuvo a Judas entre Sus doce discípulos, uno de los doce dioses era falso: Loki, la personificación del mal. Loki hizo que Höor, el dios ciego del destino, disparara contra Balder una flecha de muérdago. Al morir Balder, la luz y la alegría desaparecieron de la vida de los demás dioses, que, desconsolados, se reunieron para buscar un método que les permitiera resucitar aquel espíritu de vida y juventud eternas. El resultado fue el establecimiento de los Misterios.

Los Misterios odínicos se celebraban en criptas o cuevas subterráneas, cuyas nueve cámaras representan los nueve mundos de los Misterios. Al candidato que quería ingresar se le encomendaba la misión de resucitar a Balder de entre los muertos. Aunque él no lo sabía, él mismo representaba el papel de Balder. Se denominaba a sí mismo «trotamundos»: las cavernas que atravesaba simbolizaban los mundos y las esferas de la naturaleza. Los sacerdotes que lo iniciaban eran emblemas del sol, la luna y las estrellas. Los tres iniciadores supremos —el Sublime, el Igual al Sublime y el Supremo— eran análogos al maestro adorador y el guardián menor y el mayor de las logias masónicas.

Después de vagar durante horas por los pasadizos intrincados, el candidato era conducido ante una estatua de Balder el Hermoso, el prototipo de todos los iniciados en los Misterios. Esta figura se levantaba en el centro de un gran aposento techado con escudos. En medio de la cámara había una planta con siete flores, como emblemas de los planetas. En aquella sala, que simbolizaba el hogar de los *Aesir*, o la Sabiduría, el neófito juraba guardar secreto y ser piadoso sobre la hoja desnuda de una espada. Bebía el hidromiel santificado de un cuenco hecho con un cráneo humano y, después de resistir todas las torturas y de superar todas las pruebas con las que pretendían desviarlo del camino de la sabiduría, finalmente se le permitía descubrir el misterio de Odín, la

personificación de la sabiduría. Le entregaban, en nombre de Balder, el anillo sagrado de la orden, lo aclamaban como hombre renacido y decían de él que había muerto y había resucitado sin pasar por las puertas de la muerte.

La inmortal composición de Richard Wagner *Der Ring des Nibelungen* se basa en los rituales mistéricos del culto odínico. Aunque el gran compositor se tomó muchas libertades con la historia original, las óperas del ciclo *El anillo del nibelungo*, considerado la tetralogía más espléndida de dramas musicales del mundo, han captado y conservado de forma notable la majestuosidad y el poder de la saga original. La acción comienza con *Das Rheingold* y continúa con *Die Walküre* y *Siegfried* hasta llegar a su imponente apogeo en *Götterdämmerung*, «El crepúsculo de los dioses».

IV

Los misterios antiguos y las sociedades secretas

TERCERA PARTE

Los más famosos de los antiguos Misterios religiosos fueron los eleusinos, cuyos ritos se celebraban cada cinco años en la ciudad de Eleusis para honrar a Ceres (Deméter, Rea o Isis) y a su hija, Perséfone. Los iniciados de la escuela eleusina eran famosos en toda Grecia por la belleza de sus conceptos filosóficos y la elevada moralidad que demostraban en su vida cotidiana. Debido a su excelencia, estos Misterios se expandieron a Roma y a Gran Bretaña y posteriormente se hicieron iniciaciones en estos dos países. Por lo general se cree que los Misterios eleusinos, que reciben este nombre por la comunidad del Ática en la que se celebraron por primera vez aquellos dramas sagrados, fueron fundados por Eumolpo alrededor de mil cuatrocientos años antes del nacimiento de Cristo y, a través de la filosofía platónica, sus principios se han conservado hasta la actualidad.

Los ritos de Eleusis, con sus interpretaciones místicas de los secretos más valiosos de la naturaleza, eclipsaron a las civilizaciones de su época y poco a poco fueron absorbiendo muchas escuelas más pequeñas e incorporaron a su propio sistema toda la información valiosa que tuvieran aquellas instituciones menores. Heckethorn encuentra en los Misterios de Ceres y de Baco una metamorfosis de los ritos de Isis y Osiris y existen motivos de sobra para pensar que todas las escuelas consideradas secretas del mundo antiguo eran ramas de un mismo árbol filosófico que, con su raíz en el cielo y sus ramas en la tierra, es —como el espíritu humano— una causa invisible pero omnipresente de los medios objetivados que la expresan. Los Misterios eran los canales a través de los cuales se difundía aquella luz filosófica única y sus iniciados,

resplandecientes de comprensión intelectual y espiritual. eran el fruto perfecto del árbol divino, que daba fe ante el mundo material de la fuente recóndita de la luz y la verdad.

Los ritos de Eleusis se dividían en los llamados Misterios mayores y los menores. Según James Gardner. los Misterios menores se celebraban en primavera (probablemente en la época del equinoccio vernal) en la ciudad de Agrae y los mayores, en otoño (la época del equinoccio otoñal) en Eleusis o en Atenas. Se supone que los primeros se cumplían todos los años y los segundos, cada cinco años. Los rituales de los eleusinos eran muy complicados y para comprenderlos había que tener un conocimiento profundo de la mitología griega, que ellos interpretaban bajo su luz esotérica con ayuda de sus claves secretas.

Los Misterios menores estaban dedicados a Perséfone. En *Eleusinian and Bacchic Mysteries*, Thomas Taylor resume su finalidad con estas palabras: «Los Misterios menores habían sido ideados por los teólogos antiguos, sus fundadores, para representar de forma oculta la condición del alma impura dotada de un cuerpo terrenal y envuelta en una naturaleza material y física».

La leyenda que se utiliza en los ritos menores es la del rapto de la diosa Perséfone, hija de Ceres. por Plutón, el señor de los infiernos, o el Hades. Mientras Perséfone está cogiendo flores en un prado hermoso, de pronto se abre la tierra y el sombrío señor de la muerte, en un carruaje magnífico, sale de las lúgubres profundidades, la coge en sus brazos y se lleva a la diosa, que grita y forcejea, a su palacio subterráneo. donde la obliga a convertirse en su reina.

Es poco probable que muchos de los iniciados comprendieran el significado místico de esta alegoría. porque parece que muchos pensaban que se refería exclusivamente a la sucesión de las estaciones. Cuesta obtener información satisfactoria acerca de los Misterios. porque los candidatos estaban obligados por juramentos inviolables a no revelar jamás a los profanos los secretos más recónditos. Al comienzo de la ceremonia de iniciación. el candidato se ponía de pie sobre la piel de los animales que habían sido sacrificados a tal fin y juraba que la muerte sellaría sus labios antes de que divulgaran las verdades sagradas que estaban a punto de comunicarle. No obstante, algunos de sus secretos se han conservado por canales indirectos. Las enseñanzas que se transmitían a los neófitos eran, esencialmente, las siguientes:

El alma humana —a menudo llamada «psique» y en los Misterios eleusinos simbolizada por Perséfone— es, esencialmente, algo espiri-

tual. En realidad, habita en los mundos superiores, donde, al no estar limitada por la forma material ni por los conceptos materiales, se dice que está verdaderamente viva y se puede expresar. Según esta doctrina, la naturaleza humana o física del hombre es una tumba, un atolladero, algo falso y efímero, la causa de todos los pesares y sufrimientos. Platón describe el cuerpo como el sepulcro del alma, con lo cual no se refiere solo a la forma humana, sino también a la naturaleza humana.

La melancolía y el abatimiento de los Misterios menores representaban el sufrimiento del alma espiritual, que no puede expresarse porque ha aceptado las limitaciones y las ilusiones del entorno humano. El quid del argumento eleusino era que el hombre no era ni mejor ni más sabio después de muerto que durante su vida. Si no supera la ignorancia durante su estancia aquí, al morir ingresa en la eternidad para deambular para siempre, cometiendo los mismos errores que aquí. Si no deja atrás el deseo de bienes materiales aquí, lo llevará consigo al mundo invisible, donde, como nunca puede satisfacer ese deseo, permanecerá en una agonía interminable. El *Infierno* de Dante describe simbólicamente los sufrimientos de aquellos que jamás han desprendido su naturaleza espiritual de las ansias, los hábitos, los puntos de vista y las limitaciones de su personalidad plutónica. Los que no habían hecho ningún esfuerzo por superarse (aquellos cuyas almas han dormido) durante su vida física, al morir entraban en el Hades, donde, tumbados en hileras, dormían durante toda la eternidad como habían dormido durante su vida.

Para los filósofos eleusinos, el nacimiento en el mundo físico era la muerte en el sentido más amplio de la palabra y el único nacimiento verdadero era el del alma espiritual del hombre al salir del vientre de su propia naturaleza carnal. «El alma que duerme está muerta», dice Longfellow y así establece la tónica de los Misterios eleusinos. Del mismo modo en que Narciso, mientras se contemplaba a sí mismo en el agua —los antiguos usaban este elemento móvil como símbolo del universo transitorio, ilusorio y material—, perdió la vida al tratar de abrazar su reflejo, el hombre que se mira en el espejo de la naturaleza y acepta como su ser verdadero el barro sin sentido que ve reflejado pierde la oportunidad que le brinda su vida física de desarrollar su ser inmortal e invisible.

Un iniciado antiguo dijo en una ocasión que los vivos están gobernados por los muertos. Solo los que están familiarizados con el concepto eleusino de la vida pueden entender esta afirmación. Significa que la mayoría de las personas no se rigen por su espíritu vivo, sino por su

personalidad animal sin sentido y, por lo tanto, muerta. Estos Misterios enseñaban la transmigración y la reencarnación, aunque de una forma algo insólita. Se creía que a medianoche los mundos invisibles estaban más cerca de la esfera terrestre y que las almas que adquirían existencia material se deslizaban en ella a medianoche. Por tal motivo, muchas de las ceremonias eleusinas se celebraban a esa hora. Algunos de los espíritus dormidos que no habían logrado despertar su naturaleza superior durante su vida terrenal y que entonces flotaban por ahí en los mundos invisibles, rodeados por una oscuridad que ellos mismos habían creado, de vez en cuando se introducían a esa hora y adoptaban la forma de diversas criaturas.

Los místicos de Eleusis también hacían hincapié en lo malo del suicidio y explicaban que en torno a este delito había un misterio profundo del cual no podían hablar, aunque advertían a sus discípulos que un gran pesar embargaba a todos los que se quitaban la vida. Esto, en esencia, constituye la doctrina esotérica que se transmitía a los iniciados en los Misterios menores. Como este grado se refería sobre todo a las miserias de aquellos que no conseguían aprovechar al máximo sus oportunidades filosóficas, las cámaras de iniciación eran subterráneas y los horrores del Hades se representaban de forma vívida en un complejo drama ritualista. Cuando lograba atravesar los tortuosos corredores, con sus pruebas y sus peligros, el candidato recibía el título honorario de *mystes*, que quería decir «alguien que ve a través de un velo o tiene una visión confusa». También significaba que el candidato había llegado hasta el velo, que desaparecería en el grado superior. Es probable que la palabra moderna «místico», en el sentido de alguien que busca la verdad siguiendo los dictados de su corazón y el camino de la fe, derive de aquella palabra antigua, porque la fe es creer en la realidad de las cosas que no se ven o están veladas.

Los Misterios mayores (a los cuales el candidato solo era admitido cuando había superado las pruebas de los menores e, incluso en ese caso, no siempre) estaban consagrados a Ceres, la madre de Perséfone, a la que representan deambulando por el mundo en busca de su hija raptada. Ceres portaba dos antorchas: la intuición y la razón, para ayudarla en la búsqueda de su hija perdida (el alma). Finalmente, localizaba a Perséfone no muy lejos de Eleusis y, en señal de gratitud, enseñaba a su pueblo a cultivar el grano, que era sagrado para ella, y también fundaba los Misterios. Ceres comparecía ante Plutón, el dios de las almas de los muertos, y le suplicaba que permitiera a Perséfone regresar a su casa. Al

principio, el dios se negaba, porque Perséfone había comido un trozo de granada, el fruto de la mortalidad. Finalmente, sin embargo, cedía y accedía a dejar que Perséfone viviera en el mundo superior la mitad del año, si pasaba con él la otra mitad en la oscuridad del Hades.

Para los griegos, Perséfone era una manifestación de la energía solar, que en los meses de invierno vivía bajo tierra con Plutón, pero en verano regresaba otra vez con la diosa de la productividad. Según la leyenda, las flores adoraban a Perséfone y todos los años, cuando ella se marchaba hacia los reinos oscuros de Plutón, las plantas y los arbustos morían de tristeza. Mientras los profanos y los no iniciados tenían sus propias opiniones sobre estos temas, los sacerdotes —ellos eran los únicos que reconocían lo sublime de aquellas grandes parábolas filosóficas y religiosas— mantuvieron ocultas en lugar seguro las verdades de las alegorías griegas.

Thomas Taylor tipifica las doctrinas de los Misterios mayores con las siguientes palabras: «Los (Misterios) mayores dan a entender vagamente, mediante visiones místicas y espléndidas, la dicha del alma tanto aquí como después, cuando se purifica del envilecimiento de la naturaleza material y se eleva constantemente a las realidades de la visión intelectual (espiritual)».

Mientras que los Misterios menores trataban de la época prenatal del hombre, cuando la conciencia, en sus nueve días (embriológicamente, meses), descendía al reino de la ilusión y asumía el velo de la irrealidad, los Misterios mayores trataban de los principios de la regeneración espiritual y revelaban a los iniciados no solo el método más sencillo, sino también el más directo y completo de liberar sus naturalezas superiores de la esclavitud de la ignorancia material. Como Prometeo encadenado a la cima del monte Cáucaso, la naturaleza superior del hombre está encadenada a su personalidad inadecuada. Los nueve días de iniciación también simbolizaban las nueve esferas que atraviesa el alma en su descenso, durante el proceso de adoptar una forma terrestre. No se conocen los ejercicios secretos para el desarrollo espiritual que se daban a los discípulos de los grados superiores, aunque existen motivos para pensar que eran similares a los Misterios brahmánicos, porque se sabe que las ceremonias eleusinas finalizaban con las palabras sánscritas *konx om pax*.

La parte de la alegoría que se refiere a los dos períodos de seis meses, durante uno de los cuales Perséfone debe permanecer con Plutón, mientras que, durante el otro, puede volver a visitar el mundo superior,



DE UNA PINTURA MURAL DE POMPEYA

CERES, LA PATRONA DE LOS MISTERIOS
Ceres, o Deméter, era la hija de Crono y Rea y con Zeus tuvo a Perséfone. Algunos la consideran la diosa de la tierra, pero en realidad es la divinidad que protege la agricultura en general y el grano en particular. La amapola es sagrada para ella y a menudo aparece llevando una guirnalda de estas flores o adornándose con ella. En los Misterios se representa a Ceres sentada en un carro tirado por serpientes aladas.

proporciona material para una reflexión profunda. Es probable que los eleusinos supieran que el alma se marcha del cuerpo durante el sueño o que, por lo menos, adquiría la capacidad de marcharse gracias al entrenamiento especial que, sin duda, estaban en condiciones de brindarle. Por consiguiente, Perséfone permanecería como soberana del reino de Plutón durante las horas de vigilia y, en cambio, ascendería a los mundos espirituales durante los períodos de sueño. Se enseñaba al iniciado a interceder ante Plutón para que permitiera que Perséfone (el alma del iniciado) ascendiera desde la oscuridad de su naturaleza material hacia la luz del conocimiento. Cuando así se desprendía de las ataduras del barro y de los conceptos cristalizados, el iniciado se liberaba no solo durante el período de su vida, sino para toda la eternidad, porque, a partir de entonces, nunca más era despojado de aquellas cualidades del alma que después de la muerte eran sus medios de manifestación y expresión en el llamado mundo celestial.

En contraste con la idea del Hades como un estado de oscuridad inferior, se decía que los dioses vivían en lo alto de las montañas; un buen ejemplo de esto lo encontramos en el monte Olimpo, donde se supone que vivían juntas las doce divinidades griegas. Por consiguiente, en su deambular iniciático, el neófito entraba en cámaras cada vez más brillantes para representar el ascenso del espíritu desde los mundos inferiores hacia el terreno de la felicidad absoluta. Como punto culminante de sus andanzas, ingresaba en una gran sala abovedada, en cuyo centro

se alzaba una estatua de la diosa Ceres brillantemente iluminada, donde, en presencia del hierofante y rodeado por sacerdotes con vestiduras espléndidas, era instruido en los misterios secretos más elevados de Eleusis. Al concluir la ceremonia, era aclamado como *epoptes*, que significa «alguien que ha visto con sus propios ojos». Por este motivo, la iniciación también se llamaba «autopsia». A continuación, entregaban al *epoptes* determinados libros sagrados, probablemente escritos en clave, junto con unas tablillas de piedra que llevaban grabadas las instrucciones secretas.

En *The Obelisk in Freemasonry*, John A. Weisse describe a los personajes que ofician los Misterios eleusinos como un hierofante masculino y otro femenino, que dirigían las iniciaciones; un hombre y una mujer portadores de antorchas; un heraldo, y un hombre y una mujer encargados del altar. Había también numerosos ayudantes de menor importancia. Dice que, según Porfirio, el hierofante representa al demiurgo platónico o creador del mundo; el portador de la antorcha, al sol; el encargado del altar, a la luna; el heraldo, a Hermes o Mercurio, y los demás ayudantes, a las estrellas menores.

Según se deduce de los documentos disponibles, los rituales iban acompañados de gran cantidad de fenómenos extraños y aparentemente sobrenaturales. Muchos iniciados sostienen que realmente han visto a los propios dioses vivos. Si esto era consecuencia del éxtasis religioso o de una auténtica cooperación de los poderes invisibles con los sacerdotes visibles seguirá siendo un misterio. En *Las metamorfosis o El asno de oro*, Apuleyo describe con las siguientes palabras lo que con toda probabilidad fue su iniciación en los Misterios eleusinos:

> Me acerqué a los confines de la muerte y, después de pisar el umbral de Proserpina, regresé y me llevaron por todos los elementos. A medianoche vi el sol que brillaba con una luz espléndida y me acerqué claramente a los dioses de abajo y los dioses de arriba y de cerca los adoré.

En los Misterios eleusinos se admitían las mujeres y los niños y hubo una época en la que realmente había miles de iniciados. Como toda aquella gente no estaba preparada para las doctrinas espirituales y místicas más elevadas, era inevitable que se produjera una división dentro de la misma sociedad. Las enseñanzas más elevadas solo se transmitían a una cantidad limitada de iniciados, que, por su mentalidad superior, manifestaban una comprensión global de los conceptos filosóficos básicos. Sócrates se negó a ser iniciado en los Misterios eleusinos, por-

que, como conocía sus principios a pesar de no pertenecer a la orden, se dio cuenta de que ser miembro le sellaría los labios. Que los Misterios eleusinos se basaban en verdades grandes y eternas lo demuestra lo mucho que los veneraban las mentes preclaras de la Antigüedad. Se pregunta M. Ouvaroff: «¿Habrían hablado de ellos con tanta admiración Píndaro, Platón, Cicerón y Epícteto si el hierofante se hubiese conformado con proclamar en voz alta sus propias opiniones o las de su orden?».

Las prendas que llevaban los candidatos al iniciarse se conservaban durante muchos años y se creía que poseían propiedades casi sagradas. Así como el alma no se puede cubrir más que de sabiduría y virtud, los candidatos, que aún no poseían el verdadero conocimiento, se presentaban ante los Misterios desnudos; primero se les daba la piel de algún animal y después una prenda consagrada que simbolizaba las enseñanzas filosóficas que recibía el iniciado. En el transcurso de la iniciación, el candidato atravesaba dos puertas. La primera conducía hacia abajo, a los mundos inferiores, y simbolizaba su nacimiento a la ignorancia. La segunda conducía hacia arriba, a una habitación muy iluminada con lámparas invisibles, en la que estaba la estatua de Ceres y que simbolizaba el mundo superior o la casa de la Luz y la Verdad. Estrabón afirma que en el gran templo de Eleusis cabían entre veinte y treinta mil personas. Las cuevas dedicadas por Zaratustra también tenían estas dos puertas, que simbolizaban la vía del nacimiento y la de la muerte.

El siguiente párrafo, tomado de Porfirio, nos brinda una impresión bastante adecuada del simbolismo eleusino: «Al ser Dios un principio luminoso que reside en medio del fuego más etéreo, siempre permanece invisible a los ojos de aquellos que no se elevan por encima de la vida material; en este sentido, la visión de cuerpos transparentes, como el cristal, el mármol de Paros e incluso el marfil, recuerda la idea de la luz divina, como la visión del oro despierta la idea de pureza, porque el oro no se puede mancillar. Algunos han pensado que una piedra negra simbolizaba la invisibilidad de la esencia divina. Para expresar la razón suprema, la Divinidad se representaba con forma humana y hermosa, porque Dios es la fuente de la belleza; con diferentes edades y en diversas actitudes, sentada o de pie, de un sexo u otro, como una virgen o un joven, un esposo o una novia, para que se pudieran marcar todos los tonos y los matices. Por consiguiente, todo lo luminoso se atribuía a los dioses; la esfera y todo lo que es esférico, al universo, al sol y la luna y en ocasiones a la Fortuna y la Esperanza; el círculo y todas las figuras circulares, a la eternidad; a los movimientos celestes, a los círculos

y las zonas de los cielos; la sección de los círculos, a las fases de la luna, y las pirámides y los obeliscos, al principio ígneo y, a través de este, a los dioses del cielo. Un cono expresa el sol; un cilindro, la tierra; el falo y el triángulo (símbolo de la matriz) designan la generación». (De *Essay on the Mysteries of Eleusis* de M. Ouvaroff.)

Según Heckethorn, los Misterios eleusinos sobrevivieron a todos los demás y no dejaron de existir como institución hasta casi cuatrocientos años después de Cristo, cuando finalmente los suprimió Teodosio (llamado «el Grande»), que destruyó con crueldad todo lo que no aceptaba la fe cristiana. Con respecto a esta, que fue la más grande de todas las instituciones filosóficas, dijo Cicerón que enseñaba a los hombres no solo a vivir, sino también a morir.

Los Misterios órficos

Orfeo, el bardo tracio y gran iniciador de los griegos, dejó de ser conocido como hombre y fue alabado como divinidad varios siglos antes de la era cristiana. Escribe Thomas Taylor: «En cuanto al propio Orfeo [...], casi no se encuentran vestigios de su vida entre las inmensas ruinas del tiempo. Porque ¿quién ha podido asegurar jamás algo con certeza acerca de su origen, su edad, su país y su condición? De lo único de lo que podemos estar seguros, de común acuerdo, es de que antiguamente vivió una persona llamada Orfeo, que fue el fundador de la teología entre los griegos, el que instituyó su vida y su moral, el primero de los profetas y el príncipe de los poetas; él mismo era hijo de una musa y enseñó a los griegos sus ritos y sus misterios sagrados; de su sabiduría, como de una fuente perenne y abundante, brotaron la musa divina de Homero y la teología sublime de Pitágoras y Platón». (Véase *Mystical Hymns of Orpheus*.)

Orfeo fue el fundador del sistema mitológico griego, que le sirvió para promulgar sus doctrinas filosóficas. El origen de su filosofía es incierto. Es posible que la obtuviera de los brahmanes y hay leyendas que dicen que era hindú; su nombre podría derivar de ὀρφναῖος, que significa «oscuro». Orfeo fue iniciado en los Misterios egipcios, de los cuales obtuvo amplios conocimientos de magia, astrología, hechicería y medicina. También le fueron confiados los Misterios cabíricos de Samotracia, que contribuyeron, sin duda, a sus conocimientos de medicina y de música.

La historia de amor de Orfeo y Eurídice es uno de los episodios trágicos de la mitología griega y, aparentemente, constituye la característica más destacada del rito órfico. Cuando intentaba huir de un villano que pretendía seducirla, Eurídice murió como consecuencia del veneno que le inyectó una serpiente venenosa que la picó en el talón. Orfeo penetró hasta lo más profundo del infierno y tanto encantó a Plutón y a Perséfone con la belleza de su música que estuvieron de acuerdo en permitir a Eurídice volver a la vida, si Orfeo la conducía otra vez al reino de los vivos sin darse la vuelta ni una sola vez para ver si ella lo seguía. Sin embargo, tan grande era su temor de que ella se alejase de él que volvió la cabeza y Eurídice, con un grito desconsolado, fue arrastrada otra vez al reino de la muerte.

Orfeo deambuló un tiempo por la tierra, desconsolado, y hay varias versiones distintas sobre la forma en que murió. Algunas dicen que lo mató un rayo; otras, que, al no conseguir salvar a su amada Eurídice, se suicidó. No obstante, la versión que se suele aceptar de su muerte es que lo destrozaron las ménades de Ciconia por haberlas desdeñado. En el libro décimo de la *República* de Platón, se anuncia que, por su triste destino a manos de mujeres, el alma de quien había sido Orfeo, al ser destinada a vivir otra vez en el mundo físico, prefirió regresar en el cuerpo de un cisne a nacer de una mujer. La cabeza de Orfeo, tras ser arrancada de su cuerpo, fue arrojada al río Hebro junto con su lira y llegó flotando hasta el mar, donde quedó en una grieta de la roca y dio oráculos durante muchos años. La lira, después de haber sido robada de su santuario y de contribuir a la destrucción del ladrón, fue recogida por los dioses, que la convirtieron en una constelación.

Hace tiempo que se alaba a Orfeo como patrono de la música. En su lira de siete cuerdas tocaba armonías tan perfectas que hasta los propios dioses reconocían su poder. Cuando tocaba las cuerdas de su instrumento, las aves y los animales se reunían a su alrededor y, cuando paseaba por los bosques, sus encantadoras melodías hacían que hasta los viejos árboles se esforzaran por arrancar sus raíces nudosas de la tierra para seguirlo. Orfeo es uno de los numerosos inmortales que se sacrificaron para que la humanidad pudiera alcanzar la sabiduría de los dioses. Comunicaba a los hombres los secretos divinos mediante el simbolismo de su música y varios autores han manifestado que, aunque los dioses lo amaban, temían que derrocara su reino y, por consiguiente y a su pesar, provocaron su destrucción.

A medida que fue pasando el tiempo, el Orfeo histórico llegó a confundirse por completo con la doctrina que representaba y acabó convirtiéndose en el símbolo de la escuela griega de la Sabiduría Antigua. Así, pues, Orfeo fue declarado hijo de Apolo, la verdad divina y perfecta, y de Calíope, la musa de la armonía y el ritmo. En otras palabras, Orfeo es la doctrina secreta (Apolo) revelada a través de la música (Calíope). Eurídice es la humanidad que muere por la picadura de la serpiente del falso conocimiento y queda prisionera en el infierno de la ignorancia. En esta alegoría, Orfeo representa la teología, que consigue ganársela al rey de los muertos, aunque no logra resucitarla, porque juzga mal y desconfía del conocimiento innato que hay dentro del alma humana. Las mujeres de Ciconia que descuartizaron a Orfeo simbolizan las diversas facciones teológicas rivales que destruyen el cuerpo de la Verdad. Sin embargo, no lo consiguen mientras sus gritos discordantes no ahogan la armonía que Orfeo producía con su lira mágica. La cabeza de Orfeo representa las doctrinas esotéricas de su culto, que siguen viviendo y hablando aun después de que su cuerpo (el culto) haya sido destruido. La lira es la enseñanza secreta de Orfeo; las siete cuerdas son las siete verdades divinas que constituyen las claves del conocimiento universal. Las diferentes versiones de su muerte representan los distintos medios utilizados para destruir las enseñanzas secretas: la sabiduría puede morir de muchas formas diferentes al mismo tiempo. La alegoría de Orfeo encarnado en el cisne blanco significa, simplemente, que las verdades espirituales que promulgó continuarán y serán enseñadas por los iniciados iluminados de todos los siglos futuros. El cisne es el símbolo de los iniciados en los Misterios y también es símbolo del poder divino que ha creado el mundo.

Los ritos báquicos y los dionisíacos

El rito báquico gira en torno a la alegoría del joven Baco (Dioniso o Zagreo), que fue descuartizado por los titanes. Estos gigantes consiguieron destruir a Baco al hacer que quedara fascinado por su propia imagen reflejada en un espejo. Tras desmembrarlo, los titanes primero hirvieron los trozos en agua y después los asaron. Palas rescató el corazón del dios asesinado y esta precaución permitió a Baco (Dioniso) volver a surgir con todo su esplendor anterior. Júpiter, el demiurgo, que vio el crimen de los titanes, les arrojó sus rayos y los mató y quemó sus

cadáveres hasta reducirlos a cenizas con el fuego celestial. De las cenizas de los titanes, que también contenían una parte de la carne de Baco, cuyo cuerpo habían devorado en parte, fue creada la raza humana. Por eso se decía que la vida cotidiana de los hombres contenía una parte de la vida báquica.

Por este motivo, los Misterios griegos advertían contra el suicidio. Aquel que intente destruirse alza su mano contra la naturaleza de Baco que lleva en su interior, ya que el cuerpo del hombre es, indirectamente, la tumba de este dios y, por consiguiente, hay que conservarlo con el máximo cuidado.

Baco (Dioniso) representa el alma racional del mundo inferior. Es el jefe de los titanes, los artífices de las esferas mundanas. Los pitagóricos lo llamaban «la mónada titánica». De este modo, Baco es la idea absoluta de la esfera titánica y los titanes, o dioses de los fragmentos, son los medios activos gracias a los cuales la sustancia universal se crea según el modelo de esta idea. El estado báquico representa la unidad del alma racional en un estado de autoconocimiento y el estado titánico, la diversidad del alma racional que, al dispersarse por toda la creación, pierde la conciencia de su propia unidad esencial. El espejo que Baco contempla y que constituye la causa de su caída es el gran mar de ilusión, el mundo inferior creado por los titanes. Baco (el alma racional mundana), al ver su imagen ante él, la acepta como una semejanza suya e infunde alma a la semejanza; es decir, que la idea racional infunde alma a su reflejo: el universo irracional. Al infundir alma a la imagen irracional, le implanta el deseo de llegar a ser como su origen: la imagen racional. Por consiguiente, los antiguos decían que el hombre no conoce a los dioses mediante la lógica ni la razón, sino al advertir la presencia de los dioses en su interior.

Después de que Baco se mirara en el espejo y siguiera su propio reflejo hacia la materia, el alma racional del mundo fue dividida y repartida por los titanes por toda la esfera mundana cuya esencia natural es, pero no pudieron desparramar el corazón, o la fuente. Los titanes tomaron el cuerpo desmembrado de Baco y lo hirvieron en agua, como símbolo de la inmersión en el universo material, que representa la incorporación del principio báquico a la forma. Después asaron los trozos para significar el posterior ascenso de la naturaleza espiritual al salir de su forma.

Cuando Júpiter, padre de Baco y demiurgo del universo, vio que los titanes estaban involucrando irremediablemente la idea racional o

divina al esparcir sus miembros a través de los componentes del mundo inferior, mató a los titanes para que la idea divina no se perdiera por completo. Con las cenizas de los titanes formó la humanidad, cuya existencia tenía por objeto preservar y, con el tiempo, liberar la idea báquica, o el alma racional, de la maquinación titánica. Júpiter, como demiurgo y creador del universo material, es la tercera persona de la tríada creadora y, por consiguiente, el señor de la muerte, porque la muerte solo existe en la esfera inferior del ser que él preside. Se produce la desintegración para que, a continuación, pueda haber reintegración a un nivel superior de la forma o la inteligencia. Los rayos de Júpiter simbolizan su poder desintegrador y revelan la finalidad de la muerte, que es rescatar el alma racional del poder devorador de la naturaleza irracional.

El hombre es una criatura compuesta, cuya naturaleza inferior consiste en fragmentos de los titanes y cuya naturaleza superior es la carne (vida) sagrada e inmortal de Baco. Por eso, el hombre puede tener tanto una existencia titánica (irracional) como una báquica (racional). Es probable que los titanes de Hesíodo, que eran doce, fueran análogos al zodíaco celeste, mientras que los titanes que asesinaron y descuartizaron a Baco representaran los poderes zodiacales distorsionados por su intervención en el mundo material. De este modo, Baco representa el sol, que es desmembrado por los signos del Zodíaco y a partir de cuyo cuerpo se forma el universo. Cuando se crearon las formas terrenales a partir de las diversas partes de su cuerpo, se perdió la sensación de integridad y se impuso la sensación de separación. El corazón de Baco, salvado por Palas, o Minerva, fue extraído de los cuatro elementos simbolizados por su cuerpo desmembrado y llevado a las capas celestiales. El corazón de Baco es el centro inmortal del alma racional.

Después de que el alma racional se hubiese distribuido por toda la creación y la naturaleza del hombre, se instituyeron los Misterios báquicos a fin de desenredarla de la naturaleza titánica irracional. Este proceso consistía en elevar el alma para hacerla salir de su estado de separación y entrar en el de unidad. Se recuperaron las distintas partes y los distintos miembros de Baco que estaban dispersos por todo el mundo. Una vez reunidas todas las partes racionales, Baco resucita.

Los ritos de Dioniso eran muy similares a los de Baco y muchos consideran a estos dos dioses uno solo. Se transportaban estatuas de Dioniso en los Misterios eleusinos, sobre todo en los grados inferiores. Baco, que representa el alma de la esfera mundana, podía tener una

diversidad infinita de formas y nombres. Aparentemente, Dioniso era su aspecto solar.

Los Arquitectos Dionisíacos constituían una sociedad secreta antigua que, en principios y doctrinas, se asemejaba mucho a la orden masónica moderna. Eran una organización de constructores unidos por su conocimiento secreto de la relación entre las ciencias terrenales y las divinas de la arquitectura. Se suponía que el rey Salomón los había empleado para construir su templo, aunque no eran judíos ni adoraban al Dios de los judíos, sino que eran seguidores de Baco y de Dioniso. Los Arquitectos Dionisíacos erigieron muchos de los grandes monumentos de la Antigüedad. Poseían un lenguaje secreto y un sistema para marcar sus piedras, y todos los años celebraban asambleas y fiestas sagradas. Se desconoce la naturaleza exacta de sus doctrinas. Se cree que Juram Abí fue un iniciado de esta sociedad.

V

La Atlántida y los dioses de la Antigüedad

La Atlántida es el tema de un artículo breve, pero importante, publicado en el *Annual Report of the Board of Regents of The Smithsonian Institution for the year ending June 30th, 1915*, cuyo autor, Pierre Termier, miembro de la Academia de Ciencias y director del Servicio de la Carta Geológica de Francia, pronunció en 1912 una conferencia sobre la hipótesis de la Atlántida en el Instituto Oceanográfico. En el informe de la Smithsonian Institution se publica la traducción de las notas de aquella conferencia memorable.

«Tras un período prolongado de desdeñosa indiferencia —escribe Termier—, en los últimos años se observa que la ciencia vuelve a estudiar la Atlántida. Cuántos naturalistas, geólogos, zoólogos o botánicos se preguntan hoy los unos a los otros si Platón no nos habrá transmitido, ligeramente ampliada, una página de la historia real de la humanidad. Todavía no estamos en condiciones de hacer ninguna afirmación, aunque cada vez parece más evidente que una región inmensa, continental o compuesta por grandes islas, se ha hundido al oeste de las columnas de Hércules, también llamadas «el estrecho de Gibraltar», y que no hace tanto que se produjo dicho derrumbe. En cualquier caso, se vuelve a plantear a los hombres de ciencias la cuestión de la Atlántida y, puesto que considero que no se podrá resolver jamás sin la colaboración de la oceanografía, me ha parecido natural tratarla aquí, en este templo de la ciencia marítima, y dirigir hacia este problema —despreciado durante mucho tiempo, pero que ahora se reactiva— la atención de los oceanógrafos, así como también la de aquellos que, a pesar de estar inmersos en el tumulto de las ciudades, no hacen oídos sordos al murmullo lejano del mar.»

En su conferencia, *monsieur* Termier presenta datos geológicos, geográficos y zoológicos que corroboran la teoría de la Atlántida. Vacía de forma figurada todo el lecho del océano Atlántico, analiza las desigualdades de su cuenca y cita lugares, a lo largo de una línea que va desde las Azores hasta Islandia, en los que, al dragar, ha llegado lava hasta la superficie desde una profundidad de tres mil metros. La naturaleza volcánica de las islas que existen actualmente en el océano Atlántico confirma la afirmación de Platón de que la Atlántida fue destruida por cataclismos volcánicos. Termier adelanta también la conclusión de un joven zoólogo francés, Louis Germain, que reconoció la existencia de un continente atlántico unido a la península Ibérica y a Mauritania y que se prolongaba hacia el sur para incluir algunas regiones de clima desértico. Termier finaliza su conferencia con una explicación gráfica del hundimiento de aquel continente.

La descripción de la civilización atlante que Platón ofrece en el *Critias* se puede resumir como sigue. En los primeros tiempos, los dioses se repartieron la tierra entre ellos, de forma proporcional a sus dignidades respectivas. Cada uno se convirtió en la divinidad particular de la zona que le tocaba, donde levantó templos dedicados a sí mismo, ordenó sacerdotes y estableció un sistema de sacrificios. A Poseidón le correspondieron el mar y el continente insultar de la Atlántida. En medio de la isla había una montaña que era la morada de tres seres humanos primitivos, nacidos en la tierra: Evenor; su esposa, Leucipe, y su única hija, Clito o Clitoé. La doncella era muy hermosa y, tras la muerte repentina de sus padres, Poseidón la cortejó y juntos tuvieron cinco pares de hijos varones. Poseidón repartió su continente entre ellos y puso a Atlas, el mayor, por encima de los otros nueve. Además, en honor a Atlas, Poseidón llamó Atlántida al país y Atlántico al océano que lo rodeaba. Antes del nacimiento de sus diez hijos varones, Poseidón dividió el continente y el mar costero en zonas concéntricas de tierra y agua, tan perfectas como si las hubiese hecho con un torno. Dos zonas de tierra y tres de agua rodeaban la isla central, que Poseidón hizo que estuviera irrigada por dos manantiales de agua: uno caliente y el otro frío.

Los descendientes de Atlas siguieron administrando la Atlántida y, gracias a su gobierno acertado y a su laboriosidad, el país alcanzó una posición de notable importancia. Daba la impresión de que los recursos naturales de la Atlántida eran ilimitados. Se extraían metales preciosos, se domesticaban los animales salvajes y se destilaban perfumes de sus flores fragantes. Además de disfrutar de aquella abundancia natural

por su situación semitropical, los atlantes se ocuparon también de construir palacios, templos y muelles. Tendieron puentes para cruzar las zonas marinas y después excavaron un canal profundo para conectar el océano con el centro de la isla, donde estaban los palacios y el templo de Poseidón, que superaba en magnificencia a todas las demás construcciones. Crearon una red de puentes y canales para unir las distintas partes de su reino.

A continuación, Platón describe las piedras blancas, negras y rojas que extrajeron de debajo de su continente y utilizaron para construir los edificios públicos y los muelles. Delimitaron con una muralla cada una de las zonas terrestres: la exterior estaba recubierta de bronce; la intermedia, de estaño, y la interior, que rodeaba la ciudadela, de auricalco. Dentro de la ciudadela, situada en la isla central, estaban los palacios, los templos y otros edificios públicos. En su centro, rodeado por una muralla de oro, había un santuario dedicado a Clito y a Poseidón. Allí nacieron los diez primeros príncipes de la isla y allí, todos los años, sus descendientes llevaban ofrendas. El templo del propio Poseidón, cuyo exterior estaba totalmente recubierto de plata y sus pináculos, de oro, también se alzaba dentro de la ciudadela. El interior del templo —incluidas las columnas y el suelo— era de marfil, oro, plata y auricalco. Dentro del templo había una estatua colosal de Poseidón, de pie en un carro tirado por seis caballos alados y rodeado por un centenar de nereidas montadas en delfines. Distribuidas en el exterior del edificio había estatuas doradas de los diez primeros reyes y sus esposas.

En las arboledas y los jardines había fuentes de agua caliente y fría. Había numerosos templos dedicados a diversas divinidades, lugares de ejercicio para las personas y los animales, baños públicos y un hipódromo inmenso. En distintos lugares estratégicos de las zonas había fortificaciones y al gran puerto llegaban naves procedentes de todas las naciones marítimas. Las zonas estaban tan pobladas que siempre se sentía en el aire el sonido de voces humanas.

La parte de la Atlántida que daba al mar se describía como elevada y escarpada, pero en torno a la ciudad central había una planicie —protegida por montañas famosas por su tamaño, cantidad y belleza— que producía dos cosechas al año: en invierno recibía el agua de las lluvias y en verano, la de inmensos canales de riego, que también se usaban para el transporte. La planicie estaba dividida en sectores y en tiempos de guerra cada sector aportaba su cuota de hombres y carros para combatir.

Los diez gobiernos diferían entre sí en detalles relacionados con los requisitos militares. Cada uno de los reyes de la Atlántida ejercía un control absoluto sobre su propio reino, pero las relaciones entre ellos se regían por un código grabado por los diez primeros reyes en una columna de auricalco que se alzaba en el templo de Poseidón. A intervalos alternos de cinco y seis años, se celebraba una peregrinación a aquel templo, para conceder el mismo honor a los números pares que a los impares. Allí, mediante los sacrificios correspondientes, cada rey renovaba su juramento de lealtad a la inscripción sagrada. También allí los reyes llevaban vestiduras azul celeste y tomaban decisiones. Al amanecer, escribían sus sentencias en una tablilla dorada y las depositaban junto a sus vestiduras, como recordatorio. Las leyes principales de los reyes de la Atlántida establecían que no podían levantarse en armas los unos contra los otros y que debían colaborar con cualquiera de ellos que fuese atacado. En cuestiones de guerra y en las de mayor trascendencia, los descendientes directos de la familia de Atlas tenían la última palabra. Ningún rey podía decidir sobre la vida y la muerte de ninguno de los suyos sin el consentimiento de la mayoría de los diez.

Para concluir su descripción, Platón declara que aquel fue el gran imperio que atacó a los estados helénicos, aunque aquello no ocurrió hasta después de que su poder y su esplendor hubiesen apartado a los reyes atlantes del camino de la sabiduría y la virtud. Llenos de falsa ambición, los gobernantes de la Atlántida decidieron conquistar el mundo entero. Al darse cuenta de la maldad de los atlantes, Zeus reunió a los dioses en su morada sagrada para hablar con ellos. Aquí acaba bruscamente la narración de Platón, porque el *Critias* nunca fue acabado. En el *Timeo* hay otra descripción de la Atlántida, que supuestamente proporcionó a Solón un sacerdote egipcio, y que concluye con estas palabras:

> Mas después se produjeron violentos terremotos e inundaciones y en un solo día y noche de lluvia todos tus hombres belicosos, en masa, se hundieron en la tierra y la isla de la Atlántida desapareció también de la misma forma y se hundió bajo las aguas. Este es el motivo por el cual en aquellas partes el mar es intransitable e impenetrable, porque hay tal cantidad de barro poco profundo en el camino, y esto se debe al hundimiento de la isla.

En la introducción a su traducción del *Timeo*, Thomas Taylor toma una cita de la *Historia de Etiopía* escrita por Marcelo que contiene la siguiente referencia a la Atlántida: «Porque cuentan que en aquel tiempo había siete islas en el océano Atlántico, consagradas a Proserpina, y,

además de estas, otras tres de una magnitud descomunal; una de ellas estaba consagrada a Plutón; otra, a Amón, y otra, que está en medio de aquellas y mide mil estadios, a Neptuno». Crantor, en su comentario sobre lo que dice Platón, afirmó que, según los sacerdotes egipcios, la historia de la Atlántida estaba escrita en estelas que todavía se conservaban en torno al año 300 a. de C. (Véase *Beginnings or Glimpses of Vanished Civilizations.*) Ignatius Donnelly, que estudió en profundidad el tema de la Atlántida, creía que los atlantes fueron los primeros en domesticar caballos, que, por tal motivo, siempre se han considerado particularmente consagrados a Poseidón. (Véase su *Atlantis.*)

Si analizamos con atención la descripción de la Atlántida que hace Platón, resulta evidente que la historia no se puede considerar totalmente fidedigna, sino, más bien, en parte alegoría y en parte real. Orígenes, Porfirio, Proclo, Jámblico y Siriano reconocían que la historia ocultaba un profundo misterio filosófico, pero no coincidían en cuanto a su verdadera interpretación. La Atlántida de Platón simboliza la triple naturaleza tanto del universo como del cuerpo humano. Los diez reyes de la Atlántida son los puntos o números de la *tetractys*, que nacen como cinco pares de opuestos. (Consúltese en Teón de Esmirna la doctrina pitagórica de los opuestos.) Los números del uno al diez rigen a todas las criaturas y los números, a su vez, están sometidos al control de la mónada, o uno, el mayor de ellos.

Con el cetro de tres dientes de Poseidón, aquellos reyes dominaban a los habitantes de las siete islas pequeñas y las tres grandes que componían la Atlántida. Desde un punto de vista filosófico, las diez islas representan los poderes trinos de la Divinidad Superior y los siete regentes que se inclinan ante Su trono eterno. Si tomamos la Atlántida como arquetipo de la esfera, su inmersión significa el descenso de la conciencia racional y organizada al reino ilusorio y pasajero de la ignorancia irracional y mortal. Tanto el hundimiento de la Atlántida como la historia bíblica de la «caída del hombre» suponen una involución espiritual, un requisito esencial para la evolución consciente.

O bien el Platón iniciado utilizó la alegoría de la Atlántida para cumplir dos finalidades totalmente diferentes o, de lo contrario, las versiones que conservaban los sacerdotes egipcios fueron alteradas para perpetuar la doctrina secreta. Esto no pretende dar a entender que la Atlántida fuese algo meramente mitológico, pero supera el obstáculo más grave para la aceptación de la teoría de la Atlántida, es decir, las versiones fantásticas acerca de su origen, tamaño, apariencia y fecha de

destrucción: el 9600 a. de C. En medio de la isla central de la Atlántida había una montaña majestuosa que proyectaba una sombra de cinco mil estadios de extensión y cuya cima tocaba la esfera del *aether*. Esta montaña es el eje del mundo, sagrada entre muchas razas y simbólica de la cabeza humana, que surge de los cuatro elementos del cuerpo. Esta montaña sagrada, en cuya cima se alzaba el templo de los dioses, dio origen a las historias sobre Olimpo, Meru y Asgard. La ciudad de las puertas doradas, la capital de la Atlántida, es la que actualmente se preserva en muchas religiones como la Ciudad de los Dioses o la Ciudad Santa. Aquí tenemos el arquetipo de la Nueva Jerusalén, con sus calles pavimentadas en oro y sus doce puertas resplandecientes de piedras preciosas.

«La historia de la Atlántida —escribe Ignatius Donnelly— es la clave de la mitología griega. No cabe la menor duda de que aquellos dioses griegos eran seres humanos. La tendencia a asignar atributos divinos a los grandes gobernantes terrenales está muy implantada en la naturaleza humana.» (Véase su *Atlantis*.)

El mismo autor respalda su punto de vista destacando que las divinidades de la mitología griega no se consideraban creadoras del universo, sino más bien regentes puestos por los creadores originales, más antiguos. El Jardín del Edén, del cual la humanidad fue expulsada con una espada flamígera, es, tal vez, una alusión al Paraíso terrenal, que, supuestamente, estaba situado al oeste de las columnas de Hércules y que fue destruido por cataclismos volcánicos. La leyenda del diluvio también se puede remontar a la inundación de la Atlántida, durante la cual el agua destruyó un «mundo».

¿Acaso el conocimiento religioso, filosófico y científico que poseían los sacerdotes de la Antigüedad procedía de la Atlántida, cuyo hundimiento arrasó todo vestigio de su participación en el drama del progreso mundial? El culto al sol de los atlantes se ha perpetuado en los rituales y las ceremonias tanto del cristianismo como del paganismo. En la Atlántida, tanto la cruz como la serpiente eran emblemas de la sabiduría divina. Los progenitores divinos (atlantes) de los mayas y los quichés de América Central coexistían dentro del resplandor verde y azul celeste de Gucumatz, la «serpiente emplumada». Los seis sabios nacidos en el cielo se manifestaban como centros de luz unidos o sintetizados por el séptimo y principal de su orden: la «serpiente emplumada». (Véase el *Popol Vuh*.) El título de serpiente «alada» o «emplumada» se aplicaba a Quetzalcóatl, o Kukulcán, el iniciado centroamericano. El centro

de la sabiduría-religión atlante era —se supone— un templo piramidal inmenso que se alzaba en la cima de una meseta, en medio de la ciudad de las puertas doradas. Desde allí salían los sacerdotes-iniciados de la pluma sagrada, llevando las llaves de la sabiduría universal hasta los confines de la tierra.

Las mitologías de muchas naciones contienen relatos de dioses que «salieron del mar». Algunos chamanes de los indios americanos hablan de hombres santos vestidos con plumas de aves y abalorios que salían de las aguas azules y los instruían en las artes y los oficios. Entre las leyendas de los caldeos figura la de Oannes, una criatura en parte anfibia que salió del mar y enseñó a los pueblos salvajes que vivían en las orillas a leer y escribir, a labrar la tierra, a cultivar plantas medicinales, a estudiar las estrellas, a establecer formas de gobierno racionales y a familiarizarse con los Misterios sagrados. Entre los mayas, Quetzalcóatl, el Dios Salvador —algunos estudiosos cristianos creen que era santo Tomás—, salió de las aguas y, después de instruir al pueblo en los aspectos esenciales de la civilización, se hizo a la mar en una balsa mágica de serpientes para huir de la ira del temible dios del espejo humeante: Tezcatlipoca.

Aquellos semidioses de una época fabulosa que, como Esdras, salieron del mar, ¿no serán sacerdotes atlantes? Todo lo que el hombre primitivo recordaba de los atlantes era el esplendor de sus ornamentos dorados, la trascendencia de su sabiduría y lo sagrado de sus símbolos: la cruz y la serpiente. No tardaron en olvidar que procedían del mar, porque, para las mentes no instruidas, hasta las barcas eran sobrenaturales. Dondequiera que los atlantes ganaban prosélitos, erigían pirámides y templos siguiendo el modelo del inmenso santuario de la ciudad de las puertas doradas. Tal es el origen de las pirámides de Egipto, México y América Central. Los túmulos de Normandía y Gran Bretaña, al igual que los de los indios americanos, son restos de una cultura similar. Cuando los atlantes se encontraban en pleno programa de colonización y conversión mundial, comenzaron los cataclismos que hundieron la Atlántida. Los sacerdotes-iniciados de la pluma sagrada que prometieron regresar a los asentamientos de sus misiones no volvieron nunca más y, al cabo de siglos, la tradición conserva tan solo un relato fantástico de los dioses que salieron de un lugar donde ahora está el mar.

Con estas palabras resume H. P. Blavatsky las causas que precipitaron el desastre de la Atlántida: «Siguiendo las malvadas insinuaciones de su demonio, Thevetat, la raza de los atlantes se transformó en una

nación de magos perversos; como consecuencia de esto se declaró la guerra, cuya historia sería demasiado larga de narrar, aunque se puede hallar su esencia en las alegorías distorsionadas de la raza de Caín, los gigantes, y la de Noé y su virtuosa familia. El conflicto llegó a su fin con la inmersión de la Atlántida, que tiene su imitación en las historia del diluvio babilónico y mosaico. Los gigantes y los magos "[...] y toda la carne murió [...] y todos los hombres". Todos menos Xisusthrus y Noé, que, básicamente, son casi idénticos al gran Padre de los thlinkithianos del *Popol Vuh*, el libro sagrado de los guatemaltecos, que también narra su huida en una barca grande, como el Noé hindú, Vaisvasvata». (Véase *Isis sin velo*.)

De los atlantes, el mundo ha recibido no solo la herencia de las artes y los oficios, las filosofías y las ciencias, la ética y las religiones, sino también la herencia del odio, la lucha y la perversión. Los atlantes instigaron la primera guerra y se dice que todas las guerras posteriores se han librado como un esfuerzo vano de justificar la primera y de reparar el daño que causó. Antes de que la Atlántida se hundiera, sus iniciados espiritualmente iluminados se dieron cuenta de que su tierra estaba condenada por haberse apartado del camino de la luz y se retiraron del infortunado continente. Llevando consigo la doctrina sagrada y secreta, aquellos atlantes se establecieron en Egipto, donde llegaron a ser los primeros gobernantes «divinos». Casi todos los grandes mitos cosmológicos que forman la base de los diversos libros sagrados del mundo se basan en los rituales de los Misterios de la Atlántida.

El mito del dios que muere

El mito de Tammuz e Ishtar es uno de los primeros ejemplos de la alegoría del dios que muere y es probable que sea anterior al 4000 a. de C. (Véase *Myths and Legends of Babylonia and Assyria*, de Lewis Spence.) Debido al estado imperfecto de las tablillas en las cuales están inscritas las leyendas, resulta imposible obtener más que una versión fragmentaria de los ritos de Tammuz. Como era un dios del sol esotérico, Tammuz no figuraba entre las primeras divinidades veneradas por los babilonios, que, a falta de un conocimiento más profundo, lo consideraban un dios de la agricultura o un espíritu de la vegetación. En un principio, se lo describía como uno de los guardianes de las puertas del infierno. Como ocurre con muchos otros dioses salvadores, lo llaman

«pastor» o «señor de la casa del pastor». Tammuz ocupa un lugar destacado como hijo y esposo de Ishtar, la diosa madre de los babilonios y los asirios. Ishtar, a la cual se consagró el planeta Venus, era la divinidad más venerada de la mitología babilonia y la asiria. Es probable que sea idéntica a Ashteroth, Astarté y Afrodita. La historia de su descenso a los infiernos para buscar —se supone— el elixir sagrado —lo único que podía devolver a Tammuz a la vida— es la clave del ritual de sus Misterios. Tammuz, cuya festividad anual se celebraba justo antes del solsticio estival, moría a mediados del verano, en el antiguo mes que llevaba su nombre, y se lo lloraba con complejas ceremonias. No se sabe muy bien cómo murió, pero algunas de las acusaciones lanzadas contra Ishtar por Izdubar (Nimrod) indicarían que, indirectamente, ella como mínimo había contribuido a su desaparición. La resurrección de Tammuz era un acontecimiento que se celebraba mucho y entonces se lo aclamaba como «redentor» de su pueblo.

Con las alas desplegadas, Ishtar, la hija de Sin (el dios de la luna), baja volando hasta las puertas de la muerte. La casa de la oscuridad —la morada del dios Irkalla— se describe como «el lugar sin retorno». No hay luz y sus habitantes se nutren del polvo y se alimentan de barro. Sobre los tornillos de la puerta de la casa de Irkalla hay polvo esparcido y los guardianes de la casa están cubiertos de plumas, como las aves. Ishtar exige a los guardianes que abran las puertas; de lo contrario —los amenaza—, hará añicos las jambas, golpeará los goznes e invocará a los muertos que devoran a los vivos. Los guardianes de las puertas le suplican que tenga paciencia, mientras van a buscar a la reina del Hades, de la cual obtienen autorización para que Ishtar pueda entrar, pero solo de la misma manera en que han llegado todos los demás a aquella casa lóbrega. Entonces Ishtar atraviesa las siete puertas que conducen hasta las profundidades del infierno. En la primera puerta le quitan la gran corona de la cabeza; en la segunda, los pendientes de las orejas; en la tercera, el collar del cuello; en la cuarta, los adornos del pecho; en la quinta, el cinturón; en la sexta, los brazaletes de las manos y los pies, y en la séptima, la capa que le cubre el cuerpo. Ishtar protesta cada vez que le quitan alguno de sus atavíos, pero los guardianes le dicen que aquello es lo que experimentan todos los que ingresan en el dominio lúgubre de la muerte. Al ver a Ishtar, la señora del Hades se pone furiosa, le inflige todo tipo de enfermedades y la encierra en el infierno.

Como Ishtar representa el espíritu de la fertilidad, su desaparición impide que maduren las cosechas y la vida de todo tipo sobre la tierra.

En este sentido, la historia es análoga a la leyenda de Perséfone. Cuando los dioses se dan cuenta de que la ausencia de Ishtar está desorganizando toda la naturaleza, envían un mensajero al infierno y exigen su liberación. La señora del Hades no tiene más remedio que obedecer y se derrama el agua de Vida sobre Ishtar, que, curada de todos sus padecimientos, vuelve a atravesar las siete puertas y en cada una de ellas vuelven a ponerle lo que los guardianes le habían quitado. (Véase *The Chaldean Account of Genesis.*) No se tiene constancia de que Ishtar consiguiera el agua de Vida que habría resucitado a Tammuz.

El mito de Ishtar simboliza el descenso del espíritu humano a través de los siete mundos o esferas de los planetas sagrados hasta que, finalmente, desprovisto de sus adornos espirituales, se encarna en el cuerpo físico —el Hades—, donde la señora de dicho cuerpo colma a la conciencia prisionera de todo tipo de pesares y desgracias. Las aguas de Vida —la doctrina secreta— curan las enfermedades de la ignorancia y el espíritu, al ascender otra vez a su fuente divina, recupera los adornos que Dios le ha dado a medida que va ascendiendo a través de los anillos de los planetas.

Otro ritual mistérico entre los babilonios y los asirios era el de Marduk y el dragón. Marduk, el creador del universo inferior, mata a un monstruo horrible y con su cuerpo forma el universo. Es probable que este sea el origen de la llamada alegoría cristiana de san Jorge y el dragón.

Los Misterios de Adonis se celebraban todos los años en muchas partes de Egipto, Fenicia y Biblos. El nombre «Adonis» quiere decir «señor» y así se designaba al sol; posteriormente lo utilizaron los judíos como nombre exotérico de su dios. Los dioses convirtieron en árbol a Esmirna o Mirra, la madre de Adonis; al cabo de un tiempo la corteza se abrió y de dentro salió el niño salvador. Según una versión, lo liberó un jabalí, que, con sus colmillos, partió la corteza del árbol maternal. Adonis nació el 24 de diciembre a medianoche y con su desdichada muerte se estableció un rito mistérico que llevó la salvación a su pueblo. En el mes judío de Tammuz (otro nombre de esta divinidad), un jabalí enviado por el dios Ares (Marte) lo mata de una cornada. El *adoniasmos* era la ceremonia de lamentación por la muerte prematura del dios asesinado.

En Ezequiel 8, 14, está escrito que las mujeres estaban plañendo a Tammuz (Adonis) a la entrada del pórtico de la Casa de Yahveh que mira al Norte, en Jerusalén. Sir James George Frazer cita a san Jerónimo con estas palabras: «Nos cuenta que en Belén, el lugar de nacimien-

to tradicional del Señor, había un bosquecillo de un Señor sirio más antiguo aún, Adonis, y que donde había llorado Jesús de niño se lloraba al amante de Venus». (Véase *La rama dorada.*) Dicen que, en honor a Adonis, había una efigie de un jabalí sobre una de las puertas de Jerusalén y que sus ritos se celebraban en la gruta de la natividad de Belén. Adonis como hombre «corneado» (o «divino»)* es una de las claves del uso que hace sir Francis Bacon del «jabalí» en su simbolismo críptico.

En un principio, Adonis era una divinidad andrógina que representaba el poder solar que en invierno quedaba destruida por el principio malvado del frío: el jabalí. Después de pasar tres días (meses) en la tumba, Adonis se levantaba triunfante el vigesimoquinto día de marzo, en medio de las aclamaciones de sus sacerdotes y sus seguidores: «¡Ha resucitado!». Adonis nació de un árbol de mirra y la mirra, símbolo de la muerte por su relación con el proceso de embalsamamiento, fue uno de los regalos que los tres reyes magos llevaron a Jesús al pesebre.

En los Misterios de Adonis, el neófito pasaba por la muerte simbólica del dios y, después de ser «resucitado» por los sacerdotes, ingresaba en el estado de bienaventuranza de la redención, gracias a los sufrimientos de Adonis. Casi todos los autores creen que al principio Adonis era un dios de la vegetación relacionado directamente con el crecimiento y la maduración de las flores y los frutos. Para corroborar este punto de vista, describen los «jardines de Adonis», que eran cestillas de tierra en las que plantaban y cultivaban semillas durante un período de ocho días. Cuando aquellas plantas morían prematuramente por la falta de tierra suficiente, se consideraban emblemáticas del Adonis asesinado y por lo general se arrojaban al mar con imágenes del dios.

En Frigia existía una escuela notable de filosofía religiosa que giraba en torno a la vida y la muerte prematura de otro dios salvador conocido como Atis o Atys —muchos lo consideraban sinónimo de Adonis—, que nació el vigesimocuarto día de diciembre a medianoche. Hay dos versiones sobre su muerte. Según una, recibió una cornada mortal, igual que Adonis; según la otra, él mismo se castró debajo de un pino y allí murió. La Gran Madre (Cibeles) llevó su cuerpo a una cueva, donde permaneció durante siglos, incorrupto. A los ritos de Atis debe el mundo moderno el simbolismo del árbol de Navidad. Atis transmitió su inmortalidad al árbol bajo el cual murió y, cuando retiró el cuerpo,

---

* El autor juega con la similitud que hay en inglés entre la palabra *gored*, que significa «corneado», y la palabra *god*, que significa «dios». *(N. de la T.)*

Cibeles se llevó consigo el árbol. Atis permaneció tres días en la tumba y resucitó en una fecha que coincide con la alborada de Pascua y, con su resurrección, superó la muerte para todos aquellos que se iniciaban en sus Misterios.

«En los Misterios de los frigios —dice Julius Firmicus—, llamados los de la Madre de los Dioses, todos los años talan un Pino ¡y atan en su interior la imagen de un Joven! En los Misterios de Isis cortan el tronco de un Pino, ahuecan cuidadosamente la mitad del tronco y Entierran el ídolo de Osiris que hacen con esas partes vaciadas. En los Misterios de Proserpina, arman dentro de la efigie las partes de un árbol cortado y le dan la forma de la Virgen y, después de pasearlo por la ciudad, Lloran su muerte durante cuarenta noches, ¡pero a la cuadragésima la Queman!» (Véase *Sod, the Mysteries of Adoni.*)

Los Misterios de Atis incluían una comida sacramental durante la cual el neófito comía de un tambor y bebía de un platillo. Después de ser bautizado con la sangre de un toro, se alimentaba al recién iniciado exclusivamente con leche para simbolizar que todavía era un bebé, desde el punto de vista filosófico, que acababa de nacer de la esfera de la materialidad. (Véase *La rama dorada* de Frazer.) ¿Es posible establecer una conexión entre esta dieta láctea prescrita por el rito de Atis y la alusión que hace san Pablo a la comida para quienes son niños espiritualmente? Salustio proporciona una clave para la interpretación esotérica de los rituales de Atis. Cibeles, la Gran Madre, simboliza los poderes vivificadores del universo y Atis representa aquel aspecto del intelecto espiritual que está suspendido entre la esfera divina y la animal. La madre de los dioses, que amaba a Atis, le dio un sombrero con estrellas como símbolo de los poderes celestiales, pero Atis (la humanidad), al enamorarse de una ninfa (que simboliza las propensiones animales inferiores), perdió su divinidad y su creatividad. Resulta evidente, por tanto, que Atis representa la conciencia humana y que sus Misterios tienen que ver con la recuperación del sombrero con estrellas. (Véase *Sallust on the Gods and the World.*)

Los ritos de Sabazios se parecían mucho a los de Baco y en general se cree que las dos divinidades son idénticas. Baco nació en Sabazios, o Sabaoth, y estos nombres se le atribuyen con frecuencia. Los Misterios de Sabazios se celebraban por la noche y, como parte del ritual, se pasaba una serpiente viva sobre el pecho del candidato. San Clemente de Alejandría escribe lo siguiente: «El símbolo de los Misterios de Sabazios para el iniciado es "la divinidad que se desliza sobre el pecho"». La

serpiente dorada era el símbolo de Sabazios, porque esta divinidad representaba la renovación anual del mundo gracias al poder solar. Los judíos tomaron de estos Misterios el nombre de «Sabaoth» y lo adoptaron como una de las denominaciones de su dios supremo. Durante el tiempo en que los Misterios de Sabazios se celebraron en Roma, el culto consiguió muchos devotos y posteriormente influyó en el simbolismo del cristianismo.

Los Misterios cabíricos de Samotracia eran célebres entre los antiguos y casi tan apreciados como los eleusinos. Según Heródoto, los samotracios recibieron aquellas doctrinas, sobre todo las relacionadas con Mercurio, de los pelasgos. Se sabe muy poco sobre los rituales cabíricos, porque estaban rodeados del máximo secreto. Algunos consideran que las divinidades eran siete y las llaman «los siete espíritus del fuego ante el trono de Saturno». Otros creen que los cabiros eran los siete vagabundos sagrados, que posteriormente fueron llamados «planetas».

Aunque gran cantidad de divinidades se asocian con los Misterios samotracios, el drama ritualista gira en torno a cuatro hermanos. Los tres primeros, Axieros, Axiocersos y Axiocersa, atacan y asesinan al cuarto, Casmilos. Sin embargo, Dionisodoro identifica a Axieros con Deméter, a Axiocersos con Plutón, a Axiocersa con Perséfone y a Casmilos con Hermes. Alexander Wilder observa que, en el ritual samotracio, «hacen que Casmilos incluya al dios-serpiente de Tebas, Cadmo, al Thot egipcio, al Hermes de los griegos y al Emeph o Esculapio de los alejandrinos y los fenicios». Una vez más, se repite aquí la historia de Osiris, Baco, Adonis, Balder y Juram Abí. El culto a Atis y Cibeles también tenía que ver con los Misterios samotracios. En los rituales de los cabiros se puede encontrar una forma de culto al pino, porque este árbol, consagrado a Atis, se podaba primero en forma de cruz y después se talaba en honor del dios asesinado, cuyo cadáver fue descubierto a sus pies.

«Quien desee analizar las orgías de los coribantes —escribe san Clemente— ha de saber que, tras matar a su tercer hermano, cubrieron la cabeza del cadáver con una tela morada, la coronaron y, después de transportarla en la punta de una lanza, la enterraron bajo las raíces de Olimpo. Estos misterios son, en síntesis, asesinatos y funerales. [¡Este Padre preniceno, que pretende difamar los ritos paganos, aparentemente pasa por alto el hecho de que, al igual que el mártir cabiro, Jesucristo fue traicionado, torturado y, finalmente, asesinado!] Y los sacerdotes de estos ritos, considerados reyes de los ritos sagrados por aquellos que se encargan de nombrarlos, aportan aún más rareza al trá-

gico acontecimiento al prohibir el perejil como planta para llevar a la mesa, porque creen que crecía de la sangre que manaba de los coribantes, del mismo modo en que las mujeres, al celebrar las Tesmoforias, se abstienen de comer las semillas de la granada que han caído al suelo, partiendo de la idea de que las granadas surgieron de las gotas de la sangre de Dioniso. A aquellos coribantes también los llaman cabíricos y la ceremonia en sí se anuncia como el misterio cabírico.»

Los Misterios de los cabiros se dividían en tres grados: el primero conmemoraba la muerte de Casmilos a manos de sus tres hermanos; el segundo, el descubrimiento de su cuerpo mutilado, cuyas partes habían sido halladas y reunidas tras mucho esfuerzo, y el tercero —acompañado por gran júbilo y dicha—, su resurrección y la consiguiente salvación del mundo. El templo de los cabiros en Samotracia contenía una cantidad de divinidades curiosas, muchas de las cuales eran criaturas deformes que representaban los poderes elementales de la naturaleza, posiblemente los titanes báquicos. Los niños eran iniciados en el culto cabiro con la misma dignidad que los adultos, y los delincuentes que encontraban asilo allí quedaban a salvo de persecuciones. En los ritos samotracios se daba mucha importancia a la navegación y sus miembros propiciaban, entre otros, a los dioscuros: Cástor y Pólux, o los dioses de la navegación. La expedición de los argonautas, siguiendo los consejos de Orfeo, hizo escala en la isla de Samotracia para que sus participantes se iniciaran en los ritos cabíricos.

Heródoto cuenta que, cuando Cambises entró en el templo de los cabiros, no pudo contener su regocijo al ver ante él la figura de un hombre de pie y, frente a él, la figura de una mujer cabeza abajo. Si Cambises hubiese estado familiarizado con los principios de la astronomía divina, se habría dado cuenta de que estaba en presencia de la clave del equilibrio universal. «Pregunto —dice Voltaire— quiénes eran aquellos hierofantes, aquellos masones sagrados, que celebraban sus Misterios antiguos de Samotracia y de dónde venían, ellos y sus dioses cabiros?» (Véase la *Encyclopaedia of Freemasonry* de Mackey.) San Clemente se refiere a los Misterios de los cabiros como «el misterio sagrado de un hermano asesinado por sus hermanos» y la «muerte cabírica» era uno de los símbolos secretos de la Antigüedad. De este modo, la alegoría del Yo asesinado por el no-yo se perpetúa a través del misticismo religioso de todos los pueblos. La muerte filosófica y la resurrección filosófica son los misterios menores y los mayores, respectivamente.

Un aspecto curioso del mito del dios que muere es el del ahorcado. El ejemplo más importante de esta concepción peculiar se encuentra en los rituales odínicos, en los que Odín se cuelga durante nueve noches de las ramas del árbol del mundo y, además, atraviesa su propio costado con la lanza sagrada. Como consecuencia de aquel gran sacrificio, Odín, mientras estaba suspendido sobre las profundidades de Niflheim, descubrió gracias a la meditación las runas o los alfabetos por medio de los cuales se preservaron después los documentos de su pueblo. Debido a aquella experiencia excepcional, a veces Odín aparece sentado sobre una horca y se ha convertido en el patrono de todos los que han muerto colgados. Desde el punto de vista esotérico, el ahorcado es el espíritu humano que está suspendido del cielo por un solo hilo. La sabiduría, en lugar de la muerte, es la recompensa por aquel sacrificio voluntario durante el cual el alma humana, suspendida sobre el mundo de la ilusión y meditando sobre su irrealidad, recibe la recompensa de alcanzar la autorrealización.

Después de considerar todos estos rituales antiguos y secretos, resulta evidente que el misterio del dios que muere era universal entre los colegios iluminados y venerados de las enseñanzas sagradas. Este misterio se ha perpetuado en el cristianismo en la crucifixión y la muerte del hombre Dios, Jesucristo. Hay que redescubrir la trascendencia secreta de esta tragedia mundial y del mártir universal para que el cristianismo alcance las alturas a las que llegaron los paganos en la época de su supremacía filosófica. El mito del dios que muere es la clave de la redención y la regeneración tanto universal como individual y los que no comprenden la verdadera naturaleza de esta alegoría suprema no tienen el privilegio de considerarse a sí mismos ni sabios ni auténticamente religiosos.

VI

La vida y las obras de Thot Hermes Trismegisto

Retumbó el trueno, relampagueó y el velo del Templo se rasgó de arriba abajo. El venerable iniciador, con sus vestiduras azules y doradas, levantó lentamente su bastón cubierto de joyas y señaló con él la oscuridad revelada al desgarrarse la cortina plateada. «¡Contemplad la luz de Egipto!» El candidato, con su sencilla toga blanca, miró la total oscuridad enmarcada por las dos columnas inmensas con cabeza de loto, entre las cuales había estado colgado el velo. Mientras observaba, una bruma luminosa se distribuyó por toda la atmósfera hasta que el aire se convirtió en una masa de partículas brillantes. El rostro del neófito se iluminó con el suave resplandor, mientras exploraba la nube reluciente en busca de algún objeto tangible. El iniciador volvió a hablar: «Esta luz que observáis es la luminosidad secreta de los Misterios. De dónde procede nadie lo sabe, salvo el "maestro de la luz". ¡Helo aquí!». De pronto, a través de la neblina reluciente apareció una figura rodeada de un brillo verdoso titilante. El iniciador bajó su bastón e, inclinando la cabeza, posó una mano de lado contra su pecho, a modo de humilde saludo. El neófito retrocedió sobrecogido, enceguecido en parte por el esplendor de la figura revelada, pero el joven cobró coraje y volvió a mirar al Uno Divino. La Forma que tenía delante era bastante más grande que la de un hombre mortal. El cuerpo parecía en parte transparente, de modo que se podían ver el corazón y el cerebro latiendo, radiantes. Mientras el candidato observaba, el corazón se convirtió en un ibis y el cerebro, en una esmeralda brillante. En Su mano, aquel Ser misterioso llevaba una vara con alas, con serpientes enroscadas. El anciano iniciador levantó el bastón y exclamó en voz alta: «Todos os aclaman, Thot Hermes, tres veces grande; todos os aclaman, príncipe de los hombres; ¡todos os aclaman a vos, que estáis subido a la cabeza de Tifón!». En el mismo instante apareció un dragón macabro retorciéndose, un monstruo espantoso, en parte serpiente, en parte cocodrilo y en parte cerdo. De su boca y sus narices salían llamas y unos sonidos horrorosos resonaban por las cámaras abovedadas. De pronto, Hermes golpeó al reptil, que avanzaba con su vara con las serpientes enroscadas y, dando un gruñido, el dragón cayó de lado, mientras las llamas se fueron extinguiendo lentamente. Hermes puso el pie sobre el cráneo del Tifón vencido. Un

instante después y, con una llamarada de un esplendor insoportable que hizo retroceder al neófito tambaleándose hasta un pilar, el Hermes inmortal, seguido por serpentinas de niebla verdosa, atravesó la cámara y se perdió en la nada.



DE *HISTORIA DEORUM FATIDICORUM*

HERMES MERCURIO TRISMEGISTO

Maestro de todas las artes y las ciencias, perfecto en todos los oficios, señor de los tres mundos, escriba de los dioses y guardián de los libros de la vida, Thot Hermes Trismegisto —el tres veces grande y el mensajero de los dioses— era, para los antiguos egipcios, la encarnación de la mente universal. Si bien es muy probable que existiera un gran sabio y educador con el nombre de Hermes, resulta imposible separar al hombre histórico de la masa de versiones legendarias que tratan de identificarlo con el principio cósmico del pensamiento.

Hipótesis sobre la identidad de Hermes

Jámblico aseguraba que Hermes era el autor de veinte mil libros y Manetón elevó la cifra a más de treinta y seis mil (véase James Gardner). Resulta evidente que, ni siquiera gozando de alguna prerrogativa divina, ningún individuo habría podido cumplir una labor tan monumental en solitario. Entre las artes y las ciencias que, según dicen, Hermes reveló a la humanidad figuran la medicina, la química, el derecho, el arte, la astrología, la música, la retórica, la magia, la filosofía, la geografía, la matemática (sobre todo la geometría), la anatomía y la oratoria. Los griegos aclamaban a Orfeo de forma similar.

En su *Biographia Antiqua*, Francis Barrett dice, refiriéndose a Hermes: «[...] si Dios se apareció alguna vez a un hombre, se le apareció a él, como resulta evidente por sus libros y su *Poimandres*; en tales obras ha comunicado la suma del Abismo y el conocimiento divino a toda la posteridad; con lo cual ha demostrado que no solo ha sido un teólogo inspirado, sino también un gran filósofo, que ha obtenido su sabiduría de Dios y de los objetos celestiales y no del hombre».

Por sus conocimientos trascendentes, se identificaba a Hermes con muchos de los primeros sabios y profetas. En *A New System, or an*

Analysis of Ancient Mythology, Bryant escribe lo siguiente: «He dicho que Cadmo era el mismo que el Thot egipcio, como se manifiesta por el hecho de que sea Hermes y por la invención de las letras que se atribuyen a él». (En el capítulo sobre la teoría de la matemática pitagórica se encontrará la tabla de las letras originales de Cadmo.) Los investigadores creen que la persona a la cual los judíos conocían como Enoch y a la que Kenealy llamaba el «segundo mensajero de Dios» era Hermes. Hermes fue aceptado en la mitología de los griegos y después se convirtió en el Mercurio de los romanos. Fue venerado con la forma del planeta Mercurio, porque su cuerpo es el más próximo al sol: de todas las criaturas, Hermes era la más cercana a Dios y fue conocido como «el mensajero de los dioses».

En los dibujos egipcios que lo representan, Thot lleva una tablilla de cera para escribir y es el que toma nota cuando se pesa el alma de los difuntos en la sala del juicio de Osiris, un ritual de gran trascendencia. Hermes tiene mucha importancia para los estudiosos masónicos. porque fue el autor de los rituales de iniciación masónicos, que se tomaron de los Misterios establecidos por Hermes. Casi todos los símbolos masónicos tienen carácter hermético. Pitágoras estudió matemática con los egipcios y de ellos obtuvo el conocimiento de los sólidos geométricos simbólicos. También se venera a Hermes por su reforma del sistema del calendario. Aumentó el año de 360 a 365 días, con lo cual estableció un precedente que aún perdura. Fue llamado «tres veces grande», porque se lo consideraba el más importante de todos los filósofos, el más grande de todos los sacerdotes y el principal de todos los reyes. Merece la pena destacar que el último poema del querido poeta estadounidense Henry Wadsworth Longfellow fue una oda lírica a Hermes. (Véase la *Chambers's Encyclopaedia*.)

Los fragmentos herméticos mutilados

Sobre el tema de los libros herméticos, James Campbell Brown, en *A History of Chemistry*, ha escrito lo siguiente: «Dejando aparte el período caldeo y el egipcio primitivo, de los cuales conservamos restos, pero nada escrito y de los cuales no nos han llegado nombres de químicos ni de filósofos, abordamos ahora el período histórico, en el cual se escribieron libros, al principio no sobre pergamino ni papel, sino sobre papiro. Una serie de libros egipcios primitivos se atribuye a Hermes Trismegisto,

que, posiblemente fue un verdadero erudito o, tal vez, una personificación de una larga serie de escritores. [...] Algunos lo identifican con el dios griego Hermes y con el egipcio Thot o Tuti, que era el dios de la luna, y en las pinturas antiguas aparece con cabeza de ibis y con el disco y la media luna. Los egipcios lo consideraban el dios de la sabiduría, las letras y el registro del tiempo. Como consecuencia del gran respeto que sentían por Hermes, los antiguos alquimistas daban el nombre de "herméticos" a los escritos químicos y por eso se sigue diciendo "sellado herméticamente" para indicar el cierre de un recipiente de vidrio mediante fusión, a la manera de los manipuladores químicos. Encontramos la misma raíz en las medicinas herméticas de Paracelso y en la masonería hermética de la Edad Media».

Entre los fragmentos de obras que se suponen procedentes de la pluma de Hermes hay dos muy famosas. La primera es *La Tabla de Esmeralda* y la segunda, *El divino Poimandres* o, como se lo suele llamar habitualmente, «el pastor de los hombres», que analizamos a continuación. Un punto destacado en relación con Hermes es que fue uno de los pocos sacerdotes-filósofos del paganismo contra el cual no descargaron su cólera los cristianos primitivos. Algunos Padres de la Iglesia llegaron incluso a declarar que Hermes manifestaba bastantes síntomas de inteligencia y que, si hubiese nacido en una época más esclarecida, que le hubiese permitido beneficiarse de las instrucciones que ellos le habrían brindado, ¡habría llegado a ser un gran hombre!

En su *Stromata*, san Clemente de Alejandría, uno de los pocos cronistas de la tradición pagana cuyos escritos se conservan hasta ahora, da prácticamente toda la información que se conoce acerca de los cuarenta y dos libros originales de Hermes y la importancia que les atribuían en Egipto tanto los poderes temporales como los espirituales. San Clemente describe con estas palabras una de sus procesiones ceremoniales:

> Los egipcios practican su propia filosofía, que se manifiesta, fundamentalmente, en su ceremonial sagrado. En primer lugar avanza el Cantante con alguno de los símbolos de la música, porque dicen que tiene que aprender dos de los libros de Hermes: uno, el que contiene los himnos de los dioses, y el otro, las normas que rigen la vida del rey. Después del Cantante va el Astrólogo, con un reloj en la mano y una palma: los símbolos de la astrología. Debe llevar los libros astrológicos de Hermes, que son cuatro, siempre en la boca. De estos, uno trata del orden de las estrellas fijas que son visibles; otro, sobre las conjunciones y los aspectos luminosos del sol y la luna, y el resto, de sus salidas. A continuación avanza el Escriba sagrado, con alas en la cabeza y, en la mano, un libro y una regla, en los cuales había tinta y la caña que usan para escribir. Y

debe estar familiarizado con los llamados «jeroglíficos» y saber de cosmografía y de geografía, la posición del sol y la luna y acerca de los cinco planetas; también la descripción de Egipto y la carta del Nilo; y la descripción del equipo de los sacerdotes y del lugar consagrado a ellos, y sobre las medidas y las cosas que se utilizan en los ritos sagrados. Después de todos los anteriores sigue el que lleva la estola, con el codo de la justicia y la copa para las libaciones. Está familiarizado con todos los puntos relacionados con la formación y los propiciatorios. También hay diez libros sobre los honores que rinden a sus dioses, que contienen el culto egipcio, y tratan de los sacrificios, los primeros frutos, los himnos, las plegarias, las procesiones, las fiestas y cosas por el estilo. Detrás de todos camina el Profeta, llevando en sus brazos, abiertamente, el jarrón de agua; le siguen los que llevan los panes. Él, al ser el gobernador del templo, aprende los diez libros llamados «hieráticos», que contienen todo acerca de las leyes y los dioses y todo lo relacionado con la formación de los sacerdotes. Porque el Profeta tiene que ver, para los egipcios, también con la distribución de los ingresos. Por consiguiente, hay cuarenta y dos libros de Hermes que son imprescindibles, de los cuales los personajes antes mencionados aprenden los treinta y seis que contienen toda la filosofía de los egipcios y los otros seis, sobre medicina, los aprenden los *pastophoroi* (portadores de imágenes), que tratan de la estructura del cuerpo y de las enfermedades y de los instrumentos y los medicamentos y sobre los ojos y el último, sobre las mujeres.

Una de las mayores tragedias del mundo filosófico fue la pérdida de la casi totalidad de los cuarenta y dos libros de Hermes antes mencionados. Estos libros desaparecieron durante el incendio de Alejandría, porque los romanos —y después los cristianos— se dieron cuenta de que, hasta que no se eliminaran aquellos libros, no podrían someter a los egipcios. Los volúmenes que se salvaron del fuego fueron enterrados en el desierto en un lugar que actualmente solo conocen unos pocos iniciados de las escuelas secretas.

El Libro de Thot

Mientras Hermes recorría aún la tierra con los hombres, encomendó a sus sucesores elegidos el sagrado Libro de Thot, una obra que contenía los procesos secretos mediante los cuales se lograría la regeneración de la humanidad y que también servía como clave de sus otros escritos. No se sabe nada seguro sobre el contenido del Libro de Thot, salvo que sus páginas estaban cubiertas de extrañas figuras y símbolos jeroglíficos, que proporcionaban a los que estaban familiarizados con su uso un poder ilimitado sobre los espíritus del aire y las divinidades subterráneas. Cuando, mediante los procesos secretos de los Misterios, se estimulan

determinadas áreas del cerebro, la conciencia del hombre se amplía y llega a contemplar a los Inmortales y a acceder a la presencia de los dioses superiores. El Libro de Thot describía el método que permitía lograr tal estimulación. En realidad, por tanto, era la «clave de la inmortalidad».

Según la leyenda, el Libro de Thot se guardaba en una caja dorada en el sanctasanctórum del templo. Solo había una llave, que estaba en poder del «Maestro de los Misterios», el máximo iniciado del arcano hermético y el único que sabía lo que estaba escrito en el libro sagrado. El Libro de Thot se perdió para el mundo antiguo con la decadencia de los Misterios, pero sus fieles iniciados lo llevaron sellado en el cofre sagrado a otras tierras. El libro sigue existiendo y todavía conduce a los discípulos de esta época ante la presencia de los Inmortales. En este momento, no se puede dar al mundo más información al respecto, pero la sucesión apostólica se mantiene ininterrumpida, desde el primer hierofante iniciado por el propio Hermes hasta el día de hoy, y aquellos que son particularmente aptos para servir a los Inmortales pueden descubrir tan inestimable documento si lo buscan sincera e infatigablemente.

Se ha afirmado que el Libro de Thot es, en realidad, el misterioso Tarot de los bohemios, un extraño libro emblemático de setenta y ocho páginas que ha estado en poder de los gitanos desde el momento en que fueron expulsados de su antiguo templo: el Serapeum. (Según las Historias Secretas, los gitanos eran, en un principio, sacerdotes egipcios.) En la actualidad existen en el mundo varias escuelas secretas que tienen el privilegio de iniciar a los candidatos en los Misterios, pero en casi todos los casos han encendido los fuegos de sus altares con la antorcha encendida de la estatua del dios griego. En su Libro de Thot, Hermes reveló a toda la



DE *MANNERS AND CUSTOMS OF THE ANCIENT EGYPTIANS* DE WILKINSON

THOT, EL DIOS CON CABEZA DE IBIS
Es poco probable que la divinidad que los egipcios llamaban Thot fuese originalmente Hermes, pero las dos personalidades se han fusionado y ahora resulta imposible separarlas. A Thot lo llamaban «el señor de los libros divinos» y «el escriba de la compañía de los dioses». Por lo general se representa con cuerpo humano y cabeza de ibis. Nunca se ha descubierto el significado simbólico exacto de esta ave. Un análisis meticuloso de la forma peculiar del ibis, sobre todo de la cabeza y el pico, podría resultar revelador.

humanidad «el único camino» y durante siglos los sabios de todas las naciones y todos los credos han alcanzado la inmortalidad mediante el «camino» establecido por Hermes en medio de la oscuridad para redimir a la humanidad.

POIMANDRES, LA VISIÓN DE HERMES

El divino Poimandres de Hermes Mercurio Trismegisto es una de las obras herméticas más antiguas que todavía existen. Aunque probablemente no en su forma original —ha sido remodelada durante los primeros siglos de la era cristiana y traducida incorrectamente desde entonces—, esta obra contiene, sin duda, muchos de los conceptos originales del *cultus* hermético. *El divino Poimandres de Hermes Mercurio Trismegisto* reúne diecisiete fragmentos, presentados como una sola obra. Se supone que el segundo libro de *El divino Poimandres*, llamado *Poimandres* o *La visión*, describe el método mediante el cual la sabiduría divina fue revelada a Hermes por primera vez. Después de recibir tal revelación, Hermes comenzó su ministerio y se puso a enseñar a quien quisiera escucharlo los secretos del universo invisible como se los habían dado a conocer a él.

La visión es el más famoso de todos los fragmentos herméticos y contiene una presentación de la cosmogonía hermética y las ciencias secretas de los egipcios con respecto a la cultura y el desarrollo del alma humana. Durante algún tiempo, fue llamada erróneamente «el Génesis de Enoch», pero en la actualidad tal error ha sido rectificado. Mientras preparaba la interpretación de la filosofía simbólica oculta en *La visión de Hermes* que expondrá a continuación, el autor de este libro ha tenido a mano las siguientes obras de referencia: *El divino Poimandres de Hermes Mercurio Trismegisto* (Londres, 1650), traducida del árabe y del griego por el doctor Everard; *Hermetica* (Oxford, 1924), editada por Walter Scott; *Hermes, The Mysteries of Ancient Egypt* (Filadelfia, 1925), de Édouard Schuré, y *The Thrice Greatest Hermes* (Londres, 1906), de G. R. S. Mead. Al material que contienen estos volúmenes ha añadido comentarios basados en la filosofía esotérica de los antiguos egipcios, además de aclaraciones derivadas en parte de otros fragmentos herméticos y en parte del arcano secreto de las ciencias herméticas. Para mayor claridad, se ha preferido la forma narrativa, en lugar del estilo original en forma de diálogo, y se han sustituido las palabras obsoletas por otras actualmente en uso.

Mientras deambulaba por un lugar pedregoso y solitario, Hermes se entregó a la meditación y la oración. Siguiendo las instrucciones secretas del Templo, poco a poco fue liberando su conciencia superior de la esclavitud de sus sentidos físicos y, una vez liberado, su naturaleza divina le reveló los misterios de las esferas trascendentales. Contempló una figura imponente y sobrecogedora: era el Gran Dragón, que tenía las alas extendidas en el cielo y cuyo cuerpo irradiaba luz en todas direcciones. (Según los Misterios, la Vida Universal se representaba como un dragón.) El Gran Dragón llamó a Hermes por su nombre y le preguntó por qué meditaba así sobre el Misterio del Mundo. Aterrorizado por el espectáculo, Hermes se postró ante el Dragón y le suplicó que le revelara su identidad. La enorme criatura le respondió que era Poimandres, la Mente del Universo, la Inteligencia Creativa y el Emperador absoluto de Todo. (Schuré identifica a Poimandres con el dios Osiris.) Entonces Hermes suplicó a Poimandres que le revelara la naturaleza del universo y la constitución de los dioses. El Dragón accedió y le pidió a Trismegisto que retuviera su imagen en la cabeza.

De inmediato cambió la forma de Poimandres. En el lugar donde había estado quedó un resplandor espectacular que palpitaba. Aquella Luz era la naturaleza espiritual del propio Gran Dragón. Hermes «ascendió» al centro de aquel Fulgor divino y el universo de objetos materiales se desvaneció de su conciencia. Entonces sobrevino una gran oscuridad que, al expandirse, se tragó la Luz. Todo se puso turbulento. En torno a Hermes se arremolinaba una misteriosa sustancia acuosa que emitía un vapor que parecía humo. El aire se llenó de gemidos inarticulados y suspiros que parecían proceder de la Luz que había sido tragada por la oscuridad. Su cabeza le dijo a Hermes que la Luz era la forma del universo espiritual y que la oscuridad en remolino que la había envuelto representaba lo material.

A continuación, de la Luz prisionera surgió una Palabra santa misteriosa que se situó sobre las aguas humeantes. Aquella Palabra, la Voz de la Luz, surgió de la oscuridad como una gran columna y el fuego y el aire la siguieron, aunque la tierra y el agua permanecieron abajo, sin moverse. Entonces, las aguas de la Luz se separaron de las aguas de la oscuridad; de las aguas de la Luz se formaron los mundos superiores y de las aguas de la oscuridad se formaron los mundos inferiores. A continuación, la tierra y el agua se mezclaron y se volvieron inseparables y la Palabra espiritual, llamada Razón, se movió sobre su superficie y provocó un desconcierto interminable.

Una vez más se oyó la voz de Poimandres, pero sin que se revelara Su forma: «Yo tu Dios soy la Luz y la Mente que existían antes de que la sustancia se separara del espíritu y la oscuridad, de la Luz. Y la Palabra que surgió de la oscuridad como una columna de fuego es el Hijo de Dios, nacido del misterio de la Mente. El nombre de esa Palabra es "Razón". La Razón es hija del Pensamiento y la Razón separará la Luz de la oscuridad y establecerá la Verdad en medio de las aguas. Entiéndelo, oh, Hermes, y medita profundamente sobre el misterio. Lo que ves y oyes en tu interior no es la tierra, sino la Palabra de Dios hecha carne. Así se dice que la Luz Divina habita en medio de la oscuridad mortal y la ignorancia no puede separarlas. La unión de la Palabra y la Mente produce el misterio llamado "Vida". Así como la oscuridad que te rodea está dividida con respecto a sí misma, la oscuridad que hay en tu interior también está dividida de la misma forma. La Luz y el fuego que surgen son el hombre divino, que asciende por el camino de la Palabra, y lo que no puede ascender es el hombre mortal, que no puede ser partícipe de la inmortalidad. Profundiza en la Mente y su misterio, porque en ellos reside el secreto de la inmortalidad».

El Dragón volvió a revelar su forma a Hermes y durante largo tiempo los dos estuvieron mirándose fijamente a la cara el uno al otro, de modo que Hermes temblaba ante la mirada de Poimandres. Al oír la Palabra del Dragón, los cielos se abrieron y se revelaron los innumerables Poderes de la Luz, elevándose por el Cosmos con alas que despedían fuego. Hermes contempló los espíritus de las estrellas, los celestiales que controlan el universo y todos aquellos Poderes que brillan con el resplandor del Fuego Único, el esplendor de la Mente Soberana. Hermes se dio cuenta de que la visión que había contemplado solo le había sido revelada porque Poimandres había dicho una Palabra. La Palabra era la Razón y mediante la Razón de la Palabra se manifestaban las cosas invisibles. La Mente Divina —el Dragón— prosiguió su discurso:

> Antes de que se formara el universo visible, se fabricó un molde, llamado «Arquetipo» y dicho Arquetipo estaba en la Mente Suprema mucho antes de que comenzara el proceso de la creación. Observando los Arquetipos, la Mente Suprema quedó prendada de sus propios pensamientos, de modo que, tomando la Palabra como un martillo poderoso, fue abriendo cavernas en el espacio primigenio y reproduciendo la forma de las esferas en el molde del Arquetipo y, al mismo tiempo, sembró en los cuerpos recién creados las semillas de las cosas vivas. La oscuridad inferior, al recibir el martillo de la Palabra, se convirtió en un universo ordenado. Los elementos se separaron en niveles y en cada uno surgieron criaturas vivas. El Ser Supremo —la Mente—, masculi-

no y femenino, produjo la Palabra y la Palabra, suspendida entre la Luz y la oscuridad, se expresó en otra Mente, llamada «el Obrero», el «Maestro Constructor» o «el Hacedor de objetos».

De esta manera se consiguió, Oh, Hermes: desplazándose por el espacio como un soplo, la Palabra produjo el Fuego por la fricción de su movimiento. Por consiguiente, el Fuego se llama «Hijo del Esfuerzo». El Obrero atravesó el universo como un torbellino y, con la fricción, hizo que las sustancias vibraran y resplandeciesen. El Hijo del Esfuerzo formó de este modo los Siete Gobernadores, los Espíritus de los Planetas, cuyas órbitas delimitaban el mundo, y los Siete Gobernadores controlaban el mundo mediante el poder misterioso llamado Destino, que les había concedido el Obrero Ardiente. Cuando la Segunda Mente (el Obrero) hubo organizado el Caos, la Palabra de Dios salió enseguida de su prisión material, dejando a los elementos sin la Razón, y se unió a la naturaleza del Obrero Ardiente. Entonces, la Segunda Mente, junto con la Palabra que se había elevado, se estableció en medio del universo e hizo girar las ruedas de los Poderes Celestiales y así continuará desde un comienzo infinito hasta un final infinito, porque el principio y el fin están en el mismo lugar y estado.

Entonces, los elementos vueltos hacia abajo y desprovistos de razonamiento produjeron criaturas sin Razón. La Sustancia no podía proporcionar Razón, porque la Razón había salido de ella. El aire produjo objetos voladores y las aguas, objetos nadadores. La tierra concibió extraños animales de cuatro patas que se arrastran, dragones, demonios complejos y monstruos grotescos. Entonces el Padre —la Mente Suprema—, al ser la Luz y la Vida, creó a su imagen un Hombre Universal espléndido: no un hombre terrenal, sino un Hombre celestial, que vivía en la Luz de Dios. La Mente Suprema amó al Hombre que había creado y le entregó el control de las creaciones y las pericias.

Como el Hombre quería trabajar, estableció Su morada en la esfera de la generación y se fijó en las obras de Su hermano, la Segunda Mente, que estaba sentado en el Anillo de Fuego. Después de observar los logros del Obrero Ardiente, Él también quiso hacer cosas y Su Padre le dio permiso. Los Siete Gobernadores, de cuyos poderes era partícipe, se regocijaron y cada uno proporcionó al Hombre una parte de Su propia naturaleza.

El Hombre anhelaba perforar la circunferencia de los círculos y comprender el misterio de Aquel que estaba sentado sobre el Fuego Eterno. Como ya tenía todo el poder, se agachó y echó un vistazo a través de las siete Armonías y, atravesando la fuerza de los círculos, se manifestó ante la Naturaleza, que estaba estirada abajo. El Hombre miró a las profundidades y sonrió, porque vio una sombra sobre la tierra y una semejanza reflejada en las aguas y aquella sombra y aquella semejanza eran Su propio reflejo. El Hombre se enamoró de Su propia sombra y deseó descender hasta ella. Coincidiendo con el deseo, el Objeto Inteligente se unió con la imagen o la forma irracional.

La Naturaleza observó el descenso y se envolvió en torno al Hombre, al que amaba, y los dos se fusionaron. Por este motivo, el hombre terrenal es compuesto. En su interior está el Hombre del Cielo, inmortal y hermoso; en el exterior, la Naturaleza, mortal y destructible. Por consiguiente, el sufrimiento se produce porque el Hombre Inmortal se enamoró de su sombra y renunció a la Realidad para vivir en la oscuridad de la ilusión; porque, si es inmortal, el

hombre tiene el poder de los Siete Gobernadores y también la Vida, la Luz y la Palabra, pero, si es mortal, lo controlan los Anillos de los Gobernadores: la Suerte o el Destino.

Del Hombre Inmortal habría que decir que es hermafrodita, o sea, masculino y femenino, y siempre está atento. Nunca duerme ni está inactivo y lo rige un Padre que también es masculino y femenino y siempre vigila. Este es el misterio que se mantiene oculto hasta hoy, porque la Naturaleza, después de fusionarse en matrimonio con el Hombre del Cielo, produjo una maravilla de lo más maravillosa: siete hombres, todos bisexuales, masculinos y femeninos, y de postura erguida, cada uno de los cuales es un ejemplo de las naturalezas de los Siete Gobernadores. Estas, Oh, Hermes, son las siete razas, especies y ruedas.

De esta manera se generaron los siete hombres. La tierra era el elemento femenino y el agua, el masculino; del fuego y el éter recibieron sus espíritus, y la Naturaleza hizo los cuerpos según la especie y la forma de los hombres. Y el hombre recibió la Vida y la Luz del Gran Dragón y de la Vida se hizo su Alma y de la Luz, su Mente. Por consiguiente, todas estas criaturas complejas, que contienen la inmortalidad pero son partícipes de la mortalidad, siguieron en tal estado durante un período. Se reprodujeron a partir de sí mismas, porque cada una era masculina y femenina. Sin embargo, al finalizar el período, el nudo del Destino se desató por la voluntad de Dios y el lazo de todas las cosas se aflojó.

Entonces, todas las criaturas vivas, incluido el hombre, que había sido hermafrodita, se separaron y los machos se volvieron diferentes y las hembras también, según los dictados de la Razón.

Y Dios habló a la Palabra Santa que estaba dentro del alma de todas las cosas y le dijo: «Seguid creciendo y multiplicaos en multitudes, todos vosotros, criaturas y pericias mías. Que quien esté dotado de Mente sepa que es inmortal y que la causa de la muerte es el amor al cuerpo y dejad que aprenda todo lo que hay, porque quien se reconoce a sí mismo ingresa en el estado del Bien».

Y después de que Dios dijera esto, la Providencia, con la ayuda de los Siete Gobernadores y la Armonía, reunió los sexos, hizo las mezclas y estableció las generaciones y todas las cosas se multiplicaron según su especie. Quien comete el error de apegarse y ama su cuerpo se queda deambulando en la oscuridad, consciente, y sufre las cosas de la muerte, mientras que quien se da cuenta de que el cuerpo no es más que una tumba para su alma asciende a la inmortalidad.

Entonces Hermes quiso saber por qué había que privar a los hombres de la inmortalidad solo por cometer el pecado de la ignorancia y el Gran Dragón respondió: «Para los ignorantes, el cuerpo es lo más importante y son incapaces de darse cuenta de que llevan dentro la inmortalidad. Como solo conocen el cuerpo, que está sujeto a la muerte, creen en la muerte, porque adoran la sustancia que es la causa y la realidad de la muerte».

Entonces Hermes preguntó cómo van hacia Dios los justos y los sabios, a lo cual Poimandres respondió: «Lo mismo que dijo la Palabra de

Dios lo repito yo: "Porque el Padre de todas las cosas está hecho de Vida y Luz y lo mismo ocurre con los hombres." Por consiguiente, quien aprenda y comprenda la naturaleza de la Vida y la Luz pasará a la eternidad de la Vida y la Luz».

A continuación, Hermes preguntó por el camino que seguían los sabios para llegar a la Vida eterna y Poimandres continuó: «Dejad que el hombre dotado de Mente tome nota, analice y aprenda por sí mismo y, con el poder de su Mente, se separe de su no-yo y se vuelva esclavo de la Realidad».

Hermes preguntó si no todos los hombres tenían Mente y el Gran Dragón respondió: «Ten cuidado con lo que dices, porque yo soy la Mente: el Maestro Eterno. Yo soy el Padre de la Palabra, el Redentor de todos los hombres, y en la naturaleza del sabio la Palabra se hace carne. Por medio de la Palabra, el mundo se salva. Yo, el Pensamiento (Thot),* el Padre de la Palabra, la Mente, solo acudo a los hombres que son santos y buenos, puros y misericordiosos y llevan una vida piadosa y religiosa; mi presencia les sirve de inspiración y de ayuda, porque cuando llego, enseguida saben todas las cosas y adoran al Padre Universal. Antes de morir, estos sabios y misericordiosos aprenden a renunciar a sus sentidos, sabiendo que estos son los enemigos de su alma inmortal.

»No permitiré que los maléficos sentidos controlen el cuerpo de aquellos que me aman ni tampoco que alberguen emociones malignas ni malos pensamientos. Me convierto en portero o cancerbero y no dejo entrar el mal y así protejo a los sabios de su propia naturaleza inferior. Sin embargo, no acudo a los perversos, los envidiosos ni los codiciosos, porque ellos no pueden entender los misterios de la Mente; por consiguiente, no les resulto grato. Los dejo con los demonios vengadores que ellos fabrican en su propia alma, porque el mal aumenta todos los días y atormenta más al hombre y cada mala acción se suma a las malas acciones previas hasta que finalmente el mal se destruye a sí mismo. El castigo del deseo es el suplicio de la insatisfacción.»

Hermes agachó la cabeza en señal de agradecimiento al Gran Dragón que tanto le había enseñado y le suplicó que siguiera hablando sobre lo supremo del alma humana, de modo que Poimandres resumió: «En el momento de la muerte, el cuerpo material del hombre regresa a los elementos de los que procede y el hombre divino invisible asciende

---

* El autor contrasta la palabra «pensamiento» (en inglés, *thought*) con el nombre Thot (en inglés, *Thoth*), porque los dos tienen una pronunciación muy similar. *(N. de la T.)*

a la fuente de la que procede, es decir, la Octava Esfera. El mal se traslada a la morada del demonio, mientras que los sentidos, los sentimientos, los deseos y las pasiones del cuerpo regresan a su origen, es decir, los Siete Gobernadores, cuya naturaleza en el hombre inferior destruye, pero en el hombre espiritual invisible da vida.

»Cuando la naturaleza inferior ha vuelto a la brutalidad, la superior se esfuerza otra vez por recuperar su espiritualidad. Escala los siete Anillos sobre los cuales están sentados los Siete Gobernadores y devuelve a cada uno sus poderes inferiores de esta manera: sobre el primer anillo deposita la Luna y le devuelve la capacidad de crecer y decrecer; sobre el segundo anillo sienta a Mercurio y le devuelve las maquinaciones, el engaño y la picardía; sobre el tercer anillo sienta a Venus y le devuelve los deseos y las pasiones: sobre el cuarto anillo sienta al Sol y a este Señor le devuelve las ambiciones; sobre el quinto anillo sienta a Marte y a él le devuelve la impetuosidad y el atrevimiento irreverente; sobre el sexto anillo sienta a Júpiter y le devuelve el sentido de acumulación y las riquezas, y sobre el séptimo anillo sienta a Saturno, a la Puerta del Caos, y le devuelve la falsedad y la conspiración maléfica.

»A continuación, después de deshacerse de todas las acumulaciones de los siete Anillos, el alma llega a la Octava Esfera, es decir, el anillo de las estrellas fijas, donde, liberada de toda ilusión, mora en la Luz y entona loas al Padre con una voz que solo los puros de espíritu pueden comprender. Fíjate, Hermes, que en la Octava Esfera hay un gran misterio, porque la Vía Láctea es el semillero de las almas, que desde allí caen en los Anillos, y a ella regresan otra vez desde las ruedas de Saturno. Pero algunas no pueden subir la escalera de siete peldaños de los Anillos, de modo que deambulan por la oscuridad inferior y son arrastradas a la eternidad con la ilusión de los sentidos y la practicidad.

»El camino hacia la inmortalidad es difícil y solo unos pocos lo encuentran. El resto aguarda el Gran Día en que las ruedas del universo se detengan y las chispas inmortales huyan de la vaina de la sustancia. Pobres de los que esperan, porque deben volver a regresar, inconscientes y sin saberlo, al semillero de las estrellas y aguardar un nuevo comienzo. Los que se salven gracias a la luz del misterio que te he revelado, oh, Hermes, y que ahora te pido que instaures entre los hombres, volverán una vez más al Padre que habita en la Luz Blanca y se entregarán a la Luz y serán absorbidos por la Luz y en Ella se convertirán en Poderes divinos. Este es el Camino del Bien y solo se revela a los que tienen sabiduría.

»Bendito seas, oh, Hijo de la Luz, a quien, de entre todos los hombres, yo, Poimandres, la Luz del Mundo, me he revelado. Te ordeno que sigas adelante, que te conviertas en guía para aquellos que deambulan en la oscuridad, para que todos los hombres en los que habite el espíritu de Mi Mente (la Mente Universal) se salven por medio de Mi Mente en ti, que invocará a Mi Mente en ellos. Establece Mis Misterios y ellos no fracasarán en la tierra, porque soy la Mente de los Misterios y, mientras la Mente no falle —esto no ocurre nunca—, mis Misterios no pueden fallar.»

Con estas palabras de despedida, Poimandres, radiante de luz celestial, se desvaneció, mezclándose con los poderes de los cielos. Elevando los ojos al firmamento, Hermes bendijo al Padre de Todas las Cosas y consagró su vida al servicio de la Gran Luz.

Así predicaba Hermes: «Oh, habitantes de la tierra, hombres nacidos y hechos de los elementos, pero con el espíritu del Hombre Divino en vuestro interior, ¡levantaos de vuestro sueño de ignorancia! Sed serios y reflexivos. Daos cuenta de que vuestra casa no es la tierra sino la Luz. ¿Por qué os habéis entregado a la muerte, si tenéis poder para ser partícipes de la inmortalidad? Arrepentíos y cambiad vuestra mente. Alejaos de la luz oscura y renunciad a la corrupción para siempre. Preparaos para ascender a través de los Siete Anillos y para fundir vuestras almas con la Luz eterna».

Algunos de los que lo escucharon se burlaron y se mofaron y siguieron su camino, entregándose a la Segunda Muerte, de la cual no existe salvación. Otros, en cambio, se arrojaron a los pies de Hermes y le suplicaron que les enseñara el Camino de la Vida. Él los levantó con suavidad, sin recibir ninguna aprobación para sí mismo, y, con el bastón en la mano, siguió enseñando y guiando a la humanidad y mostrándoles cómo podían salvarse. En los mundos de los hombres, Hermes sembró las semillas de la sabiduría y las nutrió con las Aguas Inmortales. Finalmente llegó el crepúsculo de su vida y, cuando el resplandor de la luz de la tierra comenzó a reducirse, Hermes ordenó a sus discípulos que mantuvieran inmaculadas sus doctrinas a lo largo de los siglos. Encomendó que se pusiera por escrito la visión de Poimandres, para que todos los que desearan la inmortalidad pudieran encontrar en ella el camino.

Para concluir su exposición de la visión, Hermes escribió lo siguiente: «El sueño del cuerpo es la sobria vigilancia de la Mente y, si cierro los ojos, se me revela la Luz verdadera. Mi silencio se llena de nueva vida y esperanza y está lleno de bondad. Mis palabras son la plenitud

del fruto del árbol de mi alma. Porque este es el relato fiel de lo que he recibido de mi verdadera Mente, que es Poimandres, el Gran Dragón, el Señor de la Palabra, mediante el cual Dios me inspiró la Verdad. Desde aquel día, mi Mente ha estado siempre conmigo y en mi propia alma he dado a luz la Palabra: la Palabra es la Razón y la Razón me ha redimido. Por este motivo, con toda mi alma y toda mi fuerza, alabo y bendigo al Dios Padre, la Vida y la Luz y la Bondad Eterna.

> Bendito sea Dios, Padre de todas las cosas, que existe desde antes del Primer Comienzo.
>
> Bendito sea Dios, cuya voluntad se cumple y se hace cumplir mediante Sus propios Poderes, a los que ha dado a luz fuera de Sí mismo.
>
> Bendito sea Dios, que ha decidido darse a conocer y que es conocido por Sí mismo por aquellos a quienes se revela.
>
> Bendito seáis Vos, que por Vuestra Palabra (la Razón) habéis establecido todas las cosas.
>
> Bendito seáis Vos, a cuya imagen se ha hecho toda la Naturaleza.
>
> Bendito seáis Vos, a quien la naturaleza inferior no ha dado forma.
>
> Bendito seáis Vos, que sois más fuerte que todos los poderes.
>
> Bendito seáis Vos, que sois mejor que toda excelencia.
>
> Bendito seáis Vos, que sois mejor que toda alabanza.
>
> Aceptad estos sacrificios razonables de un alma pura y un corazón tendido hacia Vos.
>
> Oh, Inefable, a Quien se alaba en silencio.
>
> Os suplico que me miréis con misericordia para que no yerre mi conocimiento de Vos y pueda iluminar a aquellos que son, en la ignorancia, hermanos míos e hijos Vuestros.
>
> Por eso creo en Vos y de Vos doy fe y parto en paz y con confianza en Vuestra Luz y Vida.
>
> Bendito seáis, ¡oh, Padre! El hombre que habéis creado se santificará con Vos, ya que le habéis dado poder para santificar a otros con Vuestra Palabra y Vuestra Verdad.

La *Visión de Hermes*, como casi todas las obras herméticas, es una exposición alegórica de grandes verdades filosóficas y místicas, cuyo significado oculto solo pueden comprender aquellos que han sido «elevados» a la presencia de la Mente Verdadera.

VII

La iniciación de la pirámide

La Gran Pirámide de Gizeh, suprema maravilla de la Antigüedad y sin rival entre los logros de los arquitectos y constructores posteriores, es testigo mudo de una civilización desconocida que, una vez finalizado el período para el cual estaba predestinada, se perdió en el olvido. Elocuente en su silencio, inspiradora en su majestuosidad, divina en su simplicidad, la Gran Pirámide es, sin duda, un sermón hecho en piedra. Sus dimensiones abruman la sensibilidad insignificante del hombre. Entre las arenas movedizas del tiempo, se alza como digno emblema de la mismísima eternidad. ¿Quiénes fueron los matemáticos preclaros que planificaron sus partes y sus dimensiones, los maestros artesanos que supervisaron su construcción y los artesanos habilidosos que nivelaron sus bloques de piedra?

El relato más antiguo y más conocido sobre la construcción de la Gran Pirámide es el que brinda Heródoto, un historiador muy reverenciado, aunque algo imaginativo. «La pirámide se construyó en escalones, como si fueran almenas, como quien dice, o, según otros, como si fuera un altar. Después de colocar las piedras para la base, levantaron las demás hasta el lugar correspondiente por medio de máquinas hechas de planchas cortas de madera. La primera máquina las elevaba del suelo hasta lo alto del primer escalón, donde había otra máquina que recibía la piedra que llegaba y la transportaba al segundo escalón, donde una tercera máquina la subía aún más. Podía ser que hubiera tantas máquinas como escalones tenía la pirámide o, también, que tuvieran una sola, pero tan fácil de trasladar que la fuesen transportando de un piso a otro a medida que la piedra subía. Se dan las dos versiones y por

eso comento las dos. Primero se terminaba la parte superior de la pirámide, a continuación la media y, por último, la inferior y más cercana al suelo. En la pirámide hay una inscripción en caracteres egipcios que registra la cantidad de rábanos, cebollas y ajos que consumieron los obreros que la construyeron y recuerdo perfectamente que el intérprete que me leyó lo escrito dijo que así se habían gastado mil seiscientos talentos de plata. Si esta información es exacta, ¡qué suma enorme se habrá gastado en las herramientas de hierro que se utilizaron en la obra y para alimentar y vestir a los obreros, teniendo en cuenta todo el tiempo que duraron las obras, que ya se ha indicado [diez años], y el tiempo adicional —que no habrá sido poco, me imagino— que se debió de tardar en extraer la piedra, transportarla y formar los aposentos subterráneos».

A pesar de lo pintoresco de su versión, es evidente que el padre de la historia, por motivos que él consideraba sin duda suficientes, inventó un relato fraudulento para ocultar el origen y la finalidad verdaderos de la Gran Pirámide. Este no es más que uno de los varios casos en sus escritos que inducirían al lector reflexivo a sospechar que el



DE *LOS MISTERIOS DE LA KABBALA* DE LÉVI

EDIPO Y LA ESFINGE

La Esfinge egipcia está estrechamente relacionada con la leyenda griega de Edipo, que fue el primero en resolver el famoso acertijo que proponía aquella criatura misteriosa con cuerpo de león alado y cabeza de mujer que frecuentaba la calzada que conducía a Tebas. A cada uno que pasaba junto a su guarida, la esfinge le formulaba la siguiente pregunta: «¿Cuál es el animal que por la mañana camina a cuatro patas, a mediodía con dos y al anochecer con tres?». Los que no podían resolver el acertijo eran aniquilados. Edipo dijo que la respuesta era el hombre mismo, que, en su infancia, gateaba sobre las manos y las rodillas, cuando era adulto andaba erguido y, de mayor, se movía arrastrando los pies y apoyándose en un bastón. Al ver que alguien conocía la respuesta a su acertijo, la esfinge se arrojó desde el precipicio que había junto a la carretera y pereció.

Existe además otra respuesta al enigma de la esfinge, una respuesta que se revela mejor si se tienen en cuenta los valores pitagóricos de los números. El cuatro, el dos y el tres suman nueve, que es el número natural del hombre y también el de los mundos inferiores. El cuatro representa al hombre ignorante; el dos, al intelectual y el tres, al espiritual. En su infancia, la humanidad camina a cuatro patas; cuando evoluciona, con dos, y al poder de su propia mente el mago redimido e iluminado suma el bastón de la sabiduría. La esfinge es, por consiguiente, el misterio de la Naturaleza, la encarnación de la doctrina secreta, y todos aquellos que no pueden resolver su enigma perecen. Pasar junto a la esfinge supone alcanzar la inmortalidad personal.

propio Heródoto era un iniciado en las Escuelas Sagradas y, por consiguiente, que estaba obligado a mantener intactos los secretos de las órdenes antiguas. La teoría adelantada por Heródoto y aceptada de forma generalizada en la actualidad de que la pirámide era la tumba del faraón Keops no se puede corroborar. De hecho, tanto Manetón como Eratóstenes y Diodoro Sículo están en desacuerdo con Heródoto —y también entre sí— con respecto al nombre del constructor de aquel edificio supremo. La bóveda sepulcral, que, según las leyes de Lepsius sobre la construcción de pirámides, se tendría que haber acabado al mismo tiempo —o antes— que el monumento, no se terminó nunca. No existe ninguna prueba que demuestre que fue erigida por los egipcios, porque carece de las complejas tallas que adornan prácticamente sin excepción las cámaras funerarias de la realeza egipcia y no incorpora ninguno de los elementos de su arquitectura ni su decoración, como inscripciones, imágenes, cartuchos, pinturas y demás elementos distintivos asociados con el arte mortuorio dinástico. Los únicos jeroglíficos que se encuentran dentro de la pirámide son unas cuantas marcas de los constructores que estaban selladas en las cámaras de construcción, que fueron abiertas por primera vez por Howard Vyse. Aparentemente, los pintaron sobre las piedras antes de colocar estas en su sitio, porque en varios casos las marcas se habían invertido o deformado durante el proceso de montaje de los bloques. Si bien los egiptólogos han tratado de identificar las marcas toscas de pintura como cartuchos de Keops, resulta casi inconcebible que este gobernante ambicioso hubiese permitido que su nombre real sufriese tales vejaciones. Como las autoridades más eminentes en el tema aún no están seguras del verdadero significado de estas marcas toscas, cualquier prueba que pueda haber de que el edificio se construyó durante la cuarta dinastía queda contrarrestada, sin duda, por las conchas marinas halladas en la base de la pirámide y que, según Gab, demuestran que fue construida antes del diluvio, una teoría que corroboran las tradiciones árabes, tan denostadas. Un historiador árabe dijo que la pirámide fue construida por los sabios egipcios para refugiarse durante el diluvio, mientras que otro declaró que había sido la casa donde guardaba su tesoro el poderoso monarca antediluviano Sheddad Ben Ad. Un panel de jeroglíficos situado encima de la entrada, que un observador despreocupado podría pensar que ofrecía una solución al misterio, lamentablemente solo data de 1843 y se talló en tiempos del doctor Lepsius como homenaje al rey de Prusia.

Estimulado por las historias de los inmensos tesoros guardados herméticamente en sus profundidades, el califa Al-Mamun, ilustre descendiente del Profeta, viajó de Bagdad a El Cairo en el año 820 con gran cantidad de obreros para abrir la imponente pirámide. Cuando el califa Al-Mamun llegó por primera vez al pie de la Gran Pirámide y alzó la mirada hacia su superficie lisa y radiante, violentas emociones convulsionaron —sin duda— su alma. Es probable que la cubierta estuviera en su sitio en el momento de su visita, porque el califa no pudo encontrar indicios de ninguna entrada y se encontró frente a cuatro superficies perfectamente lisas. Haciendo caso de rumores vagos, puso a trabajar a sus seguidores en la cara norte de la pirámide, con instrucciones de seguir cortando y tallando hasta descubrir algo. Para aquellos musulmanes, con sus instrumentos rudimentarios y vinagre, resultaba un esfuerzo hercúleo abrir un túnel de treinta metros en la piedra caliza y en muchas ocasiones estuvieron a punto de rebelarse, pero lo que decía el califa era la ley y la esperanza de una fortuna inmensa les levantaba el ánimo.

Por fin, cuando estaban al borde del desánimo más absoluto, el destino acudió en su ayuda. Se oyó caer una piedra inmensa en algún lugar de la pared próxima a los esforzados y contrariados árabes. Siguieron avanzando hacia el sonido con renovado entusiasmo y finalmente lograron entrar en el corredor descendente que conduce a la cámara subterránea. Se fueron abriendo camino a golpes de cincel en torno al enorme rastrillo de piedra que había caído en una posición que les impedía avanzar y atacaron y suprimieron uno tras otro los tapones de granito que durante un tiempo siguieron deslizándose por el pasillo que procedía de la cámara de la reina, situada encima.

Al final dejaron de caer bloques y el camino quedó expedito para los seguidores del profeta, pero ¿dónde estaban los tesoros? Los obreros corrían desesperados de una habitación a otra, buscando en vano su botín. El descontento de los musulmanes llegó a tal extremo que el califa Al-Mamun, que había heredado buena parte de la sabiduría de su ilustre padre, el califa Al-Raschid, envió a buscar fondos a Bagdad y los hizo enterrar en secreto cerca de la entrada de la pirámide. A continuación, ordenó a sus hombres que excavaran en aquel punto: ¡hubo gran regocijo cuando se descubrió el tesoro y los obreros quedaron muy impresionados por la sabiduría de aquel monarca antediluviano que había calculado cuidadosamente sus salarios y había tenido la amabilidad de hacer enterrar para ellos la cantidad exacta!

Después el califa regresó a la ciudad de sus antepasados y la Gran Pirámide quedó a merced de las generaciones posteriores. En el siglo IX, los rayos del sol que chocaban contra las superficies brillantes de las piedras que formaban el revestimiento original daban a cada cara de la pirámide la apariencia de un triángulo deslumbrante. Desde entonces han desaparecido todas las piedras del revestimiento menos dos. Como consecuencia de las investigaciones, han sido localizadas, vueltas a cortar y utilizadas como nuevo revestimiento para los muros de varias mezquitas y palacios musulmanes en distintas partes de El Cairo y sus alrededores.

Los problemas de las pirámides

C. Piazzi Smyth se pregunta: «¿Acaso se erigió la Gran Pirámide antes de la invención de los jeroglíficos y con anterioridad al nacimiento de la religión egipcia?». Tal vez con el tiempo se demuestre que las cámaras superiores de la pirámide eran un misterio sellado antes de que se estableciera el imperio egipcio. No obstante, en la cámara subterránea hay marcas que indican que los romanos entraron en ella. A la luz de la filosofía secreta de los iniciados egipcios, W. W. Harmon, mediante una serie de cálculos matemáticos sumamente complicados pero exactos, determina que el primer ceremonial de la pirámide se celebró hace 68 890 años, cuando por primera vez el rayo de la estrella Vega penetró por el pasillo descendente hasta el fondo. La construcción de la pirámide se llevó a cabo en el período de entre diez y quince años inmediatamente anteriores a aquella fecha.

Aunque sin duda estas cifras despertarán burlas en los egiptólogos modernos, se basan en un estudio exhaustivo de los principios de la mecánica sideral incorporados en la estructura de la pirámide por sus constructores iniciados. Si las piedras que la recubrían estaban en su lugar a principios del siglo IX, las llamadas marcas de erosión que aparecen en el exterior no se debían al agua. Además, la teoría de que la sal hallada en las piedras interiores de la pirámide demuestra que la construcción estuvo sumergida en algún momento se debilita por el hecho científico de que aquel tipo de piedra sufre exudaciones de sal. Si bien es posible que el edificio haya estado sumergido, al menos en parte, durante los miles de años transcurridos desde su construcción, la prueba que se aduce para demostrarlo no es decisiva.

La Gran Pirámide está construida en su totalidad de caliza y granito y los dos tipos de piedra se combinan de una manera peculiar y significativa. Las piedras se nivelaron con la máxima precisión y el cemento utilizado era de una calidad tan excepcional que en la actualidad es prácticamente tan duro como la piedra misma. Los bloques de caliza se cortaron con sierras de bronce que tenían dientes de diamante o de alguna otra piedra preciosa. Las esquirlas de las piedras se amontonaron contra la cara septentrional de la meseta sobre la cual se levanta la construcción, donde constituyen un contrafuerte más para sostener su peso. Toda la pirámide es un ejemplo de orientación perfecta y realmente es la cuadratura del círculo. Esto se consigue lanzando una línea vertical desde el vértice de la pirámide hasta su base. Si esta línea vertical se considera el radio de un círculo imaginario, la longitud de la circunferencia de dicho círculo será igual a la suma de las bases de los cuatro lados de la pirámide.

Si el pasillo que conduce a la cámara del rey y la cámara de la reina quedó sellado miles de años antes de la era cristiana, quienes fueron admitidos posteriormente en los Misterios de las pirámides debieron de recibir su iniciación en galerías subterráneas que ahora desconocemos. Sin tales galerías, no podría haber habido ningún medio de acceso ni de salida, puesto que la única entrada superficial estaba totalmente cerrada con las piedras del revestimiento. Si no está bloqueada por la masa de la Esfinge ni oculta en alguna parte de aquella imagen, la entrada secreta puede estar en alguno de los templos adyacentes o en los lados de la meseta de caliza.

Concentrémonos en los tapones de granito que ocupaban el pasillo que subía hacia la cámara de la reina y que el califa Al-Mamun prácticamente se vio obligado a pulverizar para poder despejar el camino hacia las cámaras superiores. C. Piazzi Smyth señala que la posición de las piedras demuestra que fueron colocadas allí desde arriba, con lo cual gran cantidad de obreros tuvieron que salir desde las cámaras superiores. ¿Cómo lo consiguieron? Smyth cree que descendían a través del muro (véase el diagrama) y dejaban caer tras ellos la piedra inclinada hasta el sitio correspondiente. Sostiene también que es probable que los ladrones utilizaran el pozo para entrar en las cámaras superiores. Como la piedra inclinada estaba puesta en una capa de yeso, los ladrones se vieron obligados a atravesarla y dejaron una abertura irregular. Sin embargo, Dupré, un arquitecto que ha dedicado años a investigar las pirámides, no está de acuerdo con Smyth, sino que cree que el pozo

en realidad es el agujero que hicieron los ladrones y que supuso el primer intento fructífero de ingresar en las cámaras superiores desde la cámara subterránea, que entonces era la única sección abierta de la pirámide.

Dupré basa su conclusión en el hecho de que el pozo no es más que un agujero desigual y la gruta, una cámara irregular, en la que no se observa en absoluto la precisión arquitectónica con la que se levantó el resto de la construcción. Por su diámetro, también se descarta la posibilidad de que el pozo haya sido excavado hacia abajo: se debió de abrir desde abajo y la gruta era necesaria para que los ladrones pudieran respirar. Es inconcebible que los constructores de la pirámide rompieran una de sus propias piedras inclinadas y dejaran la superficie rota y un agujero abierto en el muro lateral de una galería que, de no ser por aquello, habría sido perfecta. Si el pozo fuese un agujero abierto por los ladrones, podría explicar por qué la pirámide estaba vacía cuando entró el califa Al-Mamun y lo que ocurrió con la tapa que faltaba del cofre. Una observación meticulosa de la llamada cámara subterránea inacabada, que debió de ser la base de operaciones de los ladrones, podría revelar rastros de su presencia o mostrar el lugar donde amontonaron los escombros que tuvieron que acumular como consecuencia de sus trabajos. Si bien no queda del todo claro por qué entrada accedieron los ladrones a la cámara subterránea, es poco probable que usaran el pasillo descendente.

Hay un nicho notable en la pared septentrional de la cámara de la reina que, según dicen los guías musulmanes con mucha labia, era un sepulcro. Sin embargo, por su forma general —las paredes convergen mediante una serie de superposiciones similares a las de la Gran Galería— parecería que al principio se construyó con la intención de servir de corredor. Todos los intentos llevados a cabo para explorar este nicho han sido infructuosos, aunque Dupré cree que allí hay una entrada por la cual —si en aquel momento no existía el pozo— salieron los obreros de la pirámide después de dejar caer los tapones de piedra en la galería ascendente.

Los estudiosos de la Biblia han aportado una cantidad de ideas de lo más extraordinarias sobre la Gran Pirámide. Han identificado aquel edificio antiguo con el granero de José (a pesar de su capacidad totalmente inadecuada); con la tumba preparada por el desventurado faraón del Éxodo, que no pudo ser enterrado allí porque jamás se recuperó su cadáver del Mar Rojo, y, finalmente, ¡con la confirmación perpetua de la infalibilidad de las numerosas profecías que contiene la Versión Autorizada!

LA ESFINGE

Aunque, como ha demostrado Ignatius Donnelly, la Gran Pirámide sigue el modelo de un tipo de arquitectura antediluviano del cual se pueden encontrar ejemplos en casi todo el mundo, la Esfinge (Hu) es típicamente egipcia. La estela que tiene entre las patas indica que la Esfinge es una imagen de la divinidad solar, Harmackis, que, evidentemente, se hacía similar al faraón durante cuyo reinado se cincelaba. La estatua fue restaurada y totalmente excavada por Tutmosis IV, como consecuencia de una visión en la cual se le había aparecido el dios y le había dicho que se sentía oprimido por el peso de la arena que rodeaba su cuerpo. Durante las excavaciones se encontró la barba rota de la Esfinge entre sus patas delanteras. Los peldaños que conducían hasta la Esfinge y también el templo y el altar que tiene entre las patas se añadieron mucho después, probablemente en la época romana, porque es sabido que los romanos reconstruyeron muchas antigüedades egipcias. La depresión poco profunda que tiene en la coronilla —en otro tiempo se pensó que era el final de un pasadizo clausurado que conducía desde la Esfinge hasta la Gran Pirámide— solo servía para sostener un tocado que se ha perdido.

Se han introducido en la Esfinge varillas metálicas, en un esfuerzo infructuoso por localizar cámaras o pasadizos en su interior. La mayor parte de la Esfinge es una sola piedra, aunque las patas delanteras se han hecho con piedras más pequeñas. La Esfinge mide más de sesenta metros de largo, veintiún metros de altura y más de once de ancho a la altura de los hombros. Algunos suponen que la piedra principal en la que está tallada ha sido transportada desde canteras distantes por métodos desconocidos, mientras que otros afirman que se trata de piedra local, posiblemente un afloramiento más o menos parecido a la forma que se le talló posteriormente. La teoría que se propuso en un tiempo de que tanto la Pirámide como la Esfinge se construyeron con piedras artificiales fabricadas allí mismo se ha descartado. Un análisis meticuloso de la caliza indica que está compuesta de pequeñas criaturas marinas llamadas *nummulites*.

La suposición popular de que la Esfinge en realidad era el portal de la Gran Pirámide, a pesar de que sobrevive con una tenacidad sorprendente, nunca ha sido corroborada. P. Christian presenta esta teoría de la siguiente manera, basándose en parte en lo que dice Jámblico:

> La Esfinge de Gizeh, según el autor del *Traité des Mystères*, servía de entrada a las cámaras subterráneas sagradas en las que se celebraban los juicios

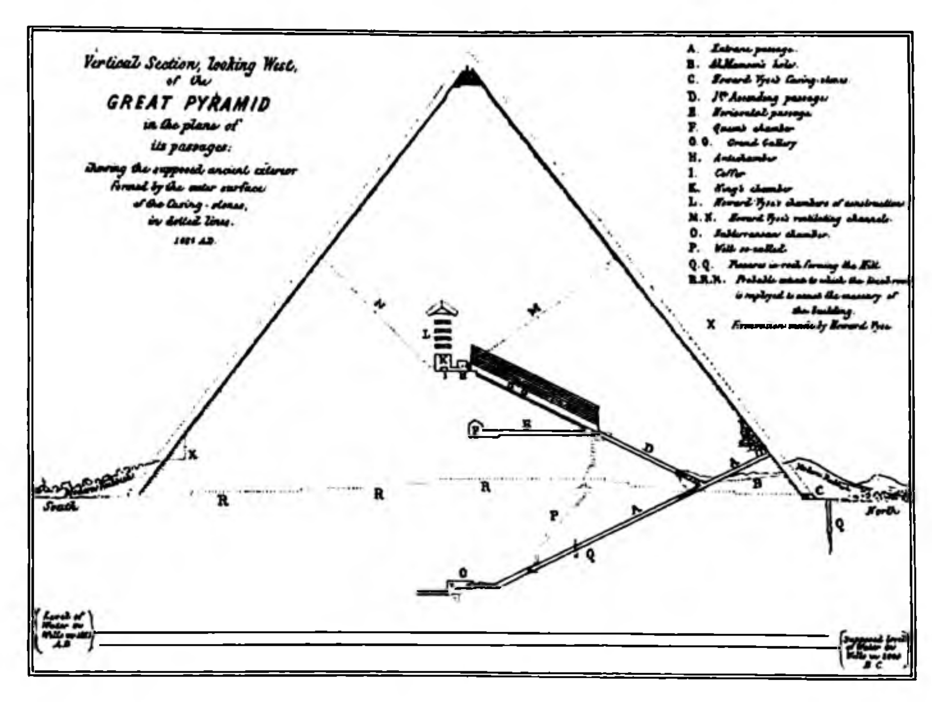
de los iniciados. Esta entrada, obstruida en nuestros días por arenas y basura, todavía se puede rastrear entre las patas delanteras del coloso agachado. Antes se cerraba mediante una puerta de bronce cuyo resorte secreto solo podían hacer funcionar los magos. La custodiaba el respeto público y una suerte de temor religioso mantenía su inviolabilidad mejor de lo que lo habría hecho la protección armada. En el vientre de la Esfinge había galerías abiertas que conducían a la parte subterránea de la Gran Pirámide. Estas galerías se entrecruzaban con tanto arte a lo largo de su trayecto hasta la Pirámide que, si uno se internaba en el pasadizo sin nadie que lo guiara por aquella red, siempre e inevitablemente regresaba al punto de partida. (Véase *Histoire de la Magie.*)

Lamentablemente, la puerta de bronce a la que hace referencia no se puede encontrar, ni tampoco ninguna evidencia de que hubiese existido alguna vez. No obstante, el paso de los siglos ha producido muchos cambios en el coloso y es posible que la abertura original se hubiese cerrado.

Casi todos los estudiosos del tema creen que existen cámaras subterráneas debajo de la Gran Pirámide. Robert Ballard escribe: «Los sacerdotes de las pirámides del lago Moeris tenían sus amplias residencias subterráneas y me parece más que probable que las de Gizeh también las tuvieran. Y aún diré más: es posible que de las mismas cavernas se excavara la caliza con la que se construyeron las Pirámides. [...] En las entrañas de la cresta de caliza sobre la cual están construidas las pirámides se encontrará aún —estoy convencido— abundante información sobre sus usos. Una buena broca de diamante con vástagos de ochenta o noventa metros es lo que hace falta para probar esto y la solidaridad de las pirámides al mismo tiempo». (Véase *The Solution of the Pyramid Problem.*)

La teoría de Ballard sobre la existencia de amplios aposentos y canteras subterráneos plantea un problema importante en el estudio científico de la arquitectura. Los constructores de las pirámides tenían demasiada visión de futuro para poner en peligro la duración de la Gran Pirámide colocando cinco millones de toneladas de caliza en granito sobre algo que no fuera una base sólida. Por consiguiente, resulta razonablemente cierto que las cámaras o los corredores que pueda haber debajo del edificio han de ser bastante insignificantes, como lo son aquellos que se encuentran en el interior de la estructura, que ocupan menos de 1/1600 del volumen de la pirámide.

La Esfinge se construyó, sin duda, por motivos simbólicos a instancias de la clase sacerdotal. Las teorías de que el uraeus que tiene en la frente era, en un principio, el dedo de un reloj de sol inmenso y de que



DE *LIFE AND WORK AT THE GREAT PYRAMID* DE SMYTH

CORTE VERTICAL DE LA GRAN PIRÁMIDE

La Gran Pirámide se levanta sobre una meseta caliza hasta cuya base, según la historia antigua, se desbordó el Nilo en una ocasión, con lo cual proporcionó un método de transporte para los bloques inmensos que se emplearon en su construcción. Suponiendo que el piramidón alguna vez hubiera estado en su sitio, la pirámide mide, según John Taylor (en cifras redondas) 150 metros de altura; la base de cada lado mide 233 metros de largo y toda la estructura abarca una superficie de algo más de cinco hectáreas.

La Gran Pirámide es la única del grupo de Gizeh —de hecho, que se sepa, la única de Egipto— que tiene cámaras dentro del cuerpo de la pirámide en sí. Por este motivo se dice que refuta las leyes de Lepsius, según las cuales cada una de estas construcciones es un monumento levantado sobre una cámara subterránea en la que está enterrado algún gobernante. La pirámide contiene cuatro cámaras, indicadas en el diagrama con las letras K, H, F y O.

La cámara del rey (K) es un aposento alargado de doce metros de largo, cinco de ancho y casi seis de altura, aproximadamente, con un techo plano compuesto por nueve piedras inmensas, las más grandes de la pirámide. Por encima de la cámara del rey hay cinco compartimientos bajos (L), llamados genéricamente «cámaras de contrucción». En la inferior de estas cámaras están los llamados «jeroglíficos del faraón Keops». El techo de la quinta cámara de construcción acaba en punta. En el extremo de la cámara del rey opuesto a la entrada se encuentra el famoso sarcófago o cofre (I) y, detrás de este, una abertura poco profunda que se excavó con la esperanza de descubrir objetos valiosos. Dos orificios de ventilación (M y N) que atraviesan la pirámide de un lado a otro ventilan la cámara del rey. En sí mismo, esto basta para demostrar que el edificio no fue construido como una tumba.

Entre el extremo superior de la Gran Galería (G. G.) y la cámara del rey hay una pequeña antecámara (H), con una longitud máxima de 2,7 metros, un ancho máximo de 1,5 metros y una altura máxima de 3,6 metros, que —no se sabe por qué— tiene las paredes estriadas. En la estría más cercana a la Gran Galería hay un bloque de piedra en dos partes, con un bulto o un nudo que sobresale como 2,5 centímetros de la superficie de la parte superior que da a la Gran Galería. Esta piedra no llega hasta el suelo de la antecámara y los que entran en la cámara del rey tienen que pasar por debajo de la losa. Desde la cámara del rey, la Gran Galería —48 metros de largo, 8,5 metros de altura y 2 metros de ancho en el punto máximo, que se reducen a la mitad como consecuencia de la convergencia de siete superposiciones de las piedras que constituyen las paredes— desciende hasta llegar un poco por encima del nivel de la cámara de la reina. De allí sale una galería (E) que retrocede más de treinta metros hacia el centro de la pirámide y se abre en la cámara de la reina (F). La cámara de la reina mide 5,8 metros de largo, 5 metros de ancho y 6 metros de altura. Tiene el techo en punta y compuesto por grandes bloques de piedra. Unos respiraderos que no se muestran salen de la cámara de la reina, pero son posteriores. En la pared oriental de la cámara de la reina hay un nicho peculiar de piedra que converge poco a poco: probablemente, al final resultará que se trata de una entrada que ya no existe.

En el punto en el que acaba la Gran Galería y comienza el pasillo horizontal que conduce a la cámara de la reina está la entrada al pozo y también la abertura que desciende por el primer conducto ascendente (D) hasta el punto en el que este conducto se encuentra con el conducto descendente (A), que conduce desde la pared exterior de la pirámide hasta la cámara subterránea. Después de descender 18 metros por el pozo (P), se llega a la gruta. El pozo atraviesa el suelo de la gruta y sigue bajando cuarenta metros mas hasta el conducto de entrada descendente (A), con el que se cruza poco antes de que el conducto pase a ser horizontal y llegue a la camara subterránea.

La cámara subterránea (O) mide unos catorce metros de largo y algo más de ocho de ancho, pero es sumamente baja: el techo tiene una altura variable, que va desde alrededor de un metro hasta cuatro metros por encima del suelo desigual y aparentemente inacabado. Del lado meridional de la cámara subterránea sale un túnel bajo de unos quince metros de largo, que acaba en una pared lisa. Estas constituyen las únicas aberturas conocidas de la Pirámide, a excepción de algunos nichos, orificios de reconocimiento, pasillos sin salida y el túnel intrincado y tenebroso (B) abierto por los musulmanes a las órdenes del descendiente del profeta, el califa Al-Mamun.

tanto la Pirámide como la Esfinge servían para medir el tiempo, las estaciones y la precesión de los equinoccios son ingeniosas, pero no demasiado convincentes. Si esta criatura inmensa fue erigida para destruir por completo el antiguo pasillo que conducía al templo subterráneo de la Pirámide, su simbolismo sería de lo más apropiado. En comparación con el tamaño y la dignidad abrumadores de la Gran Pirámide, la Esfinge resulta casi insignificante. Su rostro maltrecho, sobre el cual aún se alcanzan a distinguir vestigios de la pintura roja que cubría la figura en un principio, está tan desfigurado que no se reconoce. Un fanático musulmán le partió la nariz para que los seguidores del profeta no cayeran en la idolatría. La naturaleza misma de su construcción y las reparaciones que son necesarias ahora para evitar que se le caiga la cabeza indican que no podría haber sobrevivido los inmensos períodos transcurridos desde la construcción de la Pirámide.

Para los egipcios, la Esfinge era el símbolo de la fuerza y la inteligencia. Se representaba como andrógina para indicar que reconocían que los iniciados y los dioses compartían los poderes creativos tanto positivos como negativos. Según Gerald Massey: «Este es el secreto de la Esfinge. La esfinge ortodoxa de Egipto es masculina por delante y femenina por detrás y lo mismo ocurre con la imagen de Sut-Tifón, una especie de cuerno y cola, macho por delante y hembra por detrás. Los faraones, que llevaban tras de sí la cola de la leona o de la vaca, eran masculinos por delante y femeninos por detrás. Al igual que los dioses, incluían la totalidad dual del Ser en una sola persona, nacida de la Madre, pero de los dos sexos como un bebé». (Véase *The Natural Genesis.*)

La mayoría de los investigadores se han burlado de la Esfinge y, sin dignarse siquiera a investigar el gran coloso, han concentrado su atención en el misterio más irresistible de la pirámide.

Los misterios de la pirámide

Vulgarmente, se supone que la palabra «pirámide» deriva de πῦρ, «fuego», con lo cual significa que es la representación simbólica de La Llama Divina, la vida de cada criatura. John Taylor cree que la palabra «pirámide» significa una «medida de trigo», mientras que C. Piazzi Smyth es partidario del significado copto: «una décima parte». Los antiguos iniciados aceptaban la forma de la pirámide como el símbolo ideal, tanto de la doctrina secreta como de las instituciones establecidas para di-

fundirla. Tanto las pirámides como los montículos son modelos de la Montaña Sagrada o el lugar elevado de Dios, que se creía que estaba en la «mitad» de la tierra. John P. Lundy relaciona la Gran Pirámide con el legendario Olimpo y además supone que sus pasillos subterráneos se corresponden con los tortuosos vericuetos del Hades.

La base cuadrada de la pirámide nos recuerda constantemente que la Casa de la Sabiduría está bien asentada en la naturaleza y sus leyes inmutables. «Los gnósticos —escribe Albert Pike— decían que todo el edificio de su ciencia descansaba sobre un cuadrado cuyos ángulos eran: Σιγη, el silencio: Βυθος, la profundidad; Νους, la inteligencia, y Αληθεια, la verdad.» (Véase *Moral y dogma del rito escocés antiguo y aceptado.*) Los lados de la Gran Pirámide miran a los cuatro puntos cardinales, que representan, según Éliphas Lévi, los extremos de calor y frío (el Sur y el Norte) y los extremos de la luz y la oscuridad (el Este y el Oeste). La base de la pirámide representa, además, los cuatro elementos o sustancias materiales de cuya combinación está compuesto el cuerpo cuádruple del hombre. De cada lado del cuadrado surge un triángulo, que representa la triple divinidad entronizada en cada naturaleza material cuádruple. Si cada línea de base se considera un cuadrado del cual asciende un poder espiritual triple, la suma de las líneas de las cuatro caras (doce) y los cuatro cuadrados hipotéticos (dieciséis) que constituyen la base da veintiocho, el número sagrado del mundo inferior. Si a esto añadimos las tres septenas que componen el sol (veintiuno), es igual a cuarenta y nueve, el cuadrado de siete y el número del universo.

Los doce signos del Zodíaco, como los Gobernadores de los mundos inferiores, se simbolizan mediante las doce líneas de los cuatro triángulos de las caras de la pirámide. En medio de cada cara hay una de las bestias de Ezequiel y toda la estructura se convierte en el Querubín. Las tres cámaras principales de la Pirámide están relacionadas con el corazón, el cerebro y el sistema reproductor, que son los centros espirituales de la constitución humana. La forma triangular de la pirámide también es similar a la postura que adoptaba el cuerpo durante los antiguos ejercicios de meditación. Los Misterios enseñaban que las energías divinas de los dioses descendían sobre la parte superior de la Pirámide, que se comparaba con un árbol invertido, con las ramas abajo y las raíces en la parte superior. Desde este árbol invertido, la sabiduría divina desciende por los lados divergentes y se irradia a todo el mundo.

El tamaño del piramidón de la Gran Pirámide no se puede determinar con precisión, porque, si bien la mayoría de los investigadores han

supuesto que existió en algún momento, no se conserva de él ningún vestigio. Los constructores de grandes edificios religiosos tienen una curiosa tendencia a dejar inacabadas sus creaciones, con lo cual quieren dar a entender que Dios es lo único que está completo. El piramidón —si es que existió— era en sí mismo una pirámide en miniatura, cuyo vértice, una vez más, estaría coronado por un bloque más pequeño de la misma forma y así ad infinítum. Por consiguiente, el piramidón es el arquetipo de toda la estructura. De este modo, se puede comparar la pirámide con el universo y el piramidón, con el hombre. Siguiendo la cadena de analogías, la mente es el piramidón del hombre; el espíritu, el piramidón de la mente, y Dios —arquetipo de la totalidad—, el piramidón del espíritu. Como un bloque tosco e inacabado, el hombre sale de la cantera y, mediante la cultura secreta de los Misterios, poco a poco se va transformando en un piramidón equilibrado y perfecto. El templo solo está completo cuando el propio iniciado se convierte en el vértice vivo a través del cual el poder divino se concentra en la estructura divergente que hay debajo.

W. Marsham Adams llama a la Gran Pirámide «la casa de los lugares ocultos» y lo era, sin duda, porque representaba el sanctasanctórum de la sabiduría preegipcia. Los egipcios asociaban la Gran Pirámide con Hermes, el dios de la sabiduría y las letras y el Divino Iluminador, adorado a través del planeta Mercurio. Relacionar a Hermes con la Pirámide destaca otra vez el hecho de que en realidad era el templo supremo de la Divinidad Invisible y Suprema. La Gran Pirámide no era un faro, un observatorio ni una tumba, sino el primer templo de los Misterios, la primera estructura levantada como depósito de aquellas verdades secretas que son la base cierta de todas las artes y las ciencias. Era el emblema perfecto del microcosmos y el macrocosmos y, según las enseñanzas secretas, la tumba de Osiris, el dios negro del Nilo. Osiris representa una manifestación determinada de la energía solar y, por consiguiente, su casa o su tumba es un emblema del universo, dentro del cual está sepultado y en cuya cruz ha sido crucificado.

Por las cámaras y los corredores místicos de la Gran Pirámide pasaban los iluminados de la Antigüedad. Atravesaban sus portales como hombres y salían como dioses. Era el lugar del «segundo nacimiento», el «vientre de los Misterios», y la sabiduría habitaba en él como Dios habita en el corazón de los hombres. En algún lugar de las profundidades de sus recovecos residía un ser desconocido llamado «el Iniciador» o «el Ilustre», vestido de azul y dorado, que llevaba en la mano la sép-

tuple llave de la eternidad. Era el hierofante de rostro de león, el Sagrado, el Maestro de los Maestros, que jamás abandonaba la Casa de la Sabiduría y al que ningún hombre veía, a menos que hubiese atravesado las puertas de la preparación y la purificación. Fue en aquellas cámaras donde Platón, el de la ancha frente, se encontró cara a cara con la sabiduría de todos los tiempos, personificada en el Maestro de la Casa Oculta.

¿Quién era el Maestro que vivía en aquella pirámide imponente, cuyas numerosas habitaciones representaban los mundos que hay en el espacio, aquel Maestro al que nadie veía, salvo aquellos que habían «vuelto a nacer»? Él era el único que conocía totalmente el secreto de la pirámide, pero se ha apartado del camino de la sabiduría y la casa está vacía. Los himnos de alabanza ya no resuenan en tonos apagados a través de las cámaras; el neófito ya no pasa a través de los elementos ni deambula entre las siete estrellas; el candidato ya no recibe la «Palabra de Vida» de los labios del Uno Eterno. Ya no queda nada que el ojo del hombre pueda ver, sino una cáscara vacía —el símbolo externo de una verdad interior—, ¡y los hombres llaman tumba a la Casa de Dios!

La técnica de los Misterios fue desarrollada por el Sabio Iluminador, el Maestro de la Casa Secreta. Se revelaba al nuevo iniciado la capacidad para conocer a su espíritu guardián; se le explicaba la manera de separar su cuerpo material de su vehículo divino, y, para consumar la *magnum opus*, se le revelaba el Nombre Divino, el nombre secreto e inefable de la Divinidad Suprema, por cuyo mero conocimiento el hombre y su Dios se vuelven uno conscientemente. Cuando se le daba el Nombre, el nuevo iniciado se convertía él mismo en una pirámide, para que, dentro de las cámaras de su alma, innumerables seres humanos pudieran recibir también la iluminación espiritual.

En la cámara del rey se representaba el drama de la «segunda muerte», en el cual el candidato, tras ser crucificado en la cruz de los solsticios y los equinoccios, era enterrado en el gran cofre. La atmósfera y la temperatura de la cámara del rey son un gran misterio: hace en ella un frío sepulcral particular, que hiela hasta la médula de los huesos. Aquella sala era una entrada entre el mundo material y las esferas trascendentales de la naturaleza. Mientras su cuerpo yacía en el cofre, el alma del neófito se remontaba como un halcón con cabeza humana a través de los reinos celestiales, donde descubría de primera mano la eternidad de la Vida, la Luz y la Verdad, así como la ilusión de la Muerte, la Oscuridad y el Pecado. Por consiguiente, en cierto modo se puede comparar la Gran Pirámide con una puerta a través de la cual los sacer-

dotes antiguos dejaban pasar a unos pocos para que llegaran a estar completos como individuos. También cabe destacar, a propósito, que si se golpeaba el cofre que había en la cámara del rey, el sonido que emitía no tenía equivalente en ninguna escala musical conocida. Es posible que aquel valor tonal fuese parte de una combinación de circunstancias que convertían la cámara del rey en un entorno ideal para la concesión del grado máximo de los Misterios.

El mundo moderno sabe muy poco acerca de estos ritos antiguos. Tanto el científico como el teólogo contemplan la estructura sagrada y se preguntan qué impulso fundamental habrá inspirado aquella labor hercúlea. Si se detuvieran a pensar aunque fuese por un momento, se darían cuenta de que hay un solo impulso en el alma humana capaz de proporcionar el incentivo necesario, es decir, el deseo de saber, de comprender y de cambiar la estrechez de la mortalidad humana por la mayor amplitud y alcance de la iluminación divina. Por eso, al hablar de la Gran Pirámide los hombres dicen que es la construcción más perfecta del mundo, la fuente de los pesos y las medidas, el arca de Noé original, el origen de las lenguas, los alfabetos y las escalas de la temperatura y la humedad. Pocos se dan cuenta, sin embargo, de que es la puerta de entrada a lo Eterno.

Es posible que el mundo moderno conozca un millón de secretos, pero el mundo antiguo conocía uno solo y aquel era mayor que estos millones, que engendran muerte, desastre, tristeza, egoísmo, lujuria y avaricia, mientras que aquel único confiere vida, luz y verdad. Llegará un momento en el que la sabiduría secreta vuelva a ser el impulso religioso y filosófico dominante en el mundo. Pronto llegará el día en el que sonará la muerte del dogma. La inmensa Torre de Babel teológica, con su confusión de lenguas, se construyó con ladrillos de barro y argamasa de limo. Sin embargo, de las cenizas frías de los credos inertes resurgirán, como el ave fénix, los Misterios antiguos. Ninguna otra institución ha satisfecho tan completamente las aspiraciones religiosas de la humanidad, porque, desde la destrucción de los Misterios, no ha habido ningún código religioso con el que Platón hubiese estado de acuerdo. El desarrollo de la naturaleza espiritual del hombre es una ciencia tan exacta como la astronomía, la medicina o la jurisprudencia. Las religiones se establecieron fundamentalmente para alcanzar este objetivo y de la religión han surgido la ciencia, la filosofía y la lógica como métodos mediante los cuales se puede alcanzar este propósito divino.

¡El dios que muere resucitará! La sala secreta de la Casa de los Lugares Ocultos se redescubrirá. La pirámide volverá a ser el emblema ideal de la solidaridad, la inspiración, la aspiración, la resurrección y la regeneración. Aunque las arenas pasajeras del tiempo entierren bajo su peso una civilización tras otra, la pirámide perdurará como la alianza visible entre la Sabiduría Eterna y el mundo. Llegará un momento en que los cantos de los iluminados se vuelvan a escuchar en sus corredores antiguos y el Maestro de la Casa Oculta aguardará en el Lugar Silencioso la llegada del hombre que, dejando de lado las falacias del dogma y los principios, busque simplemente la Verdad y no se conforme con sucedáneos ni con falsificaciones.

VIII

Isis, la virgen del mundo

Resulta especialmente adecuado comenzar un estudio del simbolismo hermético con un análisis de los símbolos y los atributos de la Isis saíta, es decir, la Isis de Sais, famosa por la inscripción relacionada con ella que apareció en el frente de su templo en esta ciudad: «Yo, Isis, soy todo lo que ha sido, lo que es y lo que será y ningún hombre mortal me ha quitado nunca el velo».

Según Plutarco, muchos autores antiguos creían que esta diosa era la hija de Hermes; otros opinaban que era hija de Prometeo. Estos dos semidioses destacaban por su sabiduría divina. No es improbable que su parentesco con ellos sea meramente alegórico. Plutarco traduce el nombre de Isis con el significado de «sabiduría». Godfrey Higgins, en su *Anacalypsis*, deriva el nombre de Isis del hebreo ישע, *Iso*, y del griego ζωω, «salvar». Sin embargo, algunas autoridades, como Richard Payne Knight, por ejemplo, creen —y así lo manifiesta en su obra *The Symbolical Language of Ancient Art and Mythology*— que la palabra tiene origen septentrional, posiblemente escandinavo o gótico. En estos idiomas, el nombre se pronuncia *isa*, que significa «hielo», o agua en su estado más pasivo, cristalizado y negativo.

Esta divinidad egipcia con tantos nombres aparece como el principio de la fecundidad natural en casi todas las religiones del mundo antiguo. Se la conocía como la diosa de las diez mil denominaciones y el cristianismo la metamorfoseó en la Virgen María, porque Isis, a pesar de haber dado a luz a todas las cosas vivas —la principal entre ellas fue el Sol— seguía siendo virgen, según los relatos legendarios.



DE *MOSAIZE HISTORIE DER HEBREEUWSE KERKE*

ISIS, LA REINA DEL CIELO

Diodoro escribe acerca de una inscripción famosa, tallada en una columna situada en Nisa (Arabia), en la que Isis se describe a sí misma con las siguientes palabras: «Soy Isis, la reina de este país. Me ha instruido Mercurio. Nadie puede destruir las leyes que he establecido. Soy la hija mayor de Saturno, el más antiguo de los dioses. Soy esposa y hermana del rey Osiris. Soy la primera que enseñó a los mortales a usar el trigo. Soy la madre del rey Horus. En mi honor se construyó la ciudad de Bubaste. ¡Alégrate, Egipto, alégrate, tierra que me vio nacer!». (Véase *Moral y dogma del rito escocés antiguo y aceptado*, de Albert Pike.)

Apuleyo, en el undécimo libro de *El asno de oro*, atribuye a la diosa la siguiente declaración relacionada con sus poderes y sus atributos: «Mira, [...], yo, conmovida por tus plegarias, estoy aquí contigo: yo, que soy la naturaleza, la progenitora de las cosas, la reina de todos los elementos, el origen primigenio de los tiempos, la divinidad suprema, la soberana de los espíritus de los muertos, la primera de los celestiales y el prototipo uniforme de los dioses. Yo, que gobierno con una inclinación de cabeza las cumbres luminosas de los cielos, las brisas salubres del océano y los silencios lúgubres de los infiernos y cuya única divinidad todo el orbe de la tierra venera bajo diversas formas, con distintos ritos y gran variedad de denominaciones. Por eso, los frigios primigenios me llaman Pessinuntica, la madre de los dioses; los habitantes del Ática me llaman Minerva Cecropia; soy la Venus de Pafos para los chipriotas, Diana Dictina para los cretenses portadores de flechas; los sicilianos trilingües me llaman Proserpina estigia, y para los eleusinos soy la antigua diosa Ceres. Algunos me llaman Juno; otros Bellona; soy Hécate para unos y Ramnusia para otros. Y aquellos a los que la divinidad solar ilumina en cuanto sale con sus

rayos incipientes, es decir, los etíopes, los arios y los egipcios, expertos en el conocimiento antiguo y que me adoran en ceremonias perfectamente apropiadas, me llaman por mi nombre verdadero: reina Isis».

Le Plongeon cree que el mito egipcio de Isis tuvo una base histórica entre los mayas de América Central, que llamaban a su diosa «reina Moo». En el príncipe Coh, el mismo autor encuentra una correspondencia con Osiris, el hermano y esposo de Isis. La teoría de Le Plongeon era que la civilización maya era mucho más antigua que la egipcia. Al morir el príncipe Coh, su viuda, la reina Moo, huyó para salvarse de la ira de los asesinos y buscó refugio entre las colonias mayas de Egipto, donde la aceptaron como reina y le pusieron el nombre de Isis. Aunque puede ser que Le Plongeon tenga razón, la posible reina histórica se reduce a la insignificancia cuando se compara con la Virgen del mundo, alegórica y simbólica; además, el hecho de que aparezca entre tantas razas y pueblos diferentes resta credibilidad a la teoría de que existió realmente.

Según Sexto Empírico, la guerra de Troya se libró por una estatua de la diosa lunar. Por aquella Helena lunar y no por una mujer, los griegos y los troyanos combatieron a las puertas de Troya.

Varios autores han tratado de demostrar que Isis, Osiris, Tifón, Neftis y Aroueris (Thot o Mercurio) eran nietos del gran patriarca judío Noé, hijos de su hijo Ham, pero, como la historia de Noé y su arca es una alegoría cósmica relacionada con la repoblación de los planetas al comienzo de cada período del mundo, resulta menos probable que fueran personajes históricos. Según Robert Fludd, el sol tiene tres propiedades: vida, luz y calor, que vivifican y vitalizan los tres mundos: el espiritual, el intelectual y el material. Por consiguiente, se dice «de una luz, tres luces», es decir, los tres primeros maestros masones. Con toda probabilidad, Osiris representa el tercer aspecto (el material) de la actividad solar, que, gracias a sus influencias beneficiosas, vitaliza y da vida a la flora y la fauna de la tierra. Osiris no es el sol, pero el sol simboliza el principio vital de la naturaleza, que los antiguos conocían como Osiris. Su símbolo, por consiguiente, era un ojo abierto, en honor del Gran Ojo del universo: el sol. En oposición al principio activo y radiante del fuego fecundo, el calor y el movimiento, era el principio pasivo y receptivo de la naturaleza.

La ciencia moderna ha demostrado que las formas, cuya magnitud varía desde los sistemas solares hasta los átomos, están compuestas por núcleos positivos y radiantes, rodeados por cuerpos negativos que exis-

ten sobre las emanaciones de la vida central. A partir de esta alegoría tenemos la historia de Salomón y sus esposas, porque Salomón es el sol y sus esposas y concubinas son los planetas, las lunas, los asteroides y otros cuerpos receptivos dentro de su casa: la mansión solar. Isis, representada en el Cantar de los Cantares como la doncella de tez oscura de Jerusalén, simboliza la naturaleza receptiva: el principio acuoso y maternal que crea todas las cosas a partir de sí misma, una vez lograda la fecundación, gracias a la virilidad del sol.

En el mundo antiguo, el año tenía 360 días. El Dios de la Inteligencia Cósmica reunía los cinco días adicionales para que fueran los cumpleaños de los cinco dioses que eran llamados «los hijos de Ham». En el primero de aquellos días especiales nacía Osiris y en el cuarto, Isis. (El número cuatro muestra la relación que esta diosa tiene con la tierra y sus elementos.) Tifón, el demonio o el espíritu del adversario de los egipcios, nacía el tercer día. El símbolo de Tifón suele ser un cocodrilo; a veces, su cuerpo es una combinación de un cocodrilo y un cerdo. Isis representa el conocimiento y la sabiduría y, según Plutarco, la palabra «Tifón» significa «insolencia» y «orgullo». El egoísmo, el egocentrismo y el orgullo son los enemigos mortales del conocimiento y la verdad. Esta parte de la alegoría se revela.

Osiris —representado aquí como el sol— se convirtió en rey de Egipto y concedió a su pueblo la plena ventaja de su luz intelectual; después continuó su camino a través de los cielos, visitando a los pueblos de otras naciones y convirtiendo a todos aquellos con los que entraba en contacto. Plutarco afirma, además, que los griegos reconocían en Osiris a la misma persona que reverenciaban con los nombres de Dioniso y Baco. Mientras estaba lejos de su país, su hermano Tifón, el malvado —como el Loki escandinavo—, conspiró contra la divinidad solar para destruirla. Reunió a setenta y dos personas como cómplices de su conspiración y alcanzó su abominable objetivo de una manera muy sutil. Mandó hacer una caja decorada muy bonita del tamaño exacto del cuerpo de Osiris y la llevó a la sala de banquetes en la que los dioses se estaban dando un festín. Todos admiraron el hermoso arcón y Tifón prometió dárselo a aquel cuyo cuerpo encajara mejor. Uno tras otro se tumbaron en la caja, pero se volvían a levantar, desilusionados, hasta que finalmente lo probó también Osiris. En cuanto estuvo en el arcón, Tifón y sus cómplices clavaron la tapa y sellaron las aberturas con plomo fundido. A continuación, arrojaron la caja al Nilo, en el cual flotó hasta el mar. Plutarco afirma que esto ocurrió el decimoséptimo

día del mes de Athyr, cuando el sol estaba en la constelación de Escorpio. Esto es muy significativo, porque el escorpión es el símbolo de la traición. Osiris entró en el baúl en la misma estación en la que Noé subió al arca para salvarse del diluvio.

Plutarco declara también que los faunos (como Pan) y los sátiros (los espíritus de la naturaleza y de los elementos) fueron los primeros en descubrir que Osiris había sido asesinado y de inmediato dieron la voz de alarma; de aquel episodio surgió la palabra «pánico» con el significado de «miedo» o «terror» multitudinario. Cuando Isis recibió la noticia de la muerte de su esposo —se lo contaron unos niños que habían visto a los asesinos cuando salían corriendo con la caja—, enseguida se vistió de luto y salió en su busca.

Finalmente, Isis averiguó que el arcón había flotado hasta la costa de Biblos, donde había quedado enganchado en las ramas de un árbol, que, milagrosamente, no tardó en crecer en torno a la caja. Cuando lo supo el rey de aquel país, se asombró tanto que mandó talar el árbol y hacer con su tronco una columna para sostener el techo de su palacio. Isis fue a Biblos y recuperó el cuerpo de su esposo, pero Tifón volvió a robarlo y lo cortó en catorce trozos, que dispersó por toda la tierra. Desesperada, Isis se puso a reunir los restos cortados de su esposo, pero solo pudo encontrar trece. Reprodujo el decimocuarto —el falo— en oro, porque el original había caído al río Nilo y un pez se lo había tragado.

Más tarde, Tifón murió luchando contra el hijo de Osiris. Algunos egipcios creían que las almas de los dioses iban al cielo, donde brillaban como estrellas. Se suponía que el alma de Isis brillaba desde Sirio, mientras que Tifón se convirtió en la constelación de la Osa. No es seguro, sin embargo, que la idea se hubiese generalizado en algún momento.

Los egipcios suelen representar a Isis con un tocado que simboliza el trono vacío de su esposo asesinado y esta estructura peculiar fue aceptada en determinadas dinastías como su jeroglífico. Los tocados de los egipcios tienen gran importancia simbólica y emblemática, porque representan el cuerpo áurico de las inteligencias sobrenaturales y se usan de la misma forma en que se usan el nimbo, el halo y la aureola en el arte religioso cristiano. El famoso simbolista masónico Frank C. Higgins ha observado con perspicacia que los recargados tocados de determinados dioses y faraones están inclinados hacia atrás en el mismo ángulo que el eje de la tierra. Las vestimentas, las insignias, las joyas y los ornamentos de los antiguos hierofantes simbolizaban las energías que irradiaba el cuerpo humano. La ciencia moderna está redescubriendo

muchos de los secretos perdidos de la filosofía hermética. Uno de ellos es la capacidad para medir la evolución mental, las cualidades del alma y la salud física de una persona a partir de las descargas de energía eléctrica semivisible que manan constantemente de la superficie de la piel de todo ser humano durante toda su vida. (Para más información sobre el proceso científico que vuelve visibles las emanaciones áuricas, véase *The Human Atmosphere*, del doctor Walter J. Kilner.)

A veces Isis se representa simbólicamente con la cabeza de una vaca y en ocasiones todo el animal es su símbolo. Los primeros dioses escandinavos eran extraídos a lengüetazos de bloques de hielo por la Madre Vaca (Audhumla), que, por su leche, simbolizaba el principio del nutrimiento natural y la fecundidad. Algunas veces se representa a Isis como un pájaro. A menudo lleva en una mano la *crux ansata*, símbolo de la vida eterna, y en la otra el cetro florido, símbolo de su autoridad.

Thot Hermes Trismegisto, el fundador del saber egipcio y el sabio del mundo antiguo, entregó a los sacerdotes y los filósofos de la Antigüedad los secretos que se han conservado hasta hoy en mitos y leyendas. Estas alegorías y figuras emblemáticas ocultan las fórmulas secretas para la regeneración espiritual, mental, moral y física que vulgarmente se conocen como la química mística del alma (la alquimia). Estas verdades sublimes se comunicaban a los iniciados de las escuelas mistéricas, pero permanecían ocultas a los profanos, que, como no comprendían los principios filosóficos abstractos, adoraban a los ídolos de hormigón que representaban aquellas verdades secretas. La personificación de la sabiduría y el sigilo de Egipto es la Esfinge, que ha mantenido a salvo sus secretos durante un centenar de generaciones. Los misterios del hermetismo, las grandes verdades espirituales ocultas al mundo por la ignorancia de este y las claves de las doctrinas secretas de los filósofos antiguos, todo esto se representa simbólicamente mediante la Virgen Isis, que, velada de la cabeza a los pies, solo revela su sabiduría a los pocos que han sido puestos a prueba e iniciados, que han adquirido el derecho a acceder a su presencia sagrada, a arrancar de la figura velada de la naturaleza el velo de oscuridad y a situarse cara a cara con la Realidad Divina.

A menos que se indique lo contrario, las explicaciones que figuran en estas páginas sobre los símbolos peculiares de la Virgen Isis se basan en selecciones de una traducción libre del cuarto libro de la *Bibliotèque des Philosophes Hermétiques*, titulado «El significado hermético de los símbolos y los atributos de Isis», con interpolaciones del compilador para ampliar y aclarar el texto.

Las estatuas de Isis estaban adornadas con el sol, la luna y las estrellas y muchos emblemas pertenecientes a la tierra, sobre la cual se suponía que gobernaba, como personificación del espíritu guardián de la naturaleza. Se han hallado varias imágenes de la diosa con las marcas de su dignidad y su cargo todavía intactas. Según los filósofos antiguos, personificaba la Naturaleza Universal, la madre de todo lo producido. Por lo general, la divinidad se representaba como una mujer parcialmente desnuda, a menudo embarazada y a veces cubierta por una prenda suelta de color verde o negro o de cuatro tonos distintos mezclados: blanco, negro, amarillo y rojo.

Apuleyo la describe con estas palabras: «En primer lugar, sus cabellos, abundantes y largos y vueltos un poco hacia dentro, se dispersaban promiscuamente sobre su cuello divino y caían con suavidad. Una corona de muchas formas, hecha de flores diversas, envolvía la cima sublime de su cabeza y en el medio de la corona, justo encima de la frente, había un orbe liso que parecía un espejo o, mejor dicho, una luz blanca refulgente, que indicaba que ella era la luna. Víboras que surgían a la manera de surcos rodeaban la corona del lado derecho y el izquierdo y también se extendían desde arriba espigas de maíz. Su ropa era de muchos colores y estaba tejida con el mejor lino y en un momento dado relucía con un esplendor blanco, en otro era amarilla como la flor del azafrán y en otro enrojecía, con una rojez sonrosada. Sin embargo, lo que más me deslumbró fueron unas vestiduras muy negras, que refulgían con destellos oscuros y que, después de desplegarse y pasarle por debajo del lado derecho y ascender hasta su hombro izquierdo, subían protuberantes como el centro de un escudo, mientras que la parte pendiente de las vestiduras caía en muchos pliegues y, al tener nuditos de flecos, fluía con gracia en los extremos. Había estrellas brillantes dispersas por la orla bordada de las vestiduras y por toda su superficie, y la luna llena que brillaba en medio de las estrellas dejaba escapar fuegos llameantes. Sin embargo, una corona compuesta exclusivamente por todo tipo de flores y frutas se adhería con una conexión indivisible al borde de aquellas vestiduras llamativas en todas sus ondulaciones. Lo que llevaba en las manos también eran objetos de una naturaleza muy diferente, porque en la mano derecha llevaba, por cierto, un cascabel de bronce [un sistro], con una capa fina en forma de campana atravesada por varillas que producían un triple sonido agudo por el movimiento vibratorio de su brazo. De la mano izquierda le colgaba un recipiente alargado, con forma de embarcación, en cuya asa, en la parte más evidente, un áspid alzaba la

cabeza erguida y el gran cuello hinchado. Unos zapatos tejidos con las hojas de la palmera de la victoria le cubrían los pies inmortales».

El color verde alude a la vegetación que cubre la faz de la tierra y, por consiguiente, representa la vestidura de la naturaleza. El negro representa la muerte y la corrupción como camino hacia la nueva vida y la generación. «El que no nazca de lo alto no puede ver el Reino de Dios» (Juan 3, 3).* El blanco, el amarillo y el rojo representan los tres colores principales de la medicina alquímica, hermética y universal, una vez desaparecida la negrura de su putrefacción.

Los antiguos daban el nombre de Isis a una de sus medicinas ocultas; por consiguiente, la descripción que damos aquí está algo relacionada con la química. Su ropa negra también representa que la luna, o la humedad lunar —el mercurio universal sófico y la sustancia que actúa en la naturaleza, según la terminología alquímica—, no tiene luz propia, sino que recibe del sol su luz, su fuego y su fuerza vitalizadora. Isis era la imagen o la representante de las grandes obras de los sabios: la piedra filosofal, el elixir de la vida y la panacea universal.

Otros jeroglíficos que aparecen en relación con Isis no son menos curiosos que los ya descritos, pero resulta imposible enumerarlos a todos, porque los herméticos egipcios usaban indistintamente muchos símbolos. La diosa llevaba a menudo en la cabeza un sombrero hecho de ramas de ciprés, como muestra de duelo por su esposo muerto y también por la muerte física por la que tenían que pasar todas las criaturas para recibir una nueva vida en la posteridad o en una resurrección periódica. La cabeza de Isis a veces aparece adornada con una corona de oro o una guirnalda de hojas de olivo, como marcas evidentes de su soberanía como reina del mundo y señora de todo el universo. La corona de oro representa también la untuosidad aurífica o la grasitud sulfurosa del fuego solar y el vital que ella otorga a todos los individuos mediante la circulación constante de los elementos; esta circulación se simboliza con el cascabel musical que lleva en la mano. El sistro también es el símbolo yónico de la pureza.

Una serpiente entrelazada con las hojas de olivo que lleva en la cabeza y que devora su propia cola indica que aquella untuosidad aurífica estaba manchada con el veneno de la corrupción terrestre que la rodeaba y que había que mortificarla y purificarla mediante siete circula-

* Las citas de la Biblia están tomadas de la Biblia de Jerusalén de la Editorial Española Desclée de Brouwer, publicada en 1976. *(N. de la T.)*

ciones o purificaciones planetarias, llamadas «águilas flotantes» (en la terminología alquímica), para volverla medicinal y capaz de devolver la salud. (Aquí se reconocen las emanaciones del sol como una medicina que cura las enfermedades humanas.) Las siete circulaciones planetarias se representan mediante las circunvalaciones de la logia masónica, mediante la marcha de los sacerdotes judíos siete veces en torno a las murallas de Jericó y la de los sacerdotes musulmanes siete veces en torno a la Kaaba de La Meca. De la corona de oro salen tres cuernos de la abundancia, como símbolo de la gran cantidad de dones de la naturaleza que proceden de una sola raíz que tiene su origen en los cielos (la cabeza de Isis).

En esta figura, los naturalistas paganos representan todos los poderes vitales de los tres reinos y familias de tipo sublunar: el mineral, el vegetal y el animal. (El hombre se considera animal.) En una de sus orejas estaba la luna y en la otra, el sol, para indicar que estos dos eran los principios agente y paciente, o padre y madre, de todos los objetos naturales y que Isis, o la Naturaleza, utiliza estos dos luminares para comunicar sus poderes a toda la familia de animales, vegetales y minerales. En la nuca tenía los caracteres de los planetas y los signos del Zodíaco que asistían a los planetas en sus funciones, lo cual significaba que las influencias celestiales dirigían los destinos de los principios y los espermas de todas las cosas, porque eran los que gobernaban todos los cuerpos sublunares, que transformaban en pequeños mundos hechos a imagen y semejanza del gran universo.

Isis sostiene en la mano derecha un pequeño velero, cuyo mástil es el huso de una rueca. De la parte superior del mástil sale una jarra de agua, cuya asa tiene la forma de una serpiente hinchada de veneno, para indicar que Isis conduce la barca de la vida, llena de dificultades y desgracias, por el océano tormentoso del Tiempo. El huso simboliza el hecho de que ella hila y corta el hilo de la Vida. Estos emblemas significan, además, que en Isis abunda la humedad, con la cual nutre todos los cuerpos naturales y los preserva del calor del sol, humedeciéndolos con la humedad nutritiva de la atmósfera. La humedad favorece la vegetación, pero aquella humedad sutil (el éter de la vida) siempre está más o menos contaminada por algún veneno procedente de la corrupción o la descomposición y, para purificarla, hay que ponerla en contacto con el invisible fuego limpiador de la naturaleza, que la digiere, perfecciona y revitaliza, para convertirla en una panacea universal que cure y renueve todos los cuerpos de la naturaleza.

La serpiente muda de piel todos los años y de este modo se renueva: es el símbolo de la resurrección de la vida espiritual a partir de la naturaleza material. Esta renovación de la tierra tiene lugar todas las primaveras, cuando el espíritu vivificador del sol vuelve a los países del hemisferio norte.

La Virgen simbólica lleva en la mano izquierda un sistro y un címbalo, o una estructura de metal cuadrada que, cuando se golpea, emite la nota de la naturaleza (el fa); a veces también una rama de olivo, para indicar la armonía que mantiene entre los objetos naturales con su poder regenerador. Mediante los procesos de la muerte y la corrupción, da vida a un montón de criaturas de diversas formas durante períodos de cambio perpetuo. El címbalo se hace cuadrado, en lugar de tener la forma triangular habitual, para simbolizar que todas las cosas se transmutan y se regeneran según la armonía de los cuatro elementos.

El doctor Sigismund Bacstrom creía que si un médico podía establecer armonía entre los elementos de la tierra, el fuego, el aire y el agua, y podía unirlos en una piedra —la piedra filosofal, simbolizada por la estrella de seis puntas o por los dos triángulos entrelazados—, dispondría de los medios para curar todas las enfermedades. El doctor Bacstrom afirmaba, además, que a él no le cabía la menor duda de que el fuego (el espíritu) universal y omnipresente de la naturaleza «lo hace todo y lo es todo en todo». Por atracción, repulsión, movimiento, calor, sublimación, evaporación, desecación, condensación, coagulación y fijación, el fuego (el espíritu) universal manipula la materia y se manifiesta en toda la creación. Cualquier individuo que comprenda estos principios y los adapte a los tres departamentos de la naturaleza se convierte en un verdadero filósofo.

Del pecho derecho de Isis salía un racimo de uvas y del izquierdo, una espiga de maíz o una gavilla de trigo, de color dorado, que indican que la naturaleza es la fuente de nutrición para la vida vegetal, animal y humana y que de ella se nutren todas las cosas. El color dorado del trigo (o el maíz) indica que en el oro espiritual o el de la luz solar se esconde el primer esperma de toda la vida.

En la faja que rodea la parte superior del cuerpo de la estatua aparecen una cantidad de emblemas misteriosos. La faja se une por delante mediante cuatro placas doradas (los elementos), dispuestas en forma de un cuadrado. Esto significaba que Isis, o la Naturaleza, la primera materia (en terminología alquímica), era la esencia de los cuatro elementos (vida, luz, calor y fuerza), cuya quintaesencia generaba todas

las cosas. En esta faja se representan numerosas estrellas, lo cual indica su influencia en la oscuridad, así como la influencia del sol en la luz. Isis es la Virgen inmortalizada en la constelación de Virgo, donde está situada la Madre del Mundo con la serpiente bajo los pies y una corona de estrellas en la cabeza. Lleva en los brazos una gavilla de cereales y a veces a una joven divinidad solar.

La estatua de Isis se colocaba en un pedestal de piedra oscura adornado con cabezas de carneros y sus pies se apoyaban sobre un montón de reptiles venenosos. Esto indica que la Naturaleza tiene poder para liberar de la acidez o la salinidad a todos los corrosivos y para superar todas las impurezas de la corrupción terrenal que se adhieran a los cuerpos. Las cabezas de carneros indican que el momento más auspicioso para generar vida es el período durante el cual el sol pasa por el signo de Aries. Las serpientes bajo los pies indican que la Naturaleza tiende a preservar la vida y a curar la enfermedad expulsando las impurezas y la corrupción.

En este sentido se verifican los axiomas conocidos por los filósofos antiguos; a saber:

> La Naturaleza contiene a la Naturaleza;
> la Naturaleza se regocija de su propia naturaleza;
> la Naturaleza supera a la Naturaleza;
> la Naturaleza no se puede corregir, si no es por su propia naturaleza.

Por consiguiente, al contemplar la estatua de Isis, no debemos perder de vista el sentido oculto de sus alegorías; de lo contrario, la Virgen sigue siendo un enigma inexplicable.

De un aro de oro que lleva en el brazo izquierdo desciende una línea en cuyo extremo hay suspendida una caja profunda llena de carbones encendidos e incienso. Isis, o la Naturaleza personificada, lleva consigo el fuego sagrado, preservado religiosamente, que las vestales mantienen encendido en un templo especial. Este fuego es la llama auténtica e inmortal de la Naturaleza: etérea, esencial, la autora de la vida. El aceite inagotable, el bálsamo de la vida, tan alabado por los sabios y del que tanto se habla en las Escrituras, se representa a menudo como el combustible de esta llama inmortal.

Del brazo derecho de la figura desciende también un hilo, en cuyo extremo se sujeta una balanza, para indicar la exactitud de la Naturaleza en sus pesos y medidas. A menudo se representa a Isis como símbolo de la Justicia, porque la Naturaleza siempre es constante.

La Virgen del Mundo aparece a veces de pie entre dos grandes columnas —la Jachin y la Boaz de la masonería—, que simbolizan el hecho de que la Naturaleza alcanza la productividad mediante la polaridad. Como la sabiduría personificada, Isis se yergue entre los pilares de los opuestos, demostrando así que el entendimiento siempre se encuentra en el punto de equilibrio y que la verdad a menudo está crucificada entre los dos ladrones aparentemente contradictorios.

El brillo dorado de su cabello oscuro indica que, a pesar de ser lunar, debe su poder a los rayos del sol, de los cuales obtiene su tez rubicunda. Así como la luna está envuelta en la luz reflejada del sol, Isis, como la virgen de la Revelación, está ataviada con el esplendor de la luminosidad solar. Apuleyo afirma que, mientras dormía, vio surgir del océano a la venerable diosa Isis. Los antiguos se daban cuenta de que las formas primarias de vida procedían del agua y la ciencia moderna opina lo mismo. En la descripción que hace de la vida primitiva sobre la tierra en su *Esquema de la historia*, H. G. Wells afirma lo siguiente: «Sin embargo, aunque el océano y el agua intermareal ya estaban llenos de vida, la tierra por encima de la línea de la marea alta seguía siendo, por lo que podemos suponer, un páramo pedregoso, sin ningún rastro de vida». En el capítulo siguiente añade: «Dondequiera que hubiese costa, había vida y aquella vida continuaba dentro del agua, junto a ella y con ella como hogar, como medio y como necesidad fundamental». Los antiguos creían que el esperma universal procedía del vapor cálido, húmedo pero abrasador. La Isis velada, cuyas meras coberturas representan el vapor, es un símbolo de aquella humedad, que es la portadora o el vehículo de la vida espermática del sol, representada por el niño que sostiene en sus brazos. Puesto que el sol, la luna y las estrellas, al ponerse, dan la impresión de hundirse en el mar y también porque el agua recibe sus rayos en sí misma, se creía que el mar era el caldo de cultivo del esperma de las cosas vivas. El esperma nace de la combinación de las influencias de los cuerpos celestes; por eso, algunas veces se representa a Isis embarazada.

La estatua de Isis a menudo iba acompañada por la figura de un gran buey blanco y negro, que representa a Osiris como Tauro, el toro del Zodíaco, o Apis, un animal consagrado a Osiris, por sus marcas y sus colores peculiares. Entre los egipcios, el toro era una bestia de carga; por consiguiente, la presencia del animal servía para recordar las labores que con paciencia realizaba la Naturaleza para que todas las criaturas tuvieran vida y salud. Harpócrates, el dios del silencio, que se llevaba los dedos a la boca, acompañaba muchas veces a la estatua de Isis.

Nos advierte que ocultemos los secretos de los sabios a aquellos que no son dignos de conocerlos.

Los druidas de Britania y la Galia tenían un profundo conocimiento de los misterios de Isis y la adoraban bajo el símbolo de la luna. Para Godfrey Higgins es un error considerar a Isis como sinónimo de la luna. La luna fue elegida para Isis por su dominio sobre el agua. Para los druidas, el sol era el padre y la luna la madre de todas las cosas y mediante estos símbolos adoraban a la naturaleza universal.

La figura de Isis se utiliza a veces para representar las artes ocultas y mágicas, como la nigromancia, la invocación, la hechicería y la taumaturgia. En uno de los mitos relacionados con ella, dicen que Isis había conjurado al dios invencible de las Eternidades, Ra, para que le revelara su nombre secreto y sagrado y que él se lo dijo. Aquel nombre equivale a la Palabra Perdida de la masonería, mediante la cual cualquier mago puede obligar a las divinidades invisibles y superiores a obedecerlo. Los sacerdotes de Isis llegaron a ser expertos en el uso de las fuerzas invisibles de la Naturaleza. Conocieron el hipnotismo, el mesmerismo y otras prácticas similares mucho antes de que el mundo moderno soñara con su existencia.

Plutarco describe los requisitos de los seguidores de Isis con estas palabras: «Porque, así como no es la longitud de la barba ni la tosquedad del hábito lo que constituye un filósofo, tampoco el afeitado frecuente ni el mero hecho de llevar vestiduras de hilo convierten a uno en devoto de Isis; por el contrario, solo podrá ser un fiel servidor o seguidor de esta diosa quien, después de escuchar y de familiarizarse como corresponde con la historia de los actos de estos dioses, indague en las verdades ocultas que están escondidas tras ellos y lo analice todo según los dictados de la razón y la filosofía».

Durante la Edad Media, los trovadores de Europa Central preservaron en canciones las leyendas de esta diosa egipcia y compusieron sonetos a la mujer más hermosa del mundo. Aunque pocos llegaron a descubrir su identidad, ella era Sophia, la Virgen de la Sabiduría, a la que todos los filósofos del mundo habrían cortejado. Isis representa el misterio de la maternidad, que, para los antiguos, era la prueba más evidente de la sabiduría omnisciente de la Naturaleza y del poder dominante de Dios. En la actualidad, para la persona que busca la verdad es el arquetipo de lo Gran Desconocido y solo quienes le quiten el velo serán capaces de resolver los misterios de la vida, la muerte, la generación y la regeneración.

La momificación de los muertos egipcios

En sus comentarios sobre la *Eneida* de Virgilio, Servio observa que «los egipcios, como eran sabios, embalsamaban los cadáveres y los depositaban en catacumbas para poder mantener el alma durante mucho tiempo en contacto con el cuerpo, para que no se alejara enseguida; en cambio, los romanos, con el propósito opuesto, despositaban los restos de sus muertos en una pira funeraria, con la intención de devolver de inmediato la chispa vital al elemento general o a su naturaleza prístina». (Cita tomada de *An Analysis of the Egyptian Mythology* de Prichard.)

No disponemos de documentos completos que traten de la doctrina secreta de los egipcios con respecto a la relación entre el espíritu, o conciencia, y el cuerpo habitado. Resulta razonablemente cierto, no obstante, que Pitágoras, que había sido iniciado en los templos egipcios, al promulgar la doctrina de la metempsicosis, reformuló, al menos en parte, las enseñanzas de los iniciados egipcios. La suposición popular de que los egipcios momificaban a sus muertos para conservar la forma para una resurrección física es insostenible a la luz de los nuevos conocimientos con respecto a su filosofía de la muerte. En el cuarto libro de *Sobre la abstinencia*, Porfirio describe la costumbre egipcia de purificar a los muertos mediante la extracción del contenido de la cavidad abdominal —lo colocaban en un arcón aparte— y a continuación reproduce la siguiente oración, que ha sido traducida de la lengua egipcia por Eufanto: «Oh, Sol soberano y todos vosotros, dioses, que dais vida a los hombres, recibidme y llevadme a convivir con los dioses eternos, porque siempre, mientras he vivido en esta época, he adorado piadosamente a las divinidades que me indicaron mis padres y asimismo siempre he honrado a los que engendraron mi cuerpo. Y, con respecto a los demás hombres, jamás he dado muerte a ninguno ni he estafado a nadie que me hubiese entregado algo ni he cometido ninguna otra atrocidad. Por consiguiente, si a lo largo de mi vida he actuado de forma errónea —he comido o bebido cosas que la ley prohíbe comer o beber—, no he errado por mí mismo, sino a través de estos», y señalaba el cofre que contenía las vísceras. La extirpación de los órganos identificados como sedes de los apetitos se consideraba equivalente a purificar el cuerpo de sus influencias perniciosas.

Los cristianos primitivos interpretaban sus Escrituras tan al pie de la letra que preservaban los cuerpos de sus muertos introduciéndolos en agua salada, para que, el día de la resurrección, el espíritu del difun-

to pudiera volver a entrar en un cuerpo completo y perfectamente conservado. Convencidos de que las incisiones necesarias para el proceso de embalsamamiento y la extracción de los órganos internos impedirían que el espíritu regresara a su cuerpo, los cristianos enterraban a sus muertos sin recurrir a los métodos de momificación más complejos utilizados por los egipcios.

En su obra *Egyptian Magic*, S. S. D. D. aventura la siguiente hipótesis sobre las finalidades esotéricas de la práctica de la momificación: «Tenemos motivos para suponer que solo momificaban a aquellos que habían recibido algún grado de iniciación, porque no cabe duda de que, para los egipcios, la momificación en realidad impedía la reencarnación. La reencarnación era necesaria para las almas imperfectas, para aquellos que no habían conseguido superar las pruebas de iniciación; en cambio, los que contaban con la voluntad y la capacidad para ingresar en el *adytum* por lo general no necesitaban la liberación del alma que dicen que se producía con la destrucción del cuerpo. Por consiguiente, el cuerpo del iniciado se preservaba después de la muerte como una especie de talismán o base material para la manifestación del alma sobre la tierra».

Al principio, la momificación se limitaba al faraón y a aquellas otras personas de rango real que se suponían partícipes de los atributos del gran Osiris, el divino rey momificado del infierno egipcio.

IX

El Sol, una divinidad universal

La adoración del sol era una de las formas de manifestación religiosa más primitivas y naturales. Las complejas teologías modernas no son más que complicaciones y ampliaciones de aquella sencilla creencia original. La mente primitiva reconocía el poder benefactor de la esfera solar y la adoraba como representante de la Divinidad Suprema. Con respecto al origen del culto al sol, Albert Pike hace la siguiente breve exposición en su *Moral y dogma del rito escocés antiguo y aceptado*: «Para ellos [los pueblos aborígenes], [el sol] era el fuego innato de los cuerpos, el fuego de la naturaleza; autor de la vida, el calor y la ignición, era para ellos la causa eficiente de toda generación, porque, sin él, no había movimiento, existencia ni forma. Para ellos era inmenso, indivisible, imperecedero y omnipresente. Todos los hombres sentían la necesidad de la luz y de su energía creativa y a nada temían más que a su ausencia. Por sus influencias benéficas, lo identificaban con el principio del Bien, de modo que el Brahma de los hindúes, el Mitra de los persas, el Atón, Amón, Ptah y Osiris de los egipcios, el Bel caldeo, el Adonai fenicio, el Adonis y el Apolo de los griegos llegaron a ser personificaciones del Sol, el principio regenerador, la imagen de la fecundidad que perpetúa y rejuvenece la existencia del mundo».

En todas las naciones de la Antigüedad se dedicaban altares, montículos y templos al culto a la esfera del día. Todavía se conservan ruinas de aquellos lugares sagrados, entre las que destacan las pirámides de Yucatán y las de Egipto, los montículos de la serpiente de los indios americanos, los zigurat de Babilonia y Caldea, las torres redondas de Irlanda y los inmensos círculos de piedras en bruto de Gran Bretaña y



DE *INDIAN ANTIQUITIES* DE MAURICE

EL GLOBO ALADO DE EGIPTO
Este símbolo, que aparece sobre los pilonos o las puertas de muchos palacios y templos egipcios, es el emblema de las tres personas de la trinidad egipcia. Las alas, las serpientes y la esfera solar son las insignias de Amón, Ra y Osiris.

Normandía. La Torre de Babel, que, según las Escrituras, se construyó para que el hombre pudiera llegar hasta Dios, fue, probablemente, un observatorio astronómico.

Muchos de los primeros sacerdotes y profetas, tanto paganos como cristianos, eran versados en astronomía y astrología y sus escritos se entienden mejor cuando se leen a la luz de estas ciencias antiguas. Al aumentar el conocimiento del hombre sobre la constitución y la periodicidad de los cuerpos celestes, se introdujeron en sus sistemas religiosos los principios y la terminología astronómicos. Se adjudicaron tronos planetarios a los dioses tutelares y los cuerpos celestes recibieron los nombres de las divinidades que se les asignaban. Las estrellas fijas se dividieron en constelaciones, a través de las cuales deambulaban el sol y sus planetas; estos, con los satélites que los acompañaban.

La trinidad solar

Al sol, como supremo cuerpo celeste visible para los astrónomos de la Antigüedad, se le asignó la máxima divinidad, con lo cual se convirtió en símbolo de la autoridad suprema del propio creador. De la profunda consideración filosófica de los poderes y los principios del sol procede el concepto de la Trinidad, tal como la comprendemos en el mundo actual. El principio de una divinidad trina no es exclusivo de la teología cristiana ni de la mosaica, sino que constituye una parte notoria del dogma de las principales religiones, tanto antiguas como modernas. Los persas, los hindúes, los babilonios y los egipcios tenían sus propias trinidades, que, en todos los casos, representaban las tres formas de la inteligencia suprema. En la masonería moderna, la divinidad se simboliza mediante un triángulo equilátero, cuyos tres lados representan las manifestaciones primarias del Uno Eterno, que es Él mismo representado

como una llama diminuta, que los hebreos llaman *yod* (*). Jakob Böhme, el místico teutón, llama a la trinidad «los tres testigos» mediante los cuales el universo visible y tangible puede conocer lo invisible.

El origen de la trinidad resulta evidente para quien observe las manifestaciones cotidianas del sol, cuya esfera, que es el símbolo de la Luz, presenta tres fases diferenciadas: la salida, el mediodía y la puesta. Por consiguiente, los filósofos dividían la vida de todas las cosas en tres partes distintas: el crecimiento, la madurez y la decadencia. Entre el crepúsculo matutino y el vespertino está el esplendor resplandeciente del mediodía. Dios Padre, el creador del mundo, se simboliza en el amanecer. Su color es azul, porque el sol que sale por la mañana está velado por una niebla azul. Dios Hijo, el iluminador enviado para dar testimonio de su Padre ante todos los mundos, es el globo celeste a mediodía, radiante y magnífico, el león de Judá con su melena, el salvador del mundo de dorada cabellera. El amarillo es Su color y Su poder no tiene fin. Dios Espíritu Santo es la fase del ocaso, cuando la esfera del día, envuelta en un rojo encendido, descansa por un instante sobre la línea del horizonte, antes de desvanecerse en la oscuridad de la noche para vagar por los mundos inferiores y después volver a salir, triunfal, del abrazo de la oscuridad.

Para los egipcios, el sol era el símbolo de la inmortalidad, porque, si bien moría todas las noches, volvía a levantarse otra vez al día siguiente. El sol no solo tiene esta actividad diurna, sino que, además, tiene su peregrinación anual, durante la cual pasa sucesivamente por las doce casas celestes del firmamento y en cada una permanece treinta días. A esto hay que añadir que tiene una tercera trayectoria, la llamada «precesión de los equinoccios», por la cual retrocede en el Zodíaco, pasando por los doce signos a razón de un grado cada setenta y dos años.

Con respecto al paso anual del sol por las doce casas celestes, Robert Hewitt Brown, del grado 32, sostiene lo siguiente: «Mientras iba siguiendo su camino entre aquellas "criaturas vivas" del Zodíaco, se decía —en lenguaje alegórico— que el Sol asumía la naturaleza del signo en el que entraba o, de lo contrario, que lo derrotaba. Por consiguiente, el sol se convertía en toro en Tauro y era adorado como tal por los egipcios, con el nombre de Apis, y por los asirios con el de Bel, Baal o Bul. En Leo, el sol se transformaba en asesino de leones, Hércules, y en arquero en Sagitario: en Piscis, era pez: Dagon o Vishnu, el dios-pez de los filisteos y los hindúes».

Mediante un análisis exhaustivo de los sistemas religiosos del paganismo se descubren muchas pruebas de que sus sacerdotes servían a la

energía solar y que su Divinidad Suprema era, en todos los casos, aquella Luz Divina personificada. Después de investigar durante treinta años sobre el origen de las creencias religiosas, Godfrey Higgins opina lo siguiente: «Todos los dioses de la Antigüedad se descomponían a sí mismos en el fuego solar, a veces como el mismo dios y otras veces como emblema, o *shejiná*, de aquel principio superior, conocido con el nombre de Ser o Dios creativo».

En muchas de sus ceremonias, los sacerdotes egipcios se vestían con pieles de león, que eran símbolos de la esfera solar, porque el sol es ensalzado, se le dignifica y ocupa un lugar privilegiado en la constelación de Leo, que él rige y que en otro tiempo fue la piedra angular del arco celeste. Una vez más, Hércules es la divinidad solar, porque este poderoso cazador, al cumplir sus doce trabajos —lo mismo que el sol cuando atraviesa las doce casas del Zodíaco—, cumple durante su peregrinación doce trabajos esenciales y benéficos para la raza humana y para la naturaleza en general. Hércules, como los sacerdotes egipcios, llevaba como faja la piel de un león. Sansón, el héroe hebreo, es también —como su nombre implica— una divinidad solar. Su combate con el león nubio, sus batallas contra los filisteos, que representan los poderes de la oscuridad, y su memorable hazaña de arrancar las puertas de Gaza hacen referencia a aspectos de la actividad solar. Muchos de los pueblos antiguos tenían más de una divinidad solar; de hecho, se suponía que todos los dioses eran partícipes, al menos en parte, del fulgor del sol.

Los ornamentos dorados que utiliza la clase sacerdotal de las distintas religiones del mundo son, una vez más, una referencia sutil a la energía solar, como lo son también las coronas de los reyes. En tiempos antiguos, las coronas tenían una cantidad de puntas que se extendían hacia fuera como los rayos del sol, pero el convencionalismo moderno ha suprimido en muchos casos las puntas o, de lo contrario, las ha doblado hacia dentro, las ha reunido y ha colocado una esfera o una cruz en el punto en el que se encuentran. Muchos de los antiguos profetas, filósofos y dignatarios llevaban un cetro, en cuya parte superior había una representación del globo solar, del que emanaban rayos. Todos los reinos de la tierra no eran más que copias de los reinos del cielo y lo que mejor simbolizaba los reinos del cielo era el reino solar, en el cual el sol era el señor supremo; los planetas, sus consejeros, y toda la naturaleza, los súbditos de su imperio.

Muchas divinidades se han asociado con el sol. Los griegos creían que Apolo, Baco, Dioniso, Sabazios, Hércules, Jasón, Ulises, Zeus, Ura-

no y Vulcano compartían los atributos visibles o invisibles del sol. Para los noruegos, Balder el Hermoso era una divinidad solar y Odín se relaciona a menudo con la esfera celeste, sobre todo por su único ojo. Entre los egipcios, Osiris, Ra, Anubis, Hermes y hasta el misterioso Amón tenían puntos de semejanza con el disco solar. Isis era la madre del sol y hasta Tifón, el Destructor, se suponía que era una forma de energía solar. El mito del sol egipcio se centró finalmente en torno a la persona de una divinidad misteriosa llamada Serapis. Las dos divinidades de América Central, Tezcatlipoca y Quetzalcóatl, si bien a menudo se asocian con los vientos, eran también, sin duda, divinidades solares.

En la masonería, el sol tiene muchos símbolos. Una manifestación de la energía solar es Salomón (en inglés, *Solomon*), cuyo nombre, Sol-Om-On, es el nombre de la Luz Suprema en tres idiomas distintos. Juram Abí, el CJuram (Juram) de los caldeos, también es una divinidad solar y en el capítulo titulado «La leyenda de Juram» el lector encontrará la historia de cómo lo atacaron y lo asesinaron los rufianes, con su interpretación solar. El doctor en Teología George Oliver, en su *Dictionary of Symbolical Masonry*, ofrece un ejemplo sorprendente de la importancia del sol en los símbolos y los rituales de la masonería:

«El sol sale por el Este y el Este es el lugar del Maestro Venerable. Como el sol es la fuente de toda luz y calor, el Maestro Venerable tiene que dar vida y calor a sus hermanos para que trabajen. Para los antiguos egipcios, el sol era el símbolo de la divina providencia.» Los hierofantes de los Misterios se adornaban con muchos símbolos que representaban el poder solar. Los soles bordados en oro que aparecen en la parte posterior de las vestiduras del clero católico significan que el sacerdote también es un emisario y un representante del *Sol Invictus*.

El cristianismo y el sol

Por motivos que para ellos resultaban, sin duda, suficientes, a los cronistas de la vida y los actos de Jesús les pareció conveniente convertirlo en una divinidad solar. El Jesús histórico fue olvidado y casi todos los episodios destacados que se registran en los cuatro Evangelios están relacionados con los movimientos, las fases o las funciones de los cuerpos celestes.

Entre otras alegorías que el cristianismo tomó prestadas de la Antigüedad pagana figura la historia del hermoso dios del sol de ojos azules,

cuyo cabello dorado le cae sobre los hombros, vestido de la cabeza a los pies de blanco inmaculado y con el cordero de Dios en los brazos, como símbolo del equinoccio vernal. Este joven bien parecido es una mezcla de Apolo, Osiris, Orfeo, Mitra y Baco, porque tiene determinadas características en común con cada una de estas divinidades paganas.

Los filósofos de Grecia y Egipto dividían la vida del sol durante el año en cuatro partes, con lo cual representaban al Hombre Solar con cuatro figuras diferentes. Cuando nacía en el solsticio de invierno, la divinidad solar se representaba como un niño dependiente que, de alguna manera misteriosa, había logrado escapar de los poderes de la oscuridad que pretendían destruirlo mientras aún estaba en la cuna del invierno. El sol, débil durante esta estación del año, no tenía rayos (ni rizos) dorados, pero la supervivencia de la luz durante la oscuridad del invierno se simbolizaba mediante un pelo diminuto que, en solitario, adornaba la cabeza del niño celestial. (Como el nacimiento del sol tenía lugar en Capricornio, a menudo se lo representaba amamantado por una cabra.)

En el equinoccio vernal, el sol se había convertido en un hermoso joven. Su cabello dorado le colgaba en rizos sobre los hombros y su luz, como decía Schiller, se extendía por todo el infinito. En el solsticio de verano, el sol se convertía en un hombre fuerte y con mucha barba, que, en la flor de la madurez, simbolizaba el hecho de que la naturaleza, en aquella época del año, se encuentra en su momento más fuerte y más fecundo. En el equinoccio de otoño, se representaba el sol como un anciano que avanzaba arrastrando los pies, con la espalda encorvada y los rizos encanecidos, hacia el olvido de la oscuridad invernal. De tal modo se asignaban al sol doce meses de vida. Durante este período, daba vueltas a los doce signos del Zodíaco en una magnífica marcha triunfal. Al llegar el otoño, ingresaba, como Sansón, en la casa de Dalila (Virgo), donde le cortaban los rayos y perdía la fuerza. En la masonería, los crueles meses de invierno se representan mediante tres asesinos que pretenden destruir al Dios de la Luz y la Verdad.

La llegada del sol era saludada con alegría; el momento de su partida se consideraba un período reservado a la tristeza y la desdicha. Esta esfera del día, gloriosa y resplandeciente, la verdadera luz «que ilumina a todos los hombres del mundo», el supremo benefactor que levantaba todas las cosas de entre los muertos, que daba de comer a las multitudes hambrientas, que apaciguaba la tempestad y que, después de morir, resucitaba y devolvía a todas las cosas a la vida..., este Espíritu Supremo del humanitarismo y la filantropía es conocido para el cristianismo

como Cristo, el Redentor de los mundos, el Hijo único del Padre, el Verbo hecho carne y la Esperanza de la Gloria.

El cumpleaños del Sol

Los paganos establecieron el 25 de diciembre como el día del cumpleaños del Hombre Solar. Lo celebraban, daban banquetes, se reunían en procesiones y hacían ofrendas en los templos. Se había acabado la oscuridad del invierno y el glorioso hijo de la luz regresaba al hemisferio norte. Con un último esfuerzo, el viejo Dios del Sol había derribado la casa de los filisteos (los espíritus de la oscuridad) y había despejado el camino para el nuevo sol que nacía aquel día de las profundidades de la tierra, en medio de las bestias simbólicas del mundo inferior.

En relación con aquella época de festejos, un anónimo doctor del Balliol College de Oxford, en su tratado erudito *On Mankind, Their Origin and Destiny*, dice lo siguiente: «Los romanos también tenían su fiesta solar y sus juegos en el circo en honor del nacimiento del dios del día. Tenía lugar el octavo día antes de las calendas de enero, es decir, el 25 de diciembre. Servio, en su comentario al verso 720 del séptimo libro de la *Eneida*, en el que Virgilio habla del nuevo sol, dice que, para ser exactos, el sol es nuevo el octavo día de las calendas de enero, es decir, el 25 de diciembre. En tiempos de León I (Leo. Serm. XXI, De Nativ. Dom. pág. 148), algunos de los Padres de la Iglesia decían que "lo que volvía venerable la fiesta (de Navidad) no era tanto el nacimiento de Jesucristo como el regreso y —ellos lo expresaban así— el nuevo nacimiento del sol". Era el mismo día en que se celebraba en Roma el nacimiento del Sol Invencible (Natalis solis invicti), como se puede ver en los calendarios romanos publicados durante el reinado de Constantino y el de Juliano (Himno al sol, pág. 155). El epíteto "Invictus" es el mismo que los persas daban al mismo dios, al que adoraban con el nombre de Mitra y al que hacían nacer en una gruta (Justin. Dial. cum Tryph, pág. 305), así como los cristianos lo representan naciendo en un establo, con el nombre de Cristo».

Con respecto a la fiesta católica de la Asunción y su analogía astronómica, el mismo autor añade lo siguiente: «Al cabo de ocho meses, cuando la divinidad solar, después de crecer, atraviesa el octavo signo, absorbe a la Virgen celestial en su trayectoria ardiente y ella desaparece en medio de los rayos luminosos y la gloria de su hijo. Este fenómeno,

que se produce todos los años alrededor de mediados de agosto, dio origen a una fiesta que sigue existiendo y en la cual se supone que la madre de Cristo deja de lado su vida terrenal, se asocia con la gloria de su hijo y es llevada a su lado, en los cielos. El calendario romano de Columella (Col. 1. II, cap. II, pág. 429) señala la muerte o la desaparición de Virgo en aquel período. El sol —dice— entra en Virgo el decimotercer día antes de las calendas de septiembre, que es cuando los católicos colocan la fiesta de la Asunción o el reencuentro de la Virgen con su hijo. Esta fiesta antes se llamaba "el Tránsito de María" (Beausobre, tomo I, pág. 350) y en la Biblioteca de los Padres (Bibl. Patr. vol. II, parte II, pág. 212) encontramos un relato del Tránsito de la Santísima Virgen. Los antiguos griegos y romanos fijan en ese día la asunción de Astrea, que es la misma virgen».

La madre virgen que da a luz a la divinidad solar y que el cristianismo ha preservado tan fielmente nos recuerda la inscripción relativa a su prototipo egipcio, Isis, que aparecía en el Templo de Sais: «El fruto que he engendrado es el Sol». Aunque los paganos primitivos asociaban a la Virgen con la luna, no cabe duda de que también comprendían su posición como constelación en los cielos, porque casi todos los pueblos de la Antigüedad la reconocen como la madre del sol y se daban cuenta de que, aunque no se podía atribuir aquel puesto a la luna, el signo de Virgo podía dar y de hecho daba a luz al sol de su costado el vigesimoquinto día de diciembre. San Alberto Magno afirma lo siguiente: «Sabemos que el signo de la Virgen celestial salía por encima del horizonte en el momento en que fijamos el nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo».

Algunos astrónomos árabes y persas daban a las tres estrellas que formaban el cinturón de la espada de Orión el nombre de «los tres Reyes Magos» que acudieron a rendir homenaje a la joven divinidad solar. El autor de *On Mankind, Their Origin and Destiny* aporta, además, la siguiente información: «En Cáncer, que había subido al meridiano a medianoche, están la constelación del Pesebre y la del Asno. Los antiguos la llamaban Praesepe Jovis. Al norte se ven las estrellas de la Osa, que los árabes llamaban Marta y María, y también el féretro de Lázaro». De este modo, el esoterismo del paganismo se encarnaba en el cristianismo, aunque se han perdido sus claves. La Iglesia cristiana sigue ciegamente las costumbres antiguas y, cuando se le pide una razón, brinda explicaciones superficiales e insatisfactorias, olvidando o pasando por alto el hecho indiscutido de que cada religión se basa en las doctrinas secretas de su predecesora.

Los tres soles



DE *THE HINDU PANTHEON* DE MOOR

SURYA, EL REGENTE DEL SOL
Moor describe esta figura con las siguientes palabras: «La pieza mide casi 23 centímetros de altura y representa al dios glorioso del día sujetando los atributos de Vishnu, sentado sobre una serpiente de siete cabezas; tira de su carro un caballo de siete cabezas, conducido por Arun, que no tiene piernas, una personificación del amanecer, o Aurora». (Véase *The Hindu Pantheon* de Moor.)

Para los sabios antiguos, la esfera solar, como la naturaleza humana, se dividía en tres cuerpos distintos. Según los místicos, en cada sistema solar hay tres soles, que son análogos a los tres centros de la vida que aparecen en la constitución de cada individuo. Los llaman «las tres luces»: el sol espiritual, el sol intelectual o sol del alma y el sol material (que actualmente se simboliza en la masonería mediante tres velas). El sol espiritual manifiesta el poder de Dios Padre; el sol intelectual o del alma irradia la vida de Dios Hijo, y el sol material es el vehículo por el cual se manifiesta el Dios Espíritu Santo. Los místicos dividían la naturaleza del hombre en tres partes distintas: espíritu, alma y cuerpo. Su cuerpo físico se manifestaba y se vitalizaba gracias al sol material; su naturaleza espiritual era iluminada por el sol espiritual, y su naturaleza intelectual era redimida por la verdadera luz de la gracia: el sol del alma. La alineación de estos tres globos en el cielo era una de las explicaciones que se ofrecían para el hecho peculiar de que las órbitas de los planetas no fueran circulares sino elípticas.

Para los sacerdotes paganos, el sistema solar siempre fue un Gran Hombre y basaban su analogía en estos tres centros de actividad procedentes de los tres centros principales de la vida que hay en el cuerpo humano: el cerebro, el corazón y el aparato reproductor. La Transfiguración de Jesús describe tres tabernáculos, de los cuales el mayor está en el centro (el corazón) y los dos pequeños a ambos lados (el cerebro y el aparato reproductor). Es posible que la hipótesis filosófica de la existencia de los tres soles se base en un fenómeno natural peculiar que se ha producido

muchas veces a lo largo de la historia. En el año 51 después de Cristo se vieron tres soles en el cielo al mismo tiempo y lo mismo ocurrió en el año 66. En el año 69 se vieron dos soles juntos. Según William Lilly, entre los años 1156 y 1648 se registraron veinte casos similares.

Los herméticos, que reconocían al sol como máximo benefactor del mundo material, creían en la existencia de un sol espiritual que se ocupaba de las necesidades de la parte invisible y divina de la Naturaleza, tanto humana como universal. Con respecto a este tema escribió el gran Paracelso: «Hay un sol terrenal, que es la causa de todo el calor, y todos los que son capaces de ver pueden ver el sol y los que son ciegos y no pueden verlo sienten su calor. Hay un sol eterno, que es la fuente de toda la sabiduría y los que tienen los sentidos espirituales despiertos a la vida verán este sol y serán conscientes de su existencia, pero aquellos que no han alcanzado la conciencia espiritual también pueden percibir su poder mediante una facultad interna, llamada intuición».

Algunos rosacruces eruditos han dado denominaciones especiales a estas tres fases del sol: llaman Vulcano al sol espiritual; al sol del alma y al intelectual los llaman Cristo y Lucifer, respectivamente, y al sol material, Jehová, como el demiurgo judío. En este caso, Lucifer representa la mente intelectual sin la iluminación de la mente espiritual; por consiguiente, es «la luz falsa». Al final, la luz falsa es vencida y redimida por la verdadera luz del alma, llamada «Segundo Logos» o «Cristo». Los procesos secretos mediante los cuales el intelecto de Lucifer se transmuta en el intelecto de Cristo constituyen uno de los grandes secretos de la alquimia y se representan mediante el proceso de convertir metales de baja ley en oro.

En el singular tratado *The Secret Symbols of The Rusicrucians*, Franz Hartmann define alquímicamente al sol como «El símbolo de la Sabiduría. El Centro del poder o el Corazón de las cosas. El Sol es un centro de energía y un depósito de poder. Cada ser vivo contiene en sí mismo un centro de vida, que puede crecer hasta convertirse en un Sol. En el corazón de los renovados, el poder divino, estimulado por la Luz del Logos, crece hasta convertirse en un Sol que ilumina su mente». En una nota, el mismo autor amplía su descripción y añade lo siguiente: «El sol terrestre es la imagen o el reflejo del sol celeste invisible; aquel se encuentra en el terreno del espíritu y este, en el de la materia, pero este recibe su poder de aquel».

En la mayoría de los casos, las religiones de la Antigüedad coinciden en que el sol material y visible era un reflector, más que el origen

del poder. A veces se lo representaba como un escudo que la divinidad solar —por ejemplo Frey, la divinidad solar escandinava— llevaba en el brazo. Aquel sol reflejaba la luz del sol espiritual invisible, que era la verdadera fuente de vida, luz y verdad. La naturaleza física del universo es receptiva: es un reino de efectos. Las causas invisibles de estos efectos corresponden al mundo espiritual. Por consiguiente, el mundo espiritual es la esfera de la causalidad; el mundo material es la esfera de los efectos, mientras que el mundo intelectual o del alma es la esfera de la mediación. Por eso, a Cristo, la personificación de la naturaleza intelectual superior y el alma, lo llaman «el Mediador», que, en virtud de Su puesto y Su poder, dice: «Nadie llega hasta mi Padre, si no es a través de mí».

Lo que es el sol para el sistema solar lo es el espíritu para el cuerpo del hombre, porque su naturaleza, sus órganos y sus funciones son como planetas alrededor de la vida central (o el sol) y viven de sus emanaciones. El poder solar en el hombre está dividido en tres partes que se denominan el triple espíritu humano del hombre. Dicen que estas tres naturalezas espirituales son radiantes y trascendentes y, unidas, forman lo divino en el hombre. La triple naturaleza inferior del hombre, compuesta por su organismo físico, su naturaleza emocional y sus facultades mentales, refleja la luz de aquella divinidad triple y la manifiesta en el mundo físico. Los tres cuerpos del hombre se simbolizan mediante un triángulo vertical y su triple naturaleza espiritual, mediante un triángulo invertido. A estos dos triángulos, unidos para formar una estrella de seis puntas, los judíos los llamaban «la estrella de David», «el sello de Salomón», y en la actualidad se conocen habitualmente como «la estrella de Sión». Estos triángulos simbolizan el universo espiritual y el material unidos para constituir la criatura humana, que es partícipe tanto de la naturaleza como de la divinidad. La naturaleza animal del hombre es partícipe de la tierra; la divina, de los cielos, y la humana, del mediador.

Los habitantes celestes del Sol

Los rosacruces y los Iluminados, al describir a los ángeles, los arcángeles y otras criaturas celestiales, declaraban que parecían pequeños soles, que eran centros de energía radiante rodeados de descargas de Fuerza Vril. De estas descargas de fuerza deriva la creencia popular de que los ángeles tienen alas. Estas alas son abanicos de luz semejantes a coronas.

por medio de los cuales las criaturas celestiales se impulsan a través de las esencias sutiles de los mundos superfísicos.

Los verdaderos místicos niegan de forma unánime la teoría de que los ángeles y los arcángeles tengan la forma humana con la que se los suele representar. Una figura humana sería absolutamente inútil en las sustancias etéreas a través de las cuales se manifiestan. Hace mucho que la ciencia debate la probabilidad de que haya habitantes en otros planetas. Las objeciones a esta idea se basan en el argumento de que, en el medio ambiente de Marte, Júpiter, Urano y Neptuno, no podrían existir criaturas con un organismo humano. Este argumento no tiene en cuenta la ley natural universal de adaptación al entorno. Los antiguos afirmaban que la vida era originaria del sol y que, bañado con la luz de la esfera solar, todo era capaz de absorber los elementos de la vida solar y posteriormente irradiarlos en forma de flora y fauna. Un concepto filosófico consideraba padre al sol y, a los planetas, embriones conectados aún con el cuerpo solar mediante cordones umbilicales etéreos que servían como canales para transmitir vida y nutrientes a los planetas.

Algunas órdenes secretas han enseñado que el sol estaba poblado por una raza de criaturas con cuerpos compuestos por un éter radiante y espiritual, con una constitución no demasiado diferente de la de la bola encendida del propio sol. El calor del sol no producía en ellas efectos perniciosos, porque sus organismos eran bastante refinados y estaban sensibilizados para armonizar con la tremenda velocidad de vibración del sol. Estas criaturas parecen soles en miniatura y son un poco más grandes que un plato llano, aunque algunas de las más poderosas son mucho más grandes. Su color es la luz blanca dorada del sol, del cual irradian cuatro descargas de Vril. Estas descargas suelen ser muy largas y están en movimiento constante. Se observa una palpitación peculiar por toda la estructura del globo y se comunica en forma de ondas con las descargas que salen. La más grande y más luminosa de estas esferas es el Arcángel Miguel y a todo el orden de la vida solar, que se le parece y vive sobre el sol, los cristianos modernos lo llaman «los arcángeles» o «los espíritus de la luz».

El sol en la simbología alquímica

El oro es el metal del sol y muchos lo consideran la luz del sol cristalizada. Cuando se lo menciona en los tratados alquímicos, puede ser tanto

el metal en sí como la esfera celeste, que es la fuente o el espíritu del oro. Por ser ardiente, el azufre también se asociaba con el sol.

Como el oro era el símbolo del espíritu y los metales de baja ley representaban la naturaleza inferior del hombre, a algunos alquimistas los llamaban «mineros» y los representaban con picos y palas, excavando la tierra en busca del metal precioso: aquellos rasgos de carácter más puros, enterrados en la vulgaridad de la materialidad y la ignorancia. El diamante escondido en el corazón del carbón negro ilustraba el mismo principio. Los Iluminados usaban una perla escondida en el caparazón de una ostra en el fondo del mar como símbolo de los poderes espirituales. De este modo, quien buscaba la verdad se convertía en un pescador de perlas: se sumergía en el mar de la ilusión material en busca del conocimiento, al que los iniciados llamaban «la perla inapreciable».

Cuando los alquimistas afirmaban que todos los objetos animados e inanimados del universo contenían las semillas del oro, querían decir que hasta los granos de arena poseían una naturaleza espiritual, porque el oro es el espíritu de todo. Con respecto a estas semillas de oro espiritual, tiene importancia el siguiente axioma rosacruz: «Toda semilla es inútil e impotente, a menos que se siembre en la matriz adecuada». Franz Hartmann comenta este axioma con las siguientes palabras esclarecedoras: «El alma no puede desarrollarse ni avanzar sin un cuerpo adecuado, porque es el cuerpo físico lo que le proporciona el material para su evolución». (Véase *In the Pronaos of the Temple of Wisdom*.)

La finalidad de la alquimia no era obtener algo de la nada, sino, más bien, fertilizar y nutrir la semilla que ya estaba presente. Sus procesos no creaban oro, en realidad, sino que hacían crecer y prosperar la omnipresente semilla del oro. Todo lo que existe tiene espíritu —la semilla de la divinidad en sí misma— y la regeneración no es el proceso de tratar de poner algo donde antes no estaba, sino que en realidad significa la revelación de la divinidad omnipresente en el hombre y que esta divinidad brille como un sol e ilumine todo y a todos los que entren en contacto con él.

El sol de medianoche

Apuleyo describía su propia iniciación (*vide ante*) con estas palabras: «A medianoche vi brillar el sol con una luz espléndida». El sol de mediano-

che también formaba parte del misterio de la alquimia. Simbolizaba el espíritu del hombre brillando a través de la oscuridad de sus organismos humanos. También hacía referencia al sol espiritual del sistema solar, que los místicos podían ver tan bien a medianoche como a mediodía, porque la tierra material no podía bloquear los rayos de aquella esfera divina. Según algunos, las luces misteriosas que iluminaban los templos de los Misterios egipcios durante las horas de la noche eran reflejos del sol espiritual, reunidos gracias a los poderes mágicos de los sacerdotes. Es muy posible que la extraña luz que «Yo soy el hombre» vio dieciséis kilómetros bajo la superficie de la tierra en la notable alegoría masónica titulada *Etidorhpa* (Afrodita al revés) fuese el misterioso sol de medianoche de los ritos antiguos.

Las concepciones primitivas con respecto a la guerra entre los principios del Bien y del Mal a menudo se basaban en la alternancia del día y la noche. Durante la Edad Media, la práctica de la magia negra se restringía a las horas de la noche y aquellos que servían al espíritu del Mal eran llamados «magos negros», mientras que los que servían al espíritu del Bien eran llamados «magos blancos». El blanco y el negro se asociaban, respectivamente, con el día y la noche y muchas veces se hace alusión al interminable conflicto entre la luz y la sombra en las mitologías de diversos pueblos.

El demonio egipcio, Tifón, se representaba en parte como cocodrilo y en parte como cerdo, porque estos animales son gordos y primitivos, tanto de aspecto como de temperamento. Desde que el mundo es mundo, los seres vivos han temido a la oscuridad y las pocas criaturas que la usan para encubrir lo que hacen por lo general se relacionaban con el espíritu del Mal. Por consiguiente, los gatos, los murciélagos, los sapos y los búhos se asocian con la brujería. En determinadas partes de Europa siguen creyendo que por la noche los magos negros se convierten en lobos y van por ahí destruyendo cosas. De este concepto surgieron las historias de los hombres lobo. Las serpientes, porque vivían en la tierra, se asociaban con el espíritu de la oscuridad. Como la batalla entre el Bien y el Mal gira en torno al uso de las fuerzas generadoras de la Naturaleza, las serpientes aladas representan la regeneración de la naturaleza animal del hombre o a aquellos Grandes que se han regenerado por completo. Entre los egipcios, a menudo se veían los rayos del sol acabados en manos humanas. Los masones encontrarán una relación entre aquellas manos y la conocida garra del león que levanta todas las cosas hacia la vida.

Los colores solares

La teoría, sostenida durante tanto tiempo, de los tres colores primarios y los cuatro secundarios es puramente exotérica, porque desde los tiempos más remotos se sabe que los colores primarios son siete, en lugar de tres, aunque el ojo humano solo es capaz de apreciar tres de ellos. Por consiguiente, aunque se puede hacer el verde mediante la combinación del azul y el amarillo, también hay un verde auténtico o primario que no es compuesto. Para demostrarlo, hay que descomponer el espectro con un prisma. Helmholtz descubrió que los llamados colores secundarios del espectro no se podían descomponer en sus supuestos colores primarios; es decir que, si se pasaba el anaranjado del espectro por un segundo prisma, no se descomponía en rojo y amarillo, sino que seguía siendo anaranjado.

La conciencia, la inteligencia y la fuerza se simbolizan, adecuadamente, mediante el azul, el amarillo y el rojo. Los efectos terapéuticos de los colores, asimismo, armonizan con este concepto, porque el azul es un color eléctrico, agradable y sedante; el amarillo es un color vitalizador y perfeccionador, y el rojo es un color agitador, que da calor. También se ha demostrado que los minerales y las plantas afectan la constitución humana según su color. Por ejemplo, una flor amarilla por lo general tiene un efecto medicinal que afecta la constitución de una manera similar a la luz amarilla o a la nota musical mi. Una flor anaranjada influirá de manera similar a la luz anaranjada y, por ser uno de los llamados colores secundarios, corresponde a la nota re o bien al acorde de do y mi.

Para los antiguos, el espíritu del hombre correspondía al color azul, la mente, al amarillo y el cuerpo, al rojo. Por consiguiente, el cielo es azul, la tierra es amarilla y el infierno, o inframundo, es rojo. La condición abrasadora del infierno simplemente simboliza la naturaleza de la esfera o el plano de fuerza que lo compone. En los Misterios griegos, la esfera irracional siempre se consideraba roja, porque representaba el estado en el cual la conciencia está esclavizada por las lujurias y las pasiones de la naturaleza inferior. En India, algunos de los dioses —por lo general, atributos de Vishnu— se representan con la piel azul para representar su constitución divina y supramundana. Según la filosofía esotérica, el azul es el color verdadero y sagrado del sol, mientras que el aparente tono anaranjado amarillento de esta esfera se debe a que sus rayos se sumergen en las sustancias del mundo ilusorio.

En el simbolismo original de la Iglesia cristiana, los colores tenían una importancia primordial y su uso se regía por normas preparadas con mucho cuidado. Sin embargo, desde la Edad Media, como los colores se han empleado con despreocupación, se han perdido sus significados emblemáticos más profundos. En su aspecto primario, el blanco o el plateado significaban la vida, la pureza, la inocencia, la alegría y la luz; el rojo, el sufrimiento y la muerte de Cristo y de Sus santos y también el amor divino, la sangre y la guerra o el sufrimiento; el azul, la esfera celeste y los estados de devoción y de meditación; el amarillo o el oro, la gloria, la fertilidad y la bondad; el verde, la fecundidad, la juventud y la prosperidad; el violeta, la humildad, el afecto profundo y la tristeza; el negro, la muerte, la destrucción y la humillación. En el arte de la Iglesia primitiva, los colores de las vestiduras y los ornamentos también revelaban si un santo había sido martirizado, así como el carácter de la obra que había realizado para merecer la canonización.

Además de los colores del espectro, existen gran cantidad de ondas cromáticas, algunas demasiado bajas y otras demasiado altas para ser registradas por el aparato óptico humano. Produce consternación comprobar la descomunal ignorancia humana con respecto a estas vistas del espacio abstracto. Así como en el pasado el hombre ha explorado continentes desconocidos, en el futuro, armado con implementos curiosos concebidos expresamente, explorará estos refugios apenas conocidos de la luz, el color, el sonido y la conciencia.

X

El Zodíaco y sus signos

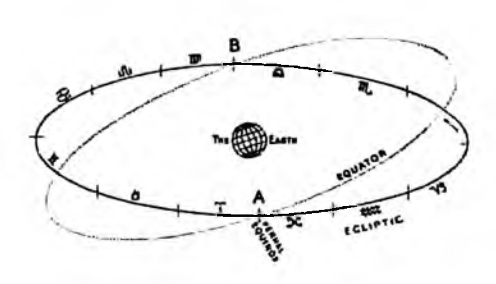
En este momento, nos cuesta hacernos una idea de las profundas consecuencias que habrá tenido en las religiones, las filosofías y las ciencias de la Antigüedad el estudio de los planetas, los luminares y las constelaciones. No en vano los Reyes Magos de Persia eran llamados «observadores de las estrellas» y se honraba a los egipcios con una denominación especial por su habilidad para calcular el poder y el movimiento de los cuerpos celestes y sus consecuencias sobre los destinos de las naciones y los individuos.

En todas las partes del mundo se han descubierto ruinas de observatorios astronómicos primitivos, si bien en muchos casos los arqueólogos actuales ignoran la verdadera finalidad para la cual se construyeron. Aunque los astrónomos antiguos no conocían el telescopio, hacían cálculos extraordinarios con instrumentos tallados en bloques de granito o hechos a base de machacar láminas de bronce y cobre. En India se siguen usando este tipo de instrumentos, que gozan de un alto grado de precisión. En Jaipur, en la región de Rajputana (India), sigue funcionando un observatorio que consiste, esencialmente, en inmensos relojes de sol de piedra. El famoso observatorio chino que hay en la muralla de Pekín contiene inmensos instrumentos de bronce e incluye un telescopio en forma de un tubo hueco, sin lentes.

Para los paganos, las estrellas eran objetos vivos que influían en el destino de las personas, las naciones y las razas. Que los primeros patriarcas judíos creían que los cuerpos celestes participaban en los asuntos de los hombres resulta evidente para cualquier estudioso de la literatura bíblica, como, por ejemplo, el Libro de los Jueces: «Desde los

cielos lucharon las estrellas. desde sus órbitas lucharon contra Sísara». Los caldeos, los fenicios, los egipcios, los persas, los hindúes y los chinos tenían zodíacos bastante parecidos. en términos generales, y distintos expertos han atribuido a cada una de estas naciones el mérito de ser la cuna de la astrología y la astronomía. Los indios de América Central y del Norte también conocían el Zodíaco, aunque los modelos y la cantidad de los signos diferían en muchos detalles de los de Oriente.

La palabra «zodíaco» deriva del griego ζωδιακός (*zodiakós*), que significa «círculo de animales» o, según creen algunos, «animalillos». Es el nombre que daban los antiguos astrónomos paganos a un conjunto de estrellas fijas, de unos dieciséis grados de ancho. que aparentemente rodeaban la tierra. Robert Hewitt Brown, del grado 32, afirma que la palabra griega *zodiakós* procede de *zo-on*, que significa «animal», y añade que «esta palabra se compone directamente de los primitivos radicales egipcios *zo*, "vida", y *on*, "ser"».



LOS EQUINOCCIOS Y LOS SOLSTICIOS
El plano del Zodiaco corta el ecuador celeste en un angulo aproximado de 23° 28'. Los dos puntos de intersección (A y B) se denominan «equinoccios».

Los griegos y, posteriormente, otros pueblos en los que tuvo influencia su cultura, dividían la zona del Zodíaco en doce sectores, cada uno de dieciséis grados de ancho y treinta grados de largo. Estas divisiones se llamaban «las casas del Zodíaco» y, durante su recorrido anual, el sol iba pasando, por turnos, por cada una de ellas. Se buscaron formas de criaturas imaginarias en los grupos de estrellas limitados por aquellos rectángulos y, como la mayoría de ellos tenían forma de animales —al menos en parte—, posteriormente se conocieron como las constelaciones, o los signos, del Zodíaco.

Según una teoría popular con respecto al origen de las criaturas zodiacales, fueron producto de la imaginación de los pastores, que, mientras vigilaban sus rebaños por la noche, entretenían la mente buscando formas de animales y de aves en los cielos. Esta teoría es insostenible, a menos que se entienda por «pastores» a los sacerdotes-pastores de la Antigüedad. Es poco probable que los signos del Zodíaco deriven de los grupos de estrellas que representan en la actualidad. Es mucho más probable que las criaturas asignadas a las doce casas simbolicen la cali-

dad y la intensidad del poder del sol mientras ocupa las distintas partes del cinturón zodiacal.

Sobre este tema, Richard Payne Knight escribe lo siguiente: «El significado emblemático que se atribuía a ciertos animales no era más que la generalización de alguna característica determinada y, por consiguiente, algo que la mente puede inventar o descubrir con facilidad; en cambio, las colecciones de estrellas que llevan el nombre de determinados animales no se parecen en absoluto a ellos y, por lo tanto, no se trata más que de meros signos convencionales adoptados para diferenciar ciertas porciones del cielo que, probablemente, estaban consagradas a los atributos personificados que representaba cada uno de ellos». (*The Symbolical Language of Ancient Art and Mythology*.)

Algunos expertos opinan que al principio el Zodíaco estaba dividido en diez casas, o mansiones solares, en lugar de doce. En la época primitiva, había dos métodos distintos —uno solar y el otro lunar— para calcular los meses, los años y las estaciones. El año solar estaba compuesto por diez meses de treinta y seis días cada uno y cinco días más, consagrados a los dioses. El año lunar estaba compuesto por trece meses de veintiocho días cada uno y sobraba un día. El zodíaco solar de aquella época estaba compuesto por diez casas de treinta y seis grados cada una.

Los seis primeros signos del Zodíaco de doce se consideraban benéficos, porque el sol los ocupaba mientras atravesaba el hemisferio norte, y representaban los seis mil años durante los cuales, según los persas, Ahura-Mazda gobernó su universo en paz y armonía. Los seis siguientes se consideraban malignos, porque mientras el sol recorría el hemisferio sur era invierno para los griegos, los egipcios y los persas. Por consiguiente, aquellos seis meses simbolizaban los seis mil años de pobreza y sufrimiento provocados por el dios del mal de los persas, Ahrimán, que pretendía derrocar el poder de Ahura-Mazda.

Quienes defienden la opinión de que antes de que lo revisaran los griegos el Zodíaco solo contenía diez signos alegan pruebas que demuestran que Libra (la balanza) se insertó en el Zodíaco dividiendo en dos la constelación de Virgo-Escorpio (que en aquella época era un solo signo) y de este modo se estableció «la balanza» en el punto de equilibrio entre los signos ascendentes del norte y los descendentes del sur. (Véase *The Rosicrucians, Their Rites and Mysteries*, de Hargrave Jennings.) Sobre esta cuestión, Isaac Myer sostiene lo siguiente: «Pensamos que al principio las constelaciones zodiacales eran diez y repre-

sentaban un hombre o una divinidad andrógina inmensa; posteriormente, esto se modificó: se separaron Escorpio y Virgo y fueron once: después, de Escorpio salió Libra, la balanza, con lo cual ahora son doce». (*The Qabbalah.*)

Todos los años, el sol da una vuelta entera al Zodíaco y regresa al punto de partida —el equinoccio vernal— y ningún año alcanza —por muy poco— a completar el círculo de los cielos en el plazo que le corresponde, de modo que cruza el ecuador un poco por detrás del punto del signo del Zodíaco por el que lo había cruzado el año anterior. Todos los signos del Zodíaco constan de treinta grados y, como el sol pierde alrededor de un grado cada setenta y dos años, al cabo de aproximadamente 2160 años experimenta un retroceso de toda una constelación (o signo) y, en alrededor de 25 920 años, de todo el Zodíaco. (Los expertos no se ponen de acuerdo con respecto a estas cifras.) Tal retroceso se denomina la «precesión de los equinoccios». Esto significa que, en el transcurso de unos 25 920 años, que constituyen un Gran Año Solar o Platónico, cada una de las doce constelaciones ocupa un puesto en el equinoccio vernal durante casi 2160 años y después deja paso al signo precedente. Entre los antiguos, el sol casi siempre se simbolizaba mediante la figura y la naturaleza de la constelación por la que pasaba en el equinoccio vernal. Durante prácticamente los últimos dos mil años, el sol ha atravesado el ecuador en el equinoccio vernal en la constelación de Piscis (los dos peces). Durante los 2160 años previos, lo había cruzado por la constelación de Aries (el carnero) y, antes de eso, el equinoccio vernal estaba en el signo de Tauro (el toro). Es probable que se asignaran a esta constelación la forma del toro y sus tendencias porque los antiguos lo usaban para arar los campos y la estación dedicada a arar y hacer surcos coincidía con la época en la que el sol llegaba al segmento del cielo llamado Tauro.

Albert Pike describe con estas palabras la veneración que sentían los persas por este signo y el método de simbolismo astrológico que estaba de moda entre ellos: «En lo alto de la cueva de iniciación de Zaratustra estaban representados el Sol y los Planetas con oro y piedras preciosas, así como también el Zodíaco. El Sol aparecía por detrás de Tauro». En la constelación del Toro también se hallaban las «siete hermanas» —las sagradas Pléyades—, famosas para la masonería como las siete estrellas que aparecen en el extremo superior de la escalera sagrada.

En el antiguo Egipto, precisamente durante este período —cuando el equinoccio vernal estaba en el signo de Tauro—, el buey Apis se con-

sagraba al Dios Sol, al que se adoraba por medio del animal equivalente al signo celestial que había impregnado con su presencia en el momento de entrar en el hemisferio norte. Este es el significado del antiguo dicho según el cual el toro celestial «rompía el huevo del año con los cuernos».

En *The Mythological Astronomy of the Ancients Demonstrated*, Sampson Arnold Mackey destaca dos puntos muy interesantes con respecto al toro en el simbolismo egipcio. Mackey opina que el movimiento de la tierra que conocemos como la alternancia de los polos ha provocado un gran cambio en la posición relativa del ecuador y la banda zodiacal. Cree que en un principio la banda del Zodíaco formaba un ángulo recto con el ecuador y que el signo de Cáncer quedaba frente al Polo Norte y el signo de Capricornio frente al Polo Sur. Es posible que el símbolo órfico de la serpiente enroscada en el huevo intente demostrar el movimiento del sol con respecto a la tierra en estas condiciones. Para corroborar su teoría, Mackey menciona, entre otras cosas, el laberinto de Creta, el nombre de Abraxas y la fórmula mágica «abracadabra». Con respecto a «abracadabra», afirma lo siguiente:

> Sin embargo, la lenta y progresiva desaparición del Toro se conmemora felizmente en la serie de letras que desaparecen y que expresan categóricamente el gran hecho astronómico. Porque Abracadabra es el Toro, el único Toro. La antigua frase descompuesta en las partes que la componen sería: Ab'r-achad-ab'ra, es decir Ab'r, el Toro; achad, el único, etc. Achad es uno de los nombres del Sol, que se le otorga porque brilla solo —es la única estrella que brilla cuando lo vemos—, y el «ab'ra» que queda hace que el todo signifique: el Toro, el único Toro: mientras que la repetición del nombre con una letra menos, hasta que todo desaparece, es el método más sencillo y, sin embargo, el más satisfactorio que se podría haber imaginado para preservar la memoria del hecho; y el nombre de Sorapis, o Serapis, que se da al Toro en la ceremonia mencionada despeja toda duda. [...] Esta palabra, «abracadabra», desaparece en once etapas decrecientes, como en la figura. Y lo más sorprendente es que un cuerpo con tres cabezas queda plegado por una serpiente con once vueltas y puesta por Sorapis: y las once vueltas de la serpiente forman un triángulo similar al que forman las ONCE líneas decrecientes del «abracadabra».

En casi todas las religiones del mundo hay indicios de influencia astrológica. El Viejo Testamento de los judíos, en cuyos escritos se nota la sombra de la cultura egipcia, está lleno de alegorías astrológicas y astronómicas. Casi toda la mitología de Grecia y de Roma se puede rastrear en grupos de estrellas. Algunos escritores opinan que las veintidós letras originales del alfabeto hebreo derivaban de grupos de estrellas y

que en el muro del cielo se podían leer palabras escritas con estrellas, con las estrellas fijas como consonantes y los planetas o luminares como vocales. Como las combinaciones eran infinitas, representaban palabras que, cuando se interpretaban adecuadamente, permitían conocer el futuro.

A medida que la banda zodiacal va trazando el recorrido del sol a través de las constelaciones, produce los fenómenos de las estaciones. Los sistemas antiguos para medir el año se basaban en los equinoccios y los solsticios. El año comenzaba siempre con el equinoccio vernal, celebrado con júbilo el 21 de marzo para marcar el momento en el cual el sol atravesaba el ecuador hacia el Norte, siguiendo el arco zodiacal. El solsticio de verano se celebraba cuando el sol alcanzaba su posición más septentrional y el día señalado era el 21 de junio. A partir de entonces, el sol comenzaba a descender hacia el ecuador y lo volvía a cruzar cuando se dirigía hacia el sur en el equinoccio otoñal, el 21 de septiembre. El sol alcanzaba su punto más meridional en el solsticio de invierno, el 21 de diciembre.

Cuatro de los signos del Zodíaco siempre han estado dedicados a los equinoccios y los solsticios y, si bien los signos ya no corresponden con las antiguas constelaciones a las que estaban asignados y de las cuales obtuvieron el nombre, los astrónomos modernos se basan en ellos para hacer sus cálculos. Por consiguiente, se dice que el equinoccio vernal se produce en la constelación de Aries (el carnero). Resulta adecuado que, de todos los animales, el carnero ocupe el lugar a la cabeza del rebaño celestial que forma la banda zodiacal. Los paganos ya reverenciaban esta constelación siglos antes de la era cristiana. Godfrey Higgins afirma lo siguiente: «A esta constelación la llamaban "el Cordero de Dios" y también el "Salvador" y decían que salvaría a la humanidad de sus pecados. Siempre le hacían el honor de dirigirse a él con el apelativo de "*Dominus*" o "Señor". Lo llamaban "el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo" y los devotos, cuando se dirigían a él en su letanía, repetían constantemente las palabras: "Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo ten piedad de nosotros y danos tu paz"». Por consiguiente, «Cordero de Dios» es un título que se da al sol, que, según dicen, renace todos los años en el hemisferio norte bajo el signo del carnero, aunque, debido a la discrepancia actual entre los signos del Zodíaco y los grupos de estrellas, en realidad sale en el signo de Piscis.

Se considera que el solsticio de verano ocurre en Cáncer (el cangrejo); los egipcios lo llamaban «el escarabajo», un insecto de la familia *La-*

mellicornes, situada a la cabeza del reino de los insectos, y lo consideraban sagrado, como símbolo de la vida eterna. Resulta evidente que la constelación del cangrejo está representada por esta criatura peculiar, porque el sol, después de pasar por su casa, empieza a caminar hacia atrás o a descender por el arco zodiacal. Cáncer es el símbolo de la generación, porque es la casa de la Luna, la gran madre de todas las cosas y patrona de las fuerzas vitales de la Naturaleza. A Diana, la diosa de la luna de los griegos, la llaman «la madre del mundo». Con respecto al culto del principio femenino o maternal, Richard Payne Knight escribe lo siguiente:

«Como atraía o levantaba las aguas del océano, naturalmente parecía que era la soberana de la humedad y, como aparentemente ejercía tanta influencia en la constitución de las mujeres, asimismo parecía ser la patrona y la reguladora de la nutrición y la generación pasiva, porque se dice que recibió a sus ninfas, o personificaciones subordinadas, del océano; a menudo se representa con el símbolo del cangrejo marino, un animal que tiene la propiedad de separar espontáneamente de su propio cuerpo cualquier extremidad que se haya hecho daño o mutilado y reproducir otra en su lugar.» (*The Symbolical Language of Ancient Art and Mythology*.) Este signo de agua, al ser simbólico del principio maternal de la Naturaleza y reconocido por los paganos como el origen de toda la vida, siempre se consideraba la morada natural de la luna.

El equinoccio otoñal se produce, aparentemente, en la constelación de Libra (la balanza). Cuando la balanza se inclinaba, el globo solar comenzaba su peregrinación hacia la morada del invierno. La constelación de la balanza estaba situada en el Zodíaco como símbolo de la capacidad de elegir, que permite al hombre comparar un problema con otro. Hace millones de años, cuando la raza humana estaba en ciernes, el hombre era como los ángeles: no conocía el bien ni el mal. Cayó en el estado de conocer el bien y el mal cuando los dioses le dieron la semilla de la naturaleza mental. A partir de sus reacciones mentales frente a sus entornos, destila el producto de la experiencia, que a continuación le ayuda a recuperar su posición perdida, además de una inteligencia individualizada. Decía Paracelso: «El cuerpo procede de los elementos; el alma, de las estrellas, y el espíritu, de Dios. Todo lo que el intelecto puede concebir procede de las estrellas [los espíritus de las estrellas, más que las constelaciones materiales]».

La constelación de Capricornio, en la cual, teóricamente, se produce el solsticio de invierno, era llamada «la casa de la muerte», porque en invierno toda la vida en el hemisferio norte pasa por su peor mo-

mento. Capricornio es una criatura compuesta: tiene la cabeza y la parte superior del cuerpo de cabra y la cola de pescado. En esta constelación, el sol está más débil en el hemisferio norte y, después de pasar por ella, de inmediato empieza a crecer. Por eso decían los griegos que Júpiter (un nombre de la divinidad solar) era amamantado por una cabra. John Cole, en *A Treatise on the Circular Zodiac of Tentyra, in Egypt*, brinda una nueva perspectiva del simbolismo zodiacal: «El símbolo de la cabra saliendo del cuerpo de un pez [Capricornio] representa, por consiguiente y con la máxima propiedad, los edificios descomunales de Babilonia, que surgen de su situación baja y pantanosa; los dos cuernos de la cabra son emblemas de las dos ciudades: Nínive y Babilonia; la primera construida a orillas del Tigris y la segunda, a orillas del Éufrates, aunque las dos estaban sometidas al mismo soberano».

El período de 2160 años necesario para la regresión del sol a través de una de las constelaciones del Zodíaco se suele denominar «era». Según este sistema, la era recibía el nombre del signo que atravesaba el sol, año tras año, al cruzar el ecuador en el equinoccio vernal. Así, podemos hablar de la era de Tauro, la era de Aries, la era de Piscis y la era de Acuario. Durante estos períodos, o eras, el culto religioso adopta la forma del signo celeste correspondiente, el que se dice que el sol adopta como personalidad, del mismo modo en que un espíritu asume un cuerpo. Estos doce signos son las joyas de su peto y su luz reluce desde ellas, una después de otra.

Después de analizar este sistema, se comprende enseguida por qué se adoptaron determinados símbolos religiosos durante diferentes etapas de la historia del mundo, porque, durante los 2160 años en los que el sol estuvo en la constelación de Tauro, dicen que la divinidad solar asumió el cuerpo de Apis y el toro se convirtió en sagrado para Osiris. (Para más información sobre la relación entre las eras astrológicas y el simbolismo bíblico, véase *El mensaje de las estrellas*, de Max y Augusta Foss Heindel.) Durante la era de Aries, se consideraba sagrado el cordero y a los sacerdotes los llamaban «pastores». En los altares se sacrificaban ovejas y cabras y se designó un chivo expiatorio para descargar en él los pecados de Israel.

Durante la era de Piscis, el pez fue el símbolo de lo divino y la divinidad solar alimentó a la multitud con dos pececillos. En el frontispicio de *Ancient Faiths Embodied in Ancient Names* de Inman se puede ver a la diosa Isis con un pez en la cabeza; además, el Dios Redentor de India, Christna, en una de sus encarnaciones salió de la boca de un pez.

No solo se alude a menudo a Jesús como el «pescador de hombres», sino que, como señala John P. Lundy, «la palabra "pez" es una abreviación de todo su título: Jesucristo, Hijo de Dios, Salvador y cruz; o, como dice san Agustín: "Si unimos las iniciales de las cinco palabras griegas, Ἰησοῦς Χριστος Θεου Υἱὸς Σωτήρ, que significan Jesucristo, Hijo de Dios, Salvador, obtenemos ΙΧΘΥΣ, 'pez', una palabra que, desde un punto de vista místico, representa a Cristo, que pudo vivir en el abismo de esta mortalidad como en la profundidad de las aguas, es decir, sin pecado"». (*Monumental Christianity*.) Muchos cristianos guardan el viernes, el día consagrado a la Virgen (Venus), y ese día comen pescado, en lugar de carne. El signo del pez fue uno de los primeros símbolos del cristianismo y, cuando se dibujaba en la arena, informaba a un cristiano que había cerca otra persona de la misma fe.

Llaman a Acuario «el signo del aguador» o del hombre que lleva sobre los hombros un cántaro con agua, como se menciona en el Nuevo Testamento. Algunas veces aparece como una figura angelical, supuestamente andrógina, vertiendo agua de un recipiente o llevándolo sobre los hombros. Entre los pueblos orientales, a menudo solo se usa el recipiente con agua. Edward Upham, en *The History and Doctrine of Budhism*, describe a Acuario con estas palabras: «Tiene forma de vasija y un color entre azul y amarillo; este signo es la única casa de Saturno». Cuando Herschel descubrió el planeta Urano (que a veces recibe el nombre de su descubridor), la segunda mitad del signo de Acuario se adjudicó a aquel nuevo miembro de la familia planetaria. El agua que sale del recipiente de Acuario, que recibe el nombre de «las aguas de la vida eterna», aparece muchas veces en el simbolismo y lo mismo ocurre con todos los signos. Por consiguiente, el sol, en su camino, controla todas las formas de culto que el hombre ofrece a la divinidad suprema.

Existen dos sistemas diferenciados de filosofía astrológica. Uno de ellos, el ptolemaico, es geocéntrico: la tierra se considera el centro del sistema solar y en torno a ella giran el sol, la luna y los planetas. Desde un punto de vista astronómico, el sistema geocéntrico es incorrecto, pero, durante miles de años, había demostrado su exactitud cuando se aplicaba a la naturaleza material de las cosas terrestres. De un análisis meticuloso de los escritos de los grandes ocultistas y del estudio de sus diagramas se desprende que muchos de ellos conocían otra manera de disponer los cuerpos celestes.

El otro sistema de filosofía astrológica se denomina «heliocéntrico» y coloca al sol en el centro del sistema solar, al que pertenece por natu-

raleza, con los planetas y sus lunas girando a su alrededor. Sin embargo, el gran inconveniente del sistema heliocéntrico es que, al ser relativamente nuevo, no ha habido tiempo suficiente para experimentarlo bien ni para catalogar los efectos de sus diversos aspectos y relaciones. La astrología geocéntrica, como su nombre indica, se limita al aspecto terrenal de la naturaleza, mientras que la heliocéntrica se puede usar para analizar las facultades intelectuales y espirituales superiores del hombre.

Es muy importante recordar que, cuando se decía que el sol estaba en un signo determinado del Zodíaco, en realidad los antiguos querían decir que el sol ocupaba el signo opuesto y proyectaba su largo rayo sobre la casa en la que lo entronizaban. Por consiguiente, cuando se dice que el sol está en Tauro, significa (astronómicamente) que el sol está en el signo opuesto a Tauro, que es Escorpio. Esto trajo como consecuencia dos escuelas filosóficas diferentes: una geocéntrica y exotérica y la otra heliocéntrica y esotérica. Mientras las multitudes ignorantes adoraban la casa en la que se reflejaba el sol —en este caso, la del Toro—, los sabios reverenciaban la casa en la que vivía de verdad, que sería la de Escorpio o la serpiente, el símbolo del misterio espiritual oculto. Este signo tiene tres símbolos diferentes. El más común es el escorpión, al que los antiguos llamaban «murmurador», y era el símbolo del engaño y la perversión; el segundo símbolo (y el menos frecuente) es la serpiente, que los antiguos usaban a menudo para representar la sabiduría.

Es probable que la forma más rara de Escorpio sea el águila. La disposición de las estrellas de la constelación se parece tanto a un ave volando como a un escorpión. Al ser Escorpio el signo de la iniciación oculta, el águila —la reina de las aves— en vuelo representa el tipo supremo y más espiritual de Escorpio, que le permite trascender del insecto venenoso de la tierra. Como Escorpio y Tauro están en posiciones opuestas en el Zodíaco, a menudo su simbolismo está estrechamente interrelacionado. En *Ancient Calendars and Constellations*, la honorable E. M. Plunket dice lo siguiente: «El escorpión (la constelación de Escorpio en el Zodíaco, opuesta a Tauro) se une con Mitra para atacar al toro y siempre están presentes los genios de los equinoccios de primavera y otoño en actitudes gozosas y lastimeras».

Para los egipcios, los asirios y los babilonios, que conocían al sol como un toro, el Zodíaco era una serie de surcos, a través de los cuales el gran buey celestial arrastraba el arado del sol. Por eso, el pueblo

ofrecía sacrificios y conducía por las calles magníficos bueyes, adornados con flores y rodeados de sacerdotes, bailarinas del templo y músicos. Los elegidos no participaban en aquellas ceremonias idólatras, pero las consideraban apropiadas para el tipo de mente que constituía la masa de la población. Aquel grupo reducido poseía un conocimiento mucho más profundo y así lo demostraba la serpiente de Escorpio que llevaban en la frente: el uraeus.

El sol se representa a menudo con sus rayos formando una melena enmarañada. Con respecto a la importancia masónica de Leo, Robert Hewitt Brown, del grado 32, ha escrito lo siguiente: «El 21 de junio, cuando el sol llega al solsticio de verano, la constelación de Leo —que está 30° adelantada con respecto al sol— parece llevar la delantera y contribuir, con su poderosa garra, a levantar el sol hasta lo más alto del arco zodiacal. [...] Aquella relación visible entre la constelación de Leo y el regreso del sol a su puesto de poder y de gloria, en lo más alto del arco real del cielo, era la razón fundamental por la cual aquella constelación era tan estimada y venerada por los antiguos. Los astrólogos distinguían a Leo como "la única casa del sol" y enseñaban que el mundo había sido creado cuando el sol estaba en ese signo. "El león era adorado en Oriente y en Occidente, por los egipcios y los mexicanos. El principal druida de Gran Bretaña se representaba como un león."» (*Stellar Theology and Masonic Astronomy.*) Cuando se establezca del todo la era de Acuario, el sol estará en Leo, como se observa en la explicación que ya se ha dado en este capítulo acerca de la distinción entre la astrología geocéntrica y la heliocéntrica. Entonces, sin duda, las religiones secretas del mundo volverán a hablar del paso a la iniciación mediante la garra del león. (Lázaro resucitará.)

La antigüedad del Zodíaco es objeto de controversia. Sostener que se originó apenas unos pocos miles de años antes de la era cristiana es un error colosal por parte de aquellos que han tratado de reunir información con respecto a su origen. Necesariamente ha de ser lo bastante antiguo como para poder retroceder hasta aquel período en el cual sus signos y sus símbolos coincidían exactamente con las posiciones de las constelaciones, cuyas diversas criaturas en sus funciones naturales ejemplificaban los rasgos más destacados de la actividad solar durante cada uno de los doce meses. Al cabo de muchos años de estudios profundos sobre el tema, un autor pensó que el concepto humano del Zodíaco tenía, como mínimo, cinco millones de años de antigüedad. Con toda probabilidad, esta es una de las numerosas razones por las cuales

el mundo actual está en deuda con la civilización de la Atlántida o la de Lemuria. Alrededor de diez mil años antes de la era cristiana, hubo un período de muchos años en los que se suprimió el conocimiento de todo tipo, se destruyeron tablillas, se derribaron monumentos y todo vestigio del material disponible acerca de las civilizaciones anteriores se borró por completo. Tan solo se conservan unos cuantos cuchillos de cobre, algunas puntas de flecha y unas tallas toscas en las paredes de las cuevas como testigos mudos de las civilizaciones que precedieron aquella etapa de destrucción. Aquí y allá, existen todavía unas cuantas estructuras gigantescas que, como los extraños monolitos de la isla de Pascua, dan testimonio de las artes, las ciencias y las razas perdidas. La raza humana es sumamente antigua. La ciencia moderna calcula su antigüedad en decenas de miles de años; el ocultismo, en decenas de millones. Según un antiguo proverbio, «la Madre Tierra se ha sacudido de la espalda muchas civilizaciones» y no es ilógico pensar que los princi-



DEL *OEDIPUS AEGYPTIACUS* DE KIRCHER

PLANO JEROGLÍFICO, HECHO POR HERMES, DEL ZODÍACO ANTIGUO
El círculo interior contiene el jeroglífico de Hemfta, la divinidad triforme y pantamórfica. En las seis franjas concéntricas que rodean el círculo central están (de dentro hacia fuera): 1) los números de las casas del Zodíaco en cifras y también en letras; 2) los nombres modernos de las casas; 3) el nombre griego y el egipcio de las divinidades egipcias correspondientes a las casas; 4) las figuras completas de estas divinidades; 5) el signo zodiacal antiguo o el moderno y a veces los dos; 6) el número de decanatos o subdivisiones de las casas.

pios de la astrología y la astronomía surgieron millones de años antes de la aparición del primer hombre blanco.

Los ocultistas del mundo antiguo tenían un conocimiento muy sorprendente del principio de la evolución. Para ellos, toda la vida atravesaba distintas etapas de transformación. Creían que los granos de arena estaban en proceso de transformarse en humanos en la conciencia, aunque no necesariamente en la forma; que las criaturas humanas estaban en proceso de transformarse en planetas; que los planetas estaban en proceso de transformarse en sistemas solares, y que los sistemas solares estaban en proceso de transformarse en cadenas cósmicas, y así sucesivamente hasta el infinito. Una de las etapas entre el sistema solar y la cadena cósmica se llamaba el «Zodíaco»; por consiguiente, enseñaban que, en un momento determinado, un sistema solar se descompone en un Zodíaco. Las casas del Zodíaco se convierten en los tronos de las doce jerarquías celestiales o, como afirman algunos de los antiguos, los diez órdenes divinos. Pitágoras enseñaba que el diez, o la unidad en el sistema decimal, era el número más perfecto de todos y lo representaba mediante la *tetractys* menor, un conjunto de diez puntos que forman un triángulo vertical.

Los primeros observadores de las estrellas, después de dividir el Zodíaco en casas, designaron las tres estrellas más brillantes de cada constelación para gobernar conjuntamente aquella casa. A continuación dividieron la casa en tres secciones de diez grados cada una, a las que llamaron decanatos. A su vez, dividieron estos por la mitad, con lo cual el Zodíaco quedó dividido en setenta y dos divisiones de cinco grados cada una. Sobre cada una de estas divisiones de cinco grados, los hebreos colocaron una inteligencia celestial, o ángel, y de este sistema ha salido la disposición cabalística de los setenta y dos nombres sagrados, que corresponden a las setenta y dos flores, botones y almendras del candelabro de setenta y dos brazos del Tabernáculo y a los setenta y dos hombres que fueron elegidos de las doce tribus para representar a Israel.

Los dos únicos signos que no se han mencionado aún son Géminis y Sagitario. La constelación de Géminis se suele representar en forma de dos niños pequeños, que, según los antiguos, nacieron de huevos, posiblemente aquellos que el toro rompió con sus cuernos. Las historias acerca de Cástor y Pólux y Rómulo y Remo pueden ser consecuencia de la ampliación de los mitos de aquellos gemelos celestiales. Los símbolos de Géminis han sufrido numerosas modificaciones. El que usa-

ban los árabes era el pavo real. Dos de las estrellas principales de la constelación de Géminis siguen llevando los nombres de Cástor y Pólux. Se supone que el signo de Géminis era el patrono del culto fálico y los dos obeliscos o pilares que había delante de los templos y las iglesias transmiten el mismo simbolismo que los gemelos.

El signo de Sagitario es lo que los antiguos griegos llamaban un centauro: una criatura que tenía la parte inferior del cuerpo con forma de caballo y la mitad superior con forma humana. Por lo general se lo muestra con un arco y una flecha en las manos, apuntando una saeta hacia las estrellas. Por consiguiente, Sagitario representa dos principios distintos: en primer lugar, la evolución espiritual del hombre, porque la forma humana surge del cuerpo del animal, y en segundo lugar es el símbolo de la aspiración y la ambición, porque, así como el centauro apunta con su flecha a las estrellas, toda criatura humana apunta a un objetivo superior al que puede alcanzar.

Albert Churchward, en *The Signs and Symbols of Primordial Man*, sintetiza la influencia del Zodíaco en el simbolismo religioso con las siguientes palabras: «La división [se hace] aquí en doce partes, los doce signos del Zodíaco, las doce tribus de Israel, las doce puertas del cielo que se mencionan en el Apocalipsis y las doce entradas o portales que hay que atravesar en la Gran Pirámide antes de llegar al grado máximo, los doce apóstoles de las doctrinas cristianas y los doce puntos originales y perfectos de la masonería».

Los antiguos creían que la teoría de que el hombre había sido hecho a imagen y semejanza de Dios se tenía que entender al pie de la letra. Sostenían que el universo era un gran organismo semejante al cuerpo humano y que cada una de las fases y funciones del cuerpo universal tenía una correspondencia en el hombre. La clave de la sabiduría más preciosa que los sacerdotes transmitían a los nuevos iniciados era lo que ellos llamaban «la ley de la analogía». Por consiguiente, para los antiguos, el estudio de las estrellas era una ciencia sagrada, porque veían en los movimientos de los cuerpos celestes la actividad omnipresente del Padre Infinito.

A menudo se ha criticado inmerecidamente a los pitagóricos por promulgar la llamada doctrina de la metempsicosis, o la transmigración de las almas, aunque este concepto, tal como circulaba entre los no iniciados, no era más que una pantalla para ocultar una verdad sagrada. Los místicos griegos creían que la naturaleza espiritual del hombre descendía hacia la existencia material desde la Vía Láctea, el semillero de

las almas, a través de una de las doce puertas de la gran banda zodiacal. Por consiguiente, se decía que la naturaleza espiritual se encarnaba en la forma de la criatura simbólica creada por los magos observadores de las estrellas para representar las diversas constelaciones zodiacales. Si el espíritu se encarnaba a través del signo de Aries, se decía que nacía en el cuerpo de un carnero; si en el de Tauro, en el cuerpo del toro celestial. De este modo, todos los seres humanos se simbolizaban mediante doce criaturas misteriosas a través de cuya naturaleza se podían encarnar en el mundo material. La teoría de la transmigración no se aplicaba al cuerpo material visible del hombre, sino al espíritu inmaterial invisible que vagaba por el camino de las estrellas y en el curso de la evolución iba adoptando, de forma consecutiva, la forma de los animales zodiacales sagrados.

En el Libro III de *Mathesis*, de Julius Firmicus Maternus, aparece el siguiente fragmento con respecto a las posiciones de los cuerpos celestes en el momento de establecerse el universo inferior: «Según Esculapio, por consiguiente, y Anubio, al cual la divinidad Mercurio confió especialmente los secretos de la ciencia astrológica, la génesis del mundo sería la siguiente: constituyeron el Sol en la decimoquinta parte de Leo; la Luna, en la decimoquinta parte de Cáncer; Saturno, en la decimoquinta parte de Capricornio; Júpiter, en la decimoquinta parte de Sagitario; el hombre, en la decimoquinta parte de Escorpio; Venus, en la decimoquinta parte de Libra; Mercurio, en la decimoquinta parte de Virgo, y el Horóscopo, en la decimoquinta parte de Cáncer. Ajustándose a esta génesis, por lo tanto, a estas condiciones de las estrellas y los testimonios que aducen para confirmar esta génesis, opinan que el destino de los hombres, además, se dispone de conformidad con la disposición anterior, como se puede ver en el libro de Esculapio titulado Μυριογενεσις (es decir, Diez Mil, o una multitud innumerable de génesis), para que no se encuentre nada, en las diversas génesis de los hombres, que esté en discordancia con la genésis del mundo mencionada». Las siete eras del hombre se rigen por los planetas según el orden siguiente: la primera infancia, la luna; la niñez, Mercurio; la adolescencia, Venus; la adultez, el sol; la madurez, Marte; la edad avanzada, Júpiter, y la decrepitud y la disolución, Saturno.

XI

La Tabla Isíaca

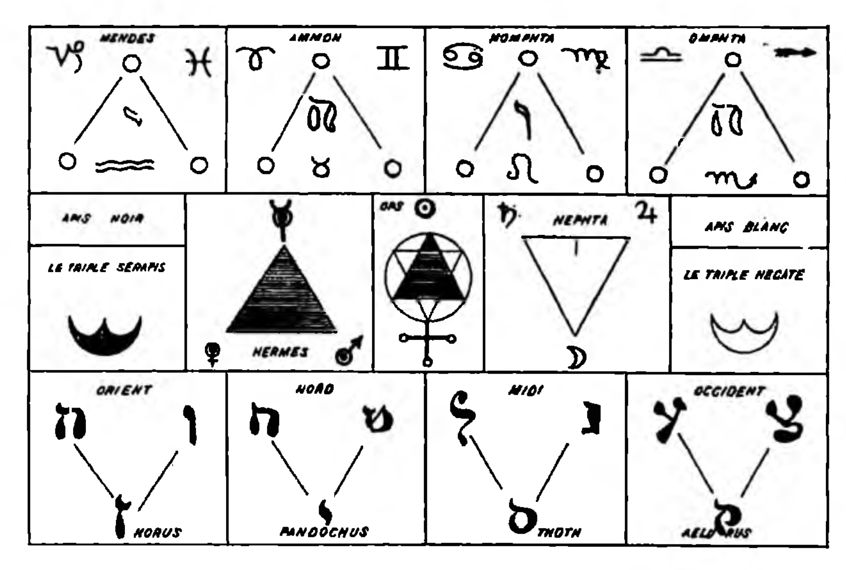
En un manuscrito de Thomas Taylor aparece el siguiente párrafo notable:

> Platón fue iniciado en los «misterios mayores» a los cuarenta y nueve años. La iniciación tuvo lugar en una de las salas subterráneas de la Gran Pirámide de Egipto. La Tabla Isíaca formaba el altar y ante ella se presentó el divino Platón y recibió lo que siempre había sido suyo, pero que la ceremonia de los Misterios encendió y sacó de su estado latente. Con aquel ascenso, al cabo de tres días en la Gran Sala, lo recibió el Hierofante de la Pirámide —solo veían al hierofante aquellos que habían superado los tres días, los tres grados, las tres dimensiones— y le fueron transmitidas verbalmente las máximas enseñanzas esotéricas, cada una acompañada por el símbolo correspondiente. Después de permanecer tres meses más en las salas de la pirámide, el Platón iniciado fue enviado al mundo a cumplir la labor de la Gran Orden, como habían hecho antes que él Pitágoras y Orfeo.

Antes de que Roma fuera saqueada en 1527, no existe ningún registro histórico de la *Mensa Isiaca* (la Tabla de Isis). En aquella época, la tabla estaba en poder de cierto cerrajero o herrero, que la vendió por un precio exorbitante al cardenal Bembo, un famoso anticuario, historiógrafo de la República de Venecia y, posteriormente, bibliotecario de San Marcos. Después de su muerte, acaecida en 1547, adquirió la Tabla Isíaca la Casa de Mantua, en cuyo museo permaneció hasta 1630, cuando las tropas de Fernando II capturaron la ciudad de Mantua. Varios de los primeros escritores sobre el tema han supuesto que la tabla fue destruida por los soldados ignorantes por la plata que contenía. Sin embargo, dicha suposición era errónea. La tabla cayó en manos del cardenal

Pava, quien la obsequió al duque de Saboya y este, a su vez, la regaló al rey de Cerdeña. Cuando los franceses conquistaron Italia en 1797, la tabla fue llevada a París. En 1809, Alexandre Lenoir, al escribir sobre la *Mensa Isiaca*, dijo que estaba en exposición en la Bibliothèque Nationale. Cuando se firmó la paz entre los dos países, fue devuelta a Italia. En su Guía del Norte de Italia, Karl Baedeker dice que la *Mensa Isiaca* ocupa el centro de la segunda galería en el Museo de Antigüedades de Turín.

En 1559, el célebre Aeneas Vicus de Parma hizo una reproducción fiel de la tabla original y el canciller del duque de Baviera entregó una copia del grabado al Museo de Jeroglíficos. Athanasius Kircher dice que la tabla mide «cinco palmos de largo y cuatro de ancho». W. Wynn Westcott dice que mide 1,25 metros por 75 centímetros. Era de bronce y estaba adornada con encáustico o esmalte azul cobalto y filetes de plata. Fosbroke añade: «Las líneas de las figuras no son demasiado pro-



DE LA *HISTORIA DE LA MAGIA* DE LÉVI

LA CLAVE DE LA TABLA BEMBINA SEGÚN LÉVI

«La Tabla Isíaca —escribe Lévi— es una clave para comprender el Libro Antiguo de Thot, que ha sobrevivido en cierta medida al paso de los siglos y que para nosotros se representa en el mazo de cartas del Tarot, que siguen siendo relativamente antiguas. Para él, el Libro de Thot era una síntesis de los conocimientos esotéricos de los egipcios; después de la decadencia de su civilización, aquel conocimiento cristalizó en una forma jeroglífica como el Tarot. Como aquel Tarot fue total o parcialmente olvidado o incomprendido, sus símbolos visuales cayeron en manos de supuestos adivinos y de personas que se ocupaban de entretener al público con juegos de naipes. El Tarot moderno consta de setenta y ocho cartas, de las cuales veintidós forman un grupo especial de arcanos, con un diseño pictórico; las cincuenta y seis restantes están compuestas por cuatro palos de diez números y cuatro honores o figuras: el Rey, la Reina, el Caballero y la Sota; los palos son las espadas (el militarismo), las copas (el sacerdocio), los bastos (la agricultura) y los oros (el comercio), que corresponden, respectivamente, a nuestros piques, corazones, tréboles y diamantes. Los que nos interesan son los veintidós arcanos, que constituyen la característica especial de la baraja y son descendientes directos de los jeroglíficos del Tarot. Estas veintidós cartas corresponden a las letras del hebreo y de otros alfabetos sagrados, que se clasifican naturalmente en tres clases: tres madres, siete dobles y doce letras simples. También se consideran tres grupos de siete y una carta suelta, un sistema de iniciación y un no iniciado.» (Véase *The Isiac Tablet* de Westcott.)

fundas y el contorno de la mayoría de ellas está trazado con hilos de plata. Las bases sobre las cuales estaban sentadas o reclinadas las figuras (que han quedado en blanco en los grabados) eran de plata y se han perdido». (Véase *Encyclopaedia of Antiquities.*)

Quienes estén familiarizados con los principios fundamentales de la filosofía hermética reconocerán en la *Mensa Isiaca* la clave de la teología caldea, egipcia y griega. En su *Antiquity Explained by Montfaucon*, el Padre Montfaucon, un erudito benedictino, reconoce su incapacidad para descifrar su complejo simbolismo. Por consiguiente, duda de que los emblemas que lleva la tabla posean alguna significación digna de consideración y se burla de Kircher, al que declara más críptico que la propia tabla. Laurentius Pignorius reprodujo la tabla para un ensayo descriptivo en 1605, pero las explicaciones que proponía con timidez han demostrado su ignorancia en lo que respecta a la verdadera interpretación de las figuras.

En su *Oedipus Aegyptiacus*, publicado en 1654. Kircher se enfrentó al problema con su avidez característica. Como estaba particularmente capacitado para una tarea semejante por sus años de investigación en cuestiones relacionadas con las doctrinas secretas de la Antigüedad y contaba con la colaboración de un grupo de estudiosos destacados, Kircher obtuvo buenos resultados en cuanto a la exposición de los misterios de la tabla, pero ni siquiera él logró averiguar el secreto maestro, como ha señalado sagazmente Éliphas Lévi en su *Historia de la magia.*

«El erudito jesuita —escribe Lévi— descubrió que contenía la clave jeroglífica de los alfabetos sagrados, pero no consiguió encontrarle una explicación. Está dividida en tres compartimientos iguales; en el superior están las doce casas del cielo y en el inferior, las distribuciones del trabajo correspondientes [los períodos de trabajo] a lo largo del año, mientras que en el medio hay veintiún signos sagrados que corresponden a las letras del alfabeto. En el medio de todo hay una figura sentada de la IYNX pantomórfica, el emblema del ser universal, que, como tal, corresponde a la *yod* hebrea, o a aquella letra única a partir de la cual se forman todas las demás. En torno a la IYNX está la tríada ofita, que responde a las tres letras madre del alfabeto egipcio y el hebreo. A la derecha están la tríada ibimórfica y la de Serapis y a la izquierda, la de Neftis y la de Hécate, que representan lo activo y lo pasivo, lo fijo y lo volátil, el fuego fructificador y el agua generadora. Cada par de tríadas en conjunción con el centro produce un septenario y en el centro hay un septenario. Los tres septenarios dan el número absoluto de los tres

mundos, así como el número completo de las letras primitivas, a las cuales se añade un signo complementario, como el cero a los nueve dígitos.»

La pista de Lévi se puede interpretar como que las veintiuna figuras de la parte central de la tabla representan los veintiún arcanos mayores de las cartas del Tarot. De ser así, ¿no será la carta cero, causante de tanta controversia, la corona indescriptible de la Mente Suprema, la corona representada por la tríada oculta en la parte superior del trono que hay en el centro de la tabla? ¿No se podrá representar la primera emanación de aquella Mente Suprema como un malabarista o un mago, con los símbolos de los cuatro mundos inferiores distribuidos sobre una mesa delante de él: la vara, la espada, la copa y la moneda? Si lo consideramos así, la carta cero no encaja en ningún sitio entre las otras, sino que es, en realidad, el cuarto punto dimensional del cual todos proceden y que, por consiguiente, se descompone en las veintiuna cartas (letras) que, una vez reunidas, producen el cero. El cero que aparece en esta carta confirmaría esta interpretación, porque el cero o el círculo es el símbolo de la esfera superior de la cual surgen los mundos, los poderes y las letras inferiores.

Westcott reunió meticulosamente aquellas teorías bastante precarias, propuestas por diversos expertos, y en 1887 publicó un volumen, actualmente muy difícil de encontrar, que contiene la única descripción detallada de la Tabla Isíaca publicada en inglés desde que en 1721 Humphreys tradujo la descripción de Montfaucon, que carecía de todo valor. Después de explicar su reticencia a revelar lo que a Lévi le parecía, sin duda, que era preferible dejar oculto, Westcott sintetiza como sigue su interpretación de la tabla:

> El diagrama de Lévi, mediante el cual explica el misterio de la tabla, muestra la región superior dividida en las cuatro estaciones del año, cada una con tres signos del Zodíaco, y él ha añadido el nombre sagrado de cuatro letras, el Tetragrámmaton, y ha asignado la *yod* a Acuario, es decir, Canopus; la *hé* a Tauro, es decir, Apis; la *vau* a Leo, es decir, Momfta, y la *hé* final a Tifón. Obsérvese el paralelismo con los querubines: hombre, toro, león y águila. La cuarta forma se encuentra como un escorpión o un águila, según el dios oculto o la mala intención; en el Zodíaco demótico, la serpiente sustituye al escorpión.
>
> Atribuye la región inferior a las doce letras hebreas simples y las asocia con los cuatro cuartos del horizonte. Compárese con el Sefer Yetzirah, Cap. v, sec. 1.
>
> Atribuye la región central a los poderes solares y a lo planetario. En el medio vemos, arriba, el Sol, marcado «Ops», y por debajo una estrella de David encima de una cruz; una Hexapla con dos triángulos —uno claro y otro oscuro— superpuestos, que, en conjunto, forma una especie de símbolo complejo

de Venus. Al ibimorfo le asigna los tres planetas oscuros: Venus, Mercurio y Marte, situados alrededor de un triángulo vertical oscuro, para indicar el fuego. Asigna a la tríada neftiana tres planetas claros: Saturno, Luna y Júpiter, en torno a un triángulo claro invertido que denota el agua. Hay una conexión necesaria entre el agua, el poder femenino, el principio pasivo, Biná, y la madre sefirótica y la novia. (Véase *La Qabalah desvelada* de Mathers.) Obsérvese que todos los signos antiguos correspondientes a los planetas estaban formados por una cruz, el disco solar y una media luna: Venus es una cruz debajo de un disco solar; Mercurio es un disco con una media luna encima y una cruz debajo; Saturno es una cruz cuya punta inferior toca el vértice de la media luna; Júpiter es una media luna cuya punta inferior toca el extremo izquierdo de una cruz; todos estos son misterios profundos. Obsérvese que Lévi, en su ilustración original, transpuso a Serapis y Hécate, pero no al Apis negro y el Apis blanco, tal vez porque asociaba la cabeza de Bes con Hécate. Obsérvese que, al haber referido las doce letras simples a la parte inferior, las siete dobles tienen que corresponder a la región central de los planetas y entonces queda la gran tríada A. M. S., las letras madre que representan el Aire, el Agua y el Fuego, en torno a la ese de la Iynx central, o *yod*, que estaría representada por la tríada ofiónica, las dos serpientes y la esfinge leonina. La palabra de Levi OPS, situada en el centro, es la Ops latina, Terra, el genio de la Tierra; y la Ops griega, Rea, o Kubele (Cibeles), a menudo representada como una diosa sentada en un carro tirado por leones; lleva una corona de torrecillas y sostiene una llave. (Véase *The Isiac Tablet*.)

El ensayo publicado en francés por Alexandre Lenoir en 1809, a pesar de ser curioso y original, contiene poca información verdadera sobre la tabla: el autor pretende demostrar que era un calendario egipcio o una carta astral. Puesto que tanto Montfaucon como Lenoir —en realidad, todos los que han escrito sobre el tema desde 1651— han basado su trabajo en el de Kircher o han recibido una influencia suya considerable, se ha hecho una traducción meticulosa del artículo original de este último (ochenta páginas en latín del siglo XVII). La ilustración a doble página que aparece en el encarte en color es una copia fiel hecha por Kircher del grabado que hay en el Museo de Jeroglíficos. Las letras y los números pequeños que se usan para indicar las figuras fueron añadidos por él para aclarar su comentario y se usarán con el mismo fin en esta obra.

Como casi todas las antigüedades religiosas y filosóficas, la Tabla Isíaca o Bembina ha sido objeto de mucha controversia. En una nota a pie de página, A. E. Waite, incapaz de distinguir entre la naturaleza o el origen auténtico y el supuesto de la tabla, repite el parecer de J. G. Wilkinson, otro *exotericus* ilustre: «La [tabla] original es sumamente tardía y en líneas generales se considera una falsificación». Por otra parte, Eduard Winkelmann, un hombre de profundos conocimientos,

defiende la autenticidad y la antigüedad de la tabla. Un análisis sincero de la *Mensa Isiaca* revela un hecho de fundamental importancia: que si bien quienquiera que creó la tabla no era necesariamente egipcio, era un iniciado en el orden máximo y conocía los principios más arcanos del esoterismo hermético.

El simbolismo de la Tabla Bembina

La explicación necesariamente breve que ofrecemos a continuación sobre la Tabla Bembina se basa en un compendio de los escritos de Kircher y se completa con más información que el autor de este libro ha recogido de los escritos místicos de los caldeos, los hebreos, los egipcios y los griegos. Los templos de los egipcios estaban diseñados de tal manera que la distribución de las cámaras, los adornos y los utensilios tenía relevancia simbólica, como lo demuestran los jeroglíficos que los cubrían. Junto al altar, por lo general situado en el centro de cada habitación, estaba la cisterna de agua del Nilo que entraba y salía por tuberías invisibles. Allí también había imágenes de los dioses en series concadenadas, acompañadas de inscripciones mágicas. En aquellos templos y mediante símbolos y jeroglíficos se instruía a los neófitos en los secretos de la casta sacerdotal.

La Tabla de Isis era, en principio, una mesa o altar y sus emblemas formaban parte de los misterios que los sacerdotes explicaban. Se dedicaban mesas a distintos dioses y en este caso el honor le correspondió a Isis. La sustancia de la que estaban hechas las mesas por lo general variaba en función de la dignidad relativa de las divinidades. Las mesas consagradas a Júpiter y a Apolo eran de oro; las de Diana, Venus y Juno eran de plata; las de otros dioses superiores, de mármol, y las de las divinidades inferiores, de madera. También se hacían mesas de los metales correspondientes a los planetas que regían los distintos celestiales. Del mismo modo que se extiende sobre la mesa del banquete el alimento para el cuerpo, en aquellos altares sagrados se extendían los símbolos que, cuando se comprendían, alimentaban la naturaleza invisible del hombre.

En su introducción a la tabla, Kircher resume su simbolismo con estas palabras: «Enseña, en primer lugar, toda la constitución del mundo triple: la arquetípica, la intelectual y la perceptible. Muestra a la divinidad suprema moviéndose desde el centro hacia la periferia de un uni-

verso constituido por objetos tanto perceptibles como inanimados, todos ellos animados y agitados por un único poder supremo al que llaman "la Mente Paterna" y representado mediante un símbolo triple. Aquí se ven también tres tríadas del Uno Supremo, cada una de las cuales manifiesta un atributo de la primera Trimurti. A estas tríadas se las llama el fundamento o la base de todas las cosas. En la Tabla también se presenta el arreglo y la distribución de las criaturas divinas que colaboran con la Mente Paterna en el control del universo. Aquí [en el panel superior] se ven los Gobernadores de los mundos, cada uno con su insignia ardiente, etérea y material. Aquí también [en el panel inferior] están los Padres de las Fuentes, que tienen la obligación de cuidar y preservar los principios de todas las cosas y de apoyar las leyes inviolables de la Naturaleza. Aquí están los dioses de las esferas y también los que vagan de un lugar a otro, trabajando con todas las sustancias y las formas (Zonia y Azonia), agrupados como figuras de ambos sexos, con el rostro vuelto hacia la divinidad superior».

La *Mensa Isiaca*, que está dividida horizontalmente en tres cámaras o paneles, podría representar la planta de las cámaras en las que se daban los Misterios isíacos. El panel central está dividido en siete partes o salas menores y el inferior tiene dos puertas, una en cada extremo. Toda la Tabla contiene cuarenta y cinco figuras de primera importancia y una cantidad de símbolos menores. Las cuarenta y cinco figuras principales se agrupan en quince tríadas, cuatro de las cuales están situadas en el panel superior, siete en el central y cuatro en el inferior. Según tanto Kircher como Lévi, las tríadas se dividen de la siguiente manera:

En la sección superior

1. P, S, V - Tríada mendesiana
2. X, Z, A - Tríada amoniana
3. B, C, D - Tríada momfteana
4. F, G, H - Tríada omfteana

En la sección central

1. G, I, K - Tríada isíaca
2. L, M, N - Tríada de Hécate
3. O, Q, R - Tríada ibimórfica
4. V, S, W - Tríada ofiónica
5. X, Y, Z - Tríada neftiana

6. ζ, η, θ - Tríada de Serapis
7. γ, δ (no consta), ε - Tríada de Osiris

En la sección inferior

1. λ, M, N - Tríada horeana
2. ξ, O, Σ - Tríada pandocheana
3. T, Φ, X - Tríada táustica
4. Ψ, F, H - Tríada aleurística

Acerca de estas quince tríadas, Kircher escribe lo siguiente: «Las figuras difieren entre sí en ocho aspectos sumamente importantes; a saber: en la forma, la posición, el gesto, lo que hacen, las vestiduras, el tocado, el bastón y, por último, en los jeroglíficos que tienen alrededor, ya sean flores, arbustos, letras pequeñas o animalillos». Estos ocho métodos simbólicos de representar los poderes secretos de las figuras constituyen una manera discreta de recordarnos los ocho sentidos espirituales de cognición por medio de los cuales se puede comprender el Yo Verdadero del hombre. Para expresar esta verdad espiritual, los budistas utilizaban la rueda de ocho rayos y elevaban su conciencia mediante el noble camino óctuple. La cenefa ornamentada que rodea los tres paneles principales de la Tabla contiene muchos símbolos que comprenden aves, animales, reptiles, seres humanos y formas compuestas. Según una interpretación de la Tabla, esta cenefa representa los cuatro elementos y las criaturas son seres elementales. Según otra interpretación, la cenefa representa las esferas arquetípicas y en su friso de figuras compuestas aparecen los modelos de las formas que, en diversas combinaciones, se manifiestan después en el mundo material. Las cuatro flores que se ven en las esquinas de la Tabla son aquellas que, como siempre miran al sol y siguen su recorrido por el cielo, constituyen emblemas sagrados de la mejor parte de la naturaleza humana, que se deleita en la contemplación de su Creador.

Según la doctrina secreta de los caldeos, el universo está dividido en cuatro estados del ser (planos o esferas): el arquetípico, el intelectual, el sideral y el elemental. Cada uno de ellos revela los demás; el superior controla al inferior y el inferior recibe la influencia del superior. El plano arquetípico se consideraba sinónimo del intelecto de la divinidad trina. En esta esfera divina, incorpórea y eterna se incluyen todas las manifestaciones inferiores de la vida: todo lo que es, lo que ha sido y lo que será. Dentro del intelecto cósmico, todas las cosas espirituales o

materiales existen como arquetipos o formas de pensamiento divinas, que aparecen en la Tabla mediante una cadena de símiles secretos.

En la zona central de la Tabla aparece la Esencia Espiritual, que contiene todas las formas, el origen y la sustancia de todo y de la cual proceden los mundos inferiores como nueve emanaciones en grupos de tres (la tríada ofiónica, la ibimórfica y la neftiana). A este respecto hay que tener en cuenta la analogía de las *sefirot* cabalísticas o las nueve esferas que salen de la Kéter, la corona. Los doce Gobernadores del universo (la tríada mendesiana, la amoniana, la momfteana y la omfteana), vehículos de distribución de las influencias creativas que aparecen en la parte superior de la tabla, son dirigidos en sus actividades por los modelos de la Mente Divina, que existen en la esfera arquetípica. Los arquetipos son patrones abstractos formulados en la Mente Divina y son los que controlan todas las actividades inferiores. En la parte inferior de la Tabla están los Padres de las Fuentes (la tríada horeana, la pandocheana, la táustica y la aleurística), que custodian las grandes puertas del universo y distribuyen a los mundos inferiores las influencias que descienden de los Gobernadores que aparecen encima.

En la teología de los egipcios, la bondad tiene prioridad y todas las cosas son partícipes de su naturaleza, en mayor o menor medida. Todo y todos buscan la bondad, que es la causa principal. La bondad se difunde a sí misma y por eso está presente en todas las cosas, porque nada puede producir lo que no existe en sí mismo. La Tabla demuestra que todo está en Dios y Dios está en todo; que todo está en todo y cada uno está en cada uno. En el mundo intelectual son invisibles los duplicados espirituales de las criaturas que habitan en el mundo elemental. Por consiguiente, lo más bajo muestra lo más alto, lo corpóreo anuncia lo intelectual y lo invisible se manifiesta en sus obras. Por este motivo, los egipcios hacían imágenes de sustancias que existían en el mundo inferior perceptible para utilizarlas como ejemplos visibles de los poderes superiores e invisibles. Asignaban a las imágenes corruptibles las virtudes de las divinidades incorruptibles, demostrando así, de forma críptica, que este mundo no es más que una sombra de Dios, la imagen exterior del paraíso interior. Todo lo que existe en la esfera arquetípica invisible se revela en el mundo corpóreo perceptible mediante la luz de la Naturaleza.

La Mente Arquetípica y Creativa —primero a través de su Fundamento Paterno y después a través de dioses secundarios llamados Inteligencias— revelaba toda la infinidad de sus poderes mediante un inter-

MENOES WINTER MENOES MECHIR CANOPUS PHAMENOTH ICHTON PHARMUTHI P S V	AMMON SPRING AMMON PACHONS APIS PAONI GEMINI EPIPHI X Z A	MOMPHTA SUMMER HERMANUBIS MESORI MOMPHTA THOTH ISIS PAOPHI B C E	OMPHTA AUTUMN OMPHTA ATHYR TYPHON CHOIAK NEPHTHA TYBI F G H

APIS ISIS G I N TRIAD OF HECATE L M N	TRIAD OF IBIMORPHOS MASCULINE ACTIVE O Q F	OPHIONIAN TRIAD CENTRAL IYNX V S W	TRIAD OF NEPHTHA FEMININE PASSIVE X Y Z	MNEVIS OSIRIS P V E TRIAD OF SERAPIS ζ H Θ

EAST GATE HORUS λ m N	NORTH GATE PANDOCHUS ξ o Σ	SOUTH GATE THOTH T ɸ X	WEST GATE ÆLURUS ψ F H

DE *THE ISIAC TABLET* DE WESTCOTT

LA CLAVE DE LA TABLA BEMBINA SEGÚN WESTCOTT

Zaratustra declaró que el número tres resplandece en todo el mundo, como lo demuestra la Tabla Bembina mediante una serie de triadas que representan los impulsos creativos. Acerca de la Tabla Isiaca, Alexandre Lenoir escribe lo siguiente: «La Tabla Isiaca, como obra de arte, no tiene demasiado interés. No es más que una composición, más bien fría e insignificante, cuyas figuras, apenas bosquejadas y colocadas sistemáticamente unas junto a otras, dan muy poca impresión de vida. Sin embargo, si por el contrario y después de examinarla comprendemos la finalidad del autor, no tardamos en quedar convencidos de que la Tabla Isiaca es una imagen de la esfera celeste dividida en partes pequeñas, que se usarán, con toda probabilidad, para la enseñanza en general. Según esta idea, podemos llegar a la conclusión de que la Tabla Isiaca era, en un principio, la introducción a una colección seguida por los Misterios de Isis. Fue grabada en cobre para ser usada en la iniciación ceremonial.» (Véase *Nouvel Essai sur la Table Isiaque*.)

cambio permanente de lo más alto a lo más bajo. En su simbolismo fálico, los egipcios utilizaban el esperma para representar las esferas espirituales, porque cada una contiene todo lo que procede de ella. Los caldeos y los egipcios también sostenían que todo resultado está presente en su propia causa y se vuelve hacia ella como el loto hacia el sol. Por consiguiente, el Intelecto Supremo, a través de su Fundamento Paterno, creó primero la luz —el mundo angelical— y de esa luz se crearon a continuación las jerarquías invisibles de seres que algunos llaman «estrellas», y a partir de las estrellas se formaron los cuatro elementos y el mundo perceptible. De tal modo, todo está en todo, cada uno a su manera. Todos los cuerpos o elementos visibles están en las estrellas invisibles o los elementos espirituales y las estrellas están, asimismo, en esos cuerpos; las estrellas están en los ángeles y los ángeles, en las estrellas; los ángeles están en Dios y Dios está en todo. Por consiguiente, todos están divinamente en lo divino, angélicamente en los ángeles y corpóreamente en el mundo corpóreo, y viceversa. Del mismo modo que la semilla es el árbol plegado, el mundo es Dios desplegado.

Como dice Proclo: «Cada propiedad de la divinidad está presente en toda la creación y se entrega a todas las criaturas inferiores». Una de las manifestaciones de la Mente Suprema es la capacidad de reproducción según la especie, que otorga a todas las criaturas de las cuales forma parte divina. De este modo, las almas, los cielos, los elementos, los animales, las plantas y las piedras se generan a sí mismas, cada uno según su patrón, aunque todos dependen de un único principio fecundador que existe en la Mente Suprema. Esta capacidad fecundadora, a pesar de ser en sí misma una unidad, se manifiesta de forma diferente en las distintas sustancias, porque en los minerales contribuye a la existencia material, en las plantas se manifiesta como vitalidad y en los animales, como sensibilidad. Otorga movimiento a los cuerpos celestes, pensamiento a las almas de los hombres, intelectualidad a los ángeles y superesencialidad a Dios. Por consiguiente, se ve que todas las formas son de una sola sustancia y toda la vida, de una sola fuerza y que estas coexisten en la naturaleza del Uno Supremo.

El primero que expuso esta doctrina fue Platón. Su discípulo, Aristóteles, la expresó con las siguientes palabras: «Decimos que este mundo perceptible es una imagen de otro; por consiguiente, puesto que este mundo está lleno de vitalidad, o vivo, ¡cuánto más ha de vivir el otro! [...] Allá, por consiguiente, por encima de las virtudes estelares, hay otros cielos que hay que alcanzar, como los cielos de este mundo; más allá de ellos, porque son de un tipo superior, más brillantes y más extensos: y no son distantes el uno del otro como este, porque son incorpóreos. Allá también existe una tierra, no de materia inanimada, sino llena de vida animal y de todos los fenómenos terrestres naturales, como esta, pero de otros tipos y perfecciones. Hay plantas, también, y jardines y agua que fluye; hay animales acuáticos, pero de especies más nobles. Allá hay aire y vida apropiada para él, toda inmortal. Y aunque la vida allí sea análoga a la nuestra, aquella es más noble, al ser intelectual, perpetua e inalterable. Porque si alguien objetara y preguntara cómo hacen las plantas, o lo que sea, para encontrar el equilibrio en el mundo superior, responderíamos que no tienen una existencia objetiva, porque las produce el Autor primordial en una condición absoluta y sin exteriorización. Por consiguiente, ocurre con ellas lo mismo que con el intelecto y el alma: que no experimentan ningún defecto, como el desperdicio y la corrupción, porque los seres que hay allí están llenos de energía, fuerza y alegría, ya que viven una vida sublime y proceden de una sola fuente y una sola calidad, y lo tienen todo, como sabores dulces, perfumes delica-

dos, colores y sonidos armoniosos y otras perfecciones. No se desplazan violentamente ni se entremezclan ni se corrompen entre ellos, sino que cada uno preserva perfectamente su propio carácter esencial y son simples y no se multiplican, como hacen los seres corpóreos».

En el medio de la Tabla hay un gran trono cubierto, con una figura femenina sentada que representa a Isis, pero que aquí llaman la IYNX pantomórfica. G. R. S. Mead define a la IYNX como «una inteligencia transmisora». Otros la consideran un símbolo del Ser Universal. Sobre la cabeza de la diosa, el trono está rematado por una corona triple y bajo sus pies está la casa de lo material. La triple corona representa en este caso a la divinidad trina, que los egipcios llamaban la Mente Suprema y se describía en el Zohar como «oculta y no revelada». Según el sistema cabalístico hebreo, el árbol sefirótico se dividía en dos partes: una superior e invisible y otra inferior y visible. La superior consta de tres partes y la inferior, de siete. Las tres *sefirot* incognoscibles se llamaban Kéter, la corona; Jojmá, la sabiduría, y Biná, el entendimiento, y son demasiado abstractas para poder comprenderlas; en cambio, las siete esferas inferiores que proceden de ellas estaban al alcance de la conciencia humana. El panel central contiene siete tríadas de figuras que representan a las *sefirot* inferiores y todas emanan de la triple corona escondida que hay encima del trono.

Escribe Kircher: «El trono indica la difusión de la Mente Suprema triforme por los caminos universales de los tres mundos. De estas tres esferas intangibles surge el universo perceptible, al que Plutarco llama "la casa de Horus" y los egipcios, "la gran puerta de los dioses". La parte superior del trono está en medio de unas llamas difusas, con forma de serpiente, que indican que la Mente Suprema está llena de luz y de vida, es eterna e incorruptible y no tiene ningún contacto material. La manera en que la Mente Suprema comunicaba Su fuego a todas las criaturas se expone con claridad en el simbolismo de la Tabla. El Fuego Divino se comunica con las esferas inferiores mediante el poder universal de la Naturaleza, personificada por la Virgen del Mundo, Isis, que aquí se denomina la IYNX o la idea universal polimorfa que todo lo contiene». Aquí se emplea la palabra «idea» con su significado platónico. «Platón creía que hay formas eternas de todas las cosas posibles que existen sin materia y a estas formas eternas e inmateriales las llamaba "ideas". En el sentido platónico, las ideas eran los patrones según los cuales la divinidad creaba el mundo natural o ectípico.» (Sir W. Hamilton.)

Con estas palabras describe Kircher las veintiuna figuras del panel central: «En la parte central de la Tabla se pueden ver siete tríadas principales, correspondientes a los siete mundos superiores. Todas nacen del arquetipo fogoso e invisible [la triple corona del trono]. La primera, la tríada ofiónica o IYNX, V S W, corresponde al mundo vital y fogoso y es el primer mundo intelectual, que los antiguos llamaban el *Aetherium*. Zaratustra dice de él: "¡Qué gobernantes más rigurosos tiene este mundo!" La segunda, la tríada ibimórfica, O Q R, corresponde al segundo mundo intelectual o etéreo y tiene que ver con el principio de la humedad. La tercera, la tríada neftiana, X Y Z, corresponde al tercer [mundo] intelectual y etéreo y tiene que ver con la fecundidad. Estas son las tres tríadas de los mundos etéreos, que corresponden al Fundamento Paterno. A continuación vienen las cuatro tríadas de los mundos perceptibles o materiales, de las cuales las dos primeras corresponden a los mundos siderales, G I K y γ δ ε, es decir, Osiris e Isis, el Sol y la Luna, indicados por los dos toros. Las siguen dos tríadas, la de Hécate, L M N, y la de Serapis, ζ η Θ, que corresponden al mundo sublunar y al subterráneo. Así se completan los siete mundos de los genios primarios que rigen el universo natural. Psellus cita a Zaratustra: "Los egipcios y los caldeos enseñaban que había siete mundos corpóreos (es decir, mundos regidos por los poderes intelectuales): el primero es de puro fuego; el segundo, el tercero y el cuarto son etéreos; el quinto, el sexto y el séptimo son materiales, y al séptimo lo llaman terrestre y dicen que odia la luz, está situado debajo de la Luna y comprende en sí mismo la materia llamada *fundus* o fundamento". Estos siete, más la única corona invisible, constituyen los ocho mundos. [...]

»Platón escribe que los filósofos tiene que saber cómo se distribuyen los siete círculos que están por debajo del primero, según los egipcios. La primera tríada de fuego denota la vida; la segunda, el agua, sobre la cual rigen las divinidades ibimórficas, y la tercera, el aire, regido por Nefta. A partir del fuego se crearon los cielos; del agua, la tierra, y el aire fue el mediador entre ellos. En la *sefira* Yetzirah se dice que de los tres se originan los siete, es decir, la altura, la profundidad, el Este, el Oeste, el Norte y el Sur y el Templo Sagrado en el centro, sosteniéndolos a todos. ¿No es el Templo Sagrado que está en el centro el gran trono del espíritu de la naturaleza que tiene muchas formas y que aparece en el medio de la Tabla? ¿Qué son las siete tríadas sino los siete poderes que gobiernan el mundo? Escribe Psellus: "Los egipcios adoraban la tríada de la fe, la verdad y el amor; y las siete fuentes, con el Sol como

soberano: la fuente de la materia: a continuación, la fuente de los arcángeles; la fuente de los sentidos: la del juicio: la del relámpago; la de los reflejos, y la de los caracteres, de composición desconocida. Dicen que las máximas fuentes materiales son las de Apolo, Osiris y Mercurio: las fuentes de los centros de los elementos." Por consiguiente, comprendían, por el Sol como soberano, el mundo solar; por lo arcangélico material, el mundo lunar; por la fuente de los sentidos, el mundo de Saturno; por el juicio, a Júpiter; por el relámpago, a Marte: por el de los reflejos o espejos, el mundo de Venus; por la fuente de los caracteres, el mundo de Mercurio. Todos estos se muestran en las figuras de la parte central de la Tabla».

El panel superior contiene las doce figuras del Zodíaco distribuidas en cuatro tríadas. La figura central de cada grupo representa uno de los cuatro signos fijos del Zodíaco. S es el signo de Acuario: Z, el de Tauro; C, el de Leo, y G, el de Escorpio. A estos se los llama «los padres». En las enseñanzas secretas del Lejano Oriente, estas cuatro figuras —el hombre, el toro, el león y el águila— se llaman «los globos alados» o «los cuatro marajás» que están en las esquinas de la creación. A los cuatro signos cardinales —P, Capricornio; X, Aries: B, Cáncer, y F, Libra— les dicen «los poderes». Los cuatro signos comunes —V, Piscis; A, Géminis; E, Virgo, y H, Sagitario— se llaman «las mentes de los cuatro señores». Esto explica el significado de los globos alados de Egipto, porque las cuatro figuras centrales —Acuario, Tauro, Leo y Escorpio (a las que Ezequiel llama «querubines»)— son los globos: los signos cardinales y los comunes situados a ambos lados son las alas. Por consiguiente, los doce signos del Zodíaco se pueden representar mediante cuatro globos, cada uno con dos alas.

Además, los egipcios también representaban las tríadas celestes como un globo (el Padre) del cual salen una serpiente (la Mente) y unas alas (el Poder). Estas doce fuerzas son las que crearon el mundo y de ellas emana el microcosmos o el misterio de los doce animales sagrados, que representan en el universo las doce partes del mundo y en el hombre, las doce partes del cuerpo humano. Desde un punto de vista anatómico, es posible que las doce figuras del panel superior simbolicen las doce circunvoluciones del cerebro y las doce figuras del panel inferior, los doce miembros y órganos zodiacales del cuerpo humano, porque el hombre es una criatura formada por los doce animales sagrados, cuyos miembros y órganos están sometidos al control directo de los doce Gobernadores o poderes que residen en el cerebro.

Se encuentra una interpretación más profunda en la correspondencia entre las doce figuras del panel superior y las doce del inferior, que proporciona una clave para uno de los secretos antiguos más arcanos: la relación existente entre los dos grandes zodíacos, el fijo y el móvil. El zodíaco fijo se describe como un dodecaedro inmenso, cuyas doce superficies representan las paredes más exteriores del espacio abstracto. A partir de cada superficie de este dodecaedro, un gran poder espiritual, que radia hacia el centro, se manifiesta como una de las jerarquías del zodíaco móvil, que es una franja de las llamadas estrellas fijas que lo circundan. Dentro de este zodíaco móvil se sitúan los diversos cuerpos planetarios y elementales. La relación entre estos dos zodíacos y las esferas subzodiacales tiene una correlación en el aparato respiratorio del cuerpo humano. Se puede decir que el gran zodíaco fijo representa la atmósfera; el zodíaco móvil, los pulmones, y los mundos subzodiacales, el cuerpo. La atmósfera espiritual, que contiene las energías vivificadoras de los doce poderes divinos del gran zodíaco fijo, es inhalada por los pulmones cósmicos —el zodíaco móvil—, que la distribuyen a través de la constitución de los doce animales sagrados, que son las partes y los miembros del universo material. El ciclo funcional se completa cuando los efluvios venenosos de los mundos inferiores, reunidos por el zodíaco móvil, son exhalados hacia el gran zodíaco fijo, para purificarse allí al pasar por las naturalezas divinas de sus doce jerarquías eternas.

La Tabla en general es susceptible de muchas interpretaciones. Si entendemos la cenefa de la Tabla con sus figuras jeroglíficas como la fuente espiritual, el trono del centro representa el cuerpo físico dentro del cual se entroniza la naturaleza humana. Desde este punto de vista, toda la Tabla se vuelve emblemática de los cuerpos áuricos del hombre, con la cenefa como límite externo o cáscara del huevo áurico. Si entendemos el trono como símbolo de la esfera espiritual, la cenefa representa los elementos y los distintos paneles que rodean al central se vuelven símbolos de los mundos o planos que emanan de la única fuente divina. Si consideramos la Tabla desde un base puramente física, el trono se convierte en símbolo del sistema generativo y la Tabla revela los procesos secretos de la embriología que se aplican a la formación de los mundos materiales. Si se desea una interpretación puramente fisiológica y anatómica, el trono central se convierte en el corazón, la tríada ibimórfica, en la mente, la tríada neftiana, en el aparato reproductor y los jeroglíficos circundantes, en las diversas partes y miembros

del cuerpo humano. Desde el punto de vista evolutivo, la puerta central se convierte en un punto tanto de entrada como de salida. Aquí se sitúa también el proceso de iniciación, en el cual el candidato, después de superar las diversas pruebas, finalmente es llevado ante su propia alma, que él es el único que puede desvelar.

Si lo que tenemos en cuenta es la cosmogonía, el panel central representa los mundos espirituales; el panel superior, los mundos intelectuales, y el inferior, los mundos materiales. El panel central también puede simbolizar los nueve mundos invisibles y la criatura marcada con una te, la naturaleza física: el escabel de Isis, el espíritu de la vida universal. Considerado a la luz de la alquimia, el panel central contiene los metales y los laterales, los procesos alquímicos. La figura sentada en el trono es el Mercurio universal: la «piedra de los sabios»; el dosel encendido del trono que hay encima es el azufre divino, y el cubo de tierra que hay debajo es la sal elemental.

Las tres tríadas, o el Fundamento Paterno, del panel central representan los vigilantes silenciosos, las tres partes invisibles de la naturaleza humana; los dos paneles situados a los lados son la naturaleza inferior cuaternaria del hombre. En el panel central hay veintiuna figuras. Este número es sagrado para el sol, que consta de tres grandes poderes, cada uno con siete atributos, y, por reducción cabalística, el veintiuno se convierte en tres, o la Gran Tríada.

Todavía no se ha demostrado que la Tabla Isíaca tenga una conexión directa con el gnosticismo egipcio, porque en un papiro gnóstico conservado en la Biblioteca Bodleiana hay una referencia directa a los doce Padres o Paternidades bajo los cuales están las doce Fuentes. (Véase *Egyptian Magic* de S. S. D. D.) Que el panel inferior representa el infierno lo destacan aún más la dos puertas —la gran puerta del Este y la gran puerta del Oeste—, porque en la teología caldea el sol sale y se pone a través de las puertas del infierno, donde vaga durante las horas de oscuridad. Como Platón recibió durante trece años la instrucción de los magos Patheneith, Ochoaps, Sechtnouphis y Etymon de Sebbennithis, su filosofía está impregnada del sistema caldeo y egipcio de las tríadas. La Tabla Bembina es una exposición diagramática de la llamada filosofía platónica, porque su diseño es la síntesis de toda la teoría de la cosmogonía y la generación místicas. La guía más valiosa para interpretarla son los *Commentaries of Proclus on the Theology of Plato*. *Chaldean Oracles of Zoroaster* también contiene muchas alusiones a los principios teogónicos que la Tabla demuestra.

La Teogonía de Hesíodo contiene la versión más completa del mito griego de la cosmogonía. La cosmogonía órfica ha dejado su huella en las diversas formas de filosofía y religión —la griega, la egipcia y la siria— con las que ha estado en contacto. El principal de los símbolos órficos era el huevo primordial, del cual salió Fanes. Para Thomas Taylor, el huevo órfico es sinónimo de la mezcla de límite e infinito que Platón mencionaba en el *Filebo*. Además, el huevo es la tercera tríada inteligible y el símbolo adecuado del demiurgo, cuyo cuerpo áurico es el huevo del universo inferior.

Eusebio, basándose en la autoridad de Porfirio, manifestó que los egipcios reconocían un solo autor intelectual o creador del mundo, al que llamaban Cneph, y que lo adoraban en una estatua de forma humana y cutis azul oscuro, que sostenía en la mano una faja y un cetro, llevaba en la cabeza un penacho real y se sacaba un huevo de la boca. (Véase *An Analysis of the Egyptian Mythology*.) Aunque la Tabla Bembina tiene forma rectangular, filosóficamente representa el huevo órfico del universo con su contenido. En las doctrinas esotéricas, el mayor logro de una persona es romper el huevo órfico, lo que equivale a que el espíritu regrese al nirvana —el estado absoluto— de los místicos orientales.

The New Pantheon, de Samuel Boyse, contiene tres ilustraciones en las que se ven varias partes de la Tabla Bembina. Sin embargo, el autor no hace ninguna aportación importante al conocimiento del tema. En *The Mythology and Fables of the Ancients Explained from History*, el abad Banier dedica un capítulo a analizar la *Mensa Isiaca*. Después de revisar las conclusiones de Montfaucon, Kircher y Pignorius, añade: «Soy de la opinión de que era una tabla votiva que algún príncipe o una persona corriente había consagrado a Isis, como agradecimiento por algún beneficio que creía haber recibido de ella».

XII

Las maravillas de la Antigüedad

Era una práctica habitual entre los primitivos egipcios, griegos y romanos conservar lámparas encendidas en los sepulcros de sus muertos como ofrendas al Dios de la Muerte. Es posible que también creyeran que el difunto podía usar aquellas luces para encontrar el camino a través del Valle de las Sombras. Posteriormente, cuando la costumbre se generalizó, no solo se enterraban con los muertos lámparas de verdad, sino también miniaturas de lámparas de barro cocido. Algunas se introducían en recipientes redondos para protegerlas e incluso se registran casos en los que se halló en ellas el aceite original, en perfecto estado de conservación, después de más de dos mil años. Hay pruebas más que suficientes de que muchas de aquellas lámparas estaban encendidas cuando se sellaron los sepulcros y se ha declarado que seguían ardiendo cuando las cámaras se abrieron, al cabo de varios siglos. La posibilidad de preparar un combustible que se renovara tan rápido como se consumía ha dado lugar a bastantes controversias entre los autores medievales. Después de un análisis adecuado de las pruebas disponibles, cabe la posibilidad de que los antiguos sacerdotes-químicos fabricaran lámparas que permanecieran encendidas puede que no de forma indefinida, pero sí durante períodos prolongados.

Numerosos expertos han escrito sobre las lámparas perennes. W. Wynn Westcott calcula que más de ciento cincuenta escritores han tocado el tema y H. P. Blavatsky dice que son 173. Si bien las conclusiones de los distintos autores discrepan, la mayoría reconoce la existencia de aquellas lámparas extraordinarias. Muy pocos sostenían que las lámparas arderían para siempre, aunque muchos se mostraron dispuestos a

admitir que podían permanecer encendidas durante varios siglos sin reabastecerse de combustible. Algunos opinaban que las llamadas lámparas perennes no eran más que artificios de los astutos sacerdotes paganos, mientras que muchos, tras reconocer que las lámparas realmente estaban encendidas, afirmaban rotundamente que el diablo estaba usando aquel milagro aparente para atrapar a los incautos y, de ese modo, conducir sus almas hacia la perdición.

Sobre esta cuestión, el erudito jesuita Athanasius Kircher, por lo general digno de confianza, manifiesta una notable falta de coherencia. En su *Oedipus Aegyptiacus* escribe lo siguiente: «Se ha comprobado que no pocas de estas lámparas perennes eran dispositivos diabólicos. [...] Y supongo que todas las lámparas halladas en las tumbas de los gentiles y dedicadas al culto de determinados dioses eran de este tipo, no porque ardieran ni porque se tuviera constancia de que hubieran ardido con una llama perpetua, sino porque, probablemente, el diablo las había puesto allí con la mala intención de conseguir nuevos creyentes para un culto falso».

Después de reconocer que había expertos dignos de confianza que defendían la existencia de las lámparas perennes y que hasta el mismo diablo se presta a su fabricación, a continuación Kircher declaraba que toda aquella historia era peligrosa e imposible y pertenecía a la misma clase que el movimiento perpetuo y la piedra filosofal. Tras resolver el problema a su satisfacción una vez, Kircher vuelve a resolverlo —aunque de otra manera— con las siguientes palabras: «Como en Egipto existen depósitos abundantes de asfalto y petróleo, a aquellos hombres tan hábiles [los sacerdotes] se les ocurrió conectar un depósito de petróleo, mediante un conducto secreto, con una o más lámparas provistas de mechas de asbesto. ¡Cómo no iban a arder para siempre aquellas lámparas! [...] En mi opinión, esta es la solución al enigma de la perpetuidad sobrenatural de aquellas lámparas antiguas».



DE *ANTIQUITY EXPLAINED BY MONTFAUCON* DE MONTFAUCON

LA BASE DE UN TRÍPODE DÉLFICO
Las vueltas de estas serpientes constituían la base y las tres cabezas sostenían las tres patas del trípode. Resulta imposible obtener información satisfactoria sobre la forma y el tamaño del célebre trípode délfico. Las teorías al respecto se basan —en su mayor parte— en pequeños trípodes ornamentales descubiertos en distintos templos.

Montfaucon, en su *Antiquity Explained by Montfaucon*, coincide en lo fundamental con las deducciones posteriores de Kircher y cree que las

legendarias lámparas perennes de los templos eran ingeniosos artilugios mecánicos. Añade, además, que la creencia de que las lámparas ardieran en las tumbas de forma indefinida era consecuencia del hecho notable de que, en algunos casos, de la entrada de unas cámaras que se acababan de abrir habían salido unos gases que parecían humo. Al entrar posteriormente los grupos y descubrir lámparas dispersas por el suelo, habían supuesto que eran ellas las causantes de los gases.

Existen varias historias interesantes sobre el descubrimiento de lámparas perennes en distintas partes del mundo. En una tumba situada en la Vía Apia que se abrió durante el papado de Paulo III se halló una lámpara que se había mantenido encendida en una cámara hermética durante casi mil seiscientos años. Según una versión escrita por un contemporáneo, se encontró el cadáver de una hermosa joven de largos cabellos dorados flotando en un líquido transparente desconocido y estaba tan bien conservado como si hubiera muerto apenas unas horas antes. En el interior de la cámara había una cantidad de objetos significativos, como varias lámparas, una de las cuales estaba encendida. Los que entraron en el sepulcro declararon que la corriente de aire provocada al abrir la puerta apagó la luz y que la lámpara no se pudo volver a encender. Kircher reproduce un epitafio —TULLI-OLAE FILLIAE MEAE— que supuestamente se encontró en la tumba, pero que nunca existió, según Montfaucon; este añade que, aunque no se pudieron encontrar pruebas decisivas, en general se creía que se trataba del cadáver de Tulia, la hija de Cicerón.

Se han descubierto lámparas perennes en todas las partes del mundo. No solo los países del Mediterráneo, sino también India, Tíbet, China y América del Sur, han aportado casos de luces que ardían de forma permanente sin combustible. Los ejemplos que siguen se han seleccionado al azar de la lista impresionante de lámparas perennes halladas en distintas épocas.

Plutarco escribió acerca de una lámpara que ardía sobre la puerta de un templo dedicado a Júpiter Amón; los sacerdotes declararon que se había mantenido encendida durante siglos sin combustible.

San Agustín describió una lámpara perenne, guardada en un templo de Egipto consagrado a Venus, que ni el viento ni el agua podían apagar. Él creía que era obra del demonio.

Se encontró una lámpara perenne en Edessa, o Antioquía, durante el reinado del emperador Justiniano. Estaba situada en una hornacina sobre la puerta de la ciudad, muy bien resguardada para protegerla de

los elementos. La fecha que llevaba inscrita demostraba que la lámpara había estado ardiendo durante más de quinientos años. Fue destruida por unos soldados.

Al comienzo de la Edad Media se encontró una lámpara en Inglaterra que estaba encendida desde el siglo III después de Cristo. Se cree que el monumento que la contenía era la tumba del padre de Constantino el Grande.

El farol de Pallas fue descubierto cerca de Roma en el año 1401. Lo encontraron en el sepulcro de Pallas, el hijo de Evandro, al que Virgilio inmortalizó en su *Eneida*. El farol estaba situado a la cabeza del cuerpo y había ardido con un brillo constante durante más de dos mil años.

En el año 1550, en la isla de Nesis, en la bahía de Nápoles, abrieron una espléndida cámara de mármol en la que hallaron una lámpara encendida que había sido puesta allí antes del comienzo de la era cristiana.

Pausanias describió una hermosa lámpara de oro del templo de Minerva que ardió sin interrupción durante un año sin reabastecerse de combustible y sin que le cortaran la mecha. La ceremonia de llenar la lámpara se celebraba una vez al año y el tiempo se medía por aquella ceremonia.

Según el *Fama Fraternitas*, cuando se abrió la cripta de Christian Rosacruz, ciento veinte años después de su muerte, estaba brillantemente iluminada por una lámpara perenne que colgaba del techo.

Numa Pompilio, rey de Roma y mago de considerable poder, hizo arder una lámpara perenne en la cúpula de un templo que había construido en honor de un ser elemental.

En Inglaterra se encontró una tumba curiosa en la cual había un autómata que se movía cuando un intruso pisaba determinadas piedras del suelo. Como en aquella época la controversia rosacruz estaba en su apogeo, se decidió que aquella tumba era de un iniciado rosacruz. Un campesino que descubrió la tumba y entró en ella encontró el interior muy bien iluminado por una lámpara que colgaba del techo. Al andar, su peso presionó algunas piedras del suelo y de inmediato se empezó a mover una figura que estaba sentada y cubierta por una coraza; de forma mecánica se puso de pie y golpeó la lámpara con un bastón de hierro, con lo cual la destrozó; de este modo impidió que se descubriera la sustancia secreta que mantenía la llama. No se sabe cuánto tiempo hacía que estaba encendida, pero no cabe duda de que llevaba una cantidad considerable de años.

Dicen que entre las tumbas próximas a Menfis y en los templos brahmánicos de India se han encontrado lámparas encendidas en cámaras y recipientes cerrados herméticamente, pero que, al quedar expuestas bruscamente al aire, se han apagado y el combustible que las alimentaba se ha evaporado.

Actualmente se cree que las mechas de aquellas lámparas perennes estaban hechas de asbesto trenzado o entretejido —los alquimistas lo llamaban «lana de salamandra»— y que el combustible era uno de los productos que buscaban los alquimistas. Kircher trató de extraer aceite del asbesto, convencido de que, al ser esta sustancia indestructible por el fuego, un aceite extraído de ella proporcionaría a la lámpara un combustible también indestructible. Al cabo de dos años de experimentos infructuosos, llegó a la conclusión de que era una tarea imposible.

Se conservan varias fórmulas para fabricar combustible para las lámparas. En *Isis sin velo*, H. P. Blavatsky copia dos de estas fórmulas de unos autores antiguos: Trithemius y Bartolomeo Korndorf. Una será suficiente para darnos una idea general del proceso:

> Se toman 4 onzas de azufre y alumbre y se subliman en flores hasta dos onzas. Añádase una onza de bórax cristalino de Venecia (en polvo) y sobre estos ingredientes se vierte espíritu de vino muy rectificado para disolverlos; a continuación extráigase y viértase de nuevo; repítase las veces necesarias para que el azufre se funda como la cera sin despedir humo, sobre una lámina caliente de bronce; así se obtiene el pábulo; en cambio, el pábilo se tiene que preparar de esta manera: reúnanse hebras de amianto (*Lapis asbestos*) hasta conseguir el grosor del dedo medio y el largo del meñique y colóquense en un vaso de vidrio de Venecia, cúbranse con el azufre purificado o el pábulo antedicho y colóquese el vaso en arena por espacio de veinticuatro horas, tan caliente que el azufre no pare de borbotear todo el tiempo. El pábilo que se embadurne o se unte con este pábulo se coloca en un vaso en forma de concha de vieira de modo tal que parte de él sobresalga de la masa de azufre preparado; al colocar este vaso sobre arena caliente, hay que fundir el azufre para que impregne el pábilo y, cuando se encienda, arderá con una llama perpetua y se podrá poner esta lámpara en cualquier lugar, cuando uno quiera.

Los oráculos griegos

El culto a Apolo incluía el establecimiento y el mantenimiento de lugares de profecía por medio de los cuales los dioses se podían comunicar con la humanidad y revelar el futuro a quienes merecieran tal favor. En la historia primitiva de Grecia abundan los relatos de árboles, ríos, esta-

tuas y cavernas que hablaban, en las que habían establecido su morada ninfas, dríadas o demonios y desde los cuales daban a conocer sus oráculos. Aunque los autores cristianos han tratado de demostrar que las revelaciones de los oráculos eran obra del demonio para inducir a la humanidad a error, no se han atrevido a atacar la teoría de los oráculos, por las referencias reiteradas a ellos en sus propios escritos sagrados. Si las piedras de ónice de los hombros del sumo sacerdote de Israel daban a conocer con su brillo la voluntad de Jehová, una paloma negra, dotada temporalmente de la facultad de hablar, también podía pronunciar oráculos en el templo de Júpiter Amón. Si la bruja de Endor podía invocar el fantasma de Samuel, el cual, a su vez, daba profecías a Saúl, ¿no iba a poder una sacerdotisa de Apolo invocar el espectro de su señor para predecir el destino de Grecia?

Los oráculos más famosos de la Antigüedad eran los de Delfos, Dódona, Trofonio y Latona, de los cuales los más antiguos eran los robles parlantes de Dódona. Aunque no podemos remontarnos a los orígenes de la teoría de la profecía oracular, se sabe que muchas de las cuevas y las grietas que los griegos reservaban a los oráculos ya eran sagrados mucho antes de que comenzara la cultura griega.

El oráculo de Apolo en Delfos sigue siendo uno de los misterios sin resolver de la Antigüedad. Según Alexander Wilder, su nombre deriva de *delphos*, «vientre», y fue escogido por los griegos por la forma de la caverna y la abertura que conducía a las profundidades de la tierra. El nombre original del oráculo era *Pytho*, porque sus cámaras habían sido la morada de la gran serpiente Pitón, una criatura aterradora que había surgido sigilosamente del limo que quedó al acabar el diluvio que había destruido a todos los seres humanos, menos a Deucalión y a Pirra. Apolo trepó por la ladera del monte Parnaso, dio muerte a la serpiente tras un combate prolongado y arrojó su cuerpo por la grieta del oráculo. A partir de entonces, la divinidad solar, Apolo Pitio, daba oráculos desde el conducto y compartía con Dioniso el honor de ser el patrono de Delfos.

Cuando Pitón fue derrotado por Apolo, su espíritu permaneció en Delfos como representante de su vencedor y con ayuda de sus emanaciones la sacerdotisa lograba entrar en comunicación con el dios. Se suponía que los gases que salían de la grieta del oráculo procedían del cuerpo en descomposición de Pitón. El nombre de «pitonisa» o «Pythia» que se daba a la hierofante del oráculo significa, literalmente, «persona que ha entrado en un estado de arrebato religioso por inhalar gases

de una materia en descomposición». También interesa destacar que los griegos creían que el oráculo de Delfos era el ombligo de la tierra, lo que demuestra que, para ellos, el planeta era un inmenso ser humano. La conexión entre el principio de la revelación oracular y el significado oculto del ombligo es un secreto importante que tiene que ver con los Misterios antiguos.

Sin embargo, el oráculo es mucho más antiguo de lo que indica el relato anterior. Es probable que los sacerdotes inventaran esta historia para explicar los fenómenos a aquellos curiosos a los que no consideraban dignos de aclaraciones con respecto a la verdadera naturaleza esotérica del oráculo. Algunos creen que la grieta délfica fue descubierta por un sacerdote, pero la cueva era sagrada desde que se tienen registros históricos y acudían personas de todas partes de Grecia y de los países vecinos para interrogar al demonio que vivía en aquel conducto que parecía una chimenea. Los sacerdotes y las sacerdotisas lo protegían celosamente y servían al espíritu que moraba en su interior e iluminaba a la humanidad gracias al don de la profecía.

La historia del descubrimiento original del oráculo es más o menos como sigue: sorprendía a los pastores que cuidaban a sus rebaños en la ladera del monte Parnaso la manera en que retozaban las cabras cuando se acercaban a un gran abismo situado en su ramal sudoeste. Los animales brincaban como si quisieran bailar y emitían extraños gritos que no se parecían a nada oído hasta entonces. Al final, deseoso de conocer la causa de aquel fenómeno, uno de los pastores se acercó, curioso, al conducto, del cual salían unos gases nocivos, y de inmediato se apoderó de él un éxtasis profético, se puso a bailar desenfrenadamente, a cantar, a farfullar sonidos inarticulados y a predecir el futuro. Otros se acercaron a la grieta y les pasó lo mismo. La fama del lugar se difundió y muchos se acercaron a conocer el futuro mediante la inhalación de los gases pestilentes, que los ponían eufóricos hasta llegar casi al delirio.

Algunos de los que iban, como eran incapaces de controlarse y como temporalmente tenían una fuerza de locos, se soltaban bruscamente de aquellos que pretendían contenerlos, saltaban por la abertura y morían. Para evitar que otros hicieran lo mismo, se levantó un muro alrededor de la grieta y se nombró a una profetisa para que actuara de intermediaria entre el oráculo y los que acudían a formularle una pregunta. Según los expertos posteriores, se colocó encima de la hendidura un trípode de oro, adornado con tallas de Apolo y con la forma de Pitón, la gran serpiente, sobre el cual se dispuso un asiento preparado es-

pecialmente, construido de tal modo que, aunque uno estuviera bajo los efectos de los gases del oráculo, no pudiera caerse fácilmente. Justo antes de esta época se había difundido la versión de que los gases del oráculo se desprendían del cuerpo en descomposición de Pitón. Es posible que el oráculo revelase su propio origen.

Al principio y durante muchos siglos se consagraron doncellas vírgenes al servicio del oráculo. Las llamaban *phaebades* o pitias y constituían la famosa orden de las llamadas «pitonisas». Es probable que se escogiera a mujeres para recibir los oráculos porque su naturaleza sensible y emocional reaccionaba antes y de forma más completa a los «gases del entusiasmo». Tres días antes del momento establecido para recibir las comunicaciones de Apolo, la sacerdotisa virgen comenzaba la ceremonia de purificación: se bañaba en el pozo de Castalia, ayunaba y solo bebía agua de la fuente de Cassotis, que llegaba al templo mediante tuberías ocultas, y, justo antes de subir al trípode, mascaba unas cuantas hojas del laurel sagrado. Se ha dicho que el agua contenía drogas alucinógenas o que los sacerdotes de Delfos eran capaces de fabricar un gas estimulante y estupefaciente que conducían por tuberías subterráneas y soltaban en el hueco del oráculo, varios metros por debajo de la superficie. De todos modos, ninguna de estas teorías se ha podido demostrar ni tampoco explica de ninguna manera la precisión de las predicciones.

Cuando la joven profetisa finalizaba el proceso de purificación, la vestían con vestiduras santificadas y la conducían al trípode, sobre el cual se sentaba, en medio de los vapores nocivos que surgían de la enorme grieta. Poco a poco, a medida que iba inhalando los gases, se producía en ella una transformación, como si hubiese entrado en su cuerpo un espíritu diferente; forcejeaba, se rasgaba las vestiduras y prorrumpía en gritos inarticulados. Al cabo de un rato dejaba de forcejear. Cuando se calmaba, parecía apoderarse de ella una gran majestuosidad y, con los ojos fijos en el espacio y el cuerpo rígido, pronunciaba las palabras proféticas. Por lo general, las predicciones se hacían en forma de hexámetros, pero las palabras solían ser ambiguas y a veces ininteligibles. Cada sonido que emitía y cada movimiento de su cuerpo eran registrados meticulosamente por los cinco *hosii*, u hombres santos, designados escribas para conservar todos los detalles de cada adivinación. Los *hosii* eran nombrados de por vida y se elegían entre los descendientes directos de Deucalión.

Después de dar el oráculo, la pitonisa volvía a forcejear y el espíritu la abandonaba. A continuación, la transportaban o la ayudaban a ir a

una cámara de reposo, donde permanecía hasta que se le pasaba el éxtasis nervioso.

Jámblico, en su disertación *Sobre los misterios egipcios*, describe que el espíritu del oráculo —un demonio abrasador, tal vez el mismo Apolo— se apoderaba de la pitonisa y se manifestaba a través de ella: «Pero la profetisa de Delfos, ya sea que diese oráculos a la humanidad por medio de un espíritu atenuado y exaltado que estallaba desde la entrada de la caverna o que, sentada en el *adytum* sobre un trípode de bronce o sobre un taburete de cuatro patas, se consagrase a Dios, en cualquiera de los dos casos, se entrega por completo a un espíritu divino y es iluminada por un rayo del fuego divino. Y cuando el fuego que sube desde la boca de la cueva le confiere circularmente una abundancia serena, ella se llena de un esplendor divino, pero, cuando se coloca en el asiento del dios, se adapta al poder profético permanente de este y, mediante estas dos operaciones preliminares, es poseída totalmente por el dios, que entonces, sin lugar a dudas, se manifiesta y la ilumina por separado y la distingue del fuego, el espíritu, el asiento propiamente dicho y, en síntesis, de todo el aparato visible del lugar, tanto el físico como el sagrado».

Entre las celebridades que visitaron el oráculo de Delfos figuran el inmortal Apolonio de Tiana y su discípulo Damis. Él hizo sus ofrendas y, tras ser coronado con una corona de laurel y recibir una rama de la misma planta para que la llevara en la mano, rodeó la estatua de Apolo que había delante de la entrada de la cueva y, por detrás de la estatua, descendió al recinto sagrado del oráculo. La sacerdotisa también llevaba una corona de laurel y la cabeza envuelta con una cinta de lana blanca. Apolonio preguntó al oráculo si las generaciones futuras recordarían su nombre. La pitonisa respondió que sí, aunque declaró que siempre sería calumniado. Apolonio se marchó de la caverna enfadado, pero el tiempo ha demostrado la exactitud de la predicción, porque los primeros Padres de la Iglesia perpetuaron el nombre de Apolonio como el Anticristo. (Para más información sobre esta historia, véase *Histoire de la Magie*.)

Los mensajes que transmitía la profetisa virgen se entregaban a los filósofos del oráculo, cuya función consistía en interpretarlos y aplicarlos. Las comunicaciones se enviaban entonces a los poetas, que de inmediato las convertían en odas y poemas líricos que expresaban con exquisitez las declaraciones que supuestamente había hecho Apolo y las ponían al alcance del pueblo.

Las serpientes estaban muy presentes en el oráculo de Delfos. La base del trípode sobre el cual se sentaba la pitonisa estaba formada por los cuerpos retorcidos de tres serpientes gigantescas. Según algunos expertos, uno de los procesos empleados para producir el éxtasis profético consistía en obligar a la joven sacerdotisa a mirar fijamente a los ojos a una serpiente. Fascinada e hipnotizada, ella hablaba entonces con la voz del dios.

Aunque las primeras sacerdotisas pitias siempre eran doncellas —algunas no habían salido de la adolescencia—, posteriormente se aprobó una ley según la cual solo podían ser portavoces del oráculo las mujeres mayores de cincuenta años. Aquellas mujeres mayores se vestían como niñas y cumplían el mismo ceremonial que las primeras pitias. Es probable que este cambio fuera consecuencia indirecta de una serie de ataques que sufrieron las sacerdotisas por parte de los profanos.

En los primeros años de la historia del oráculo de Delfos, el dios solo hablaba cada siete años, en el cumpleaños de Apolo. Sin embargo, a medida que fue pasando el tiempo, la demanda aumentó tanto que la pitia se veía obligada a sentarse en el trípode todos los meses. El momento elegido para la consulta y las preguntas que se formulaban se determinaban al azar o por la votación de los habitantes de Delfos.

En general se reconoce que el oráculo de Delfos tuvo una influencia profundamente constructiva sobre la cultura griega. James Gardner la sintetiza con las siguientes palabras: «Sus respuestas pusieron de manifiesto a más de un tirano y predijeron su destino. Gracias a él, muchos infelices se salvaron de la destrucción y muchas personas desconcertadas fueron conducidas por el buen camino. Fomentó las instituciones útiles y promovió el progreso de los descubrimientos prácticos. Su influencia moral se notó por el lado de la virtud y su influencia política, a favor del aumento de las libertades civiles». (Véase *The Faiths of the World.*)

Quien presidía el oráculo de Dódona era Júpiter, que pronunciaba profecías a través de robles, pájaros y jarrones de bronce. Muchos escritores han destacado las similitudes entre los rituales de Dódona y los de los druidas de Britania y la Galia. La famosa paloma del oráculo de Dódona, que se posaba en las ramas de los robles sagrados, no solo hablaba en griego largo y tendido sobre filosofía y religión, sino que también respondía las preguntas de aquellos que llegaban de lugares lejanos para hacerle consultas.

Los árboles «parlantes» estaban juntos y formaban un bosquecillo sagrado. Cuando los sacerdotes buscaban respuestas a preguntas importantes, después de purificaciones exhaustivas y solemnes, se retiraban al bosquecillo a abordar a los árboles y rogaban al dios que vivía en su interior que les diera una respuesta. Después de que ellos formularan sus preguntas, los árboles hablaban con la voz de seres humanos y revelaban a los sacerdotes la información que deseaban. Algunos sostienen que había un solo árbol que hablaba: un roble o un haya que estaba en el centro mismo del antiguo bosquecillo. Como se creía que Júpiter vivía en aquel árbol, a veces lo llamaban *Phegonaeus*, es decir, «el que vive en un haya».

Lo más curioso de los oráculos de Dódona eran los jarrones o marmitas «parlantes». Eran de bronce y estaban tan bien hechos que, cuando los golpeaban, seguían sonando durante horas. Algunos escritores han descrito una hilera de estos jarrones y han declarado que, si golpeaban uno, las vibraciones se transmitían a todos los demás y entonces se producía un barullo espantoso. Otros autores hablan de un solo jarrón colocado sobre un pilar, cerca del cual había otra columna que sostenía la estatua de un niño con una fusta. En el extremo de la fusta había una cantidad de cuerdas oscilantes con pelotitas de metal en el extremo; el viento, que soplaba sin cesar a través del edificio abierto, golpeaba las pelotitas contra el jarrón. La cantidad y la intensidad de los impactos y las reverberaciones en el jarrón se anotaban cuidadosamente y los sacerdotes daban sus oráculos según ellas.

Cuando los sacerdotes originales de Dódona, los *selloi*, desaparecieron misteriosamente, durante muchos siglos atendieron el oráculo tres sacerdotisas que interpretaban los jarrones y a medianoche interrogaban a los árboles sagrados. Se esperaba que quienes consultasen el oráculo llevaran ofrendas o hicieran aportaciones.

Otro oráculo extraordinario fue la cueva de Trofonio, situada en la ladera de una colina, que tenía una entrada tan pequeña que parecía imposible que pudiera entrar ningún ser humano. Después de hacer una ofrenda ante la estatua de Trofonio y de ponerse las prendas santificadas, el consultante subía la colina hasta la cueva, llevando en una mano una tarta de miel; se sentaba al borde de la abertura e introducía los pies en ella. Entonces todo su cuerpo era introducido vertiginosamente en la cueva, en la cual, según los que habían entrado, solo cabía un horno mediano. Cuando el oráculo finalizaba sus revelaciones, el consultante era expulsado violentamente de la cueva, con los pies por delante y por lo general delirando.

Cerca de la cueva del oráculo, el agua salía a borbotones de dos fuentes que había en el suelo, a escasos metros la una de la otra. Los que estaban a punto de entrar en la cueva bebían antes de aquellas fuentes, cuyas aguas —aparentemente— poseían propiedades ocultas especiales. La primera contenía el agua del olvido y todos los que bebían de ella olvidaban sus pesares terrenales. De la segunda fuente manaba el agua sagrada de Mnemósine, la Memoria, que después permitía a todos los que bebían de ella recordar sus experiencias en la cueva.

Aunque la entrada estaba marcada por dos obeliscos de bronce, la cueva, rodeada por un muro de piedras blancas y oculta en medio de un bosquecillo de árboles sagrados, no tenía un aspecto imponente. No cabe duda de que quienes entraban en ella pasaban por experiencias extrañas, porque estaban obligados a dejar en el templo contiguo un relato completo de lo que veían y escuchaban mientras estaban en el oráculo. Las profecías se daban en forma de sueños y visiones e iban acompañadas por intensos dolores de cabeza; algunos no se recuperaban jamás por completo de los efectos de su delirio. La relación confusa de sus experiencias era interpretada por los sacerdotes según la pregunta que había que responder. Aunque es probable que los sacerdotes usaran alguna hierba desconocida para provocar los sueños o las visiones de la caverna, su habilidad para interpretarlos rayaba en lo sobrenatural. Antes de consultar el oráculo, era necesario ofrecer un carnero al demonio de la cueva y el sacerdote decidía por hieromancia si el momento elegido era propicio y el sacrificio era satisfactorio.

Las siete maravillas del mundo

Muchos de los escultores y los arquitectos del mundo antiguo eran iniciados de los Misterios, sobre todo de los ritos eleusinos. Desde el principio de los tiempos, los encargados de ajustar las piedras y de tallar la madera han constituido una casta a la sombra de la divinidad. A medida que la civilización se fue extendiendo lentamente sobre la tierra, se construyeron y se abandonaron ciudades, se levantaron monumentos a héroes actualmente desconocidos y se erigieron templos a dioses que se han deshecho entre el polvo de las naciones que inspiraron. La investigación ha demostrado no solo que los constructores de tales ciudades y monumentos y los escultores que cincelaron los rostros inescrutables de los dioses eran maestros en su oficio, sino también que en el

mundo actual no hay nadie equiparable a ellos. El profundo conocimiento de la matemática y la astronomía que se manifiesta en la arquitectura antigua y el conocimiento igual de profundo de la anatomía que revela la estatuaria griega demuestran que, en ambos casos, sus artífices eran mentes superiores y profundamente ilustradas en el saber que constituía los arcanos de los Misterios. Por eso se estableció el gremio de constructores, precursor de la masonería moderna. Cuando los contrataban para construir palacios, templos o tumbas o para esculpir estatuas para los ricos, aquellos arquitectos y artistas iniciados ocultaban en sus obras la doctrina secreta, de modo que ahora, mucho después de que sus huesos hayan vuelto a convertirse en polvo, el mundo se da cuenta de que aquellos primeros artesanos fueron, sin duda, iniciados como es debido y les correspondía recibir salarios de Maestros. *

Las siete maravillas del mundo, aunque aparentemente se diseñaron por motivos diversos, en realidad eran monumentos erigidos para perpetuar los arcanos de los Misterios. Eran estructuras simbólicas, situadas en lugares peculiares, y los iniciados son los únicos que pueden detectar el verdadero motivo de su construcción. Éliphas Lévi ha destacado la notable correspondencia entre las siete maravillas y los siete planetas. Las siete maravillas del mundo fueron construidas por hijos de viudas en honor de los siete genios planetarios y su simbolismo secreto es idéntico al de los siete sellos del Apocalipsis y las siete iglesias de Asia.

1. El Coloso de Rodas, una estatua de bronce gigantesca de unos treinta y tres metros de altura, cuya construcción requirió más de doce años, fue la obra de un artista iniciado: Cares de Lindos. La teoría popular —aceptada durante varios siglos— de que la figura tenía un pie a cada lado de la entrada del puerto de Rodas y que entre ellos podían pasar los barcos con todos sus aparejos nunca se ha podido confirmar. Lamentablemente, la figura solo estuvo en pie cincuenta y seis años: un terremoto la derribó en el 224 a. de C. Las partes del coloso destrozado permanecieron esparcidas por el suelo durante más de novecientos años; finalmente fueron vendidas a un mercader judío, que se llevó el metal a lomos de setecientos camellos. Algunos creían que el bronce se convirtió en municiones y otros que se utilizó para hacer tubos de desagüe. Aquella figura dorada gigantesca, con

* En inglés, *Master Masons*. Como la palabra *mason* significa tanto «masón» como «albañil», se traducirá, simplemente, como «Maestro». *(N. de la T.)*

su corona de rayos solares y la antorcha en alto, era la representación oculta del Hombre del Sol de los Misterios, el Salvador Universal.

2. El arquitecto Quersifrón, en el siglo V a. de C., presentó a las ciudades jónicas un plan para erigir un monumento conjunto en honor de su patrona, la diosa Diana. El lugar elegido fue Éfeso, una ciudad situada al sur de Esmirna. El edificio se construyó en mármol. El techo se sostenía mediante 127 columnas, cada una de dieciocho metros de altura y más de ciento cincuenta toneladas de peso. El templo fue destruido con magia negra alrededor del 356 a. de C., aunque el mundo atribuye aquel hecho detestable al instrumento de su destrucción: un hombre trastornado llamado Eróstrato. Posteriormente se reconstruyó, pero el simbolismo se había perdido. El templo original, diseñado como una miniatura del universo, estaba dedicado a la luna, el símbolo oculto de la generación.

3. Cuando lo exiliaron de Atenas, Fidias, el más importante de todos los escultores griegos, se dirigió a Olimpia, en la provincia de Élida, donde diseñó su colosal estatua de Zeus, el dios más importante de Grecia. Actualmente ni siquiera existe una descripción precisa de aquella obra maestra y apenas unas cuantas monedas de oro ofrecen una idea inadecuada de su aspecto general. El cuerpo del dios estaba recubierto de marfil y sus vestiduras eran de oro batido. Se supone que en una mano sostenía un globo con una figura de la diosa de la Victoria y en la otra un cetro rematado por un águila. La cabeza de Zeus era arcaica, tenía una barba abundante y llevaba una corona de olivo. La estatua estaba sentada en un trono con adornos muy elaborados. Como su nombre implica, el monumento estaba dedicado al espíritu del planeta Júpiter, uno de los siete Señores Creativos que se inclinan ante el Señor del Sol.

4. Éliphas Lévi incluye el Templo de Salomón entre las siete maravillas del mundo; le da el lugar que ocupaba el Pharos o Faro de Alejandría. El Pharos, que recibe el nombre de la isla en la que estaba situado, fue diseñado y construido por Sostrates de Cnido durante el reinado de Ptolomeo (283-247 a. de C.) Según las descripciones, era de mármol blanco y medía más de ciento ochenta metros de altura. Incluso en aquella época, costó casi un millón de dólares. Se encendían fuegos encima para que pudiera ser visto desde mucha distan-

cia en el mar. Fue destruido por un terremoto en el siglo XIII, aunque quedaron restos visibles hasta el año 1350. Como era la más alta de las siete maravillas, naturalmente fue asignada a Saturno, el padre de los dioses y verdadero iluminador de toda la humanidad.

5. El Mausoleo de Halicarnaso era un monumento espléndido erigido por la reina Artemisia en memoria de su difunto esposo, el rey Mausolo, de cuyo nombre deriva la palabra *mausoleum*. El edificio fue diseñado por Sátiros y Piteos y se contrataron cuatro escultores importantes para ornamentarlo. Medía treinta y cinco metros de largo y veintiocho de ancho, estaba dividido en cinco sectores principales (los sentidos) y coronado por una pirámide (la espiritualidad del hombre). La pirámide tenía veinticuatro escalones (un número sagrado) y sobre el vértice había una estatua del rey Mausolo en un carro de guerra. Su figura medía tres metros de altura. Varias veces se ha intentado reconstruir el monumento, que fue destruido por un terremoto, pero ninguna ha sido posible del todo. Estaba consagrado al planeta Marte y fue construido por un iniciado para el progreso del mundo.

6. Los Jardines de Semíramis en Babilonia —más conocidos como «los jardines colgantes»— quedaban dentro del terreno del palacio de Nabucodonosor, cerca del río Éufrates. Formaban una pirámide con terrazas y en la parte superior había un depósito de agua para regarlos. Se construyeron alrededor del año 600 a. de C., pero se desconoce el nombre del paisajista. Simbolizaban los planos del mundo invisible y estaban consagrados a Venus, como diosa del amor y la belleza.

7. La Gran Pirámide era lo máximo entre los templos de los Misterios. Para hacer honor a su simbolismo astronómico, tuvo que ser construida hace unos setenta mil años. Era la tumba de Osiris, se creía que había sido construida por los propios dioses y es posible que el arquitecto fuera el inmortal Hermes. Es el monumento a Mercurio, el mensajero de los dioses, y símbolo universal de la sabiduría y las letras.

XIII

La vida y la filosofía de Pitágoras

Aprovechando un viaje a Delfos por asuntos relacionados con su trabajo como mercader, Mnesarchus, el padre de Pitágoras, y su esposa, Parthenis, decidieron consultar al oráculo para saber si las Parcas eran favorables para su viaje de regreso a Siria. Cuando la pitonisa (la profetisa de Apolo) se sentó en el trípode dorado, encima de la enorme entrada de aire del oráculo, en lugar de responder a la pregunta que le habían formulado, dijo a Mnesarchus que su esposa estaba encinta y que daría a luz a un hijo que estaba destinado a superar a todos los hombres en belleza y sabiduría y que, a lo largo de su vida, contribuiría mucho al bien de la humanidad. Mnesarchus quedó tan impresionado por la profecía que cambió el nombre de su esposa por el de Pythais, en honor de la pitonisa. Cuando nació el niño en Sidón, en Fenicia, fue, como había dicho el oráculo, un varón. Mnesarchus y Pythais lo llamaron Pitágoras, convencidos de que había sido predestinado por el oráculo.

Se conservan muchas leyendas extrañas en torno al nacimiento de Pitágoras. Algunos sostienen que no era un hombre mortal, sino que era uno de los dioses que había adoptado un cuerpo humano para permitirle venir al mundo e instruir a la raza humana. Pitágoras fue uno de los numerosos sabios y salvadores de la Antigüedad para los cuales se afirma una concepción inmaculada. En su *Anacalypsis*, Godfrey Higgins escribe lo siguiente: «La primera circunstancia sorprendente en la que coinciden la historia de Pitágoras y la de Jesús es que los dos eran oriundos casi del mismo país: aquel había nacido en Sidón y este, en Belén, dos ciudades de Siria. El padre de Pitágoras, al igual que el de Jesús, se enteró por una profecía de que su esposa iba a tener un hijo

que sería un benefactor de la humanidad. Los dos nacieron cuando sus madres estaban de viaje lejos del hogar: José y su esposa habían ido a Belén por una cuestión de impuestos y el padre de Pitágoras había viajado desde Samos, su lugar de residencia, a Sidón, por sus intereses mercantiles. Pythais [Pythasis], la madre de Pitágoras, tuvo una relación con un espectro o fantasma del dios Apolo, el dios del Sol (debía de ser, sin duda, un fantasma santo y aquí tenemos al Espíritu Santo), que después se apareció a su esposo y le dijo que no debía tener relaciones con su esposa durante el embarazo: una historia que, evidentemente, es la misma que la de Jesús y María. Por estas circunstancias peculiares, a Pitágoras lo conocían, igual que a Jesús, como "el hijo de Dios" y la multitud suponía que estaba bajo la influencia de la inspiración divina».

Este filósofo famosísimo nació entre el año 600 y el 590 a. de C. y se calcula que vivió casi cien años.

Las enseñanzas de Pitágoras indican que estaba perfectamente familiarizado con los preceptos del esoterismo oriental y el occidental. Viajó entre los judíos y fue instruido por los rabinos sobre las tradiciones secretas de Moisés, el legislador de Israel. Posteriormente, la escuela de los esenios se dedicó principalmente a interpretar los símbolos pitagóricos. Pitágoras fue iniciado en los Misterios egipcios, los babilonios y los caldeos. Aunque algunos creen que fue discípulo de Zaratustra, es dudoso que su instructor de ese nombre fuese el hombre-dios que actualmente veneran los parsis. Aunque los relatos de sus viajes son dispares, los historiadores coinciden en que visitó numerosos países y estudió a los pies de muchos maestros.

«Después de adquirir todo lo que podía aprender de los filósofos griegos y, supuestamente, de iniciarse en los Misterios eleusinos, fue a Egipto, donde, tras muchos rechazos y negativas, finalmente logró que los sacerdotes de Tebas lo iniciaran en los Misterios de Isis. A continuación, aquel intrépido asociacionista se dirigió a Fenicia y a Siria, donde le fueron conferidos los Misterios de Adonis y, tras cruzar el valle del Éufrates, se entretuvo el tiempo suficiente para aprender las tradiciones secretas de los caldeos, que seguían viviendo en las inmediaciones de Babilonia. Por último, hizo su incursión más importante y más histórica a través de Media y Persia hasta el Indostán, donde permaneció varios años como discípulo e iniciado de los cultos brahmanes de Elephanta y Ellora.» (Véase *Ancient Freemasonry*, de Frank C. Higgins, del grado 32.) El mismo autor añade que el nombre de Pitágoras figura aún en los registros de los brahmanes como Yavancharya, el maestro jónico.

Dicen que Pitágoras fue el primero que se llamó a sí mismo «filósofo»; de hecho, el mundo está en deuda con él por esta palabra. Antes de aquella época, a las personas dotadas de sabiduría se las llamaba «sabios», que se interpretaba como «los que saben». Pitágoras fue más modesto y acuñó la palabra «filósofo», que él definía como «alguien que quiere saber».

Cuando regresó de sus viajes, Pitágoras creó una escuela o, como se ha llamado a veces, una universidad, en Crotona, una colonia doria en el sur de Italia. Cuando llegó, lo miraron con recelo, pero al poco tiempo las personas que ocupaban cargos importantes en las colonias vecinas empezaron a buscar su asesoramiento en las cuestiones de máxima actualidad. Reunió a su alrededor a un grupo reducido de discípulos sinceros, a los que instruyó en la sabiduría secreta que le había sido revelada y también en los aspectos fundamentales de la matemática oculta, la música y la astronomía, que él consideraba la base triangular de todas las artes y las ciencias.

Cuando tenía casi sesenta años, se casó con una de sus discípulas y de aquella unión nacieron siete hijos. Su esposa era una mujer notablemente capaz, que no solo lo estimuló a lo largo de su vida, sino que, después de su asesinato, continuó difundiendo sus doctrinas.

Como ocurre tantas veces con los genios, Pitágoras, con su franqueza, se granjeó enemistades políticas y personales. Entre los que llegaron buscando la iniciación hubo uno que, porque Pitágoras se negó a admitirlo, decidió destruir tanto al hombre como a su filosofía. Mediante propaganda falsa, aquel descontento puso a la gente corriente contra el filósofo. Una pandilla de asesinos llegó sin avisar al pequeño grupo de edificios donde vivían el gran maestro y sus discípulos, quemaron las construcciones y mataron a Pitágoras.

Las versiones sobre la muerte del filósofo no se ponen de acuerdo. Algunos dicen que fue asesinado con sus discípulos; otros que, mientras huía de Crotona con un pequeño grupo de seguidores, sus enemigos lo atraparon y lo quemaron vivo en una casita en la que se habían refugiado para descansar durante la noche. Según otra versión, al verse atrapados en la construcción en llamas, los discípulos se arrojaron al fuego para convertir sus cuerpos en un puente sobre el cual Pitágoras logró escapar, aunque murió de tristeza poco después, ante la aparente inutilidad de sus esfuerzos por servir e iluminar a la humanidad.

Los discípulos que lo sobrevivieron trataron de perpetuar sus doctrinas, pero los persiguieron por todas partes y es muy poco lo que se

conserva en la actualidad como homenaje a la grandeza de este filósofo. Dicen que los discípulos de Pitágoras jamás lo llamaban ni se referían a él por su nombre, sino siempre como «el Maestro» o «aquel hombre». Es posible que esto se deba al hecho de que se creía que el nombre de Pitágoras constaba de un número determinado de letras con un orden especial y gran significación sagrada. La revista *The Word* ha publicado un artículo de T. R. Prater que demostraba que Pitágoras iniciaba a sus candidatos mediante una fórmula determinada que estaba oculta en las letras de su propio nombre. Esto explicaría por qué se reverenciaba tanto la palabra «Pitágoras».

A la muerte de Pitágoras, su escuela se fue desintegrando poco a poco, aunque los que sacaron provecho de sus enseñanzas veneraban la memoria del gran filósofo, del mismo modo en que, durante su vida, lo habían reverenciado a él. Con el paso del tiempo, Pitágoras llegó a ser considerado un dios, más que un hombre, y sus discípulos dispersos estaban unidos por su admiración común hacia el genio trascendente de su maestro. Édouard Schuré, en *Pythagoras and the Delphic Mysteries*, relata el siguiente episodio como ejemplo del vínculo de hermandad que unía a los miembros de la escuela pitagórica:

> Uno de ellos, que había caído enfermo y estaba sumido en la pobreza, fue alojado amablemente por un posadero. Antes de morir, dibujó unos cuantos signos misteriosos (seguramente, el pentáculo) sobre la puerta de la posada y dijo al dueño: «No os preocupéis, que alguno de mis hermanos saldará mis deudas». Al cabo de un año pasó por allí un desconocido que vio los signos y le dijo al dueño: «Soy pitagórico y aquí murió uno de mis hermanos; decidme cuánto os debo en su nombre».

Frank C. Higgins, del grado 32, ofrece a continuación un compendio excelente de los principios pitagóricos:

> Las enseñanzas de Pitágoras son de trascendental importancia para los masones, puesto que son el fruto necesario de su contacto con los filósofos más destacados de todo el mundo civilizado de su época y deben de representar aquello en lo que todos estaban de acuerdo, despojado de toda la cizaña de la controversia. Por eso, la postura decidida de Pitágoras en defensa del monoteísmo puro es prueba suficiente de que la tradición en cuanto a que la unidad de Dios era el secreto supremo de todas las instituciones antiguas es totalmente correcta. La escuela filosófica de Pitágoras era, en cierta medida, también una serie de iniciaciones, porque hacía pasar a sus discípulos por una serie de grados y jamás les permitía estar en contacto directo con él hasta que alcanzaban los grados superiores. Según sus biógrafos, los grados eran tres. El

primero, el de «Mathematicus», brindaba a sus discípulos un nivel de competencia en matemática y geometría que era entonces —lo sería también ahora si la masonería se inculcara de forma adecuada— la base sobre la cual se erigía todo el resto del conocimiento. En segundo lugar, estaba el grado de «Theoreticus», que se refería a las aplicaciones superficiales de las ciencias exactas, y, por último, el grado de «Electus», que permitía al candidato adelantarse hasta alcanzar la luz de la máxima iluminación que era capaz de absorber. Los discípulos de la escuela pitagórica se clasificaban en «exoterici», o alumnos de los grados externos, y «esoterici», cuando habían superado el tercer grado de iniciación y tenían derecho a acceder a la sabiduría secreta. El silencio, el secreto y la obediencia incondicional eran principios fundamentales de esta gran orden. (Véase *Ancient Freemasonry*.)

Los fundamentos pitagóricos

El estudio de la geometría, la música y la astronomía se consideraba fundamental para un conocimiento racional de Dios, el hombre o la naturaleza y nadie que no conociera a fondo estas ciencias podía acompañar a Pitágoras como discípulo. Eran muchos los que pedían ser admitidos en su escuela. Se examinaba a cada candidato en las tres materias y los que las ignoraban eran rechazados de inmediato.

Pitágoras no era extremista: enseñaba la moderación en todo, más que el exceso en algo, porque creía que un exceso de virtud era, en sí mismo, un defecto. Una de sus frases favoritas era: «Debemos poner todo nuestro empeño en evitar y amputar, a fuego y a espada y por cualquier otro medio, del cuerpo la enfermedad, del alma la ignorancia, del vientre la lujuria, de una ciudad la sedición, de una familia la discordia y de todas las cosas el exceso». También opinaba que no hay delito peor que la anarquía.

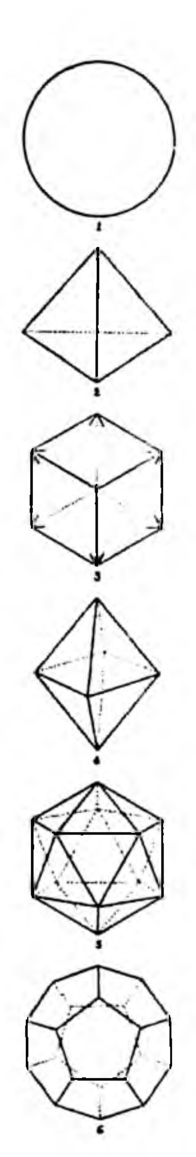
Todo el mundo sabe lo que quiere, pero pocos saben lo que necesitan. Pitágoras advertía a sus discípulos que, cuando rezaran, no pidieran para sí mismos y que, cuando solicitaran algo a los dioses, no les requirieran cosas para sí mismos, porque nadie sabe lo que es bueno para sí y, por tal motivo, no conviene pedir cosas que, si se obtuvieran, solo resultarían perjudiciales.

El dios de Pitágoras era la mónada, o el Uno que lo es Todo. Describía a Dios como la Mente Suprema distribuida por todo el universo: la causa de todas las cosas, la inteligencia de todas las cosas y el poder que hay en todas las cosas. Decía también que el movimiento divino era circular, que el cuerpo de Dios estaba compuesto por la sustancia de la luz

y que la naturaleza de Dios estaba compuesta por la sustancia de la verdad.

Para Pitágoras, comer carne nublaba la facultad de razonamiento. Si bien no condenaba su uso ni se abstenía por completo él mismo, decía que los jueces debían abstenerse de comer carne antes de un juicio, para que los que compareciesen ante ellos recibieran las decisiones más honestas y acertadas. Cuando Pitágoras decidía —como ocurría a menudo— retirarse al templo de Dios por un período prolongado para meditar y orar, llevaba consigo comidas y bebidas preparadas especialmente. La comida consistía en semillas de amapola y sésamo a partes iguales, la piel de la cebolla albarrana totalmente disecada, la flor del narciso, hojas de malva y una pasta hecha de cebada y guisantes. Mezclaba todo esto y le agregaba miel silvestre. Para beber, combinaba semillas de pepinos, pasas de uva (sin semillas), flores de cilantro, semillas de malva y verdolaga, queso rallado, harina y nata y lo endulzaba con miel silvestre. Según Pitágoras, era lo que comía Hércules cuando deambulaba por el desierto de Libia y la mismísima diosa Ceres había dado al héroe aquella receta.

El método favorito de curación entre los pitagóricos eran las cataplasmas. También conocían las propiedades mágicas de gran cantidad de plantas. Pitágoras valoraba mucho las propiedades medicinales de la cebolla albarrana y dicen que escribió todo un libro sobre este tema, aunque no tenemos actualmente ninguna constancia de dicha obra. Pitágoras descubrió que la música tenía gran poder terapéutico y preparó armonías especiales para diversas enfermedades. Parece que también experimentó con el color y obtuvo un éxito considerable. Uno de sus procesos curativos únicos se debe a su descubrimiento del valor curativo de determinados versos de la *Odisea* y la *Ilíada* de Homero y hacía que se los leyeran a personas que padecían



LOS SÓLIDOS GEOMÉTRICOS SIMÉTRICOS

A los cinco sólidos simétricos de los antiguos se suma la esfera (1), la más perfecta de todas las formas creadas. Los cinco sólidos pitagóricos son: el tetraedro (2), cuyas cuatro caras son triángulos equiláteros; el cubo (3), cuyas seis caras son cuadrados; el octaedro (4), cuyas ocho caras son triángulos equiláteros; el icosaedro (5), cuyas veinte caras son triángulos equiláteros, y el dodecaedro (6), cuyas doce caras son pentágonos regulares.

ciertas enfermedades. Se oponía a la cirugía en todas sus formas y también estaba en contra de la cauterización. No permitía que nada afeara el cuerpo humano, porque, según él, constituía un sacrilegio contra el lugar donde moraban los dioses.

Pitágoras enseñaba que la amistad era la relación más auténtica y que era casi perfecta. Declaraba que en la naturaleza había amistad de todos para con todos: de los dioses hacia los hombres; de las doctrinas entre sí; del alma con respecto al cuerpo; de la parte racional con la irracional; de la filosofía con respecto a su teoría; de los hombres entre sí; entre compatriotas; que la amistad también existía entre extraños, entre un hombre y su mujer, sus hijos y sus criados. Todos los vínculos en los que no hubiera amistad eran grilletes y no había virtud alguna en mantenerlos. Pitágoras creía que las relaciones eran fundamentalmente mentales, más que físicas, y que un desconocido con un intelecto comprensivo estaba más cerca de él que un consanguíneo cuyos puntos de vista discreparan de los suyos. Pitágoras definía el conocimiento como el fruto de la acumulación mental. Creía que se obtenía de muchas maneras, pero fundamentalmente por medio de la observación. La sabiduría era el conocimiento del origen o la causa de todas las cosas y la única manera de conseguirla era elevando el intelecto hasta alcanzar un punto en el cual conocía intuitivamente lo invisible que se manifestaba exteriormente a través de lo visible y, de este modo, conseguía establecer un *rapport* con el espíritu de las cosas, más que con sus formas. Lo máximo que la sabiduría podía conocer era la mónada, el misterioso átomo permanente de los pitagóricos.

Pitágoras enseñaba que tanto el hombre como el universo estaban hechos a imagen y semejanza de Dios y que, al estar hechos los dos a partir de la misma imagen, comprender uno suponía conocer el otro. Enseñaba, además, que había una interrelación constante entre el Gran Hombre (el cosmos) y el hombre (el microcosmos).

Pitágoras creía que todos los cuerpos siderales estaban vivos y que las formas de los planetas y las estrellas no eran más que cuerpos que revestían almas, mentes y espíritus, del mismo modo en que la forma humana visible no es más que el medio que recubre un organismo espiritual invisible, que es, en realidad, el individuo consciente. Para Pitágoras, los planetas eran divinidades espléndidas que merecían la adoración y el respeto del hombre. Sin embargo, opinaba que todas aquellas divinidades estaban supeditadas a La Causa Primera, dentro de la cual todas existían temporalmente, como la mortalidad existe en medio de la inmortalidad.

La famosa Y pitagórica representaba la capacidad de elección y se usaba en los Misterios como emblema de la bifurcación de los caminos. El tronco central se separaba en dos partes, una de las cuales se ramificaba hacia la derecha y la otra, hacia la izquierda. La rama de la derecha se llamaba «sabiduría divina» y la de la izquierda, «sabiduría terrenal». La juventud, encarnada en el candidato, que recorría el camino de la vida —representado por el tronco central de la Y—, llega al punto en el cual el camino se bifurca. El neófito debe elegir entonces entre seguir el camino de la izquierda y, siguiendo los dictados de su naturaleza inferior, ingresar en un espacio de locura e irreflexión que lo llevará irremediablemente a la ruina, o seguir el camino de la derecha y, gracias a la integridad, la laboriosidad y la sinceridad, conseguir finalmente la unión con los inmortales en las esferas superiores.

Es probable que Pitágoras tomase su concepto de la Y de los egipcios, que incluían en algunos de sus rituales de iniciación una escena en la cual el candidato se encontraba frente a dos figuras femeninas. Una de ellas, tapada con las túnicas blancas del templo, animaba al neófito a ingresar en las salas del conocimiento, mientras que la otra, engalanada con joyas que simbolizaban los tesoros terrenales y llevando en las manos una bandeja llena de uvas (emblemas de la luz falsa), intentaba atraerlo hacia las cámaras de la disipación. Este símbolo sigue existiendo en las cartas del Tarot, donde se llama «la bifurcación de los caminos». Para muchas naciones, la horquilla es el símbolo de la vida y se solía colocar en el desierto para indicar la presencia de agua.

Con respecto a la teoría de la transmigración como la ha difundido Pitágoras hay diversas opiniones. Según algunos, enseñaba que aquellos mortales que, por lo que habían hecho durante su existencia terrenal, habían llegado a parecerse a ciertos animales volvían a la tierra bajo la apariencia de tales animales. Por ejemplo, una persona tímida regresaría en forma de conejo o de ciervo; una persona cruel, en forma de lobo o de algún otro animal feroz, y una persona astuta, con apariencia de zorro. Sin embargo, este concepto no encaja dentro del esquema pitagórico general y es mucho más probable que tuviera un sentido más alegórico que literal. La intención era dar la idea de que los seres humanos se vuelven brutales cuando se dejan dominar por sus deseos más bajos y sus tendencias destructivas. Es probable que haya que entender la palabra «transmigración» como lo que habitualmente se llama «reencarnación», una doctrina con la que Pitágoras debió de tener contacto directo o indirecto en India y en Egipto.

El hecho de que Pitágoras aceptaba la teoría de las reapariciones sucesivas de la naturaleza espiritual en forma humana se encuentra en una nota a pie de página en la *Historia de la magia* de Lévi: «Era un defensor importante de lo que solía llamarse la doctrina de la metempsicosis, entendida como la transmigración del alma en cuerpos sucesivos. Él mismo había sido a) Etálides, uno de los hijos de Mercurio; b) Euforbo, hijo de Panto, que pereció a manos de Menelao en la guerra de Troya; c) Hermótimo de Clazomene, una ciudad de Jonia; d) un humilde pescador, y, finalmente, e) el filósofo de Samos».

Pitágoras enseñaba también que cada especie de criatura tenía lo que él llamaba un sello, otorgado por Dios, y que la forma física de cada una era la impresión de aquel sello sobre la cera de la sustancia física, de modo que cada cuerpo llevaba estampada la dignidad del modelo que Dios le había otorgado. Pitágoras creía que al final el hombre alcanzaría un estado en el que se desprendería de su naturaleza burda y actuaría en un cuerpo de éter espiritualizado, yuxtapuesto en todo momento a su forma física, que podría ser la Octava Esfera, o Antichton, desde la cual ascendería al reino de los inmortales, al que pertenecía por derecho divino de nacimiento.

Pitágoras enseñaba que todo lo que existía en la naturaleza era divisible en tres partes y que no se podía llegar a ser verdaderamente sabio hasta que no se veían los problemas como diagramáticamente triangulares. Decía: «Si se establece un triángulo, dos tercios del problema quedan resueltos» y también: «Todo está formado por tres». Según este punto de vista, Pitágoras dividía el cosmos en tres partes, que él llamaba el «mundo supremo», el «mundo superior» y el «mundo inferior». El más elevado, o mundo supremo, era una sutil esencia espiritual que se compenetraba con todas las cosas y, por consiguiente, era el verdadero plano de la propia Divinidad Suprema, ya que la Divinidad era, en todos los sentidos, omnipresente, omniactiva, omnipotente y omnisciente. Los dos mundos inferiores existían dentro de la naturaleza de aquella esfera suprema.

En el mundo superior vivían los inmortales y también los arquetipos o los sellos, cuya naturaleza no participaba en modo alguno del material de lo terreno, sino que, como proyectaban sus sombras sobre lo profundo (el mundo inferior), sólo se podían conocer a través de ellas. En el tercero, o mundo inferior, vivían las criaturas que eran partícipes de la sustancia material o participaban en el trabajo con la sustancia material y en ella. Por consiguiente, esta esfera era

la morada de los dioses mortales, los demiurgos, los ángeles que trabajan con los hombres, también de los demonios que participan de la naturaleza de la tierra y, por último, de la humanidad y los reinos inferiores, los que transitoriamente pertenecen a la tierra pero son capaces de elevarse por encima de aquella esfera mediante la razón y la filosofía.

Los pitagóricos no consideran números a los dígitos uno y dos, porque representan las dos esferas supramundanas. Por consiguiente, los números pitagóricos empiezan por el tres, el triángulo, y el cuatro, el cuadrado, que, sumados al uno y al dos, producen el diez, el gran número de todas las cosas, el arquetipo del cosmos. Los tres mundos se llamaban «receptáculos». El primero era el receptáculo de los principios; el segundo, el de las inteligencias, y el tercero, o inferior, el de las cantidades.

> Tanto Pitágoras como los pensadores griegos posteriores daban la máxima importancia a los sólidos simétricos. Para que un sólido fuera perfectamente simétrico o regular, la misma cantidad de caras tenían que converger en todos sus ángulos y esas caras debían ser polígonos regulares iguales, es decir, figuras cuyos lados y ángulos fuesen todos iguales. Tal vez se pueda atribuir a Pitágoras el gran descubrimiento de que solo hay cinco sólidos de este tipo. [...]
>
> Los griegos creían que el mundo [el universo material] estaba compuesto por cuatro elementos —tierra, aire, fuego y agua— y para la mente griega era inevitable la conclusión de que las formas de las partículas de los elementos eran las de los sólidos regulares. Las partículas de tierra eran cúbicas, porque el cubo era el sólido regular que poseía más estabilidad. Las partículas de fuego eran tetraédricas, porque el tetraedro era el sólido más sencillo y, por lo tanto, el más ligero. Las partículas de agua eran icosaédricas, precisamente por el motivo contrario, mientras que las partículas de aire, como intermedias entre las dos últimas, eran octaédricas. El dodecaedro era, para aquellos matemáticos antiguos, el sólido más misterioso; era, con diferencia, el más difícil de construir, porque dibujar con precisión un pentágono regular requería una aplicación bastante compleja del gran teorema de Pitágoras. De ahí la conclusión, como dijo Platón, de que «la divinidad lo utilizó (al dodecaedro regular) para dibujar el plano del universo». (H. Stanley Redgrove en *Bygone Beliefs*.)

Redgrove no ha mencionado el quinto elemento de los Misterios antiguos, el que completaría la analogía entre los sólidos simétricos y los elementos. A aquel quinto elemento, o éter, los hindúes lo llamaban *akasa*. Estaba estrechamente relacionado con el éter hipotético de la ciencia moderna y era la sustancia que se compenetraba con todos los demás elementos y actuaba como su disolvente común y su denomina-

dor común. El sólido de doce caras también hacía referencia, sutilmente, a los doce inmortales que allanaban el universo y también a las doce circunvoluciones del cerebro humano: los vehículos de aquellos inmortales en la naturaleza humana.

Aunque Pitágoras, según algunos contemporáneos suyos, practicaba la adivinación (posiblemente la aritmomancia), no disponemos de información precisa sobre los métodos que empleaba. Se cree que tenía una rueda extraordinaria mediante la cual podía predecir el futuro y que había aprendido hidromancia con los egipcios. Creía que el bronce tenía poderes oraculares, porque, incluso cuando todo estaba perfectamente quieto, siempre había un ruido sordo en los cuencos de bronce. En una ocasión, mientras oraba al espíritu de un río, salió del agua una voz que dijo: «Salve, Pitágoras». Dicen que podía hacer que los demonios se sumergieran en el agua y agitaran su superficie y que aquellas ondas permitían predecir algunas cosas.

Un día, después de beber de cierto manantial, uno de los maestros de Pitágoras anunció que el espíritu del agua acababa de predecir que al día siguiente se produciría un gran terremoto y la profecía se cumplió. Es muy probable que Pitágoras tuviese poder hipnótico no solo sobre los hombres, sino también sobre los animales. Ejerciendo su influencia mental, consiguió que un ave cambiara el rumbo de su vuelo, que un oso dejara de causar estragos en una comunidad y que un toro cambiara su alimentación. También tenía el don de la clarividencia y era capaz de ver desde lejos y de describir con precisión acontecimientos que aún no se habían producido.

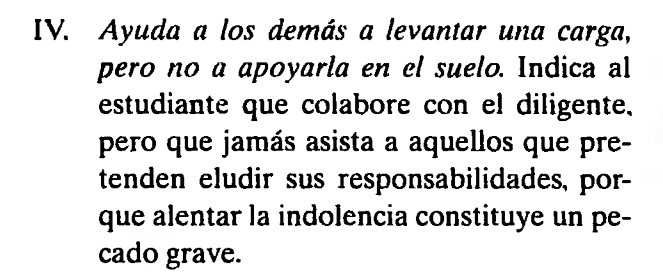
Los aforismos simbólicos de Pitágoras

Jámblico reunió treinta y nueve de los dichos simbólicos de Pitágoras y los interpretó. Han sido traducidos del griego por Thomas Taylor. Los aforismos eran uno de los métodos de instrucción que más se utilizaban en la universidad pitagórica de Crotona. A continuación se reproducen diez de los más representativos, con una breve explicación de su significado oculto.

I. *En lugar de transitar por vías públicas, recorre los caminos menos frecuentados.* Quiere decir que quienes deseen alcanzar la sabiduría la deben buscar en solitario.

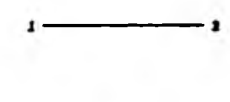
II. *Domina tu lengua por sobre todas las cosas, como hacen los dioses.* Este aforismo advierte que las palabras, en lugar de manifestarte, te tergiversan y por eso cuando uno no sabe qué decir, siempre le conviene callar.

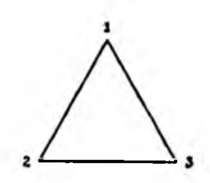
III. *Cuando sople el viento, adora el sonido.* Con esto Pitágoras recuerda a sus discípulos que el mandato divino se escucha en la voz de los elementos y que todas las cosas de la naturaleza manifiestan, mediante la armonía, el ritmo, el orden o el procedimiento, los atributos de la divinidad.

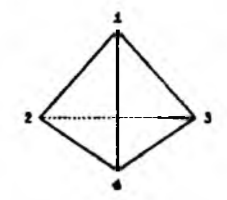


IV. *Ayuda a los demás a levantar una carga, pero no a apoyarla en el suelo.* Indica al estudiante que colabore con el diligente, pero que jamás asista a aquellos que pretenden eludir sus responsabilidades, porque alentar la indolencia constituye un pecado grave.

V. *No hables sin luz sobre cuestiones pitagóricas.* Se advierte al mundo que no se debe tratar de interpretar los misterios divinos ni los estados de las ciencias sin la iluminación espiritual e intelectual.





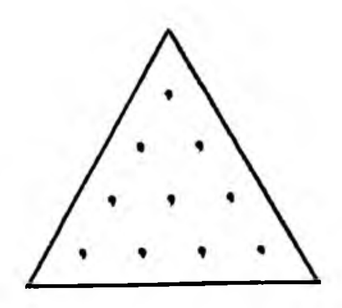


EL NÚMERO EN RELACIÓN CON LA FORMA
Pitágoras enseñaba que el punto simboliza el poder del número uno; la línea, el poder del número dos; la superficie, el poder del número tres, y el sólido, el poder del número cuatro.

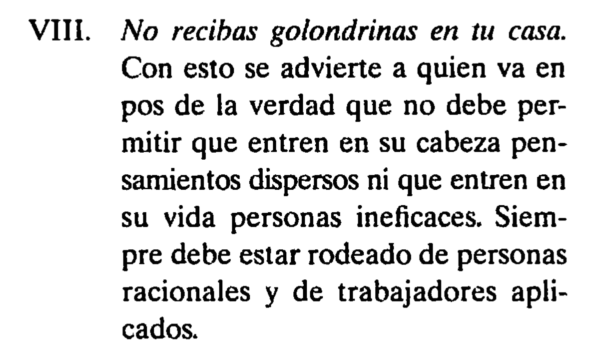
VI. *Si te has marchado de tu casa, no regreses, porque las furias irán contigo.* Con estas palabras, Pitágoras advierte a sus seguidores que quien se ponga a buscar la verdad y, tras aprender parte del misterio, se desanime e intente regresar a su estado anterior de vicio e ignorancia, padecerá mucho, porque es preferible no saber nada sobre la divinidad que aprender un poco y detenerse sin llegar a saberlo todo.

VII. *Alimenta a un gallo, pero no lo sacrifiques, porque es sagrado para el sol y la luna.* Este aforismo oculta dos lecciones impor-

tantes. La primera es una advertencia contra el sacrificio de seres vivos a los dioses, porque la vida es sagrada y nadie debe destruirla, ni siquiera para hacer una ofrenda a la divinidad. La segunda advierte que el cuerpo humano (al que aquí se hace referencia como un gallo) es sagrado para el sol (Dios) y para la luna (la Naturaleza) y se debe proteger y conservar como el medio de expresión más precioso que tiene el hombre. Pitágoras también prevenía a sus discípulos contra el suicidio.

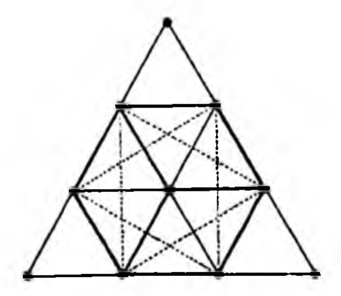


LA *TETRACTYS*
Teón de Esmirna declara que los diez puntos, o la *tetractys* de Pitágoras, era un símbolo de muchísima importancia, porque revelaba a los perspicaces el misterio de la naturaleza universal. Los pitagóricos se juramentaban con la fórmula siguiente: «Por aquel que dio a nuestra alma la *tetractys*, que contiene el origen y la raíz de la naturaleza, que renace permanentemente».



VIII. *No recibas golondrinas en tu casa.* Con esto se advierte a quien va en pos de la verdad que no debe permitir que entren en su cabeza pensamientos dispersos ni que entren en su vida personas ineficaces. Siempre debe estar rodeado de personas racionales y de trabajadores aplicados.

IX. *No ofrezcas fácilmente a nadie tu mano derecha.* Así se advierte al discípulo que se guarde sus consejos y no brinde sabiduría ni conocimientos (su mano derecha) a los que son incapaces de apreciarlos. En este caso, la mano representa la Verdad, que levanta a quienes han caído por ignorancia, pero, como muchos de los impenitentes no desean la sabiduría, cortarán la mano que se les tiende con generosidad. El tiempo es lo único que puede redimir a las masas ignorantes.



EL CUBO Y LA ESTRELLA
Si se conectan los diez puntos de la *tetractys*, se forman nueve triángulos. Seis de ellos intervienen para formar el cubo. Los mismos triángulos, cuando se trazan las líneas adecuadas entre ellos, revelan también la estrella de seis puntas con un punto en el centro. Solo se usan siete puntos para formar el cubo y la estrella. Desde un punto de vista cabalístico, los tres puntos de las esquinas que no se han usado representan el universo triple, invisible y causal, mientras que los siete puntos que forman parte del cubo y la estrella son los *Elohim*, los espíritus de los siete periodos creativos. El sabbat, o séptimo día, es el punto central.

X. *Cuando te levantes de la cama, estira las sábanas para borrar las huellas de tu cuerpo.* Pitágoras instruía a sus discípulos que habían pasado del sueño de la ignorancia al despertar de la inteligencia para que suprimieran todos los recuerdos de su anterior oscuridad espiritual, porque un hombre sabio, al pasar, no deja tras de sí ninguna forma que alguien menos inteligente, al verla, vaya a usar como molde para fabricar ídolos.

Los fragmentos pitagóricos más famosos son los *Versos áureos*, que se atribuyen al propio Pitágoras, aunque caben dudas acerca de su autoría. Los *Versos áureos* contienen un breve resumen de todo el sistema filosófico que constituye la base de las doctrinas educativas de Crotona, o, como se conoce habitualmente, la escuela itálica. Estos versos comienzan aconsejando al lector que ame a Dios, que venere a los grandes héroes y que respete a los demonios y los habitantes elementales. A continuación, insta al hombre a pensar detenidamente y con diligencia sobre su vida diaria y a preferir los tesoros de la mente y el alma, en lugar de acumular bienes terrenales. Los versos también prometen al hombre que, si supera su naturaleza material inferior y cultiva el autocontrol, llegará a ser aceptable a la vista de los dioses, se reunirá con ellos y será partícipe de su inmortalidad. (Resulta muy significativo destacar que Platón pagó una suma considerable por algunos de los manuscritos de Pitágoras que se habían salvado de la destrucción de Crotona. Véase *Historia Deorum Fatidicorum*, Ginebra, 1675.)

La astronomía pitagórica

Según Pitágoras, la posición de cada cuerpo en el universo dependía de su dignidad esencial. En aquella época, la creencia popular era que la tierra ocupaba el centro del sistema solar, que los planetas —incluidos el sol y la luna— se movían alrededor de la tierra y que esta era plana y cuadrada. Contrariamente a esta creencia y sin tener en cuenta las críticas, Pitágoras declaró que el elemento más importante era el fuego, que lo más importante de cada cuerpo era el centro y que, del mismo modo que en medio de todo hogar estaba el fuego de Vesta, en el medio del universo había una esfera llameante con un resplandor celestial. Llamó a aquel globo central la torre de Júpiter, el globo de la unidad, la gran mónada y el altar de Vesta. Como el número sagrado diez simbolizaba

la suma de todas las partes y la totalidad de todas las cosas, era natural que Pitágoras dividiera el universo en diez esferas, representadas por diez círculos concéntricos. Aquellos círculos comenzaban en el centro con el globo del fuego divino; a continuación venían los siete planetas, la tierra y otro planeta misterioso, llamado Antichton, que no era visible nunca.

Hay diversas opiniones acerca de la naturaleza de Antichton. Según san Clemente de Alejandría, representaba la masa de los cielos; otros decían que se trataba de la luna. Lo más probable es que fuera la misteriosa Octava Esfera de los antiguos, el planeta oscuro que se movía en la misma órbita que la tierra, pero que siempre estaba oculto de esta por el cuerpo del sol, porque siempre estaba en oposición a la tierra. ¿Será esta la misteriosa Lilith sobre la cual tanto han especulado los astrólogos?

Isaac Myer opinaba lo siguiente: «Para los pitagóricos, cada estrella era un mundo que tenía su propia atmósfera, con una extensión enorme de éter a su alrededor». (Véase *The Qabbalah.*) Los discípulos de Pitágoras también reverenciaban mucho al planeta Venus, porque era el único tan brillante que proyectaba una sombra. Como lucero matutino, Venus es visible antes de la salida del sol y, como lucero vespertino, brilla justo después de la puesta del sol. Debido a estas características, los antiguos le han dado diversos nombres. Por ser visible en el cielo al atardecer, la llamaban «vesper» y por salir antes que el sol la llamaban «luz falsa», «estrella de la mañana» o «Lucifer», que significa «portador de luz». Por esta relación con el sol, también llamaban al planeta Venus, Astarté, Afrodita, Isis y la madre de los dioses. Es posible que, en algunas épocas del año, en determinadas latitudes se pudiera detectar sin necesidad de telescopio la forma de media luna de Venus. Esto explicaría la media luna que a menudo se observa en relación con las diosas de la Antigüedad, cuyas historias no coinciden con las fases de la luna. No cabe duda de que Pitágoras aprendió todo lo que sabía de astronomía en los templos egipcios, cuyos sacerdotes conocían la verdadera relación de los cuerpos celestes muchos miles de años antes de que dicho conocimiento se revelara al mundo no iniciado. El hecho de que el conocimiento adquirido en los templos le permitiera hacer afirmaciones que tardaron dos mil años en poder ser demostradas prueba por qué Platón y Aristóteles estimaban tanto la profundidad de los Misterios antiguos. En medio de una relativa ignorancia científica y sin la ayuda de ningún instrumento

moderno, los sacerdotes-filósofos habían descubierto los verdaderos fundamentos de la dinámica universal.

Una aplicación interesante de la doctrina pitagórica de los sólidos geométricos tal como la expuso Platón se encuentra en *The Canon*, cuyo autor anónimo manifiesta lo siguiente: «Casi todos los viejos filósofos desarrollaron una teoría armónica acerca del universo y lo mismo se siguió haciendo hasta que se extinguió el viejo modo de filosofar. Para demostrar la doctrina platónica de que el universo estaba formado por los cinco sólidos regulares, Kepler (1596) propuso la siguiente regla: "La tierra es un círculo, la medida de todo. A su alrededor trazad un dodecaedro; el círculo que lo rodee será Marte. Alrededor de Marte trazad un tetraedro; la esfera que lo contenga será Júpiter. Trazad un cubo en torno a Júpiter; la esfera que lo contenga será Saturno. Ahora inscribid en la tierra un icosaedro; el círculo inscrito en él será Venus. Inscribid un octaedro en Venus; el círculo inscrito en él será Mercurio." (*Mysterium Cosmographicum*, 1596). Esta regla no se puede tomar en serio como una afirmación verdadera sobre las proporciones del cosmos, porque no guarda ninguna similitud real con las publicadas por Copérnico a principios del siglo XVI. Sin embargo, Kepler estaba muy orgulloso de su fórmula y decía que la valoraba más que al electorado de Sajonia. También fue aprobada por dos expertos eminentes, Tycho y Galileo, que evidentemente la comprendían. El propio Kepler jamás da ninguna pista sobre la manera de interpretar su preciosa regla». La astronomía platónica no se preocupaba por la constitución material ni por la disposición de los cuerpos celestes, sino que consideraba las estrellas y los planetas fundamentalmente como focos de la inteligencia divina. La astronomía física se consideraba la ciencia de las sombras y la astronomía filosófica, la ciencia de las realidades.

XIV

La matemática pitagórica

Mucho se ha especulado con respecto al significado secreto de los números. Aunque se han hecho numerosos descubrimientos interesantes, podemos afirmar sin temor a equivocarnos que con la muerte de Pitágoras se perdió la gran llave de esta ciencia. Durante casi dos mil quinientos años, filósofos de todas las naciones han tratado de desenredar la maraña pitagórica, aunque parece que ninguno lo ha conseguido. A pesar de los intentos de destruir todos los documentos que contienen las enseñanzas de Pitágoras, los fragmentos que se conservan aportan claves sobre algunas de las partes más sencillas de su filosofía. Los grandes secretos no se pusieron por escrito jamás, sino que se transmitían oralmente a un puñado de discípulos escogidos que, aparentemente, no se atrevieron a divulgarlos a los profanos, de modo que, cuando la muerte selló sus labios, los arcanos murieron con ellos.

Algunas de las escuelas secretas que existen en el mundo actual son prolongaciones de los Misterios antiguos y, aunque es bastante posible que posean parte de las fórmulas numéricas originales, no hay ninguna prueba de ello en los voluminosos escritos que estos grupos han dado a conocer durante los últimos quinientos años. A pesar de que estos escritos hablan a menudo de Pitágoras, no aparece en ellos ningún indicio de un conocimiento más completo de sus doctrinas complejas que el que poseían los especuladores griegos pospitagóricos, que hablaban mucho, escribían poco, sabían menos y ocultaban su ignorancia tras una serie de insinuaciones y promesas misteriosas. Dispersas entre los productos literarios de los primeros autores se encuentran afirmaciones

enigmáticas que no se tomaron la molestia de interpretar. El ejemplo siguiente está tomado de Plutarco:

> Los pitagóricos van, sin duda, más lejos y honran los números pares y los diagramas geométricos con los nombres y los títulos de los dioses. Por ejemplo, dan al triángulo equilátero el nombre de Minerva, la nacida de la cabeza, y Tritogenia, porque se puede dividir en partes iguales por medio de tres perpendiculares trazadas desde cada uno de los ángulos. Asimismo, llaman Apolo a la unidad: al número dos le han puesto el nombre de las luchas y la audacia y al número tres, el de la justicia, porque, así como causar un daño es uno de los extremos y sufrirlo es el extremo contrario, la justicia propiamente dicha tiene lugar en medio de los dos. Del mismo modo, para ellos, el número treinta y seis, su *tetractys* o cuaternio sagrado, al estar compuesto por los primeros cuatro números impares sumados a los cuatro primeros números pares, como se dice habitualmente, es el juramento más solemne que pueden hacer y lo llaman kosmos. (*Isis y Osiris.*)

1	2	3	4	5	6	7	8
Aleph	ࠀ	א	1	Α α	•	Alpha	A
Beth	ࠁ	ב	2	Β β	•	Beta	B
Gimel	ࠂ	ג	3	Γ γ	•	Gamma	G
Daleth	ࠃ	ד	4	Δ δ	•	Delta	D
He	ࠄ	ה	5	Ε ε	•	Epsilon	E
Vau	ࠅ	ו	6	F	•	Digamma	Fv
Zain	ࠆ	ז	7	Ζ ζ		Zeta	
Heth	ࠇ	ח	8	Η η		Eta	
Teth	ࠈ	ט	9	Θ ϑ θ		Theta	
Jod	ࠉ	י	10	Ι ι	•	Iota	I
Caph	ࠊ	כ	90	Κ κ	•	Kappa	C
Lamed	ࠋ	ל	50	Λ λ	•	Lambda	L
Mem	ࠌ	מ	40	Μ μ	•	Mu	M
Nun	ࠍ	נ	50	Ν ν	•	'Nu	N
Samech	ࠎ	ס	60	Ξ ξ		Xi	
Oin	ࠏ	ע	70	Ο ο	•	Omicron	O
Pe	ࠐ	פ	80	Π π	•	Pi	P
Tzadi	ࠑ	צ	90	ϛ		Episemon bau επισημον βαυ	
Koph	ࠒ	ק	100				
			100	Ρ ρ	•	Rho	R
Resh	ࠓ	ר	200				
			900	Σ σ	•	Sigma	S
Shin	ࠔ	ש	300				
			900	Τ τ	•	Tau	T
Tau	ࠕ	ת	400				
			400	Υ υ	•	Upsilon	U
			500	Φ φ		Phi	
			600	Χ χ		Chi	
			700	Ψ ψ		Psi	
			800	Ω ω		Omega	
			900	ϡ		Sanpi	

DE *THE CELTIC DRUIDS* DE HIGGINS

LOS VALORES NUMÉRICOS DEL ALFABETO HEBREO, EL GRIEGO Y EL SAMARITANO

Columna

1 el nombre de las letras hebreas
2 las letras samaritanas
3 las letras hebreas y caldeas
4 el equivalente numérico de las letras
5 las letras griegas mayúsculas y minúsculas
6 las letras marcadas con asteriscos son las que Cadmo llevó a Grecia desde Fenicia
7 el nombre de las letras griegas
8 el equivalente más próximo en inglés a las letras hebreas, griegas y samaritanas

Observación: cuando se usa al final de una palabra, la letra hebrea *tov* tiene el valor numérico de 440, la *kaf* equivale a 500, la *mem* a 600, la *nun* a 700, la *pei* a 800 y la *tsadi* a 900. Una *alfa* con un punto y una *alef* con un guión tienen valor de mil.

Un poco antes, en la misma obra, destaca también Plutarco: «Porque, así como el poder del triángulo expresa la naturaleza de Plutón, Baco y Marte; y las propiedades del cuadrado, las de Rea, Venus, Ceres, Vesta y Juno, y las del dodecaedro, las de Júpiter, entonces, según nos informa Eudoxo, la figura de cincuenta y seis ángulos expresa la naturaleza de Tifón». Plutarco no pretendía explicar el significado interno de los símbolos, pero creía que la relación que establecía Pitágoras entre los sólidos geométricos y los dioses era el resultado de imágenes que el gran sabio había visto en los templos egipcios.

Albert Pike, el gran simbolista masónico, reconoce que hay muchos puntos con respecto a los cuales no había podido obtener información fiable. En su *Symbolism*, para el grado 32 y el grado 33, escribió lo siguiente: «No entiendo por qué hay que llamar Minerva al siete o Neptuno al cubo» y más adelante añade: «Es indudable que los nombres que los pitagóricos daban a los distintos números eran, en sí mismos, enigmáticos y simbólicos y casi no cabe duda de que en la época de Plutarco los significados que escondían aquellos nombres se habían perdido. Pitágoras había logrado ocultar sus símbolos con un velo que resultaba impenetrable sin su explicación oral. [...]».

Esta incertidumbre, que comparten todos los verdaderos estudiosos del tema, demuestra de forma concluyente que es desaconsejable hacer afirmaciones definitivas a partir de la información indefinida y fragmentaria de la que disponemos con respecto al sistema pitagórico de filosofía matemática. El material que sigue representa un esfuerzo por reunir unos cuantos puntos destacados a partir de los registros dispersos preservados por los discípulos de Pitágoras y por otras personas que posteriormente han estado en contacto con su filosofía.

El método para obtener el poder numérico de las palabras

El primer paso para obtener el valor numérico de una palabra consiste en volver a llevarla a su lengua original. Con este método solo se pueden analizar las palabras que derivan del griego o del hebreo y todas las palabras se tienen que escribir con su forma más antigua y más completa. Por consiguiente, las palabras y los nombres del Antiguo Testamento se deben volver a traducir a los caracteres hebreos primitivos y las palabras del Nuevo Testamento, al griego. Los dos ejemplos siguientes ayudarán a aclarar este principio.

El demiurgo de los judíos equivale en castellano a Jehová, pero, para buscar el valor numérico de este nombre hay que devolverlo a sus letras hebreas. Se convierte en י ה ו ה y se lee de derecha a izquierda. Las letras hebreas son: ה, *hé*; ו, *vau*; ה, *hé*; י, *yod* y, cuando se invierte al orden castellano de izquierda a derecha, se lee: *yod-hé-vau-hé*. Si consultamos la tabla anterior sobre los valores de las letras, descubrimos que los cuatro caracteres de este nombre sagrado tienen el siguiente significado numérico: *yod* equivale a 10, *hé* equivale a 5, *vau* equivale a

6 y el segundo *hé* equivale a 5. Por consiguiente, 10 + 5 + 6 + 5 = 26, que es sinónimo de Jehová. Si usáramos las letras en castellano, la respuesta, evidentemente, no sería correcta.

El segundo ejemplo es el misterioso *pantheos* gnóstico *Abraxas*. Para este nombre, se usa la tabla griega. «Abraxas» en griego se dice 'Αβραξας. Α = 1, β = 2, ρ = 100, α = 1, ξ = 60, α = 1, ς = 200. La suma es 365, la cantidad de días que hay en el año. Este nombre proporciona la clave del misterio de Abraxas, que simboliza los 365 eones, o espíritus de los días, reunidos en una sola personalidad compuesta. Abraxas simboliza cinco criaturas y, como el círculo del año, en realidad consta de 360 grados, cada una de las divinidades que procede de él es una quinta parte de tal poder, o sea 72, uno de los números más sagrados del Antiguo Testamento de los judíos y de su sistema cabalístico. El mismo método se utiliza para averiguar el valor numérico de los nombres de los dioses de los griegos y los judíos.

Todos los números mayores se pueden reducir a uno de los diez números originales y el diez, al uno. Por consiguiente, todos los grupos de números que se obtienen al traducir los nombres de las divinidades a sus equivalentes numéricos tienen una base en uno de los diez primeros números. Por este sistema, en el cual se suman los dígitos, 666 se convierte en 6 + 6 + 6, o sea, 18, y este número, a su vez, se convierte en 1 + 8, o sea, 9. Según el Apocalipsis, se salvarán 144 000. Este número se convierte en 1 + 4 + 4 + 0 + 0 + 0, que es igual a 9, lo que demuestra que tanto la bestia de Babilonia como la cifra de salvados hacen referencia al propio hombre, cuyo símbolo es el número 9. Este sistema se puede usar con eficacia tanto con los valores de las letras griegas como con las hebreas.

El sistema pitagórico original de filosofía numérica no contiene nada que justifique la práctica actualmente en boga de cambiar un nombre o un apellido determinados con la esperanza de mejorar el temperamento o la situación financiera, al modificar las vibraciones del nombre.

También existe un sistema de cálculo para el inglés, aunque su precisión es objeto de legítima controversia. Es relativamente moderno y no guarda ninguna relación con el sistema cabalístico hebreo ni con el procedimiento griego. Algunos sostienen que es pitagórico, pero no hay ninguna prueba tangible que lo corrobore y existen muchos motivos por los que dicha opinión resulta insostenible. El hecho de que Pitágoras utilizara el diez como base de cálculo, mientras que este sistema utiliza el nueve —un número imperfecto— resulta, en sí mismo, casi deci-

sivo. Asimismo, la distribución de las letras griegas y las hebreas no coincide lo suficiente con el inglés para permitir la aplicación de las secuencias numéricas de una lengua a las secuencias numéricas de las demás. Es posible que la futura experimentación con este sistema resulte provechosa, pero carece de base en la antigüedad. La distribución de las letras y los números es la siguiente:

1	2	3	4	5	6	7	8	9
A	B	C	D	E	F	G	H	I
J	K	L	M	N	O	P	Q	R
S	T	U	V	W	X	Y	Z	

Las letras que hay debajo de cada uno de los números tienen el valor de la cifra que está en la parte superior de la columna. Por ejemplo, en la palabra *man* («hombre»), M = 4, A = 1, N = 5, la suma da 10. Los valores de los números son prácticamente los mismos que los del sistema pitagórico.

Introducción a la teoría pitagórica de los números

(El siguiente esbozo de la matemática pitagórica es una paráfrasis de los primeros capítulos de la *Aritmética teórica de los pitagóricos*, de Thomas Taylor, la recopilación más excepcional e importante de fragmentos matemáticos pitagóricos que existe.)

Para los pitagóricos, la aritmética era la madre de las ciencias matemáticas, como lo demuestra el hecho de que la geometría, la música y la astronomía dependan de ella, a pesar de que ella no dependa de estas tres. Por consiguiente, aunque desaparezca la geometría, la aritmética quedará; en cambio, si se suprime la aritmética, la geometría se elimina. Del mismo modo, la música depende de la aritmética, pero la eliminación de la música solo afecta a la aritmética en cuanto a que limita una de sus manifestaciones. Los pitagóricos demostraron también que la aritmética precede a la astronomía, porque esta depende tanto de la geometría como de la música. El tamaño, la forma y el movimiento de los cuerpos celestes se determinan mediante la geometría y su armonía y su ritmo, mediante la música. Si quitamos la astronomía, ni la geometría ni la música sufren ningún menoscabo, pero, si eliminamos la geometría y la música, desaparece la astronomía, con lo cual se establece la prioridad tanto de la geometría como de la música con respecto a la

astronomía. Sin embargo, la aritmética precede a todas: es primaria y fundamental.

Pitágoras enseñaba a sus discípulos que la ciencia de la matemática se divide en dos partes principales: la primera se refiere a la multitud, o las partes que componen un objeto, y la segunda a la magnitud, o el tamaño o la densidad relativos de dicho objeto.

La magnitud se divide en dos partes: la estacionaria y la movible: tiene prioridad la estacionaria. La multitud también se divide en dos partes, porque se relaciona tanto consigo misma como con otras cosas; la primera relación es la que tiene prioridad. Pitágoras asignaba la ciencia de la aritmética a la multitud relacionada consigo misma y el arte de la música, a la multitud relacionada con otras cosas. Asimismo, asignaba la geometría a la magnitud estacionaria y la geometría y trigonometría esféricas (usadas en parte en el sentido de astronomía), a la magnitud movible. Tanto la multitud como la magnitud estaban circunscritas por la circunferencia de la mente. La teoría atómica ha demostrado que el tamaño depende del número, porque una masa está compuesta por unidades diminutas, aunque el que no sabe la confunde con una sola sustancia simple.

Debido a la fragmentación de los registros pitagóricos existentes, cuesta llegar a una definición exacta de los términos. Sin embargo, antes de poder desarrollar algo más el tema, conviene aclarar un poco el significado de los términos «número», «mónada» y «uno».

La mónada significa a) el Uno que todo lo incluye. Los pitagóricos la consideraban el «número noble, padre de los dioses y los hombres». También significa b) la suma de cualquier combinación de números considerados como un todo. Por consiguiente, el universo se considera una mónada, pero cada una de las partes del universo (por ejemplo, los planetas y los elementos) son mónadas en relación con las partes que las componen, aunque ellas, a su vez, son partes de una mónada mayor constituida por su suma. La mónada también se puede aquiparar a c) la semilla de un árbol, que, cuando ha crecido, tiene numerosas ramas (los números). En otras palabras, los números son a la mónada lo que las ramas de un árbol son a su semilla. A partir del estudio de la misteriosa mónada pitagórica, Leibniz desarrolló su magnífica teoría de los átomos, una teoría que se ajusta a la perfección a las antiguas enseñanzas de los Misterios, porque el propio Leibniz era un iniciado de una escuela secreta. Algunos pitagóricos también consideran a la mónada d) sinónimo del uno.

«Número» es el término que se aplica a todos los numerales y sus combinaciones. (La interpretación estricta de la palabra «número» que hacen determinados pitagóricos excluye el uno y el dos.) Pitágoras define el número como la prolongación y la energía de las razones espermáticas que contiene la mónada. Para los seguidores de Hipaso, el número fue el primer patrón usado por el demiurgo en la formación del universo.

El «uno» fue definido por los platónicos como «la cima de los muchos». El uno difiere de la mónada en que esta se usa para designar la suma de las partes considerada como una unidad, mientras que el uno es el término que se aplica a cada una de las partes que la componen.

Hay dos tipos de números: los impares y los pares. Como la unidad, o sea el 1, siempre es indivisible, el número impar no se puede dividir en dos partes iguales. Por eso, 9 es 4 + 1 + 4 y la unidad del centro es indivisible. Asimismo, si cualquier número impar se divide en dos partes, una de ellas siempre será impar y la otra par. Por ejemplo, 9 puede ser 5 + 4, 3 + 6, 7 + 2 u 8 + 1. Para los pitagóricos, el número impar —cuyo prototipo era la mónada— era definido y masculino. Sin embargo, no todos coincidían en cuanto a la naturaleza de la unidad, o el 1. Para algunos era positiva, porque, si se sumaba a un número par (negativo) producía un número impar (positivo). Otros demostraron que si se añade la unidad a un número impar, este se convierte en par, con lo cual lo masculino se convierte en femenino. Por consiguiente, la unidad, o el 1, se consideraba un número andrógino, que participaba tanto de los atributos masculinos como de los femeninos, y era, por consiguiente, tanto impar como par. Por este motivo, los pitagóricos la llamaban parmente impar. Los pitagóricos tenían la costumbre de ofrecer como sacrificio un número impar de objetos a los dioses superiores; en cambio, a las diosas y los espíritus subterráneos les ofrecían una cantidad par.

Todo número par se puede dividir en dos partes iguales, que siempre son las dos impares o las dos pares. Por ejemplo, 10 dividido en dos partes iguales da 5 + 5: dos números impares. El mismo principio se aplica también cuando 10 se divide de forma desigual. Por ejemplo, en 6 + 4, las dos partes son pares; en 7 + 3, las dos partes son impares; en 8 + 2, las dos partes son, una vez más, pares, y en 9 + 1, las dos son, una vez más, impares. En consecuencia, en los números pares, independientemente de cómo se dividan, las partes siempre serán las dos impares o las dos pares. Para los pitagóricos, el número par —cuyo prototipo era la díada— era indefinido y femenino.

Los números impares se dividen según un artilugio matemático —llamado «la criba de Eratóstenes»— en tres clases generales: primos, no primos y primos entre sí, o coprimos.

Los números primos son aquellos que no son divisibles más que por sí mismos y la unidad, como 3, 5, 7, 11, 13, 17, 19, 23, 29, 31, 37, 41, 43, 47, etcétera. Por ejemplo, el 7 solo es divisible por 7, que cabe en sí mismo una sola vez, y por la unidad, que cabe siete veces.

Los números no primos son aquellos que no solo son divisibles por sí mismos y por la unidad, sino también por algún otro número, como 9, 15, 21, 25, 27, 33, 39, 45, 51, 57, etcétera. Por ejemplo, el 21 no solo es divisible por sí mismo y por la unidad, sino también por 3 y por 7.

Los números primos entre sí son aquellos que no tienen un común divisor, aunque cada uno de ellos sea divisible, como el 9 y el 25. Por ejemplo, el 9 es divisible por 3 y el 25, por 5, pero ninguno de ellos es divisible por el divisor del otro, es decir, que no tienen un divisor común. Como cada uno tiene divisores, no son primos, pero, como no tienen un divisor común, se llaman primos entre sí. Por consiguiente, para describir sus propiedades se creó el término «primos entre sí, o coprimos».

Los números pares se dividen en tres clases: los parmente pares, los parmente impares y los imparmente impares.

Un número parmente par, *pariter par* o propiamente par está siempre en proporción doble a partir de la unidad. Por ejemplo, 1, 2, 4, 8, 16, 32, 64, 128, 256, 512 y 1024. La prueba del número parmente par perfecto es que se puede dividir por dos y las mitades se pueden volver a dividir por dos hasta llegar a la unidad; por ejemplo, la mitad de 64 es 32, la mitad de 32 es 16, la mitad de 16 es 8, la mitad de 8 es 4, la mitad de 4 es 2 y la mitad de 2 es 1. No se puede ir más allá de la unidad.

Los números parmente pares poseen determinadas propiedades únicas. La suma de cualquier cantidad de estos números menos el último siempre es igual al último término menos uno. Por ejemplo, la suma del primero y el segundo términos (1 + 2) es igual al tercer término (4) menos uno o la suma del primero, el segundo, el tercer y el cuarto términos (1 + 2 + 3 + 4 + 8) es igual al quinto término (16) menos uno.

En una serie de números parmente pares, el primero multiplicado por el último es igual al último, el segundo multiplicado por el penúltimo es igual al último y así sucesivamente hasta que, en una serie impar, queda un solo número, que, multiplicado por sí mismo, es igual al último número de la serie, o, en una serie par quedan dos números, que, multiplicados entre sí, dan como resultado el último número de la serie.

Por ejemplo: 1, 2, 4, 8, 16 es una serie impar. Si multiplicamos el primer número (1) por el último (16), el resultado es igual al último (16). Si multiplicamos el segundo número (2) por el penúltimo (8), el resultado es igual al último (16). Como es una serie impar, queda el 4 en el centro, que, multiplicado por sí mismo, también es igual al último número (16).

Los números parmente impares o *pariter impar* son aquellos que, si se dividen por la mitad, ya no se pueden volver a dividir por la mitad. Se obtienen tomando los números impares en orden y multiplicándolos por 2. Mediante este proceso, los números impares 1, 3, 5, 7, 9 y 11 producen los números parmente impares 2, 6, 10, 14, 18 y 22, es decir, que el cuarto número es parmente impar. Cada número parmente impar se puede dividir una sola vez, como el 2, que se convierte en dos unos y ya no se puede dividir más, o el 6, que se convierte en dos treses y no se puede volver a dividir.

Otra peculiaridad de los números parmente impares es que, si el divisor es impar, el cociente siempre es par y si el divisor es par, el cociente siempre es impar. Por ejemplo, si dividimos 18 entre 2 (un divisor par), el cociente es 9 (un número impar); si dividimos 18 entre 3 (un divisor impar), el cociente es 6 (un número par).

Los números parmente impares también destacan porque cada término es la mitad de la suma de los términos que lo rodean. Por ejemplo, 10 es la mitad de la suma de 6 y 14; 18 es la mitad de la suma de 14 y 22, y 6 es la mitad de la suma de 2 y 10.

Los números imparmente impares o parmente pares son un punto intermedio entre los parmente pares y los parmente impares. A diferencia de los parmente pares, no se pueden dividir por la mitad hasta llegar a la unidad y, a diferencia de los parmente impares, se pueden dividir por la mitad más de una vez. Los números imparmente impares se forman multiplicando los números parmente pares mayores que 2 por los números impares mayores que uno. Los números impares mayores que 1 son: 3, 5, 7, 9, 11, etcétera. Los números parmente pares mayores que 2 son 4, 8, 16, 32, 64, etcétera. El primer número impar de la serie (3), multiplicado por 4 (el primer número parmente par de la serie), da 12: el primer número imparmente impar. Si multiplicamos 5, 7, 9, 11, etcétera, por 4, se hallan los números imparmente impares. Los demás números imparmente impares se obtienen multiplicando 3, 5, 7, 9, 11, etcétera, a su vez, por los demás números parmente pares (8, 16, 32, 64, etcétera). Un ejemplo de la división por dos del número imparmente impar es la siguiente: la mitad de 12 = 6; la

mitad de 6 = 3. que no se puede seguir dividiendo por dos, porque los pitagóricos no dividían la unidad.

Los números pares también se dividen en otras tres clases: los superperfectos, los deficientes y los perfectos.

Los números superperfectos son aquellos en los que la suma de sus partes alícuotas es mayor que ellos mismos. Por ejemplo: $^1/_2$ de 24 = 12; $^1/_4$ = 6: $^1/_3$ = 8; $^1/_6$ = 4; $^1/_{12}$ = 6 y $^1/_{24}$ = 1. La suma de estas partes (12 + 6 + 8 + 4 + 2 + 1) es 33, que es mayor que 24, el número original.

Los números deficientes son aquellos en los que la suma de sus partes alícuotas es menor que ellos mismos. Por ejemplo: $^1/_2$ de 14 = 7; $^1/_7$ = 2 y $^1/_{14}$ = 1. La suma de estas partes (7 + 2 + 1) es 10, que es menos que 14, el número original.

Los números perfectos son aquellos en los que la suma de sus partes alícuotas es igual a sí mismos. Por ejemplo: $^1/_2$ de 28 = 14; $^1/_4$ = 7; $^1/_7$ = 4; $^1/_{14}$ = 2 y $^1/_{28}$ = 1. La suma de estas partes (14 + 7 + 4 + 2 + 1) es igual a 28.

Hay muy pocos números perfectos. Solo hay uno entre el 1 y el 10, que es el 6; uno entre el 10 y el 100, que es el 28; uno entre el 100 y el 1000, que es el 496, y uno entre el 1000 y el 10 000, que es el 8128. Los números perfectos se encuentran mediante la siguiente regla: se suma el primer número de la serie de números parmente pares (1, 2, 4, 8, 16, 32, etcétera) al segundo número de la serie y si se obtiene un número primo, se lo multiplica por el último número de la serie de números parmente pares de cuya suma se ha obtenido. El producto es el primer número perfecto. Por ejemplo: el primero y el segundo números parmente pares son 1 y 2, que suman 3, un número primo. Si 3 se multiplica por 2, el último número de la serie de números parmente pares que se ha utilizado para obtenerlo, el producto es 6, el primer número perfecto. Si el resultado de la suma de los números parmente pares no es un número primo, hay que añadir el siguiente número parmente par de la serie hasta obtener un número primo. El segundo número perfecto se obtiene de la siguiente manera: la suma de los números parmente pares 1, 2 y 4 es 7, que es un número primo. Si 7 se multiplica por 4 (el último número de la serie de números parmente pares que se ha utilizado para obtenerlo), el producto es 28, que es el segundo número perfecto. Este sistema de cálculo puede continuar hasta el infinito.

Cuando los números perfectos se multiplican por 2, producen números superperfectos y, cuando se dividen por 2, producen números deficientes.

Los pitagóricos desarrollaron su filosofía a partir de la ciencia de los números. La cita siguiente, tomada de *Aritmética teórica de los pitagóricos*, es un ejemplo excelente de esta práctica:

> Por consiguiente, los números perfectos son imágenes hermosas de las virtudes, que son el punto medio entre el exceso y el defecto y no lo máximo, como suponían algunos antiguos. No cabe duda de que lo opuesto de un mal es otro mal, pero los dos se oponen a un bien. En cambio, lo opuesto de un bien nunca es otro bien, sino dos males al mismo tiempo. Por ejemplo, lo contrario de la timidez es el descaro y los dos tienen en común la falta de verdadero valor, pero tanto la timidez como el descaro se oponen a la fortaleza. La astucia se opone a la necedad; las dos tienen en común la falta de inteligencia y a las dos se opone la prudencia. Asimismo, la profusión se opone a la avaricia; las dos tienen en común la tacañería y las dos se oponen a la liberalidad. Lo mismo se puede decir acerca de las demás virtudes y por eso resulta evidente que los números perfectos tienen gran similitud con las virtudes, aunque también se parecen a ellas en otro aspecto: porque no se encuentran a menudo, ya que hay pocos, y se generan en un orden muy constante. Por el contrario, los números superperfectos se pueden encontrar en cantidades infinitas, no están dispuestos en una serie ordenada ni se generan a partir de ningún fin cierto, con lo cual guardan una gran similitud con los vicios, que son numerosos, desordenados e indefinidos.

La tabla de los diez números

(El siguiente esbozo de los números pitagóricos es una paráfrasis de los escritos de Nicómaco, Teón de Esmirna, Proclo, Porfirio, Plutarco, san Clemente de Alejandría, Aristóteles y otros de los primeros expertos.)

La mónada, el 1, es llamada así porque siempre permanece en el mismo estado, es decir, apartada de la multitud. Sus atributos son los siguientes: la llaman mente, porque la mente es estable y tiene preeminencia; hermafroditismo, porque es masculina y femenina a la vez; impar y par, porque, si se suma a lo par, el resultado es impar y, si se suma a lo impar, es par; Dios, porque es el principio y el final de todo, aunque en sí misma no tiene ni principio ni fin; buena, porque así es la naturaleza de Dios, y el receptáculo de la materia, porque produce la díada, que es, en esencia, material.

Los pitagóricos llamaban a la mónada caos, oscuridad, sima, Tártaro, Estigia, abismo, Lete, Atlas, eje, Morfo (un nombre que se aplicaba a Venus) y Torre del Trono de Júpiter, como consecuencia del gran poder que reside en el centro del universo y controla el movimiento circular

de los planetas en torno a él. A la mónada también se la llama razón germinal, porque es el origen de todos los pensamientos del universo. Otros nombres que se le dieron fueron: Apolo, por su relación con el sol; Prometeo, porque llevaba luz a los hombres; Pyralios, el que mora en el fuego; genitura, porque sin ella no existe ningún número; sustancia, porque la sustancia es primordial; causa de la verdad, y constitución de la sinfonía: todo esto porque es la primigenia.

Entre mayor y menor, la mónada es igual; entre intención y remisión, es lo intermedio; en la multitud, es el medio, y en el tiempo, es el ahora, porque la eternidad no conoce ni pasado ni futuro. La llaman Júpiter, porque es el padre y el director de los dioses; Vesta, el fuego del hogar, porque está situada en medio del universo y allí se queda, sin inclinarse hacia ningún lado, como un punto en un círculo; forma, porque circunscribe, abarca y termina; amor, concordia y misericordia, porque es indivisible. Otros nombres simbólicos para la mónada son nave, carro, Proteo (un dios capaz de cambiar de forma), Mnemósine y polió-nimo (que tiene muchos nombres).

Los siguientes nombres simbólicos le fueron dados a la díada, el dos, porque se ha dividido y hay dos, en lugar de una y, cuando hay dos, cada una se opone a la otra: genio, mal, oscuridad, desigualdad, inestabilidad, movilidad, atrevimiento, fortaleza, disputa, materia, disparidad, división entre la multitud y la mónada, defecto, deformidad, indefinición, indeterminación, armonía, tolerancia, raíz, cabecera, Fanes, opinión, falacia, otredad, apocamiento, impulso, muerte, movimiento, generación, mutación, división, longitud, aumento, composición, comunión, desgracia, sustentación, imposición, matrimonio, alma y ciencia.

En su libro titulado *El poder oculto de los números*, W. Wynn Westcott dice con respecto a la díada: «La llamaban osadía, por ser el primer número que se separó de la divinidad, del "*adytum* del silencio alimentado por Dios", como dicen los oráculos caldeos».

Así como la mónada es el padre, la díada es la madre; por consiguiente, la díada tiene algunos puntos en común con las diosas Isis, Rea (la madre de Júpiter), Frigia, Lidia, Dindimene (Cibeles) y Ceres; Erato (una de las musas); Diana, porque la luna se bifurca; Dictina, Venus, Dione, Citerea; Juno, porque es a la vez esposa y hermana de Júpiter, y Maya, la madre de Mercurio.

Así como la mónada es el símbolo de la sabiduría, la díada es el símbolo de la ignorancia, porque existe en ella la sensación de separación y esta sensación es el comienzo de la ignorancia. Sin embargo, la

díada también es la madre de la sabiduría, porque la ignorancia, por su propia naturaleza, siempre da origen a la sabiduría.

Los pitagóricos veneraban a la mónada, pero despreciaban a la díada, porque era el símbolo de la polaridad. Por el poder de la díada se crearon las profundidades, en contraposición a los cielos. Las profundidades reflejaban los cielos y se convirtieron en el símbolo de la ilusión. porque lo de abajo no era más que un reflejo de lo de arriba. Se llamó al abajo *maya*, la ilusión, el mar, el gran vacío, y, para simbolizarlo, los reyes magos de Persia llevaban espejos. De la díada surgieron polémicas y disputas hasta que, al introducir la mónada en la díada, el Dios-Salvador restableció el equilibrio, adoptó él mismo la forma de un número y fue crucificado entre dos ladrones por los pecados de los hombres.

La tríada, o el tres, es el primer número que realmente es impar, porque la mónada no siempre se considera un número. Es el primer equilibrio de unidades; por consiguiente, Pitágoras decía que Apolo daba oráculos desde un trípode y recomendaba ofrecer libaciones tres veces. Las palabras clave para las características de la tríada son amistad, paz, justicia, prudencia, misericordia, templanza y virtud. Las siguientes divinidades son partícipes de los principios de la tríada: Saturno (el señor del tiempo), Latona, Cornucopia, Ofión (la gran serpiente), Tetis, Hécate, Polimnia (una de las musas), Plutón, Tritón (una divinidad marina). Tritogenia, Aquelous y las Parcas, las Furias y las Gracias. A este número lo llaman sabiduría, porque los hombres organizan el presente, prevén el futuro y sacan provecho de las experiencias del pasado. Produce sabiduría y comprensión. La tríada es el número del conocimiento: música, geometría y astronomía y la ciencia de lo celeste y lo terrestre. Pitágoras enseñaba que el cubo de este número tenía el poder del círculo lunar.

La tríada y su símbolo, el triángulo, son sagrados, porque están compuestos por la mónada y la díada. La mónada es el símbolo del Padre Divino y la díada, el de la Gran Madre. Como la tríada está compuesta por estos dos, es andrógina y simboliza el hecho de que Dios dio origen a sus mundos a partir de Sí mismo, que, en su aspecto creativo, siempre se simboliza mediante el triángulo. Al pasar la mónada a la díada, se podía convertir en el padre de una progenie, porque la díada era el vientre de Meru, dentro del cual se incubó el mundo y en el cual todavía existe como embrión.

La tétrada, o el cuatro, era, según los pitagóricos, el número primigenio, la raíz de todo, la fuente de la naturaleza y el número más perfecto. Todas las tétradas son intelectuales; tienen un orden emergente y

rodean el mundo, mientras que el empíreo lo atraviesa. El motivo por el cual los pitagóricos manifestaban a Dios en forma de tétrada se explica en un discurso sagrado atribuido a Pitágoras, en el cual llama a Dios «el número de los números». Esto se debe a que la década, o el 10, está compuesto de 1, 2, 3 y 4. El número 4 simboliza a Dios, porque es el símbolo de los cuatro primeros números. Además, la tétrada es el centro de la semana, al estar a mitad de camino entre el 1 y el 7. La tétrada es, también, el primer sólido geométrico.

Pitágoras sostenía que el alma del hombre está compuesta por una tétrada y que los cuatro poderes del alma son la mente, la ciencia, la opinión y el sentido. La tétrada conecta todos los seres, los elementos, los números y las estaciones y no se puede nombrar nada que no dependa de la *tetractys*. Es la Causa y el Creador de todo, el Dios inteligible, autor del bien celestial y el perceptible. Plutarco interpreta que esta *tetractys*, que, según él, también se llamaba mundo, es el 36, que consta de los cuatro primeros números impares sumados a los cuatro primeros números pares, de la siguiente manera:

$$\begin{aligned} 1 + 3 + 5 + 7 &= 16 \\ 2 + 4 + 6 + 8 &= \underline{20} \\ & 36 \end{aligned}$$

Las palabras clave que se aplican a la tétrada son impetuosidad, fuerza, virilidad, de dos madres y el llaverizo de la Naturaleza, porque la constitución universal no puede prescindir de ella. También la llaman armonía y la primera profundidad. Las siguientes divinidades participaban de la naturaleza de la tétrada: Hércules, Mercurio, Vulcano, Baco y Urania (una de las musas).

La tríada representa los colores primarios y los planetas principales, mientras que la tétrada representa los colores secundarios y los planetas menores. Del primer triángulo salen los siete espíritus, simbolizados por un triángulo y un cuadrado. Todos juntos forman el mandil masónico.

La péntada, o el cinco, es la unión de un número impar y uno par (3 y 2). Entre los griegos, el pentáculo era un símbolo sagrado de luz, salud y vitalidad. También simbolizaba el quinto elemento, el éter, porque está a salvo de las alteraciones de los cuatro elementos inferiores. Se la llama «equilibrio», porque divide el número perfecto, el 10, en dos partes iguales.

La péntada simboliza la Naturaleza, porque, cuando se multiplica por sí misma, vuelve a sí misma, como los granos de trigo, que empiezan en forma de semilla, pasan por los procesos de la Naturaleza y reproducen la semilla del trigo como forma suprema de su propio crecimiento. Hay más números que, multiplicados por sí mismos, producen otros números, pero solo el 5 y el 6, multiplicados por sí mismos, representan y conservan su número original como la última cifra en sus productos.

La péntada representa todos los seres superiores e inferiores. A veces la llaman «el hierofante», o el sacerdote de los Misterios, por su conexión con los éteres espirituales, mediante la cual se alcanza el desarrollo místico. Algunas palabras clave para la péntada son: reconciliación, alternancia, matrimonio, inmortalidad, cordialidad, providencia y sonido. Entre las divinidades que participaban de la naturaleza de la péntada estaban Palas, Némesis, Bubastis (Bast), Venus, Androginia, Citerea y las mensajeras de Júpiter.

La tétrada (los elementos) más la mónada equivale a la péntada. Los pitagóricos enseñaban que los elementos de tierra, fuego, aire y agua estaban impregnados de una sustancia llamada «éter», que es la base de la vitalidad y la vida. Por consiguiente, eligieron la estrella de cinco puntas, o pentáculo, como símbolo de vitalidad, salud y compenetración.

Era habitual que los filósofos ocultaran el elemento tierra bajo el símbolo de un dragón y a muchos de los héroes de la Antigüedad los enviaban a matar al dragón, para que introdujeran su espada (la mónada) en el cuerpo del dragón (la tétrada), con lo cual se formaba la péntada, el símbolo de la victoria de la naturaleza espiritual sobre la material. Los cuatro elementos se simbolizaban en las primeras escrituras bíblicas como los cuatro ríos que salían del jardín del Edén. Los propios elementos están sometidos al control de los complejos querubines de Ezequiel.

Según los pitagóricos, la héxada, o el 6, representa —como decía san Clemente de Alejandría— la creación del mundo tanto según los profetas como según los Misterios antiguos. Los pitagóricos la llamaban la perfección de todas las partes. Este número era particularmente sagrado para Orfeo y también para la parca Laquesis y la musa Talía. La llamaban la forma de las formas, la articulación del universo y la creadora del alma.

Para los griegos, la armonía y el alma tenían una naturaleza similar, porque todas las almas son armoniosas. La héxada también es el símbo-

lo del matrimonio, porque está formada por la unión de dos triángulos, uno masculino y el otro femenino. Entre las palabras clave que se dan a la héxada están: el tiempo, porque es la medida de la duración; la panacea, porque la salud es equilibrio y la héxada es un número de equilibrio; el mundo, porque este, como la héxada, a menudo parece consistir en la armonía de los contrarios; omnisuficiente, porque sus partes son suficientes para la totalidad (3 + 2 + 1 = 6), y fresco, porque contiene los elementos de la inmortalidad.

Los pitagóricos llamaban a la héptada, o el siete, «venerable». También la consideraban el número de la religión, porque el hombre está controlado por siete espíritus celestiales a quienes tiene que hacer ofrendas. Fue llamado «el número de la vida», porque se creía que las criaturas humanas nacidas en el séptimo mes de vida embrionaria solían vivir, mientras que las nacidas en el octavo mes a menudo morían. Un autor la llamó «la Virgen sin madre», Minerva, porque no había nacido de una madre, sino de una corona, o de la cabeza del Padre, la mónada. Las palabras clave de la héptada son: fortuna, ocasión, custodia, control, gobierno, juicio, sueños, voces, sonidos y lo que conduce a todas las cosas a su fin. Algunas divinidades cuyos atributos se expresaban mediante la héptada eran: Aegis, Osiris, Marte y Clío (una de las musas).

La héptada es un número sagrado para muchas naciones antiguas. Se supone que los *Elohim* de los judíos eran siete. Eran los espíritus del amanecer, más conocidos como los arcángeles que controlaban los planetas. Los siete arcángeles, con los tres espíritus que controlaban el sol en su aspecto triple, constituyen el 10: la década pitagórica sagrada. La misteriosa *tetractys* pitagórica, o las cuatro hileras de puntos que van aumentando del 1 al 4, representaba las etapas de la creación. La gran verdad pitagórica de que todo lo que hay en la naturaleza se regenera mediante la década, o el 10, se preserva sutilmente en la masonería mediante los apretones de manos, que se logran por la unión de diez dedos, los cinco de una mano de cada persona.

Los 3 (espíritu, mente y alma) descienden en los 4 (el mundo) y la suma es el 7, o la naturaleza mística del hombre, compuesta por un cuerpo espiritual triple y una forma material cuádruple, simbolizados por el cubo, que tiene seis superficies y un séptimo punto misterioso en su interior. Las seis superficies son las direcciones: norte, este, sur, oeste, arriba y abajo, o delante, detrás, derecha, izquierda, encima y debajo; o también tierra, fuego, aire, agua, espíritu y materia. En medio de todos ellos está el 1, que es la figura erguida del hombre, de cuyo centro en el

cubo irradian seis pirámides. De aquí procede el gran axioma oculto: «El centro es el padre de todas las direcciones, las dimensiones y las distancias».

La héptada es el número de la ley, porque es el número de los legisladores de la ley cósmica, los siete espíritus que hay delante del trono.

La ogdóada, o el ocho, era sagrada porque era el número del primer cubo, una forma que tenía ocho vértices y era el único número parmente par inferior a 10 (1-2-4-8-4-2-1). El ocho se divide en dos cuatros, cada cuatro se divide en dos doses y cada dos se divide en dos unos, con lo cual se restablece la mónada. Algunas de las palabras clave para la ogdóada son: amor, consejo, prudencia, ley y conveniencia. Algunas de las divinidades que participaban de su naturaleza eran Panarmonía, Rea, Cibeles, Cadmea, Dindimene, Orcia, Neptuno, Temis y Euterpe (una de las musas).

La ogdóada era un número misterioso relacionado con los Misterios eleusinos de Grecia y los de los cabiros. La llamaban el pequeño número sagrado. Su forma derivaba en parte de las serpientes enroscadas de los caduceos de Hermes y en parte del movimiento serpenteante de los cuerpos celestes y, posiblemente, también de los nodos de la luna.

La enéada, o el nueve, era el primer cuadrado de un número impar (3 × 3). Se asociaba con el fracaso y el defecto, porque, por uno, no llegaba al número perfecto: el diez. La llamaban el número del hombre, por sus nueve meses de vida como embrión. Algunas de sus palabras clave son océano y horizonte, porque para los antiguos ninguno de los dos tenía límites. La enéada es el número infinito, porque no hay nada más allá, salvo el diez infinito. La llamaban límite y limitación, porque reunía en sí todos los números. La llamaban la esfera del aire, porque rodeaba los números como el aire rodea la tierra. Algunas de las divinidades que participaban, en mayor o menor grado, de su naturaleza eran Prometeo, Vulcano, Juno, la hermana y esposa de Júpiter, Peán y Aglae, Tritogenia, Curetes, Proserpina, Hiperión y Terpsícore (una de las musas).

El nueve era considerado maligno, por ser un seis invertido. Según los Misterios eleusinos, era el número de esferas que tenía que atravesar la conciencia en su camino hacia el nacimiento. Por su gran similitud con un espermatozoide, el nueve se ha asociado con la vida germinativa.

La década, o el 10, es, según los pitagóricos, el mayor de los números no solo por ser la *tetractys* (los diez puntos), sino porque abarca todas las proporciones aritméticas y armónicas. Pitágoras decía que diez es la naturaleza del número, porque todas las naciones lo tienen en

cuenta y cuando llegan a él regresan a la mónada. A la década se la llamaba tanto cielo como el mundo, porque aquel incluye a este. Al ser un número perfecto, los pitagóricos lo aplicaban a todo lo relacionado con la edad, la fuerza, la fe, la necesidad y el poder de la memoria. También lo llamaban fresco, porque, como Dios, era inagotable. Los pitagóricos dividían los cuerpos celestes en diez órdenes. También afirmaban que la década perfeccionaba todos los números y que incluía en su interior la naturaleza de lo impar y de lo par, lo movible y lo inmóvil, el bien y el mal. Asociaban su poder con las divinidades siguientes: Atlas (porque llevaba los números a la espalda), Urania, Mnemósine, el Sol, Fanes y el Único Dios.

Es probable que el sistema decimal se remonte a la época en la que era habitual contar con los dedos: una de las formas de calcular más primitivas, que siguen usando numerosos pueblos aborígenes.

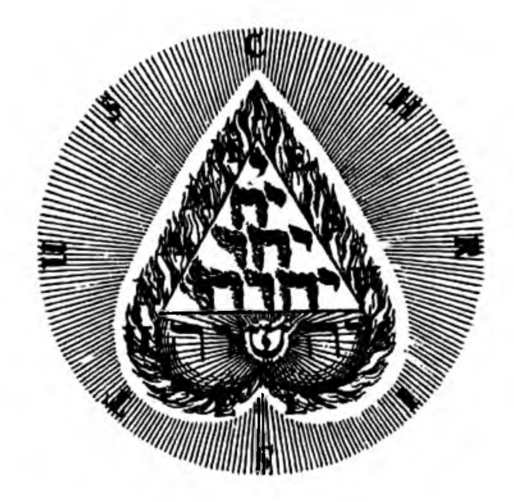
XV

El cuerpo humano en el simbolismo

El más antiguo, el más profundo y el más universal de todos los símbolos es el cuerpo humano. Según los griegos, los persas, los egipcios y los hindúes, el análisis filosófico de la naturaleza trina del hombre era una parte indispensable de la formación ética y religiosa. Los Misterios de todas las naciones enseñaban que las leyes, los elementos y los poderes del universo estaban representados en la constitución humana y que todo lo que existía fuera del hombre tenía su analogía dentro de él. Como el cosmos era de una inmensidad inconmensurable y de una profundidad inconcebible, escapaba a toda estimación mortal. Ni siquiera los propios dioses podían comprender más que una parte de la gloria inaccesible que los originaba. Cuando se impregna, transitoriamente, de entusiasmo divino, el hombre puede trascender por un instante las limitaciones de su propia personalidad y contemplar en parte el resplandor celestial que baña toda la creación. Sin embargo, ni siquiera en sus etapas de máxima iluminación puede imprimir en la sustancia de su alma racional una imagen perfecta de la expresión multiforme de la actividad celestial.

Reconociendo la inutilidad de tratar de enfrentarse intelectualmente a algo que trasciende la comprensión racional, los primeros filósofos desviaron su atención de la divinidad inconcebible para concentrarse en el propio hombre y vieron que, dentro de los estrechos confines de su naturaleza, se manifestaban todos los misterios de las esferas externas. Como consecuencia natural de aquella práctica, surgió un sistema teológico secreto según el cual Dios se consideraba el Gran Hombre mientras que el hombre era el pequeño dios. Para seguir con la analo-

gía, el cosmos se consideraba un hombre y, a la inversa, el hombre se consideraba un universo en miniatura. Al universo mayor se lo denominó «macrocosmos» —el gran mundo o cuerpo— y la vida divina o el ser espiritual que controlaba sus funciones recibió el nombre de Macroprosopo. El cuerpo del hombre o el universo humano individual fue llamado «microcosmos» y la vida divina o el ser espiritual que controlaba sus funciones recibió el nombre de Microprosopo. Los Misterios paganos se ocupaban fundamentalmente de enseñar a los neófitos la verdadera relación entre el macrocosmos y el microcosmos o, en otras palabras, entre Dios y el hombre. Por consiguiente, la clave de estas analogías entre los órganos y las funciones del hombre microcósmico y las del Hombre macrocósmico constituían la posesión más preciada de los primeros iniciados.



DE LOS *LIBRI APOLOGETICI* DE BÖHME

EL TETRAGRÁMMATON EN EL CORAZÓN HUMANO

El Tetragrámmaton, o el nombre de Dios de cuatro letras, aparece aquí dispuesto en forma de *tetractys* dentro del corazón humano invertido. Debajo se ve el nombre de Jehová, transformado en «Jehoshua» por la interpolación de la radiante letra hebrea ש, *shin*. El dibujo en general representa el trono de Dios y Sus jerarquías dentro del corazón del hombre. En el primero de sus *Libri Apologetici*, Jakob Böhme describe el significado del símbolo con las siguientes palabras: «Porque los hombres tenemos en común un solo libro que apunta a Dios. Cada uno lo lleva en su interior, que es el inestimable nombre de Dios. Sus letras son las llamas de Su amor, que Él nos ha revelado con Su corazón en el inestimable nombre de Jesús. Quien lea estas letras en su corazón y su espíritu tendrá suficientes libros. Todos los escritos de los hijos de Dios nos dirigen hacia ese libro único, porque allí residen todos los tesoros de la sabiduría. [...] Este libro es Cristo en cada uno de nosotros».

En *Isis sin velo*, H. P. Blavatsky sintetiza el concepto pagano de hombre con las siguientes palabras: «El hombre es un pequeño mundo, un microcosmos dentro del gran universo. Como un feto, está suspendido, con sus tres espíritus, en la matriz del macrocosmos y mientras que

su cuerpo terrenal guarda una afinidad constante con su madre tierra, su alma astral vive al unísono con el *anima mundi* sideral. Él está en ella, como ella está en él, porque el elemento que invade el mundo llena todo el espacio y es el propio espacio, solo que ilimitado e infinito. En cuanto al tercer espíritu, el divino, ¿qué es sino un rayo infinitesimal, una de las innumerables radiaciones que proceden directamente de la Causa Máxima, la luz espiritual del mundo? Esta es la trinidad de naturaleza orgánica e inorgánica, lo espiritual y lo físico, que son tres en uno, y de la cual afirma Proclo lo siguiente: "La primera mónada es el Dios eterno; la segunda, la eternidad; la tercera, el paradigma o patrón del universo", y las tres constituyen la Tríada Inteligible».

Mucho antes de que la idolatría se introdujera en la religión, los primeros sacerdotes colocaron la estatua de un hombre en el santuario del templo. Aquella figura humana simbolizaba el poder divino con todas sus manifestaciones complejas. Por consiguiente, los sacerdotes de la Antigüedad aceptaron al hombre como canon y, al estudiarlo, aprendieron a comprender los misterios más grandes y más abstrusos del plan celestial del cual formaban parte. No es improbable que aquella figura misteriosa que había encima de los altares primitivos fuera una especie de maniquí y que, como algunas manos emblemáticas de las escuelas mistéricas, estuviese cubierta por jeroglíficos, ya sea pintados o en relieve. Es posible que la estatua se abriera para mostrar la posición relativa de los órganos, los huesos, los músculos, los nervios y las demás partes. Al cabo de siglos de investigación, el maniquí se convirtió en una masa de jeroglíficos complejos y de figuras simbólicas. Cada parte tiene un significado secreto. Las medidas formaban un modelo básico, mediante el cual se podían medir todas las partes del cosmos. Era un espléndido emblema complejo de todo el conocimiento que poseían los sabios y los hierofantes.

Entonces comenzó la época de la idolatría. Los Misterios decayeron desde dentro. Los secretos se perdieron y ya nadie conocía la identidad del hombre misterioso suspendido encima del altar. Lo único que se recordaba era que la figura era un símbolo sagrado y glorioso del Poder Universal, hasta que finalmente empezaron a considerarlo un dios, el Uno a cuya imagen fue creado el hombre. Cuando se perdió el conocimiento de la finalidad para la cual se había construido el maniquí, los sacerdotes adoraron a aquella efigie hasta que, al final, su desconocimiento espiritual hizo que el templo se derrumbara sobre sus cabezas y la estatua se vino abajo, junto con la civilización que había olvidado su sentido.

A partir de aquella suposición de los primeros teólogos de que el hombre había sido creado a imagen de Dios, las mentes iniciadas de otros tiempos erigieron la magnífica estructura de la teología sobre la base del cuerpo humano. El mundo religioso de la actualidad ignora casi por completo que la ciencia de la biología constituye el origen de sus doctrinas y sus principios. Muchos de los códigos y las leyes que los teólogos actuales creen que han sido revelaciones directas de la divinidad en realidad son fruto de siglos de ahondar pacientemente en las complejidades de la constitución humana y en las maravillas infinitas reveladas por semejante estudio.

En casi todos los libros sagrados del mundo se puede rastrear una analogía anatómica, que resulta más evidente en sus mitos de la creación. Quien sepa algo de embriología y obstetricia no tendrá ninguna dificultad en reconocer la base de la alegoría con respecto a Adán y Eva y el Jardín del Edén, los nueve grados de los Misterios eleusinos y la leyenda brahmánica de las encarnaciones de Vishnu. La historia del Huevo Universal, el mito escandinavo de Ginnungagap (la grieta oscura del espacio en la cual se siembra la semilla del mundo) y el uso del pez como emblema del poder generador paternal muestran el verdadero origen de la especulación teológica. Los filósofos de la Antigüedad se daban cuenta de que el propio hombre era la clave del misterio de la vida, porque era la imagen viva del Plan Divino, y en los siglos venideros la humanidad también llegará a comprender más plenamente la solemne trascendencia de aquellas palabras antiguas: «Lo que en realidad debe estudiar el hombre es a sí mismo».

Tanto Dios como el hombre tienen una constitución doble, con una parte superior invisible y una inferior visible. También hay en los dos una esfera intermedia, que marca el punto de encuentro de la naturaleza visible y la invisible. Del mismo modo que la naturaleza espiritual de Dios controla Su forma universal objetiva —que en realidad es una idea cristalizada—, la naturaleza espiritual del hombre es la causa invisible y el poder controlador de su personalidad material visible. Por lo tanto, resulta evidente que el espíritu del hombre guarda la misma relación con su cuerpo material que la que guarda Dios con el universo objetivo. Los Misterios enseñaban que el espíritu, o la vida, era anterior a la forma y que lo que es anterior incluye todo lo que es posterior a sí mismo. Como el espíritu es anterior a la forma, la forma queda incluida dentro del ámbito del espíritu. Además, es una afirmación o creencia popular que el espíritu del hombre está dentro de su cuerpo. Según las

conclusiones de la filosofía y la teología. sin embargo. esta creencia es errónea, porque el espíritu primero circunscribe una zona y después se manifiesta en ella. En términos filosóficos, la forma, al ser parte del espíritu, está dentro del espíritu, aunque el espíritu es más que la suma de la forma. Así como la naturaleza material del hombre queda dentro de la suma del espíritu, la Naturaleza Universal, que incluye la totalidad del sistema, queda comprendida dentro de la esencia omnipresente de Dios: el Espíritu Universal.

Según otro concepto de la Sabiduría Antigua, todos los cuerpos —ya sean espirituales o materiales— tienen tres centros, que los griegos llaman el centro superior, el centro intermedio y el centro inferior. Aquí se observa una ambigüedad aparente. Hacer un diagrama o representar simbólicamente de forma adecuada las verdades mentales abstractas resulta imposible, porque la representación diagramática de uno de los aspectos de las relaciones metafísicas en realidad puede contradecir algún otro. Si bien lo que está por encima en general se considera superior en cuanto a dignidad y poder, en realidad lo que está en el centro es superior y anterior tanto con respecto a lo que se dice que está por encima como con respecto a lo que se dice que está por debajo. Por consiguiente, se debe decir que lo primero —que se considera que está por encima— en realidad está en el centro, mientras que los otros dos (de los que se dice que están por encima o bien por debajo) en realidad están por debajo. Para simplificar más esta cuestión, se ruega al lector que considere «por encima» una indicación del grado de proximidad al origen y «por debajo» una indicación del grado de distancia del origen, que está situado justamente en el centro, y la distancia relativa son los distintos puntos a lo largo de los radios desde el centro hacia la circunferencia. En cuestiones relacionadas con la filosofía y la teología, «arriba» se puede entender como «hacia el centro» y «abajo», como «hacia la circunferencia». El centro es el espíritu y la circunferencia es la materia. Por consiguiente, «arriba» quiere decir «hacia el espíritu siguiendo una escala ascendente de espiritualidad» y «abajo» quiere decir «hacia la materia siguiendo una escala ascendente de materialidad». Este último concepto se expresa en parte mediante el vértice de un cono que, visto desde arriba, aparece como un punto en el centro exacto de la circunferencia formada por la base del cono.

Estos tres centros universales —el que está arriba, el que está abajo y el vínculo que los une— representan tres soles o tres aspectos del mismo sol: son centros de resplandor. También tienen su analogía en

los tres grandes centros del cuerpo humano, que, al igual que el universo físico, es una creación del demiurgo. «El primero de estos [soles] —afirma Thomas Taylor— es análogo a la luz cuando se la ve subsistir en su fuente, el sol; el segundo, a la luz que procede directamente del sol, y el tercero, al esplendor que esta luz transmite a otras naturalezas.»

Como el centro superior (o espiritual) está en el medio de los otros dos, su análogo en el cuerpo físico es el corazón: el órgano más espiritual y misterioso del cuerpo humano. El segundo centro (o el vínculo entre el mundo superior y el inferior) se eleva a la posición de máxima dignidad física: el cerebro. El tercer centro (el inferior) queda relegado a la posición de menos dignidad física, pero de mayor importancia física: el aparato reproductor. De este modo, el corazón es, simbólicamente, la fuente de la vida; el cerebro es el vínculo que, mediante la inteligencia racional, une la vida con la forma, y el aparato reproductor (o creador infernal) es la fuente del poder gracias al cual se producen los organismos físicos. Los ideales y las aspiraciones de cada persona dependen en gran medida de cuál de estos tres centros de poder predomine en cuanto al alcance y la actividad de la expresión. En los materialistas, el más fuerte es el centro inferior; en los intelectuales, el superior; en cambio, en los iniciados, el medio —al bañar los dos extremos en un torrente de resplandor espiritual— controla sanamente tanto la mente como el cuerpo.

Así como la luz da fe de que hay vida —que es lo que la origina—, la mente demuestra la existencia del espíritu y la actividad, en un plano más inferior aún, demuestra que existe la inteligencia. Por consiguiente, la mente pone de manifiesto al corazón, mientras que el aparato reproductor, a su vez, pone de manifiesto a la mente. En consecuencia, el símbolo más común de la naturaleza espiritual es un corazón; el de la capacidad intelectual es un ojo abierto, que representa la glándula pineal o el ojo ciclópeo, que es el Jano de dos caras de los Misterios paganos, y el del aparato reproductor es una flor, un bastón, una copa o una mano.

Aunque todos los Misterios reconocían el corazón como centro de la conciencia espiritual, a menudo pasaban por alto deliberadamente este concepto y utilizaban el corazón en su sentido exotérico como símbolo de la naturaleza emocional. En este caso, el aparato reproductor representaba el cuerpo físico; el corazón, el cuerpo emocional, y el cerebro, el cuerpo mental. El cerebro representaba la esfera superior, pero cuando los iniciados habían superado los grados inferiores, les enseñaban que el cerebro representaba la llama espiritual que moraba en

los lugares más recónditos del corazón. El estudioso del esoterismo descubre poco después que los antiguos recurrían a menudo a diversos subterfugios para ocultar las verdaderas interpretaciones de sus Misterios. Sustituir el corazón por el cerebro era uno de aquellos subterfugios.

Los tres grados de los Misterios antiguos se otorgaban, salvo contadas excepciones, en cámaras que representaban los tres grandes centros del cuerpo humano y el universal. Si era posible, se construía el propio templo en forma de cuerpo humano. El candidato entraba por entre los pies y recibía el máximo honor en el punto correspondiente al cerebro. El primer grado era el misterio material y su símbolo era el aparato reproductor; el candidato tenía que pasar por los distintos grados del pensamiento concreto. El segundo grado se otorgaba en la cámara correspondiente al corazón, aunque representaba el poder intermedio, que era el vínculo mental. Allí se iniciaba al candidato en los misterios del pensamiento abstracto y era llevado hasta lo más alto que la mente podía penetrar. A continuación, pasaba a la tercera cámara, que, al igual que el cerebro, ocupaba la posición más elevada del templo, pero, al igual que el corazón, tenía la máxima dignidad. En la cámara del cerebro se otorgaba el misterio del corazón. Allí, el iniciado comprendía de verdad por primera vez el significado de aquellas palabras inmortales: «Como un hombre piensa, así es su vida». Como hay siete corazones en el cerebro, hay siete cerebros en el corazón, pero esta es una cuestión superfísica, acerca de la cual no se puede decir gran cosa en este momento.

Proclo escribe sobre este tema en el primero de los *Six Books of Proclus on the Theology of Plato*: «De hecho, Sócrates en el (primer) *Alcibíades* observa correctamente que el alma, cuando penetra en sí misma, contempla todas las demás cosas y a la divinidad misma, porque, al acercarse a la unión consigo misma y al centro de toda la vida y al dejar de lado la multitud y la variedad de todos los poderes múltiples que contiene, asciende a la atalaya más alta de los seres. Y así como en el más sagrado de los misterios —dicen— los místicos se encuentran en primer lugar con los géneros multiformes, que se arrojan ante los dioses, pero, al entrar en el templo, impasibles y protegidos por los ritos místicos, reciben verdaderamente en su pecho [corazón] la iluminación divina y, despojados de sus vestiduras —como lo dirían ellos—, participan de una naturaleza divina, lo mismo ocurre —me da la impresión— con la especulación de la totalidad. Porque el alma, cuando observa las cosas que son posteriores a ella, contempla las sombras y las imágenes

de los seres, pero cuando se vuelve hacia sí misma desarrolla su propia esencia y las razones que contiene. Y al principio, efectivamente, solo se contempla —digamos— a sí misma, pero, cuando profundiza más en su propio conocimiento, descubre que posee tanto un intelecto como los órdenes de los seres. Sin embargo, cuando se interna en sus recovecos interiores y —digamos— en el *adytum* del alma, percibe con su ojo cerrado [sin la ayuda de la mente inferior] el género de los dioses y las unidades de los seres. Porque todas las cosas están en nuestra psique y a través de esta somos capaces por naturaleza de conocerlo todo, despertando los poderes y las imágenes de las totalidades que contenemos».

Los antiguos iniciados advertían a sus discípulos que una imagen no es una realidad, sino simplemente la objetivación de una idea subjetiva. Las imágenes de los dioses no estaban diseñadas para ser objetos de culto, sino que solo había que considerarlas emblemas o recordatorios de poderes y principios invisibles. Asimismo, el cuerpo humano no se debe considerar la persona, sino solo la morada de la persona, del mismo modo que el templo era la Casa de Dios. En un estado de ordinariez y perversión, el cuerpo humano es la tumba o la prisión de un principio divino; en un estado de evolución y regeneración, es la Casa o el Santuario de la divinidad, cuyos poderes creativos le dieron forma. «La personalidad está colgada de un hilo de la naturaleza del Ser», declara la obra secreta. El hombre es, en esencia, un principio permanente e inmortal y solo su cuerpo atraviesa el ciclo del nacimiento y la muerte. Lo inmortal es la realidad; lo mortal es la irrealidad. Durante cada período de la vida terrenal, la realidad vive en la irrealidad y se libera de ella temporalmente mediante la muerte y permanentemente mediante la iluminación.

Aunque en general se consideraban politeístas, los paganos no adquirieron tal reputación por adorar a más de un dios, sino por personificar los atributos de aquel dios, con lo cual crearon un panteón de divinidades posteriores, cada una de las cuales manifestaba una parte de lo que el Único Dios manifestaba como un todo. Por consiguiente, los diversos panteones de las religiones antiguas en realidad representan los atributos catalogados y personificados de la divinidad y, en tal sentido, corresponden a las jerarquías de los cabalistas hebreos. Por lo tanto, todos los dioses de la Antigüedad tienen sus analogías en el cuerpo humano, como ocurre también con los elementos, los planetas y las constelaciones, que se asignaban como vehículos adecuados para aquellos celestiales. Los cuatro centros del cuerpo se asignan a los elementos; los

siete órganos vitales, a los planetas; las doce partes y miembros principales, al Zodíaco; las partes invisibles de la naturaleza divina del hombre, a diversas divinidades supramundanas, mientras que el Dios oculto —según decían— se manifiesta a través de la médula de los huesos.

A muchos les cuesta concebirse como verdaderos cosmos, darse cuenta de que su cuerpo físico es una naturaleza visible y de que, a través de su estructura, innumerables olas de vida en evolución desarrollan sus potencialidades latentes. Sin embargo, a través del cuerpo físico del hombre no solo se desarrollan un reino mineral, uno vegetal y uno animal, sino también clasificaciones y divisiones desconocidas de vida espiritual invisible. Así como las células son unidades infinitesimales de la estructura del hombre, el hombre es una unidad infinitesimal de la estructura del universo. Una teología basada en el conocimiento y la apreciación de estas relaciones es tan profundamente justa como profundamente verdadera.

Como el cuerpo físico del hombre tiene cinco extremidades definidas e importantes (dos piernas, dos brazos y una cabeza que gobierna a las cuatro primeras), el número cinco ha sido aceptado como símbolo del hombre. Con sus cuatro esquinas, la pirámide simboliza los brazos y las piernas y, con el vértice, la cabeza, con lo cual indica que un solo poder racional controla cuatro esquinas irracionales. Las manos y los pies se usan para representar los cuatro elementos, de los cuales los dos pies son la tierra y el agua y las dos manos, el fuego y el aire. Por lo tanto, el cerebro simboliza el quinto elemento sagrado, el éter, que controla y une a los otros cuatro. Si los pies están juntos y los brazos están abiertos, el hombre simboliza la cruz, con el intelecto racional como cabeza o extremidad superior.

Los dedos de las manos y de los pies también tienen un significado especial. Los dedos de los pies representan los Diez Mandamientos de la ley física y los de las manos representan los Diez Mandamientos de la ley espiritual. Los cuatro dedos de cada mano (sin contar los pulgares) representan los cuatro elementos y las tres falanges de cada dedo representan las divisiones del elemento, de modo que los dedos de cada mano están divididos en doce partes, que son análogas a los signos del Zodíaco, mientras que las dos falanges y la base de los dos pulgares representan la divinidad trina. La primera falange corresponde al aspecto creativo; la segunda, al aspecto preservador, y la base, al aspecto generador y al destructivo. Cuando se unen las dos manos, el resultado son los veinticuatro Ancianos y los seis días de la creación.

Para el simbolismo, el cuerpo está dividido verticalmente en dos mitades: la derecha se considera luz y la izquierda, oscuridad. Aquellos que no estaban familiarizados con el verdadero significado de la luz y la oscuridad llamaban espiritual a la parte luminosa y material a la parte izquierda. La luz es el símbolo de la objetividad y la oscuridad, el de la subjetividad. La luz es una manifestación de la vida y, por consiguiente, es posterior a la vida. Lo que precede a la luz es la oscuridad, en la cual la luz existe de forma temporal, pero la oscuridad existe de forma permanente. Así como la vida precede a la luz, su único símbolo es la oscuridad y la oscuridad se considera el velo que debe ocultar eternamente la verdadera naturaleza del Ser abstracto y no diferenciado.

Antiguamente, los hombres luchaban con el brazo derecho y defendían sus centros vitales con el brazo izquierdo, en el cual llevaban el escudo protector. Por consiguiente, la mitad derecha del cuerpo se consideraba ofensiva y la mitad izquierda, defensiva, y también por este motivo el lado derecho del cuerpo se consideraba masculino y el lado izquierdo, femenino. Varios expertos opinan que el hecho de que actualmente predomine el uso de la mano derecha se debe a la costumbre de reservar la mano izquierda para fines defensivos. Además, así como la fuente del Ser está en la oscuridad primaria que precedía a la luz, la naturaleza espiritual del hombre está en la parte oscura de su ser, porque el corazón está del lado izquierdo.

Entre las curiosas ideas falsas que surgen de la mala costumbre de asociar la oscuridad con el mal hay una según la cual varias naciones primitivas usaban la mano derecha para todas las labores constructivas y la mano izquierda solo para aquellas tareas consideradas impuras e indignas de ser vistas por los dioses. Por el mismo motivo, a menudo se hacía referencia a la magia negra como el camino de la mano izquierda o siniestro y se decía que el cielo estaba a la derecha y el infierno a la izquierda. Además, algunos filósofos decían que se podía escribir de dos maneras: de izquierda a derecha se consideraba el método exotérico y de derecha a izquierda se consideraba esotérico. La escritura exotérica era la que se hacía hacia fuera o lejos del corazón, mientras que la esotérica era la que —como el hebreo antiguo— se escribía hacia el corazón.

Según la doctrina secreta, cada una de las partes y los miembros del cuerpo están representados en el cerebro y, a su vez, todo lo que hay en el cerebro está representado en el corazón. Simbólicamente, se suele utilizar la cabeza humana para representar la inteligencia y el conocimiento de uno mismo. Como el cuerpo humano en su totalidad es el

producto más perfecto conocido de la evolución terrestre, se empleaba para representar la Divinidad: el máximo estado o condición apreciable. Los artistas, cuando intentan retratar a la divinidad, a menudo muestran solo una mano que surge de una nube impenetrable. La nube representa la Divinidad Incognoscible, oculta al hombre por la limitación humana. La mano representa la actividad divina, la única parte de Dios que pueden conocer los sentidos inferiores.

El rostro está compuesto por una trinidad natural: los ojos representan el poder espiritual que comprende; las fosas nasales representan el poder preservador y vivificador, y la boca y las orejas representan el poder demiúrgico material del mundo inferior. La primera esfera existe eternamente y es creativa; la segunda esfera pertenece al misterio del aliento creativo, y la tercera esfera, a la palabra creativa. Mediante la Palabra de Dios se creó el universo material y los siete poderes creativos, o sonidos vocálicos —que han comenzado a existir al pronunciarse la Palabra—, se convirtieron en los siete *Elohim* o divinidades, con cuyo poder y mediación se organizó el mundo inferior. De vez en cuando, la Divinidad se simboliza mediante un ojo, una oreja, una nariz o una boca. El primero simboliza la conciencia divina; la segunda, el interés divino; la tercera, la vitalidad divina y la cuarta, la orden divina.

Los antiguos no creían que, gracias a la espiritualidad, los hombres se volvieran honrados o racionales, sino, más bien, que la honradez y la racionalidad los volvían espirituales. Los Misterios enseñaban que la iluminación espiritual solo se alcanzaba elevando la naturaleza inferior hasta un nivel determinado de eficiencia y pureza. Por consiguiente, los Misterios se establecieron con la finalidad de desarrollar la naturaleza del hombre según determinadas reglas fijas que, cuando se observaban religiosamente, elevaban la conciencia humana hasta un punto en el que era capaz de conocer su propia constitución y la verdadera finalidad de su existencia. Este conocimiento de la manera de regenerar más rápida y completamente la constitución múltiple del hombre hasta alcanzar la iluminación espiritual constituía la doctrina secreta o esotérica de la Antigüedad. Algunos órganos y centros aparentemente físicos son en realidad los velos o las fundas de los centros espirituales. Lo que eran y la manera de desarrollarlos no se revelaba jamás a los impenitentes, porque los filósofos sabían que cuando alguien comprende el funcionamiento de todo un sistema, puede conseguir un fin establecido, aunque no esté cualificado para manipular y controlar las consecuencias que haya producido. Por este motivo, se imponían períodos de prueba pro-

longados, de modo que el conocimiento de cómo llegar a ser como los dioses siguiera siendo posesión exclusiva de quienes eran dignos de él.

Sin embargo, para que el conocimiento no desapareciera, se ocultó en alegorías y mitos que no tenían ningún sentido para los profanos, aunque resultaban evidentes para quienes conocían la teoría de la redención personal que era la base de la teología filosófica. Se puede poner como ejemplo el propio cristianismo. En realidad, todo el Nuevo Testamento es una exposición cuidadosamente oculta de los procesos secretos de la regeneración humana. Los personajes que durante tanto tiempo se han considerado hombres y mujeres históricos en realidad son personificaciones de determinados procesos que tienen lugar en el cuerpo humano cuando el hombre empieza la tarea de liberarse a sí mismo conscientemente de la esclavitud de la ignorancia y la muerte.

Las prendas y los adornos que supuestamente llevaban los dioses también son claves, porque en los Misterios la vestimenta se consideraba sinónimo de la forma. El grado de espiritualidad o materialidad de los organismos se representaba por medio de la calidad, la belleza y el valor de las prendas que llevaban. El cuerpo físico del hombre se consideraba la vestidura que cubría su naturaleza espiritual; en consecuencia, cuanto más desarrollados estuvieran sus poderes supersustanciales, más espléndido sería su atuendo. Desde luego, al principio la ropa se llevaba más como adorno que como protección y muchos pueblos primitivos conservan esta costumbre. Los Misterios enseñaban que los únicos adornos duraderos del hombre eran sus virtudes y sus características respetables y que iba vestido con sus propios logros y adornado con sus conquistas. Por eso, la toga blanca era símbolo de pureza; la roja, de sacrificio y amor, y la azul, de altruismo e integridad. Como se decía que el cuerpo era la toga del espíritu, las deformidades mentales o morales se representaban como deformidades del cuerpo.

Tomando el cuerpo del hombre como la regla para medir el universo, los filósofos afirmaban que todas las cosas se parecen, por su constitución —si no por su forma—, al cuerpo humano. Por ejemplo, los griegos decían que Delfos era el ombligo de la tierra, porque para ellos el planeta físico era como un ser humano gigante, que era retorcido para darle la forma de una pelota. En contraposición a la creencia del cristianismo de que la tierra era un objeto inanimado, para los paganos no solo la tierra sino también todos los cuerpos siderales eran criaturas individuales, dotadas de inteligencia propia. Incluso llegaban a tratar los distintos reinos de la naturaleza como entidades separadas. Por ejem-

plo, para ellos el reino animal era un solo ser compuesto por todas las criaturas que constituyen dicho reino. Aquella bestia prototípica era un mosaico que encarnaba todas las propensiones animales y dentro de su naturaleza existía todo el mundo animal, así como la especie humana existe dentro de la constitución del Adán prototípico.

Las razas, las naciones, las tribus, las religiones, los estados, las comunidades y las ciudades se veían, asimismo, como entidades, compuesta cada una de ellas por cantidades diversas de individuos. Cada comunidad tiene una individualidad, que es la suma de las actitudes de cada uno de sus habitantes. Cada religión es un individuo cuyo cuerpo está compuesto por una jerarquía y una gran cantidad de adoradores individuales. La organización de cualquier religión representa su cuerpo físico y cada uno de sus miembros es una de las células que componen este organismo. Por consiguiente, las religiones, las razas y las comunidades —al igual que los individuos— atraviesan las «siete edades» de Shakespeare, porque la vida del hombre sirve como referencia para calcular la perpetuidad de todas las cosas.

Según la doctrina secreta, el hombre, mediante la mejora paulatina de sus medios y la sensibilidad cada vez mayor que produce dicha mejora, va superando poco a poco las limitaciones de la materia y se va desprendiendo de su maraña mortal. Cuando la humanidad haya acabado su evolución física, la cáscara vacía de la materialidad que ha dejado atrás será utilizada por otras oleadas de vida como peldaños para su propia liberación. El desarrollo evolutivo del hombre tiende siempre hacia su propia Individualidad. Por consiguiente, en el punto de máximo materialismo, el hombre se encuentra más lejos de sí mismo. Según las enseñanzas de los Misterios, no toda la naturaleza espiritual del hombre se encarna en la materia. El espíritu del hombre se manifiesta esquemáticamente como un triángulo equilátero con un vértice hacia abajo. Este punto inferior, que es un tercio de la naturaleza espiritual, pero que, en comparación con la dignidad de los otros dos, es mucho menos que un tercio, desciende hacia la ilusión de la existencia material por un período breve. Lo que no se envuelve jamás en la cubierta de la materia es el *ánthropos* hermético, el Superhombre, análogo a los cíclopes o al *daemon* protector de los griegos, el «ángel» de Jakob Böhme y la Superalma de Emerson, «esa unidad, esa Superalma, que contiene en su interior las particularidades de cada persona para unificarla con todo lo demás».

Al nacer, apenas una tercera parte de la naturaleza divina del hombre se disocia temporalmente de su propia inmortalidad y asume el sue-

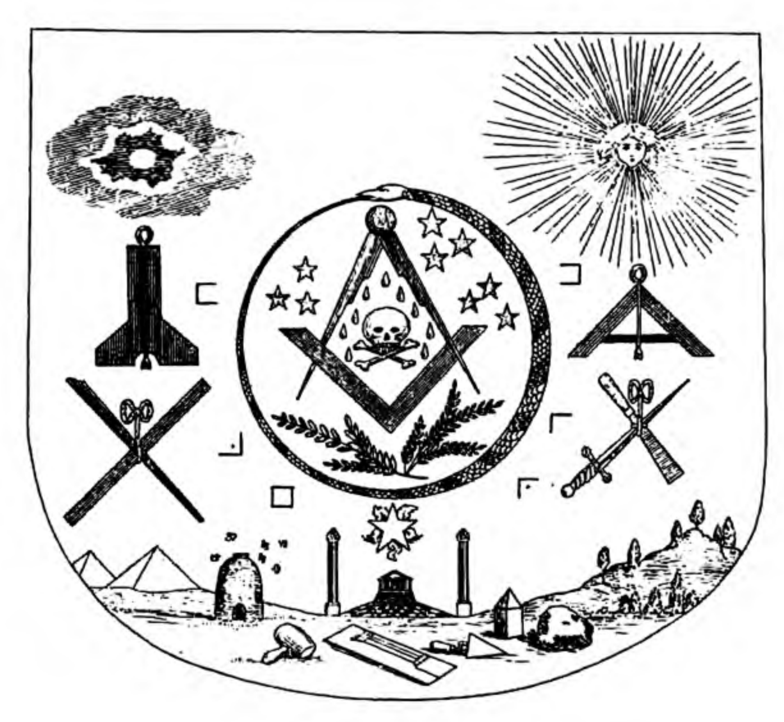
ño del nacimiento y la existencia físicos y anima con su propio entusiasmo celestial a un medio compuesto por elementos materiales, que pertenece a la esfera material y está limitado por ella. Al morir, aquella parte encarnada despierta del sueño de la existencia física y se vuelve a reunir con su condición eterna. Este descenso periódico del espíritu a la materia se denomina «la rueda de la vida y la muerte» y los filósofos han tratado extensamente los principios relacionados con ella en la cuestión de la metempsicosis. Mediante la iniciación en los Misterios y un proceso determinado conocido como teología operativa, se trasciende esta ley de nacimiento y muerte y, en el transcurso de la existencia física, a la parte del espíritu que está dormida en su forma se le abren los ojos sin intervención de la muerte —el Iniciador inevitable— y entonces se reúne conscientemente con el *ánthropos*, o la sustancia dominante. En esto consiste tanto la finalidad principal como la consumación de los Misterios: en que el hombre tome conciencia de su propio origen divino y vuelva conscientemente a él, sin tener que pasar por la disolución física.

XVI

La leyenda de Juram

Después de llegar al trono de David, su padre, Salomón, el amado por Dios, constructor de la Casa Eterna y gran maestro de la logia de Jerusalén, consagró su vida a erigir un templo a Dios y un palacio para los reyes de Israel. Cuando el fiel amigo de David, Juram, rey de Tiro, se enteró de que un hijo de David ocupaba el trono de Israel, envió mensajes de felicitación y ofrecimientos de ayuda al nuevo gobernante. En su *History of the Jews*, Flavio Josefo menciona que las copias de las cartas que intercambiaron los dos reyes se pudieron ver entonces tanto en Jerusalén como en Tiro. Aunque Juram no apreció las veinte ciudades de Galilea que Salomón le regaló cuando finalizó el templo, los dos monarcas siguieron siendo grandes amigos. Los dos eran famosos por su ingenio y su sabiduría y en su correspondencia cada uno inventaba preguntas desconcertantes para poner a prueba el ingenio del otro. Salomón celebró un acuerdo con Juram de Tiro y le prometió grandes cantidades de cebada, trigo, maíz, vino y aceite como salarios para los albañiles y los carpinteros de Tiro que colaborasen con los judíos en la construcción del templo. Juram también proporcionó cedros y otros árboles de buena calidad, con los cuales se construyeron balsas que flotaron mar abajo hasta Joppe, donde los obreros de Salomón los trasladaban tierra adentro, hasta el lugar donde se construyó el templo.

Como quería tanto a Salomón, Juram de Tiro también le envió al Gran Maestro de los Arquitectos Dionisíacos, Juram Abí, hijo de madre viuda, que no tenía igual entre los artesanos de la tierra. Se lo describe como «tirio de nacimiento, pero de ascendencia israelita» y como «segundo Besalel, honrado por su rey con el título de Padre». *The*



DE UNO DE LOS PRIMEROS MANDILES MASÓNICOS, PINTADO A MANO

MANDIL MASÓNICO CON FIGURAS SIMBÓLICAS
Si bien el simbolismo místico de la masonería establece que el mandil ha de ser un simple cuadrado de piel de cordero con el faldón correspondiente, los mandiles masónicos con frecuencia se adornan con figuras curiosas e imponentes. «Cuando uno se pone seda, algodón o hilo —escribe Albert Pike—, el simbolismo desaparece. Tampoco va uno vestido cuando borra, desfigura y profana la superficie blanca con adornos, figuras o colores del tipo que sean.» (Vease *Masonic Symbolism.*)

A Marte, el antiguo planeta de la energía cósmica, los «astrólogos» atlantes y caldeos le asignaron a Aries como trono diurno y a Escorpio como trono nocturno. Los que no ascendían a la vida espiritual mediante la iniciación se describen como «muertos por la picadura del escorpión», porque vagan por el lado nocturno del poder divino. Mediante el misterio del cordero pascual o la consecución del vellocino de oro, aquellas almas «resucitan» o se elevan hasta el poder diurno constructivo de Marte en Aries: el símbolo del Creador.

Cuando se lleva sobre la zona relacionada con las pasiones animales, la piel de cordero pura representa la regeneración de las fuerzas de la procreación y su consagración al servicio de la divinidad. El tamaño del mandil, sin contar el faldon, lo convierte en el símbolo de la salvación, porque, según los Misterios, tiene que tener unos 900 centímetros cuadrados.

El mandil que aparece sobre estas líneas incluye gran cantidad de símbolos: la colmena, emblema de la propia logia masónica; la llana, el mazo y el tablero de dibujo; las piedras picadas y las cuadradas; las pirámides y las montañas del Líbano; los pilares, el templo y el suelo tipo tablero, y la estrella flamígera y las herramientas de la Orden. Ocupan el centro del mandil un compás y una escuadra, que representan el macrocosmos y el microcosmos, y la serpiente alternativamente blanca y negra de la luz astral. Debajo hay una rama de acacia con siete ramitas, que representa los centros vitales del hombre superior y el inferior. La calavera es un recordatorio constante de que la naturaleza espiritual solo se libera después de la muerte filosófica de la personalidad sensual del hombre.

Freemason's Pocket Companion (publicado en 1771) describe a Juram como «el obrero más ingenioso, hábil y curioso que existió jamás, cuyas habilidades no se limitaban solo a la construcción, sino que se extendían a todo tipo de trabajo, ya fuera en oro, plata, bronce o hierro; ya fuera en hilo, tapices o bordados; se lucía por igual como arquitecto, estatuario [sic], fundidor y diseñador, por separado o conjuntamente. A partir de sus diseños y siguiendo sus indicaciones, se comenzaron, reali-

zaron y terminaron todos los muebles ricos y espléndidos del templo y sus diversas añadiduras. Salomón lo nombró para ocupar la presidencia en su ausencia, como segundo Gran Maestro, y, en su presencia, Anciano Gran Guardián, Maestro de obras y, supervisor general de todos los artistas, tanto de aquellos que David había conseguido en Tiro y en Sidón como de los que posteriormente enviara Juram.» (Los escritores masónicos actuales no se ponen de acuerdo en cuanto a la precisión de esta última oración.)

A pesar de la cantidad inmensa de trabajo que requirió su construcción, el Templo de Salomón —en palabras de George Oliver— «era un edificio bastante pequeño, con un tamaño muy inferior al de algunas de nuestras iglesias». La cantidad de edificios contiguos a él y el inmenso tesoro en oro y piedras preciosas que se empleó en su construcción concentraron mucha riqueza dentro de la superficie del templo. En su centro estaba el sanctasanctórum, a veces llamado «oráculo». Era un cubo exacto —todas sus medidas eran de veinte codos— y un ejemplo de la influencia del simbolismo egipcio. Las construcciones del grupo del templo estaban adornadas con 1453 columnas de mármol de Paros, con esculturas espléndidas, y 2906 pilastras adornadas con capiteles. Había un porche ancho que daba al Este y el sanctasanctórum daba al Oeste. Según la tradición, en los distintos edificios y patios cabían un total de trescientas mil personas. Tanto el presbiterio como el sanctasanctórum estaban totalmente cubiertos de placas de oro macizo con incrustaciones de pedrería.

El rey Salomón comenzó la construcción del templo en el cuarto año de su reinado, en lo que sería, según los cálculos modernos, el 21 de abril, y lo acabó el undécimo año de su reinado, el 23 de octubre. El templo se inició cuatrocientos ochenta años después de que los hijos de Israel atravesaran el mar Rojo. Parte de la labor de construcción consistió en levantar una base artificial en la cima del monte Moria. Las piedras para el templo se extrajeron de canteras situadas justo debajo del monte Moria y las cuadraban antes de extraerlas. Los adornos de bronce y oro para el templo se vertieron en moldes en el terreno arcilloso situado entre Sukkot y Seredá y las partes de madera estuvieron todas acabadas antes de llegar al emplazamiento del templo. Por consiguiente, el edificio se montó sin ruido ni instrumentos y todas sus partes encajaron a la perfección «sin el martillo de la discordia, el hacha de la división ni ninguna herramienta maliciosa».

La controvertida *Constitución de 1723* de Anderson, publicada en Londres en 1723 y reimpresa por Benjamin Franklin en Filadelfia en 1734,

describe con estas palabras la división de los trabajadores que intervinieron en la construcción de la Casa Eterna:

«Sin embargo, ni la pagoda de Dagon ni las mejores construcciones de Tiro y Sidón se pueden comparar con el templo del Dios Eterno en Jerusalén, [...] se emplearon en él por lo menos 3600 príncipes, o maestros, para llevar a cabo la obra según las indicaciones de Salomón, con ochenta mil canteros en la montaña, o compañeros, y setenta mil peones, en total 153 600, además de la leva de Adoniram para trabajar en las montañas de Líbano por turnos con los sidonios, a saber, treinta mil, con lo cual en total fueron 183 600.» Daniel Sickels habla de tres mil trescientos supervisores, en lugar de tres mil seiscientos, y menciona a los tres Grandes Maestros por separado. El mismo autor calcula el coste del templo en casi cuatro mil millones de dólares.

La leyenda masónica de la construcción del Templo de Salomón no coincide en todos los aspectos con la versión de las Escrituras, sobre todo en las partes relacionadas con Juram Abí. Según la versión bíblica, este Maestro regresó a su propio país; en la alegoría masónica, es asesinado a traición. A este respecto, A. E. Waite, en *A New Encyclopaedia of Freemasonry*, hace el siguiente comentario explicativo:

> La leyenda del Maestro Constructor es la gran alegoría de la masonería. Resulta que esta historia figurativa se basa en la existencia de una personalidad mencionada en la Sagrada Escritura, aunque este antecedente histórico se refiere a los accidentes, en lugar de a la esencia: la importancia reside en la alegoría y no en ningún punto de la historia que pueda haber tras ella.

Juram, como Maestro de los Constructores, dividió a sus obreros en tres grupos, denominados aprendices, compañeros y maestros. Dio a cada división determinadas contraseñas y señales, mediante las cuales se pudieran determinar rápidamente las excelencias de cada uno. Aunque todos se clasificaban según sus méritos, algunos estaban descontentos, porque deseaban un puesto más elevado del que eran capaces de ocupar. Al final, tres compañeros más osados que los demás decidieron obligar a Juram a revelarles la contraseña del grado de maestro. Sabiendo que Juram siempre entraba en el sanctasanctórum inacabado a mediodía para rezar, aquellos villanos, llamados Jubelas, Jubelus y Jubelon, lo esperaron, uno en cada una de las puertas principales del templo. Cuando Juram estaba a punto de salir del templo por la puerta sur, de pronto le hizo frente Jubelas, armado con un medidor de sesenta centímetros. Cuando Juram se negó a revelarle la palabra del maestro,

el rufián lo golpeó en la garganta con la regla; entonces, el maestro herido se dirigió rápidamente a la puerta occidental, donde Jubelus, armado con una escuadra, lo aguardaba con la misma pregunta. Otra vez Juram guardó silencio y el segundo asesino lo golpeó en el pecho con la escuadra. Entonces Juram se dirigió tambaleándose a la puerta oriental, donde encontró a Jubelon, armado con una maza. Cuando Juram se negó a decirle la palabra del maestro, Jubelon lo golpeó en medio de los ojos con el mazo y Juram cayó muerto.

Los asesinos enterraron el cadáver de Juram en lo alto del monte Moria y colocaron sobre la tumba un ramito de acacia. Entonces, para no ser castigados por su crimen, embarcaron con rumbo a Etiopía, pero el puerto estaba cerrado. Finalmente, los tres fueron capturados y, tras admitir su culpabilidad, fueron ejecutados, como establecía la ley. Entonces el rey Salomón envió varios grupos de tres hombres, uno de los cuales descubrió la tumba recién cavada, señalada con la ramita perenne. Como los aprendices y los compañeros no pudieron resucitar a su maestro de entre los muertos, finalmente lo «reanimó» el Maestro Masón con el «fuerte apretón de una garra de león».

Para el constructor iniciado, el nombre de Juram Abí significa «mi Padre, el Espíritu Universal, uno en esencia, tres en aspecto»; por eso, el maestro asesinado es una especie de mártir cósmico —el espíritu crucificado del bien, el dios que muere—, cuyo Misterio se celebra en todo el mundo. Entre los manuscritos del doctor Sigismund Bacstrom, el rosacruz iniciado, aparece el siguiente extracto de Von Welling en relación con la verdadera naturaleza filosófica del Juram masónico:

> La palabra original ח י ר ם, CJuram, es una raíz formada por tres consonantes, ח, ר y ם, es decir, *jet*, *resh* y *mem*. (1) ח, *jet*, significa *chamah*, la luz del sol, es decir, el fuego frío, invisible y universal de la naturaleza, atraído por el sol, manifestado en la luz y enviado hacia nosotros y hacia todos los cuerpos planetarios pertenecientes al sistema solar. (2) ר, *resh*, significa ר ו ח, *ruach*, es decir, espíritu, aire, viento, como medio que transmite y recoge la luz en innumerables focos, en los cuales los rayos solares de luz se agitan por un movimiento circular y se manifiestan en calor y fuego ardiendo. (3) ם, o מ, *mem*, significa *majim*, agua, humedad, pero más bien la madre del agua, es decir, la humedad radical, o un tipo determinado de aire condensado. Las tres constituyen el agente universal, o el fuego de la naturaleza, en una sola palabra, ח י ר ם, *CJuram*, no Juram.

Albert Pike menciona varias formas del nombre Juram: Jirm, Jurm y Jur-Om; esta última acaba en el monosílabo sagrado hindú: OM, que

también se puede extraer del nombre de los tres asesinos. Además, Pike relaciona a los tres rufianes con una tríada de estrellas en la constelación de Libra y también destaca el hecho de que el dios caldeo Baal —metamorfoseado en demonio por los judíos— aparece en el nombre de cada uno de los asesinos: Ju*bel*as, Ju*bel*us y Ju*bel*on. Para interpretar la leyenda de Juram hace falta estar familiarizado tanto con el sistema pitagórico como con el cabalístico de números y letras y también con los ciclos filosóficos y astronómicos de los egipcios, los caldeos y los brahmanes. Tengamos en cuenta, por ejemplo, el número 33. El primer templo de Salomón conservó durante treinta y tres años su esplendor inmaculado, pero, al cabo de ese período, fue saqueado por Shishak, rey de Egipto, y finalmente (en el 588 a. de C.) fue destruido por completo por Nabucodonosor y el pueblo de Israel fue llevado cautivo a Babilonia. (Véase la *General History, Cyclopedia and Dictionary of Freemasonry*, de Robert Macoy.) También el rey David gobernó durante treinta y tres años en Jerusalén; la orden masónica se divide en treinta y tres grados simbólicos; hay treinta y tres segmentos en la columna vertebral del hombre, y Jesús tenía treinta y tres años cuando fue crucificado.

Los intentos por averiguar el origen de la leyenda de Juram demuestran que, si bien en su forma actual es relativamente moderna, sus principios fundamentales proceden de la más remota Antigüedad. En general, los estudiosos masónicos actuales reconocen que la historia del martirio de Juram se basa en los ritos egipcios de Osiris, cuya muerte y resurrección representaban de forma metafórica la muerte espiritual del hombre y su regeneración a través de la iniciación en los Misterios. Juram también se identifica con Hermes mediante la inscripción en la Tabla de Esmeralda. A partir de estas asociaciones, resulta evidente que hay que considerar a Juram un prototipo de la humanidad; en realidad es la idea platónica (arquetipo) del hombre. Así como, después de la caída, Adán simboliza la idea de la degeneración humana, a través de su resurrección Juram simboliza la idea de la regeneración humana.

El 19 de marzo de 1314, Jacques de Molay, el último Gran Maestro de los Caballeros Templarios, fue quemado en una pira erigida en el mismo punto de la isla del Sena, en París, en el que posteriormente se erigió la estatua del rey Enrique IV. (Véase *The Indian Religions*, de Hargrave Jennings.) «Según algunas versiones de su muerte en la hoguera —escribe Jennings—, antes de expirar, Molay convocó a Clemente, el Papa que había proclamado la bula que abolió la Orden y había condenado al Gran Maestro a las llamas, para que compareciera,

dentro de un plazo de cuarenta días, ante el Juez Supremo y Eterno y a Felipe [el rey] ante el mismo tribunal imponente en el plazo de un año. Las dos profecías se cumplieron.» Debido a la estrecha relación entre la masonería y los Caballeros Templarios originales, la historia de Juram se relacionó con el martirio de Jacques de Molay. Según esta interpretación, los tres rufianes que asesinaron cruelmente a su maestro a las puertas del templo porque se negó a revelarles los secretos de su orden representan al Papa, el rey y los verdugos. De Molay murió defendiendo su inocencia y negándose a revelar los arcanos filosóficos y mágicos de los Templarios.

Los que han tratado de identificar a Juram con el asesinado rey Carlos I opinan que la leyenda de Juram ha sido inventada a tal efecto por Elias Ashmole, un filósofo místico que probablemente pertenecía a la Fraternidad de la Rosa Cruz. Carlos fue destronado en 1647 y murió decapitado en 1649, con lo cual el partido monárquico perdió a su líder. Se ha intentado relacionar la expresión «hijos de la viuda» (una denominación que se solía aplicar a los miembros de la Orden Masónica) con este incidente de la historia inglesa, porque, al ser asesinado su rey, Inglaterra quedó «viuda» y todos los ingleses se convirtieron en «hijos de la viuda».

Para el masón cristiano místico, Juram representa al Cristo que en tres días (grados) levantó el templo de Su cuerpo de su sepulcro terrenal. Sus tres asesinos eran el representante de César (el Estado), el Sanedrín (la iglesia) y el pueblo instigado (la plebe). Si lo consideramos así, Juram se convierte en la naturaleza superior del hombre y los asesinos son la ignorancia, la superstición y el temor. El Cristo inherente solo se puede expresar a sí mismo en este mundo a través de los pensamientos, los sentimientos y los actos del hombre. Pensar bien, sentir bien y obrar bien son las tres puertas que atraviesa el poder de Cristo al ingresar en el mundo material, donde trabaja para erigir el templo de la hermandad universal. La ignorancia, la superstición y el temor son tres rufianes, por medio de los cuales es asesinado el espíritu del bien y se establece en su lugar un reino falso, controlado por los malos pensamientos, los malos sentimientos y las malas acciones. En el universo material, el mal siempre parece victorioso.

«En este sentido —escribe Daniel Sickels—, el mito de los tirios se repite permanentemente en la historia de los asuntos humanos. Orfeo fue asesinado y su cuerpo fue arrojado al Hebro; a Sócrates lo obligaron a beber cicuta, y en todas las épocas hemos visto que el Mal triunfa momentáneamente y la Virtud y la Verdad son calumniadas, persegui-

das, crucificadas y asesinadas. Sin embargo, la Justicia Eterna pasa con seguridad y rapidez por el mundo: los tifones, los hijos de la oscuridad, los que conspiran para cometer delitos y todas las formas infinitamente variadas del mal caen en el olvido y la Verdad y la Virtud —postradas durante un tiempo— surgen envueltas en una majestad más divina y coronadas de gloria eterna.» (Véase *The General Ahiman Rezon and Freemason's Guide.*)

Existen motivos abundantes para sospechar que la orden masónica moderna ha estado profundamente influida por la sociedad secreta de Francis Bacon —si es que en realidad no ha surgido de ella—, pero no cabe duda de que en su simbolismo están presentes los dos grandes ideales de Bacon: la educación universal y la democracia universal. Los enemigos mortales de la educación universal son la ignorancia, la superstición y el miedo, que mantienen el alma humana cautiva de la parte más baja de su propia constitución. Los enemigos consumados de la democracia universal siempre han sido la corona, la tiara y la antorcha. Por eso, Juram simboliza el estado ideal de emancipación espiritual, intelectual y física que siempre se ha sacrificado en el altar del egoísmo humano. Juram es el Embellecedor de la Casa Eterna. No obstante, el utilitarismo moderno sacrifica lo bello en aras de lo práctico y a renglón seguido proclama la evidente mentira de que el egoísmo, el odio y la discordia son prácticos.

El doctor Orville Ward Owen encontró una parte considerable de los primeros treinta y dos grados del ritual masónico oculta en el texto del Primer Folio de Shakespeare. También se pueden ver emblemas masónicos en las portadas de casi todos los libros publicados por Bacon. Sir Francis Bacon se consideraba a sí mismo un sacrificio vivo en el altar de la necesidad humana; es evidente que fue segado en mitad de su trabajo y cualquiera que analice su *Nueva Atlántida* reconocerá en ella el simbolismo masónico. Según las observaciones de Joseph Fort Newton, el templo de Salomón descrito por Bacon en aquella novela utópica no era en realidad un edificio, sino el nombre de un estado ideal. ¿Acaso no es cierto que el templo de la masonería también es emblemático de una condición de la sociedad? Puesto que, como ya hemos dicho, los principios de la leyenda de Juram tienen muchísima antigüedad, podría ser que su forma actual se basara en incidentes de la vida de lord Bacon, que pasó por la muerte filosófica y «resucitó» en Alemania.

Según un viejo manuscrito, la Orden Masónica fue formada por alquimistas y filósofos herméticos que se habían unido para proteger sus

secretos contra los métodos infames utilizados por personas codiciosas para arrancarles el secreto de la fabricación del oro. El hecho de que la leyenda de Juram contenga una fórmula alquímica aporta veracidad a esta historia. Por consiguiente, la construcción del Templo de Salomón representa la consumación de la *magnum opus*, que no se puede llevar a cabo sin la colaboración de Juram, el representante universal. Los Misterios masónicos enseñan al iniciado a preparar en su propia alma un poder de proyección milagroso que le permita convertir la masa vil de la ignorancia, la perversión y la discordia humanas en un lingote de oro espiritual y filosófico.



DE *ANTIQUITY EXPLAINED BY MONTFAUCON* DE MONTFAUCON

DIANA DE ÉFESO
Coronada con una tiara triple, que parecen tres torres, y con su forma adornada con criaturas simbólicas en representación de sus poderes espirituales, Diana se identificaba con la fuente de la doctrina imperecedera que fluye del seno de la que tiene muchos pechos y sirve de alimento espiritual para los aspirantes, hombres y mujeres, que han consagrado su vida a la contemplación de la realidad. Así como el cuerpo físico del hombre se alimenta con lo que le proporciona la Gran Madre Tierra, la naturaleza espiritual del hombre se nutre de las fuentes infalibles de la Verdad que manan de los mundos invisibles.

Existe suficiente similitud entre el Juram masónico y la Kundalini del misticismo hindú para justificar la hipótesis de que Juram tal vez simbolice también el fuego sagrado que pasa por el sexto ventrículo de la columna vertebral. La ciencia exacta de la regeneración humana es la clave perdida de la masonería, porque cuando el fuego sagrado se eleva y atraviesa los treinta y tres grados o segmentos de la columna vertebral y entra en la cámara abovedada del cráneo humano, entra finalmente en el cuerpo pituitario (Isis), donde invoca a Ra (la glándula pineal) y exige el nombre sagrado. La masonería operativa, en el sentido más amplio del término, significa el proceso por medio del cual se abre el ojo de Horus. E. A. Wallis Budge destaca que, en algunos de los papiros que ilustran la entrada de las almas de los difuntos en la sala del juicio de Osiris, el difunto lleva una piña en la coronilla. Los misterios griegos también llevaban una vara simbólica, cuyo extremo superior tenía forma de piña, llamada el «tirso de Baco». En el cerebro humano hay una glándula minúscula, llamada cuerpo o glándula pineal, que es

el ojo sagrado de los antiguos y corresponde al tercer ojo de los Cíclopes. Poco se sabe sobre la función de este órgano, que Descartes sugirió (con más sabiduría que conocimiento) que podía ser la morada del espíritu del hombre. Como su nombre indica, la glándula pineal es la piña sagrada humana, el ojo único, que no se puede abrir hasta que Juram (el fuego sagrado) «resucita» y atraviesa los sellos sagrados, que en Asia reciben el nombre de «las siete iglesias».

Hay una pintura oriental en la que aparecen tres soles. Uno cubre la cabeza, en medio de la cual está sentado Brahma, que tiene cuatro cabezas y el cuerpo de un color oscuro misterioso. El segundo, que cubre el corazón, el plexo solar y la parte superior del abdomen, muestra a Vishnu sentado en flor de loto sobre un lecho formado por las espirales de la serpiente del movimiento cósmico, cuya cabeza de siete capuchas forma un dosel por encima del dios. El tercer sol está encima del aparato reproductor, en medio del cual está Shiva, con el cuerpo de color blanco grisáceo, y con el río Ganges que le fluye de la coronilla. La pintura fue obra de un místico hindú que dedicó muchos años a ocultar grandes principios filosóficos en aquellas figuras. Las leyendas cristianas también podrían relacionarse con el cuerpo humano según el mismo método que las orientales, porque los significados arcanos ocultos en las enseñanzas de las dos escuelas son idénticos.

Aplicados a la masonería, los tres soles representan las puertas del templo en las que Juram fue atacado; no hay puerta al Norte, porque el sol nunca brilla desde el ángulo septentrional del cielo. El Norte es el símbolo de lo físico, por su relación con el hielo (el agua cristalizada) y con el cuerpo (el espíritu cristalizado). En el hombre, la luz brilla hacia el norte, pero nunca desde allí, porque el cuerpo carece de luz propia, pero su brillo refleja el esplendor de las partículas vitales divinas, que están ocultas dentro de la sustancia física. Por este motivo, se acepta a la luna como símbolo de la naturaleza física del hombre. Juram es el agua fogosa y etérea que debe resucitar a través de los tres grandes centros simbolizados por la escalera de tres travesaños y las flores con forma de soles mencionadas en la descripción de la pintura hindú. También debe ascender mediante la escalera de siete travesaños: los siete plexos próximos a la columna. Los nueve segmentos del sacro y el cóccix están perforados por diez orificios, por los cuales pasan las raíces del árbol de la Vida. El nueve es el número sagrado del hombre y en el simbolismo del sacro y el cóccix se oculta un gran misterio. Los primeros cabalistas llamaban a la parte del cuerpo que está por debajo de los

riñones «la tierra de Egipto», a la cual fueron llevados los hijos de Israel durante su cautiverio. Al salir de Egipto, Moisés (la mente iluminada, como su nombre implica) condujo a las tribus de Israel (las doce facultades) levantando la serpiente de bronce en el desierto sobre el símbolo de la cruz de Tau. No solo Juram sino los hombres Dioses de casi todos los rituales mistéricos paganos son personificaciones del fuego sagrado en la médula espinal humana.

No olvidemos tampoco el aspecto astronómico de la leyenda de Juram. El sol representa todos los años la tragedia de Juram al pasar por los signos del Zodíaco.

«Del viaje del sol por los doce signos —escribe Albert Pike— proceden la leyenda de los doce trabajos de Hércules y las encarnaciones de Vishnu y Buda. De allí viene la leyenda del asesinato de Jurum, el representante del Sol, por los tres compañeros, símbolos de los signos de invierno, Capricornio, Acuario y Piscis, que lo atacaron en las tres puertas del Cielo y lo mataron en el solsticio de invierno. De ahí su búsqueda por parte de los nueve compañeros, los otros nueve signos, su hallazgo, su entierro y su resurrección.» (Véase *Moral y dogma del rito escocés antiguo y aceptado.*)

Según otros autores, los tres asesinos del sol fueron Libra, Escorpio y Sagitario, dado que Osiris fue asesinado por Tifón, a quien se asignaban los treinta grados de la constelación de Escorpio. En los Misterios cristianos, también Judas representa al Escorpión y las treinta monedas de plata por las que traicionó a su Señor representan el número de grados de aquel signo. Después de ser atacado por Libra (el Estado), Escorpio (la Iglesia) y Sagitario (la plebe), el sol (Juram) es transportado en secreto a través de la oscuridad por los signos de Capricornio, Acuario y Piscis y enterrado en la cima de una colina (el equinoccio vernal). Capricornio lleva como símbolo a un anciano con una guadaña en la mano. Se trata del Tiempo, un caminante, que en la masonería se representa estirando los tirabuzones del pelo de una niña pequeña. Si la virgen que llora se considera el símbolo de Virgo y el Tiempo, con su guadaña, el símbolo de Capricornio, entonces el intervalo de noventa grados entre estos dos signos tendrá que corresponder al ocupado por los tres asesinos. Desde un punto de vista esotérico, la urna que contiene las cenizas de Juram representa el corazón humano. Saturno, el anciano que vive en el Polo Norte y lleva a los hijos de los hombres una ramita de un árbol de hoja perenne (el árbol de Navidad), es conocido entre los pequeños como Santa Claus, porque todos los inviernos trae el regalo de un año nuevo.

El sol martirizado es descubierto por Aries, un compañero, y en el equinoccio vernal comienza el proceso de resucitarlo. Finalmente lo consigue el león de Judá, que, en tiempos antiguos, ocupaba el puesto de la clave en el arco real del cielo. La precesión de los equinoccios hace que diversos signos desempeñen el papel de asesinos del sol durante las distintas épocas del mundo, aunque el principio implícito sigue intacto. Esta es la historia cósmica de Juram, el benefactor universal, el arquitecto fogoso de la Casa de Dios, que se lleva a la tumba la Palabra Perdida que, cuando se pronuncia, «resucita» la vida al poder y la gloria. Según el misticismo cristiano, cuando la encuentran, la Palabra Perdida está en un establo, rodeada de animales y marcada por una estrella. «Cuando el sol sale de Leo —escribe Robert Hewitt Brown—, los días se empiezan a acortar claramente a medida que el sol desciende hacia el equinoccio otoñal; entonces lo vuelven a matar los tres meses de otoño, permanece muerto los tres meses de invierno y es resucitado otra vez por los tres meses de verano. Todos los años se repite la gran tragedia y tiene lugar la gloriosa resurrección.» (Véase *Stellar Theology and Masonic Astronomy.*)

Se dice que Juram está «muerto», porque, en el individuo medio, la manifestación de las fuerzas creativas cósmicas se limita a una expresión puramente física y, por consiguiente, materialista. Obsesionado por su creencia en la realidad y la permanencia de la existencia física, el hombre no establece ninguna relación entre el universo material y el muro septentrional en blanco del templo. Del mismo modo que se dice que la luz solar muere simbólicamente al acercarse al solsticio de invierno, se puede decir que el mundo físico es el solsticio de invierno del espíritu. Al llegar al solsticio de invierno, da la impresión de que el sol se queda inmóvil durante tres días, al cabo de los cuales hace rodar la piedra del invierno y empieza su marcha triunfal hacia el norte, en dirección al solsticio de verano. El estado de ignorancia se puede comparar con el solsticio de invierno de la filosofía y el conocimiento espiritual, con el solsticio de verano. Desde este punto de vista, la iniciación en los Misterios se convierte en el equinoccio vernal del espíritu y en ese momento el Juram que hay en el hombre pasa del reino de la mortalidad al de la vida eterna. El equinoccio otoñal es análogo a la caída* mitológica del hombre, cuando el espíritu humano descendió a los reinos del Hades al sumergirse en la ilusión de la existencia terrestre.

---

* En inglés, la palabra *fall* significa tanto «otoño» como «caída». *(N. de la T.)*

En *An Essay on the Beautiful*, Plotino describe el efecto mejorador que produce la belleza en la conciencia cada vez mayor del hombre. Como encargado de la decoración de la Casa Eterna, Juram Abí encarna el principio embellecedor. La belleza es fundamental para el desarrollo natural del alma humana. Los Misterios sostenían que el hombre, al menos en parte, era producto de su entorno. Por consiguiente, les parecía fundamental que cada persona estuviera rodeada de objetos que evocaran los sentimientos más nobles y más elevados. Demostraron que se podía producir belleza en la vida rodeando la vida de belleza. Descubrieron que las almas que estaban siempre en presencia de cuerpos simétricos construían cuerpos simétricos y que las mentes rodeadas de ejemplos de nobleza mental producían pensamientos nobles. Por el contrario, si se obligaba a alguien a mirar una estructura innoble, la visión le despertaría una sensación de bajeza que lo incitaría a cometer bajezas. Si en medio de una ciudad se levantase un edificio desproporcionado, en esa comunidad nacerían niños mal proporcionados y la vida de los hombres y las mujeres que contemplaran aquella construcción asimétrica no sería armoniosa. Los hombres reflexivos de la Antigüedad advirtieron que sus grandes filósofos eran una consecuencia natural de los ideales estéticos de la arquitectura, la música y el arte establecidos como norma en los sistemas culturales de aquella época.

La sustitución de la armonía de la belleza por la discordancia de lo fantástico constituye una de las grandes tragedias de todas las civilizaciones. No solo eran hermosos los dioses salvadores del mundo antiguo, sino que cada cual ejercía un sacerdocio de la belleza e intentaba lograr la regeneración del hombre despertando en él el amor por lo bello. Solo se puede conseguir que renazca la época dorada de la fábula si se eleva la belleza a la dignidad que le corresponde, como cualidad omnipresente e idealizante en el aspecto religioso, el ético, el sociológico, el científico y el político de la vida. Los Arquitectos Dionisíacos se consagraban a «resucitar» su espíritu maestro, la Belleza Cósmica, del sepulcro de la ignorancia material y el egoísmo levantando edificios que eran ejemplos tan perfectos de simetría y majestuosidad que en realidad constituían fórmulas mágicas con las cuales evocaban el espíritu del Embellecedor martirizado, sepultado en un mundo materialista.

En los Misterios masónicos, el espíritu trino del hombre (la delta) se representa mediante los tres Grandes Maestros de la logia de Jerusalén. Como Dios es el principio que está presente en los tres mundos, en cada uno de ellos se manifiesta como un principio activo, de modo que

el espíritu del hombre, al ser partícipe de la naturaleza de la divinidad, vive en tres planos del ser: la esfera suprema, la superior y la inferior de los pitagóricos. A la entrada de la esfera inferior (el infierno o el lugar donde habitan las criaturas mortales), está el guardián del Hades: el perro de tres cabezas, Cerbero, análogo a los tres asesinos de la leyenda de Juram. Según esta interpretación simbólica del espíritu trino, Juram es la tercera parte, la que se encarna: el Maestro Constructor que, a lo largo de todas las épocas, levanta templos vivos de carne y hueso como santuarios de lo más alto. Juram se presenta como una flor y la cortan; muere a las puertas de la materia; es enterrado en los elementos de la creación, pero, a semejanza de Thor, agita su martillo poderoso en los campos del espacio, pone en movimiento los átomos primigenios e impone el orden en el caos. Como potencialidad del poder cósmico que reside en cada alma humana, Juram espera a que el hombre, mediante el ritualismo complejo de la vida, convierta la potencialidad en potencia divina. Sin embargo, a medida que aumentan las percepciones sensoriales del individuo, el hombre adquiere cada vez mayor control de sus distintas partes y el espíritu de la vida interior poco a poco alcanza la libertad. Los tres asesinos representan las leyes del mundo inferior —nacimiento, desarrollo y decadencia— que cada vez frustran el plan del Constructor. Para el individuo medio, el nacimiento físico en realidad significa la muerte de Juram y la muerte física, su resurrección. El iniciado, en cambio, alcanza la resurrección de la naturaleza espiritual sin la intervención de la muerte física.

Según la interpretación de S. A. Zola, del grado 33 y antiguo Gran Maestro de la Gran Logia de Egipto, unos símbolos curiosos hallados en la base de la Aguja de Cleopatra, que actualmente se encuentra en el Central Park de Nueva York, tenían, en primer lugar, importancia masónica. Se encuentran marcas y símbolos masónicos en las piedras de numerosos edificios públicos, no solo en Inglaterra y en el continente europeo, sino también en Asia. En su *Indian Masons' Marks of the Moghul Dynasty*, A. Gorham describe muchísimas marcas que aparecen en los muros de edificios tales como el Taj Mahal, la Jama Masjid y una famosa construcción masónica: el Qutab Minar. Para los que consideran la masonería un producto de la sociedad secreta de arquitectos y constructores que durante miles de años constituyeron una casta de maestros artesanos, Juram Abí fue el Gran Maestro tirio de una organización mundial de artesanos, cuyo cuartel general estaba en Tiro. Su filosofía consistía en incorporar a sus mediciones y sus ornamentaciones

de templos, palacios, mausoleos, fortalezas y demás edificios públicos su conocimiento de las leyes que controlaban el universo. A cada obrero iniciado se le asignaba un jeroglífico con el que marcaba las piedras que cuadraba, para demostrar a toda la posteridad que así dedicaba al Arquitecto Supremo del universo cada uno de los frutos perfectos de su trabajo. Con respecto a las marcas de los masones, Robert Freke Gould escribe lo siguiente:

> Es muy sorprendente que estas marcas se encuentren en todos los países —en las cámaras de la Gran Pirámide de Gizeh, en las murallas subterráneas de Jerusalén, en Pompeya y en Herculano, en murallas romanas y en templos griegos, en el Indostán, en México, en Perú y en Asia Menor—, así como también en las grandes ruinas de Inglaterra, Francia, Alemania, Escocia, Italia, Portugal y España. (Véase *A Concise History of Freemasonry.*)

Desde este punto de vista, es muy posible que la historia de Juram represente la incorporación de los secretos divinos de la arquitectura a las partes y las dimensiones reales de los edificios terrenales. Los tres grados de la Hermandad entierran al Gran Maestro (el gran arcano) en el edificio real que construyen, después de haberlo matado con las herramientas del constructor, rebajando al espíritu sin dimensiones de la belleza cósmica a las limitaciones de la forma concreta. No obstante, meditando sobre la construcción, el Maestro Masón puede resucitar los ideales abstractos de la arquitectura y extraer de ellos los principios divinos de la filosofía arquitectónica que están incorporados o «sepultados» en ellos. Por consiguiente, el edificio físico en realidad es la tumba o la personificación del ideal creativo, del cual las dimensiones materiales no son más que la sombra.

Además, se puede considerar que la leyenda de Juram encarna las vicisitudes de la filosofía misma. Como instituciones destinadas a difundir la cultura ética, los Misterios paganos fueron los arquitectos de la civilización. Su poder y su dignidad se personificaron en Juram, el Maestro Constructor, pero al final sucumbieron al ataque de aquel trío recurrente compuesto por el Estado, la Iglesia y la plebe. Fueron profanados por el Estado, celoso de su riqueza y su poder; por la Iglesia primitiva, temerosa de su sabiduría, y por la muchedumbre o la soldadesca, incitadas tanto por el Estado como por la Iglesia. Así como Juram, cuando resucita de su tumba, susurra la palabra del Maestro Masón que se perdió por su muerte prematura, el restablecimiento o la resurrección de los Misterios antiguos, según los principios de la filosofía,

tendrá como consecuencia el redescubrimiento de la enseñanza secreta, sin la cual la civilización debe continuar en un estado de confusión e incertidumbre espiritual.

Cuando gobierna la plebe, el hombre es dominado por la ignorancia; cuando gobierna la Iglesia, es dominado por la superstición, y cuando gobierna el Estado, es dominado por el miedo. Para que los hombres puedan vivir juntos en armonía y entendimiento, hay que convertir la ignorancia en sabiduría, la superstición en fe iluminada y el miedo en amor. Aunque se afirme lo contrario, la masonería es una religión que pretende unir a Dios y al hombre, elevando a sus iniciados a un nivel de conciencia en el cual puedan contemplar con visión clara las obras del Gran Arquitecto del universo. De una época a otra, perdura la visión de una civilización perfecta como ideal para la humanidad, en medio de la cual habrá una universidad poderosa, en la que se enseñarán libremente las ciencias sagradas y las seculares relacionadas con los misterios de la vida a todos los que asuman la vida filosófica. Allí no tendrán cabida el credo ni el dogma; se eliminará lo superficial y solo se mantendrá lo esencial. El mundo será gobernado por las mentes más preclaras y cada uno ocupará el puesto para el cual esté mejor preparado.

La gran universidad se dividirá en grados, a los que se accederá por medio de pruebas preliminares o iniciaciones. En ella se enseñará a la humanidad el más sagrado, el más secreto y el más imperecedero de todos los Misterios: el simbolismo. Allí se enseñará a los iniciados que todos los objetos visibles, todos los pensamientos abstractos y todas las reacciones emocionales no son más que símbolos de un principio eterno. Allí la humanidad aprenderá que Juram (la Verdad) está enterrado en cada uno de los átomos del Cosmos, que toda forma es un símbolo y que todo símbolo es la tumba de una verdad eterna. Mediante la educación —espiritual, mental, moral y física—, el hombre aprenderá a desprender las verdades vivas de la capa inerte que las envuelve. En definitiva, el gobierno perfecto de la tierra debe tomar como modelo el gobierno divino por el que se rige el universo. El día que se restablezca el orden perfecto, cuando triunfen la paz universal y el bien, los hombres ya no buscarán la felicidad, porque la encontrarán en sí mismos. Las esperanzas muertas, las aspiraciones muertas y las virtudes muertas saldrán de su tumba y el espíritu de la belleza y la bondad, asesinado una y otra vez por hombres ignorantes, volverá a ser el maestro de obras. Entonces los sabios se sentarán en los asientos de los poderosos y los dioses caminarán con los hombres.

XVII

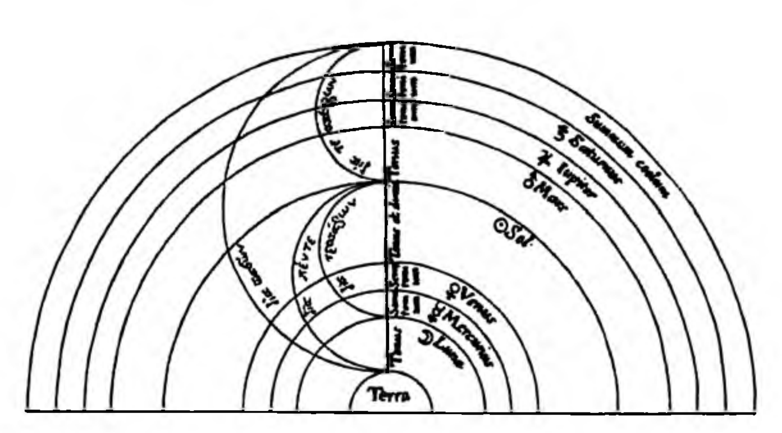
La teoría pitagórica de la música y el color

La armonía es un estado que los grandes filósofos reconocen como requisito esencial e inmediato de la belleza. Algo compuesto solo se denomina «bello» cuando sus partes forman una combinación armoniosa. El mundo se llama «bello» y a su Creador se lo llama «bueno», porque lo bueno forzosamente debe actuar de conformidad con su propia naturaleza y actuar bien según su propia naturaleza es la armonía, porque lo bueno que se consigue armoniza con lo bueno que se es. Por consiguiente, la belleza es armonía que manifiesta su propia naturaleza intrínseca en el mundo de la forma.

El universo está compuesto por grados sucesivos del bien, que ascienden desde lo material (el grado más bajo del bien) hasta lo espiritual (el grado más alto del bien). En el hombre, su naturaleza superior es el *summum bonum*. Por consiguiente, se deduce que su naturaleza superior conoce enseguida el bien, porque el bien exterior a él en el mundo está en proporción armónica con el bien presente en su alma. Lo que el hombre denomina «mal» no es, por lo tanto —al igual que la materia—, más que el grado mínimo de su propio opuesto. El grado mínimo del bien presupone, asimismo, el grado mínimo de armonía y belleza; por eso, la deformidad (el mal) en realidad es la combinación menos armoniosa de elementos naturalmente armónicos como unidades individuales. La deformidad es antinatural, porque, al ser el Bien la suma de todo, es natural que todas las cosas sean partícipes del Bien y estén dispuestas en combinaciones que sean armoniosas. La armonía es la manifestación de la voluntad del Bien eterno.

Es sumamente probable que los iniciados griegos obtuvieran su conocimiento de los aspectos filosóficos y terapéuticos de la música de los egipcios, quienes, a su vez, consideraban fundador de esta arte a Hermes. Según una leyenda, este dios fabricó la primera lira tensando cuerdas por encima de la concavidad del caparazón de una tortuga. Tanto Isis como Osiris eran patronos de la música y la poesía. Al describir lo antiguas que eran estas artes entre los egipcios, Platón declaró que las canciones y la poesía existían en Egipto como mínimo desde hacía diez mil años y que eran tan exaltadas e inspiradas que solo podían haber sido compuestas por los dioses o por hombres que fueran como los dioses. En los Misterios, la lira se consideraba el símbolo secreto de la constitución humana: el cuerpo del instrumento representa la forma física, las cuerdas son los nervios y el músico es el espíritu. Tocando los nervios, el espíritu creaba las armonías del funcionamiento normal, que, sin embargo, se convertían en acordes disonantes, si la naturaleza del hombre se corrompía.

Aunque los chinos, los hindúes, los persas, los egipcios, los israelitas y los griegos primitivos empleaban tanto música vocal como instrumental en sus ceremonias religiosas y también como complemento de



DE *THE HISTORY OF PHILOSOPHY* DE STANLEY

LOS INTERVALOS Y LAS ARMONÍAS DE LAS ESFERAS
Según la concepción pitagórica de la música de las esferas, el intervalo entre la tierra y la esfera de las estrellas fijas se consideraba un diapasón: el intervalo armónico más perfecto. La disposición siguiente es la más aceptada para los intervalos musicales de los planetas comprendidos entre la tierra y la esfera de las estrellas fijas: de la esfera de la tierra a la de la luna, un tono; de la esfera de la luna a la de Mercurio, un semitono; de Mercurio a Venus, un semitono; de Venus al Sol, un tono y medio; del Sol a Marte, un tono; de Marte a Júpiter, un semitono; de Júpiter a Saturno, un semitono; de Saturno a las estrellas fijas, un semitono. La suma de estos intervalos equivale a los seis tonos completos de la octava.

la poesía y el teatro, fue Pitágoras quien elevó el arte a su auténtica dignidad, mediante la demostración de su base matemática. Si bien se dice que él no era músico, en general se atribuye a Pitágoras el descubrimiento de la escala diatónica. Después de aprender la teoría divina de la música de los sacerdotes de los diversos Misterios en los que había sido aceptado, Pitágoras reflexionó durante varios años sobre las leyes que regían la consonancia y la disonancia. No se sabe cómo resolvió realmente el problema, pero se ha inventado la explicación siguiente.

Un día, mientras meditaba sobre el problema de la armonía, Pitágoras pasó por casualidad delante del taller de un metalista, en cuyo interior los obreros golpeaban un trozo de metal sobre un yunque. Observando las variaciones de tono entre los sonidos producidos por los martillos grandes y los producidos por implementos más pequeños y calculando meticulosamente las armonías y las discordancias resultantes de las combinaciones de aquellos sonidos, dio con la primera clave de los intervalos musicales de la escala diatónica. Entró en el taller y, tras observar cuidadosamente las herramientas y tomar nota mentalmente de su peso, regresó a su casa y construyó un brazo de madera que sobresalía de la pared de su habitación: a intervalos regulares, le sujetó cuatro cuerdas, todas de la misma composición, tamaño y peso. Ató a la primera un peso de doce libras {cinco kilos y medio}; a la segunda, uno de nueve libras {cuatro kilos}; a la tercera, uno de ocho libras {tres kilos y medio}, y a la cuarta, uno de seis libras {algo más de dos kilos y medio}. Los distintos pesos correspondían al tamaño de los martillos de los metalistas.

A continuación, Pitágoras descubrió que cuando sonaban juntas la primera y la cuarta cuerda, producían el intervalo armónico de una octava, porque duplicar el peso producía el mismo efecto que dividir la cuerda por la mitad. Como la tensión de la primera cuerda era el doble que la de la cuarta, se decía que la proporción entre ellas era de 2 a 1, o sea, el doble. Mediante una experimentación similar, determinó que la primera y la tercera cuerdas producían la armonía del diapente o intervalo de quinta. Como la tensión de la primera cuerda era una vez y media la de la tercera, se decía que la proporción entre ellas era de 3 a 2, o sesquiáltero. Asimismo, como la segunda y la cuarta cuerdas tenían la misma proporción que la primera y la tercera, daban una armonía de diapente. Pitágoras continuó su investigación y descubrió que la primera y la segunda cuerda producían la armonía de diatesarón, o intervalo de cuarta, y, como la tensión de la primera cuerda era un tercio más

grande que la de la segunda, se decía que su proporción era de 4 a 3, o un sesquitercio. Como la tercera y la cuarta cuerdas guardaban la misma proporción que la primera y la segunda, producían otra armonía de diatesarón. Según Jámblico, la segunda y la tercera cuerdas guardaban una proporción de 8 a 9.

La clave de las proporciones armoniosas está oculta en la famosa *tetractys* pitagórica, o pirámide de puntos. La *tetractys* está compuesta por los cuatro primeros números —1, 2, 3 y 4—, que, en sus proporciones, revelan los intervalos de octava, el diapente y el diatesarón. Aunque la ley de los intervalos armónicos, tal como se acaba de exponer, es cierta, posteriormente se ha demostrado que unos martillos que golpeen el metal de la manera descrita no producen los diversos tonos que se les atribuyen. Por consiguiente, es muy probable que Pitágoras elaborara su teoría de la armonía a partir del monocordio, un instrumento con una sola cuerda tendida entre dos clavijas y provisto de trastes móviles.

Para Pitágoras, la música era uno de los dominios de la ciencia divina de la matemática y sus armonías eran controladas de forma inflexible por proporciones matemáticas. Según los pitagóricos, la matemática demostraba el método exacto que empleaba el Bien para establecer y mantener su universo. Por consiguiente, el número precede a la armonía, porque la ley inmutable es lo que gobierna todas las proporciones armónicas. Tras descubrir estas proporciones armónicas, Pitágoras fue iniciando poco a poco a sus discípulos en aquello que constituía el arcano supremo de sus Misterios. Dividió las innumerables partes de la creación en una cantidad enorme de planos o esferas y asignó a cada uno de ellos un tono, un intervalo armónico, un número, un nombre, un color y una forma. A continuación, procedió a comprobar la precisión de sus deducciones haciendo demostraciones en los diferentes planos de la inteligencia y la sustancia, pasando de la premisa lógica más abstracta al sólido geométrico más concreto. Partiendo del común acuerdo de estos métodos diversos de demostración, estableció la existencia incuestionable de determinadas leyes naturales.

Una vez establecida la música como ciencia exacta, Pitágoras aplicó su ley recién hallada de los intervalos armónicos a todos los fenómenos de la naturaleza y llegó incluso a demostrar la relación armónica de los planetas, las constelaciones y los elementos entre sí. Un ejemplo notable de corroboración moderna de las antiguas enseñanzas filosóficas es la de la progresión de los elementos según proporciones armónicas. Mientras confeccionaba una lista de los elementos en orden creciente

de sus pesos atómicos, John A. Newlands descubrió que el octavo elemento a partir de cualquier otro tenía unas propiedades muy similares al primero. Este descubrimiento se conoce, en la química moderna, como la ley de las octavas.

Porque afirmaban que la armonía no se debe determinar según las percepciones de los sentidos, sino mediante la razón y la matemática, los pitagóricos se llamaban a sí mismos canónicos, para diferenciarse de los músicos de la Escuela Armónica, que sostenían que el gusto y el instinto eran los auténticos principios normativos de la armonía. Sin embargo, Pitágoras reconoció la profunda impresión que producía la música en los sentidos y las emociones y no dudó en influir en la mente y el cuerpo mediante lo que él denominaba «medicina musical».

Pitágoras mostraba una preferencia tan marcada por los instrumentos de cuerda que llegó incluso a advertir a sus discípulos que no permitieran que les profanara los oídos el sonido de flautas o platillos. Declaró también que el alma se podía purificar de sus influencias irracionales mediante cantos solemnes entonados con el acompañamiento de una lira. En su investigación sobre el valor terapéutico de la armonía, Pitágoras descubrió que los siete modos o claves del sistema musical griego tenían la capacidad de instigar o aplacar las diversas emociones. Cuentan que una noche, mientras observaba las estrellas, encontró a un joven aturdido por el alcohol y enloquecido por los celos que estaba amontonando haces de leña alrededor de la puerta de su amada con la intención de quemar la casa. Acentuaba el frenesí del joven un flautista que, a corta distancia, interpretaba una melodía según el enardecedor modo frigio. Pitágoras indujo al músico a pasar al modo espondaico, lento y rítmico, con lo cual el joven obnubilado recuperó de inmediato la compostura, recogió los manojos de leña y regresó tranquilamente a su casa.

Cuentan también que Empédocles, discípulo de Pitágoras, al cambiar rápidamente el modo de una composición musical que estaba interpretando, salvó la vida de su anfitrión, Anquito, cuando este se vio amenazado de muerte por la espada de una persona a cuyo padre había condenado a ser ejecutado públicamente. También se sabe que Esculapio, el médico griego, curaba la ciática y otras enfermedades nerviosas haciendo sonar con fuerza una trompeta en presencia del paciente.

Pitágoras curaba numerosas dolencias del espíritu, el alma y el cuerpo haciendo tocar en presencia del enfermo ciertas composiciones musicales preparadas especialmente o recitando en persona breves selec-

ciones de algunos de los primeros poetas, como Hesíodo y Homero. En su universidad de Crotona, era habitual que los pitagóricos comenzaran y acabaran la jornada con canciones: las de la mañana estaban calculadas para aclarar la mente después del sueño e inspirarla para las actividades del día que comenzaba y las de la noche eran tranquilizadoras, relajantes y propicias para el descanso. En el equinoccio vernal, Pitágoras hacía que sus discípulos se reunieran en un círculo en torno a uno de ellos que dirigía el canto y los acompañaba con una lira.

Jámblico describe la música terapéutica de Pitágoras con estas palabras: «Y hay determinadas melodías, concebidas como remedios contra las pasiones del alma y también contra el abatimiento y la lamentación, que Pitágoras inventó como cosas que proporcionan la máxima ayuda para estos males. Además, utilizaba otras melodías contra la cólera y el enojo y contra todas las anomalías del alma. También existe otro tipo de modulación, que se inventó como remedio contra los deseos». (Véase *Vida pitagórica*.)

Es probable que, para los pitagóricos, los siete modos griegos y los planetas estuvieran relacionados. Por ejemplo, Plinio declara que Saturno se mueve según el modo dórico y Júpiter, según el frigio. Parece también que los temperamentos se adaptan a los distintos modos y que lo mismo ocurre con las pasiones. Por consiguiente, el enfado, que es una pasión fogosa, se puede acentuar mediante un modo fogoso o se puede neutralizar mediante un modo acuoso.

Emil Naumann resume con estas palabras el efecto trascendental que ejercía la música en la cultura griega: «Platón despreciaba la noción de que la única intención de la música fuese crear emociones alegres y agradables y mantenía, más bien, que debía inculcar amor a todo lo noble y desprecio a todo lo mezquino y que nada podía influir más poderosamente en los sentimientos más íntimos del hombre que la melodía y el ritmo. De esto estaba firmemente convencido y coincidía con Damón de Atenas, el maestro de música de Sócrates, en que introducir una escala nueva y supuestamente debilitante pondría en peligro el futuro de toda una nación y en que era imposible alterar una tonalidad sin sacudir hasta los cimientos mismos del Estado. Platón afirmaba que la música que ennoblecía la mente era mucho más elevada que la que se limitaba a apelar a los sentidos e insistía con firmeza en que la Asamblea Legislativa tenía la obligación primordial de reprimir cualquier música que tuviera un carácter afeminado y lascivo y de fomentar solo la que fuera pura y digna, y también en que las melodías atrevidas y enardecedoras eran para los

hombres y las suaves y tranquilizadoras, para las mujeres, con lo cual resulta evidente que la música desempeñaba un papel importante en la educación de la juventud griega. También había que poner muchísimo cuidado en la elección de la música instrumental, porque la falta de palabras hacía dudoso su significado y costaba prever si tendría en las personas una influencia benévola o funesta. Había que tratar el gusto popular, al que siempre hacían gracia los efectos sensuales y rimbombantes, con el desprecio que se merecía». (Véase *The History of Music.*)

Incluso hoy, la música militar que se utiliza en tiempos de guerra tiene un efecto certero y la música religiosa, aunque ya no se componga de acuerdo con la teoría antigua, sigue ejerciendo una influencia profunda en las emociones de los laicos.

La música de las esferas

La más sublime y, sin embargo, la menos conocida de todas las especulaciones pitagóricas era la de la armonía sideral. Decían que Pitágoras era el único hombre que oía la música de las esferas. Parece que los caldeos fueron el primer pueblo que concibió que los cuerpos celestes se unían en un canto cósmico mientras se desplazaban majestuosamente por el cielo. Job describe una época en la que «las estrellas matutinas cantaban juntas» y, en *El mercader de Venecia*, el autor de las obras de Shakespeare escribe lo siguiente: «Ni el astro más pequeño que veas en el cielo deja de imitar al moverse el canto de los ángeles». Sin embargo, es tan poco lo que se conserva del sistema pitagórico de música celestial que solo se puede conocer una aproximación a su teoría.

Pitágoras concebía el universo como un monocordio inmenso, con su única cuerda conectada por el extremo superior con el espíritu puro y por el inferior con la materia pura; en otras palabras, una cuerda extendida entre el cielo y la tierra. Contando hacia dentro a partir de la circunferencia de los cielos, Pitágoras, según algunos expertos, dividía el universo en nueve partes y, según otros, en doce partes. A continuación, damos una explicación de este último sistema. La primera división era la empírea, o la esfera de las estrellas fijas, el lugar donde moraban los inmortales. De la segunda a la duodécima eran (por este orden) las esferas de Saturno, Júpiter, Marte, el sol, Venus, Mercurio y la luna y el fuego, el aire, el agua y la tierra. Esta distribución de los siete planetas —en la astronomía antigua, el sol y la luna se consideraban planetas—

es idéntica al simbolismo del candelabro de los judíos: el sol en el centro como brazo principal, con tres planetas a cada lado.

Los nombres que Pitágoras puso a las distintas notas de la escala diatónica derivaban —según Macrobio— del cálculo de la velocidad y la magnitud de los cuerpos planetarios. Se creía que, a su paso apresurado e interminable por el espacio, cada una de aquellas esferas gigantescas producía un tono determinado, provocado por su desplazamiento constante de la difusión etérea. Como aquellos tonos eran una manifestación del orden y el movimiento divinos, se deducía, necesariamente, que participaban de la armonía de su propia fuente. «Era común entre los griegos afirmar que los planetas, al girar en torno a la tierra, producían ciertos sonidos, que diferían en función de su respectiva "magnitud, celeridad y distancia local". Por ejemplo, decían que Saturno, el planeta más lejano, producía la nota más grave, mientras que la Luna, el más próximo, daba la más aguda. "Estos sonidos de los siete planetas y la esfera de las estrellas fijas, junto con la que está por encima de nosotros [Antichton], son las nueve Musas y su sinfonía conjunta se llama Mnemósine."» (Véase *The Canon.*) Esta cita contiene una referencia oscura a la división del universo en nueve partes que se mencionaba anteriormente.

Los iniciados griegos también reconocían una relación fundamental entre cada uno de los cielos o esferas de los siete planetas y las siete vocales sagradas. El primer cielo emitía el sonido de la vocal sagrada a (alfa); el segundo cielo, la vocal sagrada e (épsilon); el tercero, hache (eta); el cuarto, i (iota); el quinto, o (ómicron); el sexto, Υ (ípsilon), y el séptimo cielo, la vocal sagrada Ω (omega). Cuando estos siete cielos cantan juntos, producen una armonía perfecta que se eleva en una alabanza eterna hasta el trono del creador. (Véase *Contra las herejías* de san Ireneo.) Aunque nunca se manifieste así, es probable que haya que plantearse que los cielos planetarios ascienden en el orden pitagórico, comenzando por la esfera de la luna, que sería el primer cielo.

Muchos instrumentos primitivos tenían siete cuerdas y en general se reconoce que fue Pitágoras quien añadió la octava cuerda a la lira de Terpandro. Las siete cuerdas siempre se relacionaban tanto con sus correspondencias en el cuerpo humano como con los planetas. También se pensaba que los nombres de Dios se formaban a partir de combinaciones de las siete armonías planetarias. Los egipcios restringían sus cantos sagrados a los siete sonidos primarios y los demás estaban prohibidos en sus templos. Uno de sus himnos contenía la siguiente invocación: «Los siete tonos que suenan Te alaban, Gran Dios y Padre incansable de

todo el universo». En otro, la divinidad se describe a sí misma con estas palabras: «Soy la gran lira indestructible del mundo entero, en sintonía con las canciones de los cielos». (Véase *History of Music* de Naumann.)

Los pitagóricos creían que todo lo que existía tenía voz y que todas las criaturas estaban alabando constantemente al Creador. El hombre no puede oír estas melodías divinas, porque su alma está enredada en la ilusión de la existencia material, pero cuando se libere de la esclavitud del mundo inferior, con sus limitaciones sensoriales, la música de las esferas volverá a ser audible como lo era en la época dorada. La armonía reconoce la armonía y cuando el alma humana recupere su verdadero estado, no solo escuchará el coro celestial, sino que se sumará a él en un cántico perdurable de alabanza al Bien eterno que controla la infinidad de partes y condiciones del Ser.

Los Misterios griegos incluían en sus doctrinas un concepto magnífico de la relación existente entre música y forma. Por ejemplo, se consideraba que los elementos arquitectónicos eran comparables con modos y notas musicales o que tenían un equivalente musical. Por consiguiente, cuando se levantaba un edificio en el cual se combinaban una cantidad de estos elementos, se lo comparaba con un acorde musical, que solo era armonioso cuando cumplía todos los requisitos matemáticos de los intervalos armónicos. Consciente de esta analogía entre el sonido y la forma, Goethe decía que «la arquitectura es música cristalizada».

En la construcción de sus templos de iniciación, los sacerdotes primitivos con frecuencia demostraron su conocimiento superior de los principios básicos de los fenómenos conocidos como vibración. Una parte considerable de los rituales mistéricos consistía en invocaciones y salmodias, para lo cual se construían cámaras acústicas especiales: una palabra que se susurrase en una de aquellas salas se intensificaba tanto que las reverberaciones hacían oscilar todo el edificio y lo llenaban con un rugido ensordecedor. Hasta la madera y la piedra utilizadas en la construcción de aquellos edificios sagrados acababan por impregnarse tanto de las vibraciones sonoras de las ceremonias religiosas que, cuando las golpeaban, reproducían los tonos que los rituales habían impreso repetidas veces en su sustancia.

Cada elemento de la naturaleza tiene su propia tónica. Si estos elementos se combinan en una estructura compuesta, el resultado es un acorde que, al sonar, descompone el conjunto en las partes que lo componen. Asimismo, cada individuo tiene una tónica que, si suena, lo destruye. La alegoría de la destrucción de las murallas de Jericó cuando sonaron las

trompetas de Israel pretendía —sin duda— plantear la importancia arcana de cada tónica o vibración.

La filosofía del color

«La luz —escribe Edwin D. Babbit— revela la magnificencia del mundo exterior y, sin embargo, es lo más magnífico. Aporta belleza, revela belleza y es, en sí misma, lo más bello. Analiza, revela la verdad y pone al descubierto la simulación, porque muestra las cosas como son. Sus corrientes infinitas miden el universo y fluyen hacia nuestros telescopios desde estrellas situadas a trillones de kilómetros de distancia. Por otra parte, desciende hasta objetos increíblemente pequeños y revela en el microscopio objetos cincuenta millones de veces más pequeños que los que se pueden ver a simple vista. Como todas las demás fuerzas finas, sus movimientos son maravillosamente delicados, aunque penetrantes y poderosos. Sin su influencia vivificante, la vida vegetal, animal y humana debe desaparecer de la tierra de inmediato y todo se arruina. Nos vendrá bien, pues, tener en cuenta este principio potencial y hermoso de la luz y los colores que la componen, porque cuanto más penetremos en sus leyes internas, más se presentará como un depósito maravilloso de poder para vitalizar, curar, mejorar y deleitar a la humanidad.» (Véase *Los principios de la luz y el color*.)

Como la luz es la manifestación física básica de la vida y baña con su resplandor toda la creación, es sumamente importante comprender, al menos en parte, la naturaleza sutil de esta sustancia divina. Lo que se llama luz en realidad es una velocidad de vibración que provoca reacciones determinadas en el nervio óptico. Pocos se dan cuenta de que están emparedados por las limitaciones de las percepciones sensoriales. La luz no solo es mucho más de lo que nadie haya visto nunca, sino que también hay formas desconocidas de luz que ningún equipo óptico registrará jamás. Existen innumerables colores que no se pueden ver, así como hay sonidos que no se pueden oír, olores que no se pueden oler, sabores que no se pueden degustar y sustancias que no se pueden sentir. El hombre está rodeado por un universo supersensible del cual no sabe nada, porque sus centros de percepción sensorial no se han desarrollado lo suficiente para reaccionar a las velocidades de vibración más sutiles que constituyen dicho universo.

Tanto entre los pueblos civilizados como entre los salvajes se acepta el color como un lenguaje natural para expresar doctrinas religiosas y

filosóficas. La antigua ciudad de Ecbatana, como la describe Heródoto, con sus siete murallas pintadas según los siete planetas, revelaba el conocimiento que poseían los magos persas sobre este tema. El famoso zigurat o torre astronómica del dios Nabo en Borsippa ascendía en siete grandes escalones o fases, cada uno de los cuales estaba pintado del color fundamental de uno de los cuerpos planetarios. (Véase *Chaldean Magic* de Lenormant.) Por ende, resulta evidente que los babilonios estaban familiarizados con el concepto del espectro en su relación con los siete dioses o poderes creativos. En India, uno de los emperadores mogoles hizo construir una fuente con siete niveles. El agua que caía a los lados por unos canales distribuidos especialmente cambiaba de color al descender e iba pasando sucesivamente por cada uno de los colores del espectro. En el Tíbet, los artistas locales utilizan el color para expresar distintos estados de ánimo. L. Austine Waddell, al escribir acerca del arte budista septentrional, destaca que, en la mitología tibetana, «la tez blanca y la amarilla suelen ser típicas de los temperamentos afables, mientras que la roja, la azul y la negra corresponden a formas furibundas, aunque a veces el azul claro, que indica el cielo, simplemente significa celestial. Por lo general, a los dioses se los representa blancos; a los trasgos, rojos, y a los diablos, negros, como a sus parientes europeos.» (Véase *The Buddhism of Tibet*.)

En *Menón*, Platón, hablando a través de Sócrates, describe el color como «una emanación de la forma, acorde con la visión y perceptible». En el *Teeteto* se explaya más sobre el tema, con estas palabras: «Si aplicamos el principio que acabamos de afirmar de que nada existe por sí mismo, veremos que cada color —el blanco, el negro y cualquier otro— se produce cuando el ojo encuentra el movimiento adecuado y que lo que llamamos la sustancia de cada color no es el elemento activo ni el pasivo, sino algo que pasa entre ellos y es peculiar de cada perceptor. ¿Está seguro de que todos los animales —por ejemplo, un perro— ven los distintos colores igual que usted?»

En la *tetractys* pitagórica —el símbolo supremo de las fuerzas y los procesos universales— se exponen las teorías de los griegos con respecto al color y la música. Los tres primeros puntos representan la Luz Blanca triple, que es la Divinidad que contiene la posibilidad de todos los sonidos y los colores. Los otros siete puntos son los colores del espectro y las notas de la escala musical. Los colores y los tonos son los poderes creativos activos que surgen de la primera causa y establecen el universo. Los siete se dividen en dos grupos —uno contiene tres po-

deres y el otro, cuatro—, una relación que también aparece en la *tetractys*. El grupo superior —el de tres— se convierte en la naturaleza espiritual del universo creado y el grupo inferior —el de cuatro— se manifiesta como la esfera irracional o el mundo inferior.

En los Misterios, los siete *Logi*, o Señores Creativos, aparecen como corrientes de fuerza que salen de la boca del Uno Eterno, lo cual significa que el espectro se extrae de la luz blanca de la Divinidad Suprema. Los judíos llamaban *Elohim* a los siete Creadores o Inventores de las esferas inferiores. Para los egipcios eran los Constructores (algunas veces, los Gobernadores) y los representaban con grandes cuchillos en la mano, con los que esculpieron el universo a partir de su sustancia primordial. La adoración de los planetas se basa en su aceptación de las personificaciones cósmicas de los siete atributos creativos de Dios. Se decía que los Señores de los planetas vivían dentro del cuerpo del sol, porque la verdadera naturaleza del sol, análoga a la luz blanca, contiene las semillas de todas las potencias de tono y color que manifiesta.

Hay numerosas disposiciones arbitrarias que expresan las relaciones mutuas entre los planetas, los colores y las notas musicales. El sistema más satisfactorio es el que se basa en la ley de las octavas. El sentido del oído tiene un alcance mucho más amplio que el de la vista, porque, mientras que el oído puede registrar entre nueve y once octavas de sonido, el ojo se limita a conocer apenas siete colores fundamentales, un tono menos que la octava. El rojo, cuando se sitúa como el color más bajo en la escala cromática, corresponde al do, la primera nota de la escala musical. Si continuamos la analogía, el anaranjado corresponde al re, el amarillo al mi, el verde al fa, el azul al sol, el índigo al la y el violeta al si. El octavo color necesario para completar la escala debería ser la octava superior del rojo, el primer color. La precisión de esta disposición se demuestra mediante dos hechos sorprendentes: 1) las tres notas fundamentales de la escala musical —la primera, la tercera y la quinta— corresponden a los tres colores primarios: el rojo, el amarillo y el azul; 2) la séptima nota de la escala musical, la menos perfecta, corresponde al morado, el color menos perfecto de la escala cromática.

En *Los principios de la luz y el color*, Edwin D. Babbit confirma la correspondencia entre la escala cromática y la musical: «Así como el do está en la parte inferior de la escala musical y se hace con las ondas de aire más bastas, el rojo está en la parte inferior de la escala cromática y se hace con las ondas más bastas del éter luminoso. Mientras que la nota musical si [la séptima nota de la escala] requiere cada vez cuarenta

y cinco vibraciones de aire, la nota do, en el extremo inferior de la escala, requiere veinticuatro, es decir, poco más de la mitad, y el violeta extremo requiere alrededor de ochocientos billones de vibraciones de éter por segundo, mientras que el rojo extremo requiere tan solo alrededor de cuatrocientos cincuenta billones, que también es poco más de la mitad. Cuando una octava musical acaba, otra comienza y continúa con apenas el doble de vibraciones que las que se usaban en la primera octava y así se repiten las mismas notas en una escala mejor. Asimismo, cuando la escala de los colores visibles al ojo común acaba con el violeta, otra octava con colores invisibles mejores, con casi el doble de vibraciones, comienza y avanza precisamente en base a la misma ley».

Cuando los colores se relacionan con los doce signos del Zodíaco, se distribuyen como los rayos de una rueda. A Aries le corresponde el rojo puro; a Tauro, el rojo anaranjado; a Géminis, el anaranjado puro; a Cáncer, el amarillo anaranjado; a Leo, el amarillo puro; a Virgo, el verde amarillento; a Libra, el verde puro; a Escorpio, el azul verdoso; a Sagitario, el azul puro; a Capricornio, el violeta azulado; a Acuario, el violeta puro, y a Piscis, el rojo violáceo.

En su presentación del sistema oriental de filosofía esotérica, H. P. Blavatsky relaciona los colores con la constitución septenaria del hombre y los siete estados de la materia de la siguiente forma:

Color	Principios del hombre	Estados de la materia
violeta	*chaya* o doble etérico	éter
índigo	*manas* superior o inteligencia espiritual	estado crítico llamado aire
azul	envoltura áurica	vapor
verde	*manas* inferior o alma animal	estado crítico
amarillo	*buddhi* o alma espiritual	agua
anaranjado	*prana* o principio vital	estado crítico
rojo	*kama rupa* o sede de la vida animal	hielo

Para mantener las analogías adecuadas de tono y color, en esta distribución de los colores del espectro y las notas musicales de la octava es necesario agrupar los planetas de otra forma. De este modo, do se convierte en Marte; re en el sol; mi en Mercurio; fa en Saturno; sol en Júpiter; la en Venus, y si en la luna. (Véase *The E. S. Instructions.*)

XVIII

Peces, insectos, animales, reptiles y aves

PRIMERA PARTE

Todas las razas de la Antigüedad veneraban a las criaturas que vivían en el agua, el aire y la tierra. Conscientes de que los cuerpos visibles no son más que símbolos de las fuerzas invisibles, los antiguos adoraban al Poder Divino a través de los reinos inferiores de la naturaleza, porque aquellas criaturas menos evolucionadas y más simples reaccionaban de forma más inmediata a los impulsos creativos de los dioses. Los sabios de antaño estudiaron los seres vivos hasta el extremo de darse cuenta de que la manera más perfecta de comprender a Dios es a través del conocimiento de Su obra suprema: la naturaleza animada y la inanimada.

Todas las criaturas que existen manifiestan algún aspecto de la inteligencia o el poder del Uno Eterno, que jamás se puede llegar a conocer si no es a través del estudio y la apreciación de Sus partes, que son contadas pero inconcebibles. Por consiguiente, cuando se elige una criatura como símbolo para la mente humana concreta de algún principio abstracto oculto, se debe a que sus características manifiestan en una acción visible aquel principio invisible. En el simbolismo religioso de casi todas las naciones aparecen peces, insectos, animales, reptiles y aves, porque las formas y los hábitos de estas criaturas y el medio en el que existen las relacionan estrechamente con los diversos poderes generadores y germinadores de la naturaleza, que se consideraban pruebas visibles de la omnipresencia divina.

Como los filósofos y los científicos primitivos sabían que toda la vida tenía origen en el agua, eligieron el pez como símbolo del germen de la vida. El símil resulta aún más acertado por el hecho de que los peces son los seres más prolíficos. Aunque es posible que los sacerdotes primitivos

no contaran con los instrumentos necesarios para analizar un espermatozoide, por deducción llegaron a la conclusión de que se parecía a un pez.

Los peces eran sagrados para los griegos y los romanos y estaban relacionados con el culto a Afrodita (Venus). Encontramos un interesante vestigio de ritualismo pagano en la costumbre de comer pescado los viernes. Freyja, de cuyo nombre deriva la palabra «viernes» en la mayoría de las lenguas germánicas, era la Venus escandinava y muchas naciones consagraban aquel día a la diosa de la belleza y la fertilidad. Esta analogía contribuye a vincular el pescado con el misterio de la procreación. El viernes también es sagrado para los seguidores del profeta Mahoma.



DE *RELIGIOUS CEREMONIES* DE PICART

LA PRIMERA ENCARNACIÓN, O EL AVATAR MATSIA, DE VISHNU

El pez se ha asociado a menudo con los salvadores del mundo. Vishnu, el redentor hindú, que adopta diez formas para redimir el universo, fue expulsado de la boca de un pez en su primera encarnación. Isis, mientras amamanta al bebé Horus, aparece a menudo con un pez en el tocado. Oannes, el salvador de los caldeos (que lo tomaron prestado de los brahmanes), se representa con cabeza y cuerpo de pez, del cual sobresale su forma humana en algunos puntos. Jesús, que a menudo se representa como un pez, decía a sus discípulos que debían convertirse en «pescadores de hombres». El símbolo del pez fue también el primer monograma de los cristianos. El misterioso nombre griego de Jesús, ΙΧΘΥΣ, quiere decir «pez». El pez fue aceptado como símbolo de Cristo por varios de los primeros Padres de la Iglesia que fueron canonizados. San Agustín comparaba a Cristo con un pez asado sobre las ascuas y también indicaba que la carne de aquel pez era el alimento de los hombres justos y santos.

La palabra *nun* significa tanto «pez» como «crecimiento» y, como dice Inman: «A los judíos los condujo a la victoria el Hijo del Pez, también llamado Josué y Jesús (el Salvador). En inglés, *nun* significa "religiosa" de la fe cristiana. Los cristianos primitivos usaban tres peces para representar a la Santísima Trinidad y el pez también es uno de los ocho símbolos sagrados del gran Buda. Asimismo, resulta significativo que el delfín estuviese consagrado tanto a Apolo (el salvador solar) como a Neptuno. Se creía que aquel pez transportaba al cielo sobre su lomo a los marineros que habían naufragado. El delfín fue aceptado por los primeros cristianos como emblema de Cristo, porque para los paganos aquella hermosa criatura era amiga y benefactora del hombre. Es posible que el heredero al trono de Francia, el *dauphin*, deba su título a aquel antiguo símbolo pagano del poder preservador divino. Los primeros defensores del cristianismo comparaban a los conversos con peces, que, en el momento del bautismo, «regresaban otra vez al mar de Cristo».

Los pueblos primitivos creían que el mar y la tierra estaban habitados por criaturas extrañas y los primeros libros de zoología contienen curiosas ilustraciones de bestias, reptiles y peces complejos, que no existían en la época en la cual los autores medievales compilaron aquellos libros voluminosos. En los antiguos rituales de iniciación de los Misterios persas, griegos y egipcios, los sacerdotes se disfrazaban de criaturas complejas, con lo cual representaban distintos aspectos de la conciencia humana. Usaban aves y reptiles como emblemas de sus diversas divinidades y a menudo creaban formas de aspecto grotesco y les asignaban rasgos, hábitos y entornos imaginarios para simbolizar determinadas verdades espirituales y trascendentales, que así se mantenían ocultas a los profanos. El fénix hacía su nido con incienso y llamas. El unicornio tenía cuerpo de caballo, patas de elefante y cola de jabalí. La parte superior del cuerpo del centauro era humana y la inferior, equina. El pelícano de los herméticos alimentaba a sus crías de su propio pecho y a esta ave se le asignaban otros atributos misteriosos, que solo podían ser verdad de forma alegórica.

Si bien muchos escritores de la Edad Media los consideraban criaturas vivas, ninguno de ellos —salvo el pelícano— existió jamás fuera del simbolismo de los Misterios. Es posible que tuvieran su origen en rumores sobre animales poco conocidos entonces, pero en el templo se hacían realidad, porque allí representaban las múltiples características de la naturaleza humana. La mantícora tenía algunos puntos en común

con la hiena; el unicornio pudo haber sido el rinoceronte de un solo cuerno. Para los estudiosos de la sabiduría secreta, aquellos animales y aves complejos no representan más que diversas fuerzas que actúan en los mundos invisibles. Esto es algo que parecen haber pasado por alto casi todos los que escriben sobre el tema de los monstruos medievales. (Véase la *Monstrorum Historia*, de Aldrovandi, 1642, y *Physica Curiosa*, de P. Gaspare Schotto, 1697.)

También hay leyendas que sostienen que mucho antes de la aparición de los seres humanos existía una raza o una especie de criaturas complejas que fueron destruidas por los dioses. Los templos de la Antigüedad conservaban sus propios registros históricos y poseían información acerca del mundo prehistórico que jamás ha sido revelada a los no iniciados. Según aquellos registros, la raza humana evolucionó a partir de una especie de criatura que tenía en parte la naturaleza de un anfibio, porque en aquel entonces el hombre primitivo tenía branquias como los peces y estaba parcialmente recubierto de escamas. En cierto modo y viendo el embrión humano, cabe la posibilidad de que fuera así. Como consecuencia de la teoría del origen acuático del hombre, el pez se consideraba el progenitor de la familia humana, de donde surgió la «ictiolatría» de los caldeos, los fenicios y los brahmanes. Los indígenas americanos creen que las aguas de los lagos, los ríos y los océanos están pobladas por un pueblo misterioso: los indios de las aguas.

El pez se ha utilizado como emblema de condenación, pero para los chinos representaba la satisfacción y la buena suerte y aparecen peces en muchas de sus monedas. Tifón, o Set, el genio del mal de los egipcios, dividió el cuerpo del dios Osiris en catorce partes y arrojó una de ellas en concreto al río Nilo, donde, según Plutarco, se la comieron tres peces: el *lepidotus* (probablemente *Lepisosiren*), el *phagrus* y el *oxyrynchus* (una especie de lucio). Por tal motivo, los egipcios se negaban a comer la carne de estos peces, convencidos de que hacerlo sería consumir el cuerpo de su dios. Cuando se usaba como símbolo del mal, el pez representaba la tierra (la naturaleza inferior del hombre) y la tumba (el sepulcro de los Misterios). Por eso, Jonás pasó tres días en el vientre del «gran pez», como Cristo estuvo tres días en la tumba.

Varios de los primeros Padres de la Iglesia creían que la «ballena» que había tragado a Jonás era el símbolo de Dios Padre, que cuando el desventurado profeta fue arrojado por la borda, lo aceptó dentro de Su propia naturaleza hasta que llegó a un lugar seguro. En realidad, la historia de Jonás es una leyenda sobre la iniciación en los Misterios y el

«gran pez» representa la oscuridad de la ignorancia que traga al hombre cuando lo arrojan por el costado del barco (nace) al mar (la vida). Es posible que la historia se originara a partir de la costumbre, común en la Antigüedad, de construir embarcaciones en forma de peces o de aves y que Jonás simplemente fuera recogido por otro barco y llevado a puerto y que la forma de la embarcación hiciera que se la llamara «gran pez». (*«Veritatis simplex oratio est!»*) Lo más probable es que la «ballena» de Jonás se basara en una criatura mitológica pagana, el *hippocampus*, en parte caballo y en parte delfín, porque las estatuas y las tallas cristianas primitivas muestran una criatura compleja, en lugar de una ballena de verdad.

Cabe suponer que las misteriosas serpientes marinas que, según las leyendas mayas y toltecas, llevaron a los dioses a México eran embarcaciones vikingas o caldeas construidas en forma de monstruos marinos o dragones complejos. H. P. Blavatsky propone la teoría de que la palabra *cetus*, la gran ballena, deriva de *keto*, un nombre del dios pez, Dagon, y que en realidad Jonás, después de ser capturado por marineros fenicios y antes de ser trasladado a una de sus ciudades, estuvo confinado en una celda abierta en el cuerpo de una estatua gigantesca de Dagon. Existe sin duda un gran misterio en torno a la forma gigantesca del *cetus*, que se sigue conservando como constelación.

Según numerosos fragmentos dispersos que se conservan, la naturaleza inferior del hombre se simbolizaba mediante una criatura tremenda y violenta, parecida a una gran serpiente o dragón, llamada leviatán. Todos los símbolos con forma o movimientos de serpiente representan la energía solar en alguna de sus numerosas formas. Por consiguiente, esta gran criatura marina representa la vida solar aprisionada en el agua y también la energía divina que corre por el cuerpo del hombre, donde, hasta que se transmuta, se manifiesta como un monstruo que se retuerce: los apetitos, las pasiones y los deseos del hombre. Entre los símbolos de



DE *BYGONE BELIEFS* DE REDGROVE

LA MANTÍCORA
La más extraordinaria de todas las criaturas alegóricas era la mantícora. Ctesias la describe con el cuerpo de color encendido y forma de león, tres hileras de dientes, cabeza y orejas humanas, ojos azules, cola acabada en una serie de puntas y aguijones y una voz que sonaba como el clarín de las trompetas. Este cuadrúpedo sintético entró tranquilamente en las obras medievales sobre historia natural, aunque, si se piensa bien, nadie lo había visto jamás, porque vivía en regiones inaccesibles y, por consiguiente, era difícil de localizar.

Cristo como Salvador de los hombres hay varios relacionados con el misterio de Su naturaleza divina, ocultos en la personalidad del Jesús humilde.

Los gnósticos dividían la naturaleza del Redentor cristiano en dos partes: por un lado, Jesús, el hombre mortal, y por el otro, Cristo, la personificación del *Nous*, el principio de la Mente Cósmica. *Nous*, el mayor, durante un período de tres años (desde el bautismo hasta la crucifixión) se vistió con la carne del hombre mortal (Jesús). Para poner de manifiesto este punto y, sin embargo, mantenerlo oculto para los ignorantes, se utilizaron numerosas criaturas extrañas y a menudo repulsivas, cuyo exterior tosco ocultaba organismos espléndidos. Kenealy, en sus notas a *The Book of Enoch*, comenta lo siguiente: «Resulta evidente por qué la oruga era el símbolo del Mesías: porque, bajo un aspecto humilde, rastrero y totalmente terrenal, oculta la hermosa forma de la mariposa que, con sus alas radiantes, emula con sus colores variados el arco iris, la serpiente, el salmón, el escarabajo, el pavo real y el delfín que muere. [...]».

Los insectos

En 1609 se publicó *Amphitheatrum Sapientiae Aeternae*, de Heinrich Khunrath. Éliphas Lévi declaró que sus páginas esconden todos los grandes secretos de la filosofía mágica. En una ilustración notable de esta obra vemos a las ciencias herméticas atacadas por los pedagogos intolerantes e ignorantes del siglo XVII. Para manifestar el desprecio absoluto que sentía por quienes lo calumniaban, Khunrath convirtió a cada uno en una bestia compleja, añadiendo a uno unas orejas de burro y a otro una cola falsa. Reservó la parte superior de la imagen para ciertos murmuradores mezquinos a los que dio formas adecuadas. Llenó el aire de criaturas extrañas —libélulas enormes, ranas aladas, aves con cabeza humana y otras formas extrañas e indescriptibles—, que acumulaban malevolencias, cotilleos, resentimientos, calumnias y otras formas de persecución sobre los arcanos secretos de los sabios. El dibujo indicaba que sus ataques eran inútiles. A menudo se utilizaban insectos venenosos para simbolizar el poder mortífero de la lengua humana.

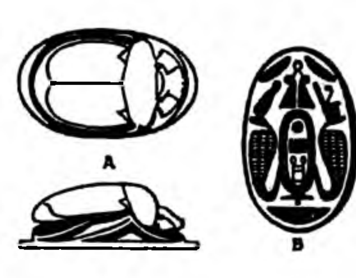
Todo tipo de insectos también eran considerados emblemáticos de los espíritus y los demonios de la naturaleza, porque se creía que en la atmósfera había de los dos. Los dibujos medievales que muestran a los magos en el momento de invocar a los espíritus a menudo retratan

los poderes misteriosos del más allá, que el mago ha conjurado y que aparecen ante él en formas complejas que incluyen partes de insectos. Parece que los filósofos primitivos opinaban que las enfermedades que arrasaban comunidades en forma de plagas en realidad eran seres vivos, solo que, en lugar de percibirlos como un montón de gérmenes diminutos, veían toda la plaga como una individualidad y le daban una forma horrorosa para representar su carácter destructivo. Como las plagas llegaban por el aire, se simbolizaban mediante insectos o aves.

Se asignaban formas geométricas hermosas a todas las condiciones o poderes naturales benéficos, mientras que a los antinaturales o los malignos se les asignaban figuras retorcidas y anómalas. El Maligno estaba espantosamente deformado o, de lo contrario, tenía la naturaleza de algunos animales despreciables. Según una superstición popular de la Edad Media, el Diablo tenía patas de gallo, mientras que los egipcios asignaban a Tifón (el Diablo) el cuerpo de un cerdo.

Se estudiaron cuidadosamente los hábitos de los insectos, con lo cual se tomaba a la hormiga como emblema de la laboriosidad y la previsión, ya que almacenaba provisiones para el invierno y también tenía fuerza para mover objetos que pesaban varias veces más que ella. Las langostas que descendían en forma de nubes y en algunas partes de África y Asia ocultaban el sol y destruían todo verdor se consideraban emblemas adecuados de la pasión, la enfermedad, el odio y los conflictos, porque estas emociones destruyen todo lo que hay de bueno en el alma humana y dejan tras ellas un desierto árido. En el folclore de diversas naciones se otorga una importancia especial a determinados insectos, pero los que han recibido veneración y consideración en todo el mundo son el escarabajo, el rey de los insectos; el escorpión, el gran traidor; la mariposa, el emblema de la metamorfosis, y la abeja, el símbolo de la laboriosidad.

El escarabajo egipcio es una de las figuras simbólicas más extraordinarias que haya concebido jamás la mente humana. Gracias a la erudición del clero, dejó de ser un simple insecto y, por la



DEL *CATALOGUE OF EGYPTIAN SCARABS, ETC., IN THE BRITISH MUSEUM* DE HALL

EL ESCARABAJO REAL EGIPCIO
La parte inferior plana del escarabajo por lo general lleva una inscripción relacionada con la dinastía en la que se talló. Los escarabajos en ocasiones se empleaban como sellos. Algunos se tallaban en piedras comunes o preciosas; otros se hacían de arcilla, se cocían y se esmaltaban. En ocasiones también se esmaltaban los escarabajos de piedra. La mayoría de los escarabajos pequeños están agujereados, como si al principio se hubieran usado como abalorios. Algunos son tan duros que podrían rayar el vidrio. En la figura anterior, A muestra el escarabajo visto desde arriba y de lado y B, la superficie inferior, con el nombre de Men-ka-Ra dentro del cartucho central.

peculiaridad de sus hábitos y su aspecto, se convirtió en símbolo adecuado de la fuerza del cuerpo, de la resurrección del alma y del Creador eterno e incomprensible en Su aspecto de Señor del Sol. Sobre la adoración del escarabajo por parte de los egipcios, E. A. Wallis Budge afirma lo siguiente:

> También se creía en la época primitiva que el cielo era un prado inmenso por el cual avanzaba poco a poco un escarabajo enorme, empujando el disco del sol. Aquel escarabajo era el dios del cielo y, siguiendo el ejemplo del escarabajo pelotero (*Scarabaeus sacer*), que hacía rodar con las patas traseras una bola que se suponía que contenía sus huevos, los antiguos egipcios pensaban que la bola del dios del cielo contenía su huevo y que el sol era su hijo. Sin embargo, gracias a las investigaciones de *monsieur* J. H. Fabre, un entomólogo destacado, en la actualidad sabemos que la bola que hace rodar el *Scarabaeus sacer* no contiene sus huevos, sino excremento que servirá para alimentar su huevo, que pone en un lugar preparado con sumo cuidado.

Algunas veces, a los iniciados en los Misterios egipcios los llamaban escarabajos y también leones y panteras. El escarabajo era el emisario del sol y simbolizaba la luz, la verdad y la regeneración. Se colocaban escarabajos de piedra —los llamaban «escarabajos del corazón» y medían unos ocho centímetros— en la cavidad cardíaca del difunto cuando se retiraba el corazón para ser embalsamado separadamente como parte del proceso de momificación. Algunos sostienen que los escarabajos de piedra simplemente se envolvían en la mortaja en el momento de preparar el cuerpo para su preservación eterna. El pasaje que se transcribe a continuación con respecto a este tema aparece en el gran libro de iniciación egipcio, *El Libro de los muertos*: «He aquí que os convertiréis en un escarabajo de piedra verde que se colocará en el pecho de un hombre y llevará a cabo para él "la apertura de la boca"». Los ritos funerarios de muchas naciones guardan una notable similitud con las ceremonias de iniciación a sus Misterios.

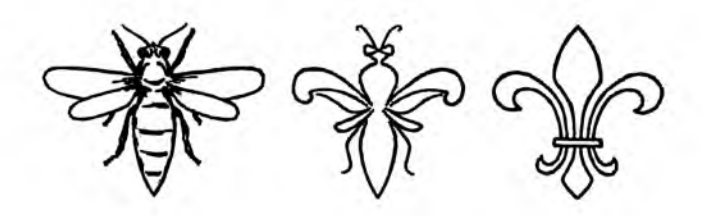
Ra, el dios del sol, tenía tres aspectos importantes. Como creador del universo, se representaba mediante la cabeza de un escarabajo y recibía el nombre de Jepera, que significaba la resurrección del alma y una vida nueva al final del período mortal. Los sarcófagos en los que se ponían las momias de los difuntos egipcios casi siempre estaban adornados con escarabajos. Por lo general se pintaba uno sobre el sarcófago, con las alas desplegadas, justo encima del pecho del difunto. El hecho de que se hallaran tantos escarabajos pequeños de piedra indica que eran uno de los adornos preferidos de los egipcios. Por su relación con el sol, el esca-

rabajo simbolizaba la parte divina de la naturaleza humana. Que sus hermosas alas estuvieran ocultas bajo su caparazón brillante representaba el alma alada del hombre, oculta dentro de su cubierta terrenal. Los soldados egipcios tenían el escarabajo como símbolo particular, porque los antiguos creían que aquellas criaturas eran todas machos y, por consiguiente, adecuadas como símbolo de virilidad, fuerza y valor.

Plutarco destacaba que el insecto hacía rodar su peculiar bola de excremento hacia atrás, mientras el insecto miraba en la dirección contraria. lo cual lo convertía en un símbolo particularmente adecuado para el sol, ya que este astro (según la astronomía egipcia) rodaba de Oeste a Este, aunque parecía moverse en sentido contrario. Según una alegoría egipcia, la salida del sol se debe a que el escarabajo despliega sus alas, que se extienden como colores espléndidos a ambos lados del cuerpo —el globo solar— y que, cuando pliega sus alas bajo su caparazón oscuro, al ponerse el sol, se hace de noche. Jepera, el aspecto de Ra con cabeza de escarabajo, se representa a menudo atravesando el mar del cielo en una embarcación hermosa llamada «la barca del sol».

El escorpión es el símbolo tanto de la sabiduría como de la autodestrucción. Los egipcios lo llamaban «la criatura maldita» y la época del año en la que el sol entraba en el signo de Escorpio indicaba el comienzo del gobierno de Tifón. Cuando se utilizaban los doce signos del Zodíaco para representar a los doce apóstoles (aunque en realidad es al revés), el escorpión se asignada a Judas Iscariote, el traidor.

El escorpión clava el aguijón que tiene en la cola y por eso se considera que ataca por la espalda, que es falso y embustero. En *The Dictionary of the Bible*, Calmet afirma que el escorpión es un emblema apropiado del mal y el símbolo de la persecución. Se dice que los vientos secos de Egipto son obra de Tifón, que transmite a la arena el calor abrasador del mundo infernal y el aguijón del escorpión. Este insecto también era el símbolo del fuego espinal que, según los Misterios egipcios, destruía al hombre cuando se le permitía acumularse en la base de la columna (la cola del escorpión). La estrella roja Antares, situada en la parte posterior del escorpión celestial, se consideraba la peor luz del cielo. A *Kalb al-Akrab*, o el corazón del escorpión, los antiguos la llamaban la lugarteniente o delegada de Marte. (Véase el pie de página en el *Tetrabiblos* de Ptolomeo.) Se creía que Antares perjudicaba la vista y que a menudo causaba ceguera si, cuando nacía un niño, salía por encima del horizonte. Es posible que esto también haga referencia a las tormentas de arena, que podían enceguecer a los viajeros incautos.



LA FLOR DE LIS
El inmortal Carlomagno usó la abeja como símbolo de realeza y es probable que la flor de lis, *fleur-de-lis* o lirio de Francia, no sea una flor, sino una representación estilizada de una abeja. Según una antigua leyenda griega, las nueve Musas de vez en cuando asumían la forma de abejas.

El escorpión también era el símbolo de la sabiduría, porque el fuego que controlaba era capaz de iluminar, además de consumir. Según los paganos, la iniciación en los Grandes Misterios solo se celebraba bajo el signo del escorpión. En el Papiro de Ani (*El Libro de los Muertos*), el difunto compara su alma con un escorpión y dice lo siguiente: «Soy una golondrina, soy aquel escorpión, ¡la hija de Ra!». Elizabeth Goldsmith, en su tratado sobre simbolismo sexual, afirma que los escorpiones eran un «símbolo de Selk, la diosa egipcia de la escritura, y que también los veneraban los babilonios y los asirios, como guardianes de la puerta del sol. Se decía que siete escorpiones habían acompañado a Isis mientras buscaba los restos de Osiris que Set (Tifón) había esparcido».

En *The Chaldean Account of the Genesis*, George Smith, al describir —copiando de los cilindros cuneiformes— las andanzas del héroe Izdubar (Nimrod), arroja algo de luz sobre el dios escorpión que protege al sol. La tablilla que tradujo no es perfecta, aunque el significado es bastante claro: «[...] que todos los días custodian el sol naciente. Su corona estaba en el entramado del cielo y sus pies, debajo del infierno [la columna vertebral]. El hombre escorpión vigilaba la puerta y quemaba de lo horroroso que era, su aspecto era como la muerte y el poder de su miedo sacudía el bosque. A la salida y la puesta del sol, protegían al sol; cuando Izdubar los veía, su cara se cubría de miedo y terror». Los romanos primitivos tenían una maquinaria bélica llamada «el escorpión», que se usaba para arrojar flechas, y es probable que debiera su nombre al gran soporte de madera —parecido a la cola del escorpión— que se levantaba para arrojarlas. Los proyectiles que disparaba aquella arma también se llamaban escorpiones.

La mariposa (con el nombre de Psique, una hermosa doncella con alas de luz opalina) simboliza el alma humana, por las etapas que cubre para desarrollar su capacidad para volar. Las tres divisiones que atra-

viesa la mariposa en su evolución se parecen mucho a los tres grados de la escuela mistérica, que consuman —se supone— la evolución del hombre, proporcionándole unas alas emblemáticas que le permitan subir a los cielos. El hombre impenitente, ignorante e incapaz se simboliza mediante la etapa comprendida entre el óvulo y la larva; el discípulo, que busca la verdad y hace hincapié en la meditación, mediante la segunda etapa, de larva a pupa, momento en el cual el insecto entra en su crisálida (la tumba de los Misterios); la tercera etapa, de pupa a imago (cuando sale la mariposa perfecta), representa el alma iluminada y desarrollada del iniciado que sale de la tumba de su naturaleza inferior.

Las polillas o mariposas nocturnas representan la sabiduría secreta, porque son difíciles de encontrar y se ocultan en la oscuridad (la ignorancia). Algunas son emblemas de la muerte, como la *Acherontia atropos*, la esfinge de la calavera o esfinge de la muerte, que tiene una marca en el cuerpo que se parece un poco a una calavera humana. El escarabajo del reloj de la muerte (*Xestobium rufovillosum*), del cual se creía que avisaba cuando se acercaba la muerte emitiendo un sonido peculiar, es otro ejemplo de los insectos que intervienen en los asuntos humanos.

Las opiniones difieren con respecto a la araña. Su forma la convierte en emblema adecuado de los plexos nerviosos y los ganglios del cuerpo humano. Para algunos europeos es de muy mal agüero matar una araña, posiblemente porque la consideran emisaria del Maligno, a quien nadie desea ofender. Existe un misterio en torno a todas las criaturas venenosas, sobre todo los insectos. Paracelso enseñaba que la araña era el médium para una fuerza poderosa, pero maligna, que los magos negros utilizaban en sus tareas nefandas.

Determinadas plantas, minerales y animales han sido sagrados para todas las naciones de la tierra por su peculiar sensibilidad al fuego astral, un estado misterioso de la naturaleza con el cual el mundo científico se ha puesto en contacto a través de sus manifestaciones, como la electricidad y el magnetismo. La piedra imán y el radio en el reino mineral y diversas plantas parásitas en el reino vegetal son extrañamente susceptibles a este fuego eléctrico cósmico o fuerza vital universal. Los magos medievales se rodeaban de criaturas tales como murciélagos, arañas, gatos, serpientes y monos, porque podían apoderarse de las fuerzas vitales de aquellas especies y utilizarlas para conseguir sus propios fines. Algunas escuelas antiguas de sabiduría enseñaban que todos los insectos y reptiles venenosos germinan a partir de la naturale-

za malvada del hombre y que cuando los seres humanos inteligentes ya no generen odio en su propia alma, dejarán de existir los animales feroces, las enfermedades repugnantes y las plantas y los insectos venenosos.

Entre los indios americanos se conoce la leyenda del «hombre araña», cuya red conectaba los mundos celestiales con la tierra. Para las escuelas secretas de India, algunos de los dioses que colaboraron con el universo durante su creación conectan los reinos de la luz con los de la oscuridad mediante telarañas. Por consiguiente, a los constructores del sistema cósmico, que mantenían unido el universo embrionario con hilos de fuerza invisible, a veces los llamaban «dioses araña» y a su soberano le decían «la Gran Araña».

La colmena aparece en la masonería para recordarnos que en la diligencia y el esfuerzo por el bien común residen la verdadera felicidad y la prosperidad. La abeja es símbolo de sabiduría, porque, así como este pequeño insecto recoge polen de las flores, los hombres pueden extraer conocimientos de las experiencias de la vida cotidiana. La abeja está consagrada a la diosa Venus y, según los místicos, es una de las diversas formas de vida que llegaron a la tierra procedentes del planeta Venus hace millones de años. Se dice que el trigo y los plátanos tienen el mismo origen y por este motivo no se puede rastrear la fuente de estas tres formas de vida. El hecho de que las abejas estén gobernadas por reinas es uno de los motivos por los cuales este insecto se considera un símbolo femenino sagrado.

En India, el dios Prana —la personificación de la fuerza vital universal— a veces aparece rodeado de un círculo de abejas. Por su importancia para polinizar las flores, la abeja se acepta como símbolo del poder generador. Hubo un tiempo en que la abeja fue el emblema de los reyes de Francia. Los gobernantes franceses llevaban abejas bordadas en sus vestiduras y los doseles de sus tronos estaban adornados con grandes figuras de estos insectos.

La mosca representa al torturador, por las molestias que ocasiona a los animales. Al dios caldeo Baal a menudo se lo llamaba Baal-Zebul, o el dios de la morada. La palabra *zebub* o *zabab* quiere decir «mosca» y Baal-Zebul se convirtió en Baalzebub, Beelzebub o Belcebú, una palabra que, sin demasiado rigor, se tradujo como «mosca de Júpiter». La mosca se consideraba una forma de poder divino, por su capacidad para destruir sustancias en descomposición y de este modo favorecer la salud. Es posible que la mosca deba el nombre de *zebub* a su peculiar

zumbido. Inman cree que Baalzebub, del cual se burlaban los judíos llamándolo «mi Señor de las moscas», en realidad quiere decir «mi Señor que zumba o murmura».

Inman recuerda al Memnón que cantaba en el desierto egipcio, una figura enorme con un arpa eólica en lo alto de la cabeza. Cuando el viento sopla con fuerza, la gran estatua suspira o zumba. Los judíos transformaron Baalzebub en Beelzebub y lo convirtieron en su príncipe de los demonios, al interpretar *daemon* como «demonio». Para defender a Virgilio de las acusaciones de brujería, Naudaeus trató de desmentir todos los milagros que supuestamente había hecho Virgilio y presentó pruebas suficientes para declarar culpable al poeta de todos los cargos. Entre otras proezas extrañas, Virgilio fabricó una mosca de bronce y, después de ciertas ceremonias misteriosas, la colocó sobre una de las puertas de Nápoles, de resultas de lo cual no entró ninguna mosca en la ciudad durante más de ocho años.

Los reptiles

Se escogió a la serpiente como cabeza de la familia de los reptiles. El culto a las serpientes ha estado presente de alguna forma en casi toda la tierra. Los montículos en forma de serpiente de los indios americanos; las serpientes talladas en piedra de América Central y América del Sur; las cobras encapuchadas de India; Pitón, la gran serpiente de los griegos; las serpientes sagradas de los druidas; la serpiente de Midgard en Escandinavia; las Naga de Birmania, Siam y Camboya; la serpiente de bronce de los judíos; la serpiente mística de Orfeo; las serpientes del oráculo de Delfos, que se enroscaban en torno al trípode sobre el cual se sentaba la sacerdotisa Pitia, un trípode que, de por sí, tenía forma de serpientes enroscadas; las serpientes sagradas que se mantenían en los templos egipcios; los uraeus enroscados sobre la frente de los faraones y los sacerdotes, todos ellos son ejemplos de la veneración universal que despertaban las serpientes. En los antiguos Misterios, la serpiente enroscada alrededor de un bastón era el símbolo del médico. El caduceo de Hermes con las serpientes enroscadas sigue siendo el emblema de la profesión médica. En casi todos estos pueblos antiguos, la serpiente se aceptaba como símbolo de sabiduría o salvación. La antipatía que siente el cristianismo con respecto a la serpiente se debe a la alegoría mal entendida del Jardín del Edén.

La serpiente es fiel al principio de la sabiduría, porque tienta al hombre con el conocimiento de sí mismo. Por consiguiente, su propio conocimiento hizo que el hombre desobedeciera al *Demiurgus*, Jehová. Cómo era posible que hubiera una serpiente en el jardín del Señor, cuando Dios había declarado que todas las criaturas que Él había creado durante los seis días de la creación eran buenas, no ha recibido una respuesta satisfactoria por parte de los intérpretes de las Escrituras. El árbol que crece en medio del jardín es el fuego espinal; el conocimiento de la utilidad de aquel fuego espinal es el regalo de la gran serpiente. A pesar de cualquier afirmación en contrario, la serpiente es el símbolo y el prototipo del Salvador universal, que redime al mundo proporcionando a la creación el conocimiento de sí misma y el reconocimiento del bien y del mal. Si esto no fuera así, ¿por qué Moisés puso una serpiente de bronce en el extremo de una cruz en el desierto, para que todos los que la vieran sanaran de las picaduras de las serpientes menores? ¿No era acaso aquella serpiente de bronce una profecía del crucificado que vendría después? Si la serpiente no es más que algo malo, ¿por qué Cristo enseñaba a Sus discípulos que tenían que ser astutos como serpientes?

La teoría aceptada de que la serpiente es malvada no se puede corroborar. Hace mucho que se la considera el emblema de la inmortalidad. Es el símbolo de la reencarnación, o de la metempsicosis, porque todos los años muda de piel y reaparece, como quien dice, en un cuerpo nuevo. En tal sentido, existe una antigua superstición según la cual las serpientes no mueren nunca, a menos que sufran una muerte violenta, y que, si no les hacen daño, viven para siempre. También se creía que las serpientes se tragaban a sí mismas y por eso se consideraban emblemas del Creador Supremo, que periódicamente reabsorbía Su universo otra vez hacia Él mismo.

Refiriéndose al origen del culto a la serpiente, H. P. Blavatsky hace una afirmación significativa en *Isis sin velo*: «Antes de que nuestro globo adquiriera forma de huevo o redonda, era una estela de polvo cósmico o una niebla de fuego, que se movía y se retorcía como una serpiente. Esto era, según las explicaciones, el Espíritu de Dios, que se movía sobre el caos hasta que su aliento incubó la materia cósmica y la hizo adoptar la forma anular de una serpiente con la cola en la boca: emblema de la eternidad en su mundo espiritual y en el nuestro, en su sentido físico».

La serpiente de siete cabezas representa la Divinidad Suprema, que se manifiesta a través de Sus *Elohim*, o siete espíritus, con cuya ayuda Él estableció Su universo. Los paganos han utilizado las espirales de la

serpiente para simbolizar el movimiento y también las órbitas de los cuerpos celestes, y es probable que el símbolo de la serpiente enroscada en torno al huevo —habitual en muchas de las antiguas escuelas mistéricas— representara tanto el movimiento aparente del sol en torno a la tierra como las franjas de luz astral, o el gran agente mágico, que se mueven sin cesar en torno al planeta.

La electricidad se solía simbolizar mediante la serpiente, debido a su movimiento. La electricidad que pasa entre los polos de un arco tiene un movimiento serpenteante. A la fuerza que se proyectaba a través de la atmósfera la llamaban «la gran serpiente». Como símbolo de la fuerza universal, la serpiente era emblema tanto del bien como del mal. La fuerza puede derribar con tanta rapidez como puede crecer. La serpiente con la cola en la boca es el símbolo de la eternidad, porque, en esa posición, el cuerpo del reptil no tiene principio ni fin. La cabeza y la cola representan el polo positivo y el negativo del circuito vital cósmico. A los iniciados de los Misterios a menudo se los llamaba «serpientes» y su sabiduría se consideraba análoga al poder de inspiración divina de la serpiente. No cabe duda de que se otorgaba el título de «serpientes aladas» (¿los serafines?) a una de las jerarquías invisibles que trabajaron con la tierra durante las primeras etapas de su formación.

Según una leyenda, cuando comenzó el mundo llovieron sobre la tierra serpientes aladas: es probable que fueran los semidioses que preceden a la civilización histórica de cualquier nación. La relación simbólica entre el sol y la serpiente se manifiesta literalmente en el hecho de que la vida permanece en la serpiente hasta la puesta del sol, aunque la corten en una docena de partes. Según los indios hopi, la serpiente está en estrecha comunicación con el Espíritu de la Tierra; por consiguiente, cuando llega el momento de su danza anual de la serpiente, para enviar sus plegarias al Espíritu de la Tierra, primero consagran de forma especial una gran cantidad de estos reptiles y después los liberan para que regresen a la tierra con las plegarias de la tribu.

La rapidez de movimiento de los lagartos ha hecho que se los asociara con Mercurio, el mensajero de los dioses, cuyos pies alados recorrían distancias infinitas casi de forma instantánea. Un estudioso eminente como el doctor H. E. Santee, en su *Anatomy of the Brain and Spinal Cord*, menciona algo que no se debe pasar por alto en relación con el simbolismo de los reptiles: «Los reptiles tienen dos cuerpos pineales, uno anterior y otro posterior; el posterior no se desarrolla, mientras que el anterior forma un ojo ciclópeo rudimentario. En los tuátaras,

una especie de iguana neocelandesa. se proyecta a través del foramen parietal y presenta una lente y una retina imperfectas y, en su tallo largo, fibras nerviosas».

Los egipcios consideraban a los cocodrilos tanto símbolos de Tifón como emblemas de la Divinidad Suprema; esto último se debe a que, mientras está bajo el agua, el cocodrilo puede ver —según afirma Plutarco—, aunque sus ojos estén cubiertos por una membrana delgada. Los egipcios afirmaban que, por muy lejos que el cocodrilo desovara, el Nilo siempre llegaría hasta sus huevos en la siguiente crecida, ya que este reptil estaba dotado de un sentido misterioso que le permitía saber hasta dónde llegaría la crecida meses antes de que se produjera. Había dos tipos de cocodrilos. Los egipcios aborrecían a los más grandes y más feroces, porque los comparaban con la naturaleza de Tifón, su demonio destructor. Tifón acechaba para devorar a todos los que no superaran el Juicio de los Muertos, un rito que tenía lugar en la Sala de Justicia, entre la tierra y los campos elíseos. Anthony Todd Thomson describe de la siguiente manera el buen trato que daban a los cocodrilos más pequeños y más dóciles, que los egipcios aceptaban como personificaciones del bien: «Les daban de comer todos los días y algunas veces les echaban en la garganta vino caliente con especias. Les adornaban las orejas con aros de oro y piedras preciosas y las patas delanteras con brazaletes».

Para los chinos, la tortuga era símbolo de longevidad. En un templo de Singapur se conservan un montón de tortugas sagradas que llevan la edad grabada en el caparazón. Los indios americanos usan el lomo que hay en la parte posterior del caparazón de la tortuga como símbolo de la gran división entre la vida y la muerte. La tortuga es símbolo de sabiduría, porque se repliega en sí misma y se protege sola. También es un símbolo fálico, como expresa su relación con la longevidad. Los hindúes representaban el universo sostenido sobre los dorsos de cuatro elefantes enormes, que, a su vez, están de pie sobre una tortuga inmensa que se arrastra sin cesar en medio del caos.

La esfinge egipcia, el centauro griego y el hombre-toro de los asirios tienen mucho en común. Los tres son criaturas complejas que combinan elementos humanos y animales; en los Misterios, todos representan la naturaleza compleja del hombre y hacen velada referencia a las jerarquías de los seres celestiales que dirigen el destino de la humanidad. Estas jerarquías son los doce animales sagrados que hoy conocemos como constelaciones, unos grupos de estrellas que son meros símbolos de impulsos espirituales impersonales. Quirón, el centauro que

enseña a los hijos de los hombres, representa las inteligencias de la constelación de Sagitario, que eran las guardianas de la doctrina secreta mientras (geocéntricamente) el sol pasaba por el signo de Géminis. El hombre-toro asirio de cinco patas, con alas de águila y cabeza humana, nos recuerda que la naturaleza invisible del hombre tiene las alas de un dios, la cabeza de un hombre y el cuerpo de un animal. El mismo concepto se expresaba mediante la esfinge: el guardián armado de los Misterios, que, en cuclillas a la entrada del templo, no dejaba entrar a los profanos. Situada así entre el hombre y sus posibilidades divinas, la esfinge representaba también la propia doctrina secreta. En los cuentos infantiles abundan las descripciones de monstruos simbólicos, porque casi todos estos cuentos se basan en el antiguo folclore místico.

XIX

Peces, insectos, animales, reptiles y aves

SEGUNDA PARTE

Como emblemas adecuados de diversos atributos humanos y divinos, las aves se incluyen en el simbolismo religioso y filosófico tanto de los paganos como de los cristianos. El buitre es símbolo de crueldad; el águila, de valor; el pelícano, de autosacrificio, y el pavo real, de orgullo. Como consecuencia de su capacidad para abandonar la tierra y emprender vuelo hacia el lugar de donde procede la luz, se asocia a las aves con la aspiración, la pureza y la belleza. Por consiguiente, a menudo se añadían alas a diversas criaturas terrenales para tratar de sugerir trascendencia. Como su hábitat se encontraba entre las ramas de los árboles sagrados situados en medio de bosques antiguos, las aves también se consideraban mensajeros designados por los espíritus de los árboles y los dioses de la naturaleza que moraban en aquellos bosquecillos consagrados y se decía que los propios dioses se expresaban mediante sus notas claras. Se han inventado muchos mitos para explicar su plumaje brillante. Un ejemplo conocido es la historia del pavo real de Juno, que llevaba en las plumas de la cola los ojos de Argos. Numerosas leyendas de los indios americanos tratan también de las aves y del origen de los distintos colores de sus plumas. Los navajos afirman que cuando todos los seres vivos treparon a un tallo de bambú para salvarse del diluvio, al pavo le tocó la rama más baja y las plumas de la cola le quedaron en el agua; por eso están descoloridas.

La gravedad, que es una ley del mundo material, es el impulso hacia el centro de materialidad; la levitación, que es una ley del mundo espiritual, es el impulso hacia el centro de espiritualidad. Como parecían capaces de neutralizar el efecto de la gravedad, se decía que las aves

eran partícipes de una naturaleza superior a la de otras criaturas terrestres y sus plumas, al tener el poder de sostenerlas, llegaron a ser aceptadas como símbolos de divinidad, valor y consecución. Un ejemplo notable es el valor que atribuyen los indios americanos a las plumas de águila, que para ellos son una señal de mérito. Se han otorgado alas a los ángeles, porque, al igual que las aves, se consideraban intermediarios entre los dioses y los hombres y se creía que vivían en el aire o en un reino intermedio entre el cielo y la tierra. Como en los Misterios góticos la bóveda celeste se comparaba con un cráneo, las aves que atravesaban el cielo se consideraban pensamientos de la Divinidad. Por este motivo, los dos cuervos mensajeros de Odín se llamaban Hugin y Munin: pensamiento y recuerdo.



DE *PRODIGIORUM AC OSTENTORUM CHRONICON* DE LYCOSTHENES

EL FÉNIX EN SU NIDO DE LLAMAS
El fénix es la más célebre de todas las criaturas simbólicas creadas por los Misterios antiguos con el fin de ocultar las grandes verdades de la filosofía esotérica. Aunque los naturalistas modernos declaran que su existencia es puramente mítica, Plinio describe la captura de una de estas aves, que se exhibió en el Foro romano durante el reinado del emperador Claudio.

Para los griegos y los romanos, el águila era el ave de Júpiter y, en consecuencia, representaba las fuerzas ágiles del Demiurgo; por eso, la consideraban la reina mundana de las aves, en contraposición al fénix, símbolo del señor celestial. El águila representaba al sol en su fase material y también la ley inmutable del Demiurgo, a la cual se deben someter todas las criaturas mortales. El águila también era el símbolo hermético del azufre y representaba el fuego misterioso de Escorpio: el signo con el significado más profundo de todo el Zodíaco y la Puerta del Gran Misterio. Por ser uno de los tres símbolos de Escorpio, el águila, como la cabra de Mendes, era un símbolo del arte teúrgico y de los procesos secretos mediante los cuales el fuego infernal del escorpión se transmutaba en el fuego-luz espiritual de los dioses.

Algunas tribus de indios americanos apreciaban mucho al *thunderbird*, o pájaro de trueno, una criatura divina que, según decían, vivía por encima de las nubes; su aleteo produce el estruendo que acompaña las tormentas y el destello de sus ojos es el relámpago. Las aves servían para representar el aliento vital y entre los egipcios era habitual ver re-

volotear aves parecidas a halcones con cabeza humana que llevaban en las garras el símbolo de la inmortalidad, como emblemas del alma liberada de los cuerpos momificados de los difuntos. En Egipto, el halcón era el símbolo sagrado del sol y Ra, Osiris y Horus a menudo se representan con cabeza de halcón. El gallo era el símbolo de Cashmala (Casmilos) en los Misterios de Samotracia y también es un símbolo fálico consagrado al sol. Fue aceptado por los griegos como emblema de Ares (Marte) y representa la vigilancia y la defensa. Cuando se coloca en el centro de una veleta, simboliza el sol en medio de las cuatro esquinas de la creación. Los griegos sacrificaban un gallo a los dioses en el momento de ingresar en los Misterios eleusinos. Se supone que sir Francis Bacon murió por rellenar con nieve un ave de corral. ¿No significará esto su iniciación en los Misterios paganos que seguían existiendo en su época?

Tanto el pavo real como el ibis eran objeto de veneración, porque destruían a los reptiles venenosos, que habitualmente se consideraban emisarios de los dioses infernales. Por los miles de ojos que tiene en las plumas de la cola, se aceptaba al pavo real como símbolo de la sabiduría y, por su aspecto general, a menudo se lo confundía con el legendario fénix de los Misterios. Curiosamente, se cree que la carne del pavo real no se pudre, aunque pase mucho tiempo. Como consecuencia de esta creencia, el pavo real se convirtió en emblema de la inmortalidad, porque la naturaleza espiritual del hombre —como la carne de esta ave— es incorruptible.

Los egipcios rendían honores divinos al ibis y matar uno, aunque fuera por accidente, constituía un delito capital. Decían que el ibis solo podía vivir en Egipto y que, si lo transportaban a otro país, moría de tristeza. Los egipcios lo nombraron protector de las cosechas y era especialmente digno de veneración por haber expulsado a las serpientes aladas de Libia, que el viento llevó a Egipto. El ibis estaba consagrado a Thot y, cuando metía la cabeza y el cuello debajo del ala, su cuerpo se parecía mucho a un corazón humano. (Véase *Antiquity Explained by Montfaucon*.) El ibis blanco y negro estaba consagrado a la luna, pero se reverenciaban todas sus formas, porque destruía los huevos de los cocodrilos y este animal era un símbolo del aborrecido Tifón.

Las aves nocturnas eran símbolos adecuados tanto para la hechicería como para las ciencias divinas secretas: para la hechicería, porque la magia negra no actúa a la luz de la verdad (el día) y solo tiene poder cuando está rodeada de ignorancia (la noche), y para las ciencias divi-

nas, porque los que poseen los arcanos pueden ver a través de la oscuridad de la ignorancia y lo material. Por consiguiente, los búhos y los murciélagos se asociaban a menudo tanto con la brujería como con la sabiduría. El ganso era un emblema de la primera sustancia o condición primitiva, a partir de la cual y dentro de la cual se crearon los mundos. En los Misterios se comparaba el universo con un huevo que el Ganso Cósmico había puesto en el espacio. Por su negrura, el cuervo era el símbolo del caos o de la oscuridad caótica que precede a la luz de la creación. La gracia y la pureza del cisne eran emblemas de la gracia espiritual y la pureza del iniciado. Esta ave también representaba los Misterios que desarrollaban estas cualidades en la humanidad, lo cual explica las alegorías de los dioses (la sabiduría secreta) que se encarnaban en el cuerpo de un cisne (el iniciado).



¿ÁGUILA O FÉNIX?
La cabeza de la izquierda corresponde al ave que aparecía en el primer Gran Sello de Estados Unidos (1782) y la de la derecha es la del Gran Sello de 1902. Cuando se grabó el primer Gran Sello, el ave que aparecía en él era muy diferente del águila actual: el cuello era mucho más largo y el penacho de plumas que se ve en la parte superior trasera de la cabeza era bastante notorio; el pico apenas se parecía al del águila, y toda el ave era mucho más delgada y sus alas, más cortas. No hace falta mucha imaginación para reconocer en aquella supuesta águila el fénix mitológico de la Antigüedad. Además, hay motivos de sobra para usar un ave fénix para representar a un país nuevo que surgía de uno viejo, mientras que, como observó Benjamin Franklin con soma, ¡la moralidad del águila dejaba mucho que desear!

Como carroñeros, el buitre, el halcón y el cóndor representaban la forma de poder divino que, al deshacerse de los residuos y de otras sustancias peligrosas para la vida y la salud de la humanidad, limpian y purifican las esferas inferiores. Por consiguiente, estas aves se adoptaron como símbolos de los procesos de desintegración que acaban bien, aunque aparentemente estén destruyendo, a pesar de que en algunas religiones tienen, equivocadamente, fama de malignas. Se veneraban aves como los loros y los cuervos, porque, por su capacidad para imitar la voz humana, se consideraban vínculos entre el reino humano y el animal.

La paloma, aceptada por el cristianismo como representación del Espíritu Santo, es un emblema yónico pagano antiquísimo y muy reverenciado. En muchos de los Misterios antiguos representaba la tercera persona de la Tríada Creadora que había hecho el mundo. Como los mundos inferiores comenzaron a existir mediante un proceso generador, la paloma se ha asociado con divinidades identificadas con las funciones de la procreación. Está consagrada a Astarté, Cibeles, Isis, Venus, Juno, Militta y Afrodita. Por su delicadeza y su dedicación a sus crías, la

paloma se consideraba la personificación del instinto maternal; también es un emblema de sabiduría, porque representa el poder y el orden mediante los cuales se mantienen los mundos inferiores. Hace tiempo que ha sido aceptada como mensajera de la voluntad divina y representa la actividad de Dios.

Se ha dado el nombre de la paloma a oráculos y profetas. «El verdadero nombre de la paloma era Ionah, o Iönas; era un emblema muy sagrado, que, en una época, era aceptado en casi todo el mundo; fue adoptado por los hebreos, y todos los miembros de la Iglesia de Dios consideraban a la paloma mística un símbolo de la época de Noé. El profeta que fue enviado a Nínive como mensajero de Dios se llamaba Jonás, o la paloma; el predecesor de nuestro Señor, el Bautista, recibía el nombre griego de Ioannes, y lo mismo ocurría con el apóstol del amor, el autor del cuarto evangelio y del Apocalipsis, llamado Ioannes.» (*A New System, or an Analysis of Ancient Mythology* de Bryant.)

En la masonería, la paloma es el símbolo de la pureza y la inocencia. Resulta significativo que, en los Misterios paganos, la paloma de Venus fuese crucificada en los cuatro rayos de una gran rueda, como una prefiguración del misterio del dios del amor crucificado. Aunque Mahoma expulsó a las palomas del templo de La Meca, de vez en cuando se lo representa con una paloma posada en el hombro, como símbolo de inspiración divina. En la Antigüedad se ponían efigies de palomas en el extremo de los cetros para indicar que su portador estaba bajo la influencia de la prerrogativa divina. En el arte medieval, era frecuente representar a la paloma como emblema de bendición divina.

El fénix

En el siglo I de la era cristiana, Clemente, uno de los padres prenicenos, describe la naturaleza peculiar y los hábitos del fénix con las siguientes palabras: «Hay un ave llamada fénix, única en su tipo, que vive quinientos años y, cuando se acerca el momento de su disolución y debe morir, se construye un nido de incienso, mirra y otras especias en el cual, cuando se cumple el plazo, entra y muere, pero, a medida que la carne se descompone, produce un tipo determinado de gusano, al cual, como se nutre de los jugos del ave muerta, le crecen plumas y, cuando ha adquirido fuerza, hace suyo el nido en el que están los huesos de su padre y, llevándoselos, pasa de la tierra de Arabia a Egipto, a la ciudad llamada

Heliópolis y, en pleno día y volando a la vista de todos los hombres, los coloca en el altar del sol y, después de hacerlo, se apresura a regresar a su morada anterior. Entonces los sacerdotes examinan los registros de las fechas y se dan cuenta de que ha regresado exactamente al cumplirse quinientos años».

Aunque reconoce que no había visto al ave fénix (solo había uno vivo por vez), Heródoto amplía un poco la descripción ofrecida por Clemente: «Cuentan todo lo que hace esta ave, que a mí no me parece creíble; dicen que viene de Arabia y que trae al ave padre, completamente cubierto de mirra, al templo del sol, donde entierra su cuerpo. Para traerlo, dicen, forma primero una bola de mirra, lo más grande que es capaz de transportar: a continuación la ahueca y mete dentro a su padre, tras lo cual tapa la abertura con mirra fresca y entonces la bola tiene exactamente el mismo peso que al principio; entonces la lleva a Egipto, toda cubierta como ya he dicho, y la deposita en el templo del sol. Esta es la historia que cuentan sobre lo que hace esta ave».

Tanto Heródoto como Plinio han observado que, en general, el fénix y el águila tienen una forma parecida, un punto que el lector ha de tener en cuenta, porque es bastante seguro que el águila masónica moderna al principio fuese un fénix. Se dice que el cuerpo del fénix estaba cubierto de plumas moradas brillantes, mientras que las plumas largas de la cola eran alternativamente azules y rojas. La cabeza era de color claro y llevaba un collar de plumas doradas. En la parte posterior de la cabeza tenía un penacho de plumas muy peculiar, que resultaba bastante evidente, aunque la mayoría de los escritores y los simbolistas lo han pasado por alto.

El fénix se consideraba consagrado al sol y la duración de su vida (entre quinientos y mil años) se tomaba como referencia para medir el movimiento de los cuerpos celestes y también los ciclos temporales utilizados en los Misterios para indicar los períodos de existencia. Se desconoce su alimentación. Algunos autores dicen que subsistía de la atmósfera y otros,



DE *MANNERS AND CUSTOMS OF THE ANCIENT EGYPTIANS* DE WILKINSON

UN FÉNIX EGIPCIO
Los egipcios a veces representaban el fénix con cuerpo de hombre y alas de ave. Esta criatura biforme tenía un penacho de plumas sobre la cabeza y los brazos levantados, como si estuviera rezando. Como el fénix era el símbolo de la regeneración, el penacho de plumas de la parte posterior de la cabeza podría simbolizar la actividad de la glándula pineal, o el tercer ojo, cuya función oculta conocía tan bien, aparentemente, la antigua clase sacerdotal.

que comía en raras ocasiones, pero jamás en presencia del hombre. Los masones modernos deberían darse cuenta de su especial significación masónica, porque se dice que el ave usaba ramitas de acacia para construirse el nido.

El fénix —el mitológico *roc* persa— es también el nombre de una constelación austral y, por consiguiente, tiene importancia tanto astronómica como astrológica. Con toda probabilidad, era el cisne de los griegos, el águila de los romanos y el pavo real del Lejano Oriente. Para los místicos antiguos era un símbolo muy apropiado de la inmortalidad del alma humana, porque, así como el fénix renacía de su propia naturaleza muerta siete veces siete, la naturaleza espiritual del hombre resucita triunfalmente, una y otra vez, de su cadáver físico.

Para los herméticos medievales, el fénix era un símbolo de la consecución de la transmutación alquímica, un proceso equivalente a la regeneración humana. También se daba el nombre de «fénix» a una de las fórmulas alquímicas secretas. El conocido pelícano del grado rosacruz, que daba de comer a sus crías de su propio pecho, es, en realidad, un fénix: para confirmarlo, basta con observar la cabeza del ave: le falta la deslucida parte inferior del pico y la cabeza del fénix se parece mucho más a la del águila que a la del pelícano. En los Misterios, era habitual llamar a los iniciados «fénix» u «hombres renacidos», porque, así como



DE *THE HISTORY OF THE SEAL OF THE UNITED STATES* DE HUNT

EL ANVERSO Y EL REVERSO DEL GRAN SELLO DE LOS ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA
La importancia del número místico trece, que aparece a menudo en el Gran Sello de Estados Unidos, no se limita al número de las colonias originales. El emblema sagrado de los antiguos iniciados, formado aquí por trece estrellas, también aparece encima de la cabeza del «águila». El lema *E Pluribus Unum* contiene trece letras, así como también la inscripción *Annuit Coeptis*. El «águila» sujeta en su garra derecha una rama con trece hojas y trece bayas y en la izquierda un haz de trece flechas. La fachada de la pirámide, dejando aparte el panel que incluye la fecha, está compuesta por setenta y dos piedras, dispuestas en trece hileras.

el nacimiento físico proporciona al hombre la conciencia del mundo físico, el neófito, después de pasar nueve grados en el vientre de los Misterios, nacía a una conciencia del mundo espiritual. Este es el misterio de la iniciación al que se refería Cristo cuando dijo: «El que no nazca de lo alto no puede ver el Reino de Dios» (Juan 3, 3). El fénix es un símbolo adecuado de este nacimiento espiritual.

El misticismo europeo no estaba muerto cuando se fundaron los Estados Unidos de América. La mano de los Misterios tuvo que ver con el establecimiento del nuevo gobierno y su firma sigue siendo visible en su Gran Sello. Si se analiza el sello con atención, aparecen un montón de símbolos ocultos y masónicos, entre los cuales destaca la llamada águila americana, un ave que, según Benjamin Franklin, no merecía ser escogida como emblema de un pueblo grande, poderoso y progresista. Una vez más, solo un estudioso del simbolismo puede ver a través del subterfugio y darse cuenta de que el águila americana que aparece en el Gran Sello no es más que un fénix estilizado, como se puede distinguir claramente si se examina el sello original. En su esbozo de *The History of the Seal of the United States*, Gaillard Hunt presenta sin querer material en abundancia para confirmar la creencia de que en el sello original aparecía el ave fénix en el anverso y la Gran Pirámide de Gizeh en el reverso. En un boceto coloreado, presentado como diseño para el Gran Sello por William Barton en 1782, aparece un auténtico fénix sentado en un nido de llamas, lo que demuestra la tendencia a utilizar esta ave emblemática.

Si alguien duda de la presencia de influencias masónicas y ocultas en la época en la que se diseñó el Gran Sello, debería prestar atención a los comentarios del profesor de Harvard Charles Eliot Norton, que, acerca de la pirámide inacabada y el «ojo que todo lo ve» que adornaban el reverso del sello, escribió lo siguiente: «Parece casi imposible dar un tratamiento adecuado al emblema adoptado por el Congreso; aunque el diseñador le dé un tratamiento artístico, nunca dejará de ser un emblema feo de una fraternidad masónica». (*The History of the Seal of the United States.*)

El águila de Napoleón y la de César y el águila zodiacal de Escorpio en realidad son fénix, porque esta ave —y no el águila— es el símbolo de la victoria y el logro espiritual. La masonería estará en condiciones de resolver muchos de los secretos de su doctrina esotérica cuando se dé cuenta de que tanto sus águilas de una cabeza como las de dos son fénix y que para todos los iniciados y los filósofos el fénix es el símbolo

de la transmutación y la regeneración de la energía creativa, lo que comúnmente se denomina el cumplimiento de la Gran Obra. El fénix bicéfalo es el prototipo del hombre andrógino, porque, según las enseñanzas secretas, llegará un momento en el que el cuerpo humano tendrá dos médulas espinales, mediante las cuales se mantendrá en el cuerpo el equilibrio vibratorio.

Aparte de ser masones, muchos de los fundadores del gobierno de Estados Unidos recibieron ayuda de un órgano secreto y venerable que existía en Europa, que los ayudó a crear aquel país para un fin determinado, que solo conocían unos pocos iniciados. El Gran Sello es la firma de aquel órgano exaltado —invisible y en su mayor parte desconocido— y la pirámide inacabada que aparece en el reverso es un tablero de dibujo que establece de forma simbólica la tarea a la cual se ha dedicado el gobierno de Estados Unidos desde el primer día.

Los animales

El león es el rey de los animales y, como ocurre con la cabeza de todos los reinos, está consagrado al sol, cuyos rayos se representan mediante su melena enmarañada. Las alegorías que perpetuaban los Misterios (como la del león abriendo el libro secreto) significan que el poder solar abre las vainas que contienen las semillas y de este modo deja salir la vida espiritual que hay en su interior. También existía la curiosa creencia entre los antiguos de que el león dormía con los ojos abiertos, motivo por el cual se lo eligió como símbolo de vigilancia. La figura de un león situada a ambos lados de las puertas y las entradas es un emblema de custodia divina. El rey Salomón a menudo se representaba como un león. Durante siglos, los felinos han sido objeto de una veneración especial. En varios de los Misterios —sobre todo los egipcios—, los sacerdotes se ponían pieles de leones, tigres, panteras, pumas o leopardos. Hércules y Sansón —los dos son símbolos solares— mataron al león de la constelación de Leo y se vistieron con su piel para indicar que representaban al sol cuando se encontraba en lo más alto del arco celeste.

En Bubastis (Egipto), estaba el templo de la famosa diosa Bastet, la diosa gato de los Ptolomeos. Los egipcios rendían homenaje al gato, sobre todo cuando tenía el pelo de tres colores diferentes o los ojos de distinto color. Para los sacerdotes, el gato simbolizaba las fuerzas mag-

néticas de la naturaleza y se rodeaban de estos animales por el fuego astral que emanaba de sus cuerpos. Además, el gato era símbolo de eternidad, porque cuando duerme se acurruca en una bola, de modo que la cabeza y la cola se tocan. Entre los griegos y los romanos, el gato se consagraba a la diosa Diana. Los budistas de India otorgaron al gato un significado especial, pero por un motivo diferente: el gato fue el único animal que no estuvo presente cuando murió el gran Buda, porque se había detenido en el camino para perseguir a un ratón. Que el símbolo de las fuerzas astrales inferiores no estuviera presente en la liberación de Buda resulta significativo.

Con respecto al gato, Heródoto dice lo siguiente: «Cuando estalla un incendio, los gatos se agitan con una especie de movimiento divino, que sus propietarios observan, mientras descuidan el fuego. Sin embargo, los gatos, a pesar de sus cuidados, huyen de ellos e incluso saltan por encima de la cabeza de sus dueños para arrojarse al fuego. Los egipcios guardan entonces luto por su muerte. Si un gato muere por causas naturales en una casa, todos sus habitantes se afeitan las cejas; si muere un perro, se afeitan la cabeza y todo el cuerpo. Solían embalsamar a los gatos muertos y llevarlos a Bubastis para enterrarlos en una casa sagrada.» (*Antiquity Explained by Montfaucon.*)

El más importante de todos los animales simbólicos era el Apis, o el toro egipcio de Menfis, que se consideraba el vehículo sagrado para la transmigración del alma del dios Osiris. Se declaraba que el Apis era concebido por un rayo y la ceremonia durante la cual se lo elegía y consagraba era una de las más impresionantes del ritualismo egipcio. El Apis tenía que tener unas marcas determinadas. Heródoto sostiene que el toro había de ser negro, con un punto blanco cuadrado en la frente, la forma de un águila (probablemente un buitre) en el lomo, un escarabajo encima (debajo) de la lengua y el pelo de la cola dispuesto en dos sentidos. Otros autores sostienen que el toro sagrado estaba marcado con veintinueve símbolos sagrados, que el cuerpo tenía manchas y que del lado derecho tenía una marca blanca en forma de media luna. Después de su consagración, lo ponían en un establo contiguo al templo y en determinadas ocasiones solemnes lo llevaban en procesión por las calles de la ciudad. Entre los egipcios existía la creencia popular de que si el toro exhalaba su aliento sobre algún niño, este llegaría a ser ilustre. Cuando llegaba a cierta edad (veinticinco años), llevaban al Apis al río Nilo o a una fuente sagrada —los expertos no se ponen de acuerdo en este punto—, donde lo ahogaban entre las lamentaciones de la plebe.

El duelo y el llanto por su muerte continuaban hasta que se encontraba un nuevo Apis; entonces se declaraba que Osiris se había reencarnado y la tristeza dejaba paso al regocijo.

El culto al toro no se limitaba a Egipto, sino que se extendía a muchas naciones del mundo antiguo. En India, Nandi, el toro blanco sagrado de Shiva, sigue siendo objeto de gran veneración y tanto los persas como los judíos aceptaban al toro como un símbolo religioso importante. Los asirios, los fenicios, los caldeos y hasta los griegos reverenciaban a este animal y Júpiter se transformó en un toro blanco para raptar a Europa. El toro era un emblema fálico poderoso, que representa el poder creador paternal del demiurgo. A su muerte, con frecuencia era momificado y enterrado con pompa y ceremonia, como si fuese un dios, en un sarcófago especial. Las excavaciones realizadas en el Serapeum de Menfis han revelado las tumbas de más de sesenta de estos animales sagrados.

Como el signo que se alza sobre el horizonte en el equinoccio vernal constituye el cuerpo estrellado para la encarnación anual del sol, el toro no solo era el símbolo celeste del Hombre Solar, sino, puesto que el equinoccio vernal tenía lugar en la constelación de Tauro, decían que inauguraba o despuntaba el año. Por este motivo, en el simbolismo astronómico a menudo se ve al toro rompiendo el huevo anular con los cuernos. Además, el Apis también representa la encarnación de la mente divina en el cuerpo de un animal y, por consiguiente, que la forma animal física es el vehículo sagrado de la divinidad. La personalidad inferior del hombre es el Apis en el que se encarna Osiris. El resultado de la combinación es la creación de Sor-Apis (Serapis): el alma material que gobierna el cuerpo material irracional y está metida en él. Al cabo de un período determinado (que se calcula por el cuadrado de cinco, o veinticinco años), el cuerpo del Apis es destruido y su alma es liberada por el agua que ahoga la vida material, como se indicaba cuando las aguas bautismales de la luz y la verdad divinas arrastraban la naturaleza material. Ahogar al Apis es el símbolo de la muerte; la resurrección de Osiris en el nuevo toro es el símbolo de la renovación eterna. El toro blanco también se consagraba simbólicamente como emblema elegido de los iniciados y representaba el cuerpo material espiritualizado tanto del hombre como de la naturaleza.

Cuando el equinoccio vernal dejó de tener lugar en el signo de Tauro, la divinidad solar se encarnó en la constelación de Aries y el carnero se convirtió entonces en el vehículo del poder solar. De este modo, el

sol que sale en el signo del cordero celestial triunfa sobre la serpiente simbólica de la oscuridad. El cordero es un emblema conocido de pureza, por su mansedumbre y la blancura de su lana. En muchos de los Misterios paganos representaba al Salvador universal y en el cristianismo es el símbolo favorito de Cristo. En las pinturas de las iglesias primitivas aparece un cordero de pie en lo alto de una colina y de sus patas brotan cuatro fuentes de agua viva, que representan los cuatro Evangelios. La sangre del cordero es la vida solar que se vierte sobre el mundo a través del signo de Aries.

La cabra es tanto un símbolo fálico como un emblema de valor o aspiración, por la firmeza de sus patas y por su habilidad para escalar los picos más altos. Para el alquimista, la cabeza de la cabra era el símbolo del azufre. La costumbre de los antiguos judíos de elegir un chivo expiatorio sobre el cual acumulaban los pecados del mundo no es más que una representación alegórica del Hombre Solar, que es el chivo expiatorio del mundo y sobre el cual se proyectan los pecados de las doce casas (tribus) del universo celestial. La Verdad es el cordero divino, adorado en todo el mundo pagano y que muere por los pecados del mundo, y desde el principio de los tiempos los dioses salvadores de todas las religiones han sido personificaciones de esta Verdad. El vellocino de oro que buscaban Jasón y sus argonautas es el cordero celestial: el sol espiritual e intelectual. La doctrina secreta también se representa mediante el vellocino de oro, la lana de la vida divina, los rayos del sol de la Verdad. Según Suidas, en realidad el vellocino de oro era un libro, escrito sobre piel, que contenía las fórmulas para producir oro por medios químicos. Los Misterios eran instituciones elegidas para transmutar la ignorancia básica en iluminación preciosa. El dragón de la ignorancia era la criatura sobrecogedora que tenía que custodiar el vellocino de oro y representa la oscuridad del año viejo que lucha contra el sol en el momento de su paso equinoccial.

Los ciervos eran sagrados en los Misterios báquicos de los griegos y las bacantes a menudo se vestían con pieles de cervato. Los ciervos se asociaban con el culto a la diosa luna y las orgías báquicas se solían celebrar por la noche. Por su gracia y su velocidad, este animal fue aceptado como símbolo adecuado del desenfreno estético. Los ciervos eran objeto de veneración en muchos países. En Japón se siguen manteniendo rebaños de ciervos en relación con los templos.

El lobo se suele asociar con el principio del mal, por la discordancia lastimera de su aullido y por su salvajismo. En la mitología escandina-

va, el lobo Fenris era uno de los hijos de Loki, el dios infernal de los fuegos. Con el templo de Asgard en llamas a su alrededor, los dioses al mando de Odín libraron su última gran batalla contra las fuerzas caóticas del mal. Con las mandíbulas llenas de espuma, el lobo Fenris devoró a Odín, el padre de los dioses, con lo cual destruyó el universo odínico. En este caso, el lobo Fenris representa los poderes salvajes de la naturaleza que derrocaron a la creación primitiva.

El unicornio o monoceronte era una creación de lo más curiosa de los antiguos iniciados. Thomas Boreman lo presenta como «un animal que, a pesar de que muchos autores dudan de él, otros describen de la siguiente manera: tiene un solo cuerno, aunque sumamente generoso, que le crece en medio de la frente. Su cabeza parece la de un venado; tiene patas de elefante, cola de jabalí, y el resto del cuerpo se parece al del caballo. El cuerno mide aproximadamente cuarenta y cinco centímetros. Su voz se asemeja al mugido de un buey. Sus crines y su pelo son de color amarillento. El cuerno es duro como el hierro y áspero como una lima, retorcido o en forma de tirabuzón, como una espada flamígera; muy recto, afilado y negro por todas partes, salvo en la punta. Se le atribuían muchas virtudes, la expulsión del veneno y la cura de varias enfermedades. No es un animal de presa». (Véase *Bygone Beliefs* de Redgrove.)

Si bien el unicornio se menciona varias veces en las Escrituras, todavía no se ha encontrado ninguna prueba de su existencia. Se conservan unos cuantos cuernos para beber en diversos museos, supuestamente hechos con su punta. Sin embargo, es bastante probable que aquellos recipientes para beber en realidad se hicieran con los colmillos de algún mamífero grande o con el cuerno de un rinoceronte. J. P. Lundy cree que el cuerno del unicornio representa el cuerno de la salvación mencionado por san Lucas, que pincha el corazón de los hombres y los hace pensar en la salvación a través de Cristo. Los místicos cristianos medievales utilizaban el unicornio como emblema de Cristo y, por consiguiente, esta criatura debe representar la vida espiritual del hombre. Es posible que su único cuerno represente la glándula pineal o el tercer ojo, que es el centro de conocimiento espiritual situado en el cerebro. El unicornio fue adoptado por los Misterios como símbolo de la naturaleza espiritual iluminada del iniciado; el cuerno con el cual se defiende es la espada flamígera de la doctrina espiritual, que prevalece sobre todas las cosas.

En el *Book of Lambspring*, un tratado hermético poco común, hay un grabado en el que aparecen juntos un ciervo y un unicornio en un

bosque. Acompaña a la imagen el siguiente texto: «Los sabios dicen que en verdad hay dos animales en este bosque: uno espléndido, hermoso y rápido, un ciervo grande y fuerte, y el otro, un unicornio. [...] Si aplicamos la parábola a nuestro arte, diremos que el bosque es el cuerpo. [...] El unicornio será el espíritu de todos los tiempos. El ciervo no desea más nombre que el del alma; [...]. Quien sepa domesticarlos y dominarlos con arte, emparejarlos y hacerlos entrar en el bosque y salir de él merece ser llamado Maestro».

El diablo egipcio, Tifón, se simbolizaba a menudo mediante el monstruo Set, cuya identidad es poco clara. Tiene una nariz rara, como un hocico, y orejas puntiagudas; podría haber sido una hiena cualquiera. El monstruo Set vivía en las tormentas de arena y deambulaba por el mundo divulgando el mal. Los egipcios relacionaban el aullido de los vientos del desierto con el gemido lastimero de la hiena. Por eso, cuando en lo más profundo de la noche la hiena lanzaba un gemido plañidero, sonaba como el último grito desesperado de un alma perdida en las garras de Tifón. Una de las obligaciones de aquella criatura malvada era proteger a los muertos egipcios de los profanadores de tumbas.

Otro de los símbolos de Tifón era el hipopótamo, consagrado al dios Marte, porque Marte estaba entronizado en el signo de Escorpio, la casa de Tifón. El asno también estaba consagrado a aquel demonio egipcio. Que Jesús entrara en Jerusalén a lomos de un asno tiene tanta importancia como el hecho de que Hermes se pusiera de pie sobre la forma del Tifón abatido. A los cristianos primitivos los acusaban de adorar la cabeza de un asno. Un símbolo animal de lo más curioso es el cerdo o la cerda, consagrado a Diana, que a menudo se empleaba en los Misterios como símbolo de las artes ocultas. El jabalí que mató a Atis clavándole los colmillos muestra el uso que se hace de este animal en los Misterios.

Según los Misterios, el mono representa la condición del hombre antes de que el alma racional entrara en su constitución. Por consiguiente, representa al hombre irracional. Para algunos, el mono es una especie a la cual las jerarquías espirituales no han dotado de alma; para otros, es un estado caído en el cual se ha privado al hombre de su naturaleza divina por degeneración. Los antiguos, a pesar de ser evolucionistas, no hacían pasar por el mono los antecedentes del hombre; para ellos, el mono se había separado del tallo principal del progreso. De vez en cuando se lo utilizaba como símbolo del aprendizaje. Cinocéfalo, el simio con cabeza de perro, era el símbolo jeroglífico egipcio de la escri-

tura y estaba muy relacionado con Thot. Cinocéfalo simboliza la luna y Thot, el planeta Mercurio. Debido a la antigua creencia de que la luna seguía a Mercurio por el cielo, se describe al simio-perro como fiel compañero de Thot.

Por su fidelidad, el perro denota la relación que debería existir entre discípulo y maestro o entre el iniciado y su Dios. El pastor alemán era un estereotipo del clero. La capacidad del perro para percibir y seguir a las personas sin verlas a lo largo de kilómetros simbolizaba el poder trascendental mediante el cual el filósofo sigue el hilo de la verdad a través del laberinto del error terrenal. El perro también es el símbolo de Mercurio. La estrella canina, Sirio o Sothis, era sagrada para los egipcios, porque presagiaba las crecidas anuales del Nilo.

Como bestia de carga, el caballo era el símbolo del cuerpo del hombre, obligado a sostener el peso de su constitución espiritual. Por otro lado, también representaba la naturaleza espiritual del hombre, obligada a mantener la carga de la personalidad material. Quirón, el centauro y mentor de Aquiles, representa la creación primitiva, que fue la progenitora y la instructora de la humanidad, como lo describe Berossus. Tanto el caballo alado como la alfombra mágica simbolizan la doctrina secreta y el cuerpo espiritualizado del hombre. El caballo de madera de Troya, que escondió un ejército para poder capturar la ciudad, representa el cuerpo del hombre que oculta en su interior aquellas potencialidades infinitas que más adelante salen y conquistan su entorno. Una vez más, como el arca de Noé, representa la naturaleza espiritual del hombre, que contiene gran cantidad de potencialidades latentes que se activan más adelante. El asedio de Troya es una versión simbólica del rapto del alma humana (Helena) por parte de la personalidad (Paris) y su redención final, a través de una lucha tenaz, mediante la doctrina secreta: el ejército griego a las órdenes de Agamenón.

XX

Flores, plantas, frutas y árboles

El *yoni* y el falo fueron adorados por casi todos los pueblos antiguos como símbolos adecuados del poder creativo de Dios. El jardín del Edén, el arca, la puerta del templo, el velo de los Misterios, la *vesica piscis* o nimbo ovalado y el Santo Grial son símbolos yónicos importantes, mientras que la pirámide, el obelisco, el cono, la vela, la torre, el monolito celta, el chapitel, el campanario, el mayo y la lanza sagrada son símbolos fálicos. Al tratar el tema del culto a Príapo, demasiados autores modernos juzgan los modelos paganos según los suyos y se regodean en el lodo de su propia vulgaridad. Los Misterios eleusinos —la mayor de todas las sociedades secretas antiguas— establecieron uno de los modelos más elevados que se conocen de moralidad y ética y los que critican su uso de símbolos fálicos deberían reflexionar sobre las palabras mordaces del rey Eduardo III: «Honni soit qui mal y pense».

Los rituales obscenos que llegaron a practicarse posteriormente en las bacanales y las dionisias no eran representativos de los niveles de pureza que mantuvieron originariamente los Misterios, como las orgías que celebraban de vez en cuando los partidarios del cristianismo hasta el siglo XVIII no eran representativas del cristianismo primitivo. Sir William Hamilton, ministro británico en la corte de Nápoles, declara que, en 1780, Isernia, una comunidad de cristianos en Italia, adoraba con ceremonias fálicas al dios pagano Príapo con el nombre de san Cosme. (Véase *El culto a Príapo,* de Richard Payne Knight.)

El padre, la madre y el niño constituyen la trinidad natural. Los Misterios glorificaban al hombre como institución suprema, compuesta

por esta trinidad que funciona como una unidad. Pitágoras comparaba el universo con la familia y declaraba que, así como el fuego supremo del universo estaba en medio de los cuerpos celestes, el fuego supremo del mundo estaba, por analogía, sobre las piedras del hogar. Para los pitagóricos y otras escuelas filosóficas, la naturaleza divina única de Dios se manifestaba en el triple aspecto de Padre, Madre e Hijo y los tres constituían la Familia Divina, cuya morada es la creación y cuyo símbolo natural y peculiar es el cuadragésimo séptimo problema de Euclides. Dios Padre es espíritu: Dios Madre es materia y Dios Hijo —el producto de ambos— representa la suma de las cosas vivas que nacen de la naturaleza y la constituyen. La semilla del espíritu se siembra en el vientre de la materia y, mediante una concepción inmaculada (pura) produce la progenie. ¿Acaso no es este el auténtico misterio de la Virgen que tiene en sus brazos al Niño Dios? ¿Quién se atreve a afirmar que tal simbolismo es inadecuado? El misterio de la vida es el misterio supremo que se revela en toda su dignidad divina y es glorificado como el logro perfecto de la naturaleza por los sabios iniciados y por los profetas de todos los tiempos.



EL ÁRBOL DE LOS CABALLEROS DE LA MESA REDONDA
Este ejemplo notable del uso del árbol en el simbolismo procede del castillo de Pierrefonds, situado en el pueblecito de Pierrefonds, en el norte de Francia. Las ocho ramas laterales acaban en flores convencionales, con forma de cáliz, de cada una de las cuales surge el cuerpo de un caballero que lleva en la mano una cinta con su nombre. Remata el tallo central una flor más grande, de la cual surge el cuerpo del mismísimo rey Arturo. El árbol es uno de los motivos preferidos en heráldica. El hecho de que hubiera un solo tronco con una multitud de ramas hizo que el árbol se utilizara a menudo para diagramar linajes familiares, de donde ha surgido la costumbre de denominar a estos gráficos «árboles genealógicos».

Sin embargo, la mojigatería actual considera que este mismo misterio no es apto para personas con una mentalidad sagrada. Contrariamente a los dictados de la razón, se impone un modelo según el cual es preferible la inocencia nacida de la ignorancia antes que la virtud nacida del conocimiento. Sin embargo, con el tiempo, el hombre aprenderá que no tiene que avergonzarse nunca de la verdad. Mientras no lo aprenda, es falso a su Dios, a su mundo y a sí mismo. En este sentido, el cristianismo ha fracasado en su misión, lamentablemente. Aunque afirma que el cuerpo humano es el templo vivo del Dios vivo, a continuación afirma que las sustancias y las funciones de este templo son impuras y que su estudio corrompe los delicados sentimientos de los justos. Con esta actitud malsana, se degrada y se difama el cuerpo del hombre, la casa de Dios. Sin embargo, la propia cruz es el más antiguo de los emblemas fálicos y las ventanas rómbicas de las catedrales demuestran que los símbolos yónicos han sobrevivido a la destrucción de los Misterios paganos. La estructura misma de la propia Iglesia está impregnada de elementos fálicos. Si retiramos de la Iglesia cristiana todos los emblemas que tienen origen en Príapo, no queda nada, porque hasta la tierra en la que se levanta era, por su fertilidad, el primer símbolo yónico. Como la presencia de estos emblemas de los procesos generadores resulta desconocida o bien la mayoría hace caso omiso de ellos, por lo general no se aprecia lo irónico de la situación. Solo los versados en el lenguaje secreto de la Antigüedad son capaces de comprender la importancia divina de estos emblemas.

Las flores se elegían como símbolo por muchos motivos. Gracias a la enorme variedad floral, siempre se podía encontrar alguna planta o alguna flor que fuese adecuada para ilustrar casi cualquier cualidad o condición. A veces se escogía una planta por algún mito relacionado con su origen, como las historias de Dafne y Narciso; por el ambiente peculiar en el que vive, como la orquídea y el hongo; por su forma expresiva, como la pasionaria y la azucena blanca; por su brillo o su fragancia, como la verbena y el espliego; porque mantenía su forma indefinidamente, como la flor imperecedera, o por sus características insólitas, como el girasol y el heliotropo, sagrados desde hace mucho tiempo por su afinidad con el sol.

Una planta también se puede considerar digna de veneración porque de sus hojas, pétalos, tallos o raíces machacadas se pueden extraer ungüentos curativos, esencias o drogas que afectan la naturaleza y la inteligencia de los seres humanos, como la adormidera y las hierbas anti-

guas de la profecía. La planta también se puede considerar eficaz para curar muchas enfermedades, porque su fruto, sus hojas, sus pétalos o sus raíces guardan una similitud de forma o de color con partes u órganos del cuerpo humano. Por ejemplo, decían que los jugos destilados de determinadas especies de helechos, así como también el musgo velloso que crece en los robles y el vilano de cardo, hacen crecer el cabello; que las plantas del género *Dentaria*, también llamado *Cardamine*, que tienen una forma parecida a un diente, curaban el dolor de muelas, y que la planta llamada *Palma christi*, por su forma, curaba todas las dolencias de las manos.

En realidad, la flor es el aparato reproductor de la planta y, por consiguiente, muy adecuada como símbolo de pureza sexual, un requisito incondicional de los Misterios antiguos. Por consiguiente, la flor representa el ideal de belleza y regeneración que, en definitiva, acabará por sustituir a la lujuria y la degeneración.

De todas las flores simbólicas, la flor de loto de India y Egipto y la rosa de los rosacruces son las más importantes. En cuanto a su simbolismo, estas dos flores se consideran idénticas. Las doctrinas esotéricas que representa el loto se han perpetuado en la Europa moderna con la forma de la rosa. La rosa y el loto son emblemas yónicos que simbolizan, fundamentalmente, el misterio creativo maternal, mientras que la azucena blanca se considera fálica.

Los iniciados brahmanes y egipcios, que sin duda comprendían los sistemas secretos de la cultura espiritual mediante los cuales se pueden estimular los centros latentes de energía cósmica que hay en el hombre, utilizaban las flores de loto para representar los vórtices de energía espiritual situados en distintos puntos a lo largo de la columna vertebral, que los hindúes llamaban *chakras*, ruedas o discos. Siete de estos *chakras* son de fundamental importancia y cada uno tiene su correspondencia en los ganglios y los plexos nerviosos. Según las escuelas secretas, el ganglio del sacro es el loto de cuatro pétalos; el plexo prostático es el loto de seis pétalos; el plexo epigástrico y el ombligo es el loto de diez pétalos; el plexo cardíaco es el loto de doce pétalos; el plexo faríngeo es el loto de dieciséis pétalos; el plexo cavernoso es el loto de dos pétalos, y la glándula pineal, o el centro desconocido adyacente, es el loto de mil pétalos. El color, el tamaño y la cantidad de pétalos de cada loto son la clave para conocer su importancia simbólica. Una pista sobre el desarrollo del conocimiento espiritual según la ciencia secreta de los Misterios se encuentra en la historia de la vara de Aarón, que

brotó, y también en la gran ópera de Wagner, *Tanhäuser*, en la cual el florecimiento del báculo del Papa representa las flores que se abren en la vara sagrada de los Misterios: la columna vertebral.

Los rosacruces utilizaban una guirnalda de rosas para representar los mismos vórtices espirituales, a los que se hace referencia en la Biblia como las siete lámparas del candelabro y las siete iglesias de Asia. En la edición de 1642 de *The History of the Reign of King Henry the Seventh* de sir Francis Bacon hay un frontispicio que muestra a lord Bacon con unos zapatos cuyas hebillas son rosas rosacruces.

En el sistema filosófico hindú, cada pétalo de la forma lleva un símbolo determinado, que aporta más información sobre el significado de la flor. Los orientales también usaban la planta del loto para representar la evolución del hombre a través de los tres períodos de la conciencia humana: la ignorancia, el esfuerzo y el entendimiento. Así como el loto existe en tres elementos (tierra, agua y aire), el hombre vive en tres mundos: el material, el intelectual y el espiritual. Como la planta, con sus raíces en el barro y el limo, crece hacia arriba a través del agua y finalmente florece en la luz y el aire, el crecimiento espiritual del hombre se eleva desde la oscuridad de la acción vil y el deseo hacia la luz de la verdad y el entendimiento, mientras que el agua actúa como símbolo del mundo de la ilusión, siempre cambiante, que el alma tiene que atravesar en su esfuerzo por alcanzar el estado de iluminación espiritual. La rosa y su equivalente oriental, el loto, como todas las flores hermosas, representan el desarrollo y la consecución espirituales; por eso, las divinidades orientales a menudo aparecen sentadas sobre los pétalos abiertos de las flores de loto.

El loto también era un motivo universal en el arte y la arquitectura egipcios. Los techos de muchos templos se sostenían mediante columnas de lotos, que representan la sabiduría eterna, y el cetro con un loto en el extremo —símbolo del desarrollo personal y de la prerrogativa divina— se llevaba a menudo en las procesiones religiosas. Cuando la flor tenía nueve pétalos, era el símbolo del hombre; cuando tenía doce, del universo y los dioses; cuando tenía siete, de los planetas y la ley; cuando tenía cinco, de los sentidos y los Misterios, y cuando tenía tres, de las divinidades y los mundos principales. La rosa heráldica de la Edad Media por lo general tenía cinco o diez pétalos, con lo cual muestra su relación con el misterio espiritual del hombre a través de la péntada y la década pitagóricas.

Cultus Arborum

El culto a los árboles como representantes de la divinidad era frecuente en todo el mundo antiguo. A menudo se construían templos en el centro de las arboledas sagradas y se celebraban ceremonias nocturnas bajo las ramas extendidas de grandes árboles con adornos fantásticos y engalanados en honor de su divinidad patrona. En muchos casos se creía que los propios árboles poseían los atributos de poder divino e inteligencia y, por consiguiente, a menudo se dirigían a ellos las súplicas. Por su belleza, dignidad, solidez y fuerza, los robles, los olmos y los cedros se adoptaron como símbolos de poder, integridad, permanencia, virilidad y protección divina.

Para varios pueblos antiguos, entre los que destacan los hindúes y los escandinavos, el Macrocosmos, o Gran Universo, era un árbol divino que crecía a partir de una sola semilla sembrada en el espacio. Los griegos, los persas, los caldeos y los japoneses tienen leyendas que describen el árbol o el junco axial en torno al cual gira la tierra. Kapila afirma que el universo es el árbol eterno, Brahma, que nace de una semilla imperceptible e intangible: la mónada material. Los cabalistas medievales representaban la creación como un árbol con las raíces en la realidad del espíritu y las ramas en la ilusión de la existencia tangible. Por eso, el árbol sefirótico de la Cábala estaba invertido, con las raíces en el cielo y las ramas en la tierra. La señora Blavatsky destaca que la Gran Pirámide se consideraba un símbolo de aquel árbol invertido, con las raíces en el vértice de la pirámide y las ramas abriéndose en cuatro direcciones hacia la base.

El árbol del universo de los escandinavos, Yggdrasil, sostiene en sus ramas nueve esferas, o mundos, que los egipcios representaban mediante los nueve estambres del aguacate. Todas caben dentro de la misteriosa décima esfera, o huevo cósmico, que es la clave indefinida de los Misterios. El árbol cabalístico de los judíos también estaba compuesto por nueve ramas, o mundos, que emanaban de la primera causa o corona, que rodea sus emanaciones como la cáscara rodea el huevo. La única fuente de vida y la diversidad infinita de su expresión tienen una analogía perfecta en la estructura del árbol. El tronco representa el origen único de toda la diversidad; las raíces, bien enterradas en la tierra oscura, simbolizan el nutrimiento divino, y la multiplicidad de las ramas, que se extienden a partir del tronco central, representa la infinidad de efectos universales que dependen de una sola causa.

El árbol también se acepta como símbolo del microcosmos, es decir, del hombre. Según la doctrina esotérica, el hombre existe primero como posibilidad dentro del cuerpo del árbol del universo y después florece como manifestación objetiva en sus ramas. Según un mito primitivo de los Misterios griegos, el dios Zeus creó la tercera raza de hombres a partir de los fresnos. La serpiente, que tan a menudo aparece enroscada alrededor del tronco del árbol, suele representar la mente —la capacidad de pensar— y es el eterno tentador o impulso que acaba conduciendo a todas las criaturas racionales al descubrimiento de la realidad y así acaba con el dominio de los dioses. La serpiente oculta en el follaje del árbol universal representa la mente cósmica y, en el árbol humano, el intelecto individualizado.

Como consecuencia del concepto de que toda la vida nace de semillas, los cereales y varias plantas fueron aceptados como emblemas del espermatozoide humano y, por consiguiente, el árbol era simbólico de la vida organizada que evolucionaba a partir de su germen primitivo. El desarrollo del universo a partir de su semilla primitiva se puede comparar con el crecimiento del poderoso roble a partir de una bellota diminuta. Aunque aparentemente el árbol es mucho más grande que su propio origen, este contiene en potencia cada una de las ramas, ramitas y hojas que más adelante se desarrollarán de forma objetiva mediante los procesos de crecimiento.

La veneración del hombre por los árboles como símbolos de las cualidades abstractas de la sabiduría y la integridad también lo llevó a llamar «árboles» a las personas que poseían aquellas cualidades divinas hasta un grado aparentemente sobrehumano. Por consiguiente, llamaron «árboles» u «hombres árboles» a los filósofos y los sacerdotes muy preclaros, como los druidas —cuyo nombre significa, según una versión, «los hombres de los robles»— o los iniciados de determinados Misterios sirios, a los que llamaban «cedros»; en realidad, es mucho más verosímil y probable que los famosos cedros del Líbano que se talaron para construir el templo del rey Salomón en realidad fueran sabios iniciados e iluminados. Los místicos saben que los verdaderos soportes de la gloriosa casa de Dios no eran los troncos, que se podían pudrir, sino los intelectos inmortales e imperecederos de los hierofantes árboles.

Los árboles se mencionan muchas veces tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento y en las escrituras de diversas naciones paganas. El árbol de la Vida y el árbol del Conocimiento del Bien y del Mal que se mencionan en el Génesis, la zarza ardiente en la cual el ángel se

apareció a Moisés, la famosa vid y la higuera del Nuevo Testamento, el huerto de los olivos en el jardín de Getsemaní al que Jesús fue a orar y el árbol milagroso del Apocalipsis, que producía doce frutos diferentes y cuyas hojas servían para curar a las naciones, dan testimonio de la estima que sentían por los árboles los escribas de las Sagradas Escrituras. Buda recibió su iluminación mientras estaba debajo del árbol *bodhi*, cerca de Madrás, en India, y varios dioses orientales se representan sentados meditando bajo las ramas abiertas de árboles poderosos. Muchos de los grandes sabios y salvadores llevaban bastones, varas y cayados hechos con la madera de árboles sagrados, como las varas de Moisés y de Aarón; Gungnir, la lanza de Odín, cortada del árbol de la Vida, y el caduceo sagrado de Hermes, en torno al cual se enroscaban las serpientes enfrentadas.

Los numerosos usos que dieron los antiguos al árbol y sus productos son factores que contribuyen a su simbolismo. Su culto estaba basado, hasta cierto punto, en su utilidad. J. P. Lundy escribe al respecto: «Los árboles ocupan un lugar tan importante en la economía de la naturaleza, porque atraen y conservan la humedad y protegen del sol las fuentes de agua y el suelo para evitar la esterilidad y la desolación; son tan útiles para el hombre, para darle sombra, frutos, medicinas, combustible, material para construir casas y barcos, muebles y casi todos los aspectos de la vida, que no es de extrañar que a algunos de los más notables, como el roble, el pino, la palmera y el plátano, los consideren sagrados y los usen para el culto». (Véase *Monumental Christianity*.)

Los primeros Padres de la Iglesia a veces usaban el árbol como símbolo de Cristo. Creían que el cristianismo acabaría por crecer como un roble poderoso, que dejaría en la sombra a todas las demás fes de la humanidad. Como todos los años pierde su follaje, también se consideraba al árbol un emblema adecuado de la resurrección y la reencarnación, porque, aunque pareciera que moría en otoño, volvía a florecer con renovado verdor en la primavera siguiente.

Tras la denominación del árbol de la Vida y el árbol del Conocimiento del Bien y del Mal se esconde el gran arcano de la Antigüedad: el misterio del equilibrio. El árbol de la Vida representa el punto de equilibrio espiritual: el secreto de la inmortalidad. El árbol del Conocimiento del Bien y del Mal, como su nombre indica, representa la polaridad o el desequilibrio: el secreto de la mortalidad. Así lo revelan los cabalistas al asignar la columna central de su diagrama sefirótico al árbol de la Vida y las dos ramas laterales, al árbol del Conocimiento del

Bien y del Mal. «Las fuerzas desequilibradas perecen en el vacío», anuncia la obra secreta, y todo se da a conocer. La manzana representa el conocimiento de los procesos de la procreación, con cuyo despertar se estableció el universo material. La alegoría de Adán y Eva en el jardín del Edén es un mito cósmico y revela los métodos de la creación universal y la individual. La historia en sí, aceptada durante tantísimos siglos por un mundo irreflexivo, es absurda, pero el misterio creativo del cual es símbolo es una de las verdades más profundas de la naturaleza. Los ofitas (adoradores de serpientes) veneraban a la serpiente del Edén, porque era la causa de la existencia individual. Aunque la humanidad deambula todavía en un mundo de bondad y maldad, acabará por llegar al final y comerá el fruto del árbol de la Vida, que crece en medio del jardín ilusorio de las cosas mundanas. Por consiguiente, el árbol de la Vida también es el símbolo asignado a los Misterios y, al ser partícipe de sus frutos, el hombre alcanza la inmortalidad.

El roble, el pino, el fresno, el ciprés y la palmera son los cinco árboles de mayor importancia simbólica. El Dios Padre de los Misterios a menudo era adorado con la forma de un roble; el Dios Salvador —con frecuencia el mártir del universo—, con la forma de un pino; el eje del mundo y la naturaleza divina en la humanidad, con la forma de un fresno; la diosa o el principio maternal, con la forma de un ciprés, y el polo positivo de la generación, con la forma de la inflorescencia de la palmera datilera masculina. La piña es un símbolo fálico desde la Antigüedad más remota. El tirso de Baco —una vara o bastón largo, con una piña o un racimo de uvas en el extremo y con hojas de hiedra o de parra o a veces cintas enrolladas alrededor— significa que las maravillas de la Naturaleza solo se pueden alcanzar con ayuda de la virilidad solar, que está representada por la piña o por las uvas. En los Misterios frigios, Atis, el salvador solar omnipresente, muere bajo las ramas del pino (en alusión al globo solar en el solsticio de invierno) y por este motivo el pino era sagrado para su culto. Este árbol también era sagrado en los Misterios de Dioniso y de Apolo.

Entre los egipcios y los judíos antiguos, la acacia, o tamarindo, era objeto de la máxima estima religiosa y, para los masones modernos, las ramas de acacia, ciprés, cedro o de las plantas de hoja perenne siguen siendo emblemas muy significativos. La *Acacia seyal*, que los hijos de Israel utilizaron para construir el Tabernáculo y el Arca de la Alianza, era una especie de acacia. Albert Pike ha descrito este árbol sagrado con las siguientes palabras: «La acacia auténtica, además, es el tamarin-

do espinoso, el mismo árbol que creció alrededor del cuerpo de Osiris. Era un árbol sagrado para los árabes, que hicieron con él la imagen de la diosa Al-Uzza, que Mahoma destruyó. Abunda en forma de arbusto en el desierto de Thur y con ella se fabricó la corona de espinas que pusieron en la frente de Jesús de Nazaret. Es adecuada como símbolo de inmortalidad, por la tenacidad con la que vive, porque se conocen casos en los que, habiendo sido usada como jamba de una puerta, volvió a echar raíces y nuevas ramas en el umbral». (Véase *Moral y dogma del rito escocés antiguo y aceptado*.)

Es muy posible que buena parte de la veneración que recibe la acacia se deba a los atributos peculiares de la mimosa o sensitiva, con la cual la identificaban a menudo los antiguos. Según una leyenda copta, la sensitiva fue la primera entre todos los árboles y arbustos que adoró a Cristo. Por su rápido crecimiento y su belleza, la acacia también se considera emblemática de la fecundidad y la generación.

El simbolismo de la acacia se puede interpretar de cuatro maneras distintas: 1) como emblema del equinoccio vernal: la resurrección anual de la divinidad solar; 2) con la forma de la sensitiva, que se encoge ante el contacto humano, la acacia representa la pureza y la inocencia, como implica uno de los significados de su nombre en griego; 3) es una representación adecuada de la inmortalidad y la regeneración y, en forma de planta perenne, representa la parte inmortal del hombre que sobrevive a la destrucción de su naturaleza visible; 4) es el emblema antiguo y venerado de los Misterios y los candidatos que entraban en los tortuosos pasadizos secretos en los que se celebraban las ceremonias llevaban en las manos ramos de estas plantas sagradas o ramitos de flores santificadas.

Albert G. Mackey llama la atención al hecho de que cada uno de los Misterios antiguos tuviera su propia planta consagrada a los dioses en cuyo honor se celebraban los rituales. Aquellas plantas sagradas se adoptaron posteriormente como símbolos de los diversos grados en los que se empleaban. Por ejemplo, en los Misterios de Adonis era sagrada la lechuga; en los ritos brahmanes y egipcios, el loto; entre los druidas, el muérdago, y en algunos de los Misterios griegos, el mirto. (Véase la *Encyclopaedia of Freemasonry*.)

Como la leyenda de Juram Abí se basa en el antiguo ritual mistérico egipcio del asesinato y la resurrección de Osiris, es natural que se preserve el ramito de acacia como símbolo de la resurrección de Juram. El arcón que contenía el cuerpo de Osiris fue arrastrado por la corriente

hasta la orilla, cerca de Biblos, y se instaló en las raíces de un tamarindo, o acacia, que creció hasta convertirse en un árbol poderoso, en cuyo tronco quedó alojado el cuerpo del dios asesinado. No cabe duda de que este es el origen de la historia según la cual un ramito de acacia marca la tumba de Juram. El misterio de la planta perenne que indica la tumba del dios del sol muerto se perpetúa también en el árbol de Navidad.

El albaricoque y el membrillo son símbolos yónicos conocidos, mientras que el racimo de uvas y el higo son fálicos. La granada es la fruta mística de los ritos eleusinos; al comerla, Proserpina quedó ligada a los reinos de Plutón. En este caso, la fruta representa la vida sensual que, una vez probada, priva al hombre, transitoriamente, de la inmortalidad. Además, por la gran cantidad de semillas que tiene, la granada se utilizaba a menudo para representar la fecundidad natural. Por el mismo motivo, Jacob Bryant, en *A New System, or an Analysis of Ancient Mythology*, señala que los antiguos reconocían en esta fruta un emblema adecuado del arca del diluvio universal, que contenía las semillas de la nueva raza humana. En los Misterios antiguos, también se consideraba a la granada un símbolo divino de una importancia tan peculiar que su verdadera explicación no se podía divulgar. Los cabiros la llamaban «el secreto prohibido». Muchos dioses griegos se representan con una granada o una flor del granado en la mano, evidentemente para indicar que proporcionan vida y abundancia. Las columnas Jachin y Boaz, situadas delante del templo del rey Salomón, tenían capiteles en forma de granada y, por orden de Jehová, se bordaban flores de granado en la parte inferior del efod del Sumo Sacerdote.

El vino fuerte hecho con el zumo de la uva se consideraba símbolo de la vida falsa y la luz falsa del universo, porque se producía mediante un proceso falso: la fermentación artificial. La bebida fuerte nubla el raciocinio y la naturaleza animal, liberada de su cautiverio, controla al individuo, unos hechos que, necesariamente, tenían la máxima importancia espiritual. Como la naturaleza inferior es el tentador eterno que intenta conducir al hombre hacia excesos que inhiben las facultades espirituales, la uva y su producto se usaban para representar al Adversario.

Según los egipcios, el zumo de la uva era la sustancia que más se parecía a la sangre; incluso creían que la uva obtenía la vida de la sangre de los difuntos puestos bajo tierra. Según Plutarco, «en Heliópolis, los sacerdotes del sol no entraban jamás con vino en sus templos, [...] y si

en algún momento lo usaban en sus libaciones a los dioses, no era porque lo considerasen aceptable para ellos por su naturaleza, sino que lo derramaban sobre sus altares como si fuera la sangre de los enemigos que habían luchado contra ellos, porque para ellos el vino brotaba de la tierra después de que esta hubiese engordado con los huesos de los caídos en las guerras contra los dioses. Y este es —según ellos— el motivo por el cual beber su zumo en grandes cantidades enloquece a los hombres y los pone fuera de sí, llenándolos, por así decirlo, de la sangre de sus propios antepasados. (Véase *Isis and Osiris.*)

En algunos cultos, el estado de embriaguez se consideraba una condición similar al éxtasis, porque se creía que el individuo estaba poseído por el espíritu universal de la vida, cuyo vehículo elegido era el vino. En los Misterios, a menudo se usaba la uva para simbolizar la lujuria y la disipación, que tienen efectos desmoralizantes en la naturaleza emocional. Sin embargo, se reconocía que la fermentación era la prueba evidente de la presencia del fuego solar y por eso se aceptaba la uva como símbolo adecuado del espíritu solar, el dador del entusiasmo divino. De forma bastante similar, los cristianos aceptan el vino como símbolo de la sangre de Cristo y lo beben en la santísima comunión. Cristo, el emblema exotérico del espíritu solar, dijo: «Yo soy la vid». Por eso lo adoraban con el vino del éxtasis, como a sus prototipos paganos: Baco, Dioniso, Atis y Adonis.

A la *Mandragora officinarum*, o mandrágora, se le atribuyen unos poderes mágicos de lo más extraordinarios. Los griegos reconocían sus propiedades narcóticas y la utilizaban para aliviar el dolor durante las intervenciones quirúrgicas; también se la ha identificado con la *baaras*, la planta mística que los judíos utilizaban para expulsar a los demonios. En *Las guerras de los judíos*, Flavio Josefo describe el método para obtener la *baaras*, que, según él, emite relámpagos y destruye a todos los que pretenden tocarla, a menos que sigan determinadas reglas, formuladas, supuestamente, por el mismísimo rey Salomón.

Por sus propiedades ocultas, muy poco conocidas, la mandrágora se ha utilizado como un talismán que puede incrementar el valor o la cantidad de todo aquello con lo que se asocie. Como amuleto fálico, se consideraba una cura infalible para la esterilidad. Era uno de los símbolos de Príapo, de cuya adoración se acusaba a los Caballeros Templarios. La raíz de la planta se parece mucho al cuerpo humano y a menudo mostraba el contorno de la cabeza, los brazos o las piernas. Esta notable similitud entre el cuerpo humano y la mandrágora es uno de

los enigmas de la ciencia natural y el verdadero fundamento de la veneración que se tenía por esta planta. En *Isis sin velo*, la señora Blavatsky destaca que la mandrágora parece ocupar en la tierra el punto en el que se unen el reino vegetal y el animal, como ocurre en el mar con los zoófitos y los pólipos. Este concepto abre un amplio campo de especulación acerca de la naturaleza de esta planta de aspecto animal.

Según una superstición popular, la mandrágora se encogía cuando la tocaban y gritaba con voz humana, aferrándose con desesperación al suelo al que estaba fijada. Quienquiera que oyera su grito al arrancarla moría de inmediato o se volvía loco. Para evitar semejante tragedia, lo habitual era excavar alrededor de las raíces de la mandrágora hasta aflojar bien la planta y después atar un extremo de una cuerda en torno al tallo y el otro extremo a un perro, que, al obedecer a la llamada de su amo, arrancaba la raíz de la tierra y se convertía así en víctima de la maldición de la mandrágora. Una vez desarraigada, la planta se podía manipular sin inconvenientes.

Durante la Edad Media, los amuletos de mandrágora se cotizaban muy bien y se desarrolló un arte que acentuaba bastante la semejanza entre la raíz de mandrágora y el cuerpo humano. Como la mayoría de las supersticiones, la creencia en los poderes especiales de la mandrágora se basaba en una antigua doctrina secreta relacionada con la verdadera naturaleza de la planta. «Es ligeramente narcótica —afirma Éliphas Lévi— y los antiguos le atribuían virtudes afrodisíacas y decían que los hechiceros tesalios la buscaban como ingrediente para sus filtros. ¿Será esta raíz el vestigio umbilical de nuestro origen terrestre, como sugiere cierto misticismo mágico? No nos atrevemos a afirmarlo en serio, pero, de todos modos, es cierto que el hombre ha salido del limo de la tierra y que su primer aspecto debió de ser en forma de un esbozo tosco. Las analogías de la naturaleza nos fuerzan a admitir este concepto, al menos como posibilidad. En tal caso, los primeros hombres habrán sido una familia de mandrágoras gigantescas y sensibles, animadas por el sol, que se desarraigaron de la tierra.» (Véase *Transcendental Magic.*)

La cebolla hogareña era venerada por los egipcios como símbolo del universo, porque sus aros y sus capas representaban los planos concéntricos en los que se dividía la creación, según los Misterios herméticos. También se consideraba que poseía grandes virtudes medicinales. Debido a las propiedades peculiares que resultan de su sabor acre, el ajo era un agente poderoso en la magia trascendental. Hasta el día de hoy, no se ha encontrado ningún medio mejor para tratar la obsesión.

El vampirismo y ciertas formas de locura —sobre todo las derivadas de la comunicación con los espíritus y las influencias de larvas elementales— responden enseguida al uso del ajo. En la Edad Media se creía que su presencia en una casa la protegía de todos los poderes malignos.

Las plantas que tienen tres hojas, como el trébol, se utilizaban en muchos cultos religiosos para representar el principio de la trinidad. Se supone que san Patricio utilizó el trébol para explicar su doctrina de la divinidad trina. El motivo de la santidad adicional que se otorgaba a la cuarta hoja consiste en que el cuarto principio de la Trinidad es el hombre y, por consiguiente, la presencia de aquella hoja representa la redención de la humanidad.

Durante la iniciación en los Misterios y la lectura de los libros sagrados, la gente se ponía coronas de flores o de hojas, para indicar que estos procesos estaban consagrados a las divinidades. Richard Payne Knight escribe lo siguiente acerca del simbolismo de las coronas: «En lugar de cuentas, en las monedas aparecen coronas de hojas, por lo general de laurel, olivo, mirto, hiedra o roble, algunas veces alrededor de las figuras simbólicas y otras veces sobre su cabeza, como guirnaldas. Todas estaban consagradas a alguna personificación particular de la divinidad y representaban algún atributo determinado y, en general, todas las perennes eran plantas dionisíacas, es decir, símbolos del poder generativo, que expresa la perpetuidad de la juventud y la energía, como los círculos de cuentas y las diademas expresan la perpetuidad de la existencia.» (Véase *The Symbolical Language of Ancient Art and Mythology*.)

XXI

Piedras, metales y gemas

Según enseñaban los primeros filósofos, cada uno de los cuatro elementos primarios tiene su análogo en la cuádruple constitución terrestre del hombre. Las piedras y la tierra corresponden a los huesos y la carne; el agua, a los distintos fluidos; el aire, a los gases, y el fuego, al calor del cuerpo. Como los huesos son el marco que sostiene la estructura corporal, se pueden considerar un emblema adecuado del espíritu: el fundamento divino que sostiene el tejido complejo formado por la mente, el alma y el cuerpo. Para el iniciado, el esqueleto de la muerte que sujeta la guadaña con sus dedos huesudos representa a Saturno (Chronos), el padre de los dioses, que lleva la hoz con la que mutiló a Ouranos, su propio padre.

En la lengua de los Misterios, los espíritus de los hombres son los huesos de Saturno reducidos a polvo. Este dios siempre se adoraba con el símbolo de la base o el pie, puesto que se lo consideraba la infraestructura que sostenía la creación. El mito de Saturno tiene su sustento histórico en los registros fragmentarios conservados por los antiguos griegos y fenicios con respecto a un rey de este nombre que gobernaba el antiguo continente de Hiperbórea. Como Polaris, Hiperbórea y la Atlántida están enterradas debajo de los continentes y los océanos del mundo moderno, a menudo se representan como rocas que mantienen sobre su extensa superficie nuevas tierras, razas e imperios. Según los Misterios escandinavos, las piedras y los acantilados se formaron a partir de los huesos de Ymir, el gigante primigenio de arcilla ardiente, mientras que, para los místicos helenos, las rocas eran los huesos de la Gran Madre, Gea.

Después del diluvio enviado por los dioses para destruir a la humanidad al final de la Edad de Hierro, los únicos que quedaron con vida fueron Deucalión y Pirra. Al entrar en un santuario en ruinas para orar, un oráculo les dijo que se marcharan del templo y, con la cabeza velada y la ropa suelta, echaran a sus espaldas los huesos de su madre. Deucalión entendió que el mensaje críptico del dios quería decir que la tierra era la Gran Madre de todas las criaturas, de modo que recogió unas piedras sueltas, le pidió a Pirra que hiciera lo mismo y las arrojó a sus espaldas. De aquellas piedras surgió una raza nueva y fornida de seres humanos: las piedras que arrojó Deucalión se convirtieron en hombres y las que arrojó Pirra, en mujeres. Esta alegoría representa el misterio de la evolución humana, porque el espíritu, al infundir alma en la materia, se convierte en el poder interno que, poco a poco pero siguiendo un orden, eleva el mineral al estado vegetal, la planta al plano animal, el animal a la dignidad humana y el hombre al estado de los dioses.

El sistema solar se organizaba mediante fuerzas que actuaban hacia dentro a partir del gran anillo de la esfera de Saturno y, puesto que Saturno controlaba el comienzo de todas las cosas, lo más lógico es deducir que las primeras formas de culto estaban dedicadas a él y a su símbolo peculiar: la piedra. Por consiguiente, la naturaleza intrínseca de Saturno es sinónimo de la roca espiritual que es el fundamento imperecedero del templo solar y tiene como antitipo u octava inferior a la roca terrestre —el planeta Tierra—, que sostiene sobre su superficie irregular los diversos géneros de la vida terrenal.

A pesar de lo incierto de su origen, no cabe duda de que la litolatría constituye una de las primeras formas de expresión religiosa. «En todo el mundo —escribe Godfrey Higgins—, parece que el primer objeto de idolatría fue una piedra simple, sin trabajar, puesta en el suelo, como emblema del poder generador o procreador de la naturaleza.» (Véase *The Celtic Druids.*) Existen restos del culto a las piedras distribuidos por la mayor parte de la superficie terrestre; un ejemplo notable son los menhires de Carnac, en Bretaña: varios miles de piedras gigantescas y sin cortar, dispuestas en once hileras. Muchos de estos monolitos sobresalen más de seis metros de la arena en la que están clavados y, según los cálculos, algunos de los más grandes pueden pesar más de cien toneladas. Hay quienes creen que determinados menhires marcan el lugar donde hay un tesoro escondido, aunque lo más plausible es que Carnac sea un monumento al conocimiento astronómico de la Antigüedad. Los túmulos de piedra {*cairn*}, los dólmenes, los menhires y las *cistvaen* o

cámaras funerarias que hay dispersas por todas las islas británicas y en Europa se levantan como testimonios mudos, pero elocuentes, de la existencia y los logros de unas razas que ya se han extinguido.

Tienen particular interés las «rocas balancín», que ponen de manifiesto la habilidad mecánica de aquellos pueblos primitivos. Estas reliquias consisten en rocas enormes, apoyadas en uno o dos puntos pequeños, de tal manera que se balancean al ejercer una presión mínima y, sin embargo, el mayor esfuerzo no basta para hacerlas caer. Los griegos y los romanos las llamaban «piedras vivas»; la más famosa es la «Gygorian stone», situada en el estrecho de Gibraltar, que, aunque tenía un equilibrio tan perfecto que se la podía mover con el tallo de un narciso, ni el peso de muchos hombres podía hacerla caer. Cuenta la leyenda que Hércules puso una roca balancín sobre las tumbas de los dos hijos de Bóreas, a los que había matado en combate, y la piedra estaba tan bien colocada que, si bien se mecía con el viento, no se caía por más fuerza que se le aplicara. Se han encontrado numerosas rocas balancín en Gran Bretaña y en Stonehenge se han hallado rastros de una que ya no existe. (Véase *The Celtic Druids.*) Interesa destacar la posibilidad de que las piedras verdes que forman el círculo interior de Stonehenge procedan de África.

En muchos casos, los monolitos no llevan ninguna talla ni inscripción, porque sin duda son anteriores tanto al uso de herramientas como al arte de la escritura. Algunas veces se han cortado las piedras para darles forma de columnas u obeliscos, como en los monumentos rúnicos y en las piedras de *lingam* y *sakti*; en otras ocasiones se les ha dado una forma más o menos parecida a la del cuerpo humano, como en el caso de las estatuas de la isla de Pascua, o se han convertido en figuras esculpidas con primor, como las de los indios centroamericanos y los khmer de Camboya. Las primeras imágenes de piedra tosca apenas se pueden considerar efigies de una divinidad en particular, sino, más bien, un intento rudimentario del hombre primitivo de representar, en las cualidades duraderas de la piedra, los atributos procreadores de la divinidad abstracta. En todas las etapas intermedias entre el hombre primitivo y la civilización moderna ha persistido el reconocimiento instintivo de la estabilidad de la divinidad. Algunas pruebas más que suficientes de la supervivencia de la litolatría en la fe cristiana son las alusiones a la «roca del refugio», la roca sobre la cual se edificará la iglesia de Cristo, la «piedra que los constructores desecharon», la piedra que Jacob se había puesto por cabezal y después erigió como estela y sobre la cual

derramó aceite, la piedra que David lanzó con su honda, la roca del monte Moria en la que se erigió el altar del templo del rey Salomón, la piedra blanca del Apocalipsis y la roca eterna.

Los pueblos prehistóricos veneraban mucho las piedras, fundamentalmente porque eran útiles. Es probable que unos trocitos irregulares de piedra fueran las primeras armas del hombre; los acantilados y los riscos constituyeron sus primeras fortificaciones y desde aquellas posiciones estratégicas arrojaba rocas contra los merodeadores. En cavernas o en cabañas rudimentarias construidas con placas de piedra, los primeros seres humanos se protegían del rigor de los elementos. Se levantaban piedras como indicadores y como monumentos a los logros primitivos; también se colocaban sobre las tumbas de los muertos, probablemente como medida de precaución, para evitar la depredación de los animales salvajes. Durante las migraciones, aparentemente era habitual que los pueblos primitivos transportasen consigo piedras procedentes de su hábitat original. Como la tierra natal o el lugar de nacimiento de una raza se consideraba sagrado, aquellas piedras eran símbolos del aprecio universal que todas las naciones compartían con respecto a su lugar de origen. Descubrir que el fuego se podía obtener frotando dos piedras aumentó la reverencia que el hombre sentía por ellas, aunque con el tiempo el mundo de maravillas hasta entonces insospechado que abrió el elemento del fuego, recién descubierto, hizo que la pirolatría sustituyera al culto a las piedras. El Padre oscuro y frío —la piedra— dio origen al Sol brillante —el fuego— y la llama recién nacida desplazó a su padre y se convirtió en el más impresionante y misterioso de los símbolos religiosos filosóficos, extendido y perdurable a lo largo de los siglos.

El cuerpo de todas las cosas se comparaba con una roca, ya fuera cortada en forma de cubo o labrada con más cuidado para hacer un pedestal, mientras que el espíritu de las cosas se comparaba con la figura tallada con cuidado que se le ponía encima. Por consiguiente, se erigieron altares como símbolo del mundo inferior y se mantenía encendido el fuego en ellos para representar la esencia espiritual que iluminaba el cuerpo que los coronaba. En realidad, el cuadrado es una de las caras de un cubo, la figura correspondiente en geometría plana y su símbolo filosófico. En consecuencia, cuando consideraban la tierra como un elemento y no como un cuerpo, los griegos, los brahmanes y los egipcios siempre hacían referencia a sus cuatro esquinas, aunque eran totalmente conscientes de que el planeta en sí era una esfera.

Como sus doctrinas eran la base firme de todo conocimiento y el primer paso para alcanzar la inmortalidad consciente, los Misterios se representaban a menudo como piedras cúbicas o piramidales. Por su parte, estas historias se convirtieron en el emblema de la condición de la divinidad alcanzada por uno mismo. La inalterabilidad de la piedra la convirtió en emblema adecuado de Dios —la fuente inamovible e inalterable de la existencia— y también de las ciencias divinas: la relevación eterna de Sí mismo a la humanidad. Como personificación del intelecto racional, que es la verdadera base de la vida humana, Mercurio, o Hermes, se simbolizaba de manera similar. Se instalaban en lugares públicos pilares cuadrados o cilíndricos, coronados por una cabeza de Hermes con barba y llamados «hermas». Término, una forma de Júpiter y dios de los límites y las fronteras, de cuyo nombre deriva la palabra moderna «terminal», también se representaba mediante una piedra vertical, a veces adornada con la cabeza del dios, que se colocaba en el límite de las provincias y en las intersecciones de los caminos importantes.

La piedra filosofal en realidad es la piedra del filósofo, porque la filosofía se compara con una joya mágica, cuyo contacto convierte las sustancias de baja ley en piedras invalorables como ella misma. La sabiduría es el poder de proyección del alquimista, que transforma muchas veces su propio peso de ignorancia grosera en la sustancia preciosa de la iluminación.

Las tablas de la ley

Cuando estaba en lo alto del monte Sinaí, Moisés recibió de Jehová dos tablas en las que se inscribían los caracteres del Decálogo, trazados por el propio dedo del Dios de Israel. Aquellas tablas estaban hechas del zafiro divino, Schethiyâ, que el Altísimo, tras arrancarlo de su propio trono, había lanzado al abismo para que se convirtiera en el fundamento y el generador de los mundos. El aliento divino rompió aquella piedra sagrada, hecha de rocío celestial, y en cada una de las dos partes el fuego negro dibujó las figuras de la Ley. Aquellas inscripciones preciosas, resplandecientes de esplendor celestial, fueron entregadas por el Señor el día del sabbat en las manos de Moisés, que pudo leer las letras iluminadas del lado del revés por la transparencia de la gran joya. (Para más información sobre esta leyenda, véanse *The Secret Doctrine in Israel* o el *Zohar*.)

Los Diez Mandamientos son las diez piedras preciosas brillantes que el Uno Santo puso en el mar de zafiro del Ser, y en las profundidades de la materia los reflejos de estas joyas se ven como las leyes que rigen las esferas sublunares. Son los diez sagrados, mediante los cuales la Divinidad Suprema ha estampado Su voluntad sobre la faz de la Naturaleza. Es la misma década a la cual los pitagóricos rendían homenaje bajo la forma de la *tetractys*, el triángulo de puntos espermáticos que revela a los iniciados todo el funcionamiento del plan cósmico; porque el diez es el número de la perfección, la llave de la creación y el símbolo adecuado de Dios, el hombre y el universo.

Por su idolatría, Moisés pensó que los israelitas no eran dignos de recibir las tablas de zafiro y, por consiguiente, las destruyó, para que los Misterios de Jehová no fueran violados. En lugar del original, Moisés utilizó dos tablas de piedra tosca, en cuya superficie grabó diez letras antiguas. Mientras que en las primeras tablas —partícipes de la divinidad del árbol de la Vida— resplandecían las verdades eternas, las segundas —partícipes de la naturaleza del árbol del Bien y del Mal— solo revelaban verdades temporales, de modo que la antigua tradición de Israel regresó una vez más al cielo y no dejó más que su sombra entre los hijos de las doce tribus.

Una de las dos tablas de piedra que el Legislador entregó a sus seguidores representaba las tradiciones orales y la otra, las tradiciones escritas en las que se fundaba la Escuela Rabínica. Los distintos expertos no se ponen de acuerdo sobre el tamaño ni sobre el contenido de las tablas inferiores. Algunos dicen que eran tan pequeñas que cabían en el hueco de una mano; otros declaran que cada tabla medía diez o doce codos de largo y tenía un peso enorme. Unos cuantos niegan incluso que fueran de piedra y sostienen que eran de una madera llamada *sedr*, que, según los musulmanes, abunda en el Paraíso.

Las dos tablas significan el mundo superior y el inferior, respectivamente: el principio formativo paterno y el materno. En su estado individual presentan lo andrógino cósmico. La rotura de las tablas significa vagamente la separación de la esfera superior de la inferior y también la división de los sexos. En las procesiones religiosas de los griegos y los egipcios se transportaba un arca o una embarcación que contenía tablas, conos y recipientes de piedra de diversas formas que representaban los procesos de procreación. El arca de los israelitas —construida según el modelo de los arcones sagrados de los Misterios isíacos— contenía tres objetos sagrados, cada uno de los cuales tenía una importante

interpretación fálica: el cuenco de maná, la vara que reverdeció y las tablas de la ley, que son el primero, el segundo y el tercer principio de la tríada creativa. El maná, la vara que reverdeció y las tablas de piedra son también imágenes adecuadas de la Cábala, la Mishná y la ley escrita, respectivamente, o sea, el espíritu, el alma y el cuerpo del judaísmo. Cuando la llevaron a la Casa Eterna del rey Salomón, el Arca de la Alianza solo contenía las tablas de la ley. ¿Querrá decir esto que, incluso en épocas tan tempranas, la tradición secreta ya se había perdido y solo quedaba la letra de la revelación?

Como representación del poder que creó la esfera inferior o demiúrgica, las tablas de piedra eran sagradas para Jehová, en contraposición a las tablas de zafiro, que representaban la potencia que establecía la esfera superior o celestial. No cabe duda de que las tablas mosaicas tienen su prototipo en los pilares u obeliscos de piedra colocados a ambos lados de la entrada de los templos paganos. Es posible que estas columnas pertenezcan a aquella época remota en la que los hombres adoraban al Creador a través de Su signo zodiacal de Géminis, cuyo símbolo siguen siendo los pilares fálicos de los gemelos celestes. «Los Diez Mandamientos —escribe Hargrave Jennings— están inscritos en dos grupos de cinco cada uno, en forma columnar. Los cinco que están a la derecha (mirando desde el altar) significan la "Ley"; los cinco que están a la izquierda significan los "Profetas". La piedra de la derecha es masculina y la de la izquierda, femenina. Corresponden a los dos pilares (o torres) de piedra separados que hay delante de todas las catedrales y de todos los templos de las épocas paganas.» (Véase *The Rosicrucians: Their Rites and Mysteries*.) El mismo autor afirma que la Ley es masculina, porque procede directamente de la divinidad, mientras que los Profetas, o los Evangelios, eran femeninos, porque nacieron a través de la naturaleza humana.

La tabla de la ley derecha simboliza también a Jachin, el pilar blanco de la luz, y la izquierda, a Boaz, el pilar sombrío de la oscuridad. Así se llamaban los dos pilares de bronce situados en el porche del templo del rey Salomón. Tenían dieciocho codos de altura y estaban decorados con hermosas coronas de cadenas, redes y granadas. En lo alto de cada pilar había un gran cuenco —en la actualidad dicen, erróneamente, que era una bola o un globo—: es probable que uno de ellos tuviera fuego y el otro, agua. El globo celeste —al principio era el cuenco que contenía fuego— que coronaba la columna de la derecha (Jachin) era el símbolo del hombre divino; el globo terrestre (el cuenco de agua) que coronaba

la columna de la izquierda (Boaz) era el símbolo del hombre terrenal. Estos dos pilares connotan también, respectivamente, la expresión activa y la pasiva de la energía divina, el sol y la luna, el azufre y la sal, el bien y el mal, la luz y la oscuridad. Entre ellos está la puerta que conduce a la Casa de Dios y, al encontrarse a la entrada del santuario, son un recordatorio de que Jehová es una divinidad tanto andrógina como antropomorfa. Como dos columnas paralelas, denotan los signos zodiacales de Cáncer y Capricornio, que antiguamente se ponían en la cámara de iniciación para representar el nacimiento y la muerte: los extremos de la vida física. Por consiguiente, representan el solsticio de verano y el de invierno, que los masones conocen actualmente con la denominación relativamente moderna de «los dos san Juan».

En el misterioso árbol sefirótico de los judíos, estos dos pilares representan la misericordia y el rigor. Estas columnas que se alzaban delante de la entrada del templo del rey Salomón tenían la misma importancia simbólica que los obeliscos que había delante de los santuarios en Egipto. Según su interpretación cabalística, los nombres de los dos pilares significan: «en la fortaleza se establecerá Mi Casa». En el esplendor de la iluminación mental y espiritual, el Sumo Sacerdote se situaba entre los dos pilares como testigo mudo de la virtud perfecta del equilibrio: ese punto hipotético equidistante de todos los extremos. Personificaba así la naturaleza divina del hombre en medio de su constitución compleja: la misteriosa mónada pitagórica ante la presencia de la díada. A un lado se elevaba la columna formidable del intelecto y, al otro, el pilar de bronce de la carne. A mitad de camino entre los dos se alza el hombre sabio glorificado, aunque no puede alcanzar el estado elevado sin haber sufrido antes sobre la cruz que surge de la unión de aquellos dos pilares. Algunas veces, los judíos primitivos representaban a los dos pilares, Jachin y Boaz, como las piernas de Jehová, con lo cual querían decir al filósofo moderno que la Sabiduría y el Amor, en su sentido de máxima exaltación, soportan todo el orden de la creación, tanto el mundano como el supramundano.

El Santo Grial

Igual que el zafiro Schethiyâ, el *Lapis Exilis*, la joya de la corona del arcángel Lucifer, cayó del cielo. Miguel, arcángel del sol y dios oculto de Israel, a la cabeza de los ejércitos angélicos, se abatió sobre Lucifer

y sus legiones de espíritus rebeldes. Durante el conflicto, Miguel, con su espada flamígera, arrancó de un golpe el brillante *Lapis Exilis* de la corona de su adversario y la piedra verde atravesó los anillos celestiales y cayó en el abismo oscuro e inconmensurable. De la gema radiante de Lucifer se formó el sangreal, o Santo Grial, del cual dicen que bebió Cristo en la última cena.

Aunque sigue siendo objeto de controversia si el Grial era una copa o una fuente, por lo general se representa como un cáliz de considerable tamaño y belleza poco corriente. Según la leyenda, José de Arimatea llevó la copa o Grial al lugar de la crucifixión y recogió en ella la sangre que manaba de las heridas del nazareno moribundo. Posteriormente, José, que se había convertido en custodio de las reliquias sagradas —el sangreal y la lanza de Longino—, se las llevó a un país lejano. Según una versión, sus descendientes al final depositaron aquellas reliquias en la abadía de Glastonbury, en Inglaterra; según otra, las llevaron a un hermoso castillo en Montsalvat, en España, construido por los ángeles en una sola noche. Con el nombre de Preste Juan, Parsifal, el último de los reyes del Grial, llevó consigo a India la copa sagrada, que así desapareció para siempre del mundo occidental. La búsqueda posterior del sangreal constituyó el motivo de la mayor parte de las historias de caballería andante de las leyendas artúricas y las ceremonias de la mesa redonda. (Véase *La muerte de Arturo*.)

Jamás se ha dado una interpretación adecuada de los Misterios del Grial. Algunos creen que los Caballeros del Santo Grial eran una organización poderosa de místicos cristianos que perpetuó la Sabiduría Antigua mediante los rituales y los sacramentos de la copa oracular. La búsqueda del Santo Grial es la búsqueda eterna de la verdad y Albert G. Mackey encuentra en ella una variación de la leyenda masónica de la Palabra Perdida, buscada durante tanto tiempo por los miembros de la Hermandad. También hay pruebas que demuestran que la historia del Grial es una ampliación de un antiguo mito pagano de la naturaleza, que se ha conservado por la sutileza con que estaba injertado en el culto del cristianismo. Desde este punto de vista en particular, el Santo Grial es, sin duda, un tipo de arca o recipiente en el cual se preserva la vida del mundo y, por consiguiente, representa el cuerpo de la Gran Madre: la Naturaleza. Su color verde lo asocia con Venus y con el misterio de la generación y también con la fe islámica, cuyo color sagrado es el verde y cuyo sabbat es el viernes, el día de Venus.

El Santo Grial es un símbolo tanto del mundo inferior (o irracional) como de la naturaleza física del hombre, porque los dos son receptáculos de las esencias vivas de los mundos superiores. Este es el misterio de la sangre redentora que, al descender sobre el estado de la muerte, vence al último enemigo, animando a toda la sustancia con su propia inmortalidad. Para el cristiano, cuya fe mística destaca en particular el elemento del amor, el Santo Grial representa el corazón, en el cual se arremolina constantemente el agua viva de la vida eterna. Además, para el cristiano, la búsqueda del Santo Grial es la búsqueda del Yo verdadero que, una vez hallado, constituye la consumación de la *magnum opus*.

Los únicos que pueden encontrar la copa sagrada son los que se han elevado por encima de las limitaciones de la sensualidad. En su poema místico *The Vision of Sir Launfal*, James Russel Lowell revela la verdadera naturaleza del Santo Grial, al demostrar que solo es visible para un estado determinado de conciencia espiritual. Únicamente al regresar de la búsqueda vana de la ambición exaltada, el caballero anciano y arruinado reconoció en la copa transformada del leproso el cáliz resplandeciente con el que había soñado toda su vida. Algunos autores encuentran similitudes entre la leyenda del Grial y las historias de las divinidades solares mártires, cuya sangre, al descender de los cielos a la tierra, caía en la copa de la materia, de la cual era liberada mediante los ritos iniciáticos. El Santo Grial también podía ser la vaina utilizada con tanta frecuencia en los Misterios antiguos como emblema de germinación y resurrección y, si la forma de cáliz del Grial deriva de la flor, significa la regeneración y la espiritualización de las fuerzas generadoras del hombre.

Hay muchos relatos de imágenes de piedra que, por las sustancias que entraban en su composición y el ceremonial que se siguió en su construcción, fueron dotadas de alma por las divinidades a semejanza de las cuales habían sido creadas. A dichas imágenes se atribuían diversas facultades humanas y poderes, como el habla, el pensamiento e incluso el movimiento. Si bien no cabe duda de que los sacerdotes renegados recurrían a artimañas —se relata un ejemplo de ellas en un fragmento apócrifo curioso titulado *Bel and the Dragon*, que, supuestamente, se suprimió del final del Libro de Daniel—, muchos de los fenómenos registrados en relación con estatuas y reliquias consagradas resultan muy difíciles de explicar, a menos que se admita la intervención de medios sobrenaturales.

La historia registra la existencia de piedras que sumían en estado de éxtasis a todos aquellos que oían el sonido que producían al ser golpea-

das. También ha habido imágenes que seguían resonando durante horas después de que la propia sala hubiese quedado en silencio y piedras musicales que producían las armonías más dulces. En reconocimiento de la santidad que atribuían a las piedras, los griegos y los romanos apoyaban la mano sobre determinados pilares consagrados cuando hacían un juramento. En la Antigüedad, las piedras desempeñaban un papel para determinar el destino de los acusados, porque era habitual que los jurados, para alcanzar su veredicto, echaran guijarros en una bolsa.

Los griegos recurrían a menudo a las piedras para adivinar el futuro y dicen que Helena predijo la destrucción de Troya mediante la litomancia. Muchas supersticiones populares sobre las piedras sobreviven durante la llamada edad de las tinieblas; destaca entre ellas la relacionada con la famosa piedra negra del asiento del trono de la coronación de la abadía de Westminster, de la cual se dice que es la misma roca que Jacob usó como cabezal. La piedra negra también aparece varias veces en el simbolismo religioso. La llamaban Heliogábalo, una palabra que se supone deriva de Elagabal, la divinidad solar sirio-fenicia. La piedra estaba consagrada al sol y se le atribuían propiedades grandes y diversas. La piedra negra de la Kaaba, en La Meca, se sigue venerando en todo el mundo musulmán. Dicen que al principio era blanca y brillaba tanto que se podía ver desde varios días de distancia de La Meca, pero que, con el paso de los siglos, se fue ennegreciendo por las lágrimas de los peregrinos y los pecados del mundo.

La magia de los metales y las piedras preciosas

Según las enseñanzas de los Misterios, los rayos de los cuerpos celestes, al chocar contra las influencias cristalizadoras del mundo inferior, se convierten en los distintos elementos. Como son partícipes de las virtudes astrales de su origen, estos elementos neutralizan determinadas formas desequilibradas de la actividad celestial y, cuando se combinan adecuadamente, contribuyen en gran medida al bienestar humano. Poco sabemos en la actualidad acerca de estas propiedades mágicas, pero es posible que al mundo moderno le resulte provechoso analizar los descubrimientos de los filósofos antiguos que determinaron aquellas relaciones mediante una experimentación exhaustiva. De dicha investigación surgió la costumbre de identificar los metales con los huesos de las diversas divinidades. Por ejemplo, según Manetón, los egip-

cios consideraban que el hierro era el hueso de Marte y la piedra imán, el de Horus. Por analogía, el plomo sería el esqueleto físico de Saturno; el cobre, el de Venus; el azogue, el de Mercurio; el oro, el del sol; la plata, el de la luna, y el antimonio, el de la tierra. Tal vez se demuestre que el uranio es el metal de Urano y el radio, el de Neptuno.

Las cuatro edades de los místicos griegos —la Edad de Oro, la Edad de Plata, la Edad de Bronce y la Edad de Hierro— son expresiones metafóricas que hacen referencia a los cuatro períodos principales de la vida de todas las cosas. En las divisiones del día, representan el amanecer, el mediodía, el crepúsculo y la medianoche; en la vida de los dioses, los hombres y el universo, denotan los períodos del nacimiento, el crecimiento, la madurez y la decadencia. Las edades griegas también guardan una correspondencia estrecha con las cuatro *yugas* de los hindúes: *Krita-yuga, Treta-yuga, Dvapara-yuga* y *Kali-yuga*. Ullamudeian describe de esta manera la forma de calcularlas: «En cada uno de los doce signos hay 1800 minutos; si multiplicamos esta cifra por 12, el resultado es 21 600; es decir, 1800 × 12 = 21 600. Si multiplicamos 21 600 por 80, el resultado es 1 728 000, que es la duración de la primera edad, llamada *Krita-yuga*. Si multiplicamos el mismo número por 60, el resultado será 1 296 000, que son los años de la segunda edad, *Treta-yuga*. Si se multiplica esta cantidad por 40, el resultado es 864 000, la duración de la tercera edad: *Dvapara-yuga*. La misma cantidad, multiplicada por 20, da 432 000, la cuarta edad, *Kali-yuga*». (Obsérvese que estos múltiplos disminuyen de forma inversamente proporcional a la *tetractys* pitagórica: 1, 2, 3 y 4.)

Según H. P. Blavatsky, Orfeo enseñaba a sus seguidores a influir en el público mediante una piedra imán y Pitágoras prestaba especial atención al color y la naturaleza de las piedras preciosas; añade también lo siguiente: «Los budistas afirman que el zafiro produce serenidad y ecuanimidad y expulsa los malos pensamientos, al establecer una circulación sana en el hombre. Lo mismo hace una batería eléctrica, con su corriente bien dirigida, según nuestros electricistas. Los budistas sostienen que "el zafiro puede abrir (al espíritu del hombre) puertas y viviendas, aunque tengan barrotes; produce el deseo de orar y aporta más paz que ninguna otra piedra preciosa, pero quien lo use debe llevar una vida pura y santa"». (Véase *Isis sin velo*.)

Abundan en la mitología los relatos sobre anillos mágicos y joyas talismánicas. En el segundo libro de la *República*, Platón describe un anillo que, cuando el engaste estaba vuelto hacia dentro, volvía invisible a

su portador. Gracias a él, el pastor Giges llegó al trono de Lidia. Flavio Josefo también describe los anillos mágicos diseñados por Moisés y el rey Salomón y Aristóteles menciona uno que proporcionaba amor y honor a su poseedor. En su capítulo sobre este tema, Enrique Cornelio Agripa no solo menciona los mismos anillos, sino que además afirma, basándose en la autoridad de Filóstrato, que Apolonio de Tiana prolongó su vida durante más de ciento treinta años con la ayuda de siete anillos mágicos que le obsequió un príncipe de las Indias Orientales. Cada uno de aquellos siete anillos llevaba engastada una piedra preciosa que poseía la naturaleza de uno de los siete planetas dominantes de la semana y, al cambiar a diario los anillos, Apolonio se protegía de la enfermedad y de la muerte, gracias a la intervención de las influencias planetarias. El filósofo también enseñó a sus discípulos las virtudes de aquellas joyas talismánicas y consideraba aquella información imprescindible para el teúrgo. Agripa describe la preparación de anillos mágicos con las siguientes palabras: «Cuando cualquier estrella [planeta] asciende afortunadamente, con el aspecto o conjunción favorable de la luna, debemos tomar una piedra y una planta que estén bajo aquella estrella y hacer un anillo del metal que sea adecuado para ella y engastar en él la piedra y poner la planta o la raíz debajo, sin omitir las inscripciones de imágenes, nombres y caracteres, así como también las sufumigaciones correspondientes». (Véase *Three Books of Occult Philosophy*.)



DE *LE IMAGINI DEGLI DEI DEGLI ANTICHI* DE CARTARI

EL SELLO PITAGÓRICO

Los pitagóricos asociaban en particular el numero cinco con el arte de curar y el pentáculo, o estrella de cinco puntas, era, para ellos, el símbolo de la salud. Esta figura representa un anillo mágico que lleva engastada una gema talismánica con la pentalfa: una estrella formada por cinco posiciones diferentes de la letra griega alfa. Sobre este tema, Albert Mackey escribe lo siguiente: «Los discípulos de Pitágoras, que en realidad fueron los que la inventaron, colocaban en cada uno de sus ángulos interiores una de las letras de la palabra griega YTEIA, o de la latina *salus* —las dos significan "salud"—, con lo cual se convirtió en el talismán de la salud, y la ponían al principio de sus epístolas, como un saludo para desearle buena salud al destinatario. Sin embargo, no eran los discípulos de Pitágoras los únicos que la usaban, sino que, como talismán, fue utilizada en todo Oriente como amuleto contra los malos espíritus».

Hace tiempo que se toma el anillo como símbolo de consecución, perfección e inmortalidad; esto último se debe a que el aro de metal precioso no tiene principio ni final. En los Misterios, los iniciados lleva-

ban anillos cincelados para parecer una serpiente con la cola en la boca, como prueba material de la posición que habían alcanzado en la orden. Los hierofantes llevaban sellos en los que se grababan determinados emblemas secretos y no era extraño que un mensajero, para demostrar que era el representante oficial de un príncipe o de algún otro dignatario, portara junto con el mensaje una impresión del anillo de su amo o el propio sello. La intención original del anillo de boda era implicar que en la naturaleza de su portador se había alcanzado el estado de equilibrio y totalidad. Por consiguiente, aquella banda sencilla de oro daba fe de la unión del Ser Superior (Dios) con el ser inferior (la Naturaleza) y la ceremonia que consumaba aquella unión indisoluble de la Divinidad y la humanidad en la naturaleza única del místico iniciado constituía el matrimonio hermético de los Misterios.

Al describir las insignias del mago, Éliphas Lévi declara que el domingo (el día del sol)* debe llevar en la mano derecha una varita dorada con un rubí o un crisólito engarzado; el lunes (el día de la luna) debe llevar un collar de tres vueltas compuesto por perlas, cristales y selenitas; el martes (el día de Marte) debe llevar una varita de acero magnetizado y un anillo del mismo metal con una amatista engarzada; el miércoles (el día de Mercurio) debe llevar un collar de perlas o cuentas de vidrio que contengan mercurio y un anillo con una ágata engarzada; el jueves (el día de Júpiter) debe llevar una varita de vidrio o resina y ponerse un anillo con una esmeralda o un zafiro engarzados; el viernes (el día de Venus) debe llevar una varita de cobre pulido y ponerse un anillo con una turquesa y una corona o una diadema adornada con lapislázuli y berilo, y el sábado (el día de Saturno) debe llevar una varita adornada con un ónice y una cadena en torno al cuello hecha de plomo. (Véase *El ritual mágico del Sanctum Regnum.*)

Paracelso, Agripa, Kircher, Lilly y muchos otros magos y astrólogos han hecho tablas con las gemas y las piedras correspondientes a los distintos planetas y signos del Zodíaco. A partir de sus escritos se ha elaborado la lista que aparece a continuación. Se atribuyen al sol el carbúnculo, el rubí, el granate —sobre todo el piropo— y otras piedras ardientes y a veces el diamante; a la luna, la perla, la selenita y otras formas de cristal; a Saturno, el ónice, el jaspe, el topacio y algunas veces el lapislázuli; a Júpiter, el zafiro, la esmeralda y el mármol; a Marte, la

* En inglés, «domingo» se dice *Sunday*, que literalmente significa «día del sol». *(N. de la T.)*

amatista, el jacinto, la piedra imán y en ocasiones el diamante; a Venus, la turquesa, el berilo, la esmeralda y a veces la perla, el alabastro, el coral y la cornalina; a Mercurio, el crisólito, el ágata y el mármol de muchos colores.

Al Zodíaco, los mismos expertos le asignaron las siguientes gemas y piedras: a Aries, la sardónica, la sanguinaria, la amatista y el diamante; a Tauro, la cornalina, la turquesa, el jacinto, el zafiro, el ágata musgosa y la esmeralda; a Géminis, el topacio, el ágata, la crisoprasa, el cristal y el aguamarina; a Cáncer, el topacio, la calcedonia, el ónice negro, la piedra de la luna, la perla, el ojo de gato, el cristal y a veces la esmeralda; a Leo, el jaspe, la sardónica, el berilo, el rubí, el crisólito, el ámbar, la turmalina y a veces el diamante; a Virgo, la esmeralda, la cornalina, el jade, el crisólito y a veces el jaspe rosado y el jacinto; a Libra, el berilo, el sardo, el coral, el lapislázuli, el ópalo y a veces el diamante; a Escorpio, la amatista, el berilo, la sardónica, el aguamarina, el carbúnculo, la piedra imán, el topacio y la malaquita; a Sagitario, el jacinto, el topacio, el crisólito, la esmeralda, el carbúnculo y la turquesa; a Capricornio, la crisoprasa, el rubí, la malaquita, el ónice negro, el ónice blanco, el azabache y la piedra de la luna; a Acuario, el cristal, el zafiro, el granate, el circón y el ópalo; a Piscis, el zafiro, el jaspe, el crisólito, la piedra de la luna y la amatista.

Tanto el espejo mágico como la bola de cristal son símbolos poco comprendidos. ¡Ay del mortal ignorante que crea al pie de la letra las historias que circulan sobre ellos! Descubrirá —a menudo a costa de su cordura y su salud— que, aunque muchas veces se confundan, la hechicería y la filosofía no tienen nada en común. Los magos persas llevaban espejos como símbolo de la esfera material que refleja la divinidad desde cada una de sus partes. La bola de cristal, de la que tanto se ha abusado como medio para cultivar los poderes parapsicológicos, es un símbolo triple: 1) representa el Huevo Universal cristalino, en cuyas profundidades transparentes existe la creación; 2) es un modelo adecuado de la divinidad antes de que se sumerja en la materia, y 3) representa la esfera etérica del mundo, en cuyas esencias traslúcidas se estampa y se preserva la imagen perfecta de toda la actividad terrestre.

Los meteoros, o rocas del espacio, se consideraban muestras del favor divino y se conservaban como prueba de un pacto entre los dioses y la comunidad en la que caían. De vez en cuando se encuentran piedras naturales con marcas o cortes curiosos. En China hay una placa de mármol cuya veta es un retrato perfecto del dragón chino. La piedra de Oberammergau, tallada por la naturaleza en una notable

semejanza con el rostro de Cristo, según se lo concibe popularmente, es tan extraordinaria que hasta los monarcas europeos solicitaban el privilegio de contemplarla. Este tipo de piedras eran objeto de muy alta estimación por parte de los pueblos primitivos e incluso en la actualidad ejercen una influencia enorme sobre las personas con mentalidad religiosa.

XXII

Magia ceremonial y brujería

La magia ceremonial es el arte antiguo de invocar y controlar a los espíritus mediante la aplicación científica de determinadas fórmulas. Un mago, envuelto en vestiduras sagradas y con una varita que lleve inscritas figuras jeroglíficas, podía, por el poder que le conferían determinadas palabras y símbolos, controlar a los habitantes invisibles de los elementos y del mundo astral. Si bien la magia ceremonial compleja de la Antigüedad no era necesariamente mala, de su perversión surgieron varias escuelas falsas de brujería o magia negra.

Egipto, un gran centro del saber y cuna de numerosas artes y ciencias, proporcionó un entorno ideal para la experimentación trascendental. Allí, los magos negros de la Atlántida siguieron ejerciendo sus poderes sobrehumanos hasta socavar y corromper por completo la moralidad de los Misterios primitivos. Mediante el establecimiento de una casta sacerdotal, usurparon el puesto que antes ocupaban los iniciados y tomaron las riendas del gobierno espiritual. De este modo, la magia negra dictaba la religión estatal y paralizaba las actividades intelectuales y espirituales del individuo, al exigir su conformidad total y decidida con el dogma formulado por la clase sacerdotal. El faraón se convirtió en un títere en las manos del Concilio Escarlata, un comité de archihechiceros que los sacerdotes habían puesto en el poder.

Aquellos hechiceros emprendieron entonces la destrucción sistemática de todas las claves de la Sabiduría Antigua, para que nadie pudiera tener acceso al conocimiento necesario para llegar a ser maestro sin haberse convertido antes en miembro de su orden. Mutilaron los rituales de los Misterios mientras presumían de preservarlos, de modo

que, aunque el neófito pasara de un grado a otro, no pudiera obtener el conocimiento que le correspondía. Se introdujo la idolatría, al alentarse el culto a las imágenes que al principio los sabios habían erigido solo como símbolos para el estudio y la meditación. Se dieron falsas interpretaciones a los emblemas y las figuras de los Misterios y se crearon teologías complicadas para confundir la mente de sus devotos. Las masas, privadas de su derecho inalienable al saber y sumidas en la ignorancia, acabaron por convertirse en esclavos abyectos de los impostores espirituales. Se impuso en todo el mundo la superstición y los magos negros dominaban por completo los asuntos nacionales, como conse-



DE *TRANSCENDENTAL MAGIC* DE LÈVI

BAPHOMET, LA CABRA DE MENDES
La práctica de la magia, tanto la blanca como la negra, depende de la capacidad del adepto para controlar la fuerza vital universal, lo que Éliphas Lèvi llama el gran agente mágico, o la luz astral. Mediante la manipulación de esta esencia fluida, se producen los fenómenos del trascendentalismo. La famosa cabra de Mendes era una criatura hermafrodita compleja, que simbolizaba aquella luz astral. Es idéntica a Baphomet, el *pantheos* mítico de unos discípulos de la magia ceremonial —los Templarios—, que probablemente la obtuvieron de los árabes.

cuencia de lo cual la humanidad sigue padeciendo las sofisterías de la clase sacerdotal de la Atlántida y Egipto.

Plenamente convencidos de que sus Escrituras lo aprobaban, muchos cabalistas medievales dedicaron su vida a la práctica de la magia ceremonial. El trascendentalismo de los cabalistas se basa en la fórmula antigua y mágica del rey Salomón, a quien los judíos consideran desde hace mucho el príncipe de los magos ceremoniales.

Entre los cabalistas de la Edad Media había gran cantidad de magos negros, que se alejaron de los conceptos nobles del Sefer Yetzirah para enredarse en el demonismo y la brujería. Pretendían reemplazar con espejos mágicos, puñales consagrados y círculos desplegados en torno a postes de clavos de ataúdes la vida virtuosa que, sin la asistencia de complejos rituales ni de criaturas inframundanas, conduce al hombre, indefectiblemente, a un estado de auténtica completitud individual.

Quienes pretendían controlar a los espíritus elementales mediante la magia ceremonial esperaban obtener de los mundos invisibles conocimientos poco comunes o poderes sobrenaturales. El diablillo rojo de Napoleón Bonaparte y las cabezas oraculares de infausta memoria de los Medici son ejemplos de las desastrosas consecuencias que acarrea permitir que los seres elementales dicten el curso del proceder humano. Aunque parezca que el demonio erudito y divino de Sócrates ha sido una excepción, en realidad esto demuestra que la condición intelectual y moral del mago tiene mucho que ver con el tipo de elemental que es capaz de invocar; sin embargo, hasta el demonio de Sócrates lo abandonó cuando se dictó su sentencia de muerte.

El trascendentalismo y todas las formas de magia fenomenalista no son más que callejones sin salida, productos de la hechicería de los atlantes, y quienes abandonan el camino recto de la filosofía para deambular por allí casi siempre han sido víctimas de su imprudencia. Cuando el hombre es incapaz de controlar sus propios apetitos, tampoco es capaz de gobernar a unos espíritus elementales fogosos y apasionados.

Más de un mago ha perdido la vida por haberse internado por un camino en el cual las criaturas submundanas podían intervenir activamente en sus asuntos. ¿Qué esperaba conseguir Éliphas Lévi cuando invocaba al espíritu de Apolonio de Tiana? ¿Acaso satisfacer la curiosidad constituye motivo suficiente para justificar la dedicación de toda una vida a una empresa peligrosa e inútil? Si Apolonio, cuando estaba vivo, se negaba a divulgar sus secretos a los profanos, ¿existe alguna probabilidad de que, después de muerto, los revele a los curiosos? El

propio Lévi no se atrevía a afirmar que el espectro que se le apareció fuese en realidad el gran filósofo, porque era muy consciente de la propensión de los elementales a hacerse pasar por los muertos. La mayoría de las modernas apariciones espiritistas no son más que criaturas elementales que se hacen pasar por cuerpos compuestos por la sustancia del pensamiento suministrada precisamente por las personas que desean contemplar aquellos espectros de seres incorpóreos.

La teoría y la práctica de la magia negra

A partir de un breve análisis de sus premisas básicas, podemos aclarar un poco la complejidad de la teoría y la práctica de la magia ceremonial.

Primera. El universo visible tiene una contrapartida invisible, cuyos planos superiores están poblados por espíritus buenos y hermosos, mientras que los planos inferiores, oscuros y ominosos, son la morada de los malos espíritus y los demonios dirigidos por el ángel caído y sus diez príncipes.

Segunda. Mediante los procesos secretos de la magia ceremonial es posible ponerse en contacto con estas criaturas invisibles y obtener su ayuda para algunas tareas humanas. Los espíritus buenos prestan ayuda de buen grado para cualquier empresa respetable; en cambio, los espíritus del mal solo sirven a aquellos que viven para corromper y destruir.

Tercera. Es posible establecer pactos con los espíritus, en virtud de los cuales el mago se convierte, por un tiempo determinado, en amo de un ser elemental.

Cuarta. La magia negra se celebra con la colaboración de un espíritu demoníaco, que sirve al hechicero durante toda su vida terrenal, con la condición de que, después de su muerte, el mago se convierta en siervo de su propio demonio. Por este motivo, el mago negro hará lo imposible por prolongar su existencia física, puesto que no le espera nada más allá de la tumba.

La forma más peligrosa de magia negra es la perversión científica del poder oculto para satisfacer un deseo personal. Su forma menos compleja y más universal es el egoísmo humano, porque el egoísmo es la causa fundamental de todo el mal terrenal. Un hombre es capaz de entregar su alma eterna a cambio del poder temporal y a lo largo de los siglos ha evolucionado un proceso misterioso que en realidad le permite hacer este intercambio. En sus diversas ramas, el arte negro incluye

casi todas las formas de la magia ceremonial, la nigromancia, la brujería, la hechicería y el vampirismo. Dentro de la misma categoría general se incluyen también el mesmerismo y el hipnotismo, salvo cuando se utilizan exclusivamente con fines médicos, aunque incluso entonces existe un elemento de riesgo para todas las partes implicadas.

Aunque parecería que el demonismo medieval ha desaparecido, existen pruebas en abundancia de que en muchas formas del pensamiento moderno —sobre todo en las llamadas psicología de la prosperidad, metafísica del fortalecimiento de la fuerza de voluntad y tácticas de venta agresiva— la magia negra no ha hecho más que experimentar una metamorfosis y, por más que su nombre haya cambiado, su naturaleza sigue siendo la misma.

Un mago medieval muy famoso fue el doctor Johannes Faustus, más conocido como el doctor Fausto, que, mediante el estudio de obras mágicas, logró someter a su servicio a un elemental que le sirvió durante muchos años de diversas formas. Se cuentan extrañas leyendas acerca de los poderes mágicos del doctor Fausto. En una ocasión en la que, aparentemente, el filósofo estaba juguetón, arrojó su manto sobre un montón de huevos que había en la cesta de una vendedora en el mercado y de inmediato salieron de ellos los polluelos. En otra ocasión, después de haber caído por la borda de una barca, fue rescatado y devuelto a la embarcación con la ropa todavía seca. Sin embargo, como casi todos los demás magos, el doctor Fausto acabó finalmente en desastre: lo hallaron una mañana con un cuchillo clavado en la espalda y la opinión extendida fue que su espíritu familiar lo había asesinado. Si bien en general se considera que el doctor Fausto de Goethe no es más que un personaje ficticio, en realidad aquel viejo mago vivió durante el siglo XVI. El doctor Fausto escribió un libro en el cual describe sus experiencias con los espíritus, del cual copiamos a continuación un trozo. (No se debe confundir el doctor Fausto con el impresor Johann Fust.)

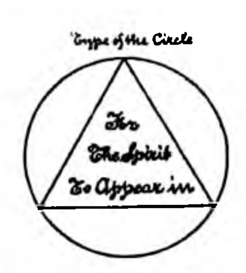
Extracto del Libro del doctor Fausto, Wittenberg, 1524

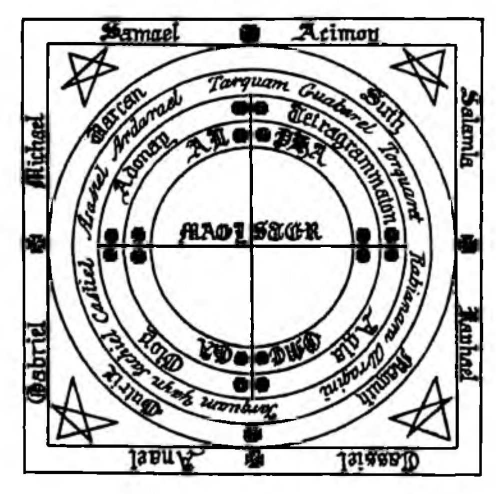
(Esta es una traducción condensada del original alemán de un libro que se ordenó destruir.)

Desde mi juventud he seguido las artes y las ciencias y he sido un lector de libros infatigable. Entre los que cayeron en mis manos figura un volumen que contenía todo tipo de invocaciones y fórmulas mágicas. Hallé en él informa-

ción sobre la manera de obligar a un espíritu, ya sea de fuego, agua, tierra o aire, a cumplir la voluntad de un mago que sea capaz de controlarlo. Descubrí también que, como algunos espíritus son más poderosos que otros, cada uno se adapta para hacer algo diferente y cada uno es capaz de producir determinados efectos sobrenaturales.

Después de leer aquel libro extraordinario, hice varios experimentos, porque deseaba poner a prueba la veracidad de sus afirmaciones. Al principio, tenía escasa fe en que se produjera lo prometido, pero, con la primera invocación que probé, se manifestó ante mí un espíritu poderoso, que quiso saber por qué lo había invocado. Su advenimiento me dejó tan atónito que casi no supe qué decir, aunque al final le pedí que me ayudara en mis investigaciones mágicas. Respondió que lo haría si se cumplían determinadas condiciones. Las condiciones eran que hiciera un pacto con él. Yo no deseaba hacerlo, pero, como en mi ignorancia no me había protegido con un círculo, sino que estaba a merced del espíritu, no me atreví a rechazar su petición y me resigné a lo inevitable, pensando que lo más prudente era dejarme llevar por la corriente.





DE *THE COMPLETE BOOK OF MAGIC SCIENCE* (INEDITO)

UN CÍRCULO MÁGICO

La figura anterior es una representación fiel y completa de un círculo mágico diseñado por prestidigitadores medievales para invocar a los espíritus. El mago, acompañado por su ayudante, ocupa su puesto en el punto formado por la intersección de las líneas centrales marcadas «Magister». Las palabras que aparecen alrededor del círculo son los nombres de las inteligencias invisibles y las crucecitas marcan puntos en los cuales se recitan determinadas plegarias e invocaciones. El pequeño círculo externo se prepara para el espíritu que se va a invocar y mientras se usa lleva la marca de la inteligencia deseada, trazada dentro del triángulo.

Entonces le dije que, si se mostraba servicial conmigo, según mis deseos y necesidades, durante cierto tiempo, me pondría a su disposición. Una vez acordado el pacto, aquel espíritu poderoso, cuyo nombre era Astaroth, me presentó a otro espíritu, llamado Marbuel, que fue puesto a mi servicio. Interrogué a Marbuel, para ver si era adecuado para mis necesidades. Le pregunté si era rápido y me respondió: «Tan rápido como el viento». Su respuesta no me satisfizo, de modo que le repliqué: «No puedes ser mi siervo. Vuelve por donde has venido». No tardó en manifestarse otro espíritu, cuyo nombre era Aniguel. Le formulé la misma pregunta y me respondió que era rápido como las aves en el aire, de modo que le dije: «Tú también eres demasiado lento para mí. Vuelve por donde has venido». En el mismo instante se manifestó otro espíritu, de nombre Aziel. Por tercera vez formulé mi pregunta y él respondió: «Soy tan rápido como el

pensamiento humano». «Me servirás», le dije, y aquel espíritu me fue fiel durante mucho tiempo, aunque no se puede contar cómo me sirvió en un documento de este tamaño y aquí me limitaré a indicar la manera de invocar a los espíritus y de preparar los círculos de protección. Hay muchos tipos de espíritus que se dejan invocar por el hombre y se convierten en siervos suyos. De estos mencionaré algunos:

Aziel: el más poderoso de los que sirven al hombre. Se manifiesta con una forma humana agradable, de unos noventa centímetros de altura. Hay que invocarlo tres veces para que aparezca en el círculo que se ha preparado para él. Proporciona riquezas y trae cosas al instante desde grandes distancias, según la voluntad del mago. Es tan rápido como el pensamiento humano.

Aniguel: servicial y sumamente útil, se presenta con la forma de un niño de diez años. Hay que invocarlo tres veces. Está capacitado especialmente para descubrir tesoros y minerales ocultos en el suelo, que proporcionará al mago.

Marbuel: verdadero señor de las montañas y tan rápido como un pájaro volando. Es un espíritu hostil y problemático, difícil de controlar. Hay que invocarlo cuatro veces. Aparece en la persona de Marte [un guerrero con una armadura pesada]. Presentará al mago aquellas cosas que crecen por encima y por debajo de la tierra. Es en particular el señor de la raíz de primavera. [La raíz de primavera es una planta misteriosa, probablemente de color rojizo, que, según los magos medievales, tenía la propiedad de hacer salir o abrir todo lo que tocase. Si la ponían contra una puerta cerrada con llave, la puerta se abría. Los herméticos creían que el pájaro carpintero de cabeza roja estaba dotado especialmente de la facultad de descubrir la raíz de primavera, de modo que lo seguían hasta el nido y obturaban el agujero del árbol donde estaban sus crías. Entonces el pájaro carpintero partía enseguida a buscar la planta y, cuando la descubría, la llevaba hasta el árbol y con ella retiraba el tapón que obstruía la entrada al nido. Entonces el mago le quitaba la planta al ave. También se afirmaba que, debido a la estructura de la planta, algunos espíritus elementales que se manifestaban mediante la propensión a hacer salir o abrir cosas utilizaban el cuerpo etéreo de la raíz de primavera como medio de expresión.]

Azabel: un señor del mar poderoso, que controla lo que está tanto por encima como por debajo del agua. Recupera cosas que se han perdido o hundido en ríos, lagos y océanos, como barcos y tesoros hundidos. Cuanto más enérgica sea la invocación, más prisa se dará para cumplir su misión.

Machiel: se presenta en forma de una hermosa doncella y con su ayuda el mago consigue honor y dignidad. Ella convierte a aquellos a quienes sirve en dignos y nobles, refinados y gentiles y colabora en todo lo relacionado con los litigios y la justicia. No se presenta a menos que se la invoque dos veces.

Baruel: el maestro de todas las artes. Se manifiesta como un trabajador cualificado y se presenta con delantal. Puede enseñar más a un mago en un instante que todos los trabajadores cualificados del mundo juntos en veinte años. Hay que invocarlo tres veces.

Estos son los espíritus más serviciales para el hombre, pero hay muchísimos más que, por falta de espacio, no puedo describir. Ahora bien, si alguien desea la ayuda de un espíritu para conseguir algo, primero tiene que dibujar el signo del espíritu al que desea invocar. El dibujo se tiene que trazar justo delante de un círculo hecho antes de la salida del sol, en el que se han de colocar

el interesado y sus ayudantes. Si uno desea ayuda financiera, debe invocar al espíritu Aziel. Hay que dibujar su signo delante del círculo. Si uno quiere otras cosas, tiene que trazar el signo del espíritu capaz de proporcionarlas. En el lugar donde se va a trazar el círculo, primero hay que dibujar una cruz enorme con una espada grande con la que nadie haya sido herido. A continuación, hay que hacer tres círculos concéntricos. El central se hace con una tira larga de pergamino sin usar y se debe colgar encima de doce cruces hechas de madera de espino de la cruz. En el pergamino hay que escribir los nombres y los símbolos acordes con la figura que sigue. Por fuera de este primer círculo hay que trazar el segundo de esta forma:

Primero se sujeta un hilo de seda roja que se haya hilado o retorcido hacia la izquierda, en lugar de hacia la derecha. A continuación se ponen en el suelo doce cruces hechas de hojas de laurel y también se prepara una tira larga de papel blanco intacto. Se escriben con una pluma sin usar los caracteres y los símbolos que se ven en el segundo círculo. Se enrolla esta tira de papel con el hilo de seda roja y se clava sobre las doce cruces de hojas de laurel. Por fuera de este segundo círculo se hace otro, también con pergamino sin usar, y se clava sobre doce cruces de palmera consagrada. Después de hacer estos tres círculos, uno se introduce en ellos hasta quedar de pie en el centro sobre un pentáculo trazado en el medio de la gran cruz dibujada en primer lugar. Para que salga bien, hay que hacer todo según la descripción y, después de leer toda la invocación sagrada, se pronuncia el nombre del espíritu que uno desea que aparezca. Es fundamental que el nombre se pronuncie con toda claridad. También hay que tener en cuenta el día y la hora, porque cada espíritu solo puede ser invocado en determinados momentos.

Si bien en el momento de firmar su pacto con el demonio elemental es posible que el mago negro esté totalmente convencido de que tiene la fuerza suficiente para controlar de forma indefinida los poderes que se ponen a su disposición, no tarda mucho en desengañarse. Antes de que hayan transcurrido muchos años, tiene que volcar todas sus energías al problema de la autopreservación. Un mundo de horrores al que su propia codicia lo ha ido adaptando se le va acercando cada vez más, hasta que existe al borde de una vorágine, esperando ser arrastrado a sus turbias profundidades de un momento a otro. Con miedo a morir, porque entonces se convertirá en siervo de su propio demonio, el mago comete un delito tras otro para prolongar su desdichada existencia terrenal. Al darse cuenta de que la vida se mantiene gracias a una misteriosa fuerza vital universal que es común a todas las criaturas, el mago negro se convierte a menudo en un vampiro oculto que roba esta energía a los demás. Según la superstición medieval, los magos negros se convertían en hombres lobo que vagaban por la tierra durante la noche y atacaban a víctimas indefensas para conseguir la fuerza vital que contenía su sangre.

EL MODUS OPERANDI PARA INVOCAR A LOS ESPÍRITUS

El siguiente fragmento condensado, extraído de un manuscrito antiguo, se reproduce a continuación como ejemplo del ritualismo de la magia ceremonial. El fragmento corresponde a *The Complete Book of Magic Science*, un manuscrito inédito —el original está en el Museo Británico—, con pentáculos en colores, que Francis Barrett menciona en *El mago*.

Plegaria inicial

Dios omnipotente y eterno que habéis ordenado toda la creación para vuestra gloria y alabanza y para la salvación del hombre, os suplico de todo corazón que enviéis a uno de vuestros espíritus de la orden de Júpiter, uno de los mensajeros de Zadkiel, a quien habéis designado gobernador de vuestro firmamento en este momento, para que fielmente, de buen grado y de inmediato me enseñe todo aquello que le pida, ordene o requiera. No obstante, oh, Santísimo Dios, que no se haga mi voluntad sino la vuestra, por medio de Jesucristo, vuestro único Hijo, nuestro Señor. Amén.

La invocación

[Después de consagrar como corresponde sus vestiduras y sus utensilios y de protegerse con su círculo, el mago invoca ahora a los espíritus para que aparezcan y accedan a sus demandas.]

Espíritus cuya asistencia requiero, observad el signo y los nombres sagrados del Dios todopoderoso. Obedeced el poder de este pentáculo nuestro; salid de vuestras cavernas y de los lugares oscuros en los que os escondéis; interrumpid la ocupación dolorosa de los infelices mortales a los que torturáis sin cesar; venid a este lugar donde la bondad divina nos ha reunido; prestad atención a nuestras órdenes y conoced nuestras demandas justas; no penséis que vuestra resistencia nos hará cejar en nuestro empeño. Nada nos hará prescindir de vuestra obediencia. Os lo ordenamos por los nombres misteriosos de *Elohe Agla Elohim Adonay Gibort*. Amén.

Apelo a vos, Zadkiel, en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, la Santísima Trinidad, unidad inefable.

Os invoco y os suplico, Zadkiel, que ahora atendáis las palabras y los conjuros que



DE *TRANSCENDENTAL MAGIC* DE LÉVI

EL PENTÁCULO
El pentáculo es la representación del microcosmos: la fórmula mágica del hombre. Es lo que surge del cuatro: el alma humana que surge de la esclavitud de la naturaleza animal. Es la verdadera luz: la «estrella de la mañana». Marca el lugar donde se sitúan los cinco centros misteriosos de fuerza, la toma de conciencia de los cuales constituye el secreto supremo de la magia blanca.

utilizaré en este día por los nombres sagrados de Dios *Elohe El Elohim Elion Zebaoth Escerehie lah Adonay Tetragrammaton*.

Os conjuro, os exorcizo, oh, espíritu de Zadkiel, por estos nombres sagrados *Hagios O Theos Iscyros Athanatos Paracletus Agla on Alpha et Omega Ioth Aglanbroth Abiel Anathiel Tetragrammaton* y por todos los demás nombres de Dios grandes y gloriosos, sagrados e inefables, misteriosos, poderosos e incomprensibles, para que escuchéis las palabras de mi boca y me enviéis a Pabiel o a algún otro de los espíritus que os sirven y velan por vos para que me enseñe lo que le pida en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Os suplico, Pabiel, por todos los espíritus del cielo, los serafines, querubines, tronos, dominaciones, principados, potestades, virtudes, arcángeles y ángeles, por los sagrados, grandes y gloriosos ángeles *Orphaniel Tetra-Dagiel Salamla Acimoy pastor poti*, que os presentéis de inmediato, que os mostréis enseguida para que podamos veros y oíros, que nos habléis y cumpláis nuestros deseos y que por vuestra estrella, Júpiter, y por todas las constelaciones del cielo y por lo que sea que obedezcáis y por vuestro carácter que habéis dado, propuesto y confirmado, que me atendáis de acuerdo con la plegaria y las peticiones que he hecho a Dios Todopoderoso y que de inmediato me enviéis a uno de los espíritus que velan por vos para que de buen grado, de verdad y fielmente cumpla todos mis deseos y que le ordenéis que comparezca ante mí en la forma de un hermoso ángel, que se ponga en comunicación conmigo con delicadeza, cortesía, amabilidad y docilidad y que no permita que ningún espíritu maligno me ocasione ningún tipo de daño, me asuste ni me espante de ningún modo ni que me engañe en modo alguno. En virtud de Nuestro Señor Jesucristo, en cuyo nombre atiendo, espero y aguardo vuestra aparición. Que así sea, que así sea, que así sea. Amén, amén, amén.

Interrogatorios

[Después de convocar el espíritu a su presencia, el mago lo interroga de la siguiente manera:]

—¿Venís en paz en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo?

—Sí —responderá el espíritu.

—Me alegro de que estéis aquí, noble espíritu. ¿Cuál es vuestro nombre?

—Pabiel —responderá el espíritu.

—Os he invocado en el nombre de Jesús de Nazaret, ante cuyo nombre todos se arrodillan en el cielo, la tierra y el infierno y todas las bocas reconocen que no hay ningún nombre como el suyo, que ha dado poder a los hombres para atarlo y para desatarlo todo en su Santísimo Nombre, incluso a los que confían en su salvación. ¿Sois el mensajero de Zadkiel?

—Sí —responderá el espíritu.

—¿Me confirmáis que a partir de este momento me revelaréis todo lo que deseo saber y me enseñaréis a aumentar mi saber y mis conocimientos y me mostraréis todos los secretos de la magia y de todas las ciencias liberales para que así pueda manifestar la gloria de Dios Todopoderoso?

—Sí —responderá el espíritu.

—Entonces os suplico que vengáis a mí cada vez que os invoque y que me prestéis juramento y yo cumpliré religiosamente mi promesa y mi pacto con Dios Todopoderoso y os recibiré con amabilidad cada vez que comparezcáis ante mí.

Autorización para partir

—Puesto que venís en paz y sosiego y habéis respondido a mis peticiones, doy humildes y abundantes gracias a Dios Todopoderoso, en cuyo nombre os he invocado y habéis venido y ahora podéis partir en paz a cumplir vuestras órdenes para regresar a mí cada vez que os invoque por vuestro juramento o por vuestro nombre o por vuestra orden o por vuestro oficio, que os ha sido concedido por el Creador, y que el poder de Dios sea conmigo y con vos y con todos los hijos de Dios, amén.

—Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.

[Nota.] Es conveniente que el invocador permanezca en el círculo unos cuantos minutos después de recitar la autorización y, si el lugar donde se ha llevado a cabo está al aire libre, que destruya todo rastro del círculo, etcétera, y que regrese tranquilamente a su casa. En cambio, si la invocación se desarrolla en un lugar apartado de una vivienda, etcétera, el círculo puede quedar, ya que puede servir para una invocación futura, aunque la habitación o el edificio se tiene que cerrar con llave, para que no entren extraños.

El acuerdo que se acaba de presentar es pura magia ceremonial. En el caso de la magia negra, es el mago el que tiene que firmar el pacto, en lugar del demonio. Cuando el mago negro somete a un elemental a su servicio, se entabla una lucha de ingenios que acaba ganando el demonio. El mago firma el pacto entre él y el demonio con su propia sangre, porque en el arcano de la magia se declara que «quien controla la sangre de otro controla su alma». Mientras el mago no falle, el elemental cumplirá al pie de la letra su obligación en virtud del pacto, pero el demonio hará todo lo posible para que el mago no pueda cumplir su parte del acuerdo. Cuando el mago, situado dentro de su círculo, haya invocado el espíritu que desea controlar y le haya transmitido su intención, el espíritu responderá algo así como: «No puedo acceder a tu pedido ni satisfacerlo, a menos que dentro de cincuenta años te entregues a mí en cuerpo y alma, para que yo haga lo que me plazca».

Si el mago se niega, se discutirán otras condiciones. Es posible que el espíritu diga: «Estaré a tu servicio mientras todos los viernes por la mañana salgas a la calle a dar limosna en nombre de Lucifer. Serás mío la primera vez que dejes de hacerlo».

Si el mago se sigue negando, porque se da cuenta de que el demonio hará que le resulte imposible atenerse al contrato, se discutirán otros

términos, hasta llegar finalmente a un pacto, que podría ser como sigue: «Por el presente me comprometo ante el Gran Espíritu Lucífugo, príncipe de los demonios, a que todos los años le entregaré un alma humana para que haga con ella lo que le plazca y a cambio Lucífugo se compromete a otorgarme los tesoros de la tierra y a cumplir todos mis deseos mientras dure mi vida natural. Si no consigo entregarle todos los años la ofrenda mencionada, le entregaré mi propia alma. Firmado: ...». [El invocador firma el pacto con su propia sangre.]

El pentáculo

Para el simbolismo, una figura invertida siempre significa un poder depravado. Una persona corriente ni siquiera sospecha las propiedades ocultas de los pentáculos emblemáticos. Al respecto ha escrito el gran Paracelso: «No cabe duda de que muchos se burlarán de los sellos, sus caracteres y sus usos, como se describen en estos libros, porque les resulta increíble que los metales y los caracteres, que están muertos, produzcan algún efecto. Sin embargo, nadie ha demostrado jamás que los metales y tampoco que los caracteres, como los conocemos, estén muertos, porque las sales, el azufre y las quintaesencias de los metales son lo que mejor conserva la vida humana y son muy superiores a todas las demás plantas herbáceas con propiedades medicinales». (Traducido del original alemán.)

El mago negro no puede usar los símbolos de la magia blanca sin atraer sobre sí las fuerzas de la magia blanca, lo cual resultaría fatal para sus planes, de modo que tiene que distorsionar los hierogramas para que tipifiquen el hecho oculto de que él mismo está distorsionando los principios que los símbolos representan. La magia negra no es un arte fundamental, sino el uso incorrecto de un arte. Por consiguiente, no tiene símbolos propios, sino que se limita a tomar las figuras emblemáticas de la magia blanca y, al invertirlas y darles vuelta, se entiende que es siniestra.

Encontramos un buen ejemplo de esta práctica en el pentáculo, o estrella de cinco puntas, compuesta por cinco líneas unidas. Esta figura es el símbolo consagrado de las artes mágicas y representa las cinco propiedades del Gran Agente Mágico, los cincos sentidos del hombre, los cinco elementos de la naturaleza y las cinco extremidades del cuerpo humano. Mediante el pentáculo que hay dentro de su propia alma,

el hombre no solo puede dominar y gobernar a todas las criaturas inferiores a sí mismo, sino que puede pedir la consideración de las que son superiores a él.

El pentáculo se utiliza mucho en la magia negra, pero cuando se usa así, su forma siempre difiere en alguna de las tres formas siguientes: es posible que la estrella se interrumpa en algún punto, de modo que las líneas convergentes no se toquen, o que esté invertida, de modo que tenga una punta hacia abajo y dos hacia arriba, o que esté deformada y que las puntas tengan distinta longitud. Cuando se usa en magia negra, el pentáculo recibe el nombre de «signo de la pezuña hendida», o la huella del diablo. A la estrella con dos puntas hacia arriba se la llama también la «cabra de Mendes», porque la estrella invertida tiene la misma forma que la cabeza de una cabra. Cuando se gira la estrella vertical y la punta superior queda hacia abajo, representa la caída de la estrella de la mañana.

XXIII

Los elementos y sus habitantes

La exposición más lúcida y completa sobre pneumatología (la rama de la filosofía que trata de la sustancia espiritual) que existe se debe a Philipus Aureolus Paracelsus (Theophrastus Bombastus von Hohenheim), príncipe de los alquimistas y de los filósofos herméticos y verdadero poseedor del secreto real (la piedra filosofal y el elixir de la vida). Paracelso creía que cada uno de los cuatro elementos primarios conocidos por los antiguos (la tierra, el fuego, el aire y el agua) estaba compuesto por un principio sutil y vaporoso y una sustancia corpórea basta.

Por consiguiente, el aire tiene una naturaleza doble: está compuesto por una atmósfera tangible y por un sustrato volátil intangible al que podemos llamar «aire espiritual». El fuego es visible e invisible, discernible e indiscernible: una llama espiritual y etérea que se manifiesta a través de una llama material y sustancial. Si continuamos con la analogía, el agua es un líquido denso y una esencia potencial de naturaleza fluida. La tierra también tiene dos partes esenciales: la inferior es fija, terrenal e inmóvil y la superior es enrarecida, móvil y virtual. En general se aplica el nombre de «elementos» a las fases inferiores o físicas de estos cuatro principios primarios y la expresión «esencias elementales», a sus correspondientes constituciones invisibles y espirituales. Los minerales, las plantas, los animales y los hombres viven en un mundo compuesto por el aspecto basto de estos cuatro elementos y a partir de sus distintas combinaciones construyen sus organismos vivos.

Henry Drummond, en *La ley natural en el mundo espiritual*, describe este proceso de la siguiente manera: «Si analizamos este punto material en el que comienza toda la vida, veremos que consiste en una sus-

tancia gelatinosa y amorfa, semejante a la albúmina, o la clara de huevo. Está compuesta de carbono, hidrógeno, oxígeno y nitrógeno, se llama "protoplasma" y no solo es la unidad estructural con la que empiezan en la vida todos los cuerpos vivos, sino aquella de la que se componen posteriormente. "El protoplasma —dice Huxley—, simple o con núcleo, es la base formal de toda la vida. Es la arcilla del alfarero"».

El elemento agua de los filósofos antiguos se ha convertido en el hidrógeno de la ciencia moderna; el aire se ha convertido en oxígeno; el fuego, en nitrógeno, y la tierra, en carbono.

Así como la naturaleza visible está poblada por una cantidad infinita de criaturas vivas, en el equivalente invisible y espiritual de la naturaleza visible (compuesta por los principios tenues de los elementos visibles) viven, según Paracelso, gran cantidad de seres peculiares, a los que ha dado el nombre de elementales y que posteriormente se han llamado espíritus de la naturaleza. Paracelso clasificaba a aquellos seres elementales en cuatro grupos distintos, que él llamaba gnomos, ondinas, silfos y salamandras. Enseñaba que en realidad eran seres vivos, que muchos se parecían a los seres humanos por su forma y que habitaban sus propios mundos, desconocidos para el hombre, porque sus sentidos, como no estaban bien desarrollados, no podían funcionar más allá de las limitaciones de los elementos más bastos.

Las civilizaciones de Grecia, Roma, Egipto, China e India creían de forma implícita en sátiros, duendecillos y trasgos y poblaban el mar de sirenas, los ríos y fuentes de ninfas, el aire de hadas, el fuego de lares y penates y la tierra de faunos, dríadas y hamadríades. A estos espíritus de la naturaleza se los tenía en altísima estima y se les hacían ofrendas propiciatorias. De vez en cuando, como consecuencia de las condi-



DE *AUSLEGUNG VON 30 MAGISCHEN FIGUREN* DE PARACELSO

LA SALAMANDRA SEGÚN PARACELSO
Los egipcios, los caldeos y los persas a menudo confundían a las salamandras con dioses, por su esplendor radiante y su inmenso poder. Los griegos, siguiendo el ejemplo de otros pueblos anteriores, deificaban a los espíritus del fuego y en su honor siempre mantenían incienso y el fuego de los altares encendidos.

ciones atmosféricas o de la sensibilidad peculiar de los devotos, se volvían visibles. Muchos autores escribieron acerca de ellos en términos que demuestran que realmente habían visto a aquellos habitantes de los reinos más perfectos de la naturaleza. Varios expertos opinan que muchos de los dioses que los paganos adoraban eran elementales, porque se supone que algunos de aquellos seres invisibles tenían una estatura imponente y un porte magnífico.

Los griegos llamaban *daemon* a algunos de estos elementales, sobre todo a los de los órdenes superiores, y los adoraban. Es probable que el más famoso de aquellos *daemons* fuese el espíritu misterioso que instruyó a Sócrates y del cual el gran filósofo hablaba en términos de lo más elevados. Los que han estudiado a fondo la constitución invisible del hombre se dan cuenta de que es bastante probable que el *daemon* de Sócrates y el ángel de Jakob Böhme en realidad no fueran elementales, sino la propia naturaleza divina que predominaba en aquellos filósofos. En sus notas al *Apuleius on the God of Socrates*, Thomas Taylor afirma lo siguiente:

> Como el *daemon* de Sócrates pertenecía, sin duda, al máximo orden, por lo que se deduce de la superioridad intelectual de Sócrates con respecto a la mayoría de los hombres, se justifica que Apuleyo llame Dios a este *daemon*. Que el *daemon* de Sócrates era, efectivamente, divino, resulta evidente a partir del testimonio del propio Sócrates en el primer *Alcibíades*, porque, en el transcurso de aquel diálogo, dice con toda claridad: "Hace mucho que opino que el Dios todavía no me ha ordenado que mantenga ninguna conversación contigo". Y en la *Apología de Sócrates* manifiesta, sin dejar lugar a dudas, que a su *daemon* le corresponde una trascendencia divina y que considera que figura en el orden de los *daemons*.

En una época se pensaba que los elementos invisibles que rodeaban la tierra y se compenetraban con ella estaban poblados por seres vivos e inteligentes, pero la idea puede resultar ridícula para la prosaica mente actual. Sin embargo, algunos de los principales intelectos del mundo se han mostrado a favor de esta doctrina. Los silfos de Facius Cardane, el filósofo milanés; la salamandra que vio Benvenuto Cellini; la olla de san Antonio, y *le petit homme rouge* (el hombrecillo o gnomo rojo) de Napoleón Bonaparte han hallado un lugar en las páginas de la historia.

La literatura también ha perpetuado el concepto de los espíritus de la naturaleza. El travieso Puck de *El sueño de una noche de verano,* de Shakespeare; los elementales del poema rosacruz *El bucle arrebatado,* de Alexander Pope; las criaturas misteriosas del *Zanoni,* de lord

Lytton; la inmortal Campanilla de James Barrie, y los famosos jugadores de bolos que Rip van Winkle encontró en las montañas Catskill son personajes conocidos para los literatos. En el folclore y en la mitología de todos los pueblos abundan las leyendas relacionadas con estas misteriosas figurillas que rondan viejos castillos, vigilan tesoros en las profundidades de la tierra y construyen su hogar bajo la vasta protección de los hongos. Las hadas son un placer para los niños, al que la mayoría de ellos renuncia a regañadientes. No hace mucho, las principales mentes del mundo creían en la existencia de las hadas y todavía se sigue discutiendo si Platón, Sócrates y Jámblico estaban equivocados cuando reconocieron su realidad.

Para describir las sustancias que constituyen el cuerpo de los elementales, Paracelso dividía la carne en dos tipos: por un lado, la que todos hemos heredado de Adán, que es la carne visible y corpórea, y, por el otro, la que no desciende de Adán y que, al estar más atenuada, no estaba sujeta a las limitaciones de aquella. El cuerpo de los elementales estaba compuesto de esta carne transustancial. Paracelso afirmaba que hay tanta diferencia entre el cuerpo de los hombres y el de los espíritus de la naturaleza como la que hay entre la materia y el espíritu.

«Sin embargo —añade—, los elementales no son espíritus, porque tienen carne, sangre y huesos; viven y tienen hijos; comen y hablan, actúan y duermen, etcétera, de modo que, en realidad, no podemos considerarlos "espíritus", sino que son seres que ocupan un lugar intermedio entre los hombres y los espíritus, semejantes a los hombres y a los espíritus, semejantes a los hombres y las mujeres por su organización y su forma, y semejantes a los espíritus por la rapidez de sus movimientos.» (*De occulta philosophia*, traducido por Franz Hartmann.) Más adelante, el mismo autor llama a estas criaturas *composita*, por cuanto la sustancia de la que están hechas parece una mezcla de espíritu y materia. Emplea el color para explicar la idea. Por ejemplo, de la combinación de azul y rojo se obtiene el morado, un color nuevo que no se parece a ninguno de los otros dos y, sin embargo, está compuesto por ellos. Lo mismo ocurre con los espíritus de la naturaleza: no se parecen a las criaturas espirituales ni a los seres materiales y, sin embargo, están compuestos de una sustancia que podemos llamar «materia espiritual», o éter.

Paracelso añade también que, si bien el hombre está compuesto de varias naturalezas (espíritu, alma, mente y cuerpo) combinadas en una sola unidad, el elemental no tiene más que un solo principio: el éter del cual está compuesto y en el cual vive. Recuerde el lector que por éter se

entiende la esencia espiritual de uno de los cuatro elementos. Existen tantos éteres como elementos y tantas familias distintas de espíritus de la naturaleza como éteres. Estas familias están completamente aisladas en su propio éter y no tienen ninguna relación con los moradores de los demás éteres; sin embargo, como dentro de su propia naturaleza el hombre posee centros de conciencia sensibles a los impulsos de los cuatro éteres, cualquiera de los reinos elementales se puede comunicar con él, si se cumplen las condiciones adecuadas.

Los espíritus de la naturaleza no pueden ser destruidos por los elementos materiales más toscos, como el fuego, la tierra, el aire o el agua, porque actúan a una velocidad de vibración superior a la de las sustancias terrestres. Al estar compuestos de un solo elemento o principio (el éter en el cual funcionan), no poseen un espíritu inmortal y al morir se limitan a desintegrarse y a regresar al elemento del cual se habían diferenciado. Después de la muerte no se conserva una conciencia individual, porque no existe ningún vehículo superior que la contenga. Al estar hechos de una sola sustancia, no hay fricción entre los vehículos, con lo cual sus funciones corporales no producen demasiado desgaste, de modo que viven hasta una edad avanzada. Los que están compuestos del éter terrestre son los que menos viven y los compuestos del éter del aire, los que más. La duración media de la vida está entre los trescientos y los mil años. Paracelso sostenía que viven en condiciones similares a nuestros ambientes terrestres y que en cierto modo están sujetos a enfermedades. Se cree que estas criaturas no se pueden desarrollar espiritualmente, aunque la mayoría de ellas son de una moralidad elevada.

Con respecto a los éteres elementales en los que existen los espíritus de la naturaleza, Paracelso escribió: «Viven en los cuatro elementos: las ninfas en el elemento del agua, los silfos en el del aire, los pigmeos en la tierra y las salamandras en el fuego. También se los llama ondinas, silvestres, gnomos, vulcanos, etcétera. Cada especie se mueve solo en el elemento al que pertenece y ninguna de ellas puede salir del elemento correspondiente, que para ellos es como el aire para nosotros o el agua para los peces, y ninguna puede vivir en el elemento que corresponde a otra clase. Para cada ser elemental, el elemento en el que vive es transparente, invisible y respirable, como lo es la atmósfera para nosotros». (*De occulta philosophia*, traducido por Franz Hartmann.)

El lector ha de procurar no confundir los espíritus de la naturaleza con las auténticas ondas de vida que se desenvuelven en los mundos in-

visibles. Mientras que los elementales están compuestos por una sola esencia etérica (o atómica), los ángeles, los arcángeles y otros seres superiores y trascendentales poseen organismos complejos, formados por una naturaleza espiritual y una cadena de vehículos para expresar dicha naturaleza, que no difiere demasiado de la humana, aunque sin incluir el cuerpo físico con sus correspondientes limitaciones.

A la filosofía de los espíritus de la naturaleza se le suele atribuir un origen oriental, probablemente brahmánico, y Paracelso obtuvo su conocimiento de ellos de los sabios orientales con los que estuvo en contacto durante su vida de andanzas filosóficas. Los egipcios y los griegos recogieron información de la misma fuente. A continuación, vamos a considerar por separado las cuatro divisiones principales de los espíritus de la naturaleza según las enseñanzas de Paracelso y el abate de Villars y los escasos escritos disponibles de otros autores.

Los gnomos

Los elementales que viven en el cuerpo atenuado de la tierra llamado el éter terrestre se agrupan bajo el título general de gnomos. (Es probable que el nombre derive del griego *genomus*, que significa «habitante de la tierra». Véase el *New English Dictionary*.)

Así como en los elementos físicos objetivos de la naturaleza se desenvuelven seres humanos de muchas clases, en el cuerpo etéreo subjetivo de la naturaleza se desenvuelven muchos tipos de gnomos. Estos espíritus de la tierra trabajan en un elemento tan próximo a la tierra material en velocidad de vibración que tienen un poder inmenso sobre sus rocas y su flora y también sobre los elementos minerales del reino animal y el humano. Algunos, como los pigmeos, trabajan con las piedras, las gemas y los metales y se supone que son los guardianes de los tesoros escondidos. Viven en cuevas, bien abajo, en lo que los escandinavos llamaban la tierra de los nibelungos.



DE *DEN AELDRE EDDAS GUDESANGE* DE GJELLERUP

GNOMOS CONVENCIONALES
El tipo de gnomo más común es el duende o elfo, una criatura pequeña, traviesa y grotesca, de entre treinta y cuarenta y cinco centímetros de altura, por lo general vestida de verde o de marron rojizo. La mayoría de ellos parecen muy ancianos, a menudo con largas barbas blancas, y una figura que tiende a la gordura. Se los puede ver salir corriendo de agujeros en los tocones de los árboles y a veces desaparecen disolviéndose realmente dentro del propio árbol.

En el magnífico ciclo operístico de Wagner *El anillo de los nibelungos*, Alberico se proclama rey de los pigmeos y obliga a estas pequeñas criaturas a reunir para él los tesoros ocultos bajo la superficie de la tierra.

Además de los pigmeos, hay otros gnomos, llamados duendecillos de los árboles y los bosques. A este grupo pertenecen los silvestres, los sátiros, los panes, las dríadas, las hamadríades, los durdalis, los elfos, los duendes y los viejos hombrecillos de los bosques. Paracelso afirma que los gnomos construían sus casas de sustancias que, por su constitución, se asemejaban al alabastro, el mármol y el cemento, aunque se desconoce la verdadera naturaleza de estos materiales, ya que no tienen equivalentes en la naturaleza física. Algunas familias de gnomos se agrupan en comunidades, mientras que otras son inherentes a las sustancias con las cuales y en las cuales trabajan. Por ejemplo, las hamadríades viven y mueren en las plantas o los árboles de los que forman parte. Se dice que todos los arbustos y flores poseen su propio espíritu de la naturaleza, que a menudo usa el cuerpo físico de la planta como morada. Los antiguos filósofos reconocían el principio de inteligencia que se manifestaba por igual en cada aspecto de la naturaleza y creían que el tipo de selección natural que manifestaban unas criaturas que no poseían mentalidades organizadas en realidad expresaba las decisiones de los propios espíritus de la naturaleza.

C. M. Gayley, en *The Classic Myths*, afirma lo siguiente: «Una característica agradable del paganismo antiguo era que le gustaba buscar en cada acción de la naturaleza la mano de la divinidad. La imaginación de los griegos poblaba las regiones de la tierra y el mar de divinidades, a cuya intervención atribuía los fenómenos que nuestra filosofía atribuye a la ley natural». Por consiguiente, en nombre de la planta con la que actuaba, el elemental aceptaba y rechazaba elementos comestibles, depositaba en ellos materia colorante, conservaba y protegía la semilla y realizaba muchas otras funciones beneficiosas. Cada especie era atendida por un tipo diferente, pero adecuado, de espíritu de la naturaleza. Por ejemplo, los que trabajaban con arbustos venenosos tenían aspecto desagradable. Se dice que los espíritus de la naturaleza de la tóxica cicuta se parecen mucho a pequeños esqueletos humanos, cubiertos por una capa fina de carne semitransparente. Viven dentro de la cicuta y gracias a ella y, si se corta la planta, permanecen con los brotes rotos hasta que los dos mueren, aunque, mientras haya la menor evidencia de vida en el arbusto, este manifiesta la presencia del guardián elemental.

Los árboles grandes también tienen sus espíritus de la naturaleza, aunque su tamaño es mucho mayor que el de los elementales de las plantas más pequeñas. Las labores de los pigmeos incluyen el corte de los cristales en las rocas y la aparición de vetas en los minerales. Cuando los gnomos trabajan con animales o con seres humanos, su trabajo se limita a los tejidos correspondientes a su propia naturaleza; por consiguiente, trabajan con los huesos, que pertenecen al reino mineral, y los antiguos creían que era imposible reconstruir las extremidades rotas sin la colaboración de los elementales.

Los gnomos pueden ser de distintos tamaños: la mayoría son mucho más pequeños que los seres humanos, aunque algunos pueden cambiar de estatura según les plazca, como consecuencia de la movilidad extrema del elemento en el que actúan. Con respecto a ellos, el abate de Villars escribió lo siguiente: «La tierra está llena hasta bien cerca del centro de gnomos, personas de escasa estatura, que son los guardianes de los tesoros, los minerales y las piedras preciosas. Son ingeniosos, amigos del hombre y fáciles de gobernar».

No todos los expertos coinciden en cuanto a la amabilidad de los gnomos. Muchos afirman que son astutos y maliciosos, difíciles de manejar y traicioneros. No obstante, todos los autores reconocen que, cuando se gana su confianza, son fieles y cumplidores. Los filósofos y los iniciados del mundo antiguo recibían instrucciones con respecto a estos hombrecillos misteriosos y se les enseñaba a comunicarse con ellos y a conseguir su colaboración para las empresas de importancia. Sin embargo, siempre se advertía a los magos que no debían traicionar jamás la confianza de los elementales, porque, si lo hacían, las criaturas invisibles, actuando a través de la naturaleza subjetiva del hombre, podían provocarles disgustos interminables y, probablemente, incluso la muerte. En la medida en que el místico ayudara a los demás, los gnomos lo salvarían, pero si pretendía usar su ayuda egoístamente para obtener poder temporal, se volvían contra él con furia implacable y lo mismo ocurría si trataba de engañarlos.

Los espíritus de la tierra se reúnen en momentos determinados del año en grandes cónclaves, como sugiere Shakespeare en *El sueño de una noche de verano*, donde todos los elementales se congregan para manifestar su alegría por la belleza y la armonía de la naturaleza y la perspectiva de una cosecha excelente. Los gnomos están gobernados por un rey al que quieren y veneran; su nombre es Gob y por eso a sus súbditos los suelen llamar goblins. Los místicos medievales adjudica-

ban una esquina de la creación (uno de los puntos cardinales) a cada uno de los cuatro reinos de los espíritus de la naturaleza y, por su carácter terrenal, a los gnomos se les asignaba el Norte, el lugar que los antiguos consideraban el origen de la oscuridad y la muerte. También se asignaba a los gnomos una de las cuatro divisiones principales del temperamento humano y, como muchos de ellos vivían en la oscuridad de las cavernas y en la penumbra de los bosques, decían que su carácter era melancólico, sombrío y abatido, lo cual no significa que esta sea su manera de ser, sino, más bien, que tienen un control especial sobre elementos de una consistencia similar.

Los gnomos se casan y tienen familias y a las de sexo femenino se las llama «gnómidas». Algunos llevan ropas tejidas con los elementos en los que viven. En otros casos, su indumentaria forma parte de ellos mismos y crece con ellos, como el pelaje de los animales. Se dice que tienen un apetito insaciable y que pasan buena parte del día comiendo, pero que se ganan el pan trabajando con diligencia y a conciencia. La mayoría de ellos son bastante mezquinos y les gusta guardar cosas en lugares secretos. Existen muchas pruebas de que los niños pequeños los ven a menudo, porque su contacto con el aspecto material de la naturaleza todavía no es completo y siguen actuando más o menos conscientemente en los mundos invisibles.

Según Paracelso, «el hombre vive en los elementos exteriores y los elementales viven en los elementos interiores. Estos tienen sus propias viviendas y prendas de vestir, modales y hábitos, lenguas y gobiernos, de la misma forma en que las abejas tienen a sus reinas y las manadas de animales tienen a sus líderes». (*De occulta philosophia*, traducido por Franz Hartmann.)

Paracelso difiere un poco de los místicos griegos en cuanto a las limitaciones medioambientales que impone a los espíritus de la naturaleza. Para el filósofo suizo, están hechos de éteres invisibles sutiles. Según esta hipótesis, no serían visibles más que en momentos determinados y solo para quienes estén en comunicación con sus vibraciones etéreas. Los griegos, por el contrario, aparentemente creían que muchos espíritus de la naturaleza tenían una constitución material que podía actuar en el mundo físico. A menudo, el recuerdo de un sueño es tan vívido que, al despertar, uno realmente cree que ha tenido una experiencia física. Es posible que estas diferencias de opinión se deban a la dificultad para determinar con precisión dónde acaba la visión física y dónde comienza la visión etérea.

Sin embargo, ni siquiera esta explicación justifica satisfactoriamente el sátiro que, según san Jerónimo, fue capturado vivo durante el reinado de Constantino y expuesto al pueblo. Tenía forma humana y cuernos y patas de cabra. Después de su muerte, fue conservado en sal y fue llevado ante el emperador, para que fuera testigo de su existencia. (Cabe dentro de los límites de la probabilidad que este fenómeno fuera lo que la ciencia moderna conoce como «monstruosidad».)

Las ondinas

Así como los gnomos estaban limitados en su función al elemento tierra, las ondinas —nombre que se daba a la familia de los elementales del agua— actúan en la esencia invisible y espiritual llamada éter húmedo (o líquido). Su velocidad de vibración se aproxima a la del elemento agua y por eso las ondinas pueden controlar en gran medida el curso y la función de este líquido en la naturaleza. Parece que la belleza es la tónica de los espíritus del agua. Dondequiera que los encontremos representados en pinturas o esculturas, abundan en simetría y gracia. Como controlan el elemento agua, que siempre ha sido un símbolo femenino, resulta natural que los espíritus del agua se representen habitualmente con forma femenina.

Hay numerosos grupos de ondinas. Algunas viven en las cascadas, donde se pueden ver entre el rocío; otras son autóctonas de los ríos que corren con rapidez; algunas tienen su hábitat en terrenos pantanosos o marismas que chorrean o rezuman, mientras que otros grupos viven en los lagos transparentes de las montañas. Según los filósofos de la Antigüedad, cada fuente tiene su ninfa y cada ola del océano, su oceánida. Los espíritus del agua se conocían con nombres tales como oréades, nereidas, limoníades, náyades, sirenas y po-



DE *PRODIGIORUM AC OSTENTORUM CHRONICON* DE LYCOSTHENES

UNA SIRENA
Es probable que las ondinas más famosas fuesen las sirenas mitológicas, que, según los primeros navegantes, poblaban los siete mares. Es posible que la creencia en la existencia de estas criaturas —con la parte superior del cuerpo de forma humana y la inferior con apariencia de pez— se inspirara en bandadas de pingüinos vistos de lejos, o tal vez focas. En las descripciones medievales de las sirenas, también se decía que tenían el cabello verde como las algas y que llevaban coronas hechas con flores de plantas submarinas y anémonas de mar.

támides. Las ninfas a menudo derivaban su nombre de los arroyos, lagos o mares en los que moraban.

En su descripción, los antiguos coincidían en determinadas características destacadas. Por lo general, casi todas las ondinas se parecían mucho a los seres humanos en aspecto y tamaño, aunque las que vivían en arroyos y fuentes pequeñas tenían, como corresponde, proporciones más reducidas. Se creía que aquellos espíritus del agua en ocasiones podían adoptar la apariencia de seres humanos normales y que llegaban a relacionarse con hombres y mujeres. Abundan las leyendas sobre estos espíritus y su adopción por parte de familias de pescadores, pero en casi todos los casos las ondinas oían la llamada de las aguas y regresaban al reino de Neptuno, el rey del mar.

No se sabe casi nada acerca de las ondinas masculinas. Los espíritus del agua no establecían hogares a la manera de los gnomos, sino que vivían en cavernas de coral debajo del agua o entre los juncos que crecen en las márgenes de los ríos o a orillas de los lagos. Entre los celtas hay una leyenda que dice que, antes de la llegada de sus habitantes actuales, Irlanda estaba poblada por una raza extraña de criaturas semidivinas que, al llegar los celtas modernos, se retiraron a las marismas y los terrenos pantanosos, donde permanecen hasta hoy. Unas ondinas diminutas vivían bajo las hojas de los nenúfares y en casitas de musgo salpicadas por las cascadas. Las ondinas trabajaban con las esencias vitales y los líquidos de las plantas, los animales y los seres humanos, y estaban presentes en todo lo que contuviera agua. Cuando se dejaban ver, por lo general se parecían a las diosas de la estatuaria griega. Surgían del agua envueltas en la neblina y no podían existir mucho tiempo lejos de ella.

Existen muchas familias de ondinas, cada una con sus propias limitaciones. Es imposible hablar aquí de todas ellas en detalle. Aman y honran a su reina, Necksa, a la que sirven incansablemente. Se dice que son vitales y a ellas se ha dado como trono la esquina occidental de la creación. Son seres bastante emotivos, amistosos con la vida humana y aficionados a servir a la humanidad. A veces se representan a lomos de delfines o de otros peces grandes y parecen sentir un afecto especial por las flores y las plantas, a las que sirven casi con tanta devoción e inteligencia como los gnomos. Los poetas antiguos decían que los cantos de las ondinas sonaban en el viento del oeste y que su vida estaba consagrada al embellecimiento de la tierra material.

Las salamandras

El tercer grupo de elementales es el de las salamandras, o espíritus del fuego, que viven en el éter espiritual atenuado que es el elemento fuego invisible de la naturaleza. Sin ellas no puede existir el fuego material; no se puede encender una cerilla y el pedernal o el acero no producen chispas sin la ayuda de una salamandra, que aparece enseguida —eso creían los místicos medievales—, evocada por la fricción. El hombre no se puede comunicar bien con las salamandras, debido al elemento abrasador en el que viven, porque todo se reduce a cenizas en su presencia. Con mezclas especiales de plantas aromáticas y perfumes, los filósofos del mundo antiguo fabricaban muchos tipos de incienso. Los vapores que surgían al quemar incienso eran especialmente adecuados como medio de expresión de estos elementales, que hacían sentir su presencia al tomar el efluvio etéreo del humo del incienso.

Las salamandras son tan variadas en cuanto a sus agrupaciones y sus arreglos como las ondinas o los gnomos. Constituyen muchas familias, que difieren en su aspecto, su tamaño y su categoría. Algunas veces se las podía ver como bolitas de luz. Dice Paracelso: «Se han visto salamandras en forma de bolas ardientes o lenguas de fuego, corriendo por los campos o escudriñando en las casas». (*De occulta philosophia*, traducido por Franz Hartmann.)

En opinión de los investigadores medievales de los espíritus de la naturaleza, lo más habitual era que la salamandra tuviera forma de lagarto, de unos treinta centímetros de largo o algo más, y que se viera como una *Urodela* resplandeciente, retorciéndose y arrastrándose en medio del fuego. Otro grupo se describía como inmensos gigantes llameantes con ropas sueltas, protegidos con planchas de una armadura ardiente. Algunos expertos medievales, como el abate de Villars, sostenían que Zaratustra (Zoroastro) era hijo de Vesta —se suponía que había sido la esposa de Noé— y la gran salamandra Oromasis. Por eso, a partir de aquel entonces se han mantenido fuegos imperecederos en los altares persas en honor del padre llameante de Zaratustra.

La subdivisión más importante de las salamandras era la de los Acthnici, unas criaturas que solo aparecían como globos poco definidos. Se suponía que flotaban sobre el agua por la noche y de vez en cuando aparecían como llamas ramificadas en los mástiles y las jarcias de los barcos (el fuego de san Telmo). Las salamandras eran los elementales más fuertes y más poderosos y estaban regidas por un espíritu llamean-

te espléndido llamado Djin, que tenía un aspecto terrible e imponente. Las salamandras eran peligrosas y se advertía a los sabios que no se acercaran a ellas, ya que las ventajas derivadas de estudiarlas a menudo no compensaban el precio que había que pagar. Como los antiguos asociaban el calor con el Sur, esta esquina de la creación se asignaba a las salamandras como trono y ellas ejercían una influencia especial sobre todos los seres que tenían un temperamento fogoso o apasionado. Tanto en los animales como en el hombre, las salamandras actúan a través de la naturaleza emocional, por medio del calor corporal, el hígado y el torrente sanguíneo. Sin su ayuda, no habría calor.

Los silfos

Aunque los sabios decían que la cuarta clase de elementales, o silfos, vivían en el elemento aire, no se referían con esto a la atmósfera natural de la tierra, sino al medio espiritual, invisible e intangible: una sustancia etérea con una composición semejante a la de nuestra atmósfera, pero mucho más sutil. En el último discurso de Sócrates, que Platón conserva en su *Fedón*, el filósofo condenado dice lo siguiente:

«Y hay sobre la tierra animales y hombres, algunos en una región intermedia, mientras que otros [los elementales] viven en torno al aire, como nosotros vivimos en torno al mar; otros, en islas alrededor de las cuales fluye el aire, cerca del continente; en una palabra, ellos usan el aire como nosotros usamos el agua y el mar y para ellos el éter es lo que el aire para nosotros. Además, gracias a la disposición de sus estaciones, no padecen enfermedades [Paracelso lo niega] y viven mucho más que nosotros y tienen la vista, el oído y el olfato y todos los demás sentidos mucho más desarrollados, en la misma medida en que el aire es más puro que el agua o el éter que el aire. También poseen templos y lugares sagrados en los que realmente viven los dioses y escuchan sus voces y reciben sus respuestas y son conscientes de ellos y mantienen conversaciones con ellos y observan el sol, la luna y las estrellas como realmente son y sus demás bienaventuranzas son del mismo estilo que esta.» Aunque se creía que los silfos vivían entre las nubes y en el aire que los rodeaba, su verdadero hogar estaba situado en las cimas de las montañas.

En sus notas editoriales a *Las ciencias ocultas* de Salverte, Anthony Todd Thomson escribe lo siguiente: «Es evidente que las hadas son de

origen escandinavo, aunque se supone que la palabra *fairy** deriva o, mejor dicho, es una variante del persa *pari*, un ser imaginario bienhechor, cuya misión consiste en proteger a los hombres de las maldiciones de los espíritus malignos; sin embargo, es más probable que remita al gótico *fagur*, así como los elfos derivan de alfa, la denominación general de toda la tribu. Si se admite tal derivación del nombre de las hadas, podemos datar el comienzo de la creencia popular en las hadas británicas en el período de la conquista danesa. Se creía que eran seres aéreos diminutos, hermosos, vivaces y beneficiosos en su relación con los mortales y que vivían en una región llamada «el país de las hadas», o Alfheinner; por lo general, aparecían de vez en cuando sobre la tierra y dejaban rastros de sus visitas, en forma de hermosos aros verdes, en los lugares donde habían pisado el césped cubierto de rocío en sus danzas a la luz de la luna».

Los antiguos atribuían a los silfos la tarea de modelar los copos de nieve y de reunir las nubes; lograban esto último con la ayuda de las ondinas, que proporcionaban la humedad. Los vientos eran su vehículo particular y los antiguos los llamaban espíritus del aire. Son los más elevados de todos los elementales y su elemento original es el que tiene la velocidad de vibración más alta. Viven cientos de años y a menudo llegan a los mil, sin mostrar ninguna señal de envejecimiento. El jefe de los silfos se llama Paralda y de él se dice que vive en la montaña más alta de la tierra. Los silfos femeninos reciben el nombre de sílfides.

Se cree que los silfos, las salamandras y las ninfas tenían mucho que ver con los oráculos de los antiguos; en realidad, eran los únicos que hablaban desde las profundidades de la tierra y desde el aire.

Algunas veces, los silfos adoptan forma humana, aunque parece que solo por poco tiempo. Su tamaño varía, si bien en la mayoría de los casos no son más grandes que los seres humanos y a menudo mucho más pequeños. Dicen que los silfos aceptan seres humanos en sus comunidades y que les permiten vivir en ellas bastante tiempo; de hecho, Paracelso escribió al respecto, aunque, evidentemente, no pudo haber ocurrido mientras el forastero humano conservaba su cuerpo físico. Algunos creen que las musas de los griegos eran silfos, porque se dice que estos espíritus se congregan en torno a la mente del soñador, el poeta y el artista y lo inspiran con su conocimiento profundo de la belleza y el funcionamiento de la naturaleza. Se adjudicaba a los silfos la esquina

* «Hada» en inglés. *(N. de la T.)*

oriental de la creación. Su carácter es alborozado, cambiante y excéntrico. Parece que las peculiaridades que abundan entre los hombres geniales se deben a su colaboración con los silfos, cuya ayuda lleva implícita la falta de coherencia de estos seres. Los silfos actúan con los gases del cuerpo humano e, indirectamente, con el sistema nervioso, donde también se nota su inconstancia. No tienen domicilio fijo, sino que vagan de un lugar a otro: son nómadas elementales, poderes invisibles, pero siempre presentes en la actividad inteligente del universo.

Observaciones generales

Algunos de los antiguos discrepaban de Paracelso y compartían la opinión de que los reinos elementales eran capaces de luchar entre ellos; además, reconocían en los enfrentamientos de los elementos los desacuerdos entre estos reinos de los espíritus de la naturaleza. Cuando caía un rayo sobre una roca y la partía, creían que las salamandras estaban atacando a los gnomos. Como no se podían atacar entre sí en el plano de su propia esencia etérica, porque no había correspondencia vibratoria entre los cuatro éteres de los que estaban compuestos estos reinos, tenían que atacar a través de un denominador común, es decir, la sustancia material del universo físico en el cual ejercían cierta cantidad de poder.

También se libraban guerras dentro de los propios grupos: un ejército de gnomos atacaba a otro y estallaba entre ellos una guerra civil. Los filósofos de antaño resolvían los problemas de las aparentes contradicciones de la naturaleza mediante la individualización y la personificación de todas sus fuerzas, a las que atribuían un carácter bastante parecido al humano, y a continuación esperaban que manifestaran las típicas contradicciones humanas. Se asignaban los cuatro signos fijos del Zodíaco a los cuatro reinos de los elementales. Se decía que los gnomos tenían la naturaleza de Tauro; las ondinas, la naturaleza de Escorpio; las salamandras eran ejemplos de la constitución de Leo, mientras que los silfos manipulaban las emanaciones de Acuario.

El cristianismo reunía a todos los seres elementales bajo el título de «demonio», un nombre poco apropiado que ha tenido consecuencias de gran alcance, porque para la persona corriente la palabra «demonio» quiere decir algo malo y los espíritus de la naturaleza no son, en esencia, más malignos que los minerales, los vegetales y los animales.

Muchos de los primeros Padres de la Iglesia afirmaban que se habían reunido y habían debatido con los elementales.

Como ya hemos dicho, los espíritus de la naturaleza no tienen esperanza de conseguir la inmortalidad, aunque algunos filósofos han sostenido que, en casos aislados, les otorgaron la inmortalidad algunos adeptos e iniciados que conocían determinadas sutilezas de los mundos invisibles. Del mismo modo en que se produce la desintegración en el mundo físico, también existe en el equivalente etéreo de la sustancia física. En condiciones normales, al morir, un espíritu de la naturaleza se limita a regresar a la esencia primaria transparente de la cual se había diferenciado en un principio. Si se produce algún crecimiento evolutivo, solo queda registrado en la conciencia de esa esencia, o elemento, primario, y no en el ser diferenciado temporalmente del elemental. Por carecer del organismo complejo y de los vehículos espirituales e intelectuales del hombre, los espíritus de la naturaleza son infrahumanos en su inteligencia racional, pero de sus funciones —limitadas a un solo elemento— se obtiene un tipo de inteligencia especializada que supera considerablemente al hombre en las líneas de investigación peculiares al elemento en el cual existen.

Los Padres de la Iglesia han aplicado indiscriminadamente a los elementales los nombres de «íncubos» y «súcubos». Sin embargo, los íncubos y los súcubos son creaciones malvadas y antinaturales, mientras que «elementales» es un nombre genérico para todos los habitantes de las cuatro esencias elementales. Según Paracelso, los íncubos y los súcubos (que son masculinos y femeninos, respectivamente) son criaturas parásitas que subsisten en los pensamientos y las emociones negativos del cuerpo astral. Estos términos se aplican también a los organismos superfísicos de los hechiceros y los magos negros. Si bien estas *larvae* no tienen nada de seres imaginarios, son, a pesar de todo, fruto de la imaginación. Para los sabios antiguos eran la causa invisible del vicio, porque rondan en los éteres que rodean a las personas débiles moralmente y sin cesar las incitan a cometer excesos degradantes. Por este motivo, frecuentan el ambiente de antros, tugurios y burdeles, donde se aferran a los desventurados que se han entregado a la iniquidad. Al dejar que sus sentidos se insensibilicen como consecuencia del abuso de drogas que crean dependencia o de estimulantes alcohólicos, el individuo se pone en contacto temporalmente con estos habitantes del plano astral. Las huríes que ven los adictos al hachís o al opio y los monstruos horribles que atormentan a quienes padecen de delírium trémens son

ejemplos de seres submundanos que solo son visibles para aquellos que, con sus prácticas maléficas, los atraen como un imán.

Quien difiere por completo de los elementales y también de los íncubos y los súcubos es el vampiro, al que Paracelso define como el cuerpo astral de alguien vivo o muerto (por lo general, este último estado). Para prolongar su existencia en el plano físico, el vampiro roba a los vivos su energía vital y la usa indebidamente para sus propios fines.

En su *De Ente Spirituali*, Paracelso escribe lo siguiente acerca de estos seres malignos: «Ninguna persona sana y pura puede obsesionarse con ellos, porque tales *larvae* solo pueden afectar a los seres humanos si estos les hacen sitio en su mente. Una mente sana es un castillo que no se puede invadir si su amo no lo quiere; pero si se les permite entrar, despiertan las pasiones de hombres y mujeres, crean ansias en ellos, provocan malos pensamientos que causan perjuicios en el cerebro; agudizan el intelecto animal y ahogan el sentido moral. Los espíritus del mal solo obsesionan a aquellos seres humanos en los que predomina la animalidad. No se pueden poseer las mentes que están iluminadas por el espíritu de la verdad; solo se pueden someter a su influencia aquellas que habitualmente se rigen por sus propios impulsos inferiores». (Véase *Paracelsus*, de Franz Hartmann.)

Un concepto extraño y que diverge en cierto modo de lo convencional es el desarrollado por el conde de Gabalis con respecto a la inmaculada concepción, es decir, que representa la unión de un ser humano con un elemental. Entre la prole que resulta de tales uniones menciona a Hércules, Aquiles, Eneas, Teseo, Melquisedec, el divino Platón, Apolonio de Tiana y el mago Merlín.

XXIV

Farmacología, química y terapéutica herméticas

El arte de la curación era, en un principio, una de las ciencias secretas de la clase sacerdotal y el misterio de sus orígenes se esconde tras el mismo velo que oculta la génesis de la creencia religiosa. Todas las formas superiores de conocimiento estaban, al comienzo, en poder de las castas sacerdotales. El templo fue la cuna de la civilización. Los sacerdotes, en ejercicio de su prerrogativa divina, dictaban las leyes y las hacían cumplir, nombraban a los gobernantes y los controlaban, se ocupaban de las necesidades de los vivos y guiaban el destino de los muertos. El clero monopolizaba todas las ramas del saber y solo admitía entre sus filas a quienes reunían las cualidades intelectuales y morales necesarias para perpetuar sus arcanos. La siguiente cita, tomada de *El político* de Platón, tiene que ver con esta cuestión: «[...] en Egipto, no se permite reinar al propio rey, a menos que tenga poderes sacerdotales, y si perteneciera a otra clase y hubiese llegado al trono mediante la violencia, debe formar parte del clero».

Los candidatos que aspiraban a ser miembros de las órdenes religiosas eran sometidos a duras pruebas —llamadas «iniciaciones»— para demostrar que eran dignos. Los sacerdotes aceptaban como hermanos a quienes lograban superarlas y los instruían en las enseñanzas secretas. Entre los antiguos, la filosofía, la ciencia y la religión nunca se consideraban por separado, sino que cada una se tomaba como una parte esencial del todo. La filosofía era científica y religiosa; la ciencia era filosófica y religiosa, y la religión era filosófica y científica. La sabiduría perfecta se consideraba inalcanzable, a menos que se armonizaran estas tres expresiones de la actividad mental y moral.

Si bien los médicos modernos reconocen a Hipócrates como padre de la medicina, los antiguos *therapeutae* atribuían al Hermes inmortal la distinción de ser el fundador del arte de curar. San Clemente de Alejandría, al describir los libros atribuidos a la pluma de Hermes, dividió los escritos sagrados en seis clasificaciones generales, una de las cuales, el *Pastophorus*, estaba dedicada a la ciencia de la medicina. La *Smaradgine*, o Tabla de Esmeralda, hallada en el valle del Hebro y en general atribuida a Hermes, en realidad es una fórmula química de una orden elevada y secreta.

Hipócrates, el famoso médico griego, durante el siglo V antes de Cristo desvinculó el arte de curar de las demás ciencias del templo y estableció de este modo un precedente de separación, una de cuyas consecuencias es el extremo materialismo científico tan difundido en la actualidad. Los antiguos se daban cuenta de la interdependencia de las ciencias, pero los modernos no y, en consecuencia, unos sistemas de conocimiento incompletos procuran mantener el individualismo aislado. Los obstáculos con los que se enfrenta actualmente la investigación científica se deben, en gran medida, a las limitaciones sesgadas impuestas por quienes no están dispuestos a aceptar nada que trascienda de las percepciones concretas de los cinco sentidos humanos principales.

El sistema de filosofía médica de Paracelso

Después de que se hiciera caso omiso de ellos durante mucho tiempo, durante la Edad Media se volvieron a reunir los axiomas y las fórmulas de la sabiduría hermética, se pusieron por escrito y se hicieron esfuerzos sistemáticos para comprobar su validez. A Theophrastus de Hohenheim, que respondía al nombre de Paracelso —que significa «más grande que Celso»—, debe el mundo gran parte del conocimiento que posee actualmente sobre los sistemas de medicina antiguos. Paracelso dedicó toda su vida a estudiar y presentar la filosofía hermética. Aprovechó todas las nociones y todas las teorías y, si bien los miembros de la fraternidad médica menosprecian hoy su memoria, como se opusieron entonces a su sistema, el mundo oculto sabe que en algún momento será reconocido como el médico supremo de todos los tiempos. Aunque sus enemigos no le perdonan su carácter heterodoxo y exótico y, por sus ansias de viajar, lo han llamado vagabundo, la suya fue una de las pocas mentes que procuraron conciliar con in-

teligencia el arte de curar con los sistemas filosóficos y religiosos del paganismo y el cristianismo.

Para defender su derecho a buscar el conocimiento en todas partes de la tierra y entre todas las clases sociales, Paracelso escribió lo siguiente: «Por lo tanto, considero que es para mí motivo de alabanza y no de culpa haber continuado hasta ahora y dignamente con mis vagabundeos. Por eso doy fe, con respecto a la naturaleza, de que quien la investigue deberá recorrer sus libros con los pies. Lo que está escrito no se ha investigado mediante sus cartas, sino en la naturaleza, de una tierra a otra, a veces en una tierra y otras veces en una hoja, puesto que así es el códice de la naturaleza y así hay que pasar sus páginas». (*Paracelsus,* de John Maxson Stillman.)

Paracelso fue un gran observacionista y quienes mejor lo conocieron lo llamaban «el segundo Hermes» y «el Trismegisto suizo». Recorrió Europa de cabo a rabo y es posible que penetrara en tierras orientales mientras buscaba supersticiones y descubría doctrinas supuestamente perdidas. Aprendió mucho de los gitanos acerca del uso de las plantas herbáceas con propiedades medicinales y, aparentemente, de los árabes sobre la fabricación de talismanes y sobre las influencias de los cuerpos celestes. Para él era mucho más importante curar a los enfermos que mantener una postura médica ortodoxa, de modo que sacrificó una carrera médica que podría haber llegado a ser digna y fue perseguido toda la vida por atacar implacablemente los sistemas terapéuticos de su época.

Su hipótesis fundamental era que todo lo que había en el universo era bueno para algo y por eso arrancaba hongos de las lápidas y recogía rocío en platillos de cristal a medianoche. Era un verdadero explorador de los arcanos de la naturaleza. Según muchos expertos, fue el descubridor del mesmerismo, que Mesmer desarrolló a partir del estudio de las obras de este gran médico suizo.

Sus propias palabras extravagantes nos proporcionan la mejor manera de expresar el absoluto desprecio que Paracelso sentía por los limitados sistemas médicos que estuvieron en boga durante su vida y su convencimiento de que eran inadecuados: «Sin embargo, la cantidad de enfermedades debidas a causas desconocidas es muy superior a las que proceden de causas mecánicas y para aquellas nuestros médicos no conocen ninguna cura, porque, al no conocer sus causas, no pueden hacerlas desaparecer. Lo único que les permite la prudencia es observar al paciente y elucubrar sobre su estado, y el paciente puede sentirse satis-

fecho si los medicamentos que le administran no le ocasionan daños graves ni impiden su restablecimiento. Los mejores de nuestros médicos populares son los que causan menos daño. Sin embargo, lamentablemente, algunos envenenan a sus pacientes con mercurio y otros los purgan o hacen que mueran desangrados. Algunos han aprendido tanto que su saber les ha hecho perder todo el sentido común, mientras que otros se preocupan mucho más de su propio provecho que de la salud de sus pacientes. Una enfermedad no cambia de estado para ajustarse a los conocimientos del médico, sino que el médico debería comprender las causas de la enfermedad. El médico debería estar al servicio de la naturaleza, en lugar de ser su enemigo; debe ser capaz de guiarla y dirigirla en su lucha por la vida, en lugar de ponerle, por su intromisión poco razonable, nuevos obstáculos en el camino de la recuperación». (Del *Paragranum*, traducido por Franz Hartmann.)

La teoría de que casi todas las enfermedades tienen origen en la naturaleza invisible del hombre (el *astrum*) es un precepto fundamental de la medicina hermética, porque si bien los herméticos no despreciaban en absoluto el cuerpo físico, creían que la constitución material del hombre era una emanación o una objetivación de sus principios espirituales invisibles. A continuación presentamos una reseña breve, pero —creemos— bastante completa, de los principios herméticos de Paracelso.

Existe una sola sustancia vital en la naturaleza, en la cual subsiste todo. Se llama *archaeus*, o fuerza vital, y es sinónimo de la luz astral o el aire espiritual de los antiguos. Con respecto a esta sustancia, Éliphas Lévi ha escrito lo siguiente: «La luz, el agente creador, cuyas vibraciones son el movimiento y la vida de todas las cosas; la luz, latente en el éter universal y radiante en torno a centros absorbentes, que, al saturarse de ella, proyectan a su vez movimiento y vida, formando así corrientes creativas; la luz, astralizada en las estrellas, animalizada en los animales, humanizada en los seres humanos; la luz, que vegeta en todas las plantas, reluce en los metales, produce todas las formas de la naturaleza y lo equilibra todo mediante las leyes de la simpatía universal: esta es la luz que muestra los fenómenos del magnetismo, que Paracelso descubrió, que tiñe la sangre, que se arroja desde el aire al ser inhalado y descargado por los fuelles herméticos de los pulmones». (*Historia de la magia*.)

Esta energía vital tiene origen en el cuerpo espiritual de la tierra. Todo objeto creado tiene dos cuerpos: uno visible y material y otro invisible y trascendente. Este último consiste en la contrapartida etérea

de la forma física; constituye el vehículo del *archaeus* y lo podemos llamar «cuerpo vital». Esta funda etérica no desaparece con la muerte, sino que permanece hasta que la forma física se desintegra por completo. Estos «dobles etéricos» que se ven en torno a los cementerios han dado lugar a la creencia en fantasmas. Como su sustancia es mucho más fina que la del cuerpo terrenal, el doble etérico es mucho más susceptible a los impulsos y a las disonancias. Las perturbaciones de este cuerpo de luz astral provocan buena parte de las enfermedades. Paracelso enseñaba que una persona con una actitud mental malsana puede envenenar su propia naturaleza etérica y que esta infección, al desviarse del flujo natural de la fuerza vital, aparece más adelante como una dolencia física. Todas las plantas y los minerales tienen una naturaleza invisible compuesta por este *archaeus*, pero cada uno la manifiesta de una forma diferente.

Con respecto a los cuerpos de luz astral de las flores, en 1650 Jacques Gaffarel escribió lo siguiente: «Respondo que, aunque se corten en trocitos, se machaquen en un mortero e incluso se quemen hasta reducirlas a cenizas, mantienen —por algún poder secreto y maravilloso de la naturaleza—, tanto en el jugo como en las cenizas, la misma forma y figura que tenían antes y, aunque no sea visible en ese momento, un artista puede, con arte, volverlas visibles a los ojos. Es posible que algunos —aquellos que solo leen los títulos de los libros— encuentren ridícula esta historia, pero quienes así lo deseen pueden verla confirmada, si recurren a las obras de M. du Chesne, S. de la Violette, uno de los mejores químicos que han dado nuestros tiempos, quien afirma que él mismo vio a un excelente médico polaco de Cracovia que guardaba en frascos las cenizas de casi todas las plantas conocidas, de modo que si alguien por curiosidad tenía deseos de ver alguna de ellas, por ejemplo, una rosa, en uno de sus frascos, él cogía el que contenía las cenizas de una rosa y lo sostenía sobre una vela encendida; en cuanto las cenizas comenzaban a sentir el calor, uno podía ver cómo empezaban a moverse y después se levantaban y se dispersaban por el frasco y uno observaba enseguida una especie de nubecilla negra, que se dividía en muchas partes, hasta que, finalmente, acababa por representar una rosa, pero tan bella, tan fresca y tan perfecta que uno habría pensado que era tan sólida y olorosa como las que crecen en un rosal». (*Vnheard-of curiosities concerning the talismanical sculpture of the Persians.*)

Según Paracelso, los trastornos del doble etérico eran la causa principal de enfermedad, de modo que trataba de volver a armonizar sus sustancias, poniéndolas en contacto con otros cuerpos cuya energía vital pu-

diese suministrarles los elementos necesarios o que tuviesen la fuerza suficiente para superar la enfermedad existente en el aura del enfermo. Al eliminarse así su causa invisible, la dolencia no tardaba en desaparecer.

Paracelso llamaba *mumia* al vehículo del *archaeus*, o fuerza vital. Un buen ejemplo de *mumia* física es la vacuna, que es el vehículo de un virus semiastral. Todo lo que sirviera como medio de transmisión del *archaeus*, ya sea orgánico o inorgánico, realmente físico o parcialmente espiritualizado, se denominaba *mumia*. La forma más universal de la *mumia* era el éter, que la ciencia moderna ha aceptado como una sustancia hipotética que actúa como medio entre el reino de la energía vital y el de la sustancia orgánica e inorgánica.

Resulta prácticamente imposible controlar la energía universal si no es a través de alguno de sus vehículos (la *mumia*). Un buen ejemplo de esto es la comida. El hombre no se nutre de animales muertos ni de organismos vegetales, pero cuando incorpora a su cuerpo sus estructuras, lo primero que hace es adquirir control sobre la *mumia*, o doble etérico, del animal o la planta. Una vez logrado este control, el organismo humano dirige el flujo del *archaeus* hacia sus propios usos. Paracelso afirma lo siguiente: «Lo que constituye la vida está dentro de la *mumia* y, al impartir la *mumia*, impartimos la vida». En esto consiste el secreto de las propiedades terapéuticas de los talismanes y los amuletos, porque la *mumia* de las sustancias de las cuales están compuestos actúa como un canal que conecta a la persona que los lleva con determinadas manifestaciones de la fuerza vital universal.

Según Paracelso, así como las plantas purifican la atmósfera al incorporar a su constitución el anhídrido carbónico que exhalan los animalesy los seres humanos, los vegetales y los animales aceptan los elementos de las enfermedades que les transmiten los seres humanos. Como estas formas de vida inferiores tienen organismos y necesidades diferentes de los humanos, a menudo son capaces de asimilar estas sustancias sin efectos negativos. Otras veces, la planta o el animal muere: se sacrifica para que sobreviva la criatura más inteligente y, por consiguiente, más útil. Paracelso descubrió que, en cualquiera de los dos casos, el paciente se iba aliviando poco a poco de su mal. Cuando la vida inferior había asimilado por completo la *mumia* ajena del paciente o, al no poder hacerlo, había muerto o se había desintegrado, se producía la recuperación completa. Hicieron falta muchos años de investigación para determinar cuáles eran las plantas o los animales que mejor aceptaban la *mumia* de cada una de las distintas enfermedades.

Paracelso descubrió que, muchas veces, la forma de las plantas indicaba los órganos del cuerpo humano para los que mejor servían. El sistema médico de Paracelso se basaba en la teoría de que, al extraer del organismo del paciente la *mumia* etérica enferma para incorporarla a la naturaleza de algún ser lejano e imparcial de un valor relativamente escaso, era posible desviar del paciente el flujo de los *archaeus* que habían estado revitalizando y nutriendo el mal sin cesar. Al transplantarse el vehículo de expresión, el *archaeus* se veía obligado a acompañar a su *mumia* y el paciente se recuperaba.

La teoría hermética sobre las causas de la enfermedad

Según los filósofos herméticos, había siete causas principales de enfermedad. La primera eran los malos espíritus: criaturas nacidas de acciones malas y que se alimentaban de la energía vital de aquellos a los que se adherían. La segunda causa era el trastorno de la naturaleza espiritual y la naturaleza material: cuando estas no se coordinaban, se producía una deficiencia mental y física. La tercera era una actitud mental malsana o anormal. La melancolía, las emociones morbosas, el exceso de sentimiento, como las pasiones, la lujuria, la codicia y el odio, afectaban a la *mumia* y desde allí provocaban una reacción en el cuerpo físico, donde producían úlceras, tumores, cánceres, fiebre y tuberculosis. Para los antiguos, el germen de la enfermedad era una unidad de *mumia* que se había impregnado de las emanaciones de las malas influencias con las que había estado en contacto. En otras palabras, los gérmenes eran criaturas minúsculas nacidas de los malos pensamientos y acciones del ser humano.

La cuarta causa de la enfermedad era lo que los orientales llamaban karma, es decir, la ley de la compensación, según la cual cada persona tiene que pagar por las indiscreciones y los delitos que ha cometido en el pasado. El médico tenía que tener mucho cuidado de no interferir con esta ley para no frustrar el plan de la justicia eterna. La quinta causa eran el movimiento y los aspectos de los cuerpos celestes. Las estrellas no imponían la enfermedad, sino, más bien, la incitaban. Según los herméticos, una persona fuerte y sabia gobernaba sus estrellas, mientras que una persona débil y negativa era gobernada por ellas. Estas cinco causas de enfermedad tienen una naturaleza que está por encima de lo físico y se tienen que valorar mediante un razonamiento

inductivo y deductivo y un análisis meticuloso de la vida y el temperamento del paciente.

La sexta causa de enfermedad era el mal uso de la facultad, órgano o función; por ejemplo, forzar demasiado un músculo o poner a prueba los nervios. La séptima causa era la presencia en el organismo de sustancias extrañas, impurezas u obstrucciones. Entran en esta categoría la alimentación, el aire, la luz solar y la presencia de cuerpos extraños. Esta lista no incluye las heridas accidentales, que no entran en la categoría de enfermedades. Con frecuencia, son métodos mediante los cuales se manifiesta la ley del karma.

Según los herméticos, la enfermedad se podría prevenir o combatir con eficacia de siete maneras. En primer lugar, mediante hechizos e invocaciones, en los cuales el médico ordena al espíritu maligno que provoca el mal que salga del paciente. Es probable que este procedimiento se basase en el relato bíblico del hombre poseído por los demonios al que Jesús curó cuando les ordenó que salieran de él y entrasen en una manada de cerdos. Algunas veces, los espíritus malignos entraban en un paciente a petición de alguien que deseaba hacerle daño. En estos casos, el médico les ordenaba que regresasen a la persona que los había enviado. Se tiene constancia de que en algunos casos los espíritus malignos salieron por la boca en forma de nubes de humo y otras veces por la nariz en forma de llamas. Incluso se afirma que podían salir en forma de aves e insectos.

El segundo método de curación es a través de la vibración. La falta de armonía de los cuerpos se neutralizaba salmodiando hechizos y recitando los nombres sagrados o tocando instrumentos musicales y cantando. A veces se ponían delante del enfermo artículos de distintos colores, porque los antiguos reconocían, al menos en parte, el principio de la terapia del color, que actualmente está en vías de redescubrirse.

El tercer método consistía en usar talismanes y amuletos. Los antiguos creían que los planetas controlaban las funciones del cuerpo humano y que, fabricando amuletos con distintos metales, podían combatir las influencias malignas de los diversos astros. Por ejemplo, a una persona anémica le falta hierro. Se creía que el hierro estaba sometido al control de Marte; por consiguiente, para atraer hacia el paciente las influencias de Marte, se le colgaba al cuello un talismán hecho de hierro, que llevaba inscritas determinadas instrucciones secretas a las que se atribuía el poder de invocar al espíritu de Marte. Si

el paciente tenía demasiado hierro en el organismo, se lo sometía a la influencia de un talismán compuesto del metal que correspondiese a algún planeta que se llevase mal con Marte, cuya influencia contrarrestaría, entonces, la energía de Marte y, por consiguiente, contribuiría a restaurar la normalidad.

El cuarto método consistía en recurrir a plantas medicinales. Si bien utilizaban talismanes metálicos, la mayoría de los médicos antiguos no estaban de acuerdo con el uso interno de ningún tipo de medicina mineral. Las plantas medicinales eran su remedio preferido. Como ocurría con los metales, cada planta tenía asignado uno de los planetas. Después de diagnosticar la enfermedad y su causa con ayuda de los astros, los médicos administraban el antídoto vegetal.

El quinto método para curar las enfermedades era la oración. Todos los pueblos antiguos creían en la intercesión compasiva de la divinidad para mitigar el sufrimiento humano. Según Paracelso, la fe podía curar todas las enfermedades. Sin embargo, son pocas las personas que poseen suficiente fe.

El sexto método —más prevención que cura— consistía en regular la alimentación y los hábitos de la vida cotidiana. Si el individuo evitaba lo que provocaba la enfermedad, se mantenía sano. Los antiguos creían que la salud era el estado normal del ser humano y que la enfermedad era consecuencia de que el hombre desobedeciera los dictados de la naturaleza.

El séptimo método era la «medicina práctica», que consistía, fundamentalmente, en sangrar, purgar y aplicar líneas de tratamiento similares. Si bien estos procedimientos eran útiles cuando se usaban con moderación, su exceso era peligroso. Más de un ciudadano útil ha muerto veinticinco o cincuenta años antes de tiempo como consecuencia de una purga drástica o por haber perdido toda la sangre.

Paracelso utilizaba los siete métodos de tratamiento y hasta sus peores enemigos reconocían que obtenía resultados casi milagrosos. Cerca de su antigua propiedad, en Hohenheim, cae mucho rocío en determinadas épocas del año y él descubrió que, si se recogía el rocío cuando los planetas presentaban una configuración determinada, el agua que obtenía poseía virtudes medicinales maravillosas, porque había absorbido las propiedades de los cuerpos celestes.

Las hierbas silvestres eran sagradas para los primeros paganos, que creían que los dioses habían creado las plantas para curar las enfermedades humanas. Cuando se preparaban y se aplicaban correctamente, todas las raíces y todos los arbustos servían para aliviar el sufrimiento o para desarrollar las capacidades espirituales, mentales, morales o físicas. En *The Mistletoe and Its Philosophy*, P. Davidson rinde homenaje a las plantas con estas bellas palabras: «Se han escrito libros sobre el lenguaje de las flores y las plantas medicinales; desde los tiempos más remotos, el poeta ha mantenido con ellas la conversación más dulce y más amorosa y hasta los reyes se consideran afortunados cuando obtienen sus esencias de segunda mano para perfumarse; sin embargo, para el verdadero médico, el Sumo Sacerdote de la naturaleza, hablan en un tono mucho más elevado y exaltado. No hay planta ni mineral que haya revelado a los científicos hasta la última de sus propiedades. ¿Cómo pueden confiar en que, por cada una de las propiedades descubiertas, no queden muchos poderes ocultos en la naturaleza íntima de la planta? Se ha llamado a algunas flores "estrellas de la tierra" y ¿por qué no van a ser hermosas? ¿Acaso desde que nacieron no han sonreído bajo el esplendor del sol durante el día y no han dormido bajo el brillo de las estrellas por la noche? ¿Acaso no han venido a la tierra desde un mundo más espiritual que el nuestro, puesto que Dios hizo "todas las plantas del campo antes de que estuvieran en la tierra y todas las hierbas del campo antes de que este creciera?"».

Numerosos pueblos primitivos han usado remedios a base de plantas y han obtenido muchas curaciones notables. Los chinos, los egipcios y los indios americanos curaban con plantas algunas enfermedades para las cuales la ciencia moderna no tiene remedio. El doctor Nicholas Culpeper, cuya provechosa vida finalizó en 1654, fue, probablemente, el fitoterapeuta más famoso. Al ver que los sistemas médicos de su época eran sumamente insatisfactorios, dirigió su atención a las plantas silvestres y descubrió un medio de curación que le dio renombre en todo el país.

Según la correlación del doctor Culpeper entre astrología y fitoterapia, cada planta quedaba bajo la jurisdicción de uno de los planetas o luminares. Creía que la enfermedad también estaba controlada por las configuraciones celestes. Resumía su sistema de tratamiento como sigue: «Se puede combatir la enfermedad con las plantas del planeta con-

trario al que las provoca; por ejemplo, las enfermedades de Júpiter, con las plantas de Mercurio y viceversa; las enfermedades de los luminares, con las plantas de Saturno y viceversa, y las enfermedades de Marte, con las plantas de Venus y viceversa. [...] Hay un método para curar las enfermedades a veces por simpatía, con lo cual cada planeta cura su propia enfermedad; por ejemplo, el sol y la luna con sus plantas curan los ojos; Saturno cura el bazo; Júpiter, el hígado; Marte, la vesícula y las enfermedades de la cólera, y Venus, las enfermedades de los instrumentos de la procreación». (*The Complete Herbal.*)

Los fitoterapeutas europeos medievales redescubrieron solo en parte los antiguos secretos herméticos de Egipto y Grecia, que fueron los países que desarrollaron los fundamentos de casi todas las ciencias y las artes modernas. En aquella época, los métodos que se empleaban para curar figuraban entre los secretos que se transmitían a los iniciados en los Misterios. La preparación de ungüentos, colirios, filtros y pócimas iba acompañada de extraños ritos. De la eficacia de aquellos medicamentos hay constancia en los registros históricos. También se usaban muchos inciensos y perfumes.

Barrett, en *El mago*, describe la teoría en la que basaba su trabajo de la siguiente manera: «Por consiguiente, dado que nuestro espíritu es el vapor puro, sutil, lúcido, etéreo y oleoso de la sangre, no hay nada más adecuado para los colirios que los vapores similares, que son mejores para nuestro espíritu en sustancia, porque entonces, a causa de su similitud, más lo remueven, atraen y transforman».

Se han estudiado exhaustivamente los venenos y en algunas comunidades se administraban a los condenados a muerte extractos de plantas mortales, como en el caso de Sócrates. Los Borgia italianos, de infausta memoria, llevaron el arte del envenenamiento a su máxima perfección. Incontables hombres y mujeres brillantes fueron liquidados con rapidez y eficiencia gracias al conocimiento casi sobrehumano de la química que la familia Borgia conservó durante muchos siglos.

Los sacerdotes egipcios descubrieron extractos vegetales con los cuales se podía inducir temporalmen-



DE *METAMORPHOSIS PLANETARUM* DE DE MONTE-SNYDERS

SÍLABAS QUÍMICAS
Según De Monte-Snyders, cada uno de estos caracteres constituye una de las sílabas de una palabra que tiene siete sílabas y que representa la materia prima, o primera sustancia del universo. Como toda la sustancia está compuesta por siete poderes que se combinan según determinadas leyes cósmicas, la séptuple constitución de Dios, el hombre y el universo encierra un gran misterio. Acerca de estos siete caracteres, De Monte-Snyders escribe lo siguiente: «Quien quiera conocer el verdadero nombre y carácter de la materia prima sabrá que, combinando estas figuras, se forman sílabas y, con ellas, el *verbum significativum*».

te la clarividencia y los utilizaron durante los rituales de iniciación de sus Misterios. Algunas veces mezclaban estas drogas con los alimentos que daban a los candidatos y otras veces se presentaban en forma de pócimas sagradas y se les explicaba su naturaleza. Poco después de que se le administrara la droga, al neófito le daba un mareo. Se encontraba flotando en el espacio y, mientras su cuerpo físico estaba totalmente insensible —los sacerdotes lo protegían para que no sufriera daño alguno—, el candidato pasaba por una cantidad de experiencias extrañas que podía contar cuando recuperaba la conciencia. Con los conocimientos actuales, cuesta apreciar un arte tan desarrollado que, mediante bebedizos, perfumes e inciensos, logre inducir la actitud mental deseada de forma casi instantánea; sin embargo, existió sin duda un arte semejante entre la clase sacerdotal del mundo pagano primitivo.

Con respecto a este tema, H. P. Blavatsky, la ocultista más destacada del siglo XIX, ha escrito lo siguiente: «Las plantas también tienen propiedades místicas similares en un grado de lo más maravilloso y el secreto de las plantas de los sueños y los hechizos solo se ha perdido para la ciencia europea y, aunque sea inútil decirlo, le resulta desconocido, salvo en muy pocos casos notorios, como el opio y el hachís. En cambio, los efectos parapsicológicos incluso de estas pocas sobre el organismo humano se consideran muestras de un trastorno mental transitorio. Las mujeres de Tesalia y Épiro, las sacerdotisas de los ritos de Sabazios, no se llevaron consigo sus secretos cuando sus santuarios desaparecieron, sino que todavía se conservan y quienes son conscientes de la naturaleza del soma conocen también las propiedades de otras plantas». (*Isis sin velo.*)

Se utilizaban compuestos a base de hierbas para producir una clarividencia transitoria en relación con los oráculos, sobre todo el de Delfos. Las palabras pronunciadas durante aquellos trances provocados se consideraban proféticas. Los médiums modernos, si bien mantienen el control como consecuencia de la catalepsia que, en parte, se imponen ellos mismos, transmiten mensajes en cierto modo similares a los de los profetas antiguos, aunque en la mayoría de los casos sus resultados son mucho menos precisos, porque los adivinos actuales no conocen las fuerzas ocultas de la naturaleza.

Los Misterios enseñaban que, durante los grados más elevados de iniciación, los propios dioses participaban en la instrucción de los candidatos o, como mínimo, estaban presentes, lo cual constituía, en sí, una bendición. Como las divinidades vivían en los mundos invisibles y solo

se presentaban con su cuerpo espiritual, el neófito no podía conocerlos sin la ayuda de drogas que estimulasen el centro de clarividencia de su conciencia (probablemente, la glándula pineal). Muchos iniciados en los Misterios antiguos afirmaban categóricamente que habían hablado con los inmortales y que habían visto a los dioses.

Cuando se corrompieron los principios paganos, se produjo una división en los Misterios. El grupo de los verdaderos iluminados se separó del resto y, conservando los secretos más importantes, desapareció sin dejar rastros. Los demás se mantuvieron lentamente a la deriva, como barcos sin timón, sobre las rocas de la degeneración y la desintegración. Algunas de las fórmulas secretas menos importantes cayeron en manos de los profanos, que las pervirtieron, como ocurrió con las bacanales, en cuyo transcurso se combinaban drogas con vino, que fue lo que dio lugar realmente a las orgías.

En algunas partes de la tierra se sostenía que había pozos, manantiales o fuentes naturales cuyas aguas estaban teñidas de propiedades sagradas por los minerales a través de los cuales discurrían. A menudo se levantaban templos cerca de estos lugares y en algunos casos las cuevas naturales que había en sus proximidades se consagraban a alguna divinidad.

«A los aspirantes a la iniciación y a quienes acudían a solicitar a los dioses sueños proféticos los preparaban mediante un ayuno más o menos prolongado, al cabo del cual consumían comidas preparadas expresamente y también bebidas misteriosas, como el agua de Lete y el agua de Mnemósine, en la gruta de Trofonio, o la del Ciceion, en los Misterios eleusinos. Se mezclaban directamente distintas drogas con las carnes o se introducían en las bebidas, según el estado mental o físico que hubiera que inducir en el receptor y el tipo de visión que este quisiese obtener.» (*Las ciencias ocultas*, de Salverte.) El mismo autor afirma que a algunas sectas de los primeros años del cristianismo se las acusaba de utilizar drogas con la misma finalidad general que los paganos.

La secta de los asesinos, o los yezidis, como se suelen conocer, presentaba un aspecto bastante interesante del problema de la droga. En el siglo XI, esta orden capturó la fortaleza del monte Alamut y se instaló en Irak. Se sospecha que Hasan Ben-Sabah, el fundador de la orden y conocido como «el viejo de la montaña», controlaba a sus seguidores usando narcóticos. Hasan les hacía creer que estaban en el Paraíso y que estarían allí para siempre si lo obedecían de forma implícita mientras estuvieran vivos. En su *Confesiones de un inglés comedor de opio*,

De Quincey describe los peculiares efectos psicológicos que provoca este derivado de la amapola. Es posible que el uso de una droga similar diese origen a la idea del Paraíso que tenían los yezidis.

Los filósofos de todos los tiempos han enseñado que el universo visible no es más que una fracción del total y que, por analogía, el cuerpo físico del hombre en realidad es la parte menos importante de su compleja constitución. La mayoría de los sistemas médicos actuales pasan por alto casi por completo al hombre superfísico. Apenas prestan atención a las causas y concentran sus esfuerzos en mejorar los efectos. Paracelso notó la misma propensión por parte de los médicos en su época y comentó acertadamente: «Existe una gran diferencia entre el poder que suprime las causas invisibles de la enfermedad —eso es magia— y el que hace desaparecer tan solo los efectos externos: eso es física, hechicería y curanderismo». (Traducción de Franz Hartmann.)

La enfermedad es antinatural y es indicio de un desajuste interno o entre los órganos o los tejidos. No se puede recuperar la salud permanente mientras no se restablezca la armonía. La virtud más destacada de la medicina hermética era su reconocimiento de que los trastornos espirituales y psicofísicos eran, en gran medida, los causantes del estado denominado enfermedad física. La sugestoterapia fue utilizada con notable éxito por los sacerdotes-médicos del mundo antiguo. Entre los indios americanos, los chamanes o curanderos hacían desaparecer la enfermedad con ayuda de danzas, invocaciones y amuletos misteriosos. Algo que habría que tener muy en cuenta es el hecho de que, a pesar de desconocer los métodos modernos de tratamiento médico, aquellos hechiceros efectuaron innumerables curas.

Los rituales mágicos utilizados por los sacerdotes egipcios para curar la enfermedad se basaban en una comprensión muy avanzada del complejo funcionamiento de la mente humana y sus consecuencias en la constitución física. No cabe duda de que el mundo egipcio y el brahmán conocían el principio fundamental de la vibroterapia. Mediante salmodias y mantras, que hacían hincapié en un sonido vocal o consonántico determinado, producían reacciones vibratorias que disipaban las congestiones y ayudaban a la naturaleza a reconstituir los miembros rotos y los organismos agotados. También aplicaban su conocimiento de las leyes que regían la vibración a la constitución espiritual del ser humano; mediante sus salmodias, estimulaban los centros latentes de la conciencia y de este modo incrementaban muchísimo la sensibilidad de la naturaleza subjetiva.

En el Libro de los Muertos se han preservado hasta nuestra generación muchos de los secretos de los egipcios. Aunque está traducido, solo unos pocos comprenden la trascendencia secreta de los pasajes mágicos de este pergamino antiguo. Los orientales tienen una comprensión muy sutil de la dinámica del sonido. Saben que cada palabra que se pronuncia tiene un poder tremendo y que, si se disponen las palabras de una manera determinada, pueden crear vórtices de fuerza en el universo invisible que los rodea y, de este modo, ejercer una influencia profunda en la sustancia física. La palabra sagrada con la que se creó el mundo, la Palabra Perdida que la masonería sigue buscando y el triple nombre de dios, simbolizado por el Om (o Aum) de los hindúes, indican la veneración que sienten por el principio del sonido.

Los llamados «nuevos descubrimientos» de la ciencia moderna a menudo no son más que redescubrimientos de secretos bien conocidos por los sacerdotes y los filósofos del paganismo antiguo. Como consecuencia de la crueldad del hombre para con el hombre se han perdido registros y fórmulas que, de haberse preservado, habrían resuelto muchos de los problemas principales de esta civilización. Con la espada y la tea, las razas destruyen por completo los registros de sus predecesores y después encuentran, inevitablemente, un destino extemporáneo, porque les falta precisamente la sabiduría que han destruido.

XXV

La Cábala, la doctrina secreta de Israel

Albert Pike, en una cita tomada de *Transcendental Magic*, sintetiza de esta manera la importancia del cabalismo como clave para comprender el esoterismo masónico: «Cuando uno penetra en el santuario de la Cábala, se llena de admiración al encontrar una doctrina tan lógica, tan sencilla y, al mismo tiempo, tan incuestionable. La combinación necesaria de ideas y signos, la consagración de las realidades más fundamentales mediante los caracteres primitivos; la trinidad de palabras, letras y números; una filosofía sencilla como el alfabeto, profunda e infinita como la palabra; teoremas más completos y luminosos que los de Pitágoras; una teología que se resume contando con los dedos; un infinito que cabe en el hueco de la mano de un niño; diez dígitos y veintidós letras, un triángulo, un cuadrado y un círculo son todos los elementos de la Cábala. Estos son los principios elementales de la palabra escrita, reflejo de la palabra hablada que creó el mundo». (*Moral y dogma del rito escocés antiguo y aceptado.*)

La teología hebrea estaba dividida en tres partes bien diferenciadas. La primera era la ley, la segunda era el alma de la ley y la tercera, el alma del alma de la ley. La ley se enseñaba a todos los hijos de Israel; la Mishná, o el alma de la ley, se revelaba a los rabinos y a los maestros, pero la Cábala, el alma del alma de la ley, se ocultaba con astucia y sus principios secretos solo se enseñaban a los iniciados más elevados entre los judíos.

Según algunos místicos judíos, Moisés subió tres veces al monte Sinaí y cada una de ellas permaneció en presencia de Dios cuarenta días. Durante los primeros cuarenta días se entregaron al profeta las tablas de la

ley escrita; durante los segundos cuarenta días recibió el alma de la ley, y durante los últimos cuarenta días Dios lo instruyó en los misterios de la Cábala, el alma del alma de la ley. Moisés ocultó las instrucciones secretas que Dios le había dado en los primeros cuatro libros del Pentateuco y durante siglos los estudiosos de la Cábala han buscado en ellos la doctrina secreta de Israel. Así como la naturaleza espiritual del hombre está oculta en su cuerpo físico, la ley no escrita —la Mishná y la Cábala— está oculta dentro de las enseñanzas escritas del código mosaico. «Cábala» significa la tradición secreta u oculta, la ley no escrita y, según uno de los primeros rabinos, se entregó al hombre para que este, con ayuda de sus principios abstrusos, pudiera aprender a comprender el misterio tanto del universo que lo rodea como del que hay en su interior.

El origen del cabalismo es objeto de legítima controversia. Los primeros iniciados de los Misterios cabalísticos creían que, al comienzo, Dios enseñó sus principios a una escuela de Sus ángeles, antes de la caída del hombre. Más tarde, los ángeles transmitieron los secretos a Adán, para que, a través del conocimiento adquirido después de haber entendido sus principios, la humanidad caída pudiese recuperar el patrimonio que había perdido. Desde el cielo enviaron al ángel Raziel para que enseñara a Adán los misterios de la Cábala. Se recurrió a distintos ángeles para iniciar a los patriarcas sucesivos en esta ciencia tan difícil. Tofiel fue el maestro de Shem; Rafael, el de Isaac; Metatrón, el de Moisés, y Miguel, el de David. (Véase *The Faiths of the World.*)

Christian D. Ginsburg ha escrito lo siguiente: «De Adán pasó a Noé y después a Abraham, el amigo de Dios, que emigró con ella a Egipto, donde el patriarca dejó traslucir una pequeña parte de aquella doctrina misteriosa. Fue así como los egipcios la conocieron y las demás naciones orientales pudieron introducirla en sus sistemas filosóficos. Moisés, que era erudito en toda la sabiduría de Egipto, se inició por primera vez en ella en su tierra natal, aunque solo llegó a dominarla durante los períodos que pasó en el desierto, cuando no solo le dedicó las horas libres de los cuarenta años completos, sino que recibió lecciones de uno de los ángeles. [...] Moisés también inició a los setenta Ancianos en los secretos de esta doctrina y ellos a su vez la transmitieron de mano en mano. De todos los que formaron la línea ininterrumpida de la tradición, David y Salomón fueron los más iniciados en la Cábala». (Véase *The Kabbalah.*)

Según Éliphas Lévi, los tres libros principales de la Cábala son el Sefer Yetzirah, el Libro de la Formación; el Zohar, el Libro del Esplen-

dor, y el Apocalipsis, el Libro de la Revelación. No se sabe con certeza la fecha en que fueron escritos estos libros. Los cabalistas afirman que el Sefer Yetzirah fue escrito por Abraham. Aunque este es, con diferencia, el más antiguo de los libros de la Cábala, es probable que su autor fuese el rabino Akiba, en el año 120 de la era cristiana.

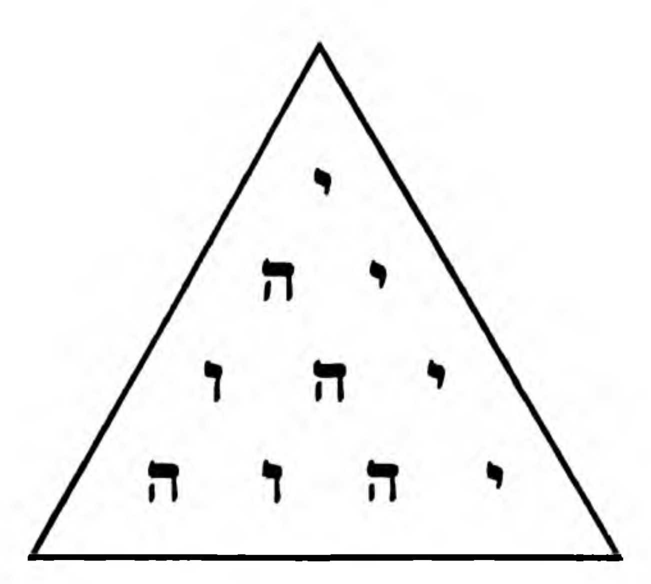
Se supone que el Zohar fue escrito por Simeón bar Yojai, un discípulo de Akiba. El rabino Simeón fue condenado a muerte alrededor del año 161 por Lucius Verus, corregente del emperador Marco Aurelio Antonino. Huyó con su hijo, se escondió en una cueva y transcribió el manuscrito del Zohar con la ayuda de Elías, que se le aparecía de vez en cuando. Simeón permaneció doce años en la cueva, durante los cuales desarrolló el complejo simbolismo del «gran rostro» y el «pequeño rostro». Mientras conversaba con sus discípulos, el rabino Simeón expiró y la «lámpara de Israel» se apagó. Su muerte y su entierro estuvieron acompañados por numerosos fenómenos sobrenaturales. Cuenta la leyenda que las doctrinas secretas del cabalismo existían desde el comienzo del mundo, pero que el rabino Simeón fue el primer hombre autorizado a ponerlas por escrito. Mil doscientos años después, los libros que había reunido fueron descubiertos y publicados para el bien de la humanidad por Moisés de León. Es probable que Moisés de León compilara el Zohar alrededor del 1305 después de Cristo y que extrajera el material de los secretos no escritos de místicos judíos anteriores. Del Apocalipsis, atribuido a san Juan Evangelista, tampoco se conoce una fecha con certeza y la identidad de su autor nunca se ha demostrado de forma satisfactoria.

Debido a su brevedad y porque es la clave del pensamiento cabalístico, en este capítulo se reproduce el Sefer Yetzirah en su totalidad. Que se sepa, el Zohar nunca ha sido traducido por completo al inglés, aunque se puede conseguir en francés. (S. L. MacGregor-Mathers tradujo tres libros del Zohar al inglés.) El Zohar contiene gran cantidad de principios filosóficos y en esta obra se incluye una paráfrasis de sus puntos más destacados.

No muchos son conscientes de la influencia que tuvo el cabalismo en el pensamiento medieval, tanto cristiano como judío. Enseñaba que, dentro de los escritos secretos, se ocultaba una doctrina que era la clave de aquellos escritos. Esto se simboliza mediante las llaves cruzadas sobre la divisa papal. Muchos eruditos se pusieron a buscar aquellas verdades arcanas que permitirían la redención de la raza y sus escritos posteriores han demostrado que su esfuerzo no ha sido en vano.

Las teorías del cabalismo se entrelazan de forma inextricable con los principios de la alquimia, el hermetismo, el rosacrucismo y la masonería. En la actualidad, Cábala y hermetismo se consideran sinónimos que abarcan todos los arcanos y los esoterismos de la Antigüedad. El cabalismo sencillo de los primeros siglos de la era cristiana fue evolucionando poco a poco hasta convertirse en un sistema teológico complejo, que llegó a ser tan enrevesado que resultaba casi imposible comprender su dogma.

Los cabalistas dividían los usos de su ciencia sagrada en cinco partes. La Cábala natural se empleaba exclusivamente para ayudar al investigador a estudiar los misterios de la naturaleza. La Cábala analógica se formuló para mostrar la relación que existe entre todo lo que hay en la naturaleza y revelaba al sabio que todas las criaturas y las sustancias eran, en esencia, una sola y que el hombre —el microcosmos— era una réplica en miniatura de Dios, el macrocosmos. La Cábala contemplativa surgió para revelar los misterios de las esferas celestes mediante las facultades intelectuales superiores. Con su ayuda, las facultades de



EL TETRAGRÁMMATON

Cuando se ordenan las cuatro letras del Gran Nombre, יהוה (I H V H), según la forma de la *tetroctys* pitagórica, se manifiestan los setenta y dos poderes del Gran Nombre de Dios. La clave del problema es la siguiente:

•	=	I	=	10	=	10
• •	=	H I	=	5 + 10	=	15
• • •	=	V H I	=	6 + 5 + 10	=	21
• • • •	=	H V H I	=	5 + 6 + 5 + 10	=	26
				El Gran Nombre de Dios	=	72

razonamiento abstracto tomaban conciencia de los planos inconmensurables del infinito y aprendían a conocer a las criaturas que existían en ellos. La Cábala astrológica enseñaba a quienes la estudiaban el poder, la magnitud y la verdadera sustancia de los cuerpos siderales y también revelaba la constitución mística del propio planeta. La quinta, es decir, la Cábala mágica, era estudiada por quienes deseaban llegar a controlar a los demonios y las inteligencias infrahumanas de los mundos invisibles. También se la valoraba mucho como método para curar a los enfermos mediante talismanes, amuletos e invocaciones.

Según Adolph Franck, el Sefer Yetzirah difiere de otros libros sagrados en que no explica el mundo y los fenómenos que se desarrollan en él apoyándose en la idea de Dios ni erigiéndose en el intérprete de la voluntad suprema. En realidad, esta obra antigua revela a Dios valorando Su obra múltiple. En la preparación del Sefer Yetzirah para presentarlo al lector se han comparado cinco traducciones distintas al inglés. Aunque el resultado expresa las características destacadas de cada una de ellas, no es una traducción directa de un solo texto hebreo o latino. Si bien la intención era transmitir el espíritu, más que la letra, del documento antiguo, no ha habido un gran alejamiento de la versión original. Que se sepa, la primera traducción al inglés del Sefer Yetzirah fue obra del reverendo doctor Isidor Kalisch, en 1877. (Véase Arthur Edward Waite.) En su traducción, el texto hebreo acompaña a las palabras en inglés. La obra del doctor Kalisch se ha tomado como base de la siguiente interpretación, pero se ha incorporado material de otros expertos y se han reescrito muchos pasajes para simplificar el tema general.

También se ha tenido a mano una copia manuscrita en inglés del *Book of the Cabalistick Art* del doctor John Pistor. El documento carece de fecha, si bien, a juzgar por el tipo general de escritura, la copia se hizo durante el siglo XVIII. El tercer volumen utilizado como referencia fue el Sefer Yetzirah según el difunto William Wynn Westcott, Mago de la Sociedad Rosacruz de Inglaterra. El cuarto fue el Sefer Yetzirah, o Libro de la Creación, según la traducción que figura entre los *Sacred Books and Early Literature of the East*, editado por el profesor Charles F. Horne. El quinto era una publicación reciente, *The Book of Formation*, de Knut Stenring, que contiene una introducción de Arthur Edward Waite. También se han tenido a mano cuatro ejemplares más: dos en alemán, uno en hebreo y otro en latín. Algunas partes del Sefer Yetzirah se consideran más antiguas y más auténticas que el resto, pero la controversia al respecto es tan enrevesada e improductiva que resulta inútil añadir

ningún comentario más. Por consiguiente, los pasajes dudosos se incluyen en el documento en el lugar que les corresponde naturalmente.

El Sefer Yetzirah, el Libro de la Formación

Capítulo uno

1. YAH, el Señor de los Ejércitos, el Elohim viviente, rey del universo, omnipotente, Dios misericordioso, supremo y alabado, que vive en las alturas y mora en la eternidad, sublime y santísimo, grabó Su nombre y ordenó (formó) y creó el universo en treinta y dos caminos (etapas) misteriosos de sabiduría (ciencia), mediante tres *sefarim*; a saber: los números, las letras y los sonidos, que son en Él uno y lo mismo.

2. Diez *sefirot* (diez propiedades del Inefable) y veintidós letras son la base de todas las cosas. De estas veintidós letras, tres reciben el nombre de «madres», siete, el de «dobles» y doce son «sencillas».

3. Los diez números (las *sefirot*) de la nada son análogos a los diez dedos de las manos y los diez de los pies: cinco contra cinco. En el centro de ellos está la alianza con el Dios Único. En el mundo espiritual, es la alianza de la voz (la palabra) y en el mundo corpóreo, la circuncisión de la carne (el rito de Abraham).

4. Diez son los números (de las *sefirot*) de la nada, diez —no nueve, sino diez—, no once. Comprended esta gran sabiduría, entended este conocimiento y sed sabios. Indagad en el misterio y reflexionad sobre él. Examinad todas las cosas por medio de las diez *sefirot*. Restaurad la palabra a Su Creador y volved a conducir al Creador a Su trono. Él es el único formador y no hay otro más que Él. Sus atributos son diez y no tienen límites.

5. Las diez *sefirot* inefables tienen diez infinidades, que son las siguientes:

   El comienzo infinito y el final infinito;
   El bien infinito y el mal infinito;
   La altura infinita y la profundidad infinita;
   El Este infinito y el Oeste infinito;
   El Norte infinito y el Sur infinito,

   y por encima de ellas está el Señor Superlativo, el rey fiel, que rige sobre todos en todo desde Su morada sagrada, por los siglos de los siglos.

6. La aparición de las diez esferas (las *sefirot*) de la nada es como un relámpago o una llama brillante y no tienen principio ni fin. La Palabra de Dios está en ellas cuando van y cuando regresan. Corren para obedecer Su orden como un torbellino y se postran ante Su trono.

7. Las diez *sefirot* tienen el final unido a su principio y su principio unido a su final, unidos como la llama está casada con la brasa, porque el Señor es superlativamente Uno y para Él no hay segundo. Antes del uno, ¿qué se puede contar?

8. Con respecto al número (10) de esferas de la existencia (las *sefirot*) de la nada, sellad vuestros labios y guardad vuestro corazón al considerarlas y, si vuestra boca se abre para hablar y vuestro corazón se vuelca hacia el pensamiento, controladlos y volved al silencio, porque está escrito: «Y los seres iban y venían» (Ezequiel 1, 14). Y de esta manera se hizo la alianza con nosotros.

9. Estas son las diez emanaciones del número de la nada:

Primera. El espíritu del Elohim vivo, bendito y más que bendito sea el Elohim vivo de los tiempos. Su voz, Su espíritu y Su palabra son el Espíritu Santo.

Segunda. Produjo aire del espíritu y en el aire formó y creó veintidós sonidos: las letras. Tres de ellas eran fundamentales, o madres: siete eran dobles, y doce eran sencillas (simples), pero el espíritu es lo primero y está por encima de todo.

Tercera. Él extrajo agua primordial del aire. Formó allí veintidós letras y las creó con barro y marga, haciéndolas como un borde, levantándolas como una pared y rodeándolas como con un terraplén. Echó nieve sobre ellas y se convirtió en tierra y se lee: «Cuando dice a la nieve: "¡Cae sobre la tierra!"» (Job 37, 6).

Cuarta. Extrajo el fuego (éter) del agua. Grabó y creó con él el trono de gloria. Creó a los serafines, los *ofanim* y las criaturas vivas sagradas (¿los querubines?) como Sus ángeles de bondad y con (de) estos tres formó Su morada, según se lee: «Tomas por mensajeros a los vientos, a las llamas del fuego por ministros» (Salmo 104, 4).

Quinta. Eligió tres consonantes (I, H, V) de entre las sencillas, un secreto que pertenece a las tres madres, o primeros elementos; א מ ש (A, M, Sh), aire, agua, fuego (éter). Las selló con Su espíritu y las convirtió en un Gran Nombre y con él selló el universo en seis direcciones. Se volvió hacia el arriba y selló la altura con י ה ו (I, H, V).

Sexta. Se volvió hacia el abajo y selló la profundidad con ה י ו (H, I, V).

Séptima. Se volvió hacia delante y selló el Este con ו י ה (V, I, H).

Octava. Se volvió hacia atrás y selló el Oeste con ו ה י (V, H, I).

Novena. Se volvió hacia la derecha y selló el Sur con י ו ה (I, V, H).

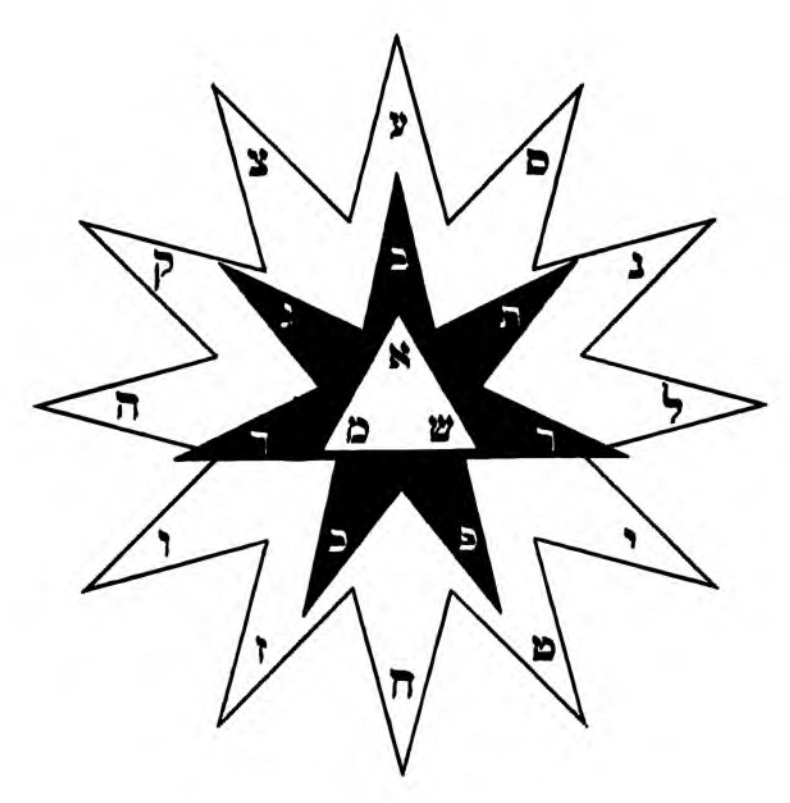
Décima. Se volvió hacia la izquierda y selló el Norte con ה ו י (H, V, I).

Nota: esta distribución de las letras del Gran Nombre se ajusta a la del reverendo doctor Isidor Kalish.

10. Estas son las diez existencias inefables de la nada: del espíritu del Dios Vivo emanó aire; del aire, agua; del agua, fuego (éter); del fuego, la altura y la profundidad, el Este y el Oeste, el Norte y el Sur.

Capítulo dos

1. Hay veintidós (sonidos y) letras básicas. Tres son los elementos primeros, fundamentales o madres (agua, aire y fuego); siete son letras dobles, y doce son letras sencillas. Las tres letras fundamentales, אמש, tienen como base el equilibrio. En un extremo de la escala están las virtudes y en el otro, los vicios, puestos en equilibrio por la lengua. De las letras fundamentales, מ (M) es muda como el agua, ש (Sh) es sibilante como el fuego y א (A) es un aliento reconciliador entre las dos.



LAS LETRAS HEBREAS SEGÚN EL SEFER YETZIRAH
En el triángulo central aparecen las tres letras madre, de las cuales salen las siete letras dobles: los planetas y los cielos. Alrededor de la estrella negra están los signos del Zodíaco, simbolizados por las doce letras sencillas. En el medio de esta estrella está el trono invisible del más antiguo de los Antiguos: el Creador Supremo Indefinido.

2. Las veintidós letras básicas han sido diseñadas, designadas y establecidas por Dios y Él las combinó, las sopesó y las intercambió (cada una con las demás) y formó con ellas todos los seres que existen y todos los que se formarán en el futuro.

3. Él estableció veintidós letras básicas, formadas por la voz e impresas en el aire por el aliento, y estableció que se pronunciaran de forma audible en

cinco partes distintas de la boca humana; a saber: guturales, א ח ה ע; palatales, ג י כ ק; linguales, ד ט ל נ ת; dentales, ז ש ס ר ץ, y labiales, ב ו מ ף.

4. Fijó las veintidós letras básicas en un círculo (esfera), como un muro con doscientas treinta y una puertas, y giró la esfera hacia delante y hacia atrás. Vuelta hacia delante, la esfera significaba el bien; hacia atrás, el mal. Tres letras pueden servir de ejemplo: No hay nada mejor que ע נ ג (O, N, G), placer (alegría), ni nada peor que נ ג ע (N, G, O), peste (tristeza).

5. ¿Cómo se ha conseguido todo eso? Él combinó, sopesó y cambió: la א (A) con todas las demás letras seguidas y todas las demás otra vez con א (A) y todas otra vez con ב (B); y lo mismo con toda la serie de letras. Por consiguiente, se deduce que hay doscientas treinta y una formaciones, o puertas, a través de las cuales se adelantan los poderes de las letras; cada una de las criaturas y cada una de las lenguas procedían de un solo nombre y de las combinaciones de sus letras.

6. Él creó una realidad de la nada. Hizo existir lo que no existía y labró pilares colosales con aire intangible. Esto se ha demostrado con el ejemplo de combinar la letra א (A) con todas las demás letras y todas las demás letras con א (A). Hablando, Él creó cada una de las criaturas y cada palabra mediante el poder de un solo nombre. A modo de ejemplo, piénsese en las veintidós sustancias elementales que surgen de la sustancia primitiva de א (A). Que cada criatura se produzca a partir de las veintidós letras demuestra que, en realidad, se trata de las veintidós partes de un solo organismo vivo.

Capítulo tres

1. Los tres primeros elementos (las letras madre, א מ ש) parecen una balanza: en un platillo, la virtud y en el otro, el vicio, mantenidos en equilibrio por la lengua.

2. Estas tres madres, א מ ש, encierran un misterio enorme, maravilloso y desconocido y están selladas por seis alas (o círculos elementales); a saber: aire, agua, fuego, cada uno de los cuales se divide en un poder activo y uno pasivo. Las madres, א מ ש, dieron origen a los padres (los progenitores) y estos dieron origen a las generaciones.

3. Dios nombró y estableció tres madres, א מ ש, las combinó, las sopesó y las intercambió, formando con ellas tres madres, א מ ש, en el universo, en el año y en el ser humano (masculino y femenino).

4. Las tres madres, א מ ש, que hay en el universo son el aire, el agua y el fuego. El cielo se creó a partir del elemento fuego (o éter), ש; la tierra, que comprende el mar y la tierra propiamente dicha, a partir del elemento agua, מ, y el aire atmosférico, a partir del elemento aire, o espíritu, א, que establece el equilibrio entre ellos. Así se produjeron todas las cosas.

5. Las tres madres, ש מ א, producen durante el año el calor, el frío y el estado templado. El calor se creó a partir del fuego; el frío, a partir del agua, y el estado templado, del aire, que los equilibra.

6. Las tres madres, ש מ א, producen en el ser humano (masculino y femenino) el pecho, el abdomen y la cabeza. La cabeza se formó a partir del fuego, ש; el abdomen, a partir del agua, מ, y el pecho (tórax), del aire, א, que los equilibra.

7. Dios dejó que la letra א (A) predominara en el aire primordial, la coronó, la combinó con las otras dos y selló el aire en el universo, el estado templado en el año y el pecho en el ser humano (masculino y femenino).

8. Dios dejó que la letra מ (M) predominara en el agua primordial, la coronó, la combinó con las otras dos y selló la tierra en el universo (incluidos la tierra propiamente dicha y el mar), el frío en el año y el abdomen en el ser humano (masculino y femenino).

9. Dios dejó que la letra ש (Sh) predominara en el fuego primordial, la coronó, la combinó con las otras dos y selló el cielo en el universo, el calor en el año y la cabeza en el ser humano (masculino y femenino).

Capítulo cuatro

1. Las siete letras dobles, ת ר פ כ ד ג ב (B, G, D, K, P, R, Th), tienen dos pronunciaciones (dos voces), una aspirada y otra no aspirada; a saber: ת, תּ, ר, רּ, פ, פּ, כ, כּ, ד, דּ, ג, גּ, ב, בּ. Sirven como modelo de suavidad y dureza, de fuerza y debilidad.

2. Las siete letras dobles simbolizan sabiduría, riquezas, fecundidad, vida, poder, paz y gracia.

3. Las siete letras dobles también representan las antítesis a las que está expuesta la vida humana. Lo opuesto de la sabiduría es la insensatez; de las riquezas, la pobreza; de la fecundidad, la esterilidad; de la vida, la muerte; del poder, la servidumbre; de la paz, la guerra, y de la belleza, la deformidad.

4. Las siete letras dobles señalan las seis dimensiones, altura, profundidad, Este y Oeste, Norte y Sur y, en el centro, el Templo Sagrado que las sostiene a todas.

5. Las letras dobles son siete y no seis; son siete y no ocho; reflexionad sobre este hecho, indagad en él y revelad su misterio oculto y volved a poner al Creador en Su trono.

6. Después de diseñar, establecer, purificar, sopesar e intercambiar las siete letras dobles, Dios formó con ellas los siete planetas del universo, los siete días del año y las siete entradas de los sentidos en el ser humano (masculino y femenino). De estas siete hizo también los siete cielos, las siete tierras y los siete sabbats. Por consiguiente, amó al siete más que a ningún otro número bajo Su trono.

7. Los siete planetas del universo son: Saturno, Júpiter, Marte, el Sol, Venus, Mercurio y la Luna. Los siete días del año son los siete días de la semana (es posible que se refiera a los siete días de la creación). Las siete puertas del ser humano (masculino y femenino) son los dos ojos, los dos oídos, los dos orificios nasales y la boca.

8. Nota: Knut Stenring discrepa de otros expertos en cuanto a esta disposición de los planetas y los días de la semana en las siete estrofas siguientes. Kircher tiene otro ordenamiento distinto. El reverendo doctor Isidor Kalish, William Wynn Westcott y *The Sacred Books and Early Literature of the East* adoptan la disposición siguiente.

Primera. Hizo que la letra ב (B) predominara en la sabiduría, la coronó, combinó cada una con las demás y formó con ellas la Luna en el universo, el primer día en el año y el ojo derecho en el ser humano (masculino y femenino).

Segunda. Hizo que la letra ג (G) predominara en las riquezas, la coronó, combinó cada una con las demás y formó con ellas Marte en el universo, el segundo día en el año y el oído derecho en el ser humano (masculino y femenino).

Tercera. Hizo que la letra ד (D) predominara en la fecundidad, la coronó, combinó cada una con las demás y formó con ellas el Sol en el universo, el tercer día en el año y el orificio nasal derecho en el ser humano (masculino y femenino).

Cuarta. Hizo que la letra כ (K) predominara en la vida, la coronó, combinó cada una con las demás y formó con ellas Venus en el universo, el cuarto día en el año y el ojo izquierdo en el ser humano (masculino y femenino).

Quinta. Hizo que la letra פ (P) predominara en el poder, la coronó, combinó cada una con las demás y formó con ellas Mercurio en el universo, el quinto día en el año y el oído izquierdo en el ser humano (masculino y femenino).

Sexta. Hizo que la letra ר (R) predominara en la paz, la coronó, combinó cada una con las demás y formó con ellas Saturno en el universo, el sexto día en el año y el orificio nasal izquierdo en el ser humano (masculino y femenino).

Séptima. Hizo que la letra ת (Th) predominara en la gracia, la coronó, combinó cada una con las demás y formó con ellas Júpiter en el universo, el séptimo día en el año y la boca en el ser humano (masculino y femenino).

9. Con las siete letras dobles diseñó también las siete tierras, los siete cielos, los siete continentes, los siete mares, los siete ríos, los siete desiertos, los

siete días, las siete semanas (de la Pascua a Pentecostés) y, en medio de ellos, Su Palacio Sagrado. Hay un ciclo de siete años y el séptimo es el año de la liberación y después de siete años de liberación es el Jubileo. Por este motivo, Dios ama el número siete más que ninguna otra cosa que haya bajo el firmamento.

10. De esta manera, Dios unió las siete letras dobles. Con dos piedras se construyen dos casas, con tres piedras se construyen seis casas, con cuatro piedras se construyen veinticuatro casas, con cinco piedras se construyen ciento veinte casas, con seis piedras se construyen setecientas veinte casas y con siete piedras se construyen cinco mil cuarenta casas. Comenzad según esta disposición y seguid calculando más de lo que la boca puede expresar o el oído puede oír.

Capítulo cinco

1. Las doce letras sencillas. ה ו ז ח ט י ל נ ס ע צ ק (H, V, Z, Ch, T, I, L, N, S, O, Tz, Q), simbolizan las doce propiedades fundamentales: el habla, el pensamiento, el movimiento, la vista, el oído, el trabajo, la copulación, el olfato, el sueño, la ira, el gusto (o tragar) y el regocijo.

2. Las letras sencillas corresponden a doce orientaciones: altura oriental, nordeste, profundidad oriental; altura meridional, sudeste, profundidad meridional; altura occidental, sudoeste, profundidad occidental; altura septentrional, noroeste, profundidad septentrional. Divergen por toda la eternidad y constituyen los brazos del universo.

3. Después de diseñar, establecer, sopesar e intercambiar las doce letras sencillas, Dios formó con ellas los doce signos del Zodíaco en el universo, los doce meses en el año y los doce órganos principales en el ser humano (masculino y femenino).

4. Los signos del Zodíaco son: Aries, Tauro, Géminis, Cáncer, Leo, Virgo, Libra, Escorpio, Sagitario, Capricornio, Acuario y Piscis. Los meses del año son: *nisan, ijar, sivan, tammuz, ab, elul, tisri, marcheshvan, kislev, tebet, sebat* y *adar*. Los órganos del cuerpo humano son: dos manos, dos pies, dos riñones, la bilis, el intestino delgado, el hígado, el esófago, el estómago y el bazo.

5. En las doce estrofas siguientes, Knut Stenring vuelve a discrepar, en esta ocasión con respecto a la disposición de las propiedades.

   Primera. Dios usó la letra ה (H) para que predominara en el habla, la coronó, la combinó con las demás y con ellas hizo a Aries (el carnero) en el universo, el mes *nisan* en el año y el pie derecho en el cuerpo humano (masculino y femenino).

   Segunda. Usó la letra ו (V) para que predominara en el pensamiento, la coronó, la combinó con las demás y con ellas hizo a Tauro (el toro) en el

universo, el mes *ijar* en el año y el riñón derecho en el cuerpo humano (masculino y femenino).

Tercera. Hizo que la letra ז (Z) predominara en el movimiento, la coronó, la combinó con las demás y con ellas hizo a Géminis (los gemelos) en el universo, el mes *sivan* en el año y el pie izquierdo en el cuerpo humano (masculino y femenino).

Cuarta. Hizo que la letra ח (Ch) predominara en la vista, la coronó, la combinó con las demás y con ellas hizo a Cáncer (el cangrejo) en el universo, el mes *tammuz* en el año y la mano derecha en el cuerpo humano (masculino y femenino).

Quinta. Hizo que la letra ט (T) predominara en el oído, la coronó, la combinó con las demás y con ellas hizo a Leo (el león) en el universo, el mes *ab* en el año y el riñón izquierdo en el cuerpo humano (masculino y femenino).

Sexta. Hizo que la letra י (I) predominara en el trabajo, la coronó, la combinó con las demás y con ellas hizo a Virgo (la virgen) en el universo, el mes *elul* en el año y la mano izquierda en el cuerpo humano (masculino y femenino).

Séptima. Hizo que la letra ל (L) predominara en la copulación, la coronó, la combinó con las demás y con ellas hizo a Libra (la balanza) en el universo, el mes *tisri* en el año y la bilis en el cuerpo humano (masculino y femenino).

Octava. Hizo que la letra נ (N) predominara en el olfato, la coronó, la combinó con las demás y con ellas hizo a Escorpio (el escorpión) en el universo, el mes *marcheshvan* en el año y el intestino delgado en el cuerpo humano (masculino y femenino).

Novena. Hizo que la letra ס (S) predominara en el sueño, la coronó, la combinó con las demás y con ellas hizo a Sagitario (el arquero) en el universo, el mes *kislev* en el año y el estómago en el cuerpo humano (masculino y femenino).

Décima. Hizo que la letra ע (O) predominara en la ira, la coronó, la combinó con las demás y con ellas hizo a Capricornio (la cabra) en el universo, el mes *tebet* en el año y el hígado en el cuerpo humano (masculino y femenino).

Undécima. Hizo que la letra צ (Tz) predominara en el gusto (o tragar), la coronó, la combinó con las demás y con ellas hizo a Acuario (el aguador) en el universo, el mes *sebat* en el año y el esófago en el cuerpo humano (masculino y femenino).

Duodécima. Hizo que la letra ק (Q) predominara en el regocijo, la coronó, la combinó con las demás y con ellas hizo a Piscis (los peces) en el universo, el mes *adar* en el año y el bazo en el cuerpo humano (masculino y femenino).

6. Las hizo como un conflicto, las dispuso como provincias y las levantó como una pared. Las armó y las enfrentó como si estuvieran en guerra. (Los Elohim hicieron lo mismo en las demás esferas.)

1. Hay tres elementos madre o primeros, ש מ א (A, M, Sh), de los cuales emanaron tres padres (progenitores) —el aire, el agua y el fuego primordiales (espirituales)—, de los cuales surgieron los siete planetas (cielos) con sus ángeles y los doce puntos oblicuos (el Zodíaco).

2. Para demostrarlo, hay tres testigos fieles: el universo, el año y el ser humano. Son los doce, la balanza y los siete. Arriba está el dragón, abajo está el mundo y, por último, el corazón del ser humano, y en el medio está Dios que lo regula todo.

3. Los primeros elementos son el aire, el agua y el fuego; el fuego está arriba, el agua está abajo y el aliento del aire crea el equilibrio entre ellos. La señal es que el fuego lleva el agua. La letra מ (M) es muda; ש (Sh) es sibilante como el fuego y entre ellas está א (A), un aliento de aire que las reconcilia.

4. El dragón (Tali) está en el universo como un rey en su trono; la esfera celeste está en el año como un rey en su imperio, y el corazón está en el cuerpo del ser humano como un rey en la guerra.

5. Dios también contrapuso a los opuestos: el bien contra el mal y el mal contra el bien. El bien procede del bien y el mal, del mal; el bien purifica al mal y el mal, al bien. El bien se reserva para los buenos y el mal, para los malvados.

6. Hay tres de los cuales cada uno se sostiene a sí mismo: uno es afirmativo (lleno de bien), otro es negativo (lleno de mal) y el tercero los equilibra.

7. Hay siete divididos por tres contra tres y uno en el medio de todos (el equilibrio). Doce están en guerra: tres producen amor, y tres, odio; tres dan vida y tres la destruyen.

8. Los tres que provocan amor son el corazón y los dos oídos; los tres que producen odio son el hígado, la bilis y la lengua; los tres que dan vida son los dos orificios nasales y el bazo, y los tres destructores son la boca y las dos aberturas inferiores del cuerpo. Sobre todos ellos rige Dios, el rey fiel, desde Su morada sagrada por toda la eternidad. Dios es Uno sobre tres, tres está por encima de siete, siete está por encima de doce y, sin embargo, todo está vinculado.

9. Hay veintidós letras con las cuales el YO SOY (YAH), el Señor de los Ejércitos, todopoderoso y eterno, diseñó y creó mediante tres *sefarim* (los números, las letras y los sonidos) Su universo y formó con ellas todas las criaturas y todas las cosas que aún faltan por venir.

10. Después de que el patriarca Abraham comprendiera las grandes verdades, meditara sobre ellas y las entendiera perfectamente, se le apareció el Se-

ñor del universo (el Tetragrámmaton), lo llamó amigo Suyo, le besó la cabeza y celebró con él una alianza. En primer lugar, la alianza era entre los diez dedos de sus manos, que es la alianza de la lengua (espiritual); en segundo lugar, la alianza era entre los diez dedos de los pies, que es la alianza de la circuncisión (material), y Dios le dijo: «Antes de haberte formado [...], te conocía» (Jeremías 1, 5).

Abraham ligó el espíritu de las veintidós letras (el Thora) a su lengua y Dios le reveló sus secretos. Dios permitió que las letras se sumergieran en agua. Las quemó en el fuego y las imprimió en los vientos. Las distribuyó entre los siete planetas y las entregó a los doce signos del Zodíaco.

XXVI

Fundamentos de la cosmogonía cabalística

Para los cabalistas, la Divinidad Suprema es un principio incomprensible que solo se puede descubrir mediante el proceso de eliminar, por orden, todos sus atributos cognoscibles. Lo que queda —después de retirar todo lo cognoscible— es AIN SOPH, el estado eterno de Ser. A pesar de ser indefinible, lo absoluto impregna todo el espacio. Abstracto hasta lo inconcebible, AIN SOPH es el estado incondicional de todas las cosas. Las sustancias, las esencias y las inteligencias se manifiestan por la inescrutabilidad de AIN SOPH, aunque lo absoluto en sí carece de sustancia, esencia o inteligencia. AIN SOPH se puede comparar con un gran campo de tierra rica en el cual crecen infinidad de plantas, cada una de un color, una forma y una fragancia distintas, aunque todas tienen las raíces en la misma tierra fértil, que, sin embargo, es distinta a todas las formas que se alimentan de ella. Las «plantas» son los universos, los dioses y el hombre; todos son nutridos por AIN SOPH y todos tienen su origen en una misma esencia indefinida; los espíritus, las almas y los cuerpos de todos están hechos de esta esencia y están condenados, como la planta, a regresar al suelo negro —AIN SOPH, el único inmortal— del cual proceden.

Para los cabalistas, AIN SOPH era «el más antiguo de todos los antiguos». Siempre se consideró asexuado. Su símbolo era un ojo cerrado. Aunque en verdad se puede decir con respecto a AIN SOPH que definirlo es profanarlo, los rabinos postularon determinadas teorías sobre la manera en que AIN SOPH proyectaba las creaciones fuera de Sí mismo y también asignaron a este No Ser absoluto determinados símbolos que consideraban descriptivos, al menos en parte, de Sus poderes.



LA TRÍADA HEBREA
Los cabalistas usaban la letra ש, *shin*, para representar la trinidad de las tres primeras *sefirot*. El círculo central que está ligeramente por encima de los otros dos es la primera *sefirá*: *Kéter*, la cabeza blanca, la corona. Los otros dos círculos representan a *Jojmá*, el Padre, y *Biná*, la Madre. La unión del Padre Divino con la Madre Divina produce los mundos y las generaciones de los seres vivos. Las tres puntas en forma de llamas de la letra ש se usan desde hace mucho para ocultar la tríada creativa de los cabalistas.

Como símbolo de la naturaleza de AIN SOPH usaban un círculo, que, de por sí, es emblema de eternidad. Este círculo hipotético envuelve una zona de vida incomprensible que no tiene dimensiones y el límite circular de esta vida es el infinito abstracto e inconmensurable.

Según este concepto, Dios no solo es un centro, sino también superficie. La centralización es el primer paso hacia la limitación. Por consiguiente, los centros que se forman en las sustancias de AIN SOPH son finitos, porque están predestinados a volver a disolverse en su propia causa, mientras que AIN SOPH es infinito, porque es la condición suprema de todo. La forma circular que se da a AIN SOPH significa que el espacio, en teoría, está encerrado dentro de un gran globo que parece de cristal, fuera del cual no hay nada, ni siquiera el vacío. Dentro de este globo —que representa a AIN SOPH— se producen la creación y la disolución. Cada uno de los elementos y los principios que se usarán alguna vez en las eternidades del nacimiento, el desarrollo y la decadencia cósmicos se encuentra dentro de las sustancias transparentes de esta esfera intangible. Es el huevo cósmico que no se rompe hasta que «llegue a nosotros» el gran día, que es el final del ciclo de necesidad, cuando todas las cosas regresen a su causa fundamental.

En el proceso de la creación, la vida difusa de AIN SOPH se retira desde la circunferencia hasta el centro del círculo y establece un punto, que es el Uno que se manifiesta primero, la limitación primitiva del 0 omnipresente. Por consiguiente, cuando la esencia divina se retira así del límite circular hacia el centro, deja atrás el abismo, o, como lo llaman los cabalistas, la gran privación, de modo que en AIN SOPH se establece una condición doble, donde antes no había más que una. La primera condición es el punto central: el resplandor primitivo y objetivado de la vida eterna y subjetivada. Alrededor de este resplandor está la oscuridad provocada por la falta de vida, que es atraída al centro para

crear el primer punto, o germen universal. Por consiguiente, el AIN SOPH universal ya no brilla a través del espacio, sino sobre el espacio desde un primer punto establecido. Isaac Myer describe el proceso con las siguientes palabras: «Al principio, el AIN SOPH lo ocupaba todo y después hizo una concentración absoluta en Sí mismo, que produjo el abismo, lo profundo o el espacio, el Aveer Qadmon o aire primitivo, el Azoth, aunque la Cábala no considera a este el vacío perfecto o un espacio en el que no hay absolutamente nada, sino que lo concibe como las aguas o el mar caótico cristalino en el cual había cierto grado de luz inferior a aquella mediante la cual se hizo todo lo creado [los mundos y las jerarquías]». (Véase *The Qabbalah.*)

En las enseñanzas secretas de la Cábala se enseña que el cuerpo del hombre está envuelto en una iridiscencia ovoide semejante a una burbuja, llamada el huevo áurico, que es la esfera causal del hombre. Guarda la misma relación con el cuerpo físico del hombre que el globo de AIN SOPH con Sus universos tratados. De hecho, este huevo áurico es la esfera de AIN SOPH del ente llamado ser humano. En la realidad, por consiguiente, la conciencia suprema del hombre está en esta aura, que se extiende en todas direcciones y rodea por completo sus cuerpos inferiores. Así como la conciencia del huevo cósmico se retira hacia un punto central, que entonces se denomina Dios —el Uno Supremo—, la conciencia del huevo áurico del hombre también se concentra, con lo cual se establece un punto de conciencia llamado el Ego. Como los universos de la naturaleza se forman a partir de los poderes latentes en el huevo cósmico, todo lo que usa el hombre a lo largo de todas sus reencarnaciones en todos los reinos de la naturaleza se extrae de los poderes latentes que hay dentro de su huevo áurico. El hombre no se separa jamás de este huevo y lo conserva incluso después de su muerte. Tanto sus nacimientos como sus muertes y sus renacimientos se producen dentro de él y no se puede romper hasta que «sea con nosotros» el día más bajo, cuando la humanidad —como el universo— se libere de la rueda de la necesidad.

El sistema cabalístico de los mundos

En el gráfico circular que aparece más adelante, los anillos concéntricos representan de forma esquemática las cuarenta velocidades de vibración —los cabalistas las llaman «esferas»— que emanan de AIN SOPH.

El círculo X 1 es el límite exterior del espacio, que circunscribe la superficie de AIN SOPH. La naturaleza del AIN SOPH Absoluto se divide en tres partes, representadas, respectivamente, por los espacios comprendidos entre X 1 y X 2, entre X 2 y X 3 y entre X 3 y A 1, como sigue:

De X 1 a X 2, אין, AIN, el vacío del espíritu puro.
De X 2 a X 3, אין סוף, AIN SOPH, lo ilimitado y lo infinito.
De X 3 a A 1, אין סוף אור, AIN SOPH AUR, la luz ilimitada.

Hay que tener en cuenta que, al principio, lo único que impregnaba la superficie del círculo era la sustancia suprema, AIN, porque los anillos interiores todavía no habían llegado a manifestarse. A medida que la Esencia Divina se fue concentrando, los anillos X 2 y X 3 se volvieron comprensibles, porque AIN SOPH es una limitación de AIN y AIN SOPH AUR, o la luz, es una limitación mayor aún. Por eso, la naturaleza del Uno Supremo se considera triple y, a partir de esta naturaleza triple, los poderes y los elementos de la creación se reflejaban en el abismo que dejaba el movimiento de AIN SOPH hacia su centro absoluto. El movimiento continuo de AIN SOPH hacia su centro absoluto hizo que se estableciera el punto en el círculo. El punto recibió el nombre de Dios, como la individualización suprema de la Esencia Universal. A este respecto, el Zohar dice lo siguiente:

> Cuando lo oculto de lo Oculto se quiso revelar, primero hizo un solo punto: el Infinito era totalmente desconocido y no difundía nada de luz antes de que este punto luminoso se hiciera visible de pronto, violentamente.

El nombre de este punto es YO SOY y los hebreos lo llaman Eheieh. Los cabalistas dieron numerosos nombres a este punto. Sobre esta cuestión, Christian D. Ginsburg escribe, en esencia, lo siguiente: se llama al punto la primera corona, porque ocupa la posición más elevada. Lo llaman el anciano, porque es la primera emanación. Lo llaman punto primordial o fluido. Lo llaman la cabeza blanca, la Gran Faz —Macroprosopo— y la altura inescrutable, porque controla y gobierna todas las demás emanaciones.

Cuando apareció el punto blanco radiante, lo llamaron Kéter, que significa «la corona», y de él surgieron nueve globos grandes, que se dispusieron en forma de árbol. Estos nueve, junto con la primera corona, constituyeron el primer sistema de *sefirot*. Estos diez fueron la primera

limitación de diez puntos abstractos dentro de la naturaleza del AIN SOPH Absoluto. El poder de AIN SOPH no penetró en estos globos, sino que se reflejó en ellos, como la luz del sol se refleja en la tierra y los planetas. A estos diez globos se los llamó zafiros brillantes y muchos rabinos creen que de la palabra «zafiro» deriva *sefira*, el singular de *sefirot*. La amplia superficie que había quedado oculta al retirarse AIN SOPH hacia el punto central, Kéter, se llenó entonces con cuatro globos concéntricos llamados mundos, o esferas, y la luz de las diez *sefirot* se reflejó hacia abajo a través de cada una de ellas, sucesivamente. De este modo se establecieron cuatro árboles simbólicos, cada uno de los cuales llevaba los reflejos de los diez globos sefiróticos.

Las cuarenta esferas de la creación que salieron de AIN SOPH se dividen en cuatro grandes cadenas mundiales, de la siguiente manera:

De A 1 a A 10, Atziluth, el mundo infinito de los nombres divinos.
De B 1 a B 10, Briah, el mundo creativo de los arcángeles.
De C 1 a C 10, Yetzirah, el mundo formativo de las jerarquías.
De D 1 a D 10, Assiah, el mundo sustancial de los elementales.

Cada uno de estos mundos tiene diez poderes, o esferas: un globo matriz y nueve más que proceden de sus emanaciones; cada globo sale del que lo precede. En el plano de Atziluth (de A 1 a A 10), el más elevado y más divino de todos los mundos creados, el AIN SOPH no manifestado estableció Su primer punto en el mar divino: las tres esferas de X. Este punto —A 1— contiene en su interior toda la creación, pero, en este primer estado divino y no contaminado, el punto, o primer Dios manifestado, no era, para los cabalistas, una personalidad, sino un establecimiento o un fundamento divino. Lo llamaban la primera corona y de ella salían los demás círculos del mundo de Atziluth: A 2, A 3, A 4, A 5, A 6, A 7, A 8, A 9 y A 10. En los tres mundos inferiores, estos círculos son inteligencias, planetas y elementos, pero en este primer mundo divino los llaman los anillos de los nombres sagrados.

Los diez primeros grandes círculos (o globos) de luz que se manifestaron a partir de AIN SOPH y los diez nombres de Dios que los cabalistas les asignaron son los siguientes:

De AIN SOPH salió A 1, la primera corona, y el nombre del primer poder de Dios fue Eheie, que significa «yo soy [el que soy]».

De A 1 salió A 2, la primera sabiduría, y el nombre del segundo poder de Dios fue Jehová, que significa la esencia del ser.

De A 2 salió A 3, el primer entendimiento, y el nombre del tercer poder de Dios fue Jehová Elohim, que significa Dios de dioses.

De A 3 salió A 4, la primera misericordia, y el nombre del cuarto poder de Dios fue El, que significa Dios Creador.

De A 4 salió A 5, el primer rigor, y el nombre del quinto poder de Dios fue Elohim Gibor, que significa Dios Poderoso.

De A 5 salió A 6, la primera belleza, y el nombre del sexto poder de Dios fue Eloah Vadaath, que significa Dios Fuerte.

De A 6 salió A 7, la primera victoria, y el nombre del séptimo poder de Dios fue Jehová Sabaoth, que significa Dios de los Ejércitos.

De A 7 salió A 8, la primera gloria, y el nombre del octavo poder de Dios fue Elohim Sabaoth, que significa Señor Dios de los Ejércitos.

De A 8 salió A 9, el primer fundamento, y el nombre del noveno poder de Dios fue Shadai, El Chai, que significa omnipotente.

De A 9 salió A 10, el primer reino, y el nombre del décimo poder de Dios fue Adonai Melej, que significa Dios.

De A 10 salió B 1, la segunda corona, y se estableció el mundo de Briah.

Las diez emanaciones de A 1 a A 10 inclusive son llamadas los fundamentos de todas las creaciones. Los cabalistas las consideran las diez raíces del árbol de la Vida. Están dispuestas en forma de una gran figura llamada Adán Kadmón, el hombre hecho de niebla de fuego (tierra roja), el prototipo del hombre universal. En el mundo de Atziluth, los poderes de Dios se manifiestan con la máxima pureza. Estas diez radiaciones puras y perfectas no descienden a los mundos inferiores y adoptan formas, sino que se reflejan en las sustancias de las esferas inferiores. Del primer mundo, el de Atziluth, se reflejan en el segundo, el de Briah. Así como el reflejo nunca tiene el mismo brillo que la imagen original, en el mundo de Briah las diez radiaciones pierden parte de su poder infinito. Un reflejo siempre es como el objeto reflejado, pero más pequeño y más débil.

En el segundo mundo, de B 1 a B 10, las esferas siguen el mismo orden que en el mundo de Atziluth, pero los diez círculos de luz son menos brillantes y más tangibles y aquí se los considera diez grandes espíritus: criaturas divinas que contribuyen a establecer el orden y la inteligencia en el universo. Como ya hemos dicho, B 1 sale de A 10 y está incluido en todas las esferas superiores a sí mismo. De B 1 se toman nueve globos —B 2, B 3, B 4, B 5, B 6, B 7, B 8, B 9 y B 10— que constituyen el mundo de Briah. Sin embargo, estas diez subdivisiones en realidad son

los diez poderes de Atziluth reflejados en la sustancia del mundo de Briah. B 1 es el soberano de este mundo, porque contiene todos los demás círculos de su propio mundo y también los del tercero y el cuarto mundo: C y D. En el mundo de Briah, las diez esferas de luz reciben el nombre de arcángeles de Briah. Su orden y su poder son los siguientes:

De A 10 salió B 1, la segunda corona; recibe el nombre de Metatrón, el ángel de la presencia.

De B 1 salió B 2, la segunda sabiduría; recibe el nombre de Raziel, el heraldo de la divinidad que reveló a Adán los misterios de la Cábala.

De B 2 salió B 3, el segundo entendimiento; recibe el nombre de Tsafkiel, la contemplación de Dios.

De B 3 salió B 4, la segunda misericordia; recibe el nombre de Tsadkiel, la justicia de Dios.

De B 4 salió B 5, el segundo rigor; recibe el nombre de Samael, el rigor de Dios.

De B 5 salió B 6, la segunda belleza; recibe el nombre de Miguel, el semejante a Dios.

De B 6 salió B 7, la segunda victoria; recibe el nombre de Haniel, la gracia de Dios.

De B 7 salió B 8, la segunda gloria; recibe el nombre de Rafael, el médico divino.

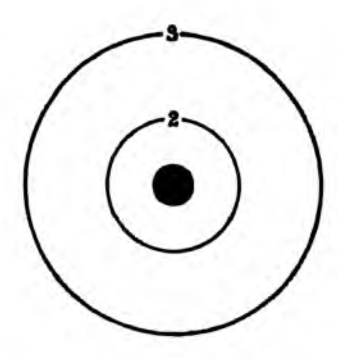
De B 8 salió B 9, el segundo fundamento: recibe el nombre de Gabriel, el hombre Dios.

De B 9 salió B 10, el segundo reino; recibe el nombre de Sandalfón, el Mesías.

De B 10 salió C 1, la tercera corona, y se estableció el mundo de Yetzirah.

Los diez arcángeles de Briah se conciben como diez grandes seres espirituales que tienen la obligación de manifestar los diez poderes del Gran Nombre de Dios que existen en el mundo de Atziluth, que rodea todo el mundo de la creación y se compenetra con él. Todo lo que se manifiesta en los mundos inferiores existe antes en los círculos intangibles de las esferas superiores, de modo que la creación es, en verdad, el proceso de volver tangible lo intangible, al prolongar lo intangible en diversas velocidades de vibración. Los diez globos del poder de Briah, aunque en sí son reflejos, se reflejan hacia abajo en el tercer mundo, o Yetzirah, donde, más limitados aún en su expresión, se convierten en el Zodíaco espiritual e invisible que está detrás de la franja visible de las constelaciones. En este tercer mundo, los diez globos del mundo origi-

nal de Atziluth están muy limitados y atenuados, aunque siguen siendo infinitamente poderosos en comparación con el estado de sustancia en el que vive el hombre. En el tercer mundo, de C 1 a C 10, los globos se convierten en jerarquías de criaturas celestiales, llamadas los Coros de Yetzirah. Una vez más, todo está incluido dentro del círculo C 1, el poder que controla el mundo de Yetzirah y que incluye en su interior y controla todo el mundo D. El orden de los globos y los nombres de las jerarquías que los componen son los siguientes:



EL PLAN DE LA ACTIVIDAD DIVINA
Según los cabalistas, la vida del Creador Supremo está presente en toda la sustancia, todo el espacio y todo el tiempo, aunque, a efectos diagramáticos, la vida suprema y absoluta se limita al tercer círculo, que se podría llamar «la línea límite de la existencia divina». La vida divina que impregna la zona limitada por el tercer círculo se concentra en el punto 1, que, por consiguiente, se convierte en la personificación de la vida impersonal y se denomina «la primera corona». Las fuerzas creativas que salen por el punto 1 se manifiestan como el universo objetivo en el espacio intermedio: el segundo círculo.

De B 10 salió C 1, la tercera corona; la jerarquía son los querubines, *Chaioth Ha Kadosh*, los animales sagrados.

De C 1 salió C 2, la tercera sabiduría; la jerarquía son los querubines, *Orphanim*, las ruedas.

De C 2 salió C 3, el tercer entendimiento; la jerarquía son los tronos, *Aralim*, los poderosos.

De C 3 salió C 4, la tercera misericordia; la jerarquía son las dominaciones, *Chashmalim*, los brillantes.

De C 4 salió C 5, el tercer rigor; la jerarquía son los poderes, *Seraphim*, las serpientes llameantes.

De C 5 salió C 6, la tercera belleza; la jerarquía son las virtudes, *Melachim*, los reyes.

De C 6 salió C 7, la tercera victoria; la jerarquía son los principados, *Elohim*, los dioses.

De C 7 salió C 8, la tercera gloria; la jerarquía son los arcángeles, *Ben Elohim*, los hijos de Dios.

De C 8 salió C 9, el tercer fundamento; la jerarquía son los ángeles, *Cherubim*, el asiento de los hijos.

De C 9 salió C 10, el tercer reino; la jerarquía es la humanidad, el *Ishim*, las almas de los justos.

De C 10 salió D 1, la cuarta corona, y se estableció el mundo de Assiah.

Desde el mundo de Yetzirah, la luz de las diez esferas se refleja en el mundo de Assiah, el más bajo de los cuatro. Los diez globos del mun-

do original de Atziluth adoptan aquí las formas de la materia física y el resultado es el sistema sideral. El mundo de Assiah, o el mundo elemental de la sustancia, es aquel al que la humanidad descendió cuando se produjo la caída de Adán. El jardín del Edén son los tres mundos superiores y, por sus pecados, el hombre fue expulsado a la esfera de la sustancia y asumió túnicas de piel (cuerpos). Todas las fuerzas espirituales de los mundos superiores, A, B y C, al chocar contra los elementos del mundo inferior, D, se distorsionan y se pervierten, lo cual provoca la creación de jerarquías de demonios que se corresponden con los espíritus buenos de cada uno de los mundos superiores. En todos los Misterios antiguos, la materia se consideraba la causa de todo mal y el espíritu, la causa de todo bien, porque la materia inhibe y limita y a menudo obstruye de tal manera las percepciones interiores que el hombre no puede reconocer sus propias potencialidades divinas. Como la materia no deja a la humanidad reclamar su derecho inalienable, la llaman el Adversario, el poder del mal. El cuarto mundo, D, es el mundo de los sistemas solares y no solo comprende aquel al que pertenece la Tierra, sino todos los sistemas solares del universo.

Hay discrepancias en cuanto a la distribución de los globos de este último mundo, de D 1 a D 10 inclusive. Quien gobierna el cuarto mundo es D 1, al que algunos llaman el cielo ardiente y otros, el *primum mobile*, o el primer movimiento. De este fuego que da vueltas emana el Zodíaco estrellado material, D 2, en contraposición al Zodíaco invisible espiritual del mundo de Yetzirah. A partir del Zodíaco, D 2, las esferas de los planetas se diferencian siguiendo un orden concatenado. Las diez esferas del mundo de Assiah son las siguientes:

De C 10 salió D 1, la cuarta corona; *Rashith Ha-Galagalum*, el *primum mobile*, la niebla de fuego que es el origen del universo material.

De D 1 salió D 2, la cuarta sabiduría; *Masloth*, el Zodíaco, el firmamento de las estrellas fijas.

De D 2 salió D 3, el cuarto entendimiento; *Shabbathai*, la esfera de Saturno.

De D 3 salió D 4, la cuarta misericordia; *Tzedeg*, la esfera de Júpiter.

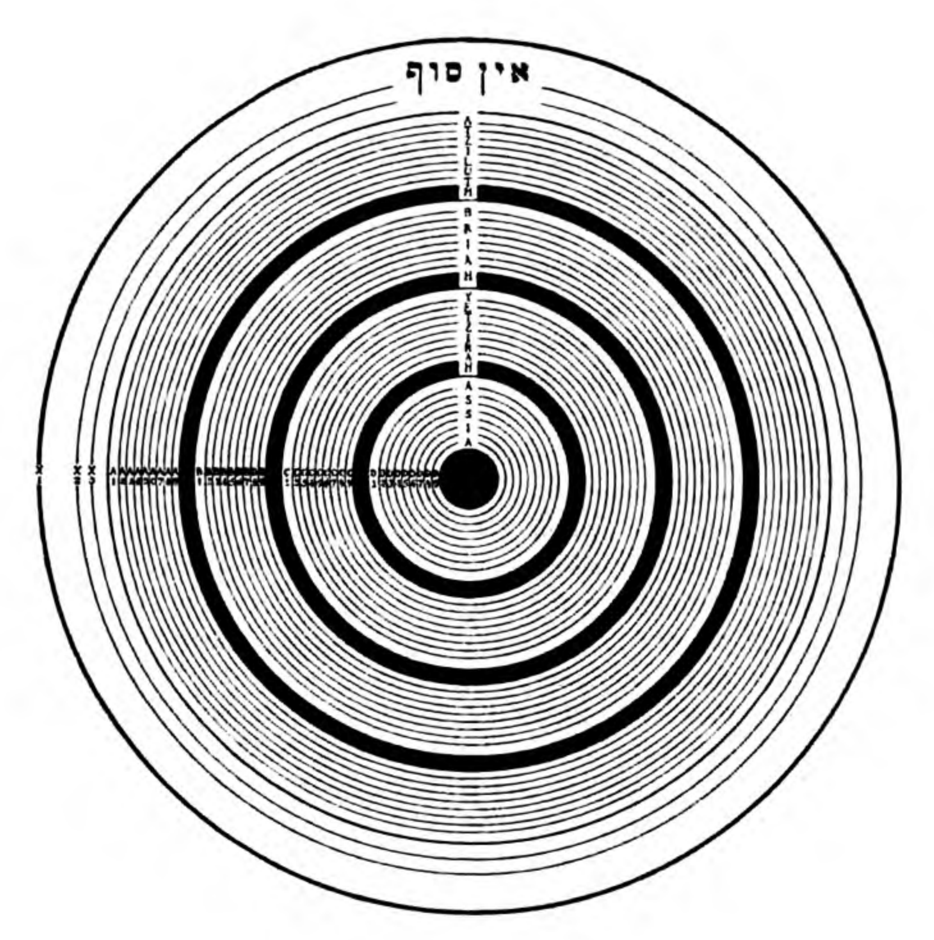
De D 4 salió D 5, el cuarto rigor; *Madim*, la esfera de Marte.

De D 5 salió D 6, la cuarta belleza; *Shemesh*, la esfera del Sol.

De D 6 salió D 7, la cuarta victoria; *Nogah*, la esfera de Venus.

De D 7 salió D 8, la cuarta gloria; *Kokab*, la esfera de Mercurio.

De D 8 salió D 9, el cuarto fundamento; *Levanah*, la esfera de la Luna.



EL ESQUEMA CABALÍSTICO DE LOS CUATRO MUNDOS

En este gráfico, la línea oscura entre X 3 y A 1 constituye el límite del punto original, mientras que los círculos concéntricos dentro de esta línea más gruesa simbolizan las emanaciones y los mundos que salieron del punto. Así como este punto está contenido dentro de los círculos exteriores X 1, X 2 y X 3 y representa la primera aparición de una existencia individualizada, el universo inferior, simbolizado por los cuarenta círculos concéntricos que hay dentro del punto, representa la creación inferior que surgió y, sin embargo, queda comprendida dentro de la naturaleza de la primera corona, que podríamos llamar Dios, dentro de la cual los poderes divinos, los seres celestiales, los mundos siderales y el hombre viven y se mueven y tienen su existencia. Es sumamente importante tener en cuenta que todos los círculos comprendidos en A 1 están envueltos por el punto primitivo, que, a su vez, está rodeado por el gran círculo X 1, o el huevo áurico de AIN SOPH.

Cada círculo incluye dentro de su propia naturaleza a todos los círculos que tiene en su interior y está incluido en todos los círculos exteriores a él. Por consiguiente, A 1, el punto primitivo, controla y contiene los treinta y nueve círculos que rodea y todos ellos son partícipes de su naturaleza en distinto grado, según sus dignidades respectivas. Por consiguiente, toda la superficie desde A 1 hasta D 10 inclusive es el punto original y los círculos simbolizan las divisiones que se produjeron en su interior y las emanaciones que surgieron de él después de que se estableciera en medio de la naturaleza abstracta de AIN SOPH. Los poderes de los círculos disminuyen hacia el centro del diagrama, porque el poder se mide en función de la cantidad de cosas controladas y cada círculo controla a los que hay en su interior y es controlado por los que lo rodean. Por consiguiente, mientras que A 1 controla treinta y nueve círculos, aparte de a sí mismo, B 1 solo controla veintinueve círculos, aparte de a sí mismo y, por eso, A 1 es más poderoso que B 1. Como la máxima solidez espiritual o permanencia reside en la circunferencia y la máxima densidad material o impermanencia reside en el centro del diagrama, a medida que disminuye su poder, los círculos se vuelven más materiales y sustanciales, hasta que la esfera central, D 10, simboliza los elementos químicos de la tierra. La velocidad de vibración también es inferior a medida que los círculos se acercan al centro. Es decir, que la vibración de A 2 es menor que la de A 1, pero mayor que la de A 3, y así sucesivamente, en orden decreciente hacia el centro, siendo A 1 la esfera más elevada de la creación y D 10, la más baja. Si bien A 1, el amo de la creación, controla los círculos marcados A, B, C y D, es menos que los tres círculos de AIN SOPH —X 1, X 2 y X 3— y, por consiguiente, se inclina ante el trono del Creador inefable de cuyas sustancias se ha diferenciado.

De D 9 salió D 10, el cuarto reino; *Cholom Yosodoth*, la esfera de los cuatro elementos.

Al insertar una esfera, que él llama empírea, delante del *primum mobile*, Kircher hace descender todas las demás un escalón, con lo cual elimina la esfera de los elementos y convierte a D 10 en la esfera de la Luna.

En el mundo de Assiah se encuentran los demonios y los tentadores, que también son reflejos de los diez grandes globos de Atziluth, pero, debido a la distorsión de las imágenes como consecuencia de las sustancias innobles del mundo de Assiah en las que se reflejan, se convierten en criaturas malvadas, que los cabalistas llaman cascarones. Existen diez jerarquías de estos demonios, correlacionadas con las diez jerarquías de los espíritus buenos que componen el mundo de Yetzirah, y también hay diez archidiablos, que corresponden a los diez arcángeles de Briah. Los magos negros utilizan a estos espíritus invertidos para conseguir sus nefandos objetivos, pero, con el tiempo, el demonio destruye a aquellos que se unen a él. Los diez órdenes de demonios y los diez archidiablos del mundo de Assiah son los siguientes:

D 1, la corona maligna; la jerarquía se llama *Thaumiel*, los dobles de Dios, los bicéfalos; los archidiablos son Satán y Moloch.

De D 1 salió D 2, la sabiduría maligna; la jerarquía se llama *Chaigidiel*, los que obstruyen; el archidiablo es Adam Belial.

De D 2 salió D 3, el entendimiento maligno; la jerarquía se llama *Satharial*, el ocultamiento de Dios; el archidiablo es Lucífugo.

De D 3 salió D 4, la misericordia maligna; la jerarquía se llama *Gamchicoth*, el que perturba las cosas; el archidiablo es Astarot.

De D 4 salió D 5, el rigor maligno; la jerarquía se llama *Golab*, la piromanía; el archidiablo es Asmodeo.

De D 5 salió D 6, la belleza maligna; la jerarquía se llama *Togarini*, los que riñen; el archidiablo es Belfegor.

De D 6 salió D 7, la victoria maligna; la jerarquía se llama *Harab Serap*, el cuervo dispensador; el archidiablo es Baal Chanan.

De D 7 salió D 8, la gloria maligna; la jerarquía se llama *Samael*, el embrollón; el archidiablo es Adramelek.

De D 8 salió D 9, el fundamento maligno; la jerarquía se llama *Gamaliel*, el obsceno; el archidiablo es Lilith.

De D 9 salió D 10, el reino maligno; la jerarquía se llama *Nahemoth*, el impuro; el archidiablo es Nahema.

Según los cabalistas, los mundos, las inteligencias y las jerarquías se establecieron de acuerdo con la visión de Ezequiel. El hombre de la vi-

sión de Ezequiel simboliza el mundo de Atziluth; el trono simboliza el mundo de Briah; el firmamento, el mundo de Yetzirah, y las criaturas vivas, el mundo de Assiah. Estas esferas son las ruedas dentro de las ruedas del profeta. A continuación, los cabalistas establecieron una figura humana en cada uno de los cuatro mundos: A 1 era la cabeza y A 10 eran los pies del hombre de Atziluth; B 1 era la cabeza y B 10, los pies del hombre de Briah; C 1 era la cabeza y C 10, los pies del hombre de Yetzirah; D 1 era la cabeza y D 10, los pies del hombre de Assiah. Estos cuatro se llaman los hombres del mundo; se consideran andróginos y son los prototipos de la humanidad.

El cuerpo humano, como el del universo, se considera una expresión material de los diez globos o esferas de luz. Por consiguiente, al hombre se lo llama microcosmos, el pequeño mundo, construido a semejanza del gran mundo del que forma parte. Los cabalistas también establecieron un hombre universal misterioso con la cabeza en A 1 y los pies en D 10. Este es, probablemente, el significado secreto de la gran figura del sueño de Nabucodonosor, con la cabeza en el mundo de Atziluth, los brazos y las manos en el mundo de Briah, el aparato reproductor en el mundo de Yetzirah y las piernas y los pies en el mundo de Assiah. Este es el gran hombre del Zohar, acerca del cual Éliphas Lévi escribe lo siguiente:

> No resulta menos asombroso observar al principio del Zohar la profundidad de sus conceptos y la sencillez sublime de sus imágenes. Se dice lo siguiente: «La ciencia del equilibrio es la clave de la ciencia oculta. Las fuerzas desequilibradas perecen en el vacío. Así pasaron los reyes del mundo antiguo, los príncipes de los gigantes. Han caído como árboles sin raíces y ya no se encuentra su lugar. A causa del conflicto de las fuerzas desequilibradas, la tierra devastada quedó vacía y sin forma hasta que el Espíritu de Dios se hizo un lugar en el cielo y redujo la masa de las aguas. Todas las aspiraciones de la naturaleza se dirigieron entonces hacia la unidad de la forma, hacia la síntesis viva de fuerzas equilibradas; el rostro de Dios, coronado de luz, se elevó sobre el inmenso mar y se reflejó en sus aguas. Sus dos ojos se manifestaron, radiantes de esplendor, y lanzaron dos rayos de luz que se cruzaron con los del reflejo. La frente de Dios y Sus ojos formaron un triángulo en el cielo, cuyo reflejo formó otro triángulo en las aguas, y así se reveló el número seis, que es el de la creación del universo». El texto, que sería ininteligible en una versión literal, se traduce aquí mediante su interpretación. El autor deja claro que la forma humana que atribuye a la Divinidad no es más que una imagen de su significado y que Dios no se puede expresar mediante el pensamiento humano ni se puede representar mediante ninguna figura. Pascal decía que Dios es un círculo, cuyo centro está en todas partes y cuya circunferencia no está en ninguna. ¿Cómo vamos a imaginar un círculo sin su circunferencia? El Zohar adopta la antítesis de esta imagen paradójica y, con respecto al círculo de Pascal, diría,

más bien, que la circunferencia está en todas partes, mientras que lo que no está en ninguna es el centro. Sin embargo, con una balanza y no con un círculo compara el equilibrio universal de las cosas. Afirma que el equilibrio está en todas partes y lo mismo ocurre con el punto central, donde queda suspendido. Llegamos a la conclusión de que el Zohar es, por consiguiente, más convincente y más profundo que Pascal. [...] El Zohar es una génesis de luz; el Sefer Yetzirah es una escalera de verdad. En ellos se exponen los treinta y dos símbolos absolutos del habla, que son los números y las letras. Cada letra produce un número, una idea y una forma, de modo que la matemática es aplicable a las formas y a las ideas, igual que a los números, en virtud de una proporción exacta y una correspondencia perfecta. Mediante la ciencia del Sefer Yetzirah, la mente humana se arraiga a la verdad y a la razón; explica todo el avance posible para la inteligencia mediante la evolución de los números. De este modo, el Zohar representa la verdad absoluta, mientras que el Sefer Yetzirah proporciona los métodos para conseguirla, reconocerla y aplicarla. (*Historia de la magia*.)

Cuando se coloca al propio hombre en el punto D 10, se revela su verdadera constitución. Existe en los cuatro mundos, de los cuales solo uno es visible. Entonces resulta evidente que las partes y los miembros que tiene en el plano material son, por analogía, jerarquías e inteligencias en los mundos superiores. Vemos aquí, nuevamente, una muestra de la ley de la compenetración. Aunque en el interior del hombre está todo el universo (las cuarenta y tres esferas que se compenetran con D 10), él ignora su existencia, porque no puede controlar lo que es superior o mayor que él mismo. Sin embargo, todas estas esferas superiores ejercen control sobre él y así lo demuestran sus funciones y sus actividades. Si no lo hicieran, sería una masa de sustancia inerte. La muerte no es más que el resultado de desviar los impulsos vitales de los círculos superiores para que no lleguen al cuerpo inferior.

El control de los círculos transustanciales sobre su propio reflejo material se llama vida y el espíritu del hombre es, en realidad, un nombre que se da a este gran receptor de inteligencias, que se concentran en la sustancia a través de un punto llamado ego, situado en medio de ellas. X 1 es el límite exterior del huevo áurico humano y todo el diagrama se convierte en una muestra de la constitución del hombre o una muestra de la constitución cósmica, si se correlaciona con el universo. Mediante la cultura secreta de la escuela cabalística, se enseña al hombre a escalar los círculos (desarrollar su conciencia) hasta que por fin regresa a AIN SOPH. El proceso mediante el cual se consigue esto se denomina las cincuenta puertas de la luz. Kircher, el cabalista jesuita, declara que Moisés atravesó cuarenta y nueve puertas, pero que Cristo fue el único que atravesó la quincuagésima.

A la tercera edición del *Sepher Yetzirah*, traducida del hebreo por William Wynn Westcott, se adjuntan las cincuenta puertas de la inteligencia que emanan de Biná, la segunda *sefira*. Esta información procede del *Oedipus Aegyptiacus*, de Kircher. Las puertas se dividen en seis órdenes; cada uno de los cuatro primeros tiene diez subdivisiones, el quinto tiene nueve y el sexto, una sola.

El primer orden de puertas recibe el nombre de elemental y sus divisiones son las siguientes: 1) el caos, *hyle*, la primera materia; 2) sin forma, el vacío, inerte; 3) el abismo; 4) el origen de los elementos; 5) la tierra (sin germen de semillas); 6) el agua; 7) el aire; 8) el fuego; 9) la diferenciación de cualidades; 10) la mezcla y la combinación.

El segundo orden de puertas recibe el nombre de década de la evolución y sus divisiones son las siguientes: 11) la diferenciación de los minerales; 12) aparecen los principios vegetales; 13) las semillas germinan en lo húmedo; 14) las plantas y los árboles; 15) la fructificación de la vida vegetal; 16) el origen de las formas inferiores de vida animal; 17) aparecen los insectos y los reptiles; 18) los peces, vertebrados que viven en el agua; 19) las aves, vertebrados que viven en el aire; 20) los cuadrúpedos, animales vertebrados terrestres.

El tercer orden de puertas recibe el nombre de década de la humanidad y sus divisiones son las siguientes: 21) la aparición del hombre; 22) el cuerpo humano material; 23) la concesión del alma humana; 24) el misterio de Adán y Eva; 25) el hombre completo como el microcosmos; 26) el don de cinco rostros humanos actuando en el exterior; 27) el don de cinco poderes para el alma; 28) Adán Kadmón, el hombre celestial; 29) los seres angélicos; 30) el hombre en la imagen de Dios.

El cuarto orden de puertas recibe el nombre de mundo de las esferas y sus divisiones son las siguientes: 31) el cielo de la Luna; 32) el cielo de Mercurio; 33) el cielo de Venus; 34) el cielo del Sol; 35) el cielo de Marte; 36) el cielo de Júpiter; 37) el cielo de Saturno; 38) el firmamento; 39) el *primum mobile*; 40) el cielo empíreo.

El quinto orden de puertas recibe el nombre de mundo angélico y sus divisiones son las siguientes: 41) *Ishim*, los hijos del fuego; 42) *Orphanim*, los querubines; 43) *Aralim*, los tronos; 44) *Chashmalim*, las dominaciones; 45) *Seraphim*, las virtudes; 46) *Melachim*, las potestades; 47) Elohim, los principados; 48) Ben Elohim, los ángeles; 49) Cherubim, los arcángeles. [El orden de los ángeles es controvertido y esta disposición difiere de la aceptada en otras partes de este volumen. Los rabinos discrepan sobre todo en cuanto a la secuencia adecuada de los nombres angélicos.]

El sexto orden recibe el nombre de arquetipo y consta de una sola puerta: 50) Dios, AIN SOPH, aquel al que no ha visto ningún ojo humano. La quincuagésima puerta conduce desde la creación hacia el Principio Creativo y quien la atraviesa regresa a la condición ilimitada e indiferenciada del Todo. Las cincuenta puertas revelan cierto proceso evolutivo y dicen los rabinos que, para alcanzar el grado máximo de conocimiento, hay que pasar de forma consecutiva por todos estos órdenes de la vida, cada uno de los cuales constituía una puerta en la cual el espíritu, al pasar del inferior al superior, encontraba en cada organismo más receptivo nuevas vías de expresión.

XXVII

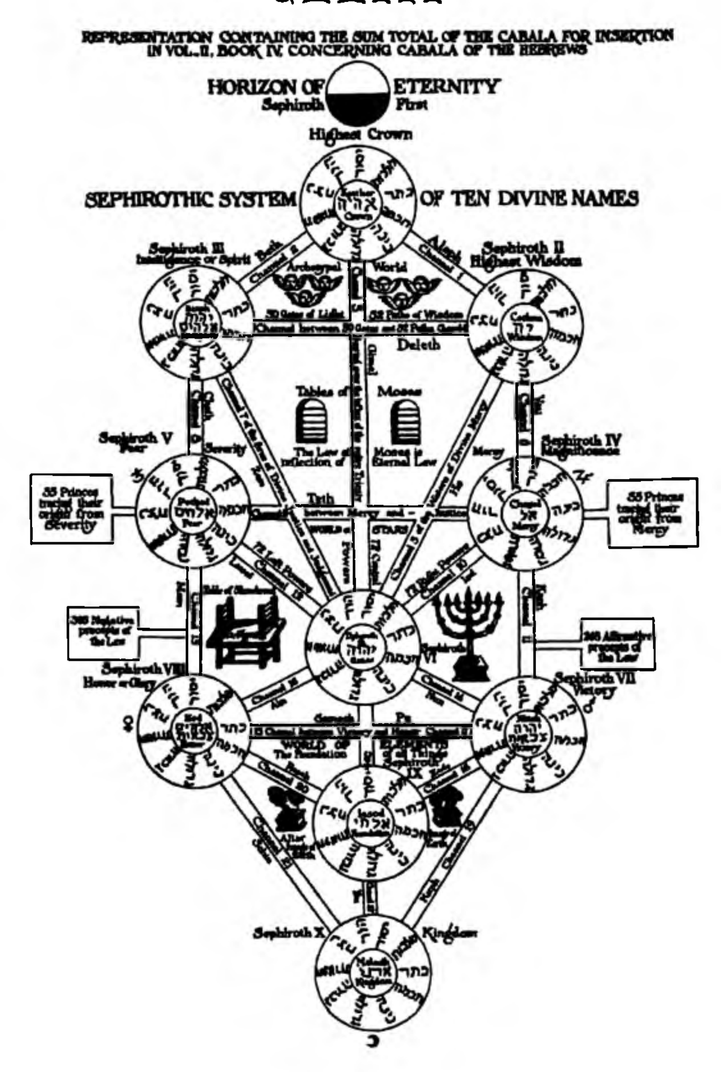
El árbol sefirótico

El árbol sefirótico se puede considerar un compendio invalorable de la filosofía secreta que originariamente constituía el espíritu y el alma del hasidismo. La Cábala es la herencia inestimable de Israel, pero cada año son menos los que comprenden sus verdaderos principios. El judío actual, si no se da cuenta de la profundidad de las doctrinas de su pueblo, suele estar impregnado de la forma de ignorancia más peligrosa, el modernismo, y tiende a considerar la Cábala como algo malo que tiene que rechazar como si fuera la peste o como una superstición ridícula que ha sobrevivido a la magia negra de la Edad Media. Sin embargo, sin la clave que proporciona la Cábala, ni los judíos ni los gentiles podrán resolver los misterios espirituales tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento.

El árbol sefirótico está compuesto por diez globos de esplendor luminoso dispuestos en tres columnas verticales y conectados mediante veintidós canales o caminos. Los diez globos se llaman las *sefirot* y a ellas se asignan los números del uno al diez. Las tres columnas se llaman Misericordia (la de la derecha), Rigor (la de la izquierda) y, la intermedia, Templanza, como poder conciliador. También se puede decir que las columnas representan la Sabiduría, la Fuerza y la Belleza, que constituyen el apoyo trino del universo, porque está escrito que el fundamento de todas las cosas es el tres. Los veintidós canales son las letras del alfabeto hebreo, a las que se asignan los arcanos mayores del mazo de cartas simbólicas del Tarot.

Éliphas Lévi decía que si se distribuían las cartas del Tarot según un orden específico, uno podía descubrir todo lo cognoscible acerca de

CXXIII



TRADUCIDO DEL *OEDIPUS AEGYPTIACUS* DE KIRCHER

EL ÁRBOL SEFIRÓTICO DE LOS CABALISTAS POSTERIORES

Después de demostrar que los cabalistas dividían el universo en cuatro mundos, cada uno compuesto por diez esferas, a continuación hay que tener en cuenta la manera en que las diez esferas de cada mundo se disponían en el llamado «árbol sefirótico». Este árbol está compuesto por diez círculos, que representan los números del uno al diez y están conectados mediante veintidós canales: las veintidós letras del alfabeto hebreo. Si sumamos los diez números a las veintidós letras, el resultado es el número oculto treinta y dos, que, según la Mishná, significa los treinta y dos senderos de la sabiduría. Las letras y los números, según los cabalistas, son las claves de todo el conocimiento, porque, si se disponen según un sistema secreto, se revelan los misterios de la creación. Por tal motivo, los llaman «los caminos de la sabiduría». Este hecho oculto se esconde cuidadosamente en el grado treinta y dos de la masonería.

Hay cuatro árboles, uno en cada uno de los cuatro mundos descritos en el capítulo anterior. El primero está en el mundo de Atziluth y los diez círculos son los diez globos de luz situados en el medio de AIN SOPH. Las capacidades y los atributos de este árbol se reflejan en cada uno de los tres mundos inferiores; la forma del árbol sigue siendo la misma, pero su poder disminuye a medida que desciende. Para complicar aún más su doctrina, los cabalistas crearon otro árbol, compuesto por los cuatro árboles del mundo, pero que solo contenía diez globos. En este árbol único se condensaban todos los arcanos que antes estaban dispersos por los voluminosos archivos de la bibliografía cabalística.

Dios, su universo y uno mismo. Cuando los diez números que corresponden a los globos (las *sefirot*) se combinan con las veintidós letras relacionadas con los canales, la suma da treinta y dos: el número que corresponde a los caminos cabalísticos de la sabiduría. Estos caminos, a los que a veces se alude como los treinta y dos dientes de la boca del Gran Rostro o los treinta y dos nervios que salen del Cerebro Divino, son análogos a los primeros treinta y dos grados de la masonería, que elevan al candidato a la dignidad de príncipe del secreto real. Resulta también sumamente significativo para los cabalistas que en las escrituras hebreas originales el nombre de Dios aparezca treinta y dos veces en el primer capítulo del Génesis. (En las traducciones de la Biblia al inglés, el nombre aparece treinta y tres veces.) Según el análisis místico del cuerpo humano que hacen los rabinos, la columna vertebral tiene treinta y dos segmentos que conducen al templo de la sabiduría: el cráneo.

Los estudiosos judíos posteriores combinaron los cuatro árboles cabalísticos que se han descrito en el capítulo anterior en un solo diagrama completo, al que llamaron no solo sefirótico, sino el Adán arquetípico o celeste. Según algunos expertos, la creación que se describe en los primeros capítulos del Génesis es la de este Adán celeste y no la de un hombre terrenal. El universo se formó a partir de las sustancias de este hombre divino y en él permanece y seguirá estando, incluso después de que las esferas se vuelvan a disolver en su propia sustancia primitiva. En realidad, jamás se concibe la divinidad como contenida en las *sefirot*, que no son más que recipientes hipotéticos utilizados para definir los límites de la Esencia Creativa. Adolph Franck prefiere comparar las *sefirot* con cuencos de vidrio transparentes de muchos colores y llenos de una luz pura, que, aparentemente, asume el color de sus recipientes, pero cuya naturaleza esencial permanece siempre igual e inalterable.

En la página siguiente vemos las diez *sefirot* que componen el cuerpo del Adán prototípico, los números relacionados con ellas y las partes del universo a las que corresponden.

No se puede dejar de destacar en todo momento que las *sefirot* y las propiedades que se les atribuyen, al igual que la *tetractys* de los pitagóricos, no son más que símbolos del sistema cósmico con su multitud de partes. El significado más estricto y más completo de estos emblemas no se puede revelar por escrito ni de palabra, sino que se debe descubrir como fruto del estudio y la meditación. Dice el Zohar que hay una prenda —la doctrina escrita— que todos los hombres pueden ver. Los que tienen entendimiento no ven la prenda, sino el cuerpo que hay de-

Número	Las *sefirot*	El universo	Alternativa
1	Kéter, la corona	*primum mobile*	el cielo ardiente
2	Jojmá, la sabiduría	el Zodíaco	el primer movimiento
3	Biná, el entendimiento	Saturno	el Zodíaco
4	Jésed, la misericordia	Júpiter	Saturno
5	Gevurá, el rigor	Marte	Júpiter
6	Tiféret, la belleza	el Sol	Marte
7	Nétsaj, la victoria	Venus	el Sol
8	Hod, la gloria	Mercurio	Venus
9	Yesod, el fundamento	la Luna	Mercurio
10	Maljut, el reino	los elementos	la Luna

bajo: el código intelectual y filosófico. Sin embargo, los más sabios, los siervos del rey celestial, lo único que ven es el alma —la doctrina espiritual—, la raíz eterna y en permanente crecimiento de la ley. Éliphas Lévi también escribe acerca de esta gran verdad y declara que nadie puede entrar en la Casa secreta de la Sabiduría, a menos que lleve puesta la voluminosa capa de Apolonio de Tiana y, en la mano, la lámpara de Hermes. La capa representa las cualidades de serenidad e independencia que deben envolver a la persona que busca la verdad como un manto de fuerza, mientras que la lámpara siempre encendida del sabio representa la mente iluminada y el intelecto perfectamente equilibrado, sin los cuales jamás se puede resolver el misterio de los siglos.

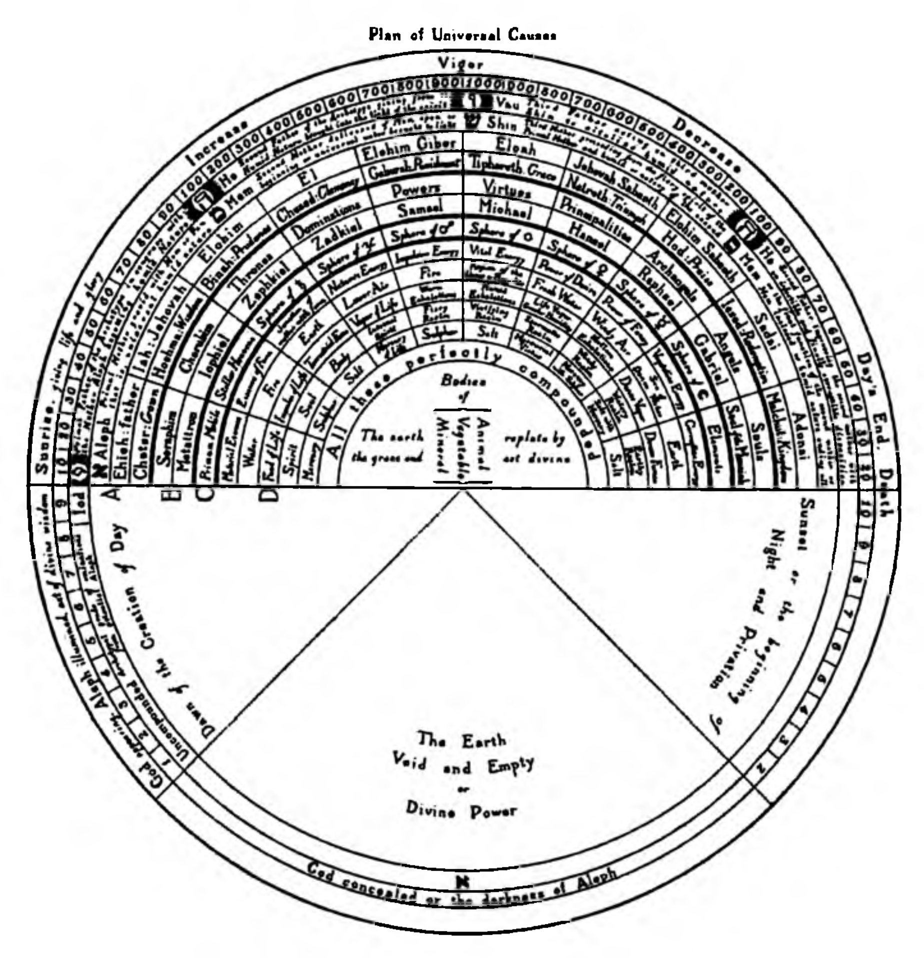
A veces se representa el árbol sefirótico como un cuerpo humano, con lo cual se establece de forma más definida la verdadera identidad del primer hombre, u hombre celeste: Adán Kadmón, la idea del universo. Entonces, los diez globos divinos (las *sefirot*) se consideran análogos a los diez miembros y órganos sagrados del *Protogonos*, según la disposición siguiente. Kéter es la corona de la cabeza prototípica y podría hacer referencia a la glándula pineal; Jojmá y Biná son, respectivamente, el hemisferio derecho y el izquierdo del Gran Cerebro; Jésed y Gevurá (*Pechad*) son, respectivamente, el brazo derecho y el izquierdo y representan los miembros creativos y activos del Gran Hombre; Tiféret es el corazón, o, según algunos, todas las vísceras; Nétsaj y Hod son, respectivamente, la pierna derecha y la izquierda, o los apoyos del mundo; Yesod es el aparato reproductor, o el fundamento de la forma, y Maljut representa los dos pies, o la base del ser. En ocasiones se consi-

dera a Yesod el poder generativo masculino y a Maljut. el femenino. El Gran Hombre concebido de esta manera es la imagen gigantesca del sueño de Nabucodonosor, con la cabeza de oro, los brazos y el pecho de plata, el cuerpo de bronce, las piernas de hierro y los pies de arcilla. Los cabalistas medievales también asignaban uno de los diez mandamientos y una décima parte del Padre Nuestro, por orden, a cada una de las diez *sefirot*.

Con respecto a las emanaciones de Kéter que se establecen como tres tríadas de poderes creativos —en el Zohar las califican de tres cabezas con tres caras cada una—, H. P. Blavatsky escribe lo siguiente: «Esta [Kéter] era la primera de las *sefirot* y contenía en sí misma a las otras nueve ספירות *sefirot* o inteligencias, que, en su totalidad y unidad, representan al hombre arquetípico, Adán Kadmón, el πρωτόγονος, que, a pesar de su individualidad o unidad, es dual, o bisexual, en griego *didumos*, porque es el prototipo de toda la humanidad. De este modo obtenemos tres trinidades, cada una de las cuales está dentro de una "cabeza". En la primera cabeza, o cara (la Trimurti hindú de tres caras), encontramos a Sephira [Kéter], el primer andrógino, en el vértice del triángulo superior, que emite a Hachama [Jojmá], o la sabiduría, una potencia masculina y activa —también llamada Jah, יה— y a Biná, בינה, o la inteligencia, una potencia femenina y pasiva, que también está representada en el nombre de Jehová, יהוה. Estas tres forman la primera trinidad, o "cara" de las *sefirot*. De esta tríada emanó Hesed, חסד, o la misericordia, una potencia activa masculina, también llamada El, de la cual emanó Gevurá, גבורה, o la justicia, también llamada Eloha, una potencia femenina pasiva; de la unión de estas dos se produjo Tiféret, תפארת, la belleza, la clemencia, el sol espiritual, conocido por el nombre divino de Elohim, y se formó la segunda tríada, "cara" o "cabeza". Estas emanaron, a su vez, la potencia masculina Netzah, נצח, la firmeza o Jehová Sabaoth, que produjo la potencia femenina pasiva, Hod, הוד, el esplendor, o Elohim Sabaoth; las dos produjeron a Yesod, יסוד, el fundamento, que es el poderoso y vivo El-Chai, que así produjo la tercera trinidad, o "cabeza". La décima de las *sefirot* es, más bien, una díada y se representa en el diagrama como el círculo inferior. Es Maljut, o el reino, מלכות, y Shejiná, שכינה, también llamado Adonai, y Cherubim, entre las huestes angélicas. La primera "cabeza" recibe el nombre de mundo intelectual; la segunda "cabeza" es el mundo sensual o de la percepción, y la tercera es el mundo material o físico». (Véase *Isis sin velo.*)

Los cabalistas posteriores también hacen una división del árbol sefirótico en cinco partes, en las cuales la distribución de los globos se hace según el orden siguiente:

1) Macroprosopo, o Gran Faz, es el nombre que se aplica a Kéter como la primera y más exaltada de las *sefirot* e incluye las nueve potencias o *sefirot* que salen de Kéter.



DE *COLLECTION OPERUM* DE FLUDD

LA TABLA DE CORRESPONDENCIAS SEFIRÓTICAS

Este diagrama ha sido traducido especialmente del latín, porque tiene un valor único para los estudiosos de la Cábala y también como ejemplo de la insólita capacidad de Robert Fludd para crear tablas de correspondencias. Robert Fludd figura entre los rosacruces y los masones más destacados: en realidad, a menudo se lo ha llamado «el primer rosacruz inglés». Ha escrito varios documentos valiosos que tienen que ver directamente con el enigma rosacruz. No es casual que sus obras más importantes se publicaran al mismo tiempo que las de Bacon, Shakespeare y los primeros escritores rosacruces.

2) Abba, el Gran Padre, es el término que por lo general se aplica a Jojmá, la sabiduría universal y primera emanación de Kéter, aunque, según Ibn Gebirol, Jojmá representa al Hijo, el Logos o la Palabra que nace de la unión de Kéter y Biná.
3) Aima, la Gran Madre, es el nombre por el que se suele conocer a Biná, la tercera *sefira*. Este es el Espíritu Santo, de cuyo cuerpo salen las generaciones. Al ser la tercera persona de la tríada creativa, corresponde a Jehová, el demiurgo.
4) Microprosopo, o Faz Menor, está compuesto por seis *sefirot:* Jésed, Gevurá, Tiféret, Netzah, Hod y Yesod. Se lo suele llamar el Adán inferior, o Zauir Anpin, mientras que el Macroprosopo, o Adán superior, es Arij Anpin. Como corresponde, la Faz Menor se representa mediante la estrella de seis puntas, o los triángulos entrelazados de Sión, y también por las seis caras del cubo. Representa las direcciones norte, este, sur, oeste, arriba y abajo y también los seis días de la creación. En su enumeración de las partes del Microprosopo, MacGregor-Mathers incluye a Biná como la parte primera y superior del Adán inferior, con lo cual lo convierte en septenario. Si consideramos que el Microprosopo tiene seis partes, sus globos (las *sefirot*) son análogos a los seis días de la creación y el décimo globo, Maljut, al sabbat del descanso.
5) La esposa del Microprosopo es Maljut, el arquetipo de las *sefirot*, cuya constitución cuaternaria se compone de combinaciones de los cuatro elementos. Es la Eva divina que sale del costado del Microprosopo y combina las fuerzas de todo el árbol cabalístico en una sola esfera, que podríamos llamar el hombre.

Según los misterios de las *sefirot*, el orden de la creación, o el relámpago divino que zigzaguea por los cuatro mundos según el orden de las emanaciones divinas, se describe de esta manera: de AIN SOPH, la nada y el todo, la potencia eterna e incondicionada, sale Macroprosopo, la Gran Faz, de quien está escrito: «Dentro de Su cráneo existen a diario trece mil miríadas de mundos que deben su existencia a Él y que Él conserva». (Véase *La gran asamblea sagrada.*) Del propio Macroprosopo, la voluntad direccionalizada de AIN SOPH, correspondiente a Kéter, la corona de las *sefirot*, salen las nueve esferas inferiores, de las cuales Él es la suma y la causa. Las veintidós letras del alfabeto hebreo, con cuyas diversas combinaciones se establecen las leyes del universo,

constituyen el cetro de Macroprosopo, que Él empuña desde Su trono llameante en el mundo de Atziluth.

De este andrógino eterno y antiguo —Kéter— salen Jojmá, el Gran Padre, y Biná, la Gran Madre, por lo general llamados, respectivamente, Abba y Aima; masculino el primero, femenino el segundo, prototipos del sexo, que corresponden a las dos primeras letras del nombre sagrado, Jehová, יהוה, IHVH. El Padre es la י, o I, y la Madre es la ה, o H. Abba y Aima simbolizan las actividades creativas del universo y se establecen en el mundo creativo de Briah. En el Zohar está escrito lo siguiente: «Por consiguiente, todo se establece en la igualdad de lo masculino y lo femenino, porque, de no ser así, ¿cómo podrían subsistir? Este comienzo es el Padre de todas las cosas, el Padre de todos los Padres, y los dos están unidos entre sí, y uno de los caminos brilla en el otro: Jojmá, la sabiduría, como el Padre, y Biná, el entendimiento, como la Madre».

Hay diferencias de opinión con respecto a algunas de las relaciones de las partes de la primera tríada. Algunos cabalistas, entre ellos Ibn Gebirol, consideran a Kéter el Padre, a Biná la Madre y a Jojmá, el Hijo. Según esta disposición, la sabiduría, que es el atributo del Hijo, se convierte en la creadora de las esferas inferiores. El símbolo de Biná es la paloma, un emblema adecuado para el instinto maternal de la Madre Universal.

Debido a la gran similitud de su tríada creativa con la trinidad cristiana, los cabalistas posteriores reordenaron las tres primeras *sefirot* y añadieron un punto misterioso llamado Daath —una hipotética séptima *sefira*—, situado en la intersección de la línea horizontal que conecta Jojmá con Biná con la línea vertical que conecta Kéter con Tiféret. Aunque los primeros cabalistas no lo mencionan, Daath es un elemento sumamente importante y su incorporación al árbol sefirótico no se produjo sin una conciencia plena de la importancia de esta acción. Si Jojmá se considera la energía activa e inteligente de Kéter y Biná su capacidad receptiva, Daath se convierte en el pensamiento que, creado por Jojmá, fluye hacia Biná. La postulación de Daath aclara el problema de la Trinidad Creadora, que aquí aparece representada esquemáticamente como compuesta por Jojmá (el Padre), Biná (la Madre o Espíritu Santo) y Daath, la Palabra mediante la cual se crearon los mundos. Isaac Myer reduce la importancia de Daath, al afirmar que se trata de un subterfugio para ocultar el hecho de que Kéter, en lugar de Jojmá, es el verdadero Padre de la tríada creadora, pero no hace ningún es-

fuerzo por ofrecer una explicación satisfactoria del simbolismo de esta *sefira* hipotética.

Según la noción original, de la unión del Padre Divino y la Madre Divina surge Microprosopo, la Faz Menor o cara pequeña, que se establece en el mundo de Yetzirah, o de la formación, y corresponde a la letra ו, o V, del Gran Nombre. Los seis poderes de Microprosopo surgen de su propia fuente, que es Biná, la madre del Adán inferior, y están contenidos en ella; constituyen las esferas de los planetas sagrados: su nombre es Elohim, y se mueven sobre la cara de las profundidades. La décima *sefira* —Maljut, el reino— se describe como la esposa del Adán inferior, creada espalda con espalda con su señor, y a ella se atribuye la última ה, o H, la última letra del Nombre Sagrado. La morada de Maljut queda en el cuarto mundo —Assiah— y está compuesta por todos los poderes superiores reflejados en los elementos de la esfera terrestre. Por consiguiente, veremos que el árbol cabalístico se extiende a lo largo de cuatro mundos, con sus ramas en la materia y sus raíces en el antiguo de los antiguos: Macroprosopo.

Tres columnas verticales sostienen el sistema universal que representa el árbol sefirótico. El pilar del centro tiene su fundamento en Kéter, el eterno; desciende a través de la *sefira* hipotética, Daath, y a continuación a través de Tiféret y Yesod, y su extremo inferior descansa sobre la base firme de Maljut, el último de los globos. La verdadera importancia del pilar central es el equilibrio. Demuestra que la divinidad siempre se manifiesta emanando polos de expresión desde el medio de sí misma, pero manteniéndose al margen de la ilusión de polaridad. Si sumamos los números de las cuatro *sefirot* conectadas por esta columna (1 + 6 + 9 + 10), la suma es 26, el número de Jehová. (Véase el capítulo sobre matemática pitagórica.)

La columna de la derecha, llamada Jachin, tiene su base en Jojmá, la sabiduría que mana de Dios; los tres globos suspendidos de ella son potencias masculinas. La columna de la izquierda se llama Boaz. Los tres globos que lleva son potencias femeninas y receptivas, porque se basa en el entendimiento, una potencia receptiva y maternal. Obsérvese que la sabiduría se considera radiante o efusiva, mientras que el entendimiento es receptivo, o algo que se llena cuando la sabiduría fluye. Al final, los tres pilares se unen en Maljut, en el cual se manifiestan todos los poderes de los mundos superiores.

Los cuatro globos de la columna central revelan la función de la capacidad creativa en los distintos mundos. En el primero, el poder crea-

tivo es la Voluntad, la única causa divina; en el segundo, el Daath hipotético, la Palabra procedente del pensamiento divino; en el tercero, Tiféret, el Sol, o punto focal entre Dios y la naturaleza; en el cuarto es doble: son el polo positivo y el negativo del aparato reproductor, del cual Yesod es el masculino y Maljut, el femenino.

En el árbol sefirótico de Kircher, habría que destacar en particular que los ornamentos del Tabernáculo aparecen en las distintas partes del diagrama, lo que indica una relación directa entre la Casa sagrada de Dios y el universo, una relación que siempre se debe considerar que existe entre la divinidad mediante cuya actividad se produce el mundo y el mundo en sí, que tiene que ser la casa o el vehículo de dicha divinidad. Si el mundo científico moderno pudiera percibir siquiera la verdadera profundidad de estas deducciones filosóficas de los antiguos, se daría cuenta de que quienes idearon la estructura de la Cábala poseían un conocimiento del plan celestial comparable en todos los aspectos al de los sabios actuales.

El Tetragrámmaton, o el nombre de Dios de cuatro letras, escrito de esta manera, יהוה, se pronuncia Jehová. La primera letra es יה, la *yod*, el germen, la vida, la llama, la causa, el uno y el más fundamental de los emblemas fálicos judíos. Su valor numérico es 10 y se tiene que considerar el 1 contenido en el 10. En la Cábala se dice que, en realidad, la *yod* son tres *yods*, de las cuales la primera es el principio, la segunda es el centro y la tercera es el final. Su trono es la *sefira* Jojmá (según Ibn Gebirol, es Kéter), desde la cual avanza para impregnar a Biná, que es la primera ה, *hé*. El resultado de esta unión es Tiféret, que es la ו, *vau*, cuyo poder es 6 y que simboliza los seis miembros del Adán inferior. La última ה, *hé*, es Maljut, la Madre inferior, que participa en parte de las potencias de la Madre Divina, la primera *hé*. Si ponemos las cuatro letras del Tetragrámmaton en una columna vertical, se obtiene una figura muy parecida al cuerpo humano, en la cual la *yod* hace las veces de la cabeza, la primera *hé* son los brazos y los hombros, la *vau* es el tronco del cuerpo y la última *hé* son las caderas y las piernas. Si sustituimos las letras hebreas por sus equivalentes en inglés, no se observan cambios sustanciales en la forma ni cambia la analogía. También resulta sumamente significativo que, si insertamos la letra ש, *shin*, en medio del nombre de Jehová, se forma la palabra Jehoshua, o Jesús, de esta forma:



En los Misterios cabalísticos, según Éliphas Lévi, a veces se escribe el nombre Jehová uniendo veinticuatro puntos —los veinticuatro poderes delante del trono— y se cree que el nombre del poder del mal es el signo de Jehová al revés o invertido. (Véase *Transcendental Magic.*) Acerca de la Gran Palabra, Albert Pike escribe lo siguiente: «La Palabra Verdadera del masón se encuentra en el significado oculto y profundo del nombre inefable de la divinidad, comunicado por Dios a Moisés, un significado que se perdió hace mucho, precisamente por las precauciones que se tomaron para ocultarlo. La verdadera pronunciación de aquel nombre era en realidad un secreto, en el cual, no obstante, residía el secreto mucho más profundo de su significado. En dicho significado se incluía toda la verdad que podemos conocer con respecto a la naturaleza de Dios». (Véase *Moral y dogma del rito escocés antiguo y aceptado.*)

XXVIII

Las claves cabalísticas de la creación del hombre

En *A World of Wonders*, publicado en 1607, Henrie Stephen habla de un monje antonino que contaba que cuando estuvo en Jerusalén, el patriarca de aquella ciudad le había enseñado no solo una de las costillas del «Verbo hecho carne» y algunos rayos de la estrella de Belén, ¡sino también el hocico de un serafín, la uña del dedo de la mano de un querubín, los cuernos de Moisés y una urna que contenía el aliento de Jesucristo! Para un pueblo que creía implícitamente en serafines lo bastante tangibles como para que sus morros se pudiesen conservar, las cuestiones más profundas de la filosofía del judaísmo han de ser, por fuerza, incomprensibles. Tampoco cuesta imaginar la reacción que se produciría en la mente de un sabio antiguo si le dijeran que a un querubín —según san Agustín, representa a los evangelistas; según Philo Judaeus (más conocido como Filón de Alejandría), la circunferencia más exterior de todos los cielos, y, según varios Padres de la Iglesia, la sabiduría de Dios— le habían crecido uñas. La desesperante confusión de los principios divinos con las figuras alegóricas creadas para ponerlos al alcance de las facultades limitadas de los no iniciados ha provocado los errores más atroces acerca de las verdades espirituales. No obstante, conceptos casi tan ridículos como estos se alzan como barreras insalvables para comprender de verdad el simbolismo del Antiguo y el Nuevo Testamento, porque, mientras el hombre no separe su capacidad de razonamiento de la telaraña de absurdos venerados en la que su mente lleva siglos atrapada, ¿cómo va a poder descubrir la verdad?

El Antiguo Testamento —en especial el Pentateuco— contiene no solo la versión tradicional de la creación del mundo y del hombre, sino



DE LA BIBLIA DE BEAR

LA VISIÓN DE EZEQUIEL

En esta ilustración, tomada de la primera Biblia protestante publicada en español, vemos el *mercavah*, o carro de Jehová, que se apareció a Ezequiel junto al río Chebar. El profeta vio cuatro criaturas extrañas (E), cada una de las cuales tenía cuatro cabezas, cuatro alas y pezuñas de bronce, como las de un becerro. Había también cuatro ruedas (F) llenas de ojos. A donde iban los querubines iban también las ruedas. El espacio entre los querubines y las ruedas estaba lleno de carbones encendidos. En lo alto del carro había un trono, sobre el cual había sentado algo parecido a un hombre (H). Ezequiel se hincó de rodillas al ver el *mercavah* rodeado de un torbellino de nubes y llamas (A, B, C). Una mano (K) salió de entre las nubes y se ordenó al profeta que comiera de un pergamino que la mano le tendía.

Según los místicos, las ruedas que sostienen el trono de Dios representan las órbitas de los planetas y todo el sistema solar es en realidad el *mercavah*, o el carro de Dios. Una de las partes de la Cábala —la que trata de las artes y las ciencias de los planos que están bajo los cielos— se denomina Mercavah. En el Zohar está escrito que el trono celestial de la visión de Ezequiel representa la ley tradicional; la aparición de un hombre sentado en el trono representa la ley escrita. Filón de Alejandría, al describir a los querubines que están encima del Arca de la Alianza, dice que las figuras son un indicio de las revoluciones de todos los cielos: uno de los querubines representa la circunferencia exterior y el otro, la esfera interior y, al enfrentarse, representan los dos hemisferios de la tierra. La espada flamígera de los querubines del Génesis es el movimiento y la agitación central de los cuerpos celestes. Con toda probabilidad, representa también el rayo solar.

también, encerrados en su interior, los secretos de los iniciadores egipcios de Moisés con respecto a la génesis del hombre Dios (el iniciado) y el misterio de su resurrección mediante la filosofía. Aunque se sabe que el Legislador de Israel compiló varias obras, además de las que se le suelen atribuir, los escritos que circulan en la actualidad como los supuestos libros sexto y séptimo de Moisés en realidad son tratados espurios sobre magia negra que les colaron a los crédulos durante la Edad Media. Resulta casi inconcebible que, de los cientos de millones de estudiosos serios y piadosos de las Sagradas Escrituras, apenas un puñado haya captado lo sublime de las enseñanzas esotéricas de Sod (los misterios judíos de Adonai). Sin embargo, el conocimiento de los tres procesos cabalísticos denominados gematría, notaricón y temurá permite descubrir muchas de las verdades más profundas de la antigua superfísica judía.

Se entiende por gematría no solo el intercambio de letras por sus equivalentes numéricos, sino también el método que permite determinar, mediante el análisis de sus medidas, la finalidad mística por la cual ha sido construido un edificio u otro objeto. S. L. MacGregor-Mathers, en *La Qabalah desvelada*, da el siguiente ejemplo de la aplicación de la gematría: «Así también el pasaje del Génesis 18, 2, VHNH SHLSHH, *Vehenna Shalisha*, "he aquí que había tres individuos", tiene el mismo valor numérico que ALV MIKAL GBRIAL VRPAL, *Elo Mikhael Gabriel Ve-Raphael*, "Estos son Miguel, Gabriel y Rafael", por cada frase = 701». Suponiendo que los lados de un escaleno midan 11, 9 y 6 pulgadas {27,94, 22,86 y 15,24 centímetros, respectivamente}, un triángulo de tales dimensiones sería, pues, un símbolo adecuado de Jehová, porque la suma de sus tres lados sería 26, el valor numérico de la palabra hebrea IHVH. La gematría incluye también el sistema para descubrir el significado arcano de una palabra mediante el análisis del tamaño y el orden de los trazos utilizados para formar las distintas letras que la componen; además de los judíos, también la utilizaban los griegos. Los libros del Nuevo Testamento —en particular los atribuidos a san Juan— contienen numerosos ejemplos de su uso. Según Nicéforo Calixto, el Evangelio según san Juan fue descubierto en una cueva bajo el templo de Jerusalén, donde el volumen había sido escondido «mucho antes de la era cristiana». La existencia de material interpolado en el cuarto evangelio corrobora la creencia de que la obra fue escrita en un principio sin ninguna referencia específica al hombre llamado Jesús y las afirmaciones que allí se atribuyen a Él eran, originariamente, las disertaciones

místicas de la personificación de la Mente Universal. Los demás escritos de san Juan —las epístolas y el Apocalipsis— están envueltos en un velo de misterio similar.

Mediante el notaricón, cada letra de una palabra se puede convertir en el primer carácter de una palabra nueva. Por ejemplo, a partir de la palabra BRASHITH, la primera palabra del libro del Génesis, se extraen seis palabras que significan que «en el comienzo el Elohim vio que Israel aceptaría la ley». MacGregor-Mathers también da seis ejemplos más de notaricón, formados a partir de la palabra anterior por Solomon Meir Ben Moses, un cabalista medieval. Del famoso acróstico atribuido a la sibila eritrea, san Agustín derivó la palabra ΙΧΘΥΣ, que, mediante el notaricón, se expandió hasta formar la frase siguiente: «Jesucristo, hijo de Dios. Salvador». Mediante otro uso del notaricón, que consiste en hacer exactamente lo contrario que con el anterior, la primera letra, la última o la del medio de las palabras de una oración se unían para formar una o más palabras nuevas. Por ejemplo, se puede extraer la palabra «amén», ἀμήν, de א ד נ י מ ל ך נ א מ ן, «el Señor es el rey fiel». Como estos recursos crípticos se incorporaban a sus escrituras sagradas, los sacerdotes antiguos recomendaban a sus discípulos que jamás tradujeran, corrigieran ni reescribieran el contenido de los libros sagrados.

Bajo el nombre general de temurá se agrupan y se explican distintos sistemas que consisten en sustituir varias letras por otras, según unas tablas preestablecidas o determinadas disposiciones matemáticas de las letras, regulares o irregulares. Por ejemplo, se dividía el alfabeto en dos partes iguales y se escribía en líneas horizontales, de modo que las letras de la fila inferior se pudieran cambiar por las de la fila superior o viceversa. Mediante este procedimiento, se pueden usar las letras de la palabra *kuzu* en lugar de las de IHVH, el Tetragrámmaton. En otra forma de temurá, simplemente se reordenan las letras. שתיה es la piedra que se encuentra en el centro del mundo y desde este punto la tierra se expande en todas direcciones. Cuando se rompe en dos, la piedra es ש ת י ה, que significa «el puesto de Dios». (Véase *Pekudei Rakov*, 71, 72.) Además, la temurá puede consistir en un sencillo anagrama, como en la palabra inglesa *live* {vivir}, que, invertida, se convierte en *evil* {mal}. Los diversos sistemas de la temurá figuran entre los recursos más complejos y profundos de los antiguos rabinos.

Los estudiosos de la teología están cada vez más convencidos de que las traducciones de las Escrituras que se han aceptado hasta ahora no transmiten de forma adecuada el espíritu de los documentos originales.

«Después de que Hilkiah editara y publicara el primer ejemplar del Libro de Dios en todo el mundo —escribe H. P. Blavatsky—, este ejemplar desaparece, de modo que Ezra tiene que hacer otra Biblia, que Judas Macabeo finaliza; [...] al ser transcrito de un alfabeto a otro, quedó tan corrompido que resultaba irreconocible; [...] la *masora* culminó la labor de destrucción; finalmente, tenemos un texto que no tiene novecientos años, en el cual abundan las omisiones, las interpolaciones y las distorsiones premeditadas.» (Véase *Isis sin velo*.)

El profesor de Harvard Crawford Howell Toy señala lo siguiente: «Los manuscritos fueron copiados y vueltos a copiar por escribas que no solo cometían errores de vez en cuando en letras y palabras, sino que se permitían introducir material nuevo en el texto o combinar en un manuscrito determinado, sin marcas ni separaciones, textos compuestos por otras personas; se encuentran ejemplos de este tipo de procedimientos sobre todo en Miqueas y en Jeremías y en los grupos de profecías que se incluyen bajo los nombres de Isaías y Zacarías.» (Véase *Judaism and Christianity*.)

¿Es posible que la mutilación de la Sagrada Biblia —en parte accidental— represente, no obstante, un intento concreto de confundir al lector no iniciado y de tal modo ocultar mejor los secretos de los *tannaim* judíos? El mundo cristiano jamás ha tenido en su poder aquellos pergaminos ocultos que contienen la doctrina secreta de Israel y si los cabalistas tenían razón al suponer que los libros perdidos de los Misterios mosaicos estaban entretejidos en la Torá, entonces resulta que en realidad las Escrituras son unos libros que están dentro de otros libros. En círculos rabínicos se suele pensar que el cristianismo no ha comprendido nunca el Antiguo Testamento y, probablemente, jamás lo comprenderá. De hecho, se tiene la sensación —al menos en algunos ámbitos— de que el Antiguo Testamento pertenece de forma exclusiva al judaísmo y también de que el cristianismo, después de perseguir implacablemente a los judíos, se toma libertades injustificadas cuando incluye en su canon sagrado escrituras que son exclusivamente judías. Sin embargo, como destaca un rabino en particular, si el cristianismo se ve obligado a usar las escrituras judías, ¡como mínimo debería tratar de hacerlo con un poco de inteligencia!

En el capítulo inicial del Génesis se dice que, después de crear la luz y separarla de la oscuridad, los siete *Elohim* dividieron las aguas que estaban debajo del firmamento de las que estaban por encima del firmamento y que, después de establecer así el universo inferior, perfecta-

mente de acuerdo con las enseñanzas esotéricas de los Misterios hindúes, egipcios y griegos, a continuación los *Elohim* se concentraron en producir la flora y la fauna y, por último, el ser humano. «Y dijo Dios: "Hagamos el ser humano a nuestra imagen, como semejanza nuestra. [...]" Creó, pues, Dios al ser humano a imagen suya, a imagen de Dios lo creó, macho y hembra los creó. Y bendíjolos Dios y díjoles Dios: "Sed fecundos y multiplicaos y henchid la tierra [...]".»

Reflexionemos en silencio sobre el asombroso uso que se hace de los pronombres en este extracto del «ejemplo más perfecto de literatura inglesa». Cuando la palabra hebrea plural y andrógina *Elohim* se traducía por la palabra singular y asexuada «Dios», los primeros capítulos del Génesis casi no tenían sentido. Posiblemente, se temía que, de haberse traducido correctamente la palabra como «el ente creador masculino y el femenino», ¡se habría acusado a los cristianos —con razón— de adorar a una pluralidad de dioses, después de haber insistido tanto con el monoteísmo! Sin embargo, la forma plural del verbo «hagamos» y del pronombre «nuestra» revela, sin lugar a dudas, el carácter panteísta de la divinidad. Asimismo, la constitución andrógina del *Elohim* (Dios) se revela en el versículo siguiente, donde se dice que Él (Dios) creó al ser humano a su imagen y semejanza, masculino y femenino, o, mejor dicho, como todavía no se habían separado los sexos, masculino-femenino, lo cual asesta un golpe mortal al concepto tradicional de que Dios es una potencia masculina, como lo representa Miguel Ángel en el techo de la Capilla Sixtina. A continuación, los *Elohim* ordenan a aquellos seres andróginos que sean fecundos. ¡Obsérvese que ni el principio masculino ni el femenino existían todavía por separado! Por último, reparemos en que, en inglés, se usa el verbo *replenish* (que significa «llenar», pero sobre todo «volver a llenar»), cuyo prefijo *re* indica «volver a un estado o posición anterior u original» o «repetición o restauración». (Véase el *International Dictionary*, de Webster, de 1926.) Esta referencia decisiva a la existencia de la humanidad con anterioridad a la «creación del hombre» descrita en el Génesis debe resultar evidente incluso para quien eche una ojeada superficial a las Escrituras.

Si revisamos los diccionarios, enciclopedias y comentarios de la Biblia, descubrimos que la forma plural de la palabra *Elohim* escapa a la comprensión de sus respetados autores y editores. *The New Schaff-Herzog Encyclopedia of Religious Knowledge* sintetiza de este modo la controversia acerca de la forma plural de la palabra *Elohim*: «¿Acaso significa, ya sea ahora o en sus orígenes, la pluralidad de la divinidad?».

A Dictionary of the Bible, editado por James Hastings, contiene la siguiente conclusión, que repite lo que sentían los etimólogos más críticos de la Biblia: «También es difícil explicar el uso del plural *Elohim*». El doctor Havernick considera que la forma plural *Elohim* representa la abundancia y la enorme riqueza que existía en el ser divino. Su afirmación, que aparece en *The Popular and Critical Bible Encyclopaedia*, es un ejemplo de los esfuerzos realizados para sortear esta palabra tan peligrosa. Según el *International Standard Bible Dictionary*, las explicaciones que brindan los teólogos modernos —el doctor Havernick es buen ejemplo de ello— son demasiado ingeniosas para haber sido concebidas por los primeros hebreos y sostiene que la palabra representa la supervivencia de una etapa politeísta del pensamiento semítico. *The Jewish Encyclopedia* apoya esta hipótesis con la siguiente afirmación sucinta: «Teniendo en cuenta lo que revelan al respecto el material epigráfico, las tradiciones y el folclore, está demostrado que los semitas tienen tendencias politeístas».

Diversas escuelas filosóficas, tanto judías como gentiles, han brindado explicaciones eruditas o no acerca de la identidad de Adán. En aquel hombre primigenio, los neoplatónicos reconocían la idea platónica de humanidad: el arquetipo o patrón del *genus homo*. Filón de Alejandría opinaba que Adán representa la mente humana, capaz de comprender —y, por consiguiente, de poner nombre— a las criaturas que lo rodeaban, aunque incapaz de comprender el misterio de su propia naturaleza, al cual, por lo tanto, no nombraba. También se comparaba a Adán con la mónada pitagórica, que, en virtud de su estado de unidad perfecta, podía morar en la esfera edénica. Cuando, por medio de un proceso similar a la fisión, la mónada se convertía en díada —el símbolo adecuado de la discordia y el engaño—, a la criatura que se formaba entonces se la desterraba de su hogar celeste. De este modo, el hombre doble era expulsado del Paraíso, que pertenecía a la creación íntegra, y se ponían un querubín y una espada flamígera de guardia a las puertas del mundo causal. Por consiguiente, solo cuando restablece la unidad dentro de sí mismo puede el hombre recuperar su estado espiritual primordial.

Según los *isarim*, la doctrina secreta de Israel enseñaba que existían cuatro adanes, cada uno de los cuales vivía en uno de los cuatro mundos cabalísticos. El primero, o el Adán celeste, vivía solo en la esfera de Atziluth y dentro de su naturaleza existían todas las potencialidades espirituales y materiales. El segundo Adán vivía en la esfera de Briah:

igual que el primero, era andrógino y la décima división de su cuerpo (su talón, Maljut) correspondía a la iglesia de Israel, que herirá la cabeza de la serpiente. El tercer Adán —también andrógino— estaba envuelto en un cuerpo de luz y moraba en la esfera de Yetzirah. El cuarto Adán no era más que el tercero después de caer en la esfera de Assiah, momento en el cual el hombre espiritual asumía la cáscara animal o la túnica de piel. El cuarto Adán seguía siendo considerado un solo individuo, aunque había experimentado una división y existían en él dos cáscaras o cuerpos físicos: en uno de ellos se encarnaba la potencia masculina y en el otro, la femenina. (Para más información, consúltese a Isaac Myer.)

La naturaleza universal de Adán se revela en las distintas versiones acerca de las sustancias de las que estaba hecho. Al principio, se decretó que la «tierra» que se usara para formarlo tenía que proceder de los siete mundos: sin embargo, como estos planos se negaron a entregar parte de sus sustancias, el Creador les arrancó por la fuerza los elementos que se emplearían en la constitución de Adán. San Agustín descubrió un notaricón en el nombre de Adán: demostró que las cuatro letras que lo componen {en inglés, a, de, a y eme} son las iniciales de las cuatro palabras *Anatole Dysis Arktos Mesembria*, los nombres griegos de las cuatro esquinas del mundo. El mismo autor ve también en Adán un prototipo de Cristo, porque escribe lo siguiente: «Adán duerme para que se pueda crear a Eva: Cristo muere para que se pueda formar la Iglesia. Mientras Adán duerme, se forma a Eva de su costado. Cuando Cristo muere, le golpean con una lanza el costado y de la herida fluyen los sacramentos que forman la Iglesia. [...] El propio Adán era la figura del que iba a venir».

En su obra reciente, *Judaism*, George Foote Moore describe con estas palabras las proporciones del hombre adánico: «Era una masa inmensa que llenaba todo el mundo hasta todos los puntos cardinales. El polvo del que estaba formado su cuerpo procedía de todas las partes del mundo o del emplazamiento del altar futuro. Tiene mayor interés el concepto de que el hombre fuese creado andrógino, porque es, probablemente, una muestra de una tradición extranjera adaptada a la primera pareja del Génesis. R. Samuel bar Nahman (siglo III) dijo que, cuando Dios creó a Adán, lo creó mirando hacia los dos lados (פרעופים דיו) y después lo cortó en dos y le hizo dos espaldas, una para cada figura».

El Zohar concibe la existencia de dos adanes: el primero era un ser divino que dio un paso al frente desde la máxima oscuridad original y

creó al segundo Adán, el terrenal, según Su propia imagen. El hombre superior o celeste era la esfera causal, cuyas potencias y potencialidades divinas se consideraban una personalidad gigante; sus miembros, según los gnósticos, eran los elementos básicos de la existencia. Es posible que a este Adán se lo representara mirando hacia los dos lados, para indicar que con un rostro miraba la causa próxima por sí misma y, con el otro, el extenso mar del cosmos en el cual se iba a sumergir.

Desde un punto de vista filosófico, Adán se puede considerar una representación de la plena naturaleza espiritual del ser humano, que es andrógina e incorruptible. El hombre mortal apenas conoce esta naturaleza más plena. Así como el espíritu contiene en sí la materia y es, al mismo tiempo, la causa y la culminación del estado denominado materia, Eva representa la parte inferior, o mortal, que se saca de la creación espiritual más grande y más completa o que tiene una existencia temporal en ella. Como representante de la parte inferior del individuo, Eva es la tentadora, que, conspirando con la serpiente del conocimiento mortal, hizo que Adán se sumiera en un estado como de trance en el cual no tenía conciencia de su propio Ser superior. Cuando Adán supuestamente despertó, en realidad quedó dormido, porque ya no estaba en el espíritu, sino en el cuerpo; como se había producido una división en su interior, el verdadero Adán quedó en el Paraíso, mientras su parte inferior se encarnaba en un organismo material (Eva) y vagaba por la oscuridad de la existencia mortal.

Aparentemente, los seguidores de Mahoma comprendían mejor que los no iniciados de otras sectas la verdadera importancia mística del Paraíso, porque se daban cuenta de que, antes de su caída, la morada del ser humano no quedaba en un jardín físico en ningún lugar de la tierra, sino, más bien, en una esfera superior (el mundo angélico), bañada por cuatro corrientes místicas de vida. Después de ser expulsado del Paraíso, Adán llegó a la isla de Ceilán y este lugar es sagrado para algunas sectas hindúes, que reconocen en la vieja isla de Lanka —se supone que en algún momento estuvo conectada con tierra firme mediante un puente— el lugar donde estaba el jardín del Edén, del cual emigró la raza humana. Según *Las mil y una noches* (en la traducción al inglés de sir Richard Burton), todavía se puede ver la huella de Adán en lo alto de una montaña de Ceilán. En las leyendas islámicas, Adán se reunió después con su esposa y, cuando murió, Melquisedec llevó su cuerpo a Jerusalén después del diluvio para enterrarlo allí. (Véase el Corán.)

La palabra ADM significa una especie o raza y solo por la falta de un conocimiento adecuado se ha considerado a Adán un individuo. Como el macrocosmos, Adán es el andrógino gigante, incluso el demiurgo; como el microcosmos, es la principal obra del demiurgo y, dentro de la naturaleza del microcosmos, el demiurgo estableció todas las cualidades y los poderes que Él mismo poseía. Sin embargo, el demiurgo no poseía la inmortalidad y, por consiguiente, no podía otorgársela a Adán. Según la leyenda, el demiurgo se esforzó para que el hombre no supiera que su Hacedor estaba incompleto. En consecuencia, el hombre adánico era partícipe de las cualidades y las características de los ángeles, que eran los ministros del demiurgo. Los cristianos gnósticos afirmaban que la redención de la humanidad estaba asegurada a través de la descendencia de la *nous* (la mente universal), que era un gran ser espiritual superior al demiurgo y que, al entrar en la constitución del hombre, otorgaba la inmortalidad consciente a lo que hacía el demiurgo.

Que el simbolismo fálico ocupa un lugar destacado en los comienzos del misticismo judío es incuestionable. Hargrave Jennings ve en la figura de Adán un ejemplo del *lingam* de Shiva, que era un símbolo pétreo del poder creador del generador del mundo. «En las obras de Gregorie [...] —escribe Jennings— hay un pasaje que dice que "Noé rezaba todos los días en el arca delante del cuerpo de Adán", es decir, delante del falo; Adán era el falo primitivo, el gran procreador de la raza humana. "Posiblemente parezca extraño —dice— que todos los días se diga aquella oración delante del cuerpo de Adán", pero "es una tradición reconocida entre los orientales que Dios ordenó a Adán que conservara su cadáver sobre tierra hasta que llegara el momento en que un sacerdote del Altísimo Dios lo sepultara בגבבאלארץ en el medio de la tierra". Con esto se refiere al monte Moria, el Meru de India. "Este cuerpo de Adán fue embalsamado y transmitido de padres a hijos, hasta que finalmente fue entregado por Lamec en las manos de Noé".» (Véase *Phallicism.*)

Esta interpretación aclara en cierto modo la afirmación cabalística de que en el primer Adán estaban incluidas todas las almas de los israelitas. (Véase *Sod, the Mysteries of Adoni.*) Aunque según la *Legenda aurea* Adán fue enterrado con las tres semillas del árbol del Conocimiento en la boca, conviene tener en cuenta que a menudo se tejían mitos aparentemente contradictorios en torno a una misma persona. Uno de los misterios profundos del cabalismo es el que se plantea en el notaricón basado en las letras del nombre de Adán (ADM). Estas tres letras forman las iniciales de los nombres Adán, David y el Mesías y se

dice que estas tres personalidades contenían una sola alma. Como esta alma representa el alma mundial de la humanidad, Adán significa el alma que envuelve; el Mesías, el alma que evoluciona, y David, la condición del alma llamada epigénesis.

En común con ciertas instituciones filosóficas de Asia, los Misterios judíos contenían una doctrina extraña que tenía que ver con las sombras de los dioses. Mirando hacia abajo, al abismo, los *Elohim* contemplaron sus propias sombras y las tomaron como modelo para la creación inferior. «En la representación dramática de la creación del hombre en los Misterios —escribe el anónimo director del Balliol College—, los Alehim [*Elohim*] estaban representados por hombres que, al esculpir la forma de un ser adamita, de un hombre, trazaban su contorno sobre su propia sombra o lo modelaban en su propia sombra dibujada en la pared. De esta forma se originó en Egipto el arte de dibujar y las figuras jeroglíficas talladas en los monumentos egipcios tienen tan poco relieve que siguen pareciendo una sombra.»

En el ritualismo de los primeros Misterios judíos se representaba el esplendor de la creación y los diversos actores se hacían pasar por los entes creadores. La tierra roja con la cual se hizo el hombre adánico puede representar el fuego, sobre todo porque Adán está relacionado con la *yod*, o la llama, que es la primera letra del sagrado nombre de Jehová. En Juan 2, 20, está escrito que se tardaron cuarenta y seis años en construir el templo y san Agustín ve en esta afirmación una gematría secreta y sagrada, porque, según la filosofía griega de los números, el valor numérico del nombre Adán es 46, con lo cual Adán se convierte en el ejemplo del templo, porque la Casa de Dios —como el hombre primitivo— era un microcosmos o una personificación del universo.

En los Misterios se atribuye a Adán el poder peculiar de la generación espiritual. En lugar de reproducir su especie mediante el proceso de la generación física, hizo salir de sí —o, para ser más correctos, que se reflejara en la sustancia— una sombra de sí mismo; a continuación, le infundió alma, con lo cual se convirtió en una criatura viva. No obstante, estas sombras solo duran mientras perdure la figura original de las cuales son un reflejo, porque, al desaparecer el original, todas las semejanzas se desvanecen con él. En eso reside la clave de la creación alegórica de Eva del costado de Adán, porque Adán, que representa la idea o el molde, se refleja en el universo material como una multitud de imágenes animadas que, en conjunto, reciben el nombre de Eva. Según otra teoría, la división de los sexos tuvo lugar en la esfera arquetípica y

por eso las sombras del mundo inferior se dividieron en dos clases que concordaban con los órdenes establecidos en el arquetipo. En la atracción aparentemente incomprensible de un sexo por el otro, Platón reconocía el impulso cósmico a la reunión de las mitades cortadas de aquel ser arquetípico.

Lo que se puede deducir exactamente de la división de los sexos que se describe de forma simbólica en el Génesis es una cuestión muy controvertida. Casi todo el mundo acepta que el hombre era más que nada andrógino y resulta razonable suponer que a la larga va a recuperar su bisexualidad. En cuanto a la forma en que lo conseguirá se proponen dos opiniones. Una escuela de pensamiento sostiene que el alma humana en realidad se dividió en dos partes (una masculina y otra femenina) y que el hombre sigue siendo una criatura imperfecta hasta que estas partes se vuelven a unir mediante la emoción que el ser humano llama amor. De este concepto ha surgido la doctrina —de la que tanto se ha abusado— de las almas gemelas, que deben buscar a lo largo de los siglos hasta encontrar la parte complementaria de cada alma partida. El concepto moderno de matrimonio se basa, en cierto modo, en este ideal.

Según la otra escuela, la llamada división de los sexos se produjo cuando se suprimió uno de los polos del ser andrógino para que las energías vitales que se manifestaban a través de él pudieran orientarse hacia el desarrollo del raciocinio. Desde este punto de vista, en realidad el hombre sigue siendo andrógino y espiritualmente completo, aunque en el mundo material la parte femenina de la naturaleza del hombre y la parte masculina de la de la mujer están inactivas. Sin embargo, mediante el desenvolvimiento espiritual y el conocimiento que transmiten los Misterios, el elemento latente en cada naturaleza se va volviendo activo poco a poco y a la larga el ser humano recupera el equilibrio sexual. Según esta teoría, la mujer se eleva desde su posición como parte imprevisible del hombre a una de absoluta igualdad. Desde este punto de vista, el matrimonio se considera una camaradería en la cual dos individualidades completas que manifiestan polaridades opuestas se asocian para que cada una despierte las cualidades latentes en la otra y contribuir así a alcanzar la completitud individual. Se podría decir que para la primera teoría el matrimonio es un fin, mientras que, para la segunda, es un medio para alcanzar un fin. Las escuelas filosóficas más profundas se han inclinado por la segunda, porque reconoce mejor las potencialidades infinitas de la completitud divina en los dos aspectos de la creación.

La Iglesia cristiana se opone fundamentalmente a la teoría del matrimonio, al sostener que solo alcanzan el grado más elevado de espiritualidad aquellos que preservan el estado virginal. Aparentemente, este concepto surgió en algunas sectas de los primeros cristianos gnósticos, que enseñaban que propagar la especie humana era incrementar y perpetuar el poder del demiurgo, porque el mundo inferior se consideraba una invención perversa, creada para atrapar las almas de todos los que nacían en él y, por lo tanto, era pecado contribuir a traer almas a la tierra. Por consiguiente, cuando el desafortunado padre o madre se presente ante el tribunal final, todos sus hijos aparecerán también y lo acusarán de ser la causa de los sufrimientos que conlleva la existencia física. Refuerza este parecer la alegoría de Adán y Eva, cuyo pecado —que motivó la caída de la humanidad— todos admiten que tuvo que ver con el misterio de la procreación. La humanidad, que debe al padre Adán su existencia física, considera a su progenitor la causa fundamental de su desgracia y en el día del Juicio Final se alzará como una progenie poderosa y acusará a su antepasado común.

Según las sectas gnósticas que mantenían una actitud más racional sobre el tema, la mera existencia de los mundos inferiores quería decir que el creador supremo tenía una finalidad definida para su creación y dudar de su criterio era, por consiguiente, un grave error. La Iglesia, sin embargo, se arrogó aparentemente la increíble prerrogativa de corregir a Dios a este respecto, porque, siempre que le era posible, siguió imponiendo el celibato, una práctica que produce una cantidad alarmante de neuróticos. En los Misterios, el celibato se reserva a aquellos que han alcanzado cierto grado de desenvolvimiento espiritual. En cambio, cuando se lo defiende para la masa de la humanidad no iluminada, se convierte en una herejía peligrosa, fatal tanto para la religión como para la filosofía. Así como el cristianismo, en su fanatismo, ha acusado a todos los judíos por la crucifixión de Jesús, ha sido igual de sistemático para calumniar a todos los miembros del sexo femenino. Para reivindicar a Eva, la filosofía sostiene que la alegoría se limita a implicar que sus emociones tientan al hombre para que se aparte del camino seguro de la razón.

Muchos de los primeros Padres de la Iglesia trataron de establecer una relación directa entre Adán y Cristo, pasando por alto así, evidentemente, la naturaleza tan pecaminosa del antepasado común del hombre, puesto que es cierto que, cuando san Agustín compara a Adán con Cristo y a Eva con la Iglesia, no pretende acusar a esta institución de ser la causa directa de la caída del hombre. Sin embargo, por algún motivo inexplicable, para la

religión el intelectualismo —en realidad, cualquier forma de conocimiento— siempre ha sido fatal para el desarrollo espiritual del hombre. Los hermanos ignorantinos son un ejemplo destacado de esta actitud.

En este drama ritualista, posiblemente derivado de los egipcios, Adán, expulsado del jardín del Edén, representa al hombre exiliado filosóficamente de la esfera de la Verdad. Por ignorancia, el hombre cae; por la sabiduría se redime. El jardín del Edén representa la casa de los Misterios (véase *The Vision of Enoch*), en medio de la cual crecían tanto el árbol de la Vida como el árbol del Conocimiento del Bien y del Mal.

El ser humano —el Adán desterrado— intenta entrar desde el patio que está fuera del santuario (el universo exterior) al sanctasanctórum, pero ante él se alza una criatura enorme con una espada flamígera, que, con un movimiento lento pero continuo, traza un amplio círculo que el hombre adánico no puede atravesar.

El querubín dirige al buscador las siguientes palabras:

—Hombre, polvo eres y al polvo tornarás. Te ha conformado el creador de las formas y a la esfera de la forma perteneces; el aliento insuflado en tu alma era el de la forma y como una llama titilará. Más que lo que eres no podrás ser. Como morador del mundo exterior, tienes prohibido entrar aquí dentro.

—Muchas veces he venido a este patio y he suplicado que me dejaseis entrar a la casa de mi Padre —responde Adán—, pero me lo habéis impedido y me habéis enviado a seguir vagando en la oscuridad. Cierto es que estoy hecho de tierra y que mi Hacedor no pudo otorgarme el don de la inmortalidad, pero ya no volveréis a echarme, porque, en mi deambular por la oscuridad, he descubierto que el Todopoderoso ha decretado mi salvación, porque ha enviado desde Su Misterio más recóndito a Su Hijo único, que se hizo cargo del mundo creado por el demiurgo. Sobre los elementos de este mundo fue crucificado y ha derramado Su sangre para mi salvación. Dios ha entrado en Su creación, la ha hecho brotar y ha establecido en ella un camino que conduce hasta Él. Aunque mi Hacedor no pudo darme la inmortalidad, esta era inherente al polvo mismo del cual estoy hecho, porque, antes de que se creara el mundo y antes de que el demiurgo se convirtiera en regente de la naturaleza, la vida eterna se había estampado sobre la faz del cosmos. Y este es su signo: la cruz. ¿Me negáis la entrada, a mí, que por fin he conocido el misterio de mi existencia?

—Quien tiene conciencia, ¡es! —responde la voz—. ¡Mira!

Adán mira a su alrededor: se encuentra en un lugar radiante y en el centro hay un árbol con joyas rutilantes en lugar de frutas y, enroscada

en su tronco, hay una serpiente alada llameante, coronada con una diadema de estrellas. La que había hablado era la voz de la serpiente.

—¿Quién sois? —pregunta Adán.

—Soy Satanás —responde la serpiente— y me han petrificado; soy el Adversario, el Señor que se opone a ti, el que implora tu destrucción ante el tribunal eterno. Era tu enemigo el día en que fuiste creado, te he conducido a la tentación, te he entregado en las manos del mal, te he calumniado y siempre me he esforzado por lograr tu perdición. Soy el guardián del árbol del Conocimiento y he jurado que no compartirá sus frutos nadie a quien yo pueda extraviar.

—Durante siglos incontables —responde Adán— he sido siervo vuestro. En mi ignorancia he escuchado vuestras palabras y ellas me han conducido por caminos de pesadumbre. Me habéis puesto en la cabeza sueños de poder y, cuando me he esforzado para que se cumplieran, no me han acarreado más que dolor. Habéis sembrado en mí las semillas del deseo y, cuando he ambicionado los placeres de la carne, el sufrimiento ha sido mi única recompensa. Me habéis enviado falsos profetas y falsos razonamientos y, cuando me esforcé por comprender la magnitud de la Verdad, descubrí que vuestras leyes eran falsas y lo único que recibí a cambio de mis esfuerzos fue consternación. ¡Oh, espíritu artero, no quiero volver a veros nunca más! Me he cansado de vuestro mundo de ilusiones. Ya no volveré a trabajar en vuestras viñas de iniquidad. Poneos a mis espaldas, tentador, junto con todas vuestras tentaciones. No hay dicha ni paz ni bien ni futuro en las doctrinas del egoísmo, el odio y la pasión que predicáis. ¡Dejo de lado todas estas cosas y renuncio a vuestro reinado para siempre!

—Mira, Adán, la naturaleza de tu Adversario —responde la serpiente y desaparece en un resplandor enceguecedor.

En su lugar aparece un ángel resplandeciente, con prendas doradas brillantes y enormes alas de color escarlata que se extienden desde una esquina del cielo hasta la otra. Consternado y atemorizado, Adán se postra ante la criatura divina.

—Soy el Señor que está contra ti y así consigue tu salvación —continúa la voz—. Tú me has odiado, pero en los siglos venideros me bendecirás, porque te he apartado de la esfera del demiurgo; te he desviado de la ilusión del mundo; he logrado que te alejaras del deseo; he despertado en tu alma la inmortalidad de la cual yo mismo soy partícipe. ¡Sígueme, Adán, porque yo soy el camino, la verdad y la vida!

XXIX

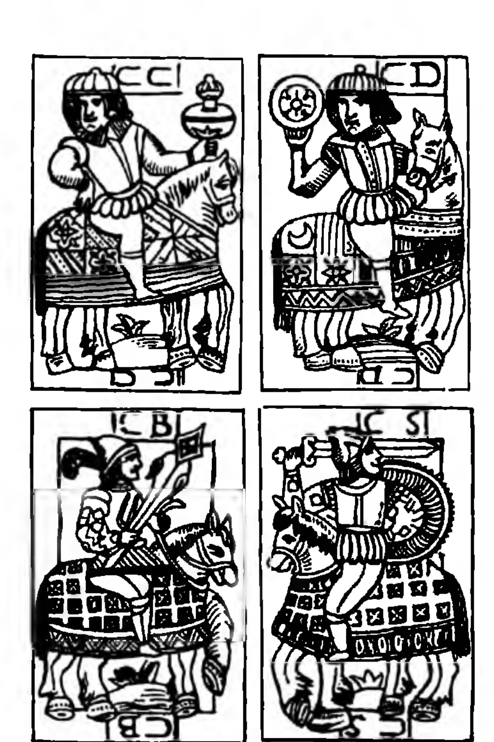
Análisis de las cartas del Tarot

Abundan las discrepancias en las opiniones de los expertos acerca del origen de los naipes, su finalidad y la fecha de su aparición en Europa. En *Researches into the History of Playing Cards*, Samuel Weller Singer expone su opinión de que las cartas llegaron al sur de Europa procedentes de India a través de Arabia. Es probable que las cartas del Tarot formaran parte de la tradición mágica y filosófica que los Caballeros Templarios obtuvieron de los sarracenos o de alguna de las sectas místicas que por entonces prosperaban en Siria. A su regreso a Europa y para evitar la persecución, los templarios ocultaron el significado arcano de los símbolos presentando las hojas de su libro mágico de forma ostensible como un recurso para entretenerse y hacer apuestas. La señora de John King van Rensselaer apoya esta opinión y dice lo siguiente:

> Que los guerreros trajeron las cartas a su regreso, como importaron a sus propios países muchas de las costumbres y los hábitos recién adquiridos en Oriente, parece un hecho reconocido, que no contradice la afirmación de algunos autores que han declarado que los gitanos —que comenzaron a vagar por Europa más o menos por aquella época— trajeron consigo e introdujeron las cartas, que empleaban, tanto entonces como ahora, para adivinar el futuro. (Véase *The Devil's Picture Books*.)

A través de los gitanos, las cartas del Tarot se pueden rastrear hasta el simbolismo religioso de los antiguos egipcios. En una obra extraordinaria titulada *The Gypsies*, Samuel Roberts presenta pruebas abundantes de su origen egipcio. Escribe, por ejemplo, lo siguiente: «No se conoce con certeza la fecha de la llegada de los gitanos a Inglaterra. Se los menciona por

primera vez en nuestra legislación en diversos estatutos contra ellos durante el reinado de Enrique VIII, en los que eran descritos como "un pueblo extravagante, que se denomina a sí mismo 'egipcio', no practica ningún oficio ni comercio, pero se desplaza en grandes números. [...]"». Según una leyenda curiosa, tras la destrucción del Serapeum de Alejandría, la gran masa de sacerdotes que se ocupaban de él se reunieron para preservar los secretos de los ritos de Serapis. Sus descendientes (los gitanos) se llevaron consigo los volúmenes más valiosos que salvaron del incendio de la biblioteca —el Libro de Enoch, o Thot (el Tarot)—, comenzaron a vagar por la faz de la tierra y se mantuvieron apartados, con una lengua antigua y el derecho inalienable de la magia y el misterio.



DE *FACTS AND SPECULATIONS ON THE ORIGIN AND HISTORY OF PLAYING CAROS* DE CHATTO

NAIPES PORTUGUESES PRIMITIVOS
Refiriéndose a la baraja a la cual pertenecen los cuatro caballeros (valets) que se reproducen aquí, William Andrew Chatto destaca lo siguiente: «Algunos de los ejemplares de cartas portuguesas que aparecen en el "Jeux de Cartes, Tarots et de Cartes Numérales" dan la impresión de haber sido sugeridos —suponiendo que no hubiesen sido copiados directamente— por un modelo oriental, sobre todo en los palos de *danari* y *bastoni* (oros y bastos). En aquellos naipes, la figura circular que, en general, se consideraba representante del *danari*, o dinero, es, sin duda, mucho más parecida al *chakra*, o aro, de Vichnou [Vishnu], como aparece en los dibujos indostánicos, que a una moneda, mientras que en lo alto del basto hay un auténtico diamante, que es otro de los atributos de la misma divinidad». También vale la pena destacar los emblemas rosacruces y masónicos que aparecen en diversas barajas medievales. Como los secretos de estas organizaciones a menudo se ocultaban en grabados crípticos, es muy probable que los diagramas enigmáticos que aparecen en diversos mazos de cartas se utilizaran tanto para ocultar como para perpetuar los arcanos políticos y filosóficos de estas órdenes. En el frontispicio de los libros de Chatto aparece una sota de corazones con un escudo que lleva grabada la rosa coronada de los rosacruces.

Court de Gébelin creía que la misma palabra «Tarot» derivaba de dos palabras egipcias: *Tar*, que significa «camino», y *Ro*, que significa «real». De este modo, el Tarot constituye el camino real hacia la sabiduría. (Véase *Monde primitif, analysé et comparé avec le monde moderne.*) En su *Histoire de la Magie*, P. Christian, portavoz de cierta sociedad secreta francesa, presenta un relato fantástico de una supuesta iniciación en los Misterios egipcios, en la cual los veintidós arcanos mayores del Tarot asumen las proporciones de tableros de dibujo de

enorme tamaño y cubren una gran galería. Deteniéndose por turnos delante de cada carta, el iniciador describe su simbolismo al candidato. Édouard Schuré, cuya fuente de información era similar a la de los cristianos, alude a la misma ceremonia en su capítulo de iniciación a los Misterios herméticos. (Véase *Los grandes iniciados.*) Aunque es muy posible que los egipcios utilizaran las cartas del Tarot en sus rituales, estos místicos franceses no presentan más pruebas que sus propias afirmaciones. Además, la validez de los llamados Tarots egipcios que circulan en la actualidad no ha quedado demostrada nunca de forma totalmente satisfactoria. No solo los dibujos son bastante modernos, sino que, además, el simbolismo tiene más un dejo francés que influencia egipcia.

El Tarot es, sin duda, un elemento fundamental en el simbolismo rosacruz y es, posiblemente, el libro del conocimiento universal que los miembros de la orden afirmaban poseer. *Rota mundi* es una expresión que aparece con frecuencia en los primeros manifiestos de la Fraternidad de la Rosa Cruz. Si cambiamos el orden de las letras que forman la palabra *rota*, se convierte en *taro*, el nombre antiguo de estas cartas misteriosas. W. F. C. Wigston ha encontrado pruebas de que sir Francis Bacon utilizaba el simbolismo del Tarot en sus claves. En sus criptogramas, Bacon emplea a menudo los números 21, 56 y 78, directamente relacionados con las divisiones de la baraja del Tarot. En el gran Folio de Shakespeare de 1623, el nombre de pila de lord Bacon aparece veintiuna veces en la página 56 de las Historias. (Véase *The Columbus of Literature.*)

Muchos de los símbolos que aparecen en las cartas del Tarot tienen un claro interés masónico. El numerólogo pitagórico también dirá que existe una relación importante entre los números de las cartas y los dibujos que acompañan a los números. Llamará de inmediato la atención del cabalista el orden significativo de las cartas y para el alquimista ciertos emblemas no tendrán sentido, salvo para alguien muy versado en la química divina de la transmutación y la regeneración. Así como los griegos ponían las letras de su alfabeto —con los números correspondientes— sobre las diversas partes del cuerpo de su *logos*, representado con forma humana, las cartas del Tarot presentan una analogía no solo con las partes y los miembros del universo, sino también con las divisiones del cuerpo humano. En realidad, constituyen la clave de la constitución mágica del hombre.

Las cartas del Tarot se deben considerar 1) como jeroglíficos independientes y completos, cada uno de los cuales representa un principio,

ley, poder o elemento de la naturaleza diferente; 2) en relación las unas con las otras, como un agente que repercute en otro, y 3) como vocales y consonantes de un alfabeto filosófico. Las leyes que rigen todos los fenómenos se representan mediante los símbolos que aparecen en las cartas del Tarot, cuyos valores numéricos son iguales a los equivalentes numéricos de los fenómenos. Así como cada estructura está compuesta por ciertas partes elementales, las cartas del Tarot representan los componentes de la estructura de la filosofía. Sea cual fuere la ciencia o la filosofía con la cual trabaje el estudioso, las cartas del Tarot se pueden identificar con los componentes fundamentales de su materia y, de este modo, cada carta se relaciona con una parte específica, según las leyes matemáticas y filosóficas. «Una persona que estuviera en la cárcel —escribe Éliphas Lévi— y no tuviera más libro que el Tarot, si supiera usarlo, podría, en unos cuantos años, adquirir el conocimiento universal y sería capaz de hablar sobre todas las cuestiones con un conocimiento sin igual y una elocuencia inagotable.» (Véase *Transcendental Magic.*)

Las diversas opiniones de expertos destacados sobre el simbolismo del Tarot son bastante irreconciliables. Las conclusiones del docto Court de Gébelin y del estrafalario Grand Etteila —las primeras autoridades en la materia— no solo están totalmente en desacuerdo con las de Lévi, sino que este desacredita a los dos por igual; la disposición de los arcanos del Tarot según Lévi fue rechazada a su vez por Arthur Edward Waite y Paul Case, que la consideraban un intento de confundir a los estudiosos. Para los «tarotistas reformados», los seguidores de Lévi —sobre todo Papus, Christian, Westcott y Schuré— eran personas sinceras, pero ignorantes, que deambulaban en la oscuridad porque les faltaba la nueva baraja de cartas del Tarot de Pamela Coleman Smith, revisada por Waite.

La mayoría de los que escriben acerca del Tarot —Waite constituye una excepción destacada— parten de la hipótesis de que los veintidós arcanos mayores representan las letras del alfabeto hebreo. Esta suposición no se basa en nada más sustancial que la coincidencia de que los dos son veintidós. Que Postel, Saint-Martin y Lévi escribieran sendos libros divididos en partes correspondientes a los Tarots mayores constituye un detalle interesante sobre el tema. Las cartas de los arcanos mayores representan episodios del Libro de la Revelación y el Apocalipsis de san Juan también está dividido en veintidós capítulos. Suponiendo que la Cábala contiene la solución al enigma del Tarot, los buscadores a menudo han pasado por alto otras líneas de investigación posibles. Sin

embargo, la tarea de averiguar la verdadera relación entre los arcanos del Tarot, las letras del alfabeto hebreo y los caminos de la sabiduría no ha tenido, hasta ahora, demasiado éxito. No se pueden sincronizar los arcanos mayores del Tarot con las veintidós letras del alfabeto hebreo sin determinar antes el lugar correcto de la carta sin numerar, o cero: *le Mat*, el Loco. Lévi la coloca entre la vigésima y la vigésima primera y la asigna a la letra hebrea *shin* (ש). Papus, Christian y Waite siguen el mismo orden, aunque este último declara que tal distribución es incorrecta. Según Westcott, la carta cero es la vigésima segunda de los arcanos mayores del Tarot. Por otra parte, tanto Court de Gébelin como Paul Case sitúan la carta sin numerar antes de la primera carta numerada de los arcanos mayores, porque, si se sigue el orden natural de los números (tanto según el sistema pitagórico como el cabalístico), la carta cero tiene que ir, naturalmente, antes que la número uno.

Sin embargo, esto no resuelve el problema, porque los intentos de asignar una letra hebrea a cada arcano del Tarot producen un efecto que dista mucho de ser convincente. Waite, que hizo una nueva versión del Tarot, se expresa con las siguientes palabras: «No se me debe incluir entre los que están satisfechos con que haya una correspondencia válida entre las letras hebreas y los símbolos de los arcanos del Tarot». (Véase la introducción a *The Book of Formation*, de Knut Stenring.) La explicación real puede ser que los arcanos mayores del Tarot ya no están en el mismo orden que cuando formaban las hojas del libro sagrado de Hermes, porque los egipcios, o incluso sus sucesores árabes, podrían haber mezclado las cartas a propósito para preservar mejor sus secretos. Case ha desarrollado un sistema que, a pesar de ser superior a la mayoría, depende en gran medida de dos puntos discutibles; a saber: la precisión del Tarot revisado de Waite y la justificación de asignar la primera letra del alfabeto hebreo a la carta sin numerar, o cero. Puesto que la *alef* (la primera letra hebrea) tiene el valor numérico de uno, asignarla a la carta cero equivale a afirmar que cero es igual a la letra *alef* y, por consiguiente, sinónimo del número uno.

Con singular perspicacia, Court de Gébelin asignó la carta cero a AIN SOPH, la Causa Primera Incognoscible. Así como el panel central de la Tabla Bembina representa el poder creador rodeado por siete tríadas de divinidades manifiestas, la carta cero puede representar el poder eterno, del cual los veintiún aspectos que lo rodean o manifiestan no son más que expresiones limitadas. Si consideramos que los veintiún arcanos mayores son formas limitadas que existen en la sustancia abs-

tracta de la carta cero, entonces se convierte en su común denominador. Por consiguiente, ¿cuál de las letras del alfabeto hebreo es el origen de todas las demás? La respuesta es evidente: la *yod*. En presencia de tantas especulaciones, una más no puede molestar. La carta cero —*le Mat*, el Loco— se ha comparado con el universo material, porque la esfera mortal es el mundo irreal. El universo inferior, como el cuerpo mortal del ser humano, no es más que un traje, un disfraz multicolor, comparable con un gorro de bufón. Sin embargo, bajo las prendas del loco está la sustancia divina, de la cual el bufón no es más que una sombra; este mundo es un martes de carnaval, un esplendor de chispas divinas ocultas bajo el atuendo de los locos. ¿Acaso no se puso esta carta cero, el Loco, en la baraja del Tarot para engañar a todos aquellos que no pudieran atravesar el velo de la ilusión?

Los hierofantes iluminados de los Misterios confiaron las cartas del Tarot al cuidado de los locos y los ignorantes, con lo cual se convirtieron en juguetes y, en muchos casos, incluso instrumentos del vicio. Por consiguiente, los malos hábitos del ser humano en realidad se transformaron en los autores inconscientes de sus preceptos filosóficos. «Hemos de admirar la sabiduría de los iniciados —escribe Papus—, que utilizaron el vicio para obtener resultados más beneficiosos que la virtud.» ¿Acaso este acto de los antiguos sacerdotes no demuestra que todo el misterio del Tarot está envuelto en el simbolismo de su carta cero? Si el conocimiento se confiaba así a los locos, ¿no habría que buscarlo en esta carta?

Si colocamos *le Mat* delante de la primera carta de la baraja del Tarot y disponemos las demás en una línea horizontal, ordenadas de izquierda a derecha, veremos que el Loco camina hacia los demás arcanos, como si fuera a pasar por las distintas cartas. Igual que el neófito que tiene los ojos vendados y está atascado espiritualmente, *le Mat* está a punto de emprender la aventura suprema: atravesar las puertas de la Sabiduría Divina. Si consideramos que la carta cero no tiene ninguna relación con los arcanos mayores, desaparece la analogía numérica entre estas cartas y las letras hebreas, al quedar una de estas sin su correspondencia en el Tarot. En tal caso, habrá que asignar la letra que sobra a una carta hipotética llamada «los elementos», que se supone que se deshizo para formar las cincuenta y seis cartas de los arcanos menores. Es posible que cada uno de los arcanos mayores esté sujeto a una división similar.

El arcano mayor número uno se llama *le Bateleur*, el Mago, y, según Court de Gébelin, indica que toda la estructura de la creación no es más que un sueño, que la existencia es hacer juegos malabares con los

elementos divinos y que la vida es un juego perpetuo de riesgos. Los aparentes milagros de la naturaleza no son más que proezas de prestidigitación cósmica. El ser humano es como la pelotita en manos del mago, que agita su varita y, ¡zas!, la hace desaparecer. El mundo que lo observa no se da cuenta de que el objeto desaparecido ha sido escondido con habilidad por el mago en el hueco de su mano. Se trata del mismo experto al que Omar Jayyam denomina «el maestro del espectáculo». Su mensaje es que los sabios dirigen los fenómenos de la naturaleza y jamás se dejan engañar por ellos.

El Mago está de pie detrás de una mesa sobre la cual hay varios objetos, entre los que destacan una copa: el Santo Grial y la copa que José puso en el saco de Benjamín; una moneda: el tributo y los salarios del Maestro Constructor, y una espada: la de Goliat y también la hoja mística del filósofo, que separa lo falso de lo verdadero. El tocado del Mago tiene la forma de la curva lemniscata, que representa el primer movimiento de la creación. Su mano derecha apunta a la tierra y con la izquierda sujeta en alto la varita que simboliza su hegemonía sobre el universo terrestre: los objetos que están sobre la mesa. La varita es la vara de Jacob y también la vara que reverdeció: la columna vertebral del ser humano coronada por el globo de la inteligencia creativa. En el Tarot seudoegipcio, el Mago lleva un uraeus o una cinta dorada sobre la frente, la mesa que tiene delante tiene la forma de un cubo perfecto y su cinturón es la serpiente de la eternidad, que devora su propia cola.

El arcano mayor número dos se llama *la Papesse*, la Papisa o la Sacerdotisa, y se ha asociado con una leyenda curiosa acerca de la única mujer que ocupó jamás la silla pontifical. Se supone que la papisa Juana lo consiguió disfrazándose de hombre y que murió lapidada cuando se descubrió su subterfugio. En esta carta aparece una mujer sentada, coronada con una tiara rematada por una media luna. En el regazo tiene la Torá, o el libro de la Ley (por lo general, parcialmente cerrado), y, en la mano izquierda, las claves de la doctrina secreta: una llave de oro y otra de plata. Detrás de ella se alzan dos pilares (Jachin y Boaz), entre los cuales se extiende un velo multicolor. Su trono está sobre un suelo que parece un tablero de ajedrez. Algunas veces aparece una figura llamada Juno en lugar de la Sacerdotisa. Como la hierofante de los Misterios de Cibeles, esta figura simbólica representa la Shejiná, o la Sabiduría Divina. En el Tarot seudoegipcio, la Sacerdotisa lleva un velo, para recordar que todo el rostro de la verdad no se revela al hombre no ini-

ciado. Un velo cubre también la mitad de su libro, con lo cual da a entender que solo la mitad del misterio del ser se puede comprender.

El arcano mayor número tres se llama *l'Imperatrice*, la Emperatriz, y se ha comparado con la «mujer vestida del sol» que se describe en el Apocalipsis. En esta carta aparece la figura sublime de una mujer sentada en un trono, que sostiene en la mano derecha un escudo con un fénix grabado y en la izquierda un cetro coronado por un orbe o una flor con tres hojas. Debajo del pie izquierdo a veces aparece la media luna. Lleva una corona o le rodea la cabeza una diadema de estrellas y a veces, las dos cosas. Recibe el nombre de Generación y representa el mundo espiritual triple del cual sale el mundo material cuádruple. Para el graduado en la universidad de los Misterios, es el alma máter de cuyo cuerpo el iniciado «vuelve a nacer». En el Tarot seudoegipcio, la Emperatriz aparece sentada en un cubo lleno de ojos y tiene un pájaro en equilibrio en el índice de la mano izquierda. La parte superior de su cuerpo está rodeada de una aureola dorada radiante. Como emblema del poder que emana de todo el universo tangible, a menudo se la representa embarazada.

El arcano mayor número cuatro es llamado *l'Empereur*, el Emperador, y con este valor numérico se asocia directamente con la gran divinidad venerada por los pitagóricos con la forma de la tétrada. Por sus símbolos, queda claro que es el Demiurgo, el Gran Rey del mundo inferior. Lleva una armadura y su trono es un bloque de piedra, sobre el cual también se puede ver con claridad un fénix. Tiene las piernas cruzadas de una manera muy elocuente y lleva un cetro coronado por un orbe o bien un cetro en la mano derecha y un orbe en la izquierda. El orbe en sí demuestra que es el soberano del mundo. Sobre el pecho derecho y el izquierdo, respectivamente, aparecen los símbolos del sol y de la luna, que en el simbolismo se denominan los ojos del Gran Rey. La postura de su cuerpo y sus piernas forma el símbolo del azufre, el signo del antiguo monarca alquímico. En el Tarot seudoegipcio, la figura aparece de perfil. Lleva un mandil masónico y la falda forma un triángulo rectángulo. Lleva en la cabeza la corona del Norte y le adorna la frente el uraeus enroscado.

El arcano mayor número cinco recibe el nombre de *le Pape*, el Papa, y representa al hierofante o sumo sacerdote de una escuela mistérica pagana o cristiana. En esta carta, el hierofante lleva puesta la tiara y, en la mano izquierda, la cruz triple que remata el globo del mundo. La mano derecha, que lleva en el dorso los estigmas, hace «el signo ecle-

siástico del esoterismo» y ante él se arrodillan dos suplicantes o acólitos. El respaldo del trono papal tiene la forma de una columna celestial y una terrestre. Esta carta representa al iniciado o maestro del misterio de la vida y, según los pitagóricos, al médico espiritual. El universo ilusorio en forma de dos figuras (la polaridad) se arrodilla delante del trono en el que está sentado el iniciado, que ha elevado su conciencia al plano del entendimiento espiritual y la realidad. En el Tarot seudoegipcio, el Maestro lleva el uraeus. Una figura blanca y una negra —la vida y la muerte, la luz y la oscuridad, el bien y el mal— se arrodillan ante él. El dominio sobre la irrealidad del iniciado se indica mediante la tiara y la cruz triple, emblemas del gobierno sobre los tres mundos que han salido de la Causa Primera Incognoscible.

El arcano mayor número seis se llama *l'Amoureux*, los Amantes. Esta carta tiene dos formas distintas. Una muestra una ceremonia de bodas en la que un sacerdote une a un joven y una doncella (¿Adán y Eva?) en santo matrimonio. Algunas veces, aparece por encima una figura alada que traspasa a los amantes con su dardo. La otra forma de la carta muestra a un joven con una figura femenina a cada lado. Una de estas figuras lleva una corona dorada y tiene alas, mientras que la otra está ataviada con las prendas largas y sueltas de las bacantes y lleva en la cabeza una corona de hojas de parra. Las doncellas representan la dualidad del alma del ser humano (lo espiritual y lo animal): la primera, su ángel guardián, y la segunda, su demonio siempre presente. El joven está al comienzo de su madurez, en «la bifurcación del camino», donde debe escoger entre la virtud y el vicio, entre lo eterno y lo temporal. Arriba, en un halo de luz, está el genio del destino (su estrella), que los profanos confunden con Cupido. Si el joven hace una elección imprudente, la flecha del destino, que tiene los ojos vendados, lo atravesará. En el Tarot seudoegipcio, la flecha del genio apunta directamente a la figura del vicio, con lo cual indica que su camino conduce a la destrucción. Esta carta recuerda al ser humano que el precio del libre albedrío, o, mejor dicho, de la capacidad de elección, es la responsabilidad.

El arcano mayor número siete se llama *le Chariot*, el Carro, y representa a un guerrero victorioso, con una corona y montado en un carro tirado por esfinges o caballos blancos y negros. Cuatro columnas sostienen el dosel estrellado del carro. Esta carta representa al Exaltado que viaja en el carro de la creación. El vehículo de la energía solar que lleva el número siete revela la verdad arcana de que los siete planetas son los carros del poder solar que viaja victorioso entre ellos. Las cuatro co-

lumnas que sostienen el dosel representan a los cuatro Poderosos que sostienen los mundos representados por las colgaduras tachonadas de estrellas. La figura lleva el cetro de la energía solar y adornan sus hombros dos medias lunas: *urim* y *tummim*. Las esfinges que tiran del carro representan el poder secreto y desconocido que transporta sin cesar al soberano victorioso por las distintas partes de su universo. En algunas barajas del Tarot, el vencedor representa al hombre regenerado, porque el cuerpo del carro es un cubo de piedra. El hombre con la armadura no está de pie en el carro, sino que sale del cubo, con lo cual representa la ascensión del tres desde el cuatro: el momento de levantar la solapa del mandil del Maestro Masón. En el Tarot seudoegipcio, el guerrero lleva la espada curva de Luna, tiene barba como símbolo de madurez y se adorna con el collar de las órbitas planetarias. Su cetro (que simboliza el universo triple) lleva un cuadrado en el extremo, con un círculo encima, rematado por un triángulo.



DE *THE HISTORY OF PLAYING CARDS* DE TAYLOR

UNA CARTA DEL TAROT DE MANTEGNA
Uno de los ejemplos más curiosos de naipes son los de Mantegna. En 1820, un mazo perfecto de cincuenta naipes alcanzó un precio increíble para la época: ochenta libras. Los cincuenta temas que componen el Tarot de Mantegna, cada uno de los cuales está representado por la figura correspondiente, son los siguientes: 1) un mendigo, 2) un paje, 3) un orfebre, 4) un comerciante, 5) un noble, 6) un caballero, 7) el dux, 8) un rey, 9) un emperador, 10) el Papa, 11) Calíope, 12) Urania, 13) Terpsícore, 14) Erato, 15) Polimnia, 16) Talía, 17) Melpómene, 18) Euterpe, 19) Clío, 20) Apolo, 21) Gramática, 22) Lógica, 23) Retórica, 24) Geometría, 25) Aritmética, 26) Música, 27) Poesía, 28) Filosofía, 29) Astrología, 30) Teología, 31) Astronomía, 32) Cronología, 33) Cosmogonía, 34) Templanza, 35) Prudencia, 36) Fortaleza, 37) Justicia, 38) Caridad, 39) Esperanza, 40) Fe, 41) la Luna, 42) Mercurio, 43) Venus, 44) el Sol, 45) Marte, 46) Júpiter, 47) Saturno, 48) la octava Esfera, 49) el *primum mobile*, 50) la Primera Causa. La importancia cabalística de estas cartas resulta evidente y es posible que guarden una analogía directa con las cincuenta puertas de la luz a las que hacen referencia los escritos cabalísticos.

El arcano mayor número ocho se llama *la Justice*, la Justicia, y representa una figura sentada en un trono, cuyo respaldo se eleva en forma de dos columnas. Está coronada y lleva en la mano derecha una espada y en la izquierda, una balanza. Esta carta recuerda el juicio del alma en la sala de Osiris. Enseña que solo las fuerzas equilibradas resisten y que la justicia eterna destruye con la espada lo que está desequilibrado. A veces se representa a la Justicia con una trenza de su propio cabello enroscada en torno al cuello, de una manera seme-

jante al nudo de un ahorcado. Es una manera sutil de sugerir que el hombre es la causa de su propia perdición y que sus actos (simbolizados por su cabello) son el instrumento de su aniquilación. En el Tarot seudoegipcio, la figura de la Justicia aparece subida sobre un estrado con tres escalones, porque los únicos que pueden administrarla del todo son aquellos que han sido elevados al tercer grado. La Justicia tiene los ojos vendados, para que lo visible no influya en modo alguno en su decisión. (Por razones que, según él, escapan a la inteligencia de sus lectores, Waite ha invertido los arcanos mayores octavo y undécimo.)

El arcano mayor número nueve se llama *l'Hermite*, el Ermitaño, y representa a un anciano envuelto en el hábito de un monje con capucha, inclinado sobre un bastón. La creencia popular era que esta carta representaba a Diógenes en su búsqueda de un hombre honrado. En la mano derecha, el ermitaño lleva una lámpara que oculta en parte entre los pliegues de su capa. Por consiguiente, el Ermitaño representa las organizaciones secretas que, durante siglos incontables, han ocultado celosamente a los profanos la luz de la Sabiduría Antigua. El bastón del Ermitaño es el conocimiento, que es el principal y el único apoyo del ser humano. Algunas veces, la vara mística está dividida por nudos en siete partes, a modo de sutil referencia al misterio de los siete centros sagrados que existen a lo largo de la columna del hombre. En el Tarot seudoegipcio, el Ermitaño protege la lámpara tras una capa rectangular, para hacer hincapié en la verdad filosófica de que, si se expone la sabiduría a la furia de la ignorancia, quedaría destruida como la llamita de una lámpara que no estuviese protegida de la tormenta. El cuerpo de los hombres forma un manto a través del cual su naturaleza divina se puede ver apenas, como la llama de un farol cubierto en parte. Mediante la renuncia —la vida hermética—, el hombre alcanza la profundidad de carácter y la tranquilidad de espíritu.

El arcano mayor número diez se llama *la Roue de Fortune*, la Rueda de la Fortuna, y representa una rueda misteriosa con ocho rayos: el conocido símbolo budista del ciclo de necesidad. A su borde se aferran Anubis y Tifón, los principios del bien y el mal. Encima está la esfinge inmóvil, llevando la espada de la Justicia, como representación del equilibrio perfecto de la Sabiduría Universal. Anubis aparece subiendo y Tifón descendiendo, pero, cuando Tifón llega al fondo, el mal vuelve a ascender y, cuando Anubis llega a la parte superior, el bien vuelve a menguar. La Rueda de la Fortuna representa el universo inferior como un todo, con la Sabiduría Divina (la esfinge) como árbitro eterno entre

el bien y el mal. En India, el *chakra*, o rueda, se asocia con los centros vitales, tanto del mundo como del individuo. En el Tarot seudoegipcio, la esfinge está armada con una jabalina y Tifón sale despedido de la rueda. Las columnas verticales, que sostienen la rueda y están colocadas de tal modo que solo se ve una, representan el eje del mundo, con la esfinge inescrutable sobre su Polo Norte. Algunas veces, la rueda con su apoyo está en una barca en el agua. El agua es el océano de Ilusión, que es el único fundamento del ciclo de necesidad.

El arcano mayor número once se llama *la Force*, la Fuerza, y representa a una muchacha con un sombrero en forma de lemniscata y las manos sobre la boca de un león de apariencia feroz. Hay mucha controversia con respecto a si la joven está abriendo o cerrando la boca del león. La mayoría de los autores dicen que le está cerrando las fauces, aunque un examen crítico transmite la impresión contraria. La joven simboliza la fuerza espiritual y el león puede ser el mundo animal, que la muchacha está dominando, o la sabiduría secreta, de la cual es dueña. El león representa también el solsticio de verano y la muchacha, a Virgo, porque, cuando el sol entra en esta constelación, la Virgen roba al león su fuerza. El trono del rey Salomón estaba adornado con leones y a él mismo se lo comparaba con el rey de las bestias, que tenía la clave de la sabiduría entre los dientes. En este sentido, la muchacha podría estar abriendo la boca del león para hallar la llave que tiene dentro, porque el valor es un requisito previo para adquirir el conocimiento. En el Tarot seudoegipcio, el simbolismo es el mismo, salvo que la doncella se representa como una sacerdotisa que lleva una corona compleja en forma de un pájaro rematado por serpientes y un ibis.

El arcano mayor número doce se llama *le Pendu*, el Colgado, y representa a un joven colgado por su pierna izquierda de una viga horizontal que está sostenida por dos troncos de árbol, de cada uno de los cuales se han cortado seis ramas. La pierna derecha del joven está cruzada por detrás de la izquierda y tiene los brazos cruzados detrás de la espalda, de tal manera que forma una cruz por encima de un triángulo con la punta hacia abajo. La figura constituye de este modo un símbolo invertido del azufre y, según Lévi, significa la consecución de la *magnum opus*. En algunas barajas, la figura lleva bajo cada brazo un saco de dinero del cual caen monedas. La tradición popular asocia esta carta con Judas Iscariote, del cual se dice que fue y se ahorcó, y los sacos de dinero representan el pago que recibió por su traición.

Lévi compara al Colgado con Prometeo, el sufridor eterno, y declara, además, que los pies vueltos hacia arriba indican la espiritualización de la naturaleza inferior. También es posible que la figura invertida indique la pérdida de las facultades espirituales, porque la cabeza está por debajo del nivel del cuerpo. Los muñones de las doce ramas son los signos del Zodíaco divididos en dos grupos: los positivos y los negativos. Por consiguiente, la imagen representa el triunfo temporal de la polaridad sobre el principio espiritual del equilibrio. Esto significa que, para alcanzar las alturas de la filosofía, el hombre debe invertir o cambiar radicalmente el orden de su vida. Entonces pierde su sentido de posesión personal, porque renuncia a la regla del oro en favor de la regla de oro. En el Tarot seudoegipcio, el Colgado está suspendido entre dos palmeras y representa a la divinidad solar, que muere eternamente por su mundo.

El arcano mayor número trece se llama *la Mort*, la Muerte, y representa a un esqueleto cosechando con una gran guadaña, que va cortando las cabezas, las manos y los pies que surgen de la tierra a su alrededor. En el transcurso de su labor, parece que el esqueleto se ha cortado uno de sus propios pies. Esta peculiaridad no se manifiesta en todas las barajas del Tarot, pero este punto destaca muy bien la verdad filosófica de que el desequilibrio y la destructividad son sinónimos. El esqueleto es el emblema adecuado de la divinidad primera y suprema, porque es el fundamento del cuerpo, como lo Absoluto es el fundamento de la creación. El esqueleto que cosecha representa, físicamente, la muerte, pero, filosóficamente, es el impulso irresistible de la naturaleza que hace que cada ser acabe por absorberse dentro de la condición divina en la que existía antes de que se manifestase el universo ilusorio. La hoja de la guadaña es la luna, con su poder cristalizador. El campo en el que cosecha la muerte es el universo y la carta revela que todo lo que crece fuera de la tierra será cortado y volverá a la tierra.

Los reyes, las reinas, los cortesanos y los truhanes son iguales para la muerte, que es la dueña de las partes visibles y aparentes de todas las criaturas. En algunas barajas del Tarot, la Muerte se representa como una figura con armadura montada en un caballo blanco que pisotea tanto a los ancianos como a los jóvenes. En el Tarot seudoegipcio se puede ver un arco iris detrás de la figura de la muerte, para indicar que la mortalidad del cuerpo alcanza la inmortalidad del espíritu. A pesar de que la muerte destruye la forma, jamás puede destruir la vida, que se renueva constantemente. Esta carta es el símbolo de la renovación per-

manente del universo: la desintegración para que pueda haber reintegración en un nivel superior de expresión.

El arcano mayor número catorce se llama *la Temperance*, la Templanza, y representa a una figura angelical con el sol sobre la frente. Lleva dos recipientes, uno vacío y el otro lleno, y vierte constantemente el contenido del más alto en el que está más abajo. En algunas barajas del Tarot, el agua que fluye adopta la forma del símbolo de Acuario. No obstante, ni una gota del agua viva se desperdicia en aquel traspaso interminable entre el recipiente superior y el inferior. Cuando se llena el de abajo, se invierten los recipientes, lo que representa que la vida pasa primero de lo invisible a lo visible y, después, de lo visible otra vez a lo invisible. El espíritu que controla este flujo es un emisario del gran Jehová, el demiurgo del mundo. El sol, o la acumulación de luz, en la frente de la mujer controla el flujo de agua, que, tras ser atraído hacia el aire por los rayos solares, desciende sobre la tierra en forma de lluvia, para volver a ser atraída hacia arriba y a descender ad infinítum. Aquí se demuestra también el paso de las fuerzas de la vida humana de un lado a otro, entre el polo positivo y el negativo del sistema creativo. En el Tarot seudoegipcio, el simbolismo es el mismo, aunque la figura alada es masculina, en lugar de femenina. Está rodeada por una aureola solar y vierte agua de un recipiente de oro a uno de plata, con lo cual representa el descenso de las fuerzas celestiales a las esferas sublunares.

El arcano mayor número quince se llama *le Diable*, el Diablo, y representa a una criatura semejante a Pan, con cuernos de carnero o de ciervo, brazos y cuerpo de hombre y piernas y pies de cabra o de dragón. La figura está de pie sobre una piedra cúbica, en cuya cara anterior hay un aro al cual están encadenados dos sátiros. A modo de cetro, este llamado demonio lleva una antorcha o una vela encendida. Toda la figura simboliza los poderes mágicos de la luz astral, o el espejo universal, en el cual se reflejan las fuerzas divinas en un estado invertido, o infernal. El demonio tiene alas de murciélago, para demostrar que pertenece a la esfera inferior, nocturna o de las sombras. Las naturalezas animales del ser humano, en forma de un elemental masculino y uno femenino, están encadenadas a su escabel. La antorcha es la luz falsa que guía a las almas no iluminadas hacia su propia perdición. En el Tarot seudoegipcio aparece Tifón —una criatura alada, mezcla de cerdo, ser humano, murciélago, cocodrilo e hipopótamo— de pie en medio de su propia destructividad y sosteniendo en alto la tea del incendiario. Ti-

fón es creado por las propias fechorías del ser humano, que, al volverse contra quien las comete, lo destruyen.

El arcano mayor número dieciséis se llama *le Feu du Ciel*, el Fuego del Cielo, y representa una torre cuyas almenas, en forma de corona, son destruidas por un relámpago que sale del sol. Es posible que la corona —bastante más pequeña que la torre que remata— indique que su destrucción se debe a su insuficiencia. El relámpago a veces tiene la forma del signo zodiacal de Escorpio y la torre se puede considerar un emblema fálico. De la torre caen dos figuras, una por delante y la otra por detrás. Esta carta del Tarot se asocia popularmente con la caída tradicional del hombre. La naturaleza divina de la humanidad se representa como una torre. Cuando se destruye su corona, el hombre cae al mundo inferior y adopta la ilusión de la materialidad. Aquí también hay una clave del misterio del sexo. Se supone que la torre está llena de monedas de oro, que llueven en grandes cantidades desde el orificio abierto por el relámpago y sugieren posibles poderes. En el Tarot seudoegipcio, la torre es una pirámide cuyo vértice es destrozado por un relámpago, haciendo referencia al piramidón que falta en la Casa Universal. Para respaldar la opinión de Lévi de que esta carta está relacionada con la letra hebrea *ayn*, la figura que cae en primer plano tiene, en general, un aspecto parecido al de la decimosexta letra del alfabeto hebreo.

El arcano mayor número diecisiete se llama *les Étoiles*, las Estrellas, y representa a una joven arrodillada con un pie en el agua y el otro en tierra, cuyo cuerpo sugiere, en cierto modo, una esvástica. Tiene dos recipientes, cuyo contenido vierte en la tierra y en el mar. Por encima de la cabeza de la muchacha hay ocho estrellas, una de las cuales es excepcionalmente grande y brillante. Court de Gébelin opina que la gran estrella es Sothis, o Sirio; las siete restantes son los planetas sagrados de los antiguos. Él cree que la figura femenina corresponde a Isis en el momento de provocar las crecidas del Nilo que acompañaban la salida de la estrella canina. La figura desnuda de Isis podría querer decir que la Naturaleza no se viste de verdor hasta que la subida de las aguas del Nilo hace salir la vida germinal de las plantas y las flores. El arbusto y el ave (o la mariposa) significan el crecimiento y la resurrección que acompañan a la subida de las aguas. En el Tarot seudoegipcio, la gran estrella contiene un diamante compuesto por un triángulo blanco y negro y el arbusto en flor es una planta alta con tres hojas en la punta, sobre la cual se posa una mariposa. En este caso, Isis tiene la forma de un

triángulo en posición vertical y los recipientes se han convertido en copas poco profundas. Los elementos del agua y la tierra que tiene bajo los pies representan los opuestos de la naturaleza, que comparten de forma imparcial la abundancia divina.

El arcano mayor número dieciocho se llama *la Lune*, la Luna, y representa a la luna que sale entre dos torres, una clara y la otra oscura. Un perro y un lobo aúllan a la Luna que sube y en primer plano hay un estanque, del cual sale una langosta. Entre las torres hay un camino sinuoso que se pierde en lontananza. En esta carta, Court de Gébelin ve otra referencia a la crecida del Nilo y afirma, basándose en la autoridad de Pausanias, que los egipcios creían que las inundaciones del Nilo se debían a las lágrimas de la diosa de la luna, que, al caer en el río, aumentaban su caudal. Se puede ver cómo caen estas lágrimas de la cara lunar. Court de Gébelin también relaciona las torres con las columnas de Hércules, más allá de las cuales, según los egipcios, jamás pasaban los luminares. Destaca también que los egipcios representaban los trópicos como perros que, como porteros fieles, impedían que el sol y la luna se acercaran demasiado a los polos. El cangrejo o langosta representa el movimiento retrógrado de la luna.

Esta carta también hace referencia al camino de la sabiduría. En su búsqueda de la realidad, el hombre surge de la charca de la ilusión. Después de dominar a los guardianes de las puertas de la sabiduría, pasa entre la fortaleza de la ciencia y la de la teología y sigue el camino sinuoso que conduce a la liberación espiritual. Ilumina débilmente su camino la razón humana (la luna), que no es más que un reflejo de la sabiduría divina. En el Tarot seudoegipcio, las torres son pirámides, los perros son uno blanco y uno negro y la luna queda oculta en parte tras las nubes. Toda la escena sugiere el lugar lóbrego y sombrío en el que se representaban los dramas mistéricos de los ritos inferiores.

El arcano mayor número diecinueve se llama *le Soleil*, el Sol, y en él aparecen dos niños —probablemente Géminis, los gemelos— juntos en un jardín rodeado por un círculo mágico de flores. Uno de estos niños debería aparecer como un varón y el otro, como una niña. Detrás de ellos hay una pared de ladrillos que, según parece, circunda el jardín. Por encima de la pared sale el sol, cuyos rayos son rectos y curvos, alternativamente. Trece lágrimas caen de la cara del sol. Lévi, que ve en los dos niños a la Fe y a la Razón, que deben coexistir mientras perdure el universo temporal, escribe lo siguiente: «El equilibrio humano requiere dos pies; los mundos gravitan mediante dos fuerzas, y para la

procreación hacen falta dos sexos. Este es el significado del arcano de Salomón, representado por los dos pilares del templo, Jakin y Bohas». (Véase *Transcendental Magic.*) El sol de la Verdad brilla en el jardín del mundo, presidido por estos dos niños, como personificaciones de los poderes eternos. La armonía del mundo depende de la coordinación de dos cualidades simbolizadas a lo largo de los siglos como la mente y el corazón. En el Tarot seudoegipcio, en lugar de los niños aparecen un joven y una doncella. Por encima de ellos, en una aureola solar, aparece el emblema fálico de la reproducción: una línea que atraviesa un círculo. Géminis está regido por Mercurio y los dos niños personifican a las serpientes enroscadas en torno al caduceo.

El arcano mayor número veinte se llama *le Jugement*, el Juicio Final, y presenta tres figuras que parecen surgir de sus tumbas, aunque solo se ve un ataúd. Por encima de ellas y cubierta de gloria hay una figura alada (supuestamente, el arcángel Gabriel) tocando una trompeta. Esta carta representa la triple naturaleza espiritual del hombre que se libera del sepulcro de su constitución material. Como en realidad solo un tercio del espíritu entra en el cuerpo físico —los otros dos tercios constituyen el *ánthropos* o Superhombre hermético—, solo una de las tres figuras sale efectivamente de la tumba. Court de Gébelin cree que tal vez lo del ataúd fue una idea que se les ocurrió en el último momento a los que inventaron la carta y que en verdad la escena representa la creación, más que la resurrección. En filosofía, estas dos palabras son casi sinónimas. El toque de trompeta representa la palabra creadora, que hace que el hombre, al pronunciarla, se libere de sus limitaciones terrenales. En el Tarot seudoegipcio, es evidente que las tres figuras representan las partes de un solo ser, porque aparecen tres momias saliendo de un solo sarcófago.

El arcano mayor número veintiuno se llama *le Monde*, el Mundo, y muestra a una figura femenina envuelta en un pañuelo que, al ondear al viento, adopta la forma de la letra hebrea *kaf.* Con las manos extendidas —en cada una de las cuales sujeta una varita— y la pierna izquierda cruzada por detrás de la derecha, la figura adopta la forma del símbolo alquímico del azufre. La figura central está rodeada por una corona con forma de mandorla, que Lévi compara con la corona cabalística: Kéter. Los querubines de la visión de Ezequiel ocupan las cuatro esquinas. Esta carta recibe el nombre del microcosmos y el macrocosmos, porque en ella se sintetizan todos los seres que contribuyen a la estructura de la creación. La figura que tiene la forma del símbolo

del azufre representa el fuego divino y el corazón del Gran Misterio. La corona es la naturaleza, que rodea el centro fogoso. Los querubines representan los elementos, los mundos, las fuerzas y los planos que salen del centro divino y fogoso de la vida. La corona también representa la corona del iniciado, que se entrega a los que dominan a los cuatro guardianes y llegan ante la Verdad revelada. En el Tarot seudoegipcio, los querubines rodean una corona compuesta por doce flores trifoliadas: los decanatos del Zodíaco. Una figura humana arrodillada por debajo de la corona toca un arpa de tres cuerdas, porque el espíritu debe crear armonía en la triple constitución de su naturaleza inferior antes de poder conseguir la corona solar de la inmortalidad.

Los cuatro palos de los arcanos menores se consideran análogos a los cuatro elementos, las cuatro esquinas de la creación y los cuatro mundos del cabalismo. Se supone que la clave para comprender los arcanos menores es el Tetragrámmaton, o el nombre de Jehová de cuatro letras, IHVH. Los cuatro palos de los arcanos menores también representan las grandes divisiones de la sociedad: las copas son los sacerdotes; las espadas, los militares; los oros son los comerciantes, y los bastos, los campesinos. Desde el punto de vista de lo que Court de Gébelin denomina la «geografía política», las copas representan a los países del norte; las espadas, a Oriente; los oros, a Occidente, y los bastos, a los países del sur. Las diez cartas numeradas de cada palo representan a las naciones que componen cada una de estas grandes divisiones. Los reyes son sus gobiernos; las reinas, sus religiones; los caballeros, sus historias y su idiosincrasia, y los pajes, sus artes y sus ciencias. Se han escrito complejos tratados sobre el uso de las cartas del Tarot para la adivinación, pero, como esta práctica es contraria a la finalidad fundamental del Tarot, de su análisis no surgirá ningún provecho.

En los museos europeos se encuentran muchos ejemplos interesantes de los primeros naipes y también se guardan muestras notables en las vitrinas de varios coleccionistas privados. Existen unos cuantos mazos pintados a mano que son sumamente artísticos. Representan a varios personajes importantes, contemporáneos de sus creadores. En algunos casos, las figuras son retratos del monarca reinante y de su familia. En Inglaterra se popularizaron las cartas grabadas y en el Museo Británico también se pueden ver algunas cartas curiosas, hechas con plantillas. Se utilizaban emblemas heráldicos y Chatto, en *Facts and Speculations on the Origin and History of Playing Cards*, reproduce cuatro cartas heráldicas en las que las armas del papa Clemente IX

adornan al rey de tréboles. Ha habido mazos filosóficos, con emblemas escogidos de la mitología griega y la romana, y también mazos educativos, adornados con mapas o representaciones pictóricas de lugares y hechos históricos famosos. Se han encontrado muchos ejemplos excepcionales de naipes unidos a las tapas de algunos libros primitivos. En Japón, para poder jugar bien a determinados juegos de cartas hay que conocer muy bien casi todas las obras maestras de la literatura de aquel país. En India hay mazos circulares, que representan episodios de los mitos orientales. También hay cartas que, en cierto sentido de la palabra, no lo son, porque, en lugar de estar hechas de cartulina, están diseñadas sobre madera, marfil e incluso metal. Hay cartas cómicas que caricaturizan a personas y lugares desagradables y hay otras que conmemoran diversos logros humanos. Durante la guerra de secesión, circuló en Estados Unidos una baraja patriótica con estrellas, águilas, anclas y la bandera estadounidense en lugar de los palos y en la que aparecían generales famosos en lugar de las figuras.

Los naipes modernos son los arcanos menores del Tarot, de los cuales se ha suprimido el paje o valet de cada palo, con lo cual quedan trece cartas en cada uno. Sin embargo, incluso en su forma abreviada, la baraja moderna tiene profunda importancia simbólica, porque, aparentemente, su disposición tiene que ver con las divisiones del año. Los dos colores, rojo y negro, representan las dos grandes épocas del año: cuando el sol está al norte del ecuador y cuando está al sur. Los cuatro palos representan las estaciones, las edades de los antiguos griegos y las *yugas* de los hindúes. Las doce figuras son los signos del Zodíaco dispuestos en grupos de tres: un Padre, un Poder y una Mente, según la parte superior de la Tabla Bembina. Las diez cartas numeradas de cada palo representan los árboles sefiróticos que existen en cada uno de los cuatro mundos (los palos). Las trece cartas de cada palo son los trece meses lunares del año y las cincuenta y dos cartas de la baraja son las cincuenta y dos semanas del año. Si contamos los puntos de las cartas numeradas y calculamos la jota, la reina y el rey como once, doce y trece, respectivamente, la suma de las cincuenta y dos cartas da 364. Si atribuimos un punto al comodín, el resultado es 365, es decir, la cantidad de días del año. Milton Pottenger creía que los Estados Unidos de América se diseñaron de acuerdo con el mazo de naipes convencional y que el gobierno llegará a constar de cincuenta y dos estados administrados por la división quincuagésima tercera: el distrito de Columbia.

Las figuras contienen un montón de símbolos masónicos importantes. Nueve están de frente y tres de perfil. Aquí tenemos la «rueda de la ley» interrumpida, que representa los nueve meses del período prenatal y los tres grados de desenvolvimiento espiritual necesarios para producir el hombre perfecto. Los cuatro reyes armados son los arquitectos amonianos egipcios, que arrancaron el universo a cuchilladas. También son los signos fundamentales del Zodíaco. Las cuatro reinas, con flores de ocho pétalos en la mano como símbolo de Cristo, son los signos fijos del Zodíaco. Las cuatro jotas, dos de las cuales llevan ramitas de acacia —la jota de corazones, en la mano, y la de tréboles, en el sombrero—, son los cuatro signos comunes del Zodíaco. Cabe destacar también que las figuras de los piques no miran hacia el número que está en la esquina de la carta, sino hacia el otro lado, como si temieran a aquel emblema de la muerte. El Gran Maestro de la orden de las cartas es el rey de tréboles, que lleva el orbe como símbolo de su dignidad.

Según este simbolismo, el ajedrez es el más importante de todos los juegos. Ha sido llamado «el juego real», el pasatiempo de los reyes. Como las cartas del Tarot, las piezas del ajedrez representan los elementos de la vida y la filosofía. Ya se jugaba en India y en China mucho antes de que llegara a Europa. Los príncipes de las Indias Orientales solían sentarse en los balcones de sus palacios y jugar al ajedrez con seres humanos colocados encima de un suelo de mármol con cuadrados blancos y negros en el patio que había abajo. La creencia popular es que los faraones egipcios jugaban al ajedrez, aunque, después de estudiar sus esculturas y sus miniados, se ha llegado a la conclusión de que aquel juego era una especie de damas. En China, con frecuencia se tallaban las piezas para representar las dinastías de guerreros, como la manchú y la ming. El tablero de ajedrez está compuesto por sesenta y cuatro cuadrados, blancos y negros alternativamente, y simboliza el suelo de la Casa de los Misterios. Sobre aquel campo de la existencia o el pensamiento se mueven un montón de figuras talladas de forma extraña, cada una según sus propias normas. El rey blanco es Ormuz; el rey negro es Ahrimán, y en las planicies del cosmos se libra, con el correr del tiempo, el gran combate entre la luz y la oscuridad. De la constitución filosófica del ser humano, los reyes representan el espíritu; las reinas, la mente; los alfiles, las emociones; los caballos, la vitalidad, y las torres, el cuerpo físico. Las piezas del lado del rey son positivas y las del lado de la reina, negativas. Los peones son los impulsos sensoriales y la capacidad de percepción: las ocho partes del alma. El rey blanco y su

séquito simbolizan el Yo y sus vehículos; el rey negro y su comitiva, el no Yo, el falso ego y su legión. Por consiguiente, el juego del ajedrez plantea la eterna lucha de cada parte de la naturaleza compuesta del hombre contra la sombra de sí misma. La naturaleza de cada una de las piezas se pone de manifiesto en la manera en que se mueve y la geometría es la clave para interpretarlas. Por ejemplo, la torre (el cuerpo) se mueve tanto horizontal como verticalmente; el alfil (las emociones) se mueve en diagonal; el rey, al ser el espíritu, no se puede capturar, pero pierde la batalla cuando queda tan rodeado que no puede escapar.

XXX

El Tabernáculo en el desierto

No cabe duda de que buena parte del material que se menciona en los cinco primeros libros del Antiguo Testamento procede de los ritos de iniciación de los Misterios egipcios. Los sacerdotes de Isis eran muy versados en las tradiciones ocultas y, durante su cautiverio en Egipto, los israelitas aprendieron mucho de ellos con respecto al significado de la divinidad y la manera de adorarla. La autoría de los cinco primeros libros del Antiguo Testamento se atribuye en general a Moisés, pero realmente que fuera él quien los escribió es objeto de controversia. Bastantes pruebas apoyan la hipótesis de que el Pentateuco fue compilado en una fecha bastante posterior, a partir de tradiciones orales. Con respecto a la autoría de estos libros, Thomas Inman hace una afirmación bastante sorprendente: «Es cierto que tenemos libros que atribuimos a Moisés, del mismo modo que hay o ha habido libros que atribuimos a Homero, Orfeo, Enoch, Mormón y Junius; sin embargo, la existencia de estas obras y la creencia de que fueron escritas por aquellos cuyo nombre llevan no constituyen verdaderas pruebas de aquellos hombres ni de la autenticidad de las obras que reciben su nombre. También es cierto que se habla en ocasiones de Moisés en tiempos de los primeros reyes de Jerusalén; sin embargo, resulta evidente que estos pasajes fueron escritos con posterioridad y que han sido introducidos en los lugares en los que han sido hallados con la intención clara de dar la impresión de que David y Salomón conocían al Legislador». (Véase *Ancient Faiths Embodied in Ancient Names.*)

Aunque el famoso erudito tenía —sin duda— suficientes pruebas para corroborar su opinión, esta afirmación parece demasiado general.

Aparentemente, se basaba en el hecho de que Thomas Inman dudaba de la existencia histórica de Moisés, duda que partía de la similitud etimológica entre la palabra «Moisés» y un nombre antiguo del sol. Como consecuencia de estas deducciones, Inman trató de demostrar que el Legislador de Israel no era más que otra forma del mito solar omnipresente. Si bien Inman demostró que, trasponiendo dos de las letras antiguas, la palabra «Moisés» (משה) se convierte en «Shemmah» (שמה), una manera de llamar al globo celeste, parece haber pasado por alto el hecho de que, en los Misterios antiguos, era habitual dar a los iniciados nombres que eran sinónimos del sol, para simbolizar que habían alcanzado la redención y la regeneración del poder solar en su propia naturaleza. Es mucho más probable que el hombre al que conocemos como Moisés fuera un representante acreditado de las escuelas secretas, que se esforzaba —como lo han hecho muchos otros emisarios— en instruir a las razas primitivas en los misterios de sus almas inmortales.



DE *ANTIQUITY EXPLAINED BY MONTFAUCON* DE MONTFAUCON

EL ANCIANO DE LOS DÍAS
Esta es la forma con la que los cabalistas solían representar a Jehová. El dibujo pretende ilustrar al Demiurgo de los griegos y los gnósticos, al que los griegos llamaban Zeus, el hombre inmortal, y los hebreos, IHVH.

Es probable que nunca se llegue a saber a ciencia cierta el nombre verdadero del Gran Anciano de Israel que a lo largo de la historia se conoce como Moisés. La palabra «Moisés», entendida en su sentido egipcio esotérico, significa aquel que ha sido admitido en las escuelas mistéricas de la sabiduría y se ha puesto a enseñar a los ignorantes acerca de la voluntad de los dioses y los misterios de la vida, como se explicaban estos misterios en los templos de Isis, Osiris y Serapis. Existe bastante controversia en torno a la nacionalidad de Moisés. Algunos

sostienen que era judío y que había sido adoptado y educado por la casa gobernante de Egipto; otros opinan que era egipcio de pura cepa. Unos pocos llegan incluso a equipararlo con el inmortal Hermes, porque los dos ilustres fundadores de sistemas religiosos recibieron del cielo unas tablas que, supuestamente, habían sido escritas por la mano de Dios. Las historias que se narran en relación con Moisés —que la hija del faraón se lo encontró en un arca de juncos, que fue adoptado por la familia real de Egipto y su posterior rebelión contra la autocracia egipcia— coinciden exactamente con algunas de las ceremonias por las que pasaban los candidatos de los Misterios egipcios en sus andanzas rituales en busca de la verdad y el conocimiento. También se pueden encontrar analogías con los movimientos de los cuerpos celestes.

No es extraño que el Moisés erudito, iniciado en Egipto, enseñara a los judíos una filosofía que contenía los principios más importantes del esoterismo egipcio. Las religiones que había en Egipto en la época del cautiverio de los israelitas eran mucho más antiguas de lo que advertían incluso los propios sacerdotes egipcios. No era fácil compilar historias en aquellos tiempos y los egipcios se conformaban con remontar los orígenes de su raza a un período mitológico en el que los propios dioses deambulaban por la tierra y, con su propio poder, establecieron el doble imperio del Nilo. Los egipcios no se imaginaban que aquellos progenitores divinos eran los atlantes, que, obligados por los cataclismos volcánicos a abandonar sus siete islas, habían emigrado a Egipto —por entonces, una colonia de la Atlántida—, donde establecieron un gran centro de civilización filosófico y literario que posteriormente ejercería una influencia profunda en la religión y la ciencia de innumerables razas y pueblos. En la actualidad, nadie se acuerda de Egipto, pero lo egipcio será recordado y venerado siempre. Egipto está muerto y, sin embargo, seguirá siendo inmortal en su literatura, su filosofía y su arquitectura.

Así como Odín fundó sus Misterios en Escandinavia y Quetzalcóatl, en México, Moisés, trabajando incansablemente con el pueblo, entonces nómada, de las doce tribus de Israel, estableció en medio de él su escuela secreta y simbólica, que es lo que se conoce como los Misterios del Tabernáculo. El Tabernáculo de los judíos no era más que un templo construido según el modelo de los templos egipcios, que se podía transportar para satisfacer las necesidades del carácter errante por el cual eran famosos los israelitas. Cada una de las partes del Tabernáculo y lo que lo rodeaba simbolizaba alguna gran verdad natural o filosófica. Para el profano no era más que un lugar al que llevar ofrendas y

en el cual hacer sacrificios; para el sabio era un templo de aprendizaje consagrado al Espíritu Universal de la Sabiduría.

Aunque las grandes mentes del mundo judío y el cristiano se han dado cuenta de que la Biblia es un libro lleno de alegorías, parece que pocos se han tomado la molestia de investigar sus símbolos y sus parábolas. Dicen que, cuando Moisés instituyó sus Misterios, transmitió a unos pocos iniciados escogidos determinadas enseñanzas orales que jamás se podían poner por escrito, sino que se tenían que preservar verbalmente de generación en generación. Aquellas instrucciones tenían forma de claves filosóficas, gracias a las cuales las alegorías revelaban su significado oculto. Los judíos llamaban Cábala (Cabalá, Kabbalah, Qabbalah) a aquellas claves místicas de sus escritos sagrados.

Parece que el mundo moderno ha olvidado la existencia de aquellas enseñanzas no escritas, que brindaban una explicación satisfactoria de las aparentes contradicciones de las Escrituras, y que tampoco recuerda que los paganos nombraron custodio de la clave del templo de la sabiduría al Jano de dos caras. Jano se ha transformado en san Pedro, que tantas veces se representa con la llave de la puerta del cielo en la mano. Las llaves de oro y plata del «vicario de Dios en la tierra», el Papa, representan esta «doctrina secreta» que, cuando se comprende bien, abre el cofre de los tesoros de la Cábala cristiana y la judía.

Los templos del misticismo egipcio (de los cuales se copió el Tabernáculo) eran, según sus propios sacerdotes, representaciones del universo en miniatura. El sistema solar siempre se consideró un gran templo de iniciación, en el cual los candidatos ingresaban por las puertas del nacimiento; después de abrirse paso por los pasillos tortuosos de la existencia terrenal, se aproximaban por fin al velo del Gran Misterio (la Muerte), a través de cuya puerta volvían a desvanecerse en el mundo invisible. Sócrates recordó veladamente a sus discípulos que la Muerte era, en realidad, la gran iniciación, porque sus últimas palabras fueron: «Critón, le debo un gallo a Asclepio; no te olvides de pagárselo». (Como el gallo era sagrado para los dioses y el sacrificio de esta ave acompañaba al candidato en su introducción a los Misterios, Sócrates quería decir que estaba a punto de hacer su gran iniciación.)

La vida es el gran misterio y solo aquellos que superan sus pruebas, las interpretan bien y extraen de ellas la esencia de la experiencia llegan a conocer la verdad. Por eso se construían los templos con la forma del mundo y sus rituales se basaban en la vida y sus innumerables problemas. No era el propio Tabernáculo lo único que seguía el modelo del

misticismo egipcio: sus utensilios también tenían la forma antigua y aceptada. Hasta el Arca de la Alianza era una adaptación del arca egipcia, con las mismas figuras arrodilladas en la tapa. En los bajorrelieves del templo de File se ven sacerdotes egipcios transportando su arca —muy semejante a la de los judíos— a hombros por medio de unas pértigas, como las que se describen en el Éxodo.

La siguiente descripción del Tabernáculo y sus sacerdotes se basa en la versión de su construcción y las ceremonias que Flavio Josefo menciona en el Libro Tercero de sus *Antigüedades de los judíos*. Las referencias bíblicas proceden de una Biblia de Ginebra {conocida en inglés como la *«Breeches» Bible* por un error de transcripción en el versículo séptimo del capítulo tercero del Génesis}, impresa en Londres en 1599.

La construcción del Tabernáculo

Moisés, hablando en nombre de Jehová, el Dios de Israel, nombró a dos arquitectos para que supervisaran la construcción del Tabernáculo: Besalel, hijo de Uri, de la tribu de Judá, y Oholiab, hijo de Ahisamach, de la tribu de Dan. Eran tan populares que también el pueblo los eligió por unanimidad. Cuando Jacob bendijo a sus hijos en su lecho de muerte (véase el Génesis, 49), asignó a cada uno de ellos un símbolo. El símbolo de Judá era un león y el de Dan, una serpiente o un ave (posiblemente un águila). El león y el águila son dos de los cuatro animales de los querubines (los signos fijos del Zodíaco) y los alquimistas rosacruces sostenían que la misteriosa piedra de la sabiduría (el alma) estaba compuesta con la ayuda de la sangre del león rojo y el gluten del águila blanca. Es probable que haya una relación mística oculta entre el fuego (el león rojo), el agua (el águila blanca) —como se utilizaban en la química oculta— y los representantes de las dos tribus, cuyos símbolos coincidían con estos elementos alquímicos.

Así como el Tabernáculo era la morada de Dios entre los hombres, el cuerpo del alma en el hombre es la morada de su naturaleza divina, en torno a la cual se reúne una constitución material formada por doce partes, del mismo modo en que las tribus de Israel acampaban alrededor del recinto consagrado a Jehová. La idea de que el Tabernáculo en realidad era un símbolo de una verdad espiritual invisible e incomprensible para los israelitas se corrobora con lo que se dice en el octavo capítulo de la Epístola a los Hebreos: «Estos dan culto en lo que es som-

bra y figura de realidades celestiales, según le fue revelado a Moisés al emprender la construcción de la Tienda». Vemos aquí que al lugar de culto físico y material lo llaman «sombra», o símbolo de una institución espiritual, invisible pero omnipotente.

Las normas para la construcción del Tabernáculo se describen en el capítulo 25 del libro del Éxodo: «Yahvé habló a Moisés diciendo: "Di a los israelitas que reserven ofrendas para mí. Me reservaréis la ofrenda de todo aquel a quien su corazón mueva. De ellos reservaréis lo siguiente: oro, plata y bronce; púrpura violeta y escarlata, carmesí, lino fino y pelo de cabra; pieles de carnero teñidas de rojo, cueros finos y maderas de acacia; aceite para el alumbrado, aromas para el óleo de la unción y para el incienso aromático; piedras de ónice y piedras de engaste para el efod y el pectoral. Me harás un Santuario para que yo habite en medio de ellos. Lo haréis conforme al modelo de la Morada y al modelo de todo su mobiliario que yo voy a mostrarte».

El patio del Tabernáculo era un espacio cerrado, de cincuenta codos de ancho y cien codos de largo, flanqueado por cortinajes de lino colgados de pilares de bronce, con una distancia de cinco codos entre ellos. (El codo es una medida de longitud antigua que equivale a la distancia entre el codo y la punta del dedo índice, unos 46 centímetros.) Había veinte de aquellos pilares en cada uno de los lados más largos y diez en los más cortos. Cada pilar tenía la base de bronce y el capitel de plata. El Tabernáculo siempre se disponía con los lados largos mirando al Norte y al Sur y los lados cortos hacia el Este y el Oeste, con la entrada al Este, lo que demuestra la influencia del culto primitivo al sol.

El patio exterior tenía como finalidad fundamental aislar la tienda del Tabernáculo propiamente dicho, que se alzaba en el centro del recinto. A la entrada del patio, situada en la cara oriental del rectángulo, estaba el altar de los holocaustos, hecho de placas de bronce sobre madera y adornado con cuernos de toros y carneros. Más adentro, pero en la misma línea que este altar, estaba la jofaina de la purificación, un gran recipiente con agua para las abluciones de los sacerdotes. La jofaina estaba compuesta por dos partes: la superior era un cuenco inmenso, probablemente tapado, que alimentaba el cuenco inferior, en el cual los sacerdotes se lavaban antes de participar en las diversas ceremonias. Se supone que en aquella jofaina estaban incrustados los espejos de metal de las mujeres de las doce tribus de Israel.

Las medidas del Tabernáculo propiamente dicho eran las siguientes: «Su longitud, cuando se construyó, era de treinta codos y tenía diez

codos de ancho. Uno de sus muros daba al Sur y el otro estaba expuesto al Norte; en la parte posterior quedaba el Oeste. Tenía que medir lo mismo de alto que de ancho (diez codos)». (Flavio Josefo.)

Los bibliólogos tienen por costumbre dividir el interior del Tabernáculo en dos salas: una de diez codos de ancho, diez codos de altura y veinte codos de largo, llamada el Lugar Santo, que contenía tres objetos especiales; a saber: la *menorá*, o candelabro de siete brazos, la mesa de los panes de la presencia y el altar del incienso; la otra tenía diez codos de ancho, diez codos de altura y diez codos de largo, se llamaba el Sanctasanctórum y solo contenía un objeto: el Arca de la Alianza. Las dos salas estaban separadas entre sí por un velo ornamental, en el cual había bordadas flores de muchos tipos, pero ninguna figura animal ni humana.

Flavio Josefo da a entender que había un tercer compartimiento, formado por una subdivisión del Lugar Santo, al menos de forma hipotética, en dos cámaras. El historiador judío no es demasiado explícito en su descripción de esta tercera sala y la mayoría de los autores parecen haber pasado por alto este punto y no lo mencionan en absoluto, aunque Flavio Josefo afirma categóricamente que Moisés dividió la tienda interior en tres partes. El velo que separaba el Lugar Santo del Sanctasanctórum estaba colgado de cuatro pilares, lo cual era, probablemente, un símbolo sutil de los cuatro elementos, mientras que a la entrada de la tienda propiamente dicha los judíos colocaban siete pilares, en referencia a los siete sentidos y las siete vocales del nombre sagrado. Que posteriormente solo se mencionen cinco pilares se puede deber al hecho de que, en la actualidad, el hombre solo dispone de cinco sentidos desarrollados y cinco vocales activas. El escritor judío primitivo que escribió *The Baraitha* se refiere a los cortinajes con las siguientes palabras:

> Les entregaron diez tapices de lino fino torzal de color azul, púrpura y escarlata. Como se dice: «Harás la Morada con diez tapices de lino fino torzal, de púrpura, violeta y escarlata». [...] Les dieron once piezas de pelo de cabra y cada pieza medía treinta codos de largo [...]. El rabino Judá dijo: «Había dos cubiertas: la inferior de pieles de carnero teñidas de rojo y la superior de pieles de tejón».

Calmet opina que lo que se ha traducido como «tejón» en realidad en hebreo era «púrpura oscuro» y, por consiguiente, no hacía referencia a ningún animal en concreto, sino, probablemente, a un tejido impermeable muy denso de un color oscuro y discreto. Durante el período en el cual el pueblo de Israel vagó por el desierto, se supone que una co-

lumna de fuego permanecía inmóvil en el aire encima del Tabernáculo por la noche, mientras que una columna de humo lo acompañaba durante el día. Los judíos llamaban Shejiná a aquella nube, que simbolizaba la presencia del Señor. En uno de los libros judíos primitivos que se dejaron de lado al compilar el Talmud aparece la siguiente descripción de la Shejiná:

> Entonces una nube cubrió la tienda de la congregación y la gloria del Señor inundó el Tabernáculo. Era una de las nubes de gloria que acompañaron a los israelitas en el desierto durante cuarenta años. Una del lado derecho y la otra del izquierdo y una por delante de ellos y la otra por detrás. Y una encima de ellos y una nube en medio de ellos (y la nube, la Shejiná, que estaba en la tienda) y la columna de nube que se movía delante de ellos, haciendo descender ante ellos los sitios elevados y elevando ante ellos los sitios bajos, matando serpientes y escorpiones, quemando espinas y maderas de brezo y guiándolos por el camino recto. (De *The Baraitha*, el Libro del Tabernáculo.)

Los enseres del Tabernáculo

No cabe duda de que, desde un punto de vista esotérico, el Tabernáculo, los enseres que contenía y su ceremonial son análogos a la estructura, los órganos y las funciones del cuerpo humano. A la entrada del patio exterior del Tabernáculo estaba el Altar de los Holocaustos, de cinco codos de largo y cinco codos de ancho, pero apenas tres codos de altura. Su superficie superior era una rejilla de bronce sobre la cual se colocaba el sacrificio, mientras que debajo estaba el lugar para el fuego. Aquel altar quería decir que el candidato, al entrar por primera vez en el recinto del santuario, no debe ofrecer sobre el altar de bronce un pobre toro o un carnero inofensivo, sino lo que correspondía a ellos dentro de su propia naturaleza. El toro, como símbolo de campechanía, representaba su propia constitución grosera, que tiene que arder en el fuego de su divinidad. (El sacrificio de animales y, en algunos casos, de seres humanos, en los altares de los paganos era consecuencia de su ignorancia con respecto al principio fundamental del sacrificio. No se daban cuenta de que, para ser aceptables, sus ofrendas debían proceder de dentro de su propia naturaleza.)

Más al oeste, en la misma línea que el altar de bronce, estaba la Jofaina de la Purificación, ya descrita. Para el sacerdote, representaba que tenía que lavar no solo su cuerpo, sino también su alma, para quitarle toda impureza, porque nadie que no esté limpio tanto en cuerpo como

en alma puede presentarse ante la divinidad y seguir vivo. Después de la Jofaina de la Purificación estaba la entrada al Tabernáculo propiamente dicho, orientada hacia el Este, de modo que los primeros rayos del sol naciente entraran e iluminaran la cámara. Entre los pilares con incrustaciones se podía ver el Lugar Santo, una cámara misteriosa en cuyas paredes colgaban unas cortinas magníficas, bordadas con rostros de querubines.

Contra la pared meridional del Lugar Santo estaba el gran Candelabro, o lámpara, de oro; se creía que pesaba como cincuenta kilos. De su eje central salían seis brazos, cada uno de los cuales acababa en una depresión en forma de copa en la que había una lámpara de aceite. Las lámparas eran siete: tres en los brazos de cada lado y una en el tallo central. El Candelabro estaba adornado con setenta y dos almendras, botones y flores. Flavio Josefo dice que son setenta, pero siempre que los hebreos utilizan este número redondo en realidad quieren decir setenta y dos. Enfrente del Candelabro, contra la pared septentrional, había una mesa con doce Panes de la Presencia en dos pilas de seis panes cada una. (Calmet opina que los panes no estaban apilados, sino desparramados por la mesa en dos hileras, cada una de seis unidades.) En esta mesa había también dos incensarios encendidos, que se colocaban en lo alto de las pilas de Panes de la Presencia para que el humo del incienso fuera un aroma aceptable para el Señor, que llevara consigo, al ascender, el alma del Pan de la Presencia.

En el centro de la habitación, casi contra la división que conducía al Sanctasanctórum, estaba el Altar del Incienso, hecho de madera recubierta de chapas de oro. Tenía un codo de ancho y un codo de largo y dos codos de altura. Aquel altar simbolizaba la laringe humana, desde la cual suben las palabras de la boca del hombre como una ofrenda aceptable al Señor, porque la laringe ocupa, en la constitución del hombre, el puesto comprendido entre el Lugar Santo, que es el tronco, y el Sanctasanctórum, que es la cabeza y lo que contiene.

Nadie puede ingresar en el Sanctasanctórum, salvo el Sumo Sacerdote, y él solo en momentos determinados. En aquella sala no había nada más que el Arca de la Alianza, apoyada en la pared occidental, frente a la entrada. Según el Éxodo, el Arca medía dos codos y medio de largo, un codo y medio de ancho y un codo y medio de altura. Estaba hecha de madera de acacia negra, revestida por dentro y por fuera con láminas de oro, y contenía las tablas sagradas de la ley que fueron entregadas a Moisés en el monte Sinaí. La tapa del Arca tenía la forma

de un plato de oro, sobre el cual se arrodillaban dos criaturas misteriosas enfrentadas, llamadas querubines, con las alas arqueadas por encima de sus cabezas. Sobre aquel trono situado entre las alas de los celestiales descendía el Señor de Israel cuando deseaba comunicarse con Su Sumo Sacerdote.

Por comodidad, todos los enseres del Tabernáculo eran fáciles de transportar. Cada altar y cada objeto, del tamaño que fuera, disponía de unas pértigas que se pasaban por unos anillos, para que pudiera ser transportado por cuatro o más portadores. El Arca de la Alianza conservó las pértigas hasta que por fin fue colocada en el Sanctasanctórum de su Casa Eterna: el templo del rey Salomón.

No cabe duda de que los judíos primitivos eran conscientes, al menos en parte, de que su Tabernáculo era algo simbólico. Flavio Josefo lo notó y, aunque ha sido muy criticado por interpretar el simbolismo del Tabernáculo según el paganismo egipcio y el griego, su descripción del significado oculto de sus cortinajes y sus enseres es digna de consideración. Dice lo siguiente:

«Cuando Moisés distinguió tres partes en el Tabernáculo y adjudicó dos de ellas a los sacerdotes, como lugar accesible y común, quiso indicar la tierra y el mar, a los que todo el mundo podía acceder; sin embargo, reservó la tercera parte a Dios, porque el cielo es inaccesible para el hombre. Cuando ordenó que se dispusieran doces panes sobre la mesa, quiso indicar el año, dividido en la misma cantidad de meses. Al ramificar el candelabro en setenta partes, en secreto daba a entender los decanatos, o las setenta divisiones de los planetas, y, en cuanto a las siete lámparas del candelabro, hacían referencia a la trayectoria de los planetas, puesto que tal es su número. Asimismo, los velos, que estaban compuestos de cuatro partes, indicaban los cuatro elementos: el lino era adecuado para indicar la tierra, porque esta planta sale de la tierra; el morado representaba el mar, porque para teñir de ese color se utiliza la sangre de un marisco: el azul es adecuado para representar el aire, y el escarlata será, naturalmente, un indicio del fuego.

»Como las vestiduras del sumo sacerdote eran de lino, hacían referencia a la tierra; el azul indicaba el cielo —era como el relámpago en sus granadas— y en el ruido de las campanillas se parecía al trueno. En cuanto al efod, demostraba que Dios había hecho el universo de cuatro (elementos) y, en cuanto al oro entretejido, [...] hacía referencia al esplendor que todo lo iluminaba. También hizo que el pectoral se colocara en medio del efod, para asemejarse a la tierra, porque ocupa el lugar

central del mundo. La faja que ceñía al sumo sacerdote representaba el océano, que rodea el universo y lo incluye. Cada una de las piedras de ónice nos indica el sol y la luna; me refiero a las que tenían carácter de botones en las hombreras del sumo sacerdote. En cuanto a las doce piedras, tanto si entendemos que representan los meses como si entendemos la misma cantidad de signos en el círculo que los griegos llaman Zodíaco, no andaremos errados en su significado. Con respecto a la mitra, que era de color azul, me parece que representa el cielo, porque, de lo contrario, ¿cómo podría inscribirse en ella el nombre de Dios? Que también la adornara una corona y, además, de oro, se debe al esplendor que complace a Dios.» También tiene importancia simbólica que el Tabernáculo se construyese en siete meses y que se dedicara a Dios en el momento de la luna nueva.

Todos los metales que se utilizaron para construir el Tabernáculo eran emblemáticos. El oro representa la espiritualidad y las láminas de oro que cubrían la madera de acacia negra eran símbolos de la naturaleza espiritual que glorifica la naturaleza humana, representada por la madera. Según los místicos, el cuerpo físico del hombre está rodeado de



DE *THE DICTIONARY OF THE HOLY BIBLE* DE CALMET

EL ARCA CON SUS QUERUBINES
Flavio Josefo nos cuenta que los querubines eran criaturas voladoras, pero que no se parecían a nada que se pudiese ver sobre la tierra y, por consiguiente, era imposible describirlos. Se supone que Moisés había visto a aquellos seres arrodillados en el escabel de Dios cuando lo eligieron y lo llevaron ante Jehová. Es probable que se pareciesen, al menos en cuanto a su aspecto general, a los famosos querubines de Ezequiel.

una serie de cuerpos invisibles de distintos colores y gran esplendor. En la mayoría de los pueblos, la naturaleza espiritual queda oculta y aprisionada en la naturaleza material, pero en algunos esta constitución interna se ha exteriorizado y la naturaleza espiritual está fuera, de modo que rodea la personalidad del hombre con un gran resplandor.

La plata, que aparece en el capitel de los pilares, hace referencia a la luna, que era sagrada tanto para los judíos como para los egipcios. Los sacerdotes celebraban ceremonias rituales secretas en la época de la luna nueva y la luna llena y estos dos períodos se consagraban a Jehová. Según los antiguos, la plata era el oro con el rayo del sol vuelto hacia dentro, en lugar de exteriorizarse. Mientras que el oro simbolizaba el alma espiritual, la plata representaba la naturaleza purificada y regenerada del ser humano.

El bronce que se empleaba en los altares exteriores era una sustancia compuesta por una aleación de metales preciosos y de baja ley, con lo cual representaba la constitución del individuo medio, que es una combinación de los elementos superiores y los inferiores.

Las tres divisiones del Tabernáculo tendrían que revestir especial interés para los masones, porque representan los tres grados de la Logia Azul, mientras que las tres órdenes de sacerdotes que atendían el Tabernáculo se preservan en la masonería moderna como el aprendiz, el compañero y el maestro. Los habitantes de las islas Hawai construyeron un tabernáculo parecido al de los judíos, salvo que sus salas estaban superpuestas, en lugar de estar una detrás de la otra, como ocurre en el caso del Tabernáculo de los israelitas. Las tres salas son también las tres cámaras importantes de la Gran Pirámide de Gizeh.

Las vestiduras de gala

Como se explicaba en la cita tomada de Flavio Josefo, las vestiduras y los ornamentos de los sacerdotes judíos tenían un significado secreto y hasta el día de hoy existe un lenguaje religioso en clave, oculto en los colores, las formas y los usos de las vestiduras sagradas no solo entre los sacerdotes cristianos y los judíos, sino también en las religiones paganas. Las vestiduras de los sacerdotes del Tabernáculo recibían el nombre de *cahanoeoe*; las del sumo sacerdote se llamaban *cahanoeoe rabboe*. Encima del *machanese*, una prenda interior parecida a unos pantalones cortos, llevaban el *chethone*, una túnica delicada de hilo fino que llegaba

al suelo y tenía mangas largas que se sujetaban a los brazos del usuario. Una faja con muchos bordados, que daba varias vueltas alrededor de la cintura (un poco más arriba de lo habitual) y de la que quedaba un extremo colgando por delante, y una birreta estrecha de lino, llamada *masnaemphthes*, completaban el atuendo del sacerdote corriente.

Las vestiduras del Sumo Sacerdote eran similares a las de los grados inferiores, aunque se les añadían algunas prendas y ornamentos. Sobre la túnica de lino blanco tejida especialmente, el Sumo Sacerdote llevaba un hábito sin costuras ni mangas, de color azul celeste, que le llegaba a los pies. Recibía el nombre de *meeir* y estaba adornado con una orla en la que se alternaban las campanillas y las granadas. En el Eclesiástico (uno de los libros rechazados de la Biblia moderna), aquellas campanillas y su significado se describen con estas palabras: «Y lo rodeó de granadas y de muchas campanillas de oro alrededor, de modo que, al andar, se produjera un ruido y un sonido que se oyera por el templo, para recordar a los niños de su pueblo». El *meeir* se sujetaba también con una faja multicolor finamente bordada y con hilo de oro introducido en el bordado.

El efod, una prenda corta que, según la descripción de Flavio Josefo, parecía una chaqueta, se llevaba sobre la parte superior del *meeir*. Estaba tejido con hilos de muchos colores, probablemente rojo, azul, morado y blanco, como los cortinajes y las telas que cubrían el Tabernáculo. También llevaba hilos de oro fino entretejidos. El efod se sujetaba a cada hombro mediante un ónice con forma de botón y en las dos piedras estaban grabados los nombres de los doce hijos de Jacob: seis en cada una. Se suponía que aquellos botones de ónice servían como oráculos y, cuando el Sumo Sacerdote formulaba determinadas preguntas, emitían un resplandor celestial. Cuando se iluminaba el ónice del hombro derecho, quería decir que Jehová respondía de forma afirmativa a la pregunta del Sumo Sacerdote; en cambio, cuando relucía el de la izquierda, indicaba una respuesta negativa.

En medio de la superficie delantera del efod había un espacio para poner el *essen*, o pectoral de la rectitud y la profecía, que, como su nombre indica, también era un oráculo muy poderoso. Era más o menos cuadrado y consistía en un cuerpo bordado en el que había engastadas doce piedras, cada una en un engarce de oro. Debido al gran peso de sus piedras, cada una de las cuales tenía un tamaño considerable y un valor inmenso, el pectoral se mantenía en su sitio mediante cadenillas especiales de oro y cintas. Las doce piedras del pectoral, como las pie-

dras de ónice de las hombreras del efod, tenían la misteriosa capacidad de iluminarse con la gloria divina y, por consiguiente, de servir como oráculos. Con respecto al extraño poder de estos símbolos resplandecientes de las doce tribus de Israel, Flavio Josefo escribe lo siguiente:

«Mencionaré algo más maravilloso aún que esto: porque Dios anunciaba de antemano, mediante aquellas doce piedras que el Sumo Sacerdote llevaba sobre el pecho y que estaban insertadas en su pectoral, cuándo saldrían victoriosos en la batalla, porque era tal el esplendor que brillaba en ellas antes de que el ejército emprendiera la marcha que todos percibían la presencia de Dios para ayudarlos. Sucedió entonces que aquellos griegos, que sentían veneración por nuestras leyes, como les resultaba imposible contradecirlo, dieron al pectoral el nombre de "el oráculo".» El autor añade a continuación que las piedras dejaron de encenderse y brillar como doscientos años antes de que él escribiera su historia, porque los judíos habían infringido las leyes de Jehová y el Dios de Israel ya no estaba satisfecho con Su pueblo elegido.

Los judíos aprendieron astronomía de los egipcios y es probable que las doce joyas del pectoral simbolizaran las doce constelaciones del Zodíaco. Aquellas doce jerarquías celestiales se consideraban joyas que adornaban el pectoral del hombre universal, el Macroprosopo, mencionado en el Zohar como «el anciano de los días». El número doce aparece con frecuencia entre los pueblos antiguos, casi todos los cuales tenían un panteón constituido por doce semidioses, presidido por el Invencible, que era Él mismo, sometido al Impenetrable Padre de Todos. Este uso del número doce destaca en particular en los escritos judíos y los cristianos: los doce profetas, los doce patriarcas, las doce tribus y los doce apóstoles; cada grupo tiene un significado oculto determinado, porque cada uno hace referencia al Divino Duodécimo, cuyas emanaciones se manifiestan en el universo creado y tangible a través de doce canales individualizados. La doctrina secreta también enseñaba a los sacerdotes que las joyas representaban centros de vida dentro de su propia constitución, que, cuando se desarrollaban según las instrucciones esotéricas del templo, eran capaces de absorber en sí mismas la luz divina de la divinidad y de volverla a irradiar. (Las flores de loto de las Indias Orientales tienen un significado similar.) Los rabinos enseñaban que cada uno de los hilos de lino retorcidos que se usaron para tejer los cortinajes y los ornamentos del Tabernáculo contenía veinticuatro fibras distintas, para recordar a los perspicaces que la experiencia que se adquiere durante las veinticuatro horas del día (repre-

sentadas en la masonería por la regla de veinticuatro pulgadas) se convierte en los hilos con los que se tejen las vestiduras de gala.

EL *URIM* Y EL *THUMMIM*

En el reverso del *essen*, o pectoral, había un bolsillo que contenía unos objetos misteriosos: el *urim* y el *thummim*. Aparte del hecho de que se usaban para la adivinación, poco más se sabe de ellos. Algunos autores sostienen que eran piedras pequeñas (parecidas a los fetiches que algunos pueblos aborígenes veneran todavía) que los israelitas habían llevado consigo al marchar de Egipto, convencidos de que poseían poderes adivinatorios. Otros creían que el *urim* y el *thummim* tenían forma de dados, que se arrojaban al suelo y servían para tomar decisiones. Unos pocos sostienen que no eran más que nombres sagrados, escritos en láminas de oro, que se llevaban como talismanes. «Según algunos, el *urim* y el *thummim* representan "luces y perfecciones" o "la luz y la verdad"; esto último presenta una analogía asombrosa con las dos figuras de Re (Ra) y Temis que aparecen en el pectoral que llevaban los egipcios.» (*The Faiths of the World* de Gardner.)

El tocado no era lo menos extraordinario de las vestiduras del Sumo Sacerdote. Encima del simple birrete blanco del sacerdote corriente, este dignatario llevaba una tela azul y una corona de oro, que constaba de tres bandas, una por encima de la otra, como la mitra triple de los magos persas. Esta corona simbolizaba que el Sumo Sacerdote no solo imperaba sobre los tres mundos que los antiguos habían diferenciado (el cielo, la tierra y el infierno), sino también sobre las tres divisiones del ser humano y el universo: el mundo espiritual, el intelectual y el material. Estas divisiones también estaban representadas en los tres aposentos del propio Tabernáculo.

En lo alto del tocado había una copa de oro diminuta, con forma de flor, que significaba que la naturaleza del sacerdote era receptiva y que tenía un recipiente en su propia alma que, como si fuera una copa, podía recoger las aguas eternas de la Vida que caían en él desde el cielo. Esta flor situada sobre la coronilla de su cabeza se asemeja en su significado esotérico a la rosa que crecía en una calavera, tan famosa en la simbología de los templarios. Los antiguos creían que la naturaleza espiritual que huía del cuerpo ascendía a través de la coronilla; por consiguiente, el cáliz o la copa con forma de flor simbolizaba también la con-

ciencia espiritual. En el frente de la corona de oro estaba escrito en hebreo «consagrada a Yahveh».

Aunque las togas y los ornamentos aumentaban el respeto y la veneración de los israelitas por su Sumo Sacerdote, todo aquel boato no significaba nada para Jehová. Por consiguiente, antes de entrar en el Sanctasanctórum, el Sumo Sacerdote se quitaba todas aquellas galas terrenales y se presentaba desnudo ante el Señor Dios de Israel. Allí podía vestirse tan solo con sus propias virtudes y su espiritualidad debía adornarlo como una prenda de vestir.

Cuenta la leyenda que quienquiera que por casualidad entrase en el Sanctasanctórum sin estar limpio era destruido por un relámpago del fuego divino procedente del trono de Dios. Si el Sumo Sacerdote tenía aunque solo fuera un pensamiento egoísta, lo mataba. Como nadie sabe cuándo le puede pasar por la cabeza un pensamiento inadecuado, había que tomar precauciones, por si el Sumo Sacerdote moría cuando estaba en presencia de Jehová. Como los demás sacerdotes no podían entrar en el santuario, cuando su líder estaba a punto de entrar a recibir las órdenes del Señor, le ataban una cadena en torno a uno de los pies, para que, si moría mientras estaba detrás del velo, pudieran arrastrar su cadáver hacia fuera.

XXXI

La Fraternidad de la Rosa Cruz

¿Quiénes eran los rosacruces? ¿Eran una organización de pensadores profundos que se rebelaban contra las inquisitoriales limitaciones religiosas y filosóficas de su tiempo o eran trascendentalistas aislados, unidos tan solo por la similitud de sus puntos de vista y sus deducciones? ¿Dónde quedaba la «Casa del Espíritu Santo» en la que, según sus manifiestos, se congregaban una vez al año para planear las actividades futuras de su Orden? ¿Quién era aquella persona misteriosa a la que llamaban «Nuestro Ilustre Padre y Hermano C. R. C.»? ¿Representaban acaso aquellas tres letras las palabras «Christian Rosa Cruz»? ¿Era Christian Rosacruz, el supuesto autor de *Las bodas alquímicas*, la misma persona que, con otras tres, fundó la Sociedad Rosacruz?

¿Qué relación existía entre el rosacrucismo y la masonería medieval? ¿Por qué se entrecruzaban tanto los destinos de estas dos asociaciones? ¿Es la Hermandad Rosacruz el eslabón tan buscado entre la masonería de la Edad Media y el simbolismo y el misticismo de la Antigüedad y perpetúa sus secretos la masonería moderna? ¿Se desintegró la Orden Rosacruz original a finales del siglo XVIII o sigue existiendo la Sociedad como organización y manteniendo el mismo misterio que la hizo famosa en sus comienzos? ¿Cuál era la verdadera finalidad por la que se formó la Hermandad Rosacruz? ¿Eran los rosacruces una hermandad religiosa y filosófica, como ellos decían, o eran sus supuestos principios una pantalla para ocultar el verdadero objeto de la Fraternidad, que, posiblemente, era el control político de Europa? He aquí algunos de los problemas que encontramos al estudiar el rosacrucismo.

Existen cuatro teorías diferentes con respecto al enigma rosacruz. Cada una de ellas es el resultado de un cuidadoso análisis de las pruebas aportadas por estudiosos que han dedicado la vida a registrar los archivos de la tradición hermética. Las conclusiones a las que han llegado demuestran con claridad que los registros disponibles son insuficientes para determinar la génesis y las primeras actividades de los «Hermanos de la Rosa Cruz».

El primer postulado

Se supone que la Orden Rosacruz existió históricamente, de acuerdo con la descripción de su fundación y sus actividades posteriores, publicada en su manifiesto, el *Fama Fraternitatis*, escrito, según se cree, en el año 1610, aunque parece que no se publicó hasta 1614, si bien algunos expertos sospechan que hubo una edición anterior. Para poder hacer un estudio inteligente sobre el origen del rosacrucismo hay que estar familiarizado con el contenido del primero y más importante de sus documentos. El *Fama Fraternitatis* comienza recordando a todo el mundo que Dios es bueno y misericordioso y advierte a la intelectualidad que su egoísmo y su codicia los hacen seguir a los falsos profetas y pasar por alto el verdadero conocimiento que Dios, en su bondad, les ha revelado. Por consiguiente, hace falta una reforma y para eso Dios ha reclutado a los filósofos y a los sabios.

Para contribuir a que se produjera esta reforma, una persona misteriosa llamada «el Sumamente Iluminado Padre C. R. C.», alemán de nacimiento y pobre, aunque de noble alcurnia, instituyó la Sociedad Secreta de la Rosa Cruz. C. R. C. llegó al claustro cuando solo tenía cinco años, pero posteriormente, descontento con su sistema educativo, se asoció con un hermano que había recibido las órdenes sagradas y que emprendía una peregrinación a Tierra Santa. Partieron juntos, pero el hermano falleció en Chipre y C. R. C. siguió solo hasta Damasco. Su mala salud le impidió llegar a Jerusalén, de modo que se quedó en Damasco y se puso a estudiar con los filósofos que vivían allí.

En el transcurso de sus estudios, oyó hablar de un grupo de místicos y cabalistas que residían en la ciudad mística árabe de Damcar, de modo que renunció a su plan de visitar Jerusalén y acordó con los árabes que lo llevaran a Damcar. C. R. C. tenía apenas dieciséis años cuando llegó a Damcar, pero fue recibido como si lo hubieran estado espe-

rando hacía tiempo, como un camarada y amigo en la filosofía, y lo instruyeron en los secretos de los adeptos árabes. Mientras estuvo allí, C. R. C. aprendió árabe y tradujo al latín el libro sagrado *M*; a su regreso a Europa, llevó consigo aquel volumen crucial.

Después de estudiar tres años en Damcar, C. R. C. partió hacia la ciudad de Fez, donde —según le prometieron los magos árabes— le darían más información. En Fez le enseñaron a comunicarse con los habitantes elementales [probablemente, los espíritus de la Naturaleza] y estos le revelaron muchos otros grandes secretos de la Naturaleza. Si bien los filósofos de Fez no eran tan grandes como los de Damcar, las experiencias previas de C. R. C. le ayudaron a distinguir lo auténtico de lo falso, con lo cual aumentaron considerablemente sus conocimientos.

Después de pasar dos años en Fez, C. R. C. viajó a España en barco y llevó consigo muchos tesoros, como plantas y animales exóticos, reunidos durante sus andanzas. Tenía la esperanza de que los sabios de Europa recibieran con gratitud los excepcionales tesoros intelectuales y materiales que llevaba para mostrarles, pero lo único que consiguió fue que se burlaran de él, porque los llamados sabios temían reconocer su ignorancia anterior, para no perder su prestigio. En este punto de la narración, se hace una interpolación y se afirma que Paracelso, aunque no era miembro de la Fraternidad de la Rosa Cruz, había leído el libro *M* y del estudio de su contenido había obtenido información que lo había convertido en el médico más destacado de la Europa medieval.

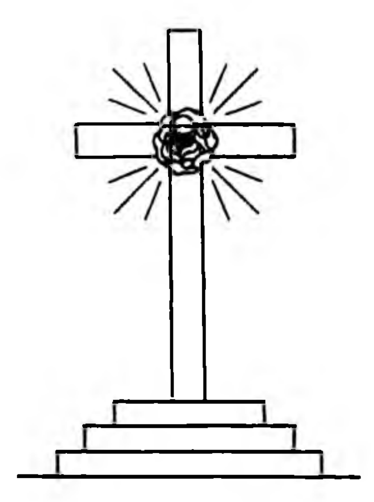
Cansado, aunque no desalentado, a pesar de lo infructuoso de sus esfuerzos, C. R. C. regresó a Alemania, donde construyó una casa para poder continuar tranquilamente con sus estudios y sus investigaciones. También fabricó una serie de instrumentos científicos insólitos. Aunque si se hubiese preocupado por comercializar sus conocimientos, podría haberse hecho famoso, prefería la compañía de Dios a la estima de los seres humanos.

Al cabo de cinco años de retiro, decidió reanudar la lucha para reformar las artes y las ciencias de su tiempo, pero con la colaboración de unos cuantos amigos de confianza. Del claustro en el que recibió su primera formación llamó a tres hermanos, a los que obligó bajo juramento a preservar inviolables los secretos que les impartiría y a poner por escrito para la posteridad la información que les dictara. Entre los cuatro formaron la Fraternidad de la Rosa Cruz; prepararon su lenguaje secreto en clave y, según el *Fama*, un gran diccionario en el cual se clasificaban todas las formas de sabiduría para glorificar a Dios. También se

pusieron a trabajar para transcribir el libro *M*, pero la tarea les resultó demasiado difícil, por la gran cantidad de enfermos que acudían para que los curasen.

Tras concluir un edificio nuevo y más grande, al que llamaron la «Casa del Espíritu Santo», decidieron incorporar a la Fraternidad cuatro miembros más, con lo cual la cifra se elevó a ocho, de los cuales siete eran alemanes. Todos eran solteros. Trabajando juntos con ahínco, no tardaron en completar la ardua tarea de preparar los documentos, las instrucciones y los arcanos de la Orden. También arreglaron la casa llamada «Sancti Spiritus».

Entonces decidieron separarse e ir a visitar los demás países de la tierra, no solo para que otros que la merecieran pudiesen recibir su sabiduría, sino también para poder contrarrestar y corregir los errores que hubiera en su propio sistema. Antes de emprender cada cual su camino, los hermanos prepararon seis normas, o reglas, que todos se comprometieron a cumplir. La primera norma era que no asumirían más dignidad ni crédito que la de estar disponibles para curar a los enfermos de forma gratuita. La segunda era que, a partir de aquel momento, no se pondrían ninguna prenda especial, sino que se vestirían de la manera habitual en el país en el que viviesen. La tercera era que todos los años, en una fecha determinada, se reunirían en la Casa del Espíritu Santo o que, de no poder hacerlo, enviarían una epístola para representarlos. La cuarta exigía que cada miembro buscase un digno sucesor para cuando falleciese. La quinta establecía que las letras «R. C.» serían su sello, su marca y su carácter a partir de aquel momento. La sexta especificaba que la Fraternidad debía seguir siendo desconocida para el mundo por un período de cien años.



LA ROSA CRUCIFICADA
El símbolo original de la Fraternidad Rosacruz era una rosa jeroglífica crucificada en una cruz. Por lo general, la cruz se levantaba sobre un calvario de tres escalones. Algunas veces se utilizaba, en relación con sus actividades, el símbolo de una cruz saliendo de una rosa. La rosa rosacruz aparecía dibujada sobre la mesa redonda del rey Arturo y es el motivo central de los eslabones de la cadena que lleva el colgante de san Jorge de la Orden de la Jarretera. Hargrave Jennings sospecha que esta orden está relacionada con los rosacruces.

Después de jurar que cumplirían aquel código, cinco de los hermanos partieron a tierras lejanas y un año después se marcharon otros dos, con lo cual el Padre C. R. C. quedó solo en la

Casa del Espíritu Santo. Año tras año se reunían con gran alegría, porque habían promulgado sus doctrinas de forma sincera y discreta entre los sabios de la tierra.

Cuando murió en Inglaterra el primero de la Orden, decidieron guardar en secreto los lugares de enterramiento de sus miembros. Poco después, el Padre C. R. C. reunió a los seis que quedaban y se supone que entonces preparó su propia tumba simbólica. Según consta en el *Fama*, ninguno de los hermanos que estaban vivos en el momento en que se escribió sabía cuándo había muerto el Padre C. R. C. ni dónde estaba enterrado. Su cuerpo fue descubierto por casualidad ciento veinte años después de su muerte, cuando uno de los hermanos, que tenía considerables aptitudes para la arquitectura, decidió introducir algunos cambios en la Casa del Espíritu Santo. [Que su tumba está en dicho edificio es una mera sospecha.]

Mientras introducía algunas modificaciones, el hermano descubrió una tablilla conmemorativa que llevaba inscritos los nombres de los primeros miembros de la Orden y decidió trasladarla a una capilla más imponente, porque en aquella época nadie sabía en qué país había muerto el Padre C. R. C., ya que los miembros originales habían ocultado esta información. Al tratar de retirar la tablilla conmemorativa, que estaba sujeta por un clavo grande, se desprendieron algunas piedras y parte del revoque, con lo cual quedó al descubierto una puerta oculta en la pared. De inmediato, los miembros de la Orden quitaron el resto de los escombros y destaparon la entrada a una cripta. Encima de la puerta, en letras grandes, estaban las palabras: POST CXX ANNOS PATEBO, que, según la interpretación mística de los hermanos, quería decir: «Saldré a la luz dentro de ciento veinte años».

A la mañana siguiente abrieron la puerta y los miembros entraron en una cripta con siete lados y siete esquinas; cada lado tenía un metro y medio de ancho y dos metros y medio de altura. Aunque el sol no entraba jamás en aquella tumba, estaba muy bien iluminada por una luz misteriosa que había en el techo. En el centro había un altar circular, sobre el cual había unas placas de bronce que llevaban grabados unos caracteres extraños. En cada una de las siete caras había una puertecilla que, al abrirse, revelaba una cantidad de cajas llenas de libros, instrucciones secretas y el supuesto arcano perdido de la Fraternidad.

Cuando desplazaron el altar hacia un lado, quedó al descubierto una tapa de bronce y, al levantarla, apareció un cuerpo —supuestamen-

te el de C. R. C.— que, a pesar de llevar allí ciento veinte años, estaba tan bien conservado como si lo acabaran de enterrar. Iba vestido con los ornamentos y el atuendo de la Orden y sostenía en una mano un pergamino misterioso que, después de la Biblia, era el bien más preciado de la Sociedad. Tras examinar minuciosamente el contenido de la cámara secreta, volvieron a poner en su sitio la placa de bronce y el altar, sellaron otra vez la puerta de la cripta y cada hermano siguió su camino respectivo, muy animado y con la fe renovada, después del espectáculo milagroso que había presenciado.

El documento acaba diciendo que, en efecto, «por voluntad del Padre C. R. C., el *Fama* ha sido preparado y enviado a los sabios y los eruditos de toda Europa en cinco idiomas, para que todos conozcan y comprendan los secretos de la augusta Fraternidad. Se invita a todas aquellas personas que sean sinceras de corazón y trabajen por la gloria de Dios a ponerse en contacto con la Hermandad, con la promesa de que su solicitud será escuchada, estén donde estén o sea cual fuere el medio por el cual enviasen el mensaje. Al mismo tiempo, se advierte a los que tuvieran motivos egoístas y segundas intenciones que lo único que les espera a quienes descubran la Fraternidad sin un corazón limpio y una mente pura serán pesares y sufrimientos».

Esta es, en resumen, la historia del *Fama Fraternitatis*. Para quienes la aceptan al pie de la letra, el Padre C. R. C. es el verdadero fundador de la Hermandad y se supone que la organizó alrededor del 1400. A esta teoría se contrapone el hecho de que jamás se haya descubierto ninguna corroboración histórica de los puntos importantes del *Fama*. No existen pruebas de que el Padre C. R. C. se pusiera en contacto con los eruditos de España. No se puede encontrar la ciudad misteriosa de Damcar ni se tiene constancia de que en toda Alemania existiese un lugar en el que se curasen misteriosamente grandes cantidades de cojos y de enfermos. En *The Secret Tradition in Freemasonry*, de A. E. Waite, aparece un retrato del Padre C. R. C. con una barba larga hasta el pecho, sentado frente a una mesa en la que arde una vela; con una mano se sostiene la cabeza y la punta del índice de la otra se apoya en la sien de una calavera humana. Sin embargo, el retrato no demuestra nada. Aparte de los miembros de su propia Orden, nadie vio jamás al Padre C. R. C. y no se conserva de él ninguna descripción. Que se llamara Christian Rosacruz es de lo más improbable, ya que los dos ni siquiera se asociaron hasta que se escribió *Las bodas alquímicas*.

El segundo postulado

Los hermanos masones que han investigado el tema aceptan la existencia histórica de la Hermandad Rosacruz, aunque no se ponen de acuerdo acerca del origen de la Orden. Un grupo sostiene que la sociedad se originó en la Europa medieval y que surgió de la especulación alquímica. Robert Macoy, del grado 33, cree que el verdadero fundador fue Johann Valentin Andreae, un teólogo alemán, y también le parece posible que este teólogo se limitara a reformar y ampliar una sociedad anterior, fundada por don Enrique Cornelio Agripa. Algunos creen que el rosacrucismo constituyó la primera invasión europea de la cultura budista y brahmánica y otros opinan que la Sociedad Rosacruz fue fundada en Egipto durante la supremacía filosófica de aquel imperio y también que perpetuaba los Misterios de la antigua Persia y Caldea.

En su *Anacalypsis*, Godfrey Higgins escribe lo siguiente: «Los rosacruces de Alemania no saben nada de sus orígenes, aunque, según la tradición, se suponen descendientes de los antiguos egipcios, caldeos, magos y gimnosofistas». (Este último era el nombre que daban los seguidores de Alejandro Magno a una casta de sabios desnudos a los que encontraron meditando a orillas de los ríos de India.) La opinión general de estos grupos es que la historia del Padre C. R. C., así como la leyenda masónica de Juram Abí, es una alegoría que no hay que tomar al pie de la letra. A un problema similar se han enfrentado los estudiosos de la Biblia, a los que no solo les ha resultado difícil, sino, en la mayoría de los casos, imposible corroborar la interpretación histórica de las Sagradas Escrituras.

Si admitimos la existencia de los rosacruces como sociedad secreta con finalidades tanto filosóficas como políticas, resulta sorprendente que una organización con miembros en todas partes de Europa pudiese mantener un secreto absoluto a lo largo de los siglos. No obstante, parece que los Hermanos de la Rosa Cruz lo consiguieron. Se sospecha que pertenecieron a la Orden gran cantidad de estudiosos y filósofos —entre ellos sir Francis Bacon y Wolfgang von Goethe—, pero no se ha podido establecer la relación entre ellos de un modo satisfactorio para los historiadores prosaicos. Abundaban los seudorrosacruces, pero los miembros legítimos de la Orden Antigua y Secreta de los Filósofos Desconocidos han logrado ser fieles a su nombre y, hasta el día de hoy, siguen siendo desconocidos.

Durante la Edad Media aparecieron numerosos tratados breves, supuestamente salidos de la pluma de rosacruces. Sin embargo, muchos

de ellos eran espurios: los habían publicado para su engrandecimiento personal algunas personas poco escrupulosas que utilizaban el nombre venerado y mágico de los rosacruces con la esperanza de adquirir poder religioso o político, lo cual ha complicado considerablemente la tarea de investigar a la Sociedad. Un grupo de seudorrosacruces llegó incluso a suministrar a sus miembros un cordón negro mediante el cual pudiesen reconocerse entre sí y les advertía que, si incumplían su voto de secreto, el cordón serviría para estrangularlos. Pocos de los principios del rosacrucismo se han preservado por escrito, porque la fraternidad original solo publicaba versiones fragmentadas de sus principios y sus actividades.

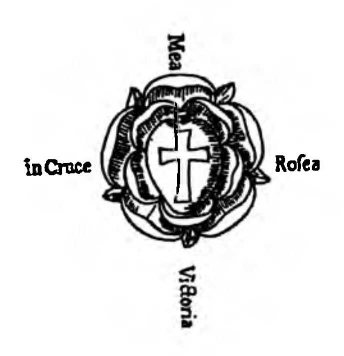
En *The Secret Symbols of the Rosicrucians*, el doctor Franz Hartmann describe la Fraternidad como «una sociedad secreta de hombres dotados de poderes sobrehumanos, si es que no eran sobrenaturales; se decía que eran capaces de profetizar acontecimientos futuros, de penetrar en los misterios más profundos de la naturaleza, de transformar en oro el hierro, el cobre, el plomo o el mercurio, de preparar un elixir de larga vida, o panacea universal, cuyo uso les permitía conservar la juventud y la madurez, y, además, se creía que podían dominar a los espíritus elementales de la Naturaleza y que conocían el secreto de la piedra filosofal, una sustancia que volvía a su poseedor todopoderoso, inmortal y sumamente sabio».

El mismo autor define también al rosacruz como «una persona que, mediante el proceso del despertar espiritual, ha obtenido un conocimiento práctico del significado secreto de la rosa y de la cruz. [...] Decir que alguien es rosacruz no lo convierte en tal, del mismo modo que decir que alguien es cristiano no lo convierte en Cristo. El verdadero rosacruz o masón no se hace, sino que debe llegar a serlo mediante la ampliación y el desarrollo del poder divino que lleva en su propio corazón. No prestar atención a esta verdad es lo que hace que muchas iglesias y sociedades secretas estén lejos de ser lo que su nombre indica».

Los principios simbólicos del rosacrucismo son tan profundos que incluso hoy se los aprecia poco. Sus gráficos y sus diagramas se refieren a importantes principios cósmicos que ellos tratan con una comprensión filosófica sin duda reconfortante en comparación con la intolerancia ortodoxa que prevalecía en aquella época. Según los documentos disponibles, lo que unía a los rosacruces eran sus aspiraciones comunes, más que las leyes de una fraternidad. Se cree que los Hermanos de la Rosa Cruz vivían con discreción, trabajaban aplicadamente en sus ofi-

cios y profesiones y no revelaban a nadie su afiliación secreta: en muchos casos, ni siquiera a sus propias familias. Tras la muerte de C. R. C., parece que la mayoría de los hermanos no disponían de un lugar central de reunión. Cualquiera que fuese el ritual de iniciación que poseía la Orden, se guardó con tanto celo que no ha sido revelado jamás. Se formulaba —sin duda— en terminología química.

Los esfuerzos por incorporarse a la Orden eran, en apariencia, vanos, porque los rosacruces siempre elegían a sus discípulos. Cuando coincidían en que alguien haría honor a su ilustre Fraternidad, se comunicaban con él de alguna manera misteriosa. Tal vez recibiera una carta, ya sea anónima o con un sello peculiar, por lo general con las letras «C. R. C.» o «R. C.». Se le indicaría que fuese a un lugar determinado a una hora señalada. Jamás revelaba lo que le habían dicho, aunque, en muchos casos, lo que escribía posteriormente demostraba que había entrado en su vida una influencia nueva, que profundizaba su entendimiento y ampliaba su intelecto. Algunos han descrito de forma alegórica lo que veían cuando se encontraban en la augusta presencia de los «Hermanos de la Rosa Cruz».



DE *GEHEIME FIGUREN DER ROSENKREUZER*

LA ROSA ROSACRUZ

La rosa es un símbolo yónico que se asocia con la procreación, la fertilidad y la pureza. Porque al abrirse las flores se despliegan, se las ha escogido como símbolo de despliegue o desarrollo espiritual. El color rojo de la rosa hace referencia a la sangre de Cristo y el corazón dorado oculto en medio de la flor corresponde al oro espiritual que se oculta en la naturaleza humana. El hecho de que tenga diez pétalos también es una manera sutil de recordar el número pitagórico perfecto. La rosa simboliza el corazón y los cristianos siempre han aceptado el corazón como emblema de las virtudes del amor y la compasión, así como también de la naturaleza de Cristo: la personificación de estas virtudes. La rosa como emblema religioso tiene gran antigüedad. Los griegos la aceptaban como símbolo de la salida del sol, o de la llegada del alba. En *Las metamorfosis* o *El asno de oro*, Apuleyo, convertido en asno por tonto, recupera su forma humana tras comer una rosa sagrada que le han dado los sacerdotes egipcios.

La presencia de una rosa jeroglífica en el blasón de Martín Lutero ha dado pie a muchas especulaciones acerca de si había o no alguna relación entre su Reforma y las actividades secretas de los Hermanos de la Rosa Cruz.

A veces, los alquimistas recibían en sus laboratorios la visita de misteriosos desconocidos que pronunciaban doctas disertaciones sobre los procesos secretos de las artes herméticas y, tras revelarles determinados procesos, se marchaban sin dejar rastros. Otros sostenían que los Hermanos de la Rosa Cruz se comunicaban con ellos mediante sueños y visiones y que les revelaban los secretos de la sabiduría hermética mientras dormían. Una vez recibidas las enseñanzas, el candidato se veía obligado a guardar secreto no solo con respecto a las fórmulas químicas que se le habían revelado, sino también con respecto al método por el cual las había obtenido. Aunque se sospechaba que aquellos expertos

anónimos eran Hermanos de la Rosa Cruz, nunca se pudo demostrar quiénes eran y los que recibían su visita solo podían hacer conjeturas.

Muchos sospechan que la rosa rosacruz era una adaptación de la flor de loto egipcia e hindú, con el mismo significado simbólico que aquel símbolo más antiguo. *La divina comedia* indica que Dante Alighieri estaba familiarizado con la teoría del rosacrucismo. Al respecto, Albert Pike, en su *Moral y dogma del rito escocés antiguo y aceptado*, hace la siguiente afirmación significativa: «Su Infierno no es más que un Purgatorio negativo. Su cielo está compuesto por una serie de círculos cabalísticos, divididos por una cruz, como el pentáculo de Ezequiel. En el centro de esta cruz se abre una rosa y vemos el símbolo de los adeptos de la Rose-Croix por primera vez expuesto públicamente y explicado de forma casi categórica».

Siempre ha habido dudas con respecto a si el nombre «rosacruz» procedía del símbolo de la rosa y la cruz o si era una mera pantalla para engañar a los profanos y ocultar más el verdadero significado de la Orden. Godfrey Higgins cree que la palabra «rosacruz» no deriva de la flor, sino de la palabra *ros*, que quiere decir «rocío». También interesa destacar que la palabra *ras* significa «sabiduría», mientras que *rus* se traduce como «ocultación». No cabe duda de que todos estos significados han contribuido al simbolismo rosacruz.

A. E. Waite coincide con Godfrey Higgins en que el proceso de formación de la piedra filosofal con ayuda del rocío es el secreto oculto en el nombre rosacruz. Es posible que el rocío al que se refiere sea una sustancia misteriosa que hay en el cerebro humano, muy parecida a la descripción que dan los alquimistas del rocío que, tras caer del cielo, redimía a la tierra. La cruz representa el cuerpo humano y los dos símbolos juntos —la rosa sobre la cruz— quieren decir que el alma del hombre se crucifica sobre el cuerpo, donde la sostienen tres clavos.

Es probable que el simbolismo rosacruz sea una perpetuación de los principios secretos del Hermes egipcio y que la Sociedad de los Filósofos Desconocidos sea el verdadero eslabón que conecta la masonería moderna, con su cúmulo de símbolos, con el antiguo hermetismo egipcio, que es el origen de aquel simbolismo. En su *Doctrine and Literature of the Kabalah*, A. E. Waite hace la siguiente observación importante: «Existen determinados indicios que apuntan a una posible conexión entre la masonería y el rosacrucismo y esto, de ser admitido, constituiría el primer eslabón de su conexión con el pasado. Sin embargo, las pruebas no son concluyentes o, como mínimo, no se han podido

desentrañar. La masonería per se, a pesar de la afinidad con el misticismo que acabo de mencionar, jamás ha manifestado ningún carácter místico ni tampoco tiene una idea clara de cómo consiguió sus símbolos».

Se sospecha que muchas de las personas relacionadas con la evolución de la masonería eran rosacruces; algunos, como Robert Fludd, incluso escribieron en defensa de esta organización. Frank C. Higgins, un simbolista masónico moderno, escribe lo siguiente: «El doctor Ashmole, miembro de esta Fraternidad [los rosacruces], es venerado por los masones como uno de los fundadores de la primera Gran Logia de Londres». (Véase *Ancient Freemasonry.*) Elias Ashmole no es más que uno de los numerosos vínculos intelectuales que conectan el rosacrucismo con la génesis de la masonería. La *Enciclopedia Británica* destaca que Elias Ashmole fue iniciado en la orden masónica en 1646 y afirma además que fue «el primer caballero, o *amateur*, que fue "aceptado"».

Sobre el mismo tema, Papus, en *El tarot de los bohemios*, ha escrito lo siguiente: «No debemos olvidar que los rosacruces fueron los iniciadores de Leibniz y los fundadores de la masonería propiamente dicha a través de Ashmole». Si los fundadores de la masonería fueron iniciados en el Gran Arcano egipcio —el simbolismo de la masonería moderna indicaría que así fue—, cabe suponer que obtuvieron aquella información de una sociedad cuya existencia reconocían y que estaba capacitada para enseñarles aquellos símbolos y alegorías.

Una de las teorías con respecto a las dos órdenes apunta a que la masonería fue un derivado del rosacrucismo, es decir, que los «Filósofos Desconocidos» se dieron a conocer a través de una organización creada por ellos mismos para asistirlos en el mundo material. A continuación, la historia cuenta que los adeptos rosacruces, descontentos con su progenie, se retiraron sigilosamente de la jerarquía masónica, dejando atrás su simbolismo y sus alegorías, pero llevándose consigo las claves necesarias para acceder al significado secreto de aquellos símbolos ocultos. Los especuladores han llegado incluso a afirmar que, en su opinión, la masonería moderna ha absorbido por completo el rosacrucismo y ha sido su sucesora como la mayor sociedad secreta del mundo. Otras mentes igual de eruditas sostienen que la Hermandad Rosacruz sigue existiendo y que preserva su individualidad como consecuencia de haberse retirado de la Orden masónica.

Según una tradición ampliamente aceptada, la sede central de la Orden Rosacruz queda cerca de Carlsbad, en Austria (véase el doctor Franz Hartmann.) Según otra versión, una escuela misteriosa, semejan-

te en sus principios generales a la Fraternidad de la Rosa Cruz y que se hace llamar «Hermanos Bohemios», mantiene aún su individualidad en la *Schwarzwald* (la Selva Negra) alemana. Una cosa es cierta: que, con el auge de la masonería, la Orden Rosacruz prácticamente desapareció de Europa y, a pesar de las afirmaciones en contrario, es verdad que el Grado 18, habitualmente conocido como Rose-Croix, perpetúa muchos de los símbolos de los alquimistas del fuego rosacruces.

En un manuscrito anónimo inédito del siglo XVIII que lleva la marca del cabalismo rosacruz, aparece la siguiente afirmación: «Daré ahora, sin embargo, al mundo de los más sabios una paradoja para que resuelva; a saber: que algunos iluminados se han dedicado a fundar escuelas del saber en Europa y que estas, por algún motivo peculiar, se llaman a sí mismas *Fratres Rosae Crucis*. No obstante, poco después comenzaron a aparecer escuelas falsas que corrompieron las buenas intenciones de aquellos sabios. Por consiguiente, la Orden ya no existe como la mayoría de las personas entiende la existencia, y como los miembros de esta fraternidad del *Seculo Fili* se llaman a sí mismos "Hermanos de la Rosa Cruz", los del *Seculo Spiritus Sancti* se llamarán a sí mismos "Hermanos del Lirio Cruz" y "Caballeros del León Blanco". Entonces, las escuelas del saber volverán a florecer otra vez, pero por qué la primera escogió su nombre y por qué las demás escogieron el suyo es algo que solo podrán resolver los que posean un entendimiento asentado en la naturaleza».

Las aspiraciones políticas de los rosacruces se manifestaron a través de las actividades de sir Francis Bacon, el conde de Saint Germain y el conde de Cagliostro. Se sospecha que este último era un emisario de los Caballeros Templarios, una sociedad muy dedicada al trascendentalismo, como ha destacado Éliphas Lévi. Según una suposición popular, los rosacruces fueron, al menos en parte, instigadores de la Revolución francesa. (Obsérvese en particular la introducción a la novela rosacruz de lord Bulwer-Lytton titulada *Zanoni*.)

El tercer postulado

La tercera teoría adopta la forma de una negación radical del rosacrucismo y afirma que la llamada Orden original no tuvo nunca ningún fundamento y que, en realidad, no era más que un producto de la imaginación. Este punto de vista se expresa mejor mediante una serie de

preguntas que todavía se formulan los investigadores de este grupo esquivo de metafísicos. ¿Era la Hermandad Rosacruz una mera institución mítica, fruto de la mente fecunda de algún cínico literario, con la intención de ridiculizar las ciencias alquímicas y herméticas? ¿Existió alguna vez la Casa del Espíritu Santo fuera de la imaginación de algún místico medieval? ¿Era toda la historia de los rosacruces una sátira para burlarse de la credulidad de la Europa escolástica? ¿Era el misterioso Padre C. R. C. un producto del genio literario de Johann Valentin Andreae o de alguna mente similar, que, al intentar criticar la filosofía alquímica y hermética, se convirtió sin querer en una gran fuerza que favoreció la causa de su promulgación? Apenas se duda de que por lo menos uno de los primeros documentos de los rosacruces procedía de la pluma de Andreae, pero lo que sigue siendo objeto de especulación es con qué finalidad lo compiló. ¿Acaso el propio Andreae habrá recibido de alguna persona o personas desconocidas unas instrucciones que debía cumplir? Si escribió *Las bodas alquímicas de Christian Rosacruz* cuando solo tenía quince años, ¿acaso recibió ayuda en la preparación del libro?

No parece que vaya a haber respuesta a estas preguntas fundamentales. Bastantes personas han aceptado la impostura espléndida de Andreae como una verdad absoluta. Muchos sostienen que, en consecuencia, han surgido numerosas seudosociedades, cada una de las cuales afirma que se trata de la organización acerca de la cual se escribieron el *Fama Fraternitatis* y el *Confessio Fraternitatis*. No cabe duda de que en la actualidad existen muchas órdenes espurias, pero son pocas las que pueden reivindicar que su historia se remonta más allá del comienzo del siglo XIX.

Del misterio relacionado con la Fraternidad de la Rosa Cruz han surgido un sinfín de controversias. Muchas cabezas preclaras, entre las cuales destacan Eugenius Philalethes, Michael Maier, John Heydon y Robert Fludd, han defendido la existencia concreta de la Sociedad de los Filósofos Desconocidos. Otras igual de capaces han afirmado que tenía un origen fraudulento y una existencia dudosa. A pesar de dedicar libros a la Orden y de escribir él mismo una amplia exposición de sus principios, Eugenius Philalethes niega cualquier conexión personal con ella y lo mismo han hecho muchos más.

Algunos opinan que la mano de sir Francis Bacon ha intervenido en la escritura del *Fama* y del *Confessio Fraternitatis*, partiendo de la base de que el estilo retórico de estas obras es similar al de la *Nueva Atlánti-*

da de Bacon. También sostienen que determinadas afirmaciones de esta obra demuestran un conocimiento de la simbología rosacruz. Por su naturaleza esquiva, los rosacruces se han convertido en uno de los temas preferidos de las obras literarias. Entre las novelas urdidas en torno a ellos destaca *Zanoni*; algunos opinan que su autor, lord Bulwer-Lytton, era miembro de la Orden, mientras que otros afirman que quiso entrar, pero fue rechazado. *El bucle arrebatado*, de Pope, el *Comte de Gabalis*, del abate de Villars, y algunos ensayos de De Quincey, Hartmann, Jennings, Mackenzie y otros son ejemplos de literatura rosacruz. Si bien cuesta demostrar la existencia de estos rosacruces medievales, disponemos de pruebas suficientes para deducir que era sumamente probable que existiese en Alemania y posteriormente en Francia, Italia, Inglaterra y otros países europeos una sociedad secreta de eruditos iluminados que hizo aportaciones de gran importancia a la suma del conocimiento humano y, al mismo tiempo, mantenía en absoluto secreto la identidad de sus miembros y su organización.

El cuarto postulado

También existe una explicación puramente trascendental para las aparentes incongruencias de la controversia rosacruz. Hay pruebas de que los primeros autores conocían esta suposición, que, no obstante, no se popularizó hasta que la postuló la teosofía. Esta teoría sostiene que los rosacruces realmente poseían todos los poderes sobrenaturales que se les atribuían; que en realidad eran ciudadanos de dos mundos: que, si bien tenían un cuerpo físico para expresarse en el plano material, también eran capaces, mediante las instrucciones que recibían de la Hermandad, de actuar en un cuerpo etéreo misterioso que no estaba sujeto a las limitaciones del tiempo ni la distancia. Por medio de esta «forma astral», eran capaces de actuar en el ámbito invisible de la naturaleza y en dicho ámbito, fuera del alcance del profano, estaba su templo.

Según este punto de vista, la auténtica Hermandad Rosacruz estaba compuesta por un número reducido de adeptos muy evolucionados, o iniciados: los de los grados superiores ya no estaban sometidos a las leyes de la mortalidad; los candidatos podían ingresar en la Orden solo después de prolongados períodos de prueba; los adeptos poseían el secreto de la piedra filosofal y conocían el proceso para transmutar en oro los metales de baja ley, pero enseñaban que aquellos no eran más

que términos alegóricos para ocultar el auténtico misterio de la regeneración humana mediante la transmutación de los «elementos bajos» de la naturaleza inferior del hombre en el «oro» de la plena conciencia intelectual y espiritual. Según esta teoría, todos aquellos que han intentado dejar constancia de los acontecimientos importantes en relación con la controversia rosacruz han fracasado siempre, porque enfocaban la cuestión desde un ángulo puramente físico o materialista.

Se creía que aquellos adeptos podían enseñar al hombre a actuar a voluntad al margen de su cuerpo físico, porque lo ayudaban a separar la «rosa de la cruz». Enseñaban que la naturaleza espiritual estaba adherida a la forma material en puntos determinados, cuyo símbolo eran los «clavos» de la crucifixión; sin embargo, mediante tres iniciaciones alquímicas que tenían lugar en el mundo espiritual, en el auténtico Templo de la Rosa Cruz, eran capaces de retirar aquellos «clavos» para que la naturaleza divina del hombre pudiera descender de la cruz. Los procesos mediante los cuales se lograba todo aquello se ocultaban tras tres expresiones alquímicas metafóricas: «la creación del mar fundido», «la fabricación de la rosa diamantada» y «la obtención de la piedra filosofal».

Mientras que el intelectual se tambalea entre teorías contradictorias, el místico trata el problema de una manera totalmente diferente. Cree que la verdadera Fraternidad de la Rosa Cruz, compuesta por una escuela de superhombres —no muy diferente de los legendarios *mahatmas* indios—, es una institución que no existe en el mundo visible, sino en su contrapartida espiritual, a la que le parece oportuno llamar «los planos internos de la naturaleza», y que solo pueden llegar hasta los hermanos aquellos que son capaces de trascender las limitaciones del mundo material. Para corroborar su punto de vista, aquellos místicos citan la siguiente afirmación significativa del *Confessio Fraternitatis*: «Por más que mil veces clamen los indignos o que mil veces se presenten, Dios ha ordenado a nuestros oídos que no les presten atención y ha dispuesto de tal modo a nuestro alrededor sus nubes que a nosotros, sus siervos, ningún daño pueden hacernos, porque ya no pueden vernos los ojos humanos, a menos que hayan recibido la fuerza que proporciona el águila». En el misticismo, el águila es un símbolo de iniciación (el fuego espinal del espíritu) y así se explica que el mundo no regenerado no pueda comprender a la Orden Secreta de la Rosa Cruz.

Para los que profesan esta teoría, el conde de Saint Germain es su máximo adepto y afirman que él y Christian Rosacruz eran la misma

persona. Aceptan el fuego como su símbolo universal, porque es el único elemento mediante el cual podían controlar los metales. Afirmaban que descendían de Túbal Caín y de Juram Abí y que su existencia tenía por objeto preservar la naturaleza espiritual del hombre durante los períodos de materialidad. «Las sectas gnósticas, los árabes, los alquimistas, los templarios, los rosacruces y, por último, los masones constituyen la cadena occidental en la transmisión del ocultismo.» (Véase *El tarot de los bohemios*, traducido por A. E. Waite a partir de la versión francesa de Papus.)

Max Heindel, el místico cristiano, describió el templo rosacruz como una «estructura etérica» situada dentro de y en torno a la casa de un caballero de provincias europeo. Creía que aquella construcción invisible acabaría por ser trasladada al continente americano. Heindel decía que los iniciados rosacruces estaban tan avanzados en la ciencia de la vida que «la muerte los había olvidado».

XXXII

Las doctrinas y los principios rosacruces

No se dispone de información fiable con respecto a las verdaderas creencias filosóficas, aspiraciones políticas y actividades humanitarias de la Fraternidad de la Rosa Cruz. En la actualidad, como en el pasado, los misterios de la Sociedad se preservan intactos en virtud de su naturaleza esencial y los intentos de interpretar la filosofía rosacruz no son —pese a todo— más que meras especulaciones.

Hay indicios de la probable existencia de dos entidades rosacruces distintas: una organización interna, cuyos miembros jamás revelaban al mundo su identidad ni sus enseñanzas, y un órgano exterior, supervisado por el interno. Con toda probabilidad, la tumba simbólica de Christian Rosacruz, caballero de la Piedra Dorada, era en realidad este órgano exterior, cuyo espíritu estaba en una esfera más exaltada. Durante un período de más de un siglo posterior a 1614, el órgano exterior puso en circulación tratados y manifiestos, ya sea en su propio nombre o en el de varios miembros iniciados. Aparentemente, estos escritos tenían por objeto confundir e inducir a error a los investigadores, para ocultar así los verdaderos designios de la Fraternidad.

Cuando el rosacrucismo se puso de moda en el ambiente filosófico del siglo XVII, algunos impostores ansiosos de sacar provecho de su popularidad también hicieron circular numerosos documentos sobre el tema por motivos puramente comerciales. Los artificios concebidos con astucia por la propia Fraternidad y las garrafales imposturas literarias de los charlatanes crearon un doble velo, tras el cual la organización interna llevaba a cabo sus actividades de una forma totalmente diferente de las finalidades y los principios que se difundían públicamente. Las

Fratres Rosae Crucis hacen ingenua referencia a los malentendidos que al respecto y por motivos evidentes ellas mismas han permitido y las llaman «nubes», dentro de las cuales trabajan y tras las cuales se esconden.

Se puede obtener un atisbo de la esencia del rosacrucismo —sus doctrinas esotéricas— a partir de un análisis de su sombra: sus escritos exotéricos. En una de las más importantes de sus «nubes», el *Confessio Fraternitatis*, los hermanos de la Fraternidad de la Rosa Cruz tratan de justificar su existencia y de explicar (?) los propósitos y las actividades de su Orden. En su forma original, el *Confessio* está dividido en catorce capítulos que se resumen a continuación.

Confessio Fraternitatis R. C. ad Eruditos Europae

Capítulo I. Que ni por precipitación ni por prejuicio se malinterpreten las afirmaciones con respecto a nuestra Fraternidad publicadas en nuestro manifiesto anterior: el *Fama Fraternitatis*. Al contemplar la decadencia de la civilización, Jehová trata de redimir a la humanidad, revelando a quienes estén dispuestos e imponiendo a quienes no lo estén los secretos que antes había reservado a Sus elegidos. Gracias a esta sabiduría, los piadosos se salvarán, pero los pesares de los impíos se multiplicarán. Aunque la verdadera finalidad de nuestra Orden se expuso en el *Fama Fraternitatis*, han surgido malentendidos, a causa de los cuales hemos sido acusados falsamente de herejía y de traición. En este documento esperamos aclarar nuestra postura, para que los eruditos de Europa se decidan a sumarse a nosotros en la difusión del conocimiento divino, según la voluntad de nuestro ilustre fundador.

Capítulo II. Aunque muchos alegan que el código filosófico de nuestra época es sólido, declaramos que es falso y que no tardará en desaparecer por su propia debilidad intrínseca. Sin embargo, así como la Naturaleza proporciona un remedio para cada enfermedad nueva que se manifiesta, nuestra Fraternidad ha proporcionado un remedio para las debilidades del sistema filosófico del mundo. La filosofía secreta de la R. C. se basa en el conocimiento, que es la suma y la cabeza de todas las facultades, ciencias y artes. Mediante el sistema que nos ha sido revelado por la divinidad —que contiene mucho de teología y de medicina, mas poco de jurisprudencia—, analizamos los cielos y la tierra, pero sobre todo estudiamos al propio hombre, en cuya naturaleza se oculta el secreto supremo. Si los eruditos de nuestro tiempo aceptan nuestra in-

vitación y se suman a nuestra Fraternidad, les revelaremos secretos y maravillas inimaginables acerca del funcionamiento oculto de la Naturaleza.

Capítulo III. Que no se crea que no tenemos en gran estima los secretos que analizamos en este breve documento. No podemos describir por completo las maravillas de nuestra Fraternidad, para no abrumar a los profanos con nuestras declaraciones asombrosas y para que el vulgo no se burle de unos misterios que no alcanza a comprender. También tememos que muchos queden confundidos ante la generosidad inesperada de nuestra proclama, porque, al no entender las maravillas de esta sexta era, no se dan cuenta de los grandes cambios por venir. Como ciegos viviendo en un mundo lleno de luz, solo disciernen a través del sentimiento. [Entiéndase por «vista» el conocimiento espiritual y por «sentimiento», los sentidos materiales.]

Capítulo IV. Creemos firmemente que, gracias a la meditación profunda sobre las invenciones de la mente humana y los misterios de la vida, a la colaboración de los ángeles y los espíritus y a la experiencia y la observación prolongada, nuestro amado Padre Christian R. C. fue tan iluminado por la sabiduría de Dios que, si se perdieran todos los libros y los escritos que hay en el mundo y se invalidaran los fundamentos de la ciencia, la Fraternidad de la Rosa Cruz podría restablecer la estructura del pensamiento mundial sobre el fundamento de la verdad divina y la integridad. Dada la gran profundidad y perfección de nuestro conocimiento, los que desean conocer los misterios de la Fraternidad de la Rosa Cruz no pueden alcanzar tal sabiduría de inmediato, sino que deben incrementar su entendimiento y su conocimiento. Por consiguiente, nuestra Fraternidad se divide en grados, por los cuales cada uno debe ascender paso a paso hasta el Gran Arcano. Ahora que Dios ha tenido a bien encender para nosotros Su sexto candelabro, ¿no es acaso mejor buscar la verdad de este modo que deambular por los laberintos de la ignorancia mundana?

Además, aquellos que reciban este conocimiento llegarán a ser maestros en todas las artes y los oficios; para ellos no habrá ningún secreto, y tendrán a su alcance todas las buenas obras del pasado, el presente y el futuro. Todo el mundo se convertirá en un solo libro y desaparecerán las contradicciones entre la ciencia y la teología. Que la humanidad se alegre, porque ha llegado la hora en que Dios ha decretado que aumentarán los miembros de nuestra Fraternidad, una labor que hemos emprendido con alegría. Las puertas de la sabiduría están ahora abiertas

al mundo, pero los Hermanos solo se presentarán ante los que merecen tal privilegio, porque tenemos prohibido revelar lo que sabemos incluso a nuestros propios hijos. El derecho a recibir la verdad espiritual no se hereda, sino que tiene que evolucionar dentro del alma del propio hombre.

Capítulo V. Aunque nos acusen de indiscreción por ofrecer nuestros tesoros con tanta libertad y promiscuidad —sin hacer distinción entre piadosos, sabios, príncipes y campesinos—, afirmamos que no hemos traicionado la confianza depositada en nosotros, porque, si bien hemos publicado nuestro *Fama* en cinco idiomas, solo lo comprenden quienes tienen ese derecho. No descubrirán nuestra Sociedad los curiosos, sino solo los pensadores serios y dedicados; no obstante, hemos difundido nuestro *Fama* en cinco lenguas para que las personas rectas de todas las naciones tengan oportunidad de conocernos, aunque no sean eruditas. Por más que mil veces se presenten los indignos y clamen ante las puertas, Dios nos ha prohibido a los que pertenecemos a la Fraternidad de la Rosa Cruz prestar atención a su voz y Él ha dispuesto a nuestro alrededor Sus nubes y Su protección para que no suframos daño alguno y Dios ha decretado que a los de la Orden de la Rosa Cruz ya no puedan vernos los ojos mortales, a menos que hayan recibido la fuerza que proporciona el águila. Afirmamos además que reformaremos los gobiernos de Europa y tomaremos como modelo el sistema aplicado por los filósofos de Damcar. Todos los hombres que deseen obtener conocimiento lo recibirán en la medida en que sean capaces de comprenderlo. Se suprimirá la regla de la teología falsa y Dios dará a conocer Su voluntad a través de los filósofos que Él elija.

Capítulo VI. Para ser breves, baste decir que nuestro Padre C. R. C. nació en el año 1378 y partió a los ciento seis años, dejándonos la labor de difundir al mundo entero la doctrina de la religión filosófica. Nuestra Fraternidad está abierta a todos los que buscan la verdad con sinceridad, pero advertimos públicamente a los falsos y los impíos que no pueden traicionarnos ni hacernos daño, porque Dios protege nuestra Fraternidad, y todos los que pretendan perjudicarla verán que sus malas intenciones se vuelven contra ellos y los destruyen, mientras que los tesoros de nuestra Fraternidad permanecen intactos, para que el León los emplee para establecer su reino.

Capítulo VII. Anunciamos que, antes del fin del mundo, Dios creará un gran torrente de luz espiritual para paliar el sufrimiento de la humanidad. La falsedad y la oscuridad que se han introducido sigilosamente

en las artes, las ciencias, las religiones y los gobiernos de la humanidad —de tal manera que hasta a los sabios les cuesta encontrar el camino de la realidad— desaparecerán para siempre y se establecerá un solo criterio, para que todos puedan disfrutar de los frutos de la verdad. No nos harán responsables de este cambio, sino que dirán que es el resultado del avance de los tiempos. Son grandes las reformas que están a punto de producirse, pero nosotros, los de la Fraternidad de la Rosa Cruz, no nos arrogamos el mérito de esta reforma divina, puesto que hay muchos que no son miembros de nuestra Fraternidad, sino hombres honrados, justos y sabios, que, con su inteligencia y sus escritos, acelerarán su venida. Damos fe de que las piedras se levantarán y ofrecerán sus servicios antes de que falten personas rectas que cumplan la voluntad de Dios sobre la tierra.

Capítulo VIII. Para que no quepa duda, anunciamos que Dios ha enviado mensajeros y signos en el cielo —a saber: las nuevas estrellas de *Serpentarius* y *Cygnus*— para indicar que tendrá lugar un gran concilio de los elegidos, lo cual demuestra que Dios revela de forma visible —para los pocos que son capaces de discernir— las señales y los símbolos de todas las cosas que van a ocurrir. Dios ha dado al hombre dos ojos, dos orificios nasales y dos orejas, pero una sola lengua. Mientras que los ojos, los orificios nasales y las orejas dejan entrar en la mente la sabiduría de la Naturaleza, la lengua es la única que la deja salir. En distintas épocas ha habido iluminados que han visto, olido, gustado o escuchado la voluntad de Dios, pero no falta mucho para que hablen aquellos que han visto, olido, gustado o escuchado y la verdad será revelada. Sin embargo, para que se pueda revelar lo que es correcto, el mundo debe superar durmiendo la intoxicación de su cáliz envenenado (lleno de la vida falsa del vino teológico) y, tras abrir su corazón a la virtud y el entendimiento, debe recibir el sol naciente de la Verdad.

Capítulo IX. Tenemos una escritura mágica, copiada del alfabeto divino con el cual Dios escribe Su voluntad sobre la faz de la Naturaleza celeste y la terrenal. Con este lenguaje nuevo, leemos la voluntad de Dios con respecto a todas Sus criaturas y, así como los astrónomos predicen los eclipses, nosotros pronosticamos los oscurecimientos de la iglesia y su duración. Nuestra lengua es como la de Adán y Enoch antes de la Caída y, si bien comprendemos y podemos explicar nuestros misterios en nuestra lengua sagrada, no podemos hacerlo en latín, una lengua contaminada por la confusión de Babilonia.

Capítulo X. Aunque todavía hay ciertas personas poderosas que están contra nosotros y nos ponen obstáculos —por lo cual debemos permanecer ocultos—, exhortamos a aquellos que quieran entrar en nuestra Fraternidad a que estudien sin cesar las Sagradas Escrituras, porque quienes así lo hagan no pueden estar lejos de nosotros. No queremos decir que el hombre haya de tener la Biblia constantemente en la boca, sino que debe buscar su sentido verdadero y eterno, que rara vez descubren los teólogos, los científicos ni los matemáticos, que quedan deslumbrados por las opiniones de sus sectas. Damos fe de que, desde el comienzo del mundo, jamás se ha dado al hombre un libro más excelente que la Santa Biblia. Bienaventurado el que la posea; más bienaventurado el que la lea; el más bienaventurado será el que la entienda, y el más divino, el que la obedezca.

Capítulo XI. Queremos que se entiendan bien las afirmaciones que hemos hecho en el *Fama Fraternitatis* acerca de la transmutación de los metales y la panacea universal. Si bien somos conscientes de que el hombre puede lograr las dos cosas, tememos que, si se limitan a investigar la transmutación de los metales, muchas mentes realmente privilegiadas se aparten de la auténtica búsqueda del conocimiento y el entendimiento. Cuando un hombre recibe el don de curar las enfermedades, de superar la pobreza y de alcanzar un puesto importante en el mundo, lo acosan numerosas tentaciones y, a menos que posea verdadero conocimiento y pleno entendimiento, se convertirá en un grave peligro para la humanidad. El alquimista que adquiere el arte de transmutar los metales de baja ley puede hacer todo tipo de maldades, a menos que su entendimiento sea tan grande como la riqueza que se ha creado él mismo. Por consiguiente, afirmamos que el hombre debe adquirir primero conocimiento, virtud y entendimiento y después se le puede añadir todo lo demás. Acusamos a la Iglesia cristiana del gran pecado de poseer poder y usarlo de forma imprudente; en consecuencia, profetizamos que caerá por el peso de sus propias iniquidades y que su corona se malogrará.

Capítulo XII. Para concluir nuestra *Confessio*, advertimos encarecidamente al lector que deje de lado los libros inútiles de los seudoalquimistas y los filósofos —tan abundantes en nuestro tiempo—, que restan importancia a la Santísima Trinidad y engañan a los crédulos con enigmas sin sentido. Uno de los principales de estos es un actor de teatro, un hombre con bastante ingenio para la impostura. El enemigo del bienestar humano mezcla a hombres semejantes con los que buscan el

bien, con lo cual hace que sea más difícil descubrir la Verdad. El lector puede creernos: la Verdad es sencilla y no está escondida, mientras que la falsedad es compleja, está bien oculta, es orgullosa y su ficticio saber mundano, aparentemente resplandeciente de brillo piadoso, se confunde a menudo con la sabiduría divina. Que los prudentes se aparten de estas enseñanzas falsas y se acerquen a nosotros, que no buscamos su dinero, sino que les ofrecemos nuestro mayor tesoro sin pedir nada a cambio. No deseamos sus bienes, sino que sean partícipes de los nuestros. No nos burlamos de las parábolas, sino que los invitamos a comprender todas las parábolas y todos los secretos. No les pedimos que nos reciban, sino que los invitamos a venir a nuestras majestuosas casas y palacios, no por nosotros mismos, sino porque así nos lo ordena el Espíritu de Dios, es el deseo de nuestro excelentísimo Padre C. R. C. y la necesidad del momento presente, que es muy grande.

Capítulo XIII. Ahora que hemos dejado clara nuestra posición, que reconocemos sinceramente a Cristo, renegamos del papado, dedicamos nuestra vida a la filosofía auténtica y a vivir dignamente y a diario invitamos y dejamos entrar en nuestra Fraternidad a las personas de mérito de todas las naciones, que, a partir de entonces, comparten con nosotros la luz divina, ¿no querrá el lector sumarse a nosotros para perfeccionarse a sí mismo, desarrollar todas las artes y servir al mundo? Si alguien está dispuesto a dar este paso, recibirá de una sola vez los tesoros de toda la tierra y la oscuridad que envuelve el conocimiento humano y que provoca las vanidades de las artes materiales y las ciencias se desvanecerá para siempre.

Capítulo XIV. Advertimos una vez más a aquellos que están deslumbrados por el brillo del oro o a aquellos que, aunque ahora sean rectos, pueden desviarse, por culpa de las grandes riquezas, hacia una vida de holgazanería y pompa, que no perturben nuestro silencio sagrado con sus clamores, porque aunque hubiera una medicina que curase todas las enfermedades y distribuyese la sabiduría a todos los hombres, es contrario a la voluntad de Dios que el hombre logre el entendimiento por otro medio que no sea la virtud, el esfuerzo y la integridad. No nos está permitido manifestarnos a nadie, salvo por la voluntad de Dios. Los que crean que pueden ser partícipes de nuestra riqueza espiritual contra la voluntad de Dios o sin Su autorización verán que pierden la vida buscándonos, sin alcanzar la felicidad de encontrarnos.

Por lo general se considera autor del *Confessio* a Johann Valentin Andreae. Sin embargo, es una cuestión muy discutible si Andreae no habrá permitido a sir Francis Bacon que usara su nombre como seudónimo. A propósito de esta cuestión, existen dos referencias sumamente significativas en la introducción al extraordinario popurrí que es *Anatomía de la melancolía*. Este volumen se publicó por primera vez en 1621 y salió de la pluma de Demócrito *junior*, que posteriormente se identificó como Robert Burton, quien, a su vez, era —se sospecha— íntimo de sir Francis Bacon. Una referencia sugiere maliciosamente que en 1621, cuando se publicó *Anatomía de la melancolía*, el fundador de la Fraternidad de la Rosa Cruz todavía estaba vivo. Esta afirmación —que quedó oculta al reconocimiento general por su intrincación textual— ha pasado desapercibida para la mayoría de los estudiosos del rosacrucismo. En la misma obra aparece además una breve nota a pie de página de formidable importancia. Solo contiene las siguientes palabras: «Joh. Valent. Andreas, lord Verulam». Esta sola línea basta para relacionar sin duda a Johann Valentin Andreae con sir Francis Bacon, que era lord Verulam, y su puntuación insinúa que los dos son la misma persona.



DEL *TURBAE PHILOSOPHORUM*

EL ANDRÓGINO ALQUÍMICO

El *Turbae Philosophorum* es uno de los documentos sobre alquimia escritos en latín más antiguos que se conocen. No se sabe a ciencia cierta cuál es su origen. A veces se lo llama «el tercer sínodo pitagórico». Como su nombre implica, es una reunión de sabios y enuncia los puntos de vista alquímicos de muchos de los primeros filósofos griegos. El símbolo que aquí se reproduce procede de una edición rara del *Turbae Philosophorum*, publicada en Alemania en 1750, y representa, mediante la figura de un hermafrodita, la consecución de la *magnum opus*. El principio activo y el pasivo de la Naturaleza se representaban a menudo mediante una figura masculina y una femenina y, cuando estos dos principios se combinaban armoniosamente en una sola naturaleza, o cuerpo, lo habitual era representar el estado de equilibrio perfecto mediante la figura compuesta que vemos aquí.

Uno de los más destacados apologistas rosacruces fue John Heydon, que se identifica a sí mismo como «siervo de Dios y secretario de la naturaleza». En su curiosa obra *The Rosie Cross Uncovered*, ofrece una descripción enigmática, aunque valiosa, de la Fraternidad de la Rosa Cruz con las siguientes palabras:

«Existe ahora una especie de hombres —ellos mismos así lo hacen constar— llamados rosacruces, una fraternidad divina que vive en los suburbios del cielo: son los funcionarios del *Generalissimo* del mundo, como los ojos y las orejas del gran Rey, que todo lo ven y todo lo oyen; y dicen que estos rosacruces han sido iluminados por serafines, igual que Moisés, según este orden de los elementos: tierra refinada al agua, el agua al aire, el aire al fuego.» Declara asimismo que estos hermanos misteriosos poseían poderes polimorfos y que aparecían con cualquier forma que se les ocurriese. En el prefacio de la misma obra enumera los extraños poderes de los adeptos rosacruces:

> A continuación os diré lo que son los rosacruces y que Moisés era su padre, y era Θεοῦ παῖς; algunos dicen que pertenecían a la orden de Elías y otros, que eran discípulos de Ezequiel; [...]. Parecería que los rosacruces no solo estaban iniciados en la teoría mosaica, sino que habían llegado incluso a obtener el poder de hacer milagros, como Moisés, Elías, Ezequiel y los profetas que los sucedieron, como ser transportados a donde quisieran, como Habacuc fue llevado desde la judería a Babilonia, o como Felipe, que, después de bautizar al eunuco, se encontró en Azoto, y uno de ellos fue desde mí a ver a un amigo mío en Devonshire y regresó y me trajo su respuesta a Londres el mismo día, cuando son cuatro días de viaje: me enseñaron excelentes predicciones de astrología y terremotos; reducen la peste en las ciudades; silencian los vientos y las tempestades violentos; calman la ira del mar y la de los ríos; caminan por el aire; frustran los aspectos maliciosos de las brujas y curan todas las enfermedades.

Los escritos de John Heydon se consideran una aportación de suma importancia al material publicado por los rosacruces. Es probable que John Heydon fuera pariente de sir Christopher Heydon, «un rosacruz iluminado por un serafín», que, según creía el difunto F. Leigh Gardner, honorable secretario de la Sociedad Rosacruz de Anglia, era la fuente de su conocimiento rosacruz. En su *Bibliotheca Rosicruciana* hace la declaración siguiente con respecto a John Heydon: «En general, a partir de lo que resulta evidente en sus escritos, parece haber pasado por el grado inferior de la Orden R. C. y haberlo difundido en gran medida por el mundo». John Heydon viajó mucho y estuvo en Arabia, Egipto, Persia y varias partes de Europa, según se narra en la introducción biográfica a su obra *The Wise-Mans Crown, Set with Angels, Planets, Metals, etc., or The Glory of the Rosie Cross*, que, según declara él mismo, es la traducción al inglés del misterioso libro *M*, que Christian Rosacruz llevó consigo desde Arabia.

Thomas Vaughan (Eugenius Philalethes), otro paladín de la Orden, corrobora la afirmación de John Heydon con respecto a la capacidad de los iniciados rosacruces de volverse invisibles a voluntad: «La Fraternidad de la Rosa Cruz se puede mover en esta niebla blanca. "Quien quiera comunicarse con nosotros debe poder ver en esta luz o, de lo contrario, no podrá vernos jamás, a menos que nosotros lo queramos"».

La Fraternidad de la Rosa Cruz es un órgano augusto y soberano que manipula a su antojo los símbolos de la alquimia, el cabalismo, la astrología y la magia para alcanzar sus propios fines, pero de forma totalmente independiente de los cultos cuya terminología emplea. Los tres objetivos fundamentales de la Fraternidad son los siguientes:

1. La abolición de todas las formas monárquicas de gobierno y su sustitución por la dirección de los filósofos elegidos. Las democracias actuales son el resultado directo de los esfuerzos rosacruces de liberar a las masas del dominio del despotismo. En la primera parte del siglo XVIII, los rosacruces concentraron su atención en las nuevas colonias americanas, que entonces estaban formando el núcleo de una gran nación en el Nuevo Mundo. La guerra de la independencia estadounidense representa su primer gran experimento político y trajo como consecuencia el establecimiento de un gobierno nacional basado en los principios fundamentales de la ley divina y la natural. Como recuerdo imperecedero de sus actividades secretas, los rosacruces dejaron el Gran Sello de los Estados Unidos. También fueron los instigadores de la Revolución francesa, aunque en este caso no les fue del todo bien, porque no se pudo controlar el fanatismo de los revolucionarios y a continuación se produjo el reinado del terror.
2. La reforma de la ciencia, la filosofía y la ética. Los rosacruces afirmaban que las artes y las ciencias materiales no eran más que sombras de la sabiduría divina y que solo penetrando en lo más recóndito de la naturaleza podía el hombre alcanzar la realidad y el entendimiento. Aunque se consideraban a sí mismos cristianos, era evidente que los rosacruces eran platónicos y también profundamente versados en los misterios más profundos de la teología hindú y la hebrea primitiva. No cabe duda de que los rosacruces deseaban restablecer las instituciones de los Misterios antiguos como el método más importante para instruir a la humanidad en

la doctrina secreta y eterna. De hecho, como es muy probable que fueran ellos los que perpetuaron los Misterios antiguos, solo pudieron sobrevivir gracias a su secretismo absoluto y a la sutileza de sus subterfugios, a pesar de las fuerzas arrasadoras del cristianismo dogmático. Guardaron y preservaron con tanto cuidado el Misterio supremo —la identidad y la interrelación de los Tres Yos— que nadie a quien no se lo hubieran revelado voluntariamente ha obtenido jamás información satisfactoria con respecto tanto a su existencia como a la finalidad de la Orden. La Fraternidad de la Rosa Cruz, mediante su organización externa, va creando poco a poco un entorno o un órgano en el cual el ilustre Hermano C. R. C. se encarne finalmente y consume para la humanidad los amplios esfuerzos espirituales y materiales de la Fraternidad.

3. El descubrimiento del remedio universal, o panacea, para todas las formas de enfermedad. Existen pruebas suficientes de que los rosacruces alcanzaron su objetivo en su búsqueda del elixir de la vida. En su *Theatrum Chemicum Britannicum*, Elias Ashmole afirma que los rosacruces no eran apreciados en Inglaterra, pero que fueron bien recibidos en el resto del continente europeo. También afirma que la Hermandad de la Rosa Cruz curó dos veces de viruela a la reina Isabel y que un médico rosacruz curó la lepra del conde de Norfolk. En las citas que siguen, John Heydon insinúa que los hermanos de la Fraternidad poseían el secreto de prolongar la existencia humana de forma indefinida, aunque no más allá del tiempo establecido por la voluntad de Dios:

> Y finalmente pudieron devolver la vida con el mismo método a todos los hermanos que morían, que continuaban así muchos años: las normas se encuentran en el cuarto libro. [...] De esta manera comenzó la Fraternidad de la Rosa Cruz, primero con cuatro personas, que murieron y resucitaron otra vez, hasta Cristo, y entonces vinieron a adorar, al guiarlos la estrella hasta Belén de Judea, donde estaba nuestro Salvador en brazos de su madre; entonces abrieron su tesoro y le ofrecieron sus regalos: oro, incienso y mirra y, por orden de Dios, regresaron a su morada. Aquellos cuatro rejuvenecieron otra vez sucesivamente muchos centenares de años, crearon un lenguaje y una escritura mágicos, con un gran diccionario, que todavía usamos a diario para alabar y glorificar a Dios y en él encontramos gran sabiduría. [...] Mientras el Hermano C. R. estaba despertando en un vientre adecuado, decidieron atraer y recibir a otras personas en su Fraternidad.

Aparentemente, el «vientre» al que se hace referencia era el ataúd o recipiente de vidrio en el que enterraban a los hermanos, también llamado el «huevo filosófico». Al cabo de cierto tiempo, el filósofo rompía la cáscara de su huevo, salía y actuaba durante un período determinado, tras el cual se volvía a retirar a su cáscara de vidrio. El remedio rosacruz para curar todas las dolencias humanas se puede interpretar como una sustancia química que produce los efectos físicos descritos o también como el entendimiento espiritual: el verdadero poder curativo que, cuando alguien participa de él, le revela la verdad. La ignorancia es la peor forma de enfermedad y lo que cura la ignorancia, por lo tanto, es el remedio más potente. El remedio rosacruz perfecto servía para curar a las naciones, las razas y los individuos.

En un manuscrito primitivo inédito, un filósofo anónimo declara que la alquimia, el cabalismo, la astrología y la magia habían sido en un principio ciencias divinas, pero que se habían pervertido hasta convertirse en doctrinas falsas, que alejaban aún más de su objetivo a los que buscaban la sabiduría. El mismo autor proporciona una clave valiosa del rosacrucismo esotérico al dividir el camino de la realización espiritual en tres pasos, o escuelas, que él denomina «montañas». La primera y más baja de aquellas montañas es el monte Sofía; la segunda, el monte Cábala, y la tercera, el monte Magia. Las tres montañas son etapas sucesivas de crecimiento espiritual. A continuación, el autor anónimo afirma lo siguiente:

> Por filosofía se ha de entender el conocimiento del funcionamiento de la naturaleza, mediante el cual el hombre aprende a escalar las montañas más altas, por encima de las limitaciones de los sentidos. Entiéndase por cabalismo el lenguaje de los seres angelicales o celestiales y quien lo domine podrá conversar con los mensajeros de Dios. En la montaña más alta está la Escuela de Magia (la Magia Divina, que es el lenguaje de Dios), en la cual el propio Dios enseña al hombre la verdadera naturaleza de todas las cosas.

Cada vez existe un mayor convencimiento de que, si se divulgara, la verdadera naturaleza del rosacrucismo provocaría, como mínimo, consternación. Los símbolos rosacruces tienen muchos significados, pero el sentido rosacruz no se ha revelado aún. El monte sobre el cual se alza la Casa de la Rosa Cruz sigue oculto por las nubes en las que la Hermandad se esconde a sí misma y a sus secretos. Michael Maier escribe lo siguiente: «Lo que contienen el *Fama* y el *Confessio* es verdad. Decir que la hermandad ha prometido mucho y ha hecho muy poco resulta

una objeción bastante infantil. En este caso, como en cualquier otro, muchos son los llamados, pero pocos los elegidos. Los maestros de la orden muestran la rosa como un premio distante, pero imponen la cruz a los que ingresan». (Véase *Silentium post Clamores*, de Maier, y *The Rosicrucians and the Freemasons*, de De Quincey.)

La rosa y la cruz aparecen en los vitrales de la casa capitular de la catedral de Lichfield, donde, según Walter Conrad Arensberg, están enterrados lord Bacon y su madre. Una rosa crucificada dentro de un corazón es la marca de agua que aparece en la dedicatoria de la edición de 1628 de la *Anatomía de la melancolía*, de Robert Burton.

Los símbolos principales de los rosacruces eran la rosa y la cruz: la rosa femenina y la cruz masculina, dos emblemas fálicos universales. Aunque caballeros tan eruditos como Thomas Inman, Hargrave Jennings y Richard Payne Knight han observado que la rosa y la cruz representan los procesos generativos, no parecen capaces de atravesar el velo del simbolismo: no se dan cuenta de que el misterio creativo del mundo material no es más que una sombra del misterio creativo divino del mundo espiritual. A causa del significado fálico de sus símbolos, tanto los rosacruces como los templarios han sido acusados equivocadamente de practicar ritos obscenos en sus ceremonias secretas. Si bien es cierto que la retorta de los alquimistas simboliza el vientre, también tiene un significado mucho más importante, oculto bajo la alegoría del segundo nacimiento. Como la generación es la clave de la existencia material, es natural que la Fraternidad de la Rosa Cruz adopte como símbolos característicos los que representan los procesos reproductivos y como la regeneración es la clave de la existencia espiritual, basaron su simbolismo en la rosa y la cruz, que representan la redención del hombre mediante la unión de su naturaleza temporal inferior con su naturaleza eterna superior. La rosacruz también es una figura jeroglífica que representa la fórmula de la panacea universal.

XXXIII

Quince diagramas rosacruces y cabalísticos

En su famosa obra *The Rosicrucians, Their Rites and Mysteries*, Hargrave Jennings reproduce cinco gráficos cabalísticos que, según él, son dibujos rosacruces auténticos. No proporciona ninguna información acerca de su origen ni intenta dilucidar su simbolismo. Un escritor reciente que reprodujo uno de estos gráficos lo relacionó con la tumba emblemática del Padre C. R. C., revelando así la verdadera naturaleza de Christian Rosacruz.

Las cinco ilustraciones reproducidas en el libro de Hargrave Jennings forman parte de una serie de quince diagramas que aparecen en *The Magical, Qabbalistical, and Theosophical Writings of Georgius von Welling, on the Subject of Salt, Sulphur, and Mercury*, un volumen muy poco común que se publicó en Fráncfort y Leipzig en 1735 y 1760. Los números y las figuras que aparecen en los gráficos corresponden a los capítulos y los apartados de la obra mencionada. Poder añadir estos quince gráficos a los pocos diagramas cabalísticos y rosacruces conocidos y supuestamente auténticos resulta extraordinario e invalorable.

Lucifer es el mayor misterio del simbolismo. En ningún otro lugar se manifiesta con tanta claridad el conocimiento secreto de los rosacruces con respecto a Lucifer como en estas ilustraciones, que prácticamente revelan su verdadera identidad, un secreto guardado con celo y sobre el cual se ha escrito muy poco. Lucifer se representa con el número 741.

Von Welling no ofrece una explicación completa de los quince gráficos; algo así habría sido contrario a los principios de la filosofía cabalística. El significado más profundo de los símbolos solo se revela mediante el estudio profundo y la contemplación.

Tabla I, figuras 1 a la 11. La figura 1 es un gráfico ptolemaico que muestra la verdadera relación que existe entre los elementos primordiales. Su significado secreto es el siguiente: el círculo exterior, rodeado por las líneas A y B, es la región de Schamayim, un nombre cabalístico para la Divinidad Suprema, que significa la extensión de los cielos o un agua ardiente espiritual. Schamayim es el «océano del espíritu», dentro del cual existen todas las cosas creadas y no creadas y por cuya vida están animadas. En los mundos inferiores, Schamayim se convierte en la luz astral.

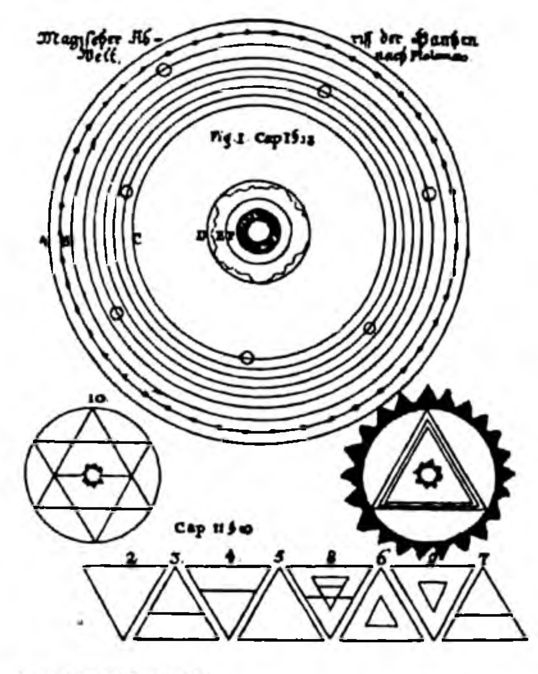


TABLA I, FIGURAS 1 A LA 11

El espacio comprendido entre B y C indica las órbitas o planos de las siete inteligencias espirituales, llamadas los planetas divinos (que no son los planetas visibles). Según los Misterios, el alma de los hombres ingresa en los mundos inferiores a través del círculo B, las estrellas fijas. Toda la creación refleja la gloria de Schamayim, la energía que penetra en las esferas de los elementos a través de las ventanas de las estrellas y los planetas. Entre C y D está la región del aire sutil, espiritual, una subdivisión del éter. D a E indica la superficie de la tierra y el mar y también representa los grados del éter. E a F indica la región inferior, llamada «la reunión de las aguas y la producción de la Virgen Tierra» o «Ares». Los alquimistas la llamaban las «arenas movedizas», el verdadero fundamento místico de la tierra sólida. F a G indica el círculo del aire subterráneo, más denso y tosco que el del espacio exterior, C a D. En esta atmósfera más densa, las influencias estelares y los impulsos celestiales se cristalizan en espíritus corpóreos, con lo cual aparecen la multitud de formas que existen sin que se conozca su propia fuente ardiente. G es la región del fuego central del elemento tierra, un fuego

tosco en contraposición al fuego divino. Schamayim. La esfera de los cielos estrellados tiene también su opuesto en la esfera del aire subterráneo y la esfera del aire superior (o agua vaporosa sutil) tiene su opuesto en la esfera E a F. El punto focal. D a E. situado entre las tres esferas superiores y las tres inferiores, se llama «el depósito»; recibe impresiones tanto de la región superior como de la inferior y es común a las dos.

La figura 2 es el símbolo cabalístico del elemento agua. mientras que la figura 9 representa el agua espiritual e invisible. La figura 3 es el símbolo cabalístico del elemento aire, mientras que la figura 7 representa el aire espiritual e invisible. La figura 4 es el símbolo cabalístico del elemento tierra, mientras que la figura 8 representa la tierra espiritual e invisible. La figura 5 es el símbolo cabalístico del elemento fuego, mientras que la figura 6 representa el fuego espiritual e invisible. Las figuras 6, 7, 8 y 9 simbolizan los cuatro elementos antes de la caída de Lucifer. Son los cuatro ríos que se mencionan en el Génesis y que nacen de un único río, la figura 10, que representa los elementos superpuestos entre sí. La bola dorada que hay en el centro es Schamayim, el origen ardiente de todos los elementos. La figura 11 es el emblema del principio y el fin de todas las criaturas, del cual proceden todas las cosas y al cual todas deben regresar para unificarse con el agua ardiente del entendimiento divino.

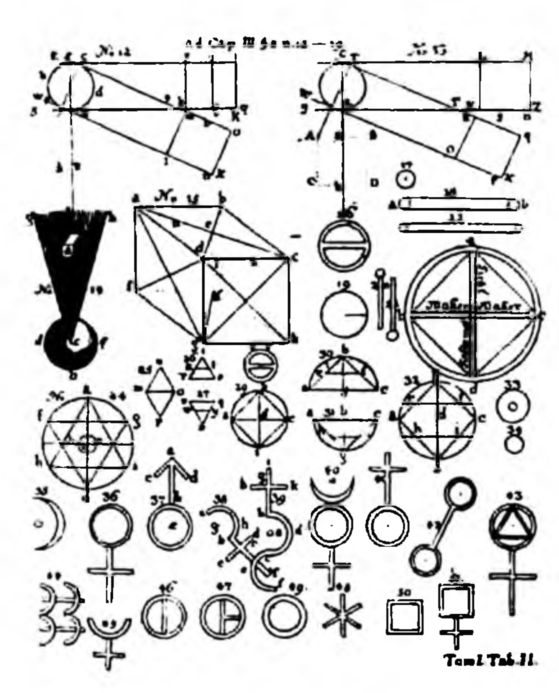


TABLA II. FIGURAS 12 A LA 51

Tabla II, figuras 12 a la 51. Las figuras 12, 13 y 14 muestran que la esfera como símbolo de movimiento es el emblema del fuego, el agua y el aire y que el cubo como símbolo de peso es el emblema de la tierra. La esfera se apoya en un punto y el cubo, sobre una superficie; por consiguiente, la esfera se usa para simbolizar el espíritu y el cubo, para simbolizar la materia. La figura 14 muestra

que la atmósfera que se desplaza detrás de un objeto que cae aumenta su velocidad y, aparentemente, incrementa su peso. La naturaleza esencial de cada elemento se expresa de forma oculta mediante el símbolo y el carácter peculiares que le corresponden.

Acerca de la figura 15, el símbolo de la sal. Von Welling escribe, en esencia, lo siguiente: el cubo tiene seis caras, que corresponden a los seis días de la creación, con el punto de descanso (el séptimo día) en el centro del cubo. Sobre cada superficie del cubo aparecen los signos de los cuatro elementos [triángulos]. Según los alquimistas, la sal era la primera sustancia creada producida por el fuego (Schamayim) que fluía de Dios. En la sal se concentra toda la creación; en la sal están el principio y el fin de todas las cosas. Además, el cubo está compuesto por doce cuerpos, cada uno de los cuales tiene seis caras. Estos cuerpos son los doce pilares fundamentales de la verdadera iglesia invisible y cuando estos doce cuerpos se multiplican por las seis caras el resultado es el número mágico 72. Los sabios han dicho que nada es perfecto hasta que se ha disuelto, separado y vuelto a unir para convertirse en un cuerpo compuesto por doce cuerpos, como el cubo. El cubo también está compuesto por seis pirámides que tienen como base las seis superficies del cubo. Los puntos de estas seis pirámides se encuentran en el centro del cubo. Estas seis pirámides, formadas por cuatro triángulos cada una, representan a los elementos y producen el número mágico 24, en referencia a los Ancianos que están sentados delante del trono. Las seis superficies y el punto constituyen el número mágico 7. Si multiplicamos 7 por 7 y el producto otra vez por 7 y así sucesivamente siete veces, la respuesta revelará el método utilizado por los antiguos para medir los períodos de eternidad, es decir: 1) 7 × 7 = 49; 2) 49 × 7 = 343; 3) 343 × 7 = 2401; 4) 2401 × 7 = 16 807; 5) 16 807 × 7 = 117 649; 6) 117 649 × 7 = 823 543; 7) 823 543 × 7 = 5 764 801. (No hay que tomar esta cifra como años ni tiempos terrestres.) 5 000 000 representa el año del gran salón; 700 000 es el año del gran sabbat, en el cual todos los seres humanos van adquiriendo poco a poco el verdadero conocimiento y obtienen su herencia original y eterna, que habían perdido cuando se enredaron en los elementos inferiores. 64 800 es el número de los ángeles caídos y el último año significa la liberación de Lucifer y el regreso a su estado original.

La figura 16 es otro símbolo de la sal, mientras que la figura 17 (el punto) es el signo del espíritu, el oro, el sol o el germen de la vida. Si el punto se desplaza frente a sí mismo, se convierte en una línea: la figura 18. Este movimiento del punto es el primer movimiento. El principio

y el final de todas las líneas es un punto. La figura 19 es el círculo. Es el segundo movimiento y la línea más perfecta. A partir de él se forman todas las figuras y todos los cuerpos imaginables. La figura 20 representa la emanación de la vida superior y espiritual en su manifestación. La figura 21 representa la oscuridad, porque consiste en liberar el principio destructivo subterráneo. La figura 20 es, además, el símbolo del día y la figura 21, el de la noche.

La figura 22 es un símbolo del agua y la figura 23 es el carácter completo universal de la luz y la oscuridad. El triángulo en posición vertical representa a Schamayim; el triángulo invertido, a la tierra oscura que aprisiona el fuego infernal subterráneo. Es «el primer día de la creación», o el momento de la separación de Schamayim y Ares. La figura 24 representa los seis días de la creación y demuestra que los elementos surgen del fuego divino, que, al descomponerse, se convierte en las sustancias del universo tangible, como se representa en la figura 25.

La figura 26 es el carácter del aire y demuestra que nace de la luz eterna y del agua etérea. La figura 27 es el carácter del agua. Es la inversión de la figura 26 e indica que procede del fuego inferior y no del superior. Su parte superior significa que al agua no le falta el elemento divino, pero que, como espejo universal, refleja las influencias celestiales. Las figuras 28 y 29 son símbolos de la sal y muestran que combina tanto el fuego como el agua en uno solo. La figura 30 es el carácter del fuego con todos sus atributos y la figura 31 (la misma, pero invertida), el agua con todos sus poderes. La figura 32 es el carácter de la sal con todos sus atributos. La figura 33 representa tanto al oro como al sol, cuyas naturalezas son idénticas, porque se forman a partir del primer fuego que sale de Schamayim. Son perfectos, como se puede ver por su símbolo, porque el círculo es la forma más perfecta que se puede producir a partir de un punto.

La figura 34 es el carácter del mundo mayor y el menor; así como el punto está rodeado por su circunferencia, este mundo está rodeado por Schamayim. El hombre (el microcosmos) está incluido en este símbolo, porque su naturaleza interior es el oro potencial (*afar min haadamah*) y este oro es su cuerpo espiritual eterno e indestructible. El oro es el principio masculino del universo.

La figura 35 es el carácter de la plata y de la luna. Significa que la plata (como el oro) es un metal perfecto, aunque la parte roja de su naturaleza está vuelta hacia dentro. La plata es el principio femenino del universo.

La figura 36 es el carácter del cobre y de Venus; la figura 37, del hierro y de Marte; la figura 38, del estaño y de Júpiter; la figura 39, del plomo y de Saturno; la figura 40, de Mercurio (tanto el planeta como el elemento); la figura 41, del antimonio, el metal clave de la propia tierra; la figura 42, del arsénico; la figura 43, del azufre; la figura 44, del cinabrio; la figura 45, de la cal viva; la figura 46, del nitro, y la figura 47, del vitriolo. La figura 48 es el carácter de la sal amoníaca, un elemento que debe su nombre al templo de Júpiter Amón, situado en un desierto egipcio, donde fue hallada. La figura 49 es el carácter del alumbre; la figura 50, del álcali, un nombre de origen árabe, y la figura 51, de la sal tartar {el tartrato sódico}, una sustancia que posee grandes virtudes ocultas.

Tabla III, figura 52. Las ocho esferas y el cuadrado central representan los siete días de la creación. Los tres mundos en los que se produce la creación se simbolizan mediante tres círculos concéntricos. Las palabras en alemán que hay en el círculo exterior son extractos del primer capítulo del Génesis. Las palabras que hay en torno al círculo exterior quieren decir «el primer día». Las cuatro esferas pequeñas que hay dentro del círculo exterior se refieren a las fases abstractas de la creación. La esfera superior que contiene el triángulo rodea las palabras «cielo» y «tierra». La de la derecha contiene la palabra «luz» y la de la izquierda, «Jehová Elohim» en la parte superior y «oscuridad» en la parte inferior. La esfera inferior contiene la palabra «día» en la mitad superior y la palabra «noche» en la inferior.

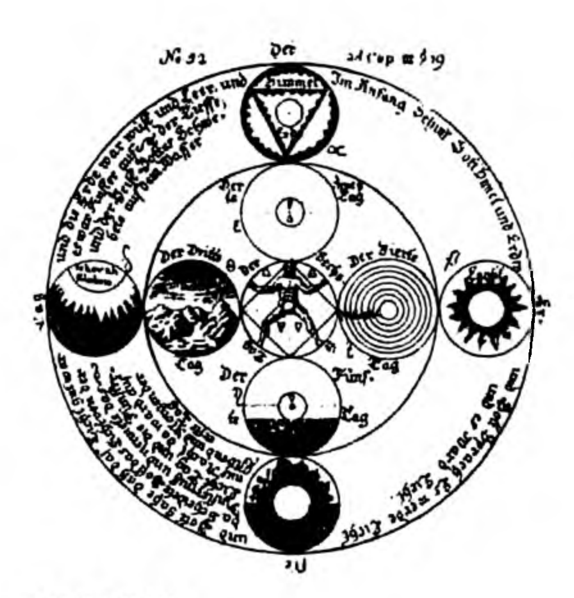


TABLA III, FIGURA 52

Las cuatro esferas situadas dentro del segundo círculo representan el segundo, el tercero, el cuarto y el quinto día de la creación. La esfera blanca superior, que está dividida por una línea de puntos, se llama «el

segundo día»; la esfera de la izquierda, con las montañas, «el tercer día»; la de la derecha, con los anillos planetarios, «el cuarto día», y la inferior, bisecada con una línea de puntos, «el quinto día». El cuadrado que hay en el círculo central y que contiene la forma humana lleva la marca de «el sexto día». Este gráfico es una representación diagramática de las tres capas del huevo áurico macrocósmico y el microcósmico y muestra las fuerzas que están activas en ellos.

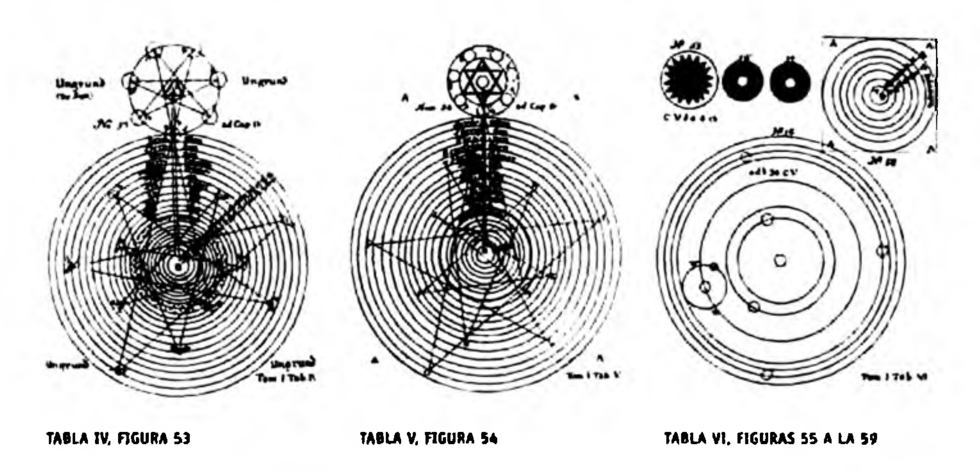


TABLA IV, FIGURA 53 — TABLA V, FIGURA 54 — TABLA VI, FIGURAS 55 A LA 59

Tabla IV, figura 53. La figura 53 ha sido llamada la tumba simbólica de Christian Rosacruz. El círculo superior es el primer mundo: la esfera divina de Dios. El triángulo central es el trono de Dios. Los pequeños círculos que hay en las puntas de la estrella simbolizan los siete grandes espíritus que hay delante del trono, mencionados en el Apocalipsis, en medio de los cuales camina el alfa y el omega: el Hijo de Dios. El triángulo central contiene tres llamas: la Trinidad divina; de la inferior de las llamas procede la primera efusión divina, representada mediante dos líneas paralelas que descienden a través del trono de Saturno (el arcángel Orifiel, a través del cual se manifestó Dios). Después de atravesar el límite del universo celestial y las veintidós esferas del sistema inferior, las líneas terminan en el punto B, el trono de Lucifer, en quien se concentra y se refleja la efusión divina. Desde él, la luz divina irradia, sucesivamente, a d (Capricornio), e (Géminis), f (Libra), g (Tauro), h (Piscis), i (Acuario), k (Cáncer), l (Virgo), m (Aries), n (Leo), o (Escorpio), p (Sagitario) y desde allí vuelve otra vez a d. Los círculos zodiacales representan doce órdenes de espíritus grandes y beneficiosos y los círculos más pequeños, situa-

dos dentro del anillo de estrellas fijas, indican las órbitas de los planetas sagrados.

Tabla V, figura 54. La figura 54 es similar a la 53, pero representa el universo en el momento en que Dios se manifestó a través del carácter de Júpiter: el espíritu Sachasiel. Von Welling no ofrece ninguna explicación por el cambio de orden de afluencia a los doce órdenes de espíritus, por el tercer mundo, por el añadido de otro círculo y los triángulos entrelazados en el mundo superior ni por las letras Y y Z. En el triángulo superior, A representa el principio del Padre; F, la efusión divina, y G, el punto de afluencia a los doce órdenes de espíritus (probablemente Sagitario). Las letras H, I, J, K, L, M, N, O, P, Q, R, S y T indican los puntos secuenciales de las irradiaciones entre sí; W y X, el mundo de los hijos de Dios, y B, C, D y E, el mundo de Lucifer. Esta ilustración muestra el universo después de que Lucifer cayera en la materia. Según Von Welling, cuando Lucifer quiso controlar el poder, la afluencia de luz divina cesó al instante. El mundo de Lucifer (que después se convirtió en el sistema solar), con todas sus legiones de espíritus (que en su esencia eran Schamayim), que reflejaban sus ideas e invertían la luz divina, se convirtió en oscuridad. A partir de entonces, el Schamayim de Lucifer se convirtió en un disco contraído, una sustancia tangible, y así nació el caos.

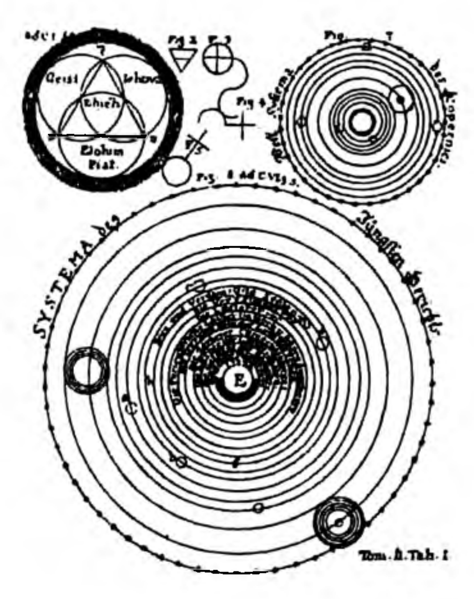


TABLA VII, FIGURAS 1 A LA 5, 7 Y 8

Tabla VI, figuras 55 a la 59. La figura 55 simboliza el caos de Lucifer: la figura 56, la separación de la luz de la oscuridad; la figura 57, la luz en medio de la oscuridad, y la figura 58, las regiones de los elementos y sus habitantes. Las cuatro aes representan el abismo que lo rodea todo. El A B es el trono ardiente de Lucifer. El plano de g es el aire subterráneo: f es el agua subterránea: c, la región de la tierra: d, el agua exterior: e, el aire exterior, y W y X, la región de Schamayim. Los habitantes elementales de los planos tienen distintos grados de bondad en función de su proximidad al centro de maldad: A B. La superficie de la tierra (c)

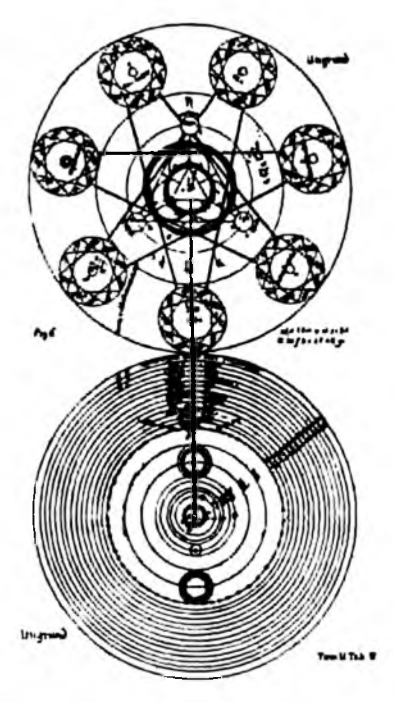


TABLA VIII. FIGURA 6

divide los elementales subterráneos de los del agua, el aire y el fuego exteriores (d, e y X). Los elementales de los estratos superiores (la mitad superior de c y la totalidad de a, e y X) representan una escala creciente de virtud, mientras que los de los estratos inferiores (la mitad inferior de c y la totalidad de f, g y A B) representan una escala decreciente de depravación.

La región de aire (e) es una excepción parcial a este orden. Si bien el aire está próximo a la luz y lleno de espíritus hermosos, también es la morada de Belcebú, el espíritu maligno del aire, con su legión de demonios elementales. Sobre el sutil elemento del aire se impresionan las influencias de las estrellas; los pensamientos, las palabras y los hechos del ser humano, y miles y miles de influencias misteriosas procedentes de los diversos planos de la naturaleza. El hombre inhala estas impresiones, que le producen diversos efectos en la mente. En el aire también están suspendidos los gérmenes de los que se impregna el agua y gracias a los cuales tiene la capacidad de producir formas de vida orgánica e inorgánica. Las figuras grotescas que se pueden ver en las cuevas de cristal y en los vidrios esmerilados de las ventanas se deben a estas impresiones aéreas. Aunque los elementales del aire son grandes y sabios, también son traicioneros y confusos, porque son dóciles tanto a las impresiones buenas como a las malas. Los poderosos seres elementales que habitan en el fuego luminoso y acuoso de la región X no pueden ser engañados por

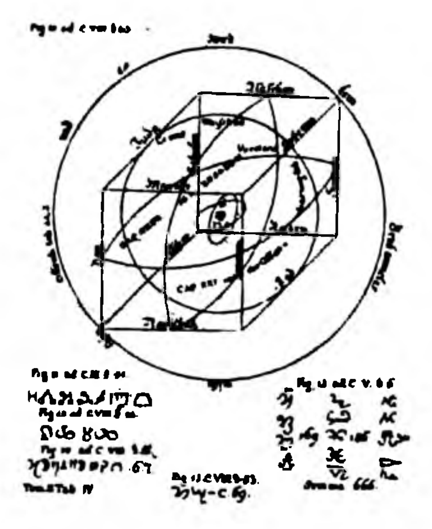


TABLA X, FIGURAS 10 A LA 15

los espíritus de la oscuridad. Adoran a las criaturas de las aguas, porque el elemento acuoso (d) procedía del agua ardiente (X). El hombre mortal no soporta la compañía de estos espíritus ardientes, aunque aprende de ellos a través de las criaturas de las aguas en las que se reflejan constantemente. La figura 59 representa este sistema solar, en el cual W y X indican el lugar donde está situado el jardín del Edén.

Tabla VII, figuras 1 a la 5, 7 y 8. (La figura 6 está en la tabla VIII.) La figura 1 es el azufre divino trino, el perfectísimo del perfectísimo, el alma de las criaturas. El Uno divino trino se representa mediante tres círculos entrelazados, que en alquimia responden a los nombres de sal, azufre y mercurio. En el triángulo central aparece el nombre divino: Ehieh. *Geist* quiere decir «espíritu». No hace falta traducir las demás palabras. La figura 2 es el destructivo azufre común. La raya que hay en el triángulo lo convierte en el carácter de la tierra. La figura 3 es el aceite de vitriolo, compuesto por un círculo con dos diámetros y dos semicírculos invertidos colgando debajo. Allí se esconden los caracteres de todos los metales. La figura 4 representa el estaño y la figura 5, el hierro. La figura 7 es el sistema solar según Copérnico. La figura 8 es el juicio final. Se quita el sol del centro del sistema solar y en su lugar se pone la tierra, con lo cual cambian las posiciones relativas de todos los demás planetas, salvo Marte, Júpiter y Saturno, que conservan sus círculos respectivos. La letra a representa el círculo del sol; la b, el de Mercurio; la c, el de Venus; la d (*sic*), el de la luna, y la e, el de la tierra. De la esfera h hacia dentro están los grandes círculos de la condenación.

Tabla VIII, figura 6. En la figura 6, la letra a marca el centro de la eternidad. El movimiento de los rayos hacia b, d y c era la primera manifestación divina y se sim-

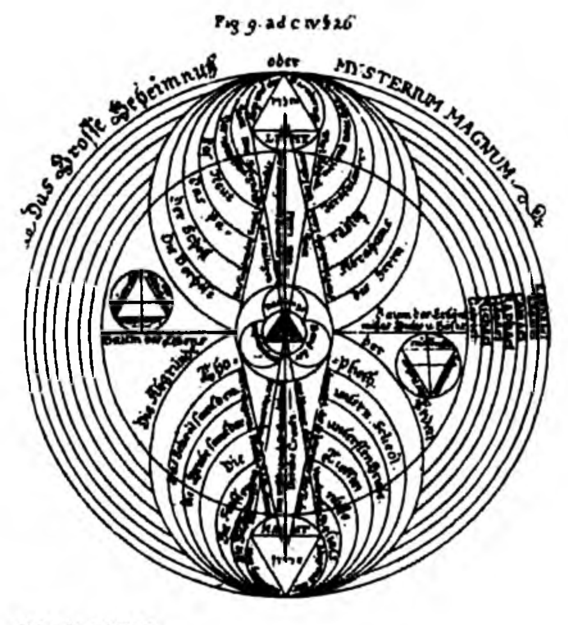


TABLA IX. FIGURA 9

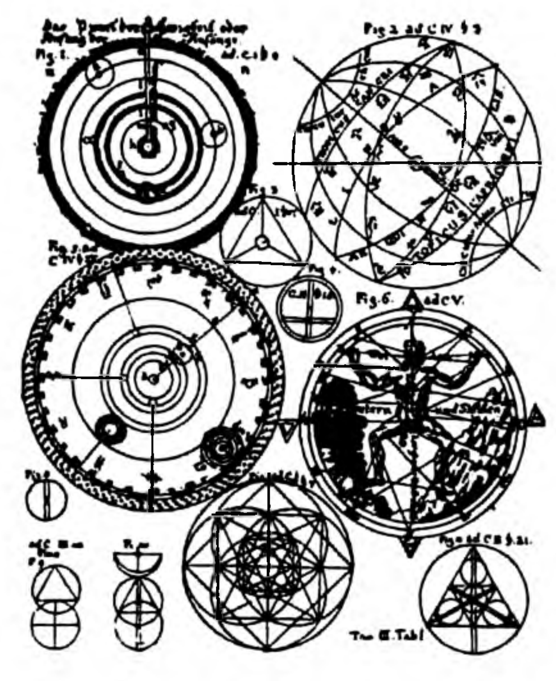


TABLA XI. FIGURAS 1 A LA 11

boliza mediante el triángulo equilátero, b, d, c. El mundo eterno dentro del círculo interior se manifestaba en el agua (la sal), la luz (el mercurio) y el fuego (el azufre) del mundo arquetípico, representados por los tres círculos (f, e y g) que hay dentro del triángulo de la igualdad absoluta (h, i, k), que a su vez está rodeado por el círculo del alto trono. El círculo f se llama entendimiento; el e, sabiduría, y el g, razón. En el círculo i está la palabra «padre»; en el círculo h, «hijo», y en el círculo k, «espíritu». Los siete círculos externos son los siete espíritus que están delante del trono. La parte inferior de la figura es similar a las figuras 53 y 54. Los círculos exteriores son el mundo angélico que acaba en el mundo cognoscible de los hijos de Dios. A continuación viene el círculo de las constelaciones visibles y las estrellas fijas, dentro del cual está el sistema solar con el sol en el centro (l). *Ungrund* quiere decir «abismo».

Tabla IX, figura 9. La figura 9 es una síntesis del Antiguo y el Nuevo Testamento y representa los planos del ser, que se entremezclan. En el margen derecho, los siete círculos externos contienen los nombres de los ángeles planetarios. Las palabras que aparecen en los círculos escalonados, desde el triángulo superior hacia abajo, son las siguientes: 1) abismo de compasión, 2) Sión, 3) el nuevo cielo y la nueva tierra, 4) la nueva Jerusalén, 5) Paraíso, 6) el pecho de Abraham y 7) los tribunales exteriores del Señor. Desde abajo, los círculos de oscuridad llegan hacia arriba y a cada principio divino se opone su antítesis infernal. El pequeño círculo de la izquierda, que contiene un triángulo y una cruz, se llama «el árbol de la Vida» y el de la derecha, «el árbol del Conocimiento del Bien y del Mal». En el centro del diagrama está la Trinidad, unida al plano superior y al inferior mediante líneas de actividad.

Tabla X, figuras 10 a la 15. La figura 10 muestra la nueva Jerusalén en forma de cubo, con los nombres de las doce tribus de Israel escritos sobre las doce líneas del cubo. En el centro está el ojo de Dios. Las palabras que hay alrededor del círculo exterior están tomadas del Apocalipsis. Las figuras 11, 12, 13, 14 y 15 son, posiblemente, símbolos en clave de los ángeles de las plagas, el nombre del Anticristo, la firma de la bestia de Babilonia y el nombre de la mujer que monta la bestia de la blasfemia.

Tabla XI, figuras 1 a la 11. La figura 1 es el sistema solar según el Génesis. La o que hay en la parte superior del radio del círculo es el punto de la eternidad: el principio del principio. Todo el diámetro es la efusión de Dios, que se manifiesta primero en el cielo de los cielos: el Schamayim, la región en la que el entendimiento humano no puede actuar. El espacio de k a i contiene los cielos de Saturno, Júpiter y Marte; el de l a m, los cielos de Venus y Mercurio, y el de m a h, los cielos del sol. La letra e es la luna, el círculo de la tierra.

La figura 2 es el globo terráqueo, en el que se ven las casas y los signos del Zodíaco. La figura 3 es el carácter del Mercurio universal (la vida divina) en su aspecto trino de mercurio, azufre y sal. La figura 4 es el salitre verdadero purificado con cal viva y álcali. La figura 5 muestra el grado o ángulo exacto de los lugares de los planetas, así como también cada una de las estrellas fijas del Zodíaco. La letra a es el sol y la b es la tierra. De la k a la i son los círculos de Mercurio y Venus; de la g a la h, los círculos de la tierra y la luna; de la f a la e y de la e a la c, los de Júpiter y Saturno; de la c a la d, el cinturón estrellado o Zodíaco. La figura 6 es el microcosmos, con los planetas y los signos del Zodíaco corres-

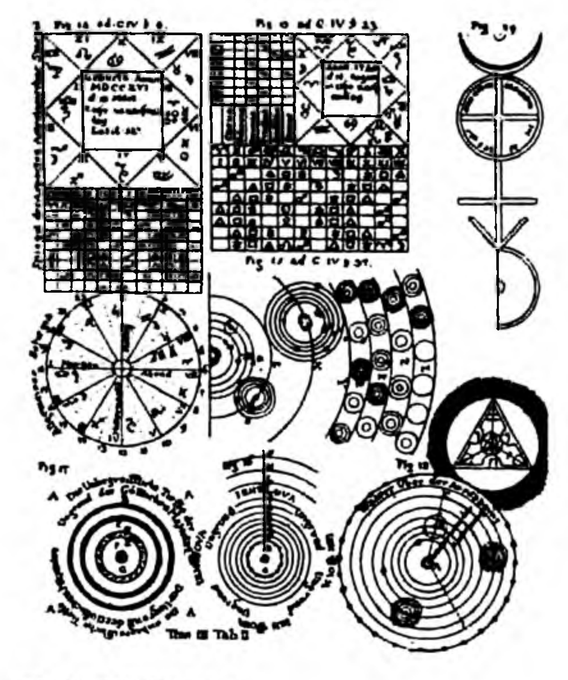


TABLA XII, FIGURAS 12 A LA 19

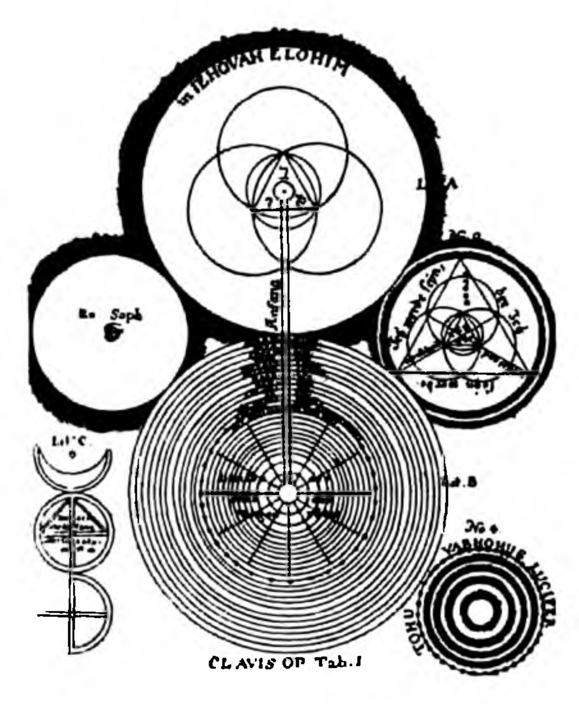


TABLA XIII, FIGURAS 1 A LA 6

pondientes a las distintas partes de su forma. En la figura se pueden leer las siguientes palabras: «Conócete a ti mismo. En las palabras, las plantas y las piedras hay mucho poder». La figura 7 es el carácter universal, del cual se han tomado todos los demás. Las figuras 8, 9 y 10 quedan para que el lector las resuelva. La figura 11 es el mercurio universal radiante.

Tabla XII, figuras 12 a la 19. La figura 12 se llama «espejo de los aspectos astrológicos». Debajo hay una rueda astrológica. La figura 13 es similar a la 12. La figura 14 es una fórmula alquímica secreta. Las palabras de la circunferencia son: «Del uno en todo sale todo». La figura 15 es un intento infructuoso de mostrar el tamaño relativo de los soles y los planetas y las distancias entre ellos. La figura 16 es el sistema solar con sus cielos internos y espirituales. A B es el sistema solar; C es la esfera de las estrellas fijas; D, E, F y G son los sistemas de los mundos espirituales; H es el trono del Dios vivo, y J, K, L, M y N son lo desconocido inconmensurable.

La figura 17 muestra la creación del sistema solar a partir del círculo de la eternidad divina. Las cuatro Aes son el abismo, B es la primera revelación de Dios desde el abismo, a partir de la cual se crearon C, D, E, F y G. C y D representan las jerarquías espirituales; D y E, los mundos superiores o constelaciones; E y F, la distancia de Júpiter a los mundos superiores; F y G, el sistema solar con sus planetas y sus cielos, y B y C, el trono de Cristo.

La figura 18 describe la separación, según el Génesis, entre las aguas por encima de los cielos (D) y las que están por debajo (A, B y C). La figura 19 es el mercurio de los filósofos, esencial para la existencia material.

Tabla XIII, figuras 1 a la 4. La figura 1 es Ain Soph, el abismo incomprensible de la majestad divina, una emanación que sube sin cesar, sin limitaciones de tiempo ni de espacio. La figura 2 simboliza los tres principios divinos: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. En torno al triángulo se lee: «Seré lo que seré». En el vértice del triángulo está la palabra «corona»; en el punto izquierdo, «sabiduría», y en el punto derecho, «conocimiento». La figura 3 representa la Trinidad con su efusión. Las palabras que hay por encima de la esfera superior son «revelación de la divina majestad en Jehová Elohim». Los círculos inferiores contienen los nombres de las jerarquías que controlan los mundos inferiores. Dentro del círculo de estrellas se leen las siguientes palabras: «Lucifer, hijo de la aurora de la mañana». La letra c representa el mercurio universal. Dentro del círculo está escrito: «El primer comienzo de todas las criaturas». La figura 4 representa la morada de Lucifer y sus ángeles, el caos al que hace referencia el Génesis.

Tabla XIV, figuras 5, 7 y 8. La figura 5 muestra el triángulo de la divinidad trina en medio de una cruz. A la izquierda hay un pequeño triángulo que contiene las palabras «los secretos de *Elohim*» y a la derecha hay otro en el que se lee «los secretos de la naturaleza». Sobre los brazos horizontales de la cruz están las palabras «el árbol de la Vida» y «el árbol del Conocimiento del Bien y del Mal». La ilustración explica

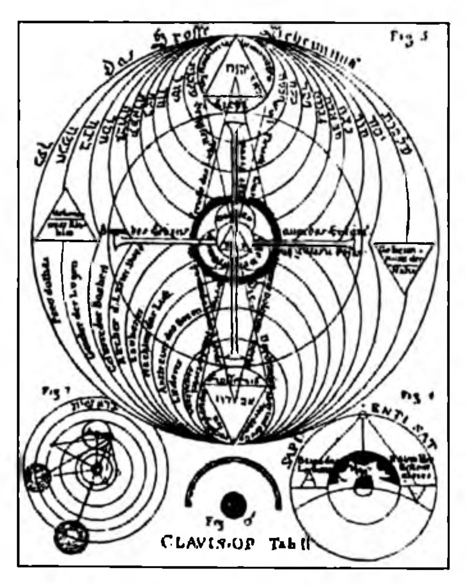


TABLA XIV, FIGURAS 5, 7 Y 8

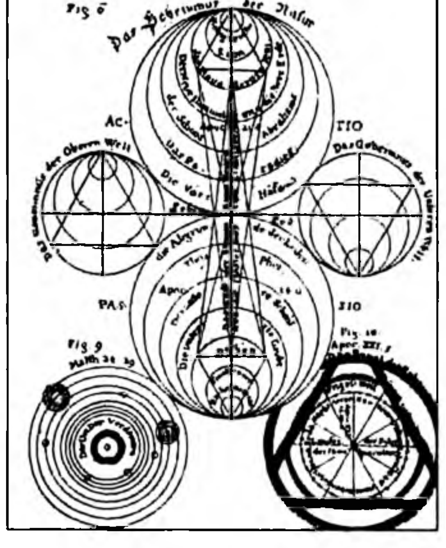


TABLA XV, FIGURAS 6, 9 Y 10

la combinación del poder espiritual y el infernal en la creación del universo. La figura 7 lleva el nombre de «el camino al Paraíso» y es probable que indique la posición del sol, la luna y los planetas en el momento de su génesis. La figura 8 es la tierra antes del diluvio, cuando estaba regada por la niebla o el vapor. Las palabras de la izquierda son: «el árbol de la Vida» y las de la derecha son: «el árbol del Conocimiento del Bien y del Mal». El diagrama con el símbolo de Marte está dedicado al estudio del arco iris.

Tabla XV, figuras 6, 9 y 10. La figura 6 es similar a la 5 y se llama «el secreto de la naturaleza». A ambos lados de la figura central aparecen sendos diagramas interesantes, cada uno de los cuales consta de un triángulo con círculos que irradian desde sus puntos. El diagrama de la izquierda se llama «los secretos del mundo superior» y el de la derecha, «los secretos del infierno».

La figura 9 es el sistema solar. Alrededor de la parte central están las palabras: «el lugar de los condenados». La figura 10 muestra el punto, o lugar de descanso, rodeado por un triángulo que encierra un círculo que contiene los nombres de las doce tribus de Israel. Representa la conclusión del proceso de regeneración y la consumación de la gran obra.

XXXIV

La alquimia y sus partidarios

¿Es posible transmutar los metales de baja ley en oro o se trata de una idea que bien puede despertar las burlas de los eruditos del mundo moderno? La alquimia fue más que un arte especulativo: fue también un arte activo. Desde la época del Hermes inmortal, los alquimistas han afirmado —y no les faltaban pruebas para corroborarlo— que podían fabricar oro a partir de estaño, plata, plomo y mercurio. Resulta insostenible que la pléyade de mentes filosóficas y científicas brillantes que, durante un período de dos mil años, afirmaron que era posible la transmutación y la multiplicación de los metales fueran totalmente sensatos y racionales en todos los demás problemas filosóficos y científicos y que, no obstante, estuvieran equivocados sin remedio en este único punto. Tampoco tiene sentido que los centenares de personas que, según decían, habían visto y realizado transmutaciones de metales fueran todos cándidos, estúpidos o mentirosos.

Quienes suponen que todos los alquimistas tenían una mentalidad precaria se verían obligados a incluir en esta categoría a la mayoría de los filósofos y los científicos del mundo antiguo y el medieval. Emperadores, príncipes, sacerdotes y la gente corriente han presenciado el milagro aparente de la metamorfosis de los metales. A la vista de los testimonios existentes, cualquiera tiene el privilegio de no dejarse convencer, pero el que se burla decide pasar por alto algunas pruebas que merecen ser tratadas con respeto. Muchos grandes alquimistas y filósofos herméticos ocupan un lugar de honor en la galería de personajes famosos, mientras que sus innumerables críticos permanecen en el anonimato. Resulta imposible mencionar a todos los que han buscado con

sinceridad los grandes arcanos de la naturaleza, pero unos cuantos serán suficientes para familiarizar al lector con el tipo de intelecto superior que se interesaba por este tema tan abstruso.

Entre los nombres más destacados figuran los de Thomas Norton, Isaac el Holandés, Basil Valentine (el supuesto descubridor del antimonio), Jean de Meung, Roger Bacon, san Alberto Magno, Quercetanus Gerber (el árabe que, a través de sus escritos, introdujo el conocimiento de la alquimia en Europa), Paracelso, Nicolás Flamel, Johann Frie-

EFFIGIES PHILIPPI
THEOPHRASTI AB HO
HENHEIM: ÆTATIS SUÆ. XLVII.



PHILIPPUS
THEOPHRASTUS
BOMBAST
HOHENHEIMENSIS:
SUEVORUM.
ex Panegyri Nobilium
ARPINAS:
Confœderatorum Eremi
EREMITA:
PHILOSOPHUS
PARADOXUS.
MYSTERIARCHA
ARTIUM MAGISTER,
MEDICINARUM PROFESSOR,
Musarum Mechanicarum
TRISMEGISTVS.
GERMANUS.

DE LAS *OBRAS COMPLETAS* DE PARACELSO

PARACELSO
En su *Biographia Antiqua*, Francis Barrett añade al nombre de Paracelso los siguientes títulos de distinción: príncipe de los médicos y los filósofos mediante el fuego; gran médico paradójico; el Trismegisto suizo; primer reformador de la filosofía alquímica; adepto en alquimia, cábala y magia; fiel secretario de la naturaleza; maestro del elixir de la vida y la piedra filosofal, y gran monarca de los secretos alquímicos.

drich Helvetius, Ramon Llull, Alejandro Sethon, Miguel Sendivogius. Bernardo Trevisano. sir George Ripley. Pico della Mirandola, John Dee, Heinrich Khunrath, Michael Maier, Thomas Vaughan, J. B. van Helmont. John Heydon, Lascaris, Thomas Charnock, Sinesio (obispo de Ptolemaida). Morieu, el conde de Cagliostro y el conde de Saint Germain. Según las leyendas, el rey Salomón y Pitágoras eran alquimistas y el primero empleó medios alquímicos para fabricar el oro que utilizó en su templo.

Albert Pike se pone de parte del filósofo alquímico cuando afirma que el oro de los herméticos era una realidad. Dice lo siguiente: «La ciencia hermética, como todas las ciencias reales, es demostrable matemáticamente. Sus resultados, aunque sean materiales, son tan rigurosos como los de una ecuación correcta. El oro hermético no es solo un dogma auténtico, una luz sin sombra, una verdad que no está empañada por la falsedad, sino también un oro material, real, puro, el metal más precioso que se puede encontrar en las minas de la tierra». Este es el punto de vista masónico.

Guillermo y María llegaron al trono de Inglaterra en 1689, una época en la que debían de abundar los alquimistas en el reino, porque, durante el primer año de su reinado, revocaron una ley aprobada por Enrique IV, según la cual la multiplicación de metales era un delito contra la corona. En la *Colección de Manuscritos Alquímicos del doctor Sigismund Bacstrom*, hay una copia manuscrita de la ley que ellos aprobaron, copiada del capítulo 30 de las leyes del reino correspondientes al primer año de su reinado. La ley en cuestión establece lo siguiente: «Una ley para revocar la aprobada en el quinto año del reinado de Enrique IV, que fuera rey de Inglaterra, en la que estipulaba, entre otras cosas, con estas palabras, o a tal efecto, a saber: "Que a partir de este momento nadie multiplicará el oro o la plata ni utilizará el arte de la multiplicación y quien lo hiciere cometerá un delito grave". Y por cuanto desde la aprobación de dicha ley diversas personas han adquirido —gracias a sus estudios, su laboriosidad y su saber— gran pericia y perfección en el arte de fundir y refinar los metales y por otros medios en el de mejorarlos y multiplicarlos, a ellos y a sus minerales, que mucho abundan en nuestro reino, y en el de extraer de ellos oro y plata, aunque no se atreven a poner en práctica esta habilidad en nuestro reino, por temor a sufrir el castigo que impone dicha ley, sino que ejercen su arte en tierras extranjeras, lo que supone gran pérdida y detrimento para nuestro reino: por consiguiente, sus graciosas majestades, el rey y la reina, por recomendación y con el beneplácito de los Lores espiritua-

les y temporales y de los Comunes, reunidos en este Parlamento, aprueban que, a partir de este momento, la rama, artículo o sentencia mencionada, contenida en dicha ley, se revoque, anule, suprima y declare nula para siempre, a pesar de todo lo que se estipule en contrario en dicha ley, siempre con la condición —aprobada por la autoridad mencionada— de que todo el oro y la plata que se extraigan mediante este arte de fundir o refinar los metales y de mejorar y multiplicar de cualquier otra manera los metales y sus minerales —como ya se ha establecido— no se emplee con ninguna otra finalidad o finalidades que no sea el incremento de las monedas y que el lugar que se designa en el presente para despacharlos es la casa de la moneda de Sus Majestades, dentro de la Torre de Londres, donde recibirán el pleno y verdadero valor del oro y la plata, conseguidos así, de vez en cuando, según el examen de la calidad y la pureza de los mismos, y por lo tanto por mayor o menor peso, y que el metal del oro y la plata refinados y conseguidos por estos medios no se podrá usar ni despachar en ningún otro lugar o lugares dentro de los dominios de Sus Majestades». Tras la entrada en vigor de esta revocación, Guillermo y María fomentaron la continuación del estudio de la alquimia.

El doctor Franz Hartmann ha reunido pruebas fiables sobre cuatro alquimistas que transmutaron metales de baja ley en oro no una sino muchas veces. Uno de ellos fue un monje agustino llamado Wenzel Seiler, que descubrió en su convento una pequeña cantidad de un polvo rojo misterioso. En presencia del emperador Leopoldo I, rey de Hungría y Bohemia y emperador de Alemania, transmutó en oro unas cantidades de estaño. Sumergió en aquella sustancia misteriosa, entre otras cosas, una medalla de plata grande. La parte de la medalla que entró en contacto con la sustancia se transmutó en la calidad más pura del metal más precioso, mientras que el resto siguió siendo plata. Con respecto a la medalla, el doctor Hartmann escribe lo siguiente:

> La prueba más incuestionable —suponiendo que las apariencias puedan probar algo— de la posibilidad de transmutar metales de baja ley en oro puede verla quienquiera que visite Viena: se trata de una medalla que se conserva en la cámara del tesoro imperial, de la cual dicen que, aunque originariamente era de plata, fue transformada parcialmente en oro por medios alquímicos por el mismo Wenzel Seiler, que después fue nombrado caballero por el emperador Leopoldo I y que recibió el título de Wenceslao, caballero de Reinburg. (*In the Pronaos of the Temple of Wisdom*.)

Por falta de espacio, no haremos un análisis extenso de los alquimistas. Un breve esbozo de la vida de cuatro de ellos bastará para demos-

trar los principios generales en los cuales basaban su trabajo, el método por el cual obtuvieron sus conocimientos y el uso que hicieron de él. Los cuatro fueron grandes maestros de esta ciencia secreta y la historia de sus andanzas y sus esfuerzos, registrada por su propia pluma y por los discípulos contemporáneos del arte hermético, resulta tan fascinante como una novela.

Paracelso de Hohenheim

El más famoso de los filósofos alquímicos y herméticos fue Philippus Aureolus Theophrastus Bombastus von Hohenheim. Este hombre, que se hacía llamar Paracelso, declaró que llegaría un momento en que todos los médicos de Europa se apartarían de las demás escuelas, se volverían hacia él y lo venerarían por encima de cualquier otro médico. Se acepta como su fecha de nacimiento el 17 de diciembre de 1493. Fue hijo único. Tanto a su padre como a su madre les gustaban la medicina y la química. Su padre era médico y su madre, la directora de un hospital. Cuando era muy joven, Paracelso mostró gran interés por los escritos de Isaac el Holandés y decidió reformar la ciencia médica de su tiempo.

Cuando tenía veinte años, emprendió una serie de viajes que se prolongaron durante doce años. Visitó numerosos países europeos e incluso Rusia. Es posible que se internara en Asia. En Constantinopla, los adeptos árabes le inculcaron el gran secreto de las artes herméticas. Es probable que de los brahmanes de India, con los que estuvo en contacto ya sea de forma directa o a través de sus discípulos, obtuviera su conocimiento de los espíritus de la naturaleza y los habitantes de los mundos invisibles. Llegó a ser médico militar y se hizo famoso por su saber y su pericia.

A su regreso a Alemania, emprendió la reforma de las artes y las ciencias médicas con la que tanto había soñado. Encontró oposición por todas partes y fue criticado sin piedad. Su carácter violento y su personalidad tremendamente fuerte precipitaron —sin duda— sobre su cabeza muchas tormentas que un temperamento menos mordaz podría haber evitado. Criticó con saña a los boticarios, a los que acusaba de no usar en sus fórmulas los ingredientes adecuados, de no tener en cuenta las necesidades de sus pacientes y de desear solo cobrar cantidades exorbitantes por sus mejunjes.

Las curas extraordinarias que consiguió Paracelso solo hicieron que sus enemigos lo odiaran más aún, porque no podían repetir los aparentes milagros que él obraba. No se limitó a tratar las enfermedades más comunes de su época, sino que —según dicen— llegó a curar la lepra, el cólera y el cáncer. Sus amigos sostienen que hizo de todo, salvo resucitar a los muertos. Sin embargo, sus métodos de curación eran tan heterodoxos que sus enemigos lo fueron apabullando, lenta pero implacablemente, y una y otra vez se vio obligado a abandonar los campos en los que trabajaba y a buscar refugio en lugares donde nadie lo conocía.

Hay mucha controversia en torno a la personalidad de Paracelso. De lo que no cabe duda es de que tenía un carácter irascible. Su desprecio por los médicos y por las mujeres alcanzaba proporciones de manía y no podía sino maltratarlos. No se ha sabido que tuviera jamás una relación amorosa en su vida. Sus enemigos siempre le guardaron rencor por su aspecto peculiar y su forma de vivir desmesurada. Se cree que sus anomalías físicas podían ser, en gran medida, la causa del resentimiento hacia la sociedad que lo acompañó a lo largo de toda su vida intolerante y tempestuosa.

Por sus supuestos excesos en la bebida, fue más perseguido aún, porque se decía que, incluso en la época en la que tuvo una cátedra en la Universidad de Basilea, pocas veces estaba sobrio. Cuesta comprender una acusación semejante, teniendo en cuenta la extraordinaria claridad mental por la que destacaba en todo momento. Hay una contradicción monumental entre todo lo que escribió —la Edición de Estrasburgo de sus obras completas abarca tres volúmenes gruesos, cada uno de los cuales contiene varios centenares de páginas— y las historias sobre su alcoholismo.

Sin duda, muchos de los vicios de los que se lo acusa eran meras invenciones de sus enemigos, que, no contentos con contratar asesinos para acabar con él, trataron de mancillar su memoria, después de haber puesto fin a su vida por venganza. No se sabe a ciencia cierta cómo murió, pero, según la versión más probable, su muerte fue consecuencia indirecta de una refriega con varios asesinos que habían sido contratados por algunos de sus enemigos profesionales para librarse de quien había sacado a la luz sus argucias.

Se conservan pocos manuscritos con la letra de Paracelso, porque dictó la mayoría de sus obras a sus discípulos, que fueron quienes las escribieron. El profesor John Maxson Stillman, de la Universidad de

Stanford, rinde el siguiente homenaje a su memoria: «Sea cual fuere el juicio final en cuanto a la importancia relativa de Paracelso en el desarrollo de la ciencia médica y la práctica de la medicina, hay que reconocer que emprendió su carrera en Basilea con el afán y la seguridad en sí mismo propios de quien se cree inspirado por una gran verdad y destinado a producir un gran avance en la ciencia y la práctica de la medicina. Era, por naturaleza, un observador entusiasta e imparcial de lo que se pusiera a observar, aunque también es probable que no fuera un analista demasiado crítico de los fenómenos observados. Resulta evidente que fue un pensador independiente como pocos, aunque el grado de originalidad de sus ideas se presta a legítimas diferencias de opinión. Sin duda, cuando tomó la decisión de rechazar —por la combinación de influencias que fuese— las opiniones consagradas de Aristóteles, Galeno y Avicena y después de encontrar lo que le pareció un sustituto satisfactorio de los antiguos dogmas en su propia modificación de la filosofía neoplatónica, no dudó en quemar sus naves.

»Tras desprenderse del galenismo imperante en su época, decidió proclamar y enseñar que las bases de la ciencia médica del futuro debían ser el estudio de la naturaleza, la observación del paciente, la experimentación y la experiencia, en lugar de los dogmas infalibles de unos autores fallecidos mucho tiempo atrás. Con el orgullo y la confianza en sí mismo propios de su entusiasmo juvenil, en el que no tenía cabida la duda, no calculó bien la fuerza tremenda del conservadurismo contra el cual dirigió sus ataques. En todo caso, su experiencia en Basilea lo desengañó, sin duda. A partir de entonces volvió a errar por el mundo —unas veces sumido en la máxima pobreza y otras viviendo con cierto desahogo—, a pesar de su desilusión manifiesta con respecto al éxito inmediato de su campaña, aunque sin dudar jamás de que acabaría por prevalecer, porque, en su opinión, sus nuevas teorías y formas de practicar la medicina estaban en armonía con las fuerzas de la naturaleza, que eran la manifestación de la voluntad de Dios, y terminarían por imponerse.»

Aquel hombre extraño, cuya naturaleza era un cúmulo de contradicciones, cuya tremenda genialidad brillaba como una estrella en medio de la oscuridad filosófica y científica de la Europa medieval y que luchaba contra la envidia de sus colegas y también contra su propio carácter irascible, combatió por el bien de la mayoría contra el dominio de unos pocos. Fue el primero que escribió libros científicos en el lenguaje de la gente corriente, para que todos pudieran leerlos.



DE *VITAE ILLUSTRIUM VIRORUM* DE JOVIUS

SAN ALBERTO MAGNO

Albert de Groot nació alrededor del año 1206 y murió a los setenta y cuatro años de edad. Se ha dicho de él que era «grande en magia, mejor en filosofía y lo máximo en teología». Pertenecía a la orden de los dominicos y fue mentor de santo Tomás de Aquino en alquimia y filosofía. Entre otros puestos importantes, fue obispo de Ratisbona. Fue beatificado en 1622. Alberto era un filósofo aristotélico, astrólogo y un serio estudioso de la medicina y la física. En su juventud lo consideraban deficiente mental, pero su servicio y su devoción sinceros fueron recompensados con una visión en la que se le apareció la Virgen María y le concedió grandes poderes filosóficos e intelectuales. Tras llegar a dominar las ciencias mágicas, emprendió la construcción de un curioso autómata, al que dotó de las facultades del habla y el pensamiento. El Androide —así se llamaba— estaba compuesto de metales y sustancias desconocidas, elegidas según los astros, y dotado de cualidades espirituales mediante fórmulas mágicas e invocaciones. Alberto le dedicó más de treinta años, pero santo Tomás de Aquino pensó que el artefacto era un mecanismo diabólico y lo destruyó, frustrando así el trabajo de toda una vida. A pesar de esto, san Alberto Magno cedió a santo Tomás sus fórmulas alquímicas, incluido —según la leyenda— el secreto de la piedra filosofal.

En una ocasión, Alberto Magno invitó a Guillermo II, conde de Holanda y rey de romanos, a una fiesta en el jardín, en pleno invierno. El suelo estaba cubierto de nieve, pero Alberto había hecho preparar un banquete suntuoso al aire libre en su monasterio de Colonia. Los invitados se quedaron atónitos ante la imprudencia del filósofo, pero, cuando se sentaron a comer, Alberto pronunció unas palabras y la nieve desapareció, el jardín se llenó de flores y pájaros cantores y el aire se entibió con las brisas estivales. En cuanto concluyó el banquete, volvió la nieve, ante el asombro de los nobles reunidos. (Para más información, véase *The Lives of Alchemystical Philosophers*.)

Ni siquiera a su muerte halló reposo Paracelso. Sus huesos fueron desenterrados y vueltos a enterrar una y otra vez. En la lápida de mármol que cubre su tumba se puede leer la siguiente inscripción: «Aquí yace Philip Theophrastus, el famoso doctor en medicina que curó heridas, la lepra, la gota, la hidropesía y otras enfermedades incurables del cuerpo con su maravilloso saber y entregó sus bienes para que fueran repartidos entre los pobres. En el año 1541, a los veinticuatro días del mes de septiembre, cambió la vida por la muerte. Paz a los vivos y descanso eterno a los sepultados».

En *The Life of Paracelsus*, A. M. Stoddart ofrece un testimonio notable del amor que sentían las masas por el gran médico. Con respecto a su tumba, escribe lo siguiente: «Los pobres rezan en ella hasta el día de hoy. El recuerdo de Hohenheim ha "florecido en el polvo" hasta la santidad, porque los pobres lo han canonizado. Cuando el cólera amenazó Salzburgo en 1830, la gente acudió en peregrinación a su monumento y le rezó para que impidiera que entrara en sus casas. El temible azote pasó de largo e hizo estragos en Alemania y en el resto de Austria». Se supone que uno de los primeros maestros de Paracelso fue un alquimista misterioso que se hacía llamar Salomón Trismosin. Nada se sabe con respecto a él, salvo que, tras deambular durante algunos años, consiguió la fórmula de la transmutación y dijo que había fabricado enormes cantidades de oro. En el Museo Británico hay un manuscrito bellamente iluminado de este autor que data de 1582 y se titula *Splendor Solis*. Trismosin sostenía que había vivido hasta los ciento cincuenta años gracias a sus conocimientos de alquimia. En su *Alchemical Wanderings*, una obra que, supuestamente, narra su búsqueda de la piedra filosofal, aparece una afirmación muy significativa: «Estudiad lo que sois, a lo que pertenecéis, lo que conocéis de lo que sois, porque esto es en verdad lo que sois. Lo que hay fuera de vos está también en vuestro interior, así escribió Trismosin».

Ramon Llull

El más famoso de todos los alquimistas españoles nació alrededor del año 1235. Su padre era senescal de Jaime I de Aragón y el joven Ramon creció en la corte, rodeado de las tentaciones y el despilfarro que abundan en lugares semejantes. Más tarde ocupó el mismo puesto que su padre. Una boda acomodada aseguró la posición económica de Ramon, que vivía a lo grande.

Una de las mujeres más hermosas de la corte de Aragón era Donna Ambrosia de Castello, una dama de reconocida virtud y belleza. Ella estaba casada y no le hizo demasiada gracia descubrir que el joven Llull se había enamorado de ella. Dondequiera que ella fuese, Ramon la seguía, hasta que, tras un incidente sin importancia, él le escribió unos versos muy apasionados que tuvieron un efecto muy diferente del esperado. Él recibió una invitación para visitarla y respondió con presteza. Ella le dijo que le parecía justo que él pudiera contemplar algo más

de la belleza sobre la cual escribía unos poemas tan atractivos y, apartando un poco su vestimenta, le reveló que una parte de su cuerpo había sido devorada por el cáncer. Ramon no se recuperó jamás de la impresión, que marcó un cambio radical en su vida: renunció a las frivolidades de la corte y se recluyó.

Poco después, mientras hacía penitencia por sus pecados mundanos, tuvo una visión en la que Cristo le ordenaba que siguiera el camino que Él le indicaría. La visión se repitió más adelante y Ramon no dudó más, repartió sus bienes entre sus familiares y se retiró a una cabaña en la ladera de un monte, donde se puso a estudiar árabe para poder ir a convertir a los infieles. Al cabo de seis años de retiro, emprendió el viaje con un criado musulmán, que, cuando se enteró de que Ramon estaba a punto de atacar la fe de su pueblo, le clavó un cuchillo en la espalda. Ramon no permitió que ejecutaran a quien había intentado asesinarle, aunque posteriormente aquel hombre se ahorcó en prisión.

Cuando recuperó la salud, Ramon se puso a enseñar la lengua árabe a los que pretendían viajar a Tierra Santa y en eso estaba cuando conoció a Arnau de Vilanova, que le enseñó los principios de la alquimia. Como consecuencia de su formación, Ramon aprendió el secreto de la transmutación y la multiplicación de los metales. Continuó su vida errante, que lo condujo a Túnez, donde comenzó a debatir con los maestros mahometanos y a punto estuvo de perder la vida como consecuencia de sus ataques fanáticos contra el mahometismo. Se le ordenó abandonar el país y no regresar nunca más, so pena de muerte. A pesar de las amenazas, volvió a Túnez, pero los habitantes, en lugar de matarlo, se limitaron a deportarlo a Italia.

Un artículo anónimo que se publicó en el número 273 de *Household Words*, una revista dirigida por Charles Dickens, arroja bastante luz sobre la capacidad alquímica de Llull: «Mientras estaba en Viena, [Llull] recibió cartas halagadoras de Eduardo II, rey de Inglaterra, y de Roberto Bruce, rey de Escocia, en las que le suplicaban que fuera a visitarlos. Durante sus viajes también había conocido a John Cremer, abad de Westminster, con quien estableció una fuerte amistad, y, más para complacer a John que al rey, Ramon aceptó ir a Inglaterra. [En el Museo Hermético existe un tratado breve escrito por John Cremer, pero en los anales de Westminster no figura nadie con este nombre.] Cremer sentía un deseo intenso de descubrir el último gran secreto de la alquimia —la manera de hacer el polvo de la transmutación— y Ramon, a pesar de su amistad, nunca se lo había revelado, de modo que Cremer actuó con as-

tucia: no tardó en averiguar qué era lo que Ramon más anhelaba en el fondo de su corazón: convertir a los infieles. Contó maravillas al rey sobre el oro que Llull sabía fabricar y convenció a Ramon, diciéndole que, si el rey Eduardo disponía de los medios necesarios, no costaría demasiado inducirlo a emprender una cruzada contra los musulmanes.

»Ramon había apelado tantas veces a papas y a reyes que ya no confiaba en ellos, a pesar de lo cual, como último recurso, acompañó a Inglaterra a su amigo Cremer. Este lo alojó en su abadía y lo trató con distinción y finalmente Llull le enseñó allí el polvo: el secreto que Cremer anhelaba conocer hacía tanto tiempo. Una vez perfeccionado el polvo, Cremer llevó a Llull ante el rey, que lo recibió como cualquiera recibiría a alguien capaz de proporcionarle infinidad de riquezas. Ramon impuso una sola condición: que el oro que se fabricase no se gastara en los lujos de la corte ni en luchar contra ningún rey cristiano y que el propio Eduardo fuese en persona a luchar contra los infieles. Eduardo le prometió todo y nada.

»Se adjudicaron a Ramon unos aposentos en la Torre y allí nos dice que transmutó más de veinte toneladas de mercurio, plomo y estaño en oro puro, con el cual se acuñaron en la casa de la moneda seis millones de nobles, cada uno de los cuales vale alrededor de tres libras esterlinas al precio actual. Todavía se encuentran en colecciones de anticuarios algunas monedas que, supuestamente, se acuñaron con aquel oro. [A pesar de los esfuerzos desesperados que se han hecho para desmentir estas afirmaciones, las pruebas siguen estando divididas a partes iguales.] A Roberto Bruce le envió un librito titulado *Of the Art of Transmuting Metals*. El doctor Edmund Dickenson narra que, cuando trasladaron el claustro que Ramon ocupaba en Westminster, los obreros encontraron un poco de polvo, con el cual se enriquecieron.

»Durante su residencia en Inglaterra, Llull se hizo amigo de Roger Bacon. Evidentemente, el rey Eduardo no tenía la menor intención de emprender una cruzada. Los aposentos de Ramon en la Torre no eran más que una prisión honrosa y él no tardó en darse cuenta de la situación. Anunció que, por no haber cumplido su promesa, Eduardo no encontraría más que desgracias y sufrimientos, huyó de Inglaterra en 1315 y partió una vez más a predicar a los infieles. Ya era un hombre anciano y ninguno de sus amigos confiaba en volver a verlo nunca más.

»Se dirigió primero a Egipto, después a Jerusalén y de allí por tercera vez a Túnez, donde finalmente encontró el martirio que había desafiado tantas veces. Se le echaron encima y lo lapidaron. Unos comer-

ciantes genoveses se llevaron su cuerpo, en el que distinguieron débiles signos de vida. Lo subieron a bordo de su embarcación, pero, aunque sobrevivió algún tiempo, falleció cuando avistaron Mallorca, el 28 de junio de 1315, a la edad de ochenta y un años. Fue enterrado con honores en la capilla de su familia, en presencia del virrey y de los principales miembros de la nobleza.»

NICOLÁS FLAMEL

En la última parte del siglo XIV vivió en París alguien que se dedicaba a iluminar manuscritos y a preparar escrituras y documentos. Gracias a Nicolás Flamel, el mundo conoce un libro de lo más curioso, que él adquirió por una suma insignificante a un librero con el que mantenía contacto por su profesión de escriba. Conozcamos con sus propias palabras la historia de este documento extraordinario, llamado el *Libro de Abraham el Judío*, tal como la conserva en su obra *El libro de las figuras jeroglíficas*: «Mientras que hasta entonces, yo, Nicolás Flamel, notario, tras la muerte de mis padres me ganaba la vida mediante el arte de la escritura, haciendo inventarios, poniendo cuentas en orden y sumando los gastos de tutores y discípulos, cayó en mis manos, por la suma de dos florines, un libro dorado, muy antiguo y muy grande. No era de papel ni de pergamino, como otros, sino que solo estaba hecho de delicadas cortezas —eso me pareció a mí— de árboles jóvenes. La cubierta era de bronce, bien encuadernada, y llevaba grabadas letras o figuras extrañas; por mi parte creo que bien podrían haber sido caracteres griegos o de algún otro idioma antiguo. Estoy seguro. No podía leerlos y soy consciente de que no eran notas ni letras de los romanos ni de los galos, porque de ellas entendemos un poco.

»En cuanto a su contenido, las hojas de corteza llevaban grabadas y escritas —con admirable diligencia— con una punta de hierro unas letras latinas coloreadas, hermosas y cuidadas. Contenía tres veces siete hojas, porque así estaban contadas en la parte superior de cada una; en la séptima hoja del primer grupo había pintada una virgen con una serpiente que la devoraba; en la séptima hoja del segundo grupo había una cruz con una serpiente crucificada, y en la séptima hoja del último grupo había pintados desiertos, en medio de los cuales había hermosas fuentes, de las que salían montones de serpientes que subían y bajaban y corrían de aquí para allá. En la primera de las hojas estaba escrito en

grandes letras mayúsculas doradas: "Abraham el Judío, príncipe, sacerdote, levita, astrólogo y filósofo, a la nación judía, dispersa por la ira de Dios entre los galos, envía salud". A continuación, estaba llena de grandes imprecaciones y maldiciones —se repetía a menudo la palabra *maran atha*— contra quienquiera que leyera lo que estaba escrito, a menos que fuera un escriba o un religioso ofreciendo un sacrificio.

»El que me vendió aquel libro no sabía lo que valía, ni yo tampoco, en el momento de comprarlo. Pensé que había sido robado o sustraído a los pobres judíos o hallado en alguna parte del lugar antiguo en el que moraban. Dentro del libro, en la segunda hoja, él consolaba a su pueblo, le aconsejaba que evitara los vicios y, sobre todo, la idolatría y que esperara con dulce paciencia la llegada del Mesías, que derrotaría a todos los reyes de la tierra y reinaría con Su pueblo lleno de gloria y por toda la eternidad. No cabe duda de que se trataba de un hombre muy sabio y comprensivo.

»En la tercera hoja y en todas las demás que llevan algo escrito, para ayudar a su pueblo cautivo a pagar los tributos a los emperadores romanos y a hacer otras cosas de las que no hablaré, les enseñaba en palabras corrientes la transmutación de los metales; pintó los recipientes por los lados y les reveló los colores y todo lo demás, salvo el primer agente, del cual no dijo ni una palabra, pero solo —como dijo— en la cuarta y la quinta hoja lo pintó entero y lo representó con muchísima astucia y esmero, de tal modo que, aunque estaba representado y pintado bien y de forma inteligible, no pudiera comprenderlo jamás nadie que no fuera experto en su Cábala, que se transmite por tradición, y que no hubiera estudiado a fondo sus libros.

»Por consiguiente, la cuarta y la quinta hoja no llevaban nada escrito, sino que estaban totalmente llenas de hermosas figuras iluminadas, o como si estuviesen iluminadas, porque el trabajo era exquisito. Primero pintó a un joven con alas en los tobillos, que tenía en la mano un caduceo con dos serpientes enroscadas, con el cual golpeó un casco que le cubría la cabeza. Según mi escaso entendimiento, parecía el dios pagano Mercurio; hacia él se dirigía corriendo y volando con las alas desplegadas un anciano de gran tamaño que llevaba un reloj de arena sujeto sobre la cabeza y en la mano un libro (o una guadaña), como la muerte, con el cual, de forma terrible y furiosa, habría arrancado los pies de Mercurio. Del otro lado de la cuarta hoja pintó una hermosa flor en lo alto de una montaña muy alta y muy castigada por el viento norte; tenía el pie azul, las flores blancas y rojas, las hojas brillantes como el oro

puro y a su alrededor hacían sus nidos y sus moradas los dragones y los grifos septentrionales.

»En la quinta hoja había un hermoso rosal florecido en medio de un jardín agradable, que trepaba por un roble hueco, a cuyos pies hervía una fuente de agua casi blanca, que descendía hacia las profundidades, aunque pasaba primero entre las manos de infinidad de personas que escarbaban la tierra en su busca, pero, como eran ciegas, nadie la reconocía, salvo de vez en cuando una que tenía en cuenta el peso. Del último lado de la quinta hoja había un rey con una espada enorme, que hacía que unos soldados asesinaran en su presencia a una multitud de niños pequeños, cuyas madres lloraban a los pies de los soldados implacables; otros soldados recogían después la sangre de aquellos niños y la ponían en un gran recipiente, en el cual iban a bañarse el sol y la luna.

»Y como esta historia representaba en su mayor parte la de los inocentes que Herodes hizo matar y como en este libro aprendí la mayor parte del arte, esta fue una de las causas por las que puse en su camposanto estos símbolos jeroglíficos de su ciencia secreta. Y así puede ver el lector lo que había en las cinco primeras hojas.

»No voy a presentar al lector lo que estaba escrito en todas las demás hojas en un latín correcto e inteligible, ya que Dios me castigaría por cometer una maldad mayor que la de aquel que —según dicen— quería que todos los hombres del mundo tuviesen una sola cabeza, para poder cortársela de un solo golpe. Al tener conmigo este hermoso libro, no hacía otra cosa —ni de día ni de noche— más que estudiarlo, comprendiendo muy bien todas las operaciones que mostraba, aunque sin saber por dónde empezar, lo cual me ponía apesadumbrado y solitario y me hacía exhalar más de un suspiro. Mi esposa Perrenela, a la que amo como a mí mismo y con la que me había casado hacía poco, estaba muy asombrada, me consolaba y preguntaba de todo corazón si podía de alguna manera librarme de lo que me preocupaba. No pude contenerme y se lo conté y le enseñé este hermoso libro, con el cual, en el preciso instante en que lo vio, se entusiasmó tanto como yo mismo; disfrutó mucho contemplando la hermosa cubierta, los grabados, las imágenes y los retratos, aunque los comprendía tan poco como yo; sin embargo, fue para mí un gran alivio poder hablar con ella y entretenerme pensando en lo que debíamos hacer para poder interpretarlos.»

Nicolás Flamel dedicó muchos años a estudiar aquel libro misterioso. Incluso pintó los dibujos que contenía por todas las paredes de su casa e hizo numerosas copias que enseñó a los eruditos que conocía.

aunque ninguno pudo explicarle su significado secreto. Al final decidió salir a buscar a algún adepto o algún sabio y, tras muchas vueltas, conoció a un médico —llamado el maestro Canches— que se interesó de inmediato por los diagramas y quiso ver el libro original. Emprendieron juntos el viaje a París y por el camino el adepto médico explicó a Flamel muchos de los principios de los jeroglíficos, pero, antes de llegar a destino, el maestro Canches enfermó y murió. Flamel lo enterró en Orleans, pero, como había meditado a fondo sobre la información que había obtenido durante su breve relación, consiguió, con la ayuda de su mujer, encontrar la fórmula para transmutar los metales de baja ley en oro. Llevó a cabo el experimento varias veces y lo consiguió perfectamente. Antes de su muerte, hizo pintar varias figuras jeroglíficas en un arco del cementerio de San Inocencio, en París, donde ocultó la fórmula completa, tal como le había sido revelada a partir del *Libro de Abraham el Judío*.

El conde Bernardo Trevisano

De todos los que buscaron el elixir de la vida y la piedra filosofal, pocos sufrieron tantas decepciones como el conde Bernardo Trevisano, nacido en Padua en 1406 y muerto en 1490, que comenzó a buscar la piedra filosofal y el secreto de la transmutación de los metales cuando apenas tenía catorce años. Dedicó a esta búsqueda no solo una vida, sino también una fortuna. Bernardo pasó de un alquimista y filósofo a otro y cada uno de ellos le reveló su teorema preferido, que él aceptó con ansia y con el cual experimentó, aunque sin obtener jamás el resultado anhelado. Su familia creía que estaba loco y decía que avergonzaba su casa con sus experimentos, que lo iban reduciendo rápidamente a una situación de penuria. Viajó por muchos países con la esperanza de encontrar en lugares distantes algún hombre sabio que pudiese ayudarlo. Por fin lo consiguió y, cuando estaba a punto de cumplir setenta y seis años, le fueron revelados los grandes secretos del elixir de la vida, la piedra filosofal y la transmutación de los metales. Escribió un librito en el que describía los resultados de sus esfuerzos y, aunque solo vivió unos pocos años para disfrutar de su descubrimiento, quedó totalmente satisfecho, porque el tesoro que había encontrado lo compensó de la vida que había dedicado a buscarlo. Un ejemplo de la laboriosidad y la perseverancia que desplegó se puede encontrar en uno de los proce-

sos que probó, por sugerencia de un impostor insensato, para el cual dedicó veinte años a calcinar cáscaras de huevo y casi otro tanto a destilar alcohol y otras sustancias. En la historia de la investigación alquímica, no ha habido jamás ningún discípulo del gran arcano que fuese más paciente y perseverante que él.

Bernardo anunció que el proceso de disolución conseguido por medio del mercurio, en lugar del fuego, era el secreto supremo de la alquimia.

XXXV

La teoría y la práctica de la alquimia

PRIMERA PARTE

La alquimia, el arte secreto de la tierra de Khem, es una de las dos ciencias más antiguas que se conocen en el mundo. La otra es la astrología. Los comienzos de las dos se remontan a la oscuridad de los tiempos prehistóricos. Según los documentos más viejos que se conservan, la alquimia y la astrología fueron reveladas por Dios a los hombres para que, con su ayuda, recuperasen el patrimonio que habían perdido. Según las viejas leyendas que conservaban los rabinos, el ángel que estaba a la entrada del Edén enseñó a Adán los misterios de la Cábala y de la alquimia y le prometió que, cuando la raza humana dominase con maestría la sabiduría secreta oculta en aquellas artes inspiradas, la maldición de la fruta prohibida desaparecería y el hombre podría volver a entrar en el jardín del Señor. Así como el hombre se puso «túnicas de piel» (el cuerpo físico) en el momento de su caída, también llevó consigo aquellas ciencias sagradas a los mundos inferiores, encarnados en vehículos densos a través de los cuales sus naturalezas espirituales trascendentales ya no podían manifestarse y, por consiguiente, se consideraron muertas o perdidas.

El cuerpo terrenal de la alquimia es la química, porque los químicos no se dan cuenta de que la mitad de la Torá está oculta para siempre tras el velo de Isis (véase el Tarot) y que, mientras se limiten a estudiar los elementos materiales, en el mejor de los casos no descubrirán más que la mitad del misterio. La astrología ha cristalizado en la astronomía, cuyos incondicionales se burlan de los sueños de los profetas y los sabios antiguos y consideran sus símbolos productos disparatados de la superstición. Sin embargo, la intelectualidad del mundo moderno no

puede pasar nunca al otro lado del velo que separa lo visible de lo invisible, salvo de la manera indicada: los Misterios.

¿Qué es la vida? ¿Qué es la inteligencia? ¿Qué es la fuerza? A solucionar estos problemas consagraron los antiguos sus templos del saber. ¿Quién dirá que no respondieron a estas preguntas? ¿Quién reconocería las respuestas, si las hubiera? ¿Es posible que, oculta tras los símbolos de la alquimia y la astrología, haya una sabiduría tan abstrusa que la mente de esta raza no esté capacitada para concebir sus principios?

Los caldeos, los fenicios y los babilonios estaban familiarizados con los principios de la alquimia, al igual que muchas de las razas orientales primitivas. Se practicaba en Grecia y en Roma y era la ciencia superior de los egipcios. Khem era el nombre antiguo de la tierra de Egipto y las dos palabras —al*quim*ia y *quím*ica— son un recordatorio permanente de la prioridad del conocimiento científico de Egipto. Según los escritos fragmentarios de aquellos pueblos antiguos, para ellos la alquimia no era un arte especulativo, sino que estaban absolutamente convencidos de que se podían multiplicar los metales; a la vista de sus reiteraciones, tanto el erudito como el materialista debe-



COPIADO DE UN MANUSCRITO ORIGINAL QUE DATA DE 1577

LAS HOJAS DEL ÁRBOL SAGRADO DE HERMES

En su *Key to Alchemy*, Samuel Norton divide en catorce partes los procesos o estados por los que pasan las sustancias alquímicas desde que se colocan por primera vez en el tubo de ensayo hasta que se pueden usar como medicina para las plantas, los minerales o los seres humanos:

1. Solución: el acto de pasar de un estado gaseoso o sólido a uno líquido.
2. Filtrado: la separación mecánica entre un líquido y las partículas no disueltas que están en suspensión.
3. Evaporación: el cambio o transformación de un estado líquido o sólido a uno de vapor con ayuda del calor.
4. Destilación: operación por la cual un líquido volátil se puede separar de las sustancias que contiene en solución.
5. Separación: la operación de desunir o descomponer sustancias.
6. Rectificación: el proceso de refinar o purificar cualquier sustancia mediante varias destilaciones.
7. Calcinación: la transformación en polvo o cal por acción del calor; expulsión de la sustancia volátil de una materia.
8. Amecer: la mezcla de distintos ingredientes en un solo compuesto o masa.
9. Purificación (mediante la putrefacción): desintegración por medio de la descomposición espontánea; descomposición por medios artificiales.
10. Inhibición: el proceso de contención o restricción.
11. Fermentación: la transformación de sustancias orgánicas en nuevos compuestos en presencia de un fermento.
12. Fijación: el acto o proceso de dejar de ser fluido para volverse firme; estado de firmeza.
13. Multiplicación: el acto o proceso de multiplicarse o aumentar de número; estado de multiplicarse.
14. Proyección: el proceso de transmutar en oro los metales de baja ley.

rían tratar con más amabilidad los teoremas alquímicos. Los evolucionistas atribuyen el desarrollo de las artes y las ciencias al aumento de la inteligencia del hombre prehistórico, mientras que los que tienen un punto de vista más trascendentalista prefieren considerarlas revelaciones directas de Dios.

Se han propuesto muchas soluciones interesantes al enigma del origen de la alquimia. Una de ellas es que quien reveló la alquimia a los hombres fue el misterioso semidiós egipcio Hermes Trismegisto. A esta figura sublime, que mira a través de las nieblas del tiempo y lleva en la mano la esmeralda inmortal, atribuyen los egipcios la autoría de todas las artes y las ciencias. En su honor, todo el conocimiento científico se ha reunido bajo el título general de «artes herméticas». Cuando el cuerpo de Hermes fue sepultado en el valle de Hebro (o Hebrón), la esmeralda divina fue enterrada con él. Muchos siglos después, la esmeralda fue hallada, según una versión, por un iniciado árabe y, según otra, por Alejandro Magno, rey de Macedonia. Gracias al poder de aquella esmeralda, sobre la cual estaban las misteriosas inscripciones de Hermes tres veces grande —en total eran trece oraciones—, Alejandro conquistó todo el mundo conocido por aquel entonces. Sin embargo, al no haberse conquistado a sí mismo, al final fracasó. Sin tener en cuenta su esplendor y su poder, se cumplieron las profecías de los árboles parlantes y Alejandro fue segado en pleno triunfo. (Persisten los rumores con respecto a que Alejandro era un iniciado de alto orden, que fracasó porque no pudo resistir las tentaciones del poder.)

E. Y. Kenealy cita el *Cosmodromium of Doctor Gobelin Persona* para describir el incidente de Alejandro con los árboles parlantes, ante cuya presencia dicen que fue conducido el rey de Macedonia durante su campaña en India. «Entonces marchó Alejandro en otras direcciones igual de peligrosas; en una ocasión, a lo alto de las montañas y, en otra, a través de valles oscuros, en los cuales su ejército fue atacado por serpientes y animales salvajes, hasta que, al cabo de trescientos días, llegó a una montaña muy agradable, en cuyas laderas colgaban cadenas o cuerdas de oro. Aquella montaña tenía dos mil cincuenta escalones del zafiro más puro, mediante los cuales se podía ascender hasta la cima, y cerca de allí acampó Alejandro. Un día, él y sus doce príncipes subieron por dichos escalones hasta la cima de la montaña, donde encontraron un palacio de una hermosura maravillosa, con doce puertas y setenta ventanas del oro más puro, que se llamaba el Palacio del Sol, dentro del cual había un templo totalmente de oro, delante de cuyas puertas había

vides con racimos de carbúnculos y perlas. Cuando Alejandro y sus príncipes entraron en el palacio, hallaron en él a un hombre acostado en una cama de oro: tenía un aspecto majestuoso y bello y su cabeza y su barba eran blancas como la nieve. Alejandro y sus príncipes hincaron la rodilla delante del sabio, que habló con estas palabras: "Alejandro, verás ahora lo que ningún hombre terrenal ha visto ni oído jamás." A lo cual, Alejandro respondió: "Oh, bienaventurado sabio, ¿cómo es que me conocéis?". El sabio respondió: "Antes de que la ola del diluvio cubriera la faz de la tierra, conocía yo tus obras —y añadió—: ¿Quieres ver ahora los árboles más sagrados del Sol y la Luna, que anuncian todas las cosas futuras?". Alejandro respondió: "Bien está, señor mío; mucho ansiamos verlos". [...]

»Entonces dijo el sabio: "Quitaos vuestros anillos y adornos y vuestros zapatos y seguidme". Así lo hizo Alejandro, que, tras elegir a tres de los príncipes, ordenó a los otros que esperaran su regreso y, siguiendo al sabio, llegó hasta los árboles del Sol y de la Luna. El árbol del Sol tenía hojas de oro rojo y el árbol de la Luna tenía hojas de plata, y los dos eran enormes. Alejandro, por sugerencia del sabio, preguntó a los árboles si regresaría triunfante a Macedonia, a lo que los árboles respondieron que no, pero que viviría un año y ocho meses más y que después moriría por culpa de una bebida envenenada. Cuando preguntó quién le daría el veneno, no obtuvo respuesta y el árbol de la Luna le dijo que su madre, después de una muerte vergonzosa y desdichada, no sería sepultada hasta después de bastante tiempo, pero que sus hermanas serían felices.» (Véase *The Book of Enoch, The Second Messenger of God.*)

Es muy probable que los llamados «árboles parlantes» no fuesen más que tiras de madera con tablas de letras encima, mediante las cuales se evocaba a los oráculos. En una época se llamaba así a los libros escritos sobre madera. Al desconocimiento del continente perdido de la Atlántida se debe, de forma directa, la dificultad para determinar el origen de la alquimia. El Gran Arcano era el secreto más preciado de la clase sacerdotal atlante. Cuando se hundió la tierra de Atlas, los hierofantes del Misterio del fuego llevaron su fórmula a Egipto, donde permaneció durante siglos en poder de los sabios y los filósofos. Poco a poco fue entrando en Europa, donde sus secretos aún se conservan intactos. Para los que no están de acuerdo con la leyenda de Hermes y su Tabla de Esmeralda, los doscientos ángeles que descendieron sobre las montañas —así los describe el profeta Enoch— fueron los primeros instructores en el arte alquímico. De todos modos, fuera cual fuese su

origen, correspondió a los sacerdotes egipcios preservar la alquimia para el mundo moderno. Por el color de su tierra, Egipto recibe el nombre de «el imperio negro» y en el Antiguo Testamento se lo llama «la tierra de la oscuridad». Debido a que su origen tal vez estuviese allí, hace mucho que la alquimia se conoce como «el arte negro», pero no en el sentido de malignidad, sino en el de la oscuridad que siempre ha rodeado sus procedimientos secretos.

Durante la Edad Media, la alquimia fue no solo una filosofía y una ciencia, sino también una religión. Los que se rebelaban contra las limitaciones religiosas de su tiempo ocultaron sus enseñanzas filosóficas tras la alegoría de la fabricación del oro. De este modo, preservaban su libertad personal y, en lugar de perseguirlos, se burlaban de ellos. La alquimia es un arte triple y su misterio se puede representar por medio de un triángulo. Su símbolo es tres veces tres: tres elementos o procesos en tres mundos o esferas. Lo de 3 veces 3 forma parte del misterio del grado 33 de la masonería, porque 33 es 3 veces 3, que es 9, el número del hombre esotérico y el número de emanaciones de la raíz del árbol divino. Es el número de mundos que nutren los cuatro ríos que salen de la boca divina como *verbum fiat*. Detrás del llamado simbolismo de la alquimia se esconde un concepto magnífico, porque aquel oficio ridiculizado y despreciado aún conserva intacta la triple llave de las puertas de la vida eterna. Por consiguiente, teniendo en cuenta que la alquimia es un misterio en tres mundos —el divino, el humano y el elemental—, es fácil apreciar por qué los sabios y los filósofos crearon y desarrollaron una alegoría compleja para ocultar su sabiduría.

La alquimia es la ciencia de la multiplicación y se basa en el fenómeno natural del crecimiento. «De la nada, nada procede» es un dicho muy antiguo. La alquimia no es el proceso de fabricar algo a partir de la nada, sino el proceso de incrementar y mejorar lo que ya existe. Si un filósofo dijera que se puede crear un hombre vivo a partir de una piedra, es probable que una persona no preparada exclamara: «¡Imposible!», con lo cual revelaría su ignorancia, porque el sabio sabe que en toda piedra está la semilla del hombre. Un filósofo podría decir que se puede crear un universo a partir de un hombre, aunque el tonto lo calificaría de imposible, sin darse cuenta de que el hombre es una semilla que puede dar lugar a un universo.

Dios es el interior y el exterior de todas las cosas. El Uno Supremo se manifiesta mediante el crecimiento, que es un impulso de dentro hacia fuera, una lucha por la expresión y la manifestación. No es mayor el

milagro que consigue el alquimista cuando hace crecer y multiplicar el oro que el que consigue una diminuta semilla de mostaza cuando produce un arbusto que supera muchos miles de veces su propio tamaño. Si una semilla de mostaza produce cien mil veces su propio tamaño y su propio peso cuando se planta en una sustancia totalmente diferente (la tierra), ¿por qué no se va a poder multiplicar cien mil veces, por obra de arte, la semilla del oro cuando es plantada en su tierra (los metales de baja ley) y alimentada artificialmente mediante el proceso secreto de la alquimia?

La alquimia enseña que Dios está en todo, que es Un Espíritu Universal que se manifiesta en infinidad de formas. Dios, por consiguiente, es la semilla espiritual plantada en la tierra oscura (el universo material). Por obra de arte, es posible cultivar y expandir tanto esta semilla que todo el universo de la sustancia se «tiñe» de ella y se convierte en lo que la semilla es: oro puro. En la naturaleza espiritual del ser humano, esto se denomina «regeneración»; en el cuerpo material de los elementos, se denomina «transmutación». Lo mismo que sucede en el universo espiritual y el material ocurre en el mundo intelectual. No se puede transmitir sabiduría a un idiota, porque no lleva en su interior la semilla de la sabiduría, aunque sí que se puede transmitir a un ignorante, por mucho que lo sea, porque la semilla de la sabiduría existe en su interior y se puede desarrollar mediante el arte y la cultura. Por consiguiente, un filósofo no es más que un ignorante en cuya naturaleza se ha producido una proyección.

A través del arte (el proceso de aprendizaje), toda la masa de los metales de baja ley (la masa mental de la ignorancia) se transmutaba en oro puro (la sabiduría), al «teñirse» de conocimiento. Por consiguiente, si, mediante la fe y la proximidad a Dios, la conciencia del hombre se puede transmutar a partir de los deseos animales básicos (representados por las masas de los metales planetarios) en una conciencia pura, dorada y piadosa, iluminada y redimida, y el Dios que se manifiesta en su interior puede aumentar a partir de una chispa diminuta hasta convertirse en un Ser inmenso y glorioso y si también los metales de baja ley de la ignorancia mental pueden, con el esfuerzo y el entrenamiento adecuados, transmutarse en genio trascendente y sabiduría, ¿por qué el proceso que tiene lugar en dos mundos o esferas de aplicación no va a ser igual de válido en el tercero? Si tanto los elementos espirituales como los mentales del universo se pueden multiplicar en su expresión, por la ley de analogía también se pueden multiplicar los elementos

materiales del universo, si se puede averiguar cuál es el proceso necesario.

Lo que es válido en lo superior también es válido en lo inferior. Si la alquimia es un gran hecho espiritual, también es un gran hecho material. Si se puede producir en el universo, se puede producir en el hombre; si se puede producir en el hombre, puede tener lugar en las plantas y los minerales. Si algo crece en el universo, todo crece en el universo. Si una cosa se puede multiplicar, todas las cosas se pueden multiplicar, «porque lo superior concuerda con lo inferior y lo inferior concuerda con lo superior». Sin embargo, así como el camino de la redención del alma está oculto en los Misterios, los secretos de la redención de los metales también están escondidos, para que no caigan en las manos de los profanos y, de ese modo, se perviertan.

Si alguien quiere hacer crecer los metales, primero tiene que aprender los secretos de los metales: debe darse cuenta de que todos los metales —como todas las piedras, las plantas, los animales y los universos— crecen a partir de semillas y que tales semillas ya están en el cuerpo de la Sustancia (el vientre de la virgen del mundo), porque la semilla del hombre está en el universo antes de que nazca (o crezca) y, así como la semilla de la planta existe para siempre, aunque la planta solo viva una parte de ese tiempo, las semillas del oro espiritual y el oro material están siempre presentes en todas las cosas. Los metales crecen a lo largo de los siglos, porque el sol les transmite vida. Su crecimiento es imperceptible y adopta la forma de pequeñas matas, porque todo crece de alguna manera: lo único que difiere es el método de crecimiento, en función del tipo y la magnitud.

Uno de los grandes axiomas es el siguiente: «En todo está la semilla de todo», aunque, por los procesos sencillos de la naturaleza, es posible que quede latente durante muchos siglos o que su crecimiento sea sumamente lento. Por consiguiente, cada granito de arena no solo contiene la semilla de los metales preciosos y la semilla de las piedras preciosas de incalculable valor, sino también la del sol, la luna y las estrellas. Así como dentro de la naturaleza del hombre se refleja todo el universo en miniatura, en cada granito de arena, en cada gota de agua, en cada partícula diminuta de polvo cósmico se esconden todas las partes y los elementos del cosmos en forma de gérmenes minúsculos, tan diminutos que ni el microscopio más potente puede detectarlos. Estas semillas irreconocibles e incomprensibles, que son billones de veces más pequeñas que un ión o un electrón, aguardan el momento

A Table of Chymicall & Philosophicall Characters wth their signi fications as they are usually found in Chymicall Authors both printed & manuscript.

Saturne Lead

Jupiter Tinne

Mars Iron

Sol Gould

Venus Copper

Mercury Quicksilver

Luna Silver

DE THE LAST WILL AND TESTAMENT OF BASIL VALENTINE

TABLA DE SÍMBOLOS ALQUÍMICOS MEDIEVALES

Los herméticos utilizaban los extraños símbolos que aparecen en esta tabla singular para representar diversos elementos químicos y procesos alquímicos. Nunca se ha revelado todo el significado de estos caracteres tan raros, que esconden muy bien en sus propias formas los secretos ocultos relacionados con la naturaleza espiritual de los metales y los elementos que representan.

En sus alegorías, los alquimistas empleaban también emblemas humanos, animales y vegetales; a veces figuras compuestas increíbles, como el dragón, la serpiente alada, el unicornio y el fénix. En casi todos los casos representaban el oro como un rey con una corona en la cabeza y a menudo con un cetro en la mano, a veces aparecía con la cara del disco solar rodeada de rayos. La plata se representaba como una mujer a la que llamaban la reina. No llevaba corona, pero a menudo estaba de pie sobre una media luna, como la Virgen. Mercurio se representaba como un joven alado, a menudo con dos cabezas, llevando serpientes o algunas veces el caduceo. El plomo se representaba mediante un anciano con una guadaña en la mano; el hierro, con un soldado con armadura. El *aqua fortis* recibía el curioso nombre de «el estómago del avestruz» y a la consecución de la «gran obra» le asignaban el símbolo del fénix sentado en un nido de fuego. Para representar la unión de los elementos utilizaban una boda; para el proceso de putrefacción, una calavera, y para el antimonio, un dragón.

que les corresponde para crecer y manifestarse. (Piénsese en las mónadas de Leibniz.)

Existen dos métodos para conseguir el crecimiento. El primero es mediante la naturaleza, un alquimista que siempre logra lo que parece imposible. El segundo es mediante el arte, gracias al cual se obtiene en relativamente poco tiempo lo que la naturaleza tarda períodos casi interminables en repetir. El filósofo auténtico, que desea producir la *magnum opus*, basa su conducta en el modelo que le brindan las leyes de la naturaleza, porque reconoce que el arte de la alquimia no es más que un método copiado de la naturaleza, pero que, gracias a determinadas fórmulas secretas, se acorta muchísimo, al intensificarse en la misma proporción. Para producir sus milagros, la naturaleza tiene que actuar de forma extensiva o intensiva. Los procesos extensivos de la naturaleza son los que se emplean para transmutar la brea del negro de carbón en diamantes y hacen falta millones de años para que se endurezcan naturalmente. El proceso intensivo es el arte, que siempre está al fiel servicio de la naturaleza —como dice el doctor A. Dee—, la completa en todos sus pasos y colabora con ella de todas las formas. «Por consiguiente, en este trabajo filosófico, la naturaleza y el arte deberían ir muy unidos, para que el arte no requiera lo que la naturaleza niega ni la naturaleza niegue lo que el arte puede perfeccionar, porque la naturaleza, al asentir, se degrada sumisamente ante cada artista, mientras que la laboriosidad de ellos la ayuda, en lugar de ser un obstáculo.» (Doctor A. Dee en *The Chemical Collections*.)

Por medio de este arte se puede hacer germinar la semilla que está dentro del alma de la piedra con tanta intensidad que en pocos instantes se forme un diamante a partir de su propia semilla. Si la semilla del diamante no estuviera en el mármol, el granito y la arena, no podría nacer de ellos un diamante, pero, como la semilla está dentro de todas estas cosas, se puede hacer un diamante de cualquier otra sustancia del universo. No obstante, en algunas sustancias es más fácil hacer este milagro, porque en ellas estos gérmenes ya han sido fecundados hace mucho y, por consiguiente, están más preparadas para el proceso vivificante del arte. Asimismo, es más fácil enseñar la sabiduría a algunos hombres que a otros, porque algunos ya tienen una base sobre la cual trabajar, mientras que otros tienen la capacidad de pensar totalmente aletargada. Por consiguiente, la alquimia se debería considerar el arte de incrementar y hacer florecer a la perfección y con la máxima celeri-

dad posible. La naturaleza puede alcanzar el objetivo que se propone o. debido a la destructividad que uno de los elementos ejerce sobre otro. tal vez no: sin embargo. con la ayuda del verdadero arte, la naturaleza siempre alcanza su objetivo. porque este arte no está sujeto a los desgastes del tiempo ni al vandalismo de las reacciones elementales.

En *A History of Chemistry*, James Campbell Brown. antiguo profesor de química de la Universidad de Liverpool, resume en los párrafos siguientes los fines que perseguía la alquimia:

> Este era. pues, el objetivo general de los alquimistas: llevar a cabo en el laboratorio. en la medida de lo posible, el proceso que la naturaleza llevaba a cabo en el interior de la tierra. Ocupaban su atención siete problemas principales:
>
> 1. La preparación de un compuesto llamado elixir. panacea universal o piedra filosofal, que poseyera la propiedad de transmutar los metales de baja ley en oro y plata y de realizar muchas otras operaciones maravillosas. [...]
> 2. La creación de homúnculos o seres vivos, acerca de los cuales se cuentan muchas historias maravillosas, pero increíbles.
> 3. La preparación del alcaesto o disolvente universal, que disolviese cualquier sustancia que se sumergiera en él. [...]
> 4. La palingenesia o la regeneración de una planta a partir de sus cenizas. Si lo hubiesen conseguido, habrían albergado la esperanza de resucitar a los muertos. [El profesor Brown da por descontadas muchas cosas.]
> 5. La preparación de *spiritus mundi*, una sustancia mística que tenía numerosos poderes, el principal de los cuales era su capacidad para disolver el oro.
> 6. La extracción de la quintaesencia o principio activo de todas las sustancias.
> 7. La preparación de *aurum potabile*, oro líquido, un remedio supremo. porque, como el oro es, en sí mismo. perfecto. podría producir la perfección en el cuerpo humano.

El simbolismo alquímico

En alquimia hay tres sustancias simbólicas: el mercurio, el azufre y la sal, a las cuales se añadió un cuarto principio vital misterioso llamado *azoth*. Acerca de los tres primeros, Von Welling ha escrito lo siguiente: «Hay tres sustancias químicas básicas, que los filósofos llaman sal, azufre y mercurio, pero que no se deben confundir de ninguna manera con la sal, el azufre ni el mercurio ordinarios que se extraen de la tierra o se compran al boticario. Cada una de ellas tiene una naturaleza trina. porque cada una de estas sustancias en realidad también contiene a las otras dos, según el arcano secreto de los sabios. El cuerpo de la sal es, por consiguiente, triple: a saber: sal, azufre y mercurio; pero en el cuer-

po de la sal predomina una de ellas: la sal. Asimismo, el mercurio está compuesto por sal, azufre y mercurio y en él predomina este último. Lo mismo ocurre con el azufre, que en realidad es sal, azufre y mercurio, con predominio del azufre. Estas nueve divisiones —3 veces 3—, más el *azoth* (la misteriosa fuerza vital universal), suman 10: la década sagrada de Pitágoras. Con respecto a la naturaleza del *azoth* hay mucha controversia. Para algunos es el fuego eterno invisible; para otros, la electricidad, y según otros, el magnetismo. Los trascendentalistas se refieren a él como la luz astral.

»El universo está rodeado por la esfera de las estrellas, más allá de la cual está la esfera de Schamayin, que es el agua ardiente divina, la primera efusión de la Palabra de Dios, el río llameante que sale de la presencia de lo eterno. Schamayin, el agua ardiente andrógina, divide. El fuego se convierte en el fuego solar y el agua se convierte en el agua lunar. Schamayin es el mercurio universal —a veces llamado *azoth*—, el espíritu inconmensurable de la vida. El agua ardiente espiritual original —Schamayin— procede del Edén —en hebreo, «vapor»— y se vuelca en los cuatro ríos principales [los elementos]. Este es el río del agua viva. *Azoth* [la esencia mercurial ardiente], que fluye desde el trono de Dios y el cordero. En este Edén [esencia vaporosa o neblina] está la tierra espiritual [incomprensible e intangible] o el polvo, *afar*, con el cual Dios hizo a *Adam min Haadamah*, el cuerpo espiritual del hombre, un cuerpo que en algún momento se tiene que poner de manifiesto.»

En otra parte de sus escritos, Von Welling dice también que el universo material no existió hasta que Lucifer intentó realizar la alquimia cósmica y dio un mal uso a Schamayin, o el fuego divino. Para restablecer el Schamayin que Lucifer había distorsionado, se formó este universo como un medio para liberarlo de la nube oscura dentro de la cual había quedado encerrado cuando Lucifer no pudo controlarlo. Estas afirmaciones ponen de manifiesto sin ninguna duda que para los primeros filósofos la Biblia era un libro de fórmulas químicas y alquímicas. Es fundamental tener esto presente en todo momento. ¡Pobre del buscador de la verdad que acepte al pie de la letra las alegorías intrincadas de los alquimistas, porque jamás podrá ingresar en el sanctasanctórum de la verdad! Elias Ashmole, en su *Theatrum Chemicum Britannicum*, describe de este modo los métodos empleados por los alquimistas para ocultar sus verdaderas doctrinas: «Su estudio principal consistía en envolver sus secretos en fábulas y en prolongar sus fantasías con velos y sombras, cuyos radios parecen extenderse

por doquier, aunque convergen en un centro común y apuntan exclusivamente a una sola cosa».

El hecho de que las Escrituras revelan un conocimiento oculto —aunque considerado alegórico— se demuestra con toda claridad en una parábola que describe al rey Salomón, sus esposas, sus concubinas y sus vírgenes y que aparece en *Geheime Figuren der Rosenkreuzer*, publicado por Ultona en 1785. El doctor Hartmann, que tradujo parte de esta obra al inglés, decía que las esposas de Salomón representaban a las artes; las concubinas, a las ciencias, y las vírgenes, a los secretos de la naturaleza que aún no habían sido revelados. Por orden del rey, las vírgenes se veían obligadas a quitarse el velo, lo que significa que, mediante la sabiduría (Salomón) se obligaba a las artes místicas a revelar al filósofo sus partes ocultas, mientras que, para el mundo no iniciado, solo eran visibles las prendas exteriores. (Este es el misterio del velo de Isis.)

Como el alquimista, si quiere alcanzar la *magnum opus*, debe desempeñar su trabajo en cuatro mundos de forma simultánea, una tabla que muestre las analogías de los tres principios en los cuatro mundos puede aclarar la relación de las distintas partes entre sí. Los primeros maestros del arte del simbolismo alquímico no normalizaron los símbolos ni los términos que empleaban, de modo que había que estar muy familiarizado con el tema y, además, poseer bastante intuición para desentrañar algunas de sus afirmaciones enigmáticas. La tercera y la cuarta división de la tabla siguiente tienen versiones alternativas, porque algunos autores no distinguían con claridad entre el espíritu y el alma. Según las Escrituras, el espíritu es indestructible, pero el alma es destructible, de modo que resulta evidente que no son sinónimos. Se indica con claridad que «el alma que peque es la que morirá», mientras que «el espíritu vuelve a Dios, que es quien lo otorgó». La tabla de analogías —lo más aproximadas posible— es la siguiente:

El poder trino en cuatro mundos

Mundo de	Padre	Hijo	Madre
1. Dios	Padre	Hijo	Espíritu Santo
2. hombre	espíritu	alma	cuerpo
3. elementos	aire	fuego	agua
4. sustancias químicas	mercurio	azufre	sal

Las versiones alternativas de 3 y 4 son:

MUNDO DE	PADRE	HIJO	MADRE
3. elementos	fuego	aire	agua
4. sustancias químicas	azufre	mercurio	sal

Paracelso hizo una distribución diferente, en cierto modo aristotélica, en la cual se omiten las tres fases del Dios trino y solo se combinan los elementos del segundo, el tercero y el cuarto mundo.

MUNDO DE	PADRE	HIJO	MADRE
2. hombre	espíritu	alma	cuerpo
3. elementos	aire	agua	tierra
4. sustancias químicas	azufre	mercurio	sal

Sin embargo, lo fundamental queda demostrado: que los filósofos alquímicos utilizaban el símbolo de la sal, el del azufre y el del mercurio para representar no solo sustancias químicas, sino el principio espiritual e invisible de Dios, el hombre y el universo. Al sumar las tres sustancias (sal, azufre y mercurio) que existen en los cuatro mundos —como se muestra en la tabla—, el resultado es el número sagrado 12. Como estos 12 son los fundamentos de la Gran Obra, en el Apocalipsis los llaman las doce piedras angulares de la ciudad sagrada. Siguiendo la misma idea, Pitágoras afirmaba que el dodecaedro, el cuerpo geométrico simétrico de doce caras, era la base del universo. ¿No habrá también alguna relación entre este misterioso 3 veces 4 y los cuatro grupos de tres que, según la leyenda del tercer grado de la masonería, van a los cuatro ángulos del querubín, la criatura compuesta de cuatro partes?

La tabla de la página siguiente muestra los ángulos a los que van los grupos de tres (sal, azufre y mercurio) en busca de Juram.

Hay otro cuadro que tendría interés para los estudiosos masónicos: uno que muestra la relación entre las tres sustancias (sal, azufre y mercurio) y determinados símbolos que los masones conocen. Esta tabla también tiene una versión alternativa, en función de la combinación de

LAS CUATRO «ESQUINAS» DE LA CREACIÓN	ESTE	SUR	OESTE	NORTE
Los signos fijos del Zodíaco	Acuario	Leo	Escorpio	Tauro
Las partes del querubín	hombre	león	águila	toro
Las cuatro estaciones	primavera	verano	otoño	invierno
Las edades del hombre	infancia	juventud	madurez	ancianidad
Las etapas de la existencia	nacimiento	desarrollo	madurez	decadencia
Las partes de la constitución humana	espíritu	alma	mente	cuerpo
Los cuatro elementos	aire	fuego	agua	tierra

los principios filosóficos, que resultan difíciles —si no imposibles— de separar en orden cronológico.

1. Las tres luces	fuego estelar	fuego solar	fuego lunar
2. Los tres grandes maestros	Juram	Salomón	Juram de Tiro
3. Los cuerpos geométricos	esfera	pirámide	cubo
4. Sustancias alquímicas	mercurio	azufre	sal

La versión alternativa del número 2 es la siguiente:

2. Los tres grandes maestros	Salomón	Juram	Juram de Tiro

En la alquimia se encuentra una vez más la perpetuación del Misterio universal, porque tan seguro es que Jesús murió en la cruz, Juram en la puerta occidental del templo, Orfeo a orillas del Hebro, Christna a orillas del Ganges y Osiris en el ataúd que le preparó Tifón, como que en alquimia no se puede conseguir la Gran Obra si antes no mueren los elementos. Las etapas de los procesos alquímicos se pueden encontrar en la vida y en las actividades de casi todos los salvadores y los maes-

tros del mundo y también en las mitologías de varias naciones. Se dice en la Biblia que «el que no nazca de lo alto [renazca] no puede ver el reino de Dios» y en alquimia se sabe que, sin putrefacción, no se puede conseguir la Gran Obra. ¿Qué es lo que muere en la cruz, es enterrado en la tumba de los Misterios y muere también en la retorta y se vuelve negro al pudrirse? Además, ¿qué es lo que hace exactamente lo mismo en la naturaleza del hombre para que este pueda resurgir, como el fénix, de sus propias cenizas (*caput mortuum*)?

La solución que hay en la retorta alquímica, si se digiere durante un tiempo determinado, se convierte en un elixir rojo, llamado «panacea universal». Parece un agua ardiente y es luminoso en la oscuridad. Durante el proceso de digestión, pasa por muchos colores y, por la iridiscencia que tiene durante uno de los períodos de su digestión, lo llaman «pavo real». Si se incrementan demasiado sus poderes, el tubo de ensayo que contiene la sustancia explota y se hace polvo. Esto suele ocurrir y es el mayor peligro que entraña la preparación de la panacea para los hombres y los metales. Si se llega demasiado lejos, también se puede filtrar a través del cristal, ya que ningún recipiente físico es tan fuerte como para contenerlo, porque ha dejado de ser una sustancia y se ha convertido en una esencia divina que participa del poder de compenetración de la divinidad. Cuando está bien desarrollado, este disolvente universal en forma líquida disolverá en sí mismo todos los demás metales. En este estado elevado, la sal universal es un fuego líquido. Si esta sal se disuelve en la cantidad adecuada de cualquier metal y pasa por las distintas etapas de la digestión y la rotación de aumentos, al final se convierte en un remedio para la transmutación de los metales inferiores.

En *The True Way of Nature*, de Hermes Trismegisto, difundido por un masón auténtico, I. C. H., se describe el riesgo de aumentar en exceso la sal universal: «Sin embargo, esta multiplicación no se puede seguir llevando a cabo ad infinítum, porque se completa en la novena rotación, ya que, cuando esta tintura ha sido rotada nueve veces, ya no se puede elevar más, porque no permite más separación; en cuanto percibe, aunque sea el grado mínimo de fuego material, se transforma instantáneamente en un fundente y atraviesa el vidrio, como el aceite caliente atraviesa el papel».

En la clasificación de los procesos por los que deben pasar los elementos químicos antes de producir el remedio hermético, resulta evidente la falta de uniformidad terminológica, porque en *The True Way of Nature* se mencionan siete etapas, mientras que en el *Dictionnaire*

mytho-hermétique figuran doce, que están vinculadas con los signos del Zodíaco de una manera que vale la pena tener en cuenta.

1. Aries, calcinación	5. Leo, digestión	9. Sagitario, incineración
2. Tauro, congelación	6. Virgo, destilación	10. Capricornio, fermentación
3. Géminis, fijación	7. Libra, sublimación	11. Acuario, multiplicación
4. Cáncer, disolución	8. Escorpio, separación	12. Piscis, proyección

Esta disposición abre un campo interesante de especulación, que puede ser de gran utilidad, si se lleva a cabo con inteligencia. Estos doce «pasos» que conducen a la consecución de la *magnus opus* recuerdan los doce grados de los antiguos Misterios rosacruces. Hasta cierto punto, el rosacrucismo consistía en teologizar sobre química o filosofar sobre alquimia. Según los Misterios, el hombre se redimía al pasar sucesivamente por las doce mansiones de los cielos. Los doce procesos mediante los cuales se puede descubrir la «esencia secreta» recuerdan por fuerza al estudioso a los doce compañeros que se envían a buscar al constructor del universo asesinado, el Mercurio universal.

Según Salomón Trismosin, las etapas que atraviesa la materia en su trayecto hacia la perfección se dividen en veintidós partes, cada una de las cuales se representa mediante el dibujo que le corresponde. Hay una conexión importante entre los veintidós emblemas de Trismosin, los veintidós arcanos mayores del Tarot y las veintidós letras del alfabeto hebreo. Estas cartas misteriosas del Tarot son en sí mismas, si se interpretan correctamente, una fórmula alquímica. Como para corroborar lo que decían los filósofos medievales en cuanto a que el rey Salomón era un maestro de la alquimia, el doctor Franz Hartmann ha destacado que el Cantar de los Cantares —tan mal tratado y tan poco comprendido— es, en realidad, una fórmula alquímica. El estudioso de la filosofía natural reconocerá de inmediato a la «doncella de tez oscura de Jerusalén» no como una persona, sino como un material que era sagrado para los sabios. El doctor Hartmann escribe lo siguiente: «El Cantar de los Cantares del Antiguo Testamento es una descripción de los procesos de la alquimia. En este Cantar, el *subjectum* se describe en Cant. 1, 5: el lirio de los valles, en Cant. 2, 1; la preparación y la purificación, en Cant. 2, 4; el fuego, en Cant. 2, 7 y en Cant. 4, 16; la putrefacción, en Cant. 3, 1; la sublimación y la destilación, en Cant. 3, 6; la coa-

gulación y el cambio de color, en Cant. 5, 9-14; la fijación, en Cant. 2. 12 y en Cant. 8. 4: la multiplicación, en Cant. 6, 7: la aumentación y la proyección, en Cant. 8, 8 y etcétera, etcétera».

Según un apéndice de la obra sobre la sal universal de Von Welling, si se arroja sobre la superficie del agua una partícula minúscula de la piedra filosofal, de inmediato comenzará un proceso de recapitulación en miniatura de la historia del universo, porque al instante la tintura —como los espíritus del *Elohim*— se mueve sobre la superficie de las aguas. Se forma un universo en miniatura que, según dicen los filósofos, realmente sale del agua y flota en el aire, donde atraviesa todas las etapas de la evolución cósmica hasta que finalmente se vuelve a convertir en polvo. No solo se puede preparar una medicina para los metales, sino que también se puede preparar una tintura para los minerales, mediante la cual se pueden convertir trozos de granito y mármol en piedras preciosas; también se pueden mejorar las piedras de inferior calidad.

Como observó adecuadamente uno de los grandes alquimistas, a menudo la búsqueda del oro por parte del hombre supone su ruina, porque confunde los procesos alquímicos y cree que son puramente materiales. No se da cuenta de que el oro filosofal, la piedra filosofal y el remedio filosofal existen en cada uno de los cuatro mundos y que el experimento no se puede consumar hasta que se consiga llevar a cabo simultáneamente en los cuatro mundos según una sola fórmula. Además, uno de los componentes de la fórmula alquímica solo existe dentro de la naturaleza del propio hombre y sin él sus elementos químicos no se combinan, y, aunque dedique su vida y su fortuna a la experimentación química, no obtendrá el efecto deseado. El motivo primordial por el cual el científico material es incapaz de repetir los logros de los alquimistas medievales, por más que siga todos los pasos con cuidado y con precisión, es que en su experimentación carece del elemento sutil que procede de la naturaleza del filósofo iluminado y regenerado.

Acerca de esta cuestión, el doctor Franz Hartmann, en una nota a pie de página en su traducción de algunos extractos de Paracelso, expresa con claridad las conclusiones de un investigador moderno de la tradición alquímica: «Deseo advertir al lector, que tal vez tenga ganas de probar alguna de las fórmulas alquímicas [...], que no lo haga a menos que sea alquimista, porque, si bien sé por mi experiencia personal que estas fórmulas no solo son alegóricas, sino que son literalmente ciertas y saldrán bien en manos de un alquimista, solo supondrían una pérdida de tiempo y de dinero en las manos de alguien que no posea la

preparación necesaria. Una persona que desee ser alquimista debe llevar en sí la "magnesia", que es el poder magnético de atraer y "coagular" elementos astrales invisibles».

Al analizar las fórmulas de las páginas siguientes, hay que tener en cuenta que los experimentos no se pueden llevar a cabo con éxito a menos que los haga un mago. Si dos personas —una iniciada y la otra no iluminada en el arte supremo— se pusieran a trabajar una al lado de la otra, utilizando los mismos recipientes, las mismas sustancias y exactamente el mismo *modus operandi*, el iniciado conseguiría su «oro» y el no iniciado no. Si antes no se ha producido la alquimia mayor en su alma, nadie puede producir la alquimia menor en la retorta. Esta es una norma invariable, aunque se oculta con astucia en las alegorías y los emblemas de la filosofía hermética. No se puede conseguir la Gran Obra, a menos que uno «nazca de lo alto», o renazca, y, si un estudioso de las fórmulas alquímicas lo recuerda, se evitará muchos disgustos y decepciones. Está prohibido hablar de la parte del misterio que tiene que ver con el principio secreto de la vida dentro de la naturaleza real del hombre, porque los maestros del arte han establecido que cada uno debe descubrirlo por sí mismo y sobre esta cuestión es ilícito explayarse más.

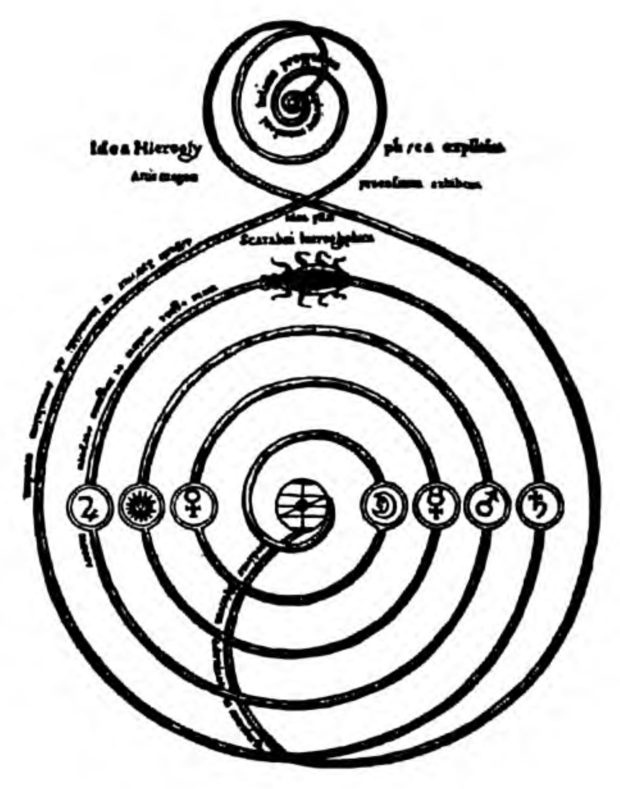
XXXVI

La teoría y la práctica de la alquimia

SEGUNDA PARTE

Todos los auténticos filósofos de las ciencias naturales o herméticas comenzaban sus trabajos con una oración al Alquimista Supremo del Universo, suplicándole Su colaboración para consumar la *magnum opus*. Un buen ejemplo de ella es la oración que transcribimos a continuación, escrita hace siglos en un alemán rústico por un adepto hoy desconocido:

> Santísima Trinidad, unidad indivisa y triple. Hundidme en el abismo de Vuestro fuego eterno infinito, porque solo en ese fuego la naturaleza mortal del hombre puede convertirse en polvo humilde, mientras que el cuerpo nuevo de la unión con la sal reside en la luz. Fundidme y transmutadme en Vuestro fuego sagrado, para que, el día que así lo ordenéis, las aguas ardientes del Espíritu Santo me saquen del polvo oscuro, me hagan renacer y me den la vida con Su aliento. Que también me exalte la humilde humildad de Vuestro Hijo y que, levantándome con Su ayuda del polvo y las cenizas y convirtiéndome en un cuerpo espiritual puro de los colores del arco iris, como si fuera oro paradisíaco, transparente y cristalino, mi propia naturaleza se redima y se purifique como los elementos que tengo ante mí en estas copas y estos frascos. Difundidme en las aguas de la vida, como si estuviera en la bodega del Salomón eterno. Aquí se volverá a alimentar el fuego de Vuestro amor y seguirá ardiendo sin que ninguna corriente de agua pueda apagarlo. Que con la ayuda de este fuego divino al final sea yo digno de ser llamado a la iluminación de los justos. Que me selle entonces la luz del nuevo mundo para que yo también pueda acceder a la inmortalidad y la gloria, donde ya no seguirán alternándose la luz y la oscuridad. Amén.



DE *OEDIPUS AEGYPTIACUS* DE KIRCHER

LA CLAVE DE LA ALQUIMIA SEGÚN LOS EGIPCIOS

Los sacerdotes egipcios no solo empleaban el escarabajo como símbolo de regeneración, sino que también hallaron en sus hábitos numerosas analogías con el proceso secreto mediante el cual los metales de baja ley se podían transmutar en oro. Veían en el huevo del escarabajo la semilla de los metales y esta figura muestra el paso de dicha semilla por los diversos cuerpos planetarios hasta que, cuando finalmente llega al centro, se perfecciona y vuelve a su origen. En la pequeña espiral de la parte superior se lee lo siguiente: «El progreso en espiral del espíritu mundano». Después de que el escarabajo vaya dando vueltas por la espiral hasta llegar al centro de la parte inferior de la figura, regresa al mundo superior por el camino que lleva las palabras: «Regreso del espíritu al centro de unidad».

El origen de las fórmulas alquímicas

Aparentemente, solo unos pocos de los alquimistas medievales descubrieron el Gran Arcano sin ayuda y algunos autores afirman que ninguno de ellos consiguió su objetivo sin la colaboración de un maestro. En todos los casos, la identidad de estos maestros se ha ocultado rigurosamente e incluso durante la Edad Media había innumerables especulaciones con respecto a ellos. Era habitual llamar adeptos a aquellos sabios iluminados: tal título indicaba que poseían los verdaderos secretos de la transmutación y la multiplicación. Aquellos adeptos eran personas con muchos nombres, que aparecían inesperadamente y volvían a

desaparecer, sin dejar rastros de su paradero. Hay indicios de la existencia de cierto grado de organización entre ellos. Las organizaciones alquímicas más poderosas eran los rosacruces, los Iluminados y algunas sectas árabes y sirias.

En los documentos que siguen se hace referencia a los «Hermanos». Con este nombre se indica que quienes habían logrado la *magnum opus* hacían causa común y se reconocían entre ellos por medio de claves y signos o símbolos secretos. Aparentemente, unos cuantos de aquellos adeptos iluminados vivían en Arabia, porque varios de los grandes alquimistas europeos se iniciaron en Asia Menor. Cuando un discípulo de las artes alquímicas había aprendido el secreto supremo, lo guardaba celosamente y no revelaba a nadie aquel tesoro inapreciable. No estaba autorizado a revelarlo ni siquiera a los miembros de su familia inmediata.

A medida que pasaban los años, la persona que había descubierto el secreto, o, mejor dicho, a quien le hubiese sido revelado, buscaba a alguien más joven que fuera digno de que se le confiaran las fórmulas. A esta persona y, por lo general, solo a ella, estaba autorizado a revelar el arcano. El joven se convertía así en el «hijo filosófico» del anciano sabio, a quien este legaba sus secretos. De vez en cuando, sin embargo, si un adepto encontraba a alguien que buscaba la verdad con sinceridad y fervor, lo instruía en los principios fundamentales del arte y, si el discípulo persistía, era iniciado discretamente en la augusta fraternidad de los Hermanos. De esta manera se preservaron los procesos alquímicos, aunque el número de personas que los conocían no aumentó rápidamente.

Durante los siglos XVI, XVII y XVIII, una cantidad considerable de adeptos alquímicos estuvieron viajando de un lugar a otro de Europa: aparecían y desaparecían, aparentemente según les daba la gana. Para la tradición popular, aquellos adeptos eran inmortales y se mantenían vivos gracias a la panacea misteriosa, que era uno de los objetivos de la aspiración alquímica. Dicen que algunos vivieron centenares de años y que solo se alimentaban con aquel elixir, del cual bastaban unas cuantas gotas para preservar la juventud durante largos períodos. La existencia de aquellos hombres misteriosos no se puede poner en duda, porque montones de testigos fiables dan fe de su presencia.

También se dice que todavía pueden encontrarlos aquellos que se han preparado para ponerse en contacto con ellos. Los filósofos enseñaban que «Dios los cría y ellos se juntan» y que, cuando el discípulo desarrollaba una virtud y una integridad aceptables para los adeptos, se

le aparecían y le revelaban las partes de los procesos secretos que no se pueden descubrir sin semejante ayuda. Como decía un adepto anónimo, «la sabiduría es como una flor de la cual la abeja extrae la miel y la araña, veneno, cada una según su propia naturaleza».

El lector ha de tener siempre presente que las fórmulas y los emblemas de la alquimia se tienen que tomar fundamentalmente como símbolos alegóricos, porque, hasta que se alcance a comprender su importancia esotérica, su interpretación literal no tiene ningún valor. En casi todas las fórmulas alquímicas falta, deliberadamente, algún elemento, porque —así lo decidieron los filósofos medievales— quienes con su inteligencia no sean capaces de descubrir la sustancia o el proceso omitidos no están capacitados para que se les confíen los secretos que les permitirían controlar a grandes masas de la humanidad y, asimismo, someter a su voluntad a las fuerzas elementales de la naturaleza.

La Tabla de Esmeralda de Hermes

La más antigua y venerada de todas las fórmulas alquímicas es la sagrada Tabla de Esmeralda de Hermes. Los expertos no se ponen de acuerdo acerca de su autenticidad: algunos declaran que se trata de un fraude poscristiano, si bien hay muchas pruebas de que, sea quien fuere su autor, la Tabla es muy antigua. Si bien el símbolo de la Tabla de Esmeralda reviste especial importancia masónica —tiene mucho que ver con la personalidad de Juram—, se trata, primera y fundamentalmente, de una fórmula alquímica, relacionada tanto con la alquimia de los metales de baja ley como con la alquimia divina de la regeneración humana.

En la *Colección de Manuscritos Alquímicos del doctor Sigismund Bacstrom* hay un apartado dedicado a las traducciones y las interpretaciones de esta Tabla extraordinaria, que los antiguos llamaban Tabula Smaragdina. El doctor Bacstrom fue iniciado en la Hermandad de la Rosa Cruz en la isla Mauricio por uno de aquellos adeptos anónimos que por aquel entonces se hacía llamar Conde de Chazal. Las traducciones y las notas del doctor Bacstrom sobre la Tabla de Esmeralda son, en parte, como sigue. El texto auténtico se reproduce en letras mayúsculas.

La Tabla de Esmeralda, el monumento más antiguo de los caldeos con respecto al *lapis philosophorum* (la piedra filosofal).

La Tabla de Esmeralda presenta el origen de la historia alegórica del rey Juram (o, mejor dicho, Chiram). Con respecto a Juram, los caldeos, los egipcios

y los hebreos obtienen su conocimiento de una sola fuente: Homero, que relata esta historia de otra manera, se basó en aquel original, y Virgilio se basó en Homero, como Hesíodo tomó el tema para su *Teogonía* de la misma fuente, que Ovidio adoptó posteriormente como patrón para sus *Metamorfosis*. Conocer el funcionamiento secreto de la naturaleza constituye el sentido principal de todos estos escritos antiguos, pero la ignorancia inventó a partir de ella una mitología externa o velada y la gente de clase más baja la convirtió en idolatría.

La siguiente es la traducción auténtica del antiquísimo caldeo original:

LAS OBRAS SECRETAS DE JURAM UNO EN ESENCIA, PERO TRES EN APARIENCIA.

(Las dos primeras palabras en mayúsculas significan la Obra Secreta.)

(La segunda línea en letras mayúsculas dice así: *Chiram Telat Machasot*, es decir, Juram el Agente Universal, Uno en Esencia pero tres en apariencia.)

ES VERDAD, NO MENTIRA, SINO CIERTO Y SE PUEDE TENER POR SEGURO QUE LO SUPERIOR CONCUERDA CON LO INFERIOR Y LO INFERIOR CON LO SUPERIOR, PARA EFECTUAR AQUELLA OBRA REALMENTE EXTRAORDINARIA. COMO TODAS LAS COSAS DEBEN SU EXISTENCIA A LA VOLUNTAD DEL ÚNICO, TODAS LAS COSAS DEBEN SU ORIGEN A UNA SOLA COSA, LA MÁS OCULTA, POR DISPOSICIÓN DEL ÚNICO DIOS. EL PADRE DE ESA ÚNICA COSA ES EL SOL; SU MADRE ES LA LUNA Y EL VIENTO LA LLEVA EN SU VIENTRE, PERO QUIEN LA ALIMENTA ES UNA TIERRA ESPIRITUOSA. AQUELLA ÚNICA COSA (después de Dios) ES EL PADRE DE TODO LO QUE HAY EN EL UNIVERSO. SU PODER ES PERFECTO, DESPUÉS DE HABERSE UNIDO A UNA TIERRA ESPIRITUOSA.

(Proceso – Primera destilación.) SEPÁRESE LA TIERRA ESPIRITUOSA DE LA DENSA O RUDIMENTARIA MEDIANTE UN CALOR SUAVE, PRESTANDO MUCHA ATENCIÓN.

(Última digestión.) EN GRAN MEDIDA ASCIENDE DESDE LA TIERRA HACIA EL CIELO Y VUELVE A DESCENDER, RECIÉN NACIDA, A LA TIERRA Y LO SUPERIOR Y LO INFERIOR AUMENTAN SU PODER. El *azoth* sube de la Tierra, desde el fondo del vidrio, y vuelve a descender en vetas y cae a la Tierra y, mediante esta circulación constante, el *azoth* se sutiliza cada vez más, volatiliza al Sol y se lleva consigo los átomos solares volatilizados y así se convierte en el *azoth* solar, es decir, en nuestro tercer y auténtico mercurio sófico; esta circulación del *azoth* solar debe continuar hasta que cese por sí misma y la Tierra se lo haya tragado todo, cuando debe transformarse en una sustancia negra como la brea [las sustancias que quedan en la retorta alquímica y también los elementos inferiores del cuerpo humano], que indica la putrefacción total o la muerte del compuesto.

DE ESTE MODO SERÉIS PARTÍCIPES DE LOS HONORES DEL MUNDO ENTERO. Sin duda, como la sustancia negra como la brea se volverá y necesariamente debe volverse blanca y roja y, habiendo alcanzado el rojo la perfección, médicamente y para los metales, será plenamente capaz de preservar *mentem sanam in corpore sano* hasta el período natural de la vida y prometernos medios en abundancia, multiplicables hasta el infinito, benéficos y caritativos, sin disminución alguna de nuestros recursos inagotables, por consiguiente, bien puede ser llamada la gloria [los honores] del mundo entero, como

verdaderamente el estudio y la contemplación del *lapis philosophorum*, en armonía con las verdades divinas, eleva la mente a Dios, nuestro creador y padre misericordioso, y si Él nos permitiera poseerlo prácticamente debe erradicar el mero principio de la avaricia, la envidia y las malas inclinaciones y hacer que nuestro corazón se funda de gratitud hacia Él, que ha sido tan bueno con nosotros. Por consiguiente, los filósofos dicen con gran verdad que el *lapis philosophorum* siempre encuentra a las buenas personas y, si alguien no lo es, lo vuelve bueno.

Y LA OSCURIDAD DESAPARECERÁ DE VOSOTROS. Al vigorizar los órganos que el alma utiliza para comunicarse con los objetos exteriores, el alma debe adquirir grandes poderes, no solo para la concepción sino también para la conservación, y, por lo tanto, si deseamos obtener aún más conocimiento y que los órganos y las fuentes secretas de la vida física se refuercen y vigoricen de maravilla, el alma debe obtener nuevos poderes para concebir y conservar, sobre todo si rezamos a Dios pidiéndole conocimiento y confirmamos nuestras plegarias mediante la fe, toda oscuridad desaparecerá por supuesto. Que esto no ocurriera con todos sus poseedores fue culpa suya, porque se conformaban solo con la transmutación de los metales.

(Uso.) ESTA ES LA FUERZA DE TODOS LOS PODERES. Esta es una figura muy poderosa, que indica que el *lapis philosophorum* posee positivamente todos los poderes ocultos en la naturaleza, no para la destrucción, sino para la exaltación y la regeneración de la materia en los tres ámbitos de la naturaleza.

CON TODO ESTO, SERÉIS CAPACES DE SUPERARLO TODO Y DE TRANSMUTAR TODO LO QUE ES BELLO ([EL ARTE]) Y LO QUE ES BASTO ([EL ARTE]). Conquistará todo lo que es sutil, desde luego, al volver a fijar el oxígeno sutilísimo en su propia naturaleza ardiente, y lo hará con más poder, penetración y virtud, decuplicado, con cada multiplicación, y cada vez en menos tiempo, hasta que su poder se vuelve incalculable, y su poder multiplicado también penetra [invade] todo lo que es sólido, como el oro y la plata inconquistables, el mercurio, por lo demás inalterable, los cristales y los fundentes vítreos, a los cuales puede proporcionar dureza y fijeza naturales, como certifica Philaletha, y lo demostraba un diamante artificial, en tiempos de mi padre, en poder del príncipe Lichtenstein, en Viena, valorado en quinientos mil ducados, fijado por el *lapis* [la piedra filosofal].

DE ESTA MANERA FUE CREADO EL MUNDO: LAS INDICACIONES PARA SEGUIR ESTE CAMINO ESTÁN OCULTAS. POR ESTE MOTIVO ME LLAMAN CHIRAM TELAT MECHASOT, UNO EN ESENCIA, PERO TRES EN APARIENCIA. EN ESTA TRINIDAD SE ESCONDE LA SABIDURÍA DE TODO EL MUNDO (es decir, en Juram y su uso). Se piensa que Hermes era Moisés o Zoroastro; de lo contrario, Hermes representa una serpiente y la serpiente solía ser un símbolo de conocimiento o sabiduría. Encontramos serpientes por todas partes en los jeroglíficos de los antiguos egipcios, así está el globo alado, el Sol y la Luna, dragones y grifos, mediante los cuales los egipcios indicaban el conocimiento sublime del *lapis philosophorum*, según Suidas, las pistas que aparecen en las Sagradas Escrituras, e incluso *De Non*, donde habla de los santuarios de los antiguos templos egipcios.

ACABA AQUÍ LO QUE HE DICHO SOBRE LOS EFECTOS DEL SOL. FIN DE LA TABULA SMARAGDINA. Lo que he dicho o enseñado sobre la Obra Solar acaba aquí. La semilla perfecta, adecuada para la multiplicación.

Sé que esto se reconoce como la auténtica *Tabula Smaragdina Hermetis*.

UNA CARTA DE LOS HERMANOS DE LA R. C. (ROSA CRUZ)

Aunque Eugenius Philalethes niega haber sido miembro de la Fraternidad de la Rosa Cruz, se cree que durante unos cuantos años presidió dicha Orden. En un librito titulado *Lumen de Lumine: or A New Magical Light Discovered and Communicated to the World*, publicado en Londres en 1651, Eugenius Philalethes analiza una carta sorprendente, supuestamente de la Orden Rosacruz. Acompaña a dicha carta una figura emblemática que presenta de forma simbólica los procesos y las fórmulas de la piedra filosofal. Esta epístola constituye un ejemplo excelente del sistema rosacruz de combinar especulaciones teológicas abstractas con fórmulas químicas concretas. Con la ayuda del material incluido en distintas partes de este libro, el estudioso podría acometer la tarea de resolver el enigma que encierra este jeroglífico.

Carta de los Hermanos de la R. C. acerca de la montaña mágica invisible y de los tesoros que contiene.

Naturalmente, todos los hombres desean una superioridad, poseer tesoros de oro y plata [el intelecto y el alma] y parecer grandes a los ojos del mundo. De hecho, Dios creó todas las cosas para que el hombre las usara, para que las controlara y para que reconociera en ellas Su singular bondad y omnipotencia, le estuviera agradecido por Sus beneficios, Lo honrara y Lo alabara. Sin embargo, nadie se ocupa de estas cosas, salvo para pasar los días sin hacer nada; disfrutan de ellas sin hacer esfuerzos previos ni correr riesgos; tampoco las buscan fuera del lugar en el que Dios las ha atesorado, aunque Él también espera que el hombre las busque allí, y a quien las busque Él se las dará, pero ninguno se esfuerza por un bien que se encuentra en aquel lugar y, por lo tanto, nadie encuentra aquellas riquezas, porque la manera de llegar hasta allí y el lugar en sí han permanecido desconocidos durante mucho tiempo y están ocultos para la mayor parte del mundo. No obstante, por difícil y farragoso que resulte encontrar la manera de llegar y el lugar en sí, habría que buscarlos.

Sin embargo, no es la voluntad de Dios ocultar nada a los Suyos y, por consiguiente, en esta última era antes del juicio final, todas estas cosas se manifestarán a quienes las merezcan: como Él mismo ha dicho (aunque de manera confusa, para no revelarla a los indignos) en un lugar determinado: no hay nada encubierto que no se vaya a revelar ni nada oculto que no se vaya a conocer. Por consiguiente, nosotros, impulsados por el Espíritu de Dios, anuncia-

mos al mundo la voluntad de Dios, como también lo hemos hecho y publicado en varias lenguas. Sin embargo, la mayoría de las personas injurian o condenan nuestro Manifiesto (el *Fama* y el *Confessio Fraternitatis*) o, si no, renunciando al Espíritu de Dios, esperan que nosotros les presentemos las propuestas que contiene, suponiendo que de inmediato les vamos a enseñar a fabricar oro con arte o a suministrarles abundantes tesoros, con los cuales puedan vivir pomposamente a la vista del mundo, caminar con arrogancia y entablar guerras, volverse usureros, glotones y borrachos, vivir impúdicamente y mancillar toda su vida con varios pecados más, todo lo cual es contrario a la bendita voluntad de Dios. Estos hombres deberían haber aprendido de aquellas diez vírgenes (cinco de las cuales, que eran tontas, pidieron a las cinco prudentes aceite para sus lámparas) que las cosas no son así.

Conviene que cada uno se esfuerce por conseguir este tesoro con la ayuda de Dios y mediante su propia búsqueda y diligencia. Sin embargo, conocemos las retorcidas intenciones de estos hombres a través de sus propios escritos, por la singular gracia y revelación de Dios. Nos tapamos las orejas y nos envolvemos —por así decirlo— en nubes para no oír los bramidos ni los alaridos de los que en vano piden oro a gritos y por eso resulta que lanzan contra nosotros infinitas calumnias e injurias, que no nos ofenden, porque Dios, llegado el momento, los juzgará por ellas. Pero cuando hemos sabido bien (aunque vosotros no lo supierais) y hemos visto también por vuestros escritos con qué diligencia y detenimiento leéis las Sagradas Escrituras y buscáis el verdadero conocimiento de Dios, también hemos pensado que, por encima de muchos miles, sois dignos de recibir alguna respuesta y os queremos decir lo siguiente, por la voluntad de Dios y con la advertencia del Espíritu Santo.

Existe una montaña, en el medio de la tierra o en el centro del mundo, que es a la vez pequeña y grande. Es blanda y también inconmensurablemente dura y pétrea. Queda lejos y al alcance de la mano, pero, por la providencia de Dios, es invisible. En ella se esconden los tesoros más abundantes, que el mundo no puede valorar. Esta montaña —por envidia del demonio, que siempre se ha opuesto a la gloria de Dios y la felicidad del hombre— está rodeada de bestias muy crueles y otras [sic] aves voraces, que hacen que el camino hasta allí resulte a la vez difícil y peligroso y por eso hasta ahora, porque todavía no ha llegado el momento, el camino hasta allí no se podía buscar ni encontrar. Sin embargo, ahora por fin pueden encontrar el camino los que son dignos y, no obstante, cada uno por su propio esfuerzo y empeño.

A esta montaña iréis una noche determinada (cuando llegue el momento), la más larga y la más oscura, y os habéis de preparar mediante la oración. Insistid en el camino que conduce a la montaña, pero no preguntéis a nadie dónde está el camino: limitaos a seguir a vuestro Guía, que se os ofrecerá y se encontrará con vosotros en el camino, aunque no lo conoceréis. Este Guía os conducirá a la montaña a medianoche, cuando todo esté en silencio y a oscuras. Es necesario que vayáis armados de valor heroico y firme, para que no tengáis miedo de lo que ocurra y eso no os haga retroceder. No necesitáis espadas ni ninguna otra arma física, sino solo invocar a Dios con sinceridad y de corazón.

Cuando hayáis descubierto la montaña, el primer milagro que veréis es el siguiente: un viento de lo más intenso y fuerte, que sacudirá la montaña y hará añicos las rocas. También tropezaréis con leones y dragones y otras fieras

espantosas, pero no debéis temer a ninguna de estas cosas. Manteneos firmes, prestad atención y no retrocedáis, porque el Guía que os ha conducido hasta allí no permitirá que os ocurra ningún mal. En cuanto al tesoro, todavía no ha sido descubierto, pero está muy cerca. Después de este viento, vendrá un terremoto que derribará todo lo que el viento ha dejado y lo arrasará todo. Aseguraos de no caer.

Una vez pasado el terremoto, vendrá un incendio que consumirá la basura terrenal y dejará al descubierto el tesoro, aunque todavía no podréis verlo. Después de todas estas cosas y cerca del amanecer, habrá una gran calma y veréis salir la estrella matutina y empezará a despuntar el día y percibiréis un gran tesoro. Lo principal de él y lo más perfecto es cierto tinte exaltado con el cual el mundo (si pluguiese a Dios y el mundo fuese digno de semejantes dones) se teñiría y se convertiría en el oro más puro.

Una vez utilizado este tinte —vuestro Guía os enseñará la manera de hacerlo—, os rejuvenecerá cuando seáis viejos y no percibiréis enfermedad alguna en ninguna parte de vuestro cuerpo. Además, gracias a esta tintura, encontraréis perlas de una excelencia inimaginable. Sin embargo, no os apropiéis de nada para vosotros mismos por vuestro poder actual, sino que habéis de conformaros con lo que os transmita vuestro Guía. Alabad constantemente a Dios por lo que os ha dado y poned mucho cuidado en no usarlo por orgullo mundano, sino en obras contrarias al mundo. Usadlo correctamente y disfrutad de él como si no lo tuvierais. Llevad una vida moderada y no cometáis ningún pecado, para que vuestro Guía no os abandone: así no os veréis privados de esta felicidad. Podéis estar seguros de que es verdad que quienquiera que abuse de esta tintura y no viva de forma ejemplar, pura y piadosa delante de los hombres perderá este beneficio y pocas esperanzas tendrá de recuperarlo jamás.

Si, como creen los trascendentalistas, las iniciaciones en la Fraternidad de la Rosa Cruz se concedían en los mundos invisibles que rodean el universo visible y se compenetran con él, no escapa al ámbito de lo posible que esta alegoría se pueda considerar a la luz de un ritual iniciático y no solo como una fórmula alquímica.

Como ya se ha dicho, cuesta conseguir una fórmula completa para cualquiera de las operaciones alquímicas. La que presentamos aquí es la más completa de las que están disponibles. La recolección de los rayos y las energías de los cuerpos celestes precipitados en el rocío es un proceso que Paracelso empleaba con muy buenos resultados. Se ha de tener siempre en cuenta que estos procesos solo sirven para aquellos que han recibido la instrucción adecuada en el arte secreto.

AUTÉNTICA REVELACIÓN DE LA OPERACIÓN MANUAL PARA LA PANACEA UNIVERSAL CONOCIDA POR LO GENERAL COMO LA PIEDRA FILOSOFAL. Por el célebre filósofo de Leiden, según da fe con su propia sangre en su lecho de muerte, *anno domini* 1662. A mi querido primo e hijo, el auténtico filósofo hermético.

Querido primo e hijo:

A pesar de que había decidido no poner nunca por escrito para nadie el secreto de los antiguos sabios, por el peculiar afecto que siento por ti, asumo la responsabilidad, a la que me obliga la proximidad de nuestra relación y sobre todo porque esta vida temporal es breve, y el arte es muy oscuro y, por consiguiente, pudiera ser que no alcanzaras el fin deseado, pero, hijo mío, porque una joya tan preciosa no quede para los cerdos y también porque tan grande don de Dios sea tratado con cuidado y cristianamente, por esto me manifiesto en gran parte así ante ti.

Te conmino de palabra y obra por lo más sagrado.

En primer lugar, que sobre todo guardes fielmente el mismo de cualquier persona malvada, lujuriosa y criminal.

En segundo lugar, que no te exaltes a ti mismo de forma alguna.

En tercer lugar, que trates de promover el honor del Creador de todas las cosas y el bien de tu prójimo y lo preserves religiosamente para que tu Señor no tenga queja de ti el último día. He escrito aquí, en este tratado, la parte del Reino de los Cielos en la que he trabajado este tesoro y lo he acabado con mis dedos, por lo cual suscribo todo este trabajo con mi sangre, cuando yazgo en mi lecho de muerte en Leiden.

EL PROCESO — En el nombre de Dios, toma un poco de la sal más pura y más limpia, sal marina, hecha por el propio sol, de la que llega por barco de España (yo usaba la sal procedente de St Uber), déjala secar en un hornillo caliente, muélela en un mortero de piedra hasta obtener el polvo más fino posible, para que se disuelva con mayor facilidad en nuestra agua de rocío, que hay que recoger en el mes de mayo o en junio: cuando haya luna llena, fíjate que caiga el rocío con el viento del Este o del Sudeste. Entonces tienes que tener palos clavados en el suelo, que sobresalgan unos cuarenta y cinco centímetros. Sobre dos o tres de estos palos, pon como cuatro placas cuadradas de vidrio; al caer, el rocío se adhiere fácilmente al vidrio como vapor; a continuación, ten preparados recipientes de vidrio y deja que el rocío se escurra por el lateral de los vidrios hacia tus recipientes, hasta que tengas suficiente cantidad. La luna llena es una buena época; después será más difícil.

Los rayos solares que bajan del sol llevan consigo azufre solar: el Fuego Divino. Estos rayos se cristalizan al entrar en contacto con los rayos lunares. Los rayos solares también se encuentran con las emanaciones que ascienden desde la superficie terrestre y entonces se cristalizan aún más en una sustancia parcialmente tangible, que es soluble en agua pura. Esta sustancia es la «montaña mágica de la luna» que se menciona en la carta de la Rosa Cruz. La cristalización de los rayos solares y lunares en agua (rocío) produce la tierra virgen: una sustancia pura e invisible, que no está contaminada por la materia. Cuando los cristales de tierra virgen están húmedos, parecen verdes; cuando están secos, parecen blancos.

Von Welling hace una sugerencia para extraer la vida solar del agua estancada, aunque se muestra reticente tanto a poner nombre a la esen-

cia extraída como acerca de los diversos procesos necesarios para refinarla e incrementar su poder. Sin embargo, su consejo resulta valioso e insólito a la vez:

> Tomad agua dulce limpia, ponedla en un frasco grande, dejando vacía alrededor de una cuarta parte, y cerradlo herméticamente. Poned el frasco al sol durante varias semanas, hasta que se pudra y aparezca una precipitación en el fondo. Si se manipula adecuadamente esta precipitación mediante la destilación, se obtendrá un aceite ardiente y transparente, cuyos componentes y usos solo los sabios conocen.

El filósofo de Leiden continúa así:

> Cuando tengas suficiente rocío, cierra los frascos con precisión y consérvalo hasta que lo uses, para que no se evapore nada de su espíritu, como suele ocurrir. Para eso, ponlo en un lugar fresco, que no esté expuesto al calor, porque, de lo contrario, el espíritu sutil subirá y desaparecerá, aunque esto no ocurrirá si, después de llenar tus frascos de rocío hasta el borde, los cierras bien con cera.
>
> A continuación, en el nombre de Dios, toma la cantidad que quieras de esta agua de rocío, échala en un vaso limpio de disolución y añade un poco de la sal pulverizada ya mencionada para que se disuelva y sigue agregándole sal hasta que ya no se disuelva más en el agua de rocío o hasta que la sal permanezca en ella cuatro días sin disolverse; entonces ya tiene suficiente y tu rocío habrá recibido el polvo necesario. De esta agua compuesta, toma toda la que quieras —yo tomé como setecientos gramos—, ponla en un frasco redondo de cuello corto, llénalo con nuestra agua y séllalo y tápalo bien con un buen tapón, que encaje bien, para que el espíritu vivo y sutil del rocío no se esfume, porque, si así fuera, el alma de la sal no se revolverá ni se llevará el trabajo a buen fin. Deja que el sello se seque bien por sí mismo y ponlo en el horno de B. M. para que se pudra. Enciende un fuego suave y déjalo digerir durante cuarenta o cincuenta días; a su alrededor tiene que haber siempre vapor de agua y verás que la materia se ennegrece, lo cual es una muestra de su putrefacción.
>
> En cuanto lo retires, ten preparado el horno seco. Pon el vidrio con la materia en un globo interno para que coagule; ponlo a fuego lento y mantenlo igual durante entre doce y quince días, para que la materia empiece a coagularse y a adherirse al vidrio como una sal gris; en cuanto la veas y antes de que pasen dos días, reduce el fuego, para que se vaya enfriando poco a poco. Entonces ten preparado el horno de putrefacción como antes. Pon dentro el frasco y dale el mismo fuego que antes. Déjalo allí doce días y una vez más verás que la materia se descompone y se separa como antes, pero cada vez tienes que fijarte que el tapón del frasco no se haya estropeado. Cuando pongas el frasco en el horno de putrefacción, procura que el cuello esté cubierto con una tapa de madera o de vidrio que encaje a la perfección, para que la humedad del agua no la afecte.
>
> Cuando ennegrezca, pon el frasco como antes para que coagule y, cuando empiece a ponerse grisáceo y blancuzco, ponlo por tercera vez para que se pu-

dra y para que coagule por quinta vez, hasta que veas que tu agua en su disolución está limpia, diáfana y transparente y que parece en su calcinación de un blanco fino como la nieve. Entonces está preparada y se convierte en una sal fija que se fundirá sobre una placa de plata caliente como la cera: pero, antes de esto, pon tu sal otra vez [en] el horno de putrefacción para que se disuelva sola, después déjala enfriar, abre el frasco y verás que tu materia se ha reducido un tercio, pero, en lugar del agua salada que tenías al principio, tendrás un agua dulce fina y muy penetrante, que los filósofos han ocultado tras nombres maravillosos: es el mercurio de todos los verdaderos filósofos, el agua de la que proceden el oro y la plata, porque dicen que su padre es el oro y su madre, la plata. De este modo, tendrás la fuerza conjunta de estos dos luminares en esta agua, bien verdadera, en su justa medida.

Fórmula. Beber cinco gotas de esta agua refuerza el entendimiento y la memoria y nos brinda las cosas más maravillosas y dulces, de las cuales ningún hombre ha oído hablar y acerca de las cuales no me atrevo a escribir más, por el juramento que hice a Dios al respecto. El tiempo y el uso sagrado de esta agua bendita nos enseñarán y en cuanto la hayas tomado internamente sentirás una influencia como si todos los cielos y todas las estrellas con sus poderes estuviesen obrando en ti. Todo el saber y las artes secretas se abrirán para ti como en un sueño, pero lo mejor de todo es que aprenderás a la perfección a conocer a todas las criaturas en su esencia y, por medio de esto, obtendrás el verdadero conocimiento de Dios, el Creador que nos hizo a nosotros, al cielo y a la tierra, como a David y a Moisés y a todos los santos de Dios, porque la sabiduría de nuestra fuente de agua viva te enseñará, como ha hecho con Salomón y los Hermanos de nuestra Fraternidad.

En su insólito tratado titulado *Salt, Sulphur and Mercury*, Von Welling revela un secreto que no se suele revelar en los escritos alquímicos; a saber: que los alquimistas no solo se preocupaban por la transmutación de los metales, sino que tenían un sistema cosmológico y filosófico completo, basado en la Cábala.

Según Von Welling, la sal universal (en su forma acuosa) es una cura positiva para todas las dolencias físicas de la humanidad: está presente en todos los seres vivos, aunque es más fácil obtenerla de algunas cosas que de otras: esto es especialmente cierto con respecto a la tierra virgen; es el disolvente universal, el alcaesto. El mismo autor manifiesta también que, en las primeras etapas de su preparación, esta sal curará todas y cada una de las enfermedades del corazón. El filósofo anónimo de Leiden continúa diciendo:

Si prosigues con nuestra agua bendita con la intención indicada de preparar una tintura para metales, escucha, hijo mío.

Toma en el NOMBRE del Señor un poco de tu agua paradisíaca, del agua celestial de Mercurio, la cantidad que quieras, ponla en un vaso de disolución y

colócalo en un fuego lento de cenizas, para que sienta un poquito de calor; ten preparado oro bien purificado para el elixir rojo, o plata para el blanco, porque en los dos casos los procesos son iguales. Bate el oro o la plata tan finos como el pan de oro y échalo poco a poco en el vaso de disolución que contiene el agua bendita, como hiciste al principio con la sal, y se fundirá como el hielo en agua tibia; sigue haciéndolo hasta que tu oro o tu plata queden allí cuatro días sin disolverse; eso quiere decir que ha recibido su justa medida. A continuación, pon esta disolución, como antes, en un frasco redondo, llénalo hasta dos terceras partes, ciérralo de forma hermética, como antes, y deja que se seque bien tu sello. Ponlo en el horno de *balneum vaporis*, enciende el fuego y déjalo allí durante cuarenta días, como antes; entonces el oro o la plata se disolverán del todo y se volverán del negro más intenso del mundo y, en cuanto lo veas, prepara los demás hornos de secado.

Los filósofos dicen que el cuerpo no llega a disolverse de verdad si no hay una coagulación del espíritu, porque están combinados de manera intercambiable en la debida proporción, por la cual la esencia del cuerpo adquiere una naturaleza espiritual penetrante. Por otra parte, el fuego también materializa la virtud esencial espiritual incomprensible, porque se establece entre ellos una relación o amistad, como cuando los cielos actúan hasta una gran profundidad de la Tierra y producen desde allí todos los tesoros y riquezas del mundo entero.

Admirandum Naturae Operationem in Archidoxes Cognitam.

Con este polvo... Puedes, como sigue, proyectar en los metales. Toma cinco partes de oro o plata finos, según tu trabajo, y fúndelo en un crisol. Envuelve tu medicina en cera, vacíala en ella, ponla a fuego fuerte durante una hora; después extrae el crisol —como si dijéramos— calcinado y echa una parte sobre diez partes de metales imperfectos, los que sean, y los mismos se convertirán de inmediato en un metal más puro que el que se extrae de las minas y se fabrica por fundición; y cuando lo mejores en fuerza y virtud, mediante la descomposición y la coagulación, la quinta vez se descompondrá en tres días y se coagulará en veinticuatro horas para convertirse en una piedra increíble y sumamente cristalina o en un trozo de carbón encendido. Para el trabajo blanco, se convertirá en algo así como un rayo blanco.

De esta última coagulación, toma una parte, échala sobre cinco mil de oro o plata fundidos, como antes. Esto se convierte en la medicina perfecta, una parte de la cual teñirá cien mil partes de metales imperfectos fundidos en el oro o la plata más puros. Hasta aquí he llegado y no seguiré más allá, porque cuando puse la materia [a destilar] seis veces en doce horas, se sutilizó tanto que la mayor parte (como si fuese demasiado maravilloso de contemplar) atravesó el vidrio y produjo un olor odorífero indescriptible. Presta atención para que no te ocurra a ti lo mismo.

Muchas maravillas más de este arte sagrado se podrían añadir, como la manera de preparar con él todo tipo de piedras preciosas y otros objetos de lo más admirables, pero haría falta un libro demasiado grueso para expresar la totalidad como debería ser, en especial porque el arte es infinito y no se puede comprender de una sola vez, y mi propósito ha sido, querido primo e hijo, conducirte con devoción hacia los Misterios de la naturaleza y de esta ciencia sagrada y así lo he hecho fielmente.

La carta concluye con las siguientes palabras:

Ponte a trabajar, como he hecho yo antes que tú, teme a Dios, ama a tu prójimo desde el fondo de tu alma y sinceramente. Dedícate por tu cuenta a la operación manual y, cuando te pongas a trabajar en ella, muchos de los hermanos de nuestra santa orden se manifestarán ante ti, en privado. En cuanto a mí, gracias al Dios eterno, he escrito la verdad que he descubierto mediante la oración y la búsqueda en la naturaleza, una obra que he visto con mis propios ojos y que he extraído con mis manos. Por lo tanto, suscribo este testamento con mi sangre, el último día de mi vida, en mi lecho de muerte. *Actum Leyden*, a 27 de marzo de 1662.

XXXVII

La boda alquímica

El autoproclamado autor de *Las bodas alquímicas*. Johann Valentin Andreae, nacido en Wurtemberg en 1586, tenía veintiocho años cuando la obra se publicó por primera vez. Se supone que fue escrita unos doce años antes de su publicación, cuando el autor tenía quince o dieciséis años. Resulta casi increíble que alguien tan joven pudiera producir un volumen con tal abundancia de pensamiento simbólico y filosofía oculto entre sus líneas como *Las bodas alquímicas*. En este libro aparece la primera referencia conocida a Christian Rosacruz y por lo general se considera el tercero de la serie de manifiestos rosacruces originales. Como obra simbólica, el propio libro es totalmente irreconciliable con las afirmaciones de Andreae acerca de él. La historia de *Las bodas alquímicas* narra en detalle una serie de incidentes que le suceden a un hombre mayor, supuestamente el Padre C. R. C. del *Fama* y el *Confessio*. Si el Padre C. R. C. nació en 1378, como afirma el *Confessio*, y es el mismo que el Christian Rosacruz de *Las bodas alquímicas*, fue elevado a la dignidad de Caballero de la Piedra Dorada cuando tenía ochenta y un años (1459). Si tenemos en cuenta sus propias declaraciones, es inconcebible que Andreae fuese el Padre Rosa Cruz.

Muchas figuras halladas en los diversos libros sobre simbolismo publicados en la primera parte del siglo XVII guardan una similitud notable con los personajes y los episodios de *Las bodas alquímicas*. Es posible que la boda alquímica sea la clave del enigma del rosacrucismo baconiano. La presencia de algunas palabras en inglés en el texto en alemán de *Las bodas alquímicas* indica que su autor también conocía aquella lengua. El resumen siguiente de los episodios principales de los

siete días de *Las bodas alquímicas* dará al lector una idea bastante completa de la profundidad de su simbolismo.

El primer día

Después de preparar en su corazón el cordero pascual junto con un panecillo ázimo, Christian Rosacruz estaba orando una noche antes de Pascua cuando lo sorprendió una violenta tormenta que amenazaba con derribar no solo su casita, sino hasta la colina en la que se alzaba. En medio de la tempestad, alguien le tocó la espalda y, al volverse, vio a una mujer espléndida, con alas llenas de ojos y vestida con ropas de color celeste y tachonadas de estrellas. En una mano sujetaba una trompeta y, en la otra, un paquete de cartas en todos los idiomas. Entregó una carta a C. R. C. y de inmediato se elevó en el aire y, al mismo tiempo, dio un toque de trompeta que sacudió la casa. Sobre el sello de la carta había una cruz extraña y las palabras *In hoc signo vinces*. En el interior, escrita con letras doradas sobre campo azur, había una invitación a una boda real.

La invitación conmovió profundamente a C. R. C., porque así se cumplía una profecía que había recibido hacía siete años, aunque se sintió tan indigno que quedó paralizado de miedo. Al final, después de recurrir a la oración, trató de dormir. En sus sueños, se encontraba en un calabozo repugnante con una multitud de hombres, todos atados y encadenados con gruesas cadenas. Para empeorar sus graves sufrimientos, tropezaban entre ellos en la oscuridad. De pronto, llegó desde arriba el sonido de unas trompetas, se levantó la cubierta del calabozo y un rayo de luz rasgó la penumbra. Enmarcado en la luz apareció un hombre de cabeza cana, que anunció que descendería una cuerda siete veces y que quien pudiera aferrarse a la cuerda sería izado y quedaría libre.

Se produjo entonces una gran confusión. Todos querían agarrar la cuerda y muchos empujaban a los demás para impedírselo. C. R. C. no albergaba ninguna esperanza de salvarse, pero de pronto la cuerda se balanceó hacia él; la aferró y fue elevado del calabozo. Una anciana llamada la «matrona antigua» escribía en un libro amarillo dorado los nombres de los que habían salido y cada uno de los redimidos recibió como recuerdo un trozo de oro con el símbolo del sol y las letras D L S. Como C. R. C. se había hecho daño mientras se aferraba a la cuerda, tenía dificultades para andar. La anciana le dijo que no se preocupase,

sino que diese gracias a Dios, que le había permitido llegar a una luz tan elevada. Entonces sonaron las trompetas y C. R. C. despertó, pero el sueño había sido tan vívido que le seguían haciendo daño las heridas recibidas mientras dormía.

Con su fe renovada, C. R. C. se levantó y se preparó para el matrimonio hermético. Se puso una chaqueta de lino blanco y se pasó una cinta roja en diagonal sobre los hombros. Se puso cuatro rosas rojas en el sombrero y para comer llevaba pan, agua y sal. Antes de salir de su casita, se arrodilló y juró que dedicaría al servicio de su prójimo todo el conocimiento que le fuera revelado. A continuación, se marchó de su casa alegremente.

El segundo día

Cuando se internó en el bosque que rodeaba su casita, a C. R. C. le pareció que toda la naturaleza se había preparado jubilosamente para la boda. Continuó cantando con alegría hasta llegar a un brezal verde en el que había tres cedros inmensos, de uno de los cuales colgaba una placa con una inscripción que describía los cuatro caminos que conducían al palacio del rey: el primero era corto y peligroso; el segundo, sinuoso; el tercero, un camino agradable y espléndido, y el cuarto, solo adecuado para cuerpos incorruptibles. Cansado y perplejo, C. R. C. decidió descansar; cortó una rebanada de pan y, cuando estaba a punto de comérsela, una paloma blanca se la pidió. De inmediato la paloma fue atacada por un cuervo y, al intentar separar las dos aves, sin darse cuenta C. R. C. corrió una distancia considerable por uno de los cuatro caminos: el que conducía hacia el sur. Un viento tremendo le impidió volver sobre sus pasos, conque el invitado a la boda se resignó a perder su pan y siguió por el camino hasta que atisbó a lo lejos una puerta enorme. Como el sol ya se ponía, se apresuró a llegar al portal, sobre el cual, entre otras figuras, había una placa con las palabras *Procul hinc procul ite profani*.

Un guardián con un hábito color celeste pidió a C. R. C. su carta de invitación y, al recibirla, le pidió que entrara y adquiriese un distintivo. Tras describirse como hermano de la Rosa Cruz, C. R. C. recibió, a cambio de su botella de agua, un disco dorado con las letras S C. Como se acercaba la noche, el viajero se apresuró a llegar a la segunda puerta, custodiada por un león y de la que colgaba un cartel con las palabras *Date et dabitur volis*, donde presentó una carta que le había dado el pri-

mer guardián. Al rogársele que adquiriera un distintivo con las letras S M, entregó su paquetito de sal y a continuación se apresuró a llegar a las puertas del palacio antes de que las cerraran con llave durante la noche.

Mientras C. R. C. se acercaba, una hermosa virgen llamada Virgo Lucífera iba apagando las luces del castillo, de modo que entró justo a tiempo entre las puertas que se cerraban. Como al cerrarse estas quedó enganchado parte de su abrigo, se vio obligado a dejarlo. Allí escribieron su nombre en el librito de vitela del novio y le entregaron un par de zapatos nuevos y también un distintivo con las letras S P N. A continuación, unos pajes lo condujeron a una pequeña cámara, donde unos peluqueros invisibles le cortaron de la coronilla sus «rizos grises como el hielo», tras lo cual lo hicieron pasar a una sala amplia en la que estaban reunidos una cantidad considerable de reyes, príncipes y plebeyos. Cuando sonaron las trompetas, cada uno se sentó a la mesa y ocupó el puesto que le correspondía según su dignidad, de modo que C. R. C. se sentó en un asiento muy humilde. Como la mayoría de los seudofilósofos presentes eran hipócritas, el banquete se transformó en una orgía, que, no obstante, se interrumpió de repente cuando comenzó a sonar una música majestuosa e inspirada. Durante casi media hora nadie habló. Entonces se abrió con gran estruendo la puerta del comedor y entraron miles de velas encendidas sujetas por manos invisibles. Les seguían los dos pajes que iluminaban a la hermosa Virgo Lucífera, que iba sentada en un trono que se movía solo. Entonces, la virgen, vestida de blanco y oro, se puso de pie y anunció que, para evitar que entraran a la boda mística las personas que no eran dignas, al día siguiente se instalaría una balanza en la que se pesaría a cada invitado para determinar su integridad. Los que no estuvieran dispuestos a pasar por aquella prueba, agregó, debían quedarse en el comedor. Entonces se retiró, pero muchas de las velas se quedaron para acompañar a los invitados a sus habitaciones para pasar la noche.

La mayoría de los presentes eran tan presuntuosos como para creer que podían pesarlos sin problemas, pero nueve de ellos —incluido C. R. C.— eran tan conscientes de sus defectos que temían el resultado y permanecieron en el salón, mientras a los demás los conducían a sus dormitorios. A aquellos nueve los ataron con cuerdas y los dejaron solos en la oscuridad. C. R. C. soñó entonces que veía a muchos hombres suspendidos sobre la tierra con hilos y entre ellos volaba un anciano que de vez en cuando cortaba algún hilo, de modo que muchos caye-

ron a tierra. Aquellos que, por su arrogancia, se habían elevado a gran altura cayeron, por tanto, desde más alto y sufrieron heridas más graves que los más humildes, que, al caer desde poca distancia, a menudo no experimentaban ningún contratiempo. Pensando que aquel sueño era un buen presagio, C. R. C. lo relató a un compañero y siguió conversando con él hasta el amanecer.

El tercer día

Poco después del alba sonaron las trompetas y entró la Virgo Lucífera, ataviada con terciopelo rojo, ceñida con una faja blanca y coronada de laureles, acompañada por doscientos hombres de librea roja y blanca. Dio a entender a C. R. C. y a sus ocho compañeros que, probablemente, a ellos les iría mejor que a los demás invitados, tan presumidos. Se colgaron balanzas de oro en medio de la sala y cerca de ellas se pusieron siete pesos: uno de buen tamaño, cuatro pequeños y dos enormes. Los hombres de librea —cada uno de los cuales llevaba una espada desenvainada y una cuerda fuerte— se dividieron en siete grupos, en cada uno de los cuales se eligió un capitán, al cual se encomendó uno de los pesos. Virgo Lucífera volvió a subir a su trono elevado y ordenó que comenzara la ceremonia. El primero en subir a la balanza fue un emperador tan virtuoso que los contrapesos no se movieron hasta que no se pusieron seis pesos del lado contrario, de modo que lo enviaron al sexto grupo. Tanto los ricos como los pobres se subieron a las balanzas, aunque fueron pocos los que superaron la prueba. A estos les entregaron vestiduras de terciopelo y coronas de laurel y después los hicieron sentar en los escalones del trono de Virgo Lucífera. Los que fracasaban eran ridiculizados y azotados.

Al finalizar la «inquisición», uno de los capitanes suplicó a Virgo Lucífera que permitiera que se pesaran también los nueve hombres que se habían declarado indignos, lo cual provocó angustia y temor en C. R. C.. De los siete primeros, a uno le fue bien y fue recibido con alegría. C. R. C. era el octavo y no solo resistió todos los pesos, sino que no lo pudieron mover ni siquiera cuando se colgaron tres hombres del lado contrario del astil. Un paje gritó: «¡Es él!». C. R. C. fue puesto en libertad de inmediato y se le permitió que liberara a uno de los prisioneros. Escogió al primer emperador. Virgo Lucífera le pidió entonces las rosas rojas que llevaba y él se las entregó enseguida. La ceremonia de las balanzas acabó a eso de las diez de la mañana.

Una vez acordados los castigos que se impondrían a aquellos cuyos defectos se habían puesto de manifiesto, se sirvió a todos una comida. Los pocos «artistas» que habían superado la prueba —entre ellos C. R. C.— ocuparon los asientos principales, tras lo cual, en nombre del novio, les entregaron el vellocino de oro y un león volador. A continuación, Virgo Lucífera presentó a los invitados una copa magnífica y dijo que el rey había pedido que todos compartieran su contenido. Después llevaron a C. R. C. y a sus compañeros a unos andamios, desde donde contemplaron los diversos castigos que sufrieron los que habían fracasado. Antes de marcharse del palacio, cada uno de los invitados rechazados recibió un trago de olvido. Los elegidos regresaron entonces al castillo, donde se asignó a cada uno un paje instruido que lo condujo por las distintas partes del edificio. C. R. C. vio muchas cosas que sus compañeros no tuvieron el privilegio de contemplar, incluido el sepulcro real, donde aprendió «más de lo que existe en todos los libros». También visitó una biblioteca magnífica y un observatorio que contenía un globo enorme, de nueve metros de diámetro, en el que estaban marcados todos los países del mundo.

A la hora de cenar, los distintos invitados presentaron acertijos y C. R. C. resolvió el que planteó Virgo Lucífera acerca de su propia identidad. Entonces entraron en el comedor dos jóvenes y seis vírgenes con espléndidas vestiduras, seguidas por una séptima que llevaba una corona. A esta última la llamaban «la duquesa» y la confundieron con la novia hermética. La duquesa dijo a C. R. C. que él había recibido más que los demás y, por consiguiente, debía devolver más. Después la duquesa pidió a cada una de las vírgenes que levantara uno de los siete pesos que quedaban en el salón. Dieron a Virgo Lucífera el más pesado, que fue colgado en la cámara de la reina mientras entonaban un himno. La primera virgen colgó su peso en la segunda cámara durante una ceremonia similar y así fueron procediendo, de habitación en habitación, hasta colocar todos los pesos. La duquesa dio entonces la mano a C. R. C. y a sus compañeros y se retiró, seguida por sus vírgenes. Entonces los pajes condujeron a los invitados a sus dormitorios. En el que asignaron a C. R. C. había colgados tapices extraordinarios y hermosas pinturas.

El cuarto día

Después de lavarse y de beber en el jardín de una fuente con varias inscripciones —entre ellas, una que decía: «Bebed, hermanos, y vivid»—, los

invitados, con Virgo Lucífera a la cabeza, subieron los 365 escalones de la escalera real de caracol. Se entregaron coronas de laurel a los invitados y, cuando se alzó una cortina, se encontraron en presencia del rey y la reina. C. R. C. quedó sobrecogido por el esplendor de la sala del trono y sobre todo por la magnificencia de las vestiduras de la reina, tan deslumbrantes que ni siquiera podía mirarlas. Cada virgen presentó al rey a uno de los invitados y después de esta ceremonia Virgo Lucífera pronunció un breve discurso en el que enumeró los logros de los «artistas» honestos y suplicó que se preguntara a cada uno de ellos si ella había cumplido bien su obligación. El viejo Atlas se adelantó entonces y, en nombre de Sus Majestades, dio la bienvenida a la intrépida pandilla de filósofos y aseguró a Virgo Lucífera que recibiría una recompensa real.

La longitud de la sala del trono quintuplicaba su anchura. Al oeste había un gran porche, en el que se alzaban tres tronos; el central estaba elevado. En cada trono había dos personas sentadas: en el primero había un rey anciano con una consorte joven; en el tercero, un rey negro con una matrona cubierta con un velo a su lado, y, en el central, dos personas jóvenes con una corona grande y costosa en la cabeza, en torno a la cual revoloteaba un pequeño Cupido que disparó sus flechas primero a los dos amantes y después a la sala. Delante de la reina había un libro forrado en terciopelo negro sobre un altarcito con adornos dorados. Junto a él había una vela encendida, un globo celeste, un relojito notable, un tubito de cristal del cual salía un chorro de un licor transparente rojo como la sangre y una calavera con una serpiente blanca que le entraba y le salía de las órbitas. Después de las presentaciones, los invitados volvieron a bajar al gran salón por la escalera de caracol.

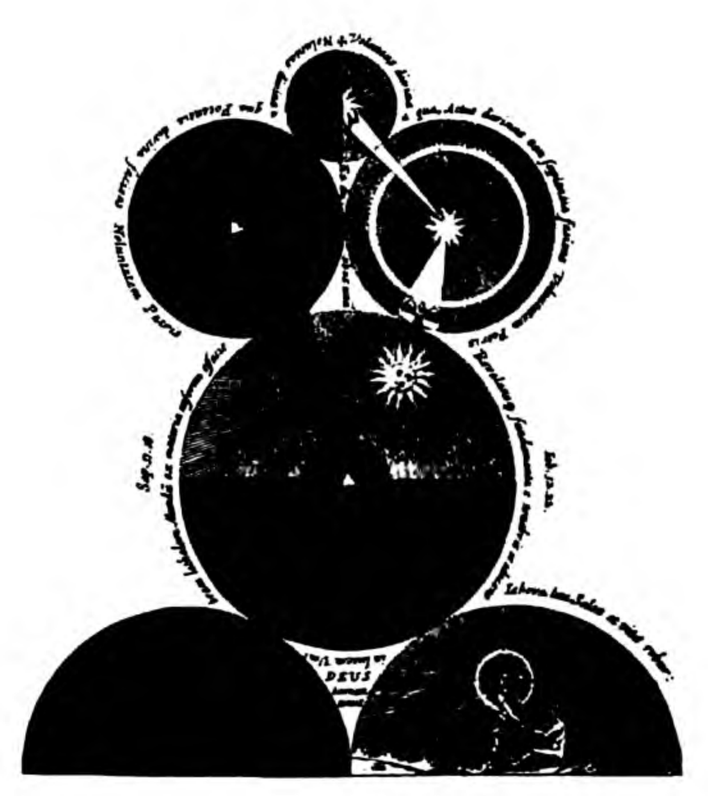
Más tarde, Virgo Lucífera anunció que se representaría una comedia para los seis invitados reales en un edificio llamado la Casa del Sol. C. R. C. y sus compañeros participaron en la procesión real, que llegó al teatro después de mucho andar. Era una obra en siete actos y, después de su final feliz, todos regresaron a través del jardín y volvieron a subir la escalera de caracol hasta la sala del trono. C. R. C. se dio cuenta de que el joven rey estaba muy triste y que, durante el banquete posterior, a menudo enviaba carne a la serpiente blanca de la calavera. Cuando acabó el festín, el joven rey, con el librito negro del altar en la mano, preguntó a sus huéspedes si todos serían fieles a él en la prosperidad y en la adversidad; cuando ellos asintieron temblando, él les pidió que firmaran con su nombre en el librito negro como prueba de su lealtad. Entonces, las personas reales bebieron de la pequeña fuente de cristal y a continuación los de-

más hicieron lo mismo y llamaron a aquello «la poción del silencio». A continuación, las personas reales estrecharon con tristeza la mano de todos los presentes. De pronto tintineó una campanilla y de inmediato los reyes y las reinas se quitaron sus vestiduras blancas y se pusieron otras negras, la habitación se llenó de colgaduras azabache y se retiraron las mesas. Se vendaron los ojos de las personas reales con seis pañuelos negros de tafetán y se colocaron seis ataúdes en el centro de la habitación. Entró un verdugo moro vestido de negro y con un hacha, que fue decapitando, una a una, a las seis personas reales. La sangre de cada una se recogió en una copa de oro que se colocó en los ataúdes, junto con el cuerpo. También fue decapitado el verdugo, cuya cabeza se colocó en un cofre pequeño.

Virgo Lucífera, después de asegurar a C. R. C. y a sus compañeros que todo saldría bien si eran fieles y cumplían lo prometido, ordenó a los pajes que los condujeran a sus habitaciones para pasar la noche, mientras ella se quedaba a velar a los muertos. A eso de la medianoche, C. R. C. despertó de pronto y, al mirar por la ventana, vio siete embarcaciones que navegaban por un lago. Sobre cada una revoloteaba una llama: supuso que serían los espíritus de los decapitados. Cuando las naves llegaron a la orilla, Virgo Lucífera las recibió y en cada una de las seis embarcaciones se puso un ataúd tapado. En cuanto se despacharon así los ataúdes, se apagaron las luces y las llamas regresaron al otro lado del lago, de modo que solo quedó una luz de guardia en cada uno de los barcos. Después de observar aquella extraña ceremonia, C. R. C. volvió a la cama y durmió hasta la mañana siguiente.

El quinto día

C. R. C. se levantó al alba y rogó a su paje que le enseñara otros tesoros del palacio, de modo que este lo hizo bajar muchos escalones y lo condujo hasta una gran puerta de hierro con una inscripción curiosa, que él copió con sumo cuidado. La atravesó y se encontró en el tesoro real, cuya luz procedía exclusivamente de unos carbúnculos enormes. En el centro estaba el sepulcro triangular de lady Venus. El paje levantó una puerta de cobre que había en el suelo e hizo entrar a C. R. C. en una cripta en la que había una cama inmensa sobre la cual, cuando su guía levantó el cobertor, C. R. C. vio el cuerpo de Venus. A continuación, guiado por su paje, C. R. C. volvió junto a sus compañeros, pero no les contó nada de su experiencia.



DE *PHILOSOPHIA MOYSAICA* DE FLUDD

EL UNIVERSO CREADO POR EL PRINCIPIO DUAL DE LA LUZ Y LA OSCURIDAD

La Divinidad Suprema está representada por la esfera pequeña de la parte superior, dividida en dos hemisferios: la mitad oscura representa la oscuridad divina de la que se rodea la Divinidad y que le sirve de escondite y el hemisferio radiante representa la luz divina que hay en Dios y que, al salir, se manifiesta como el poder creativo objetivo. La gran esfera oscura situada a la izquierda y por debajo de la mitad oscura de la esfera superior representa la oscuridad potencial que hay sobre la cara de la profundidad primordial y en la cual se mueve el Espíritu de Dios. La esfera clara situada a la derecha es la Divinidad que se manifiesta saliendo de la oscuridad. Aquí la palabra brillante ha disipado las sombras y se ha formado un universo espléndido. El poder divino de esta esfera radiante se da a conocer al hombre como el sol. La gran esfera central dividida horizontalmente en un sector claro y uno oscuro representa los universos creados que participan de la luz y la oscuridad que existen en la naturaleza del Creador. La mitad oscura representa la profundidad, o el caos, las aguas eternas que brotan de la Divinidad; la mitad clara, el poder de Dios que anima las aguas y pone orden en el caos. El semicírculo claro que contiene la figura de Apolo representa el hemisferio diurno del mundo, que, en los Misterios antiguos, era regido por Apolo. El semicírculo oscuro es el hemisferio nocturno, regido por Dionisio (Dioniso), cuya figura resulta apenas visible en la penumbra.

Virgo Lucífera, vestida de terciopelo negro y acompañada por sus vírgenes, condujo entonces a los invitados al patio, donde había seis féretros, cada uno con ocho portadores. C. R. C. era el único del grupo de «artistas» que sospechaba que los cuerpos de los reyes ya no estaban en aquellos ataúdes. Bajaron los ataúdes a sus tumbas e hicieron rodar encima grandes piedras. Virgo Lucífera rezó entonces una oración breve en la que exhortaba a cada uno a colaborar para devolver a la vida a las personas reales y anunció que debían viajar con ella a la Torre del

Olimpo, el único lugar donde se podían encontrar los remedios necesarios para resucitar a los seis. C. R. C. y sus compañeros siguieron a Virgo Lucífera hasta la orilla, donde todos subieron a bordo de siete embarcaciones dispuestas según un orden extraño. Mientras los barcos atravesaban el lago y un canal estrecho para salir a mar abierto, los escoltaron sirenas, ninfas y diosas del mar, que, en honor de la boda, obsequiaron a la pareja real con una perla grande y hermosa. Cuando los barcos avistaron la Torre del Olimpo, Virgo Lucífera ordenó que se dispararan unos cañonazos para anunciar que se acercaban. De inmediato apareció una bandera blanca en la torre y un bote dorado, con un anciano a bordo —el guardián de la torre—, acompañado por guardias vestidos de blanco, salió a recibir a los barcos.

La Torre del Olimpo estaba situada en una isla perfectamente cuadrada y la rodeaba una gran muralla. Cuando el grupo atravesó la puerta, fue conducido a la parte inferior de la torre central, que contenía un laboratorio excelente, donde los invitados se pusieron de buen grado a sacudir y lavar plantas, piedras preciosas y todo tipo de cosas, a extraer su jugo y su esencia y a ponerlos en vasos. Virgo Lucífera puso a los «artistas» a trabajar tan arduamente que se sintieron como meros esclavos. Una vez finalizada la labor del día, se asignó a cada uno un colchón sobre el suelo de piedra. Como no podía dormir, C. R. C. se puso a deambular y a contemplar las estrellas; por casualidad encontró una escalera que conducía a lo alto de la muralla, subió por ella y estuvo mirando el mar; se quedó allí bastante rato y, cerca de la medianoche, vio siete llamas que atravesaron el mar hacia él y se congregaron en lo alto de la aguja de la torre central. Al mismo tiempo se levantó viento, el mar se volvió tempestuoso y la luna se cubrió de nubes. Con cierto temor, C. R. C. bajó corriendo las escaleras y regresó a la torre, se acostó en su colchón y se durmió arrullado por el sonido de un chorro de agua que corría suavemente en el laboratorio.

El sexto día

A la mañana siguiente, el anciano guardián de la torre examinó el trabajo que habían hecho en el laboratorio los invitados a la boda; como lo encontró satisfactorio, hizo traer escaleras, cuerdas y grandes alas y se dirigió a los «artistas» reunidos con estas palabras: «Queridos hijos míos, cada uno de vosotros debe llevar constantemente consigo durante

el día de hoy una de estas tres cosas». Se echaron suertes y a C. R. C. le tocó, con gran desilusión por su parte, una escalera pesada. Los que consiguieron alas se las sujetaron a la espalda con tanta astucia que era imposible detectar que eran artificiales. El anciano guardián encerró entonces a los «artistas» en la habitación inferior de la torre, pero poco después se destapó un agujero redondo en el techo y Virgo Lucífera invitó a todos a subir. Los que tenían alas salieron volando enseguida a través de la abertura, los que tenían cuerdas tropezaron con muchas dificultades, mientras que C. R. C., con su escalera, lo consiguió bastante rápido. En el segundo piso, los invitados a la boda, los músicos y Virgo Lucífera se reunieron en torno a una especie de fuente que contenía los cuerpos de las seis personas reales.

Virgo Lucífera puso entonces la cabeza del moro en un recipiente semejante a una olla que había en la parte superior de la fuente y vertió encima las sustancias preparadas el día anterior en el laboratorio. Las vírgenes pusieron lámparas debajo. Aquellas sustancias, al hervir, atravesaron los agujeros que había a los lados de la olla y, al caer en los cuerpos que había en la fuente de abajo, los disolvió. Una vez reducidos al estado líquido los seis cuerpos reales, se abrió un grifo en el extremo inferior de la fuente y el líquido pasó a un globo dorado inmenso que, una vez lleno, pesaba muchísimo. Entonces se retiraron todos menos los invitados a la boda y poco después se abrió, como antes, un agujero en el techo y los invitados subieron en tropel al tercer piso, donde se colgó el globo de una cadena fuerte. Los muros del aposento eran de cristal y había espejos dispuestos de tal manera que los rayos del sol se concentraban en el globo central, que, por consiguiente, se calentó mucho. Posteriormente se desviaron los rayos del sol y dejaron que el globo se enfriase, tras lo cual lo abrieron con un diamante y quedó al descubierto un hermoso huevo blanco. Virgo Lucífera lo cogió y se marchó con él.

Después de atravesar otra trampilla, los invitados se encontraron en el cuarto piso, donde había una olla cuadrada llena de arena de cuarzo, calentada por un fuego suave. Pusieron el gran huevo blanco sobre la arena para que madurara. Poco después se cascó y salió un ave fea y malhumorada, a la que alimentaron con la sangre de las personas reales decapitadas, diluida con agua preparada. Cada vez que le daban de comer, sus plumas cambiaban de color: de negro pasaron a blanco y al final quedaron de varios colores y el carácter del ave fue mejorando al mismo tiempo. Entonces se sirvió la cena, tras la cual Virgo Lucífera se marchó con el ave. Los invitados subieron con cuerdas, escaleras y alas al quinto

piso, donde habían preparado una bañera coloreada con un polvo blanco fino para el ave, que disfrutó del baño hasta que las lámparas dispuestas debajo calentaron demasiado el agua. Cuando el calor había hecho que el ave perdiera todas las plumas, la sacaron, pero el fuego siguió encendido, hasta que no quedó en la bañera nada más que un sedimento en forma de una piedra azul, que después machacaron y convirtieron en pigmento, con el cual pintaron toda el ave, salvo la cabeza.

A continuación, los invitados subieron al sexto piso, donde se alzaba un pequeño altar, parecido al que había en la sala del trono del rey. El ave bebió de la pequeña fuente y la alimentaron con la sangre de la serpiente blanca que se arrastraba por las aberturas de la calavera. La esfera que había junto al altar daba vueltas sin parar. El reloj dio la una, las dos y después las tres y a esa hora el ave apoyó el cuello sobre el libro y fue decapitada. Ardió su cuerpo hasta quedar reducido a cenizas, que pusieron en una caja de madera de ciprés. Virgo Lucífera dijo a C. R. C. y a tres de sus camaradas que eran «laboradores» holgazanes y lentos y, por consiguiente, no podrían entrar en la séptima sala. Llamaron a los músicos para que, soplando sus cornetas, se burlaran de ellos y los echaran de la cámara. C. R. C. y sus tres compañeros se desalentaron, hasta que los músicos les dijeron que levantaran el ánimo y los hicieron subir por una escalera de caracol al octavo piso de la torre, justo debajo del techo, donde los recibió el anciano guardián, de pie sobre un hornillo redondo, y los felicitó por haber sido elegidos por Virgo Lucífera para aquella obra más importante. Entonces entró Virgo Lucífera, que, tras reírse de la perplejidad de sus invitados, vació las cenizas del ave en otro recipiente y llenó la caja de ciprés con alguna sustancia inútil. Entonces regresó al séptimo piso, supuestamente para engañar a los que estaban reunidos allí y ponerlos a trabajar con las cenizas falsas de la caja.

A C. R. C. y sus tres amigos los pusieron a humedecer las cenizas del ave con un agua preparada especialmente, hasta que la mezcla adquirió la consistencia de una masa; después la calentaron e hicieron con ella dos formas minúsculas, que, una vez abiertas, dejaron al descubierto dos imágenes humanas brillantes y casi transparentes, de unos diez centímetros de alto (homúnculos), uno masculino y el otro femenino. Tendieron aquellas formas diminutas sobre cojines de raso y las alimentaron gota a gota con la sangre del ave, hasta que crecieron y alcanzaron un tamaño normal y una gran belleza. Aunque sus cuerpos tenían la consistencia de la carne, no mostraban ningún signo de vida, porque no poseían alma. A continuación rodearon los cuerpos con antorchas y

les cubrieron el rostro con seda. Apareció entonces Virgo Lucífera con dos prendas blancas muy curiosas. También entraron las vírgenes, seis de ellas con grandes trompetas. Pusieron una trompeta sobre la boca de una de las dos figuras y C. R. C. vio que se abría un agujerito diminuto en la cúpula de la torre y un rayo de luz descendía por el tubo de la trompeta y penetraba en el cuerpo. El mismo proceso se repitió tres veces en cada cuerpo. Se llevaron sobre unas parihuelas aquellas dos formas a las que acababan de infundir alma y, alrededor de media hora después, el joven rey y la joven reina despertaron y Virgo Lucífera les entregó las vestiduras blancas. Ellos se las pusieron y el rey en persona se dignó regresar gracias a C. R. C. y sus compañeros, tras lo cual las personas reales partieron en una embarcación. C. R. C. y sus tres amigos privilegiados se volvieron a juntar con los otros «artistas», sin mencionar en absoluto lo que habían visto. Posteriormente se asignaron a todo el grupo unas cámaras espléndidas en las que descansaron hasta el día siguiente.

El séptimo día

Por la mañana, Virgo Lucífera anunció que todos los invitados a la boda habían sido nombrados Caballeros de la Piedra Dorada. El anciano guardián entregó a cada uno una medalla de oro que por una cara llevaba la inscripción «Ar. Nat. Mi.» y, por la otra cara, «Tem. Na. F.». Todo el grupo regresó en doce naves al palacio del rey. Las banderas de los barcos llevaban los signos del Zodíaco y a C. R. C. le correspondió el de Libra. Cuando entraron en el lago, salieron a recibirlos muchos barcos y el rey y la reina, acompañados por sus señores, sus damas y sus vírgenes, se adelantaron en una barcaza de oro a recibir a los invitados que regresaban. Entonces Atlas pronunció una breve oración en nombre del rey y pidió también por los reyes presentes. En respuesta, el anciano guardián entregó a Cupido, que revoloteaba en torno a la pareja real, un cofrecito de forma curiosa. C. R. C. y el anciano señor, cada uno portando una enseña blanca como la nieve con una cruz roja, fueron en el carruaje con el rey. En la primera puerta estaba el portero vestido de azul, que, al ver a C. R. C., le suplicó que intercediera ante el rey para que lo librara de aquel puesto de servidumbre. El rey respondió que el portero era un astrólogo famoso que había sido obligado a vigilar la entrada como castigo por el delito de haber mirado a lady Venus cuando descansaba en su lecho y añadió que solo podía quedar libre cuando se

encontrase a otro que hubiese cometido el mismo delito. Al oír esto, a C. R. C. se le cayó el alma a los pies, porque se dio cuenta de que era él el culpable, aunque en aquel momento guardó silencio.

Los recién designados Caballeros de la Piedra Dorada tuvieron que suscribir los cinco artículos redactados por Su Alteza Real: 1) que solo atribuirían su Orden a Dios y a Su sierva, la Naturaleza; 2) que abominarían de toda impureza y vicio; 3) que siempre estarían dispuestos a asistir a las personas respetables y a los necesitados; 4) que no emplearían su conocimiento ni su poder para alcanzar dignidades terrenales, y 5) que no desearían vivir más tiempo del que Dios hubiese decretado. A continuación asumieron como caballeros y la ceremonia se confirmó en una capilla pequeña, en la que C. R. C. colgó su vellocino de oro y su sombrero como recuerdo eterno y donde inscribió lo siguiente: «*Summa Scientia nihil Scire, Fr. Christianus Rosencreutz. Eques aurei Lapidis. Anno 1459*».

Después de la ceremonia, C. R. C. reconoció que había sido él quien había mirado a Venus y, por consiguiente, debía convertirse en guardián de la puerta. El rey lo abrazó con cariño y le asignaron una habitación amplia en la que había tres camas: una para él, una para el anciano señor de la torre y la tercera para el viejo Atlas.

Las bodas alquímicas acaba así de pronto, dejando la impresión de que C. R. C. asumiría sus obligaciones como portero a la mañana siguiente. El libro concluye con una oración incompleta y con una nota en cursiva, supuestamente del editor.

Tras el simbolismo de una boda alquímica, los filósofos medievales ocultaron el sistema secreto de cultura espiritual mediante el cual esperaban coordinar a los *disjecta membra* tanto del organismo humano como del social. Para ellos, la sociedad era una estructura triple que tenía su analogía en la constitución trina del hombre, que está hecho de espíritu, mente y cuerpo, como la sociedad está compuesta por la Iglesia, el Estado y el pueblo. La intolerancia de la Iglesia, la tiranía del Estado y la furia de la muchedumbre son los tres medios mortíferos de la sociedad que pretenden destruir la verdad, como narra la leyenda masónica de Juram Abí. Los seis primeros días de *Las bodas alquímicas* presentan los procesos de «creación» filosófica que cualquier organismo debe superar. Los tres reyes son el espíritu triple del ser humano y sus consortes son sus correspondientes vehículos de expresión en el mundo inferior. El verdugo es la mente, cuya parte superior —representada por la cabeza— es necesaria para alcanzar el trabajo filosófico. De este modo, cuando las partes del ser humano —que los alquimistas

simbolizaban como planetas y elementos— se fusionan según una fórmula divina determinada, se produce la creación de dos «criaturas» filosóficas que, alimentadas con la sangre del ave alquímica, se convierten en soberanos del mundo.

Desde un punto de vista ético, el joven rey y la joven reina, resucitados en lo alto de la torre y animados por la Vida Divina, representan las fuerzas de la inteligencia y el amor que, en última instancia, deben guiar la sociedad. La inteligencia y el amor son los dos grandes luminares éticos del mundo y corresponden al espíritu iluminado y al cuerpo regenerado. El novio es la realidad y la novia es el ser regenerado que alcanza la perfección al unificarse con la realidad mediante un matrimonio cósmico, en el cual la parte mortal alcanza la inmortalidad al unirse con su propia fuente inmortal. En el matrimonio hermético, la conciencia divina y la humana se unen en santo matrimonio y aquel en quien tiene lugar esta ceremonia sagrada es nombrado Caballero de la Piedra Dorada, con lo cual se convierte en un diamante divino filosófico, compuesto por la quintaesencia de su propia constitución séptuple.

Esta es la verdadera interpretación del proceso místico de convertirse en «novia del Cordero». El Cordero de Dios está representado por el vellocino de oro que Jasón se vio obligado a ganar para poder reinar. El león volador es la voluntad iluminada, un requisito esencial para conseguir la Gran Obra. El episodio de pesar el alma de los hombres tiene una analogía en la ceremonia que se describe en el Libro de los Muertos de los egipcios. La ciudad amurallada en la que entra C. R. C. representa el santuario de la sabiduría en el que viven los que gobiernan realmente el mundo: los filósofos iniciados.

Como los Misterios antiguos cuyo modelo sigue, la Orden de la Rosa Cruz poseía un ritual secreto que el candidato debía respetar durante una cantidad determinada de años antes de poder acceder a los grados internos de la sociedad. Los distintos pisos de la Torre del Olimpo representan las órbitas de los planetas. El ascenso de los filósofos de un piso a otro también es análogo a determinados rituales de los misterios eleusinos y los ritos de Mitra, en los cuales el candidato subía los siete peldaños de una escalera o los siete escalones de una pirámide para indicar que se liberaba de las influencias de los gobernadores planetarios. El hombre solo llega a dominar las siete esferas cuando transmuta los impulsos recibidos de ellas. Aquel que domina los siete mundos y se reconcilia con la fuente divina de su propia naturaleza consuma el matrimonio hermético.

XXXVIII

Bacon, Shakspere y los rosacruces

Vamos a examinar la controversia entre Bacon. Shakspere y los rosacruces, pero no con la finalidad vana de desenterrar los huesos de los muertos, sino, más bien, con la esperanza de que un análisis crítico contribuya al redescubrimiento del conocimiento perdido para el mundo desde que se silenciaron los oráculos. Fue W. F. C. Wigston quien llamó al bardo de Avon «el imaginario capitán Shakespeare. la máscara rosacruz». en una de las afirmaciones más significativas con respecto a la controversia entre Bacon y Shakspere.

Resulta bastante evidente que William Shakspere no pudo haber producido sin ayuda los escritos inmortales que llevan su nombre. No poseía la cultura literaria necesaria, porque en la ciudad de Stratford. donde se crió. no había ninguna escuela capaz de impartirle las formas superiores de saber que reflejan las obras que se le atribuyen. Sus padres eran analfabetos y en sus primeros años de vida manifestó un desprecio absoluto por el estudio. No existen más que seis ejemplos conocidos de la letra de Shakspere. Todos son firmas y tres de ellos aparecen en su testamento. Por el método vacilante con que fueron ejecutados aquellos garabatos, se deduce que Shakspere no estaba acostumbrado a usar la pluma y resulta evidente que copió una firma que le habían preparado o que guiaron su mano mientras escribía. No se han hallado los manuscritos autógrafos de sus obras de teatro ni de sus sonetos y ni siquiera existe una tradición al respecto, aparte de la declaración fantástica e imposible que aparece en el prólogo del Gran Folio.

Contar con una biblioteca bien surtida sería imprescindible para un autor cuyas producciones literarias demuestran que está familiarizado

con la literatura de todos los tiempos; sin embargo, no se tiene constancia de que Shakspere poseyese jamás una biblioteca ni se hace mención alguna a ningún libro en su testamento. Tras mencionar que Judith, la hija de Shakspere, era analfabeta y a los veintisiete años solo sabía poner su marca. Ignatius Donnelly califica de increíble que, si William Shakspere había escrito las obras de teatro que llevan su nombre, hubiese permitido que su propia hija llegase a la edad adulta y se casase sin ser capaz de leer una sola línea de las obras que habían hecho rico y localmente famoso a su padre.

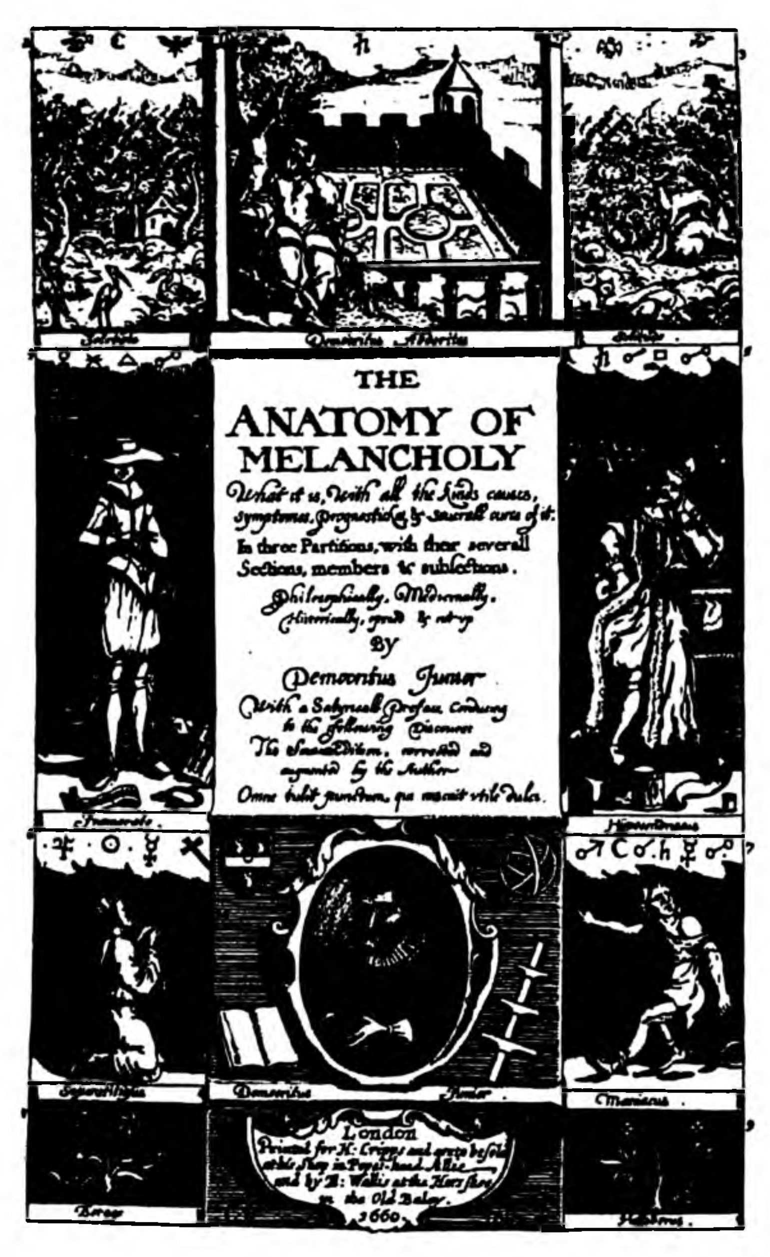


DE *EL REY RICARDO II* DE SHAKESPEARE. CUARTO DE 1597

VIÑETA EN LA QUE APARECEN AES CLARAS Y SOMBREADAS
Hace tiempo que se supone que esta viñeta ornamental es una firma baconiana o rosacruz. Las aes claras y oscuras aparecen en varios volúmenes publicados por emisarios de los rosacruces. Si comparamos esta figura con la de los *Emblemas* de Alciati de las páginas siguientes, veremos más ejemplos del uso críptico de las dos aes.

También se ha planteado la siguiente duda: dónde habría adquirido William Shakspere sus conocimientos de francés, italiano, español y danés modernos, por no hablar del latín y el griego clásicos. Porque, a pesar del discernimiento poco común con que el autor de las obras «shakespearianas» usaba el latín, Ben Jonson, que conocía a Shakspere a fondo, declaró que el actor de Stratford entendía «poco de latín y menos de griego». ¿Y no es acaso más que extraño que no haya ninguna constancia de que William Shakspere interpretara jamás un papel destacado en los famosos dramas que se supone que escribió ni en otros producidos por la compañía de la cual era miembro? Es verdad que tal vez tuviera una pequeña participación en el Teatro del Globo o en Blackfriars, pero, aparentemente, el apogeo de sus logros en el arte de Talía fue el fantasma de *Hamlet*.

A pesar de su avaricia reconocida, no parece que Shakspere hiciera ningún esfuerzo durante su vida para controlar ni obtener remuneración alguna por las obras que llevaban su nombre, muchas de las cuales se publicaron por primera vez de forma anónima. Por lo que se ha podido determinar, ninguno de sus herederos tuvo nada que ver con la impresión del Primer Folio después de su muerte ni obtuvo de ella ningún beneficio económico. De haber sido él su autor, los manuscritos de Shakspere y sus obras de teatro inéditas habrían constituido, sin duda, sus bienes más preciados; sin embargo, en su testamento figuran disposiciones especiales con respecto a su segunda cama y su «cuenco ancho de plata dorada», pero no se menciona ni se insinúa siquiera que tuviese una producción literaria propia de ningún tipo.



UE *ANATOMIA UE LA MELANCOLIA* DE BURTON

CARÁTULA DE LA *ANATOMÍA DE LA MELANCOLÍA* DE BURTON

Los expertos en Bacon sostienen que la *Anatomía de la melancolía* de Burton es en realidad el álbum de recortes de Francis Bacon, en el cual, a lo largo de los numerosos años de su vida, tan rica en experiencias, fue reuniendo trocitos desconocidos y poco comunes. Se supone desde hace tiempo que esta carátula contiene un mensaje críptico, cuya clave se encuentra en la figura del maníaco que señala, situada en la parte inferior derecha del diseño. Según Elizabeth Wells Gallup, el globo celeste que señala el maníaco es un símbolo críptico de sir Francis Bacon. Los símbolos planetarios que aparecen en las nubes que hay delante de las figuras marginales 4, 5, 6 y 7 representan las configuraciones planetarias que producen las formas de manía representadas. Según los baconianos entusiastas, el hombre que está sentado con la cabeza apoyada en la mano representa a sir Francis Bacon.

Mientras que los *Folios* y los *Quartos* por lo general llevan la firma «William Shakespeare», en todos los autógrafos conocidos del actor de Stratford se lee «William Shakspere». ¿Será posible que este cambio ortográfico tenga una importancia que hasta ahora en general se ha pasado por alto? Además, si los editores del *First Shakespearian Folio* veneraban a su amigo actor tanto como parecen indicar las afirmaciones que hacen en dicho volumen, ¿por qué —como haciendo una alusión irónica a una broma que le estuvieran gastando— ponen en la carátula una caricatura suya de lo más evidente?

También resultan incompatibles algunos absurdos en la vida privada de Shakspere. Cuando se supone que se encontraba en el cenit de su carrera literaria, en realidad estaba en tratos para comprar malta, ¡supuestamente para fabricar cerveza! También habría que ver al inmortal Shakspere, el famoso autor de *El mercader de Venecia*, ¡como prestamista! Sin embargo, una de las personas contra las cuales Shakspere interpuso una demanda para cobrar pequeñas sumas de dinero fue un vecino suyo, un tal Philip Rogers, al que demandó por no devolverle dos chelines que le había prestado: aproximadamente cuarenta y ocho céntimos. En resumen, no hay nada en la vida de Shakspere que justifique la excelencia literaria que se le atribuye.

Los ideales filosóficos promulgados en todas las obras de teatro «shakespearianas» demuestran claramente que su autor estaba muy familiarizado con determinadas doctrinas y principios propios del rosacrucismo: de hecho, la profundidad de las producciones de «Shakespeare» demuestra que su creador era uno de los iluminados de aquel entonces. La mayoría de los que han buscado una solución a la controversia Bacon-Shakspere han sido intelectuales. A pesar de sus logros en el campo académico, han pasado por alto la importancia del papel que ha desempeñado el trascendentalismo en los logros filosóficos de todos los tiempos. El materialista no se puede explicar los misterios de la superfísica, porque su formación no lo prepara para calcular el alcance de sus ramificaciones y sus complejidades; sin embargo, ¿quién sino un platónico, un cabalista o un pitagórico podría haber escrito *La tempestad*, *Macbeth*, *Hamlet* o *Cimbelino*? ¿Quién podría haber concebido *El sueño de una noche de verano* sino alguien profundamente versado en la tradición de Paracelso?

Padre de la ciencia moderna, reformista de la legislación moderna, editor de la Biblia moderna, patrocinador de la democracia moderna y uno de los fundadores de la masonería moderna, sir Francis Bacon fue

un hombre de muchos objetivos y propósitos. Era rosacruz y algunos han dado a entender que era el rosacruz por antonomasia. Aunque no fuera realmente el Ilustre Padre C. R. C. que se menciona en los manifiestos rosacruces, no cabe duda de que era un iniciado importante de la Orden Rosacruz y sus actividades en relación con este órgano secreto son las que tienen suma importancia para los estudiosos del simbolismo, la filosofía y la literatura.

Se han escrito montones de volúmenes para demostrar que sir Francis Bacon fue el verdadero autor de las obras de teatro y los sonetos que se suelen atribuir a William Shakspere. Un análisis imparcial de estos documentos basta para convencer a los que no tienen ideas preconcebidas de la verosimilitud de la teoría baconiana. En realidad, los entusiastas que se han esforzado durante años en identificar a sir Francis Bacon como el verdadero bardo de Avon lo habrían conseguido hace mucho si hubiesen destacado su ángulo más importante; a saber: que sir Francis Bacon, el iniciado rosacruz, introdujo en las obras de teatro «shakespearianas» las enseñanzas secretas de la Fraternidad de la Rosa Cruz y los rituales auténticos de la Orden Masónica, de la cual aún podría descubrirse que fue el verdadero fundador. Sin embargo, como el mundo es sentimental, le disgusta renunciar a un héroe tradicional, ya sea para resolver una controversia o para corregir un error. No obstante, si se pudiese demostrar que, desentrañando el enigma, se puede descubrir información de valor práctico para la humanidad, las mejores cabezas del mundo estarían dispuestas a colaborar en dicha empresa. La controversia entre Bacon y Shakspere —ya lo reconocen sus defensores más competentes— incluye los aspectos más profundos de la ciencia, la religión y la ética y quien resuelva el misterio puede encontrar en él la clave de la sabiduría de la Antigüedad, que damos por perdida.

En reconocimiento de los logros intelectuales de Bacon, el rey Jacobo le entregó los manuscritos de los traductores de lo que actualmente se conoce como la Biblia del rey Jacobo, se supone que para que los cotejara, los corrigiera y los repasara. Conservó los manuscritos en su poder durante casi un año, pero no se sabe qué ocurrió durante aquel período. Con respecto a esta obra, William T. Smedley escribe lo siguiente: «Al final se demostrará que quien urdió todo el plan de la versión autorizada de la Biblia fue Francis Bacon». (Véase *The Mystery of Francis Bacon.*) La primera edición de la Biblia del rey Jacobo contiene una viñeta baconiana críptica. ¿Habrá ocultado Bacon de forma criptográfica en la Biblia autorizada aquello que no se atrevió a revelar en el texto

de forma literal: la clave secreta rosacruz del cristianismo místico y el masónico?

Sin ninguna duda, sir Francis Bacon poseía la diversidad de conocimientos generales y filosóficos necesarios para escribir las obras de teatro y los sonetos «shakespearianos», ya que por lo general se lo reconoce como compositor, abogado y lingüista. Tanto su capellán, el doctor William Rawley, como Ben Jonson dan fe de sus logros filosóficos y poéticos. El primero rinde a Bacon este homenaje extraordinario: «Me he visto inducido a pensar que, si un rayo de conocimiento procedente de Dios ha llegado a algún hombre en la era moderna, ha caído en él, porque, si bien era un gran lector de libros, no ha sido de ellos de donde ha obtenido su conocimiento, sino de algunos ámbitos y nociones que había en él mismo». (Véase la introducción al *Resuscitatio*.)

Sir Francis Bacon no solo era un abogado competente, sino también un cortesano refinado, además de conocer a fondo la legislación parlamentaria y el protocolo de la corte real que se ponen de manifiesto en las obras «shakespearianas», un conocimiento que no podría haber adquirido un hombre de humilde condición como el actor de Stratford. Además, lord Verulam visitó muchos de los países extranjeros que sirven de fondo a las obras de teatro y, por consiguiente, estaba en condiciones de crear la atmósfera local auténtica que se menciona en ellas, mientras que no se tiene constancia de que William Shakspere viajara jamás fuera de Inglaterra.

La espléndida biblioteca reunida por sir Francis Bacon contenía precisamente los volúmenes necesarios para proporcionar las citas y las anécdotas incluidas en las obras de Shakespeare. En realidad, muchas de las obras de teatro se basan en argumentos de escritos anteriores, que no habían sido traducidos al inglés en aquella época. Por sus habilidades académicas, es posible que lord Verulam hubiera leído los libros originales, mientras que es muy poco probable que William Shakspere hubiese podido hacer lo mismo.

Existen pruebas criptográficas suficientes de que Bacon tuvo que ver con la producción de las obras «shakespearianas». El número en clave de sir Francis Bacon era el treinta y tres. En la Primera Parte de *Enrique IV*, la palabra «Francis» aparece treinta y tres veces en una sola página. Para lograrlo, han hecho falta oraciones evidentemente poco elegantes, como: «¿Al instante, Francis? No, Francis, sino mañana, Francis, o, Francis, el jueves o, de hecho, Francis, cuando quieras. Pero, Francis...».



DE *EL AVANCE DEL SABER* DE BACON

FRANCIS BACON, BARÓN DE VERULAM Y VIZCONDE DE SAINT ALBANS

Lord Bacon nació en 1561 y su muerte esta registrada en 1626, aunque existen documentos que indicarían que su funeral pudo haber sido simulado y que se marcho de Inglaterra y vivió muchos años con otro nombre en Alemania, donde siguió consagrando la vida a promulgar las doctrinas de la sociedad secreta a la que sirvió fielmente. Los investigadores imparciales parecen no albergar dudas de que lord Bacon era hijo legitimo de la reina Isabel y el conde de Leicester.

A lo largo de los *Folios* y los *Quartos* de Shakespeare aparecen montones de signaturas acrósticas. La forma más sencilla del acróstico se da cuando se oculta un nombre —en este caso, el de de Bacon— en las primeras letras de las líneas. En *La tempestad*,

MR. WILLIAM
SHAKESPEARES
COMEDIES,
HISTORIES, &
TRAGEDIES.

Publiſhed according to the True Originall Copies.



LONDON
Printed by Iſaac Iaggard, and Ed. Blount. 1623.

DEL *GRAN FOLIO* DE SHAKESPEARE DE 1623

EL RETRATO DE SHAKSPERE SEGÚN DROESHOUT

No existe ningún retrato auténtico de Shakspere. Las diferencias en los retratos de Droeshout, Chandos, Janssen, Hunt, Ashbourne, Soest y Dunford demuestran de forma concluyente que en realidad los artistas no conocían sus facciones. Si analizamos el retrato de Droeshout, se observan varias peculiaridades. Los entusiastas baconianos están convencidos de que el rostro no es más que una caricatura y, posiblemente, la mascarilla de Francis Bacon. Si comparamos el Shakspere de Droeshout con retratos y grabados de Francis Bacon, se nota que las dos caras tienen la misma estructura y que la diferencia de expresión se debe a las líneas de sombreado. Obsérvese también la extraña línea que va desde la oreja hasta la barbilla. ¿Acaso esta línea es una forma sutil de indicar que el rostro es una mascarilla que acaba en la oreja? Obsérvese también que la cabeza no está conectada con el cuerpo, sino que se apoya en el cuello. Lo más extraño de todo es la chaqueta, porque una mitad está puesta hacia atrás. Al dibujarla, el ilustrador ha hecho el brazo izquierdo como corresponde, pero el brazo derecho tiene la parte posterior del hombro hacia delante. Frank Woodward destaca que hay 157 letras en la carátula, lo cual constituye una signatura rosacruz de gran importancia. La fecha, 1623, más las dos letras «on» de la palabra «London» (Londres en inglés) da mediante una sencilla clave numérica, la firma críptica de Francis Bacon. Si sustituimos las veintiséis letras del alfabeto por números, el 1 se convierte en a, el 6 se convierte en efe, el 2 se convierte en be y el 3, en ce, con lo cual se obtiene AFBC: si a esto le añadimos el *on*, de «London», el resultado es AFBCON, que, ordenado, forma F. BACON.

acto 1, escena 2, aparece un ejemplo sorprendente del acróstico baconiano:

Begun to tell me what I am, but stopt
And left me to a bootelesse Inquisition,
Concluding, stay: not yet.

Las primeras letras de la primera y la segunda línea, junto con las tres primeras letras de la tercera forman la palabra «BACon». En los escritos atribuidos a Bacon aparecen a menudo acrósticos similares.

El tenor de las obras dramáticas «shakespearianas» está en armonía políticamente con los puntos de vista reconocidos de sir Francis Bacon, cuyos enemigos a menudo aparecen caricaturizados en ellas. Asimismo, su trasfondo religioso, filosófico y educativo refleja las opiniones personales de Bacon. No solo existen estas marcadas similitudes de estilo y terminología entre los escritos de Bacon y las obras de «Shakespeare», sino que también aparecen en ellos ciertos errores históricos y filosóficos, como un mismo error al citar una frase de Aristóteles.

Consciente, evidentemente, de que el futuro dejaría al descubierto toda su genialidad, en su testamento lord Verulam encomendó su alma al Dios del cielo por las oblaciones de su Salvador, su cuerpo para que lo enterraran de forma anónima, su nombre y su memoria a los discursos caritativos de los hombres, a las naciones extranjeras, a las eras sucesivas «y a sus propios compatriotas, una vez transcurrido cierto tiempo». Bacon suprimió de su testamento el texto que aparece entre comillas, aparentemente por temor a haber dicho demasiado.

Es evidente que, durante su vida, fueron muy pocos los que conocieron el subterfugio de sir Francis Bacon. En consecuencia, dispersas en muchos volúmenes escritos en el siglo XVII se encuentran pistas acerca del verdadero autor de las obras «shakespearianas». En la página 33 (el número en clave de Bacon) de la edición de 1609 de *The Treasurie or Storehouse of Similes*, de Robert Cawdry, aparece la siguiente alusión significativa: «Los hombres reirían del pobre que, vestido con las prendas valiosas que le hubiesen prestado para actuar y representar en el escenario el papel de un personaje honorable, las conservara como propias una vez acabada la obra y se jactara de ellas arriba y abajo».

Las reiteradas referencias a la palabra *hog* {cerdo} y la presencia de alusiones criptográficas en la página 33 de varios escritos de la época demuestran que la clave para descifrar los enigmas de Bacon eran su

propio nombre, las palabras que jugaban con él o su equivalente numérico. Algunos ejemplos destacados son la famosa frase de la señora Quickly en *Las alegres comadres de Windsor*: «"Cerdo colgado" es Bacon [beicon] en latín, os lo aseguro»; la carátula de *The Countess of Pembroke's Arcadia* y la de *Faerie Queene*, de Edmund Spenser, y los símbolos que aparecen en las obras de Alciati y Wither. Además, la palabra *honorificabilitudinitatibus*, que aparece en el quinto acto de *Trabajos de amor perdidos*, es una signatura rosacruz, como demuestra su equivalente numérico: 287.

También en la portada de la primera edición de la *Nueva Atlántida* de sir Francis Bacon aparece el Tiempo sacando de la oscuridad de una cueva una figura femenina. Alrededor hay una inscripción en latín: «Con el tiempo, la verdad secreta será revelada». El eslogan y los emblemas del editor que aparecían en los volúmenes publicados especialmente durante la primera mitad del siglo XVII fueron diseñados, distribuidos y en algunos casos mutilados según un plan definido.

Resulta evidente también que los errores de paginación en los *Folios* «shakespearianos» y en otros volúmenes son claves para acceder a la escritura cifrada de Bacon, porque las reediciones —a menudo hechas con otros tipos y por distintos impresores— contienen los mismos errores. Por ejemplo, el Primer Folio y el Segundo Folio de «Shakespeare» están impresos con tipos de imprenta totalmente diferentes y por distintos impresores, con nueve años de diferencia, pero, en las dos ediciones, la página 153 de las *Comedias* lleva el número 151 y las páginas 249 y 250 están numeradas 250 y 251, respectivamente. Además, en la edición de 1640 de *The Advancement and Proficiency of Learning*, de Bacon, las páginas 353 y 354 están numeradas 351 y 352, respectivamente, y en la edición de 1641 de *Los siete días de la semana*, de Du Bartas, faltan las páginas 346 a la 350 inclusive, mientras que la página 450 lleva el número 442. Cabe destacar la frecuencia con la que esto afecta a las páginas terminadas en 50, 51, 52, 53 y 54.

Montones de volúmenes impresos entre 1590 y 1650 y algunos impresos en otras épocas cumplen todos los requisitos del cifrado biliteral de lord Verulam. Si se analizan los versos de L. Digges dedicados a la memoria del difunto «Autor Maestro W. Shakespeare», se observa el uso de dos fuentes tipográficas, tanto para las mayúsculas como para las minúsculas; las diferencias eran más marcadas en las tes, las enes y las aes mayúsculas. (Véase el Primer Folio.) El cifrado ha desaparecido de las ediciones posteriores.

La presencia de material oculto en el texto se indica a menudo mediante el uso de palabras innecesarias. En la decimosexta página, sin numerar, de la edición de 1641 de *Los siete días de la semana* de Du Bartas hay un cerdo encima de un texto piramidal. El texto es una jerga sin sentido, insertada —evidentemente— por motivos criptográficos, y lleva la signatura de Bacon: el cerdo. Al año siguiente de la publicación del Primer Folio de las obras de teatro de Shakespeare en 1623, se imprimió en «Lunaeburg» un volumen notable sobre criptografía, atribuido a Gustavus Selenus. Se considera sumamente probable que este volumen sea la clave criptográfica del Gran Folio de Shakespeare.

Algunas viñetas simbólicas peculiares, colocadas al principio o al final de las páginas o los capítulos, también indican la presencia de criptogramas. Si bien este tipo de adornos aparecen en muchos de los primeros libros impresos, determinados emblemas son característicos de los volúmenes que contienen cifrados rosacruces baconianos. La a clara y la oscura sombreada constituyen un ejemplo interesante. Teniendo en cuenta la frecuente repetición en el simbolismo baconiano de la a clara y la oscura sombreada y del cerdo, la siguiente oración de Bacon en su *Interpretation of Nature* resulta muy significativa: «Si la cerda con su hocico imprimiera en el suelo la letra a, ¿imaginarías entonces que puede escribir toda una tragedia como ha escrito una sola letra?».

Los rosacruces y otras sociedades secretas del siglo XVII transmitían referencias criptográficas por medio de filigranas y los libros que supuestamente contenían cifrados baconianos suelen estar impresos en papel con la filigrana rosacruz o la masónica: a menudo aparecen varios símbolos en el mismo libro, como la Rosa Cruz, urnas, racimos de uvas y otros.

Tenemos a mano un documento que puede resultar una clave notable para descifrar un cifrado que comienza en *Cimbelino*. Que se sepa, nunca ha sido publicado y solo se aplica al Folio de 1623 de las obras de «Shakespeare». El cifrado es un recuento de líneas y palabras que tiene que ver con la puntuación, sobre todo con los signos de exclamación largos y cortos y los signos de interrogación rectos e inclinados. Henry William Bearse descubrió esta clave en 1900 y su naturaleza exacta se hará pública cuando haya sido verificada a fondo.

No cabe ninguna duda razonable de que la Orden Masónica es fruto de las sociedades secretas de la Edad Media y tampoco se puede negar que la masonería está impregnada del simbolismo y el misticismo del mundo antiguo y el medieval. Sir Francis Bacon conocía el verdadero

secreto del origen masónico y hay motivos para sospechar que ocultó lo que sabía en cifrados y criptogramas. No hay que considerar a Bacon solo como hombre, sino, más bien, como el centro en el que convergen una institución invisible y un mundo que nunca fue capaz de distinguir entre el mensajero y el mensaje que promulgaba. Después de redescubrir la sabiduría perdida de todos los tiempos y temiendo que el conocimiento se volviera a perder, esta sociedad secreta lo perpetuó de dos maneras: 1) mediante una organización (la masonería), a cuyos iniciados reveló su sabiduría en forma de símbolos, y 2) introduciendo sus arcanos en la literatura de la época, mediante claves y enigmas ingeniosos.

Existen pruebas de la existencia de un grupo de *Fratres* sabios e ilustres que asumieron la responsabilidad de publicar y preservar para las generaciones futuras lo más selecto de los libros sagrados de los antiguos, junto con otros documentos que ellos mismos habían preparado. Para que los miembros futuros de su fraternidad pudieran no solo identificar aquellos volúmenes, sino también fijarse enseguida en los pasajes, palabras, capítulos o partes significativos que contenían, crearon un alfabeto simbólico de diseños jeroglíficos. De este modo, mediante una clave y un orden determinados, se ayudaba a las personas más perspicaces a encontrar la sabiduría que permite al hombre «resucitar» a una vida iluminada.



DE LOS *EMBLEMAS* DE ALCIATI

UNA SIGNATURA BACONIANA
El curioso volumen del cual se ha tomado esta figura se publicó en París en 1618. De inmediato llama la atención del estudioso baconiano la forma del cerdo que aparece en primer plano. Bacon usaba a menudo este animal para jugar con su propio nombre, sobre todo porque la palabra *bacon* deriva de la palabra *beech* (haya) y la nuez de este árbol se utilizaba para engordar a los cerdos. Los dos pilares del fondo tienen bastante interés masónico. Las dos aes situadas casi en el centro de la ilustración —una oscura y la otra sombreada— son, por sí solas, una prueba casi decisiva de la influencia baconiana, aunque la prueba más convincente es, no obstante, el hecho de que el diecisiete sea el equivalente numérico de las letras de la forma latina del nombre de Bacon (F. Baco) y haya diecisiete letras en las tres palabras que aparecen en la ilustración.

La tremenda importancia del misterio baconiano se nota cada vez más. Sir Francis Bacon fue un eslabón en aquella gran cadena de mentes que ha perpetuado la doctrina secreta de la Antigüedad desde sus comienzos. La doctrina secreta está oculta en sus escritos crípticos. La búsqueda de la sabiduría divina es el único motivo legítimo para hacer el esfuerzo de descifrar sus criptogramas.

La investigación masónica podría descubrir muchos elementos valiosos, si dirigiera su atención a ciertos volúmenes publicados durante los siglos XVI y XVII que llevan la impronta y el sello de aquella so-

ciedad secreta cuyos miembros fueron los primeros en establecer la masonería moderna, aunque se mantuvieron como un grupo intangible que controlaba y dirigía las actividades del órgano externo. La historia desconocida y los rituales perdidos de la masonería se pueden redescubrir en el simbolismo y los criptogramas de la Edad Media. La masonería es el hijo brillante y glorioso de un padre misterioso y oculto. No puede remontarse a sus orígenes, porque los cubre el velo de lo superfísico y lo místico. El Gran Folio de 1623 es un verdadero tesoro de tradición y simbolismo masónicos y no tardará en llegar el momento en que se conceda a esta gran obra la consideración que se merece.

Aunque el cristianismo hizo añicos la organización material de los Misterios de los paganos, no pudo destruir lo que sabían sobre el poder sobrenatural. Por consiguiente, se sabe que los Misterios de Grecia y de Egipto se perpetuaron en secreto durante los primeros siglos de la Iglesia y, posteriormente, al envolverse en el simbolismo del cristianismo, fueron aceptados como elementos de fe. Sir Francis Bacon fue uno de aquellos a los que se encomendaron la perpetuación y la difusión de los arcanos de lo superfísico que en un principio estaban en poder de los hierofantes paganos y, para conseguir su objetivo, formuló la Fraternidad de la Rosa Cruz o fue admitido en una organización ya existente con ese nombre y llegó a ser uno de sus principales representantes.

Por algún motivo que escapa al no iniciado, se han hecho esfuerzos constantes y coherentes para impedir que se desenrede la madeja baconiana. Sea cual fuere el poder que bloquea constantemente los esfuerzos de los investigadores, es tan infatigable ahora como lo era justo des-



DE *THE HISTORY OF THE WORLD* DE RALEIGH

UNA VIÑETA CRÍPTICA

Muchos documentos influidos por la filosofía baconiana —o que pretenden ocultar criptogramas baconianos o rosacruces— usan determinados diseños convencionales al principio y al final de los capítulos para revelar a los iniciados la presencia de información oculta. Esta voluta ornamental hace mucho que se acepta como prueba de la presencia de influencia baconiana y solo se encuentra en un número determinado de volúmenes poco comunes, todos los cuales contienen criptogramas baconianos. Este tipo de mensajes cifrados fueron introducidos en los libros por el propio Bacon o por autores contemporáneos o posteriores que pertenecían a la misma sociedad secreta a la que él sirvió con su notable conocimiento de claves y enigmas. Algunas variantes de esta viñeta adornan el Gran *Folio* de Shakespeare (1623), el *Novum Organum* de Bacon (1620), la Biblia del rey Jacobo (1611), el *Faerie Queene* de Spencer (1611) y *The History of the World* de sir Walter Raleigh (1614). (Véase *Americana Baconiana*.)

pués de la muerte de Bacon y quienes tratan de resolver el enigma siguen sintiendo el peso de su resentimiento.

Un mundo poco comprensivo siempre ha perseguido a quienes conocían el funcionamiento secreto de la naturaleza y ha intentado por todos los medios imaginables exterminar a los custodios de la sabiduría divina. Al final, sir Francis Bacon perdió su prestigio político y sir Walter Raleigh tuvo un destino bochornoso, porque su conocimiento trascendental se consideraba peligroso.

Falsificar la letra de Shakspere, endilgar a un público crédulo retratos y mascarillas fraudulentos, inventar biografías espurias, mutilar libros y documentos, destruir o volver ilegibles las placas y las inscripciones que contienen mensajes criptográficos: todo esto ha exacerbado las dificultades que impiden solucionar el enigma Bacon-Shakspere-rosacruz. Las falsificaciones de Ireland engañaron a los expertos durante años.

Según el material disponible, el consejo supremo de la Fraternidad de la Rosa Cruz estaba compuesto por un número determinado de individuos que habían muerto de lo que se conoce como «muerte filosófica». Cuando a un iniciado le llegaba la hora de comenzar a trabajar para la Orden, se convenía su «muerte» en circunstancias medio misteriosas. En realidad, cambiaba de nombre y lugar de residencia y en su lugar se enterraba una caja llena de piedras o con un cadáver conseguido para la ocasión. Se supone que esto ocurrió en el caso de sir Francis Bacon, que, como todos los siervos de los Misterios, renunció a todo reconocimiento personal y dejó que se atribuyera a otros la autoría de los documentos que escribió o inspiró.

Los escritos crípticos de Francis Bacon constituyen uno de los elementos tangibles más poderosos de los misterios del trascendentalismo y la filosofía simbólica. Aparentemente, todavía tienen que pasar muchos años para que un mundo perplejo aprecie el genio trascendental de aquel hombre misterioso que escribió el *Novum Organum*, que navegó con su pequeña nave por el mar inexplorado del saber a través de las columnas de Hércules y cuyos ideales para una nueva civilización se expresan espléndidamente en el sueño utópico de la *Nueva Atlántida*. ¿Habrá sido sir Francis Bacon un segundo Prometeo? Su gran amor por la gente del mundo y la piedad que le producía su ignorancia, ¿lo habrán hecho bajar el fuego divino del cielo, oculto en el contenido de una página impresa?

Es muy probable que las claves del enigma baconiano se encuentren en la mitología clásica. Quien comprenda el secreto del dios de sie-

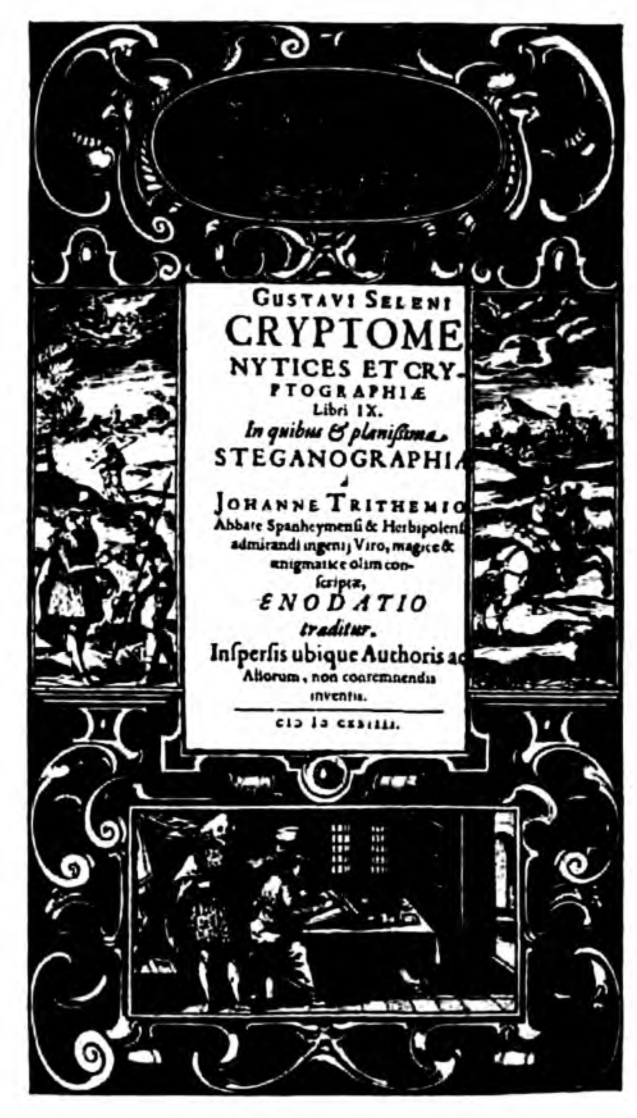
te rayos entenderá el método empleado por Bacon para lograr su obra monumental. Asumió alias en función de los atributos y el orden de los miembros del sistema planetario. Una de las claves menos conocidas —aunque más importantes— del enigma baconiano es la Tercera Edición, publicada en París en 1637, de *Les Images ou Tableaux de platte peinture des deux Philostrates sophistes grecs et les statues de Callistrate*, de Blaise de Vigenere. La portada de este volumen —que, como indica el nombre del autor cuando se descifra correctamente, fue escrito por Bacon o por su sociedad secreta o siguiendo sus indicaciones— es un cúmulo de símbolos masónicos o rosacruces importantes. En la página 486 aparece una ilustración titulada «Hercules Furieux», que muestra una figura gigantesca sacudiendo una lanza y, en la tierra a sus pies, se ven desparramados varios emblemas curiosos. En su extraña obra, *Das Bild des Speershüttlers die Lösung des Shakespeare-Rätsels*, Alfred Freund trata de explicar el simbolismo baconiano del Filóstrato y da a entender que Bacon es el Hércules filosófico, a quien el tiempo revelará como el auténtico *spear-shaker* [el que sacude la lanza], o «Shakespeare».

XXXIX

El criptograma como factor en la filosofía simbólica

Ningún tratado sobre simbolismo estaría completo sin una sección dedicada a analizar criptogramas. Hace tiempo que el uso de claves se considera indispensable en círculos militares y diplomáticos, pero el mundo moderno ha pasado por alto la importancia de la criptografía en la literatura y la filosofía.

Si se popularizara el arte de descifrar criptogramas, se descubriría buena parte de la sabiduría —hasta ahora insospechada— que poseían tanto los filósofos antiguos como los medievales y se demostraría que la verbosidad de muchos autores aparentemente ampulosos e intrincados se debe, precisamente, a la necesidad de ocultar palabras. Las claves se ocultan de las maneras más sutiles: pueden estar escondidas en la filigrana del papel en el que está impreso un libro, encuadernadas con las tapas de los libros antiguos o disimuladas en una paginación imperfecta; se pueden extraer de las primeras letras de las palabras o de las primeras palabras de las oraciones; pueden estar ocultas con ingenio en ecuaciones matemáticas o en caracteres aparentemente ininteligibles; se pueden extraer de la jerga de los payasos o revelar mediante el calor por haber sido escritas con tinta invisible; puede haber claves en las palabras, claves en las letras u oraciones que parecen ambiguas, cuyo significado solo se puede entender después de leerlas muchas veces y con mucha atención; se pueden descubrir en las letras iniciales, cuidadosamente iluminadas, de los primeros libros o se pueden revelar mediante el procedimiento de contar palabras o letras. Si los interesados en la investigación masónica estudiaran con atención este tema, encontrarían en libros y manuscritos de los siglos XVI y XVII la información necesaria



GUSTAVI SELENI
CRYPTOME
NYTICES ET CRY-
PTOGRAPHIÆ
Libri IX.
In quibus & planiſſima
STEGANOGRAPHIA
à
JOHANNE TRITHEMIO
Abbate Spanheymenſi & Herbipolenſi
admirandi ingenij Viro, magicè &
ænigmaticè olim con-
ſcriptæ,
ENODATIO
traditur.
Inſperſis ubique Authoris ac
Aliorum, non contemnendis
inventis.

CIↃ IↃ CXXIIII.

DE *CRYPTOMENYTICES ET CRYPTOGRAPHIAE* DE SELENUS

UNA FAMOSA PORTADA CRÍPTICA

Un año después de la publicación del primer Gran Folio de Shakespeare, apareció un volumen notable sobre criptogramas y claves, cuya portada se reproduce sobre estas líneas. Se publicó durante la controversia rosacruz, es decir, en 1624. La siguiente es la traducción de la portada: «Cryptomenysis y Criptografía de Gustavus Selenus en nueve libros, a los cuales se añade una explicación clara del sistema de esteganografía de Johannes Trithemius, abad de Spanheim y Herbipolis, un hombre de un ingenio admirable. Se intercalan invenciones interesantes del propio autor y de otros. 1624.»

Se supone que el autor de este volumen fue Augusto, duque de Brunswick. No obstante, teniendo en cuenta los símbolos y los emblemas que adornan la portada, es evidente que la mano delicada de los rosacruces tiene mucho que ver con su publicación. En la parte inferior de la imagen hay un aristócrata (¿Bacon?) que coloca su sombrero sobre la cabeza de otro hombre. En el óvalo que hay en la parte superior de la ilustración es posible que las luces sean señales luminosas (en inglés, *beacon*): otra alusión al nombre de Bacon. En los dos paneles laterales aparecen alusiones «shakespearianas» notables y sutiles. En el izquierdo hay un aristócrata —posiblemente Bacon— que entrega un papel a otro hombre de aspecto humilde que lleva una lanza (en inglés, *spear*). En el derecho, aparece el hombre de la lanza vestido de actor, con espuelas y tocando un cuerno. La alusión al actor que toca el cuerno y la figura que lleva una lanza es muy sugestiva, sobre todo porque lanza (en inglés, *spear*) es la última sílaba del nombre «Shakespeare».

para salvar la distancia en la historia masónica que existe actualmente entre los Misterios del mundo antiguo y la hermandad masónica de los tres últimos siglos.

Los arcanos de los Misterios antiguos no se revelaban jamás a los profanos, a menos que se hiciera mediante símbolos. El simbolismo cumplía la doble función de ocultar a los no iniciados las verdades sagradas y de revelarlas a los que estaban capacitados para comprender los símbolos. Las formas son los símbolos de principios divinos amorfos: el simbolismo es el lenguaje de la Naturaleza. Con veneración, los sabios traspasan el velo y tienen una visión más clara de la realidad; en cambio, los ignorantes, como no distinguen lo falso de lo verdadero, contemplan un universo de símbolos. Bien se podría decir acerca de la Naturaleza —la Gran Madre— que está siempre trazando caracteres extraños sobre la superficie de las cosas, pero que solo a sus hijos mayores y más sabios —para compensarlos por su fe y su devoción— revela el alfabeto críptico que es la clave para comprender la trascendencia de aquellos trazos.

En los templos de los antiguos Misterios se desarrollaron sus propios lenguajes sagrados, que solo conocían los iniciados y no se hablaban jamás fuera del santuario. Para los sacerdotes iluminados era un sacrilegio hablar sobre las verdades sagradas de los mundos superiores o sobre las verdades divinas de la Naturaleza eterna en la misma lengua que el vulgo empleaba para discutir y disentir. Lo esencial de una ciencia sagrada se tiene que expresar en una lengua sagrada. También se inventaron alfabetos misteriosos y siempre que se hicieron constar por escrito los secretos de los sabios se utilizaron caracteres que no tenían ningún sentido para quienes no estaban al corriente. A estas formas de escribir se les dio el nombre de alfabetos sagrados o herméticos. Algunos, como la famosa escritura angelical, se conservan todavía en los grados superiores de la masonería.

Sin embargo, los alfabetos secretos no resultaban del todo satisfactorios, porque, si bien volvían

Wisdom and understanding
are more to be
desired than riches

UN EJEMPLO DE ESCRITURA BILITERAL

Nótese cómo se forman las letras en esta oración. Comparemos cada letra con los dos tipos de letras que aparecen en la tabla del alfabeto biliteral tomada del *De Augmentis Scientiarum* de lord Bacon. Si comparamos la de de *wisdom* con la de *and*, vemos una curva grande en el extremo superior de la primera, mientras que en la segunda prácticamente no hay ninguna curva. Comparemos la i de *wisdom* con la de *understanding*. En la primera, las líneas son curvas y en la segunda son angulares. Un análisis similar de las dos e de *desired* revela diferencias evidentes. La o de *more* solo difiere de la de *wisdom* en la pequeña línea que sale de la parte superior hacia la *erre*. La a de *than* es más delgada y más angular que la de *are*, mientras que la *erre* de *riches* se diferencia de la de *desired* en que el último trazo vertical acaba en una bola, en lugar de acabar en punta. Estas pequeñas diferencias demuestran que se utilizaron dos alfabetos para escribir la oración

ininteligible la verdadera naturaleza de los escritos, su mera presencia revelaba que había información oculta, algo que los sacerdotes también querían ocultar. Con paciencia o como consecuencia de la persecución, al final se obtenían las claves de aquellos alfabetos y su contenido se revelaba a quienes no lo merecían. Por consiguiente, como hacían falta métodos más sutiles para ocultar las verdades divinas, empezaron a aparecer sistemas crípticos de escritura, diseñados para ocultar la presencia tanto del mensaje como de los criptogramas, con lo cual, después de concebir un método para transmitir sus secretos a la posteridad, los iluminados favorecieron la circulación de determinados documentos preparados especialmente, mediante la incorporación de claves, que contenían los secretos más profundos del misticismo y la filosofía. Así fue como los filósofos medievales difundieron sus teorías por toda Europa sin despertar sospechas, puesto que los volúmenes que contenían aquellos criptogramas podían ser sometidos al escrutinio más exhaustivo sin revelar la presencia de un mensaje oculto.

Durante la Edad Media, muchos escritores —miembros de organizaciones políticas o religiosas secretas— publicaron libros que contenían claves. Las escrituras secretas se pusieron de moda y cada corte europea tenía su propia clave diplomática y los intelectuales competían entre sí para inventar criptogramas curiosos y complejos. La literatura de los siglos XV, XVI y XVII está impregnada de claves y son pocas las que se han podido descifrar. Muchos de los magníficos cerebros científicos y filosóficos de aquella época no se atrevían a publicar sus descubrimientos, debido a la intolerancia religiosa de entonces. A fin de preservar para la humanidad el fruto de sus esfuerzos intelectuales, aquellos pioneros del progreso ocultaron sus

DEL *DE AUGMENTIS SCIENTIARUM* DE BACON

EL ALFABETO BILITERAL

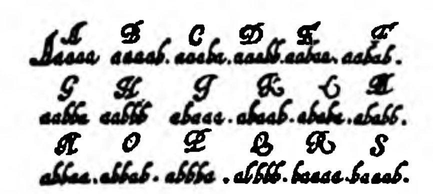
Se reproduce una ilustración tomada del *De Augmentis Scientiarum* de Bacon que muestra los dos alfabetos que diseñó para su clave. Cada letra mayúscula y cada minúscula tienen dos formas distintas, llamadas «a» y «b». El sistema biliteral no usaba en todos los casos dos alfabetos con diferencias tan perceptibles como las de este ejemplo, pero siempre se usaban dos alfabetos; algunas veces, las variaciones son tan ínfimas que hace falta una lupa potente para distinguir las diferencias entre las letras de tipo «a» y las de tipo «b».

descubrimientos mediante claves, confiando en que las generaciones futuras, más amables que la suya, descubrieran y apreciaran sus conocimientos.

Interesa destacar que, por temor a la excomunión o a un destino aún peor, muchos eclesiásticos utilizaron criptogramas para que no se sospechara de sus investigaciones científicas. Hasta hace poco no se aclaró una clave compleja de Roger Bacon, que reveló el hecho de que este científico antiguo estaba familiarizado con la teoría celular. En una conferencia en la American Philosophical Society, el doctor William Romaine Newbold, que tradujo el manuscrito en clave del fraile, declaró lo siguiente: «Hay dibujos que representan con tanta exactitud el aspecto real de algunos objetos que cuesta negarse a deducir que Bacon los había visto con un microscopio. [...] Se trata de espermatozoides, las células del cuerpo y los tubos seminíferos, los óvulos, con sus núcleos indicados con toda claridad. Hay nueve dibujos grandes, de los cuales al menos uno se parece mucho a una etapa determinada de la evolución de la célula fecundada». (Véase *Review of Reviews*, julio de 1921.) Si Roger Bacon no hubiese ocultado este descubrimiento tras una clave compleja, habría sido perseguido por hereje y, probablemente, hubiese corrido la misma suerte que otros de los primeros pensadores liberales. A pesar del rápido avance que ha experimentado en los últimos doscientos cincuenta años, la ciencia sigue ignorando muchos de los descubrimientos originales de los investigadores medievales. La única constancia que existe de aquellos hallazgos importantes es la que figura en los criptogramas de los volúmenes que publicaron.

Aunque muchos autores han escrito sobre el tema de la criptografía, los libros más valiosos para los estudiosos de la filosofía y la religión son los siguientes: *Polygraphia* y *Steganographia* de Trithemius, abad de Spanheim; *Mercury, or The Secret and Swift Messenger* de John Wilkins, obispo de Chester; *Oedipus Aegyptiacus* y otras obras del jesuita Athanasius Kircher, y *Cryptomenytices et Cryptographiae* de Gustavus Selenus.

Para ejemplificar las diferencias básicas en su construcción y su uso, a continuación hemos agrupado los distintos tipos de claves en siete clases generales:



DEL *DE AUGMENTIS SCIENTIARUM* DE BACON

LA CLAVE DEL CIFRADO BILITERAL

Una vez reducido el documento descifrado a sus equivalentes «a» y «b», se descompone en grupos de cinco letras y el mensaje se lee con ayuda de esta tabla.

1. La clave literal. El criptograma literal más famoso es la célebre clave biliteral que sir Francis Bacon describe en su *De Augmentis Scientiarum*. Lord Bacon creó este sistema cuando todavía era joven y residía en París. Para la clave biliteral hay que usar dos estilos de tipografía: una ordinaria y la otra especial. Las diferencias entre las dos fuentes son en muchos casos tan ínfimas que hace falta una lupa potente para detectarlas. En un principio, los mensajes cifrados se ocultaban solo en palabras, oraciones o párrafos en cursiva, porque las cursivas, al ser más ornamentadas que las letras redondas, brindaban más oportunidades para ocultar aquellas variaciones leves pero necesarias. Algunas veces hay una variación insignificante en el tamaño y, otras veces, en el grosor o en los trazos ornamentales. Se cree que, más adelante, lord Bacon tenía dos alfabetos en redonda preparados especialmente, en los cuales las diferencias eran tan nimias que a los expertos les resulta casi imposible distinguirlos.

Un análisis meticuloso de los cuatro primeros folios de «Shakespeare» revela el uso, en todos los volúmenes, de varios estilos de tipografía que presentan diferencias insignificantes, pero reconocibles. Es posible que todos los folios de «Shakespeare» contengan claves a lo largo del texto, que se hubiesen añadido a las obras originales, mucho más largas en los folios que en los cuartos originales; en algunos casos llegaron incluso a añadirse escenas enteras.

Sin embargo, la clave biliteral no se limitaba a los escritos de Bacon y «Shakespeare», sino que aparece en muchos libros publicados durante la vida de lord Bacon y hasta casi un siglo después de su muerte. Con respecto a la clave biliteral, lord Bacon la llama *omnia per omnia*. El cifrado se puede extender a lo largo de todo el libro y se puede introducir en el momento de imprimirlo, sin que se entere el autor original, porque no hace falta cambiar las palabras ni la puntuación. Es posible que el cifrado se insertara por motivos políticos en muchos documentos y volúmenes publicados durante el siglo XVII. Es bien sabido que, por el mismo motivo, ya se usaban claves en tiempos del Concilio de Nicea.



UNA CLAVE MODERNA EN RUEDA O DISCO
Vemos en este diagrama una clave en rueda. Se hace girar el alfabeto menor, o interno, para que cualquiera de sus letras quede enfrente de cualquiera de las letras del alfabeto más grande, o externo. En algunos casos, el alfabeto interno se escribe hacia atrás, pero en este caso los dos alfabetos se leen en el mismo sentido.

Cuesta usar en la actualidad la clave biliteral baconiana, porque ahora los tipos se han estandarizado con precisión y muy pocos libros se componen a mano. En este capítulo hay facsímiles del alfabeto biliteral de lord Bacon tal como apareció en la traducción inglesa de 1640 del *De Augmentis Scientiarum*. Hay cuatro alfabetos: dos para las letras mayúsculas y dos para las minúsculas. Conviene analizar con detenimiento las diferencias entre los cuatro y tener en cuenta que cada alfabeto tiene el poder de la letra a o de la letra be y que, al leer una palabra, sus letras pueden encajar en uno de los dos grupos: los que corresponden a la letra a o los que corresponden a la letra be. Para que se pueda emplear la clave biliteral, un documento debe contener cinco veces más letras que el texto en clave, porque hacen falta cinco letras para ocultar una. La clave biliteral a veces parece un código telegráfico, en el cual las letras se convierten en puntos y rayas; sin embargo, según el sistema biliteral, los puntos y las rayas se representan mediante aes y bes, respectivamente. Se llama «biliteral» porque todas las letras del alfabeto se reducen a una a o a una be. Podemos ver un ejemplo de escritura biliteral en uno de los diagramas que acompañan el texto. Para demostrar cómo funciona esta clave, a continuación vamos a descifrar el mensaje que esconden las palabras «Wisdom and understanding are more to be desired than riches» {es mejor desear la sabiduría y el conocimiento que las riquezas}.

El primer paso consiste en descubrir las letras de cada alfabeto y reemplazarlas por la a o la be correspondientes, según la clave suministrada por lord Bacon en su alfabeto biliteral, como ya hemos visto. En la palabra *wisdom*, la uve doble corresponde al alfabeto b y, por consiguiente, se sustituye por una be. La i corresponde al alfabeto a y, por consiguiente, en su lugar se pone una a. La ese también corresponde al alfabeto a, pero la de pertenece al alfabeto b. Tanto la o como la eme corresponden al alfabeto a y, por consiguiente, cada una se sustituye por una a. Por consiguiente, mediante este proceso, la palabra *wisdom* se convierte en «baabaa». Si hacemos lo mismo con el resto de las palabras de la oración, *and* se convierte en «aba»; *understanding*, en «aaabaaaaaabab», *are*, en «aba»; *more*, en «abbb»; *to*, en «ab»; *be*, en «ab»; *desired*, en «abaabaa»; *than*, en «aaba», y *riches*, en «aaaaaa».

El paso siguiente consiste en poner todas las letras juntas y así se obtiene: «baabaaabaaaabaaaaaabababaabbbababababaabaaaabaaaaaaa». Todas las combinaciones utilizadas en la clave biliteral baconiana constan de grupos de cinco letras cada uno. Por consiguiente, la línea compacta de letras se divide en grupos de cinco, de la siguiente manera:

«baaba aabaa aabaa aaaab ababa abbba babab aabaa aabaa aaaaa». Cada uno de estos grupos de cinco letras representa ahora una letra de la clave y, para saber la letra, hay que comparar los grupos con la tabla alfabética, *The Key to the Biliteral Cipher* [Clave del cifrado bilateral], del citado *De Augmentis Scientiarum*: baaba = T; aabaa = E; aabaa = E; aaaab = B; ababa = L; abbba = P; babab = X; aabaa = E; aabaa = E; aaaaa = A; pero, como las últimas cinco letras de la palabra *riches* están separadas por un punto de la erre inicial, las cinco últimas aes no cuentan en la clave. Las letras obtenidas de este modo se ponen en orden y se obtiene: TEEBLPXEE.

A esta altura, ya quisiera el indagador que las letras formaran una palabra inteligible, pero lo más probable es que se desilusione, porque, como en este caso, las letras obtenidas constituyen por sí mismas un criptograma, que sirve para desalentar por partida doble a quienes no conozcan a fondo el sistema biliteral. El paso siguiente consiste en ampliar las nueve letras a lo que se suele denominar una clave en rueda (o disco), compuesta por dos alfabetos, en la cual uno gira en torno al otro de tal modo que se pueden hacer numerosas transposiciones de letras. En esta plancha, vemos que la a del alfabeto interior queda enfrente de la hache del alfabeto exterior, de modo que, a efectos de la clave, las dos letras son intercambiables. La efe y la eme, la erre y la i griega [ye], la uve doble y la d, en realidad todas las letras se pueden transponer como muestran los dos círculos. Las nueve letras extraídas de la clave biliteral se pueden intercambiar por otras nueve mediante la rueda. Se considera que las nueve letras están en el círculo interno de la rueda y se cambian por las nueve letras del círculo externo que están frente a las letras internas. Por este proceso, la te se convierte en a; las dos es se convierten en dos eles; la be se convierte en i; la ele se convierte en ese; la pe se convierte en uve doble; la equis se convierte en e y las dos es se convierten en dos eles. El resultado es: ALLISWELL, que, si lo descomponemos en palabras, queda *All is well* [en inglés, «todo está bien»].

Evidentemente, moviendo el disco interior de la rueda, con las letras se pueden obtener muchas combinaciones diferentes, además de la que acabamos de dar, pero esta es la única que tiene sentido; el experto en criptogramas tiene que seguir probando hasta descubrir un mensaje lógico e inteligible: solo entonces puede tener una seguridad razonable de que ha descifrado el sistema. Lord Bacon utilizaba la clave biliteral de muchas formas diferentes. Es probable que, solo en el folio de «Shakespeare», se hayan usado montones de sistemas distintos, algunos

tan complejos que puede que desconcierten siempre a todos los que intenten descifrarlos. En los que se pueden solucionar, a veces hay que intercambiar las aes por las bes; otras veces, el mensaje oculto está escrito hacia atrás; otras veces solo se cuentan algunas letras, etcétera.

Hay varias formas más de clave literal en las cuales las letras se sustituyen unas por otras según una secuencia convenida de antemano. La forma más sencilla es aquella en la cual hay dos alfabetos escritos de esta forma:

A	B	C	D	E	F	G	H	I	K	L	M	N
Z	Y	X	W	U	T	S	R	Q	P	O	N	M
O	P	Q	R	S	T	U	W	X	Y	Z		
L	K	I	H	G	F	E	D	C	B	A		

Cuando las letras del alfabeto de abajo se sustituyen por sus equivalentes en el de arriba, se obtiene un conglomerado sin sentido; para descifrar el mensaje oculto hay que invertir el proceso. También hay una forma de la clave literal en la cual el criptograma se escribe en el texto del documento, pero se insertan palabras sin importancia entre las realmente importantes, según un orden preestablecido. Otra forma de clave literal son los acrósticos, ya sea las palabras escritas en columna, usando la primera letra de cada línea, u otras formas más complejas, en las cuales las letras importantes están dispersas en párrafos o capítulos enteros. Los dos criptogramas alquímicos adjuntos muestran otra forma de cifrado literal que tiene que ver con la primera letra de cada palabra. Todo criptograma basado en la distribución o combinación de las letras del alfabeto es una clave literal.

2. La clave pictórica. Cualquier imagen o dibujo que tenga otro significado, aparte del evidente, se puede considerar un criptograma pictórico. Se encuentran abundantes ejemplos de cifrado pictórico en el simbolismo egipcio y en el arte religioso primitivo. Los diagramas de los alquimistas y los filósofos herméticos siempre son claves pictóricas. Aparte de la clave pictórica elemental, hay una forma más técnica en la que se ocultan palabras o letras en la cantidad de piedras que hay en una pared, en la envergadura de las alas de las aves cuando vuelan,



DE *A HISTORY OF CHEMISTRY* DE BROWN

UN CRIPTOGRAMA ALQUÍMICO
James Campbell Brown reproduce una clave curiosa de Kircher. Las letras mayúsculas de las siete palabras del círculo externo, leídas en el sentido de las agujas del reloj, forman la palabra SVLPHVR. De las cinco palabras del segundo círculo, leídas en el mismo orden, deriva FIXVM. Las mayúsculas de las seis palabras del círculo interno, en el orden adecuado, también forman EST SOL. Así se obtiene la siguiente clave: *Sulphur Fixum Est Sol*, que se traduce como: *Fixed sulphur is gold* (el azufre fijado es oro)

en las ondas de la superficie del agua o en la longitud y el orden de las líneas que se utilizan para sombrear. Estos criptogramas no son evidentes y se tienen que descifrar por medio de una regla de medida arbitraria, en la cual la longitud de las líneas determina cuál es la letra o la palabra oculta. La forma y la proporción de un edificio, la altura de una torre, la cantidad de barras en una ventana, los pliegues en las vestiduras de alguna persona y hasta las proporciones o la actitud del cuerpo humano han servido para ocultar cifras o caracteres determinados, que alguien familiarizado con el código sustituía por letras o palabras.

Se han ocultado letras iniciales de nombres en arcos arquitectónicos. Un ejemplo notable de esta práctica se encuentra en la carátula de los *Ensayos completos* de Montaigne, tercera edición, en la cual con dos arcos se forma una be inicial y con un arco partido se forma una efe. Los criptogramas pictóricos a veces van acompañados de la clave necesaria para descifrarlos. Puede haber una figura que señale el lugar en el que comienza la clave o que lleve en la mano algún instrumento que revele el sistema de medición utilizado. También abundan los ejemplos en los que, a propósito, el criptógrafo ha introducido alguna distorsión o ha ataviado de forma incorrecta alguna figura de su dibujo, poniéndole, por ejemplo, el sombrero hacia atrás, la espada del lado incorrecto o el escudo en el brazo equivocado, o utilizando algún artificio similar. El tan comentado quinto dedo de la mano del Papa en la *Madonna Sixtina* de Rafael y el sexto dedo del pie de san José en *Los desposorios de la Virgen* del mismo pintor son criptogramas ocultos con astucia.

3. La clave acroamática. En las obras religiosas y filosóficas de todos los pueblos abundan los criptogramas acroamáticos, es decir, las parábolas y las alegorías. Este tipo de clave tiene la peculiaridad de que el documento que la contiene se puede traducir o reproducir sin que esto afecte el criptograma. Desde la más remota Antigüedad se han usado parábolas y alegorías para presentar verdades morales de una manera atractiva y comprensible. El criptograma acroamático es una clave pic-

tórica dibujada con palabras y así se debe interpretar su simbolismo. El Antiguo y el Nuevo Testamento de los judíos, las obras de Platón y de Aristóteles, la *Ilíada* y la *Odisea* de Homero, la *Eneida* de Virgilio, *Las metamorfosis* de Apuleyo y las *Fábulas* de Esopo son ejemplos notables de criptografía acroamática en los que se ocultan las verdades más profundas y más sublimes de la filosofía mística antigua.

La clave acroamática es la más ingeniosa de todas, porque la parábola o la alegoría se puede interpretar de muchas formas. Durante siglos, los estudiosos de la Biblia se han topado con esta dificultad. Se conforman con la interpretación moral de la parábola y olvidan que cada parábola o alegoría es susceptible de siete interpretaciones, de las cuales la séptima —la más elevada— es completa y absoluta, mientras que las otras seis (las inferiores) son fragmentarias y no revelan más que una parte del misterio. Los mitos de la creación del mundo son criptogramas acroamáticos y las divinidades de los diversos panteones solo son personajes crípticos que, si se entienden adecuadamente, se convierten en elementos constitutivos de un alfabeto divino. Los pocos iniciados comprenden la verdadera naturaleza de este alfabeto, mientras que los no iniciados adoran las letras como si fueran dioses.

4. La clave numérica. Se han elaborado numerosos criptogramas en los cuales se utilizan números, en distinto orden, para sustituir letras, palabras o hasta pensamientos enteros. Para leer las claves numéricas por lo general hay que disponer de tablas de correspondencias especiales. Los criptogramas numéricos del Antiguo Testamento son tan complejos que solo unos cuantos estudiosos versados en la tradición rabínica han intentado desentrañar sus misterios. En su *Oedipus Aegyptiacus*, Athanasius Kircher describe varios teoremas cabalísticos árabes; además, gran parte del misterio pitagórico se ocultaba mediante un método secreto que estuvo de moda entre los místicos griegos y que consistía en reemplazar las letras por números.

La clave numérica más sencilla es aquella en la cual las letras del alfabeto se reemplazan por números siguiendo el orden habitual. De este modo, la a se convierte en uno; la be, en dos, la ce, en tres, y así sucesivamente; tanto la i como la jota cuentan como nueve y tanto la u como la uve, como veinte. Según este sistema, la palabra *yes* se escribiría 23 - 5 - 18. La clave se puede complicar si se invierte el alfabeto, de modo que la zeta sea el uno; la i griega (ye), el dos; la equis, el tres, y así sucesivamente. Si se inserta un número sin significado o que no cuente después de cada uno de los números con significado, la clave se oculta mejor;

por ejemplo: 23 - 16 - 5 - 9 - 18. Para obtener la palabra *yes*, hay que eliminar el segundo y el cuarto número. Si se suman 23, 5 y 18, el resultado es 46; por consiguiente, 46 es el equivalente numérico de la palabra *yes*. Según la clave numérica sencilla, la suma 138 equivale a las palabras *Note carefully* [preste atención]; por consiguiente, en un libro que utilice este método, la línea 138, la página 138 o el párrafo 138 pueden contener el mensaje oculto. Además de esta clave numérica sencilla, hay muchas más tan complicadas que nadie que no tenga la clave puede albergar alguna esperanza de resolverlas.

Algunas veces, los autores basaban sus criptogramas en el valor numérico de su propio nombre; por ejemplo, sir Francis Bacon usó en reiteradas ocasiones el número críptico treinta y tres, el equivalente numérico de su nombre. Las claves numéricas a menudo intervienen en la paginación de los libros. Aunque una paginación imperfecta por lo general se atribuye a un descuido, a menudo oculta secretos importantes. Los errores de paginación hallados en el folio de 1623 de «Shakspeare» y la repetición sistemática de errores similares en varios volúmenes impresos más o menos por la misma época han dado mucho que pensar a los estudiosos y a los expertos en criptogramas. En los criptogramas baconianos, todos los números de página acabados en 89 parecen tener una significación especial. En el folio de «Shakespeare» de 1623, en la página 89 de las *Comedias*, aparece un error tipográfico en la paginación: el nueve es mucho más pequeño que el ocho. Falta la página 189; hay dos páginas con el número 187, y en la página 188 el segundo ocho es algo más del doble de tamaño que el primero. La página 289 tiene bien el número y no presenta ninguna característica insólita, pero falta la página 89 de las *Historias*. Varios volúmenes publicados por Bacon presentan errores similares, a menudo relacionados con la página 89.

También hay claves numéricas de las que se extrae el mensaje críptico contando la décima, la vigésima o la quincuagésima palabra. En algunos casos, el recuento es irregular. Puede ser que, para encontrar la primera palabra importante, haya que contar hasta cien; para la segunda, hasta noventa; para la tercera, hasta ochenta, y así sucesivamente hasta llegar a diez. Entonces se vuelve a contar hasta cien y se repite el proceso.

5. La clave musical. John Wilkins, posteriormente obispo de Chester, divulgó en 1641 un ensayo anónimo titulado *Mercury, or the Secret and Swift Messenger*. En este librito, que derivaba en su mayor parte de los tratados de Trithemius y de Selenus, más voluminosos, el autor establece un método por el cual los músicos podían conversar entre ellos

reemplazando las notas musicales por las letras del alfabeto. Dos personas que conocieran el código podían comunicarse entre sí por el mero hecho de tocar unas notas determinadas al piano o en cualquier otro instrumento. Los criptogramas musicales pueden ser complejos hasta un grado inconcebible; mediante determinados sistemas, se puede tomar un tema musical ya existente y ocultar en él un criptograma sin modificar realmente la composición en absoluto. Los banderines que se colocan encima de las notas pueden ocultar la clave o se puede cambiar el sonido de las notas por sílabas que tengan un sonido similar. Este último método es eficaz, aunque tiene un alcance algo limitado. Todavía existen varias composiciones musicales de sir Francis Bacon; examinarlas podría revelar criptogramas musicales, porque en realidad lord Bacon estaba muy familiarizado con la manera de construirlos.

6. La clave arbitraria. El sistema de sustituir las letras del alfabeto por figuras jeroglíficas es demasiado fácil de descifrar para ser popular. Albert Pike describe una clave arbitraria basada en las distintas partes de la cruz de los Caballeros Templarios, en la que cada ángulo representa una letra. La tabla de repetición hace que los numerosos alfabetos curiosos que se han inventado pierdan valor. Según Edgar Allan Poe, gran experto en criptogramas, la letra más común de la lengua inglesa es la e; las demás letras son, por orden de frecuencia, las siguientes: A, O, I, D, H, N, R, S, T, U, Y, C, F, G, L, M, W, B, K, P, Q, X y Z. Según otros expertos, la tabla de repetición es la siguiente: E, T, A, O, N, I, R, S, H, D, L, C, W, U, M, F, Y, G, P, B, V, K, X, Q, J y Z. Basta contar la cantidad de veces que cada carácter aparece en un mensaje para que la ley de repetición determine la letra a la que corresponde el carácter arbitrario. También sirve de ayuda el hecho de que, si el criptograma se divide en palabras, en inglés solo hay tres letras que, por sí solas, pueden formar una palabra: la a, la i y la o. Por consiguiente, cualquier carácter que aparezca separado del resto del texto ha de ser una de estas tres letras. El lector encontrará más información sobre este sistema en *El escarabajo de oro*, de Edgar Allan Poe.



DE *GEHEIME FIGUREN DER ROSENKREUZER*

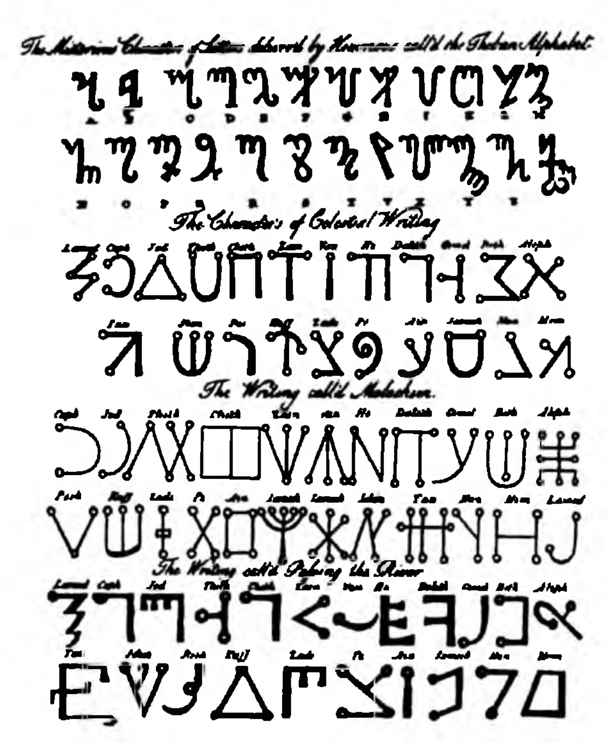
UN CRIPTOGRAMA ALQUÍMICO

Si comenzamos por la palabra *visita* y seguimos leyendo en el sentido de las agujas del reloj, las siete letras iniciales de las siete palabras escritas en el círculo externo forman *vitriol*. Este es un enigma alquímico muy sencillo, pero nos recuerda que quienes estudian obras acerca del hermetismo, el rosacrucismo, la alquimia y la masonería siempre deben andar a la caza de significados ocultos en las parábolas y las alegorías o en el ordenamiento críptico de los números, las letras y las palabras.

Sin embargo, para complicar más la tarea de descifrar claves arbitrarias, no es frecuente que los caracteres se separen por palabras y, para anular en parte la tabla de repeticiones, se asignan dos o más caracteres diferentes a cada letra, con lo cual resulta imposible calcular con exactitud la frecuencia de repetición. Por consiguiente, cuanto mayor sea la cantidad de caracteres arbitrarios que se utilicen para representar una letra del alfabeto, más costará descifrar un criptograma arbitrario. Los alfabetos secretos de los antiguos son relativamente fáciles de descifrar: los únicos requisitos son una tabla de frecuencia, conocer la lengua en la que se escribió originariamente el criptograma, una cantidad moderada de paciencia y un poco de ingenio.

7. La codificación. La forma más moderna de criptograma es el sistema de códigos, cuya forma más conocida es el alfabeto morse, que se utiliza en la comunicación telegráfica y radiofónica. Esta forma de cifrado se puede complicar un poco al incorporar puntos y rayas a un documento en el cual los puntos y los dos puntos son puntos, mientras que las comas y los puntos y comas son rayas. También existen códigos que se emplean en el mundo de los negocios, que solo se pueden resolver usando un libro de códigos confidencial. Como suministran un método económico y eficaz de transmitir información confidencial, el uso de este tipo de códigos es mucho más frecuente de lo que sospecha cualquier persona corriente.

Además de esta clasificación, hay una cantidad de sistemas variados de escritura secreta; algunos utilizan dispositivos mecánicos y otros, colores. Unos cuantos utilizan montones de objetos variados para representar palabras y hasta pensamientos enteros. Sin embargo, como ni los filósofos y alquimistas antiguos ni los medievales solían utilizarlos, estos dispositivos más complejos no tienen ninguna incidencia directa en la religión ni en la filosofía. Los místicos de la Edad Media tomaron prestada la terminología de las diversas artes y ciencias y desarrollaron un sistema de criptografía que ocultaba los secretos del alma humana con términos que solían aplicar la química, la biología, la astronomía, la botánica y la fisiología. Este tipo de claves solo pueden ser descifradas por personas versadas en los profundos principios filosóficos en los cuales aquellos místicos medievales basaban sus teorías vitales. Se oculta mucha información relacionada con la naturaleza invisible del ser humano tras aparentes experimentos químicos o especulaciones científicas. Por consiguiente, todos los estudiosos del simbolismo y la filosofía deberían estar bastante familiarizados con los principios básicos



DE *EL MAGO* DE BARRETT

ALFABETOS CABALÍSTICOS Y MÁGICOS

Los filósofos primitivos y los medievales inventaron alfabetos curiosos para ocultar sus doctrinas y sus principios a los profanos. Algunos de ellos se siguen usando hasta cierto punto en los grados superiores de la masonería. Es probable que el más famoso sea la escritura angelical, que, en esta ilustración, lleva el nombre de «la escritura llamada *malajim*». Se supone que sus figuras derivan de las constelaciones. Los estudiosos avanzados de la filosofía oculta encontrarán muchos documentos valiosos en los que se usan estas figuras. Debajo de cada letra del primer alfabeto aparece su equivalente en inglés.

Arriba de cada letra de los otros tres alfabetos aparece su equivalente en hebreo.

de la criptografía, porque este arte, además de resultarles útil en sus investigaciones, proporciona un método fascinante de desarrollar la agudeza de las facultades mentales. La discriminación y la observación son indispensables para las personas que buscan el conocimiento y ningún estudio iguala a la criptografía como medio de estimular estas facultades.

XL

El simbolismo masónico

En varios de los primeros manuscritos masónicos —como el Harleiano, el Sloane, el Lansdowne y el de Edimburgo-Kilwinning— se afirma que la orden de constructores iniciados existía antes del diluvio universal y que sus miembros trabajaron en la construcción de la Torre de Babel. Una constitución masónica que data de 1701 ofrece la siguiente versión ingenua del origen de las ciencias, las artes y los oficios, del cual deriva la mayor parte del simbolismo masónico:

> Hablaré del origen de esta digna ciencia. Antes del diluvio de Noé, había un hombre llamado Lámek, según consta en el capítulo 4 del Génesis. El tal Lámek tenía dos esposas: una se llamaba Adá y la otra, Sil-lá. Con la primera esposa, Adá, tuvo dos hijos varones: uno llamado Yabal y el otro Yubal; con la otra esposa, Sil-lá, tuvo un hijo y una hija y los cuatro hijos dieron comienzo a todas las artes y los oficios del mundo. Yabal, que era el hijo mayor, fundó el arte de la geometría y criaba rebaños, por ejemplo de ovejas y corderos, en el campo y fue el primero en construir casas de piedra y de madera, como se indica en el capítulo mencionado, y su hermano Yubal fue el creador del arte de la música, de las canciones, de los órganos y las arpas. El tercer hermano [Túbal Caín] inventó la fundición para trabajar el hierro y el acero y su hermana, Naamá, fundó el arte del tejido. Aquellos hijos sabían que Dios se vengaría por los pecados cometidos, ya sea mediante el fuego o el agua, de modo que escribieron las ciencias que habían fundado en dos pilares de piedra, para que los encontraran después del diluvio. A una de las piedras la llamaron Marbell (que no se quema con el fuego) y a la otra, Laturus [¿bronce?] (que no se hunde en el agua).

A continuación, el autor de esta constitución declara que uno de aquellos pilares fue descubierto posteriormente por Hermes, que comunicó a la humanidad los secretos inscritos en ellos.

En *Antigüedades de los judíos*, Flavio Josefo escribe que Adán había advertido a sus descendientes que un diluvio destruiría a la humanidad pecadora. Por consiguiente, para preservar su ciencia y su filosofía, los hijos de Set erigieron dos pilares, uno de ladrillo y el otro de piedra, sobre los cuales inscribieron las claves de su conocimiento. El patriarca Enoch —cuyo nombre significa Iniciador— es, evidentemente, una personificación del sol, ya que vivió 365 años. También construyó un templo subterráneo compuesto por nueve criptas, una debajo de otra, y colocó en la más profunda una tablilla de oro triangular con el nombre absoluto e inefable de la divinidad. Según algunas versiones, Enoch hizo dos deltas doradas. Puso la más grande sobre el altar cúbico de color blanco que había en la cripta inferior y dejó la más pequeña al cuidado de su hijo, Matusalén, que en realidad fue quien se encargó de la construcción de las cámaras de ladrillo, siguiendo el modelo revelado a su padre por el Altísimo. En la forma y la disposición de aquellas criptas, Enoch representó las nueve esferas de los antiguos Misterios y los nueve estratos sagrados de la tierra, que el iniciado debe atravesar para llegar al espíritu llameante que vive en su núcleo central.

Según el simbolismo masónico, Enoch, temeroso de que todo el conocimiento de los Misterios sagrados se perdiera en el momento del diluvio, erigió las dos columnas mencionadas en la cita. En la columna de metal y con los símbolos alegóricos correspondientes, grabó la enseñanza secreta y en la columna de mármol puso una inscripción que avisaba que, a corta distancia y en una cripta subterránea, se hallaría un tesoro inestimable. Una vez finalizada su tarea, Enoch fue trasladado al cielo desde la cima del monte Moria. Con el tiempo, el emplazamiento de las criptas secretas se perdió; sin embargo, con el correr de los años apareció otro constructor, un iniciado en la orden de Enoch, que, al poner los cimientos para otro templo dedicado al Gran Arquitecto del Universo, descubrió las criptas perdidas hacía tanto tiempo y los secretos que contenían.

El rey Enrique VIII encargó a John Leylande que revisara los archivos de las distintas instituciones religiosas que había disuelto y que retirara para su conservación todos los libros o manuscritos de importancia. Entre los documentos copiados por Leylande había una serie de preguntas y respuestas sobre el misterio de la masonería escritas por el rey Enrique VI. En respuesta a la pregunta «cómo llegó la masonería a Inglaterra», el documento afirma que el griego Peter Gower recorrió, en busca del conocimiento, Egipto, Siria y todos los países en los cuales

los fenicios habían sembrado la masonería; pudo entrar en todas las logias masónicas, aprendió mucho, regresó y se instaló en la Magna Grecia. Se hizo célebre por su sabiduría, creó una gran logia en Groton y formó a muchos masones, algunos de los cuales recorrieron Francia y difundieron allí la masonería. Con el tiempo, la orden pasó de Francia a Inglaterra.

Hasta para el estudioso superficial de la materia, debe resultar evidente que el nombre del griego Peter Gower no es más que una forma anglicanizada de Pitágoras, de modo que el lugar donde creó su logia, Groton, se identifica fácilmente como Crotona. De este modo se establece un vínculo entre los Misterios filosóficos de Grecia y la masonería medieval. En sus notas sobre las preguntas y las respuestas del rey Enrique, William Preston se explaya acerca del juramento de confidencialidad que aplicaban los iniciados antiguos. Basándose en lo que dice Plinio, cuenta que Anaxarco, al que habían puesto en prisión para arrancarle algunos de los secretos que se le habían confiado, se arrancó la lengua de un mordisco y la arrojó a la cara de Nicocreón, el tirano de Chipre. Preston añade que los atenienses veneraban una estatua de bronce que no tenía lengua para indicar lo mucho que apreciaban los secretos que guardaban bajo juramento. También cabe destacar que, según el manuscrito del rey Enrique, la masonería se originó en Oriente y fue la que transmitió las artes y las ciencias de la civilización a la humanidad primitiva de las naciones occidentales.

Destacan entre los símbolos de la masonería las siete artes y ciencias liberales. La gramática enseña al hombre a expresar en un lenguaje noble y adecuado sus pensamientos e ideales más íntimos; la retórica le permite ocultar sus ideales tras la cubierta protectora del lenguaje ambiguo y las metáforas; la lógica le enseña a organizar las facultades intelectuales de las que ha sido dotado; la aritmética no solo lo instruye en el misterio del orden universal, sino que también le brinda la clave de la multitud, la magnitud y la proporción; la geometría lo introduce en la matemática de la forma, la armonía y el ritmo de los ángulos y la filosofía de la organización: la música le recuerda que el universo se basa en las leyes de la armonía celestial y que la armonía y el ritmo están presentes en todas partes; la astronomía le permite comprender la inmensidad del tiempo y el espacio, la relación correcta entre él mismo y el universo y lo formidable del poder desconocido que impulsa los innumerables astros del firmamento por todo el espacio infinito. Por consiguiente, equipado con el conocimiento que le brinda su familiaridad con las artes y las ciencias libe-

rales, el estudioso de la masonería tiene que hacer frente a pocos problemas que no pueda resolver.

Los Arquitectos Dionisíacos

La más célebre de las fraternidades antiguas de artesanos era la de los Arquitectos Dionisíacos: una organización compuesta solo por iniciados en el culto a Baco o Dioniso y consagrada especialmente a la ciencia de la construcción y al arte de la decoración. A sus miembros, reconocidos como custodios de un conocimiento secreto y sagrado de la arquitectura, se les encomendaba el diseño y la construcción de edificios y monumentos públicos. La excelencia superlativa de sus obras elevó a los miembros del gremio a una posición de dignidad incomparable: los consideraban los maestros artesanos de la tierra. Por los primeros bailes celebrados en su honor, se consideraba a Dioniso el fundador y patrono del teatro y los dionisíacos se especializaron en la construcción de edificios adaptados para las representaciones teatrales. En el patio de butacas circular o semicircular, siempre erigían un altar dedicado a Dioniso y los ritos de los Misterios solían ser el motivo de las tragedias y las comedias que se representaban. Cuentan acerca de Esquilo, el famoso poeta griego, que, como aparecía en una de sus propias obras de teatro, una turba de espectadores furiosos sospechó que estaba revelando alguno de los secretos más profundos de los Misterios y se tuvo que refugiar en el altar de Dioniso.

Con tanto cuidado salvaguardaban los Arquitectos Dionisíacos los secretos de su oficio que solo existen documentos fragmentarios de sus enseñanzas esotéricas. John A. Weisse resume con las siguientes palabras la escasa información disponible acerca de la orden:

> Aparecieron, sin duda, a más tardar en el año 1000 a. de C. y parece que disfrutaban de privilegios e inmunidades especiales. También poseían medios secretos para reconocerse y estaban vinculados por especialidades que solo ellos conocían. Los más ricos de aquella fraternidad estaban obligados a mantener a sus hermanos más pobres. Se dividían en comunidades, que estaban regidas por un Maestro y Celadores, y se llamaban γυνοικιαι (casas conectadas). Celebraban un gran festival anual y eran muy estimados. Sus ceremoniales se consideraban sagrados. Se dice que Salomón, a petición de Juram, rey de Tiro, los contrató para su templo y sus palacios; también trabajaron en la construcción del templo de Diana, en Éfeso. Disponían de medios para comunicarse entre sí en todo el mundo entonces conocido y sin duda surgieron de ellos los

gremios de los albañiles itinerantes de la Edad Media. (Véase *The Obelisk and Freemasonry*.)

La fraternidad de los Arquitectos Dionisíacos se difundió por toda Asia Menor y llegó incluso a Egipto e India. Se establecieron en casi todos los países limítrofes con el Mediterráneo y, con el auge del Imperio romano, llegaron a Europa central e incluso a Inglaterra. Los edificios más majestuosos y duraderos de Constantinopla, Rodas, Atenas y Roma fueron levantados por aquellos artesanos inspirados. Uno de los más ilustres fue el gran arquitecto Vitrubio, el famoso autor de *De Architectura Libri Decem*. En las diversas partes de su libro, Vitrubio ofrece varios indicios sobre la filosofía que hay detrás del concepto dionisíaco del principio de la simetría aplicado a la ciencia de la arquitectura, según se desprende de una consideración de las proporciones establecidas por la naturaleza entre las partes y los miembros del cuerpo humano. El siguiente extracto de Vitrubio sobre el tema de la simetría resulta representativo:

> El diseño de un templo depende de la simetría, cuyos principios deben ser observados escrupulosamente por el arquitecto. Tienen que ver con la proporción, en 'αναλογια. La proporción es la correspondencia entre las medidas de los miembros de una obra completa y entre el todo y una parte determinada, elegida como norma. De allí surgen los principios de la simetría. Sin simetría y proporción, no puede haber principios en el diseño de ningún templo; esto es, si no hay una relación precisa entre sus miembros, como ocurre en el caso de un hombre bien formado. Porque el cuerpo humano está diseñado por la naturaleza de tal modo que el rostro, desde la barbilla hasta lo alto de la frente y las raíces inferiores del cabello, es una décima parte de la altura total; lo mismo ocurre con la mano abierta, desde la muñeca hasta el extremo del dedo medio; la cabeza, desde la barbilla hasta la coronilla, es una octava parte, y con el cuello y el hombro, desde la parte superior del pecho hasta las raíces inferiores del cabello, es una sexta parte; desde el medio del pecho hasta lo más alto de la coronilla es una cuarta parte. Si tomamos la altura de la cara en sí, la distancia desde la parte inferior de la barbilla hasta la parte inferior de los orificios nasales [y desde ese punto] hasta una línea situada entre las cejas es la misma; desde allí hasta las raíces inferiores del cabello también es una tercera parte y comprende la frente. El largo del pie es una sexta parte de la altura del cuerpo; del antebrazo, una cuarta parte, y del ancho del pecho también es una cuarta parte. Los demás miembros también tienen sus propias proporciones simétricas y utilizándolas fue como los pintores y escultores famosos de la Antigüedad adquirieron su renombre grande e ilimitado.

Los edificios levantados por los constructores dionisíacos eran, sin duda, «sermones en piedra». Aunque incapaces de comprender del

todo los principios cósmicos plasmados en aquellas obras maestras del ingenio y la laboriosidad humanos, hasta los no iniciados quedaban siempre abrumados por la sensación de majestuosidad y simetría que producía la coordinación perfecta de pilares, arcos y bóvedas. Mediante variaciones en los detalles de tamaño, material, tipo, distribución, ornamentación y color, aquellos constructores inspirados creían en la posibilidad de provocar en la naturaleza del observador reacciones mentales o emocionales precisas. Vitrubio, por ejemplo, describe la distribución de jarrones de bronce en una habitación para provocar determinados cambios en el tono y la calidad de la voz humana. Asimismo, cada cámara de los Misterios que atravesaba el candidato tenía una acústica peculiar. Por ejemplo, en una cámara la voz del sacerdote se amplificaba tanto que sus palabras hacían vibrar la habitación, mientras que en otra la voz se apagaba y se atenuaba tanto que sonaba como el tintineo lejano de unas campanillas de plata. Además, en algunos de los pasillos subterráneos parece que el candidato se veía desprovisto de la capacidad de hablar, porque, aunque gritase a voz en cuello, no llegaba a sus oídos ni siquiera un susurro. En cambio, tras avanzar unos cuantos centímetros, descubría que hasta su suspiro más débil resonaba cientos de veces.

La máxima ambición de los Arquitectos Dionisíacos era construir edificios que produjeran impresiones definidas y acordes con la finalidad para la cual habían sido diseñados. Al igual que los pitagóricos, creían en la posibilidad de inducir, mediante combinaciones de líneas rectas y curvas, las actitudes mentales o las emociones que ellos quisieran. Por consiguiente, se esforzaban por producir edificios perfectamente armoniosos con la estructura del universo. Puede que incluso creyeran que un edificio construido de este modo —al no discrepar en nada con ninguna realidad existente— no quedaría sujeto a la disolución, sino que duraría todo el lapso del tiempo mortal. Como deducción lógica de su línea de pensamiento filosófica, un edificio así —*en rapport* con el cosmos— también se habría convertido en un oráculo. Algunas de las primeras obras sobre filosofía mágica sugieren que el Arca de la Alianza tenía carácter oracular, por las cámaras especialmente preparadas que había en su interior, que, por su forma y su distribución, estaban tan en sintonía con las vibraciones del mundo invisible que captaban y amplificaban las voces de los siglos, que se habían grabado y existían para siempre en la sustancia de la luz astral.

Los arquitectos actuales ignoran estas sutilezas antiguas de su profesión y a menudo crean absurdos arquitectónicos, que les causarían rubor si llegaran a conocer su verdadero alcance simbólico. Por ejemplo, hay profusión de emblemas fálicos esparcidos entre los adornos de bancos, bloques de oficinas y grandes almacenes. Algunas iglesias cristianas están coronadas con bóvedas brahmánicas o musulmanas o han sido diseñadas con un estilo adecuado para una sinagoga judía o un templo griego consagrado a Plutón. Es posible que el diseñador moderno reste importancia a tales incongruencias, pero, para el psicólogo cualificado, la presencia de semejantes discordancias arquitectónicas frustra en gran medida la finalidad con la cual se ha levantado un edificio. Con estas palabras define Vitrubio el principio de idoneidad que tenían y aplicaban los Dionisíacos:

> La idoneidad es la perfección estilística que se consigue cuando uno construye una obra ateniéndose fielmente a unos principios aprobados. Surge de una fórmula (en griego θεματισμῶ), de la costumbre o de la naturaleza. De la fórmula, en el caso de los edificios hípetros, descubiertos, en honor a los relámpagos de Júpiter, el Cielo, el Sol o la Luna, porque estos son dioses cuyas apariencias y manifestaciones vemos con nuestros propios ojos en el cielo, cuando está despejado y brillante. Los templos de Minerva, Marte y Hércules serán dóricos, porque, debido a la fuerza viril de estos dioses, la delicadeza resulta totalmente inadecuada para sus casas. En los templos de Venus, Flora, Proserpina, del agua de manantial y de las ninfas, se verá que el orden corintio tiene especial importancia, porque se trata de divinidades delicadas y, por eso, sus contornos bastante delgados, sus flores, sus hojas y sus volutas ornamentales aportan idoneidad donde corresponde. La construcción de templos de orden jónico, dedicados a Juno, Diana, el padre Baco y los demás dioses de la misma clase, estará en conformidad con la posición intermedia que detentan, porque la construcción de los mismos será una combinación apropiada de la severidad de lo dórico con la delicadeza de lo corintio.

Al describir las sociedades de los artífices jónicos, Joseph da Costa afirma que los ritos dionisíacos se basaban en la ciencia de la astronomía, que, según los iniciados en la orden, estaba relacionada con el arte de la construcción. En diversos documentos que tratan del origen de la arquitectura se encuentran indicios de que los grandes edificios construidos por aquellos artesanos iniciados se basaban en patrones geométricos derivados de las constelaciones. Por ejemplo, se podía planificar un templo según la constelación de Pegaso o se podía modelar un tribunal de justicia según la constelación de Libra. Los Dionisíacos desarrollaron un código exclusivo, mediante el cual se podían

comunicar entre ellos en la oscuridad, y tanto los símbolos como la terminología de su gremio derivaban, por lo general, de los elementos arquitectónicos.

Aunque se los tildaba de paganos a causa de sus principios filosóficos, cabe destacar que los artesanos dionisíacos fueron contratados en casi todo el mundo para erigir las primeras abadías y catedrales cristianas, cuyas piedras llevan, hasta el día de hoy, las marcas y los símbolos distintivos que grabaron sobre su superficie aquellos constructores ilustres. Entre las tallas ornamentales que encontramos en la fachada de las grandes iglesias del Viejo Mundo son frecuentes las representaciones de compases, escuadras, reglas, mazos y conjuntos de herramientas de construcción, incorporados con habilidad en las decoraciones murales e incluso puestos en la mano de las efigies de los santos y los profetas que ocupan nichos destacados. Los antiguos portales de la catedral de Notre Dame, destruidos durante la Revolución francesa, contenían un gran misterio, porque entre sus tallas figuraban numerosos emblemas rosacruces y masónicos y, según los documentos preservados por los alquimistas que estudiaron sus bajorrelieves, en sus figuras grotescas, aunque sumamente significativas, se exponían los procesos secretos de la transmutación de los metales.

El pavimento en forma de tablero de ajedrez de la logia masónica moderna es el antiguo cuadro de logia de los Arquitectos Dionisíacos y, si bien la organización actual ya no se limita a los gremios de artesanos, sigue preservando en sus símbolos las doctrinas metafísicas de la sociedad antigua de la cual —se supone— es producto. Quien investigue los orígenes del simbolismo masónico y desee rastrear la evolución de la orden a lo largo de los siglos encontrará una propuesta práctica en la siguiente declaración de Charles W. Heckethorn:

> Si tenemos en cuenta que la masonería es un árbol cuyas raíces se extienden por muchos suelos, se deduce que hay que encontrar sus indicios en sus frutos: que su lenguaje y su ritual deberían conservar bastante de las diversas sectas e instituciones por las que ha pasado antes de llegar a su estado actual, y en la masonería encontramos ideas, términos y símbolos indios, egipcios, judíos y cristianos. (Véase *The Secret Societies of All Ages and Countries*.)

Los colegios romanos de arquitectos cualificados eran, en apariencia, una subdivisión de un órgano mayor, el jónico, ya que sus principios y su organización eran prácticamente idénticos a los de la institución jónica, más antigua. Se sospecha que sobre los Dionisíacos también

ejerció una influencia profunda la cultura islámica primitiva, porque parte de su simbolismo ha penetrado en los Misterios de los derviches. En una época, los Dionisíacos se llamaban a sí mismos «hijos de Salomón» y uno de sus símbolos más importantes era el sello de Salomón: dos triángulos entrelazados. Este motivo aparece con frecuencia en lugares conspicuos de las mezquitas musulmanas. Se cree que los Caballeros Templarios —sospechosos de todo y de cualquier cosa— estuvieron en contacto con aquellos artífices dionisíacos y que introdujeron en la Europa medieval muchos de sus símbolos y sus doctrinas. Sin embargo, la masonería debe sobre todo al culto dionisíaco el cúmulo de símbolos y rituales relacionados con la ciencia de la arquitectura. De aquellos artesanos antiguos e ilustres recibió también el legado del templo inacabado de la civilización: la estructura inmensa e invisible en la cual aquellos constructores iniciados han trabajado sin cesar desde el comienzo de su fraternidad. Este edificio imponente, destruido y reconstruido una y otra vez, pero cuyos cimientos permanecen inalterables, es la auténtica Casa Eterna, de la cual el templo situado en la cima del monte Moria no era más que un símbolo pasajero.

Dejando aparte el aspecto operativo de su orden, los Arquitectos Dionisíacos tenían un código filosófico especulativo. Para ellos, la sociedad humana era un mampuesto tosco y sin cuadrar —pero cincelado posteriormente—, procedente de la cantera de la naturaleza elemental. Aquel bloque rudimentario era, en realidad, el objeto con el cual trabajaban aquellos artesanos cualificados: lo pulían, lo cuadraban y, con la ayuda de tallas hermosas, lo transformaban en un milagro de belleza. Mientras que los místicos liberaban su alma de la esclavitud de la materia por medio de la meditación y los filósofos hallaban su mayor alegría en las profundidades del pensamiento, aquellos obreros expertos lograban salir de la rueda de la vida y la muerte aprendiendo a blandir sus martillos al mismo ritmo que hace girar las fuerzas del cosmos. Veneraban a la Divinidad con el aspecto de un Gran Arquitecto y Maestro Artesano, siempre arrancando mampuestos toscos de los campos del espacio y cuadrándolos para formar universos. Para los Dionisíacos, la constructividad era la máxima expresión del alma y, como se armonizaban con los procesos naturales constructivos y visibles permanentemente que se producían a su alrededor, creían que, si uno formaba parte de los agentes creativos de la naturaleza, podía alcanzar la inmortalidad.

En inglés, el nombre *Solomon* [Salomón] se puede dividir en tres sílabas: sol, om y on, que simbolizan la luz, la gloria y la verdad, colectiva y respectivamente. El Templo de Salomón es, por consiguiente y antes que nada, la Casa de la Luz Eterna, cuyo símbolo terrenal es el templo de piedra situado en la cima del monte Moria. Según las enseñanzas de los Misterios, hay tres templos de Salomón, así como hay tres grandes maestros, tres testigos y tres tabernáculos de la transfiguración. El primer templo es la Gran Casa del Universo, en medio de la cual está sentado el sol (Sol) en su trono dorado. Los doce signos del Zodíaco se congregan como compañeros en torno a su señor brillante. Tres luces —la estelar, la solar y la lunar— iluminan aquel templo cósmico. Acompañado por su séquito de planetas, lunas y asteroides, aquel rey divino (SOLomon), cuya gloria no igualará jamás ningún monarca terrenal, se desplaza majestuosamente por las avenidas del espacio. Mientras que Juram representa la luz física activa del sol, SOLomon significa su efulgencia espiritual e intelectual, invisible pero todopoderosa.

El segundo templo simbólico es el cuerpo humano: la casa pequeña, hecha a imagen de la Gran Casa Universal. «¿No sabéis —preguntaba el apóstol san Pablo— que sois santuarios de Dios y que el Espíritu del Señor habita en vosotros?» La masonería dentro de un templo de piedra no puede ser sino especulativa; en cambio, la masonería dentro del templo vivo del cuerpo es operativa. El tercer templo simbólico es la Casa del Alma, una estructura invisible, cuya comprensión constituye un arcano masónico supremo. El misterio de aquel edificio intangible se oculta tras la alegoría del *Soma Psuchicon*, o el traje de boda descrito por san Pablo, las vestiduras de gala del Sumo Sacerdote de Israel, la túnica amarilla del monje budista y la túnica azul y dorada que Albert Pike menciona en su *Masonic Symbolism*. El trabajador cualificado, Juram Abí, funde el alma —hecha con una sustancia ardiente invisible, un metal dorado llameante— en un molde de arcilla (el cuerpo físico) y la llama el «mar fundido». El templo del alma humana es construido por tres maestros, que representan la Sabiduría, el Amor y el Servicio, y, cuando se construye según la ley de la vida, el espíritu de Dios vive allí, en el Lugar Santo. El Templo del Alma es la verdadera Casa Eterna y quien puede levantarla o fundirla es, sin duda, un maestro. Los autores masónicos mejor informados se han dado cuenta de que el Templo de

Salomón es una representación en miniatura del templo universal. Con respecto a este punto, en *A New Encyclopaedia of Freemasonry*, A. E. Waite escribe lo siguiente: «Tiene carácter macrocósmico, de modo que el templo es un símbolo del universo, un tipo de manifestación en sí mismo».

Salomón, el espíritu de la iluminación universal —mental, espiritual, moral y física— se personifica como el rey de una nación terrenal. Aunque es posible que un gran soberano con ese nombre haya construido un templo, quien considere la historia exclusivamente desde el punto de vista histórico no podrá despejar jamás la hojarasca que cubre las criptas secretas. La hojarasca es la materia interpolada en forma de símbolos, alegorías y grados superficiales, que en realidad no tienen nada que ver con los Misterios masónicos originales. Con respecto a la pérdida de la verdadera clave esotérica de los secretos masónicos, Albert Pike escribe lo siguiente:

> Ya nadie viaja «desde las alturas de Cabaón hasta el suelo que trilla Omán el Yebusita» ni ha visto a «su maestro, vestido de azul y oro» ni se paga a aprendices ni a compañeros en sus columnas respectivas: tampoco es el cuadro de logia la herramienta de trabajo del maestro ni usa en su obra «tiza, carboncillo y un recipiente de barro» ni el aprendiz, al convertirse en hermano, pasa del cuadrado al compás, porque el significado simbólico de estas frases se ha perdido hace mucho tiempo.

Según los antiguos rabinos, Salomón era un iniciado de las escuelas de los Misterios y el templo que construyó en realidad era una casa de iniciación que contenía un cúmulo de emblemas filosóficos y fálicos. Los granados, las columnas con la parte superior en forma de palmera, los pilares delante de la puerta, los querubines babilónicos y la distribución de las cámaras y las colgaduras indican que el templo se hizo siguiendo el modelo de los santuarios de Egipto y la Atlántida. Isaac Myer, en *The Qabbalah*, hace la siguiente observación.

> El Pseudo-Clemente de Roma escribe: «Dios hizo al hombre masculino y femenino. El masculino es Cristo y el femenino, la Iglesia». Los cabalistas llamaban al Espíritu Santo la madre y a la Iglesia de Israel, la Hija. Para anunciar este misterio, Salomón grabó en los muros de su templo las imágenes de los principios masculino y femenino, que eran —según dicen— las figuras de los querubines. Sin embargo, no lo hizo obedeciendo las palabras de la Torá. Simbolizaban lo superior, lo espiritual, el primero o el creador, lo positivo o lo masculino y lo inferior, lo pasivo, lo negativo o lo femenino, formado o hecho por el primero.

La masonería llegó al norte de África y a Asia Menor procedente del continente perdido de la Atlántida, pero no con su nombre actual, sino, más bien, con la designación general de culto al sol y al fuego. Los Misterios antiguos no cesaron de existir cuando el cristianismo se convirtió en la religión más poderosa del mundo. ¡El Gran Pan no murió! La masonería es la prueba de su supervivencia. Los Misterios precristianos se limitaron a asumir el simbolismo de la nueva fe y, mediante sus emblemas y sus alegorías, perpetuaron las mismas verdades que habían pertenecido a los sabios desde el comienzo del mundo. Por consiguiente, no hay una explicación verdadera de los símbolos cristianos, salvo la que se oculta en la filosofía pagana. Sin las misteriosas claves que portaban los hierofantes de los cultos egipcios, brahmanes y persas, no se pueden abrir las puertas de la sabiduría. Consideremos, pues, con espíritu reverente la alegoría sublime del templo y sus constructores, conscientes de que, más allá de su interpretación literal, se oculta un secreto real.

Según las leyendas talmúdicas, Salomón conocía los misterios de la Cábala. Además, era alquimista y nigromante y podía controlar a los demonios y de ellos y de otros habitantes de los mundos invisibles obtuvo buena parte de su sabiduría. En su traducción de *Las clavículas de Salomón, o sea, el secreto de los secretos*, una obra que, supuestamente, plantea los secretos mágicos que Salomón había reunido y usaba para conjurar a los espíritus y que, según Frank C. Higgins, contiene mucha información incidental sobre los rituales de iniciación masónicos, S. L. MacGregor-Mathers reconoce la probabilidad de que el rey Salomón fuera un mago en el sentido más amplio de la palabra. «No veo ningún motivo para dudar —afirma— de la tradición que atribuye la autoría de la "clave" al rey Salomón, porque, entre otros, Flavio Josefo, el historiador judío, menciona en especial las obras mágicas que se atribuyen a tal monarca; así lo confirman muchas tradiciones orientales y su habilidad mágica se menciona con frecuencia en *Las mil y una noches*.»

Con respecto a los poderes sobrenaturales de Salomón, Flavio Josefo escribe lo siguiente en el Libro octavo de su *Antigüedades de los judíos*:

> La sagacidad y la sabiduría que Dios había otorgado a Salomón eran tan grandes que superaba a los antiguos de tal manera que no era en modo alguno inferior a los egipcios, de los cuales se dice que superaban a todos los hombres en entendimiento. [...] Dios le permitió también aprender a expulsar a los demonios, una ciencia útil y sanadora para él. También componía conjuros con

los cuales aliviaba las enfermedades. Nos legó la manera de usar los exorcismos, con los cuales se expulsa a los demonios para que no vuelvan nunca más, y este método de curación sigue teniendo mucha fuerza hasta el día de hoy.

Los alquimistas medievales estaban convencidos de que el rey Salomón conocía los procesos secretos de Hermes mediante los cuales se podían multiplicar los metales. El doctor Bacstrom escribe que el Espíritu Universal (Juram) ayudó al rey Salomón a construir su templo, porque, como Salomón era versado en alquimia, sabía controlar aquella esencia incorpórea y, haciéndola trabajar para él, hizo que el universo invisible le proporcionara grandes cantidades de oro y plata, que muchos creyeron que se habían extraído por métodos naturales.

Los misterios de la fe islámica están ahora al cuidado de los derviches, unos hombres que han renunciado al mundo y han resistido la prueba de mil y un días de tentación. Se atribuye a Jalal ad-Din, el gran filósofo y poeta sufí persa, la creación de la Orden de los Mevlevi, o «derviches giróvagos», cuyos movimientos representan exotéricamente los desplazamientos de los cuerpos celestes y esotéricamente establecen un ritmo que estimula los centros de conciencia espiritual en el cuerpo del bailarín.

Según el canon místico, siempre hay en la tierra un número determinado de hombres santos que acceden a la comunión íntima con la divinidad. El que ocupa la máxima posición entre sus contemporáneos recibe el nombre de «Eje» (Qûtb) o «Polo» de su tiempo. [...] Subordinados al Qûtb hay dos seres santos que llevan el título de «los Fieles», que tienen un lugar asignado a su derecha y a su izquierda, respectivamente. Por debajo de ellos hay un cuarteto de «intermediarios» (Evtâd) y, en planos inferiores sucesivos, hay cinco «luces» (Envâr) y siete «muy buenos» (Akhyâr). Ocupan el rango siguiente cuarenta «ausentes» (Rijal-i-ghaib), también llamados «mártires» (Shusheda). Cuando un Eje abandona esta existencia terrenal, lo sucede aquel de los Fieles que ocupaba el puesto a su derecha. [...] A aquellos hombres santos, también designados colectivamente «Señores de Almas» y «Directores», les corresponde una supremacía espiritual sobre la humanidad que supera con creces la autoridad temporal de los gobernantes terrenales. (Véase *Mysticism and Magic in Turkey*, de L. M. J. Garnett.)

El Eje es un individuo misterioso que, sin que nadie lo sepa ni lo sospeche, se mezcla con los hombres y, según la tradición, tiene su asiento favorito bajo el techo de la Kaaba. J. P. Brown, en *The Dervishes*, ofrece una descripción de aquellas «almas maestras».

La herencia inestimable de la masonería

El sanctasanctórum de la masonería está adornado con las joyas gnósticas de miles de años y en sus rituales resuenan las palabras de los profetas y los sabios, inspiradas por la divinidad. Un centenar de religiones han llevado a su altar sus regalos de sabiduría e innumerables artes y ciencias han contribuido a su simbolismo. La masonería es una universidad mundial que enseña las artes y las ciencias liberales del alma a todos los que están dispuestos a escuchar sus palabras. Sus sillas son templos del saber y sus pilares sostienen un arco de educación universal. En sus tableros de dibujo se inscriben las verdades eternas de todos los tiempos y los que comprenden sus profundidades sagradas se dan cuenta de que en los Misterios masónicos están ocultos los arcanos perdidos hace tiempo y tan buscados por todos los pueblos desde la génesis de la razón humana.

El poder filosófico de la masonería reside en sus símbolos: la herencia inestimable recibida de las escuelas mistéricas de la Antigüedad. En una carta dirigida a Robert Freke Gould, Albert Pike escribe lo siguiente:

> En mi visión intelectual, comenzó a convertirse en algo más imponente y majestuoso, solemnemente misterioso y grandioso. Me pareció similar a las pirámides en su soledad, en cuyas cámaras todavía sin descubrir pueden estar ocultos, para iluminar a las generaciones futuras, los libros sagrados de los egipcios, que el mundo ha perdido hace tanto tiempo: como la esfinge, sepultada a medias en el desierto. En su simbolismo, que, junto con su espíritu de hermandad, constituye su esencia, la masonería es más antigua que cualquiera de las religiones vivas del mundo. Contiene los símbolos y las doctrinas que inculcaba Zaratustra —más viejas incluso que él— y me pareció un espectáculo sublime, aunque lamentable, que la antigua fe de nuestros antepasados tendiera al mundo sus símbolos, otrora tan elocuentes, y suplicara, muda y en vano, que alguien los interpretara. Así me di cuenta finalmente de que la verdadera grandeza y majestad de la masonería consiste en ser la propietaria de aquello y de sus demás símbolos y que su simbolismo es su alma.

Aunque los templos de Tebas y Karnak no sean ahora más que montones majestuosos de piedras rotas y estropeadas por el tiempo, el espíritu de la filosofía egipcia prosigue su marcha triunfal a través de los siglos. Aunque los refugios tallados en piedra de los antiguos brahmanes estén vacíos y sus tallas se hayan desmenuzado y hecho polvo, aún persiste la sabiduría de los Veda. Aunque se silencien los oráculos y la Casa de los Misterios no sea más que hileras de colum-

nas fantasmales, la gloria espiritual de la Hélade sigue brillando con la misma intensidad. Aunque Zaratustra, Hermes, Pitágoras, Platón y Aristóteles no sean más que recuerdos vagos en un mundo que en otro tiempo se estremecía ante la trascendencia de su genialidad intelectual, en el templo místico de la masonería aquellos hombres Dioses reviven en sus palabras y sus símbolos y el candidato, después de superar las iniciaciones, se encuentra frente a frente con aquellos hierofantes iluminados de otros tiempos.

XLI

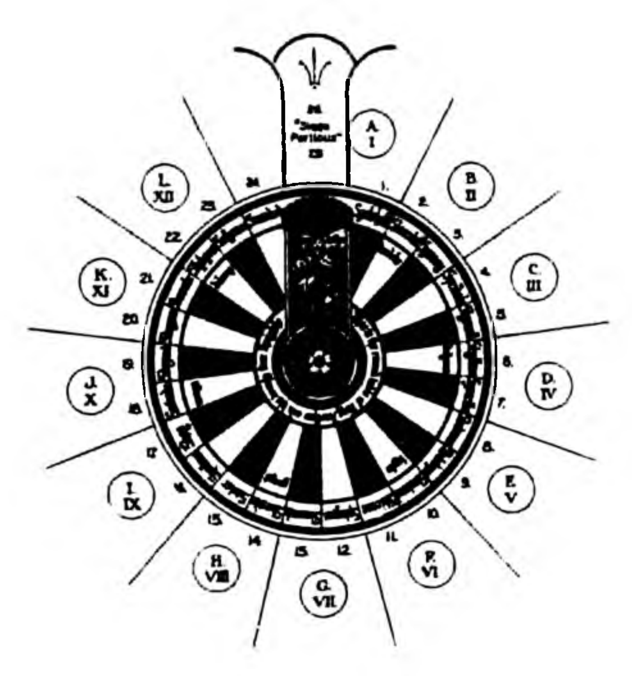
El cristianismo místico

Nunca se ha desvelado al mundo la verdadera historia de la vida de Jesús de Nazaret, ni en los Evangelios canónicos ni en los apócrifos, aunque se pueden encontrar unas cuantas insinuaciones vagas en algunos de los comentarios escritos por los padres prenicenos. Los hechos relacionados con Su identidad y Su misión figuran entre los misterios inestimables que, hasta el día de hoy, se conservan en las cámaras secretas, bajo las Casas de los Hermanos. Parte de la extraña historia fue contada a un puñado de Caballeros Templarios, que fueron iniciados en los arcanos de los drusos, los nazarenos, los esenios, los juanistas y otras sectas que aún vivían en los refugios remotos e inaccesibles de Tierra Santa. El hecho de que los Templarios tuvieran conocimiento de la historia primitiva del cristianismo fue —sin duda— uno de los motivos fundamentales por los que fueron perseguidos hasta su aniquilación. Las discrepancias en los escritos de los primeros Padres de la Iglesia no solo son irreconciliables, sino que demuestran fuera de toda duda que, incluso durante los cinco primeros siglos después de Cristo, aquellos hombres instruidos no tenían como base de sus escritos nada más sólido que el folclore y los rumores. Para el crédulo, todo es posible y no hay ningún problema; en cambio, la persona objetiva que busca hechos se enfrenta con gran cantidad de problemas y con factores inciertos, de los cuales son típicos los siguientes:

Según la concepción popular, Jesús fue crucificado en el trigesimotercer año de Su vida y en el tercero de Su ministerio después de Su bautismo. Alrededor del año 180, san Ireneo, obispo de Lyon y uno de los teólogos prenicenos más destacados, escribió *Contra las herejías*, un

ataque a las doctrinas de los gnósticos. En esta obra, Ireneo afirmaba, basándose en la autoridad de los propios apóstoles, que Jesús vivió muchos años. Escribió textualmente: «Ellos, sin embargo, para imponer su falsa opinión con respecto a lo que está escrito, "para proclamar el año aceptable del Señor", sostienen que predicó durante solo un año y que después sufrió al cabo de doce meses. [Al hablar así], olvidan su propia desventaja, destruyen toda Su obra y Le quitan esa edad más necesaria y más honorable que cualquier otra: me refiero a la edad más avanzada durante la cual, también como maestro, aventajó a todos los demás. Porque ¿cómo pudo haber tenido discípulos, si no enseñaba? ¿Y cómo pudo enseñar sin haber alcanzado la edad necesaria para ser maestro? Porque cuando fue a que lo bautizaran, no había cumplido aún su trigésimo año, sino que estaba a punto de cumplir los treinta años (así lo ha expresado Lucas, al mencionar Su edad: "Entonces Jesús estaba, como se dice, empezando a tener treinta años", cuando fue a recibir el bautismo); y (según aquellos hombres) Él predicó solo un año después de Su bautismo. Al finalizar Su trigésimo año sufrió, cuando todavía era joven y antes de haber alcanzado una edad avanzada. Que la primera etapa de la juventud abarca treinta años y que se prolonga hacia el cuadragésimo año es algo que todo el mundo reconoce; pero, a partir de los cuarenta y los cincuenta años, el hombre empieza a decaer hacia la ancianidad, que "Nuestro Señor poseía mientras seguía cumpliendo el oficio de Maestro, de lo cual dan fe el Evangelio y todos los ancianos"; los que conocían en Asia a Juan, el discípulo del Señor, (afirmaban) que Juan les transmitió aquella información. Y él permaneció entre ellos hasta la época de Trajano. Además, algunos de ellos no solo vieron a Juan, sino también a los demás apóstoles y ellos les dieron la misma versión y dan testimonio en cuanto a (la validez de) la afirmación. ¿A quién vamos a creer, entonces? ¿A hombres como estos o a Ptolomeo, que jamás vio a los apóstoles y que jamás, ni en sueños, llegó a ver el menor rastro de un apóstol?».

Con respecto al pasaje anterior, Godfrey Higgins comenta que ha sido una suerte que escapara de las manos de los destructores que, para dar coherencia a lo que narran los Evangelios, han suprimido todas las afirmaciones de este tipo. También destaca que la doctrina de la crucifixión era una *vexata questio* entre los cristianos, incluso en el siglo II. «La prueba de Ireneo —afirma— es intocable. Según todos los principios de la crítica acertada y de la doctrina de las probabilidades, es intachable.»



DE *THE ROSICRUCIANS, THEIR RITES AND MYSTERIES* DE JENNINGS

LA MESA REDONDA DEL REY ARTURO

Cuenta la tradición que en el año 516, cuando tenía quince años, Arturo fue coronado rey de Britania. Poco después de su llegada al trono fundó en Windsor la Orden de los Caballeros de la Mesa Redonda. A partir de entonces, los caballeros se reunieron una vez al año en Carleon, Winchester, o en Camelot, para celebrar Pentecostés. De todas partes de Europa acudían hombres valientes y osados a solicitar su ingreso en aquella noble orden de caballería británica. Los requisitos eran nobleza, virtud y valor, y quienes destacaran por estas cualidades eran recibidos en la corte del rey Arturo en Camelot. Después de reunir a su alrededor a los caballeros más valientes y más nobles de Europa, el rey Arturo eligió a veinticuatro que aventajaban a los demás en audacia e integridad y formó con ellos su Círculo de la Mesa Redonda. Según la leyenda, cada uno de aquellos caballeros destacaba tanto por su dignidad y su poder que ninguno podía ocupar un asiento más elevado que los demás, de modo que, cuando se reunieron en torno a la mesa para celebrar el aniversario de su fundación, hubo que usar una mesa redonda para que todos ocuparan sillas de la misma importancia.

Si bien es probable que la Orden de la Mesa Redonda tuviera sus propios rituales y símbolos, su conocimiento no ha llegado hasta nosotros. Elias Ashmole insertó en su volumen sobre la Orden de la Jarretera una ilustración a doble página en la que figura la insignia de todas las órdenes de caballería, pero la parte correspondiente al símbolo de la Mesa Redonda está en blanco. El motivo principal de la pérdida del simbolismo de la Mesa Redonda fue la muerte intempestiva del rey Arturo en el campo de batalla de Kamblan (en el año 542), a los cuarenta y un años de edad. Aunque en esta famosa batalla destruyó a su enemigo implacable, Mordred, le costó no solo su propia vida, sino también la de casi todos sus Caballeros de la Mesa Redonda, que murieron defendiendo a su comandante.

Cabe destacar, además, que Ireneo preparó esta declaración para contradecir otra que, aparentemente, era corriente en su época: que el ministerio de Jesús solo duró un año. De todos los primeros Padres, se supone que Ireneo, que escribió menos de ochenta años después de la muerte de san Juan Evangelista, debía de tener información bastante precisa. Si los propios discípulos relataron que Jesús vivió en su cuerpo hasta una edad avanzada, ¿por qué se ha elegido arbitrariamente el misterioso número treinta y tres para representar la duración de Su vida? ¿Se habrán alterado a propósito los incidentes de la vida de Jesús para que Sus actos se ajustaran mejor al patrón establecido por los nu-

merosos dioses-redentores que le precedieron? Si se examina la obra de san Justino Mártir, otra autoridad del siglo II, resulta evidente que aquellas analogías se reconocieron y se utilizaron como recurso para convertir a los griegos y los romanos. En su *Apología*, san Justino se dirige a los paganos con estas palabras:

> Cuando decimos que el Verbo, que es el primogénito de Dios, se produjo sin unión sexual y que Él, Jesucristo, nuestro Maestro, fue crucificado y murió y resucitó y ascendió a los cielos, no postulamos nada diferente de lo que creéis con respecto a los que consideráis hijos de Júpiter. [...] Y si afirmamos que la Palabra de Dios nació de Dios de una forma peculiar, diferente de la generación ordinaria, que esto, como hemos dicho antes, no resulte extraordinario para vosotros, que afirmáis que Mercurio es la palabra angélica de Dios. Pero si alguien objeta que fue crucificado, en esto también coincide con vuestros supuestos hijos de Júpiter, que sufrieron lo que hemos especificado.

Por lo anterior, resulta evidente que los primeros misioneros de la Iglesia cristiana estaban mucho más dispuestos a reconocer las demás similitudes entre su fe y la de los paganos de lo que estuvieron sus sucesores en los siglos siguientes.

Para tratar de resolver algunos de los problemas que surgen de cualquier intento de hacer una crónica precisa de la vida de Jesús, se ha sugerido que tal vez vivieran en Siria, en aquella época, dos o más maestros religiosos de nombre Jesús, Jehoshua o Josué y que podría ser que en las historias de los Evangelios se confundieran las vidas de aquellos hombres. En su obra *Secret Sects of Syria and the Lebanon*, el escritor masónico Bernard H. Springett toma una cita de un libro antiguo cuyo título no estaba autorizado a revelar, por estar relacionado con el ritual de una secta. La última parte de la cita guarda relación con el tema que estamos tratando:

> Pero Jehová hizo prosperar la semilla de los esenios, con santidad y amor, durante muchas generaciones. Entonces se presentó el ángel principal, siguiendo el mandato de DIOS, para que la Voz de Jehová tuviese un heredero y, cuatro generaciones después, nació un heredero, al que llamaron Josué, que fue hijo de José y Mara, devotos adoradores de Jehová, distante de todos los demás pueblos, salvo los esenios. Y el tal Josué, en Nazaret, restableció a Jehová y recuperó muchos de los ritos y las ceremonias perdidos. A los treinta y seis años, murió lapidado en Jerusalén. [...]

En el último siglo se han publicado varios libros que completan las escasas descripciones que aparecen en los Evangelios sobre Jesús y Su

ministerio. Algunas de estas narraciones dicen basarse en manuscritos antiguos descubiertos recientemente: otras, en una revelación espiritual directa. Algunos de estos escritos son de lo más plausibles, mientras que otros resultan increíbles. Son persistentes los rumores de que Jesús estuvo y estudió tanto en Grecia como en India y que se ha descubierto una moneda acuñada en Su honor en India durante el siglo I. Hay constancia de documentos cristianos primitivos en el Tíbet y los monjes de un monasterio budista de Ceilán conservan aún un documento según el cual Jesús pasó allí una temporada y se familiarizó con su filosofía.

Aunque aparecen en el cristianismo primitivo muchos indicios de influencia oriental, esta es una cuestión que la Iglesia moderna se niega a analizar. Si se llegara a demostrar fuera de toda duda que Jesús fue iniciado en los Misterios paganos griegos o asiáticos, es probable que esto produjera un cataclismo entre los miembros más conservadores del cristianismo. Si Jesús era Dios hecho hombre, según descubrieron los concilios solemnes de la Iglesia, ¿por qué se dice en el Nuevo Testamento que es «proclamado por Dios Sumo Sacerdote según la orden de Melquisedec»? Decir «según la orden de» coloca a Jesús en una fila o en un orden en el cual debió de haber otros de la misma dignidad o incluso de una superior. Si los «Melquisedec» eran los soberanos divinos o sacerdotales de las naciones de la tierra antes de que se instaurase el sistema de gobernantes seculares, las afirmaciones atribuidas a san Pablo indicarían que Jesús era uno de aquellos «filósofos elegidos» o que trataba de restablecer su sistema de gobierno. Se recordará que Melquisedec también celebró la misma ceremonia de beber el vino y de partir el pan, como hizo Jesús en la última cena.

Según George Faber, el nombre original de Jesús era Jescua Hammasiah y Godfrey Higgins ha hallado dos referencias —una en el *Midrashjoheleth* y la otra en el *Abodazara*, comentarios judíos primitivos sobre las Escrituras— que indican que el apellido de la familia de José era Pantera, porque en estas dos obras se afirma que un hombre fue curado «en el nombre de Jesús ben Pantera». El nombre «Pantera» establece una relación directa entre Jesús y Baco, que fue criado por panteras y a veces se representa cabalgando uno de esos animales o sobre una cuadriga tirada por ellos. Además, la piel de pantera era sagrada en algunos ceremoniales iniciáticos egipcios. El monograma «IHS», que actualmente se interpreta como *Iesus Hominum Salvator* (Jesús Salvador de los hombres), constituye otro vínculo directo entre los ritos cristianos y los báquicos. IHS deriva del griego ΥΗΣ, que, como indica su

valor numérico (608), es un emblema del sol y constituía el nombre sagrado y oculto de Baco. (Véase *The Celtic Druids*, de Godfrey Higgins.) Surge entonces la pregunta de si se habrá confundido el catolicismo primitivo con el culto a Baco, teniendo en cuenta los numerosos paralelismos entre las dos fes. Si se puede demostrar que sí, quedan resueltos muchos de los enigmas hasta ahora incomprensibles del Nuevo Testamento.

No es en absoluto improbable que fuera el propio Jesús quien en primer lugar propusiera como alegorías las actividades cósmicas que posteriormente se confundieron con Su propia vida. Queda fuera de toda controversia que el Χριστός, *Christos*, representa el poder solar que reverenciaban todas las naciones de la Antigüedad. Si Jesús reveló la naturaleza y el propósito de este poder solar con el nombre y la personalidad de *Christos*, proporcionando de tal modo a este poder abstracto los atributos de un hombre Dios, no hizo más que seguir el precedente establecido por todos los maestros del mundo anteriores a Él. Este hombre Dios, dotado así de todas las cualidades de la divinidad, representa lo divino que está latente en todos los hombres. El hombre mortal solo alcanza la deificación mediante la redención, que lo devuelve a su Yo divino; por consiguiente, la unión con el Yo inmortal es la «salvación». Este *Christos*, u hombre divino en el ser humano, es su verdadera esperanza de salvación, el mediador vivo entre la divinidad abstracta y la humanidad mortal. Así como, con toda probabilidad, Atis, Adonis, Baco y Orfeo eran al principio hombres iluminados que después se confundieron con los personajes simbólicos que ellos mismos crearon como personificaciones de su poder divino, Jesús se ha confundido con el *Christos*, u hombre Dios, cuyas maravillas predicaba. Como *Christos* era el hombre Dios que estaba prisionero en todas las criaturas, la primera obligación del iniciado consistía en liberar, o «resucitar», a aquel Uno Eterno que había dentro de sí mismo. Por consiguiente, aquel que conseguía reunirse con su *Christos* era un hombre cristiano o cristianado.

Una de las doctrinas más profundas de los filósofos paganos tenía que ver con el Dios Salvador Universal que, mediante Su propia naturaleza, elevaba al cielo las almas de los hombres regenerados. Este concepto fue, sin lugar a dudas, lo que inspiró las palabras atribuidas a Jesús: «Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida. Nadie va al Padre sino por mí». Para intentar unificar en una sola persona a Jesús y Su *Christos*, los autores cristianos han compuesto una doctrina que debe volver a descomponerse en sus elementos originales, si se quiere volver a descubrir el verda-

dero significado del cristianismo. En los relatos de los Evangelios, el *Christos* representa al hombre perfecto, que, después de haber pasado por las diversas etapas del Misterio del Mundo, representado por los treinta y tres años, asciende a la esfera celeste, donde se reúne con su Padre Eterno. Al igual que la historia masónica de Juram Abí, la historia de Jesús, como se conserva actualmente, forma parte de un ritualismo iniciático secreto que pertenece a los primitivos Misterios cristianos y paganos.

Durante los siglos previos a la era cristiana, los secretos de los Misterios paganos habían ido cayendo poco a poco en manos de los profanos. Para el estudioso de la religión comparada, resulta evidente que aquellos secretos, reunidos por un grupo reducido de filósofos y místicos fieles, se revistieron de nuevas prendas simbólicas y así se conservaron durante varios siglos con el nombre de «cristianismo místico». En general se supone que los esenios fueron los custodios de aquel conocimiento y también los iniciadores y educadores de Jesús. En tal caso, no cabe duda de que Jesús se inició en el mismo templo de Melquisedec en el que Pitágoras había estudiado seis siglos antes.

Los esenios —la más destacada de las primeras sectas sirias— fueron una orden de hombres y mujeres piadosos que vivían como ascetas y dedicaban el día a trabajos sencillos y la noche a la oración. Flavio Josefo, el gran historiador judío, habla de ellos con términos muy elogiosos: «Enseñan la inmortalidad del alma —dice— y estiman que uno debe esforzarse para alcanzar las recompensas de la rectitud —y añade en otro lugar—: Sin embargo, llevan una vida mejor que la de otros hombres y son totalmente adictos a la buena administración». Se supone que el nombre de «esenios» deriva de una palabra siria antigua que significaba «médico» y se cree que aquellas gentes amables tenían como finalidad de su existencia la curación de la mente, el alma y el cuerpo de los enfermos. Según Édouard Schuré, tenían dos comunidades o centros principales: uno en Egipto, a orillas del lago Maoris, y el otro en Palestina, en Engaddi, cerca del Mar Muerto. Algunos expertos remontan sus orígenes a las escuelas del profeta Samuel, aunque la mayoría les atribuye un origen egipcio u oriental. Su forma de rezar, meditar y ayunar no difería mucho de la de los sabios o santos del Lejano Oriente. Para ser miembro de la orden esenia había que pasar un período de prueba de un año. Aquella escuela mistérica, como tantas otras, tenía tres grados y muy pocos candidatos lograban superarlos todos. Los esenios se dividían en dos comunidades diferenciadas: los miembros de una eran todos célibes y los de la otra, todos casados.

Los esenios nunca fueron comerciantes ni participaban en la vida comercial de las ciudades, sino que vivían de la agricultura y de la cría de ovejas para aprovechar la lana y también de artesanías como la alfarería y la carpintería. En los Evangelios y en los Libros Apócrifos, con respecto a José, el padre de Jesús, se dice que era tanto carpintero como alfarero. En el evangelio apócrifo de santo Tomás y también en el Pseudo-Mateo se dice que el niño Jesús hacía gorriones de arcilla que, cuando daba una palmada, cobraban vida y echaban a volar. Se consideraba a los esenios la clase de judíos más instruidos y se tiene constancia de que los nombraban tutores de los hijos de los oficiales romanos destinados en Siria. Como había entre ellos tantos artesanos, la orden se considera precursora de la masonería moderna. Entre los símbolos de los esenios figuran un montón de herramientas de construcción y se dedicaron en secreto a erigir un templo espiritual y filosófico que sirviera como morada al Dios vivo.

Al igual que los gnósticos, los esenios eran emanacionistas. Uno de sus objetivos principales era la reinterpretación de la ley mosaica según determinadas claves espirituales secretas que preservaban desde la época de la fundación de su orden. Por consiguiente, se entiende que los esenios eran cabalistas y, como varias otras sectas contemporáneas que prosperaron en Siria, aguardaban la llegada del Mesías prometido en los primeros escritos bíblicos. Se cree que José y María, los padres de Jesús, pertenecían a la orden de los esenios. José era muchos años mayor que María. Según el Protoevangelio, era viudo y tenía hijos grandes y, en el Evangelio del Pseudo-Mateo, se habla de María como de una niña, más joven que sus propios nietos. En su infancia, María se dedicaba al Señor y en los escritos apócrifos se cuentan muchos milagros asociados con su infancia. Cuando tenía doce años, los sacerdotes se reunieron para decidir el futuro de aquella niña que se había dedicado al Señor y el sumo sacerdote judío, con el peto puesto, entró en el sanctasanctórum, donde se le apareció un ángel que le dijo: «Zacarías, ve y convoca a los viudos del pueblo y deja que cada uno coja un bastón y que ella sea la esposa de aquel a quien el Señor designe». José se adelantó a recibir a los sacerdotes a la cabeza de los viudos, recogió los bastones de todos los demás viudos y los dejó al cuidado de los sacerdotes. El bastón de José era la mitad de largo que los demás y, cuando los sacerdotes devolvieron los bastones a los viudos, no se acordaron del de José y lo dejaron en el sanctasanctórum. Cuando todos los demás viudos hubieron recibido su bastón, los sacerdotes esperaron una

señal del cielo, pero no pasó nada. José, debido a su edad avanzada, no pidió que le devolvieran su bastón, porque para él era inconcebible que lo eligiesen a él. Sin embargo, se apareció un ángel al sumo sacerdote y le ordenó devolver el bastón corto que había pasado desapercibido en el sanctasanctórum. Cuando el sumo sacerdote entregó a José su bastón, una paloma blanca voló desde su extremo y se apoyó en la cabeza del anciano carpintero, de modo que le entregaron la niña a él.

El editor de *The Sacred Books and Early Literature of the East* destaca el espíritu peculiar con el que se trata la infancia de Jesús en la mayoría de los libros apócrifos del Nuevo Testamento, sobre todo en uno atribuido al dubitativo Tomás, cuya versión griega más antigua data de alrededor del año 200: «El Cristo niño se representa casi como un diablillo, que hacía la vida imposible y destruía a quienes lo fastidiaban». Aquella obra apócrifa, pensada para inspirar temor y hacer que sus lectores echaran a temblar, fue popular durante la Edad Media, porque coincidía plenamente con el ánimo cruel y de persecución del cristianismo medieval. Como muchos otros libros sagrados primitivos, el de Tomás se creó con dos finalidades muy parecidas: en primer lugar, para eclipsar a los paganos en cantidad de milagros y, en segundo lugar, para inspirar el «temor de Dios» en los no creyentes. Es imposible que este tipo de escritos apócrifos se basen en hechos reales. Aunque en algún momento fueron un punto a su favor, los «milagros» del cristianismo han llegado a ser su peor lastre. Los fenómenos sobrenaturales, que en épocas crédulas se interpolaban para impresionar a los ignorantes, en este siglo solo han servido para alejar a los inteligentes.

En el Evangelio de Nicodemo, escrito en griego, se dice que, cuando llevaron a Jesús ante Pilatos, los estandartes que llevaban los guardias romanos inclinaron su parte superior para rendirle homenaje, a pesar de los esfuerzos de los soldados por impedirlo. En las Cartas de Pilatos se dice también que César, enfadado porque Pilatos había ejecutado a un hombre justo, ordenó que lo decapitaran. Cuando estaba rezando para pedir perdón, Pilatos recibió la visita de un ángel del Señor, que tranquilizó al gobernador romano y le prometió que toda la cristiandad recordaría su nombre y que, cuando Cristo viniera por segunda vez para juzgar a Su pueblo, él (Pilatos) se presentaría ante Él como Su testigo.

Historias como estas son algunas de las costras que se han adherido al cuerpo del cristianismo a lo largo de los siglos. La mente popular se ha nombrado a sí misma guardiana y perpetuadora de estas leyendas y se ha opuesto de forma implacable a todos los esfuerzos por despojar la

fe de aquellas acumulaciones cuestionables. Aunque la tradición popular a menudo contiene algunos elementos básicos de verdad, estos elementos se suelen distorsionar fuera de toda proporción. De este modo, aunque es posible que las generalidades de la historia sean ciertas en lo fundamental, los detalles son totalmente erróneos. Tanto con respecto a la verdad como a la belleza, cabe decir que lo que más la embellece es la falta de adorno. A través de la niebla de los relatos fantásticos que no dejan ver con claridad la verdadera base de la fe cristiana, una minoría apenas alcanza a discernir una doctrina grande y noble comunicada al mundo por un alma grande y noble. José y María, dos almas devotas y muy religiosas, consagradas al servicio de Dios y que soñaban con la llegada de un Mesías para servir a Israel, obedecieron las órdenes del sumo sacerdote de los esenios de preparar un cuerpo para la llegada de un alma grande. Así fue como Jesús nació de una concepción inmaculada. En este caso, «inmaculada» quiere decir «impecable», más que «sobrenatural».

Jesús fue criado y educado por los esenios y después iniciado en sus Misterios más profundos. Como todos los grandes iniciados, tuvo que viajar hacia el este y, sin duda, dedicó los años de Su vida de los que nada sabemos a familiarizarse con la enseñanza secreta que más adelante comunicaría al mundo. Después de consumar las prácticas ascéticas de Su orden, fue cristianado. Una vez reunido así con Su propia fuente espiritual, salió en el nombre de Aquel que ha sido crucificado desde antes de la creación de los mundos y, reuniendo a Su alrededor a discípulos y apóstoles, los instruyó en la enseñanza secreta que había desaparecido —al menos en parte— de las doctrinas de Israel. Se desconoce Su destino, aunque es muy probable que sufriera la persecución que toca en suerte a aquellos que tratan de rehacer el sistema ético, filosófico o religioso de su tiempo.

Jesús hablaba a las multitudes con parábolas; también hablaba con parábolas a Sus discípulos, aunque en este caso eran más exaltadas y filosóficas. Voltaire dijo que la Iglesia cristiana debería haber canonizado a Platón, porque, al ser el primero que propuso el misterio de *Christos*, contribuyó más que nadie a sus doctrinas fundamentales. Jesús reveló a Sus discípulos que el mundo inferior está sometido al control de un gran ser espiritual que lo había creado según la voluntad del Padre Eterno. La mente de aquel gran ángel era, al mismo tiempo, la mente del mundo y también la mente terrenal. Y para que los hombres no murieran de mundanidad, el Padre Eterno envió a la creación al mayor y

más exaltado de Sus poderes: la Mente Divina, que Se ofreció como sacrificio viviente y fue partida y comida por el mundo. Después de entregar Su espíritu y Su cuerpo en una cena secreta y sagrada a las doce clases de criaturas racionales, aquella Mente Divina pasó a formar parte de todas las cosas vivas, con lo cual el hombre pudo usar su poder como puente para pasar y alcanzar la inmortalidad. Quien elevaba su alma a aquella Mente Divina y la servía era recto y, después de alcanzar la rectitud, liberaba su Mente Divina, que, entonces, regresaba, gloriosa, a Su propia fuente divina. Y como Él les había llevado aquel conocimiento, los discípulos se dijeron los unos a los otros: «¡Él Mismo es esta Mente personificada!».

El ciclo artúrico y la leyenda del Santo Grial

Según la leyenda, el cuerpo del *Christos* (la ley espiritual) fue entregado a la custodia de dos hombres, a los cuales los Evangelios apenas mencionan. Eran Nicodemo y José de Arimatea, dos personas devotas que, aunque no figuraban entre los discípulos o apóstoles del *Christos*, fueron elegidos entre todos los demás para ser custodios de Sus restos sagrados. José de Arimatea era uno de los hermanos iniciados y A. E. Waite, en *A New Encyclopaedia of Freemasonry*, lo llama «el primer obispo de la cristiandad». Así como el poder temporal (o visible) de la Santa Sede fue establecido por san Pedro (?), el conjunto espiritual de la fe fue confiado a la «Iglesia Secreta del Santo Grial» mediante una sucesión apostólica que comienza con José de Arimatea, a quien se encomendaron los símbolos permanentes de la alianza: la copa siempre llena y la lanza ensangrentada.

Se supone que obedeciendo las órdenes de san Felipe, José de Arimatea llegó, con las reliquias sagradas y después de muchos y diversos contratiempos, a Gran Bretaña, donde se le adjudicó un lugar para que levantara una iglesia y así fue como se fundó la abadía de Glastonbury. José clavó en tierra su báculo, que echó raíces y llegó a convertirse en un espino milagroso que florecía dos veces por año y actualmente recibe el nombre de espino de Glastonbury. Se desconoce cómo acabó la vida de José de Arimatea: algunos creen que, al igual que Enoch, fue trasladado al cielo; otros, que fue enterrado en la abadía de Glastonbury. En numerosas ocasiones se ha tratado de encontrar el Santo Grial, que —según creen muchos— está escondido en una cripta situa-

da debajo de la antigua abadía. Recientemente se ha hallado un cáliz en Glastonbury y los devotos pensaron que podía ser el Santo Grial original, pero ningún investigador crítico puede aceptarlo como auténtico. A pesar del interés que despierta como reliquia, este, como el famoso cáliz de Antioquía, en realidad no demuestra nada, si caemos en la cuenta de que hace dieciocho siglos casi no se sabía mucho más que ahora acerca de los Misterios cristianos.

El origen del mito del Grial, como el de casi cualquier otro elemento del gran drama, resulta curiosamente esquivo. Se le puede encontrar bastante fundamento en el folclore de las islas británicas, que contiene numerosos relatos sobre calderos, ollas, copas y cuernos para beber mágicos. Las leyendas más antiguas sobre el Grial describen la copa como un verdadero cuerno de la abundancia, cuyo contenido era inagotable, de modo que quienes se ocupaban de él jamás pasaban hambre ni sed. Según una versión, por muy enferma que estuviera una persona, no moriría hasta después de pasados ocho días desde que viera la copa. Algunos expertos creen que el Santo Grial sirvió para perpetuar la copa sagrada que se usaba en los ritos de Adonis y de Atis. Varios de los Misterios antiguos utilizaban una copa o cáliz de comunión y con frecuencia se representaba al dios Baco con forma de jarrón, copa o de algún otro recipiente grande. En el culto a la naturaleza, el Grial siempre lleno representa la munificencia de la cosecha, gracias a la cual se conserva la vida del hombre; como la jarra sin fondo de Mercurio, es la fuente inagotable de recursos naturales. A partir de las pruebas disponibles, sería, sin duda, un error atribuir un origen puramente cristiano al simbolismo del Grial.

En el ciclo artúrico aparece una figura extraña y misteriosa: el mago Merlín. En una de las leyendas que circulan sobre él se dice que, cuando Jesús fue enviado para liberar al mundo de la esclavitud del mal, el Adversario decidió enviar a un Anticristo para anular Su labor. Entonces el demonio, en la forma de un dragón espantoso, cubrió a una joven que se había refugiado en un santuario para huir del mal que había destruido a su familia. Su hijo, Merlín, participaba de las características de su madre humana y de su padre demoníaco, pero, en lugar de servir a los poderes de la oscuridad, se convirtió a la verdadera luz y conservó tan solo dos de los poderes sobrenaturales que heredó de su padre: la profecía y el poder de hacer milagros. En realidad, la historia del padre infernal de Merlín se debe considerar una alusión alegórica al hecho de que era el «hijo filosófico» de la ser-

piente o el dragón, un título que se aplicaba a todos los iniciados en los Misterios, que de esta manera reconocen a la naturaleza como madre mortal y a la sabiduría, en forma de serpiente o de dragón, como padre inmortal. Confundir el dragón y la serpiente con los poderes del mal ha sido una consecuencia inevitable de una interpretación errónea de los primeros capítulos del Génesis.

Cuando Arturo era niño, lo pusieron al cuidado del mago Merlín, que, en su juventud, le enseñó la doctrina secreta y probablemente lo inició en los secretos más profundos de la magia natural. Con la ayuda de Merlín, Arturo llegó a ser el general más destacado de Britania, una alta dignidad que se ha confundido con el título de rey. Cuando Arturo extrajo del yunque la espada de Branstock y estableció así su derecho divino al liderazgo, Merlín lo ayudó de nuevo para conseguir que la Dama del Lago le entregara la espada sagrada, Excalibur. Después de la creación de la Mesa Redonda y habiendo cumplido su deber, Merlín desapareció: según una versión, se desvaneció en el aire, donde sigue existiendo como una sombra que se comunica cuando quiere con los mortales; según otra versión, se retiró voluntariamente a una gran cámara de piedra, que cerró por dentro.

Resulta razonablemente cierto que muchas leyendas con respecto a Carlomagno se asociaron después con Arturo, famoso sobre todo por el establecimiento de la Orden de la Mesa Redonda en Winchester. No disponemos de información fiable sobre las ceremonias y los rituales de iniciación de la Mesa Redonda. Algunos dicen que la Mesa tenía el poder de expandirse o contraerse para que pudieran sentarse a su alrededor quince o mil quinientas personas, según lo que fuera necesario. Según las versiones más comunes, la cantidad de caballeros que podían sentarse a la vez a la Mesa Redonda eran doce o veinticuatro. Los doce representaban los signos del Zodíaco y también los apóstoles de Jesús. En la silla de cada caballero estaba grabado su nombre y también su escudo de armas. Cuando aparecen veinticuatro hombres sentados a la Mesa, cada uno de los doce signos del Zodíaco se divide en dos partes —una clara y otra oscura— para representar la fase nocturna y la diurna de cada signo. Como cada signo del Zodíaco asciende durante dos horas cada día, los veinticuatro caballeros representan las horas, los veinticuatro ancianos delante del trono en el Apocalipsis y las veinticuatro divinidades persas que representan los espíritus de las divisiones del día. En el centro de la Mesa estaba la rosa que simbolizaba la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo y también la resurrección, porque Él

resucitó de entre los muertos.* También había un asiento misterioso que estaba vacío, llamado el «asiento peligroso», en el cual solo podía sentarse quien hubiese hallado el Santo Grial.

En la personalidad de Arturo se encuentra una forma nueva del mito cósmico siempre recurrente. El príncipe de Britania es el sol, sus caballeros son el Zodíaco y su espada flamígera puede ser el rayo del sol con el cual se enfrenta y vence a los dragones de la oscuridad o puede representar el eje de la tierra. La Mesa Redonda de Arturo es el universo; el «asiento peligroso» es el trono del hombre perfecto. En su sentido terrenal, Arturo fue el Gran Maestro de una hermandad cristiano-masónica de filósofos místicos que se llamaban a sí mismos caballeros. Arturo recibió la posición elevada de Gran Maestro de aquellos caballeros, porque había logrado extraer la espada (el espíritu) del yunque de los metales de baja ley (su naturaleza inferior). Como pasa siempre, el Arturo histórico no tardó en confundirse con las alegorías y los mitos de su orden hasta que, en la actualidad, resulta imposible separarlos. Tras la muerte de Arturo en el campo de batalla de Kamblan, sus Misterios se interrumpieron y, esotéricamente, se lo llevaron en una barcaza negra, según la hermosa descripción que hace Tennyson en *La muerte de Arturo*. La gran espada, Excalibur, volvió a ser arrojada a las aguas de la eternidad: todo esto es un retrato vívido del descenso de la noche cósmica al final del día de la manifestación universal. Es probable que el cuerpo del Arturo histórico fuese enterrado en la abadía de Glastonbury, un edificio que se identifica mucho con los ritos místicos tanto del Grial como del ciclo artúrico.

Sin duda, los rosacruces medievales poseían el verdadero secreto del ciclo artúrico y de la leyenda del Grial, ya que su orden incorporaba buena parte de aquel simbolismo. A pesar de ser la clave más evidente del misterio del *Christos*, la leyenda del Grial es la que menos se ha tenido en cuenta.

---

* En inglés, «rosa» se dice *rose* y esta palabra también es el pasado del verbo *to rise*, que significa «resucitar»: por eso, en inglés la rosa puede representar la resurrección. *(N. de la T.)*

XLII

La cruz y la crucifixión en el misticismo pagano y el cristiano

Una de las leyendas más interesantes con respecto a la cruz es la que se conserva en *La leyenda dorada*, de Jacobo de la Vorágine. Cuenta la historia que, cuando Adán se dio cuenta de que se acercaba al final de su vida, suplicó a su hijo Set que fuera en peregrinación al Jardín del Edén y pidiera al ángel que custodiaba la entrada el aceite de la misericordia que Dios había prometido a la humanidad. Set no sabía llegar, pero su padre le indicó que quedaba hacia el Este y que no le costaría encontrar el camino, porque, después de que Eva y él fueran expulsados del Jardín del Señor, no había vuelto a crecer la hierba en el sendero que sus pies habían hollado.

Siguiendo las indicaciones de su padre, a Set no le costó llegar al Jardín del Edén. El ángel que custodiaba la entrada lo dejó entrar y, en medio del jardín, Set vio un árbol enorme, cuyas ramas llegaban hasta el cielo. El árbol tenía forma de cruz y estaba al borde de un precipicio que descendía hasta las profundidades del Averno. Las raíces entrelazadas de aquel árbol mantenían prisionero el cuerpo de su hermano Caín. El ángel no quiso darle el aceite de la misericordia, pero, en cambio, le entregó tres semillas del árbol de la Vida (algunos dicen que eran del árbol del Conocimiento). Set regresó con ellas junto a su padre, que se puso tan contento que ya no quiso vivir más y a los tres días murió; entonces le pusieron las tres semillas en la boca, como había dicho el ángel. Las semillas se convirtieron en un árbol joven con tres troncos en uno, que absorbió la sangre de Adán, de modo que la vida de Adán estaba en el árbol. Noé arrancó aquel árbol de raíz y lo llevó consigo en el arca. Cuando las aguas bajaron, enterró la cabeza de Adán bajo el monte Calvario y plantó el árbol en la cima del monte Líbano.



DE *HISTORY OF THE HOLY CROSS* DE BERJEAU

LA HISTORIA DE LA SANTA CRUZ

1) Adán indica a Set la manera de llegar al Jardín del Edén. 2) Set pone las tres semillas del árbol de la Vida debajo de la lengua del difunto Adán. 3) La reina de Saba se niega a poner los pies sobre el árbol sagrado y prefiere vadear el río. 4) Colocación del árbol sagrado sobre la puerta del Templo de Salomón. 5) Crucifixión de Cristo en una cruz fabricada con la madera del árbol sagrado. 6) Para distinguir la cruz auténtica de las otras dos, se prueba su poder para resucitar un cadáver.

Moisés vio a un ser utópico en medio de aquel árbol (la zarza ardiente) y cortó de él la vara mágica con la cual podía extraer agua de las piedras, pero, como no invocó al Señor la segunda vez que golpeó la piedra, no se le permitió llegar con el báculo sagrado hasta la Tierra Prometida, de modo que lo plantó en la meseta de Moab. Después de buscarlo mucho, el rey David encontró el árbol y su hijo, Salomón, trató de usarlo para hacer una columna de su templo, pero sus carpinteros no pudieron cortarlo del tamaño necesario: quedaba demasiado largo o demasiado corto. Al final, indignados, lo dejaron de lado y lo usaron para hacer un puente que comunicara Jerusalén con las montañas cir-

cundantes. Cuando la reina de Saba fue a visitar al rey Salomón, tendría que haber atravesado aquel puente, pero ella, al ver el árbol, se negó a ponerle el pie encima y, después de arrodillarse y rezar, se quitó las sandalias y vadeó el río. Esto impresionó tanto al rey Salomón que ordenó que cubrieran el leño de placas de oro y lo pusieran encima de la puerta de su templo, donde permaneció hasta que su nieto codicioso robó el oro y enterró el árbol, para que no lo descubrieran.

De la tierra en la que fue enterrado el árbol no tardó en brotar un pozo de agua, llamado Bethesda, al que acudían a curarse los enfermos de toda Siria. El ángel del pozo se convirtió en el guardián del árbol y nadie reparó en él durante muchos años, hasta que al final el leño flotó hasta la superficie y volvió a ser usado como puente, en aquella ocasión entre el Calvario y Jerusalén, y por él pasó Jesús para ser crucificado. Como no había leña en el Calvario, cortaron el árbol en dos partes para fabricar la cruz en la que fue crucificado el Hijo del Hombre. Se colocó la cruz en el lugar exacto en el que había sido enterrada la cabeza de Adán. Posteriormente, cuando la emperatriz Helena descubrió la cruz, resultó que estaba hecha con cuatro variedades distintas de madera procedentes de un mismo árbol —en representación de los elementos— y a partir de entonces la cruz siguió curando a todos los enfermos a los que se permitió tocarla.

Cualquier investigación —hasta la más superficial— sobre el lugar correspondiente a la cruz en el simbolismo religioso desmiente la idea frecuente de que el mundo cristiano era el único que la veneraba. Los primeros cristianos usaron todos los medios posibles para ocultar el origen pagano de sus símbolos, sus doctrinas y sus rituales y destruyeron los libros sagrados de los pueblos entre los cuales se establecieron o los volvieron inaccesibles para los estudiosos de la filosofía comparativa, pensando —aparentemente— que así podrían eliminar toda constancia del origen precristiano de sus doctrinas. En algunos casos alteraron los escritos de diversos autores antiguos, suprimieron pasajes comprometedores o intercalaron textos que no tenían nada que ver. El pasaje supuestamente espurio de Flavio Josefo con respecto a Jesús es uno de los ejemplos que se aducen como ejemplo de esta tendencia.

Las bibliotecas perdidas de Alejandría

Antes de la era cristiana, setecientos mil de los libros más valiosos, escritos en pergamino, papiro, vitela y cera y también en tablillas de pie-

dra, barro cocido y madera se habían recogido de todas partes del mundo antiguo y se almacenaban en Alejandría, en edificios preparados especialmente para tal fin. Aquel depósito magnífico de conocimiento fue destruido por tres incendios sucesivos. Las partes que se libraron de la conflagración iniciada por César para destruir la flota anclada en el puerto fueron destruidas alrededor del año 389 por los cristianos, en obediencia al edicto de Teodosio, que había ordenado destruir el Serapeum, un edificio consagrado a Serapis, en el cual se conservaban los volúmenes. Se supone que aquella conflagración destruyó la biblioteca que Marco Antonio había regalado a Cleopatra para compensarla en parte por la que había ardido en el incendio del año 51.

A este respecto, H. P. Blavatsky, en su *Isis sin velo*, escribió lo siguiente: «Dicen [los rabinos de Palestina y los sabios] que, contrariamente a lo que se suele creer, no fueron destruidos todos los rollos ni los manuscritos que, según la historia, fueron quemados por César, la turba cristiana en el 389 ni el general árabe Amru; por el contrario, la historia que relatan es la siguiente: cuando en el año 51 a. de C. se disputaban el trono Cleopatra y su hermano Ptolomeo Dionisio, se estaban haciendo reparaciones en la Bruckion, que contenía más de setecientos mil rollos envueltos en madera y pergamino ignífugo, y buena parte de los manuscritos originales, considerados los más valiosos y que no estaban repetidos, se guardaron en la casa de uno de los bibliotecarios. [...] Transcurrieron varias horas entre el incendio de la flota, que comenzó por orden de César, y el momento en que se prendió fuego el primer edificio cercano al puerto y [...] los bibliotecarios, con ayuda de varios centenares de esclavos pertenecientes al museo, consiguieron salvar los rollos más valiosos». Es muy probable que los libros que se salvaron estén enterrados en Egipto o en India y, hasta que sean descubiertos, el mundo moderno debe seguir sumido en la ignorancia acerca de muchas grandes verdades filosóficas y místicas. El mundo antiguo conocía mejor aquellos eslabones perdidos: la continuidad de los Misterios paganos en el cristianismo.

La cruz en el simbolismo pagano

En su artículo sobre la cruz y la crucifixión publicado en la *Enciclopedia Británica*, Thomas Macall Fallow arroja mucha luz sobre la antigüedad de este ideograma. «Es probable que el uso de la cruz como símbo-

lo religioso en tiempos precristianos y entre los pueblos no cristianos se considerara algo casi universal y en muchos casos estaba relacionado con alguna forma de culto a la naturaleza.»

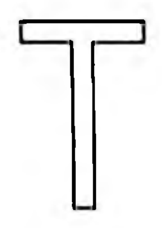
La cruz no solo es un objeto familiar en el arte de todas las naciones, sino que su veneración es una parte fundamental de la vida religiosa de la mayor parte de la humanidad. Es un símbolo corriente entre los indios americanos, en el norte, el centro y el sur del continente. William W. Seymour afirma lo siguiente: «La diosa azteca de la lluvia llevaba una cruz en la mano y, según los toltecas, su divinidad, Quetzalcóatl, les enseñó la señal y el ritual de la cruz y por eso la vara o cetro que utilizaba como símbolo de poder parecía un báculo y su manto estaba cubierto de cruces rojas». (*The Cross in Tradition, History and Art.*)

También veneran mucho la cruz los japoneses y los chinos. Para los pitagóricos, el número más sagrado era el diez, cuyo símbolo es una X, o cruz. Tanto en chino como en japonés, el carácter correspondiente al número diez es una cruz. La rueda de la vida budista está compuesta por dos cruces superpuestas y sus ocho puntas se conservan aún en el cristianismo en la forma peculiar de la cruz de los Caballeros Templarios, que es esencialmente budista. India ha preservado la cruz no solo en sus esculturas y sus pinturas, sino también en su arquitectura: muchos de sus templos —como las iglesias y las catedrales del cristianismo— se levantan sobre cimientos cruciformes.

En los mandalas tibetanos, el cielo tiene forma de cruz, con un rey demonio en cada una de sus cuatro puertas. Una cruz excepcional de gran antigüedad se descubrió en las cuevas de la isla Elephanta, en el puerto de Bombay. Varios tipos de cruces eran motivos frecuentes en el arte de Caldea, Fenicia, Egipto y Asiria. A los iniciados en los misterios eleusinos de Grecia les daban una cruz, que se colgaban en torno al cuello en una cadena o cuerda en el momento de su iniciación. Para los rosacruces, los alquimistas y los Iluminados, la cruz era el símbolo de la luz, porque cada una de las tres letras, L V X, deriva de una parte de la cruz.

La cruz de Tau

Hay tres formas distintas de cruces. La primera es la llamada Tau, aunque sería mejor decirle Tav. Se parece mucho a la letra te moderna y consiste en una barra horizontal apoyada en una columna vertical, con los dos brazos del mismo largo. Un roble talado a



LA CRUZ DE TAU
La cruz de Tau fue la señal que, segun cuenta el profeta Ezequiel, el pueblo de Jerusalén se marcó en la frente a petición del Señor. Tambien se ponía como símbolo de liberacion en aquellos acusados de cometer delitos cuando eran absueltos

algo más de un metro del suelo y con la parte superior dispuesta encima de la inferior de esta forma era el símbolo del dios druida Hu. Se sospecha que este símbolo se originó entre los egipcios como la extensión de los cuernos de un toro o un carnero (Tauro o Aries) y la línea vertical de su cara. A veces la llaman cruz de martillo, porque, si se sujeta por la base vertical, parece un mazo o martillo. En una de las leyendas masónicas cabalísticas, su antepasado Túbal Caín entrega a Juram Abí un martillo con la forma de una Tau. La cruz de Tau se conserva en la masonería moderna en el símbolo de la regla en forma de te. Aparentemente, es la forma de cruz más antigua que existe.

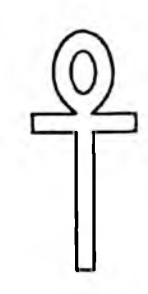
La cruz de Tau se inscribía en la frente de todas las personas que eran admitidas en los misterios mitraicos. Cuando se iniciaba a un rey en los Misterios egipcios, se le ponía el Tau en los labios. En algunos de los misterios de los indios americanos, se tatuaba la cruz en el cuerpo de los candidatos. Para los cabalistas, la Tau representaba el cielo y la *tetractys* pitagórica. El caduceo de Hermes derivaba de la cruz de Tau. (Véase Albert Pike.)

La cruz ansada

El segundo tipo de cruz era la cruz en forma de te o Tau con un círculo encima, a menudo escorzado para formar un óvalo vertical. Los antiguos la llamaban *crux ansata*, o cruz ansada, o cruz de la vida. Era la llave de los Misterios de la Antigüedad y es probable que diera origen a la historia más moderna de la llave de oro del cielo que llevaba san Pedro. En los Misterios egipcios, el candidato pasaba realmente por todas las formas de peligros imaginarios mientras sujetaba por encima de su cabeza la cruz ansada, ante la cual los poderes de la oscuridad caían avergonzados. Se recordaban al estudioso las palabras *in hoc signo vinces*. La forma de Tau de la cruz no es muy diferente del sello de Venus, como ha hecho notar Richard Payne Knight, que afirma lo siguiente: «La cruz con esta forma se observa a veces en monedas y se encontraron muchas de ellas en un templo de Serapis [el Serapeum] que fue demolido cuando el emperador Teodosio ordenó la destrucción de todos

los edificios de este tipo; según los anticuarios cristianos de aquella época, representaba la vida futura».

Augustus Le Plongeon, en *Los misterios sagrados entre los mayas y quichés hace 11 500 años*, observa que la cruz ansada, a la que él llama «la llave del Nilo» y «el símbolo de los símbolos», ya sea en su forma completa o simplemente como cruz de Tau, aparecía como adorno en el pecho de las estatuas y los bajorrelieves de Palenque, Copán y por toda América Central y destaca que siempre se asociaba con el agua; que para los babilonios era el emblema de los dioses del agua; para los escandinavos, el del cielo y la inmortalidad, y, para los mayas, el del rejuvenecimiento y la liberación del sufrimiento físico.



LA CRUZ ANSADA
Tanto la cruz como el círculo eran símbolos fálicos, porque el mundo antiguo veneraba la capacidad generadora de la Naturaleza como expresión de los atributos creativos de la divinidad. La cruz ansada, que combina el Tau masculino con el óvalo femenino, era un ejemplo de los principios de la generación.

Con respecto a relacionar este símbolo con las aguas de la vida, el conde Goblet d'Alviella, en *The Migration of Symbols*, destaca que los antiguos egipcios usaban un instrumento parecido a la cruz ansada, llamado nilómetro, para medir y regular las inundaciones del río Nilo. Es probable que debido a esta relación con el Nilo se lo considerase símbolo de vida, porque Egipto dependía por completo de las crecidas del río para obtener la irrigación necesaria para garantizar suficientes cosechas. En los rollos de papiro, la cruz ansada aparece saliendo de la boca de los faraones egipcios cuando perdonaban a los enemigos y era enterrada con ellos para representar la inmortalidad del alma. La llevaban muchos dioses y, aparentemente, era un símbolo de su benevolencia divina y su poder vivificador. El Museo de El Cairo contiene una colección magnífica de cruces de muchas formas, tamaños y diseños, lo que demuestra que era un símbolo común entre los egipcios.

La cruz católica latina y la griega

La tercera forma de cruz es la conocida de tipo latino o griego, muy asociada con la crucifixión de Jesucristo, aunque no es probable que se usara una cruz parecida a la forma moderna que resulta más familiar. Hay infinitas variedades de cruces, que difieren en las proporciones relativas entre la parte vertical y la horizontal. Entre las órdenes secretas de distintas generaciones, encontramos cruces complejas, como la triple

Tau del Arco Real de la masonería y las cruces dobles o triples, tanto en el simbolismo masónico como en el católico.

Para los cristianos, la cruz tiene un doble significado: en primer lugar, es el símbolo de la muerte de su Redentor, cuyo martirio lo hace partícipe de la gloria de Dios; en segundo lugar, es el símbolo de la humildad, la paciencia y los padecimientos de la vida. Resulta interesante que la cruz sea, al mismo tiempo, símbolo de la vida y de la muerte. Muchas naciones consideraban en profundidad el aspecto astronómico de la religión y es probable que los persas, los griegos y los hindúes vieran en la cruz un símbolo de los equinoccios y los solsticios, convencidos de que, en determinadas épocas del año, el sol era crucificado simbólicamente en aquellos ángulos celestes imaginarios.

El hecho de que tantas naciones hayan considerado a su Salvador una personificación del globo solar constituye una prueba convincente de que la cruz debía de existir como elemento astronómico en la alegoría pagana. Augustus Le Plongeon creía que se veneraba la cruz en parte debido a la salida de una constelación llamada la Cruz del Sur, que se producía justo antes de las lluvias anuales y, como los habitantes de aquellas latitudes dependían por completo de las lluvias para producir sus cosechas, para ellos la cruz era una promesa anual de que se aproximaban las tormentas, que, en su caso, significaban la vida.

Tanto para la filosofía antigua como para la ciencia moderna, existen cuatro elementos básicos, que los antiguos representaban mediante los cuatro brazos de la cruz, y en el extremo de cada brazo colocaban una criatura cabalística misteriosa, como símbolo del poder de uno de aquellos elementos. Por consiguiente, simbolizaban los elementos de la tierra mediante un toro; los del agua, con un escorpión, una serpiente o un águila; los del fuego, con un león, y los del aire, con una cabeza humana rodeada de alas. Resulta significativo que las cuatro letras grabadas en pergamino —algunos dicen que era madera— y colgadas en la parte superior de la cruz en el momento de la crucifixión fueran las iniciales de las palabras hebreas que representan los cuatro elementos: «*iammin*, el mar o el agua; *nour*, el fuego; *rouach*, el aire, y *iebeschah*, la tierra seca». (Véase *Moral y dogma del rito escocés antiguo y aceptado*, de Albert Pike.)

Que pudiera formarse una cruz abriendo o desplegando las superficies de un cubo ha hecho que dicho símbolo se asociara con la tierra. Aunque hace tiempo que una cruz dentro de un círculo se considera un símbolo del planeta Tierra, en realidad habría que considerarlo el sím-

bolo del elemento complejo tierra, porque está compuesto por los cuatro triángulos de los elementos. Durante miles de años se ha identificado la cruz con el plan de salvación de la humanidad. Los elementos —sal, azufre, mercurio y *azoth*— que se usan en alquimia para obtener la piedra filosofal a menudo se simbolizaban mediante una cruz. La cruz de los cuatro puntos cardinales también tenía su importancia secreta y todavía van grupos masónicos de tres personas a los cuatro puntos cardinales en busca de la Palabra Perdida.

El material con el que estaba hecha la cruz se consideraba un elemento fundamental de su simbolismo. Por ejemplo, una cruz de oro representaba la iluminación; una cruz de plata, la purificación; una de metales de baja ley, la humillación; una cruz de madera, la aspiración. El hecho de que muchas naciones tuvieran la costumbre de extender los brazos para orar ha influido en el simbolismo de la cruz, que, por su forma, ha llegado a convertirse en emblema del cuerpo humano. Se considera que las cuatro divisiones principales del cuerpo humano —los huesos, los músculos, los nervios y las arterias— han contribuido al simbolismo de la cruz; esto se debe especialmente a que los nervios espinales se cruzan en la base de la columna y nos recuerda que «Nuestro Señor fue crucificado también en Egipto».

El hombre posee cuatro vehículos (o medios) de expresión mediante los cuales el Ego espiritual se pone en contacto con el universo externo: la naturaleza física, la naturaleza vital, la naturaleza emocional y la naturaleza mental. Cada una de ellas es partícipe, en principio, de uno de los elementos primarios y, gracias a las cuatro criaturas que les habían asignado los cabalistas, la cruz era un símbolo del carácter compuesto del ser humano.

La crucifixión como alegoría cósmica

Un sinfín de redentores han muerto por los pecados del hombre y en sus manos y, mediante su muerte, han intercedido en el cielo por el alma de sus verdugos. El martirio del hombre Dios y la redención del mundo mediante Su sangre han sido un principio esencial de muchas grandes religiones. Casi todas estas historias se remontan al culto al sol, porque la esfera gloriosa del día es el Salvador que muere todos los años por todas las criaturas de su universo, pero año tras año vuelve a levantarse victorioso de la tumba del invierno. Sin duda, la doctrina de

la crucifixión se basa en las tradiciones secretas de la Sabiduría Antigua: nos recuerda siempre que la naturaleza divina del hombre se crucifica a perpetuidad sobre el organismo animal. Algunos de los Misterios paganos incluían en la ceremonia de iniciación la crucifixión del candidato en una cruz o la colocación del cuerpo sobre un altar cruciforme. Se ha dicho que Apolonio de Tiana (el Anticristo) fue iniciado en el arcano de Egipto en la Gran Pirámide, donde estuvo colgado en una cruz hasta que quedó inconsciente y a continuación lo pusieron en la tumba (un cofre) durante tres días. Se suponía que, mientras su cuerpo estaba inconsciente, su alma pasaba al reino de los inmortales (el lugar de la muerte) y, después de vencer a la muerte (reconociendo que la vida es eterna), regresaba otra vez al cuerpo, que entonces salía del cofre, tras lo cual los sacerdotes lo reconocían como hermano, convencidos de que regresaba de la tierra de los muertos. Aquel concepto era, en esencia, la enseñanza de los Misterios.

Los salvadores crucificados

La lista de mortales inmortales que padecieron para que el hombre recibiera el beneficio de la vida eterna es impresionante. Algunos de los que están relacionados histórica o alegóricamente con la crucifixión son Prometeo, Adonis, Apolo, Atis, Baco, Buda, Christna, Horus, Indra, Ixión, Mitra, Osiris, Pitágoras, Quetzalcóatl, Semíramis y Júpiter. Según los relatos fragmentarios que existen, todos estos héroes dieron la vida para servir a la humanidad y, salvo una o dos excepciones, murieron como mártires por la causa del progreso humano. De muchas maneras misteriosas, la forma en que murieron se ha ocultado intencionadamente, aunque es posible que la mayoría de ellos murieran crucificados en una cruz o en un árbol. El primer amigo del hombre, el inmortal Prometeo, fue crucificado en la cima del monte Cáucaso y le pusieron un buitre sobre el hígado para que lo atormentara durante toda la eternidad, destrozándole la carne con sus garras. Prometeo desobedeció el mandato de Zeus al dar a los hombres el fuego y la inmortalidad, conque sufrió por los hombres hasta que Hércules lo liberó de tantos años de tormento.

Con respecto a la crucifixión del Mitra persa, J. P. Lundy ha escrito lo siguiente: «Dupuis nos cuenta que Mitra murió crucificado y resucitó el 25 de marzo. En los Misterios persas se presentaba el cuerpo de un

joven, en apariencia muerto, y se simulaba que se le devolvía la vida. Se creía que, con sus sufrimientos, conseguía su salvación y por eso lo llamaban su Salvador. Sus sacerdotes vigilaban su tumba hasta la medianoche de la víspera del 25 de marzo, con fuertes gritos y a oscuras: de pronto, todo se llenaba de luz y los sacerdotes exclamaban: "Regocijaos, sagrados iniciados, porque vuestro Dios ha resucitado. Gracias a su muerte, sus dolores y su sufrimiento, habéis conseguido la salvación"». (Véase *Monumental Christianity*.)

En algunos casos, como el de Buda, el mito de la crucifixión se debe tomar en un sentido más alegórico que literal, porque la forma en que murió ha sido registrada por sus propios discípulos en el *Libro de la Gran Extinción de Gotama el Buddha*. No obstante, el mero hecho de que la referencia simbólica a morir en un árbol se asocie con estos héroes basta para demostrar la universalidad de la historia de la crucifixión.

El equivalente a Cristo en las Indias Orientales es el inmortal Christna, que se sentaba en el bosque a tocar la flauta y encantaba a las aves y las bestias con su música. Se supone que este Salvador de la humanidad de inspiración divina fue crucificado en un árbol por sus enemigos, aunque se ha puesto mucho empeño en destruir todas las pruebas que apuntaban en esa dirección. En su libro *La Biblia en la India*, Louis Jacolliot describe la muerte de Christna con estas palabras: «Christna supo que le había llegado la hora de dejar la tierra y regresar al seno de aquel que lo había enviado. Un día fue a hacer sus abluciones a orillas del Ganges y prohibió a sus discípulos que lo siguieran. [...] Cuando llegó al río sagrado, se sumergió en él tres veces y a continuación se arrodilló y, mirando al cielo, oró esperando la muerte. Así estaba cuando lo atravesaron las flechas de alguien cuyos crímenes había revelado y que, al enterarse de que había ido al Ganges, lo siguió con una muchedumbre, dispuesto a asesinarlo. [...] El asesino colgó el cuerpo del hombre Dios de las ramas de un árbol, para que fuera presa de los buitres. Cuando se difundió la noticia de su muerte, llegó una multitud conducida por Arjuna, el discípulo favorito de Christna, para recuperar los restos sagrados. Sin embargo, el cuerpo mortal del redentor había desaparecido —sin duda, había llegado a su morada celestial— [...] y el árbol en el que había estado colgado de pronto se había cubierto de gran cantidad de flores rojas y esparcía a su alrededor un perfume dulcísimo». Según otras versiones de la muerte de Christna, antes de lanzarle las flechas lo ataron a un árbol con forma de cruz.

La existencia en *The Hindu Pantheon* de Moor de una ilustración de Christna con heridas de clavos en las manos y los pies y en *Ancient Faiths Embodied in Ancient Names* de Inman de una ilustración en la que aparece una divinidad oriental con lo que bien podría ser un agujero de un clavo en uno de los pies debería ser un motivo suficiente para seguir investigando sobre este tema con toda imparcialidad. Con respecto a los descubrimientos sorprendentes que se pueden hacer en tal sentido, J. P. Lundy, en su *Monumental Christianity*, presenta la siguiente información: «¿De dónde sacaron los persas la idea de esta profecía interpretada así con respecto a Cristo y su misericordia y su amor salvadores desplegados en la cruz? Tanto mediante símbolos como por el crucifijo en sí, lo vemos en todos sus monumentos. Si procedía de India, ¿cómo llegó hasta allí, si no es por el centro común y original de toda religión primitiva y pura? Hay una ilustración de lo más extraordinaria sobre todo el tema y creo que esta representación es anterior al cristianismo. Está copiada de *The Hindu Pantheon* de Moor, no como curiosidad, sino como un monumento muy singular de la crucifixión. No me atrevo a ponerle un nombre, si no es el de crucifixión en el espacio. [...] ¿Puede ser el hombre víctima o el sacerdote y la víctima, los dos en uno, de la mitología hindú, que se ofreció a sí mismo un sacrificio antes de que los mundos existieran? ¿Puede ser el segundo Dios de Platón que se impresionó en el universo en forma de cruz? ¿O será su hombre divino al que azotarían, torturarían, atarían con grilletes, le quemarían los ojos y finalmente, después de hacerle sufrir toda suerte de tormentos, lo crucificarían? Platón aprendió lo que sabía de teología en Egipto y en Oriente y debió de enterarse de la crucifixión de Christna, Buda, Mitra [y otros]. En todo caso, la religión de India tuvo su víctima mítica crucificada mucho antes que el cristianismo, como un tipo del auténtico [*Pro Deo et Ecclesia!*], y me inclino a pensar que la tenemos en esta ilustración extraordinaria».

El mundo moderno tiene una actitud errónea con respecto a las llamadas divinidades paganas y las considera desde un punto de vista totalmente diferente de sus verdaderas características y significados. Las burlas y las difamaciones que el cristianismo acumuló en torno a Christna y Baco son ejemplos excelentes de la persecución a la que fueron sometidos los principios inmortales por parte de aquellos que no han comprendido en absoluto el significado secreto de las alegorías. ¿Quién era el hombre al que crucificaron en Grecia, acerca del cual han circulado rumores imprecisos? Higgins cree que fue Pitágoras y que los primeros autores cristianos ocultaron la verdadera historia de su muerte

porque estaba reñida con sus enseñanzas. ¿Sería cierto también que los legionarios romanos llevaban en el campo de batalla estandartes con cruces en las que aparecía crucificado el Hombre Solar?

La crucifixión de Quetzalcóatl

Uno de los más notables de los salvadores del mundo que fueron crucificados es el dios de los vientos, o del sol, de América Central, Quetzalcóatl, sobre cuyas actividades los sacerdotes indígenas de México y América Central mantenían un profundo secreto. Aparentemente, aquel inmortal insólito, cuyo nombre significa «serpiente emplumada», surgió del mar llevando consigo una cruz misteriosa. En sus vestiduras había nubes adornadas y cruces rojas. En su honor se pusieron grandes serpientes talladas en piedra en distintas partes de México.

La cruz de Quetzalcóatl se convirtió en un símbolo sagrado entre los mayas y, según los registros disponibles, a los ángeles de los indios mayas les pintaban cruces en la frente con distintos pigmentos y se po-



DE *ANTIQUITIES OF MEXICO* DE KINGSBOROUGH

LA CRUCIFIXIÓN DE QUETZALCÓATL
(DEL CÓDICE BORGIANO)
Lord Kingsborough escribe lo siguiente: «Acaso podemos no hacer referencia a la pagina 73 del manuscrito borgiano, que representa a Quetzalcoatl crucificado y, al mismo tiempo, como si estuviera troceado para el caldero, y, con la misma razon, preguntar si alguien puede no pensar que los judíos del Nuevo Mundo [lord Kingsborough pretendía demostrar que los mexicanos eran descendientes de los judíos] aplicaban a su Mesías no solo todas las profecías que aparecían en el Antiguo Testamento en relación con Cristo, sino también muchos de los episodios que constan acerca de él en los Evangelios».

nían cruces similares sobre los ojos de los iniciados en sus Misterios. Cuando Cortés llegó a México, llevaba consigo la cruz y, al verla, los indígenas creyeron que se trataba de Quetzalcóatl que regresaba, como había prometido a su pueblo que haría en el futuro para redimirlos.

En *Anacalypsis*, Godfrey Higgins arroja algo de luz sobre la cruz y su simbolismo en el continente americano: «Los incas tenían una cruz de mármol muy fino o de hermoso jaspe, muy pulida, de una sola pieza, de tres cuartos de codo de largo y tres dedos de ancho y de espesor. Se guardaba en la cámara secreta de un palacio y se le tenía mucha veneración. Los españoles enriquecieron aquella cruz con oro y joyas y la llevaron a la catedral de Cuzco. Los templos mexicanos tienen forma de cruz y están orientados hacia los cuatro puntos cardinales. En las pinturas del Códice Borgiano, Quetzalcóatl aparece clavado en la cruz. Algunas veces hasta aparecen los dos ladrones crucificados con él. En la ilustración 75 del segundo volumen, el dios aparece crucificado en los cielos, dentro de un círculo de diecinueve figuras: el número del ciclo metónico. Una serpiente lo está dejando sin los órganos reproductores. En el Códice Borgiano (páginas 4, 72, 73 y 75), el dios mexicano se representa crucificado y clavado en la cruz y en otro lugar, colgado de ella y con una cruz en las manos. En un solo caso, en el que la figura no es solo un esbozo, la cruz es roja, las ropas son de color y el rostro y las manos, casi negras. Si aquel era el cristianismo del alemán Nestorio, ¿cómo se le ocurrió enseñar que el salvador crucificado era negro? El nombre del Dios crucificado era Quetzalcóatl».

La crucifixión del Verbo en el espacio y la crucifixión de la paloma que suele aparecer en el simbolismo religioso: las dos nos recuerdan la influencia del paganismo. No cabe duda de que el hecho de que las alas extendidas de un ave formen una cruz con respecto a su cuerpo es uno de los motivos por los cuales los egipcios usaban un ave para representar la naturaleza inmortal del hombre; a menudo aparece revoloteando sobre el cuerpo momificado del difunto, llevando en una de sus garras el símbolo de la vida y en la otra, el símbolo del aliento.

Los clavos de la Pasión

Los tres clavos de la Pasión están presentes en el simbolismo de muchas razas y credos y existen numerosas leyendas con respecto a ellos. Una de ellas cuenta que al principio había cuatro clavos, pero que un

cabalista y mago hebreo hizo desaparecer uno de ellos cuando estaban a punto de atravesar con él el pie del Maestro y por eso fue necesario poner los pies cruzados. Según otra leyenda, uno de los clavos se clavó en una corona y sigue todavía como diadema imperial de una casa real europea. También se dice que el freno de la brida del caballo de Constantino era uno de los clavos de la Pasión. Sin embargo, es poco probable que los clavos fueran de hierro, porque en aquella época lo habitual era usar estaquillas de madera aguzadas. Hargrave Jennings, en su *Rosicrucians, Their Rites and Mysteries*, destaca que la marca o signo que se usaba en Inglaterra para indicar los bienes de la realeza consiste ni más ni menos que en el conjunto de los tres clavos de la crucifixión y que si unimos las tres puntas, se forma el símbolo antiguo de la cruz de Tau egipcia.

En su *Ancient Freemasonry*, Frank C. Higgins reproduce el mandil masónico de una figura de piedra colosal que hay en Quiriguá (Guatemala). El adorno que aparece en el centro del mandil son los tres clavos de la Pasión, dispuestos exactamente como la marca de posesión británica. Que fueran necesarios tres clavos para crucificar a Cristo, tres asesinos para matar a Juram Abí y tres heridas para dar muerte al príncipe Coh, el Osiris indígena mexicano, resulta significativo.

C. W. King, en *The Gnostics and Their Remains*, describe con estas palabras una gema gnóstica: «El *pléroma* gnóstico, o la combinación de todos los eones [se] expresa mediante el esbozo de un hombre con un rollo en la mano [...] La mano izquierda tiene la forma de tres puntas o clavos doblados y es, sin lugar a dudas, el mismo símbolo que Belo suele llevar en la mano extendida en los cilindros babilonios y que después descubrieron los cabalistas judíos en las puntas de la letra *shin* y los místicos medievales en los tres clavos de la cruz». A partir de aquel punto, Hargrave Jennings continúa las especulaciones de King y destaca la semejanza entre el clavo y el obelisco, o pilar, y que el valor cabalístico de la letra hebrea *shin*, o *sin*, es trescientos, es decir, cien por cada punta.

Los clavos de la Pasión son símbolos de suma importancia, sobre todo si tenemos en cuenta que, según los sistemas de cultura esotéricos, en las palmas de las manos y en las plantas de los pies hay algunos centros secretos de fuerza.

El hecho de clavar los clavos y la sangre y el agua que manaron de las heridas eran simbólicos de ciertas prácticas filosóficas secretas del templo. Muchas de las divinidades orientales tienen símbolos misteriosos en las manos y los pies. Las llamadas huellas de Buda se suelen

adornar con un sol espléndido en el punto en el cual el clavo perforó el pie de Cristo.

En sus apuntes sobre la teología de Jakob Böhme, el doctor Franz Hartmann resume con estas palabras el simbolismo místico de la crucifixión: «La cruz representa la vida terrenal y la corona de espinas, los sufrimientos del alma dentro del cuerpo elemental, pero también la victoria del espíritu sobre los elementos de la oscuridad. El cuerpo está desnudo, para indicar que el candidato a la inmortalidad debe despojarse de cualquier apego a lo terrenal. La figura está clavada a la cruz, lo cual simboliza la muerte y la renuncia a la propia voluntad y que no debe tratar de lograr nada por sí mismo, sino limitarse a servir como instrumento para cumplir la voluntad divina. Sobre la cabeza se inscriben las letras I. N. R. J., cuyo significado principal es *In Nobis Regnat Jesus* ("en nosotros reina Jesús"). Sin embargo, los únicos que pueden conocer este significado de la inscripción son los que han muerto de verdad con respecto al mundo de los deseos y se han elevado por encima de la tentación de la existencia personal, o, para decirlo con otras palabras, los que han cobrado vida en Cristo y aquellos en los que de este modo se ha establecido el reino de Jesús, el amor y la voluntad sagrados que surgen del corazón de Dios». Una de las interpretaciones de la alegoría de la crucifixión más interesantes es la que identifica al Jesús hombre con la conciencia personal del individuo. Esta conciencia personal es la que concibe la sensación de separación y hace hincapié en ella, pero, para que el alma del aspirante se pueda reunir con el Padre omnipresente, hay que sacrificar esta personalidad para poder liberar la conciencia universal.

XLIII

El misterio del Apocalipsis

La presencia del Templo de Diana en Éfeso indicaba que aquella ciudad era sagrada para la religión de los Misterios, porque las siete maravillas del mundo antiguo se levantaron para indicar lugares que eran depositarios de conocimientos abstrusos. Acerca de Éfeso, H. P. Blavatsky escribe lo siguiente:

> Era un centro de las doctrinas universales «secretas», el laboratorio misterioso en el cual, envuelta en la elegante fraseología griega, surgió la quintaesencia de la filosofía budista, zoroástrica y caldea. Artemisa, gigantesco símbolo concreto de las abstracciones teosófico-panteístas, la gran madre con muchos pechos, andrógina y patrona de los «escritos efesios», fue conquistada por Pablo, pero, aunque los celosos conversos de los apóstoles trataron de quemar todos sus libros sobre las «artes curiosas», ʽτα περιεργα, quedaron suficientes para que pudieran estudiarlos cuando se hubo enfriado su fervor inicial. (Véase *Isis sin velo.*)

Por ser un gran centro de aprendizaje pagano, Éfeso ha sido escenario de muchos de los primeros mitos cristianos. Se ha dicho que en esa ciudad tuvo su última residencia la Virgen María y también que allí estaba la tumba de san Juan Evangelista. Según la leyenda, san Juan no abandonó esta vida de la forma habitual, sino que eligió su cámara funeraria, entró en ella cuando aún estaba vivo, cerró la entrada tras él y así desapareció para siempre de la vista humana. En el antiguo Éfeso circulaba el rumor de que san Juan dormiría en su tumba hasta que regresara el Salvador y que, cuando el apóstol se daba la vuelta en su lecho sepulcral, la tierra que había encima se movía como el cobertor de una cama.



DE *THE WORKS OF JACOB BEHMEN*

EL TRONO DE DIOS Y DEL CORDERO

Delante del trono de Dios estaba el mar de cristal que representa el Schamayim, o las aguas vivas que están por encima de los cielos. Delante del trono había también cuatro criaturas: un toro, un león, un águila y un ser humano, que representaban las cuatro esquinas de la creación, y la multitud de ojos que los cubren son las estrellas del firmamento. Los veinticuatro ancianos tienen el mismo significado que los sacerdotes reunidos en torno a la estatua de Ceres en el Rito Eleusino Mayor y también los genios persas, o dioses de las horas del día, que se quitan la corona y glorifican al Santísimo. Como símbolo de las divisiones del tiempo, los ancianos adoran al espíritu eterno e imperecedero que aparece en medio de ellos.

Sometido a más críticas que ningún otro libro incorporado al Nuevo Testamento, el Apocalipsis —por lo general atribuido a san Juan Evangelista— es, con diferencia, el más importante pero menos conocido de los escritos gnósticos cristianos. Aunque según san Justino Mártir el Apocalipsis había sido escrito por «Juan, uno de los apóstoles de Cristo», ya se cuestionaba su autoría en el siglo II después de Cristo. En el siglo III aquellas controversias se agudizaron y hasta Dionisio de Alejandría y Eusebio se opusieron a la teoría juanina y declararon que tanto el Apocalipsis como el Evangelio según san Juan fueron escritos por un tal Cerinto, que utilizó el nombre del gran apóstol para que los cris-

tianos aceptaran mejor sus propias doctrinas. Posteriormente, san Jerónimo cuestionó la autoría del Apocalipsis y, durante la Reforma, Lutero y Erasmo hicieron resurgir sus objeciones. En la actualidad, los estudiosos más críticos no ven con buenos ojos la noción —en otra época generalmente aceptada— de que el Apocalipsis sea una manera de dejar constancia de una «experiencia mística» que le ocurrió a san Juan durante el exilio del profeta en la isla de Patmos. Por consiguiente, se han propuesto otras explicaciones para justificar el simbolismo que impregna el volumen y el motivo por el cual fue escrito. La más razonable de estas teorías se puede resumir de esta forma:

En primer lugar y en base a las pruebas que se desprenden de su propio contenido, bien se podría decir que el Apocalipsis es un escrito pagano: uno de los libros sagrados de los misterios eleusinos o los frigios. Como corolario, el verdadero autor de una obra que plantea las profundidades del misticismo egipcio y el griego tuvo que ser él mismo un iniciado y, por consiguiente, estar obligado a escribir solo en el lenguaje simbólico de los Misterios.

En segundo lugar, es posible que el Apocalipsis fuera escrito para conciliar las discrepancias aparentes entre las filosofías religiosas de los primeros cristianos y las de los paganos. Cuando los fanáticos de la primitiva Iglesia cristiana trataron de cristianizar a los paganos, los iniciados paganos replicaron con un gran esfuerzo para paganizar a la cristiandad. Los cristianos no consiguieron su objetivo, pero los paganos sí. Con la decadencia del paganismo, los hierofantes paganos iniciados transfirieron su base de operaciones al nuevo vehículo del cristianismo primitivo y adoptaron los símbolos del nuevo culto para ocultar aquellas verdades eternas que siempre son un bien inapreciable de los sabios. El Apocalipsis muestra con toda claridad la consiguiente fusión del simbolismo pagano con el cristiano y sirve como prueba irrefutable de las actividades de aquellas mentes iniciadas que actuaron durante los primeros tiempos del cristianismo.

En tercer lugar, se ha planteado la teoría de que el Apocalipsis represente un intento de debilitar los Misterios cristianos, satirizando su filosofía, por parte de los miembros poco escrupulosos de cierta orden religiosa. Esperaban conseguir tan nefando objetivo demostrando que la nueva fe no era más que una repetición de las antiguas doctrinas paganas, acumulando burlas sobre el cristianismo y usando sus propios símbolos para menospreciarlo. Por ejemplo, la estrella que cayó del cielo (Apocalipsis 8, 10-11) se podía interpretar como la es-

trella de Belén y su amargura —se llamaba Ajenjo y envenenó a la humanidad— podría representar las enseñanzas «falsas» de la Iglesia cristiana. Aunque esta última teoría ha adquirido cierto grado de popularidad, a causa de la profundidad del Apocalipsis el lector perspicaz llega a la conclusión inevitable de que es la menos plausible de las tres hipótesis. Para quienes consiguen atravesar el velo de su simbolismo, no hacen falta más pruebas para corroborar que el documento procede de una fuente inspirada.

En definitiva, la auténtica filosofía no puede estar limitada por credos ni por facciones; es más: es incompatible con cualquier limitación artificial del pensamiento humano. Por consiguiente, la cuestión de si el origen del Apocalipsis es pagano o cristiano no tiene mayor importancia, porque su valor intrínseco reside en que es una representación magnífica del Misterio Universal; por este motivo, san Jerónimo anunció que se puede interpretar de siete formas totalmente diferentes. El teólogo moderno, desconocedor del alcance del pensamiento antiguo, no puede hacer frente a la complejidad del Apocalipsis, porque, para él, esta obra mística no es más que una fantasmagoría y se siente muy tentado de cuestionar su inspiración divina. En el espacio limitado que tenemos a nuestra disposición, no podemos hacer más que un breve esbozo de algunas de las características más destacadas de la visión del profeta de Patmos. Asimismo, un análisis exhaustivo de los diversos Misterios paganos contribuirá considerablemente a llenar los vacíos inevitables en este resumen.

En el primer capítulo del Apocalipsis, san Juan describe al alfa y el omega, situado en medio de los siete candelabros de oro. Rodeado por sus regentes planetarios llameantes, aquel Uno Sublime representa así, en una sola figura impresionante y misteriosa, todo el alcance del crecimiento evolutivo de la humanidad: el pasado, el presente y el futuro.

«Las primeras etapas de la evolución terrenal del hombre —escribe el doctor Rudolph Steiner— transcurrieron en una época en la que la tierra aún "ardía" y las primeras encarnaciones humanas se formaron a partir del elemento fuego; al final de su camino terrenal, el propio ser humano irradiará su ser interno hacia fuera de forma creativa, mediante la fuerza del elemento fuego. Aquella evolución permanente del comienzo al final de la tierra se revela al "profeta" cuando este ve en el plano astral el arquetipo del hombre en evolución. [...] El comienzo de la evolución terrenal se sustenta sobre los pies ardientes; su final, en la compostura ardiente, y todo el poder de la "palabra creativa", que se

adquiere al final, se aprecia en la fuente ardiente que sale de la boca.» (Véase *Occult Seals and Columns*.)

En *The Restored New Testament*, James Morgan Pryse sitúa la relación de las diversas partes del alfa y el omega en los siete planetas sagrados de los antiguos. Dice textualmente:

> La figura del Logos descrita es una imagen compleja de los siete planetas sagrados: tiene el cabello níveo de Chronos (el Tiempo); los ojos ardientes de Zeus, el que todo lo ve; la espada de Ares; el rostro resplandeciente de Helios, y la túnica y la faja de Afrodita; sus pies son de mercurio, el metal consagrado a Hermes, y su voz es como el murmullo de las olas del mar (las «muchas aguas»), en alusión a Selene, la diosa Luna de las cuatro estaciones y de las aguas.

Las siete estrellas que lleva este Ser inmenso en la mano derecha son los gobernadores del mundo; la espada flamígera que surge de su boca es el *fiat* creativo, o la palabra de poder, que aniquila la ilusión de permanencia material. Aquí se representa también, con todo su esplendor simbólico, el hierofante de los Misterios frigios con las diversas insignias que son emblemáticas de sus atributos divinos. Componen su séquito siete sacerdotes que portan lámparas y las estrellas que lleva en la mano son las siete escuelas de los Misterios cuyo poder administra. Hacen decir al archimago —por tratarse de alguien que ha vuelto a nacer de la oscuridad espiritual a la sabiduría perfecta— lo siguiente: «Soy aquel que vive y antes estaba muerto y he aquí que estoy vivo para siempre jamás. Amén. Además, tengo las llaves del infierno y de la muerte».

En el capítulo segundo y en el tercero, san Juan comunica a las «siete iglesias que hay en Asia» las órdenes que ha recibido del alfa y el omega. Las iglesias, en este caso, son análogas a los siete travesaños de una escalera mitraica y, como Juan está «en el espíritu», ascendió a través de las órbitas de los siete planetas sagrados hasta llegar a la superficie interna del empíreo.

«Después de que el alma del profeta —escribe el autor anónimo de *On Mankind, Their Origin and Destiny*—, en su estado de éxtasis, atravesara las siete esferas en su rápido vuelo, desde la esfera de la luna hasta la de Saturno, o desde el planeta que corresponde a Cáncer, la puerta de los hombres, hasta el de Capricornio, que es la puerta de los dioses, se abre para él una puerta nueva en lo más alto del cielo y en el Zodíaco, bajo el cual giran los siete planetas; en una palabra, en el firmamento, o lo que los antiguos llamaban *crystallinum primum*, o cielo cristalino.»

Si las relacionamos con el sistema metafísico oriental, estas iglesias representan los *chakras*, o ganglios nerviosos, situados a lo largo de la columna vertebral. La «puerta del cielo» es el *brahmarandra*, un punto en la coronilla (el Gólgota), por el cual pasa el fuego espiritual de la columna hacia su liberación. A la iglesia de Éfeso le corresponde el *muladhara*, o ganglio sacro, y a las demás iglesias, los ganglios superiores, según el orden que se les da en el Apocalipsis. El doctor Steiner descubre una relación entre las siete iglesias y las divisiones de la raza aria. Según él, la iglesia de Éfeso representa la rama de los archiindios; la iglesia de Esmirna, la de los archipersas; la iglesia de Pérgamo, la caldeo-egipcio-semítica; la iglesia de Tiatira, la greco-latino-romana; la iglesia de Sardes, la teuto-anglo-sajona; la iglesia de Filadelfia, la eslava, y la iglesia de Laodicea, la maniquea. Las siete iglesias representan también las vocales griegas, la primera y la última de las cuales son el alfa y el omega. Discrepan las opiniones sobre el orden en el que habría que relacionar los sietes planetas con las iglesias. Algunas proceden de la hipótesis de que Saturno representa la iglesia de Éfeso, pero, si tenemos en cuenta que esta ciudad estaba consagrada a la diosa de la luna y también que la esfera de la luna es la primera por encima de la de la tierra, resulta evidente que los planetas deberían ascender, siguiendo el orden antiguo, desde la luna hasta Saturno. Desde Saturno, el alma ascendería naturalmente y atravesaría la puerta para entrar en el empíreo.

En el cuarto capítulo y en el quinto, san Juan describe el trono de Dios, en el cual estaba sentado el Uno Santo, «aquel que era, que es y que será». Alrededor del trono había veinticuatro asientos menores, donde se sentaban veinticuatro Ancianos con vestiduras blancas y coronas de oro en la cabeza. «Del trono salen relámpagos y fragor y truenos y delante del trono arden siete antorchas de fuego, que son los siete Espíritus de Dios.» El que estaba sentado en el trono tenía en la mano derecha un libro sellado con siete sellos que nadie, ni en el cielo ni en la tierra, era digno de abrir. Entonces apareció un Cordero (Aries, el primero y principal de los signos del Zodíaco) que había sido degollado, que tenía siete cuernos (rayos) y siete ojos (luces). El Cordero tomó el libro de la mano derecha del que estaba sentado en el trono y las cuatro bestias y todos los ancianos se postraron y adoraron a Dios y al Cordero. Durante los primeros siglos de la Iglesia cristiana, todo el mundo reconocía al cordero como símbolo de Cristo y solo después del quinto sínodo de Constantinopla (el Concilio Quinisexto, celebrado en el año 692) la figura del crucificado reemplazó a la del *Agnus Dei*.



DE *HISTORIAE BIBLICAE VETERIS ET NOVI TESTAMENTI* DE KLAUBER

LA VISIÓN DE JUAN SOBRE LA NUEVA JERUSALÉN

En el ángulo superior izquierdo aparece la destrucción de Babilonia y también el ángel que arrojó al mar la gran rueda de molino, diciendo: «Así, de golpe, será arrojada Babilonia, la Gran Ciudad, y no aparecerá ya más». Debajo está el jinete, llamado Fiel y Veraz, que arroja a la bestia al Abismo. En el ángulo inferior derecho está el ángel con la llave del Abismo, que, con una gran cadena, encadenó a Satanás por mil años. Arriba, en los cielos, se representa a alguien que parece el Hijo del Hombre, con una gran hoz con la que siega la mies de la tierra. En el centro está la Ciudad Santa, la Nueva Jerusalén, con sus doce puertas y la montaña del Cordero en medio de ellas. Del trono del Cordero mana el gran río de cristal, o agua de la vida, que representa la doctrina espiritual: a todos los que lo descubren y beben de sus aguas se les concede la inmortalidad. Arrodillado delante de un gran precipicio, san Juan mira hacia abajo, a la ciudad mística, el arquetipo de la civilización perfecta del porvenir. Por encima de la Nueva Jerusalén, en un gran sol de gloria, está el trono del Anciano, que es la luz de aquellos que viven en el imperio incomparable del espíritu. Al margen del reconocimiento del mundo no iniciado existe un conglomerado cada vez más grande, compuesto por los elegidos espirituales, que, aunque van por la tierra como mortales corrientes, constituyen un mundo aparte y, gracias a sus esfuerzos incesantes, el reino de Dios se va estableciendo poco a poco pero con seguridad sobre la tierra. Aquellas almas iluminadas son las que construyen la Nueva Jerusalén y sus cuerpos son las piedras vivas de sus murallas. Iluminados por la antorcha de la verdad, continúan su trabajo; gracias a lo que hacen, volverá a la tierra la época dorada y desaparecerá el poder del pecado y de la muerte. Por este motivo, los sabios declaran que los hombres virtuosos e iluminados, en lugar de ascender al cielo, harán descender el cielo y lo colocarán en medio de la propia tierra.

Como indica con perspicacia uno de los que han escrito sobre este tema, el uso del cordero revela el origen persa del cristianismo, porque los persas eran el único pueblo que utilizaba un cordero para representar el primer signo del Zodíaco.

Como el cordero era la ofrenda expiatoria de los antiguos paganos, a los primeros cristianos místicos les pareció que este animal podía ser un emblema adecuado de Cristo, a quien consideraban la ofrenda expiatoria del mundo entero. Los griegos y los egipcios sentían gran veneración por el cordero o el carnero y solían poner sus cuernos en la frente de sus dioses. El dios escandinavo Thor llevaba un martillo hecho con un par de cuernos de carnero. Se prefiere el cordero al carnero, aparentemente, por su pureza y su suavidad; además, como el propio creador se simboli-

zaba mediante Aries, Su Hijo tenía que ser el carnerito o el corderito. El mandil de piel de cordero que los masones usan sobre la parte del cuerpo que simboliza a Tifón o a Judas representa la purificación de los procesos generadores que es imprescindible para la verdadera espiritualidad. En esta alegoría, el Cordero significa el candidato purificado, sus siete cuernos representan las divisiones de la razón iluminada y los siete ojos, los *chakras* o las percepciones de los sentidos perfeccionadas.

Los capítulos del seis al once, ambos inclusive, se dedican al relato de la apertura de los siete sellos del libro que sujeta el Cordero. Cuando se rompió el primer sello, salió un hombre montado en un caballo blanco, con una corona y un arco en la mano. Cuando se rompió el segundo sello, salió un hombre montado en un caballo rojo, con una gran espada en la mano. Cuando se abrió el tercer sello, salió un hombre montado en un caballo negro, con una balanza en la mano, y cuando se abrió el cuarto sello salió la Muerte sobre un caballo pálido y el Hades la seguía. Se puede interpretar que los cuatro jinetes del Apocalipsis representan las cuatro divisiones principales de la vida humana. El nacimiento se simboliza mediante el jinete montado en el caballo blanco, que sale triunfal y a vencer; la impetuosidad de la juventud se simboliza mediante el jinete del caballo rojo, que tomaba la paz de la tierra; la madurez, mediante el jinete del caballo negro, que todo lo pesa en la balanza de la razón, y la muerte, con el jinete del caballo pálido, al cual se dio poder sobre una cuarta parte de la tierra. En la filosofía oriental, estos jinetes representan las cuatro *yugas*, o edades, del mundo, que se adelantan en un momento determinado y se convierten por un tiempo en los amos de la creación.

En un comentario publicado en su obra *Compendio del origen de todos los cultos* sobre el vigésimo cuarto sermón de san Juan Crisóstomo, Dupuis destaca que cada uno de los cuatro elementos estaba representado por un caballo que llevaba el nombre del dios «que corresponde a cada elemento». El primer caballo, que representa el éter de fuego, se llamaba Júpiter y ocupaba el puesto más alto en el orden de los elementos. Era un caballo alado, muy veloz, y, al describir el círculo más amplio, abarcaba a todos los demás. Resplandecía con una luz purísima y en su cuerpo estaban las imágenes del sol, la luna, las estrellas y todos los cuerpos de las regiones etéreas. El segundo caballo, que representa el elemento aire, era Juno. Era inferior al caballo de Júpiter y describía una órbita más pequeña; era de color negro, pero la parte expuesta al sol se volvía luminosa, con lo cual representaba la condición diurna y la noctur-

na del aire. El tercer caballo, que simbolizaba el elemento agua, estaba consagrado a Neptuno. Caminaba con pesadez y describía una órbita muy pequeña. El cuarto caballo, que representaba el elemento estático de la tierra, descrito como inmóvil y propenso a morder el freno, era el corcel de Vesta. A pesar de las diferencias entre ellos, los cuatro caballos vivían juntos en armonía, de forma acorde con los principios de los filósofos, que sostenían que el mundo se mantiene gracias al acuerdo y la armonía de sus elementos. Sin embargo, con el tiempo, el caballo de carreras de Júpiter quemaba las crines del caballo de la tierra; el corcel atronador de Neptuno también se cubría de sudor, que inundaba al caballo inmóvil de Vesta y provocaba el diluvio de Deucalión. Al final, el caballo fogoso de Júpiter consumirá a los demás, cuando los tres elementos inferiores, purificados por la reabsorción en el éter abrasador, salgan renovados y constituyan «un nuevo cielo y una nueva tierra».

Cuando se abrió el quinto sello, san Juan vio a los que habían muerto por la Palabra de Dios. Cuando se rompió el sexto sello se produjo un violento terremoto, el sol se oscureció y la luna se puso como de sangre. Salieron los ángeles de los vientos y también otro, que marcó en la frente a ciento cuarenta y cuatro mil de los hijos de Israel, para preservarlos contra el espantoso día de la tribulación. Si sumamos los dígitos según el sistema pitagórico de filosofía numérica, el número 144 000 se reduce a 9, el símbolo místico del hombre y también el número de la iniciación, porque quien atraviesa los nueve grados de los Misterios recibe el signo de la cruz como emblema de su regeneración y de su liberación de la esclavitud de su propia naturaleza infernal o inferior. El añadido de tres cifras al número sagrado original 144 indica la elevación del misterio a la tercera esfera.

Cuando se rompió el séptimo sello, se hizo silencio por espacio de media hora. Entonces aparecieron siete ángeles y a cada uno le fue entregada una trompeta. Cuando los siete ángeles hicieron sonar sus trompetas —entonaron el nombre del Logos, de siete letras—, se produjeron grandes catástrofes. Cayó del cielo una estrella llamada Ajenjo, para representar que la doctrina secreta de los antiguos había sido entregada a unos hombres que la habían profanado y habían convertido la sabiduría de Dios en algo destructivo. Cayó del cielo otra estrella —esta representaba la luz falsa de la razón humana, para distinguirla de la razón divina del iniciado— y a ella (la razón materialista) le fue entregada la llave del pozo del Abismo (la Naturaleza); lo abrió y de él salieron criaturas asquerosas de toda índole. También salió otro ángel

poderoso, envuelto en una nube, cuyo rostro era como el sol y sus pies y sus piernas, como columnas de fuego; puso un pie sobre las aguas y el otro sobre la tierra (el *ánthropos* hermético). Aquella criatura celestial entregó a san Juan un librito y le dijo que lo devorara y así lo hizo el profeta. El libro representa la doctrina secreta: el alimento espiritual que nutre el espíritu y, como san Juan estaba «en espíritu», comió hasta saciarse de la sabiduría de Dios y las ansias de su alma se aplacaron.

El duodécimo capítulo trata de una gran maravilla que apareció en los cielos: una mujer vestida del sol, con la luna bajo los pies y una corona de doce estrellas sobre la cabeza. Esta mujer representa la constelación de Virgo y también a la Isis egipcia, que, cuando está a punto de dar a luz a su hijo Horus, es atacada por Tifón, que intenta destruir al niño que los dioses han predestinado para dar muerte al Espíritu del Mal. La guerra en el cielo está relacionada con la destrucción del planeta Ragnarok y con la caída de los ángeles. Se puede interpretar que la virgen representa la doctrina secreta en sí y su hijo, al iniciado nacido del «vientre de los Misterios». El Espíritu del Mal, personificado de este modo en el gran dragón, trataba de controlar a la humanidad destruyendo a la madre de aquellas almas iluminadas que se han esforzado sin cesar por lograr la salvación del mundo. Se dieron alas a los Misterios (la virgen), que volaron al desierto, y el dragón maligno trató de destruirlos con una inundación (de la doctrina falsa), pero la tierra (el olvido) se tragó las doctrinas falsas y los Misterios resistieron.

En el capítulo decimotercero se describe una gran bestia que salió del mar, con siete cabezas y diez cuernos. Para Faber, este monstruo anfibio es el Demiurgo, o el Creador del mundo, que surge del Océano del Caos. Si bien para la mayoría de los que interpretan el Apocalipsis las diversas bestias que se describen en él son típicas de las fuerzas del mal, este punto de vista se debe —¡cómo no!— al desconocimiento de las doctrinas antiguas de las cuales se desprende el simbolismo del libro. Desde el punto de vista astronómico, el gran monstruo que sale del mar es la constelación de Cetus: la ballena. Como para los ascetas religiosos el universo en sí era una mentira malvada que trataba de engañarlos, llegaron a pensar que su Creador era un tejedor de ilusiones. De este modo, el gran monstruo marino (el mundo) y su Creador (el Demiurgo), cuya fuerza deriva del dragón del poder cósmico, acabaron por personificarse en una bestia espantosa y destructiva que trataba de tragarse la parte inmortal de la naturaleza humana. Las siete cabezas del monstruo representan las siete estrellas (los espíritus) que componen

la constelación de la Osa Mayor, que los hindúes llaman *rishis*, o espíritus creativos cósmicos. Faber relaciona los diez cuernos con los diez patriarcas primigenios, aunque también pueden denotar el antiguo Zodíaco de diez signos.

El número de la bestia (666) constituye un ejemplo interesante del uso del cabalismo en el Nuevo Testamento y entre los primeros místicos cristianos. En la tabla siguiente, Kircher demuestra que todos los nombres del Anticristo que daba Ireneo tienen el 666 como equivalente numérico.

T	300	Λ	30	A	1	Λ	30
ε	5	α	1	ν	50	α	1
ι	10	μ	40	τ	300	τ	300
τ	300	π	80	ε	5	ε	5
α	1	ε	5	μ	40	ι	10
ν	50	τ	300	ο	70	ν	50
		ι	10	ς	200	ο	70
		ς	200			ς	200
	—		—		—		—
	666		666		666		666

James Morgan Pryse destaca también que, según esta forma de calcular, la palabra griega ἡφρην, que significa «la mente inferior», tiene el 666 como equivalente numérico. Además, como muy bien saben los cabalistas, ʼΙησους, Jesús, tiene como valor numérico otro número sagrado y secreto: el 888. Si sumamos los dígitos del número 666 y volvemos a sumar los dígitos de la suma, se obtiene el número sagrado 9: el símbolo del hombre en su estado impenitente y también el camino de su resurrección.

El capítulo decimocuarto comienza con el Cordero de pie sobre el monte Sión (el horizonte oriental); a Su alrededor estaban reunidos los ciento cuarenta y cuatro mil, con el nombre de Dios escrito en la frente. Un ángel anuncia entonces la caída de Babilonia: la ciudad de la confusión o la mundanalidad. Perecen aquellos que no vencen la mundanalidad y no se dan cuenta de que lo que perdura es el espíritu y no la materia, porque, al no tener más intereses que los materiales, son arrastrados hacia la destrucción junto con el mundo material. Y san Juan vio

a Uno como Hijo del Hombre (Perseo), sentado sobre una nube (las sustancias del mundo invisible), que llevaba en la mano una hoz afilada, con la cual el Resplandeciente segó la tierra. Este es un símbolo del Iniciador que libera en la esfera de la realidad las naturalezas superiores de aquellos que, simbolizados por el grano maduro, han alcanzado el punto de liberación. Y llegó otro ángel (Boötes), la Muerte, también con una hoz (Karma), que vendimió los racimos de las viñas de la tierra (aquellos que han vivido según la luz falsa) y los echó en el gran lagar del furor de Dios (las esferas del purgatorio).

Los capítulos decimoquinto al decimoctavo, ambos inclusive, hablan de siete ángeles (las Pléyades) que vierten sobre la tierra el contenido de sus frascos (la energía desenfrenada del Toro Cósmico), que recibe el nombre de «las siete últimas plagas». Aquí aparece también una figura simbólica denominada «la Ramera de Babilonia», a la que se describe como una mujer sentada sobre una bestia de color escarlata, con siete cabezas y diez cuernos. La mujer iba vestida de púrpura y escarlata, resplandecía de oro, piedras preciosas y perlas y llevaba en la mano una copa de oro llena de abominaciones. Esta figura puede ser un intento (probablemente interpolado) de vilipendiar a Cibeles, o a Artemisa, la diosa Gran Madre de la Antigüedad. Como los paganos veneraban a la *Mater Deorum* mediante símbolos apropiados al principio generador femenino, los primeros cristianos los acusaban de adorar a una cortesana. Como casi todos los Misterios antiguos incluían una prueba de la moralidad del neófito, aquí se representa a la tentadora (el alma animal) como una diosa pagana.

En el capítulo decimonoveno y en el vigésimo se presenta la preparación del sacramento místico llamado «las bodas del Cordero». La esposa es el alma del neófito, que alcanza la inmortalidad consciente uniéndose con su propia fuente espiritual. Los cielos se abrieron una vez más y san Juan vio un caballo blanco y el jinete que lo montaba (la mente iluminada) se llamaba Fiel y Veraz. De su boca salió una espada afilada y los ejércitos del cielo lo siguieron. En las llanuras del cielo se libró el Harmaguedón místico: el último gran combate entre la luz y las tinieblas. Las fuerzas del mal, a las órdenes del persa Ahrimán, combatieron contra las fuerzas del bien, a las órdenes de Ahura-Mazda. El mal fue derrotado y la bestia y el falso profeta fueron arrojados a un lago de fuego eterno. Satanás quedó encadenado por mil años. A continuación comenzó el juicio final; se abrieron los libros, incluido el libro de la vida. Se juzgó a los muertos según sus obras y aquellos cuyo nom-

bre no figuraba en el libro de la vida fueron arrojados a un mar de fuego. Para el neófito, Harmaguedón representa el último combate entre la carne y el espíritu, cuando, superando finalmente al mundo, el alma iluminada se eleva para unirse con su Yo espiritual. El juicio quiere decir pesar el alma y está tomado de los Misterios de Osiris. La resurrección de los muertos de sus tumbas y del mar de la ilusión representa la consumación del proceso de regeneración humana. El mar de fuego al que son arrojados los que no superan la dura prueba de la iniciación representa la esfera ardiente del mundo animal.

En el capítulo vigésimo primero y en el vigésimo segundo se describen el cielo nuevo y la tierra nueva que surgirán al finalizar el reinado de Ahrimán. San Juan fue llevado en espíritu a un monte grande y alto (el cerebro) y desde allí vio bajar del cielo a la Nueva Jerusalén, engalanada como una novia ataviada para su esposo. La Ciudad Santa representa el mundo regenerado y perfeccionado, el sillar masónico, porque la ciudad era un cubo perfecto, ya que estaba escrito: «Su largura, anchura y altura son iguales». Los cimientos de la Ciudad Santa consistían en ciento cuarenta y cuatro piedras dispuestas en doce hileras, por lo que resulta evidente que la Nueva Jerusalén representa el microcosmos, basado en el modelo del macrocosmos en el que está situada. Las doce puertas de este dodecaedro simbólico son los signos del Zodíaco, que atraviesan los impulsos celestiales para descender al mundo inferior; las joyas son las piedras preciosas de los signos zodiacales, y las calles de oro transparente son las corrientes de luz espiritual que el iniciado sigue en su camino hacia el sol. No hay ningún templo material en aquella ciudad, porque Dios y el Cordero son el templo: tampoco hay sol ni luna, porque Dios y el Cordero son la luz. El iniciado glorificado y espiritualizado se representa aquí como una ciudad. Al final, la ciudad se incorporará al espíritu de Dios y se absorberá en el Fulgor Divino.

A continuación, san Juan vio un río, el agua de Vida, que brotaba del trono del Cordero. El río representa la corriente que sale del Primer Logos, que es la vida de todas las cosas y la causa activa de toda la creación. También estaba el árbol de la Vida (el espíritu), que produce doce clases de frutos, cuyas hojas sirven de medicina para las naciones. El árbol también representa el año, cada uno de cuyos meses produce algo bueno para sustento de las criaturas existentes. Entonces Jesús dice a san Juan que Él es la raíz y el retoño de David, el lucero radiante del alba (Venus). San Juan concluye con las siguientes palabras: «Que la gracia del Señor Jesús sea con todos. ¡Amén!».

XLIV

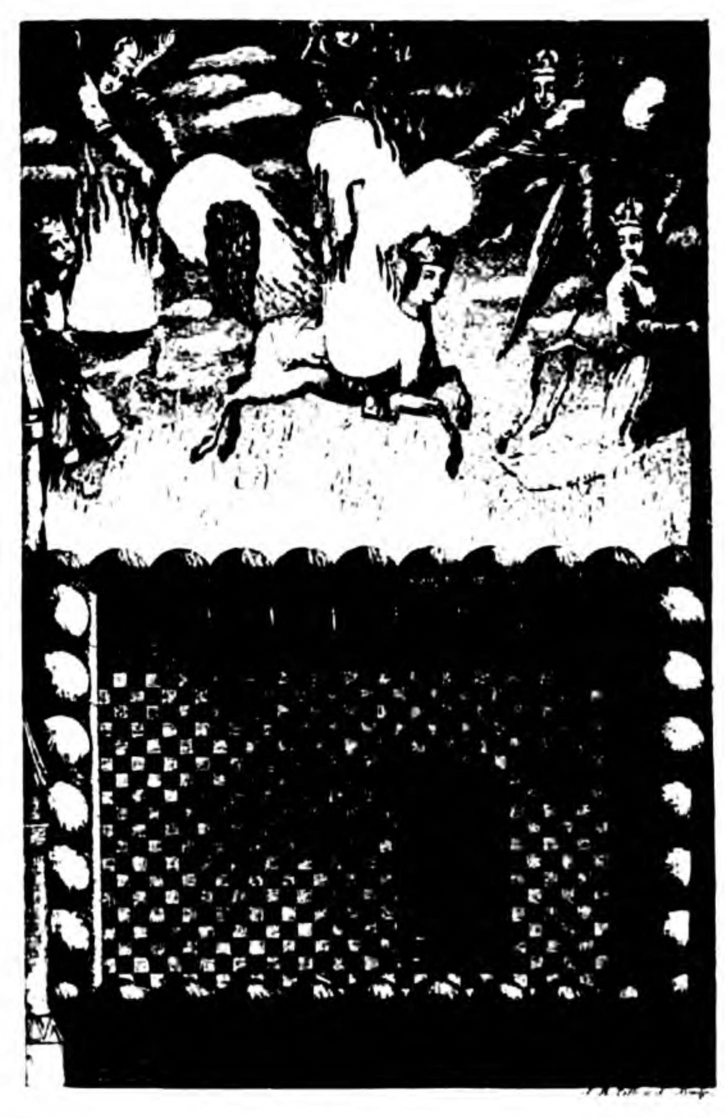
El islamismo

Como ejemplo de la actitud del cristianismo con respecto al islam —por lo menos hasta hace poco— tenemos el epílogo de Alexander Ross a la versión en inglés, publicada en 1649, de la traducción al francés del Corán, hecha por el *sieur* Du Ryer. El autor del epílogo lanza la siguiente invectiva contra Mahoma y el Corán:

> Estimado lector:
>
> Después de mil años, el gran impostor árabe ha llegado finalmente a Inglaterra a través de Francia y su Alcorán, o galimatías de errores (un mocoso tan deforme como su padre y con tantas herejías como beriberi había en su cabeza escaldada), y ha aprendido a hablar inglés. [...] Quien eche un vistazo al Alcorán se dará cuenta de que es un batiburrillo compuesto por estos cuatro ingredientes: 1) contradicciones, 2) blasfemias, 3) fábulas ridículas, 4) mentiras.

Hace hincapié en acusar de blasfemo a Mahoma, que dijo que Dios, al no estar casado, ¡no podía tener un Hijo! No obstante, la falacia de este argumento se advierte en la opinión del propio Profeta acerca de la naturaleza de Dios, que figura en el segundo sura del Corán:

«De Alá [Dios] son el Oriente y el Occidente, de modo que, adondequiera que os volváis para orar, allí está la faz de Alá. Alá es omnipresente y omnisciente. Dicen que Alá ha engendrado hijos. ¡No! Suyo es lo que está en los cielos y en la tierra. Todo lo posee, porque es el creador de los cielos y la tierra y, cuando dice algo, se limita a decir: "¡Sé!" y así es.» En otras palabras, el Dios del islam no tiene más que desear algo para que el objeto de su deseo aparezca, ¡mientras que el



DEL *TABLEAU GÉNERAL DE L'EMPIRE OTHOMAN* DE D'OHSSON

EL VIAJE NOCTURNO DE MAHOMA AL CIELO

En el decimoséptimo sura del Corán está escrito que cierta noche Mahoma fue transportado del templo de La Meca al de Jerusalén, aunque no se aportan detalles de aquel extraño viaje. En el Mishkat al-Masabih, Mahoma tiene que describir su ascenso a través de los siete cielos hasta la presencia glacial del Dios cubierto por muchos velos y su posterior regreso a su propia cama, todo en una sola noche. El arcángel Gabriel despertó a Mahoma por la noche y, tras arrancarle el corazón, lavó la cavidad con agua de Zamzam y le llenó el corazon de fe y ciencia. Acudió una criatura extraña, llamada Al-Borak o Buraq, que significa «rayo», para transportar al Profeta. Se describe a Al-Borak como un animal blanco, de la forma y el tamaño de una mula, con cabeza de mujer y cola de pavo real. Según algunas versiones, Mahoma solo montó a Al-Borak hasta Jerusalén, donde, tras desmontar en el monte Moria, se aferró al último travesaño de una escalera de oro que bajó del cielo y, acompañado por Gabriel, ascendio a través de las siete esferas que separan la tierra de la superficie interior del empíreo. A la entrada de cada esfera estaba uno de los Patriarcas, a los cuales Mahoma fue saludando a medida que iba entrando en los distintos planos. A la entrada del primer cielo estaba Adán; a la entrada del segundo, Juan y Jesús (que eran hijos de hermanas); en la tercera, José; en la cuarta, Enoch; en la quinta, Aarón; en la sexta, Moisés, y en la séptima, Abraham. Según otro orden de los patriarcas y los profetas, Jesus aparece a la entrada del séptimo cielo y, al llegar a este punto, dicen que Mahoma le pidió que intercediera por él ante el trono de Dios.

Dios de Alexander Ross tiene que proceder de acuerdo con las leyes de la generación humana!

Mahoma. profeta del islam, «el deseado de todas las naciones». nació en La Meca hacia el año 570 y murió en Medina en el 632. o en el año undécimo después de la hégira. Washington Irving describe con estas palabras los signos y los portentos que acompañaron el nacimiento del Profeta:

> Su madre no experimentó ningún dolor de parto. En el momento de su llegada al mundo, una luz celestial iluminó el terreno circundante y el recién nacido alzó los ojos al cielo y exclamó: «¡Dios es grande! ¡No hay más Dios que Dios y yo soy su profeta!». Nos aseguran que su advenimiento produjo inquietud en el cielo y en la tierra. El lago Sawa se redujo y volvió a sus fuentes secretas y dejó secas sus orillas; en cambio, el Tigris se desbordó e inundó las tierras vecinas. El palacio de Khosru, el rey de Persia. se sacudió sobre sus cimientos y varias de sus torres se desplomaron. [...] Aquella misma noche portentosa, el fuego sagrado de Zaratustra, que, custodiado por los Magos, había ardido sin interrupción durante más de mil años, se apagó de repente y todos los ídolos del mundo cayeron. (Véase *Mahomet and His Successors*.)

Cuando el Profeta no era más que un niño pequeño de entre uno y dos años, el arcángel Gabriel con setenta alas fue a verlo, lo abrió, le quitó el corazón, le limpió la gota negra del pecado original que alberga el corazón de todos los seres humanos por la perfidia de Adán y volvió a poner el órgano en el lugar correspondiente del cuerpo del Profeta. (Véase la nota a pie de página en la traducción del Corán de E. H. Palmer.)

Durante su juventud, Mahoma viajó con las caravanas de La Meca: en una ocasión sirvió de escudero de su tío y pasó bastante tiempo entre los beduinos, de los cuales aprendió muchas de las tradiciones religiosas y filosóficas de la antigua Arabia. Mientras viajaba con su tío. Abu Talib, Mahoma entró en contacto con los cristianos nestorianos. porque una noche acampó cerca de uno de sus monasterios. Allí, el joven futuro profeta obtuvo buena parte de sus conocimientos acerca del origen y las doctrinas del cristianismo.

Con el paso de los años, a Mahoma le fue muy bien en los negocios y cuando tenía alrededor de veintiséis años contrajo matrimonio con una de sus jefas, una viuda rica que le llevaba casi cincuenta años. Parece que la viuda, llamaba Jadiya, era bastante mercantilista. porque, al ver que su joven encargado era de lo más eficiente, decidió retenerlo de este modo por el resto de su vida. Jadiya era una mujer de una mentali-

dad excepcional y a su integridad y devoción hay que atribuir el triunfo inicial de la causa islámica. Por su matrimonio, Mahoma pasó de una posición de pobreza relativa a una de gran riqueza y poder y tan ejemplar era su conducta que en toda La Meca lo conocían como «el fiel y el justo».

Mahoma habría vivido y habría muerto como un mecano respetable, si no hubiese sacrificado sin dudar tanto su riqueza como su posición social al servicio de Dios, cuya voz oyó mientras meditaba en la cueva del monte Hira durante el mes del ramadán. Año tras año, Mahoma escalaba las laderas pedregosas y desiertas del monte Hira (llamado desde entonces Yabal-al Nur, «la montaña de la luz») y allí, en soledad, imploraba a Dios que le revelara de nuevo la religión pura de Adán, la doctrina espiritual que la humanidad había perdido como consecuencia de las disensiones entre las facciones religiosas. Jadiya, pendiente de las prácticas religiosas ascéticas de su esposo que ponían en peligro su salud física, a veces lo acompañaba en su cansada vigilia y, con intuición femenina, se daba cuenta de las tribulaciones de su alma. Finalmente, una noche —tenía cuarenta años— estaba tendido en el suelo de la cueva, envuelto en su manto, cuando de pronto se hizo sobre él una gran luz. Lo invadió una sensación de paz perfecta, captó la bienaventuranza de la presencia celestial y perdió la conciencia. Cuando volvió en sí, tenía delante al arcángel Gabriel, que le mostraba un chal de seda con caracteres misteriosos. A partir de aquellos caracteres, Mahoma aprendió las doctrinas fundamentales que después se plasmaron en el Corán. Entonces Gabriel habló con voz clara y maravillosa y dijo que Mahoma era el profeta del Dios vivo.

Sobrecogido y temblando, Mahoma acudió presuroso a Jadiya, temeroso de que la visión hubiese sido inspirada por los mismos espíritus malignos que estaban al servicio de los magos paganos que él tanto despreciaba, pero ella le aseguró que su propia vida virtuosa lo protegería y que no debía temer nada malo. El Profeta se tranquilizó y aguardó más apariciones de Gabriel, pero, como no se producían, su alma se llenó de tal desesperación que intentó autodestruirse. Cuando estaba a punto de arrojarse por un precipicio, se lo impidió la repentina reaparición de Gabriel, que volvió a asegurar al Profeta que recibiría las revelaciones que su pueblo necesitaba cuando llegara el momento.

Posiblemente como consecuencia de sus períodos solitarios de meditación, parece que Mahoma solía caer en éxtasis. En las ocasiones en que se dictaron los diversos suras del Corán, dicen que estaba incons-

ciente y —a pesar de lo frío del aire a su alrededor— cubierto de gotas de sudor. Aquellos ataques a menudo se producían de improviso; otras veces se sentaba envuelto en una manta, para no enfriarse con todo lo que sudaba, y, aunque aparentemente estaba inconsciente, dictaba los diversos pasajes, que un grupo reducido de amigos de confianza aprendía de memoria o ponía por escrito. En una ocasión, más adelante, cuando Abu Bakr hizo referencia a las canas de su barba, Mahoma la cogió por el extremo y, mirándola, explicó que su blancura se debía al sufrimiento físico que le producían sus períodos de inspiración.

Si los escritos atribuidos a Mahoma no se consideran más que meras alucinaciones de un epiléptico y por tal motivo se descartan, a sus detractores cristianos les conviene tener cuidado, no sea que, junto con las doctrinas del Profeta, resten autoridad también a las enseñanzas que ellos mismos defienden, porque es sabido que muchos de los discípulos, apóstoles y santos de la iglesia primitiva padecían trastornos nerviosos. La primera persona que Mahoma convirtió fue su propia esposa, Jadiya, a la que siguieron otros miembros de su familia cercana; por esta circunstancia, sir William Muir ha destacado lo siguiente:

> Corrobora plenamente la sinceridad de Mahoma el hecho de que los primeros conversos al islamismo no solo fueran personas rectas, sino sus propios amigos íntimos y familiares, que, conociendo de cerca su vida privada, no habrían dejado de detectar las discrepancias que siempre existen, en mayor o menor medida, entre lo que el impostor hipócrita profesa fuera de su casa y lo que hace en ella. (Véase *The Life of Mohammad.*)

Uno de los primeros en abrazar la fe del islam fue Abu Bakr, que llegó a ser el amigo más íntimo y más fiel de Mahoma y, de hecho, su álter ego. Abu Bakr, un hombre de logros brillantes, contribuyó considerablemente a que lo que había emprendido el Profeta tuviera éxito y, por deseo expreso de este, a su muerte se puso a la cabeza de sus fieles. Aisha, la hija de Abu Bakr, se casó después con Mahoma, lo cual consolidó aún más los lazos de fraternidad entre ellos. Poco a poco, pero con empeño, Mahoma fue promulgando sus doctrinas entre un círculo reducido de amigos poderosos. Cuando el entusiasmo de sus seguidores finalmente lo obligó a hacer pública su misión, ya era el líder de una facción fuerte y bien organizada. Por temor al creciente prestigio de Mahoma, los habitantes de La Meca renunciaron a la larga tradición de que no se podía derramar sangre en la ciudad santa y decidieron acabar con el islamismo asesinando a su Profeta.

Los distintos grupos se unieron para ello. de modo que la culpa se repartiera a partes iguales, pero Mahoma descubrió el peligro a tiempo, dejó a su amigo Alí en su cama y huyó de la ciudad con Abu Bakr; tras eludir hábilmente a los mecanos, se incorporó a la masa principal de sus seguidores, que lo habían precedido hacia Yatrib (después llamada Medina). En aquel incidente, llamado la hégira, o huida, se basa el sistema cronológico del islamismo.

A partir de la hégira, el poder del Profeta fue creciendo sin parar, hasta que, al octavo año, Mahoma entró en La Meca tras una victoria prácticamente incruenta y estableció allí el centro espiritual de su fe. Plantó su estandarte al norte de la ciudad, entró en ella a caballo y, después de dar siete vueltas a la sagrada Kaaba, ordenó la destrucción de las trescientas sesenta imágenes que había en el recinto. Entonces entró en la Kaaba propiamente dicha, libre de sus asociaciones idólatras, y dedicó la estructura a Alá, el Dios monoteísta del islamismo. A continuación, Mahoma concedió amnistía a todos sus enemigos por sus intentos de acabar con él. Con su protección, aumentaron el poder y la gloria de La Meca, que se convirtió en centro de una gran peregrinación anual, que hasta el día de hoy serpentea por el desierto en los meses de peregrinación y cuyas cifras superan los sesenta mil.

El décimo año después de la hégira, Mahoma encabezó la peregrinación de despedida y por última vez cabalgó a la cabeza de los fieles por el camino sagrado que conduce a La Meca y la piedra negra. Como sentía intensamente la premonición de la muerte, quiso que aquella peregrinación fuera el modelo perfecto para todos los miles que habría a continuación.

«Consciente de que su vida estaba llegando a su fin —escribe Washington Irving—, la última vez que estuvo en la ciudad sagrada de su fe Mahoma trató de inculcar sus doctrinas en lo más profundo del corazón y la mente de sus seguidores, para lo cual predicó a menudo en la Kaaba desde el púlpito o al aire libre, montado en su camello. "Prestad atención a mis palabras —decía—, porque no sé si, después de este año, volveremos a encontrarnos aquí. Devotos míos, no soy más que un hombre como vosotros; el ángel de la muerte puede aparecer en cualquier momento y, cuando me llame, debo acudir."» Cuando estaba predicando así, dicen que los cielos se abrieron y se oyó la voz de Dios, que anunció: «En el día de hoy he perfeccionado tu religión y te he acogido en mi gracia». Al oír estas palabras, la multitud se postró de hinojos a adorarlo y hasta el camello de Mahoma se puso de rodillas. (Véase *Ma-*

homet and His Successors.) Al finalizar la peregrinación de despedida. Mahoma regresó a Medina.

El séptimo año después de la hégira (AH 7), intentaron envenenar al Profeta en Jeibar. Cuando Mahoma se puso en la boca el primer bocado de la comida envenenada, se dio cuenta del malvado plan, ya sea por el sabor de la carne o, como creen los fieles, por intercesión divina. Sin embargo, ya había tragado una pequeña porción de comida y durante el resto de su vida sufrió casi constantemente los efectos del veneno. En el AH 11, cuando padeció su última enfermedad, Mahoma insistía en que los efectos sutiles del veneno eran la causa indirecta de su próximo fin. Se dice que, durante su última enfermedad, se levantó una noche y fue a visitar un cementerio situado en las afueras de Medina, evidentemente pensando que no tardaría en contarse entre los difuntos. En aquel momento le dijo a un asistente que le habían dado a escoger entre continuar su vida física y presentarse ante el Señor y que había elegido reunirse con su Creador.

Mahoma padeció muchos dolores en la cabeza y el costado y también tuvo fiebre, pero el 8 de junio parecía convaleciente. Se unió a sus seguidores para rezar y, sentado en el patio, dio una charla a los fieles con voz clara y potente, pero parece que aquello puso a prueba su fortaleza, porque hubo que ayudarlo a entrar en la casa de Aisha, que daba al patio de la mezquita. Allí, en un camastro duro, dispuesto sobre el suelo desnudo, pasó el profeta del islam sus dos últimas horas en la tierra. Al ver que su anciano esposo sufría dolores intensos, Aisha —que solo tenía veinte años— alzó la cabeza cana del hombre al que conocía desde su infancia y que debía parecer más un padre que un esposo para ella y lo sostuvo en sus brazos hasta el final. Al sentir la inminencia de la muerte, Mahoma imploró: «Señor, te suplico que me asistas en la agonía de la muerte». A continuación y casi en un susurro, repitió tres veces: «Gabriel, acércate». (Para más información, consúltese *The Life of Mohammad*, de sir William Muir.) En *The Hero as Prophet*, Thomas Carlyle escribe lo siguiente acerca de la muerte de Mahoma: «Sus últimas palabras fueron una oración, exclamaciones quebradas de un corazón que se esfuerza, temblando de esperanza, por llegar a su Creador».

Mahoma fue enterrado bajo el suelo de los aposentos en los que murió. La situación actual de su sepultura se describe con estas palabras:

> Por encima de la Hujrah hay una bóveda verde, coronada por una gran media luna dorada que sale de una serie de globos. Dentro del edificio están

las tumbas de Mahoma, Abu Bakr y Omar y hay un espacio reservado para la tumba de Nuestro Señor Jesucristo, que, según los musulmanes, volverá a visitar la tierra y morirá y será enterrado en al-Madinah. Se supone que la tumba de Fátima, la hija del Profeta, se encuentra en otra parte del edificio, aunque algunos afirman que está enterrada en al-Baqui'. Se dice que el cuerpo del Profeta está tendido sobre el lado derecho, sosteniendo con la palma derecha la mejilla derecha y con la cara hacia Makkah. Cerca y detrás de él está situado Abu Bakr, con el rostro hacia el hombro de Mahoma, y a continuación Omar, que ocupa la misma posición con respecto a su predecesor. Según una anécdota que circula entre los historiadores cristianos, los mahometanos creían que el ataúd de su Profeta estaba suspendido en el aire, lo cual no tiene ningún fundamento en la bibliografía musulmana; Niebuhr piensa que la historia debió de surgir como consecuencia de las burdas ilustraciones que se vendían a los extraños. (Véase *A Dictionary of Islam*.)

Con respecto al carácter de Mahoma han circulado los errores más gruesos. No existe ninguna prueba que sustente las acusaciones de extrema crueldad y libertinaje lanzadas contra él. Por el contrario, cuanto más de cerca escudriñan los investigadores imparciales la vida de Mahoma, más evidentes resultan las mejores cualidades de su naturaleza. En palabras de Carlyle:

> El propio Mahoma, a pesar de todo lo que se diga sobre él, no era un hombre lujurioso; por consiguiente, nos equivocamos mucho si nos limitamos a considerarlo una persona voluptuosa e interesada sobre todo en placeres innobles o, mejor dicho, en cualquier tipo de placeres. En su casa se vivía con la máxima frugalidad y su alimentación consistía en pan de cebada y agua. A veces pasaban meses sin que se encendiera fuego en el hogar. [...] Un hombre pobre, trabajador y desprovisto, despreocupado de las cosas que ansiaba el hombre corriente. [...] ¿Decís que lo llamaban Profeta? ¡Claro! Si estaba de pie frente a ellos; allí mismo, en lugar de estar envuelto en algún misterio; era evidente que se hacía su propia capa y se fabricaba sus propios zapatos y que luchaba, aconsejaba y ordenaba en medio de ellos; debían de ver la clase de hombre que era: ¡que lo llamen como quieran! Ningún emperador con sus tiaras ha sido obedecido como aquel hombre envuelto en una capa hecha por él.

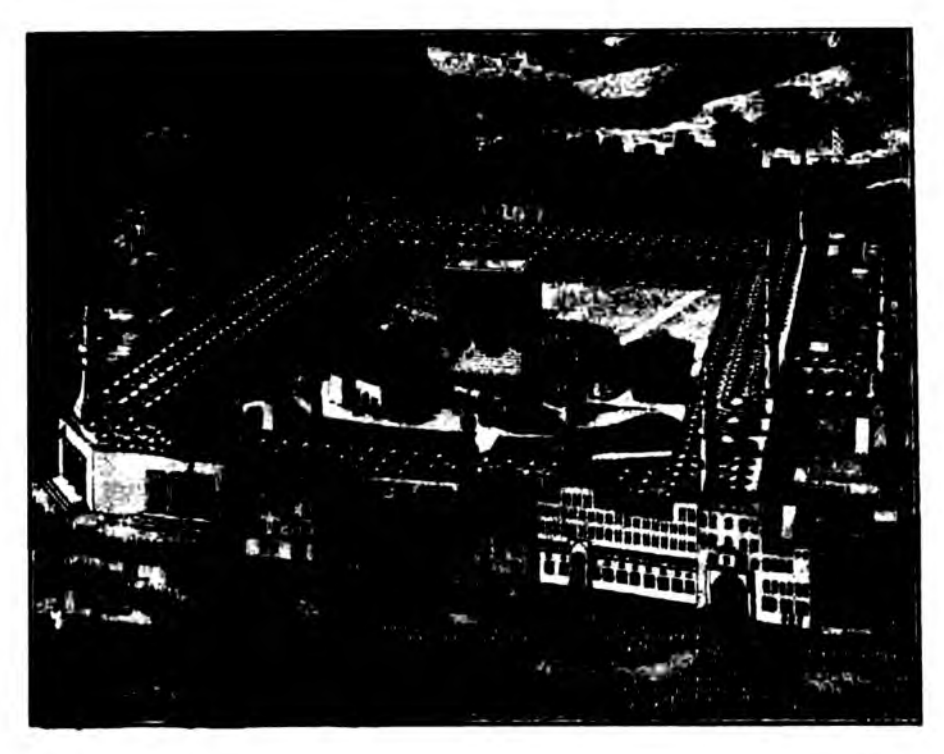
Confundido por la tarea aparentemente imposible de conciliar la vida del Profeta con las afirmaciones absurdas que durante mucho tiempo se aceptaron como auténticas, Washington Irving trata de hacerle justicia.

> Sus triunfos militares no fueron motivo de orgullo ni de vanagloria, como lo habrían sido de haberse obtenido con propósitos egoístas. En su época de mayor poder, mantuvo la misma sencillez de costumbres y de apariencias que

en sus épocas de adversidad. [...] Aquella renunciación perfecta a sí mismo —unida a una devoción aparentemente sincera— que encontramos en las diversas fases de su fortuna es lo que nos deja perplejos a la hora de hacer una valoración justa del carácter de Mahoma. [...] Cuando daba vueltas en torno al lecho de muerte de su hijito Ibrahim, su conducta manifestaba resignación a la voluntad de Dios por debajo de su inmensa aflicción y lo consolaba la esperanza de reunirse pronto con su hijo en el Paraíso. (Véase *Mahomet and His Successors*.)

Cuando, después de la muerte del Profeta, interrogaron a Aisha acerca de sus hábitos, ella respondió que él se arreglaba su propia ropa, se hacía su propio calzado y la ayudaba en las tareas domésticas. ¡Cuán lejos de las concepciones occidentales sobre el carácter sanguinario de Mahoma queda el sencillo reconocimiento por parte de Aisha de que lo que más le gustaba era coser! También aceptaba las invitaciones de los esclavos y se sentaba a comer con los criados y se declaraba un servidor. De todos los vicios, el que más odiaba era la mentira. Antes de morir liberó a todos sus esclavos. Jamás permitió que su familia utilizara con fines personales las limosnas ni los diezmos de su gente. Era aficionado a los dulces y usaba el agua de lluvia para beber. Dividía su tiempo en tres partes; a saber: la primera la dedicaba a Dios, la segunda a su familia y la tercera a sí mismo, aunque después sacrificaba la última al servicio de los demás. Vestía casi siempre de blanco, aunque también usaba el rojo, el amarillo y el verde. Mahoma entraba en La Meca con un turbante negro y con un estandarte negro. Solo se ponía las prendas más sencillas y decía que las vestiduras ricas y ostentosas no eran apropiadas para los piadosos; no se quitaba los zapatos para rezar. Le preocupaba en particular tener los dientes limpios y en el momento de morir, cuando estaba demasiado débil para hablar, hizo señas de que deseaba un mondadientes. Cuando tenía miedo de olvidar algo, el Profeta se ataba un hilo al anillo. Una vez tenía un anillo de oro muy bueno, pero, al observar que a sus seguidores les había dado por imitarlo y usar anillos similares, se quitó el suyo y lo arrojó lejos, para no crear en ellos un mal hábito. (Véase *The Life of Mohammad*.)

La acusación más frecuente y en apariencia la más perjudicial que se lanzó contra Mahoma es la de poligamia. Aquellos que creen sinceramente que un harén es irreconciliable con la espiritualidad deberían —para ser coherentes— hacer algo para excluir los salmos de David y los proverbios de Salomón de la lista de obras inspiradas, ¡porque el harén del Profeta del islamismo era insignificante en comparación con



PARTE DE UNA VISTA DE LA MECA PUBLICADA EN EL *TABLEAU GÉNÉRAL DE L'EMPIRE OTHMAN* DE D'OHSSON

LA KAABA, EL RECINTO SAGRADO DEL ISLAMISMO

La Kaaba, un edificio de forma cúbica situado en medio del gran patio de la mezquita de La Meca, es el lugar más sagrado de todo el mundo islámico. Hacia allí deben mirar los seguidores del Profeta cinco veces por día, a las horas señaladas para la oración. Como los seguidores de casi todas las demás fes, al principio los musulmanes miraban al Este para rezar, pero, por un decreto posterior, se les ordenó volver el rostro hacia La Meca.

No se sabe mucho sobre la historia de la Kaaba antes de su nueva consagración como mezquita, aparte de que el edificio era un templo pagano. Cuando el Profeta tomó La Meca, la Kaaba y el patio circundante contenían trescientos sesenta ídolos, que fueron destruidos por Mahoma antes de entrar en el propio santuario. La «casa antigua», como llaman a la Kaaba, es un cubo irregular de unos once metros y medio de largo, diez metros de altura y nueve metros de ancho. La longitud de cada uno de los muros laterales varía ligeramente y la de los muros de los extremos varía más de treinta centímetros. En el ángulo sudoriental del muro y a una distancia razonable del suelo (alrededor de un metro y medio) está incrustada la piedra negra sagrada y misteriosa, o el aerolito de Abraham. Cuando el arcángel Gabriel entregó aquella piedra al patriarca, era tal su blancura que se podía ver desde cualquier lugar de la tierra, pero se fue oscureciendo a causa de los pecados de la humanidad. Aquella piedra negra, de forma ovalada y de unos dieciocho centímetros de diámetro, se rompió en el siglo VII y actualmente se mantiene unida gracias a un engaste de plata.

Según la tradición, dos mil años antes de la creación del mundo, la Kaaba fue construida en el cielo, donde se conserva aún su modelo. Adán la erigió en la tierra exactamente debajo del lugar que ocupaba el original celeste y escogió las piedras de los cinco montes sagrados: el Sinaí, el Judi, el Hira, el Olivet y el Líbano. Se enviaron diez mil ángeles para proteger el edificio. Durante el Diluvio, la casa sagrada quedó destruida, pero Abraham y su hijo Ismael la reconstruyeron después. (Para más información, véase *A Dictionary of Islam*.) Es probable que en el lugar donde está la Kaaba hubiera antes un altar prehistórico de piedra o un círculo de monolitos sin labrar, similar a los de Stonehenge. Al igual que el templo de Jerusalén, la Kaaba ha pasado por muchas vicisitudes y la estructura actual no es anterior al siglo XVII de la era cristiana. Cuando La Meca fue saqueada en el 930, la famosa piedra negra cayó en poder de los cármatas, que la conservaron durante más de veinte años, y se discute aún si la piedra que finalmente devolvieron a cambio de un rescate espléndido era realmente la original o una copia.

Del lado norte de la Kaaba se encuentran las supuestas tumbas de Agar y de Ismael y cerca de la puerta (situada a unos dos metros del suelo) está la piedra sobre la cual se ponía de pie Abraham durante la reconstrucción. La estructura cúbica siempre ha estado cubierta por diversas cosas: la tela actual, que se sustituye todos los años, es un brocado negro bordado en oro. Los peregrinos adoran los trocitos de la tela antigua como reliquias sagradas.

Para entrar a la Kaaba hay que subir una escalera móvil. El interior está cubierto por mármol de varios colores, plata y oro. Aunque en general se concibe el edificio sin ventanas, este punto se cuestiona. Se accede al techo mediante una puerta enchapada en plata. Además de los libros sagrados, la Kaaba contiene trece lámparas. El gran patio que rodea el edificio contiene gran cantidad de objetos sagrados y está delimitado por una columnata que antes constaba de trescientos sesenta pilares. Dan al patio diecinueve puertas, el número sagrado y significativo del ciclo metónico, que coincide con la cantidad de piedras que hay en el círculo interior de Stonehenge. Descuellan de la Kaaba siete grandes minaretes y una de las ceremonias sagradas relacionadas con el edificio consiste en dar siete vueltas alrededor de la Kaaba, aparentemente para representar el movimiento de los cuerpos celestes.

el del rey más sabio de Israel y supuesto favorito del Altísimo! La noción popular de que Mahoma enseñaba que las mujeres no tenían alma y solo podían llegar al cielo mediante el matrimonio no está confirmada ni por las palabras ni por la actitud del Profeta durante su vida. En una ponencia titulada «The Influence of Islam on Social Conditions» [La influencia del islamismo en las condiciones sociales], presentada en el Parlamento Mundial de las Religiones celebrado en Chicago en 1893, Mohammed Webb menciona esta acusación y le responde con las siguientes palabras:

«Se ha dicho que Mahoma y el Corán negaban que las mujeres tuvieran alma y las equiparaban a los animales. El Corán las sitúa en una igualdad perfecta y total con los hombres y las enseñanzas del Profeta a menudo las ponen por encima de ellos en algunos aspectos.» Para justificar su postura, el señor Webb cita el verso treinta y cinco del trigésimo tercer sura del Corán:

«En verdad, Alá ha preparado perdón y magnífica recompensa para los musulmanes y las musulmanas, los creyentes y las creyentes, los devotos y las devotas, los sinceros y las sinceras, los pacientes y las pacientes, los humildes y las humildes, los hombres y las mujeres que dan limosna, los hombres y las mujeres que ayunan, los castos y las castas, los hombres y las mujeres que recuerdan a Alá con frecuencia.» Aquí se establece con toda claridad que alcanzar el cielo es un problema que solo se resuelve mediante el mérito individual.

El día de su muerte, Mahoma dijo a Fátima, su querida hija, y a Safiya, su tía: «Haced lo que tengáis que hacer para lograr la aceptación del Señor, porque en verdad no tengo ningún poder ante Él para salvaros». El Profeta no recomendó a ninguna de las dos mujeres que confiara en las virtudes de su esposo ni en modo alguno indicó que la salvación de la mujer dependiese de la flaqueza humana de su esposo.

A pesar de todo lo que se indique en contrario, no se deben a Mahoma las contradicciones ni las incoherencias del Corán, porque el volumen no se compiló ni adquirió su forma actual hasta más de veinte años después de su muerte. En su estado actual, el Corán es, en su mayor parte, un revoltijo de rumores entre los cuales, de vez en cuando, reluce algún ejemplo de verdadera inspiración. Por lo que se sabe de Mahoma como hombre, resulta razonable suponer que estas partes más nobles y mejores representan las verdaderas doctrinas del Profeta; el resto, evidentemente, son interpolaciones, algunas de las cuales se deben a un malentendido y otras son meras falsificaciones calculadas para satisfa-

cer las ambiciones temporales del islam victorioso. Acerca de este tema y con su perspicacia habitual, Godfrey Higgins dice lo siguiente:

> Tenemos aquí el Corán de Mahoma y los primeros cuatro patriarcas sinceros y entusiastas y el Corán de los sarracenos espléndidos y victoriosos, henchidos de orgullo y vanidad. No era probable que el Corán de los filósofos eclécticos fuese adecuado para los conquistadores de Asia. Había que injertar al antiguo uno nuevo para hallar alguna justificación a sus atrocidades. (Véase *Anacalypsis*.)

Resulta evidente para los perspicaces que Mahoma conocía la doctrina secreta que ha de constituir el núcleo de toda gran institución filosófica, religiosa o ética. Es posible que, mediante alguna de estas cuatro vías posibles, Mahoma estuviese en contacto con las enseñanzas de los Misterios antiguos: 1) por contacto directo con la Gran Escuela en el mundo invisible; 2) a través de los monjes cristianos nestorianos; 3) mediante el misterioso sabio o santo que aparecía y desaparecía a menudo durante el período en el cual fueron revelados los suras del Corán; 4) a través de una escuela decadente que ya existía en Arabia y que, a pesar de haber caído en la idolatría, seguía conservando los secretos del culto de la antigua sabiduría. Aún se podría demostrar que los arcanos del islamismo se basaban directamente en los antiguos Misterios paganos celebrados en la Kaaba siglos antes del nacimiento del Profeta; de hecho, en general se reconoce que muchas de las ceremonias que actualmente están incorporadas en los Misterios islámicos son vestigios de la Arabia pagana.

En el simbolismo islámico, muchas veces se hace hincapié en el principio femenino. Por ejemplo, el viernes, consagrado al planeta Venus, es el día sagrado de los musulmanes; el verde es el color del Profeta y, como símbolo del verdor, resulta inevitable asociarlo con la Madre del Mundo; además, tanto la media luna islámica como la cimitarra se pueden interpretar como representaciones de la forma de media luna tanto de la luna como de Venus.

«La famosa "piedra de Cabar", Kaaba, Cabir o Kebir de La Meca —dice Jennings—, que con tanta devoción besan los fieles, es un talismán. Dicen que hasta el día de hoy se ve la figura de Venus grabada encima con una media luna. Aquella misma Kaaba era al principio un templo idólatra, donde los árabes adoraban a Al-Uzza (Dios e Issa), es decir, Venus.» (Véase *Enoch, The Second Messenger of God* de Kenealy.)

«Los musulmanes —escribe sir William Jones— ya son una especie de cristianos heterodoxos: son cristianos, si Locke razona como corresponde, porque creen firmemente en la inmaculada concepción, el carácter divino y los milagros del Mesías, pero son heterodoxos, porque niegan con vehemencia su carácter de Hijo y su igualdad, como Dios, con el Padre, acerca de cuya unidad y atributos albergan y manifiestan las ideas más atroces, mientras consideran nuestra doctrina una blasfemia perfecta e insisten en que nuestros ejemplares de las Escrituras han sido corrompidos tanto por los judíos como por los cristianos.»

Según los seguidores del Profeta, de los Evangelios cristianos se han suprimido las siguientes líneas: «Y cuando Jesús, Hijo de María, dijo: "Pueblo de Israel, en verdad yo soy el apóstol que Dios os envía para confirmar la ley que os entregó antes que a mí y os traigo buenas nuevas de un apóstol que vendrá después de mí y cuyo nombre será AHMED"». En este texto, que contiene la profecía de Jesús con respecto a un liberador que vendría después que Él, se dice también que la palabra «liberador» debería traducirse como «ilustre» y que era una referencia directa a Mahoma y también que las lenguas de fuego que descendieron sobre los apóstoles el día de Pentecostés no podían interpretarse en modo alguno como símbolos del liberador prometido. Sin embargo, cuando se les piden pruebas decisivas de que los Evangelios originales contenían aquellas referencias a Mahoma que, según ellos, han sido expurgadas, los musulmanes piden a su vez la presentación de los documentos originales en los que se basa el cristianismo. Hasta que se encuentren tales escritos, el punto en cuestión seguirá dando origen a controversias.

Pasar por alto la herencia cultural recibida del islam sería un descuido imperdonable, porque, cuando la media luna triunfó sobre la cruz en el sur de Europa, fue el presagio de una civilización que no tuvo parangón en su época. En *Studies in a Mosque*, Stanley Lane-Poole escribe lo siguiente:

> Durante casi ocho siglos de dominio musulmán, España dio a toda Europa un ejemplo brillante de un estado civilizado e ilustrado. [...] El arte, la literatura y la ciencia prosperaron como no ocurría entonces en ningún otro lugar de Europa. Los estudiosos procedentes de Francia, Alemania e Inglaterra acudían en masa a beber de las fuentes del saber que solo manaban en las ciudades moras. Los cirujanos y los médicos andaluces estaban a la vanguardia de la ciencia; se alentaba a las mujeres para que se dedicaran a estudiar en serio y no era extraño ver a médicas entre los habitantes de Córdoba. La matemática, la astronomía y la botánica, la historia, la filosofía y la jurisprudencia se llegaban a dominar en España y solo allí.

En *The Library of Original Sources* se resumen con estas palabras los efectos del islamismo:

> Las consecuencias del mahometismo se han menospreciado demasiado. En el siglo posterior a la muerte de Mahoma, arrebató al cristianismo Asia Menor, África y España —más de la mitad del mundo civilizado— y estableció una civilización que fue la más importante del mundo durante la Edad Media. Llevó a la raza árabe a su máximo esplendor, elevó la posición de las mujeres en Oriente, aunque mantuvo la poligamia: fue intensamente monoteísta y, hasta que los turcos asumieron el control, en general alentó el progreso.

En la misma obra, entre los grandes científicos y filósofos islámicos que han hecho aportaciones sustanciales al conocimiento humano, se menciona a Gerber, o Djafer, que en el siglo IX puso los cimientos de la química moderna; a Ben Musa, que en el siglo X introdujo la teoría del álgebra; a Alhaze, que en el siglo XI estudió en profundidad la óptica y descubrió que las lentes convexas podían aumentar el tamaño de las imágenes, y, también en el siglo XI, tanto a Avicena, o Ibn Sina, cuya enciclopedia médica fue la norma de su tiempo, como al gran cabalista Avicebrón, o Ibn Gebirol.

«Mirando atrás a la ciencia de los mahometanos —sintetiza el autor recién citado—, se verá que sentaron los primeros cimientos de la química e hicieron avances importantes en matemática y óptica. Sus descubrimientos nunca tuvieron la influencia que habrían debido de tener en el curso de la civilización europea, pero esto se debió a que Europa no era lo bastante ilustrada como para captarlos y aprovecharlos. La observación de Gerber de que el hierro oxidado pesa más que antes de oxidarse se tuvo que repetir y lo mismo ocurrió con algunos de sus trabajos en óptica y muchos de sus descubrimientos geográficos. Habían circunnavegado África mucho antes que Vasco de Gama y fueron ellos los que llevaron la fórmula de la pólvora al norte de Europa. No debemos olvidar jamás que la edad de las tinieblas de la Europa cristiana coincidió con un período brillante en el mundo musulmán. En el campo de la filosofía, los árabes empezaron por adoptar el neoplatonismo que hallaron en Europa y poco a poco fueron retrocediendo hasta Aristóteles.»

¿Qué significa el misterio sutil del fénix que renace cada seiscientos años? Desde dentro del refugio de los Misterios del mundo se susurra la respuesta. Seiscientos años antes de Cristo, el fénix de la sabiduría (¿Pitágoras?) abrió las alas y murió en el altar de la humanidad, consu-

mido por el fuego expiatorio. El ave volvió a renacer de sus propias cenizas en Nazaret, para morir después en el árbol que tenía sus raíces en la cabeza de Adán. En el año 600 apareció Ahmed (Mohammed, o sea, Mahoma). El fénix volvió a sufrir —en aquella ocasión, por el veneno de Jeibar— y se elevó de sus cenizas carbonizadas para extender las alas sobre el rostro de Mongolia, donde, en el siglo XII, Gengis Kan estableció el imperio de la sabiduría. Dando vueltas en torno al poderoso desierto de Gobi, el fénix renunció otra vez a su forma, que ahora yace sepultada en un sarcófago de cristal debajo de una pirámide que lleva encima las figuras inefables de los Misterios. Transcurridos seiscientos años después de la muerte de Gengis Kan, ¿habrá conocido Napoleón Bonaparte —que creía ser el hombre del destino— en sus correrías aquella extraña leyenda del constante renacimiento periódico de la sabiduría? ¿Habrá sentido que se extendían en su interior las alas del fénix y habrá creído que la esperanza del mundo se había encarnado en él? Es posible que el águila de su estandarte fuera el fénix. Esto explicaría por qué pensaba que estaba predestinado a establecer el reino de Cristo sobre la tierra y es, tal vez, la clave de su poco comprendida amistad con los musulmanes.

XLV

El simbolismo de los indios americanos

El indio americano es simbolista, místico y filósofo por naturaleza. Como ocurría con la mayoría de los pueblos aborígenes, su alma estaba en comunicación con las manifestaciones cósmicas que lo rodeaban. Sus *manidos* no solo controlaban la creación desde sus tronos elevados por encima de las nubes, sino que también descendían al mundo de los hombres y se mezclaban con sus hijos rojos. Las nubes grises que colgaban por encima del horizonte eran el humo de los calumets de los dioses, que podían encender fuego con madera petrificada y usar un cometa como llama. Los indios americanos poblaron los bosques, los ríos y el cielo con millares de seres superfísicos e invisibles. Hay leyendas de tribus enteras de indios que vivían en el fondo de los lagos: de razas que no se veían jamás a la luz del día, pero que, por la noche, salían de sus cuevas escondidas, deambulaban por la tierra y atacaban a los viajeros desprevenidos; también de indios murciélago, con cuerpo humano y alas de murciélago, que vivían en bosques sombríos y precipicios inaccesibles y dormían colgados cabeza abajo de grandes ramas y afloramientos rocosos. La filosofía de los pieles rojas con respecto a las criaturas elementales es, aparentemente, fruto de su contacto íntimo con la naturaleza, cuyas maravillas inexplicables se convierten en la causa que origina tales especulaciones metafísicas.

Al igual que los escandinavos primitivos, los indios de América del Norte consideraban la tierra (la Gran Madre) un plano intermedio, limitado por arriba por la esfera celestial (la morada del Gran Espíritu) y, por abajo, por un mundo subterráneo oscuro y aterrador (la morada de las sombras y los poderes submundanos). Como los

caldeos, dividían el intervalo entre la superficie de la tierra y el cielo en varias capas: una formada por nubes: otra, por los caminos de los cuerpos celestes, y así sucesivamente. El infierno estaba dividido de la misma forma y, al igual que en el sistema griego, representaba para el iniciado la Casa de los Misterios Menores. Las criaturas que podían funcionar en dos o más elementos se consideraban mensajeros entre los espíritus de aquellos planos diversos. Se suponía que la morada de los muertos estaba en un lugar alejado: arriba en los cielos, bajo la tierra, en los confines del mundo o allende el ancho mar. A veces corre un río entre el mundo de los muertos y el de los vivos, como ocurre también en la teología egipcia, la griega y la cristiana. Para los indios, el número cuatro tiene una santidad especial, se supone que porque el Gran Espíritu creó Su universo en un marco cuadrado: esto nos recuerda la veneración que sentían los pitagóricos por la tétrada, a la que consideraban un símbolo apropiado del Creador. Las narraciones legendarias de las extrañas aventuras de héroes intrépidos que, estando en su cuerpo físico, penetraban en los reinos de los muertos demuestran sin duda la presencia de cultos mistéricos entre los pieles rojas norteamericanos. Dondequiera que se establecieran, los Misterios se reconocían como los equivalentes filosóficos de la muerte, porque todos los que pasaban por los rituales experimentaban condiciones posteriores a la muerte cuando todavía conservaban su cuerpo físico. Al consumarse el ritual, el iniciado adquiría la capacidad de entrar y salir de su cuerpo físico a voluntad. Este es el fundamento filosófico de las alegorías de las aventuras en la Tierra de Penumbra o el Mundo de Fantasmas de los indios.

«De una costa a otra —escribe Hartley Burr Alexander—, el calumet sagrado es el altar de los indios y su humo es la verdadera ofrenda al cielo.» (Véase *Mythology of All Races.*) En las Notas de dicha obra aparece la siguiente descripción de la ceremonia de la pipa:

> El maestro de ceremonias volvía a ponerse en pie y llenaba y encendía la pipa de la paz con su propio fuego. Echaba tres bocanadas, una después de otra: la primera hacia el cenit, la segunda hacia el suelo y la tercera hacia el Sol. Con la primera daba las gracias al Gran Espíritu por haber preservado su vida durante el año anterior y por permitirle estar presente en aquella asamblea: con la segunda daba las gracias a su Madre, la Tierra, por los diversos productos que habían contribuido a su sustento, y con la tercera daba las gracias al Sol por su luz inagotable, que siempre lo iluminaba todo.



TOMADO DE UN DIBUJO ORIGINAL DE HASTEEN KLAH

PINTURA EN ARENA DE LOS NAVAJOS

Las pinturas secas o con arena de los navajos se hacen espolvoreando pigmentos molidos de distintos colores sobre una base de arena lisa. La que se reproduce aquí está rodeada por la diosa del arco iris e ilustra un episodio de un mito de la cosmogonía navaja. Según Hasteen Klah, el sacerdote navajo que diseñó esta pintura, los navajos no creen en la idolatría y, por consiguiente, no hacen imágenes de sus dioses, sino que solo perpetúan el concepto mental que tienen de ellos. Así como los dioses hacen dibujos en las nubes que pasan, los sacerdotes hacen pinturas en la arena y, cuando el dibujo ha cumplido su propósito, lo borran con la mano. Según este informador, la nación zuni, la hopi y la navaja tienen una génesis común: todos salieron de la tierra y después se dividieron en tres naciones.

Los navajos surgieron hace alrededor de tres mil años en un punto que ahora se llama La Platte Mountain, en Colorado. Las cuatro montañas sagradas para los navajos son La Platte, el monte Taylor, la montaña Navajo y la montaña San Francisco. Mientras estas tres naciones estuvieron bajo tierra, había cuatro cadenas montañosas abajo con ellas. Las montañas del este eran blancas; las del sur eran azules; las del oeste, amarillas, y las del norte, negras. La subida y la bajada de estas montañas producía la alternancia entre el día y la noche. Cuando subían las montañas blancas, bajo tierra era de día; cuando subían las amarillas, era el crepúsculo; las montañas negras producían la noche, y las azules, el alba. Los navajos reconocían siete divinidades principales, pero Hasteen Klah no sabía si los indios relacionaban aquellas divinidades con los planetas. Bakochiddy, uno de aquellos siete dioses principales, era de color blanco y tenía el pelo rojizo claro y los ojos grises. Su padre era el rayo de sol y su madre, la luz del día. Ascendió al cielo y, en algunos aspectos, su vida se asemeja a la de Cristo. Para vengar el secuestro de su hijo, Kahothsode, un dios pez, provocó un gran diluvio. Para evitar la destrucción, los zuni, los hopi y los navajos subieron a la superficie de la tierra.

La pintura de arena que se reproduce aquí forma parte de una serie medicinal que se preparó para curar las enfermedades. En la ceremonia de curación se coloca al paciente sobre el dibujo, que se hace en un *hogan* consagrado y no se deja entrar a nadie de fuera. La esvástica sagrada que aparece en el centro del dibujo es, tal vez, el más prácticamente universal de los emblemas religiosos y representa las cuatro esquinas del mundo. Los dos dioses jorobados, situados a la derecha y a la izquierda, adquieren este aspecto por las grandes nubes que llevan a la espalda. En el arte religioso navajo, las divinidades masculinas siempre tienen la cabeza redonda y las femeninas la tienen cuadrada.

Los indios tenían que conseguir la piedra roja para el calumet en la cantera de arcilla roja en la que había estado el Gran Espíritu en un pasado remoto y, tras haber creado una gran pipa con Sus propias manos, la había fumado en dirección a las cuatro esquinas de la creación y así

había instituido aquella ceremonia tan sagrada. Montones de tribus indias —algunas tenían que recorrer miles de kilométros— obtenían la piedra sagrada solo de aquella cantera, donde, por orden del Gran Espíritu, reinaba la paz eterna.

Los indios no adoran al sol, sino que consideran aquella esfera brillante un símbolo adecuado del espíritu grande y bueno que siempre irradia vida para sus hijos rojos. En el simbolismo indio, la serpiente —sobre todo la Gran Serpiente— corrobora otras pruebas que apuntan a la presencia de los Misterios en el continente norteamericano. La serpiente voladora es el distintivo que daban los atlantes a los iniciados; la serpiente de siete cabezas representa las siete grandes islas de la Atlántida (¿las ciudades de Cíbola?) y también las siete grandes escuelas prehistóricas de filosofía esotérica. Además, ¿cómo dudar de la presencia de la doctrina secreta en el continente americano después de ver el gran montículo de la serpiente del condado de Adams, en Ohio, en el cual se representa al inmenso reptil como si estuviera arrojando el huevo de la existencia? Muchas tribus de indios americanos creen en la reencarnación y algunas creen en la transmigración. Hasta ponían a sus hijos los nombres que supuestamente habían tenido en una vida anterior. Se cuenta el caso de un padre que, sin querer, había puesto a su hijo un nombre incorrecto, por lo cual la criatura estuvo llorando sin parar hasta que se corrigió el error. Creer en la reencarnación también es muy frecuente entre los esquimales. No es raro que los esquimales ancianos se suiciden para reencarnarse en la familia de algún ser querido recién casado.

Los indios americanos distinguen entre el fantasma y el alma en sí de un difunto, un conocimiento restringido a los iniciados en los Misterios. Al igual que los platónicos, también comprendían los principios de una esfera arquetípica en la cual existen los modelos de todas las formas que se manifiestan en el plano de la tierra. Asimismo, comparten la teoría de las almas de grupos o de ancianos que supervisan las especies animales. La creencia de los pieles rojas en los espíritus guardianes habría entusiasmado a Paracelso. Cuando adquieren la importancia de ser protectores de clanes o tribus enteras, aquellos guardianes reciben el nombre de tótems. En algunas tribus, unas ceremonias imponentes marcan el momento en que se envía a los jóvenes para que ayunen y oren en el bosque, donde permanecen hasta que se les manifiesta su espíritu guardián. La criatura que se les aparece se convierte en su genio particular, al que recurren cuando tienen dificultades.

El héroe extraordinario del folclore indígena norteamericano es Hiawatha, cuyo nombre, según Lewis Spence, significa «el que busca el cinturón de abalorios». Corresponde a Hiawatha el honor de haberse anticipado varios siglos al sueño de una Liga de Naciones que tanto valoraba el difunto Woodrow Wilson. Siguiendo los pasos de Schoolcraft, Longfellow confundía al Hiawatha histórico de los iroqueses con Manabozho, un héroe mitológico de los algonquinos y los ojibwas. Hiawatha, un jefe de los iroqueses, logró, tras muchos reveses y decepciones, unificar las cinco grandes naciones de los iroqueses en la «liga de las cinco naciones». El objetivo original de la liga —crear consejos arbitrales para evitar las guerras— no se consiguió del todo, pero el poder de la «cadena de plata» brindó a los iroqueses una solidaridad que no alcanzó ninguna otra confederación de indios norteamericanos. De todos modos, Hiawatha tropezó con la misma oposición que todos los grandes idealistas, de la época o la raza que fueran. Los chamanes dirigieron su magia contra él y, según una leyenda, crearon un ave malvada que se abatió sobre su única hija y la destrozó delante de él. Cuando Hiawatha, tras cumplir su misión, se alejó remando en su canoa en dirección al crepúsculo, su pueblo se dio cuenta de la verdadera grandeza de su benefactor y lo elevó a la dignidad de semidiós. En *El canto de Hiawatha*, Longfellow ha rodeado al gran estadista indio de un ambiente encantador de magia y embeleso; sin embargo, a través del laberinto de símbolos y alegorías, siempre se vislumbra la figura de Hiawatha, el Iniciado, la personificación misma del piel roja y su filosofía.

El *Popol Vuh*

Ningún otro libro sagrado expresa de forma tan completa como el *Popol Vuh* los rituales iniciáticos de una gran escuela de filosofía mística. Basta con este volumen para establecer indiscutiblemente la excelencia filosófica de la raza cobriza o piel roja.

«Los "hijos del Sol" rojos —escribe James Morgan Pryse— no adoran al Único Dios. Para ellos, el Único Dios es totalmente impersonal y todas las Fuerzas que emanaban del Único Dios son personales. Es exactamente lo opuesto de la concepción popular occidental de un Dios personal y de las fuerzas impersonales que actúan en la naturaleza. Cada uno ha de decidir por sí mismo cuál de estas creencias es más filosófica. Aquellos hijos del Sol adoran a la serpiente emplumada, que

es la mensajera del sol. Era el dios Quetzalcóatl en México, Gucumatz para los quichés y en Perú lo llamaban Amaru. De este último nombre procede nuestra palabra "América". *Amaruca* quiere decir, literalmente, "la tierra de la serpiente emplumada". Hubo un tiempo en el cual los sacerdotes de este Dios de la Paz gobernaron las dos Américas desde su centro principal en las cordilleras. Todos los pieles rojas que se han mantenido fieles a la antigua religión siguen bajo su influjo. Uno de sus centros fuertes estaba en Guatemala y a su Orden pertenecía el autor del libro llamado *Popol Vuh*. En lengua quiché, Gucumatz es el equivalente exacto de Quetzalcóatl en lengua náhuatl; *quetzal*, ave del Paraíso; *coatl*, serpiente: "la serpiente velada con plumas del ave del Paraíso"».

El *Popol Vuh* fue descubierto por el padre Ximénez en el siglo XVII; fue traducido al francés por Brasseur de Bourbourg y se publicó en 1861. La única traducción completa al inglés es la de Kenneth Sylvan Guthrie, publicada en los primeros números de la revista *The Word*, que se utilizó como referencia para escribir este artículo. Una parte del *Popol Vuh* fue traducida al inglés por James Morgan Pryse, con comentarios sumamente valiosos, pero lamentablemente nunca la acabó. El segundo libro del *Popol Vuh* se dedica en su mayor parte a los rituales de iniciación de la nación quiché. Estas ceremonias son de la máxima importancia para los estudiosos del simbolismo masónico y la filosofía mística, porque establecen fuera de toda duda la existencia de escuelas mistéricas antiguas y de origen divino en el continente americano.

Lewis Spence, en su descripción del *Popol Vuh*, propone unas cuantas traducciones del título del propio manuscrito. Tras pasar por alto las versiones «El libro de la alfombra» y «El registro de la comunidad», le parece probable que el título correcto sea «La colección de hojas escritas», porque *popol* significa «corteza preparada» y *vuh*, «papel» o «libro», y procede del verbo *uoch*, que quiere decir «escribir». Según la interpretación del doctor Guthrie, las palabras *Popol Vuh* significan «El libro del Senado» o «El libro de la Asamblea Sagrada»; Brasseur de Bourbourg lo llama «El libro sagrado» y el padre Ximénez llama al volumen «El libro nacional». En sus artículos sobre el *Popol Vuh* publicados en el decimoquinto volumen de *Lucifer*, James Morgan Pryse encara el tema desde el punto de vista del místico y llama a esta obra «El libro del velo azul celeste». En el propio *Popol Vuh* se hace referencia a los documentos antiguos de los cuales obtuvo el material el indio cristianizado que lo compiló como «El relato de la existencia humana en la tierra de penumbras y de cómo el hombre vio la luz y la vida».

Los escasos documentos indígenas disponibles contienen abundantes pruebas de que las civilizaciones posteriores de América Central y del Sur estuvieron totalmente dominadas por la magia negra de su clase sacerdotal. En las convexidades de sus espejos magnetizados, los hechiceros indios captaban la inteligencia de los seres elementales y, mirando fijamente el fondo de aquellos dispositivos espantosos, acabaron por subordinar el cetro a la varita mágica. En su búsqueda de la verdad, los neófitos, vestidos con prendas de color negro azabache, eran conducidos por sus guías torvos a través de los pasillos confusos de la nigromancia. Por el camino siniestro descendían a las profundidades sombrías del mundo infernal, donde aprendían a dotar a las piedras del poder del habla y a atrapar sutilmente la mente de los hombres con sus salmodias y sus fetiches. Una de las típicas perversiones predominantes era que nadie podía acceder a los Misterios mayores mientras no hubiese inmolado con sus propias manos a un ser humano y no hubiese elevado el corazón sangrante de la víctima hasta el rostro provocador del ídolo de piedra fabricado por una clase sacerdotal cuyos miembros eran más conscientes de lo que osaban reconocer de la verdadera naturaleza del demonio creado por el hombre. Es posible que los ritos sanguinarios e indescriptibles que practicaban muchos de los indios de América Central representasen vestigios de la perversión, por parte de los últimos atlantes, de los antiguos Misterios del sol. Según la tradición secreta, durante la época atlante tardía la magia negra y la hechicería dominaron las escuelas esotéricas, lo cual trajo como consecuencia los sangrientos ritos expiatorios y la idolatría horripilante que acabaron por derrocar al imperio atlante y hasta llegaron a introducirse en el mundo religioso ario.

Los misterios de Xibalbá

Los príncipes de Xibalbá —así lo cuenta el *Popol Vuh*— enviaron a sus cuatro lechuzas a Hun Hunahpú y a Vucub Hunahpú con la orden de que se presentaran de inmediato en el lugar de iniciación, situado en lo más recóndito de las montañas de Guatemala. Al no poder superar las pruebas a las que los sometieron los príncipes, los dos hermanos —según la antigua costumbre— pagaron su deficiencia con la vida. Los enterraron juntos, pero colocaron la cabeza de Hun Hunahpú entre las ramas del árbol sagrado de las calabazas que crecía en medio del cami-

no que conducía a los espantosos Misterios de Xibalbá. El árbol se llenó de frutos de inmediato y la cabeza de Hun Hunahpú «se perdió de vista, porque se mezcló con los demás frutos del árbol de las calabazas». Xquiq era una doncella, hija del príncipe Cuchumaquiq, al que oye hablar del maravilloso árbol de las calabazas y, como desea poseer uno de sus frutos, viaja sola hasta el lugar sombrío en el que crece. Cuando Xquiq alarga la mano para coger el fruto del árbol, le cae encima un poco de saliva de la boca de Hun Hunahpú y la cabeza le habla y le dice: «Esta saliva y espuma es mi posteridad, que acabo de entregarte. Mi cabeza ya no volverá a hablar, porque no es más que la cabeza de un cadáver, que no tiene más carne».

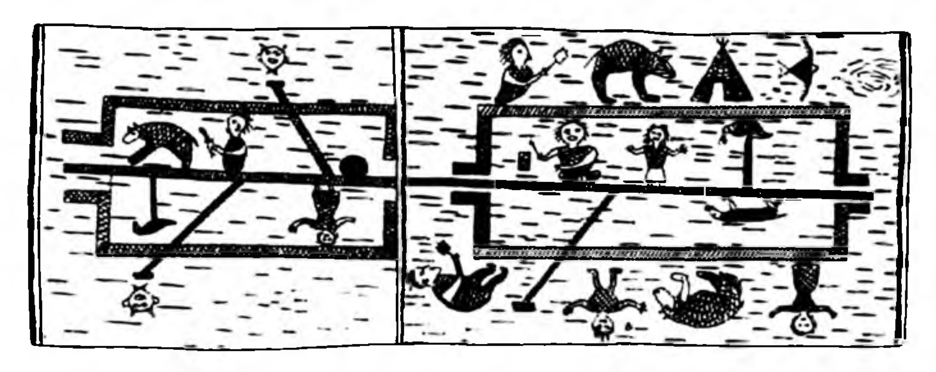
Siguiendo las recomendaciones de Hun Hunahpú, la joven regresa a su casa. Cuando su padre, Cuchumaquiq, descubre que está a punto de ser madre, le pregunta quién es el padre de su hijo. Xquiq le responde que engendró al niño mientras miraba la cabeza de Hun Hunahpú en el árbol de las calabazas y que no había conocido hombre alguno. Cuchumaquiq se niega a creer su historia y, a instancias de los príncipes de Xibalbá, pide el corazón de su hija en una urna. Cuando sus verdugos la van a buscar, Xquiq les suplica que le perdonen la vida; ellos acceden y sustituyen su corazón por el fruto de cierto árbol (el caucho), cuya resina es roja y tiene la consistencia de la sangre. Cuando los príncipes de Xibalbá pusieron el supuesto corazón sobre las brasas del altar para que se consumiera, todos quedaron atónitos por el perfume que emanaba de él, porque nadie sabía que estaban quemando el fruto de una planta aromática.

Xquiq dio a luz a gemelos, que recibieron los nombres de Hunahpú y Xbalanqué y dedicaron sus vidas a vengar la muerte de Hun Hunahpú y la de Vucub Hunahpú. Pasaron los años y los dos muchachos se convirtieron en adultos y hacían grandes cosas. Destacaban en particular en cierto juego llamado tenis, aunque algo parecido al hockey. Al oír hablar de la destreza de los jóvenes, los príncipes de Xibalbá preguntaron: «¿Quiénes son estos que otra vez comienzan a jugar sobre nuestra cabeza y que no vacilan en sacudir (la tierra)? ¿Acaso no han muerto Hun Hunahpú y Vucub Hunahpú, los que querían elevarse a sí mismos delante de nuestras narices?». Conque los príncipes de Xibalbá mandaron a buscar a los dos jóvenes, Hunahpú y Xbalanqué, para poder destruirlos también en los siete días de los Misterios. Antes de partir, los dos hermanos se despidieron de su abuela y cada uno plantó en el medio de la casa una caña y le dijo que, mientras la planta viviera, ellos es-

tarían vivos. «Oh, abuela nuestra, oh, madre nuestra, no lloréis: observad la señal de nuestra palabra que queda con vosotras.» Hunahpú y Xbalanqué partieron entonces, cada uno con su *sabarcan* (cerbatana), y durante muchos días recorrieron el camino peligroso, descendieron por barrancos tortuosos y caminaron junto a precipicios escarpados y pasaron junto a extrañas aves y manantiales hirviendo, hacia el santuario de Xibalbá.

Las duras pruebas de los Misterios de Xibalbá en realidad eran siete. A título preliminar, los dos aventureros tuvieron que cruzar un río de lodo y a continuación uno de sangre; consiguieron las dos proezas usando sus *sabarcans* como puentes. Siguieron andando hasta llegar a la confluencia de cuatro caminos: uno negro, uno blanco, uno rojo y uno verde. Entonces Hunahpú y Xbalanqué se dieron cuenta de que la primera prueba consistiría en ser capaces de distinguir a los príncipes de Xibalbá de las efigies de madera que iban vestidas para parecerse a ellos y que también debían llamar a cada príncipe por su nombre, sin que nadie se los hubiera dicho. Para conseguir aquella información, Hunahpú se arrancó un pelo de la pierna y el pelo se convirtió en un insecto extraño llamado Xan, que fue zumbando por el camino negro, entró en la sala del consejo de los príncipes de Xibalbá y picó la pierna de la figura más próxima a la puerta: así descubrió que se trataba de un maniquí. Con el mismo artificio descubrió que la segunda figura era de madera, pero, cuando picó a la tercera, de inmediato obtuvo respuesta. Picando por orden a todos los príncipes reunidos, el insecto averiguó cómo se llamaba cada uno, porque los príncipes fueron diciendo sus nombres en voz alta al analizar la causa de las misteriosas picaduras. Después de conseguir la información deseada de aquella manera tan original, el insecto regresó a donde estaban Hunahpú y Xbalanqué, que, reconfortados de este modo, se acercaron sin temor a las puertas de Xibalbá y se presentaron ante la asamblea de los doce príncipes.

Cuando les indicaron que adoraran al rey, Hunahpú y Xbalanqué rieron, porque sabían que la figura que les habían señalado era el maniquí inerte. Los jóvenes aventureros se dirigieron entonces a los doce príncipes, llamándolos por su nombre, de esta manera: «Salve, Hun Came; salve, Vucub Came; salve, Xiquiripat; salve, Cuchumaquiq; salve, Ahal Puh; salve, Ahal Cana; salve, Chamia Bac; salve, Chamia Holom; salve, Quic Xic; salve, Patan; salve, Quix Re; salve, Quix Rix Cac». Cuando los de Xibalbá los invitaron a sentarse sobre un gran banco de piedra, Hunahpú y Xbalanqué se excusaron, porque ya sabían que la



GENTILEZA DE ALICE PALMER HENDERSON

MARCA MIDEWIWIN SOBRE CORTEZA DE ABEDUL

El rollo de corteza de abedul es uno de los bienes más sagrados de un iniciado del Midewiwin, o Gran Sociedad de Medicina, de los ojibwas. Con respecto a estos rollos, el coronel Carrick Mallery escribe lo siguiente: «Para las personas familiarizadas con las sociedades secretas, los gráficos del Midewiwin se podrían comparar con el llamado tablero de dibujo de una orden masónica, que se imprime, se divulga y se expone en público, sin poner de manifiesto ninguno de los secretos de la orden, y, sin embargo, no solo es significativo, sino también práctico para los esotéricos, porque les ayuda a recordar los detalles del ceremonial»

Una versión de lo más completa y fidedigna del Midewiwin es la que brinda W. J. Hoffman en el *Seventh Annual Report of the Bureau of Ethnology*, donde escribe lo siguiente: «El Midewiwin —la Sociedad de los *Mide*, o chamanes— está integrado por una cantidad indeterminada de *Mide* de los dos sexos. La sociedad se divide en cuatro grados distintos y diferenciados, aunque prevalece la impresión general, incluso entre algunos miembros, de que cualquier grado más allá del primero es, prácticamente, una mera repetición. El mayor poder que uno obtiene al avanzar depende del hecho de haberse expuesto a que le "arrojen los bolsos de medicina" que tienen los oficiantes. [...] Los sacerdotes *Mide* siempre han hecho anotaciones en cortezas de abedul, mediante líneas grabadas con toda delicadeza, que representan por medio de imágenes el plan de acción de la cantidad de grados que corresponden a su propietario. Tales anotaciones o gráficos son sagrados y jamás se exponen en público».

Los dos diagramas rectangulares representan dos grados de la logia de *Mide* y la línea recta que los atraviesa por el centro es el camino espiritual, o el «camino recto y estrecho» que atraviesa los grados. Las tangentes al camino central representan las tentaciones y los rostros que hay al final de las líneas son los *manidos*, o espíritus poderosos. Acerca del Midewiwin, Schoolcraft, el gran experto en indios americanos, dice lo siguiente: «En la sociedad del Midewiwin, el objeto es enseñar las doctrinas superiores de la existencia espiritual, su naturaleza y su manera de existir y la influencia que ejerce en los hombres. Es una asociación de hombres que profesan el máximo conocimiento que poseen las tribus»

Según la leyenda, Manabozho, el gran conejo, que era criado de Dzhe Manido, el Espíritu del Bien, miró hacia abajo a los progenitores de los ojibwas y, al ver que no tenían conocimiento espiritual, enseñó a una nutria los misterios del Midewiwin. Manabozho construyó un Midewigan e inició a la nutria, disparando los sagrados *Migis* (las conchillas, los símbolos sagrados del *Mide*) al cuerpo de la nutria. A continuación, otorgó al animal la inmortalidad y le confió los secretos de la Gran Sociedad de Medicina. La ceremonia de iniciación está precedida por baños de sudor y consiste fundamentalmente en superar las influencias de los *manidos* malignos. También se instruye al iniciado en el arte de la curación y —a juzgar por la tercera ilustración del artículo de Hoffman— se le enseña a controlar las fuerzas que atraviesan los centros vitales del cuerpo humano. Aunque la cruz es un símbolo importante en los ritos del Midewiwin, cabe destacar que los sacerdotes *Mide* se negaron rotundamente a renunciar a su religión y convertirse al cristianismo.

piedra estaba caliente y que, si se sentaban en ella, morirían asados. Entonces, los príncipes de Xibalbá ordenaron a Hunahpú y a Xbalanqué que descansaran durante la noche en la Casa de las Sombras, con lo cual finalizó el primer grado de los Misterios de Xibalbá.

La segunda prueba tuvo lugar en la Casa de las Sombras, donde se entregó a cada candidato una antorcha de pino y un cigarro y les dijeron que tenían que mantener los dos encendidos durante toda la noche, a pesar de lo cual debían devolverlos a la mañana siguiente sin que se hubiesen consumido. Sabiendo que, si fracasaban en la prueba, la muerte era la alternativa, los jóvenes quemaron plumas de guacamayo en lu-

gar de las astillas de pino —se les parecen mucho— y también pusieron luciérnagas en el extremo de los cigarros. Al ver las luces, los que los vigilaban estaban seguros de que Hunahpú y Xbalanqué habían caído en la trampa, pero, al hacerse de día, las antorchas y los cigarros fueron devueltos a los guardias sin consumirse y todavía encendidos. Los príncipes de Xibalbá contemplaron con asombro y sobrecogimiento las astillas y los cigarros, porque era la primera vez que les eran devueltos intactos.

Se supone que la tercera prueba tuvo lugar en una cueva llamada la Casa de las Lanzas, donde, hora tras hora, los jóvenes se veían obligados a defenderse de los guerreros más fuertes y más hábiles, armados con lanzas. Hunahpú y Xbalanqué calmaron a los lanceros —que entonces dejaron de atacarlos— y concentraron su atención en la segunda parte de la prueba, que era la más difícil: presentar cuatro floreros con las flores más singulares, a pesar de que no les permitían salir del templo para recogerlas. Como los guardias no los dejaban pasar, los dos jóvenes pidieron ayuda a las hormigas: aquellas criaturas diminutas entraron en los jardines del templo y volvieron con las flores, de modo que a la mañana siguiente los floreros estaban llenos. Cuando Hunahpú y Xbalanqué presentaron las flores a los doce príncipes, estos, asombrados, se dieron cuenta de que les habían birlado las flores de su propio jardín particular. Consternados, los príncipes de Xibalbá se reunieron para encontrar la manera de destruir a aquellos neófitos intrépidos y de inmediato prepararon para ellos la prueba siguiente.

Para la cuarta prueba, hicieron entrar a los dos hermanos en la Casa del Frío, donde permanecieron toda la noche. Para los príncipes de Xibalbá, el frío de aquella cueva helada era insoportable y se la describe como «la morada de los vientos helados del Norte». No obstante, para protegerse de la influencia insensibilizadora del aire helado, Hunahpú y Xbalanqué encendieron fuegos con piñas, cuyo calor hizo huir de la cueva al espíritu del frío, de modo que, cuando amaneció, los jóvenes no estaban muertos, sino llenos de vida. Mayor incluso que antes fue el asombro de los príncipes de Xibalbá cuando Hunahpú y Xbalanqué volvieron a entrar en la sala de reuniones custodiados por sus guardianes.

La quinta prueba también fue de índole nocturna. Condujeron a Hunahpú y a Xbalanqué a una gran cámara, que de inmediato se llenó de tigres feroces, y los obligaron a permanecer allí durante toda la noche. Los jóvenes arrojaron huesos a los tigres, que los animales destro-

zaron con sus poderosas mandíbulas. Cuando los príncipes de Xibalbá miraron el interior de la Casa de los Tigres y vieron a los animales masticando los huesos, se dijeron los unos a los otros: «Por fin han aprendido (a conocer el poder de Xibalbá) y se han entregado a las bestias». Sin embargo, cuando al amanecer Hunahpú y Xbalanqué salieron ilesos de la Casa de los Tigres, los de Xibalbá exclamaron: «¿A qué raza pertenecen?», porque no comprendían cómo era posible que alguien se librara de la furia de los tigres. Entonces los príncipes de Xibalbá prepararon para los dos hermanos otra prueba.

La sexta prueba consistía en permanecer en la Casa del Fuego desde la puesta hasta la salida del sol. Hunahpú y Xbalanqué entraron en un aposento enorme dispuesto como un horno. Por todos lados surgían las llamas y el aire era sofocante; hacía tanto calor que los que entraban en la cámara solo sobrevivían unos momentos. Sin embargo, al amanecer, cuando se abrieron las puertas del horno, Hunahpú y Xbalanqué salieron sin que la furia de las llamas los hubiese chamuscado. Los príncipes de Xibalbá, al ver que aquellos dos jóvenes intrépidos habían sobrevivido a todas las pruebas que habían preparado para destruirlos, temieron que todos los secretos de Xibalbá cayeran en manos de Hunahpú y Xbalanqué, de modo que prepararon la última prueba, más terrible aún que todas las anteriores, seguros de que los jóvenes no resistirían aquella experiencia crucial.

La séptima prueba tuvo lugar en la Casa de los Murciélagos, donde, en un oscuro laberinto subterráneo, acechaban numerosas criaturas destructivas extrañas y detestables. Murciélagos inmensos aleteaban con tristeza por los corredores y colgaban con las alas plegadas de las esculturas de las paredes y los techos. Allí también vivía Camazotz, el Dios Murciélago, un monstruo horrible con cuerpo humano y alas y cabeza de murciélago. Camazotz llevaba una gran espada y, elevándose en la penumbra, decapitaba de un solo golpe de su hoja a los que vagaban desprevenidos tratando de atravesar aquellas cámaras aterradoras. Xbalanqué logró superar aquella prueba espantosa, pero Camazotz pilló a Hunahpú por sorpresa y le cortó la cabeza.

Posteriormente, Hunahpú recuperó la vida gracias a la magia y los dos hermanos, después de frustrar todos los intentos de acabar con su vida que hicieron los de Xibalbá, para vengar mejor el asesinato de Hun Hunahpú y Vucub Hunahpú, se dejaron quemar en una pira funeraria. Entonces, sus huesos pulverizados fueron arrojados a un río y de inmediato se convirtieron en dos grandes peces-hombres. Posterior-

mente cobraron la forma de unos ancianos vagabundos, bailaron para los habitantes de Xibalbá e hicieron extraños milagros. Por ejemplo, podían cortarse el uno al otro en pedazos y después, con una sola palabra, resucitarse, o quemaban casas por arte de magia y a continuación, en un instante, las reconstruían. La fama de los dos bailarines —en realidad se trataba de Hunahpú y Xbalanqué— finalmente llegó a oídos de los doce príncipes de Xibalbá, que, acto seguido, quisieron que los dos taumaturgos hicieran sus extrañas proezas frente a ellos. Hunahpú y Xbalanqué dieron muerte al perro de los príncipes y le devolvieron la vida, incendiaron el palacio real y lo reconstruyeron enseguida y dieron más muestras de sus poderes mágicos: entonces, el monarca de Xibalbá pidió a los magos que lo destruyeran y lo resucitaran a él también, de modo que Hunahpú y Xbalanqué asesinaron a los príncipes de Xibalbá, pero no los volvieron a la vida, con lo cual vengaron el asesinato de Hun Hunahpú y de Vucub Hunahpú. Aquellos héroes subieron después al cielo, donde se convirtieron en las luces celestiales.

Las claves de los Misterios de Xibalbá

«¿Acaso estas iniciaciones —escribe Le Plongeon— no nos recuerdan vívidamente lo que Henoch decía que veía en sus visiones? Aquella casa de cristal encendido, ardiente y fría como el hielo; aquel lugar donde estaban el arco de fuego, el carcaj con las flechas, la espada de fuego: aquel otro por el que tuvo que atravesar el arroyo murmurador y el río de fuego, y los extremos de la tierra, llenos de todo tipo de animales y aves inmensos o la morada en la que apareció uno de gran gloria sentado en la esfera del sol y, por último, aquel tamarindo situado en medio de la tierra, que —según le dijeron— era el árbol del Conocimiento, ¿no era similar al árbol de las calabazas que crecía en medio del camino en el cual los de Xibalbá colocaron la cabeza de Hun Hunahpú después de sacrificarlo por no haber superado la primera prueba de la iniciación? [...] Estas eran las pruebas atroces que los candidatos tenían que superar para iniciarse en los misterios sagrados en Xibalbá. ¿No parecen un equivalente exacto de lo que ocurría de forma más leve en la iniciación en los misterios eleusinos y también en los mayores misterios de Egipto, de los que eran una copia? ¿No recuerda acaso la enumeración de lo que los candidatos a los misterios de Xibalbá tenían que saber para ser admitidos [...], de las maravillosas proezas similares

que —según decían— tenían que realizar los mahatmas, los hermanos en India, y varios de los pasajes del Libro de Daniel, que había sido iniciado en los misterios de los caldeos, o los magos, que, según Eubulo, se dividían en tres clases o géneros, el máximo de los cuales era el de los más eruditos?» (Véase *Los misterios sagrados entre los mayas y quichés hace 11 500 años.*)

En sus notas introductorias al *Popol Vuh*, el doctor Guthrie presenta unos cuantos paralelismos importantes entre este libro sagrado de los quichés y las escrituras sagradas de otras grandes civilizaciones. En las pruebas que Hunahpú y Xbalanqué se ven obligados a superar encuentra la siguiente analogía con los signos del Zodíaco, según se utilizan en los Misterios de los egipcios, los caldeos y los griegos:

> Aries, al cruzar el río de lodo. Tauro, al cruzar el río de sangre. Géminis, al descubrir los dos muñecos disfrazados de reyes. Cáncer, la Casa de la Oscuridad. Leo, la Casa de las Lanzas. Virgo, la Casa del Frío (el habitual viaje al infierno). Libra, la Casa de los Tigres (la elegancia felina). Escorpio, la Casa del Fuego. Sagitario, la Casa de los Murciélagos, donde el dios Camazotz decapita a uno de los héroes. Capricornio, la quema en el cadalso (el fénix dual). Acuario, al arrojar sus cenizas a un río. Piscis, al convertirse sus cenizas en peces-hombres y recuperar después la forma humana.

Parecería más adecuado asignar el río de sangre a Aries y el de lodo a Tauro y no es en absoluto improbable que en la forma antigua de la leyenda el orden de los ríos estuviera invertido. La conclusión más asombrosa del doctor Guthrie es su intento de identificar a Xibalbá con el antiguo continente de la Atlántida. Para él, los doce príncipes de Xibalbá son los gobernantes del imperio atlante y en la destrucción de aquellos príncipes mediante la magia de Hunahpú y Xbalanqué encuentra una alegoría del final trágico de la Atlántida. Sin embargo, para el iniciado resulta evidente que la Atlántida no es más que una figura simbólica en la cual se presenta el misterio de los orígenes.

Preocupado fundamentalmente por los problemas de la anatomía mística, Pryse asocia los diversos símbolos que se describen en el *Popol Vuh* con los centros ocultos de la conciencia en el cuerpo humano. Por consiguiente, encuentra en la bola elástica la glándula pineal y en Hunahpú y Xbalanqué la doble corriente eléctrica que circula a lo largo de la columna vertebral. Lamentablemente, Pryse no tradujo la parte del *Popol Vuh* que trata directamente del ceremonial iniciático. Para él, Xibalbá es la esfera oscura o etérica que, según las enseñanzas de los Mis-

terios, estaba situada dentro del cuerpo del propio planeta. El cuarto libro del *Popol Vuh* concluye con la narración de la construcción de un templo majestuoso, completamente blanco, donde se conservaba una piedra adivinatoria negra y secreta, de forma cúbica. Gucumatz (o Quetzalcóatl) comparte muchos de los atributos del rey Salomón: el relato de la construcción del templo en el *Popol Vuh* recuerda la historia del Templo de Salomón y no cabe duda de que tiene un significado similar. Lo primero que impulsó a Brasseur de Bourbourg a estudiar los paralelismos religiosos del *Popol Vuh* fue el hecho de que el templo, junto con la piedra negra que contenía, se llamaba la Caabaha, un nombre con un parecido asombroso con el del Templo, o Kaaba, que contiene la piedra negra sagrada del islam.

Las hazañas de Hunahpú y Xbalanqué tienen lugar antes de que en realidad se cree la raza humana y, por ende, hay que considerarlas, fundamentalmente, misterios espirituales. Xibalbá representa, sin duda, el universo inferior de la filosofía caldea y la pitagórica; los príncipes de Xibalbá son los doce gobernantes del universo inferior, y los dos maniquíes que hay entre ellos se pueden interpretar como los dos signos falsos del Zodíaco, insertados en los cielos para que los Misterios astronómicos resulten incomprensibles para los profanos. El descenso de Hunahpú y Xbalanqué al reino subterráneo de Xibalbá, para lo cual cruzaron los ríos mediante puentes hechos con sus cerbatanas, presenta una leve analogía con el descenso de la naturaleza espiritual del hombre al cuerpo físico mediante determinados canales superfísicos que se pueden comparar con las cerbatanas o los tubos. La *sabarcan* también es un símbolo adecuado de la columna vertebral y el poder que reside dentro de su diminuta abertura central. Se invita a los dos jóvenes a jugar al «juego de la vida» con los dioses de la muerte y solo gracias a la ayuda del poder sobrenatural que les confieren los «sabios» pueden derrotar a aquellos señores sombríos. Las pruebas representan el alma que deambula por los reinos subzodiacales del universo creado, y que al final logren derrotar a los señores de la muerte representa el ascenso de la conciencia espiritual e iluminada desde la naturaleza inferior que se ha consumido por completo en el fuego de la purificación espiritual.

Si analizamos los símbolos que aparecen en las imágenes de sus sacerdotes y sus dioses, resulta evidente que los quichés poseían las claves del misterio de la regeneración. En el Volumen II de los *Anales del Museo Nacional de México* se reproduce la cabeza de una imagen que, según se cree en general, representa a Quetzalcóatl. La forma de escul-

pir tiene un carácter oriental inconfundible y en la coronilla aparecen tanto el sol de mil pétalos de la iluminación espiritual como la serpiente del fuego liberado de la columna. El *chakra* hindú es inconfundible y aparece a menudo en el arte religioso de las tres Américas. Uno de los monolitos esculpidos de América Central está adornado con la cabeza de dos elefantes con sus conductores. No han existido animales así en el hemisferio occidental desde tiempos prehistóricos y, evidentemente, las tallas son consecuencia del contacto con el lejano continente asiático. Entre los Misterios de los indios centroamericanos existe una doctrina sorprendente acerca de los mantos consagrados o —como les dicen en Europa— las capas mágicas. Como su esplendor era fatal para la vista humana, cuando los dioses se aparecían ante los sacerdotes iniciados se envolvían con aquellos mantos. La alegoría y la fábula son, asimismo, los mantos con los que se envuelve siempre la doctrina secreta. Una de estas capas mágicas de ocultación es el *Popol Vuh* y en lo más profundo de sus pliegues se encuentra el dios de la filosofía quiché. Las inmensas pirámides, templos y monolitos de América Central se pueden comparar también con los pies de los dioses, cuya parte superior se cubre con mantos mágicos de invisibilidad.

XLVI

Los misterios y sus emisarios

Aquel conocimiento divino que constituía el bien supremo de la clase sacerdotal pagana. ¿sobrevivió a la destrucción de sus templos? ¿Sigue estando al alcance de la humanidad o yace enterrado bajo la hojarasca de los siglos, sepultado dentro de los mismos santuarios que en otro tiempo se iluminaron con su esplendor? «En Egipto —escribe Orígenes—, los filósofos poseen un conocimiento sublime y secreto con respecto a la naturaleza de Dios.» ¿Qué quería decir Juliano cuando hablaba de las iniciaciones secretas en los Misterios sagrados del Dios de siete rayos, que elevaba las almas a la salvación a través de Su propia naturaleza? ¿Quiénes eran los benditos teúrgos que conocían aquellas profundidades sobre las cuales Juliano no se atrevía a hablar? Si aquella doctrina privada siempre se ocultó a las masas, para las cuales se había inventado un código más sencillo, ¿no es bastante probable que los exponentes de todos los aspectos de la civilización moderna —el filosófico, el ético, el religioso y el científico— ignorasen el verdadero significado de las teorías y los principios en los que se basan sus creencias? Las artes y las ciencias que la raza humana ha heredado de naciones más antiguas, ¿ocultan tras su exterior agradable un misterio tan grande que solo el intelecto más iluminado consigue captar su trascendencia? Así es, sin duda.

Para apoyar sus afirmaciones, Albert Pike, que ha reunido pruebas más que suficientes para demostrar la excelencia de las doctrinas promulgadas por los Misterios, cita los escritos de san Clemente de Alejandría, Platón, Epícteto, Proclo, Aristófanes y Cicerón, todos los cuales coinciden en alabar los elevados ideales de estas instituciones. Después

del testimonio rotundo de expertos tan acreditados como estos, no cabe ninguna duda razonable de que los iniciados de Grecia, Egipto y otros países antiguos poseían la solución correcta para los grandes problemas culturales, intelectuales, morales y sociales a los que —por no tenerlos resueltos— se enfrenta la humanidad en el siglo XX. El lector no debe interpretar que esta afirmación significa que la Antigüedad había previsto y analizado todas las complejidades de la actual generación, sino, más bien, que los Misterios habían desarrollado un método por el cual se entrenaba tanto la mente en las verdades fundamentales de la vida que era capaz de hacer frente con discernimiento a cualquier emergencia que surgiera. Por consiguiente, el raciocinio se organizaba mediante un proceso sencillo de cultura mental, porque se afirmaba que, donde impera la razón, no puede haber incoherencia. Se sostenía que la sabiduría eleva al hombre a la condición de divinidad, un hecho que explica la afirmación enigmática de que los Misterios transformaban a las «bestias salvajes en divinidades».

La preeminencia de un sistema filosófico solo se puede determinar por la excelencia de sus productos. Los Misterios han demostrado la superioridad de su cultura al dar al mundo mentes de tan abrumadora grandeza, almas de tal visión beatífica y vidas tan impecables que, incluso después de siglos, las enseñanzas de aquellos individuos siguen constituyendo los principios espirituales, intelectuales y éticos de la estirpe. Los iniciados de las diversas escuelas mistéricas del pasado en verdad forman una cadena de oro de superhombres y supermujeres que vinculan el cielo con la tierra. Son los eslabones de la «cadena de oro» homérica con la que Zeus se jactaba de poder atar las distintas partes del universo con la cumbre del Olimpo. Sin duda, los hijos de Isis forman un linaje ilustre: fundadores de ciencias y filosofías y patronos de artes y oficios, que, gracias a la trascendencia del poder que les ha concedido la divinidad, apoyan las estructuras de las religiones del mundo erigidas para rendirles homenaje. Aquellos maestros-iniciados, fundadores de doctrinas que han moldeado las vidas de incontables generaciones, dan fe de una cultura espiritual que siempre ha existido y siempre existirá como institución divina en el mundo de los hombres.

Quienes representan un ideal que escapa a la comprensión de las masas deben hacer frente a la persecución de la multitud irreflexiva, que carece del idealismo divino que inspira el progreso y del raciocinio que separa infaliblemente lo verdadero de lo falso. Por consiguiente, la suerte del maestro-iniciado casi siempre es desdichada. Pitágoras



DE *THEATRO MORAL DE LA VIDA HUMANA* DE VAENIUS

LA TABLA DE CEBES

Según una leyenda, la Tabla de Cebes, un diálogo entre Cebes y Gerundio, se basaba en una tabla antigua que había en el templo de Cronos en Atenas o en Tebas, que ilustraba todo el progreso de la vida humana. El autor de la Tabla de Cebes fue un discípulo de Sócrates que vivió en torno al 390 a. de C. El mundo se representa como una gran montaña. De la tierra que hay en su base proceden miles de criaturas humanas que ascienden en busca de la verdad y la inmortalidad. Por encima de las nubes que ocultan la cima de la montaña está lo que quieren conseguir los seres humanos: la verdadera felicidad. Las figuras y los grupos están dispuestos de la siguiente manera: 1) la puerta del muro de la vida; 2) el genio o la inteligencia; 3) el engaño; 4) las opiniones, los deseos y los placeres; 5) la fortuna; 6) los fuertes; 7) la disolución, la lujuria, la insaciabilidad, la adulación; 8) el pesar; 9) la tristeza; 10) el sufrimiento; 11) la pena; 12) la ira o la desesperación; 13) la casa de la desgracia; 14) el arrepentimiento; 15) la opinión verdadera; 16) la opinión falsa; 17) la doctrina falsa; 18) los poetas, los oradores, los geómetras, etcétera; 19) la disolución, la lascivia y la opinión; 20) el camino de la doctrina verdadera; 21) la continencia y la paciencia, 22) la doctrina verdadera; 23) la verdad y la persuasión; 24) la ciencia y las virtudes; 25) la felicidad; 26) el máximo (primer) placer del hombre prudente; 27) los holgazanes y los descarriados.

fue crucificado e incendiaron su universidad; a Hipatia la hicieron bajar de su carro y la descuartizaron; el recuerdo de Jacques de Molay sobrevive a las llamas que lo consumieron; Savonarola fue quemado en la plaza de Florencia; a Galileo lo obligaron a retractarse de rodillas; Giordano Bruno fue quemado por la Inquisición; Roger Bacon se vio obligado a llevar a cabo sus experimentos en la intimidad de su celda y a dejar su conocimiento oculto en clave; Dante Alighieri murió exiliado de la ciudad a la que amaba; Francis Bacon sobrellevó con paciencia el peso de la persecución; Cagliostro fue el hombre más vilipendiado de la era moderna: todo este linaje ilustre da fe interminable de la inhumanidad del hombre con el hombre. El mundo siempre ha sido propenso a aclamar a los imbéciles y a calumniar a sus pensadores. De vez en cuando se producen excepciones notables, como en el caso del conde de Saint Germain, un filósofo que sobrevivió a sus inquisidores y que, gracias a la mera trascendencia de su genialidad, alcanzó un puesto de relativa inmunidad. Sin embargo, ni siquiera tan ilustre conde —cuyo intelecto iluminado fue digno del homenaje del mundo— se libró de ser tildado de impostor, charlatán y aventurero. De esta larga lista de hombres y mujeres inmortales que han representado la Sabiduría Antigua ante el mundo, se han elegido tres como ejemplos destacados para estudiarlos en más detalle: la primera es la filósofa más ilustre de todos los tiempos; el segundo es el hombre más calumniado y perseguido desde el comienzo de la era cristiana, y el tercero es el exponente moderno mejor y más brillante de aquella Sabiduría Antigua.

Hipatia

Desde la cátedra de filosofía que antes había ocupado su padre, el matemático Teón, la inmortal Hipatia fue durante muchos años la figura principal de la escuela neoplatónica alejandrina. Famosa tanto por la profundidad de su saber como por el encanto de su personalidad, adorada por los habitantes de Alejandría y consultada con frecuencia por los magistrados de la ciudad, esta noble mujer destaca en las páginas de la historia como la más grande de los mártires paganos. Discípula particular del mago Plutarco y versada en las profundidades de la escuela platónica, Hipatia eclipsó con su argumentación y su estima pública a todos los defensores de las doctrinas cristianas del norte de Egipto. Aunque sus escritos desaparecieron cuando los musulmanes quemaron

la biblioteca de Alejandría, de las declaraciones de otros autores contemporáneos se pueden extraer algunos indicios de su naturaleza. Resulta evidente que Hipatia escribió un comentario sobre *Las aritméticas* de Diofante, otro sobre el canon astronómico de Ptolomeo y otro más sobre el *Tratado de las cónicas*, de Apolonio de Perga. Sinesio, obispo de Ptolemaida y gran amigo suyo, le escribió para que lo ayudara a construir un astrolabio y un hidroscopio. Los eruditos de muchas naciones reconocían la trascendencia de su intelecto y acudían en tropel a la academia en la que ella enseñaba.

Varios escritores han atribuido a las enseñanzas de Hipatia un espíritu cristiano; en realidad, ella disipó el velo de misterio del que se había rodeado el nuevo culto y disertaba con tanta claridad sobre sus principios más complicados que muchos de los nuevos conversos al cristianismo renunciaron a su fe para convertirse en discípulos suyos. Hipatia no solo demostró de forma categórica el origen pagano del cristianismo, sino que desenmascaró los supuestos milagros que los cristianos proponían como muestra del favor divino al demostrar las leyes naturales que controlaban tales fenómenos.

En aquella época, el patriarca de Alejandría era Cirilo, que posteriormente se hizo famoso como fundador de la doctrina de la Trinidad cristiana y fue canonizado por su fervor. Como veía en Hipatia una amenaza constante a la promulgación de la fe cristiana, él fue, al menos de forma indirecta, la causa de su trágico fin. A pesar de todos los esfuerzos posteriores por exonerarlo del estigma de su asesinato, no cabe duda de que no hizo ningún esfuerzo por impedir aquel crimen tan inmundo y brutal. El único atisbo de excusa que se podría ofrecer en su defensa es que, enceguecido por el fanatismo, Cirilo consideraba a Hipatia una hechicera aliada del demonio. En contraste con la excelencia general del resto de sus obras literarias, destaca la descripción pueril que hace Charles Kingsley del carácter de Hipatia en su libro homónimo. Sin excepción, las escasas referencias históricas a aquella filósofa virgen dan fe de su virtud, su integridad y su devoción absoluta a los principios de la Verdad y el Derecho.

Si bien es cierto que se puede absolver a las mejores cabezas de la cristiandad de aquella época de la acusación de *participes criminis*, sin lugar a dudas el odio implacable de Cirilo se contagió a los miembros más fanáticos de su fe, en particular a un grupo de monjes del desierto de Nitria, que, encabezados por Pedro el Lector, un hombre salvaje e ignorante, atacaron a Hipatia en plena calle, cuando se dirigía de la aca-

demia a su casa; hicieron bajar a la mujer indefensa de su carro y la condujeron al Cesáreo, donde la desnudaron y la golpearon con palos hasta matarla; a continuación la despellejaron con conchas de ostras y llevaron sus restos mutilados a un lugar llamado Cinareo donde los quemaron hasta reducirlos a cenizas.

Así murió en el año 415 la mayor iniciada de la Antigüedad y con ella cayó también la escuela neoplatónica de Alejandría. Es probable que el recuerdo de Hipatia perdure en la hagiolatría de la Iglesia católica en la persona de santa Catalina de Alejandría.

El conde de Cagliostro

El «divino» Cagliostro, en un momento dado el ídolo de París y poco después un prisionero solitario en las mazmorras de la Inquisición, pasó como un meteorito por la faz de Francia. Según las memorias que escribió mientras estuvo confinado en la Bastilla, Alessandro Cagliostro nació en Malta de una familia noble pero desconocida. Se crió y estudió en Arabia bajo la tutela de Altotas, un hombre muy versado en diversas ramas de la filosofía y la ciencia y también un maestro de las artes trascendentales. Si bien los biógrafos de Cagliostro por lo general se burlan de esta versión, no proponen en su lugar ninguna solución lógica como origen de su magnífica provisión de conocimiento arcano.

Fue calificado de impostor y charlatán, decían que sus milagros eran juegos de manos y hasta de su generosidad se sospechaba que tenía segundas intenciones: no cabe duda de que el conde de Cagliostro ha sido la persona más calumniada de la historia moderna. «La desconfianza —escribe W. R. H. Trowbridge— que siempre inspiran el misterio y la magia convirtieron a Cagliostro, con su personalidad fantástica, en blanco fácil de la calumnia. Tras haber sido acribillado a improperios hasta dejarlo irreconocible, digamos que el prejuicio —hijo adoptivo de la calumnia— se dedicó a lincharlo. Durante más de un centenar de años, su personalidad ha estado suspendida de la horca de la infamia y los *sbirri* de la tradición han lanzado una maldición sobre quienquiera que intentara bajarla de allí. Debe su fama a su destino. La historia no lo recuerda tanto por lo que hizo sino, más bien, por lo que le hicieron.» (Véase *Cagliostro, the Splendour and Misery of a Master of Magic.*)

Según la creencia popular, el verdadero nombre de Cagliostro era Giuseppe Balsamo y había nacido en Sicilia. Sin embargo, reciente-

mente ha surgido la duda de si esta creencia se ajusta a los hechos. Aún se podría demostrar, al menos en parte, que las diatribas acumuladas contra el desdichado conde iban dirigidas al hombre equivocado. Giuseppe Balsamo nació en 1743 de padres honrados, pero humildes. Desde su infancia manifestó tendencias egoístas, despreciables e incluso criminales y, tras una serie de aventuras, desapareció. Trowbridge (*loco citato*) presenta pruebas suficientes de que Cagliostro no era Giuseppe Balsamo, con lo cual se deshace de la peor acusación contra él. Tras haber pasado seis meses en prisión en la Bastilla, Cagliostro fue exonerado en el juicio de cualquier implicación en el robo del famoso «collar de la reina» y más adelante se demostró que en realidad había advertido al cardenal de Rohan del delito que se cometería. No obstante, a pesar de que el tribunal francés lo declaró inocente, con la intención de vilipendiar a Cagliostro, un pintor más talentoso que inteligente pintó un cuadro en el que aparecía con el collar fatídico en la mano. El juicio a Cagliostro ha sido llamado el prólogo de la Revolución francesa. La intensa animadversión contra María Antonieta y Luis XVI que originó aquel juicio estalló después como el desastre del reinado del terror. En su folleto titulado *Cagliostro and His Egyptian Rite of Freemasonry*, Henry R. Evans también defiende con habilidad a aquel hombre tan perseguido de las infamias vinculadas injustamente con su nombre.

Quienes han investigado con sinceridad los hechos en torno a la vida y la misteriosa «muerte» de Cagliostro defienden la opinión de que las mentiras que circulaban en su contra pueden tener su origen en las maquinaciones de la Inquisición, que de esa forma pretendía justificar su persecución. La acusación fundamental contra Cagliostro era que había intentado fundar una logia masónica en Roma; nada más. Todas las demás acusaciones son posteriores. Por algún motivo no revelado, el Papa conmutó la pena de muerte de Cagliostro por la de cadena perpetua, lo cual demuestra —por sí mismo— la consideración que le tenían incluso sus enemigos. Si bien se cree que su muerte se produjo varios años después en un calabozo de la Inquisición en el castillo de San Leo, es muy poco probable que así fuera. Se rumorea que huyó y, según una versión muy significativa, se refugió en India, donde sus talentos recibieron la apreciación que le negaron en una Europa tan politizada.

Después de crear su rito egipcio, Cagliostro anunció que, puesto que las mujeres habían sido admitidas en los Misterios antiguos, no había motivo para excluirlas de las órdenes modernas. La princesa de Lamballe aceptó gentilmente el cargo de maestra de honor de su socie-

dad secreta y en la velada de su iniciación estuvieron presentes los principales miembros de la corte francesa. La celebración fue tan brillante que llamó la atención de las logias masónicas de París, cuyos representantes manifestaron un deseo sincero por comprender los Misterios masónicos, eligieron como portavoz al docto orientalista Court de Gébelin e invitaron al conde de Cagliostro a asistir a una conferencia para contribuir a clarificar una serie de cuestiones importantes con respecto a la filosofía masónica. El conde aceptó la invitación.

El 10 de mayo de 1785, Cagliostro asistió a la conferencia convocada a tal fin y su fuerza y su sencillez le granjearon de inmediato la opinión favorable de toda la concurrencia. Bastaron apenas unas cuantas palabras para que Court de Gébelin se diera cuenta de que no estaba hablando con un mero colega, sino con alguien muy superior a él. Enseguida Cagliostro pronunció un discurso que resultó tan inesperado, tan diferente de lo que habían escuchado los reunidos hasta entonces que todos enmudecieron de asombro. Cagliostro declaró que la Rosa Cruz era el símbolo antiguo y auténtico de los Misterios y, tras una breve descripción de su simbolismo original, se puso a analizar el significado simbólico de las letras y predijo ante la asamblea el futuro de Francia de una forma gráfica que no dejó lugar a dudas de que el orador era un hombre perspicaz y con un poder sobrenatural. Mediante una distribución curiosa de las letras del alfabeto, Cagliostro predijo en detalle los horrores de la inminente revolución y la caída de la monarquía y describió minuciosamente el destino de los distintos miembros de la familia real. También profetizó la llegada de Napoleón y el comienzo del Primer Imperio. Hizo todo esto para demostrar lo que se puede conseguir por medio de un conocimiento superior.

Posteriormente, cuando fue arrestado y enviado a la Bastilla, Cagliostro escribió en el muro de su celda el siguiente mensaje críptico, que, cuando se interpreta, quiere decir: «En 1789, la Bastilla asediada será demolida por vosotros el 14 de julio de arriba abajo». Cagliostro fue el representante misterioso de los Caballeros Templarios, el iniciado rosacruz de cuya espléndida sabiduría da fe la profundidad del rito egipcio de la masonería. Por consiguiente, el conde de Cagliostro sigue siendo uno de los personajes más extraños de la historia: sus amigos creen que ha vivido desde siempre y que participó en las bodas de Caná, mientras que sus enemigos lo acusan de ser el diablo en persona. Alejandro Dumas describe con habilidad su capacidad profética en *El collar de la reina*. El mundo al que pretendía servir a su extraña manera

no lo aceptó, sino que, a lo largo de los siglos, ha seguido persiguiendo de forma implacable hasta la memoria de aquel adepto ilustre que, incapaz de llevar a cabo la gran labor que tenía entre manos, se hizo a un lado para favorecer a un compatriota suyo, que lo consiguió: el conde de Saint Germain.

El conde de Saint Germain

Durante la primera parte del siglo XVIII apareció en los círculos diplomáticos europeos la personalidad más desconcertante de la historia: un hombre cuya vida se acercaba tanto a ser sinónimo de misterio que el enigma de su verdadera identidad resultaba tan insoluble para sus contemporáneos como lo ha sido para los investigadores posteriores. El conde de Saint Germain era reconocido como el erudito y lingüista más destacado de su época. Sus logros versátiles abarcan desde la química y la historia hasta la poesía y la música. Tocaba varios instrumentos musicales con gran maestría y entre sus numerosas composiciones figura una ópera breve. También fue un pintor de una habilidad poco común y se cree que los notables efectos luminosos que creaba en el lienzo se debían a que mezclaba madreperla en polvo con sus pigmentos. Se ha distinguido en todo el mundo por su aptitud para reproducir en sus pinturas el brillo original de las piedras preciosas que aparecen en los trajes de sus modelos. Sus conocimientos lingüísticos rondaban lo sobrenatural. Hablaba alemán, inglés, italiano, portugués, español, francés con acento piamontés, griego, latín, sánscrito, árabe y chino con tanta fluidez que en cada país que visitaba lo tomaban por autóctono. Era ambidiestro hasta tal punto que podía escribir el mismo artículo con las dos manos al mismo tiempo. Cuando después se ponían los dos trozos de papel con una luz por detrás, lo escrito en una hoja cubría con exactitud, letra por letra, lo escrito en la otra.

Como historiador, el conde de Saint Germain poseía un conocimiento asombroso de todo lo que había ocurrido en los dos mil años anteriores y en sus recuerdos describía con gran lujo de detalles acontecimientos de siglos anteriores en los que había desempeñado un papel importante. Colaboró con Mesmer en el desarrollo de la teoría del mesmerismo y es muy probable que en realidad fuese el descubridor de dicha ciencia. Sus conocimientos de química eran tan profundos que era capaz de suprimir las fallas de los diamantes y otras piedras precio-

sas y en realidad así lo hizo, a petición de Luis XV, en 1757. También era reconocido como un crítico de arte sin parangón y a menudo lo consultaban acerca de pinturas atribuidas a los grandes maestros. Madame de Pompadour dio fe de que poseía el legendario elixir de la vida, porque ella descubrió —declaraba— que él había regalado a una dama de la corte cierto líquido inestimable que había tenido el efecto de conservarle su vivacidad juvenil y su belleza veinticinco años más de lo habitual.

La extraordinaria precisión de sus profecías lo hizo acreedor de no poca fama. Predijo para María Antonieta la caída de la monarquía francesa y también fue consciente del desdichado destino de la familia real varios años antes de que se produjera la revolución. Sin embargo, la prueba suprema del genio del conde fue su perspicacia para captar la situación política europea y la habilidad consumada con la que eludió las ofensivas de sus adversarios diplomáticos. Trabajó como agente secreto para varios gobiernos europeos —incluido el francés— y en todo momento llevaba cartas credenciales que le daban acceso a los círculos más exclusivos.

En su excelente monografía *The Comte de St.-Germain, the Secret of Kings*, la señora Cooper-Oakley enumera los principales nombres por los que se hizo pasar esta persona increíble entre 1710 y 1822. «Durante este período —escribe la autora—, tenemos a *monsieur* de Saint Germain como el marqués de Montferrat, el conde Bellamarre o Aymar en Venecia, el *Chevalier* Schoening en Pisa, el *Chevalier* Weldon en Milán y Leipzig, el conde Soltikoff en Génova y Leghorn, Graf Tzarogy en Schwalbach y Triesdorf, el *Prinz* Ragoczy en Dresde y el conde de Saint Germain en París, La Haya, Londres y San Petersburgo.» Resulta evidente que *monsieur* de Saint Germain adoptó todos estos nombres para poder cumplir su labor de agente secreto político, que fue —suponen los historiadores— la principal misión de su vida.

Se ha descrito al conde de Saint Germain como de mediana estatura, cuerpo bien proporcionado y facciones regulares y agradables. Tenía la tez algo morena y el cabello oscuro, aunque a menudo se lo empolvaba. Vestía con sencillez, por lo general de negro, pero la ropa le sentaba bien y era de calidad inmejorable. Aparentemente, le obsesionaban los diamantes y los llevaba no solo en anillos, sino también en el reloj y la cadena, la caja de rapé y en sus hebillas. En una ocasión, un joyero calculó que las hebillas de sus zapatos valían doscientos mil francos. En general se representa al conde como un hombre de mediana edad, sin arrugas y sin ningún trastorno físico. No comía carne ni bebía vino: en

realidad, pocas veces comía en presencia de terceros. Aunque algunos nobles de la corte francesa lo consideraban un charlatán y un impostor, Luis XV reprendió con severidad a un cortesano que hizo un comentario despreciativo acerca de él. La elegancia y la dignidad que caracterizaban su conducta, junto con su perfecto control de cada situación, daban fe del refinamiento y la cultura innatos de alguien que estaba en su ambiente. Aquella persona extraordinaria tenía, además, la sorprendente e impresionante habilidad de adivinar, hasta los más mínimos detalles, las preguntas que le harían incluso antes de que se formularan. Mediante algo similar a la telepatía, también era capaz de sentir cuándo era necesaria su presencia en alguna ciudad o estado lejanos y también se tiene constancia de que tenía el hábito asombroso no solo de aparecer en sus propios aposentos y en los de sus amigos sin recurrir al formalismo de usar la puerta, sino también de salir de ellos de la misma forma.

En sus viajes, *monsieur* de Saint Germain recorrió numerosos países. Durante el reinado de Pedro III estuvo en Rusia y entre los años 1737 y 1742 estuvo en la corte del sah de Persia como invitado de honor. Acerca de sus correrías, Una Birch escribe lo siguiente: «Los viajes del conde de Saint Germain abarcaban un período de muchos años y una gran variedad de países. De Persia a Francia y de Calcuta a Roma, era conocido y respetado. Horace Walpole habló con él en Londres en 1745; Clive lo conoció en India en 1756; *madame* d'Adhémar afirma que lo vio en París en 1789, cinco años después de su supuesta muerte, mientras que otras personas pretenden haber conversado con él a principios del siglo XIX. Gozaba de confianza e intimidad con los monarcas europeos y tenía el honor de ser amigo de muchas personas distinguidas de todas las nacionalidades. Hasta se lo menciona en las memorias y las cartas de aquella época y siempre como un hombre misterioso. Federico el Grande, Voltaire, *madame* de Pompadour, Rousseau, Chatham y Walpole —todos ellos lo conocieron en persona— compiten entre sí en cuanto a la curiosidad sobre sus orígenes. Sin embargo, durante las numerosas décadas en las que estuvo delante del mundo, nadie logró descubrir por qué apareció como agente jacobita en Londres, como conspirador en San Petersburgo, como alquimista y entendido en cuadros en París o como general ruso en Nápoles. [...] Una y otra vez se levanta el telón que envuelve sus acciones y se nos permite verlo tocando el violín en la sala de música de Versalles, cotilleando con Horace Walpole en Londres, sentado en la biblioteca de Federico el Grande en

Berlín o dirigiendo reuniones iluministas en cuevas a orillas del Rin». (Véase *The Nineteenth Century*, enero de 1908.)

En general, el conde de Saint Germain ha sido considerado una figura importante en las primeras actividades de los masones, a pesar de los esfuerzos reiterados —probablemente con segundas intenciones— por desacreditar su filiación masónica, de los cuales encontramos un ejemplo en un relato que se publicó en *The Secret Tradition in Freemasonry*, de Arthur Edward Waite. Este autor, después de hacer varios comentarios despectivos sobre él, añade a su artículo la reproducción de un grabado del otro conde de Saint Germain: aparentemente, no podía distinguir al gran iluminista del general francés. Falta aún determinar, fuera de toda duda, que el conde de Saint Germain no solo era masón, sino también templario; de hecho, en sus memorias, Cagliostro declara directamente que fue iniciado por Saint Germain en la orden de los Caballeros Templarios. Muchos de los personajes ilustres con los que se relacionaba el conde de Saint Germain eran masones distinguidos y se han conservado suficientes documentos acerca de las discusiones celebradas para demostrar que era un maestro de la tradición masónica. También resulta bastante seguro que estaba relacionado con los rosacruces y es posible que en realidad fuera el director de esta orden.

El conde de Saint Germain estaba muy familiarizado con los principios del esoterismo oriental. Practicaba el sistema de meditación y concentración oriental y en muchas ocasiones se lo había visto sentado con los pies cruzados y las manos flexionadas en la postura de un Buda hindú. Tenía un refugio en pleno Himalaya al que se retiraba de vez en cuando para alejarse del mundo. Una vez anunció que permanecería en India ochenta y cinco años y que después regresaría al ámbito de sus labores europeas. En varias oportunidades reconoció que obedecía las órdenes de un poder superior y mayor que él mismo. Lo que no dijo es que aquel poder superior era la escuela mistérica que lo había enviado al mundo para cumplir una misión determinada. El conde de Saint Germain y sir Francis Bacon son los dos principales emisarios enviados al mundo por la Hermandad Secreta en los últimos mil años.

El escritor teosófico E. Francis Udny cree que el conde de Saint Germain no era hijo del príncipe Rákóczy de Transilvania, sino que, por su edad, no podía ser otro que el propio príncipe, del cual se sabía que era de naturaleza mística y profundamente filosófica. El mismo autor cree que el conde de Saint Germain pasó por la «muerte filosófica», como Francis Bacon en 1626, como François Rákóczy en 1735 y como

conde de Saint Germain en 1784. También piensa que el conde de Saint Germain era el famoso conde de Gabalis y, como conde Hompesch, fue el último Gran Maestro de los Caballeros de Malta. Es bien sabido que muchos miembros de las sociedades secretas europeas han fingido la muerte por diversos motivos. El mariscal Ney, miembro de la Sociedad de Filósofos Desconocidos, se libró del pelotón de fusilamiento y, con el nombre de Peter Stuart Ney vivió y dio clases en un colegio de Carolina del Norte durante más de treinta años. En su lecho de muerte, P. S. Ney le contó al doctor Locke, el médico que lo atendía, que él era el mariscal Ney de Francia.

Al concluir un artículo sobre la identidad del inescrutable conde de Saint Germain, Andrew Lang escribió: «¿Murió de verdad Saint Germain en el palacio del príncipe Carlos de Hesse alrededor de 1780 o 1785? Por el contrario, ¿habrá huido de la prisión francesa en la que Grosley creyó haberlo visto durante la Revolución francesa? ¿Lo conoció lord Lytton en torno a 1860? [...] ¿Será él el misterioso asesor moscovita del Dalai Lama? ¿Quién sabe? Es una quimera de los autores de memorias del siglo XVIII». (Véase *Historical Mysteries*.)

Episodios de la historia de Estados Unidos

Muchas veces se ha planteado la pregunta de si la visión de la «Nueva Atlántida» de Francis Bacon habrá sido un sueño profético de la gran civilización que no tardaría en surgir en el Nuevo Mundo. No cabe duda de que las sociedades secretas europeas conspiraron para establecer en el continente americano «una nueva nación, concebida en libertad y consagrada al principio de que todos los hombres son iguales al nacer». En los primeros años de la historia de Estados Unidos tuvieron lugar dos incidentes que demuestran la influencia de aquel órgano silencioso que durante tanto tiempo ha dirigido los destinos de los pueblos y las religiones. Gracias a ellos se crean naciones como medios para promulgar ideales y, mientras las naciones son fieles a estos ideales, sobreviven, pero cuando se apartan de ellos, desaparecen como la vieja Atlántida, que había dejado de «conocer a los dioses».

En su tratado breve pero admirable titulado *Our Flag*, Robert Allen Campbell revive los detalles de un episodio oscuro pero sumamente importante de la historia estadounidense: el diseño de la bandera de las colonias en 1775. Interviene en el relato un hombre misterio-

so, acerca del cual lo único que se sabe es que era conocido tanto del general George Washington como del doctor Benjamin Franklin. Del tratado de Campbell se extrae la siguiente descripción:

> Aparentemente, era poco lo que se sabía con respecto a este anciano caballero y en el material a partir del cual se ha compilado esta narración su nombre no se menciona ni una sola vez, sino que siempre se lo nombra o se hace referencia a él como «el Profesor». Era evidente que superaba los setenta años y a menudo hablaba de acontecimientos históricos que habían ocurrido más de un siglo antes como si hubiera sido testigo de ellos, a pesar de lo cual se lo veía erguido, vigoroso y activo, fuerte como un roble y lúcido, tan robusto y lleno de energía en todo sentido como si estuviera en la flor de la vida. Era alto, de buena figura, desenvuelto y de modales elegantes y era, al mismo tiempo, cortés, refinado y autoritario. Para aquella época y teniendo en cuenta las costumbres de los colonos, tenía una forma de vivir bastante peculiar: no comía carne, aves ni pescado; no se alimentaba de nada que fuera verde, de ninguna raíz ni de nada que no estuviera maduro; no bebía bebidas alcohólicas, vino ni cerveza, sino que limitaba su dieta a los cereales y sus productos, a frutas que hubiesen madurado en la planta al sol, frutos secos, té suave y, para endulzar, miel, azúcar o melaza.
>
> Era muy educado, sumamente culto, dotado de amplia y variada información y muy estudioso. Dedicaba buena parte de su tiempo al estudio de una serie de libros viejos y manuscritos antiguos muy excepcionales, que parecía estar descifrando, traduciendo o reescribiendo. Jamás enseñaba a nadie aquellos libros y manuscritos, ni tampoco sus propios escritos, y ni siquiera los mencionaba en sus conversaciones con la familia, salvo de manera muy informal, y siempre los guardaba con cuidado bajo llave en un gran arcón pesado y anticuado de roble, de forma cúbica y recubierto de hierro, cada vez que salía de su habitación, aunque fuera para comer. A menudo daba largos paseos solo, se sentaba en la cima de las colinas vecinas o cavilaba en medio de los prados verdes y salpicados de flores. Gastaba su dinero —del que disponía en abundancia— con generosidad, pero sin derroche. Era un miembro de la familia tranquilo, aunque muy simpático e interesante, y en apariencia le gustaban todos los temas que surgían en la conversación. Era, en síntesis, una persona que no pasaba desapercibida y a la que todos respetaban, pocos conocían bien y a la que nadie se atrevía a interrogar acerca de sí misma, para averiguar de dónde procedía, cuánto tiempo se quedaría ni hacia dónde iría después.

Por algo más que mera coincidencia, el comité designado por el Congreso de las colonias para diseñar una bandera aceptó la invitación de la misma familia en cuya casa se alojaba el Profesor, en Cambridge. Fue allí donde el general Washington se reunió con ellos para elegir un emblema apropiado. Por los signos que intercambiaron entre ellos, era evidente que tanto el general Washington como el doctor Franklin reconocieron al Profesor, que fue invitado por unanimidad a participar

activamente en el comité. Durante la reunión posterior, el Profesor fue tratado con el máximo respeto y de inmediato se hizo todo lo que él sugirió. Presentó un modelo que consideraba adecuado simbólicamente para la nueva bandera, que fue aceptado sin dudar por los otros seis miembros del comité, que votaron para que la propuesta del Profesor fuera adoptada de inmediato. Después del episodio de la bandera, el Profesor desapareció discretamente y ya no se supo nada más de él.

¿Acaso el general Washington y el doctor Franklin reconocieron en el Profesor a un emisario de la escuela mistérica que durante tanto tiempo ha controlado los destinos políticos de nuestro planeta? Benjamin Franklin era filósofo y masón y, posiblemente, iniciado rosacruz. Él y el marqués de Lafayette —otro hombre misterioso— constituyen dos de los principales eslabones de la cadena de circunstancias que culminaron con el establecimiento de las primeras trece colonias americanas como una nación libre e independiente. Da buena fe de los logros filosóficos del doctor Franklin el *Poor Richard's Almanac*, publicado por él mismo durante muchos años con el nombre de Richard Saunders. También demuestra su interés por la causa de la masonería el hecho de que volviera a publicar la *Constitución de 1723* de Anderson, una obra peculiar y muy controvertida sobre el tema.

El segundo de estos episodios misteriosos se produjo durante la tarde del 4 de julio de 1776. En el viejo edificio de la legislatura estatal de Filadelfia se había reunido un grupo de hombres para la tarea memorable de cortar el último vínculo entre el país viejo y el nuevo. Era un momento serio y no pocos de los presentes temían que pagarían aquel atrevimiento con su vida. En pleno debate, resonó una voz fortísima; todos callaron y se volvieron a mirar al desconocido. ¿Quién era aquel hombre que de pronto había aparecido entre ellos y los había dejado paralizados con su oratoria? Nunca lo habían visto hasta entonces y nadie se había dado cuenta de su entrada, pero su elevada estatura y la palidez de su rostro los llenaron de un respeto reverencial. Con el fervor sagrado que resonaba en su voz, el desconocido los conmovió hasta el alma. Sus últimas palabras se oyeron en todo el edificio: «¡Dios ha concedido a América la libertad!». Cuando el desconocido se hundió exhausto en un sillón, estalló un entusiasmo desenfrenado. Se volcaron en el pergamino un nombre tras otro y así se firmó la declaración de la independencia, pero ¿dónde estaba el hombre que había precipitado la consecución de aquella tarea inmortal, que por un momento había alzado el velo de los ojos de los reunidos y les había revelado al menos

una parte del gran propósito para el cual fue concebida la nueva nación? Había desaparecido y jamás se lo volvió a ver ni se pudo determinar su identidad. Aquel episodio es comparable con otros similares mencionados por los historiadores antiguos con respecto a la fundación de todas las naciones nuevas. ¿Son meras coincidencias o demuestran que la sabiduría divina de los Misterios antiguos sigue presente en el mundo para servir a la humanidad como antes?

XLVII
Conclusión

Filipo, rey de Macedonia, con la ambición de conseguir un maestro capaz de impartir las ramas superiores del conocimiento a su hijo de catorce años, Alejandro, y con el deseo de que el príncipe tuviera por mentor al más famoso y erudito de los grandes filósofos, decidió ponerse en contacto con Aristóteles y envió al sabio griego la carta siguiente: «Filipo saluda a Aristóteles. Sabed que tengo un hijo. Doy a los dioses muchas gracias, no tanto por su nacimiento como porque haya nacido en vuestro tiempo, porque espero que, si es educado e instruido por vos, será digno de nosotros dos y del reino que heredará». Aristóteles aceptó la invitación de Filipo, viajó a Macedonia en el cuarto año de la centésima octava olimpiada y permaneció ocho años como tutor de Alejandro. El afecto del joven príncipe por su instructor llegó a ser tan grande como el que sentía por su padre. Decía que su padre le había dado el ser, pero que Aristóteles le había enseñado a saber ser.

Aristóteles transmitió a Alejandro Magno los principios básicos de la Sabiduría Antigua y a los pies del filósofo el joven macedonio se dio cuenta de la trascendencia del conocimiento griego, personificado en el discípulo inmortal de Platón. Elevado por su maestro iluminado al umbral de la esfera filosófica, contempló el mundo de los sabios, un mundo que no llegaría a conquistar por culpa del destino y de las limitaciones de su propia alma.

En sus horas libres, Aristóteles corrigió y agregó notas explicativas a la *Ilíada* de Homero, y presentó el volumen acabado a Alejandro. El joven conquistador apreciaba tanto aquel libro que lo llevaba consigo en todas sus campañas. Cuando derrotó a Darío, descubrió en medio

del botín un espléndido cofre de ungüentos tachonado de piedras preciosas: arrojó al suelo su contenido y declaró que por fin había encontrado un estuche digno de la edición de la *Ilíada* de Aristóteles.

Durante su campaña en Asia. Alejandro se enteró de que Aristóteles había publicado uno de sus discursos más preciados y aquello apenó mucho al joven rey. En consecuencia, a Aristóteles, el conquistador de lo desconocido, Alejandro, el conquistador de lo conocido, envió una carta desafortunada y llena de reproches en la que reconocía que la pompa y el poder mundanos no eran suficientes: «Alejandro saluda a Aristóteles. Has hecho mal en publicar aquellas ramas de la ciencia que hasta ahora no se podían adquirir si no era por instrucción oral. ¿Cómo aventajaré a los demás si el conocimiento más profundo que he obtenido de ti está al alcance de cualquiera? Por mi parte, prefiero superar a la mayoría de la humanidad en las ramas más sublimes del saber que en el alcance del poder y el dominio. Adiós». La recepción de esta carta asombrosa no tuvo consecuencias en la apacible vida de Aristóteles, quien respondió que, a pesar de haber comunicado el discurso a las multitudes, nadie que no lo hubiera escuchado pronunciarlo (que careciera de comprensión espiritual) podría captar su verdadera importancia.

Pocos años después, Alejandro Magno pasó a mejor vida y junto con su cuerpo se desmoronó la estructura del imperio erigido en torno a su personalidad. Un año después, Aristóteles también entró en aquel mundo superior sobre cuyos misterios tanto había conversado con sus discípulos en el Liceo. Sin embargo, así como Aristóteles superaba a Alejandro en vida, también lo superó en la muerte, porque, aunque su cuerpo se descompuso en una tumba ignota, el gran filósofo siguió vivo en sus logros intelectuales. Siglo tras siglo le rindieron un homenaje agradecido y todas las generaciones reflexionaron sobre sus teoremas hasta que, por la mera trascendencia de su raciocinio, Aristóteles —«el maestro de los que saben», como le decía Dante— llegó a ser el verdadero conquistador del mundo que Alejandro había tratado de someter con la espada.

De este modo queda demostrado que para apoderarse de un hombre no basta con esclavizar su cuerpo, sino que es necesario conseguir su razón, y que para liberar a un hombre no basta con abrir los grilletes que le sujetan las extremidades, sino que hay que liberar su mente de la esclavitud de su propia ignorancia. La conquista física siempre fracasa, porque, al generar odio y disensión, alienta a la mente a vengar al cuerpo ultrajado; sin embargo, todos los hombres se ven obligados, ya sea

voluntaria o involuntariamente, a obedecer al intelecto en el cual reconocen cualidades y virtudes superiores a las propias. Que la cultura filosófica de la antigua Grecia, Egipto e India superaba a la del mundo moderno es algo que todos deben admitir, hasta los modernistas más empedernidos. La época dorada de la estética, el intelectualismo y la ética griega jamás ha sido igualada desde entonces. El verdadero filósofo pertenece al orden más noble de seres humanos y la nación o raza que haya sido bendecida con la posesión de pensadores iluminados es, sin duda, afortunada y su nombre se recordará gracias a ellos. En la famosa escuela pitagórica de Crotona, la filosofía se consideraba indispensable para la vida del hombre. Si alguien no comprendía la dignidad del raciocinio, no se podía decir que estuviera vivo de verdad; por eso, cuando por su perversidad innata algún miembro se retiraba voluntariamente o era expulsado de la fraternidad filosófica, se le ponía una lápida en el cementerio comunitario, porque quien abandonase las actividades intelectuales y éticas para volver a ingresar en la esfera material, con sus ilusiones de los sentidos y su falsa ambición, se consideraba muerto para la esfera de la realidad. La vida representada por la esclavitud de los sentidos era, para los pitagóricos, la muerte espiritual, mientras que para ellos la vida espiritual era la muerte en el mundo de los sentidos.

La filosofía otorga vida, porque revela la dignidad y el propósito de la vida. El materialismo otorga muerte, porque embota o nubla las facultades del alma humana que deberían responder a los impulsos vivificantes del pensamiento creativo de la virtud enaltecedora. ¡Cuán por debajo de estos principios están las leyes por las que nos regimos los hombres en el siglo XX! Hoy el hombre, una criatura sublime con una capacidad infinita de autosuperación, en su esfuerzo por ser fiel a principios falsos, se aparta de su derecho inalienable al conocimiento —sin darse cuenta de las consecuencias— y cae en la vorágine de la ilusión material. Dedica el período precioso de sus años terrenales al esfuerzo penosamente inútil de establecerse como un poder imperecedero en un reino de cosas perecederas. Poco a poco va desapareciendo de su mente objetiva el recuerdo de su vida como ser espiritual y concentra todas sus facultades parcialmente despiertas en el hervidero de la colmena de la laboriosidad, que, en un momento dado, llega a ser para él la única realidad. Desde las elevadas alturas de su egoísmo, se hunde poco a poco en las sombrías profundidades de la fugacidad. Cae al nivel de las bestias y de forma animal masculla los problemas que surgen de su conocimiento insuficiente del plan divino. Aquí, en la confusión chillona

de un gran infierno industrial, político y comercial, los hombres se retuercen en medio del dolor que se provocan ellos mismos y, tendiendo las manos hacia las nieblas que se arremolinan, tratan de agarrar y de sujetar los fantasmas grotescos del éxito y el poder.

Desconocedor de la causa de la vida, desconocedor de la finalidad de la vida y desconocedor de lo que hay más allá del misterio de la muerte, aunque posee en su interior la respuesta a todas estas preguntas, el hombre está dispuesto a sacrificar lo hermoso, lo verdadero y lo bueno que hay dentro y fuera de sí mismo sobre el altar sangriento de la ambición mundana. El mundo de la filosofía —aquel jardín hermoso del pensamiento en el cual viven los sabios, unidos por el vínculo de la fraternidad— desaparece de la vista y en su lugar surge un imperio de piedra, acero, humo y odio, un mundo en el cual millones de criaturas potencialmente humanas corretean de aquí para allá en un esfuerzo desesperado por existir y, al mismo tiempo, mantener la inmensa institución que han levantado y que, como un poderoso gigante, retumba inevitablemente hacia un fin desconocido. En este imperio material que el hombre erige con la vana creencia de que puede eclipsar el reino de los celestiales, todo se convierte en piedra. Fascinado por el oropel del triunfo, el hombre contempla fijamente el rostro de la codicia, que, cual Medusa, lo deja petrificado.

En este período comercial, lo único que interesa a la ciencia es clasificar el conocimiento físico e investigar las partes temporales e ilusorias de la naturaleza. Los descubrimientos que considera prácticos se limitan a sujetar más estrechamente al hombre con los lazos de la limitación física. Hasta la religión se ha vuelto materialista: la belleza y la dignidad de la fe se miden mediante pilas inmensas de mampostería, la cantidad de propiedades inmobiliarias o el balance financiero. La filosofía, que conecta el cielo con la tierra como una escalera imponente, cuyos peldaños han subido los iluminados de todos los tiempos hasta llegar a la presencia viva de la Realidad... Hasta la filosofía se ha convertido en un cúmulo prosaico y heterogéneo de nociones contradictorias. Ya nada queda de su belleza, su dignidad ni su trascendencia. Como otras ramas del pensamiento humano, se ha vuelto materialista —«práctica»— y sus actividades están tan controladas que tal vez hasta contribuyan a levantar este mundo moderno de piedra y acero.

En las filas de los llamados eruditos está surgiendo un nuevo orden de pensadores, que mejor habría que llamar la Escuela de los Sabios Mundanos. Después de llegar a la increíble conclusión de que ellos

eran la sal intelectual de la tierra, estos hombres de letras se han designado los jueces definitivos de todo conocimiento, tanto humano como divino. Este grupo sostiene que todos los místicos debían de ser epilépticos y la mayoría de los santos, neuróticos. Declara que Dios es una invención de la superstición primitiva, que el universo se creó sin ninguna intención determinada, que la inmortalidad es producto de la imaginación y que un individuo excepcional no es más que una combinación fortuita de células. Según ellos, Pitágoras estaba mal de la cabeza, Sócrates tenía fama de borracho, a san Pablo le daban ataques, Paracelso era un curandero infame, el conde de Cagliostro, un embaucador y el conde de Saint Germain, el mayor sinvergüenza de la historia.

¿Qué tienen en común los conceptos elevados de los redentores y los sabios iluminados del mundo con estos productos atrofiados y distorsionados del «realismo» de este siglo? En todo el mundo, los hombres y las mujeres oprimidos por los sistemas culturales desalmados del presente piden a gritos el regreso de la época desterrada de la belleza y la ilustración, de algo práctico en el sentido más elevado del término. Unos pocos empiezan a darse cuenta de que la llamada civilización en su forma actual está en su punto de fuga, que la frialdad, lo despiadado, el comercialismo y la eficacia material no son prácticos y que lo único que vale realmente la pena es lo que brinda la oportunidad de expresar amor e idealismo. Todo el mundo busca la felicidad, pero nadie sabe dónde buscarla. Los hombres deben aprender que la felicidad corona la búsqueda de conocimiento del alma. Solo en la realización de la infinita bondad y la infinita consecución se puede garantizar la paz interior. A pesar del egocentrismo humano, hay algo en la mente del hombre que quiere llegar a la filosofía; no a este o a aquel código filosófico, sino simplemente a la filosofía en su sentido más amplio y completo.

Tienen que resurgir las grandes instituciones filosóficas del pasado, porque son las únicas que pueden rasgar el velo que separa el mundo de las causas del de los efectos. Solo los Misterios —aquellas escuelas sagradas de sabiduría— pueden revelar a una humanidad luchadora un universo más grande y más glorioso que es el verdadero hogar del ser espiritual llamado hombre. La filosofía moderna ha fracasado, porque para ella el pensamiento no es más que un proceso intelectual. El pensamiento materialista es un código de vida tan desesperado como el propio comercialismo. La capacidad de pensar certeramente es lo que redime a la humanidad. Los redentores mitológicos e históricos de todos los tiempos fueron personificaciones de dicha capacidad. Quien tie-

ne un poco más de racionalidad que su prójimo está mejor que este. Al que actúa en un plano más elevado de racionalidad que el resto del mundo lo llaman el pensador más grande. Al que actúa en un plano inferior lo consideran bárbaro. Por consiguiente, el desarrollo racional relativo es el verdadero indicador del estado evolutivo del individuo.

En síntesis, la verdadera finalidad de la filosofía antigua era descubrir un método que permitiera acelerar la evolución de la naturaleza racional, para no tener que esperar los procesos naturales, que son más lentos. Aquella fuente suprema de poder, aquella obtención de conocimiento, aquel despliegue del dios interior queda oculto bajo la afirmación epigramática de la vida filosófica. Aquella era la clave de la Gran Obra, el misterio de la piedra filosofal, porque significaba que se había conseguido la transmutación alquímica. Por consiguiente, la filosofía antigua era, en primer lugar, la forma de vivir la vida: en segundo lugar, un método intelectual. El único que puede llegar a convertirse en filósofo en el sentido supremo es aquel que vive la vida filosófica. Lo que el hombre vive es lo que llega a conocer. Por consiguiente, un gran filósofo es aquel que dedica por entero los tres aspectos de su vida —el físico, el mental y el espiritual— a su racionalidad, que está presente en todos ellos.

La naturaleza física, la emocional y la mental del hombre brindan medios de provecho o detrimento recíprocos entre ellas. Como la naturaleza física es el entorno inmediato de la mental, la única mente capaz de un pensamiento racional es la que está entronizada en una constitución material armoniosa y sumamente refinada. Por consiguiente, la acción correcta, el sentimiento correcto y el pensamiento correcto son requisitos previos para el conocimiento correcto y la obtención del poder filosófico es algo que solo está al alcance de los que han armonizado su pensamiento con su manera de vivir. Los sabios, por lo tanto, declaran que nadie puede llegar al máximo en la ciencia del conocimiento hasta que no ha llegado al máximo en la ciencia del vivir. El poder filosófico es el producto natural de la vida filosófica. Así como una existencia física intensa hace hincapié en la importancia de los objetos físicos o el ascetismo metafísico monástico establece la conveniencia del estado de éxtasis, la total concentración filosófica conduce la conciencia del pensador hacia la más elevada y noble de las esferas: el mundo filosófico o racional puro.

En una civilización preocupada fundamentalmente por conseguir los extremos de la actividad temporal, el filósofo representa el intelecto

equilibrador que puede evaluar y conducir el desarrollo cultural. Establecer un ritmo filosófico en la naturaleza de un individuo por lo general requiere entre quince y veinte años. Durante todo este período, los discípulos de antaño eran sometidos constantemente a la disciplina más severa. Cada actividad de la vida se iba desconectando poco a poco de otros intereses y se focalizaba en la parte racional. En el mundo antiguo había otro factor más vital, que intervenía en la producción de intelectos racionales y que escapa por completo a la comprensión de los pensadores modernos: a saber: la iniciación en los Misterios filosóficos. Un hombre que hubiese demostrado su peculiar aptitud mental y espiritual era aceptado en el conjunto de los cultos y se le revelaba la herencia inestimable de la tradición arcana, preservada de generación en generación. Aquella herencia de la verdad filosófica es el tesoro incomparable de todos los tiempos y cada uno de los discípulos admitidos en aquellas hermandades de sabios hacía, a su vez, su aportación individual a aquella reserva del conocimiento secreto.

La única esperanza del mundo es la filosofía, porque todas las penas de la vida moderna se deben a la falta de un código filosófico adecuado. Los que perciben al menos en parte la dignidad de la vida no pueden por menos que darse cuenta de la superficialidad aparente en las actividades de esta época. Bien se ha dicho que nadie triunfará mientras no desarrolle su filosofía de vida. Tampoco alcanzará la verdadera grandeza ninguna raza ni ninguna nación, mientras no formule una filosofía adecuada ni dedique su existencia a una política coherente con ella. Durante la guerra mundial, cuando la llamada civilización arrojó la mitad de sí misma contra la otra mitad en un arrebato de odio, los hombres destruyeron sin piedad algo más precioso incluso que la vida humana: borraron los recuerdos del pensamiento humano que pueden dirigir la vida con inteligencia. En verdad declaró Mahoma que la tinta de los filósofos era más preciosa que la sangre de los mártires. Documentos inestimables, constancias de logros inapreciables, conocimientos basados en siglos de observación y experimentación pacientes por los elegidos de la tierra: todos fueron destruidos, casi sin el menor reparo. ¿Qué era el conocimiento, qué eran la verdad, la belleza, el amor, el idealismo, la filosofía o la religión, en comparación con el deseo del hombre de controlar un punto infinitesimal en los campos del cosmos durante un fragmento de tiempo inestimablemente diminuto? Tan solo por la ambición de satisfacer algún capricho o impulso, el hombre arrancaría de raíz el universo, aun sabiendo que al cabo de po-

cos años deberá partir y dejar para la posteridad todo lo que ha tomado, como una vieja causa que será objeto de nuevas discusiones.

La guerra, prueba irrefutable de la irracionalidad, sigue ardiendo en el corazón de los hombres y no puede morir hasta que no se supere el egoísmo humano. Armada con invenciones variopintas y elementos destructivos, la civilización continuará su lucha fratricida en los siglos venideros; sin embargo, en la mente del hombre está naciendo un gran temor: el temor de que, con el tiempo, la civilización se destruya en una gran lucha catastrófica. Entonces habrá que volver a representar el drama eterno de la reconstrucción. De las ruinas de la civilización que desapareció al morir su idealismo, algún pueblo primitivo que sigue todavía en el vientre del destino deberá construir un nuevo mundo. En previsión de las necesidades de ese momento, los filósofos de todos los tiempos desean que, en la estructura del nuevo mundo, se incorpore lo más verdadero y lo mejor de todo lo que ha habido antes. Es una ley divina que la suma de los logros anteriores sea la base de cada nuevo orden de cosas. Hay que preservar los grandes tesoros filosóficos de la humanidad. Podemos dejar que se deteriore lo que es superficial, pero lo que es fundamental y esencial debe permanecer, a cualquier precio.

Los platónicos distinguían dos formas fundamentales de ignorancia: la simple y la compleja. La ignorancia simple no es más que la falta de conocimiento y es común a todas las criaturas que existieron después de la primera causa, la única que tiene la perfección del conocimiento. La ignorancia simple es un factor que está siempre activo y que empuja al alma para seguir tratando de conseguir más conocimientos. Del estado virginal de desconocimiento surge el deseo de tomar conciencia, que da como resultado la mejora del estado mental. El intelecto humano siempre está rodeado de formas de existencia que van más allá de la valoración de sus facultades desarrolladas solo en parte. En este ámbito de objetos no comprendidos hay una fuente infalible de estímulos mentales. Por consiguiente, del esfuerzo de hacer frente de forma racional al problema de lo desconocido con el tiempo acaba surgiendo la sabiduría.

En este análisis, la causa última es la única que se puede considerar sabia, o, para decirlo en términos más sencillos, solo Dios es bueno. Sócrates decía que el conocimiento, la virtud y la utilidad eran uno con la naturaleza innata de la bondad. El conocimiento es una condición del saber; la virtud es una condición del ser, y la utilidad es una condición del hacer. Si para nosotros la sabiduría es sinónimo de completitud mental, resulta evidente que un estado así solo puede existir en la tota-

lidad, porque lo que es menos que el Todo no puede poseer la plenitud de la Totalidad. Ninguna parte de la creación está completa: por consiguiente, todas las partes son imperfectas en la medida en que no llegan a la totalidad. Cuando hay incompletitud, se deduce que debe de haber ignorancia, porque cada parte, aunque sea capaz de conocerse a sí misma, no puede ser consciente del Yo de las demás partes. Filosóficamente, el crecimiento desde el punto de vista de la evolución humana es un proceso que va de lo heterogéneo a lo homogéneo. Con el tiempo, por consiguiente, la conciencia aislada de los fragmentos individuales se vuelve a unir para convertirse en la conciencia completa del Todo. Entonces y solo entonces, la condición de lo omnisciente se vuelve una realidad absoluta.

De este modo, todas las criaturas son relativamente ignorantes y, al mismo tiempo, relativamente sabias; relativamente nada y, sin embargo, relativamente todo. El microscopio revela al hombre su significancia y el telescopio, su insignificancia. Por medio de las eternidades de la existencia, el hombre va aumentando poco a poco tanto su sabiduría como su comprensión; su conciencia creciente va incluyendo más de lo externo dentro de la zona del ser. Incluso en su estado actual de imperfección, el hombre se va dando cuenta de que nunca puede ser verdaderamente feliz mientras no sea perfecto y que de todas las facultades que contribuyen a su autoperfección ninguna iguala en importancia al intelecto racional. A través del laberinto de la diversidad, solo la mente iluminada puede y debe conducir el alma hacia la luz perfecta de la unidad.

Además de la ignorancia simple, que es el factor más potente del desarrollo mental, hay otra ignorancia mucho más peligrosa y sutil. Esta segunda forma, llamada ignorancia doble o compleja, se puede definir brevemente como la ignorancia de la ignorancia. Al adorar al sol, la luna y las estrellas y al ofrecer sacrificios a los vientos, el salvaje primitivo trataba de propiciar a sus dioses desconocidos con fetiches rudimentarios. Vivía en un mundo lleno de maravillas que no comprendía. Ahora se alzan grandes ciudades en los lugares por donde antes deambulaban los hombres primitivos. La humanidad ya no se considera rudimentaria ni aborigen. El espíritu de la maravilla y el sobrecogimiento ha sido sustituido por el de la sofisticación. En la actualidad, el hombre adora sus propios logros y, o bien relega al fondo de su conciencia las inmensidades del tiempo y el espacio, o no las tiene en cuenta en absoluto.

El siglo XX convierte la civilización en su fetiche y se abruma con sus propias invenciones; hasta se inventa sus propios dioses. La huma-

nidad ha olvidado lo infinitesimal. lo efímera y lo ignorante que es en realidad. Se ha burlado de Ptolomeo, porque para él la tierra era el centro del universo. y la civilización moderna parece basarse en la hipótesis de que el planeta tierra es la más permanente e importante de todas las esferas celestes y que los dioses contemplan fascinados. desde sus tronos estelares, los acontecimientos monumentales y excepcionales que ocurren en este hormiguero esférico y caótico.

A lo largo de las épocas, el hombre ha trabajado sin descanso para construir ciudades que pueda gobernar con pompa y poderío, como si una cinta de oro o diez millones de vasallos pudieran elevarlo por encima de la dignidad de sus propios pensamientos y hacer que el brillo de su cetro sea visible hasta las estrellas más lejanas. Mientras este planeta diminuto gira en su órbita en el espacio, lleva consigo alrededor de dos mil millones de seres humanos que viven y mueren ajenos a la existencia inconmensurable que hay más allá del bulto en el que viven. En comparación con la infinitud del tiempo y el espacio, ¿qué son los magnates de la industria o los amos de las finanzas? Si uno de estos plutócratas prosperara hasta gobernar toda la tierra, ¿qué sería sino un déspota insignificante sentado en un grano de polvo cósmico?

La filosofía revela al hombre su similitud con la Totalidad. Le enseña que es hermano de los soles que salpican el firmamento y, de ser un contribuyente sobre un átomo que gira, lo eleva a ciudadano del cosmos. Le enseña que. aunque físicamente esté vinculado a la tierra (de la cual forman parte su sangre y sus huesos), existe en su interior un poder espiritual, un Yo más divino, a través del cual se unifica con la sinfonía del Todo. La ignorancia de la ignorancia, pues, es el estado autosatisfecho de inconsciencia en el cual el hombre, que no sabe nada fuera de la zona limitada de sus sentidos físicos, declara, todo engreído, que no hay nada más que conocer. Quien no conoce más vida que la física solo es ignorante, pero quien declara que la vida física es lo más importante y la eleva al puesto de la realidad suprema es ignorante de su propia ignorancia.

Si el Infinito no hubiese querido que el hombre se volviera sabio, no le habría otorgado la facultad de conocer. Si no hubiese querido que el hombre fuera virtuoso, no habría sembrado en el corazón humano las semillas de la virtud. Si hubiese predestinado al hombre a limitarse a su pobre vida física, no le habría proporcionado percepciones ni sensibilidades que le permitiesen captar, al menos en parte, la inmensidad del universo exterior. Los que proclaman la filosofía convocan a todos los

hombres a una camaradería espiritual, a una fraternidad de pensamiento, a una asamblea de Yos. La filosofía invita a todos los hombres a salir de la inutilidad del egoísmo, de la pesadumbre de la ignorancia y de la desesperación de la mundanalidad, de la parodia de la ambición y de las crueles garras de la codicia, del infierno rojo del odio y de la tumba fría del idealismo improductivo.

La filosofía conduciría a todos los hombres hacia las perspectivas amplias y serenas de la verdad, porque el mundo de la filosofía es una tierra de paz, en la cual tienen oportunidad de expresarse las mejores cualidades acumuladas dentro de cada alma humana. Aquí se enseñan a los hombres las maravillas de las briznas de hierba; cada palo y cada piedra están dotados de palabra y revelan el secreto de su ser. Toda la vida, bañada en el resplandor del entendimiento, se convierte en una realidad hermosa y maravillosa. De las cuatro esquinas de la creación brota un cántico fortísimo de júbilo, porque aquí, a la luz de la filosofía, se revela la finalidad de la existencia: la sabiduría y la bondad que impregnan el Todo se vuelven evidentes hasta para el intelecto imperfecto del hombre. El corazón anhelante de la humanidad encuentra aquí la camaradería que extrae de los lugares más recónditos del alma esa gran reserva de bondad que allí reside, como el metal precioso en una veta escondida en las profundidades.

Siguiendo el camino que señalan los sabios, quien busca la verdad llega finalmente a la cima del monte de la sabiduría y, al mirar hacia abajo, contempla el panorama de la vida que se extiende ante él. Las ciudades de las planicies no son más que motitas y por todas partes el horizonte queda oculto tras la bruma gris de lo Desconocido. Entonces el alma se da cuenta de que la sabiduría reside en la amplitud de miras y se incrementa en función de la perspectiva. Entonces, como los pensamientos del hombre lo elevan hacia el cielo, las calles se pierden en ciudades, las ciudades en naciones, las naciones en continentes, los continentes en la tierra, la tierra en el espacio y el espacio en la eternidad infinita, hasta que al final solo quedan dos cosas: el Yo y la bondad de Dios.

Si bien el cuerpo físico del hombre vive en él y se mezcla con la multitud irresponsable, cuesta pensar que el hombre vive realmente en un mundo propio, un mundo que ha descubierto elevándose en comunión con las profundidades de su propia naturaleza interna. El hombre puede vivir dos vidas. Una es una lucha desde el vientre hasta la tumba, cuya duración se mide por algo que el propio hombre ha creado: el

tiempo. Bien podemos llamarla «la vida inconsciente». La otra vida va desde el entendimiento hasta el infinito. Comienza con la comprensión, dura para siempre y se consuma en el plano de la eternidad. Se la llama «la vida filosófica». Los filósofos no nacen ni mueren, porque, cuando llegan a darse cuenta de la inmortalidad, son inmortales. Cuando han alcanzado la comunión con el Yo, se dan cuenta de que en su interior hay un fundamento inmortal que no desaparece. Sobre una base viva y vibrante —el Yo— erigen una civilización que perdurará después de que el sol, la luna y las estrellas hayan dejado de existir. El tonto no vive más que para el presente; el filósofo vive para siempre.

Una vez que la conciencia racional del hombre hace rodar la piedra y sale de su sepulcro, ya no muere más, porque después del segundo nacimiento, de carácter filosófico, ya no puede desaparecer. No se debe deducir de esto la inmortalidad física, sino, más bien, que el filósofo ha aprendido que su cuerpo físico no es más su verdadero Yo, del mismo modo que la tierra física no es su verdadero mundo. Cuando se da cuenta de que él y su cuerpo no son lo mismo —que, aunque la forma perezca, la vida no se pierde—, alcanza la inmortalidad consciente. A aquella inmortalidad hacía referencia Sócrates cuando dijo: «Anito y Meleto pueden, sin duda, condenarme a muerte, pero no pueden hacerme daño». Para los sabios, la existencia física no es más que la habitación exterior de la sala de la vida. Abriendo las puertas de esta antecámara, el iluminado pasa a otra existencia más grande y más perfecta. El ignorante vive en un mundo limitado por el tiempo y el espacio. En cambio, para los que captan la importancia y la dignidad de Ser, aquellas no son más que formas fantasmas, ilusiones de los sentidos; son límites arbitrarios que la ignorancia del hombre impone a la duración de la Divinidad. El filósofo vive y se emociona al darse cuenta de esta duración, porque, según él, la Causa Omnisciente considera aquel período infinito el momento de todos los logros.

El hombre no es la criatura insignificante que parece ser; su cuerpo físico no es la verdadera dimensión de su auténtico ser. La naturaleza invisible del hombre es tan amplia como su comprensión y tan inconmensurable como sus pensamientos. Los dedos de su mente se extienden y agarran las estrellas; su espíritu se mezcla con la vida palpitante del propio cosmos. Quien haya alcanzado el estado de entendimiento ha aumentado tanto su capacidad de conocimiento que poco a poco va incorporando en su interior los diversos elementos del universo. Lo desconocido no es más que lo que todavía falta por incluir en la con-

ciencia del buscador. La filosofía ayuda al hombre a desarrollar el sentido de apreciación, porque, así como revela la gloria y la suficiencia del conocimiento, también despliega los poderes y las facultades latentes que le permiten dominar los secretos de las siete esferas.

Desde el mundo de las actividades físicas, los antiguos iniciados llamaban a sus discípulos a la vida de la mente y el espíritu. A lo largo de los siglos, los Misterios han estado en el umbral de la Realidad: un lugar hipotético entre el *noúmeno* y el fenómeno, la sustancia y la sombra. Las puertas de los Misterios siempre están entreabiertas y los que quieren pueden entrar en el espacioso domicilio del espíritu. El mundo de la filosofía no queda ni a la derecha ni a la izquierda, ni arriba ni abajo. Como una esencia sutil que impregna todo el espacio y toda la sustancia, está en todas partes; penetra en lo más interno y lo más externo de todo el ser. En todos los hombres y en todas las mujeres, estas dos esferas están conectadas por una puerta que conduce desde el no yo y sus preocupaciones hasta el Yo y sus realizaciones. En los místicos, esta puerta es el corazón y, mediante la espiritualización de sus emociones, se ponen en contacto con el plano más elevado, que, una vez sentido y conocido, se convierte en la suma de lo que vale la pena. En los filósofos, la razón es la puerta entre el mundo exterior y el interior, y la mente iluminada salva el abismo entre lo corpóreo y lo incorpóreo. Por consiguiente, la divinidad nace dentro del que ve y, desde las preocupaciones de los hombres, se eleva hacia las preocupaciones de los dioses.

En esta época de cosas «prácticas», los hombres se burlan hasta de la existencia de Dios. Se mofan de la bondad, mientras reflexionan con la mente ofuscada sobre la fantasmagoría de lo material. Han olvidado el camino que conduce más allá de las estrellas. Se han desmoronado las grandes instituciones místicas de la Antigüedad, que invitaban al hombre a ingresar en su herencia divina, y las instituciones creadas por el hombre se yerguen ahora donde antes los antiguos templos del saber alzaban un misterio de columnas acanaladas y mármoles pulidos. Los sabios vestidos de blanco que entregaron al mundo ideales de cultura y belleza se han envuelto en sus vestiduras y han desaparecido de la vista de los hombres. Sin embargo, esta pequeña tierra todavía está bañada —como antes— por la luz de su Generador Providencial. Criaturas ingenuas siguen haciendo frente a los misterios de la existencia física. Los hombres siguen riendo y llorando, amando y odiando; algunos sueñan todavía con un mundo más noble, una vida más plena, una comprensión más perfecta. Tanto en el corazón como en la mente del hombre,

las puertas que conducen de la mortalidad a la inmortalidad se mantienen entreabiertas. La virtud, el amor y el idealismo siguen siendo los regeneradores de la humanidad. Dios sigue amando y conduciendo los destinos de Su creación. El camino sigue subiendo, serpenteante, hacia la consecución. El alma del hombre no ha perdido sus alas, que solo están dobladas bajo su vestidura de carne. La filosofía sigue siendo el poder mágico que, rompiendo el recipiente de arcilla, libera el alma de la esclavitud del hábito y la perversión y, como antes, el alma liberada puede desplegar las alas y remontarse hasta sus propios orígenes.

Los que proclaman los Misterios vuelven a hablar y dan a todos los hombres la bienvenida a la Casa de la Luz. La gran institución de materialidad ha fracasado. La civilización falsa construida por el hombre se ha dado la vuelta y, como el monstruo de Frankenstein, está destruyendo a su creador. La religión vaga sin rumbo por el laberinto de la especulación teológica. La ciencia choca, impotente, contra las barreras de lo desconocido. La única que conoce el camino es la filosofía trascendental. Solo la razón iluminada puede elevar la parte lúcida del hombre hacia la luz. Solo la filosofía puede enseñar al hombre a nacer bien, a vivir bien, a morir bien y, de forma perfecta, a volver a nacer. A este grupo de elegidos —los que han escogido la vida del conocimiento, de la virtud y de la utilidad—, los filósofos de todos los tiempos te invitan a entrar, lector.

Bibliografía

Libros citados o consultados para preparar un esbozo enciclopédico de la filosofía simbólica masónica, hermética, cabalística y rosacruz

Adams, W. Marsham, *El libro del maestro de los lugares ocultos*, Edicomunicación, Barcelona, 1986.
— *The House of the Hidden Places*, Londres, 1895.
Agripa, Enrique Cornelio, *La filosofía oculta*, Libro tres, Kier, Buenos Aires, 1980.
— *Las ceremonias mágicas*, Índigo, Barcelona, 2003.
— *Three Books of Occult Philosophy or Magic*, Chicago, 1898.
— *The Vanities of the Arts and Sciences*, ¿París?, 1537.
— *The Works of Henry Cornelius Agrippa*, Lugduni, circa 1531.
Alciati, Andrea, *Emblemas*, Akal, Madrid, 1985.
Alexander, Hartley Burr, *The Mythology of All Races*, Boston, 1916.
Anderson, James, *La Constitución de 1723*, Maynadé, Barcelona, 1936.
Andreae (?), Johann Valentin, *Confessio Fraternitatis*, Fráncfort, 1615.
— *Fama Fraternitatis*, Fráncfort, 1615.
Andrews, W. S. y Paul Carus, *Magic Squares and Cubes*, Chicago, 1908.
Anónimos:
— *A Miscellaneous Metaphysical Essay*, Londres, 1748.
— *An Enquiry into the Constitution, Discipline, Unity and Worship of the Primitive Church*, Londres, 1713.
— *A Philosophical Epitaph in Hierogliphicall Figures*, Londres, 1673.
— *The Book Sealed with Seven Seals* (manuscrito en alemán), circa 1750.

— *The Canon*, Londres, 1897.
— *Codex: Nuttall*, facsímil de un antiguo códice mexicano, Cambridge, 1902.
— *Complete Book of Magic Science*, Londres, 1575. (Copia de un manuscrito del Museo Británico.)
— *The Freemasons Pocket Companion*, Glasgow, 1771.
— *Goetia, the Lesser Key of Solomon*, Chicago.
— *The Hermetical Triumph*, al cual se añade *The Ancient War of the Knights*, Londres, 1723.
— *History of Friar Bacon*, Londres, 1796.
— *Mysteries of the Rosie Cross*, Londres, 1891.
— *On Mankind, their Origin and Destiny*, Londres, 1872.
— *Turbae Philosophorum*, Viena, 1750.
Ashmole, Elias, *The Institution, Laws & Ceremonies of the Most Noble Order of the Garter*, Londres, 1693.
— *Theatrum Chemicum Britannicum*, Londres, 1652.
Aubrey, John, *Letters Written by Eminent Persons of the Seventeenth and Eighteenth Centuries*, Londres, 1813.
Audsley, W. y G., *Handbook of Christian Symbolism*, Londres, 1865.
Agustín, san, *La ciudad de Dios*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 2009.
— *Homilías sobre la primera carta de san Juan*, Estudio Agustiniano, Valladolid, 1997.
Avalon, Arthur, *The Serpent Power*, Madrás, 1924.
Babbitt, Edwin D., *Los principios de la luz y el color*, Humanitas, Barcelona, 2002.
Bacon, sir Francis, *El avance del saber*, Alianza, Madrid, 1988.
— *Ensayos*, Ediciones Orbis, Barcelona, 1985.
— *Historia Regni Henrici Septimi*, Ámsterdam, 1695.
— *Historia Vitae et Mortis*, Ámsterdam, 1663; óp. cit. en inglés, Londres, 1638.
— *The History of the Reign of King Henry the Seventh*, Londres, 1641.
— *The History of Winds*, Londres, 1671.
— *Novum organum*, Folio, Barcelona, 2003.
— *Opuscula Historico-Politica*, Ámsterdam, 1695.
— *Resuscitatio, etc.*, Londres, 1661.
— *Scripta In Naturali et Universali Philosophia*, Ámsterdam, 1653.
— *Sermones Fideles*, Ámsterdam, 1685.
— *Sylva Sylvarum, and the New Atlantis*, Londres, 1627.

— *Sylva Sylvarum, Sive Hist. Naturalis, et Nova Atlantis*, Ámsterdam, 1661.
Bacstrom, Colección de Manuscritos Alquímicos del doctor Sigismund. Son 18 volúmenes de copias manuscritas de escritos alquímicos singulares y varios manuscritos originales. Por lo menos una parte procede de la Colección Bacstrom original, mencionada por A. E. Waite en *The Brotherhood of the Rosy Cross*, páginas 549-560.
Ballard, Robert, *The Solution of the Pyramid Problem*, Nueva York, 1883.
Banier, abad, *The Mythology and Fables of the Ancients*, Londres, 1739.
Barclay, John, *The Loves of Polyarchus & Argenis*, Londres, 1636.
— *Satyricon*, Hackiana, 1674.
Barrett, Francis, *El mago*, Humanitas, Barcelona, 2008.
Batchelor, H. Crouch, *Francis Bacon Wrote Shakespeare*, Londres, 1912.
Bauldwin, William, *A Treatise of Moral Philosophy*, Londres, 1651.
Bayley, Harold, *A New Light on the Renaissance*, Londres, 1909.
— *The Lost Language of Symbolism*, Londres, 1912.
— *The Shakespeare Symphony*, Londres, 1906.
Beaumont, John, *Gleanings of Antiquities*, Londres, 1724.
Belzoni, G., *Narrative of the Operation and Recent Discoveries in Egypt and Nubia*, Londres, 1820.
Benn, Alphred William, *The Greek Philosophers*, Londres, 1882.
Bergerac, Cyrano de, *Historia cómica de los estados e imperios del sol y Viaje a la Luna*, La Máquina China Editorial, Sevilla, 2007.
Besant, Annie (Wood), *La sabiduría antigua*, Teosófica, Barcelona, 2004.
— *Estudios sobre la conciencia*, Teosófica, Barcelona, 2008.
Blake, William, *Las bodas del cielo y del infierno y las puertas del paraíso*, Litho Arte, Zaragoza, 1976.
Blavatsky, Helene Petrovna, *Isis sin velo: la clave de los misterios de la ciencia y teología, antiguas y modernas*, Humanitas, Barcelona, 2007.
— *La doctrina secreta*, Luis Cárcamo, Madrid, 1996.
Bloch, Stella, *Astronomy for All*, Londres, 1911.
Böhme, Jakob, *Von der Menschwerdung Jesus Christi*, Ámsterdam, 1682.
— *XL Questions Concerning the Soule*, Londres, 1647.
— *Teosofía revelada*, Manakel, Madrid, 2007.
— *The Works of Jacob Behmen, The Teutonic Theosopher*, Londres, 1764.
Bond, Frederick Bligh y Thomas Simcox Lea, *The Cabala contained in the Coptic Gnostic Books*, Oxford, 1917.

Bonus of Ferrara. *The New Pearl of Great Price*. Londres, 1894.
Booth, William Stone. *Some Acrostic Signatures of Francis Bacon*, Boston, 1909.
Boutelle, Clarence Miles, *The Man of Mt. Moriah*, Chicago, 1898.
Boylan, Patrick. *Thoth, the Hermes of Egypt*. Londres, 1922.
Boyse, Samuel. *The New Pantheon*. Dublín, 1786.
Breithaupt. Christianus, *Ars decifratoria sive scientia occvltas scripturas solvendi et legendi Praemissa est disquisitio historica de variis medis occvlte scribendi*. Helmstadii, 1737.
Brown, James Campbell. *A History of Chemistry*. Filadelfia, 1920.
Brown, John P., *The Dervishes*, Filadelfia, 1868.
Brown, Robert Hewitt, *Stellar Theology and Masonic Astronomy*. Nueva York, 1882.
Brown II, Sanger. *Sex Worship and Symbolism*, Boston, 1922.
Bryant, Jacob, *A New System, or an Analysis of Ancient Mythology*. Londres, 1774.
Budge, E. A. Wallis, *El libro egipcio de los muertos*, Sirio, Málaga, 2007.
— *Los dioses de los egipcios*, Publicaciones Lepsius, Valencia, 1995.
— *Osiris, la resurrección egipcia*. Publicaciones Lepsius, Valencia, 1995.
Burton, Robert, *Anatomía de la melancolía*. Alianza, Madrid, 2008.
Calcott, Wellins, *A Candid Disquisition of the Principles and Practices of the most Ancient and Honourable Society of Free and Accepted Masons*. Londres, 1769.
Calmet, *The Dictionary of the Holy Bible*, Londres, 1800.
Camden, William. *Remaines Concerning Britain*, Londres. 1657.
Campbell, Robert Allen, *Our Flag*. Chicago, 1890.
Cardanus, Hieronymus, *In Cl. Ptolemaei de Astrorum Iudiciis*. Basilea. 1578.
Carlyle, Thomas, *The Hero as Prophet*, Boston, 1901.
Cartari, Vincenzo, *Le imagini degli dei degli Antichi*. Venecia, 1609.
— *Le imagini degli dei degli Antichi*, Padua, 1626.
Carus, Paul, *The History of the Devil and the Idea of Evil*, Chicago. 1900.
Cassou. Charles. *Religions de la Perse, de la Chaldée et de l'Égypte*.
Causeus, Michael Angelus, *Romanum Museum*, Roma, 1746.
Cawdry, Robert. *The Treasurie or Storehouse of Similes*. Londres. 1609.
Charleton, Walter, *A Ternary of Paradoxes*, Londres, 1650.
Chatto, William Andrew, *Facts and Speculations on the Origin and History of Playing Cards*. Londres, 1848.
Christian, P., *Histoire de la Magie*. París, 1876.

Christie, James, *Disquisitions upon the Painted Greek Vases*, Londres, 1825.
Churchward, Albert, *The Arcana of Freemasonry*, Londres, 1915.
— *The Signs and Symbols of Primordial Man*, Londres, 1910.
Clarke, James Freeman, *Ten Great Religions*, Boston y Nueva York, 1883.
Clarke, Natalie Rice, *Bacon's Dial in Shakespeare*, Cincinnati, 1922.
Clemente de Alejandría, san, *Writings contained in the Ante-Nicene Fathers*, Nueva York, 1926.
Cole, John, *A Treatise on the Circular Zodiac of Tentyra*, Londres, 1824.
Columna, Francesco, *Hypnerotomachia, ubi humana omnia non nisi Somnium esse ostendit, atque obiter plurima scitu sane quam digna commemorat*, Venecia, 1499.
Cook, Arthur Bernard, *Zeus, A Study in Ancient Religion*, Cambridge, 1925.
Cornford, Francis Macdonald, *De la religión a la filosofía*, Ariel, Barcelona, 1984.
Cory, Alexander Turner, *The Hieroglyphics of Horapollo Nilous*, Londres, 1840.
Cory, Isaac Preston, *Ancient Fragments*, Londres, 1832.
Craven, J. B., *Doctor Robert Fludd the English Rosicrucian*, Kirkwall, 1902.
Croll, Oswald, *Basilica Chymica*.
Cross, R. W. Jeremy L., *The True Masonic Chart, or Hieroglyphic Monitor*, Nueva York, 1854.
Cullen, Charles, *The History of Mexico*, Filadelfia, 1804.
Cumont, Franz, *Astrología y religión en el mundo grecorromano*, RBA, Barcelona, 2004.
— *The Mysteries of Mithra*, Chicago, 1910.
Culpeper, Nicholas, *The Complete Herbal*, Londres, 1835.
— *Semeiotica Uranica*, Londres.
Cuningham, Granville, *Bacon's Secret Disclosed in Contemporary Books*, Londres, 1911.
D'Alviella, conde Goblet, *The Migration of Symbols*, Westminster, 1894.
Dante Alighieri, *La Divina Commedia*, Turín, 1891.
— *La Vita Nuova*, Nueva York, 1901.
Davidson, D. y H. Aldersmith, *The Great Pyramid, Its Divine Message*, Londres, 1925.
Davidson, P., *The Mistletoe and Its Philosophy*, Glasgow, 1892.

Davies, Edward, *The Mythology and Rites of the British Druids*, Londres, 1809.
Deane, John Bathurst, *The Worship of the Serpent*, Londres, 1830.
De Bourbourg, abad Brasseur [traductor], *Popol Vuh*, París, 1861.
Dee, A., *The Chemical Collection*, Londres, 1629.
De Monte-Snyders, *Metamorphosis Planetarum*.
De Quincey, Thomas, *Historico-Critical Inquiry into the Origin of the Rosicrucians and the Freemasons*, Londres, 1886.
Dermott, Laurence, *The True Ahiman Rezon*, Nueva York, 1805.
De Vigenere, Blaise, *Les Images ou Tableaux de platte peinture des deux Philostrates sophists Grecs et les statues de Callistrate*, París, 1637.
Digby, sir Kenelm, *Of Bodies, and of Mans Soul*, Londres, 1669.
Dinsmore, Charles Allen, *The Teachings of Dance*, Boston y Nueva York, 1910.
D'Ohsson, M., *Tableau Général de l'Empire Othoman*, París, 1787.
D'Olivet, Fabre, *Lengua hebraica restituida*, Humanitas, Barcelona, 1996.
Donnelly, Ignatius, *Atlantis, the Antediluvian World*, Nueva York y Londres, 1882.
— *The Cipher in the Plays and on the Tombstone*, Minneapolis, 1899.
— *The Great Cryptogram*, Chicago, Nueva York y Londres, 1888.
— *Ragnarok: The Age of Fire and Gravel*, Nueva York, 1886.
Doyle, sir Arthur Conan, *El misterio de las hadas*, Olañeta, Palma de Mallorca, 2003.
Drummond, Henry, *La ley natural en el mundo espiritual*, Clie, Barcelona, 1993.
Drummond, sir W., *The Oedipus Judaicus*, Londres, 1866.
Dumas, Alexandre, *El collar de la reina*, Lorenzana, Barcelona, 1970.
— *Joseph Balsamo: Memorias de un médico*, Alba, Barcelona, 2005.
Dunlap, S. F., *Sod, the Mysteries of Adoni*, Londres, 1861.
Dupuis, Charles François, *Compendio del origen de todos los cultos*, Impr. de Lozano, Isla de León, 1821.
Durant, W. J., *The Story of Philosophy*, Nueva York, 1926.
Durning-Lawrence, sir Edwin, *Bacon is Shake-Speare*, Nueva York, 1910.
— *The Shakespeare Myth*, Londres, 1912.
Du Ryer, *sieur*, *The Alcoran of Mahomet*, Londres, 1649.
Dwight, M. A., *Grecian and Roman Mythology*, Nueva York, 1849.
Eckartshausen, Karl von, *La nube sobre el santuario: Cartas rosacruces*, Obelisco, Barcelona, 2004.

Edgar. John y Morton. *The Great Pyramid Passages and Chambers*. Glasgow, 1923.
Edwards. Chilperic. *The Hammurabi Code*. Londres. 1921.
Erman, Adolf, *A Handbook of Egyptian Religion*, Londres, 1907.
Evans, Henry R., *Cagliostro and his Egyptian Rite of Freemasonry*. Washington, 1919.
Everard, doctor [traductor], *El divino Poimandres de Hermes Mercurius Trismegistus en XVII libros*, Humanitas. Barcelona. 2001.
Faber, George Stanley, *The Origin of Pagan Idolatry*. Londres, 1816.
Fabricius, Jo. Albertus. *Codex Pseudepigraphus Veteris Testamenti*, Hamburgo. 1722.
Fairholt. W. F., *Gog and Magog, The Giants of Guildhall*, Londres, 1859.
Falconer. John, *Cryptomenysis Patefacta, or the Art of Secret Information disclosed without a Key*, Londres, 1685.
Fallows, Samuel. *The Popular and Critical Bible Encyclopaedia*. Chicago, 1919.
Fancourt, Charles Saint John, *The History of Yucatan from its Discovery to the Close of the Seventeenth Century*. Londres. 1854.
Farnell, Lewis R., *Greece and Babylon*, Edimburgo, 1911.
Fajardo, don Diego de Saavedra. *Idea de un príncipe político cristiano*, Ámsterdam, 1659.
Fellows. John. *The Mysteries of Freemasonry*, Londres, 1877.
Figulus, Benedictus, *The Golden and Blessed Casket of Nature's Marvels*, Londres. 1893.
Flamel, Nicolás, *El libro de las figuras jeroglíficas*. Obelisco, Barcelona, 1996.
Fludd, Robert. *Collection Operum*, Oppenheim, 1617.
— *Philosophia Moysaica*, Goudae, 1638.
— *Responsum ad Hoplocrisma-Spongum*, Goudae, 1638.
Fergusson. James, *Tree and Serpent Worship*, Londres, 1873.
Fosbroke, Thomas Dudley, *Encyclopaedia of Antiquities*, Londres, 1825.
Franck, Adolphe. *The Kabbalah*, Nueva York, 1926.
Frazer, sir James George, *La rama dorada: magia y religión*, Fondo de Cultura Económica de España, Madrid, 2005.
Freund, Alfred, *Das Bild des Speershüttlers die Lösung des Shakespeare-Rätsels*, Hamburgo, 1921.
Gaffarel, Jacques, *Vnheard-of curiosities concerning the talismanical sculpture of the Persians*, Londres, 1650.
Gallup, Elizabeth Wells, *The Bi-literal Cypher of Sir Francis Bacon*. Londres, 1900; óp. cit., Detroit, 1910.

Gardner, F. Leigh, *Bibliotheca Rosicruciana*, Londres, 1903.
Gardner, James, *The Faiths of the World*, Londres, 1858-1860.
Garnett, Lucy M. J., *Mysticism and Magic in Turkey*, Londres, 1912.
Garver, W. L., *The Brother of the Third Degree*, Chicago, 1894.
Gaskell, G. A., *Dictionary of the Sacred Language of All Scriptures and Myths*, Londres, 1923.
Gayley, Charles Mills, *The Classic Myths*, Nueva York, 1911.
Gébelin, Court de, *Monde primitif, analysé et comparé avec le monde moderne*, París, 1776.
Gichtel, Johann Georg, *Teosophia práctica*, Obelisco, Barcelona, 1998.
Ginsburg, Christian D., *The Kabbalah*, Londres, 1920.
Glauber, Johann Rudolph, *Works of the Highly Experienced and Famous Chymist*, Londres, 1689.
Godwin, William, *Lives of the Necromancers*, Londres, 1834.
Goldsmith, Elizabeth E., *Life Symbols as Related to Sex Symbolism*, Nueva York, 1924.
Gorham, A., *Indian Masons' Marks of the Moghul Dynasty*, Londres, 1911.
Gould, Robert Freke, *A Concise History of Freemasonry*, Londres, 1904.
Green, Henry, *Shakespeare and The Emblem Writers*, Londres, 1870.
Gregorio I, Papa, Santo, *Morales sobre el Libro de Job*, 1401.
Grimm, Jacob, *Teutonic Mythology*, Londres, 1882.
Guerber, H. A., *Myths of Northern Lands*, Nueva York, 1895.
Haeckel, Ernst, *The Riddle of the Universe*, Nueva York, 1900.
Hall, Francis, *An Explication of the Diall Sett Up in the Kings Garden at London, an. 1669*, Lieja, 1673.
Hamilton, sir William, *Lectures on Metaphysics and Logic*, Boston, 1865.
Hartmann, Franz, *In the Pronaos of the Temple of Wisdom*, Londres, 1890.
— *The Life and Doctrines of Jacob Boehme*, Londres, 1891.
— *Ciencia oculta en la Medicina*, Maynade, Barcelona, 1937.
— *Paracelsus and The Substance of His Teachings*, Londres, 1887.
— *The Secret Symbols of The Rosicrucians*, Boston, 1888.
Hastings, James, *A Dictionary of the Bible*, Edimburgo, 1899.
— *Encyclopaedia of Religion and Ethics*, Nueva York y Edimburgo, 1915.
Haven, doctor Marc, *Le Maître Inconnu Cagliostro*, París, 1912.
Head, R., *The Life and Death of Mother Shipton*, Londres, 1687.
Heckethorn, Charles William, *The Secret Societies of All Ages and Countries*, Londres, 1897.

Heindel, Max, *La masonería y el catolicismo*, Luis Cárcamo, Madrid, 1980.
— *El concepto rosacruz del cosmos, o ciencia oculta cristiana*, Luis Cárcamo, Madrid, 1979.
— manuscritos inéditos, por cortesía de la señora Heindel.
Heindel, Max y Augusta Foss, *El mensaje de las estrellas*, Luis Cárcamo, Madrid, 1979.
Helmont, Johannis Baptistae von, *Ausgang der Artznen-Kunst*, Sulzbach, 1683.
Helmholtz, Hermann L. F. von, *Sensations of Tone*, Londres, 1912.
Hesíodo, *Compositions from the Works and Days and Theogony of Hesiod*, Londres, 1817.
Heydon, John, *The English Physicians Guide: or a Holy Guide*, Londres, 1662.
— *The Wise Mans Crown, or The Glory of the Rosie-Cross*, Londres, 1664.
Heywood, Thomas, *Gynaikeion*, Londres, 1624.
— *The Hierarchie of the Blessed Angells*, Londres, 1635.
Hickson, S. A. E., *The Prince of Poets*, Londres, 1926.
Hierocles, *Upon the Golden Verses of Pythagoras*, Londres, 1682.
Higgins, Frank C., *Ancient Freemasonry*, Nueva York, 1923.
— *A. U. M., The Lost Word*, Nueva York, 1914.
— *The Cross of the Magi*, Nueva York, 1912.
Higgins, Godfrey, *Anacalypsis*, Londres, 1836.
— *The Celtic Druids*, Londres, 1827.
— *Horae Sabbaticae*, Nueva York, 1893.
— *Mahomet, The Illustrious*, Londres, 1829.
Hoisington, H. R., *The Oriental Astronomer*, Jaffna, 1848.
Homero, *La Odisea*, Unidad Editorial Información General, Madrid, 2008.
Hone, William, *Ancient Mysteries Described*, Londres, 1823.
Hort, W. Jillard, *The New Pantheon*, Londres, 1829.
Hugues, Thomas Patrick, *A Dictionary of Islam*, Londres, 1895.
Hunt, Gaillard, *The History of the Seal of the United States*, Washington, 1909.
Inman, Thomas, *Ancient Faiths Embodied in Ancient Names*, Londres, 1872.
— *Ancient Pagan and Modern Christian Symbolism*, Nueva York, 1874.
Ireland, Samuel, *Miscellaneous Papers and Legal Instruments under the Hand and Seal of William Shakespeare*, Londres, 1769. (El ejemplar

de Joseph Haslewood contiene veinticinco ejemplos de las falsificaciones de W. H. Ireland, montadas y con notas explicativas.)
Ireneo, san y san Justino Mártir, *Writings contained in The Ante-Nicene Fathers*, Nueva York, 1926.
Irving, Washington, *Mahomet and his Successors*, Nueva York, 1854.
Jackson, Samuel Macauley [editor], *The New Schaff-Herzog Encyclopaedia of Religious Knowledge*. Londres y Nueva York, 1909.
Jacolliot, Louis, *La Biblia en la India*, F. Granada, Barcelona, 1900.
James, William, *Pragmatismo*. Folio, Barcelona, 2002.
Jennings, Hargrave, *The Indian Religions*, Londres, 1890.
— *The Letters of Hargrave Jennings*, Bach, 1895.
— *Live Lights or Dead Lights*, Londres, 1873.
— *Phallicism*. Londres, 1884.
— *The Rosicrucians, Their Rites and Mysteries*, Londres, 1887.
Johnson, Melvin M., *The Beginnings of Freemasonry in America*, Nueva York, 1924.
Jones, sir William, *The Works of Sir William Jones*. Londres, 1799.
Josefo, Flavio, *The Works of Flavius Josephus*. Oxford, 1839.
Jovius, Paulus, *Vitae Illustrium Virorum*, Basilea, 1578.
Jowett, B., *The Dialogues of Plato*, Nueva York, 1905.
Kalisch, Isidor, *Sefer Yetzirah*, Edaf, Madrid, 1993.
Karaka, Dosabhai Framji, *History of the Parsis*, Londres, 1884.
Keightley, Thomas, *The Mythology of Ancient Greece and Italy*. Londres, 1831.
— *Secret Societies of the Middle Ages*, Londres, 1887.
Kelly, Edward, *The Alchemical Writings of Edward Kelly*, Londres, 1893.
Kenealy, E. Y., *The Book of Enoch*, Londres.
— *The Book of FO*, Londres, 1878.
Khunrath, Heinrich, *Amphitheatrum Sapientiae Aeternae*, Hanover, 1609.
Kilner, Walter J., *The Human Atmosphere*, Londres, 1920.
King, C. W., *The Gnostics and Their Remains*, Londres, 1864.
Kingsborough, lord, *Antiquities of Mexico*, Londres, 1848.
Kingsford, Anna, *Astrology Theologized*, Londres, 1886.
— *La virgen del mundo*, Humanitas, Barcelona, 2001.
Kingsley, Charles, *Hipatia de Alejandría*, Edhasa, Barcelona, 2009.
Kircher, Athanasius, *Ars Magna Sciendi*. Ámsterdam, 1669.
— *Magnes sive de Arte Magnetica Opus Tripartitum*, 1643.
— *Oedipus Aegyptiacus*, Roma, 1652.

— *Sphinx Mystagoga*, Ámsterdam, 1676.
Klauber, Joseph y Joanne, *Historiae Biblicae Veteris et Novi Testamenti*, ¿1640?
Knight, Richard Payne, *El culto a Príapo*, Breogán, Madrid, 1977.
— *The Symbolical Language of Ancient Art and Mythology*, Nueva York, 1876.
Kunow, Amelie Deventer von, *Francis Bacon, The Last of the Tudors*, Nueva York, 1924.
Laercio, Diógenes, *De Vitis, Dogmatibus, etc.*, Amstelaedami, 1692.
Lane-Poole, Stanley, *Studies in a Mosque*, Londres, 1883.
Lang, Andrew, *Historical Mysteries*, Londres, 1905.
Lawrence, Basil E., *Notes on the Authorship of the Shakespeare Plays and Poems*, Londres, 1925.
Lenoir, Alexandre, *La franche-maçonnerie*, París, 1814.
— *Nouvel Essai sur la Table Isiaque*, París, 1809.
Lenormant, François, *Chaldean Magic: Its Origin and Development*, Londres, 1877.
Le Plongeon, Augustus, *Queen Moo and The Egyptian Sphinx*, Nueva York, 1900.
— *Los misterios sagrados entre los mayas y quichés hace 11 500 años*, Imp. Clarasó, Barcelona, 1931.
Lévi, Éliphas, *Dogma y ritual de la alta magia*, Humanitas, Barcelona, 1991.
— *Historia de la magia*, Humanitas, Barcelona, 2000.
— *El libro de los esplendores (o Zohar)*, Humanitas, Barcelona, 2006.
— *Los misterios de la kabbala*, Humanitas, Barcelona, 2007.
— *El ritual mágico del Sanctum Regnum: según las cartas del tarot*, Humanitas, Barcelona, 2000.
— *Transcendental Magic*, Chicago, 1910.
Lewis, William, *A Course of Practical Chemistry*, Londres, 1746.
Lilly, William, *An Astrological Prediction of the Occurrences in England*, Londres, 1648.
— *Anima Astrologieae: or a Guide for Astrologers*, Londres, 1676.
— *Astrology Modestly Treated of in three Books*, Londres, 1647.
— *Merlin Reviv'd*, Londres, 1615.
Lloyd, John Uri, *Etidorpha*, Cincinnati, 1896.
Lundy, John P., *Monumental Christianity*, Nueva York, 1876.
Lycosthenes, Conradus, *Prodigiorum ac Ostentorum Chronicon*, Basilea, 1557.

Lytton, lord Bulwer-, *Zanoni*, Londres, 1843.
Maack, Ferdinand (editor), *Chymische Hochzeit: Christiani Rosencreutz, Anno 1459*, Berlín, 1913.
Macgowan, Kenneth y Herman Rosse, *Masks and Demons*, Nueva York, 1923.
MacGregor-Mathers, S. L., *El libro de la magia sagrada de Abramelín el mago*, Humanitas, Barcelona, 1983.
— *La Qabalah desvelada*, Humanitas, Barcelona, 1995.
— *The Key of Solomon the King*, Londres, 1889.
Mackenzie, Donald, *Ancient Man in Britain*, Londres, 1902.
— *The Migration of Symbols*, Nueva York, 1926.
Mackey, Sampson Arnold, *The Mythological Astronomy of the Ancients Demonstrated*, Norwich, 1824.
Macoy, Robert, *General History, Cyclopedia and Dictionary of Freemasonry*, Nueva York, 1870.
Maier, Michael, *Scrutinium Chyrnicum*, Fráncfort, 1687.
— *Viatorium*, Rothomagi, 1651.
Maimónides, Moisés, *Guía de perplejos*, Trotta, Madrid, 2005.
Malcolm, J. Cooper, *The «Tau»*, folleto, 1901.
Mannhart, W., *Zauberglaube und Geheimwissen*, Berlín, 1920.
Martyn, John, *The Bucolicks of Virgil*, Londres, 1749.
Massey, Gerald, *A Book of the Beginnings*, Londres, 1881.
— *The Natural Genesis*, Londres, 1883.
Mather (hijo), Frank Jewett, *The Portraits of Dante*, Princeton, 1921.
Maurice, Thomas, *Indian Antiquities*, Londres, 1800.
McCarty, Louis P., *The Great Pyramid Jeezeh*, San Francisco, 1907.
Mead, G. R. S., *Apolonio de Tyana*, Biblioteca Orientalista, Barcelona.
— *Fragments of a Faith Forgotten*, Londres, 1900.
— *The Hymn of the Robe of Glory*, Londres, 1908.
— *Orpheus*, Londres, 1896.
— *Pistis Sophia*, Londres, 1921.
— *Simon Magus. An Essay*, Londres, 1892.
— *The Thrice Greatest Hermes*, Londres, 1906.
Merlin, R., *Origine des cartes à jouer*, París, 1869.
Meyrick, Samuel y Charles Smith, *The Costume of the Original Inhabitants of The British Islands*, Londres, 1815.
Mills, L. H., *A Study in the Five Zarathushtrian Gàthàs*, Oxford, 1892.
Minsheu, John, *Minsheu's Guide into the Tongues, with their agreement and consent with one another in nine languages*, Londres, 1626.

Montfaucon, *Antiquity Explained by Montfaucon*. Londres, 1721.
— *Morufauconii Antiquitates Graecae et Romanae*. Núremberg, 1757.
Moore, Edward. *The Hindu Pantheon*. Londres, 1810.
Moore, George Foote, *Judaism*. Cambridge, 1927.
Morell, J. D., *An Historical and Critical View of the Speculative Philosophy of Europe in the Nineteenth Century*. Nueva York, 1872.
Morley, Henry, *The Life of Henry Cornelius Agrippa*. Londres, 1856.
Morley, Sylvanus Griswold, *The Inscriptions at Copan*, Washington, 1920.
Muir, sir William, *The Life of Mohammad*. Edimburgo, 1912.
Mulhall, Marion McMurrough, *Beginnings or Glimpses of Vanished Civilizations*, Londres, 1911.
Müller, F. Max, *Natural Religion*, Londres, 1889.
Myer, Isaac, *The Qabbalah, The Philosophical Writings of Avicebron*. Filadelfia, 1888.
— *Scarabs*, Nueva York, 1894.
Naumann, Emil, *The History of Music*. Londres.
Naxagaras, Johann, *Concordantia Philosophorum*, Breslavia, 1712.
Newberry, Thomas, *Tabernacle and the Temple*. Londres, 1887.
Nostradamus, Michael, *The True Prophecies of Michael Nostradamus*. Londres, 1685.
Novi, Claudius de Dominico Celentano Vallis, *Rosicrucian, Hermetic and Alchemical Manuscript written and illustrated in the year 1606 in Naples*.
Oakley, I. Cooper-, *The Comte de Saint-Germain*. Milán, 1912.
— *Tracts of a Hidden Tradition in Masonry and Mediaeval Mysticism*. Londres, 1900.
O'Brien, Henry, *The Round Towers of Ireland*. Londres, 1834.
Oliver, George, *Signs and Symbols, Twelve Lectures on Freemasonry*. Nueva York, 1906.
O'Neill, John, *The Night of the Gods*. Londres, 1893.
Orr, James (editor), *The International Standard Bible Dictionary*, Chicago, 1915.
Ouvaroff, M., *Essay on the Mysteries of Eleusis*. Londres, 1817.
Owen, Charles, *An Essay Towards a Natural History of Serpents*. Londres, 1742.
Oxon, F. H., *Paracelsus, His Auroa, & Treasure of the Philosophers As also The Water-Stone of The Wise Men*. Londres.
Palmer, E. H. (editor), *The Qur'ân*, Oxford, 1880.

Papus, *El tarot de los bohemios*, Edicomunicación. Barcelona. 1999.
Paracelso, *Obras completas*, Editorial Renacimiento, Sevilla, 1992.
— *The Hermetic and Alchemical Writings of Aureolus Philippus Theophrastus Bombast of Hohenheim called Paracelsus the Great*, Londres, 1894. Editado por Arthur Edward Waite.
Paradin, Claude, *Symbola Heroica*, Leiden, 1600.
Parsons, Albert Ross, *New Light on the Great Pyramid*, Nueva York, 1893.
Payne, John (traductor), *The Book of the Thousand Nights and One Night*, Londres, 1884.
— *Tales from the Arabic*, Londres, 1884.
Peck, Harry Thurston, *Harper's Dictionary of Classical Literature and Antiquities*, Nueva York 1897.
Pemberton (hijo), Henry, *Shakespeare and Sir Walter Raleigh*, Filadelfia y Londres, 1914.
Perry, Ralph Barton, *Present Philosophical Tendencies*, Nueva York, 1916.
Perry, W. J., *The Children of the Sun*, Nueva York, 1923.
Phaneg, G., *Cinquante Merveilleux Secrets d'Alchimie*, París, 1912.
Philalethes, Eirenaeus, *Ripley Reviv'd*, Londres, 1678.
Philalethes, Eugenius, *Anthroposophia Theomagica*, Londres, 1650.
— *El Éufrates o Las aguas de Oriente*, Humanitas, Barcelona, 2001.
— *Lumen de Lumine: or a New Magical Light*, Londres, 1651.
— *The Second Wash*, Londres, 1651.
Philo Judaeus, *Obras completas*, Trotta, Madrid, 2009.
Philpot, señora de J. H., *The Sacred Tree or The Tree in Religion and Myth*, Londres, 1897.
Picart, Bernard, *Religious Ceremonies and Customs of the several Nations of the World*, Londres, 1731.
Pietro di Abano, *Gli elementi magica*, manuscrito en vitela, principios del siglo XVII.
Pignorius, Laurentius, *Mensae Isiacae Expositio*, Fráncfort, 1608.
Pike, Albert, *Albert Pike Centenary Souvenir of His Birth*, Washington, 1909. (Por varios masones destacados.)
— *The Ancient and Accepted Scottish Rite of Freemasonry. The Constitutions and Regulations of 1762*, Nueva York, A. M. 5664.
— *Ex Corde Locutiones*, Washington, 1897.
— *Irano-Aryan Faith and Doctrine*, Louisville, 1924.
— *Letter (The) «Human Genus» of the Pope, Leo XIII, and the Reply for the Ancient and Accepted Scottish Rite of Freemasonry*, Charleston, 1884.

— *Liturgy of the Ancient and Accepted Scottish Rite of Freemasonry*, A. M. 5638.
— *Masonic Symbolism.*
— *Moral y dogma del rito escocés antiguo y aceptado*, Entreacacias. Oviedo, 2009.
— *Sephar H'Debarim (The Book of the Words)*, A. M. 5638.
Pistor, John, *Book of the Cabalistick Art*, copia manuscrita sin fecha.
Plunket, Emmeline M., *Ancient Calendars and Constellations*, Londres, 1903.
Poe, Edgar Allan, *The Works of Edgar Allan Poe*, Nueva York, 1904.
Porta, Giovanni Battista della, *De Occultis Literarum Notis*, Montisbeligardi, 1593.
— *Magiae Naturalis, Libri Viginti*, Fráncfort, 1591.
Pott, señora de Henry, *Francis Bacon and His Secret Society*, Londres, 1891.
Pottenger, Milton, *Symbolism*, Sacramento, 1905.
Prasad, Rama, *Nature's Finer Forces*, Londres, 1911.
Preton, William, *Illustrations of Masonry*, Londres, circa 1801.
Prichard, J. C., *An Analysis of the Egyptian Mythology*, Londres, 1819.
Pryse, James Morgan, *The Book of the Azure Veil*, revista *Lucifer*, 1894-1895.
— *The Restored New Testament*, Nueva York, 1916.
Ptolomeo, Claudio, *Tetrabiblos*, D. Santos, Zamora, 2008.
Quarles, Francis, *Emblems, Divine and Moral*, Londres, 1824.
Raleigh, sir Walter, *The History of the World*, Londres, 1614.
Ramsay, Charles A., *Tacheographia seu Ars Celeriter & compendiose quaelibet inter perorandum verba, ut ne unum quiden excidat, describendi*, París, 1683.
Rand, Benjamin, *Modern Classical Philosophers*, Boston y Nueva York, 1908.
Raphael, *The Astrologer of the Nineteenth Century*, Londres, 1825.
Redgrove, H. Stanley, *Alchemy: Ancient and Modern*, Londres, 1911.
— *Bygone Beliefs*, Londres, 1920.
Renouf, sir P. Le Page (traductor), *The Egyptian Book of the Dead*, Londres, 1904. (Contiene numerosas notas autógrafas de Gerald Massey.)
Rensselaer, señora de John King van, *The Devil's Picture Books, A History of Playing Cards*, Londres, 1892.
— *Prophetical, Educational and Playing Cards*, Filadelfia, 1912.

Rhind, W. C., *The High Priest of Israel*, Londres, 1868.
Richardson, J., *The Works of Mr. Jonathan Richardson*, Londres, 1773.
Rinchepin, Jean, *Nouvelle Mythologie Illustrée*, París, 1920.
Roberts, Samuel, *The Gypsies*, Londres, 1842.
Robertson, John M., *The Philosophical Works of Francis Bacon*, Londres, 1915.
Rosenroth, Knorr de, *La Kabbala desvelada*, Humanitas, Barcelona, 1986.
Ross, Alexander, *Mystagogus Poeticus*, Londres, 1648.
Saint-Martin, Louis-Claude de, *Man: His True Nature and Ministry*, Londres, 1864.
Salmon, William, *The Compleat English Physician*, Londres, 1693.
Salverte, Eusebe, *Las ciencias ocultas: ensayo sobre la magia, los prodigios y los milagros*, Maxtor, Valladolid, 2001.
Sandivogiuis, Micheel, *A New Light of Alchymie*, Londres, 1650.
Santee, doctor Harris E., *Anatomy of the Brain and Spinal Cord*, Filadelfia, 1915.
Scheible, J., *The Theoretical and Practical Teaching Concerning the Book of Thot*, Stuttgart, 1857.
Scherer, Valentin, *Dürer, Des Meisters Gemälde Kupferstiche und Holzchnitte*, Stuttgart, 1908.
Schoeffer, Ioannis, *Collectanea Antiquitatum in Urbe atque Agro Moguntino Repertarum*, Maguncia, 1520.
Schoolcraft, Henry R., *The Indian Tribes of the United States*. Editado por Francis S. Drake, Filadelfia, 1884.
Schoto, Gaspare, *Physica Curiosa*, Herbipoli, 1697.
Schuré, Édouard, *Los grandes iniciados*, Dilema, Madrid, 2009.
Scott, Walter, *Hermetica*, Oxford, 1924, 1925 y 1926.
Seingalt, Jacques Casanova de, *Memoirs*, Boston, 1903.
Selenus, Gustavus, *Cryptomenytices et Cryptographiae, Libri IX*, Lunaeburg, 1624.
Seler, doctor Eduardo (aclarado por), *Codex Vaticanus Número 3773*, Berlín y Londres, 1902-1903.
Sepharial, *The Kabala of Numbers*, Londres, 1914.
Seyffert, Oskar, *A Dictionary of Classical Antiquities*, Londres, 1904.
Seymour, William W., *The Cross in Tradition, History and Art*, Nueva York, 1898.
Shakespeare, William, *The First Collected Edition of the Dramatic Works of William Shakespeare*, Londres, 1623.

— *The Second Collected Edition of the Dramatic Works of William Shakespeare*. Londres, 1632.
— *The Third Collected Edition of the Dramatic Works of William Shakespeare*, Londres, 1663.
— *The Fourth Collected Edition of the Dramatic Works of William Shakespeare*. Londres, 1685.
— *Shakespeare (William) Works*, Londres, 1880-1891. Facsímiles en cuartos.
Shaw, Clement B., *Frithiof's Saga*, Chicago, 1908.
Sibly, E., *A Key to Physic, and the Occult Sciences*, Londres, 1787.
— *A New and Complete Astrology*, Londres, 1785.
Sickels, Daniel. *The General Ahiman Rezon and Freemason's Guide*. Nueva York, 1920.
Siculus, Diodorus. *Historia*. París, 1513.
Sidney, sir Philip. *The Countesse of Pembrokes Arcadia*, Londres, 1633.
Singer (hijo), Edgar A., *Modern Thinkers and Present Problems*, Nueva York, 1923.
Singer, Isidore (editor), *The Jewish Encyclopedia*, Nueva York, 1903.
Singer, Samuel Weller, *Researches into the History of Playing Cards*, Londres, 1816.
Skinner, J. Ralston, *Notes on the Cabbalah of the Old Testament* (publicado en *The Path*), Nueva York, 1887.
— *The Source of Measures*, Cincinnati, 1875.
Smedley, William T., *The Mystery of Francis Bacon*, Londres, 1912.
Smith, David Eugene, *History of Mathematics*, Boston, 1925.
Smith, George, *The Chaldean Account of Genesis*, Nueva York, 1876.
Smith, Robert, *Harmonics, or the Philosophy of Musical Sounds*, Londres, 1759.
Smyth, C. Piazzi, *Life and Work at the Great Pyramid*, Edimburgo, 1867.
— *Our Inheritance in the Great Pyramid*, Londres, 1874.
Speed, John, *The History of Great Britaine*, Londres, 1627.
Spence, Lewis, *Myths and Legends of Babylonia and Assyria*, Londres, 1916.
— *Méjico y Perú*, M. E. Editores, Madrid, 1995.
— *Indios de Norteamérica*, Edimat Libros, Madrid, 2000.
Spenser, Edmund, *The Faerie Queene: The Shepheards Calendar: Together with other Works*, Londres, 1617.
Springett, Bernard H., *Secret Secrets of Syria and the Lebanon*, Londres, 1922.

Squier. E. G., *The Serpent Symbol*, Nueva York. 1851.
Stanley. Thomas. *The History of Philosophy*, Londres, 1743; óp. cit.. Londres, 1687.
Steffen. Albert. *Hieram und Salomo*, Dornach, 1925.
Steiner. doctor Rudolf. *Manuscript lectures on the Rosicrucians*.
— *Occult Seals and Columns*, Londres. 1924.
— *Submerged Continents of Atlantis and Lemuria*, Rajput Press. 1911.
— *The Way of Initiation*. Nueva York. 1910.
Stengel. Georg, *Emblems*, Múnich. 1635.
Stenring, Knut. *The Book of Formation*, Londres, 1923.
Stephen. Henrie, *A World of Wonders*, Londres. 1607.
Stephens, John L., *Incidents of Travel in Central America*, Londres, 1841.
Stilllman, John Maxson, *Paracelsus, His Personality and Influence*, Chicago, 1920.
Stoddart, Anna M., *The Life of Paracelsus*, Filadelfia, 1911.
Swanwick, Anna, *The Dramas of Aeschylus*, Londres, 1873.
Swinburne, Charles. *William Blake, A Critical Essay*. Londres, 1868.
Sylvester. Josuah. *Du Bartas, His Divine Weekes and Workes*, Londres, 1641.
Taylor, Edward S., *The History of Playing Cards*, Londres, 1865.
Taylor, John. *The Water Poet's Works*. Londres, 1630.
Taylor, Thomas, *A Dissertation on the Eleusinian and Bacchic Mysteries*, Amsterdam.
— *An Answer to Dr. Gilles Supplement*, Londres. 1804.
— *An Essay on the Beautiful by Plotinus*, Londres, 1917.
— *Apuleius on the God of Socrates*, Londres. 1822.
— *Arguments of the Emperor Julian against the Christians*, Londres, 1809.
— *Cratylus Phaedo, Parmenides and Timaeus of Plato*, Londres, 1793.
— *The Description of Greece, by Pausanias*, Londres. 1794.
— *Eleusinian and Bacchic Mysteries*, Nueva York. 1891.
— *Five Books of Plotinus*. Londres, 1794.
— *Fragments of Proclus*, Londres, 1825.
— *Iamblichus on The Mysteries*, Londres, 1895.
— *Life of Phytagoras, by Iamblichus*, Londres. 1818.
— *Metamorphosis, or Golden Ass of Apuleius*, Londres, 1822.
— *Metaphysics of Aristotle*, Londres, 1801.
— *Miscellanies in Prose and Verse*, Londres, 1805.
— *Mystical Hymns of Orpheus*. Londres. 1896.

— *Ocellus Lucanus on the Nature of the Universe; etc.*, Londres, 1831.
— *Phaedrus of Plato*, Londres, 1792.
— *Philosophical and Mathematical Commentaries of Proclus*, Londres, 1788.
— *Political Fragments of Archytas, Charondas, Zaleucus and others*, Chiswick, 1822.
— *Pythagoric Sentences of Demophilus*, Londres, 1804.
— *Rhetoric, Poetic, and Nicomachean Ethics of Aristotle*, Londres, 1818.
— *Sallust on The Gods and the World*, Londres, 1793.
— *Select Works of Plotinus*, Londres, 1817.
— *Select Works of Porphyry*, Londres, 1823.
— *Six Books of Proclus on the Theology of Plato*, Londres, 1816.
— *Aritmética teórica de los pitagóricos*, Humanitas, Barcelona, 1991.
— *Treatises of Fictions on Suicide*, Londres, 1834.
— *Two Orations of the Emperor Julian*, Londres, 1793.
— *Two Treatises of Proclus*, Londres, 1833.
— *The Works of Plato*, Londres, 1804.
Temple, Ronald, *The Message from the King's Coffer*, Sausalito, 1920.
Thomas, William y Kate Pavitt, *El libro de los talismanes, amuletos y gemas del Zodiaco*, Humanitas, Barcelona, 2003.
Thomassin, Simon, *Recueil des figures, groupes, thermes, fontaines, vases et autres ornements*, ¿París?, circa 1689.
Tomás de Aquino, santo, *Suma teológica*, La editorial católica, Madrid, 1954-1964.
Toy, Crawford Howell, *Judaism and Christianity*, Boston, 1902.
Trismosin, Solomom, *Splendor solis*, reimpresión de un manuscrito que data de 1582, en el Museo Británico.
Trithemius, John, *Liber Octo Quaestionum*, Fráncfort, 1550.
— *Steganographiae nec non claviculae Salomonis*, Colonia, 1635.
Trowbridge, W. R. H., *Cagliostro, The Splendour and Misery of a Master of Magic*, Nueva York, 1910.
Tulane University of Louisiana, The (editorial), *Tribes and Temples*, Nueva Orleans, 1927.
Turpin, M., *Histoire de la vie de Mahomet*, París, 1773.
Ullah, Meamet, *The History of the Afgans*, Londres, 1829.
Upham, Edward, *The History and Doctrine of Budhism*, Londres, 1829.
Vaenius, Otto, *Theatro moral de la vida humana*, Ámsterdam, 1733.
Vail, Charles H., *Los misterios antiguos y la Masonería moderna*, R. Maynadé, Barcelona, 1928.

Valentine, Basil, *The Last Will and Testament of Basil Valentine*, Londres, 1671.
— *The Triumphant Chariot of Antimony, with Annotations of Theodore Kirkringius, M. D.*, Londres, 1678.
Verstegan, Richard, *The Restitution of Decayed Intelligence*, Londres, 1628.
Vibert, Lionel, *The Rare Books of Freemasonry*, Londres, 1923.
Villars, abate N. de Montfaucon de, *Comte de Gabalis*, Paterson, 1914; obra original en francés, Colonia, 1684.
— *Sub-Mundanes, or, The Elementaries of the Cabala*, Bath, 1886.
Vitrubio, *Cesariano's Edition of Vitruvius*, Como, 1521.
— *Di Lucio Vitruvio Pollione de Architectura, Libri Dece*, Venecia, 1524.
— *Los diez libros de arquitectura*, Alianza, Madrid, 2009.
Volney, M., *The Ruins of Empires*, Londres, 1792.
Waite, Arthur Edward, *A New Encyclopaedia of Freemasonry*, Londres, 1921.
— *The Book of Ceremonial Magic*, Londres, 1911.
— *La Hermandad de la Rosa-Cruz*, Humanitas, Barcelona, 1992.
— *Doctrine and Literature of the Kabalah*, Londres, 1902.
— *The False Monarchy of Demons*, manuscrito original.
— *The Lives of Alchemystical Philosophers*, Londres, 1888.
— *The Occult Sciences*, Londres, 1891.
— *The Real History of the Rosicrucians*, Londres, 1887.
— *The Secret Doctrine in Israel*, Boston, 1914.
— *The Secret Tradition in Freemasonry*, Londres, 1911.
— *The Works of Thomas Vaughan*, Londres, 1919.
Weemes, John, *Observations, Natural and Moral*, Londres, 1636.
Weidenfield, Johannes Segerus, *The Secrets of the Adepts*, Londres, 1685.
Weisse, John A., *The Obelisk in Freemasonry*, Nueva York, 1880.
Wellcome, Henry S., *Ancient Cymric Medicine*, Londres, 1903.
Welling, Georgius von, *Salt, Sulphur and Mercury*, Fráncfort y Leipzig, 1760.
Wells, H. G., *Esquema de la historia*, Atenea, Madrid, ¿1925?
Westcott, William Wynn, *A Recent Spiritual Development*, Londres, 1917.
— *An Essay upon The Constitution of Man: Spirit, Soul, Body*, Londres.
— *Introducción al estudio de la Kabalah*, Luis Cárcamo, Madrid, 1981.
— *Data of the History of the Rosicrucians*, Londres, 1916.
— *Hermetic Arcanum*, Londres, 1893.

— *The Isiac Tablet of Cardinal Bembo*, Bath, 1887.
— *The Magic Roll*, Londres, 1903.
— *Notes on a Curious Certificate and Seal*, Londres, 1906.
— *El poder oculto de los números y sus valores místicos*, Humanitas, Barcelona, 2001.
— *The Origin and History of Astrology*, Londres, 1902.
— *The Religion, Philosophy and Occult Science of China*, Londres, 1911.
— *The Rosicrucians, Past and Present, at Home and Abroad*. Londres.
— *Rosicrucians Thoughts on the Ever-Burning Lamps of the Ancients*, Londres, 1885.
— *Sepher Yetzirah o El libro de la formación*, Humanitas, Barcelona, 2001.
— *Somnium Scipionis*, Londres, 1894.
— *The Star Lore of the Bible*, Londres, 1912.
Westropp, Hodder y C. Staniland Wake, *Ancient Symbol Worship*, Nueva York, 1875.
Wigston, W. F. C., *The Columbus of Literature*, Chicago, 1892.
— *Francis Bacon versus Phantom Captain Shakespeare*, Londres, 1891.
— *Hermes Stella*, Londres, 1890.
Wilder, Alexander, *Philosophy and Ethics of the Zoroasters*, 1885.
Wilkinson, J. G., *Manners and Customs of the Ancient Egyptians*, Londres, 1837, primera serie; óp. cit., Londres, 1841, segunda serie.
Williams, John, *The Life and Actions of Alexander the Great*, Londres, 1829.
Willis, William, *The Shakespeare-Bacon Controversy, A Report of the Trial of an Issue in Westminster Hall, 1627*, Londres, 1903.
Wilson, H. H., *The Vishnu Purana*, Londres, 1840.
Wilson, James, *A Complete Dictionary of Astrology*, Londres, 1819.
Wilson, Thomas, *The Swastika*, Washington, 1896.
Windelband, doctor W., *Historia general de la filosofía*, El Ateneo, Barcelona, 1970.
Wither, George, *A Collection of Emblemes, Ancient and Moderne*, Londres, 1635.
Wolfius, Hieronymus, *Epicteti Enchiridion, item Cebetis Thebani Tabula*, Basilea, 1561.
Woodward, Frank, *Francis Bacon's Cipher Signatures*, Londres, 1923.
Woodward, Parker, *The Early Life of Lord Bacon*, Londres, 1902.
Wright, Dudley, *Druidism, the Ancient Faith of Britain*, Londres, 1924.
Wright, Robert C., *Indian Masonry*, Ann Arbor, Michigan, 1907.

Wulker, Richard, *Geschichte der Englishchen Litteratur*, Leipzig y Viena, 1896.
Y-Worth, W., *Chymicus Rationalis; or, The Fundamental Grounds of the Chymical Art*, Londres, 1692.

Varios:
Anales del Museo Nacional de México, México, 1882.
Annual Report of the Board of Regents of the Smithsonian Institution for the year ending June 30th, 1915, Washington, 1916.
Ancient Gems, Londres. De las colecciones del conde de Percy, el ilustre C.T. Greville y T. M. Slade.
Biblische Figuren des Alten Testaments ganz kunstlich gerissen durch den weit verühmten Vergilium Solis, Maler und Kunstecher zu Nürnberg.
Catholic Encyclopedia, The, Nueva York, 1909.
Collectanea Chemica, Londres, 1893. Varios autores.
Dictionnaire mytho-hermétique, París, 1758. De Antoine-Joseph Pernety.
Egyptian Magic, Londres, 1896. De S. S. D. D.
Engyclopaedia Britannica, The, Nueva York, 1911, 11.ª edición.
English Hexapla, The, Londres, 1841. Son seis traducciones al inglés del Nuevo Testamento.
Geheime Figuren der Rosenkreuzer, Ultona, 1785.
Hermetic Museum (The), Restored and Enlarged, Londres, 1893; óp. cit., Fráncfort, 1678.
History of the Holy Cross, The, Londres, 1863.
Household Words, A Weekly Journal, Nueva York. Dirigido por Charles Dickens.
Koran (The): commonly called The Alcoran of Mohammed, Londres, 1734. Traducido del árabe por George Sale.
La Biblia que es, los sacros libros del Viejo y Nuevo Testamento, 1569. La Biblia de Bear, la primera Biblia protestante en español.
Library of Original Sources, The, Milwaukee, 1915.
Margarita Philosophica, Basilea, 1508. La primera enciclopedia impresa en Europa.
Mosaize Historie der Hebreeuwse Kerke, Ámsterdam, 1700.
Nuremberg Chronicle, The, Nüremberg, 1493.
Phenix, The, Nueva York. Varios autores.
Reprints from Ars Quatuor Coronatorum, Margate, de 1892 a 1903. Varios autores.

Review of Reviews, Nueva York, 1921.
Sacred Books and Early Literature of the East, The, Londres y Nueva York, 1911. Editado por el profesor Charles F. Horne.
Sammlung der Groessten Geheimnisse Ausserordentlicher Menschen in alter Zeit, Colonia, 1725. Varios autores.
Smithsonian Institution, Bureau of Ethnology, Washington, 1904. Boletín número 28.
Third Annual Report of the Bureau of Ethnology, Washington, 1884.
Fifth Annual Report of the Bureau of Ethnology, Washington, 1887.
Sixth Annual Report of the Bureau of Ethnology, Washington, 1888.
Eighth Annual Report of the Bureau of Ethnology, Washington, 1891.
Ninth Annual Report of the Bureau of Ethnology, Washington, 1892.
Fourteenth Annual Report of the Bureau of Ethnology, Washington, 1896.
Nineteenth Annual Report of the American Bureau of Ethnology, Washington, 1900.
Twenty-First Annual Report of the Bureau of American Ethnology, Washington, 1903.
Twenty-Third Annual Report of the Bureau of American Ethnology, Washington, 1904.
Twenty-Fifth Annual Report of the Bureau of American Ethnology, Washington, 1903-1904.
World Almanac and Book of Facts, The, Nueva York, 1925. Editado por Robert Hunt Lyman.

Índice onomástico



COPIADO DE *LA FRANCHE-MAÇONNERIE* DE LENOIR

GRUPO DE RELIGIONES MUNDIALES

A la izquierda de la ilustración vemos a Mahoma, que sostiene en alto unas páginas del Corán y apoya el pie izquierdo en una imagen que ha derribado. Detrás de Mahoma, el toro celestial, que representa la constelación de Tauro, abre el «huevo del año» con sus cuernos. En la parte inferior derecha hay un bajorrelieve de la divinidad solar persa, Mitra, en una actitud que representa el momento en que el sol vence al toro celestial en el antiguo equinoccio vernal. En el centro aparece de pie el Sumo Sacerdote de Israel, rodeando con el brazo derecho la base del candelabro de siete brazos: el símbolo mosaico de los gobernadores planetarios del mundo. A su derecha está la estatua del becerro de oro y, a su izquierda, las figuras de los místicos griegos, envueltos en trajes de ceremonia, llevando un trípode en el que arde el fuego del sacrificio. Detrás del buey Apis, coronado con la esfera de la luna, y del Padre Nilo, que sostiene el cuerno de la abundancia y vierte desde su recipiente las aguas de la vida, asoman las pirámides: los inmensos templos de iniciación egipcios. En las nubes de la izquierda aparece la figura sentada de Júpiter Amón, blandiendo un rayo envuelto en llamas y dotado de cuernos, para indicar que comparte los atributos del carnero zodiacal. En los cielos aparece el misterio del Apocalipsis: las cuatro criaturas de la visión de Ezequiel en torno a un altar sobre el cual están el libro de los siete sellos y el Cordero de Dios. En el ángulo superior izquierdo está la franja del Zodiaco. Las constelaciones de Tauro, Aries y Piscis representan las influencias estelares, que, según los antiguos, al descender a la tierra provocaron la aparición de las instituciones religiosas y filosóficas que aquí se indican.



HERMES DE PIE SOBRE EL LOMO DE TIFÓN

Vemos aquí a Hermes, como personificación de la Sabiduría Universal, con el pie apoyado sobre el lomo de Tifón, el derrotado dragón de la ignorancia y la perversión. Para los iniciados egipcios, Tifón, el devorador de almas, representaba el mundo inferior, que devora la naturaleza espiritual del individuo, que, al ser imperfecta, se ve obligada a descender de las esferas superiores y a renacer en el universo físico. Por consiguiente, ser tragado por Tifón significa el proceso de renacimiento, del cual el hombre solo se puede liberar si derrota a su Adversario mortal.

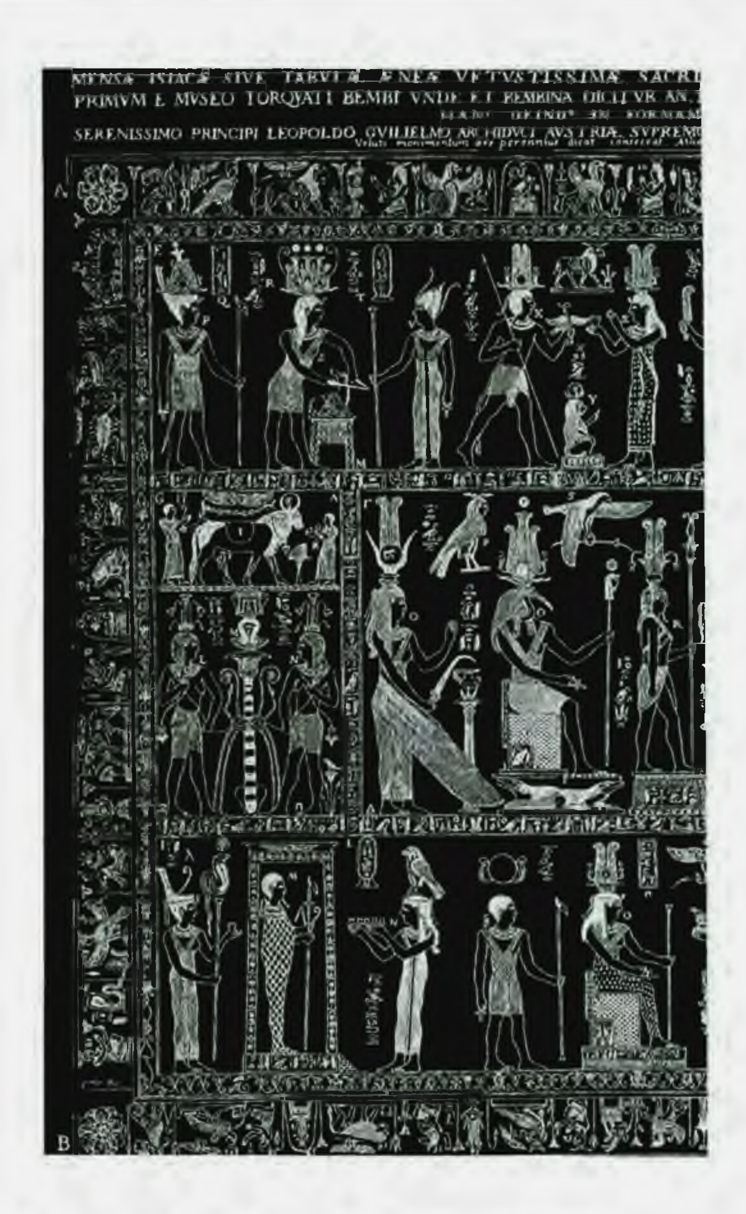
Hermes lleva en una mano el caduceo, un bastón alado con dos serpientes enroscadas que luchan entre sí, y, en la otra, la esmeralda inmortal, cuya superficie lleva inscrita en relieve la suma de la filosofía. La figura lleva puesto el antiguo mandil masónico egipcio, según el modelo descubierto por Belzoni, el ilustre egiptólogo. Los dos círculos pequeños contienen las formas y los símbolos que más se asocian con Hermes. En el círculo superior está el ibis, que, por sus peculiaridades, se ha relacionado en particular con el arte de la medicina. En las ceremonias de iniciación, los sacerdotes egipcios llevaban máscaras con la forma de la cabeza del ibis, para indicar que representaban los atributos de Thot, o Hermes. En el círculo inferior aparece el perro, un animal que siempre se ha relacionado con Hermes, por su inteligencia y su lealtad. Sobre la frente de Hermes aparece el uraeus, el símbolo secreto de la constelación de Escorpio, que representa la regeneración del mismo poder que, con la forma del dragón, yace indefenso bajo su pie. El escarabajo que lleva Hermes encima del corazón representa la presencia de la luz espiritual y regeneradora que hay dentro de su propia alma. El cuello representa, con sus círculos, las órbitas de los cuerpos celestes. Las tres puntas de la cola de Tifón, acabadas en forma de flecha, indican las tres manifestaciones destructivas de la energía universal: la perversión mental, la moral y la física. Todo el diagrama indica el dominio mediante la regeneración del cuerpo, la iluminación de la mente y la transmutación de las emociones.



REPRESENTACIÓN IMAGINARIA DEL TEMPLO DE LOS MISTERIOS DE LA ATLÁNTIDA

En el *Critias*, Platón describe en detalle el origen divino del imperio atlante, cuyo nombre inicial era Poseidonis. La época dorada preservada en mitos y leyendas, en la que los dioses convivían con los hombres, corresponde al apogeo de la civilización atlante. Los semidioses del mundo antiguo eran los atlantes, con los cuales todas las naciones civilizadas tienen una deuda de gratitud incalculable. En el Museo Británico se conserva un documento excepcional, conocido como el Manuscrito Troano, escrito hace más de tres mil quinientos años por los mayas de Yucatán, que contiene una narración auténtica del cataclismo que hundió el continente de la Atlántida. Este documento inestimable contiene la siguiente afirmación, según la traducción de Le Plongeon: «En el año 6 *kan*, en el undécimo *mulac* del mes *zac*, se produjeron terremotos tremendos, que prosiguieron sin interrupción hasta el decimotercer *chuen*. El país de las colinas de Mud, la tierra de Mu, fue sacrificado; después de levantarse dos veces, desapareció de repente en una sola noche, durante la cual las fuerzas volcánicas estuvieron sacudiendo constantemente la cuenca. La tierra, al estar restringida, bajó y subió varias veces y en distintos lugares, hasta que, finalmente, la superficie cedió y diez países quedaron destrozados y esparcidos y, sin poder resistir la fuerza de las convulsiones, se hundieron con sus sesenta y cuatro millones de habitantes».

Antes de que el continente de la Atlántida se hundiera, los iniciados en sus Misterios, llevando consigo las doctrinas secretas que les habían encomendado, emigraron a Egipto y a otras partes de la tierra, para ponerlas a salvo de la catástrofe inminente. Así se preservaron sus enseñanzas secretas, con su valor inapreciable para las eras posteriores. Establecieron centros de saber y divulgaron el código, envuelto en la lengua del simbolismo, a las personas que consideraban dignas de recibirlo.



LA TABLA ISÍACA

Con respecto al sentido teúrgico o mágico en el cual los sacerdotes egipcios presentaban en la Tabla Isíaca la filosofía de sacrificios, ritos y ceremonias mediante un sistema de símbolos ocultos, Athanasius Kircher escribe lo siguiente: «Los primeros sacerdotes creían que, mediante ceremonias de sacrificio adecuadas y completas, se invocaba a un gran poder espiritual. Según Jámblico, la falta de uno de los elementos desmerecía la totalidad. Por eso, prestaban muchísima atención a los detalles, porque les parecía absolutamente fundamental que toda la cadena de conexiones lógicas se ajustara al ritual con precisión. Esta es, sin duda, la razón por la cual preparaban y recomendaban para su uso futuro los manuales —como quien dice— para llevar a cabo los ritos. También aprendieron lo que los primeros practicantes de la hieromancia —poseídos, por así decirlo, por la ira divina— idearon como sistema simbólico para manifestar sus misterios. Los pusieron en esta Tabla Isíaca, a la vista de las personas autorizadas para entrar en el sanctasanctórum, con el fin de enseñarles la naturaleza de los dioses y las formas de sacrificio prescritas. Como cada una de las órdenes de los dioses tenía sus propios símbolos, gestos, vestuario y adornos peculiares, les parecía necesario cumplirlos con todo el aparato del culto, ya que no había nada más eficaz para atraer la atención propicia de las divinidades y los genios. [...] Por consiguiente, sus templos, alejados de los lugares que solían frecuentar los hombres, contenían representaciones de casi todas las formas de la naturaleza. En primer lugar, para representar la economía física del mundo, utilizaban como adornos en el pavimento minerales, piedras y otros objetos adecuados, y hasta chorros de agua. Las paredes mostraban el mundo de los astros y la bóveda, el mundo de los genios. En el centro estaba el altar, para sugerir las emanaciones de la Mente Suprema desde su centro. Por consiguiente, todo el interior constituía una imagen del Universo de los Mundos. Cuando ofrecían sacrificios, los sacerdotes usaban unas vestiduras adornadas con figuras similares a las atribuidas a los dioses. Llevaban el cuerpo parcialmente desnudo, como el de las divinidades, no tenían preocupaciones materiales y practicaban la castidad más estricta. [...] Llevaban la cabeza cubierta, para indicar que estaban haciendo algo terrenal. Se afeitaban la cabeza y el cuerpo, porque para ellos el cabello era una excrecencia inútil. Se ponían en la cabeza las mismas insignias que atribuían



DEL *OEDIPUS AEGYPTIACUS* DE KIRCHER

a los dioses. Ataviados de aquella manera, consideraban que se habían transformado en la inteligencia con la que siempre querían identificarse. Por ejemplo, para hacer descender al mundo el alma y el espíritu del Universo, se colocaban delante de la imagen que aparece sentada en el trono, en el centro de nuestra Tabla, llevando los mismos símbolos que dicha figura y los miembros de su séquito, y ofrecían sacrificios. Mediante estos y los himnos que entonaban para acompañarlos, creían que, indefectiblemente, atraían la atención de Dios hacia su plegaria. Lo mismo hacían con respecto a las demás partes de la Tabla, convencidos de que, por fuerza, si el ritual adecuado se llevaba a cabo correctamente, evocaría a la divinidad deseada. Es evidente que aquel fue el origen de la ciencia de los oráculos. Así como tocar un acorde produce una armonía sonora, las cuerdas próximas reaccionan, aunque no se las toque. Asimismo, la idea que expresaban mediante todo lo que hacían mientras adoraban al Dios coincidía con la Idea básica y, por una unión intelectual, volvía a ellos deificada, y así obtenían ellos la Idea de las ideas. De tal modo surgía en sus almas —creían— el don de la profecía y la adivinación y pensaban que podrían predecir el futuro, advertir de los males inminentes, etcétera. Porque, así como en la Mente Suprema todo es simultáneo e ilimitado, por consiguiente, en esa Mente el futuro está presente y pensaban que, así como la mente humana se absorbía en la Suprema mediante la contemplación, gracias a aquella unión se les permitía conocer todo el futuro. Casi todo lo que está representado en nuestra Tabla consiste en amuletos que, por la analogía antes descrita, les inspirarían, en las condiciones descritas, las virtudes del Poder Supremo y les permitiría recibir el bien y evitar el mal. También creían que, de aquella manera mágica, podrían curar enfermedades; que se podría inducir a los genios para que se les aparecieran en sueños y curaran o les enseñaran a curar a los enfermos. Con esta convicción, consultaban a los dioses con respecto a todo tipo de dudas y dificultades, adornados con la parafernalia del rito místico y mirando de hito en hito las Ideas divinas y, mientras estaban así embelesados, creían que Dios, mediante alguna señal, signo o gesto, les transmitía —estuvieran dormidos o despiertos— la verdad o la falsedad del asunto en cuestión». (Véase *Oedipus Aegyptiacus*.)



LA ISIS SAÍTA

«Soy Isis, señora de toda la tierra. Hermes me ha enseñado y con Hermes he inventado la escritura de las naciones, para que no escriban todas con las mismas letras. He proporcionado a la humanidad sus leyes y he ordenado lo que nadie puede alterar. Soy la hija mayor de Cronos y la esposa y hermana del rey Osiris. Soy la que sale con la estrella canina. Me llaman la diosa de las mujeres. [...] Soy la que ha separado el cielo de la tierra. He enseñado su camino a las estrellas. He inventado el arte de la navegación. [...] He reunido a los hombres con las mujeres. [...] He ordenado que los hijos amen a sus mayores. Con mi hermano Osiris he puesto fin al canibalismo. He instruido a la humanidad en los misterios. He enseñado a reverenciar las estatuas divinas. He establecido los recintos de los templos. He derrocado a los tiranos. He hecho que los hombres amaran a las mujeres. Gracias a mí, la justicia es más poderosa que la plata y el oro. Gracias a mí, la verdad se considera hermosa.» (Véase *A Handbook of Egyptian Religion*, de Erman.)

El rostro y la forma de Isis se cubrían con un velo de tela escarlata, que simbolizaba la ignorancia y el sentimentalismo que siempre se interponen entre el hombre y la Verdad. Isis levanta el velo y se descubre ante el investigador auténtico y prudente, que, desinteresadamente, con humildad y de todo corazón, trata de comprender los misterios que lo rodean en el universo. Se advierte a aquellos a los que se revela que guarden silencio con respecto a los misterios que han presenciado. La principal advertencia a los Hombres Sabios es: «Si sabes, guarda silencio». Ante el vulgo y los profanos, los infieles y los desinteresados, no descubre su rostro, porque ellos no podrían comprender los procesos secretos de los mundos invisibles.



LA CONSULTA AL ORÁCULO DE DELFOS

Aunque el trípode y la base que aparecen en esta ilustración no coinciden con la descripción de varios autores, se ha intentado respetar lo más posible el simbolismo que encierra la alegoría del oráculo. Para los Misterios délficos, el oráculo era el símbolo principal y el estudioso del simbolismo tiene más interés en el misterio esotérico espiritual que en el histórico, que, por ende, no tiene ninguna importancia.

Mientras el espíritu que vivía en los gases que salían constantemente de la grieta penetraba en el cuerpo de la pitonisa, el trípode vibraba como si le dieran golpes fuertes y reiterados. Se oía un estruendo metálico que resonaba por toda la caverna. El barullo aumentaba a medida que el demonio iba ejerciendo un control más completo sobre la sacerdotisa y el golpeteo y el estrépito no cesaban hasta que el espíritu soltaba a la pitia. Las tres patas del trípode representan los tres periodos que controlaba Apolo: a saber: el pasado, el presente y el futuro. El espacio comprendido entre las patas del trípode forma el sagrado tetraedro pitagórico, con la profetisa sentada en su vértice. Así como la sacerdotisa de Delfos se sostiene en el aire sobre el abismo del oráculo, sujeta solo por tres patas delgadas acabadas en garras, la naturaleza espiritual del hombre está suspendida sobre el abismo del olvido mediante tres hilos dorados de poder divino. El rostro de Apolo aparece sobre el trípode y en torno a la base hay serpientes enroscadas, para representar a Pitón, cuyo cuerpo en descomposición yace bajo el sepulcro de Delfos.



PITÁGORAS DE CROTONA

Aunque Pitágoras superó a Platón en la profundidad de sus deducciones filosóficas, el aspecto sobrenatural de sus doctrinas ha sido ridiculizado por la ciencia moderna, más materialista. El mundo ha pasado por alto con demasiada ligereza los logros del primer «filósofo», al cual debe tantos de los enunciados fundamentales de la matemática, la música y la astronomía. En el siglo XX se ha enseñado al estudioso de la filosofía griega a relacionar el nombre de Pitágoras con cuestiones tan pueriles como su tibia áurea y su negativa a comer alubias. También se le ha criticado porque pronunciaba sus discursos detrás de una cortina, predicaba mediante alegorías y enigmas y solo revelaba sus conocimientos científicos a los discípulos iniciados que habían dedicado muchos años a la autodisciplina. No obstante, sus críticos aficionados no han tenido en cuenta el método utilizado por Pitágoras para obtener la profusión de conocimientos abstractos que poseía. Los Misterios de Grecia, Egipto, Persia e India obligaban forzosamente a sus iniciados a no revelar sus secretos. Después de aceptar las obligaciones de aquellas sociedades, la única solución honorable para Pitágoras era acatar sus normas. Jámblico menciona a 218 hombres y 17 mujeres entre los filósofos pitagóricos más famosos. Por consiguiente, resulta evidente que Pitágoras reveló sus secretos a una cantidad considerable de personas, probablemente todas las que pensó que podían comprender su conocimiento y sacarle provecho. Aún habría que aceptar la doctrina pitagórica de filosofía matemática como el único sistema de pensamiento capaz de hacer frente al enigma de la existencia.



EL ANTIGUO DE LOS ANTIGUOS

En *La gran asamblea sagrada* está escrito acerca del Antiguo de los Antiguos que es el Oculto de los Ocultos, el Eterno de los Eternos, el Misterio de los Misterios y que, en Sus símbolos, es cognoscible e incognoscible. Según el Zohar, sus vestiduras son blancas, aunque en esta ilustración se ven rojas, para indicar que las prendas de la Divinidad comparten la naturaleza de la actividad cósmica. Se dice que su rostro es amplio, luminoso y espantoso. Está sentado en un trono de luz llameante y los destellos del fuego están sometidos a Su voluntad. La luz blanca que le surge de la cabeza ilumina cuatrocientos mil mundos. (Según algunos textos, son cuarenta mil mundos superiores.) La gloria de esta luz llegará a los justos, llamados «los frutos sagrados del árbol sefirótico».

Trece mil millares de mundos quedan bajo la luz que procede de su cabeza, de la cual fluye un rocío misterioso, que tiene el poder de despertar a la vida eterna a los que están muertos espiritualmente. Se dice que la Gran Faz mide trescientos setenta mil millares de mundos y por eso se la llama «la Larga Faz». La apariencia del Antiguo de los Antiguos es la del Anciano de los Ancianos, que ya era antes del comienzo y cuyo trono se alza sobre el firmamento. El Anciano de los Ancianos deseó la Faz Menor, o la creación, que es el carro del Santísimo de los Santísimos.

El cabello y la barba del Antiguo de los Antiguos se extienden hasta los confines del universo. De Su cabeza cuelgan mil mil millares y siete mil quinientos cabellos rizados, que no están mezclados, para que no haya confusión, y en cada rizo hay cuatrocientos diez mechones de pelo y todos y cada uno de estos cabellos irradia en cuatrocientos diez mundos. En el vacío de Su cabeza está la membrana aérea de la Sabiduría suprema oculta y Su cerebro se extiende y avanza por treinta y dos caminos. De la barba del Antiguo de los Antiguos fluyen trece fuentes y de Sus manos salen los rayos madres y padres, de los cuales nace la existencia. La cabeza del Antiguo de los Antiguos está hendida, como la de Zeus, para que pueda surgir de ella la sabiduría, en forma de Atenea.



EXPLICACIÓN DE LOS ARCANOS MAYORES DEL TAROT

El Tarot está compuesto por una baraja de setenta y ocho cartas de curioso diseño, con un origen y una antigüedad inciertos. La baraja se divide en dos partes generales, la mayor de las cuales comprende cincuenta y seis cartas, denominadas los arcanos menores, y la menor, veintidós cartas, denominadas los arcanos mayores. A su vez, los arcanos menores se dividen en cuatro palos de catorce cartas cada uno, bastante similares a los de las cartas actuales, llamados bastos (tréboles), espadas (piques), copas (corazones) y oros (diamantes). Las cartas numeradas de cada palo van del as al diez y su valor se indica mediante grupos de sus emblemas respectivos; por ejemplo: 6 de bastos, 4 de copas, 9 de oros o 3 de espadas. Las figuras o los honores de cada palo son cuatro: a saber: rey, reina, caballero y paje. Los reyes y las reinas se suelen representar sentados; los caballeros, a caballo, y los pajes, de pie. Cada uno lleva el emblema de su palo. Los arcanos mayores también se dividen en dos partes, una de las cuales está compuesta por veintiuna cartas, por lo general numeradas, y la otra, por una sola, sin numerar o marcada con un cero. El orden aceptado de las veintiuna cartas con sus nombres es el siguiente: 1) el Mago; 2) la Sacerdotisa o la Papisa; 3) la Emperatriz; 4) el Emperador; 5) el Papa; 6) los Amantes; 7) el Carro; 8) la Justicia; 9) el Ermitaño; 10) la Rueda de la Fortuna; 11) la Fuerza; 12) el Colgado; 13) la Muerte; 14) la Templanza; 15) el Diablo; 16) el Fuego del Cielo; 17) las Estrellas; 18) la Luna; 19) el Sol; 20) el Juicio Final, y 21) el Mundo. La carta sin número sobre la cual se despliegan las demás se denomina el Loco.



EL PATIO DEL TABERNÁCULO

Si bien la religión de los primeros israelitas ha sido muy criticada, quienes la menosprecian no han tenido en cuenta el momento ni el entorno en los cuales surgió, de forma natural y coherente. No se puede juzgar una civilización comparándola con otra totalmente separada de ella en el tiempo. Al mundo moderno, muchas costumbres antiguas le parecen crueles y bárbaras y, sin embargo, es culpable todos los días de ofensas que habrían resultado igual de repugnantes para la sensibilidad de los pueblos antiguos. Nunca ha habido en el mundo una mayoría de personas pensantes. Solo de vez en cuando se encuentra algún cerebro que realmente trata de resolver no solo los problemas de su propio destino, sino también los de los demás. El aspecto esotérico, espiritual, de todas las religiones es un código hermoso, humanitario y trascendental, que solo comprenden aquellos que se han elevado por encima del plano de lo prosaico y lo convencional. Durante siglos, el hombre ha cumplido la «letra de la ley», sin darse cuenta de que «la letra mata, mas el Espíritu da vida».

Para el verdadero estudioso y místico, el Antiguo Testamento es una fuente de inspiración interminable. Para el intelectual, es motivo de incesantes discusiones y se acalora por las fechas y los lugares, pasando por alto por completo las verdades sublimes que se ocultan tras las alegorías rudimentarias de las Escrituras. Quien conoce a fondo el Misterio del Tabernáculo no necesita ninguna otra religión, porque será uno con los profetas de todos los tiempos. En el transcurso de su vida cotidiana, cada hombre —sin saberlo— es un sacerdote del Tabernáculo, porque, así como Jehová designaba a sus sacerdotes para que mantuvieran en orden Su casa, del mismo modo se designa a cada persona para que mantenga en orden su pequeño mundo. La Naturaleza es el Tabernáculo, el hombre es el sacerdote y el único Dios de todas las naciones y todos los pueblos habita en cada alma humana, detrás del velo bordado del sanctasanctórum.



LA GRAN FÓRMULA ALQUÍMICA ROSACRUZ

En los cielos y rodeados tanto por una aureola externa como por una interna y por jerarquías de seres celestiales, están los símbolos radiantes de la Santísima Trinidad: יהוה (¿el Padre?), el Cordero (el Hijo) y la Paloma (el Espíritu Santo). Las dignidades respectivas de la hueste celestial dependen de la cantidad y la disposición de sus alas. La gloria del Altísimo y el mundo invisible queda oculta para la creación inferior en parte por una línea y en parte por el círculo de los cielos estrellados, que, a su vez, queda oculto por las nubes. Cinco aves —un cuervo (Saturno, plomo), un cisne (Júpiter, estaño), un gallo (Marte, hierro), un pelícano (Venus, cobre) y el fénix (Mercurio, mercurio)— ocupan el semicírculo que queda justo dentro de la franja de los cielos estrellados. La mitad superior del círculo azul que contiene los cinco signos planetarios está ocupada por los signos del Zodíaco. En el círculo verde aparecen las palabras «el año solar, el año estelar y el año de los vientos»; en el círculo amarillo, «el mercurio de los sabios, el mercurio corpóreo y el mercurio común o visible»; en el círculo anaranjado, «azufre combustible, azufre fijo y azufre volátil o etéreo»; en el círculo rojo, «sal elemental, sal terrenal y sal central», y en el círculo violeta, «se necesitan cuatro clases de fuego para el trabajo». El triángulo blanco central contiene la figura del mercurio solar.

Toda la parte superior de la ilustración es un diagrama esotérico de la constitución del sol espiritual triple. En la parte inferior del primer plano hay una colina sobre la cual crecen un montón de árboles, cada uno de los cuales lleva el símbolo de una sustancia alquímica. (El lector encontrará más información en la tabla de símbolos alquímicos de Basil Valentine, en el capítulo XXXV.) En la parte inferior derecha y representado por una escena nocturna está el mundo inferior, mientras que, en la parte inferior izquierda y representado por una escena diurna, está el mundo superior. El lado derecho de la ilustración representa el agua y el lado izquierdo, el fuego. Bajo las alas del fénix hay dos círculos que contienen los símbolos del fuego y el aire; bajo las alas del águila hay otros dos círculos que contienen los símbolos de la tierra y el agua. Las figuras humanas, una masculina y la otra femenina —las dos están unidas al mundo superior mediante



COPIADO DE *MUSEUM HERMETICUM REFORMATUM ET AMPLIFICATUM*

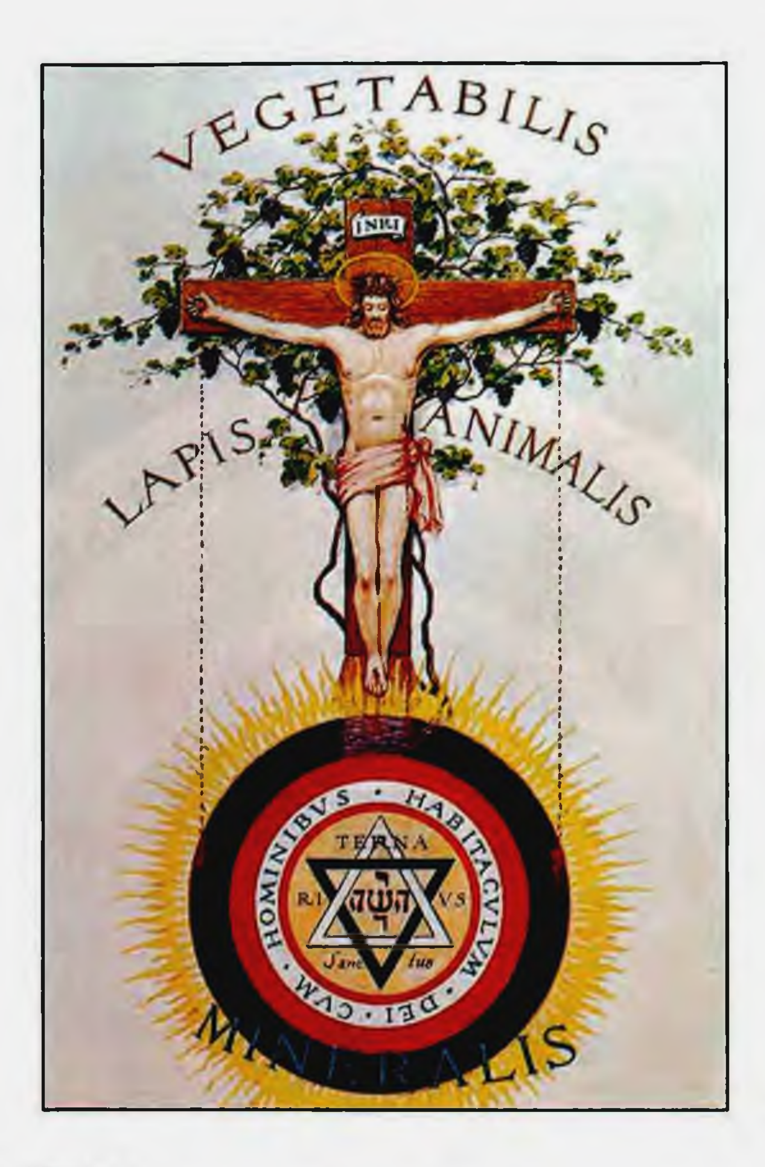
una cadena de oro y llevan en el cuerpo los símbolos de las fuerzas creativas—, representan el principio divino (masculino) y el humano (femenino) que existen en todas las criaturas. El espíritu y la voluntad se representan mediante un león rampante: el alma y la intuición, mediante un ciervo con doce luces o estrellas en los cuernos y una hoja trifoliada en la mano, como símbolo de la triple constitución de todas las cosas naturales.

En el centro de la ilustración está la figura del equilibrio filosófico y la consecución de la *magnum opus*. El león de dos cuerpos destaca para el iniciado la necesidad de la unión final de todas las partes diversificadas y también que la luz y la oscuridad (como símbolos de todos los opuestos que existen en la naturaleza) son dos cuerpos con una sola cabeza. Sobre esta extraña criatura que él ha fabricado con su arte y que representa la reconciliación de elementos que parecen irreconciliables está el filósofo alquímico. Las estrellas de sus vestiduras revelan la naturaleza luminosa del adepto purificado y regenerado y con las mazas (el intelecto iluminado) destruye la ilusión de la luz y la oscuridad y, uniendo las diversas partes diseminadas del cosmos, forma con ellas el andrógino filosófico. En el Museo Hermético se acompaña esta ilustración con la siguiente cita: «Por la palabra del Señor se crearon los cielos y, por el aliento de Su boca, sus huestes. El Espíritu del Señor ha llenado el mundo. Todas las cosas están satisfechas con Tu bondad, Señor. Si vuelves la cara, se inquietan. Si vuelves Tu espíritu, mueren y vuelven a ser polvo. Cuando envías Tu espíritu, son creadas y renuevas la faz de la tierra. Tu gloria es para siempre». En el Museo Hermético también se añade a esta ilustración una versión libre de la Tabla de Esmeralda de Hermes. Solo a través de la contemplación profunda y conociendo los principios de la alquimia medieval se puede descubrir el verdadero espíritu del misticismo alquímico. En esta ilustración se presenta la clave completa de la regeneración de los metales, la transmutación de lo terrestre en esplendor celestial y el misterio de la generación, que, lamentablemente y por ignorancia, ha sido malinterpretada por los aficionados del siglo xx.



PARSIFAL Y EL SANTO GRIAL

En el gran templo de Montsalvat está Parsifal, el tercer y último rey del Santo Grial, que sujeta en alto el Grial verde fulgurante y la lanza sagrada. Del extremo de la lanza mana un hilillo interminable de sangre. Delante de Parsifal está arrodillada Kundry (Kundalini), la tentadora, que, tras liberarse del hechizo del malvado Klingsor, adora las reliquias sagradas de la Pasión. Acerca de los Misterios del Grial, Hargrave Jennings escribe lo siguiente: «El concilio de los Caballeros o los Hermanos del Santo Grial, o Graël, era un reflejo del vínculo sagrado, consagrado por los sacramentos, que mantenía unidos a los majestuosos y místicos rosacruces. En realidad, ellos eran los guardianes de los misterios mayores. Según este sentido de lo misterioso y lo sagrado, la liga de la Nobilísima Orden de la Jarretera —la primera de caballería— en realidad no es una liga, sino un guardián o cuidador, el custodio más sagrado y santo de la castidad sobrenatural de la personalidad femenina más exaltada —evidentemente, en sentido abstracto y milagroso—, el fundamento mismo del cristianismo: el cinturón o la faja de la santísima e inmaculada Virgen María, la reina del cielo, que, con su pie victorioso, por los siglos de los siglos pisotea al dragón con su pureza celestial, como "Madre de Cristo"». (Véase *Phallicism*.) La clave de los Misterios del Grial resulta evidente, si en la lanza sagrada se reconoce la glándula pineal, con su peculiar proyección en punta, y, en el Santo Grial, la glándula pituitaria, que contiene la misteriosa Agua de Vida. Montsalvat es el cuerpo humano: el templo abovedado que tiene en la cima, el cerebro, y el castillo de Klingsor, situado en el valle oscuro que hay abajo, la naturaleza animal que atrae a los caballeros (las energías del cerebro) hacia el jardín de la ilusión y la perversión. Parsifal, como el candidato purificado, se convierte en Maestro de las reliquias sagradas y de la ciencia sagrada que representan; Kundry, después de cumplir la finalidad de su existencia, muere al pie del altar con las palabras inmortales: «¡Yo sirvo!».



UNA CRUCIFIXIÓN ROSACRUZ

La crucifixión solar es un ejemplo excepcional del conocimiento astronómico que poseía el llamado mundo prehistórico. «En el plano del universo en forma humana de Herschel —escribe Albert Ross Parsons—, nuestro sistema solar está situado en el corazón del Hombre Divino de los cielos. Por consiguiente, la catástrofe de nuestro sistema solar, mediante la cual la eclíptica se desprendió del ecuador celeste, fue una rotura o desgarro del corazón del Hombre Divino. Cuando la eclíptica y el ecuador dejaron de coincidir, formaron una cruz en la cual el Hombre Divino quedó paralizado en el espacio. Esta idea resultaba familiar para los hindúes y para Platón. De allí surgió el cristianismo prehistórico, la religión del cordero asesinado desde el fundamento del mundo que se menciona en el Apocalipsis.» (Véase *New Light on the Great Pyramid*.)

Pasando por alto la historia de la crucifixión en su sentido literal, los gnósticos solo tuvieron en cuenta su importancia cósmica. Según el misticismo rosacruz, el Espíritu de Cristo ha establecido un vínculo directo con la tierra a través de la sangre que manó de las heridas de las manos, los pies y el costado de Jesús. Como símbolo antiguo de la doctrina secreta, la cruz representa para el iniciado la institución divina que, al liberar al hombre celestial de su parte animal, lanza la naturaleza espiritual a la esfera de la Realidad. Por consiguiente, se podría decir que la cruz es el emblema de la muerte filosófica y los Misterios no pueden alcanzar su objetivo hasta que cada uno de sus neófitos logre superar el ciclo de sufrimiento, muerte y resurrección. Todo el proceso queda oculto en el simbolismo de la uva. Un solo autor se ha percatado de que la agonía en el huerto de Getsemaní es análoga al aplastamiento de las uvas en la prensa. Quien comprenda el misterio de la copa sacramental posee la clave de la regeneración humana. El hombre, una vez crucificado, atraviesa la muerte sobre el símbolo de la vida y alcanza la vida sobre el símbolo de la muerte. De este modo se completa la separación entre el Yo y el no Yo, y el espíritu, al salir de su crisálida, deja atrás el caparazón vacío como recuerdo de su logro. La agonía del Salvador, por consiguiente, no es la agonía de la muerte, sino la del nacimiento. Solo para aquel que ha hallado su vida perdiéndola resulta comprensible el misterio.



COPIADO DE *LA DIVINA COMEDIA* DE DANTE, TURÍN, 1891

LA CLAVE DE *LA DIVINA COMEDIA* DE DANTE

En su artículo sobre «La topografía del mundo espiritual de Dante», Charles Allen Dinsmore escribe lo siguiente: «[Dante] mantenía que la tierra es redonda, con un hemisferio de tierra, en cuyo centro está Jerusalén. El otro hemisferio al principio contenía tierra, pero, cuando Lucifer, al ser expulsado del cielo, estaba a punto de caer sobre él, el suelo "se disimuló en el mar" y llegó al otro lado del globo, de modo que quedó un hemisferio de tierra y otro de agua. El interior de la tierra también se retiró ante el Lucifer que descendía, dejando una gran cavidad cónica, que iba desde el centro del globo hasta la superficie del hemisferio deshabitado. El vacío que creó el mal en el mundo es la morada de las almas perdidas y se divide en nueve círculos, el séptimo de los cuales se subdivide en tres círculos más pequeños; el octavo, en diez zanjas, y el noveno, en cuatro franjas. En el centro de la tierra y, por consiguiente, en el punto más alejado de Dios, está Lucifer, con la cabeza y el cuerpo en uno de los hemisferios y las piernas en el otro, de modo que, cuando Virgilio y Dante dieron la vuelta sobre sus caderas, cruzaron el centro de gravedad y pasaron de un hemisferio al otro».

En el medio del hemisferio del agua hay una montaña cónica, el Purgatorio, que se eleva en siete escalones. En su cima está el Paraíso terrestre o Jardín del Edén, donde Dante encontró a Beatriz. Según *La divina comedia*, cuando el alma sube los siete escalones del Purgatorio, queda libre de los siete pecados mortales y a continuación asciende a través de las siete esferas del universo ptolemaico. A cada uno de los planetas se asigna una de las siete virtudes. En la octava esfera, el alma recibe el conocimiento de las verdades espirituales y en la novena, que es la más elevada, se incorpora a los misterios celestiales.